H. G. WELLS

ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

HISTORIA SENCILLA DE LA VIDA Y DE LA HUMANIDAD








EDICIONES ANACONDA



ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

POR H. G. WELLS

TOMO I

VERSION CASTELLANA DE

ENRIQUE DIEZ-CANEDO
Y RICARDO BAEZA

H. G. WELLS

ESQUEMA
DE LA
HISTORIA UNIVERSAL

HISTORIA SENCILLA DE LA
VIDA Y DE LA HUMANIDAD

DESDE SUS ORIGENES HASTA LA FECHA

PUESTA AL DIA POR
J. SALAS SUBIRAT

Y AMPLIADA CON LA
"HISTORIA DE AMERICA"
por ENRIQUE DE GANDIA

TOMO I



EDICIONES ANACONDA
FLORIDA 251 BUENOS AIRES

ESTA OBRA HA SIDO ESCRITA ORIGINALMENTE POR **H. G. WELLS**, CON EL CONSEJO Y LA AYUDA EDITORIAL DE **Mr. ERNEST BARKER, Sir H. H. JOHNSTON, Sir E. RAY LANKESTER** Y EL PROFESOR **GILBERT MURRAY**.

LA TRADUCCION HA SIDO HECHA POR **ENRIQUE DIEZ-CANEDO** DE LOS CAPITULOS I AL XXXII Y POR **RICARDO BAEZA** LOS CAPITULOS XXXIII AL XLII.

LAS ILUSTRACIONES LINEALES, MAPAS, TABLAS, Etc., FUERON HECHAS POR **J. F. HORRABIN**, HABIENDOSE TRADUCIDO AL CASTELLANO LAS CORRESPONDIENTES LEYENDAS EN INGLES.

LA PRESENTE EDICION HA SIDO PUESTA AL DIA POR **J. SALAS SUBIRAT**, Y AMPLIADA CON LA "HISTORIA DE AMERICA", ESCRITA ESPECIALMENTE PARA ESTA OBRA, POR **ENRIQUE DE GANDIA**

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINE

NOTA PRELIMINAR

DE ENRIQUE DIEZ - CANEDO

SI hay un autor que no necesite ser presentado al público lector de ambos continentes, es el autor de este libro; si hay un libro que no requiera el menor encarecimiento ante el que se dispone a entrar en sus páginas, es el "Esquema de la Historia", de Mr. Herbert George Wells, en cuya edición castellana se han atendido las indicaciones hechas personalmente por el autor, corrigiendo, añadiendo y suprimiendo lo que él entendía que era necesario corregir, añadir o suprimir.

En este libro, propónese el autor trazar un panorama general de la existencia del hombre, con todas sus grandezas y con todas sus miserias, con los más sublimes raptos del espíritu y las más rastreras solicitaciones del instinto; la extensión de un territorio nacional, con sus glorias y sus desastres, no son sino leves accidentes de algo superior, que es la Vida de la Humanidad.

Tal pensamiento adquiere aquí cabal desarrollo. Las observaciones de Wells que sirven de introducción a su libro explican muy claramente el propósito que le animó a componerlo. Trátase de una historia, vista con mayor amplitud que la que suele darse a este estudio en nuestros días y en nuestros centros docentes; de una historia liberada de prejuicios nacionalistas y, podríamos decir, de prejuicios continentales.

De acuerdo con los nuevos conceptos geográficos, Europa no es, para Wells, sino una prolongación del gran continente cuyo núcleo central está en Asia. La historia, asimismo, no irradia de nuestra tierra europea que consideraba al asiático tal vez como un antepasado remoto, pero principalmente como un vecino a menudo harto molesto, y al africano como un siervo nato, y al americano, de Colón para acá, como una invención del europeo, como una sucursal transatlántica movida por el mismo espíritu y llamada a girar en la órbita de las civilizaciones más viejas, prolongándolas, si acaso, con unas cuantas conquistas de orden material.

Para Wells, uno es el hombre y uno es el mundo. Civilízase Europa cuando otros pueblos han logrado ya su pleno esplendor; aun las épocas más florecientes de aquí, tienen su correspondencia en retoños de cultura o de fuerza que, por lejanos, desdeñaba nuestro europeísmo, que tomaba por unidad una mera fracción.

Libre de estas preocupaciones, que en todos los espíritus inquietos dejó muy quebrantadas la última conflagración, en la que se ha visto plenamente que el hombre sin el hombre no es nada, que al bien de cada uno ha de cooperar el esfuerzo de todos, el libro de Wells reconquista para la visión histórica toda esa parte que había proscrito irreflexivamente.

No pasaremos en silencio algo que importa. La aparición de este libro suscitó en Inglaterra, entre un gran entusiasmo, vivas contradicciones. Nuestra edad de especialistas dirige su esfuerzo a conocer en su más leve pormenor una cosa, pero una sola cosa. Gusta de aislar los objetos, los órganos, las personalidades, los pueblos. Se preconiza el conocimiento profundo, a costa del conocimiento amplio. Por mucho tiempo se ha tildado de ambiciosos y superficiales a libros que no limitaban su investigación de modo tiránico. Parecía pasado el tiempo de las obras constructivas como la que tenemos delante, en que una sola mente va ordenando los conocimientos en

un anhelo de percibir el latido central a que todos ellos responden.

No quiere esto decir ni que sea desdeñable la labor de los especialistas, ni que Wells se haya lanzado por su propia autoridad a las complejísimas cuestiones que le exigía tratar un empeño de esta índole. La portada del libro, la introducción y las breves notas dan a conocer los nombres de personas de intachable reputación en cada especialidad, que con sus luces y consejos han permitido a Wells abarcar todo lo que se proponía.

Haría reír el joven estudiante de Medicina que, deseando únicamente consagrarse al estudio de una víscera, nada más quisiera saber de la anatomía humana, ni le interesara en absoluto el funcionamiento de las demás. Ningún buen especialista es así; pero sus conocimientos generales los guarda para auxiliarse con ellos cuando los necesite y su obra da sólo un aspecto parcial. ¿Ha de impedir esto que haya quien pretenda armonizar los resultados y edificar con ellos, centrándolos y tamizándolos por su espíritu, una totalidad? Cuando es Wells quien lo intenta se le puede otorgar toda confianza. Aun los que discuten su obra de escritor, tienen para el hombre, para la seriedad de sus opiniones y para la sinceridad de sus sentimientos toda clase de elogios.

Vea, pues, el lector castellano, en este libro, un nuevo intento de síntesis histórica, levantada sobre la dolorosa palpitación de los tiempos actuales. El traductor no ha perseguido otro fin que el de mantenerse fiel al espíritu y a la letra, que, en estas páginas, busca voluntariamente la expresión más clara y sencilla, renunciando de antemano a refinamientos literarios que estarían fuera de lugar.

E. D.-C.

INTRODUCCION

"La filosofía de la historia de la humanidad, para ser digna de tal nombre, debiera empezar en los cielos y bajar a la tierra, debiera ir cargada con la convicción de que toda existencia es una: sola y única concepción sostenida desde el principio hasta fin por una idéntica ley".

FRIEDRICH RATZEL.

EN este ESQUEMA DE LA HISTORIA, *se intenta contar, fiel y claramente, en un relato seguido, la historia entera de la vida y del género humano en cuanto alcanza lo que hoy se sabe. Está escrito con sencillez, para la generalidad de los lectores, pero su propósito va más lejos del de ser tan sólo una lectura interesante. Existe por todas partes el sentimiento de que la enseñanza de la historia, considerada como parte de la educación general, se da en condiciones nada satisfactorias, y en particular, que la manera ordinaria de tratar esta "materia" por las clases, los maestros y los examinadores, es harto parcial y estrecha. Pero al deseo de ensanchar las filas generales de las ideas históricas se le opone el argumento de que el tiempo que se les puede conceder en los estudios lo llena ya esa exposición parcial y estrecha y que, por lo tanto, aunque exista el deseo de ensancharlas, prácticamente no hay posibilidad para ello. Si un inglés, por ejemplo, encuentra que la historia de Inglaterra es bastante para sus facultades de asimilación, parece que no cabe ya la esperanza de que sus hijos y sus hijas dominen la historia universal, si ésta ha de consistir en la historia de Inglaterra, más la historia de Francia, más la his-*

toria de Alemania, más la historia de Rusia, y así sucesivamente. A lo cual no hay otra respuesta posible que ésta: la historia universal es, al mismo tiempo, algo más y algo menos que la aglomeración de historias nacionales a que estamos acostumbrados, algo que se ha de tratar con espíritu diferente y exponer de distinto modo. Este libro intenta justificar tal respuesta. Se ha escrito, en primer término, para mostrar que la historia, "como totalidad", es reductible a un plan más amplio y comprensivo que la historia de las naciones o periodos especiales; a un plan más amplio que la haga entrar en los límites normales de tiempo y energía disponibles para la lectura y la educación de un hombre ordinario. Trata este ESQUEMA de épocas, razas y naciones, como la historia corriente de reinados, genealogías y campañas; pero no se le encontrará más erizado de nombres y fechas ni más dificultoso de seguir o entender. No constituye la historia una excepción entre las ciencias; a medida que se llenan los huecos, el contorno se simplifica; conforme la perspectiva se ensancha, la multitud apiñada de pormenores va disolviéndose en leyes generales, y muchos tópicos de interés primario para la humanidad, por ejemplo, la aparición primera y el desarrollo del conocimiento científico y sus efectos sobre la vida humana, la elaboración de los conceptos de moneda y crédito, el historial de los orígenes, extensión e influencia del Cristianismo, que han de ser tratados fragmentariamente o en trabajosas disgresiones en toda historia parcial, brotan y fluyen completa y naturalmente en un relato general acerca del mundo en que vivimos.

Los trágicos acontecimientos de estos años últimos han dado evidencia a la necesidad de un conocimiento común de los hechos generales de la historia humana en el mundo entero. Medios de comunicación más rápidos han unido más íntimamente, para el bien o para el mal, a los hombres. La guerra se ha convertido en un desastre universal, ciego y monstruosamente destructor; destroza con sus explosivos al niño en la cuna y hunde los barcos de provisiones que abastecen a los no combatientes y a los neutrales. Nos damos cuenta de que ya no puede haber paz en el mundo, si no es una paz para todos, ni prosperidad que no sea general. Pero "no puede haber paz y prosperidad comunes sin ideas históricas comunes". Sin aprehender y unir en cooperación armónica tales ideas, sin más que sus tradiciones nacionales, estrechas, egoístas y contradictorias, razas y pueblos tienen que verse arrastrados al conflicto y a la destrucción. Esta verdad, que reconoció hace cosa de un siglo el gran filósofo Kant —y es la substancia de su folleto acerca de la paz universal— se le aparece hoy clara al hombre de la calle. Nuestra política interior, nuestra economía e ideas sociales, tienen hoy vicios profundos por culpa de ciertos conceptos fantásticos acerca del origen y relaciones históricas de las clases sociales. Es necesario para la paz interna, lo mismo que para la paz entre naciones, un sentido de la historia como aventura común de la humanidad entera.

No ha de pedir excusas el autor al intentar este experimento. Su falta de competencia salta a la vista. Pero una obra así tiene que ser hecha por el mayor número posible de personas; le agradaba llevar a ella su contribución y le atraía muy mucho la tarea. Leyó diligentemente; hizo el más amplio uso de los auxilios que se le ofrecieron. No hay capítulo que no haya sido examinado por alguna persona de mayor competencia que la suya y revisado con esmero. Tiene que dar gracias especiales a sus amigos Sir E. Ray Lankester, Sir H. H. Johnston, el Profesor Gilbert Murray y Mr. Ernest Barker por abundantes consejos, indicaciones y ayuda editorial. Mr. Philips Guedalla ha trabajado con la mayor eficacia y amabilidad en las pruebas de la obra entera. Mr. A. Allison, el Prof. T. W. Arnold, Mr. Arnold Bennett, el Rev. A. H. Trevon Benson, Mr. Aodh de Blacam, Mr. Laurence Binyon, el Rev. G. W. Broomfield, Sir William Bull, Mr. L. Cranmer Byng, Mr. A. J. D. Chem, Mr. A. R. Cowan, Mr. O. G. S. Crawford, el Dr. W. S. Culbertson, Mr. R. Langton Cole, Mr. B. G. Collins, Mr. J. J. L. Duyvendak, Mr. O. W. Ellis, Mr. G. S. Ferrier, Mr. David Freeman, Mr. S. N. Fu, Mr. G. B. Gloyne, Sir Richard Gregory, Mr. F. H. Hayward, Mr. Sydney Herbert, el Dr. Fr. Krupicka, Mr. H. Lang Jones, Mr. C. B. H. Laughton, Mr. B. I. Macalpin, Mr. G. H. Mair, Mr. F. S. Marvin, Mr. J. S. Mayhew, Mr. B. Stafford Morse, el Prof. J. L. Myres, el Hon. W. Ormsby-Gore, Sir Sydney Olivier, Mr. R. I. Pocock, Mr. J. Pringle, Mr. W. Rivers, Sir Denison Ross, el Dr. E. J. Russell, el Dr. Charles Singer,

Mr. A. St. George Sanford, el Dr. C. O. Stallybrass, Mr. G. H. Walsh, Mr. G. P. Wells, Miss Rebecca West y Mr. George Whale merecen las gracias que aquí se les dan por su ayuda al leer parte del manuscrito, o por señalar algún error en las entregas publicadas, hacer indicaciones, responder a preguntas o emitir pareceres. Otros corresponsales utilísimos han señalado erratas de imprenta y descuidos menores en la publicación por cuadernos que precedió a la edición en tomo, y han añadido algunos datos valiosos, y a ellos se les debe también cordial gratitud. Mr. C. M. Anton Belaiew, Mr. Henry Coates, Mr. J. A. Corry, Mr. Archibald Craig, Mr. W. V. Cruden, Mr. A. H. Dodd, Mr. T. B. Goldsmith, Mr. F. E. Green, Mr. F. S. Hase, Mr. Homer B. Hulbertt, Mr. Walter Ingleby, Mr. J. H. Leviton, Mr. H. Comyn Maitland, Mr. Karsten Meyer, Mr. Willian Platt, Mr. F. Gordon Roe, Mr. Alden Sampson, Mr. Neville H. Smith, Mr. M. Timur, Mr. W. H. Thompson, Mr. A. J. Vogán, Mr. W. A. Voss, Mr. G. F. Wates y uno o dos corresponsales de firma ilegible hicieron acertadas indicaciones al publicarse la segunda edición. También han sido útiles para esta revisión última los folletos contra el ESQUEMA *de Mr. Gomme y el Dr. Downel. Pero claro está que a ninguno de estos coadyuvantes se les ha ha de hacer responsables por los juicios, tono, disposición o forma literaria de este* ESQUEMA. *En la importancia relativa de las partes, en las deducciones morales y políticas de la narración, el autor ha tenido siempre que decidir en último término. Muy difícil ha sido para él el problema de la ilustraciones porque le faltaba experiencia previa en la publicación de un libro que las reclamara. No sólo un ilustrador, sino un colaborador, ha encontrado, por fortuna, en la persona de Mr. J. F. Horrabin, quien no ha escatimado su esfuerzo para hacer de éste un libro informativo y exacto. Los mapas y dibujos forman parte del texto, la parte más vital y decorativa. Algunos representan muchos días de lectura y trabajo* (1).

Una acción de gracias debe el autor a ese índice vivo de libros impresos que es Mr. J. F. Cox, de la London Library. Quisiera igualmente dejar consignada aquí la ayuda que Mrs. Wells le

(1) *Para esta edición castellana los dibujos de Mr. J. F. Horrabin han sido reproducidos y adaptados por el Sr. Hans Jansen.*

ha prestado. Sin su trabajo de copiar y volver a copiar a máquina los borradores de los diversos capítulos conforme iban siendo revisados y enmendados, de confrontar referencias, de hallar citas oportunas, de ir a caza de ilustraciones y de conservar en buen orden la masa total de los materiales de esta historia, y sin su constante ayuda y su crítica vigilancia, no hubiera sido posible llevarla a cabo.

H. G. WELLS.

DE LA EDICION ARGENTINA

UNA vez conocidos —por la "Nota Preliminar" de Enrique Díez-Canedo, y la "Introducción" del propio H. G. Wells— los esfuerzos, la dedicación y el aporte de opiniones y trabajo de tantos colaboradores eficientes en la realización del "Esquema de la Historia Universal", nos toca ahora decir algunas palabras sobre esta edición popular argentina, para referirnos a nuestro propio esfuerzo, a nuestra ímproba labor y a su inmejorable resultado.

Ya en circulación la edición de lujo de esta obra, nos cabe la honda satisfacción de poner ahora al alcance del público lector y estudioso esta edición popular, que reproduce en toda su extensión el texto de aquélla, acompañado de gran cantidad de grabados que prestan mayor claridad a la exposición de cada tema.

Debemos destacar especialmente que esta edición popular argentina del "Esquema de la Historia Universal" ha sido puesta al día por J. Salas Subirat, y completada con un informado y extenso estudio del profesor e historiador Enrique de Gandía, quién, retomando el curso histórico en el punto en que lo dejara Wells, en cuanto a la historia de América, la completa con nutrido aporte, en páginas meditadas y responsables. América se integra así, y se aclara en el "Esquema", surgiendo más real, más viva, desde sus albores en el Medioevo, y se proyecta, en una enlazada continuidad histórica, hasta los momentos presentes: país por país, territorio por territorio, estado por estado, etapa por etapa, aparecen aquí los grandes hombres, el medio y la tierra en que se mueven. España se despereza sobre las rutas del Nuevo Mundo, y las repúblicas libres y dueñas de su porvenir, abrazadas entre ellas y

unidas al destino de la humanidad, hacen la obra más completa y de mayores alcances. Ambos complementos, de J. Salas Subirat y de Enrique de Gandía, constituyen un esfuerzo editorial que no hemos titubeado en afrontar, a fin de que, con el aporte del primero, quedara descrita hasta su desenlace la segunda guerra mundial a que acabamos de asistir, y con el de Enrique de Gandía, que es en sí una obra señera y definitiva, fuese señalada, con un estudio medular y de proyecciones magistrales, la fuerte repercusión que el conflicto sobrepasado ha tenido y seguirá teniendo sobre los destinos de América.

De tal empeño, que hemos llevado adelante sin escatimar esfuerzos, surge la presente edición popular del "Esquema de la Historia Universal", y nos cabe la alta satisfacción y la honra de presentar un trabajo compacto, cumplido con dignidad, conocimiento y belleza por nuestros colaboradores, y que, por su valor y su indudable función cultural, confiamos ha de merecer la franca acogida que premiará con creces nuestros desvelos.

LOS EDITORES.

INDICE GENERAL

PÁG.

INDICE DE CAPITULOS

INDICE DE MAPAS Y DIAGRAMAS

PÁG

ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

I

LA TIERRA EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO

La tierra en que vivimos es un globo que gira. Nos parece muy vasta y sólo es una pizca de materia en la mayor vastedad del espacio.

El espacio, en su mayor parte, no es más que vacío. A grandes intervalos hay en ese vacío centros resplandecientes de calor y de luz, "estrellas fijas". Todas ellas se mueven en el espacio, aunque se les llame estrellas fijas, pero durante mucho tiempo los hombres no supieron que se movían. Tan grandes son y hay entre ellas tan tremendas distancias, que su movimiento no se percibe. Sólo se le puede apreciar en el curso de millares de años. Tan lejos están esas estrellas fijas que, con toda su inmensidad, aunque las miremos con los telescopios más potentes, parecen meros puntos de luz, más o menos brillantes. Algunas, sin embargo, cuando volvemos hacia ellas el telescopio, aparecen como remolinos y nubes de luciente vapor que llamamos nebulosas. Tan lejos están, que resultaría imperceptible un movimiento suyo de millones de millas.

Una estrella hay, sin embargo, tan próxima a nosotros, que nos parece una gran bola de fuego. Es el sol. El sol, por su naturaleza, es como una estrella fija, pero difiere de las demás estrellas fijas en la apariencia, porque está, sin comparación, mucho más cerca que las otras; y por estar más cerca han llegado a saber algo de su naturaleza los hombres. Su distancia media de la tierra es de noventa y tres millones de millas. Es una masa de materia encendida, con un diámetro de 866.000 millas. Su volumen es un millón y cuarto de veces el de la tierra.

A la imaginación le cuesta trabajo figurarse esto. Si la bala de un cañón Maxim disparada hacia el sol conservara su velocidad inicial sin menoscabo, tardaría siete años en llegar al sol. Con todo decimos que el sol está cerca, con arreglo a la escala de las estrellas. Si la tierra fuera una bola chica, de una pulgada de diámetro, el sol sería un globo con un diámetro de nueve pies; llenaría un dormitorio pequeño. Gira alrededor de su eje, pero como es un flúido incandescente, sus regiones polares no se desplazan con la misma velocidad que su ecuador, la superficie del cual da una vuelta en unos veinticinco días. La superficie visible para nosotros consiste

en nubes de vapor metálico incandescente: lo que hay debajo sólo podemos adivinarlo. La atmósfera del sol es tan cálida, que el hierro, el níquel, el cobre y el estaño forman parte de ella en estado de gases. Alrededor de él y a grandes distancias giran no sólo nuestra tierra, sino también ciertos cuerpos semejantes, llamados planetas. Estos brillan en el cielo porque reflejan la luz del sol; están lo bastante cerca de nosotros para que podamos distinguir con facilidad sus movimientos. Noche tras noche cambia su posición con respecto a las estrellas fijas.

Conviene entender cómo es el vacío del espacio. Si, según dijimos, el sol fuese una bola de nueve pies de grueso, nuestra tierra sería, en proporción, tamaña como una bola de una pulgada, y estaría a 323 yardas de distancia del sol. La luna sería menuda como un guisante, y estaría a 30 pulgadas de la tierra. Más cerca del sol que de la tierra habría otras dos motas, los planetas Mercurio y Venus, a la distancia de 125 y 250 yardas, respectivamente. Más allá de la tierra vendrían los planetas Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, a distancias de 500, 1.680, 3.000, 6.000 y 9.500 yardas, respectivamente. Habría también cierta cantidad de motitas mucho menores, volando entre estos planetas, y más en particular cierto número de los llamados asteroides, dando vuelta entre Marte y Júpiter, y de vez en cuando una leve bocanada de vapor y de polvo, más o menos luminoso, se entraría en el sistema procedente del casi ilimitado vacío ulterior. A esas bocanadas las llamamos cometas. Lo demás del espacio encima, y alrededor, y en insondables distancias más allá de nosotros, está frío, sin vida, vacío. La estrella fija más cercana, en esa escala menuda, recuérdese bien —la tierra, como bola de una pulgada y la luna como un guisante— estaría a una distancia de más de 40.000 millas. Muchas de las estrellas fijas que vemos estarían aún veintenas y centenares de millones de millas más lejos.

La ciencia que habla de estas cosas y de cómo los hombres han llegado a saberlas es la Astronomía, y a los libros de Astronomía debe ir el que quiera saber más acerca del sol y las estrellas. La ciencia y la descripción del mundo en que vivimos se llaman, respectivamente, Geología y Geografía.

El diámetro de nuestro mundo es poco menor de 8.000 millas. Tiene superficie rugosa y las partes salientes de su rugosidad son las montañas, y en los huecos de su superficie hay una capa de agua, los océanos y los mares. La capa de agua tiene unas cinco millas de espesor en lo más profundo, es decir: los océanos más hondos tienen una profundidad de cinco millas. Esto es poquísimo en comparación con el volumen del mundo.

Alrededor de esta esfera hay una delgada cubierta de aire, la atmósfera. Según ascendemos en globo o subimos por una montaña desde el nivel del mar, el aire pierde continuamente densidad hasta que al cabo se vuelve tan sutil que no puede sostener la vida. A unas veinte millas de altura, apenas si queda algo de aire: ni una centésima parte de la densidad que tiene a la orilla del mar. La mayor altura que un pájaro puede alcanzar en su vuelo es de unas cuatro millas: se dice que el cóndor puede llegar a tanto; pero la mayor parte de los pájaros pequeños e insectos llevados en aeroplanos o globos, caen insensibles a un nivel mucho más bajo, y la mayor altura a que haya subido jamás un montañés no llega a las cinco millas. Los hombres, en sus aeroplanos, han volado a alturas superiores a cuatro millas y ha habido globos con hombres que han alcanzado cerca de siete millas, pero a costa de considerable sufrimiento físico. Algunos globos experimentales llevando no hombres, sino instrumentos registradores, han llegado a la altura de veintidós millas [1].

En pocos centenares de pies superiores de la costra terrestre, a partir de la superficie, en el mar y en las capas del aire inferiores a cuatro millas, es donde se encuentra la vida. Nada sabemos de otras vidas, excepto en esas capas de aire y de agua que envuelven nuestro planeta. Que sepamos, todo lo demás del espacio está sin vida aún. Han discutido los hombres de ciencia acerca de la posibilidad de la vida, o de un proceso semejante, que tuviera lugar en los planetas Venus y Marte, pero no hacen sino apuntar meras posibilidades dudosas.

Algo nos han podido contar astrónomos, geólogos y físicos acerca del origen y de la historia de la tierra. Consideran que, hace largas edades, el sol era una masa de materia encendida, giratoria, no concentrada todavía en compacto núcleo de luz y de calor, notablemente mayor que ahora, con giro mucho más rápido, y en su girar dejaba que se desprendiesen fragmentos que fueron después planetas. La tierra fué uno de éstos. La masa llameante que fué material de la tierra se rompió al dar vueltas en dos: una más grande, que fué la tierra propiamente dicha, y otra menor, que hoy es la luna, muerta, callada. Los astrónomos nos dan razones convincentes para suponer que el sol, la tierra y la luna y todo el sistema giraban entonces a una velocidad mucho mayor que la velocidad con que hoy se mueven, y que, en el principio, nuestra tierra era una masa de llamas en que ninguna vida podía darse. A estas conclusiones han llegado por el camino de una bellísima e interesante serie de observaciones y razonamientos demasiado largos y

(1) Posteriormente, estas marcas han sido considerablemente superadas. Los aviones de combate han rebasado, con depósitos de oxígeno para los aviadores, las siete millas; los globos estratosféricos, con cámaras herméticamente cerradas y aire acondicionado, han llegado casi a las 15 millas, y los globos experimentales sin tripulación a las 25.

complicados para exponerlos aquí. Ellos nos fuerzan a creer que el sol, incandescente todavía, está hoy mucho más frío que estuvo, y gira más despacio ahora que antes, y que sigue enfriándose y va girando con más lentitud. Y enseñan también que la proporción en que la tierra gira ha disminuido y sigue disminuyendo; es decir, que nuestro día se hace cada vez más largo y que el calor central de la tierra va perdiéndose poco a poco. Tiempo hubo en que el día no era ni la mitad ni la tercera parte de lo que hoy es: en que un sol deslumbrante, ardoroso, mucho mayor que ahora, se movía visiblemente —si hubiera habido ojos que lo vieran— de levante a poniente, a través de un cielo. Tiempo habrá en que un día tenga la longitud que hoy tiene un año, y el sol, enfriándose, perdidos sus rayos, cuelgue inmóvil del cielo.

Debió de ser en días de sol mucho más cálido, de más rápido día y noche, de altas mareas, de fuerte calor, de terribles tempestades y terremotos, cuando empezó en el mundo la vida de que somos parte. La luna estaba también más cerca y brillaba más en aquellos días y tenía una faz mudable.

II

EL ARCHIVO DE LAS ROCAS

§ 1. *Las primeras cosas vivas*

No sabemos cómo empezó la vida en la tierra. Los biólogos, es decir, los que estudian la vida, han hecho cálculos acerca de sus comienzos, pero no hemos de discutirlos aquí. Anotemos tan sólo que todos ellos admiten que la vida empezó allí donde se desplegaron y se retrajeron sobre playas de lodo y arena las mareas de aquellos días rápidos.

Era entonces la atmósfera mucho más densa: grandes masas de nubes obscurecían de ordinario el sol; frecuentes tempestades entenebrecían el cielo. En aquellos días, la tierra, sacudida por violentas fuerzas volcánicas, era un suelo estéril, sin vegetación, sin terreno cultivable. Azotábanlo las casi incesantes lluvias tormentosas; ríos y torrentes arrastraban hacia la mar grandes cargas de sedimentos, que iban a convertirse en lodo para ser más adelante pizarras y esquistos, o en arenas que habían de ser luego areniscas. Los geólogos han estudiado la acumulación total de esos sedimentos tal como hoy se encuentra, desde los de las épocas más primitivas hasta los de las más recientes. Claro está que los más antiguos depósitos son los más alterados, cambiados y desgastados, y en ellos no hallamos hoy huella ninguna cierta de vida. Probablemente las más antiguas formas de la vida hubieron de ser muy pequeñas y leves, y no dejaron tras de sí evidencia ninguna de haber existido. Sólo cuando algunas de estas cosas vivas desarrollaron esqueletos y conchas de cal o de otra materia resistente por el estilo, pudieron dejar vestigios fósiles después de muertas y formar así un registro capaz de ser examinado.

Lo escrito acerca de geología es, en gran parte, una enumeración de los fósiles que se encuentran en las rocas, y del orden en que capa tras capa de rocas yacen superpuestas. Las rocas más antiguas han debido de formarse antes de que existiese mar, cuando la tierra estaba todavía demasiado caliente para que pudiese haberlo y cuando el agua que hoy es mar era atmósfera de vapor mezclado con el aire. En sus más altos niveles se apiñaban las nubes, y de ellas caía sobre las rocas una lluvia cálida, para con-

vertirse de nuevo en vapor, mucho antes de que llegaran a la incandescencia. Bajo esta atmósfera de vapor, la materia prima del mundo, fundida, se solidificó formando las primeras rocas. Estas irían solidificándose como el hojaldre sobre la brillante materia líquida inferior, como la lava cuando se enfría. Al principio se formarían costras y escorias: luego éstas volverían a fundirse y a cristalizarse antes de alcanzar espesor y volverse sólidas de modo permanente. Se da el nombre de gneis fundamental a un vasto sistema de rocas cristalinas que existe en el fondo, formado probablemente época tras época cuando iba acercándose a su fin la ardiente juventud del mundo. El aspecto general del mundo en los días que vieron formarse el gneis fundamental debió de parecerse, más que a todo lo que se pueda ver hoy sobre la tierra, al interior de un horno.

Pasadas largas épocas, el vapor de la atmósfera empezó también a condensarse y a caer sobre la tierra, derramándose por último sobre las cálidas rocas primordiales en riachuelos de agua caliente que se recogió en las depresiones, formándose los estanques, los lagos y los primeros mares. Las corrientes que iban de las rocas a aquellos mares arrastraban consigo polvo y partículas que dejarían un sedimento, y este sedimento, acumulado en capas o, como dicen los geólogos, en *estratos*, formó las primeras rocas de sedimento. Estas, a su vez, se hundieron en las depresiones y fueron cubiertas por otras, encorvándose, ladeándose, desgarrándose por las grandes conmociones volcánicas y por la fuerza de las mareas que barrían la corteza rocosa de la tierra. Todavía encontramos, aquí y allá, asomadas a la superficie del terreno, aquellas primitivas rocas sedimentarias, ya por no haberlas cubierto los estratos posteriores, ya por haber surgido después de estar ocultas durante largas épocas por desgaste reciente de la roca que las encubría (grandes superficies de ellas se ven, por ejemplo, en el Canadá); se han partido, encorvado, vuelto a fundir en parte, vuelto a cristalizar, endurecido y comprimido, pero se dejan reconocer por lo que son. Y no contienen ni una sola huella de vida. Suele llamárselas rocas *azoicas* (sin vida). Pero como en algunas de estas rocas sedimentarias primitivas aparece una substancia llamada grafito (plombagina o lápiz-plomo) y también óxido de hierro rojo y negro, y se ha afirmado que tales substancias necesitan para producirse la actividad de los seres vivos, lo cual pudiera ser cierto o no serlo, algunos geólogos prefieren dar a esas rocas sedimentarias primitivas el nombre de *arqueozoicas* (vida primordial). Suponen que la vida estuvo primero en una tenue materia sin concha, esqueleto u otra estructura capaz de permanecer como fósil identificable después de su muerte, y que su influencia química hizo precipitarse el grafito y el óxido de hierro. Esto es, desde luego, mera conjetura

y hay, por lo menos, las mismas probabilidades de que cuando se formaron las rocas azoicas no hubiese comenzado aún la vida.

Tendidas sobre esas rocas azoicas o arqueozoicas y envolviéndolas, hay otras, evidentemente muy antiguas y desgastadas también, que conservan vestigios de vida. Los primeros restos son de facilísima descripción: vestigios de plantas sencillas, de las llamadas algas, o señales como el rastro de los gusanos en el légamo marino. También hay esqueletos de seres microscópicos que se llaman ra-



(Es notable la semejanza general, excepto en cuanto al tamaño, con la vida que aparece al microscopio con una gota de agua de un charco estival, en nuestros días.)

diolarios. A esta segunda serie de rocas se le llama serie *proterozoica* (del comienzo de la vida) y corresponde a una larga época de la historia del mundo. Tendida entre las rocas proterozoicas y por encima de ellas hay una tercera serie que contiene, según se ha comprobado, considerable número y variedad de rastros de seres vivos. Viene primero la evidencia de una porción de mariscos, crustáceos y otros varios animales rastreros, como gusanos, lamas, etcétera; luego multitud de peces e indicios de plantas y criaturas terrestres. A estas rocas se las llama rocas *paleozoicas* (de vida antigua). Corresponden a una vasta era, durante la cual iban extendiéndose poco a poco, creciendo y desarrollándose la vida en

los mares de nuestro mundo. Durante largas épocas, a través del tiempo paleozoico primitivo, sólo hubo reproducción de los seres que nadaban o se arrastraban dentro del agua. Hubo seres llamados trilobites; eran criaturas rastreras, del tamaño de los piojillos de mar, emparentados tal vez con los actuales limulos de América. Había también escorpiones de mar, prefectos de aquel mundo primitivo. De éstos, algunos individuos de determinadas especies tenían unos nueve pies de largo. Eran las manifestaciones superiores de la vida. Había distintas y abundantes clases de una especie de mariscos llamados braquiópodos. Eran animales-plantas, con raíces como las plantas y juntos entre sí, y con tallos sueltos flotantes en el agua.

No se daba una extensión de vida capaz de excitar nuestra imaginación. Nada había que pudiera correr o volar o aun nadar con habilidad y rapidez. Sólo por el tamaño de algunos seres podría diferenciarse, con menor variedad todavía, la vida de entonces, de la que un estudiante de hoy puede observar con el microscopio en un charco durante las vacaciones veraniegas. Tal fué la vida de los mares no muy hondos, a través de mil millones de años o más, durante el período paleozoico primitivo. En aquel tiempo, la tierra, al parecer, era estéril en absoluto. No encontramos huella ni indicio de vida terrestre. Todo lo que por entonces vivía, vivía dentro del agua durante toda o la mayor parte de su vida.

Entre la formación de estas rocas paleozoicas inferiores en que reinaron el escorpión de mar y el trilobites, y los días nuestros, han transcurrido épocas casi inconmensurables, representadas por yacimientos y masas de rocas sedimentarias. Primero, las rocas paleozoicas superiores, en las que distinguen los geólogos dos grandes grupos. Inmediatamente encima de las paleozoicas vienen las rocas *mesozoicas* (de la vida media), vasto sistema secundario de rocas con fósiles, que representa quizá un millar de millones de años rápidos, y encierra una muchedumbre maravillosa de restos fósiles, huesos de reptiles gigantescos y otros análogos que ahora describiremos; y encima vienen luego las rocas *cainozoicas* (de vida reciente), ingente volumen tercero de la historia de la vida, volumen sin terminar en que la última hoja escrita está formada por la arena y el légamo arrastrado ayer hacia el mar desde las orillas del mundo para sepultura de huesos, escamas, cuerpos y rastros que han de llegar a ser los fósiles de cuanto hoy existe.

Esas señales y esos fósiles en las rocas y las rocas mismas son nuestros primeros documentos históricos. La historia de la vida que los hombres han ido y van desentrañando aún apoyándose en ellas, es lo que se llama el archivo de las rocas. Con su estudio, van los hombres, lentamente, juntando las piezas de la historia de los comienzos de la vida y de los comienzos de nuestra especie.

no sospechados por nuestros antecesores de hace un siglo. Pero cuando llamamos archivo e historia a estas rocas y fósiles, no hay que suponer en ellos signo ninguno de una serie ordenada. Es únicamente que cuanto ocurre deja alguna huella, a poco inteligentes que seamos para encontrarle significación. Tampoco las rocas están en yacimientos ordenados el uno encima del otro para



facilitarles la lectura a los hombres. No son como los libros y las páginas de una biblioteca: están desgarrados, rotos, interrumpidos, dispersos, destruidos, como desordenado taller que haya soportado sucesivamente un bombardeo, una ocupación militar enemiga, un saqueo, un terremoto, un motín y un incendio; y tanto es así, que durante generaciones incontables el archivo de las rocas estuvo enterrado bajo los pies de los hombres, sin que nadie lo sospechara. Los jonios conocían los fósiles en el siglo VI antes de J. C.; Eratós-

tenes, con otros, discutió acerca de ellos en Alejandría en el siglo III antes de J. C., discusión resumida en la *Geografía* de Estrabón (¿20-10 a. C.?). Los conoció, sin hacerse cargo de su naturaleza, el poeta latino Ovidio, que los tuvo por las primeras manifestaciones toscas del poder creador. No pasaron inadvertidos para los escritores árabes del siglo X. Leonardo de Vinci, que vivió en fecha tan próxima a nosotros como el principio del siglo XVI (1452-1519), fué uno de los primeros europeos que acertaron con la verdadera significación de los fósiles; pero sólo de siglo y medio a esta parte se han empezado a descifrar seriamente y de modo continuo estas páginas primitivas de la historia del mundo, por tanto tiempo desdeñadas.

§ 2. *¿Qué edad tiene el mundo?*

En los cálculos acerca del tiempo geológico hay enormes diferencias. Geólogos y astrónomos, asentados en diversos puntos de mira, han estimado la edad de las rocas más vetustas con diferencias que van de 1.600.000.000 a 25.000.000. Lo único que se puede afirmar con certeza es la vastedad del tiempo, que ha de contarse por veintenas y quizá por cientos de millones de años. Divida el lector por diez, multiplique por dos, a su gusto, cada cifra del adjunto diagrama; nadie podrá contradecirle. De la cantidad relativa de tiempo que va de una a otra época tenemos, no obstante, evidencia fuerte; si el lector deja los 800.000.000 que indicamos en 400.000.000, tendrá que reducir los 40.000.000 del cainozoico a 20.000.000. Y adviértase que sea cual fuere la suma total, la mayor parte de los geólogos admiten que la mitad o más de la mitad del tiempo geológico, totalmente considerado, transcurrió antes de que la vida se desarrollara en el paleozoico secundario. El lector que recorra apresuradamente estos capítulos iniciales, podrá considerarlos como un mero preludio rápido de preparación para la historia aparentemente mucho más larga que sigue, pero en realidad esa historia subsiguiente sólo es más larga por más detallada e interesante para nosotros. En perspectiva, aparece más amplia. Durante un tiempo que da vértigo imaginar, la tierra giró, cálida y sin vida, y después, durante otro tiempo de la misma vastedad, no tuvo vida que rebasara el nivel de la que vemos en los animalillos de un charco.

Desde el punto de mira de la vida y de la humanidad, no sólo está vacío el espacio; también lo está el tiempo. La vida es como un tenue resplandor, apenas encendido aún, en esas vacuas inmensidades.

III

SELECCION NATURAL Y CAMBIOS DE ESPECIES

CONVENDRÁ ahora sentar con sencillez algunos hechos generales con respecto a una novedad, la *vida*, que iba arrastrándose por las aguas de escasa profundidad y por los légamos entre marea y marea del período Paleozoico primitivo, y que está acaso confinada únicamente en nuestro planeta, dentro de la inmensidad del espacio.

La vida difiere de todo lo que carece de vida, en ciertos aspectos generales. Entre las cosas vivas de hoy existen las más prodigiosas diferencias, pero todo lo vivo, pasado y presente, coincide en poseer *cierta fuerza de crecimiento*, todo lo vivo se *nutre*, todo lo vivo se *mueve* para alimentarse y crecer, aunque el movimiento se reduzca al despliegue de las raíces en la tierra o de las ramas en el aire. Además, todo lo vivo se reproduce; da origen a otras cosas vivas, ya creciendo y dividiéndose, ya por medio de semillas, o esporos, o huevos, u otros medios de producir crías. La *reproducción* es característica de la vida.

Nada vivo vive siempre. Parece ser que hay un *límite de crecimiento* para cada clase de ser vivo. Entre las cosas pequeñísimas, de vida simple, como esa microscópica burbuja de materia simple, la *amiba*, un individuo puede crecer y partirse luego en dos nuevos individuos, capaces de dividirse a su vez. Otras muchas criaturas microscópicas viven activamente durante algún tiempo, crecen, y se quedan después quietas e inactivas, se encierran en una cubierta exterior y se rompen por completo en una cantidad de seres más pequeños todavía, de esporos, que se sueltan y esparcen y crecen luego a semejanza de su ser originario. Entre las criaturas más complejas, la reproducción no suele ser una división tan sencilla, aunque haya división, aun en el caso de muchos tamaños, hasta el punto de ser perceptibles sin auxilio de aparato alguno. Pero, en casi todos los seres de cierto tamaño, es regla que el individuo crezca hasta determinado límite. Luego, en vez de seguir aumentando, su crecimiento declina y cesa. Cuando llega a su plenitud de tamaño, *madura*, empieza a producir crías, que nacen vivas o salen de un huevo. Pero no todo su cuerpo, sino sólo una parte especial de él, produce crías. Cuando el individuo ha vivido y dado

progenie durante algún tiempo, envejece y muere. Esto ocurre por una especie de necesidad. Hay un límite práctico para su vida, lo mismo que para su crecimiento. Y esto es verdad, lo mismo para las plantas que para los animales, y no lo es para lo que no tiene vida. Lo que no vive, como los cristales, crece, pero sin límites de crecimiento o tamaño, y *no se mueve por propia determinación y carece de actividad interna*. Formados una vez, los cristales pueden subsistir durante millones de años sin cambiar. *No existe la reproducción* para lo que no tiene vida.

Este crecimiento, muerte y reproducción de los seres vivos, conduce a varias consecuencias maravillosas. Las crías que son producto de un ser vivo, vienen a ser, directamente o después de algunos cambios y etapas intermedias (como las transformaciones de la oruga y de la mariposa), semejantes al ser que les dió vida. Pero nunca son exactamente iguales a ellos ni iguales entre sí. Hay siempre una leve diferencia, que llamamos *individualidad*. Mil mariposas de este año pueden producir dos o tres mil del año próximo; éstas nos parecerán exactamente iguales a sus predecesoras, pero, en cada una existirá aquella leve diferencia. Nos cuesta trabajo ver individualidad en las mariposas porque no las observamos muy de cerca, pero nos es fácil verla en el hombre. Todos los hombres y mujeres que existen hoy en el mundo, descienden de los hombres y mujeres del año 1800 de nuestra era, pero ninguno de nosotros es hoy exactamente lo mismo que uno de aquella generación extinta. Y lo que es cierto para los hombres y las mariposas es cierto para toda cosa viva, plantas lo mismo que animales. Cada especie muda todos sus individuos a cada generación. Tan cierto es esto en cuanto a todos los menudos seres que pulularon, se reprodujeron y murieron en los mares arqueozoicos y proterozoicos, como en cuanto a los hombres de hoy.

Cada especie de seres vivos muere y vuelve a nacer continuamente, como multitud de individuos nuevos.

Considérese ahora lo que ocurrirá con una generación recién nacida de seres vivos de cualquier especie. Algunos individuos serán más fuertes, o más tenaces, o más aptos que los demás para tener éxito en la vida; muchos individuos serán más débiles o menos aptos. En casos particulares aislados podrá haber fortuna o accidente, pero *en general* los individuos mejor equipados vivirán, crecerán y se reproducirán, y los débiles, *por lo común*, se destruirán. Estos últimos tendrán menores posibilidades de nutrirse, luchar con sus enemigos y salir adelante. Así cada generación viene a hacer una tría en la especie, desechando lo más débil e inepto y escogiendo lo fuerte y lo apto. A este proceso se le llama *selección natural* o *supervivencia de los mejores* (¹).

(¹) Con más propiedad se le llamaría *supervivencia de los buenos*.

Síguese, pues, del hecho de que las cosas vivas crezcan, se alimenten y mueran, que todas las especies, mientras las condiciones en que vivan sigan siendo las mismas, van haciéndose cada vez más perfectamente aptas para dichas condiciones a cada generación.

Pero supongamos ahora que las condiciones cambian, que el

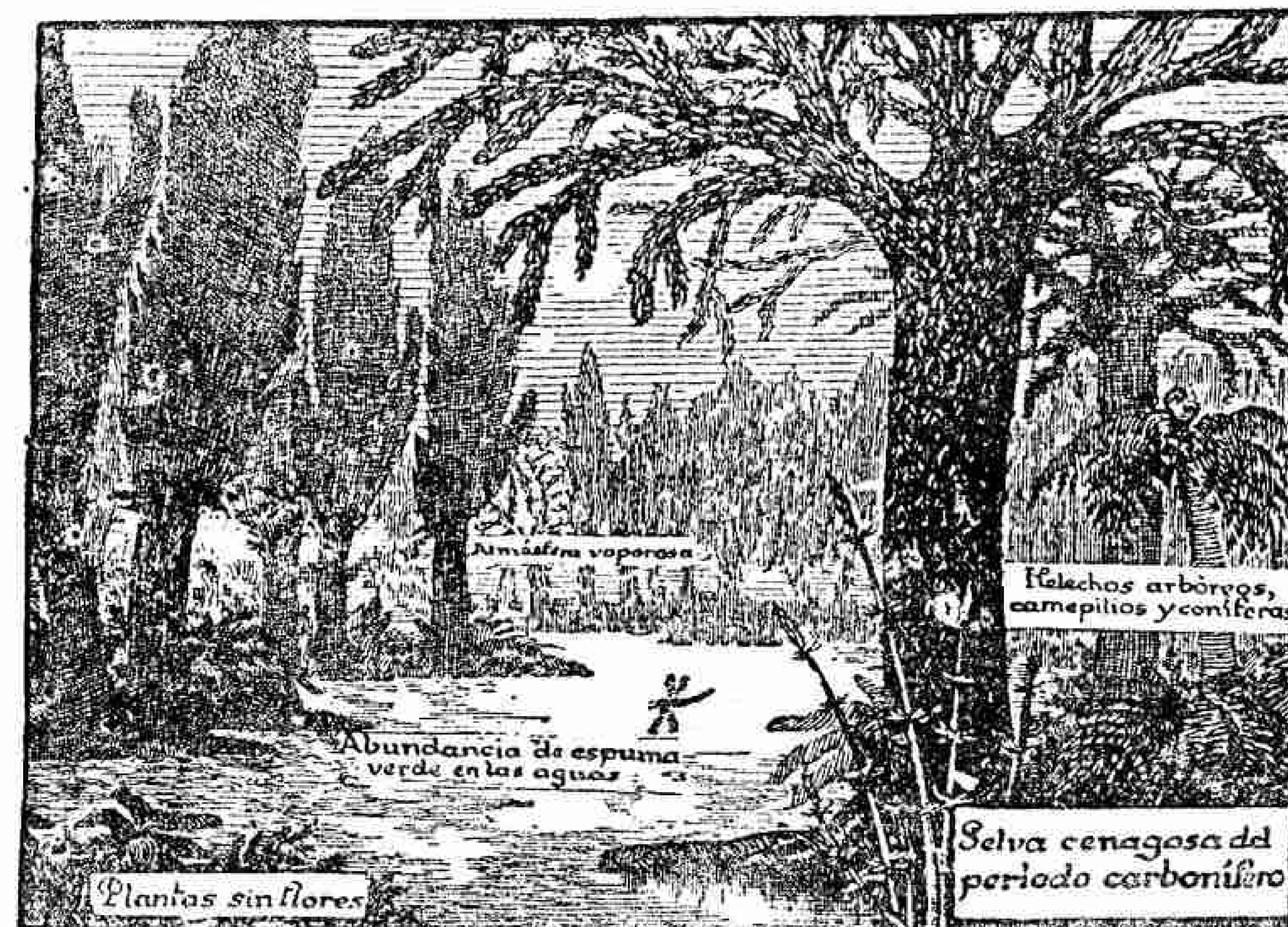


DIAGRAMA DE LA VIDA EN EL PERIODO PALEOZOICO SECUNDARIO
La vida va surgiendo del agua. Véase un insecto semejante a una libélula. Hubo en estos pantanos, anfibios semejantes a lagartijas, salamandras gigantescas y aun reptiles primitivos.

tipo de individuo hecho a triunfar llega al fracaso y que a otro tipo de individuo que no podía desenvolverse en las antiguas condiciones le llega la vez. Tales especies cambiarán, por lo tanto, de generación en generación; el tipo antiguo de individuo que solía prosperar y dominar irá decayendo y pereciendo, y el nuevo tipo de individuo llegará a ser el dominante hasta que cambie el carácter general de la especie.

Supongamos, por ejemplo, que un animalillo de piel pardoblancuzca vive en un país de fríos rigurosos, ordinariamente nevado. Los individuos que tengan la piel más espesa, más blanca, serán los que menos sufran por el frío, los que sean menos visibles para

sus enemigos y los que puedan pasar más inadvertidos cuando busquen presa. La piel de esa especie irá espesándose, ganando en blancura, a cada generación, hasta que no haya ventaja en el sucesivo aumento.

Imagínese ahora un cambio de clima que haga calurosa la tierra, barra las nieves, dé resplandeciente visibilidad a los seres blancos durante la mayor parte del año y convierta la espesa piel en una molestia. En tal caso, todo individuo que tenga un tinte pardo en la piel y un pelo más fino encontrará en ello ventaja, la piel blanca y el pelo espeso se convertirán en un estorbo, y habrá un desecho de blancos a favor de los pardos en cada generación. Si el cambio de clima se efectúa muy rápidamente, podrá hasta dejar exterminada la especie entera; pero si se verifica de modo gradual, la especie, aunque pase por trances difíciles, podrá ir cambiando también y adaptándose de generación en generación. A este cambio y adaptación se le llama *Modificación de las especies*.

Quizá el cambio de clima no ocurra en todo el territorio habitado por la especie; acaso ocurra sólo en una orilla de un gran brazo de mar o en un lado solo de una gran cordillera u otro accidente del terreno que lo divida, y no en el otro. Puede desviarse una cálida corriente oceánica, como la Corriente del Golfo, y fluir de modo que caliente un lado del obstáculo, dejando el otro frío. En tal caso, la especie seguirá en el lado frío acrecentando hasta lo posible el espesor y la blancura de su piel, y en el otro se modificará en el sentido del color pardo y la pelambre rala. Y aun pueden sobrevenir más cambios al mismo tiempo; tal vez una diferencia en las garras, porque una mitad de la especie tendrá que escarbar a menudo en la nieve para buscar el sustento, en tanto que la otra ande corriendo por tierras pardas. Es probable también que la diferencia de clima introduzca diferencias en la clase de alimento procurable, y que ello origine diferencias en los dientes y en los órganos digestivos. Y puede haber cambios en las glándulas epidérmicas del sudor y de la grasa, debidos a los cambios de la piel, que afecten a los órganos de secreción y a toda la química interna del cuerpo. Y así en la estructura entera de los seres. Tiempo vendrá en que las dos variedades separadas de aquella única especie primitiva lleguen a ser tan desemejantes entre sí, que se las reconozca por especies distintas. A esta escisión de una especie en dos o más en el curso de las generaciones, se le llama *diferenciación de especies*.

Y debiera ser claro para el lector que, dados unos hechos elementales en la vida, dados el crecimiento, la muerte, la reproducción, con la variedad individual en un mundo que cambia, la vida *tiene que* cambiar de igual modo, la modificación y la dife-

renciación *tienen que* ocurrir y las viejas especies *tienen que* desaparecer para que aparezcan las nuevas. Hemos escogido para ejemplo una especie animal conocida; pero lo que es cierto en cuanto a los animales de piel entre nieves y hielos, es cierto para la vida toda, e igualmente cierto para los blandos seres gelatinosos y los sencillos comienzos de vida que flotaban y se arrastraban durante centenares de millones de años entre los flujos y reflujos y en las superficiales aguas calientes de los mares proterozoicos.

La vida primitiva del mundo primitivo, cuando el sol brillante se alzaba y se ponía en la cuarta parte del tiempo que ahora emplea, cuando los mares calientes se derramaban en grandes mareas sobre las arenosas y cenagosas costas de las tierras rocosas, y el aire estaba lleno de nubes y vapores, tuvo que modificarse y variar, y las especies desarrollarse con gran rapidez. La vida era probablemente tan ligera y tan corta como los días y los años; las generaciones, despojadas por la selección natural, seguíanse unas a otras en sucesión rápida.

La selección natural es un proceso más lento en el hombre que en las demás criaturas. Es preciso el transcurso de veinte o más años para que un ser humano ordinario de la Europa occidental crezca y se reproduzca. En el caso de los demás animales la nueva generación está a prueba en un año, o antes todavía. En seres tan sencillos y humildes, sin embargo, como los que aparecieron al comienzo en los mares primordiales, el crecimiento y la reproducción fué probablemente asunto de pocas horas o aun de pocos minutos. Por lo tanto, la modificación y diferenciación de las especies sería extremadamente rápida, y la vida se habría ya desarrollado en una gran variedad de formas ampliamente contrastadas, antes de que empezara a dejar huella en las rocas. El Archivo de las Rocas no se abre, pues, con ningún grupo de formas íntimamente relacionadas entre sí, de las que desciendan todas las criaturas existentes. Empieza a mitad del juego, casi con todas las principales divisiones del reino animal hoy representadas. Las plantas son ya plantas; los animales, animales. Se levanta el telón para un drama del mar ya empezado, que dura desde hace algún tiempo. Ya se descubre a los braquiópodos en sus conchas aceptando y consumiendo por lo común la misma clase de alimento que hoy consumen las ostras y los mejillones; los grandes escorpiones de agua se arrastran por entre las algas, los trilobites se arrollan como pelotas y luego se desenvuelven y escapan. En el antiguo légamo, entre las algas primitivas, hubo probablemente una vida de infusorios y seres análogos tan rica y abundante y activa como la que se ve hoy en la gota de agua de un charco. En las aguas del océano también, hasta el extremo límite inferior adonde

pueda filtrarse la luz, entonces y ahora, han existido en abundancia seres menudos, traslúcidos y, en muchos casos, fosforescentes.

Pero aunque en el océano y en las aguas de las mareas pululara ya la vida, la tierra más alta que el máximo nivel de las mareas era todavía, por lo que podemos adivinar, una pétrea soledad sin señales de vida.

IV

INVASION DE LA TIERRA FIRME POR LA VIDA

§ 1. *La vida y el agua*

ALLÍ donde corría la línea de las costas, allí estaba la vida; ya la vida siguió teniendo al agua por mansión, medio y necesidad fundamental.

Los primeros principios gelatinosos de la vida debieron de perecer en cuanto salieron del agua, como las medusas al quedar en seco perecen hoy en nuestras playas. Fatal fué para todo lo viviente la sequedad en aquellos días, y, por de pronto, nada pudo defenderse contra ella. Pero en un mundo de lluvias encharcadas y de mares y mareas poco profundos, cualquier variación que permitiera a una cosa viva recoger y mantener la humedad durante las horas de marea baja o de sequía, encontraba perfecto apoyo en las circunstancias del tiempo. Existiría constantemente el riesgo de quedarse en seco. Y, por otra parte, la vida tuvo que mantenerse más bien próxima a la costa y las playas, en los bajíos, porque tenía necesidad de aire (disuelto en agua, por supuesto) y de luz.

Sin agua no hay ser que pueda respirar, no hay ser que pueda digerir su alimento. Hablamos de aire respirable; pero lo que hacen verdaderamente todas las cosas vivas es respirar oxígeno disuelto en agua. El aire que nosotros respiramos ha de disolverse primero en la humedad de nuestros pulmones, y todo el alimento nuestro ha de tornarse líquido antes de que lo asimilemos. Los seres acuáticos que están siempre sumergidos agitan las agallas libremente expuestas con que respiran en el agua, y extraen el aire disuelto en ella. Pero el que ha de estar expuesto algún tiempo fuera del agua ha de tener el cuerpo y el aparato respiratorio protegidos contra la sequedad. Antes de que las algas pudieran correrse de los mares paleozoicos primitivos a la línea de las mareas hubieron de desarrollar una cubierta exterior más resistente que les conservara la humedad. Antes de que el antepasado del escorpión de mar pudiera sobrevivir una vez empujado afuera por la marea, tuvo que desarrollar su caparazón y armadura. Probablemente los trilobites desarrollaron su cubierta resistente y se arrollaron como bolas,

más que como protección contra los otros y contra los demás enemigos que tuviesen, como precaución contra la sequedad. Y cuando ahora subimos a las rocas paleozoicas y vemos aparecer el pez antes que todos los animales de espinazo o vértebras, juzgamos evidente que muchos de ellos estaban adaptados ya mediante la protección de sus agallas con cubiertas de agalla y con una especie de vejiga natatoria o pulmón para hacer frente al peligro de quedarse temporalmente en seco.

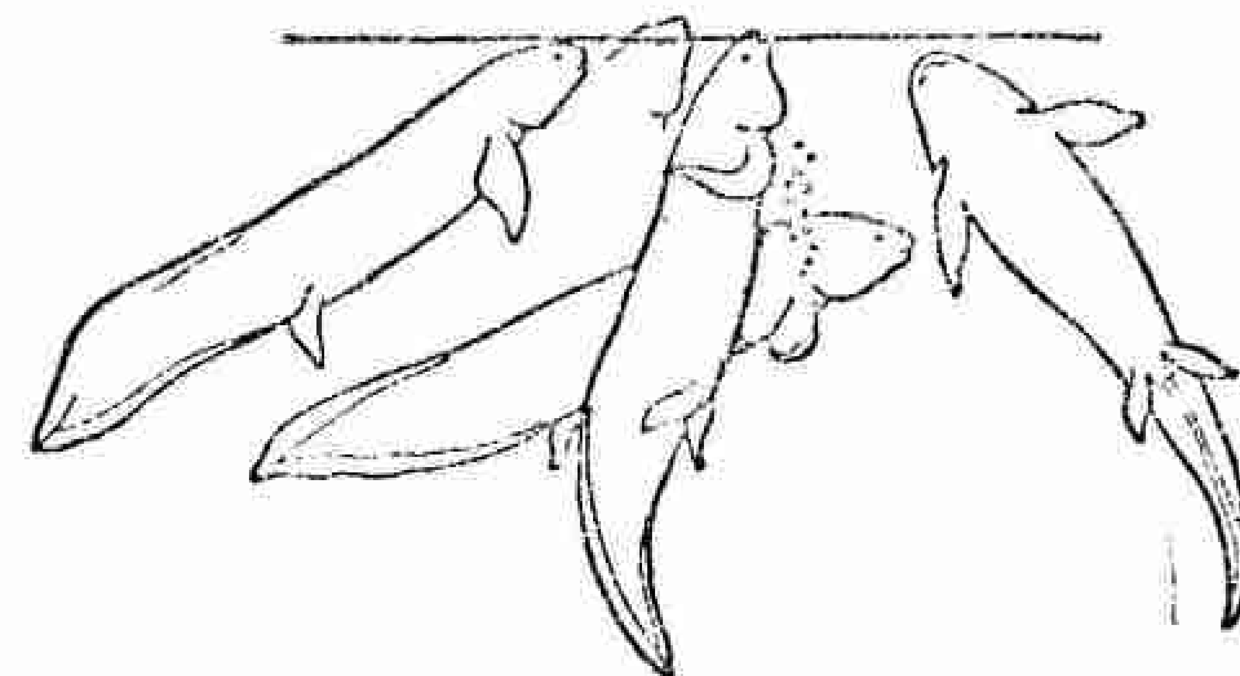
Las algas y plantas que iban adaptándose a las condiciones de las mareas, se trasladaban a una región de luz más brillante, porque la luz es muy necesaria y preciosa para todas las plantas. Todo desarrollo estructural que las irguiera y levantara hacia la luz de modo que, en lugar de contraerse y desplomarse cuando las aguas retrocedieran, les permitiera mantenerse y desplegarse, constituía una gran ventaja. Y así las vemos desarrollar fibra y soporte, y hallamos en ellas el comienzo de la *fibra de madera*. Las primeras plantas se reproducían por medio de leves esporos o "gametes" semianimales que se soltaban en el agua, y el agua los distribuía, y sólo en el agua podían germinar. Las plantas primitivas, y las más humildes plantas de hoy, estaban y están ligadas al agua por las condiciones del ciclo de su vida. Pero también acerca de esto hubo gran ventaja en el desarrollo de cierta protección de los esporos contra la sequedad que permitiera a la reproducción realizarse sin sumersión. En cuanto la especie logró esto, pudo vivir y reproducirse y desarrollarse por encima del nivel más alto de las aguas, bañadas por la luz y fuera del alcance de los golpes y peligros de las olas. Las principales divisiones clasificadoras de las plantas mayores señalan fases en la liberación de las plantas de la necesidad de sumersión, por el desarrollo del soporte de madera y de un método de reproducción que desafíe cada vez más la sequedad. Las plantas más humildes son todavía siervas y prisioneras del agua. Los ínfimos musgos han de vivir en charcas, y aun el desarrollo del esporo de los helechos requiere, en determinadas fases, una extrema humedad. Las plantas mayores se han libertado de tal modo del agua, que pueden vivir y reproducirse sólo con un poco de humedad en el terreno. Han resuelto el problema de vivir enteramente fuera del agua.

Lo más esencial de este problema se desenvolvió a través de los vastos tiempos de la Edad Proterozoica y de la primera Edad Paleozoica por los métodos de experimentación y juicio de la Naturaleza. Después, poco a poco, más en gran abundancia, empezó a brotar de los mares y de las tierras más bajas una diversidad de plantas nuevas, que se mantenían aún en las ciénagas, lagunas y corrientes de agua para desarrollarse.

§ 2. *Los animales primitivos*

Y después de las plantas comenzó la vida animal.

No hay variedad de animal terrestre en el mundo, como no hay variedad de planta terrestre, cuya estructura primaria no haya sido la de un ser acuático, adaptada por modificaciones y diferenciaciones de especies a la vida fuera del agua. Esta adaptación se ha logrado de varias maneras. En el caso del escorpión terrestre, las agallas del primitivo escorpión de mar están sumidas en el cuerpo para impedir la evaporación rápida en los pulmones. Las agallas de los crustáceos, tales como los cangrejos que corren al aire libre, están protegidas por las cubiertas de la concha dorsal o caparazón. Los antepasados de los insectos desarrollaron un sistema de bolsas y tubos de aire, los tubos traqueales, que llevan el aire a todo el cuerpo antes de que se disuelva. En el caso de los animales vertebrados terrestres, las agallas del pez ancestral estuvieron primeramente suplidas y fueron después reemplazadas por un ensanche del cuello en forma de saco, la primitiva vejiga natatoria pulmonar. Hasta hoy sobreviven ciertos peces de ciénaga que nos permiten comprender muy claramente el método por el cual los vertebrados terrestres se abrieron camino para salir del agua. Estos seres (por ejemplo, el pez pulmonado africano) se hallan en las regiones tropicales en que hay una fuerte estación lluviosa y una estación seca, durante la cual los ríos se convierten en zanjas de légamo amasado. Durante la estación de las lluvias, aquellos peces nadan y respiran por medio de agallas, como los demás peces. Cuando se evaporan las aguas del río, los pescados se entierran en el lodo, sus agallas dejan de tener empleo y el ser se mantiene vivo, hasta que las aguas vuelven, tragando el aire que pasa por su vejiga natatoria. El pez pulmonado australiano, cuando le sorprende la sequía del río convertido en charcas estancadas, sube a la superficie y traga aire. La lagartija de agua en el estanque hace exacta-



Peces australianos con pulmones respirando aire. Según Dean

Un tipo de transición entre los vertebrados acuáticos y los terrestres.

mente lo mismo. Esos seres todavía se hallan en una fase de transición, la fase en que los antepasados de los animales vertebrados mayores se vieron libres de su encierro en una vida subacuática.

Los anfibios (ranas, salamandras, gasterópodos, etc.) muestran aún en la historia de su vida todas las fases del proceso de su liberación. Dependen todavía del agua para reproducirse; han de poner sus huevos en agua soleada para que en ella se desarrollen. El renacuajo tiene branquias externas divergentes que se agitan en el agua; luego se les forma encima un paquete de branquias que forma como un opérculo que se cierra. Y cuando aparecen las piernas del animal y aun no su cola, empieza a usar los pulmones, y las agallas menguan y desaparecen. La rana adulta puede vivir todo el resto de sus días en el aire, pero se ahogará si se la mantiene constantemente bajo el agua. Si pasamos a los reptiles, hallamos, sin embargo, que el huevo está protegido de la evaporación por una cáscara resistente, y que este huevo produce crías que respiran por pulmones desde el comienzo de la incubación. El reptil coincide con la planta que germina en que está libre de la necesidad de permanecer en el agua durante una fase de su vida.

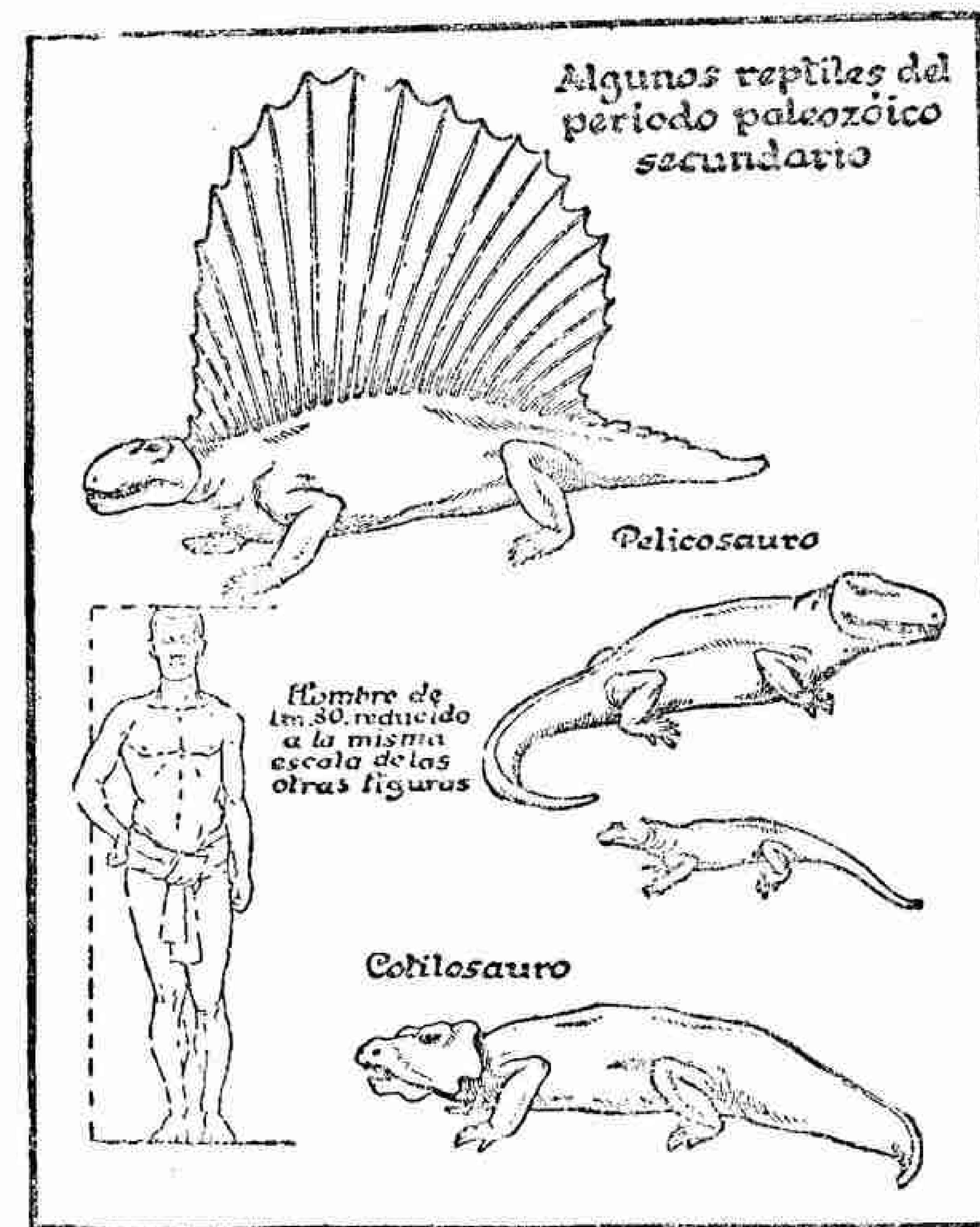
Las más modernas rocas paleozoicas del hemisferio septentrional nos suministran materiales para una serie de cuadros de este lento desarrollo de la vida terrestre. Geográficamente, en torno de la mitad septentrional del mundo hubo una época de lagunas y mares de escaso fondo, favorabilísima para tal invasión. Las nuevas plantas, en cuanto hubieron adquirido la facultad de vivir esta nueva vida aérea, se desarrollan con extraordinaria riqueza y variedad.

No había entonces, en verdad, verdaderas plantas con flores (1), ni hierbas, ni árboles que perdieran su hoja en invierno (2); la primera flora consistió en grandes helechos arbóreos, gigantescas equisetáceas, helechos y cicadáceas y vegetales análogos. Muchas de estas plantas tomaron forma de árboles de grueso tallo, de los que se conservan hoy muchos troncos fósiles. Algunos árboles de éstos pasaban de cien pies de altura, y pertenecían a órdenes y clases ya desaparecidos. Tenían sus troncos en el agua, en la que había, sin duda, una espesa maraña de suaves musgos y limo verde con brotes fungosos que han dejado escasos vestigios apreciables. Los abundantes restos de estas primeras selvas sumergidas constituyen los más importantes yacimientos de carbón del mundo actual.

Entre esta exuberante vegetación primitiva se arrastraban, se deslizaban, revoloteaban los primeros insectos. Los había de alas

(1) Fanerógamas.
(2) Árboles de hoja caediza.

rígidas, seres de cuatro alas, a menudo muy grandes, y algunos con alas de un pie de largo. Había multitud de libélulas: el ala de una, encontrada en los yacimientos belgas de carbón, media veintinueve pulgadas. Había asimismo gran variedad de cucarachas. Abundaban los escorpiones y muchas arañas primitivas que care-



Algunos reptiles primitivos.

cían de órgano apropiado para urdir su tela (3). Aparecieron los caracoles de tierra. Apareció, también, el primer escalón conocido de nuestra ascendencia en la tierra, los anfibios. Según nos remon-

(3) Esto, en opinión de Mr. R. I. Pockock, hay que tomarlo en sentido restricto. Hubo arañas carboníferas con órganos tejedores, aunque sólo usaran los hilos para proteger el huevo. Y cree que los miriápodos carboníferos tendían a abrirse morada bajo los árboles.

tamos a los más altos niveles de la evolución en el paleozoico terminal, hallamos que el proceso de la adaptación al aire ha llegado nada menos que a la aparición de verdaderos reptiles, entre los abundantes y diversos anfibios.

La vida terrestre de la Edad Paleozoica más moderna fué la vida de una verde selva sumergida, sin las flores, los pájaros ni el rumor de insectos de ahora. No había ningún animal terrestre de gran tamaño; los anfibios que se revolcaban en el cieno y los reptiles primitivos eran los seres más elevados que la vida había producido hasta entonces. Las tierras altas o lejanas del agua eran aún estériles, sin vida. Pero constantemente, generación tras generación, la vida iba surgiendo del mar de escaso fondo en que comenzó.

V

CAMBIOS DE CLIMA EN EL MUNDO

§1. *Por qué cambia de continuo la vida*

El Archivo de las Rocas es como un gran libro que se ha manejado muy descuidadamente. Tiene desgarradas, ajadas y deslucidas las hojas, y muchas de ellas se han perdido. El esquema de la historia que abocetamos aquí ha ido componiéndose despacio, trabajosamente, gracias a investigaciones todavía incompletas, que van adelantando. Las rocas carboníferas, los "yacimientos de carbón", nos dejan ver la primera expansión grande de la vida sobre las tierras bajas y húmedas. Vienen después las hojas desgarradas que se denominan rocas pérmicas (contadas entre las últimas etapas del paleozoico), en las cuales pocos vestigios nos quedan de su tiempo. Sólo después de un largo intervalo, vuelve a desplegarse generosamente la historia.

Ya se habrá comprendido que siempre han venido produciéndose grandes cambios de clima, que a veces han estimulado y a veces contrariado a la vida. Cada especie de seres vivos se adapta constantemente, con más o menos rigor, a sus condiciones; y éstas cambian sin cesar. No hay finalidad en la adaptación; hay urgencia continua hacia un nuevo cambio.

Aquí es necesaria alguna explicación acerca de estos cambios de clima. No son cambios regulares, sino lentas fluctuaciones entre el calor y el frío. No piense el lector que la historia climatológica del mundo sea una sencilla historia de enfriamiento, porque hubo un día en que el sol y la tierra estuvieron incandescentes. Cierto que aun hoy existe mucho calor en el centro de la tierra, pero de él nada sentimos en la superficie; el calor interno, excepto en los volcanes y fuentes termales, no ha sido perceptible en la superficie desde que se solidificaron las primeras rocas. Aun las edades Azoica y Arqueozoica nos ofrecen en rocas desgastadas por el hielo o en otras semejantes, huellas de períodos intensamente fríos. Esas oleadas frías se han ido produciendo en todas partes, alternando con fases más cálidas. Y se han dado períodos de gran humedad y períodos de gran sequía en la tierra.

Todavía está por hacer un estudio completo de las causas de esas grandes fluctuaciones climatológicas, pero quizá podamos indicar algunas entre las principales (¹). De todas, la más importante consiste en el hecho de que la tierra no gira alrededor del sol en círculo perfecto. Su camino, u órbita, es como un aro torcido; es, dicho toscamente, elíptica (ovo-elíptica) y el sol está más cerca de un extremo de la elipse que del otro, en un punto que es foco de la elipse. La forma de esta órbita no es siempre la misma: va poco a poco torciéndose por la atracción de otros planetas, y tiempos hay en que puede ser casi circular, mientras que en otros es más o menos elíptica. A medida que la elipse va cambiándose en círculo, el foco va pasando a ser casi el centro. Cuando la órbita es más elíptica, la posición del sol pasa a estar más lejana del centro, o, para usar la expresión de los astrónomos, a ser más excéntrica. Cuando la órbita es casi circular, es evidente que durante todo el año la tierra recibirá sobre poco más o menos el mismo calor del sol; cuando la órbita sea más elíptica, habrá en cada año una estación en que la tierra esté más próxima al sol (a esto se llama *Perihelio*) y reciba, relativamente, una gran cantidad de calor, y otra estación en que esté lo más lejos posible del sol (*Afelio*) y el calor que reciba sea muy escaso. En el *afelio* el planeta va muy despacio; en el *perihelio*, muy de prisa; de forma que la parte cálida del año dura mucho menos tiempo que la parte fría. (Calculaba Sir Robert Ball que la mayor diferencia posible entre las estaciones era de treinta y tres días). Así, pues, las edades en que la órbita sea casi circular darán climas menos extremados, y cuando alcance su mayor excentricidad la órbita vendrá una época de frío con temperaturas muy extremadas en las estaciones. Estos *cambios en la órbita de la tierra* se deben al vario influjo de todos los planetas, y el propio Sir Robert Ball se declaró incapaz de calcular ciclo alguno de cambios regulares en la órbita, pero el profesor G. H. Darwin sostuvo que es posible formar una especie de ciclo de unos 200.000 años entre la mayor y la menor excentricidad.

Pero este cambio de forma en la órbita no es más que una causa en la mudanza de clima del mundo. Otras muchas han de considerarse junto a ella. Como muchos saben, el cambio de estaciones se debe al hecho de que el ecuador de la tierra se incline según cierto ángulo con respecto al plano de su órbita. Si la tierra recorriera su órbita sin inclinarse, de modo que el ecuador estuviese en aquel plano, no habría cambio ninguno de estaciones.

(¹) Véase a Sir R. Ball, *Causes of the Great Ice Age* y al Dr. Croll, *Climate and Time*, libros sólidos, que aun pueden leerse; pero algunas de sus conclusiones se verán modificadas en el de Wright, *The Quaternary Ice Age*, veinticinco años más reciente.

El sol estaría siempre sobre el ecuador, y el día y la noche tendrían exactamente doce horas en todas partes durante todo el año. Su inclinación es lo que motiva la diferencia de estaciones y la longitud desigual del día en verano y en invierno. Hay, según Laplace, una posible variación de unos tres grados (de 22° 6' a 24° 50') en esta inclinación del ecuador con respecto a la elíptica, y cuando llega al máximo, la diferencia entre verano e invierno es también la máxima. El Dr. Croll, en su libro *Climate and Time*, ha atribuído gran importancia a esta diversidad de inclinación del ecuador con respecto a la órbita. Actualmente el ángulo es de 23° 27'. Manifiestamente, cuando el ángulo sea mínimo, el clima del mundo, en igualdad de otras circunstancias, será más uniforme.

Como tercer factor importante, existe lo que se llama *precesión de los equinoccios*. Es una lenta oscilación del polo de la tierra que gira, para la que hacen falta, en números redondos, 25.000 años. El que mire un peón "dormido", observará en su eje un lento movimiento circular, exactamente semejante al movimiento circular del eje de la tierra. Por eso el polo norte no apunta siempre al mismo punto septentrional entre las estrellas; su dirección traza un círculo en el cielo cada 25.000 años.

Ahora bien: habrá tiempo en que la tierra esté en el extremo del afelio o del perihelio, en que un hemisferio esté vuelto hacia el sol en su posición del solsticio de verano y el otro invierno. Continuando la precesión de lo apartado de él en su posición del solsticio de equinoccios, llegará el momento en que la posición de verano-invierno esté no en el afelio y el perihelio, sino a medio camino entre ambos. Cuando el verano de un hemisferio coincide con el perihelio y el invierno con el afelio, claro está que el verano del otro hemisferio coincidirá con el afelio y su invierno con el perihelio. Un hemisferio tendrá un verano corto y cálido y un invierno muy frío, y el otro un verano largo y fresco y un invierno más breve y templado. Pero cuando las posiciones de verano-invierno caigan en él a medio camino de la órbita y sean la primavera de un hemisferio y el otoño del otro los que estén en afelio o perihelio, no habrá diferencia tan profunda entre el clima de ambos hemisferios.

Hay tres sistemas inciertos de cambio, que avanzan cada uno independientemente del otro: la precesión de los equinoccios, el cambio en la oblicuidad del ecuador con respecto a la órbita y las variaciones en la excentricidad de la órbita. Cada sistema tiende por su parte a producir períodos de igualdad y períodos de gran contraste climatológico. Y todos estos sistemas de cambio se enlazan entre sí. Cuando ocurre que, a la vez, la órbita es casi circular, el ecuador está en su menor inclinación con respecto al plano de la órbita de la tierra, y la primavera y el otoño están

en perihelio y afelio; todas estas causas conspirarán para que el clima sea cálido y uniforme; entonces habrá escasa diferencia entre verano e invierno. Cuando, por otra parte, la órbita esté en su fase más excéntrica de deformación y el ecuador más levantado, y cuando, además, el verano y el invierno estén en afelio y perihelio, los climas llegarán a ser extremados y el invierno será más crudo.

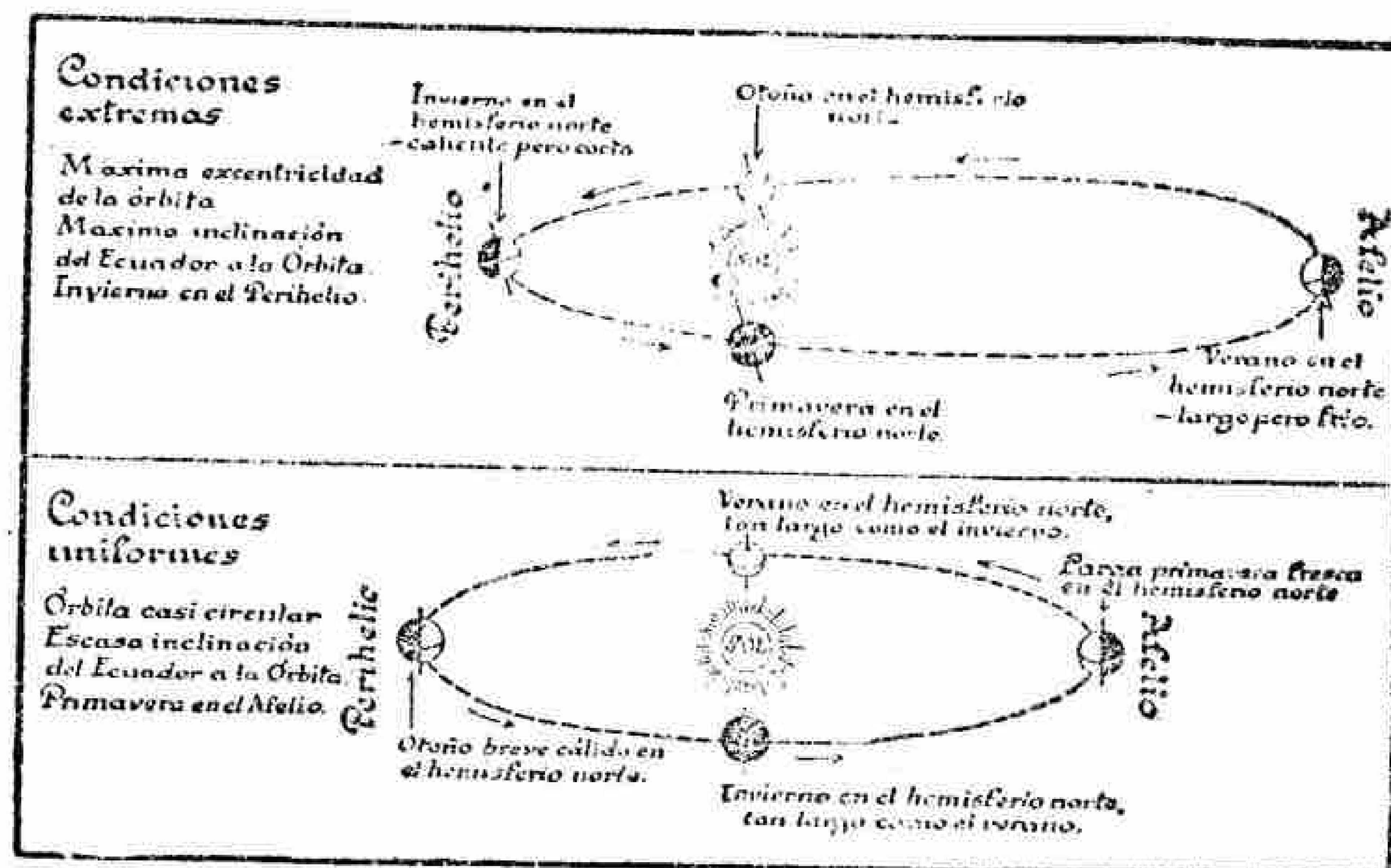


DIAGRAMA PARA ILUSTRAR UNA SERIE DE CAUSAS DE VARIACIONES ASTRONOMICAS, QUE HACEN CAMBIAR EL CLIMA DEL MUNDO LENTA PERO CONTINUAMENTE

No cambia en períodos regulares. Fluctúa a través de vastos períodos. A medida que cambia el clima del mundo, la vida debe cambiar también o desaparecer.

Habrá grandes acumulaciones de hielo y nieve en invierno; el calor del corto verano será rechazado otra vez hacia el espacio por la blanca nieve, y no tendrá fuerza para fundir todo el hielo invernal antes de que la tierra gire una vez más hacia su helado afelio. La tierra seguirá acumulando frío mientras dure la conjunción de estas extremadas condiciones.

Así el clima de la tierra va perpetuamente cambiando y oscilando, según se junten los tres sistemas de influencia en una tendencia común hacia el calor o la frialdad extremada, o se contradigan y anulen entre sí.

En el Archivo de las Rocas podemos rastrear una irregular serie de cambios, debida a las alternativas de tales influencias; han existido largas épocas en que los ritmos separados de esos tres sistemas impedía su predominio y la atmósfera permanecía templada;

épocas de calor extendido por todo el mundo, y otras en que parecían concentrarse cruelmente en su fuerza más extremada para estrujar la vida o ponerla en máximo aprieto o dificultad.

Y consecuentemente, las rocas nos hacen ver, sin duda, que hubo largos períodos de expansión y multiplicación en que la vida [illegible] abundante y varia, y épocas de escasez en que se extinguían y desaparecían especies, géneros y familias, y todo lo superviviente escuchaba una seria lección. La conjunción propicia [illegible] producir la edad de los superabundantes yacimientos de carbón; la serie de circunstancias adversas, helar los últimos [illegible] de los tiempos paleozoicos.

Es posible que las alternativas de calor hayan sido largas en relación con las épocas frías. Hoy el mundo parece ir saliendo con fluctuaciones de una prolongada fase de adversidad y condiciones extremadas. Dentro de medio millón de años pudiera ser un mundo sin invierno, con árboles y vegetación aun en los círculos polares. Por el momento, no hay certeza en la predicción, pero más adelante, a medida que nuestros conocimientos aumenten, podrá ser posible alcanzar mayor exactitud, de suerte que nuestra raza pueda formar planes con miles de años de anticipación para prevenir cambios futuros.

§ 2. *El sol, estrella fija*

Otra causa enteramente distinta de mudanzas en el clima general de la tierra pueden ser los cambios en el calor del sol. No sabemos todavía cuál es la causa del calor del sol, qué sostiene ese fuego imperecedero. Es posible que en lo pasado hubiera periodos de mayor y menor intensidad. Nada de esto se sabe; la experiencia humana se queda en ello muy corta; no ha podido hallar evidencia ninguna en este punto en los archivos de la geología. En términos generales, los hombres de ciencia se inclinan a creer que el sol ardía en los tiempos geológicos con alguna fijeza. Se irá tal vez enfriando poco a poco, pero con arreglo a la escala de las cosas en astronomía, no se puede aún decir, ciertamente, que se haya enfriado mucho.

§ 3. *Cambios debidos al interior de la tierra*

En las fuerzas interiores del mundo se ha de buscar un tercer grupo de causas influyentes en clima. A través de la vasta historia terrestre, se ha producido un continuo desgaste de alturas y montañas por el hielo y la lluvia, y un traslado de su materia, hasta que se ha convertido en rocas de sedimento submarinas. Ha existido un proceso continuo de desgaste de tierras y relleno de

mares, por el cual, los mares, a medida que iban haciéndose más superficiales, se extendían cada vez más sobre la tierra. El proceso inverso, de contraerse y solevantarse, ha seguido también, pero no con tanta regularidad. Las fuerzas de levantamiento han sido espasmódicas; las fuerzas de hundimiento, continuas. Durante largas épocas ha habido relativamente pocos levantamientos endógenos, y luego vinieron períodos en que surgieron vastas cadenas de montañas y cambió por completo el contorno de tierras y mares. Este tiempo fué la edad inaugural del período Cainozoico, en la cual se levantaron del nivel del mar hasta mucho mayor altura que la de su elevación presente, los Alpes, los Himalayas y los Andes, y se diseñaron los perfiles principales de la actual geografía del mundo.

Ahora bien, tiempo de altas montañas y hondos mares, implica una gran superficie seca terrestre y una superficie marina más restringida, y tiempo de tierras bajas, implica mares más extensos y superficiales. Las altas montañas precipitan la humedad de la atmósfera y detienen su circulación formando nieves y ventisqueros, en tanto que los océanos más reducidos presentan una superficie de evaporación más limitada. En igualdad de otras circunstancias, los períodos de tierras bajas en la historia del mundo serían épocas de humedad atmosférica más generalizada que los períodos de altura relativamente grande en las montañas y mayor profundidad en los mares. Pero aun los pequeños aumentos de humedad en el aire tienen poderosa influencia en la transmisión del calor radiante a través del aire mismo. El calor del sol pasará mucho más libremente a través del aire seco que a través del aire húmedo, y de este modo llegará a la superficie terrestre del globo, en condiciones extremas de elevación y profundidad, mayor cantidad de calor que durante los períodos de relativo allanamiento y superficialidad. Las fases de sequía en la historia de la tierra implican, pues, días calurosos. Pero implican también frialdad nocturna, pues, por la misma razón que el calor llega abundantemente a la tierra, es rechazado por ella abundantemente. Las fases húmedas implican, por otra parte, días más fríos y noches más cálidas. El mismo principio se aplica a las estaciones: una fase de grandes elevaciones y depresiones de la superficie sería otro factor de influencia al lado de las extremas condiciones climatológicas.

Y una etapa de mayor elevación y depresión intensificaría sus condiciones extremas por la acumulación gradual de los casquetes de hielo en las regiones polares y en las más elevadas masas montañosas. Esta acumulación se haría a expensas del mar, cuya superficie quedaría reducida en comparación con la de la tierra.

He aquí pues, otra serie de influencias variables que intervendrán para favorecer o combatir el influjo de las variaciones as-

tronómicas tratado en los párrafos 1 y 2. Operan también otras fuerzas más localizadas que no podemos considerar aquí en detalle, pero que serán familiares a todo el que estudie elementos de geografía física: la influencia de las grandes corrientes oceánicas en el transporte del calor ecuatorial a latitudes más templadas; el obstáculo de las cadenas de montañas ante la humedad llevada por los vientos dominantes, etcétera. Como en el lento proceso de la naturaleza se desvían esas corrientes o las cordilleras se desgastan o son sustituidas por nuevos levantamientos de tierra, en grandes extensiones, podrá cambiar el clima y con él las condiciones vitales. Sometida a las variaciones lentas e incesantes de estos influjos astronómicos, telúricos y geográficos, no halla descanso la vida. Si sus condiciones cambian, ella tiene que cambiar o perecer.

§ 4. *La vida puede imponerse al cambio*

Al enumerar las fuerzas que hacen variar el clima y las condiciones de la vida terrestre, debemos quizá mirar un poco hacia adelante y añadir una cuarta serie de influencias, sin importancia al principio en la historia del mundo, en lo que toca a la superficie de la tierra, pero más importante pasada la edad de los Reptiles, de que hablaremos en el capítulo siguiente. Son los efectos que en el clima ha causado la vida misma. Grande en particular es el influjo de la vegetación, y especialmente el de los bosques. Cada árbol transpira sin cesar vapor de agua en el aire; la masa de vapor exhalada en verano por la superficie de un lago es mucho menor que la exhalada en la misma extensión por un bosque de hayas. Como en la edad Mesozoica postrera y en la Cainozoica se extendieron por el mundo vastas selvas, su acción en conservar la humedad del aire y mitigar y asentar el clima para hacer fresco el verano y suave el invierno, ha venido haciéndose cada vez más importante. Además, los bosques acumulan y protegen la tierra laborable, y de este modo preparan la posibilidad de la vida agrícola.

Las hierbas acuáticas pueden acumularse para cegar y desviar ríos, desbordarlos y convertir grandes extensiones en pantanos, y causar así la destrucción de los bosques o la sustitución de las tierras de pastoreo por ciénagas baldías.

Por último, con la aparición de las comunidades humanas surgió la influencia más poderosa, acaso de cuantas existen sobre el clima. El hombre altera su mundo con el fuego, el arado y el hacha. Destruyendo bosques y regando tierras, el hombre ha influído ya en el clima de grandes regiones sobre la superficie del mundo. La destrucción de los bosques hace más extremadas las

estaciones: así ha sucedido, por ejemplo, en los Estados Unidos, con los del Nordeste. Además, la tierra deja de estar protegida contra la fuerza de la lluvia y es arrastrada, dejando al descubierto la roca estéril. Esto ha ocurrido en España, en Dalmacia y, unos miles de años antes, en la Arabia del Sur. Por el riego, en cambio, el hombre devuelve la vida al desierto y mitiga la temperatura. Tal proceso se observa en el Noroeste de la India y en Australia. En lo porvenir, haciendo universales y sistemáticas estas operaciones, el hombre llegará a dominar al clima en un grado que hoy apenas se puede sospechar.

3

VI

LA EDAD DE LOS REPTILES

§ 1. *La edad de la vida en las tierras bajas*

SABEMOS que durante centenares y millares de años la humedad y el calor, condiciones de laguna superficial que hicieron posible esas vastas acumulaciones de materias vegetales que hoy, comprimidas y momificadas [1], forman el carbón, prevalecieron sobre la parte mayor del mundo. Hubo, es verdad, ciertos intervalos fríos; pero no duraron lo bastante para destruir lo desarrollado. Luego llegó a su fin esa época de baja vegetación exuberante, y durante algún tiempo la vida terrestre parece haber soportado un periodo de universal destemplanza.

Cuando la historia prosigue después de esta parada al final del periodo Paleozoico, nos encontramos con que la vida entra en una fase flamante de riqueza y expansión. La vegetación ha hecho grandes progresos en el arte de vivir fuera del agua. Mientras las plantas paleozoicas de los yacimientos de carbón crecían probablemente con agua encharcada en derredor de sus raíces, la flora mesozoica, desde su origen mismo, tuvo ya cicadeas palmiformes y coníferas de terreno bajo que eran propiamente plantas de tierra y crecían en terrenos por cima del nivel del agua. Los niveles más bajos de la tierra mesozoica estaban, sin duda, cubiertos por grandes helechos y arbustos y una especie de matorral arbóreo. Pero no existían aún hierbas, ni plantas pequeñas de flor, ni césped. La edad Mesozoica no tuvo probablemente una vegetación de colores muy brillantes. Tendría una flora verde en la estación húmeda, y parda y purpúrea en la seca. No había flores alegres, ni espléndidos tintes otoñales antes de la caída de la hoja, porque aún no había hoja que cayera. Y fuera de los bajos niveles, el mundo era todavía más estéril, estaba aun sin vestidura, todavía expuesto sin defensa a los desgastes y desgarrones del viento y la lluvia.

Cuando se habla de coníferas en el Mesozoico no ha de pensar el lector en los pinos y abetos que en nuestros días visten los

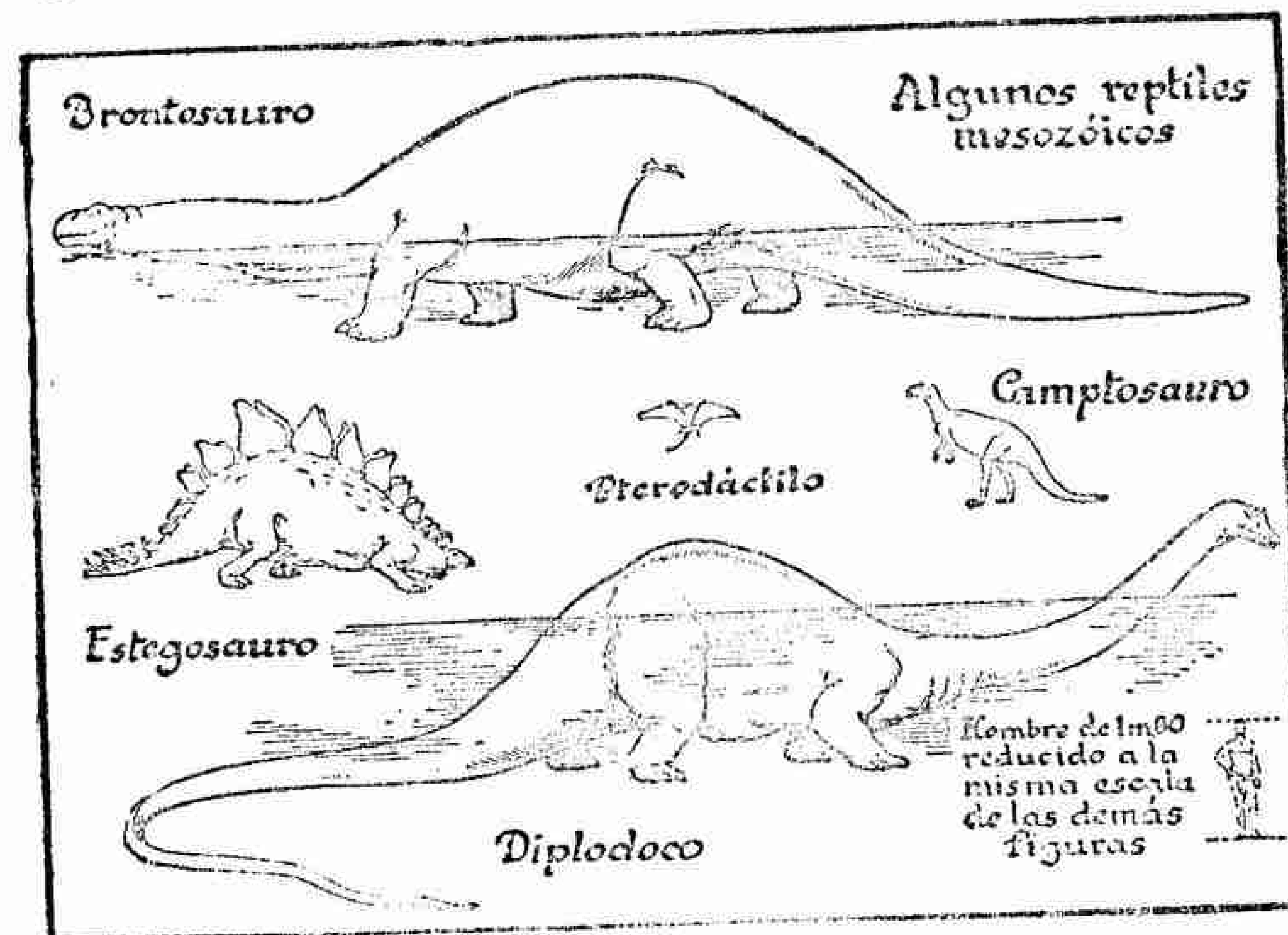
(1) Dr. Marie Stopes, *Monograph on the Constitution of Coal.*

altos declives montañosos. Piense en las plantas enanas perennes. Los montes permanecían aún estériles, faltos de vida. Los únicos efectos de color en las montañas eran los de la roca desnuda, los que hacen hoy tan maravilloso el paisaje del Colorado.

En el desplegarse de esta vegetación de las bajas llanuras, los reptiles iban aumentando poderosamente en muchedumbre y variedad. En muchos casos eran animales absolutamente terrestres. Hay multitud de puntos diferenciales entre un reptil y un anfibio, y nos sirven para distinguir los reptiles y anfibios que prevalecían en el tiempo carbonífero del Paleozoico Superior; pero la diferencia fundamental entre reptiles y anfibios que importa en esta historia es la de que el anfibio ha de poner sus huevos en el agua y ha de vivir en el agua durante las primeras etapas de su vida. El reptil, por otra parte, no tiene en el ciclo de su vida etapas de renacuajo, o, para mayor exactitud, sus etapas embrionarias tienen lugar antes de que la cría rompa el cascarón del huevo. El reptil ha dejado el agua de una vez para siempre. Algunos han vuelto a ella, como han vuelto el hipopótamo y la nutria, entre los mamíferos; pero esto implica un desarrollo más vasto de la Historia Natural del que podemos seguir con nuestra atención en el presente *Esquema*.

En el período Paleozoico, según dijimos, la vida no se había desarrollado más allá de los valles pantanosos de los ríos y de las costas cenagosas del mar y lugares semejantes; pero en el Mesozoico se iba acomodando mejor al más denso medio del aire, iba ascendiendo atrevidamente por las llanuras y hacia las laderas. Conviene que el estudioso de la historia humana y del futuro de la humanidad se fije en esto. Si una inteligencia incorpórea, sin conocimiento ninguno de lo porvenir, hubiese venido a la tierra a estudiar la vida durante la edad Paleozoica primitiva, hubiera sacado muy razonablemente la conclusión de que la vida estaba confinada en absoluto dentro del agua y no podría jamás desarrollarse en tierra. Pero la vida encontró camino para tal desarrollo. En el período Paleozoico medio aquel visitante hubiera adquirido la misma seguridad de que la vida no podía pasar del borde de una charca. El período Mesozoico le hubiera visto poner aún límites a la vida, mucho más estrechos de los que hoy le asignamos. Así hoy, aunque la vemos reducida sólo a cinco millas de aire y a una milla quizá, sobre poco más o menos, de profundidad marina, no debemos deducir de su limitación presente que la vida, pasando por el hombre, no pueda desplegarse a mayores alturas y profundidades, en una categoría de existencia inconcebible aún.

Los reptiles primeramente conocidos fueron animales de gran panza y patas no muy poderosas, muy semejantes a los anfibios de su parentela, y se arrastraban como los cocodrilos de hoy;

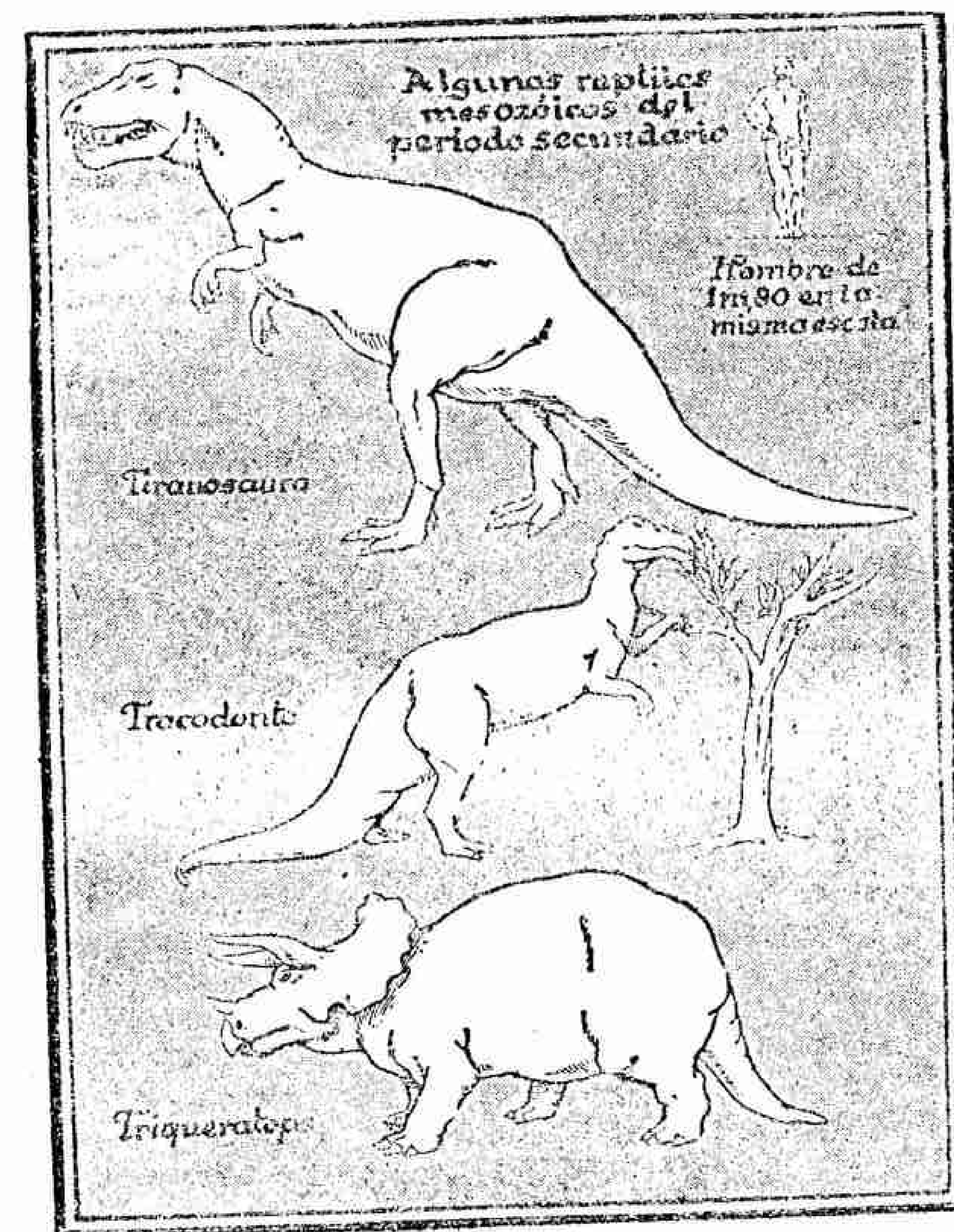


pero en el Mesozoico presto empezaron a erguirse y caminar atrevidos a cuatro patas, y varias grandes especies de ellos comenzaron a sostenerse sobre la cola y las patas traseras, como actualmente los canguros, para dar soltura a los miembros delanteros y agarrar más fácilmente el alimento. Los huesos de una importante categoría de reptiles que adoptaban la actitud cuadrúpeda, de los que se han encontrado muchos restos en depósitos mesozoicos primitivos de Africa del Sur y de Rusia, muestran ciertos caracteres que se aproximan a los del esqueleto de los mamíferos; a los animales de esta categoría se les da el nombre de *teriomorfos*. Otra categoría era la rama de los cocodrilos, y otra, semejante a los galápagos y tortugas. El *Plesiosauro* y el *Ictiosauro* constituían dos grupos de los que no ha quedado representación viva; eran ingentes reptiles parecidos por el tamaño a lo que es en el mar una ballena. El *Pliosauro*, uno de los plesiosauros mayores, medía treinta pies de hocico a cola, con un cuello que daba la mitad de la longitud total. Los *Mosasauros* formaban un tercer grupo de grandes lagartos marinos semejantes a morsas. Pero el grupo mayor y más diversificado de estos reptiles mesozoicos era el grupo que hemos indicado como semejante a los canguros, el de los *Dinosauros*, muchos de los cuales alcanzaron grandes proporciones. Nunca ha sido sobrepujado el grosor de los mayores *Dinosauros*, aunque el mar pueda mostrar aún en las ballenas seres

de igual magnitud. Algunos de ellos, y los de mayor tamaño, eran animales herbívoros; ramoneaban entre los juncos, por los helechos y matorrales, y alzándose sobre los cuartos traseros agarraban con las patas delanteras los árboles para devorar las hojas. Entre los herbívoros estaba, por ejemplo, el *Diplodocus Carnegii*, que media ochenta y cuatro pies de largo, y el *Atlantosauro*. El *Gigantosauro*, desenterrado en el Africa Oriental por una expedición alemana en 1912, era más colosal aún. Media más de un centenar de pies. Estos enormes monstruos tenían piernas y suele representárseles sostenidos por ellas; pero es muy dudoso que su pesadumbre pudiera mantenerse así fuera del agua. Sostenidos por el agua o el fango, podrían avanzar mejor. Otro tipo notable es el que figuramos en el *Triceracops*. Había también cierto número de grandes carnívoros que hacían presa en los herbívoros. De aquéllos, el *Tiranosauro* parece haber sido el colmo de la ferocidad entre todos los seres vivos. Algunas especies de este género medían cuarenta pies de hocico a cola. Al parecer, movían su enorme cuerpo a la manera de los canguros, apoyándose en la cola y patas traseras. Probablemente podría erguirse más, y no faltan autoridades que afirmen como posible para él el salto. Si esto fué así, poseería músculos de cualidad prodigiosa. Un elefante que saltara sería un asombro. Lo más probable es que vadeara semisumergido en persecución de los sauros fluviales herbívoros.

§ 2. *Las libélulas*

El tipo de los dinosauros en los reptiles tuvo desarrollo especial en un grupo de seres ligeros, saltadores y trepadores, con un desenvolvimiento membranoso, a la manera de los murciélagos, entre el quinto dedo y el costado del cuerpo, que les servía para deslizarse de árbol en árbol como las ardillas. Estos murciélago-lagartos eran los *Pterodáctilos*. Se les suele clasificar como reptiles *voladores* y se han hecho dibujos de aspectos mesozoicos en que se les ve remontarse y descender rápidamente. Pero su esternón carece de la quilla que tiene el esternón de un ave para insertar músculos con fuerza bastante para soportar un vuelo muy sostenido. Lo probable es que sólo revolotearan como los murciélagos. Tendrían el grotesco exterior de los dragones heráldicos y desempeñarían el papel de murciélagos en las selvas mesozoicas. Pero aun con semejanza de aves, no fueron aves ni antepasados de éstas. La estructura de sus alas era en todo distinta de las del ave. La estructura de sus alas era la de una mano con un dedo largo y una membrana; el ala de un ave es como un brazo con plumas proyectadas desde su extremidad trasera. Y aquellos Pterodáctilos carecían de plumas.



§ 3. *Las primeras aves*

Mucho más comunes eran en este tiempo ciertos seres, a semejanza verdadera de aves, de los cuales las especies más antiguas eran saltadoras y trepadoras, y las últimas podían revolotear y volar. Según todos los principios de clasificación, fueron en el comienzo reptiles. Convirtiéronse en verdaderas aves cuando desarrollaron alas y cuando sus escamas de reptil se alargaron y complicaron, pasando a ser frondas mejor que escamas, y, por último, desplegándose y dividiéndose mucho, plumas. Las plumas son la cubierta distintiva del ave, y le dan una fuerza para resistir el calor y el frío mucho mayor que la de otra cualquier cubierta tegu-

mentaria, quizá con la única excepción de las pieles más espesas. En una etapa muy primitiva, esta nueva cubierta de plumas, esta nueva disposición calorífica que la vida inventó, habilitaba a muchas especies de aves para invadir una región en la cual el pterodáctilo había de parecer mal armado. Se aficionaron a la pesca en el mar —si no tuvieron tal afición desde el principio— y se extendieron en dirección norte y sur, más allá de los límites que la temperatura consentía a los verdaderos reptiles. Las primeras aves parecen haber sido carnívoras en diversas formas y acuáticas. Aun hoy, algunas de las más primitivas especies de aves se encuentran entre los pájaros marinos de los mares árticos y antárticos, y entre los pájaros marinos encuentran aún los zoólogos huellas tardías de dientes que han desaparecido ya por completo del pico de las aves.

El ave más antigua que se conoce (la *Archoeopteryx*) no tenía pico, sino una fila de dientes y mandíbula como de reptil. Tenía tres garras en el ángulo externo del ala, y una cola peculiar. Todas las aves modernas tienen las plumas de la cola insertas en una especie de rabadilla ósea compacta; la *Archoeopteryx* tenía larga cola de hueso con una fila de plumas a cada lado en toda su longitud.

§ 4. *Tiempos de fatiga y de muerte*

Este gran período de la vida mesozoica, este segundo tomo del libro de la vida es, en verdad, una asombrosa historia de la fecundidad y desarrollo de la vida de los reptiles. Pero aún está por narrar lo más sorprendente de la historia. Hasta donde llegan las últimas rocas mesozoicas, encontramos todas estas clases de reptiles que van enumeradas, florecientes aún y sin competidores. No hay señal de enemigo o antagonista suyo en las reliquias que su mundo nos ha dejado. Luego, el registro se quiebra. No sabemos cuánto tiempo representa la falla: es posible que falten aquí muchas páginas, páginas que signifiquen algún catastrófico cambio de clima. Cuando empezamos luego a encontrar huellas abundantes de plantas y animales terrestres, aquella gran muchedumbre de especies de reptiles ha desaparecido. En su mayor parte, sin descendencia. Se han "borrado". Los pterodáctilos faltan en absoluto y los plesiosauros e ictiosauros no viven tampoco; mesosauros no quedan; restan pocos lagartos, entre los cuales los de mayor tamaño son los monitores de las Indias orientales neerlandesas; se ha desvanecido toda la multitud y diversidad de los dinosauros. Unicamente los cocodrilos, galápagos y tortugas se mantienen todavía en cierta cantidad en los tiempos cainozoicos. El lugar de todos los tipos

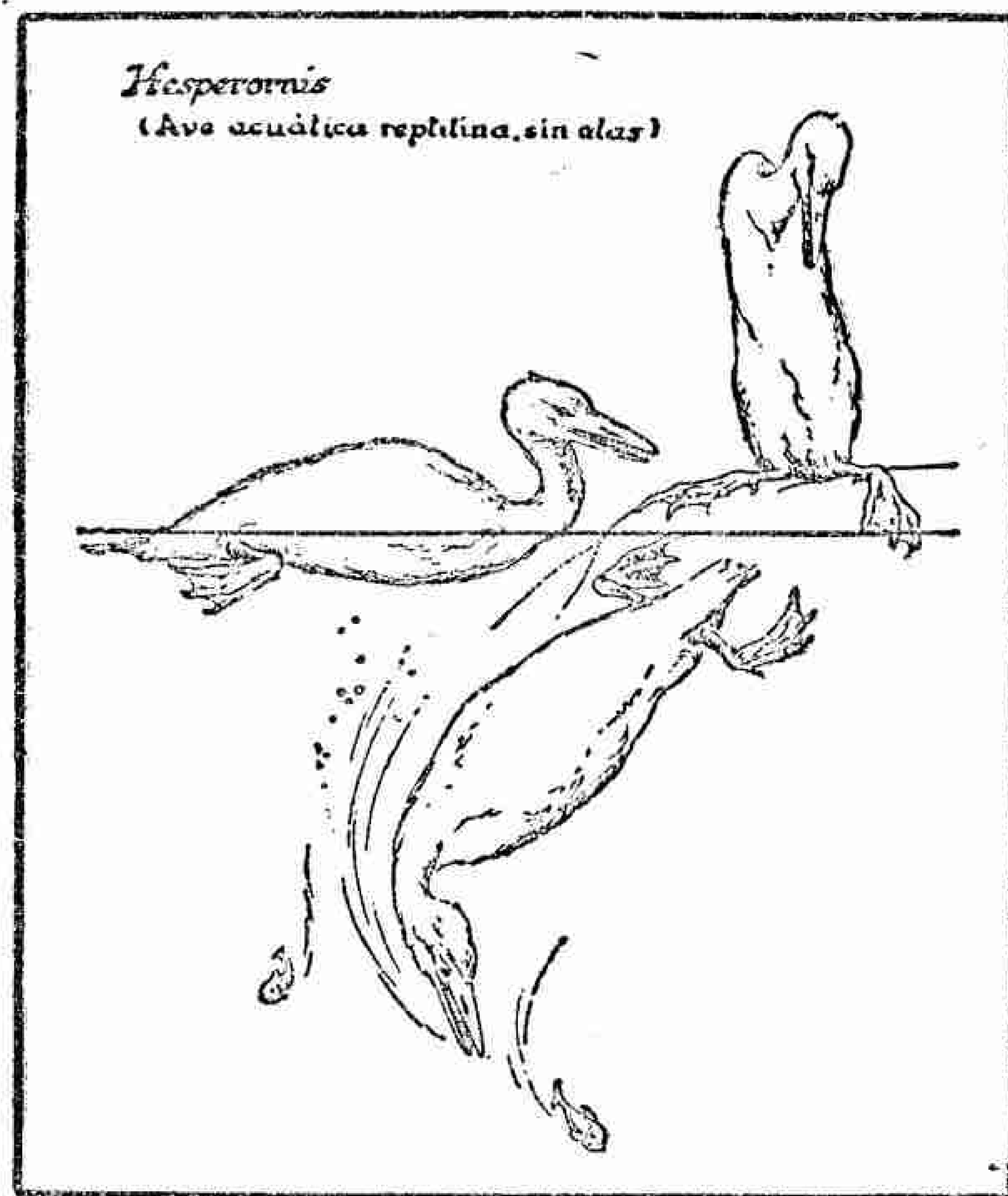


en el cuadro que despliegan hoy ante nosotros los fósiles cainozoicos, está ocupado por otros animales sin relación cercana con los reptiles mesozoicos y que ciertamente no descienden de ninguno de sus tipos principales. Ha tomado posesión del mundo una nueva calidad de vida.

Este fin, aparentemente repentino, de los reptiles, es, sin género ninguno de duda, la revolución más sorprendente de toda la historia de la tierra antes de la aparición de la humanidad. Va probablemente enlazado al final de un vasto período condicionado por un calor uniforme y al principio de una nueva edad más severa, de inviernos más crudos y veranos breves, pero calurosos. La vida mesozoica, tanto animal como vegetal, adaptá-

base a la condición de calor y tenía escasa capacidad de resistencia al frío. La vida nueva, por el contrario, era capaz, ante todo, de resistir grandes cambios de temperatura.

Sea cual fuere la causa de la extinción de los reptiles mesozoicos, hubo de ser, probablemente, un cambio vastísimo, porque la vida de los mares sufrió al mismo tiempo una alteración



catastrófica similar. El crecimiento y el fin de los reptiles en la tierra tuvo su paralelo en el crecimiento y fin de los Ammonites, género de seres semejantes a los calamares, de concha enrollada, que pululaba en aquellos antiguos mares. En todo el archivo de las rocas del periodo mesozoico existe una gran muchedumbre y variedad de tales conchas enrolladas; hay centenares de especies, y hacia el final del periodo mesozoico aumentaron en diversidad y produjeron tipos exagerados. Cuando el archivo se abre de nuevo, todos han desaparecido. Por lo que toca a los reptiles,

podría quizá argüirse que fueron exterminados, porque los mamíferos que los sustituyeron competían con ellos y eran más aptos para sobrevivir; pero nada semejante se puede afirmar con respecto a los Ammonites, porque hasta hoy no ha sido ocupado su puesto. Han desaparecido, sin más. Condiciones desconocidas les hacían posible la existencia en los mares mesozoicos, y después un cambio desconocido vino a hacérsela imposible. No hay género de Ammonites, entre toda aquella gran variedad, que sobreviva hoy; pero existe todavía un género aislado que tiene estrecha relación con el Ammonites: el nautilo perlino. Se encuentra, adviértase bien, en las aguas calientes de los océanos Indico y Pacífico.

En cuanto a la competencia de los mamíferos con los menos aptos reptiles y a la destrucción de éstos, lucha de que a veces se habla, no existe la menor evidencia. A juzgar por el Archivo de las Rocas, tal como hoy lo conocemos, hay mucha mayor razón para creer que primero perecieron los reptiles de una manera inexplicable, y después, pasado un tiempo muy duro para toda vida en la tierra, los mamíferos, en cuanto las condiciones volvieron a mejorar, se desarrollaron y extendieron para llenar el mundo desocupado.

§ 5. *Primera aparición del pelo y la pluma*

¿Hubo mamíferos en el periodo mesozoico?

He aquí una pregunta que aun no tiene respuesta exacta. Con paciencia y constancia, los geólogos van sacando nuevas convicciones y razones de conclusiones más completas. Quizá llegue día en que un nuevo depósito revele fósiles que iluminen la discusión. Ciertamente, en el periodo mesozoico debieron existir mamíferos o antepasados de los mamíferos. En el capítulo inicial del volumen mesozoico del Archivo se hallan los reptiles teriomorfos a que aludimos, y en el mesozoico secundario una cantidad de mandíbulas pequeñas de carácter enteramente propio de los mamíferos. Pero no hay una esquirla ni un hueso que nos permita creer en la existencia de un sólo mamífero mesozoico capaz de hacerle cara a un dinosauro. Los mamíferos mesozoicos o reptiles semejantes a los mamíferos —pues no sabemos claramente lo que eran— parecen haber sido bestezuelas oscuras del tamaño de ratas y ratones; más que una clase distinta, un bajo orden de reptiles. Probablemente pondrían aún huevos, y sólo lentamente se iría desarrollando su distintiva cubierta de pelo. Vivirían lejos del agua, quizá en las tierras altas y desoladas, como hoy las marmotas; es probable que evitaran así la persecución de los dinosauros carnívoros. Algunos andarían quizá a

cuatro patas; otros, principalmente sobre las traseras, usando los miembros delanteros para trepar. Se volvieron fósiles sólo tan rara vez, que la suerte no ha revelado todavía un solo esqueleto entero en todo el vasto archivo de las rocas mesozoicas, con el cual puedan confrontarse estas presunciones.

Estos pequeños teriomorfos, estos antepasados de los mamíferos, desarrollaron pelo. El pelo, como la pluma, consiste en escamas alargadas y laboriosamente especializadas. En el pelo hemos de hallar tal vez el indicio de la salvación de los mamíferos primitivos. Como vivían al margen de la existencia, lejos de las ciénagas y de las zonas cálidas, desarrollaron una cubierta exterior que sólo cedía en fuerza para dar calor (o para conservarlo) al pulmón y a la pluma de las aves marinas árticas. Y así resistieron la época dificultosa entre las edades mesozoica y cainozoica, en que sucumbieron los más de los verdaderos reptiles.

Todas las características principales de esta flora y de esta fauna de mar y tierra que llegaron a su fin con el término de la edad mesozoica, eran propias de un clima uniforme y de regiones acuosas y superficiales. Pero a sus sucesores cainozoicos, tanto el pelo como la pluma les dieron *capacidad de resistir temperaturas variables* como ningún reptil llegó a poseerlas, y por ello alcanzaron una extensión para su vida mayor que la obtenida hasta allí por animal alguno.

La vida en el bajo período paleozoico estuvo confinada en el agua caliente.

La vida en el alto período paleozoico estuvo confinada en el agua caliente o en los pantanos calientes y la tierra húmeda.

La vida en el período mesozoico estuvo, como sabemos, confinada en el agua y en las regiones bajas de los valles sometidas a condiciones uniformes.

Sin embargo, en cada uno de estos tres períodos hubo tipos que involuntariamente extendieron el campo de acción de la vida más allá de los límites corrientes respectivos; y cuando venían épocas de condiciones extremadas, esos tipos eran los que sobrevivían para heredar el mundo despoblado.

Esta es quizá la observación de alcance más general que podemos hacer en la historia del archivo geológico: la historia de cómo se extiende el campo de acción. Clase, géneros, especies de animales aparecen y desaparecen; pero el campo de la vida se ensancha, y se ensancha cada vez más. La vida no ha sido nunca tan amplia como hoy. La vida de hoy, aplicada al hombre, sube más alta que nunca en el aire; la esfera de acción geográfica del hombre va de polo a polo; anda por debajo del agua en submarino; sondea las tinieblas frías, muertas, de los mares más profundos; mina los senos vírgenes de las rocas, y con el

pensamiento y la ciencia hiende la tierra hasta su centro y llega a las estrellas más lejanas. Pues aun en las reliquias del tiempo mesozoico no encontramos memoria cierta de su estirpe. Sus antepasados, como los antepasados de todos los mamíferos emparentados con él, han debido ser criaturas tan raras, tan oscuras y tan remotas, que apenas dejaron huella entre los abundantes vestigios de los monstruos que se revolcaban gozosos en el aire impregnado de vapor y entre la lozana vegetación de las lagunas mesozoicas, o se arrastraban, saltaban y se agitaban en las grandes llanuras surcadas por los ríos de aquel tiempo.

VII

LA EDAD DE LOS MAMIFEROS

§ 1. *Una nueva edad en la vida*

LA tercera gran división del tiempo geológico, el cainozoico, se abre con un mundo ya muy semejante en lo físico al mundo en que vivimos hoy. Lo probable es que en los comienzos el día fuera visiblemente más corto; pero el escenario mostrábase ya bastante moderno en su carácter. Por lo demás, el clima iba sufriendo, de edad en edad, variaciones incesantes e irregulares; tierras que hoy son templadas, habían pasado, desde que empezó la edad cainozoica, por fases de fuerte calor, intenso frío y sequedad extremada; pero el paisaje, si se ha alterado, no ha sido tanto que no pueda considerársele como análogo al de hoy en una u otra parte del mundo. En lugar de las cicadeas, sequoias y extrañas coníferas del mesozoico, los nombres de plantas que aparecen ya en las listas de fósiles son, entre otros, el abedul, el haya, el acebo, los juníperos, la hiedra, el ocozol y el árbol del pan. Las flores se habían desarrollado, como las abejas y las mariposas. Las palmas eran muy importantes. Estas plantas se habían manifestado ya en las llanuras del mesozoico (Cretáceo americano), pero a la sazón dominaban por todas partes. La hierba iba tomando puesto considerable en el mundo. También el mesozoico secundario vió aparecer algunas hierbas; pero sólo con el cainozoico se formaron llanuras de hierbas y césped, extendiéndose con amplitud sobre un mundo que antes era sólo de piedra estéril.

Abrió el período una larga fase de fuerte calor, y luego el mundo se enfrió. Y al inaugurarse esta tercera parte de la crónica, el período cainozoico, estaba verificándose una contracción gigantesca de la corteza terrestre y surgiendo filas de montañas. Los Alpes, los Andes, los Himalayas, son las cordilleras cainozoicas; un fondo cainozoico primitivo, para ser típico, ha de tener un volcán en actividad o poco menos. Aquélla debió ser edad de grandes terremotos.

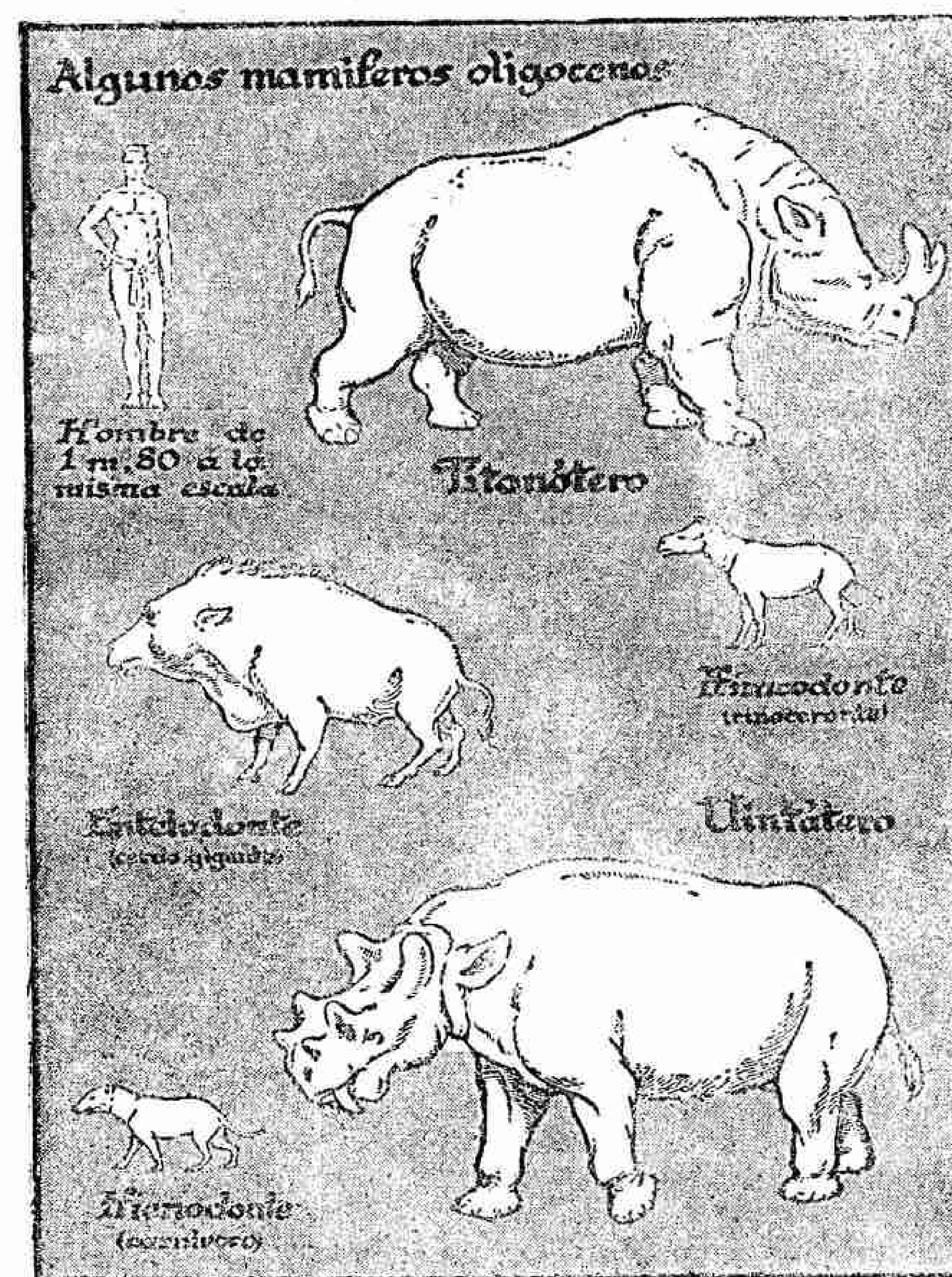
Los geólogos establecen ciertas divisiones principales en el período cainozoico, y será conveniente nombrarlas aquí, con indica-

ción de su clima. Primero viene el *Eoceno* (aurora de la vida reciente), época de calor excepcional en la historia del mundo, subdividida en primitivo y secundario; luego el *Oligoceno* (escasa vida reciente), en que el clima era aún uniforme. El *Mioceno* (con especies vivas, pero aún en minoría) fué la gran época de elevación de montañas, y la temperatura, en general, decayó. En el *Plioceno* (más especies vivas que extintas), el clima, por lo común, llegó a ser lo que en su fase presente; pero con el *Pleistoceno* (gran mayoría de especies vivas) se inició un periodo de condiciones extremadas: fué la gran Edad Glacial. Los ventisqueros se extendían desde los polos hacia el Ecuador; Inglaterra y el Támesis estaban cubiertos de hielo. Desde entonces hasta nuestros días hay un periodo de reacción parcial. Ahora nos movemos quizá hacia una fase más calurosa. Medio millón de años adelante, el mundo ha de estar mucho más solcado y agradable de vivir que hoy.

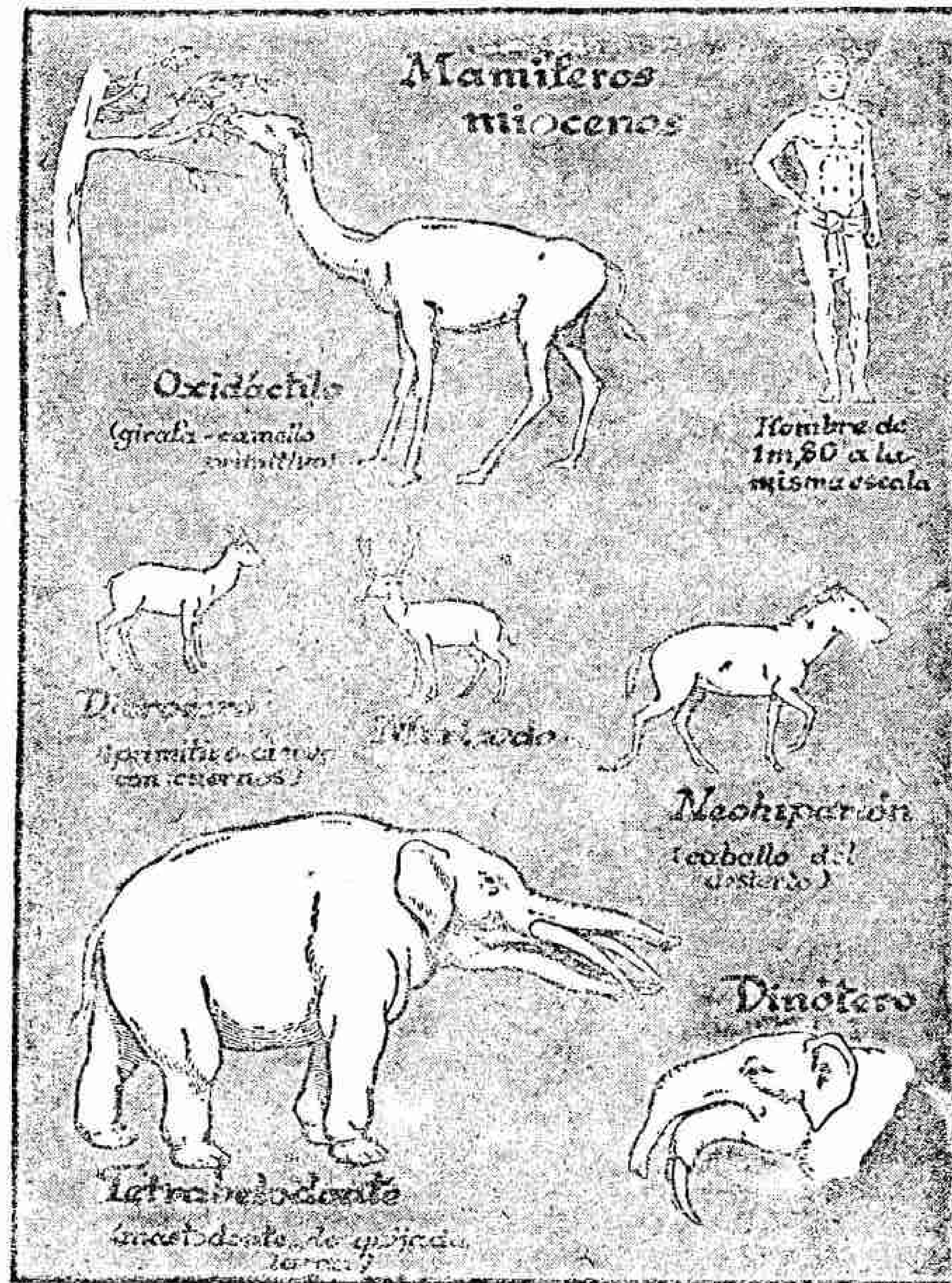
§ 2. *La tradición viene al mundo*

En los bosques, y entre las hierbas de las llanuras eocenas, apareció por primera vez una gran abundancia y variedad de mamíferos. Antes de proceder a su descripción, veamos, en términos generales lo que es un mamífero.

Desde la aparición de los animales vertebrados en la Edad Paleozoica secundaria, en que los primeros peces pululaban en el mar, ha habido un firme y progresivo desarrollo de los seres vertebrados. El pez es un animal vertebrado que respira por medio de agallas y sólo puede vivir en el agua. El anfibio puede considerarse como un pez que, a sus agallas respiratorias, añade la facultad de respirar el aire con su vejiga natatoria en la edad adulta, y que ha desarrollado, además, miembros con cinco dedos, en lugar de las aletas del pez. El renacuajo es pez durante algún tiempo, y en cuanto se desarrolla, se hace animal terrestre. El reptil representa una etapa ulterior de independencia con respecto al agua; es un anfibio que ha dejado de ser anfibio; su etapa de renacuajo, es decir, su etapa de pez, la pasa en un huevo. Desde el primer momento puede respirar aire; no puede respirar, como el renacuajo, dentro del agua. El mamífero moderno es, en realidad, una especie de reptil que ha desarrollado una peculiar cubierta protectora, el pelo; y que, además, retiene sus huevos en el cuerpo hasta que están incubados, de modo que produce crías vivas (es vivíparo), y aun después del nacimiento las cuida y alimenta con sus mamas durante un período más o menos largo. Algunos reptiles, por ejemplo, ciertas víboras, son vivíparos, pero no permanecen junto a sus crías como los mamíferos verdaderos. Tanto las aves como los ma-



míferos escapados de las fuerzas destructoras, sean cuales fueren, que acabaron con los reptiles mesozoicos, y que sobrevivieron para dominar el mundo cainozoico, tienen estas dos cosas en común: lo primero, una protección más eficaz contra los cambios de temperaturas que las que tuvo jamás cualquier variedad de reptiles; y en segundo lugar, un cuidado peculiar de sus huevos, el ave por la incubación y el mamífero por la retención, y una aptitud para mirar por sus crías durante cierto periodo subsiguiente a la incubación



o al nacimiento. Comparativamente el reptil representa el descuido mayor por la prole.

El pelo fué, evidentemente, la primitiva distinción entre los mamíferos y los demás reptiles. No hay certidumbre de que fuesen vivíparos en especial los reptiles teriodontes que desarrollaban pelo en el mesozoico primitivo. Dos mamíferos sobreviven hasta hoy que,

no sólo no amamantan a sus crías (1), sino que ponen huevos: el *ornitorrinco* y el *equidna* y en el coceno abundaron las formas análogas. Son los supérstites de una variedad probablemente numerosísima de pequeños seres con pelo, ponedores de huevos, reptiles con pelo, saltadores, trepadores y corredores, entre los que se cuentan los antepasados mesozoicos de todos los mamíferos existentes, incluso el hombre.

Sentemos ahora los hechos principales acerca de la reproducción de los mamíferos en otra forma. *El mamífero es animal de familia.* El hábito familiar implica la posibilidad de un nuevo modo de continuidad en la experiencia del mundo. Compárese la completa soledad de vida de un individuo de la especie lagarto con la vida de un mamífero, por humilde que sea, de cualquier clase. El primero no tiene continuidad mental con nada que no sea él mismo; es un globo de experiencia en pequeño, contenido en sí, para servir a su propósito y a sus fines; pero el segundo "toma" de su madre y "da" a su progenie. Todos los mamíferos, excepto los dos géneros que hemos nombrado, llegaron a esta etapa de dependencia e imitación preadulta antes del eoceno inferior. Eran todos, más o menos, imitativos en su juventud y capaces de cierta educación; todos recibían, como parte de su desarrollo, cierta suma de cuidados, ejemplos y aún mandatos de su madre. Tan verdad es esto para el rinoceronte y la hiena, como lo es para el perro y el hombre; la diferencia de educabilidad es enorme; pero el hecho de la protección y educación en la etapa juvenil, innegable. Hasta donde llegan los vertebrados, esos nuevos mamíferos, con sus disposiciones vivíparas, de protección a la cría, introducen en el comienzo del período cainozoico un elemento reciente en la expansión de la historia de la vida, sobre todo con la asociación, con el apego al duro e inflexible instinto de *tradición* y la organización nerviosa necesaria para que la tradición se acepte.

Todas las innovaciones que entran en la historia de la vida tienen principio muy humilde. La riqueza de venas que tenía la vejiga natatoria de un pez de ciénaga en los ríos torrenciales del paleozoico inferior y le habilitaban para resistir una estación de sequía, le hubiera parecido en aquel tiempo al incorpóreo visitante de nuestro planeta que antes imaginamos un hecho accesorio muy poco importante en aquel mundo antiguo de grandes escualos y plateados peces, escorpiones de mar y bancos de coral y algas ma-

(1) Segregan de varias glándulas repartidas sobre la piel un flúido nutritivo que alimenta a las crías. Pero las glándulas están reunidas en m mas con pezones para la succión. Tendida la madre de espaldas, mama el líquido y las crías triscan sobre la piel húmeda.

rinas: pero en él se abría el estrecho camino por el cual habían de levantarse a predominar los vertebrados terrestres. El pez de ciénaga hubiera parecido entonces un pobre temeroso de la vida agresiva y harto multitudinaria del mar. Pero una vez que hubo pulmones en el mundo, cada línea descendente que tuvo pulmones fué mejorándolos. Así, en el pa'eozoico superior, el hecho de que algunos anfibios fueran perdiendo su condición de anfibios por el retardo en la incubación de sus huevos, parecería una mera respuesta a los desdichados peligros que amenazaban a los renacuajos; pero preparaba la conquista de la tierra seca para la muchedumbre triunfante de los reptiles mesozoicos. Abría una dirección nueva hacia una libre y vigorosa vida terrenal, en la que se movían todos los reptiles. Y esa educación vivípara de tendencia a la cría, que experimentaron los antepasados mamíferos durante aquella época de inferioridad y dificultades para ellos, implantó en el mundo una nueva continuidad de percepción que solamente el hombre de hoy empieza a apreciar en su significado.

§ 3. *La época del desarrollo cerebral*

Cierto número de tipos de mamíferos aparece ya en el Eoceno. Algunos se diferencian en un sentido, otros en otro; algunos se perfeccionan a sí mismos volviéndose cuadrúpedos herbívoros; algunos saltan y trepan por los árboles; algunos vuelven al agua y nadan; pero todos los tipos van inconscientemente explotando y desarrollando el cerebro, que es el instrumento de su flamante fuerza de adquisición y educabilidad. En las rocas eocenas se hallan muchos predecesores primitivos del caballo (eohippus), camellos delgados, cerdos, tapires primitivos, erizos primitivos, monos y lémures, zarigüeyas y carnívoros. Y todos éstos eran, más o menos, antepasados de las formas vivas, y todos tenían cerebro mucho menor, relativamente, que sus representantes de hoy. Así, por ejemplo, un rinoceronte primitivo del *Titanotherium*, con un cerebro que no es ni la décima parte del que tiene el rinoceronte actual. Este no da, ni mucho menos, idea de un estudiante atento y dócil: pero aún así, es mucho más observador y capaz de recibir enseñanzas que su antepasado. Esto se comprueba en todos los órdenes y familias que han sobrevivido hasta hoy. Todos los mamíferos cainozoicos se empleaban en hacer algo en común urgidos por la común necesidad: en adquirir cerebro. Era un avance paralelo. Hoy, el mismo orden o familia tiene habitualmente de seis a diez veces más cerebro que su antepasado eoceno.

La hierba se extendía ya por el mundo, y su extensión hizo surgir algunos poderosos brutos granívoros, que no han dejado

representantes. Tales eran el Uintátero y el Titanótero. En persecución de esos animales sobrevinieron grandes jaurías de perros primitivos, del tamaño de osos, y los primeros gatos, uno en particular (el *Smilodon*), pequeño ser de feroz aspecto, con grandes caninos como cuchillas: el primer tigre con dientes de sable, que estaba llamado a grandes destinos. Los depósitos americanos del

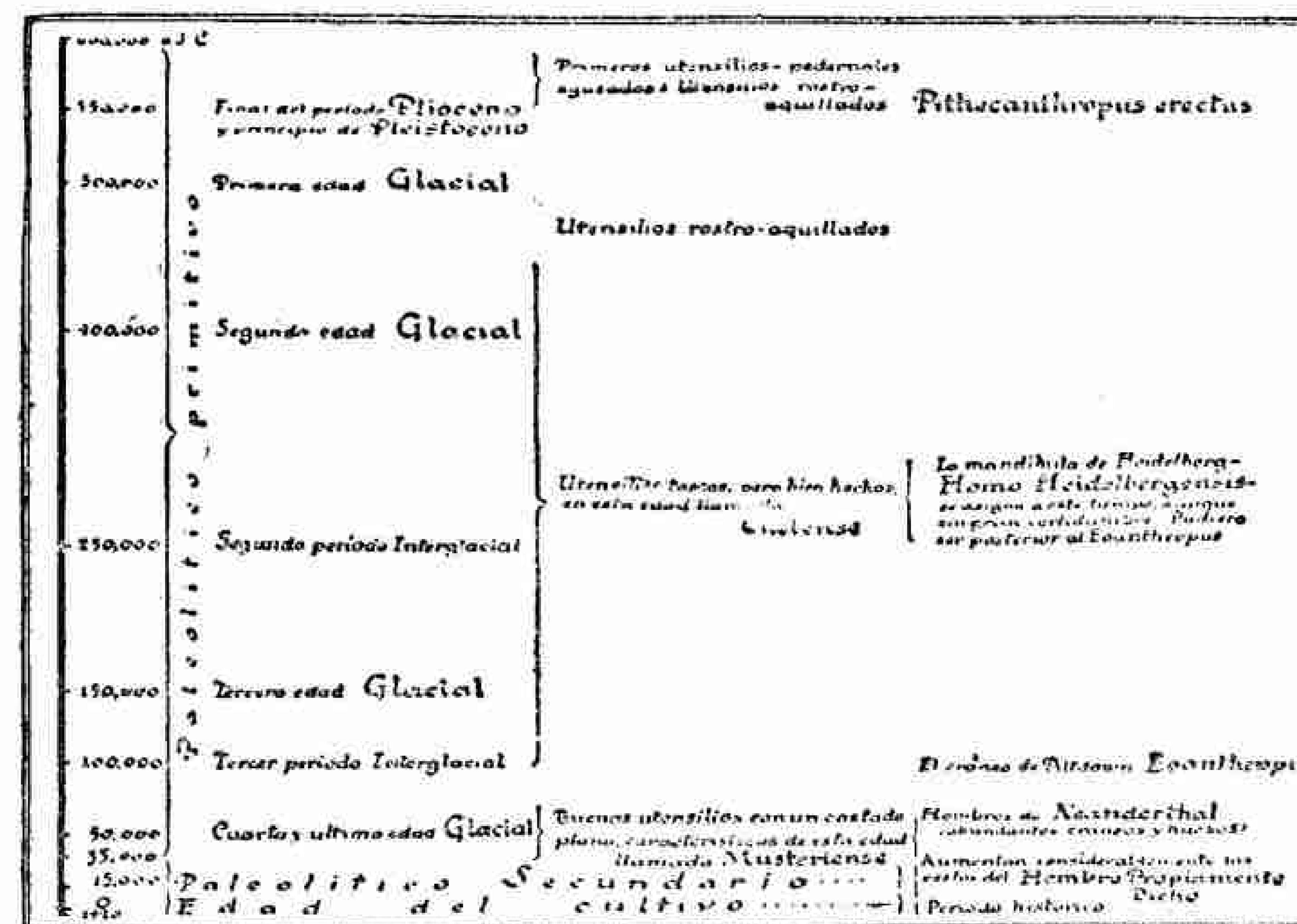


DIAGRAMA DE LAS EDADES GLACIALES

Compare cuidadosamente el lector este diagrama con el que ilustra el capítulo II (pág. 11). Aquél, si estuviera en la misma escala de éste, mediría de 10 a 40 metros de largo. La posición del Eoantropo es muy incierta; pudiera ser tan antiguo como el Plioceno.

mioceno muestran gran variedad de camellos, jirafas-camellos de cuello largo, gacelas-camellos, llamas y camellos verdaderos. Norteamérica, durante la mayor parte del período cainozoico, parece haber estado en comunicación abierta y fácil con Asia, y cuando por fin los ventisqueros de la gran Edad Glacial, y en seguida el Estrecho de Bering, llegaron a separar las dos grandes regiones continentales, los últimos camellos se quedaron en el viejo mundo y las llamas en el nuevo.

En el eoceno aparecen en el Norte de Africa los primeros antepasados de los elefantes, seres de hocico largo; la trompa del elefante empezó a manifestarse en el mundo durante el mioceno.

Un grupo de seres ofrece interés peculiar en una historia que quiere ser, ante todo, la historia de la humanidad. Hallamos en el eoceno fósiles de monos y lémures; pero hay un ser determinado del que no se ha encontrado todavía un solo hueso. Ha debido de ser una criatura, medio simio, medio mono: treparía a los árboles, correría y probablemente correría bien, con sus patas traseras. Tendría el cerebro chico para la medida actual; pero las manos hábiles para coger frutos y partir nueces golpeándolas contra las rocas, y para desgajar varas y arrancar piedras con qué herir a sus semejantes.

A pesar de la falta de evidencia material, los hechos de la ciencia biológica nos impulsan a creer que existió un ser semejante, antepasado común de los monos antropoides y de las dos especies de hombres que describiremos en el capítulo siguiente.

§ 4. *Vuelve el mundo a tiempos difíciles*

Durante millones de generaciones simias, el mundo, girando, dió la vuelta alrededor del sol; poco a poco, su órbita, que debió ser casi circular durante los días uniformes del eoceno primitivo, fué alargada en más elíptica forma por la atracción de los planetas que la rodeaban. Su eje rotativo, que ha tenido siempre cierta inclinación con respecto al plano de la órbita, como el palo de un yate con su vela se inclina con respecto al nivel del agua, fué inclinándose, por grados imperceptibles, algo más, poco a poco. A cada año, el punto del estío se desviaba un poco más del perihelio. Estos son pequeñísimos cambios cuando le ocurren a una pelota de una pulgada de grueso, que a 330 yardas de distancia va dando vueltas alrededor de un sol inflamado de nueve pies de grosor, en el curso de unos pocos millones de años; cambios que un inmortal astrónomo de Neptuno que observara la tierra de tiempo en tiempo, hallaría casi imperceptibles. Pero desde el punto de vista de la supervivencia vital de los mamíferos miocenos, importan mucho.

De época en época, los inviernos fueron haciéndose más fríos y duros y unas cuantas horas más largos, en comparación con los veranos, en un milenio; época tras época, los veranos fueron acortándose. En términos generales, la nieve del invierno iba cayendo un poco más tarde en la primavera, a cada centuria, y este año los ventisqueros septentrionales ganaban una pulgada, el próximo retrocedían media, luego adelantaban unas pocas más...

El Archivo de las Rocas nos habla del frío creciente. El plioceno fué templado, y muchas de las plantas y animales amigos del calor habrán desaparecido. Después, casi sin pensarlo, aumentando unos pies o unas pulgadas por año, el hielo vino.

Una fauna ártica, el buey almizclero, el mastodonte lanudo, el rinoceronte lanudo, se acomoda en el Pleitoceno. Sobre la América del Norte, así como sobre Europa y Asia, avanzaba el hielo. Siguió avanzando durante miles de años, y luego, durante miles de años, retrocedió para volver a avanzar. Europa hasta las costas bálticas, Inglaterra hasta el Támesis, Norteamérica hasta Nueva Inglaterra y más al centro, hasta el Ohio, yacieron épocas enteras bajo los ventisqueros. Enormes volúmenes de agua se vieron restados al océano y encerrados en aquellos estupendos promontorios de hielo, hasta el punto de causar un cambio universal en los niveles relativos de tierras y mares. Quedaron descubiertas vastas extensiones que hoy forman otra vez el fondo del mar.

El mundo de hoy va saliendo lentamente de la postrera de las cuatro grandes oleadas de frío. Va calentándose poco a poco, pero no sin fluctuaciones. Restos de lignitos de encina, por ejemplo, crecidos hará dos o tres mil años, se hallan en Escocia, en latitudes que ni un roble achaparrado alcanza en los días presentes.

En medio de este crecimiento y descenso de hielos y nieves, hemos de reconocer formas que tienen semejanza con la forma del hombre. La Edad de los Mamíferos culminó en hielos, en penalidades y en el hombre.

VIII

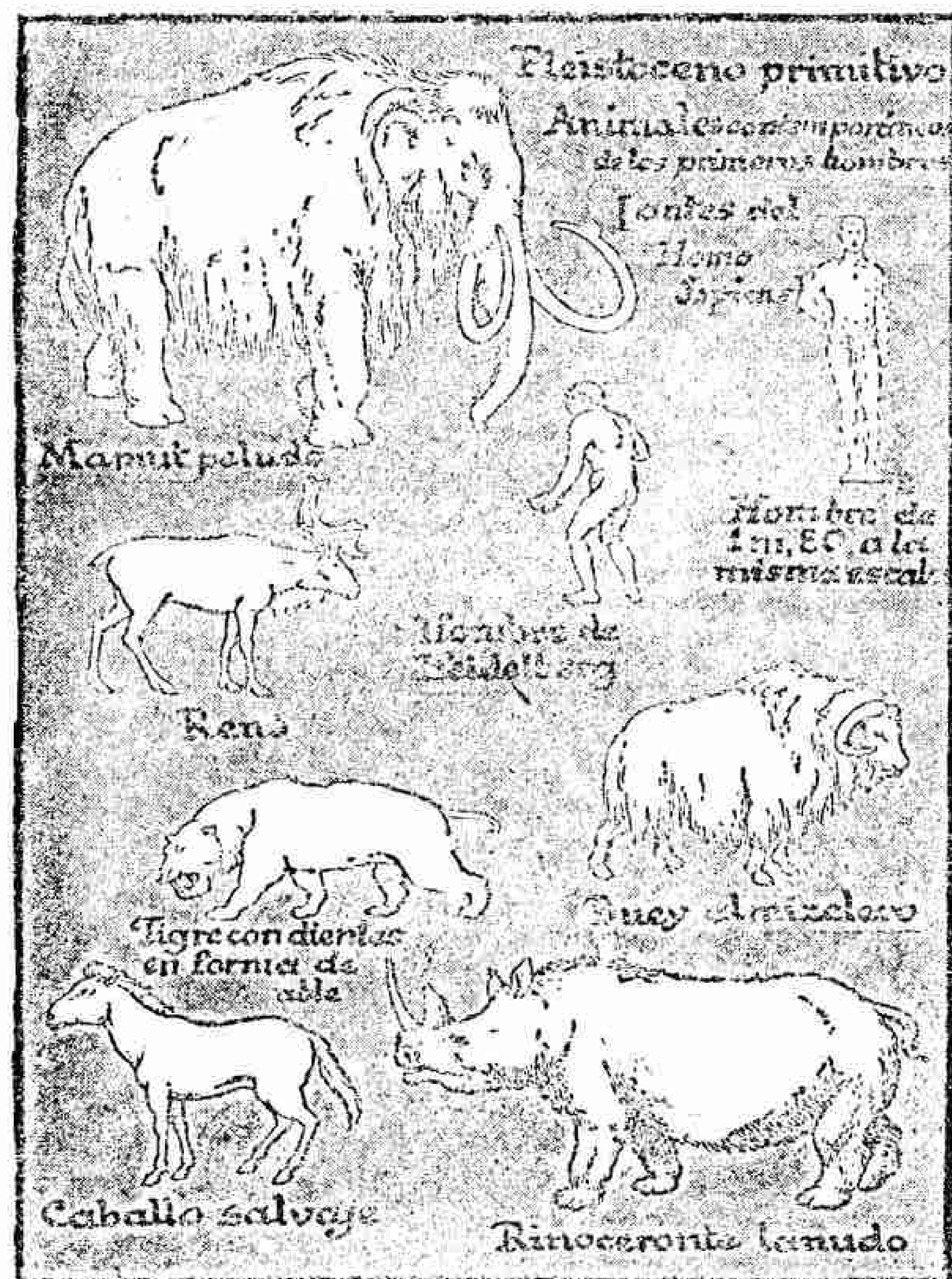
LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

§ 1. *El hombre, descendiente de un mono marchador*

TODAVÍA es muy oscuro el origen del hombre. Se afirma, por lo general, que "desciende" de un mono de configuración humana, tal como el chimpancé, el orangután o el gorila; pero esto, claro está, viene a ser lo mismo que decir que yo "desciendo" de un hotentote o esquimal tan joven o más joven que yo. Otros, para salir al paso de esta objeción, dicen que el hombre desciende del antepasado común del chimpancé, del orangután y del gorila. Ciertos "antropólogos" han llegado hasta detenerse a pensar si no podrá tener la humanidad un doble o triple origen; si no descenderá el negro de una especie de gorila, y el chino, de una especie de chimpancé, y así sucesivamente. Estas fantásticas ideas sólo merecen citarse para rechazarlas. Al principio se creyó que el antepasado de la humanidad sería probablemente un "trepador", pero la idea comúnmente admitida por los calificados par dar opinión parece ser la de que fué un "mono marchador", y que los monos existentes se han desarrollado en dirección trepadora.

Desde luego, si se ponen juntos el esqueleto de un hombre y el de un gorila, su semejanza general es tan grande, que lo más fácil es saltar a la conclusión de que el primero se ha derivado de un tipo semejante al segundo mediante un proceso de desarrollo cerebral y general refinamiento. Pero si se examinan de cerca una o dos diferencias, aparece la brecha. Recientemente se ha dado particular consideración a la huella del pie. El hombre anda sobre el dedo del pie y el talón: el dedo gordo es su principal palanca al andar, como el lector puede ver por sí mismo si examina sus propias huellas en el suelo del cuarto de baño, en donde la presión es menor a medida que las huellas se hacen más débiles. El dedo gordo es el rey de los dedos de sus pies.

Entre todos los simios y monos, el único grupo que ha desarrollado sus dedos gordos de una manera semejante al hombre, son algunos lémures. El mandril anda con los pies planos y con todos los dedos, usando el medio para el impulso principal, casi



como el oso. Y los tres grandes simios caminan sobre la parte externa del pie de modo distinto al caminar de los hombres.

Los grandes simios son moradores de las selvas; su mismo andar es incidental; se encuentran más a gusto en los árboles. Tienen para trepar métodos distintos: se columpian por los brazos mucho más que los otros monos menores, y, a diferencia de éstos, no toman impulso, saltando con ambos pies. Tienen una manera propia de trepar. Pero el hombre anda tan bien y corre tan ligeramente, que revela una larga ascendencia marchadora. Además, no trepa bien; va subiendo con precaución, vacilante. Sus antepasados, durante largas épocas, han debido de ser criaturas co-

rredoras. Luego se ha de advertir que, naturalmente, no nada; tiene que aprender a nadar, y esto parece indicar una larga etapa de separación entre él y los ríos y lagos y el mar. Es casi seguro que el antepasado fué un ser más chico y ligero que sus descendientes humanos.

Se puede conjeturar que el antecesor humano, al inaugurarse el período cainozoico, era un simio corredor que vivía principalmente en tierra, y se escondía entre las rocas mejor que en los árboles. Podría subir aun a los árboles con seguridad y coger cosas entre el dedo gordo y el segundo del pie (como lo hacen hoy día los japoneses); pero iba volviendo a la tierra procedente de un antepasado mesozoico trepador ya remoto. Se comprende que un ser semejante rara vez muriera en el agua en circunstancias que permitieran la fosilización de sus huesos.

No dejará de ocurrirse la idea de que, entre sus otras muchas imperfecciones, el archivo geológico ha de contener necesariamente rastros abundantes de seres de agua o pantano o de otros que se ahogarían fácil y frecuentemente. Las mismas razones que hacen raras y relativamente inaprehensibles en las rocas mesozoicas las huellas de los antepasados de los mamíferos, han de hacer asimismo raras y relativamente inaprehensibles las huellas de los posibles antepasados del hombre en las rocas cainozoicas. El conocimiento que hemos llegado a tener de los hombres primitivos, por ejemplo, procede casi por completo de unas cuantas cavernas en las que entraron y dejaron rastro de sí. Hasta los difíciles tiempos pleistocenos vivieron y murieron al aire libre, y sus cuerpos se consumieron y pudrieron enteramente.

Pero conviene tener presente que el mismo archivo de las rocas ha de ser aún minuciosamente despojado. Sólo unas cuantas generaciones, y en cada una unos cuantos hombres, se han dedicado a su estudio. La mayor parte de los hombres han estado ocupadísimos en hacer la guerra, en sacar provecho del prójimo, en afanarse en obras que las máquinas pueden hacer por ellos en la décima parte del tiempo, o sencillamente en jugar, para que pudiesen prestar atención a estas cosas más interesantes. Hay probablemente, miles de depósitos intactos aún que contengan innumerables vestigios y restos del hombre y de sus progenitores. En Asia, particularmente, en la India o en las Indias orientales, han de estar ocultos los indicios más luminosos. Lo que sabemos hoy de los hombres primitivos es sólo una migaja de lo que se está por saber.

Simios y monos parecen ya haberse diferenciado en los comienzos de la Edad Cainozoica, y hay una cantidad de simios oligocenos y miocenos cuyas relaciones entre sí y con el género humano han de establecerse todavía. Entre éstos se ha de mencionar el *Dryopithecus* de la Edad Miocena, con su mandíbula

parecidísima a la humana. En los montes de Siwalik, en la India septentrional, se han encontrado restos de algunos monos interesantísimos, entre los cuales el *Sivapithecus* y el *Palaeopithecus* pudieran estar relacionados muy de cerca con el antecesor del hombre. Es posible que estos animales emplearan ya utensilios. Carlos Darwin habla de unos mandriles que abren nueces golpeándolas con piedras, clavan estacas en las rocas para cazar insectos, y descargan golpes con palos y piedras. El chimpancé, entrelazando ramas, se construye una especie de choza en el árbol. En estratos de la Edad Oligocena se han hallado en Boncelés (Bélgica) piedras al parecer desgastadas por el uso. Es posible que la disposición de emplear utensilios se diera ya en los antepasados mesozoicos de que somos descendientes.

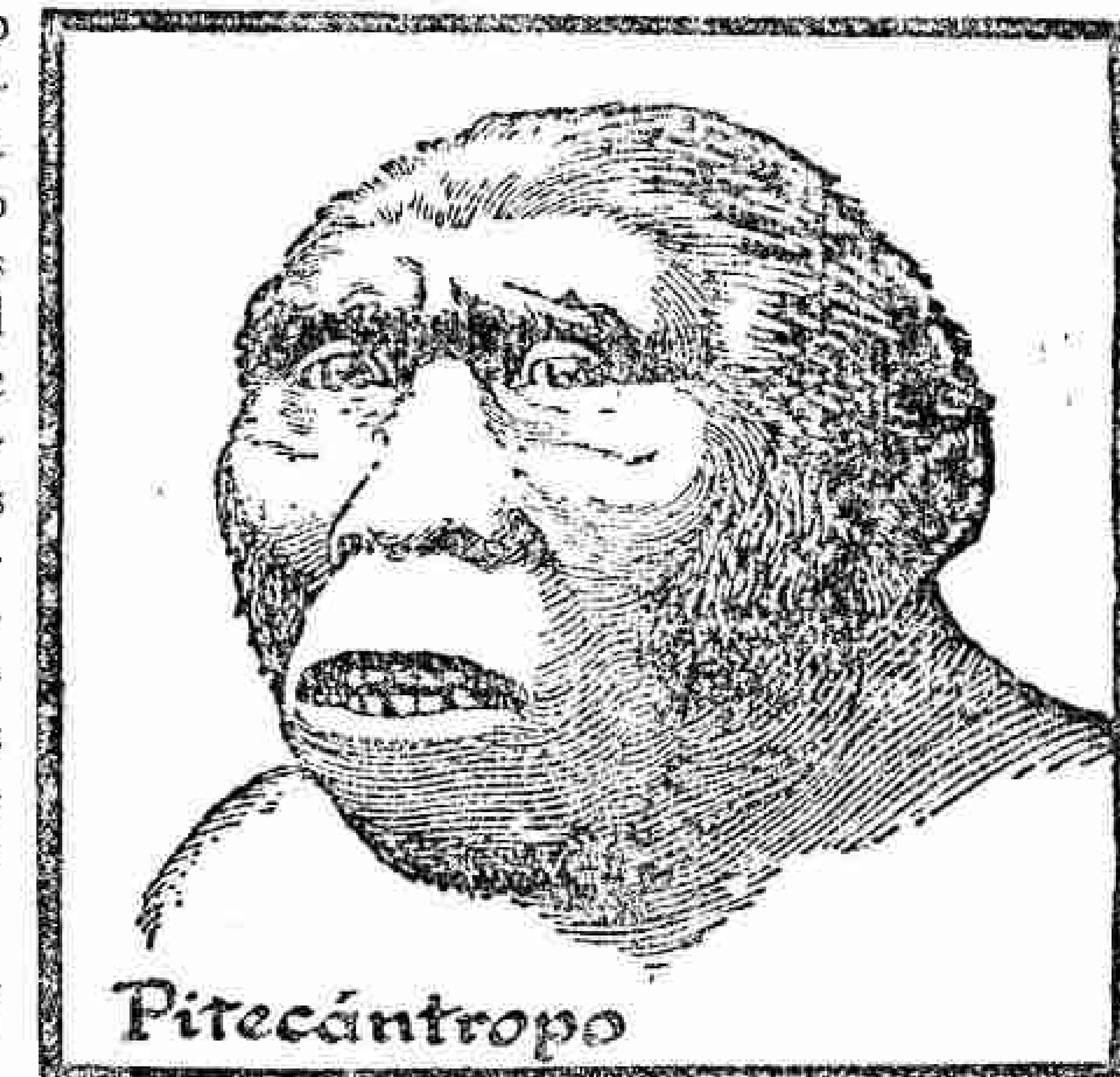
§ 2. *Primeras huellas de seres con apariencia humana*

Entre los indicios evidentes más antiguos de criatura humana o, por lo menos, más semejante al hombre que todo mono vivo en la tierra, existe una cantidad de pedernales y piedras muy toscamente desgastados, a los que se ha dado forma como para asirlos con la mano. Se emplearon probablemente como hachas de mano. Estos primeros utensilios ("eolitos") suelen ser tan toscos y sencillos, que duró mucho tiempo la controversia de si deberían considerarse como productos naturales o artificiales. La fecha del más antiguo se coloca por los geólogos en el Plioceno, es decir, antes de la *Primera Edad Glacial*. Preséntanse también en el primer período interglacial. No sabemos que existan huesos u otros restos de los seres casi humanos que hace medio millón de años, en Europa o en América, hicieron y emplearon esos utensilios. Los usaron para martillar, quizá para la lucha, y tal vez emplearon trozos de madera para los mismos menesteres (1).

Pero en Trinil (Java), en estratos que corresponden, según se dice, al Plioceno más reciente o la Primera Edad Glacial americana y europea, se han hallado huesos dispersos de un ser quizás semejante a lo que fueron los forjadores de aquellos utensilios primitivos: la parte alta de un cráneo, algunos dientes y un fémur. La calavera muestra una caja craneana que viene a ser, en cuanto al tamaño, término medio entre la del chimpancé y la del hombre; pero el fémur es de un ser tan avezado a estar en pie y a caminar como el hombre, y, por lo tanto, igualmente libre para hacer uso

(1) Suponen ciertos escritores que a la primitiva Edad de Piedra precedió una edad de la Madera y la Concha. Los isleños del mar del Sur, los negros y los bosquimanos, usan todavía madera y conchas aguzadas de moluscos de tierra y mar como utensilios.

de sus manos. Aquel ser no era un hombre ni era un mono trepador como el chimpancé. Era un mono marchador. Los naturalistas le han llamado *Pithecanthropus erectus* (el mono de figura humana que camina). No podemos afirmar que sea un antecesor directo del hombre; pero podemos pensar que las criaturas que derramaron por el suelo aquellos primeros huesos tendrían muy próxima semejanza y parentesco con él, y que nuestro antepasado fué animal de igual especie. Este pequeño grupo de fragmentos óseos procedente de Trinil es, por hoy, aparte los utensilios de piedra, la reliquia más vetusta que se conoce de la primitiva humanidad o de los seres ligados por más íntimos lazos de sangre con la humanidad primitiva.



POSIBLE APARIENCIA DEL SUBHOMBRE PITHECANTHROPUS

La cara, mandíbulas y dientes mera conjetura (véase el texto). El ser tendría probablemente aspecto humano menos pronunciado que el que aquí se muestra.

Cuando estos hombres o "subhombres" primitivos andaban por Europa, hace cuatrocientos o quinientos mil años, había mastodontes, rinocerontes, un tremendo hipopótamo, un castor gigante, un bisonte y un gato montés en el mundo. Había también caballos salvajes, y abundaba el tigre con dientes de sable. No hay huellas de leones o verdaderos tigres en la Europa de aquel tiempo; pero sí existían osos, nutrias, lobos y un jabalí salvaje. Es posible que el primer subhombre hiciera de chacal con el tigre de dientes de sable y consumiera los cuerpos de que ya ése se había saciado.

§ 3. *El subhombre de Heidelberg*

Tras esta primera vislumbre de algo siquiera subhumano en el archivo geológico, no hay otro fragmento humano o de semejanza humana que aquel registro mencione en un intervalo de

cientos de miles de años. Sólo cuando llegamos a depósitos que se ha demostrado ser del segundo período interglacial, doscientos mil años después, hace doscientos o doscientos cincuenta mil años, nos viene a la mano otra menuda porción de huesos. Esta es una quijada.

La quijada se encontró en un arenal cerca de Heidelberg, a unos 80 pies de profundidad, y no es la mandíbula de un hombre, de lo que entendemos por un hombre; pero tiene por todos aspectos caracteres humanos; únicamente le falta todo rastro de barbilla. Es más maciza que la del hombre, y su estrechez posterior se ha pensado que no podría dar a la lengua el juego suficiente para articular la palabra. No es una quijada de mono: los dientes son humanos. Al propietario de esta quijada se le ha llamado diversamente *Homo Heidelbergensis* y *Palaeoanthropus Heidelbergensis*, según la apreciación que de su humanidad o subhumanidad hacían las diversas autoridades. Vivió en un mundo no remotamente distinto del mundo de los todavía más vetustos subhombres de los primeros utensilios; los depósitos en que se le ha encontrado muestran que había elefantes, caballos, rinocerontes, un bisonte, un anta, etcétera, en el mundo; pero ya declinaba el tigre de dientes de sable, y el león empezaba a extenderse por Europa. Los utensilios de este período (llamado período Chelense) muestran un progreso muy considerable sobre los de la Edad Pliocena. Están bien hechos, pero son *mucho más grandes* que todo verdadero utensilio humano. El hombre de Heidelberg debió tener gran corpulencia y anchos miembros anteriores. Sería un extraño ser peludo.

§ 4. *El subhombre de Piltdown*

Hemos de seguir adelante en el registro, quizá por otros cien mil años, para dar con los próximos restos de algo humano o subhumano. En un depósito adscrito al tercer periodo interglacial, que debió empezar hace cien mil años, y persistir hasta hace cincuenta mil, surgieron las piezas rotas de un cráneo completo. El depósito es una pedriza que procederá de la desecación de un estrato de grava anterior, y quizá este cráneo fragmentario sea tan antiguo como el primer periodo glacial. Los restos óseos descubiertos en Piltdown (Sussex) ponen de manifiesto un ser que va ascendiendo todavía, aunque muy lentamente, de lo subhumano.

Los primeros fragmentos del cráneo halláronse en una excavación de grava para carreteras en Sussex. Trozo a trozo, los demás fueron cazándose entre los despojos de la cantera hasta que fué posible juntarlos. Es un cráneo grueso, más grueso que el de toda raza viva de hombres, y tiene una capacidad cerebral intermedia entre la del pitecántropo y la del hombre. A este ser se le

ha llamado el *Eoanthropus* (el hombre en su aurora). En las mismas canteras de grava se hallaron dientes de rinoceronte, hipopótamo y el fémur de un ciervo con señales que parecen cortaduras. Encontróse también un curioso instrumento de marfil en forma de murciélago.

Había también una mandíbula entre los restos dispersos, que al punto se creyó, naturalmente, que pertenecía al *Eoanthropus;* pero que, según luego se ha sugerido, es probablemente de un chimpancé. Es extraordinariamente parecida a la de un chimpancé; pero el doctor Keith, una de las mayores autoridades en estas cuestiones, se la asigna, después de un completo análisis en su obra *Antiquity of Man* (*Antigüedad del Hombre*, 1915), al cráneo con que se encontró. La mandíbula tiene mucho menor carácter humano que la del harto más antiguo *Homo Heidelbergensis;* pero los dientes, en varios respectos, son más semejantes a los de los hombres actuales.

El Dr. Keith, influído por la mandíbula, no cree que el *Eoanthropus*, a pesar de su nombre, sea un directo ascendiente del hombre. Mucho menos ha de ser una forma intermedia entre el hombre de Heidelberg y el de Neanderthal que ahora vamos a describir. Tenía, con el verdadero antepasado del hombre, la relación que tiene el orangután con el chimpancé. Era un ejemplar de mono marchador subhumano con inteligencia superior a la del mono, y si no estaba en el camino real, pertenecía por lo menos a uno de los colaterales más próximos.

Después de esta vislumbre de un cráneo, el archivo, durante varios siglos, no encierra más que utensilios de pedernal que van mejorando de calidad continuamente. Forma muy característica es la de una suela, con una cara cortada de un golpe y la otra labrada. Los arqueólogos, en la continuación del archivo, pueden hoy distinguir raspadores, taladros, cuchillos, dardos, piedras arrojadizas y otras piezas por el estilo. El progreso es ya más rápido; pasados pocos siglos, la forma del hacha de mano muestra diversas mejoras visibles. Y en seguida viene un número considerable de restos. La cuarta Edad Glacial va llegando a su máximo. El hombre va ocupando las cavernas y dejando en ellas vestigios: en Krapina (Croacia), en Neanderthal, cerca de Düsseldorf, en Spy, se han hallado restos humanos, cráneos y huesos de un ser que era, ciertamente, un hombre. Hará unos 50.000 años, si no más, apareció el *Homo Neanderthalensis* (llamado también *Homo antiquus* y *Homo primigenius*), ser humano ya del todo aceptable. Su pulgar no era enteramente igual en flexibilidad y utilidad al pulgar humano; se inclinaba el ser hacia adelante y no podía mantener la cabeza erguida, como los hombres actuales; carecía de barbilla y quizás era incapaz de lenguaje; hay curiosas diferencias entre el esmalte y las

raíces de sus dientes con respecto a los del hombre actual; era demasiado rechoncho; no era, en verdad, del todo perteneciente a la especie humana; pero, sin disputa, no cabe dudar de su atribución al género *Homo*. No descendía, ciertamente, del Eoántropo, pero su mandíbula es semejante a la quijada de Heidelberg, hasta el punto de hacer posible que el más zafio y pesado *Homo Heidelbergensis*, anterior a él en mil siglos, fuese de su sangre y de su raza.

IX

LOS HOMBRES DE NEANDERTHAL, RAZA EXTINTA

(PRIMITIVA EDAD PALEOLÍTICA [1])

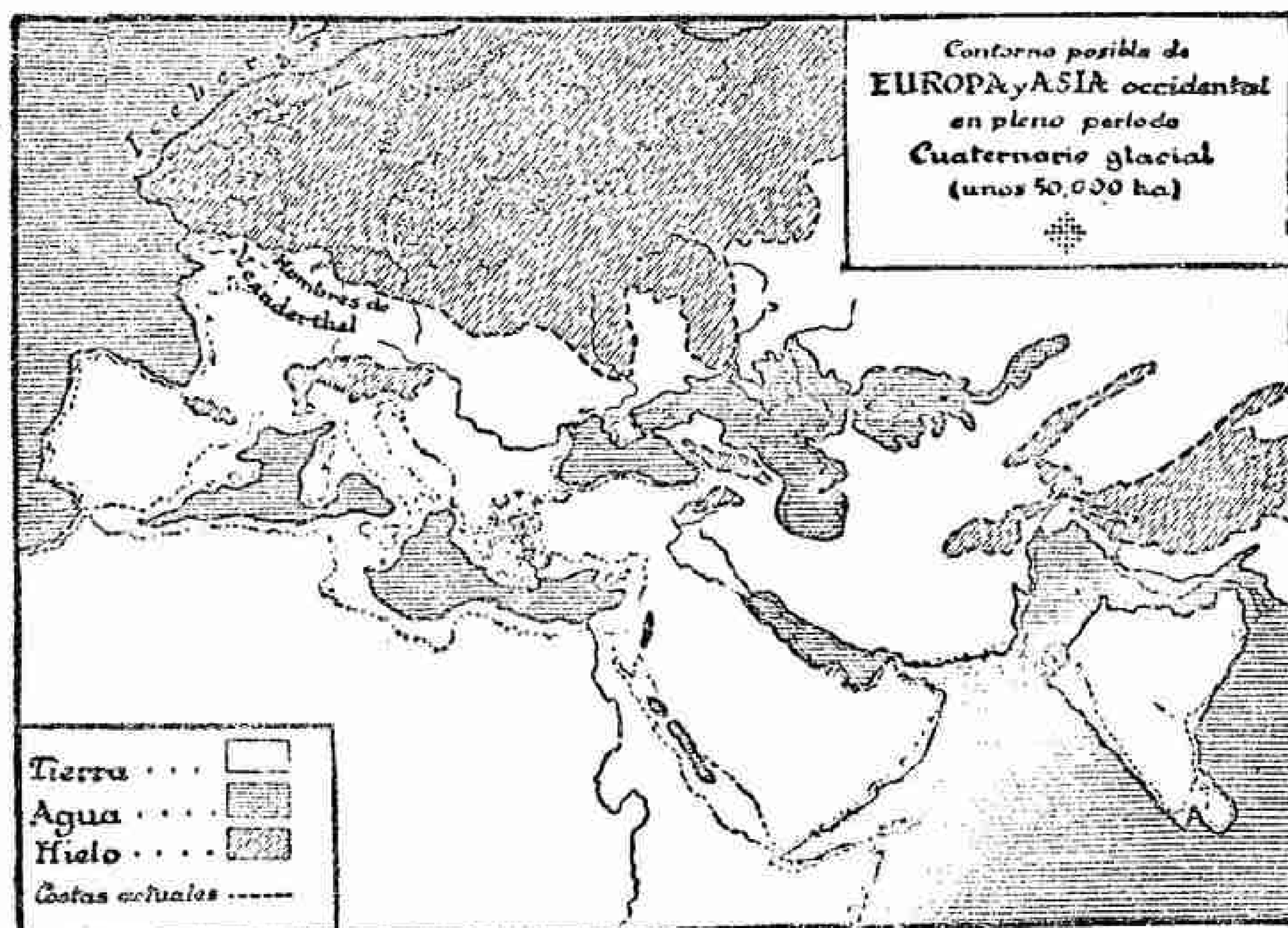
§ 1. *El mundo hace cincuenta mil años*

EN los tiempos del Tercer Período Interglacial, el contorno de Europa y del Asia occidental era muy diferente de lo que es hoy. Vastas extensiones que hoy están bajo las aguas del Atlántico, al Oeste y al Noroeste, eran entonces tierra firme; el mar de Irlanda y el mar del Norte no eran sino valles de sendos ríos. Sobre aquellas extensiones septentrionales avanzaba y retrocedía, para volver a avanzar, un gran promontorio de hielo como el que cubre hoy la Groenlandia central. Este gran promontorio de hielo, que cubría las dos regiones polares de la tierra, separaba del océano grandes masas de agua, y, por consiguiente, descendía el nivel del mar, dejando descubiertas grandes extensiones de tierra que hoy vuelven a estar sumergidas. El área del Mediterráneo era probablemente un gran valle por bajo del nivel general de los mares, con dos mares interiores separados del océano mayor. El clima de esta cuenca mediterránea era tal vez de un frío templado, y, al Sur, la región del Sahara no era entonces un desierto de rocas calcinadas y arenas expuestas al viento, sino un país bien regado y fértil. Entre las sábanas de hielo al Norte y los Alpes y el valle del Mediterráneo al Sur, se extendía una soledad yerma de clima variable entre la rudeza y la benignidad extremada, que se recrudeció otra vez en la Cuarta Edad Glacial.

A través del yermo que hoy es la gran meseta de Europa, vagaba una fauna muy diversa. Al principio, hipopótamos, rinoce-

(1) Suelen distinguirse tres fases de la historia humana anteriores al conocimiento y uso de los metales. La primera llámase Edad Eolítica (alba de los utensilios de piedra): viene después la Edad Paleolítica (utensilios antiguos de piedra); y, por último, una edad en que los utensilios están hechos con habilidad y con frecuencia bien acabados y pulimentados (Edad Neolítica). El periodo Paleolítico se divide, a su vez, en un periodo primitivo (subhumano) y otro posterior (humano). Ya comentaremos más adelante estas divisiones.

rontes, mastodontes y elefantes. El tigre de dientes de sable iba camino de extinguirse. Luego, conforme se fué helando el aire, los hipopótamos y demás seres aficionados al calor dejaron de subir tan al Norte, y el tigre desapareció por completo. El mastodonte lanudo, el rinoceronte lanudo, el buey almizclero, el bisonte, los uros y el reno hiciéronse más frecuentes y la vegetación templada cedió el paso a otra de tipo más ártico. Los ventisqueros alcanzaron



ESTE MAPA REPRESENTA EL ESTADO ACTUAL DE NUESTROS CONOCIMIENTOS GEOGRAFICOS DE EUROPA Y ASIA OCCIDENTAL EN UN PERIODO QUE PUEDE SITUARSE UNOS 50.000 AÑOS.
LA EDAD DE NEANDERTHAL
Gran parte de este mapa es, desde luego, especulativa, pero sus líneas generales deben reflejar bastante las del mundo en que surgieron los primeros hombres.

su extremo más meridional en la Cuarta Edad Glacial (hace unos 50.000 años) y luego retrocedieron otra vez. En la fase primitiva, el Tercer Período Interglacial, cierto número de reducidos grupos familiares de hombres (*Homo Neanderthalensis*) y quizá de subhombres (Eoanthropus), vagaban por la tierra sin dejar otro testimonio de su paso que sus utensilios de pedernal. Empleaarían probablemente, además, multitud de diversos utensilios de madera; habrían adelantado mucho en el conocimiento de las formas de los objetos y en el uso de distintas hechuras de madera, conocimiento que aplicarían más tarde a la piedra; pero de sus materiales de

madera ninguno ha sobrevivido; sólo podemos especular acerca de su forma y empleo. Cuando la temperatura llegó al máximo de crudeza, los hombres de Neanderthal parecían ya familiarizados con el fuego y buscaban abrigo bajo las salientes de las rocas: ya entonces dejaron rastro de sí. Hasta entonces acostumbraban establecerse al aire libre en derredor del fuego, cerca de su provisión de agua. Mas eran sobrado inteligentes para adaptarse a las condiciones nuevas y más duras. (Por lo que toca a los subhombres, parece ser que sucumbieron todos al peso de la Cuarta Edad Glacial. Sea como fuere, desaparece ya el tipo más grosero de los utensilios paleolíticos).

No sólo el hombre iba acogiéndose a las cavernas. Hubo también en este período cuevas de león, de oso y de hiena. Estos animales tenían que ser lanzados de las cuevas y mantenidos fuera de aquellas en que el hombre primitivo deseaba establecerse y ocultarse; y el fuego, sin duda, constituyó un método eficaz de desahucio y protección. Probablemente los hombres no penetraron más en las cavernas por falta de medios para iluminar sus escondrijos. Ahondaron lo bastante para defenderse contra la temperatura, y almacenaron en los rincones leña y alimentos. Quizá fortificaron las bocas de las cuevas. La única luz que tendrían para ir más adentro sería de antorchas.



Otro ensayo de restauración del Homo Neanderthalensis.

¿Qué cazaron los hombres de Neanderthal? Las únicas armas de que podrían disponer para dar muerte a seres tan gigantescos como el mastodonte o el oso de las cavernas, y aun al reno, eran lanzas de madera, mazas de leño, y esas grandes piezas de pedernal que dejaron como rastro suyo, las armas chelenses y musterienses (2), y probablemente su recurso habitual sería la caza menor. Pero es seguro

(2). De Chelles y Le Moustier, en Francia.

que comían la carne de los animales mayores cuando se les presentaba oportunidad; quizá fueran siguiéndolos cuando los veían enfermos o heridos en una pelea; o acaso les tomaban ventaja cuando los veían metidos en un pantano o en lucha con el hielo o en agua. (Los indios del Labrador cazan todavía el carabao con lanzas en los vados difíciles). Se ha encontrado en Dewlish (Dorset) una trinchera artificial que se supone haber servido de trampa paleolítica para elefantes ([3]). Sabemos que los de Neanderthal, en algunas partes, se comían a sus muertos; pero se llevaban a las cuevas los huesos grandes con tuétano para comérselos a sus anchas, porque en el interior de aquéllas, rara vez se han hallado vértebras y costillas, y sí, en cambio, grandes cantidades de huesos largos, rotos y hendidos. Usaron pieles para envolverse y las mujeres probablemente como vestido.

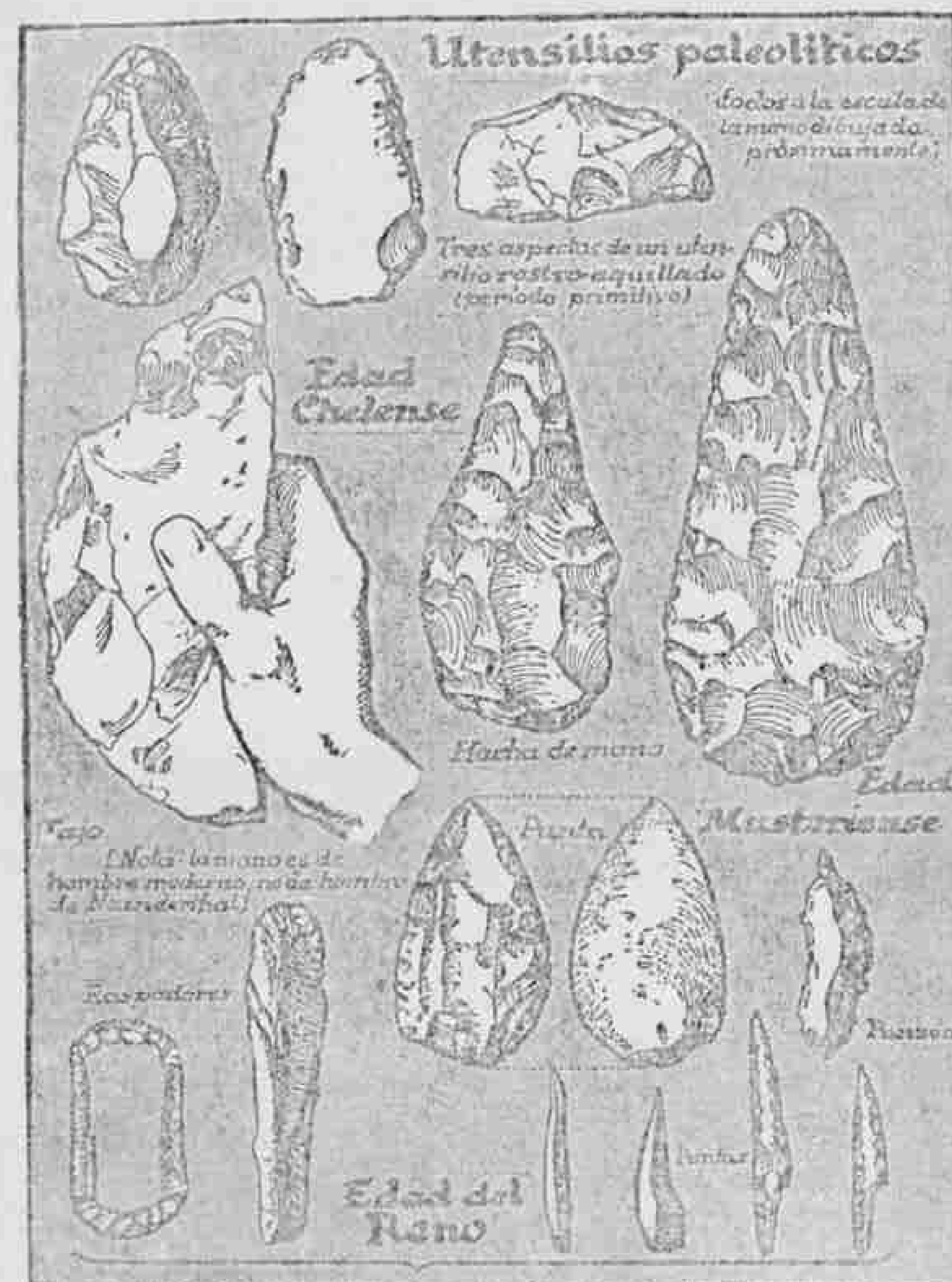
Sabemos que usaban la mano derecha, como los hombres modernos, porque la parte izquierda del cerebro (que sirve al lado derecho del cuerpo) está más desarrollada que la derecha. Pero al paso que las partes traseras del cerebro que guardan relación con la vista, el tacto y la energía del cuerpo, están bien desarrolladas, las partes frontales, en relación con el pensamiento y la palabra, son comparativamente pequeñas. Era un cerebro tan grande como el nuestro, pero distinto. Esta especie del *Homo* tuvo de fijo mentalidad diferente de la nuestra; sus individuos no eran solamente más sencillos y humildes que nosotros: eran de otra manera. Es posible que no tuviesen habla, o que la usaran muy escasamente. Carecían en absoluto de lo que llamamos lenguaje.

§ 2. *La vida cotidiana de los primeros hombres*

Mr. Worthington Smith, en su *Man the Primeval Savage* ("el Hombre, Salvaje Primevo") da una descripción escrita con suma vivacidad de la vida primitiva paleolítica, a la que debe mucho el siguiente relato. En los orígenes, Mr. Worthington Smith supone una vida social más extensa, una comunidad más amplia y una división del trabajo entre los individuos más definida de lo que puede justificarse en vista de escritos posteriores, como el ensayo memorable de J. J. Atkinson sobre la Ley Primera ([4]). A la pequeña tribu descrita por Mr. Worthington Smith ha sustituído, por esto, un grupo familiar bajo la dirección de un Anciano, y las indicaciones de Mr. Atkinson en cuanto al Anciano se han tenido en cuenta para lo que sigue.

([3]) Osmond Fisher, citado por Wright, en su *Quaternary Ice Age* [1] ("La Edad Glacial Cuaternaria").

([4]) *Social Origins*, por Andrew Lang, y *Primal Law*, por J. J. Atkinson (Longmons, Londres, 1903).



PRIMEROS UTENSILIOS DE PIEDRA

Los utensilios de la Edad Musteriense son los del hombre de Neanderthal, o, quizá en el caso de los rostro-aquillados, del subhombre. La línea inferior (Edad del Reno) muestra obras del hombre propiamente dicho. El estudioso debe comparar este diagrama con el diagrama del tiempo unido al capítulo VII, § 4, y advertir el tamaño grande de los utensilios pre-humanos.

Describe Mr. Worthington Smith un lugar de refugio, cerca de un arroyo, porque el hombre primitivo, como carecía de pucheros u otra vajilla, necesitaba un lugar cercano en que aprovisionarse de agua, y algunos riscos calizos adyacentes de los que pudiera sacar pedernales para su uso. El aire era frío, y el fuego tenía gran

importancia, porque el fuego, una vez apagado, no se volvía a encender fácilmente en aquellos días. Cuando no se quería llama, se solía tapar con ceniza. La manera más probable de producir el fuego consistiría en golpear un trozo de pirita de hierro con un pedernal sobre unas hojas secas; se han encontrado acumulaciones de pirita y de pedernal juntos en Inglaterra, allí donde el mineral y la sílice se daban próximos. El reducido grupo humano se establecería en una camada de helechos, musgo u otro material seco análogo. Algunas mujeres y chicos se ocuparían continuamente en allegar combustibles para mantener las hogueras. Habríase ya establecido una tradición. Los mozos imitarían a los viejos en sus tareas. Tal vez habrían toscas cubiertas de protección contra el viento, hechas con ramas en un lado del campamento (5).

El Anciano, padre y maestro del grupo, se ocuparía a veces en martillar pedernales junto al fuego. Imitaríanle los niños y aprenderían a emplear los fragmentos aguzados. Es probable que algunas mujeres se dedicaran a elegir buenos pedernales; los arrancarían de la creta con palos y los llevarían al refugio.

Allí habría abundancia de pieles. Parece probable que desde muy temprano los hombres primitivos empezasen a usarlas. Es de creer que envolverían en ellas a los niños y los emplearían para tenderse encima cuando el suelo estuviese húmedo y frío. Una mujer prepararía en cierta ocasión una piel. Del interior de la piel se arrancaría la carne superflua con pedernales bien acondicionados y luego se extendería, bien estirada y clavada sobre la hierba, para secarla a los rayos del sol.

Lejos del fuego, otros miembros del grupo familiar rondarían en busca de alimento; pero, a la noche, todos se reunirían alrededor del fuego, acrecentándolo, porque él les protegía contra el oso errante y los demás animales de presa. El Anciano es el único macho plenamente adulto de la reducida agrupación. Hay mujeres, mozos y mozas; pero en cuanto los mozos han crecido lo bastante para despertar los celos del Anciano, éste los ataca y los echa o los mata. Quizá algunas muchachas se van con el desterrado, y dos o tres mozos se mantienen juntos por algún tiempo, vagando hasta que dan con otro grupo del que intentan robar una esposa. Entonces, probablemente, surgirían querellas. Un día, cuando tiene cuarenta años o acaso más, y se le han estropeado los dientes y se ha abatido su energía, un hombre se llega adonde está el Anciano, le mata, y reina en su lugar. En el establecimiento hay probablemente escasa compasión para el Anciano. En

(5) Este primer origen del fuego lo sugirió Sir John Lubbock (*Prehistoric Times*) y Ludwig Hopf, en *The Humons Species* dice que: "En los establecimientos paleolíticos, junto a los restos de mastodontes, se hallan pedernales y trozos de piritas".

cuanto se debilita y se le agria el genio, le amenazan todas las molestias y la muerte.

¿Qué se come en el refugio familiar?

"Se pinta al hombre primevo como cazador del gran mastodonte lanudo, del oso y del león, pero es altamente improbable que el hombre silvestre cazara otra cosa que liebres, conejos y ratas. El hombre sería probablemente más bien cazado que cazador.



"El salvaje primero era a la vez herbívoro y carnívoro. Se alimentaba con avellanas, hayucos, castañas dulces, cacahuetes y bellotas. Tenía manzanas, peras, cerezas y uvaespinas silvestres; acerolas, serbas, endrinas, zarzamoras, bayas de tejo, escaramujo y espino, berros, hongos, cogollos de hojas anchas y carnosas, liquen (la substancia vegetal que los campesinos llaman "lluvia de estrellas"), rizomas carnosos, jugosos como espárragos, o tallos subterráneos de *labiadas* y plantas análogas, y otras delicadezas del reino vegetal. Tenía huevos de ave, pollos y miel y panales de abejas silvestres. Tenía lagartijas acuáticas, caracoles y ranas, bocados, los dos últimos, altamente estimados aún en Normandía y en Bretaña. Tenía peces muertos y vivos y mejillones de agua dulce; podía coger fácilmente peces a mano, chapoteando o zambulléndose para ello, y armar trampas. A la orilla del mar tendría pescados, moluscos y ovas. Podría obtener algunas aves mayores y mamíferos pequeños, de los que se apoderaría con piedras o palos o con simples armadijos. Cogería serpientes, culebras y cangrejos de río. Cogería diversos gorgojos e insectos, las grandes larvas de los escarabajos y varias orugas. El gusto por las orugas persiste aún en la China, donde las venden en los mercados desecadas, en paquetes. Principal y muy nutritivo alimento serían sin duda los huesos machacados y convertidos en una pasta dura y arenosa.

"Hecho de gran importancia es el siguiente: el hombre primevo no debía tener gran empeño en conseguir carne fresca. La hallaría constantemente en estado de muerte, y aunque estuviera semipútrida, no por eso había de rechazarla: que aún sobrevive el gusto por la caza podrida o casi en estado de descomposición. Si le movía el hambre o se hallaba falto de recursos, devoraba en ocasiones a sus compañeros más débiles, a criaturas sin salud, que eran más flacas, o feas, o molestas. Los animales mayores, en estado de decaimiento o a punto de morir, serían sin duda muy solicitados; si éstos no se presentaban, bastaría con hallarlos muertos o casi pútridos. Nadie repararía en el mal olor; hoy nadie protesta contra él en muchos hoteles continentales.

"Sentábanse los salvajes en confusión, todos juntos en torno al fuego, con frutos, huesos y carne semipútrida. Podemos imaginarnos al Anciano y a sus mujeres crispando bruscamente la piel de sus hombros, de su frente, de sus hocicos, cuando les molestaban o picaban las moscas u otros insectos. Podemos imaginarnos las anchas ventanas de la nariz humana, indicadoras de agudo olfato, husmeando repetida y rápidamente la carne sucia, antes de que fuera consumida, sin que nadie desaprobara el mal olor de la carne y los otros diversos repugnantes olores propios de una guarida de salvajes.

"El hombre, en aquel tiempo, no era un animal *degradado*, porque no había estado nunca más alto: era, por el contrario, un animal exaltado, y por bajo que hoy le estimemos, representaba la etapa superior en el desarrollo del reino animal de su tiempo".

En el verano de 1921 hízose un interesantísimo hallazgo en una cueva de la heredad de Broken Hill, en el Africa del Sur: un cráneo, falto de mandíbula inferior, y cierto número de huesos de una nueva especie del *Homo* intermedia entre el de Neanderthal y el Hombre propiamente dicho (*Homo Sapiens*). El cráneo estaba un poco mineralizado; su propietario debió de vivir unos pocos miles de años ha. Este ser recién descubierto (*Homo Rhodesiensis*), este Hombre de las cavernas de Rhodesia, no tenía, a lo que permiten observar sus restos, ninguna de las características especiales del de Neanderthal; su caja craneana, cuello, dientes y miembros, eran totalmente de escala humana. (No sabemos nada de sus manos). Pero el tamaño de la mandíbula superior y las superficies articulares indican una mandíbula inferior más sólida que en el hombre de Heidelberg y tiene arrugas frontales que rivalizan con las del de Neanderthal. Parece que se trata de un ser casi humano, en un tipo de rostro simiesco. Debió de sobrevivir hasta el período humano y ser contemporáneo, en el Africa del Sur, de los hombres propiamente dichos.

X

LOS ULTIMOS HOMBRES PALEOLITICOS POSTGLACIALES, LOS PRIMEROS HOMBRES PROPIAMENTE DICHOS

§ 1. *Surge el hombre semejante nuestro*

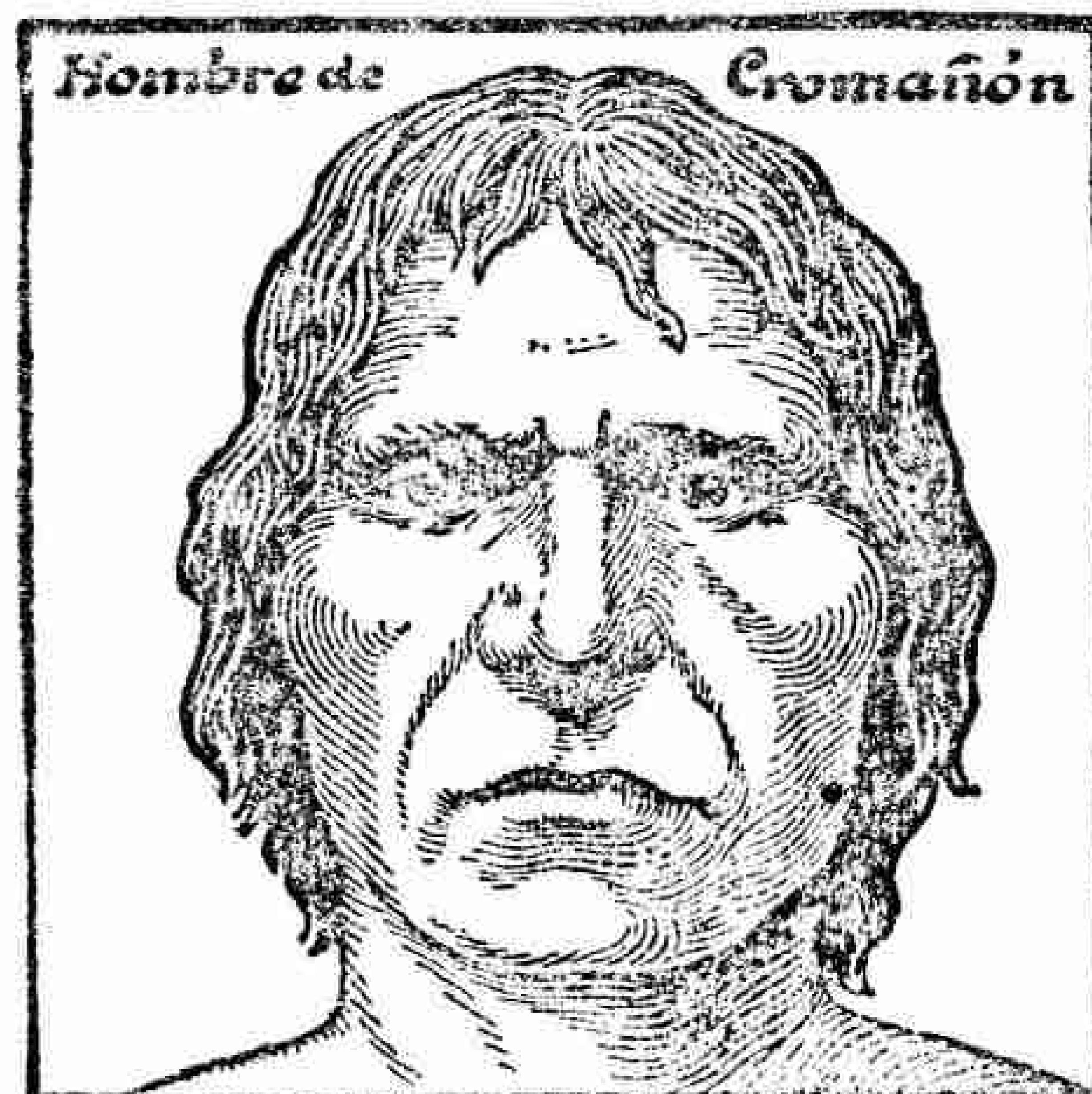
El tipo del hombre de Neanderthal prevaleció en Europa, por lo menos, unas decenas de miles de años; durante épocas que convierten para nosotros a la historia en algo de ayer mismo, dominaron esas criaturas aproximadamente humanas. Si la quijada de Heidelberg perteneció a un hombre de Neanderthal, y no hay error en cuanto a la antigüedad que se asigna a aquel resto, la raza de Neanderthal pervivió durante más de 200.000 años.

Por último, hace de 40.000 a 25.000 años, a medida que la Edad Glacial Cuaternaria iba suavizándose y llegando a condiciones de mejor temple entró en escena un tipo humano diferente que, al parecer, exterminó al *Homo Neanderthalensis* (1). Este nuevo

(1) La opinión de que la raza de Neanderthal (*Homo Neanderthalensis*) es una especie extinta que no tuvo cruzamiento con el hombre propiamente dicho (*Homo Sapiens*), está sostenida por el profesor Osborn, y es aquella a que se inclina el autor, que la ha tenido presente al escribir este capítulo: pero no le será difícil al lector advertir que muchos autores no la comparten. Escriben y hablan de "neandertaleses" vivos en poblaciones contemporáneas. Un observador ha descripto tipos de esa clase en el pasado, con relación al Oeste de Irlanda; otro los ha encontrado en Grecia. Los llamados "neandertaleses vivos" carecen de las particularidades de cuello, pulgar y dientes que distinguen a la raza prehumana de Neanderthal. Los dientes del hombre de Neanderthal, por ejemplo, son *más complicados y especializados* que los del hombre, y sus colmillos están menos marcados, son menos "caninos" que los nuestros. Nada podría mostrar más claramente que estaba en diferente línea de desarrollo. Hemos de recordar que, hasta hoy, sólo la Europa occidental ha sido explorada debidamente por lo que hace a los restos paleolíticos y que, en la práctica, cuanto sabemos de la especie de Neanderthal procede de esa área.

Sin duda, el antecesor del *Homo Sapiens* (en cuya especie se incluyen los tasmanios) era un ser muy semejante y paralelo al *Homo Neanderthalensis*. Y no estamos tan lejos de aquel antecesor para que podamos eliminar, no ya los tipos "neandertaleses", sino los "neandertaloides". La existencia de tales tipos no prueba que la especie de Neanderthal, forjadora de los utensilios chelenses y musterienses, se cruzara con el *Homo Sapiens* de Europa en mayor

tipo se desarrolló probablemente en el Sur de Asia o en el Norte de Africa, o en regiones hoy sumergidas de la cuenca del Mediterráneo, y cuantos más restos se recojan y mayores indicios se acumulen, más sabrá el hombre acerca de sus etapas primitivas. Por hoy sólo podemos conjeturar dónde y cómo surgieron, en las bajas edades, paralelamente a su congénere de Neanderthal, los primeros hombres propiamente dichos. Cuando se nos dan a conocer había sobrepujado ya con mucho el nivel de Neanderthal en perfeccionamiento de inteligencia y se había partido en dos o más razas muy distintas.

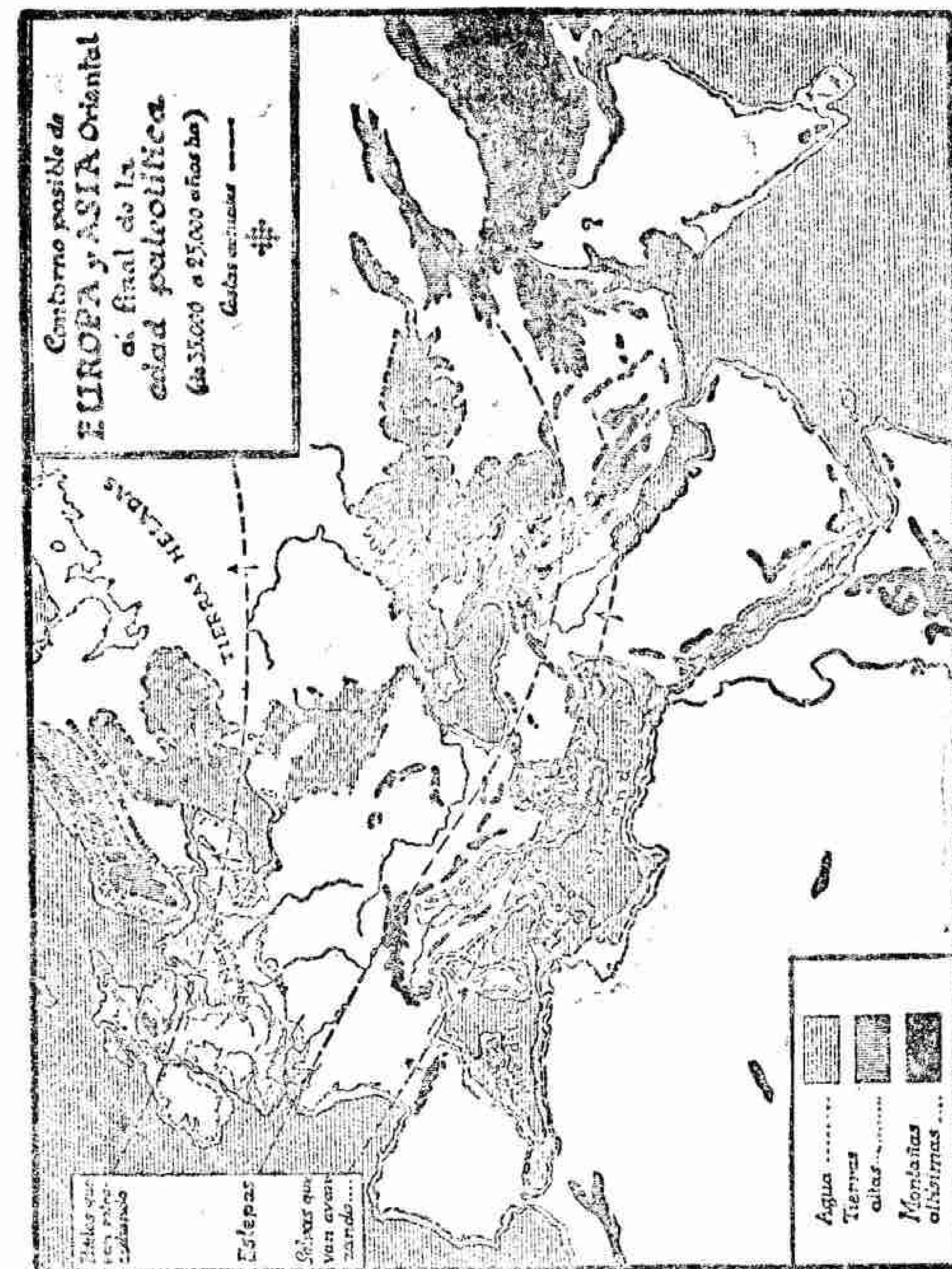


Los recién llegados no fueron inmigrantes de Europa en el sentido estricto de la palabra, sino que, más bien, a medida que el clima iba mejorando con los siglos, caminaron detrás de los alimentos y plantas a que estaban acostumbrados cuando aquéllos y éstas se extendieron a nuevas regiones, ante ellos abiertas.

Iban retrocediendo los hielos, acrecentábase la vegetación y la caza mayor de toda especie era cada vez más abundante. Condiciones esteparias, condiciones de pastos y matorrales traían consigo vastas manadas de caballos salvajes. Los etnólogos (los que estudian las razas) clasifican a aquellas nuevas razas humanas dentro de nuestra misma especie y con todas las razas humanas que vinieron después, con un nombre específico común: el de *Homo Sapiens*. Tenían la caja craneana y las manos humanas por completo. Sus dientes y cuellos eran anatómicamente como los nuestros.

Conocemos dos clases distintas de restos esqueléticos procedentes de este período: la primera se llama raza de Cromagnon y

escala que los pueblos de rostro de simio probarían un cruce con monos; o las personas que tienen cara de caballo, que existe una fuerza equina en nuestra progenie.



MAPA DE EUROPA Y ASIA OCCIDENTAL EN EL TIEMPO EN QUE LOS HOMBRES PROPIAMENTE DICHOS REEMPLAZABAN A LOS DE NEANDERTHAL EN EL OCCIDENTE DE EUROPA

la segunda raza de Grimaldi. Pero la mayor cantidad de rastros y adminículos humanos que se hallan, o no están acompañados de huesos, o lo están en número insuficiente para que podamos definir el tipo físico asociado a ellos. Ha debido de haber más razas distintas de estas dos, y también tipos intermedios. Fué en la ruta de Cromagnon donde se hallaron por vez primera esqueletos enteros de un tipo principal de estos hombres Neopaleolíticos, de estos hombres propiamente dichos, y por tal razón se les llama hoy cromañones.

Eran los cromañones hombres de ancha faz, nariz prominente, y teniéndolo todo en cuenta, cerebro asombrosamente grande. La capacidad cerebral de la mujer en la cueva de Cromagnon excedía a la que hoy tiene el varón, por término medio. Un fuerte golpe le había aplastado la cabeza. Con ella encontráronse, en la cueva, el esqueleto completo de un anciano, de unos seis pies de alto, fragmentos de un esqueleto de niño y los esqueletos de dos jóvenes. Había también utensilios de pedernal y conchas perforadas que se usaron, sin duda, como adorno. Una colección, en suma, de los más primitivos seres humanos propiamente dichos. Pero en la cueva de Grimaldi, cerca de Mentone, descubriéronse, asimismo, dos esqueletos, también de las postrimerías del Período Paleolítico, pero de un tipo muy diverso, con características negroides que casi indican un tipo negroide. No cabe duda de que en este período nos encontramos con dos razas por lo menos, y probablemente habría más, en extremo divergentes, de hombres propiamente dichos. Quizá hayan estado sobrepuestas en el tiempo, o la raza de Cromagnon haya venido después de la de Grimaldi, y alguna de ellas, o las dos, hayan sido contemporáneas de los últimos hombres de Neanderthal. Algunos autores profesan opiniones muy firmes en estos extremos; pero no pasan de ser opiniones.

La aparición de estos verdaderos seres humanos Paleolíticos postglaciales significó, ciertamente, un gran paso adelante en la historia de la humanidad. Ambas razas principales tenían el frontal humano, la mano humana y una inteligencia muy parecida a la nuestra. Desposeyeron de sus cuevas y de sus canteras al *Homo Neanderthalensis*. Y coincidieron, al parecer, con los modernos etnólogos, en considerarle como de una especie distinta. A diferencia de los más fieros conquistadores, que tomaban por suyas las mujeres del bando vencido y se cruzaban con ellas, parece ser que los hombres propiamente dichos ninguna relación tuvieron con los de la raza de Neanderthal, mujeres u hombres. No hay rastro de mezcla ninguna entre las razas, a pesar de que los recién llegados, que empleaban también el pedernal, se establecieron en los mismos lugares que habían ocupado sus predecesores. Nada sabemos de la apariencia del hombre de Neanderthal; pero esta re-

pugnancia a la mezcla parece sugerir una pilosidad extremada, una fealdad o extrañeza repulsiva en su aspecto, y, principalmente, su frente angosta y ceñuda, su cuello de mono y su estatura desmedrada. O quizá ellos —y ellas— eran harto feroces para dejarse domesticar. Sir Harry Johnston en sus *Views and Reviews*, hablando de la aparición del hombre moderno, dice: "La oscura remembranza racial de esos monstruos semejantes a gorilas, de cerebro ladino, andar bamboleante, cuerpo peludo, dientes recios y acaso tendencias caníbales, es quizá el origen del ogro en el folklore..."

Los hombres propiamente dichos de la Edad Paleolítica que reemplazaron a los de Neanderthal pasaban a un clima más benigno, y aunque usaran las cuevas y refugios de sus predecesores, vivían más ampliamente al aire libre. Eran gente cazadora, y algunos de ellos, o todos, cazaron, a lo que parece, el mastodonte y el caballo silvestre, así como el reno, el bisonte y el uro. Comían carne de caballo en abundancia. En un vasto campamento de Solutré, al aire libre, en donde parece ser que se celebraron durante varios siglos reuniones anuales, se ha calculado que hay huesos de cien mil caballos, junto a los del reno, mastodonte y bisonte. Conforme los caballos, aquellos caballitos barbudos de entonces, iban buscando sus pastos, ellos los seguían, siempre de cerca, y llegaron a conocer muy bien los hábitos y disposiciones de los animales. En vigilarlos debieron de emplearse muchas vidas de aquellos hombres.

Si llegaron a domar y domesticar al caballo, no es todavía cuestión resuelta. Quizá fueron aprendiéndolo gradualmente, a medida que pasaban los siglos. Sea como fuere, encontramos, en las postrimerías del Paleolítico, dibujos de caballos con líneas junto a la cabeza, que sugieren de modo muy intenso la brida; y hay una talla en que la cabeza de un caballo muestra quizá una cuerda de piel o tendones retorcidos. Pero aunque domaran el caballo, es todavía más dudoso que llegaran a montarlo o que, una vez domado, le sacaran mucha utilidad. El caballo que conocían era un jaquito salvaje con barba en el belfo, y no servía para transportar el peso de un hombre ni a corta distancia. Tampoco es probable que aquellos hombres hubiesen aprendido aún el empleo, no muy natural, de la leche de los animales como alimento. Si domesticaron por fin el caballo, éste fué el único animal domesticado por ellos. No tenían perros, ni nada que ver con ovejas o rebaños de ninguna especie.

Nos ayuda a comprender su modo de ser corriente el hecho de que aquellos hombres primitivos supiesen dibujar. Ambas razas, a lo que parece, dibujaban de manera asombrosa. Eran salvajes por todos estilos, pero salvajes artistas. Dibujaron mejor que to-

dos sus sucesores hasta el comienzo de la historia. Dibujaron y pintaron en la roca y en la pared de la cueva que habían arrebatado a los hombres de Neanderthal. Y los dibujos que nos han dejado en huesos y fragmentos producen hoy en el etnólogo la impresión de un franco mensaje que brilla entre acertijos y tinieblas. Dibujaron en hueso y en asta y tallaron figuras de tamaño pequeño.

Estos hombres de las postrimerías paleolíticas no sólo dibujaban de modo notable para información nuestra, y con habilidad creciente conforme pasaban los siglos, sino que nos dejaron también noticias acerca de su vida, en los sepulcros. Enterraban a sus muertos, a menudo con adornos, armas y alimentos; empleaban en la ceremonia fúnebre gran cantidad de color, y evidentemente pintaban el cuerpo. De esto puede inferirse que se lo pintaban también en vida. La pintura era un hecho importante de su existencia. Eran pintores inveterados; usaban el negro, el pardo, el rojo, el amarillo y los pigmentos blancos, y los colores que usaron han resistido hasta hoy en las cuevas de Francia y de España. De todas las razas modernas, ninguna ha mostrado tantas disposiciones pictóricas; la que más cerca les anda está entre los indios de América.

Los dibujos y pinturas de los últimos hombres paleolíticos continuaron durante largo tiempo y ofrecen grandes fluctuaciones de mérito artístico. Damos aquí algunos bocetos primitivos por los cuales vemos el interés que despertaban en aquellos hombres el bisonte, el caballo, la cabra montés, el oso de las cavernas y el reno. En sus etapas más antiguas, los dibujos suelen ser elementales, como de chicos aplicados; a los cuadrúpedos se les suele representar con sólo dos patas, delantera y trasera, como los dibujan hoy los niños. Las patas de segundo término eran demasiado difíciles para la técnica del artista. Es posible que los primeros dibujos empezaron como los de los niños, por rasgos casuales. El salvaje diseñaba con pedernal sobre una roca blanda para recordar alguna línea o actitud. Pero sus tallas sólidas, son, por lo menos, tan antiguas como sus primeras pinturas. Los dibujos más antiguos revelan incapacidad completa de agrupar animales. A medida que fueron pasando siglos, aparecieron artistas más hábiles. La representación de animales llegó a ser asombrosamente vivaz y natural. Pero aún en la cúspide de su arte dibujaron de perfil, como los chicos; la perspectiva y el escorzo que requieren los aspectos de frente o de espaldas eran demasiado para ellos (²). Rara vez dibujaron su propia figura. Sus dibujos, en gran mayoría, son de animales. El mastodonte y el caballo están entre los motivos más comunes. Algunos hombres, ya de Grimaldi, ya de Cromagnón, hicieron

(²) R. J. Pocock.

también estatuillas de marfil o de esteatita, entre las cuales hay algunas de mujeres gruesas en extremo. Estas últimas dan la impresión física de artistas de Grimaldi, más que de cromañones. Son como las mujeres de los bosquimanos. La escultura humana de los tiempos primitivos se inclinó a la caricatura, y, en general, las figuras humanas que entonces se representan quedan muy por bajo, en cuanto a vigor y veracidad, de los estudios de animales.

Después hubo mayor gracia y menor tosquedad en las representaciones humanas. Se ha descubierto una cabecita de muchacha con un complicadísimo tocado, labrada en marfil. En etapa posterior se hicieron también dibujos en marfil y en hueso. Algunos grupos de figuras, entre los más interesantes, están muy curiosa-

mente tallados en hueso, especialmente en huesos cilíndricos de reno, de modo que es imposible ver de una vez la figura entera. Se han encontrado también figuras modeladas en barro, aunque ningún grupo paleolítico hizo uso de la cerámica.

Muchas pinturas se han encontrado en las profundidades de cuevas sin luz y a veces de difícil acceso. Los artistas debieron de



Pintura en cuatro colores (Cueva de Altamira, España)

emplear lámparas para hacer su trabajo, y se han hallado lámparas de esteatita muy poco hondas, en que se podría quemar un poco de grasa. Si la vista de semejantes pinturas de cueva tenía algo de ritual, o en qué circunstancias se veían, son puntos que hoy no podemos decidir con certeza.

Por último, parece que las circunstancias comenzaron a cambiar por completo en contra de los cazadores neopaleolíticos que florecieron por tanto tiempo en Europa, hasta que desaparecieron. Hombres de otra procedencia presentáronse en Europa a reemplazarlos. Estos parece que trajeron el arco y las flechas; tenían animales domésticos y cultivaban la tierra. Un nuevo modo de vivir, el neolítico, se extendió sobre los campos de Europa; y la vida de la Edad del Reno y de las razas del hombre del reno, los últimos hombres paleolíticos, después de un reinado mucho más vasto que el tiempo que media entre nosotros y los comienzos mismos de la historia, salió de su etapa europea.

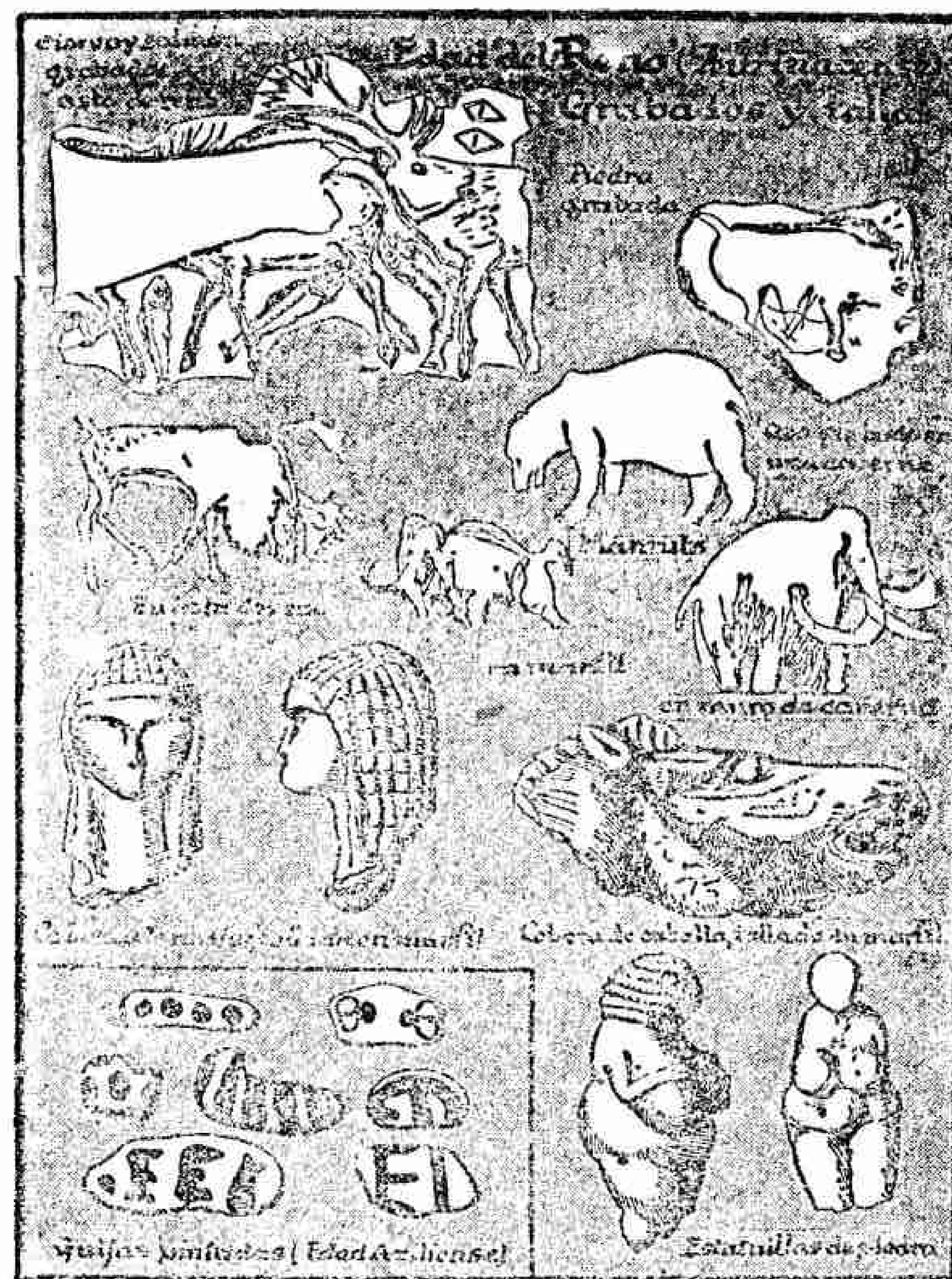
§ 2. *Los cazadores ceden el puesto a los pastores*

Hará unos doce mil años, o algo menos, que el largo predominio de los cazadores en Europa llegó a su fin, con el crecimiento de los bosques y grandes cambios en la fauna. El reno desapareció. Los cambios de condiciones vitales trajeron a menudo consigo nuevas enfermedades y debió de haber pestilencias prehistóricas. Bretaña y la Europa central, según Wrigth, hubieron de estar despobladas durante varios siglos. Comunidades errantes de un pueblo escasamente conocido, al que se llama Aciliense (3), habitaron por algún tiempo el Sur de Europa. Serían tal vez generaciones de transición, pertenecientes a una raza distinta. No lo sabemos. Algunos autores se inclinan al parecer de que los Acilienses constituyeron la primera oleada de una raza que, como se verá más adelante, ha desempeñado importantísimo papel entre las pobladoras de Europa, la raza morena o Mediterránea, o Ibérica. Los Acilienses han dejado multitud de guijarros toscamente pintarrajeados, con señales de significación desconocida.

El empleo o significado de estos guijarros Acilienses todavía está en un profundo misterio ¿Es una especie de escritura por marcas? ¿Son fichas de algún juego? ¿Jugaban los Acilienses con esos guijarros, o contaban algo con ellos, como hacen hoy los muchachos ingeniosos con maderos y piedrecitas? Por el momento no es posible contestar a estas preguntas.

No hemos de ocuparnos aquí de las demás gentes que dejaron escasa huella en el mundo hacia fines del período neopaleolítico, del desarrollo de los bosques en terrenos que antes habían sido esteparios y de la desaparición de los cazadores, unos diez o doce mil años ha. Pasaremos a describir la nueva especie de comunidad humana que iba desplegándose por el hemisferio septentrional, y cuya aparición señala lo que se llama *Edad Neolítica*. El mapa del mundo iba tomando contornos parecidos a los actuales, y el paisaje, la flora y la fauna sus características presentes. Los animales más comunes en los crecientes bosques de Europa eran el ciervo, el toro salvaje y el bisonte; el mastodonte y el buey almizclero habían desaparecido. El toro salvaje o uro está hoy extinguido, pero sobrevivía en las selvas germánicas en tiempos del Imperio Romano. Jamás se domesticó (4). Tenía unos once pies de altura hasta la cruz, la altura de un elefante. Había aún leones en la península de los Balcanes, y los hubo hasta los años 1000 ó

(3) De la cueva del Mas d'Azil.
(4) Pero nuestro ganado bovino procede de una especie de uro, probablemente de alguna variedad menor Centro-Asiática. — H. H. J.



1200 antes de J. C. Los leones de Würtemberg y de la Alemania del Sur eran en aquellos días de doble tamaño que los actuales. El Sur de Rusia y el Asia Central tenían entonces espeso arbolado, y había elefantes en Mesopotamia y en Siria, y una fauna de carácter africano tropical en Argelia.

Los hombres habían llegado en Europa, hacia al Norte, sólo hasta el Mar Báltico y las Islas Británicas, pero ya la península Escandinava y acaso la Rusia Grande iban haciéndose regiones habitables. No hay restos paleolíticos en Suecia ni en Noruega. Cuando el hombre llegó a aquellos países, estaba, al parecer, en la etapa Neolítica de su desarrollo social.

§ 3. *En América no existió el subhombre*

Tampoco hay evidencia convincente de que existiesen hombres en América antes del final del Pleistoceno ([5]). La misma relajación del clima que permitió la retirada de los cazadores de renos a Rusia y Siberia, conforme iban avanzando las tribus Neolíticas, les debió de permitir el paso por las tierras cortadas hoy por el estrecho de Bering y llegar al continente americano. Luego, a medida que avanzaron los tiempos, fueron desplegándose hacia el Sur. Cuando llegaron a la América Meridional, encontráronse con el perezoso gigante (el *Megatherium*), con el glyptodonte y otros seres ya extintos que entonces florecían. El glyptodonte era un monstruoso armadillo suramericano; Roth encontró un esqueleto humano sepulto dentro de su enorme caparazón, semejante a la de las tortugas ([6]).

Todos los restos humanos de América, aun los más primitivos, es de advertir que son de carácter Amer-Indio. En América no parece que hayan existido precedentes razas de subhombres. El hombre era hombre ya cuando entró en América. El viejo mundo fué la tierra matriz de las subrazas de la humanidad.

([5]) "Los diversos hallazgos de restos humanos en Norte América con pretensiones de antigüedad geológica se han examinado aquí brevemente. En todos los casos en que se han conservado, relativamente, bastantes huesos, hay testimonio evidente contrario a la antigüedad geológica de los restos y a favor de su cercana afinidad o identidad con los del Indio moderno". ("Smithsonian Institute, Bureau of American Ethnology", boletín núm. 33. Dr. Herdlicka). Pero J. Deniker halla indicios bastantes para sostener que se han encontrado en América eolitos y paleolitos primitivos. Véase su resumen compendioso, pero abundante de pruebas en pro y en contra, en sus *Races of Man*, págs. 510, 511.

([6]) "Algunos autores lo discuten", afirma J. Deniker en sus *Races of Man*.

XI

EL HOMBRE NEOLITICO EN EUROPA

§ 1. *Empieza la Edad del Cultivo*

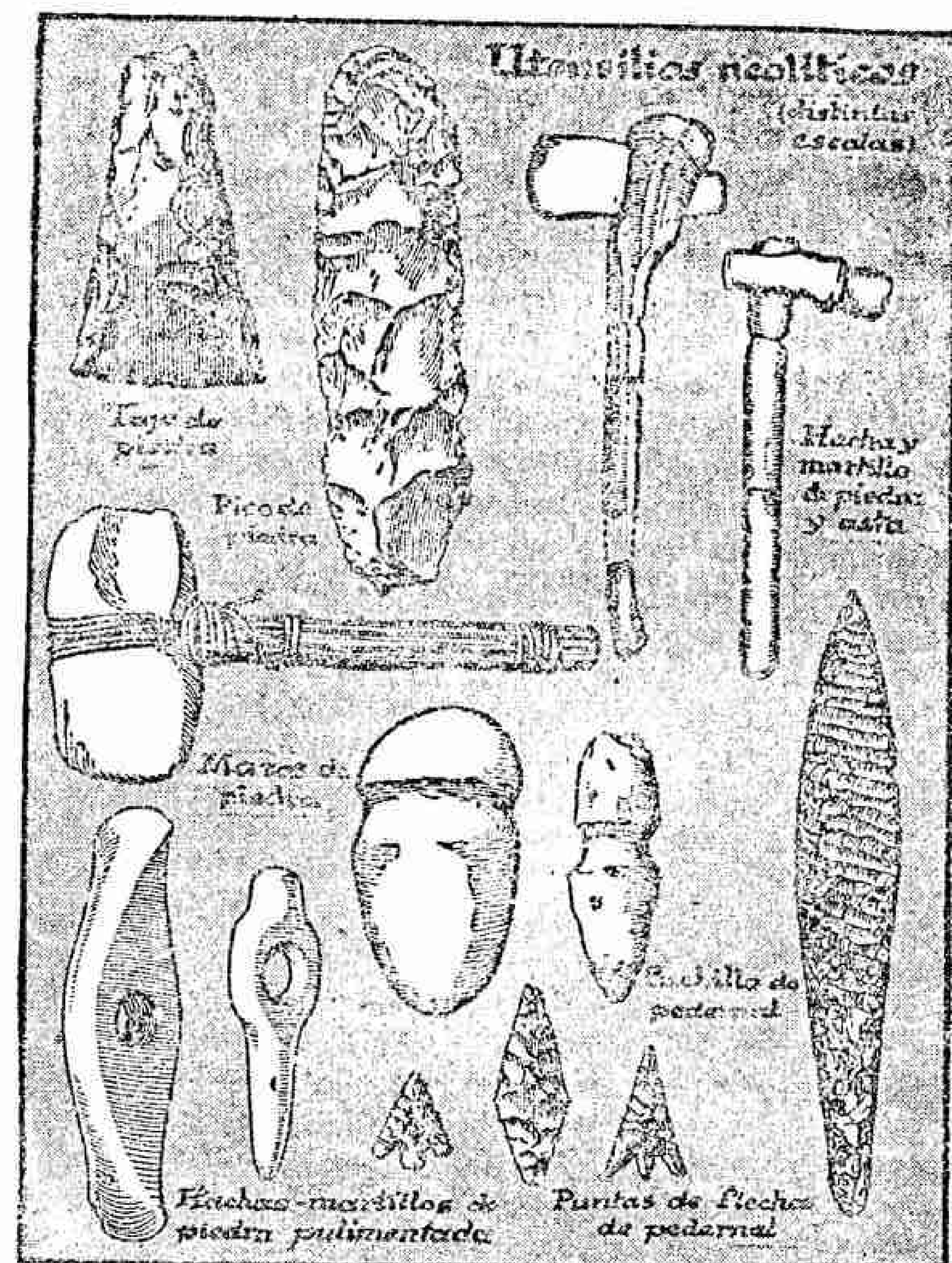
La fase neolítica de la humanidad comenzó en Europa hará unos diez o doce mil años. Pero es probable que en algún otro lugar llegara el hombre a la etapa neolítica algunos miles de años antes. Los hombres neolíticos entraron poco a poco en Europa, procedentes del Sur o del Sureste, a medida que el reno y las estepas abiertas iban retrocediendo ante los bosques y las modernas condiciones vitales de Europa.

Caracteriza la etapa neolítica de la cultura: A) La presencia de utensilios de piedra pulimentada, y en particular del hacha de piedra, que se perforaba para unirla más eficazmente a un mango de madera y que se utilizó, según es probable, más para el trabajo de la madera que para la lucha. Abundan también las puntas de flecha. El hecho de que algunos instrumentos estén pulimentados no excluye la presencia de otros, en grandes cantidades, sin pulimentar. Pero hay diferencias de factura entre los utensilios sin pulimentar del Neolítico y los del Paleolítico. B) El comienzo de una especie de agricultura y el uso de plantas y semillas. Pero en los primeros tiempos hay signos evidentes de que la caza tenía aún importancia grande en la Edad Neolítica. El hombre neolítico no se consagró desde luego a la agricultura. Primero cogió los productos de la tierra, ocasionalmente; luego colonizó. C) La alfarería y la cocina, propiamente dicha. Ya no se come caballo. D) Los animales domésticos. El perro aparece muy pronto. El hombre neolítico domesticó ganados bovino, ovino, caprino y de cerda. Era un cazador convertido en pastor de las reses que antes cazaba. E) El trenzado y el tejido.

Los pueblos neolíticos inmigraron en Europa, probablemente, de igual modo que los hombres del reno emigraron de ella a su empuje, es decir, generación tras generación y siglo tras siglo, conforme iba cambiando el clima, iban ellos extendiéndose en busca de su alimento acostumbrado. No eran "nómadas". El nomadismo, como la civilización, tenían que desarrollarse aún. Actualmente no podemos estimar en qué grado se puede considerar como

advenedizos a los pueblos neolíticos, y hasta qué punto desarrollaron o adquirieron sus artes los descendientes de algunos cazadores y pescadores de la postrera Edad Paleolítica.

Sean cuales fueren nuestras conclusiones en este punto, algo podemos decir con certeza. No hay mucho vacío, no hay desapa-



rición completa de una especie de humanidad y sustitución por otra, entre la aparición del género de vida neolítico y nuestro tiempo. Habrá invasiones, conquistas, emigraciones y mescolanzas extensas, pero las razas, en conjunto, se mantienen y siguen adaptándose dentro de las tierras en que empezaron a establecerse al comienzo de la Edad Neolítica. Los hombres neolíticos de Europa eran antepasados blancos de los europeos modernos. Tendrían probable-

mente una tez más oscura que muchos descendientes suyos; pero no podemos afirmarlo con seguridad. No hay, sin embargo, verdadera interrupción de cultura desde sus tiempos hasta que llegamos a los del carbón, el vapor y la fuerza motriz, que comenzaron en el siglo XVIII.

Pasado mucho tiempo, el oro, el primer metal conocido, aparece entre los ornamentos de hueso con el azabache y el ámbar. Los restos neolíticos irlandeses son particularmente ricos en oro. Luego, hará tal vez seis o siete mil años, los hombres neolíticos empezaron a usar en algunos centros de Europa el cobre, para hacer utensilios de forma muy semejante a la que tenían los de piedra. Fundieron el cobre en moldes hechos según la forma de los instrumentos de piedra. Es posible que hallaran por primera vez cobre nativo y lo forjaran a martillo (1). Más adelante —no queremos aventurar presunciones—, los hombres encontraron medio de aislar el cobre de su ganga. Acaso, como sugiere lord Avebury, descubrirían el secreto de fundirlo al poner por casualidad minerales de cobre entre las piedras ordinarias con que hacían sus hornillas para cocinar. En China, Hungría, Cornualles y en otras partes, el mineral de cobre y el de estaño se hallan en las mismas vetas; es una asociación muy frecuente, y por eso, acaso más por falta de esmero que por sobra de habilidad, los fundidores antiguos encontraron el bronce, más resistente y útil, que es una aleación de cobre y estaño. No sólo es el bronce más duro que el cobre: la mixtura de estaño y cobre es más fusible y más fácil de reducir. Los llamados instrumentos de "cobre puro" suelen contener una pequeña proporción de estaño, y no se conocen utensilios de estaño solo ni hay signo evidente de que los hombres primitivos conocieran el estaño como metal separado (2) y (3).

Se ha encontrado en España una instalación prehistórica de fundición de cobre y en varias localidades materiales de fundiciones de bronce. El método de fundición revelado por tales hallazgos comprueba la sugestión de lord Avebury. En la India, donde el cinc y el cobre se dan juntos, se descubrió de manera similar el latón, aleación de ambos metales.

---

(1) El cobre nativo se encuentra hoy aún en Italia, Hungría, Cornualles y otros muchos países.

(2) Ridgeway *(Early Age of Greece)* dice que se ha encontrado una masa de estaño en un depósito lacustre suizo.

(3) El estaño se conocía en Egipto, como importado del extranjero, en tiempos de la Dinastía XVIII; hay (raro) estaño micenio, y también (más recientes, pero sin fecha clara) objetos de estaño en el Cáucaso. Pero es muy difícil distinguirlo del antimonio. Hay mucho bronce de Chipre que contiene antimonio; buena parte de lo que parece estaño es antimonio: los antiguos intentaron obtener aquél, pero obtuvieron en realidad antimonio, creyéndolo estaño. — J. L. M.

Tan leve fué el cambio que la aparición del bronce produjo en costumbres y métodos, que durante mucho tiempo se hicieron las hachas de bronce y demás utensilios en moldes que les daban la forma de los instrumentos de piedra reemplazados por ellos.

Finalmente, quizá no después de hará tres mil años en Europa, y antes todavía en Asia, los hombres empezaron a fundir el hierro. Una vez que los hombres conocían el arte de la fundición, no es de maravillar que fundiesen aquel metal. Fundieron el hierro en hogueras de leña y lo trabajaron a fuego y martillo. Al principio sólo produjeron piezas relativamente pequeñas ([4]). Su aparición introdujo una evolución gradual en armas y utensilios, mas no fué suficiente para cambiar el carácter general del ambiente en que el hombre se movía. En términos generales, la vida diaria que los mejor asentados hombres neolíticos hacían diez mil años ha, era la misma que han venido haciendo los campesinos de los lugares apartados en toda Europa hasta principios del siglo XVIII.

Háblase de una Edad de la Piedra, de una Edad del Bronce, de una edad del Hierro en Europa, pero es erróneo considerarlas como si tuviesen la misma importancia en la Historia. Mucho más exacto es el decir que hubo:

1) Una *Edad Paleolítica Primitiva*, de larga duración; 2) una *Edad Paleolítica Secundaria*, que no duró ni la décima parte de la anterior; y 3) la *Edad del Cultivo*, edad de los hombres blancos en Europa, que empezó diez o doce mil años ha, en el período Neolítico y aun hoy dura.

§ 2. *¿Dónde comenzó la cultura neolítica?*

No sabemos todavía en qué región empezaron a salir de la etapa paleolítica del desarrollo humano los antepasados de los hombres neolíticos de tez morena. Sería probablemente por el Suroeste del Asia, o en algún país hoy sumergido bajo el Mediterráneo o el Océano Indico, mientras los hombres de Neanderthal iban salvando las dificultades de su vida en los climas duros de una Europa gélida, donde los antecesores de los hombres blancos desarrollarían las artes rudas de *su* período Paleolítico Secundario. Y durante los cien siglos, sobre poco más o menos, en que los hombres del reno vivían en condiciones relativamente nada progresivas, en las estepas de Francia, Alemania y España, aquel pueblo más favorecido y más progresivo, por el Sur, iba dominando la agricultura,

([4]) A propósito del hierro, adviértase la distinción entre lo ornamental y lo útil. El hierro ornamental es una rareza quizá meteórica, como las joyas o los chismes de magia, que aparece esporádicamente en la Europa oriental en tiempos de la Dinastía XVIII. Hay que distinguirlo del abundante hierro útil que se halla en Grecia mucho después, procedente del Norte. — J. L. M.

aprendiendo el uso de sus instrumentos, domesticando al perro, utilizando la ganadería y, al paso que el clima septentrional se mitigaba y el del ecuador se hacía más tropical, desplegándose hacia el Norte. No están desenterrados aún todos esos capítulos primitivos de nuestra historia. Se hallarán sepultos, probablemente, en el Asia Menor, en Persia, Arabia, la India o el Norte de Africa, o sumergidos bajo las aguas del Mediterráneo. Doce mil años ha, o en fecha semejante —pues aún es temprano para una cronología que no sea muy basta—, los hombres neolíticos estaban dispersos por Europa, el Norte de Africa y Asia. Había pueblos al nivel de muchos de los que poblaban las islas Polinesias en el siglo pasado, y éstos eran los más adelantados del mundo.

§ 3. *La vida cotidiana en el Neolítico*

Será interesante dar aquí un breve resumen de la vida de los hombres neolíticos europeos antes de la aparición de los metales. Nuestro conocimiento de aquella vida procede de fuentes diversas. Desechaban sus desperdicios y en algunos lugares (por ejemplo, en la costa danesa) los acumulaban en grandes montones que se llaman sus kioquenmodingos. Enterraban a sus muertos, pero no a los de la masa común, con gran cuidado y distinción, y ponían grandes montones de tierra sobre sus sepulcros; estos montones de tierra son los túmulos o dólmenes que pusieron un elemento más en el escenario de muchos lugares de Europa, la India y América, persistente hasta hoy. En relación con aquellos amontonamientos o independientemente, alzaron grandes piedras (megalitos), sueltas o agrupadas, de las que ofrecen los ejemplos más conocidos Stonehenge, en el Wiltshire (Inglaterra), y Carnac, en Bretaña (Francia). En algunas partes hay todavía rastro de poblaciones.

Suiza nos ofrece una copiosa fuente de conocimientos acerca de la vida neolítica, revelada por primera vez en el invierno, extraordinariamente seco, de 1854, en que el nivel de un lago, bajando



como nunca se había visto, puso al descubierto los cimientos de unas primitivas moradas sobre pilotes del tiempo neolítico y de los comienzos de la Edad del Bronce, construídas sobre el agua de manera semejante a la que aún hoy se emplea en las Celebes y en otros lugares. No sólo se conservaban las armaduras de aquellas antiguas plataformas, sino que debajo, en las acumulaciones de turba, se halló gran muchedumbre de utensilios y ornamentos de madera, hueso, piedra y arcilla, con residuos de alimentos, etc. Hasta se recogieron trozos de redes y vestiduras. Moradas lacustres semejantes existían en Escocia, en Irlanda y en otros lugares, y bien conocidos son los restos de Glastonbury, en el Somersetshire; en Irlanda hubo moradas lacustres desde los tiempos prehistóricos hasta los días en que O'Neil de Tyrone luchaba contra los ingleses, antes de que los colonos escoceses sustituyeran a los irlandeses en el Ulster, reinando Jacobo I de Inglaterra. Esos poblados lacustres tenían considerable valor defensivo, y el vivir encima del agua ofrecía ventajas para la salud.

Probablemente las moradas suizas sobre pilotes no dieron albergue a las comunidades más extensas de aquellos días. Eran viviendas de reducidos grupos patriarcales. Fuera de ellas, en las llanuras fértiles y en comarcas más abiertas, existían ya, probablemente, agrupaciones más vastas de viviendas que en aquellos valles. Rastros de comunidades más vastas se ven, por ejemplo, en el Wiltshire; los restos del círculo de piedras de Avebury, cerca del monte Silbury, se consideraron tiempo atrás como "la más hermosa ruina megalítica de Europa". Consistían en dos círculos de piedras rodeados por uno más ancho y un foso, con una extensión total de veintiocho acres y medio (más de cien hectáreas). Dos avenidas de piedras, cada una de milla y media de largo, salían de ellas hacia el Sur, a cada lado de Silbury Hill. Silbury Hill es el monte artificial prehistórico más antiguo de Inglaterra. Las dimensiones de este centro de una fe y de una vida social hoy olvidadas enteramente por los hombres, indican los esfuerzos concertados y los intereses de una gran cantidad de seres, por muy dispersos que hayan estado en el Oeste, Sur y Centro de Inglaterra. Es posible que en alguna estación del año se celebrasen reuniones, algo así como una feria primitiva. Toda la comunidad hubo de "arrimar el hombro" a la construcción de los túmulos y a la erección de las piedras. Los habitantes de las moradas lacustres suizas, por el contrario, parece ser que vivieron en poblados reducidos virtualmente a sus propias fuerzas.

Estos pueblos lacustres estaban considerablemente más adelantados en cuanto a métodos y conocimientos, y, según es probable, vivieron mucho después que los primitivos hombres neolíticos que acumularon los montes de desperdicios, llamados kioquenmodingos,

en las costas de Dinamarca y de Escocia. Los primitivos hacinadores de desperdicios deben ser del año 10.000 antes de J. C. o anteriores; las moradas lacustres debieron de estar continuamente ocupadas, desde el 5000 ó el 6000 antes de J C., hasta los tiempos históricos o poco menos. Aquellos pueblos primitivos contábanse entre los más bárbaros de la época Neolítica; sus hachas de piedra eran muy toscas, y no tenían más animal doméstico que el perro. Los moradores de los lagos, por el contrario, tenían, además del perro, que era de una casta de tamaño mediano, bueyes, cabras y ovejas. Más adelante, ya en las proximidades de la Edad del Bronce, tuvieron asimismo cerdos. Los residuos de ganado vacuno y caprino predominan entre sus despojos; y si se tiene en cuenta el clima y el país, parece probable que a los animales se les diese refugio, durante el invierno, en los edificios lacustres, almacenando también allí el forraje con que se alimentaban. Probablemente vivirían los animales en las mismas casas que las personas, como ocurre hoy en los "chalets" suizos. Se ordeñaría quizá a las cabras y a las vacas, y la leche desempeñaría acaso tan importante papel en su economía como lo desempeña hoy en las montañas suizas. Pero de esto no estamos seguros. La leche no es elemento natural para adultos; al principio repugnaría tomarla; sólo después de mucha costumbre llegaría a asegurarse una provisión continua de leche de cabras y vacas. Creen algunos que el empleo de la leche, el queso, la manteca y otros lacticinios entró más tarde en la vida humana, con los nómadas. El autor se inclina, sin embargo, a atribuir tal descubrimiento a los hombres neolíticos. La leche, si ellos la usaron (e indudablemente, si esto fué así, conocerían también la leche agria cuajada, pero no los quesos bien hechos y la manteca), se guardaría en vasijas de barro, porque conocían la cerámica, aunque fuese grosera y hecha a mano y no los finos productos del torno. Con la caza conseguían aumentar un poco esta provisión de alimentos. Cazaban y comían ciervo común, corzo, bisonte y jabalí silvestre. Y también zorro, bocado de olor bastante fuerte, que nadie comería en un mundo de abundancia. Aunque parezca extraño, no debieron de comer liebre, por más que era alimento posible de obtener. Se supone que no querían comerla, como se dice que lo evitan hoy ciertas poblaciones salvajes, porque temían que la carne de un ser tan tímido les volviese, por una especie de infección, cobardes [5].

Poquísimo se sabe de sus métodos agrícolas. No se han descubierto arados ni azadas. Eran de madera y han desaparecido. Los hombres neolíticos cultivaban y comían el trigo, la cebada y

(5) César, *De Bello Gallico*, dice que los britanos consideran como "tabú" a la liebre, la gallina y el ganso. — G. Wh.

el mijo; pero no la avena ni el centeno. Tostaban el grano, lo molían con piedras y lo almacenaban en pucheros para comerlo cuando lo necesitaran. Y hacían un pan excesivamente sólido y pesado, que se ha sacado de sus depósitos en tabletas redondas y planas. Parece ser que no tenían levadura, y no teniéndola, carecerían también de bebidas fermentadas. Una especie de cebada tenían, que es la que cultivaron los antiguos griegos, romanos y egipcios, y también una variedad egipcia de trigo, por lo que se ve que sus antepasados trajeron o copiaron aquel cultivo del Sureste. El centro de difusión del trigo estaba principalmente en la región oriental del Mediterráneo. En las cercanías del monte Hermon (véase el comienzo del capítulo XV, § 1) se ha encontrado una variedad silvestre del mismo. Cuando los moradores de los lagos sembraron sus reducidos trigales de Suiza, continuaban ya una práctica inmemorial humana. Las semillas salieron, al parecer, época tras época, de aquel lejano centro de difusión. En las tierras ancestrales de los hombres del Sureste se había venido sembrando el trigo durante miles de años (6). Aquellos moradores de los lagos comían también guisantes y manzanas silvestres, únicas existentes entonces en el mundo. Aún el cultivo y la selección no habían producido la manzana que hoy conocemos.

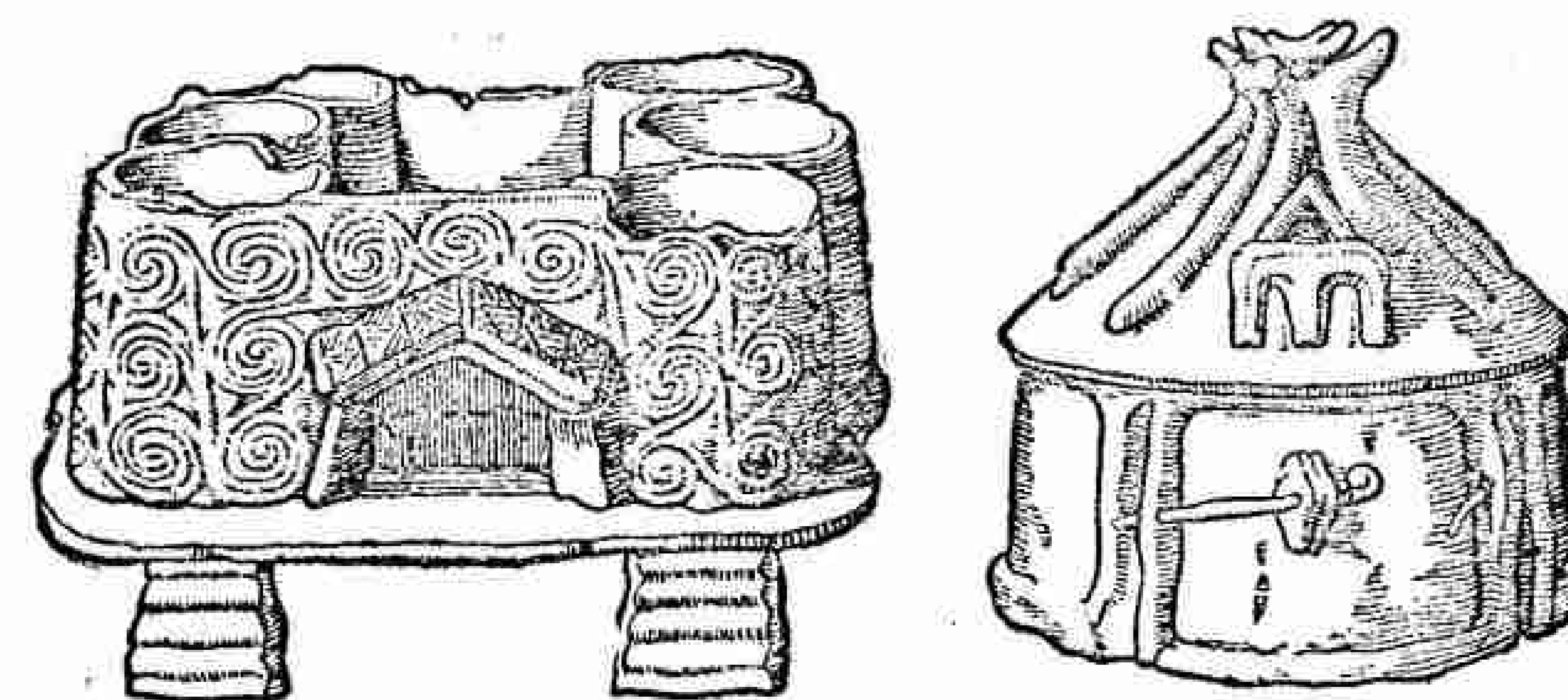
Vestíanse principalmente con pieles, pero también se hicieron toscas vestiduras de lino; se han hallado fragmentos de tejidos de esta clase. Con lino hacían las redes; no conocían el cáñamo ni la cuerda. Cuando se descubrió el bronce, aumentó el número de sus agujas y ornamentos. Hay razones para creer que llevaban muchos en el pelo, que usaban en mechones sujetos con agujas de hueso, y después de metal. A juzgar por la ausencia de tallas, grabados o pinturas realistas, o no decoraron sus prendas, o las decoraron con cuadros, pintas, dibujos entrelazados u otros ornamentos convencionales por el estilo. Antes de la aparición del bronce no hay señales de sillas o mesas; los hombres neolíticos se sentarían en el suelo arcilloso. En las moradas lacustres no había gatos; aún los ratones y las ratas no habían comenzado a adaptarse a la vivienda del hombre; tampoco entre los rumores de la vida humana se contaba el cloquear de las gallinas, ni el huevo doméstico entre los alimentos (7).

(6) Todos los pueblos del Mundo Antiguo que habían entrado en la etapa Neolítica cultivaron el trigo para su alimentación; pero los indios americanos debieron de desarrollar independientemente su agricultura después de su separación de las poblaciones del Mundo Antiguo. Nunca conocieron el trigo. Cultivaron el maíz, grano indio, un grano del Nuevo Mundo.

(7) La pollería y los huevos de gallina entraron en la cocina humana más tarde, a pesar del amplio puesto que hoy tienen en nuestra vida ordinaria.

De la gallina no se habla en el Antiguo Testamento (pero nótese la alusión a un huevo, Job. VI, 6), y en Homero tampoco. Hasta las cercanías de 1500 antes de J. C., las únicas aves de corral del mundo vivían en las selvas de la India y Birmania. Del canto de los gallos silvestres habla Glasfurd en su admirable relación de cacerías de tigres, como invariable preludio del alba en la selva índica. Las aves de corral fueron domesticadas, probablemente, por primera vez en Birmania. No llegaron a China, según las crónicas, hasta las proximidades de 1100 antes de J. C. A Grecia, por la vía de Persia, antes de los tiempos de Sócrates. En el Nuevo Testamento, el canto del gallo reconviene a San Pedro por el abandono en que ha dejado al Maestro.

El instrumento y arma principal del hombre neolítico era el hacha; después, el arco y la flecha. Ésta tenía punta de pedernal, bien trabajada y fuertemente unida al asta. Probablemente prepararía el suelo para la siembra con un palo, o con un palo al que habría atado un asta de ciervo. Pescaba con anzuelo y arpón. Todos estos instrumentos los conservaría en el interior de la casa, colgando de las paredes de la que pendían sus redes de apresar aves. En el suelo, que era de tierra o de boñiga apisonada (como son hoy en la India los de las cabañas), habría pucheros, jarros y cestas



Urnas en forma de choza, representaciones probables de moradas lacustres. Según Lubbock.

entramadas, con grano, leche y otros alimentos. Algunos pucheros y cuencos colgarían con lazos de cuerda de las paredes. En un extremo de la habitación, contribuyendo a la calefacción de invierno con su calor animal, el establo de los animales. Los niños sacarían a pacer a las vacas y cabras, y las recogerían por la noche para evitar que hicieran presa en ellas lobos y osos.

En cuanto el hombre neolítico tuvo el arco, tendría también instrumentos de cuerda, puesto que el rítmico sonido de la cuerda de un arco parece que lo reclama. Tendría asimismo tambores de barro, cubiertos por una piel; y quizá llegó a construir tambores atando una piel sobre un tronco de árbol hueco (8). No sabemos cuándo empezaría el hombre a cantar; pero evidentemente hacía

(8) Se conocen silbatos de hueso paleolíticos. Puede creerse que los caramillos de caña son asimismo de invención primitiva.

ya música, y cuando tuvo lenguaje hizo, sin duda, canciones. Para empezar, acaso modularía su voz como hoy los aldeanos de Italia van detrás del arado cantando sin palabras. En invierno, después de oscurecido, sentábase en su casa, y hablaba, cantaba y fabricaba instrumentos, más con el tacto que con la vista. Debió de tener escasa luz, principalmente de llama; pero siempre habría algún fuego en la aldea, lo mismo en verano que en invierno. El fuego costaba demasiado trabajo de encender para que los hombres lo abandonaran en seguida. A veces ocurría un gran desastre en aquellas mansiones lacustres: el fuego prendía y todo se quemaba. Los depósitos suizos muestran evidentes señales de catástrofes por el estilo.

Todo esto nos lo indican los restos de las moradas lacustres suizas, y tal era el carácter de la vida humana que se iba extendiendo por Europa, desde el Sur y el Este, con los bosques, a medida que, hace diez o doce mil años, iban retirándose los cazadores de renos. Es evidente que tenemos aquí un género de vida separado ya por un gran lapso de miles de años de invención de su etapa originaria paleolítica. Los pasos que le levantaron a tal condición sólo podemos imaginárnoslos. De ser un cazador que rondaba por las inmediaciones de los lugares en que vivían las reses y manadas de vacas y ovejas salvajes, y de serlo en competencia con el perro, el hombre, por grados insensibles, fué desarrollando un sentimiento de propiedad de los animales y estrechó la amistad con su rival canino. Aprendió a hacer dar la vuelta al ganado cuando éste se iba demasiado lejos; puso la mayor suma de inteligencia en conducirlo a los pastos frescos. Encerró los animales en valles y cercados donde pudiera volver a encontrarlos con seguridad. Los alimentó cuando estaban hambrientos, y así, poco a poco, los fué domando. Quizá empezó su educación agrícola con el almacenado de forraje. Sin duda, antes cosechó que sembró. El antepasado paleolítico, en las desconocidas tierras originarias del Sureste, suplió al principio la precaria alimentación de los cazadores con frutas y granos silvestres. El hombre que almacenaba hierbas gramíniferas para sus rebaños podía llegar fácilmente a moler el grano para sí.

§ 4. *El comercio primitivo*

Todos estos comienzos han de situarse muy atrás en el tiempo, y en regiones que todavía tienen que ser eficazmente exploradas por los arqueólogos. Iban progresando en Asia o en Africa, quizá en lo que hoy es lecho del Mediterráneo, o en la región del Océano Indico, mientras el hombre del reno desarrollaba sus artes en Europa. Los hombres neolíticos que se agruparon en Europa y Asia occidental hace diez o doce mil años, habían ido mucho más allá

de tales comienzos; estaban ya próximos, en pocos miles de años, a los albores de la tradición escrita y de los recuerdos históricos de la humanidad. Sin choque o ruptura de importancia, entró al cabo el bronce en la vida, proporcionando grandes ventajas guerreras a las primeras tribus que lo obtuvieron. La historia escrita había comenzado ya antes de que las armas de hierro sustituyeran en Europa a las de bronce.

Ya en aquellos días había surgido una especie de comercio primitivo. El bronce y las armas de bronce, algunas piedras tan raras y duras como el jade, el oro por sus cualidades plásticas y ornamentales, las pieles y las mallas y tejidos de lino, eran objeto de cambios, robos y pasaban de mano en mano en vastas extensiones de tierra. También se comerciaba probablemente con la sal. El hombre ordinario puede vivir con carne sin sal; pero el que se alimenta con grano la necesita, de igual modo que los animales herbívoros. Dice Hopf que las tribus de los desiertos del Sudán han sostenido guerras muy reñidas en años recientes por la posesión de los depósitos salinos entre Fezzan y Murzuk. Para empezar, el cambio, la exacción, el tributo y la depredación violenta fueron sucediéndose por grados insensibles. Los hombres adquirían lo que necesitaban por los medios que tenían a mano.

§ 5. *Inundación del valle Mediterráneo*

Hasta aquí hemos relatado una historia sin acontecimientos, una historia de edades y períodos y fases de desarrollo. Pero antes de que termine esta parte de la historia humana, hemos de registrar lo que probablemente fué un suceso de importancia primordial, quizá por primera vez de importancia trágica en el desenvolvimiento de la humanidad: la irrupción de las aguas del Atlántico en el gran valle del Mediterráneo.

Debe tener presente el lector que nuestro propósito es ofrecerle sencillos datos que pueda retener cómodamente. Pero tanto en nuestros cuadros cronológicos, como en los mapas de geografía prehistórica hay por necesidad mucha materia especulativa. Hemos fechado la última Edad Glacial y la aparición del hombre propiamente dicho en unos 40.000 ó 35.000 años ha. Téngase muy en cuenta ese "unos". Bien pudieran ser 60.000 ó 20.000. Pero no vale decir "hace mucho tiempo" o "en edades que pasaron", porque así el lector no sabe si nos referimos a cientos o a millones de años. De modo semejante, nuestros mapas no representan la verdad, sino algo parecido a la verdad. El contorno de la tierra era "un contorno por el estilo", con aquellos mares y aquellas masas de tierra. Pero tanto Mr. Horrabin, que ha dibujado los mapas, como yo, que le incité a dibujarlos así, hemos preferido pecar por carta de menos.

No somos geólogos en grado suficiente para lanzarnos a investigaciones originales en la materia, y, así, nos hemos atenido a la línea de cuarenta brazas y a los depósitos recientes en nuestro mapa post-glacial y en el de los 12.000 a los 10.000 años antes de J. C. Pero en un punto nos dejamos atrás esos guías. Es virtualmente cierto que al fin de la última Edad Glacial el Mediterráneo estaba formado por un par de cuencas marinas rodeadas de tierra y sin relación entre sí, como no la tuvieran por medio de un río que se desbordara torrencialmente. La cuenca oriental era la más reciente; estaba alimentada por el Nilo, el "río" Adriático, el "río" Mar Rojo y quizá por un río que desembocaba entre montañas que hoy son el archipiélago griego, procedentes del más amplio mar del Asia Central, entonces existente. Es casi seguro que anduvieran seres humanos, quizás hombres neolíticos, por aquel valle del Mediterráneo, hoy perdido.

Las razones de tal creencia son muy firmes y sencillas. Hoy mismo, el Mediterráneo es un mar de evaporación. Los ríos que en él desembocan no compensan la evaporación de su superficie. Hay una corriente constante del Atlántico hacia el Mediterráneo y otra que procede del Bósforo y del mar Negro. Éste recibe más agua de la que necesita por los grandes ríos que a él afluyen. Es un mar desbordante, y el Mediterráneo un mar sediento. De aquí se deduce claramente que, cuando el Mediterráneo estaba separado del Atlántico y del mar Negro, sería un mar encogido, con sus aguas a mucho más bajo nivel que las del Océano abierto. Tal es hoy el caso del mar Caspio, y más todavía el del mar Muerto.

Pero si el razonamiento es sólido, donde hoy se agitan las aguas azules del Mediterráneo había en otro tiempo grandes extensiones de tierra, que gozarían de un clima muy agradable. Esto ocurriría en la última Edad Glacial, y no sabemos a qué distancia estaría de nuestro tiempo cuando sobrevino el cambio que hizo entrar las aguas oceánicas en la cuenca del Mediterráneo. Ciertamente habría hombres de Grimaldi, y quizá también acilienses y neolíticos, por los valles y selvas que hoy están sumergidos. Los neolíticos de tez morena, el pueblo de raza mediterránea, debieron de retroceder mucho hacia los comienzos de la colonización y de la civilización en la gran pérdida del valle mediterráneo.

En este punto nos ofrece Mr. W. B. Wright (9) indicaciones muy estimulantes. Apunta que en la cuenca mediterránea existían dos lagos, "uno de agua dulce, en la depresión oriental, que desaguaba en el otro, de la depresión occidental. Es interesante pensar lo que sucedería cuando el nivel del Océano se levantó una vez más, como resultado de la fusión de las sábanas de hielo, y sus

(9) *The Quaternary Ice Age.*

aguas empezaron a caer en el área del Mediterráneo. La afluencia, pequeña al principio, acabaría por crecer en proporción enorme, mientras el canal iba haciéndose cada vez más hondo por el roce, y el nivel del Océano levantándose poco a poco. Si en el umbral del estrecho había materias no bien consolidadas, el resultado sería una catástrofe verdadera; y cuando consideramos la cantidad de tiempo que un torrente, por enorme que fuera, tardaría en llenar una cuenca como la del Mediterráneo, hemos de sacar la consecuencia de que no era posible que tal resultado se obtuviese en caso ninguno. Esto parecerá la imaginación más desenfrenada; pero no lo es del todo, porque si examinamos en un mapa el contorno submarino del Estrecho de Gibraltar, nos encontramos con un enorme valle que corre desde la profundidad del Mediterráneo, en derechura del estrecho, y abre una brecha hasta cierta distancia en el banco arenoso del Atlántico. Este valle o garganta es obra probable del flujo de agua del Océano al terminar el período de desagüe interior".

El relleno del Mediterráneo que, según la tosca cronológica que empleamos en este libro, debió de ocurrir entre los años 30.000 y 10.000 antes de J. C., sería, sin duda, uno de los mayores acontecimientos de la prehistoria de nuestra raza. Si es exacta la última fecha, entonces, como verá claramente el lector en los dos siguientes capítulos, los crudos principios de la civilización, las primeras moradas lacustres y los primeros cultivos, se desarrollarían probablemente alrededor del lago de Levante, en que desembocaba no sólo el Nilo, sino los dos grandes ríos que hoy son mares Adriático y Rojo. De pronto las aguas del Océano empezaron a irrumpir por las alturas occidentales y a derramarse sobre aquellos pueblos primitivos, y el lago que hasta entonces fué su amigo y su hogar, se volvió enemigo suyo; se elevaron sus aguas para no volver a sumirse; quedaron sumergidas sus colonias; las aguas les persiguieron en su fuga. Día tras día y año tras año, las aguas se iban extendiendo por los valles y echaban más lejos a los hombres. Muchos se rendirían y morirían en el continuo ascender de las aguas saladas, sin freno, que subían cada vez más de prisa, hasta que dominaron las copas de los árboles, las lomas y llenaron toda la cuenca del Mediterráneo actual y lamieron las rocas de los montes de Arabia y de Africa. Hace mucho tiempo, mucho antes del alborear de la historia, ocurrió esta catástrofe.

XII

EL PENSAMIENTO PRIMITIVO

§ 1. *Filosofía primitiva*

ANTES de que empecemos a referir cómo, hará 6.000 ó 7.000 años, los hombres comenzaron a reunirse en las primeras ciudades y a trabar algo más sólido que las dispersas tribus que hasta entonces constituyeron su más alta asociación política, diremos algo acerca de lo que tenían dentro aquellos cerebros cuyo crecimiento y desarrollo se ha registrado más arriba a través de un período de 500.000 años, a contar desde la etapa del mono-hombre.

¿Qué pensaba el hombre de sí mismo y del mundo en aquellos remotos días?

Al principio pensaba muy poco acerca de nada que no fueran las cosas inmediatas. Al principio su ocupación consistía en pensar algo como esto: "He aquí un oso: ¿qué hago?" O bien: "Ahí va una ardilla: ¿cómo la cojo?" Mientras el lenguaje no logra cierta amplitud, poco se puede pensar que exceda del campo de la experiencia momentánea, porque el lenguaje es instrumento de pensamiento, como la teneduría de libros lo es de los negocios.

Registra, fija y habilita el pensamiento para aprender ideas cada vez más complejas. Es la mano con que la mente hace presa y guarda. El hombre primitivo, antes de que supiera hablar, supo ver, probablemente, con vivacidad extremada; fué muy diestro en la mímica, gesticuló, rió, bailó y vivió sin pararse a pensar de dónde venía y para qué vivía. Temió, sin duda, a la oscuridad, a la tormenta, a los animales grandes y a las cosas raras, y a todo lo que soñaba, y, sin duda, ejecutó actos para volverse propicias las cosas que temía o cambiar de suerte y agradar a las fuerzas imaginarias de las rocas, los animales y los ríos. No establecía clara distinción entre lo animado y lo inanimado; si le lastimaba una vara, contestaba con un golpe; si el río espumeante se desbordaba, lo creía hostil. Su pensamiento no pasaría mucho, probablemente, de ser lo que es hoy el de un chico listo de cuatro o cinco años. Tendría las mismas irrazonables sutilezas de transición y las mismas limitaciones. Pero como su habla era escasa y nula, poco podría

hacer para formar juicio acerca de los pensamientos que se le ocurrieran y desarrollar una tradición o acomodar a ellos sus actos.

Por los dibujos, ni aun por los de los últimos hombres paleolíticos, no se puede colegir que prestara atención al sol y la luna, a los astros y a los árboles. Sólo le preocupaban los animales y los hombres. Probablemente tendría al día y la noche, al sol y las estrellas, a los árboles y montañas, por algo que está en la naturaleza de las cosas, como el niño da por naturales sus horas de comida y la escalera de su cuarto. A lo que podemos juzgar, no forjó fantasías de duendes o cosas así. Los dibujos del hombre del reno presentan objetos familiares, nada temibles, sin alusión a sentimientos religiosos u ocultos. Apenas hay algo que pueda tomarse, en sus producciones, por símbolo religioso o místico. A no dudar, habría en su existencia determinada cantidad de lo que se llama *fetichismo;* haría cosas que ahora consideraríamos irracionales para el logro de los fines deseados, porque en eso para todo fetichismo: no es más que una ciencia incorrecta, basada en suposiciones o falsas analogías y enteramente distinta, por naturaleza de la religión. Sin duda le excitaban sus sueños, y éstos se mezclaban a veces en su pensamiento con sus impresiones vivas para confundirle. Puesto que daba sepultura a sus muertos, lo cual hacían ya los últimos hombres de Neanderthal, enterrándolos, según parece, con alimentos y con armas, se ha sostenido que creía en la vida futura. Pero igual razón existe para suponer que los hombres primitivos enterraban sus muertos con provisiones y armas porque no los creían muertos, y esto no es lo mismo que creer en la inmortalidad del espíritu; y su creencia en la vitalidad persistente la reforzaba el soñar con los desaparecidos. Quizá atribuyeran a los muertos una existencia de lobo fantasma y quisieran volvérselos propicios.

El hombre del reno era, en nuestro sentir, harto inteligente y harto parecido a nosotros para que no tuviese cierta habla; pero quizá ésta no le servía para nada que no fuese observación directa o narración sencilla. Vivía en comunidad más amplia que los de Neanderthal, pero no sabemos de qué amplitud. Las comunidades de cazadores no vivirían juntas en agrupaciones importantes, para no morirse de hambre, salvo cuando la caza fuese abundantísima. Los indios que dependen del carabao, en el Labrador, tienen que vivir hoy en circunstancias muy semejantes a las de los hombres del reno. Se dispersan en pequeños grupos familiares, cuando el carabao se dispersa para buscar alimento; pero cuando los venados se juntan en la estación migratoria, los indios también se reúnen. Celébranse entonces ferias, fiestas y bodas. El más sencillo indio americano está diez mil años más viciado que el hombre del reno; pero es probable que sus reuniones y dispersiones sean en todo

semejantes a las de éste. En Solutré (Francia) quedan rastros de lugares en que hubo grandes campamentos y festines. Allí habría, sin duda, cambio de noticias; pero se llega a dudar de que hubiese algo así como cambio de ideas. No se ve campo en aquella vida para la teología o la filosofía, la superstición o la especulación. Temores, sí, pero no sistemáticos; pensamientos y antojos de la imaginación, pero todos ellos personales y transitorios.

Quizás en aquellas reuniones hubiese cierta fuerza de sugestión. Un temor, en realidad, se transmite con pocas palabras; el valor atribuído a algo se puede comunicar fácilmente.

En estas cuestiones de pensamiento y religión primitivos hemos de tener presente que los ínfimos pueblos salvajes de hoy poca luz pueden arrojar acerca del estado mental de los hombres, antes de los días de pleno desarrollo del lenguaje. Los hombres primitivos tendrían pocas o ninguna tradición antes de que se desarrollase su habla. Todos los pueblos salvajes o primitivos de hoy, por el contrario, están empapados en la tradición, en una tradición de miles de generaciones. Podrán tener las mismas armas que sus antepasados remotos y métodos semejantes; pero las que eran impresiones leves y superficiales en la mente de sus predecesores, son hoy surcos hondos e intricados, labrados profundamente por la intervención de muchas generaciones, a través de los siglos.

§ 2. *El anciano y la religión*

En la mente de los hombres han debido de existir ciertas cosas fundamentales en extremo, mucho antes de los comienzos del lenguaje. La principal debió ser el temor al Anciano de la tribu. El mozo del primitivo lugar de establecimiento crecía con aquel temor. Los objetos relacionados con él estarían, probablemente, prohibidos. Nadie debía tocar su lanza, ni sentarse en su puesto, como los niños de hoy se guardan de jugar con la pipa o sentarse en la silla del padre. El Anciano sería el amo de todas las mujeres: los jóvenes de la comunidad debían tenerlo presente. La idea de *algo prohibido*, la idea de las cosas *tabú*, como suele decirse, a las que no se puede tocar ni mirar, entraría así en la mente humana desde una época en verdad muy primitiva. J. J. Atkinson, en su *Primal Law*, ingenioso análisis de los tabús primitivos que se hallan en los pueblos salvajes de todo el mundo, los tabús que separan al hermano de la hermana, los tabús que hacen huir y ocultarse de su madrastra al hombre, va rastreando en ellos una causa fundamental como la expresada. Sólo mediante el respeto de aquella ley primaria podía el mozo tener la esperanza de no incurrir en la cólera del Anciano. Y el Anciano sería protagonista de muchas pesadillas en el tiempo primitivo. Se comprende perfectamente toda disposi-

ción para tenerle propicio, aun después de muerto. No había seguridad de que estuviese muerto. Podía estar dormido o disimular. Mucho después de muerto un Anciano, cuando no tenía más representación que un cúmulo y un megalito, las mujeres referirían aún a sus hijos cuán temible y admirable era, y como aún era objeto de terror para la pequeña tribu, fácil era dar un paso más y creer que aterrorizaba también a otras gentes hostiles. En vida peleó por su tribu, aun teniéndola amedrentada. ¿No había de ser lo mismo en la muerte? Se ve que la idea del Anciano era muy natural y capaz de gran desarrollo para la mente primitiva. Y en oposición al Anciano, más humana y amable, veíase a la madre que ayudaba, cobijaba y advertía. El psicoanálisis de Freud y Jung nos ha servido de mucho para darnos cuenta de la parte importantísima que el temor del Padre y el amor a la Madre desempeñan aún en la adaptación de la mente humana a las necesidades sociales. Han hecho un estudio completo de la niñez, de los ensueños e imaginaciones juveniles; estudio que ha dado gran incremento a la reconstrucción imaginativa del alma del hombre primitivo.

§ 3. *El temor y la esperanza en la religión*

Otra idea surgió, probablemente, muy pronto de la misteriosa visita de las enfermedades infecciosas: la idea de la impureza y de la maldición. De aquí brotaría, además, el pensamiento de evitar determinados lugares y personas y no acercarse a algunas de éstas en determinadas fases de su salud. He aquí las raíces de otra serie de tabús. El hombre, en los mismos albores de su vida mental, tuvo el sentido de lo siniestro con relación a lugares y cosas. Los animales, temerosos de las trampas, tienen igual sentimiento. Un tigre abandonará su habitual camino en la selva si ve unos hilos de algodón (1). Como los más de los animales jóvenes, el hombre joven le toma temor a éste o aquél de sus protectores o de sus mayores. He aquí otra serie de ideas, de repulsión y esquividad, que brotan casi inevitablemente en los hombres.

En cuanto empezó a desarrollarse el lenguaje tuvo que empezar a trabajar sobre aquellos sentimientos fundamentales y comenzó a sistematizarlos y retenerlos. Hablando con otro, un hombre reforzaría los temores ajenos y establecería una tradición común de tabús, de cosas prohibidas y cosas impuras. La idea de impureza traería consigo la de purificación, la de maldición susceptible de ser levantada. La purificación se llevaría a cabo con el parecer y la ayuda de hombres o mujeres viejos y sabios, y en esta purificación ha de estar el germen del sacerdocio y la brujería primitivos.

(1) Glasfurd: *Rifle and Romance in the Indian Jungle*, 1915.

El habla sería, desde el principio, un suplemento poderoso de la educación meramente imitativa y de la educación a sopapos y golpes a que procedería un padre sin habla. Las madres mandarían y regañarían a sus hijos. Cuando se desarrolló el lenguaje, el hombre se hallaría con algunos conocimientos y modos de persuadir que le daban o parecían darle fuerza, y los convertiría en secretos. Hay en la mente una doble vena, una vena de sigilo astuto y otra quizá de origen posterior que nos da el anhelo de asombrarnos e impresionarnos mutuamente. Hay quien forja secretos sólo para tener secretos que contar. Estos secretos de los hombres primitivos se transmitirán a los pueblos más jóvenes e impresionables, con mayor o menor honradez de un determinado proceso de iniciación. Además, de la mente humana desborda el espíritu pedagógico; a mucha gente le gusta "mandar que no hagan los otros". Probablemente empezarían también muy presto en la historia humana las prohibiciones aplicables a muchachos, muchachas y mujeres.

La idea de lo siniestro tiene por correlativa la idea de lo propicio; de aquí a la idea de establecer ceremonias para que las cosas se vuelvan propicias, el paso es fácil.

§ 4. *Astros y estaciones*

De tales ideas y de un montón de ideas análogas brotaron en la vida humana los primeros elementos casi religiosos. Cada incremento en el lenguaje hizo más fácil la intensificación y desarrollo de la tradición de tabús, restricciones y ceremonias. No existe hoy raza salvaje o bárbara que no esté presa en una red de tradiciones semejantes. Con la aparición de los pastores primitivos, todas estas prácticas se ampliaron considerablemente. Cosas hasta entonces inadvertidas se juzgaron importantes para los asuntos humanos. El hombre neolítico era nómada, con espíritu diferente del que movía a los cazadores primitivos a moverse a la luz del día en busca de alimento. Era pastor, y en su mente habrían entrado el sentimiento de dirección y la mentira de la tierra. Guardaba su rebaño de día y de noche. El sol de día y luego las estrellas de noche le guiaban en su migración; al cabo de mucho tiempo vino a caer en la cuenta de que las estrellas eran guías más seguras que el sol. Empezó a fijarse en determinadas estrellas y grupos de estrellas, y distinguir una cosa individual era, para el hombre primitivo, individualizarla y personalizarla. Púsose a considerar como personas a las estrellas principales; como personas muy brillantes, dignas y veraces, que le miraban de noche con relucientes ojos. Sus labranzas primitivas fortificaron su sentido de las estaciones. Cuando llegaba el tiempo de la siembra regían su cielo unas estrellas determinadas. Hasta llegar a cierto punto de un pico de montaña o cualquier cosa, se

movía noche tras noche una estrella brillante, y una vez llegada, de nuevo, noche tras noche, retrocedía. Aquello, de seguro, era un signo. Los comienzos de la agricultura estuvieron en la zona subtropical, o tal vez más cerca del ecuador, donde las estrellas de primera magnitud brillan con esplendor desconocido en latitudes más templadas.

Y el hombre neolítico iba contando y cediendo al hechizo de los números. Hay lenguas salvajes en que sólo se puede contar hasta cinco, y pueblos que no pasan de dos. Pero el hombre neolítico en sus tierras originarias de Asia y Africa, mejor quizá que en Europa, iba contando ya los objetos que acumulaba en su poder. Empezaba a saber de cuentas, y a fijarse en que tres dan un triángulo y cuatro un cuadrado, y que en ciertas cantidades, como doce, son fácilmente divisibles de varias maneras, y otras, como trece, imposibles. Doce llegó a ser para él un número noble, generoso y familiar, y trece, un paria, un desacreditado.

Es probable que el hombre empezara a medir el tiempo en el reloj del plenilunio y del novilunio. La luz de la luna es cosa importante para los pastores que ya no cazan reses, sino que las vigilan y guardan. La luz de la luna le indicaría quizá, también, su hora de amar, como debió de indicársela antes que a él al hombre primevo y a su antepasado el mono marchador. Pero desde las fases de la luna, a medida que se acrecentaban sus cultivos, la actitud del hombre se volvería al ciclo más amplio de las estaciones. El hombre primevo es probable que sólo se moviese ante el invierno, conforme iban enfriándose los días. El hombre neolítico conoció seguramente cuándo iba a llegar y almacenó, primero, sus forrajes, y después sus granos. Tenía que fijar el tiempo de la siembra, un tiempo propicio para que la siembra no fracasara. Los primeros cómputos de que se tiene noticia son por lunas o por generaciones de hombres. El primer caso parece darse en el Libro del Génesis, donde si se cuentan por meses lunares en vez de años las largas existencias de los patriarcas que vivieron antes del diluvio, Matusalén y los demás se quedan reducidos a una duración de vida muy verosímil. Pero con la agricultura empezaron las dificultades para acomodar el mes lunar al año solar; dificultades que aun tienen huella en nuestro actual calendario. La Pascua varía incómodamente de año en año, con gran desconsuelo de los amigos de las fiestas; ya cae demasiado temprano, ya muy avanzada la estación, a causa de esta antigua referencia del tiempo a la luna.

Y cuando los hombres empezaron a trasladarse con deliberada intención de uno a otro lugar con sus animales y demás objetos que poseían, empezaron a tener idea de los lugares en que no estaban y a pensar qué podría haber en esos otros lugares. Y en

el valle que les retenía algún tiempo, recordando cómo habían llegado allí, se preguntarían: "¿Cómo llegó aquí esto o aquello?". Y comenzaron a pensar qué habría detrás de las montañas, y adónde iba el sol cuando se ponía, y qué sería lo que estaba más allá de las nubes.

§ 5. *Los cuentos y los mitos*

La capacidad narrativa aumentó con el vocabulario. Los meros pensamientos individuales, las supercherías fetichistas no sistematizadas y los tabús fundamentales del hombre paleolítico empezaron a ser considerados y convertidos en un sistema más consistente. Los hombres comenzaron a contar historias relativas a sí mismos, a la tribu, a sus tabús y a la razón de ser que tenían, al mundo y al porqué del mundo. Nació entonces la mente de la tribu, la tradición. El hombre paleolítico tenía más de individualista libre, y también de artista, y asimismo más de salvaje, que el hombre neolítico. El hombre neolítico iba sometiéndose a preceptos; se le educaba desde joven y se le mandaba hacer unas cosas y dejar de hacer otras; no era tan libre que pudiese concebir ideas independientes con respecto a sí mismo y a las cosas. Tenía pensamientos impuestos; estaba sometido a un nuevo poder de sugestión. Tener más palabras y atender más a las palabras no es acrecentar sencillamente la fuerza mental: las palabras mismas son poderosas y peligrosas



Estatua neolítica ('menhir')

en sí. Las del hombre paleolítico fueron quizás, principalmente, nombres. Lo usaba por lo que eran. Pero el hombre neolítico iba pensando ya las palabras, iba pensando acerca de muchas cosas con exceso de confusión verbal y llegando a singulares conclusiones. Su habla era una red para mantener unida su raza, pero también para enredarse en ellas los pies. El hombre iba complicándose en combinaciones ciertamente nuevas y más amplias y eficaces, pero a costa de algo. Una de las más notables particularidades de la Edad Neolítica es la ausencia total de aquel libre y directo impulso artístico que era la cualidad suprema de los últimos hombres paleolíticos. Encontramos mucha industria, mucha habilidad, instrumentos pulimentados, cerámica con dibujos convencionales, cooperación para todo, pero ningún indicio evidente de fuerza creadora personal ([2]). Empezaba para el hombre la supresión de su personalidad. Iba entrando en la senda larga, tortuosa y difícil que lleva a la vida por el bien común, con todo su sacrificio de impulsos personales, que hoy todavía sigue.

Hay cosas que aparecen y vuelven a aparecer en la mitología de la humanidad. Al hombre neolítico le impresionaban sobremanera las serpientes... y nunca dió por segura la luz del sol. En casi todos los lugares adonde llegó la cultura neolítica, llegó una tendencia a asociar al sol con la serpiente en la decoración y en el culto. El primitivo culto de la serpiente se extendió luego muy lejos, más allá de las regiones en que la sierpe tiene verdadera y efectiva importancia en la vida del hombre.

§ 6. *Orígenes complejos de la religión*

Con los comienzos de la agricultura surgió en la mente de los hombres un flamante orden de ideas. Ya hemos indicado cuán fácil y naturalmente llegaron los hombres a asociar la idea de la siembra con una ceremonia fúnebre. Sir J. G. Frazer ha perseguido el desarrollo de tal asociación en la mente humana, relacionándolo con el concepto de ciertas personas destinadas especialmente al sacrificio, que son muertas en época de siembra; concepto de clase, purificada especialmente y llamada a ministrar la muerte a las víctimas, los primeros sacerdotes; y concepto de *consagración,* fiesta ritual en que la tribu come parte del cuerpo de la víctima para compartir las gracias del sacrificio.

([2]) Ludwig Hopf, en *The Human Species,* llama "masculino" al arte paleolítico, y "femenino" al neolítico. La cerámica estaba hecha por mujeres, según dice, y eso es para el caso muy importante. Pero las puntas de flecha las hacían los hombres, y nadie prohibía al hombre neolítico que cogiera trozos de hueso o de roca y los tallara, si se atrevía. Nosotros queremos creer que no se atrevió.

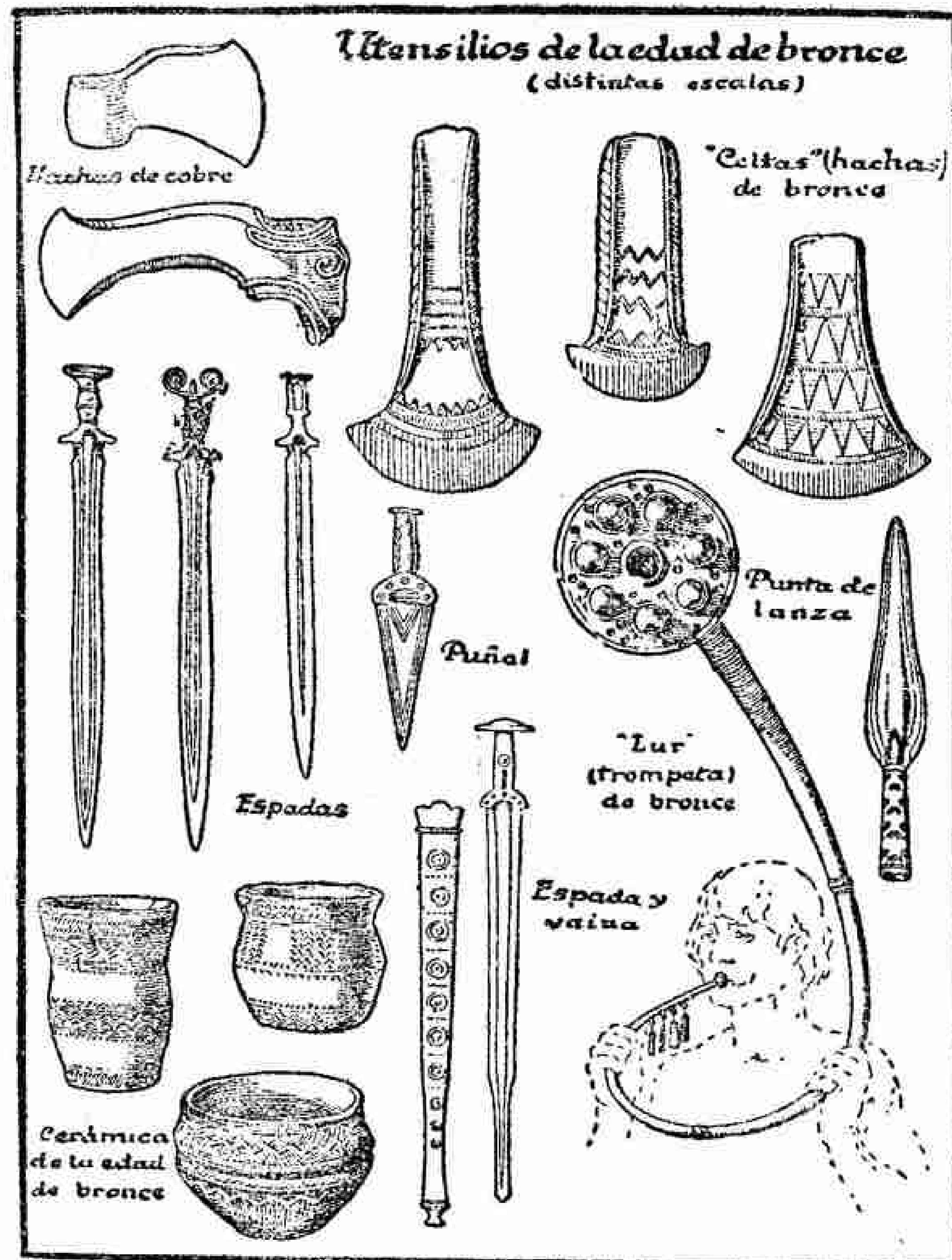
De todos estos factores, de la tradición del Anciano, del deseo de evitar el contagio y la impureza, del ansia de poderío y éxito, conseguidos por medio de la magia, de la tradición de los sacrificios en tiempo de la siembra, y de una porción de creencias, experimentos mentales y conceptos erróneos por el estilo, iba formándose en las vidas de los hombres algo complejo que comenzaba a unirlos mental y emocionalmente para una vida y una acción comunes. A este *algo* lo llamaremos religión (del latín *religare,* atar ([3]). No era algo sencillo y lógico sino una trama de ideas acerca de seres y espíritus que mandan, de dioses, a propósito de toda suerte de "haced" y "no hagáis". Como todo lo que es humano, la religión ha tomado incremento. Por lo que antecede, se habrá visto con claridad que el hombre primitivo —ni mucho menos sus monos ancestrales y sus mamíferos mesozoicos ancestrales— no podían tener idea de Dios o de Religión; sólo con mucha lentitud su cerebro y sus facultades comprensivas llegaron a darle capacidad para tales conceptos generales. La Religión es algo que ha ido creciendo con la asociación humana y gracias a ella; y Dios fué y está siendo todavía descubierto por el hombre.

No es éste un libro teológico, y no nos compete embarcarnos en discusiones teológicas; pero es parte necesaria y central de la historia del hombre la descripción del alborear y el desarrollarse de sus ideas religiosas y de la influencia que llegaron a tener en sus actos. A su desarrollo han tenido que contribuir todos los factores que hemos señalado y los autores han acentuado más unos u otros. Sir J. G. Frazer ha sido el principal investigador en el estudio de los sacramentos como derivados de los sacrificios mágicos. Grant Allen, en su *Evolución de la Idea de Dios,* insiste de manera particular en el culto póstumo al "Anciano". Sir E. B. Tylor (*Cultura primitiva*) atiende ante todo a la disposición del hombre primitivo para atribuir un alma a todos los objetos animados e inanimados. Mr. A. E. Crawley, en *El Arbol de la Vida,* llama la atención hacia otros centros impulsivos y emotivos, en particular hacia el sexo, como fuente de excitación profunda. Lo que hemos de tener presente es que el hombre neolítico no estaba todavía mentalmente desarrollado y podía mostrarse confuso e ilógico hasta un grado totalmente imposible para una persona moderna educada. Su mente podía contener sin confrontación ideas contradictorias; ya regía intensa y vivazmente su pensamiento por una, ya por otra; sus temores, sus actos eran tan inconexos como lo son los de los niños.

Estimulado por la necesidad y la posibilidad de cooperación

([3]) Pero Cicerón dice "relegere", leer por completo; y los que aceptan el "religare" suelen tomarlo como únicamente relativo a la "ligadura" del voto.

a una vida más compleja, el hombre neolítico iba buscando confusamente guía y conocimiento. Los hombres se hacían cargo de que les eran necesarias la protección y dirección, la purificación, una fuerza más allá de la propia. Confusamente, en respuesta a la demanda, los atrevidos, los sabios, los sagaces y los astutos fue-



ron elevándose y se hicieron magos, sacerdotes, jefes y reyes. No vale considerarlos como impostores o usurpadores del poder, ni al resto de la humanidad como víctima de sus engaños. Los motivos de los hombres son siempre complejos; cien cosas mueven a un hombre, impulsándole a procurarse ascendiente sobre los demás, pero no todas son bajas o malas. Los magos, por lo común, creían en mayor o menor grado en sus propias artes mágicas; los

sacerdotes, en sus ceremonias, y los jefes, en sus derechos. En adelante, la historia de la humanidad es una historia de los esfuerzos más o menos ciegos que se han hecho para concebir un propósito común en relación al cual todos los hombres pudieran vivir

	EUROPA	EGIPTO	MESOPOTAMIA
18,000 a C.	Periodo estepario. Desaparecen los hombres del reno	Aparece el hombre en el periodo Neolítico. Empieza la agricultura	
15,000	Selvas (transición) Periodo Aziliense		
13.000			
10.000	Se extiende por Europa el hombre Neolítico		
8,000	Primeras moradas lacustres		Apunta la civilización sumeria. Bronce. Nippur y Eridu
.000			Primeras escrituras sumerias
5.000		Primeras dinastías. Pirámides	
4,000			
3.000	Bronce		Sargon I
2,000	Desarollo del sistema de lenguas arios		
1,000	Hierro		Hierro
320	Alejandro Magno		
50	Julio Cesar		
DC	Era Cristiana		
1919			

DIAGRAMA CRONOLOGICO PARA VER LA DURACION GENERAL DEL PERIODO NEOLITICO EN QUE SE DESARROLLO EL PENSAMIENTO PRIMITIVO

Según esta escala, el diagrama de la página 54 referente al período que empieza con las primeras huellas subhumanas, tendría doce pies de largo y el diagrama del tiempo geológico (Cap. II, § 2) de 1 500 pies a tres millas.

felices; para crear y desarrollar una conciencia y una masa de conocimientos comunes que ilustraran e iluminaran aquel propósito. Con gran diversidad de formas, la aparición de reyes, sacerdotes y magos tuvo lugar en todo el mundo durante la etapa neolítica. En todas partes, grupos de hombres buscaban la personificación de la ciencia, de la superioridad, de la fuerza mágica; en todas

partes, algunos individuos aspiraban, con honradez o sin ella, a gobernar, dirigir o convertirse en seres mágicos que reconciliaran las confusiones de la comunidad.

Otra extraña evolución de las Edades Paleolítica postrera y Neolítica fué el desarrollo de la automutilación. Los hombres empezaron a mutilarse, cortándose narices, orejas, dedos, arrancándose dientes, etc., y a unir toda clase de ideas supersticiosas a dichos actos. Hoy muchos niños, en su desarrollo mental, pasan por una fase análoga. Hay un tiempo en la vida en que no se puede dejar sola con unas tijeras a la nena más chica, para que no se corte el pelo. Ningún animal hace cosa análoga.

Por muchos estilos, la sencillez, rectitud y desprendimiento de un pintor de rocas del Paleolítico postrero suscita la simpatía de los modernos adultos en mayor grado que el estado mental de estos hombres neolíticos, llenos del temor de un remoto Anciano convertido ya en dios de la tribu, obsesionados por ideas de sacrificios propiciatorios, desagravios y crímenes mágicos. El hombre del reno sería, indudablemente cazador más cruel, ser más combativo y apasionado, pero mataba por razones que caben en el entendimiento; el hombre neolítico, por el influjo de la palabra y por un confuso proceso mental, mataba por teoría, mataba por ideas monstruosas, hoy increíbles; mataba a los mismos que amaba, por temor y mandato ajeno. Los neolíticos no sacrificaban seres humanos sólo en el tiempo de la siembra; hay toda clase de razones para suponer que las esposas y los esclavos eran sacrificados en el funeral de los jefes; hombres, mujeres y niños eran muertos cuando los hombres, en la adversidad, pensaban que los dioses estaban sedientos. Practicaban el infanticidio. Todo esto se comunicó a la Edad del Bronce.

Hasta entonces, la conciencia social estaba dormida y ni aun en sueños pasaba por la humana historia. Antes de despertar causó pesadillas.

Podemos evocar las alturas del Wiltshire, antes de los albores históricos, hará tres o cuatro mil años, en el amanecer de un día del solsticio de verano. Las antorchas palidecen a medida que aumenta la luz. Impresiona profundamente una procesión que avanza por la avenida de piedra; sacerdotes, quizás fantásticamente ataviados con pieles, cuernos y horribles máscaras pintarrajeadas —no como esos dignatarios de túnica y barba en que nuestros artistas suelen representar a los Druidas—; jefes vestidos de pieles, adornados con collares de dientes, empuñando lanzas y hachas, recogidos los abundantes cabellos con agujas de hueso; mujeres vestidas de pieles o telas de lino; gran muchedumbre curiosa de cabezas greñudas y chiquillos en cueros. Proceden de lugares muy

distantes; en las tierras que rodean las avenidas y a Silbury Hill se ven sus campamentos. Domina cierta festiva jovialidad. Entre la multitud, caminan las victimas humanas designadas, sumisas, desamparadas, puestos los ojos en el lejano altar humeante en que han de morir —para que las cosechas sean buenas y la tribu prospere...— A esto había llegado la vida tres o cuatro mil años ha, desde el limo de las playas primitivas en que surgiera.

XIII

LAS RAZAS HUMANAS

§ 1. *¿Sigue diferenciándose aún la humanidad?*

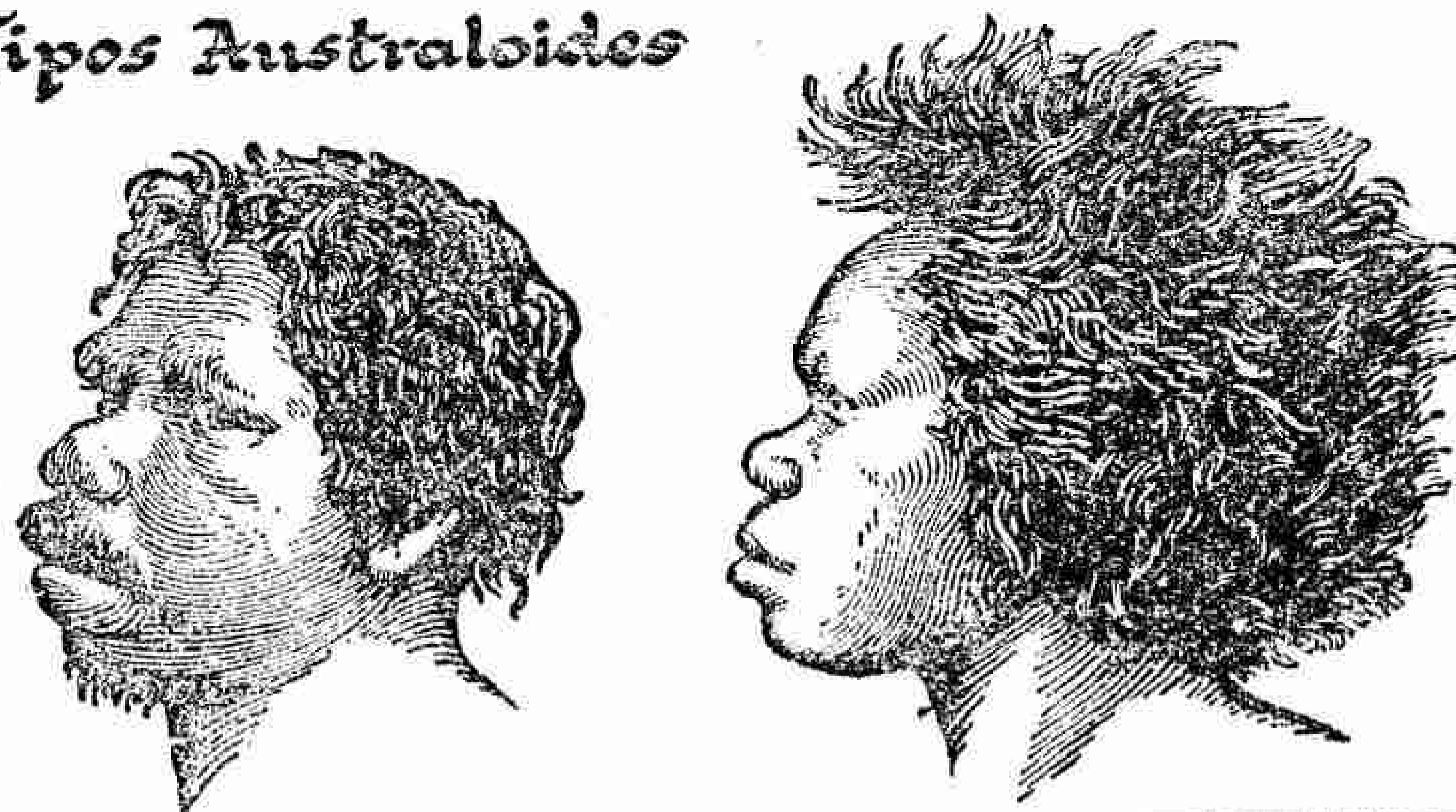
CONVIENE discutir ahora sencillamente lo que quiere decir la frase que se suele emplear sin reparo de "las Razas humanas". Por lo que se dijo en el capítulo III, ha de ser ya evidente que el hombre, tan ampliamente extendido y sujeto, por lo tanto, a diferencias de clima demasiado grandes, que consume alimentos muy diferentes en diferentes regiones, a quien atacan diferentes enemigos, ha tenido que sufrir siempre modificaciones y diferenciaciones locales considerables. El hombre, como todos los demás seres vivos, ha tendido siempre a diferenciarse en varias especies; allí donde un conjunto de hombres se ha visto separado del resto de la humanidad en islas y océanos o por desiertos o montañas, muy presto han empezado a desarrollarse características especiales, especialmente adaptadas a las condiciones locales. Pero por otra parte, el hombre suele ser un animal vagabundo y emprendedor para quien existen pocas barreras infranqueables. El hombre imita al hombre, pelea con él y lo domina; los pueblos se cruzan entre sí. Durante miles de años han existido dos órdenes de fuerzas operantes en concurrencia, una de las cuales tendía a separar a los hombres en multitud de variedades locales, y la otra a mezclar y fundir esas variedades, antes de que surgieran especies distintas.

Ambos órdenes de fuerzas fluctuaron en sus efectos relativos en el tiempo pasado. Por ejemplo: el hombre paleolítico debió de ser más vagabundo, debió recorrer una extensión mucho más vasta que el hombre neolítico posterior; estaba menos apegado a toda especie de hogar o cubil, le ataban menos objetos propios. Como cazador, tenía que seguir en sus migraciones a los animales que le proporcionaban el sustento. Unas cuantas estaciones malas le harían salvar centenares de millas. Por eso se mezclaría en muy extenso círculo y daría origen a escasas variedades en la parte mayor del mundo.

La aparición de la agricultura tendió a sujetar a las comunidades humanas que la practicaban a la región más conveniente para ella, favoreciendo así la diferenciación. Mezcla o diferencia-

ción no dependen de una etapa más alta o más baja de civilización; muchas tribus salvajes recorren hoy, vagabundas, centenares de millas; muchos aldeanos ingleses del siglo XVIII, por otra parte, no se alejaron nunca más de ocho o diez millas de sus pueblos, y sus padres y sus abuelos tampoco. Los pueblos cazadores han solido dilatarse mucho. La tierra del Labrador, por ejemplo, está habitada por pocos miles de indios que van siguiendo a la única manada grande de búfalos que emigra anualmente: primero, hacia el Norte, y luego, hacia el Sur, en busca de pastos. Ese puñado de hombres cubre así un territorio tan extenso como Francia. Los pueblos nómadas se extienden también mucho. Dícese que algunas tribus calmucas recorren, aproximadamente, mil millas entre los pastos de verano y los de invierno.

La presunción de que el hombre paleolítico se extendió mucho y se repartió en escaso número, pero de manera uniforme, por toda la tierra, está reforzada por la asombrosa uniformidad que en todas partes tienen los restos paleolíticos. Sir John Evans dice: "Los instrumentos en tierras distantes son tan idénticos en forma y carácter a los ingleses, que han debido de hacerlos las mismas manos... En las riberas del Nilo, a muchos centenares de pies por encima de su nivel actual, se han descubierto utensilios de tipo europeo; y en Somalilandia, en el antiguo valle de un río, a gran altura sobre el mar, Sir H. W. Seton-Karr ha recogido gran cantidad de utensilios hechos de pedernal o cuarcita que, a juzgar por su forma y carácter, parecen haber sido desenterrados de los depósitos del Somme o del Sena, del Támesis o del antiguo Solent".


Tipos Australoides

Las fases de extensión y mezcla alternarían probablemente en la historia de la humanidad con fases de colonia y especialización. Pero hasta hará pocas centurias, es probable que desde los días de la Edad Paleolítica, por lo menos, la humanidad, en términos generales, vaya tendiendo a diferenciarse. En ese período la especie se ha diferenciado en gran número de variedades, muchas de las cuales han vuelto a fundirse con otras, que se han extendido e implantado diferenciaciones nuevas, o se han extinguido. Allí donde hubo una diferencia local fuertemente marcada y un obstáculo a la mezcla, es casi obligado reconocer que ha aparecido una variedad humana. Estas variedades locales han debido de existir en gran multitud.

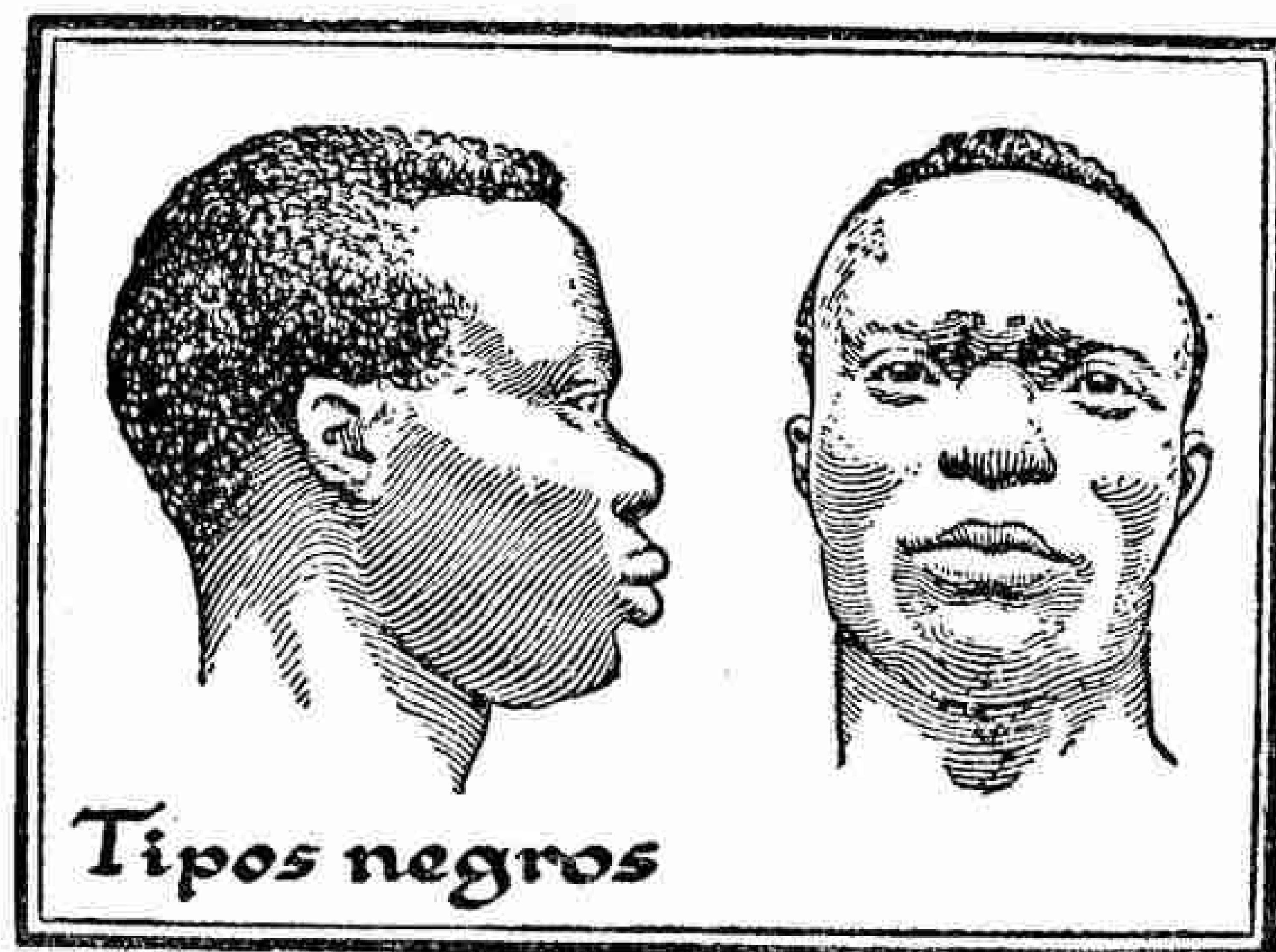

Mujer Bosquimana

En un remoto rincón del mundo, Tasmania, una pequeña población separada de las demás permaneció en la etapa paleolítica primitiva hasta el descubrimiento de la isla por los holandeses en 1642. Hoy está, por desgracia, extinguida. El último tasmanio murió en 1877. Han debido de estar separados del resto de la humanidad durante quince, veinte o veinticinco mil años.

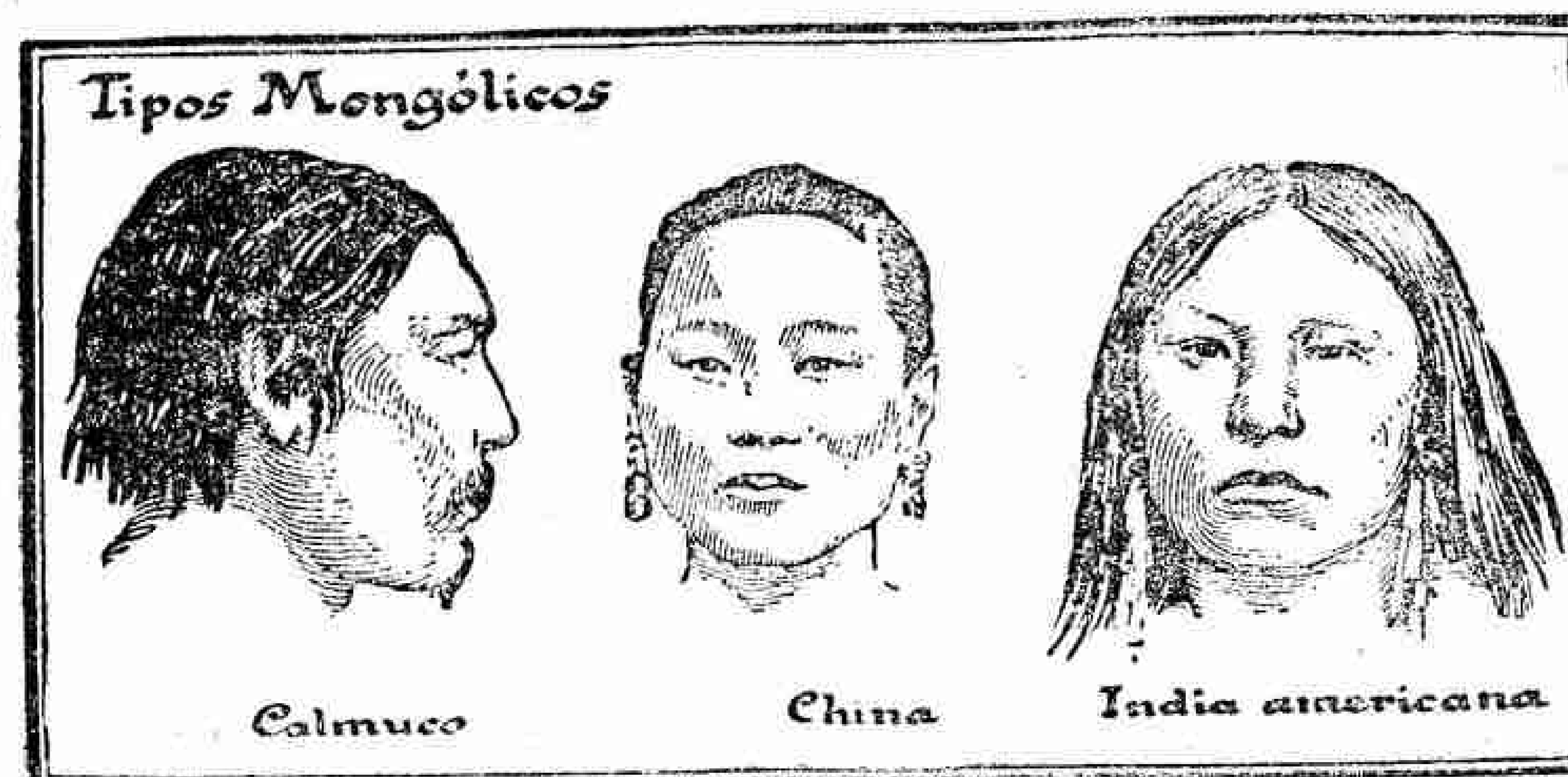
Pero entre los numerosos obstáculos e interrupciones con que ha tropezado la mezcla, han existido ciertas vallas, como el Atlántico, las altas mesetas, en tiempos más altas, y los hoy desvanecidos mares del Asia central y otras, que han mantenido la separación entre grandes grupos de variedades y otros, grandes también e igualmente varios, durante largos períodos de tiempo. Estos grupos separados de variedades desarrollaron muy presto ciertos marcados caracteres de semejanza y diferencia. Las más de las variedades de hombres del Asia oriental y de América, pero no todas, tienen en común la recia piel amarillenta, el pelo lacio y negro y a menudo, los pómulos salientes. Entre los pueblos de Africa muchos de los que están al Sur del Sahara, pero no todos, tienen la piel negra o negruzca, la nariz chata, los labios gruesos y el pelo rizado. En el Norte y el Oeste de Europa, gran número de gentes tienen pelo rubio, ojos azules y color encendido; y en las proximidades del Mediterráneo prevalecen las personas de piel blanca, con ojos y pelo negro. El pelo negro de estos hombres morenos es lacio, pero nunca tan fuerte y sin ondulaciones como el de los amarillos. Es

más lacio en el Este que en el Oeste. En la India meridional encontramos gentes de faz más morena y oscura, con pelo negro lacio, y, yendo hacia el Este, vemos hombres más distintamente amarillos. En islas dispersas, en Papua y Nueva Guinea, encontramos otra serie de poblaciones negras y morenas, de tipo más bajo y con pelo rizoso.

Ya se habrá comprendido que éstas son generalizaciones muy poco exactas. Algunas extensiones y rincones aislados de humanidad en Asia, han debido de estar sometidas a condiciones más


Tipos negros

semejantes a las europeas; en Africa, las hay de tipo más asiático y menos distintivamente africano. Vemos una raza de pelo ondeado, rubicunda, velluda, los Ainos, en el Japón. Su tipo facial se parece más al europeo que al japonés. Serán un grupo blanco descarriado o quizá un pueblo totalmente distinto. Hallamos población negra primitiva en las islas Andaman, muy alejadas de Australia y de Africa. En el Sur de Persia y en determinadas partes de la India se rastrea una veta de sangre marcadamente negroide: son los "negroides" asiáticos. No hay pruebas, o son muy escasas, de que todas las gentes negras, australianos, negroides asiáticos y negros, tengan un mismo origen; pero sí de que hayan vivido durante vastos períodos en condiciones similares. No hemos de dar por sentado que los seres humanos en el Asia oriental fueron todos diferenciándose en una dirección, y todos los seres humanos de Africa en otra. Hubo grandes corrientes de tendencia, es verdad, pero hubo también remansos, remolinos, mixturas, remixturas y filtraciones de un campo principal a otro. Un mapa en colores del mundo, para

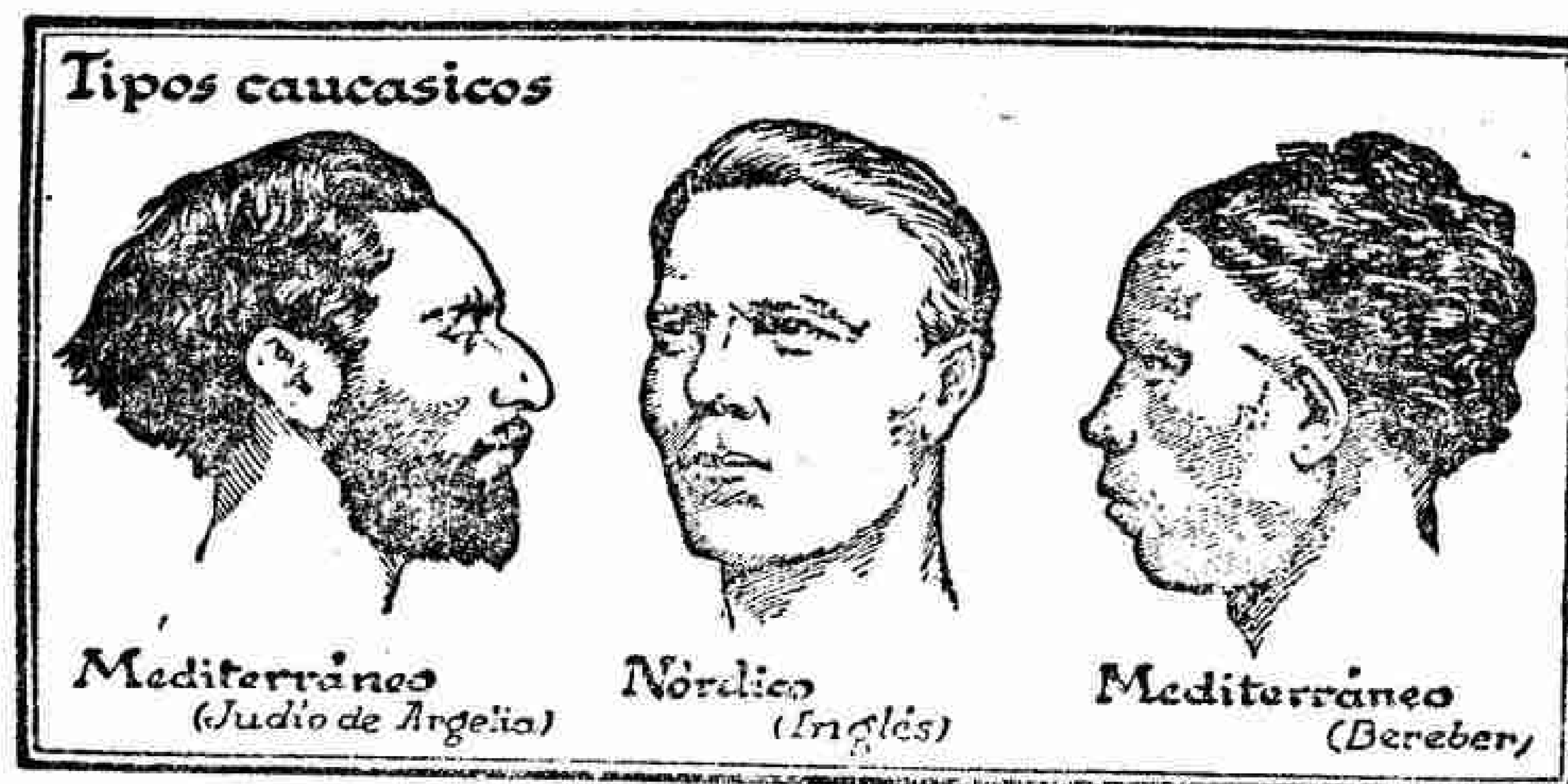

Tipos Mongólicos

Calmuco — China — India americana

ilustrar la distribución de las razas, no presentaría sobre todo cuatro grandes extensiones de color; tendría que estar pintarrajeado con multitud de tintas y sombras intermedias, aquí puras, allá mezcladas y sobrepuestas. En el primer período Neolítico europeo —hará diez o doce mil años— el hombre iba diferenciándose en toda la tierra y se había diferenciado ya en determinado número de variedades, pero no se ha diferenciado nunca en *especies*. "Especie", en lengua biológica, se distingue de "variedad", convendrá que lo recordemos, en el hecho de que las variedades pueden cruzarse entre sí, al paso de que las especies o no se cruzan, o su descendencia, como ocurre con las mulas, es estéril. Toda la humanidad puede cruzarse libremente, puede aprender un mismo idioma, puede adaptarse a la cooperación. En la edad presente, el hombre es probable que ya no admita más diferenciaciones. Las mezclas repetidas son hoy harto más fuertes que la diferenciación. El hombre se mezcla cada vez más. La humanidad, desde el punto de vista de un biólogo, es una especie animal en estado de diferenciación detenida y de posible remescolanza.

§ 2. *Las principales razas humanas*

Sólo desde hace cincuenta o sesenta años empezaron las variedades humanas a ser contempladas a esta luz, como un tejido de diferenciaciones recién interrumpido o aún en progreso. Antes de ese momento, los que estudiaban la humanidad, influídos consciente o inconscientemente por la historia de Noé y el Arca, y de los tres hijos, Sem, Cam y Jafet, inclinábanse a clasificar a los hombres en tres o cuatro grandes razas, y tendían a considerar estas razas como entidades siempre separadas y descendientes de



sendos antecesores originarios. Ignoraban las grandes posibilidades de la fusión de razas y de los aislamientos y variaciones locales en particular. La clasificación ha variado considerablemente, pero se ha admitido con sobrada prontitud la idea de que la humanidad *debe* dividirse completamente en tres o cuatro grupos principales. Los etnólogos (los que estudian las razas) han empeñado serias discusiones acerca de una multitud de pueblos menores, por si son de esta o de aquella raza primaria, o mestizos, o de formas primitivas descarriadas, o si no lo son. Pero en todas las razas hay mayor o menor mezcla. Existen, sin duda, cuatro grupos principales, pero cada uno es una miscelánea, y hay grupos menores que no caben dentro de ninguna de las divisiones principales.

Con estas reservas, y dando por entendido que si hablamos de estas divisiones principales queremos decir no razas sencillas y puras, sino grupos de razas, hay cierta utilidad en la discusión. En el campo que abarca Europa, el Mediterráneo y el Asia occidental, hay y hubo, durante muchos miles de años, poblaciones blancas, que se suelen llamar CAUCÁSICAS, subdivididas en dos o tres categorías: la rubia septentrional, o raza Nórdica; una raza intermedia, acerca de la cual no están de acuerdo muchos autores, la llamada raza Alpina; y la raza morena meridional, la Mediterránea o Ibérica. En el Asia oriental y en América prevalece un segundo grupo de razas, las MONGÓLICAS, generalmente amarillas de piel, lacias de pelo y robustas de cuerpo; en Africa los NEGROS y en la región de Australia y Nueva Guinea los AUSTRALOIDES primitivos, de tez oscura. Estos son los términos convenientes, con tal que el estudioso tenga presente que no son términos exactamente definidos. Unicamente representan las características principales de ciertos grupos primordiales de razas; dejan



fuera algunos pueblos menores que no pertenecen propiamente a ninguna de estas divisiones, y no tienen en cuenta la perpetua mescolanza en que se sobreponen los principales grupos.

§ 3. *Los pueblos de tez moreno-oscura*

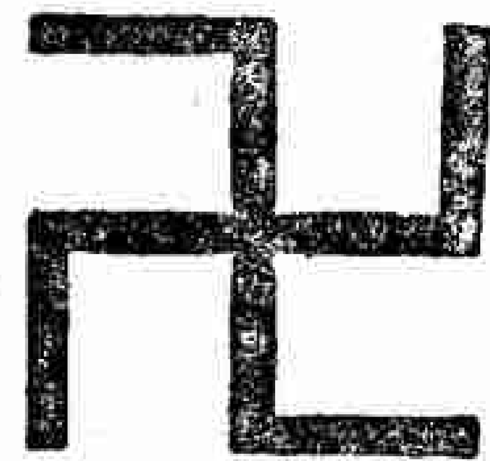
La raza Mediterránea o Ibérica, subdivisión de la Caucásica, ocupa un lugar más vasto en los tiempos primitivos; su tipo era menos especializado y distintivo que el Nórdico. Cuesta trabajo definir sus límites meridionales, que llegan hasta el tipo negro, o señalar su rastro primitivo en el Asia central, distinguiéndolo del de los primitivos mongoles. Wilfrid Scawen Blunt [1] dice que Huxley "tenía grandes sospechas de un origen común para los egipcios y los dravidas de la India, quizá una extensa faja de hombres de tez morena que en días muy tempranos fueron a España desde la India".

Es posible que la "faja" de Huxley, de hombres blancos de tez morena, esta raza moreno-oscura, se extendiera posteriormente aún más allá de la India; que llegara a las costas del Pacífico y que fuera, por todas partes, la poseedora originaria de la cultura

(1) *My Diaries*, con fecha 25 de julio de 1894.

neolítica y la iniciadora de lo que llamamos civilización. Es posible que esta raza moreno-oscura constituya, por decirlo así, los pueblos *básicos* del mundo moderno. Los pueblos nórdicos y mongoles no habrán sido tal vez sino las ramas noroeste y nordeste de este tronco más fundamental. O quizá la raza nórdica haya sido una rama, y la mogólica, como la negra, un tronco distinto con el que se enlazó la moreno-oscura al tropezar con él en el Sur de la China. O acaso los pueblos nórdicos se hayan desarrollado separadamente, desde una etapa paleolítica.

En algún período determinado de la historia (véase Elliot Smith: *Migrations of Early Culture*) parece haber existido un tipo especial de cultura Neolítica, ampliamente distribuido por el mundo, con una serie de características tan curiosas y tan poco aptas para desarrollarse independientemente en distintas regiones de la tierra, que nos mueve a considerarlo como una cultura aparte. A través de todas las regiones habitadas por la raza morena mediterránea, y pasando por la India y las Indias orientales, llegó a la costa china del Pacífico, cruzó este mar y se propagó hasta Méjico y el Perú. Era una cultura costeña que no profundizó en las tierras del interior.



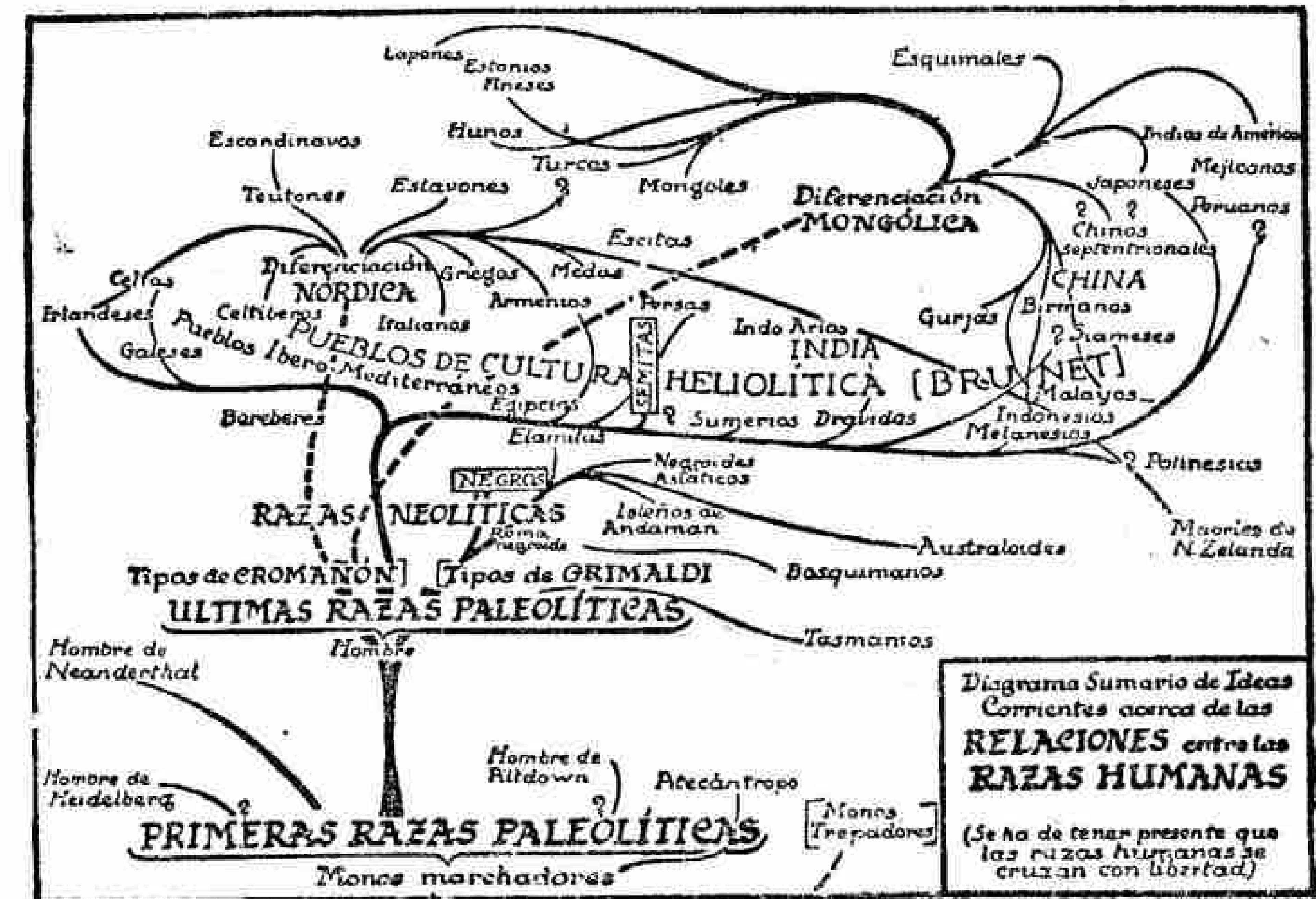
La Swastika

Este desarrollo peculiar de la cultura neolítica, llamado por Elliot Smith cultura *heliolítica* (²), comprendía muchas de estas extrañas prácticas, si no todas: 1) la circuncisión; 2) la rarísima costumbre de que se acostara *el padre*, al nacer un hijo, llamada *incubación;* 3) el empleo de "masaje"; 4) la momificación; 5) los monumentos megolíticos (³) (como el que se ha descripto de Stonehenge); 6) la deformación artificial de la cabeza en los jóvenes por medio de vendajes; 7) el tatuado; 8) la asociación religiosa del sol y la serpiente; y 9) el uso del símbolo llamado swástica como portador de fortuna. Este raro y pequeño símbolo da alegremente la vuelta al mundo; parece increíble que los hombres lo hayan ido inventando y tomándole apego por separado. Elliot Smith va señalando estas prácticas en una especie de constelación, por toda la gran extensión Mediterráneo-Indico-Pacífica. En donde se presenta una, suelen presentarse las demás. Enlazan a Bretaña con Borneo y el Perú. Pero esta contelación de prácticas no se

---

(²) "Piedra de sol"; llamada así por el culto al sol y los megalitos. No es término muy felizmente encontrado. Sugiere una división equivalente a paleolítico (piedra antigua) y neolítico (piedra nueva), siendo como es una subdivisión de la cultura neolítica.

(³) Pueblos indios primitivos han levantado recientemente monumentos megalíticos.



cosecha en los hogares primitivos de los pueblos nórdicos o mongólicos, ni se extiende hacia el Sur, mucho más allá del Africa ecuatorial.

Durante miles de años, desde el 15.000 hasta el 1.000 antes de J. C., la cultura heliolítico-neolítica y sus atezados poseedores ha debido de fluir en derredor del mundo, por las regiones más cálidas de éste, llevada a veces en canoa a través de las extensiones marinas. Su región originaria ha de ser, como indica Elliot Smith, la región mediterránea y nort-africana. Ha de haberse desarrollado hasta la costa del Pacífico, y de allí, asentando el pie en las islas, a América, mucho después de haber alcanzado progresos ulteriores en los lugares de origen. Muchos pueblos de las Indias orientales, Melanesia y Polinesia estaban aún en la etapa heliolítica de su desarrollo cuando fueron descubiertos por los navegantes europeos del siglo XVIII. Las primeras civilizaciones de Egipto y del valle del Eufrates y el Tigris, procedían quizá directamente de esta amplia cultura. Más adelante discutiremos si la civilización china es de origen distinto. Los nómadas semitas del desierto de Arabia parecen haber pasado también por una etapa heliolítica.

XIV

LAS LENGUAS DE LA HUMANIDAD

§ 1. *No hay una sola lengua primitiva*

No es probable que haya existido nunca algo así como una lengua primitiva. Nada sabemos del lenguaje del hombre paleolítico: ni siquiera si el hombre paleolítico supo hablar.

Sabemos que tuvo un agudo sentido de la forma y de la actitud, por sus dibujos; y se ha presumido que llegó a comunicar con mucha amplitud sus ideas por medio del gesto. Es probable que las palabras de los primeros hombres fuesen principalmente gritos de alarma o de pasión o nombres de cosas concretas, y en muchos casos quizá sonidos imitativos de los que producían las cosas nombradas o en relación con éstos [1].

Las primeras lenguas serían probablemente pequeñas colecciones de semejantes palabras; consistirían en interjecciones y nombres. Estos se prenunciarían probablemente con distintas entonaciones que implicaran distintos significados.

Si el hombre paleolítico indicó al "caballo" o al "oso" con una palabra, mostraría probablemente con el tono o el gesto si quería decir "el oso viene", "el oso se va", "hay que cazar el oso", "oso muerto", "por aquí ha pasado un oso", "esto lo hizo un oso", etcétera, etc. Sólo muy despacio la mente del hombre fué desarrollando métodos para indicar de modo formal acciones y relaciones. Las lenguas modernas contienen muchos miles de palabras, al paso que los lenguajes primitivos podrían tener solo pocos centenares de ellas. Se dice que los mismos campesinos de Europa pueden pasarse con menos de mil; es, por lo tanto, concebible que en el Primer Período Neolítico fuera una cosa así el límite del vocabulario asequible. Es muy de creer que los hombres no se entretuvieran por aquellos días en conversaciones o descripciones. Para los fines narrativos, más que hablar, danzarían y accionarían. No tenían

[1] Sir Arthur Evans indica que en América surgió un habla por signos antes que el lenguaje, porque el habla por señas es común a todos los indios de Norteamérica, en tanto que las lenguas son diferentes. Véase su obra *Anthropology and the Classics*. — G. M.

método para contar, como no fuese el indicativo de dos por un dual y alguna otra expresión referente a muchos.

El progreso del lenguaje se verificó al pronto muy lentamente, y las formas gramaticales y la expresión de ideas abstractas debió de comenzar muy tarde en la historia humana quizá sólo 400 ó 500 generaciones ha.

§ 2. *Las lenguas arias*

Los que estudian las lenguas (filólogos) nos dicen que no pueden señalar con certeza rasgos comunes a todos los lenguajes de la humanidad. Ni siquiera pueden hallar elementos comunes a todas las lenguas caucásicas. En grandes extensiones encuentran vastos grupos de lenguas con raíces similares de expresar una misma idea, pero luego en otras extensiones encuentran lenguajes que se diferencian de aquéllos en su estructura fundamental, expresan acciones y relaciones por fórmulas enteramente distintas y tienen un esquema gramatical en todo diferente. Hay, por ejemplo, un gran grupo de lenguas, que se extiende hoy por casi toda Europa y llega hasta la India: en él se incluyen el inglés, el francés, el alemán, el español, el italiano, el griego, el ruso, el armenio, el persa y varias lenguas indias. Se le llama familia Indo-Europea o ARIA. En toda ella se reconocen las mismas raíces fundamentales, las mismas ideas gramaticales. Compárese, por ejemplo, el español *padre*, *madre*, con el latín *pater*, *mater*, el griego *pater*, *meter*, el inglés *father*, *mother*, el alemán *vater*, *mutter*, el francés *père*, *mère*, el armenio *hair*, *mair*, el sánscrito *pitar*, *matar*, etc., etc. Las lenguas arias hacen sonar de modo parecido los cambios de gran número de palabras fundamentales: la *f* de las lenguas germánicas se vuelve *p* en las latinas, etc., etc. Siguen una ley de variaciones llamada ley de Grimm. Estas lenguas no son cosas diferentes, sino variaciones de una sola cosa. La gente que las usa, piensa del mismo modo.

En una época del tiempo pasado, la Edad Neolítica, es decir, hará seis mil o más años, habrá existido una simple lengua original de la que hayan ido diferenciándose las lenguas arias. Entre la Europa Central y el Asia Occidental habrá andado errante cierto número de tribus suficientemente mezcladas para dar desarrollo y uso a una lengua. Es conveniente llamarlos aquí pueblos Arios. Sir H. H. Johnston los ha llamado "Ario-rusos" Pertenecían los más al grupo caucásico de razas y a la subdivisión rubia y septentrional de este grupo, es decir, a la raza Nórdica.

Hay que hacer aquí una advertencia. Hubo un tiempo en que los filólogos tendían a confundir lenguas y razas, y a suponer que gentes que hablaron una vez la misma lengua tenían que ser de

la misma sangre. No es, sin embargo, este el caso, como verá el lector, si piensa que hoy los negros de los Estados Unidos hablan todos inglés, y los irlandeses —salvos los propósitos de manifestación política— no hablan ya el viejo idioma erso, sino el inglés, y los de Cornualles han olvidado su antiguo idioma celta. Para lo que sirve un lenguaje común es para demostrar la existencia de una relación y la posibilidad de una mezcla; y si no indica un origen común, marca, por lo menos, un rasgo común.

Pero ni aun esta misma lengua aria, que se habló quizá por los años 4000 ó 3000 antes de J. C., fué de ningún modo lengua *primordial* o lengua de una raza salvaje. Los que primeramente la hablaron estaban o habían pasado de la etapa neolítica a la civilización. Tenían formas gramaticales y fórmulas verbales de cierta complejidad. Los desaparecidos métodos de expresión de los últimos pueblos paleolíticos, de los acilienses o de los primitivos neolíticos de los kioquenmodingos, por ejemplo, serían probablemente mucho más crudos que las formas arias más elementales.

Es lo probable que el grupo ario de lenguas llegara a diferenciarse en una vasta región cuyos ríos principales eran el Danubio, el Dnieper, el Don y el Volga, región que se extendía hacia el Este, más allá de los montes Urales, al Norte del Mar Caspio. El campo en que vagaron los hombres de lengua aria no se extendió probablemente en mucho tiempo hasta el Atlántico, o hasta el Sur del Mar Negro, más allá del Asia Menor. No había entonces por el Bósforo separación efectiva entre Europa y Asia. El Danubio corría hacia el Este, buscando un gran mar que se extendía por la región del Volga, en la Rusia meridional, hasta el Turkestán, y comprendía los mares Negro, Caspio y Aral de hoy. Quizá enviaba brazos al Océano Artico. Sería una valla bastante eficaz entre los hombres de lengua aria y las poblaciones del Nordeste asiático. Al Sur de este mar se extendía una costa no interrumpida desde los Balkanes al Afganistán. Al Nordeste, una región de charcas y pantanos llegaba hasta el Báltico.

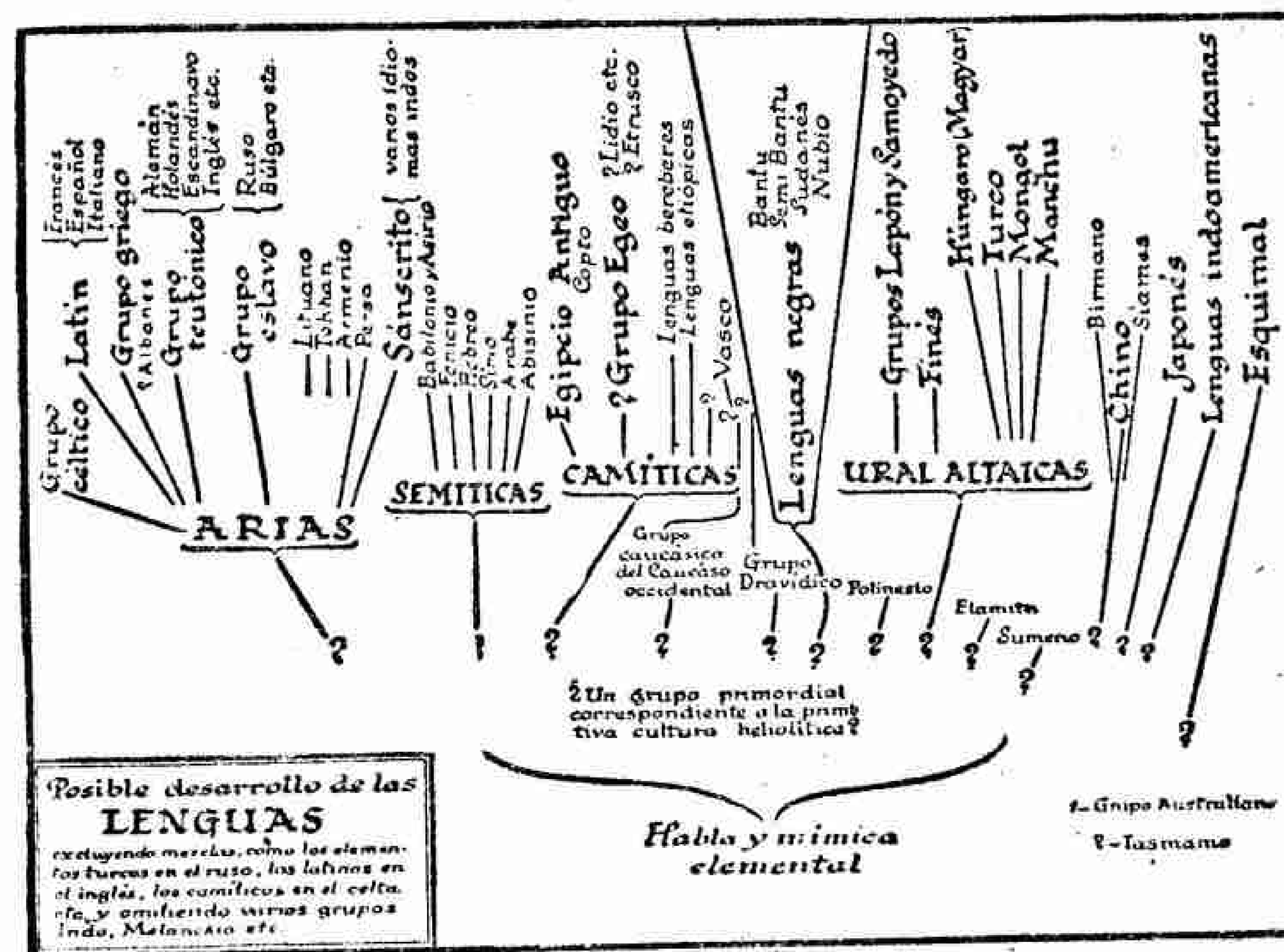
§ 3. *Las lenguas semíticas*

Junto al ario, los filólogos distinguen otro grupo de lenguas que parecen haberse formado con entera separación de las lenguas arias, las semíticas. El hebreo y el árabe son semejantes entre sí, pero tienen al parecer raíces de palabras distintas de las que hallamos en las lenguas arias; expresan de distinto modo las ideas de relación; los conceptos fundamentales de sus gramáticas son, en general, diferentes. Formáronlos probablemente comunidades humanas sin contacto ninguno con los arios, separada e independientemente. El hebreo, el árabe, el abisinio, el antiguo asirio, el anti-

guo fenicio y cierto número de lenguas asociadas, se agrupan, pues, como derivadas de una segunda lengua primaria, a la que se llama SEMÍTICA. En los principios mismos de la historia encontramos pueblos de lengua aria y pueblos de lengua semítica enlazados por las vivas relaciones de la guerra y del comercio en el extremo oriental del Mediterráneo, pero las diferencias fundamentales entre las lenguas primarias aria y semítica nos obligan a creer que en los tiempos neolíticos, antes del período histórico, ha debido de existir durante miles de años una separación casi completa entre los pueblos de lengua aria y los de lengua semítica. Estos parecen haber vivido en el Sur de Arabia o en el Nordeste de Africa. En la Edad Neolítica los originarios de lengua aria y los originarios de lengua semítica vivirían probablemente por decirlo así, en mundos distintos con un mínimo de comunicación. En cuanto a la raza, parece ser que tienen un remoto origen común: tanto los arios como los semitas, están clasificados como caucásicos; pero mientras los originarios de lengua aria parecen haber sido de raza Nórdica, los originarios semitas parecen más bien de tipo Mediterráneo.

§ 4. *Las lenguas camíticas*

Con menos unanimidad hablan los filólogos de un tercer grupo de lenguas, las CAMÍTICAS, que algunos tienen por distintas y otros por aliadas de las semíticas. El peso de la opinión se inclina hoy hacia la idea de cierta conexión primordial entre ambos grupos. El grupo Camítico es ciertamente más amplio y vasto que el Semítico o el Ario, y las lenguas semíticas tienen más de familia, mayor semejanza común que las arias. Las lenguas semíticas han surgido quizá como un grupo proto-Camítico especializado, así como las aves surgieron de un grupo especial de reptiles (Cap. IV). Aunque no hay realmente base de hechos que lo justifiquen, es tentadora la suposición de que el rudo grupo primordial antecesor de las lenguas arias se formó como una rama de las formas de lenguaje proto-Camíticas en fecha todavía anterior a la separación y especialización de las semíticas. Los de habla Camítica como los de habla Semítica, son hoy principalmente de raza mediterránea caucásica. Entre las lenguas Camíticas están el egipcio antiguo, el copto, las lenguas bereberes (de los montañeses del Norte de Africa, los Tuaregs enmascarados y otros pueblos afines) y el que se llama grupo etiópico de lenguas africanas de la parte oriental, en que se incluyen la lengua de los Galas y de los Somalis. La agrupación general de estas varias lenguas parece indicar que tuvieron origen en un área muy vasta, hacia el Oeste, así como el Semítico primitivo hacia el Este, con el Mar Rojo por medio. Esta división fué probablemente mucho más profunda en los tiempos Pleistocenos; el



mar se extendía hacia el Este del Istmo de Suez y gran parte del Egipto bajo estaba sumergido en el agua. Mucho antes del alborear de la historia, sin embargo, Asia y Africa habían llegado a Suez, y los dos sistemas lingüísticos se hallaban en contacto en aquella región, y si Asia y Africa estaban entonces separadas en Suez, podían tener unión por vía de Arabia y Abisinia.

Las lenguas Camíticas irradiarían probablemente de un centro situado en la costa africana del Mediterráneo, y se extenderían con mucha amplitud por las tierras con él relacionadas entonces, a la Europa occidental.

Estos tres grupos de lenguas, el Ario, el Semítico y el Camítico, ha de advertirse que tienen un rasgo común no compartido con ninguna otra lengua, y es el género gramatical; pero si en esto ha de verse un firme signo evidente de remoto origen común para las lenguas Arias, Semíticas y Camíticas, es cuestión para filólogos más que para estudiosos en general. No afecta a la evidencia clara de una larguísima y antiquísima separación prehistórica entre los hombres que hablaron los diversos grupos de lenguas.

La masa de los pueblos de hablas Semíticas y Camíticas están considerados por los etnólogos, como los Arios, en el grupo de las razas caucásicas. Son "blancos". Las "razas" semítica y nórdica tienen una fisonomía mucho más distintiva; parecen, como sus len-

guas características, estar más señalados y especializados que los pueblos de habla Camítica.

§ 5. *Las lenguas uralo-altaicas*

Cruzando el Nordeste de las extensiones pertenecientes a arios y semitas, hubo de extenderse en un tiempo otro sistema de lenguaje representado hoy por un grupo de ellos que se denomina TURANIOS o URALO-ALTAICOS. Entre los que se cuentan el lapón, el samoyedo de Siberia, el finlandés, el magyar, el turco tártaro, el manchú y el mogol; no ha sido completamente estudiado como grupo por los filólogos europeos y no hay evidencia bastante para determinar si han de incluirse en él las lenguas coreana y japonesa. H. B. Hulbert ha publicado una gramática comparada del coreano y ciertas lenguas dravídicas de la India para demostrar la estrecha afinidad que entre ellas nota.

§ 6. *Las lenguas chinas*

El Sureste del Asia es la quinta región de formación de lenguaje, y en ella prevalece un grupo de lenguas consistentes en monosílabos sin inflexión ninguna, en las cuales el tono con que se profiere una palabra determina su significado. Puede llamársele grupo chino o MONOSILÁBICO, y comprende el chino, el birmano, el siamés y el tibetano. La diferencia entre cualquiera de estas lenguas chinas y las más occidentales, es profunda. La forma pekinesa del chino tiene tan sólo unos 420 monosílabos primarios y, por consecuencia, cada uno ha de servir para gran número de cosas, y las diferencias de significado se indican ya por el contexto, ya por el tono especial con que se pronuncia la palabra. Las relaciones de estas palabras entre sí se expresan por métodos enteramente distintos de los arios; la gramática china es algo de naturaleza distinta a toda gramática europea; una invención separada y diferente. Muchos escritores declaran que el chino no tiene gramática, y ello es cierto si se entiende por gramática la ordenación europea de inflexiones y concordancias. Por consecuencia, es imposible toda traducción literal del chino. El mismo método de pensamiento es cosa diversa (2). Su filosofía sigue siendo en gran parte, a causa de esto, libro sellado para el europeo, y viceversa; la naturaleza de ambas expresiones es distinta.

(2) Por ejemplo: los cuatro caracteres que indican "negocios, pregunta, mandato, viejo", en este orden, significan: "¿A qué seguir caminos antiguos?". El chino da el sentido llano a sus palabras; el inglés las convierte en atrevida metáfora. Si habla de conservadorismo, de cocina o de encuadernaciones, dirá: "¿A qué seguir caminos antiguos?". Mr. Arthur Waley, en el interesante ensayo sobre el pensamiento y la poesía chinos que precede a su libro *170 Chinese Poems* (Constable, 1918), dilucida cómo en este terreno el pensamiento chino se mantiene práctico y restringido por los límites que impone a la metáfora la estructura contracta del idioma.

§ 7. *Otros grupos de lenguas*

Distinguen, además, los filólogos otras grandes familias lingüísticas, como sigue. Todos los idiomas Indio-Americanos, que varían profundamente entre sí, son separables de todos los grupos del Mundo Antiguo. Los amontonamos aquí, más que como una familia, como una miscelánea. Hay un gran grupo de lenguas en Africa, desde un poco al Norte del ecuador hasta su extremo Sur, el BANTU, y, además, un complejo de lenguas diversas, en todo el centro del continente, que no ha de preocuparnos aquí. Existen también dos grupos probablemente separados, el DRAVÍDICO, al Sur de la India, y el MALAYO-POLINESIO, extendido por Oceanía, en el que se incluyen hoy lenguas indias.

Parece razonable deducir de estas diferencias fundamentales que, por los tiempos en que los hombres empezaban a constituir comunidades algo más extensas que la tribu familiar, cuando comenzaban a contarse mutuamente largas historias, a discutir y a cambiar ideas, los seres humanos estaban distribuidos por el mundo en regiones que tenían unas con otras escasa comunicación. Océanos, mares, selvas espesas, desiertos y montañas las mantenían separadas. Había tal vez en aquel tiempo remoto, hará unos quince mil años o más, tribus y familias de hablas aria, semítica, camítica, turania, americana y china, errantes por sus diversas regiones de caza y pastos, en la misma etapa de cultura todas ellas, sobre poco más o menos, y cada cual desarrollando a su modo su instrumento lingüístico. Probablemente, cada una de estas tribus originarias no sería más numerosa que hoy los indios en el territorio de la Bahía de Hudson. La agricultura sistemática no hacía entonces más que empezar, y hasta que hizo posible una población más densa, los hombres serían casi tan escasos como lo han sido siempre los grandes monos. Si la agricultura iba llegando a tomar verdadera importancia en la vida humana de aquel tiempo, y si la población era en alguna parte más densa, probablemente ocurriría así en la región Mediterránea y quizá en las extensiones que hoy están sumergidas.

Además de estas tribus neolíticas han debido de existir otros pueblos selváticos más primitivos aún en Africa y en la India. El Africa Central, desde el Alto Nilo, era entonces una vasta selva,

impenetrable para la ordinaria vida humana, y de la cual los últimos restos mermados son hoy las selvas del Congo.

Es posible que la expansión de los hombres de una raza más elevada que los primitivos Australoides en las Indias Orientales (8) y el desarrollo de las lenguas del tipo malayo-polinesio ocurriera en tiempo más avanzado que el originario de estos otros grupos de lenguajes.

Las divisiones del lenguaje hechas por los filólogos concuerdan, como es manifiesto, si se las considera ampliamente, con las principales clases de razas de los etnólogos, e implican la misma idea de larguísima separación entre las grandes divisiones de la humanidad. En la Edad Glacial, el hielo o, por lo menos, un clima demasiado severo para la libre expansión de los hombres, se extendía desde el Polo Norte hasta la Europa Central y cubría Rusia y Siberia, llegando hasta las grandes mesetas del Asia Central. Pasada la última Edad Glacial, la frialdad cruel del Norte fué mitigándose poco a poco y se mantuvo por mucho tiempo sin más población que los cazadores errantes que se encaminaban hacia el Este y a cruzar el estrecho de Bering. El Norte y el Centro de Europa y Asia no alcanzaron temple adecuado para la agricultura hasta tiempos muy recientes, es decir, dentro del límite de doce mil o quizá de diez mil años, y entre la edad del cazador y el despliegue de la agricultura se interpuso un período de densos bosques.

Este período forestal fué también muy húmedo. Se le ha llamado Edad Pluvial o Lacustre, edad de las lluvias o de los lagos. Ha de recordarse que los contornos de la tierra han cambiado grandemente en los últimos cien siglos. Por toda la Rusia europea, del Báltico al Caspio, conforme se retiraba el hielo iban quedando grandes extensiones de agua y lagunas infranqueables; el mar Caspio, el de Aral y en parte el desierto de Turkestán, son los vestigios de una gran extensión marina que llegaba hasta el valle del Volga y de la cual salía un brazo que iba hasta el Mar Negro. Cordilleras mucho más altas que las que vemos hoy y un brazo de mar, hoy región del Indo, completaban la separación entre las primitivas razas Nórdicas y las Mongólicas y Dravídicas, y hacían posible la fuerte diferenciación racial de aquellos grupos.

El desierto de Sahara, con sus arenales formados por el viento —pues no es un mar desecado, sino un desierto que formó el aire, y fué un día fértil y rico de vitalidad—, haciéndose cada vez más seco y arenoso, separó a los caucásicos de las primitivas poblaciones negras dispersas por la región forestal centroafricana.

(8) Los polinesios constituyen, al parecer, una expansión más tardía de los pueblos de tez morena.

El Golfo Pérsico se extendía mucho hacia el Norte de su cabecera actual y, combinado con el desierto de Siria, separaba a los pueblos semitas de las regiones orientales, mientras que, por otra parte, el Sur de Arabia, harto más fértil que hoy, llegaría quizá, a través de lo que ahora es Golfo de Aden, hasta Abisinia y Somalilandia. El Mediterráneo y el Mar Muerto serían acaso fértiles valles en que habría una serie de lagos de agua dulce durante la Edad Pluvial. Los Himalayas y el más alto y vasto macizo del Asia Central y la extensión al Norte de la Bahía de Bengala, hasta el actual valle del Ganges, separaban a los Dravidas de los Mogoles, y la canoa era el principal eslabón entre dravidas y mongoles meridionales, al paso que el sistema de mares y lagos de Gobi, que hoy es desierto del mismo nombre, y el gran sistema de cordilleras que se continúan a través de Asia, desde el Centro al Nordeste, partían las razas mongólicas en los grupos de lenguas chinas y uralo-altaicas.

El estrecho de Bering, en cuanto se formó, antes o después del período pluvial, dejó aislados a los Amerindios.

No queremos decir aquí, adviértase bien, que estas antiguas separaciones fueran separaciones absolutas, sino que, por lo menos, fueron lo bastante eficaces para impedir toda gran mezcla de sangre y toda gran mezcla de hablas en aquellos días de iniciación social para el hombre. Hubo, sin embargo, cierto trato y cambio entre ellos, cierta corriente de conocimientos que entendió las formas bastas y el uso de ciertos utensilios, así como las simientes de una agricultura primitiva, por todo el mundo.

§ 8. *Un posible grupo primitivo de lenguas*

Las lenguas fundamentales de los nueve grupos más importantes que hemos mencionado no fueron de ningún modo, todos los comienzos de expresión hablada en la Edad Neolítica. Quedan las lenguas posteriores, supervivientes que han desposeído a sus más primitivas predecesoras. Habrán existido otros, quizá muchos, centros ineficaces de lenguaje, que serían después dominados por los cultivadores de lenguas aún existentes, y de lenguas elementales abortadas. Hállanse en el mundo pequeñas concreciones de lenguaje que no parecen guardar conexión con las lenguas más próximas. A veces, sin embargo, una investigación cabal parece hallar la filiación de esas inconexas concreciones, parece abrir nuestros ojos a las tentadoras vislumbres de una forma más sencilla, más amplia, más fundamental y universal de lenguaje humano. Un grupo de lenguas muy discutido es el grupo de dialectos vascos. Los vascos viven hoy en las vertientes Norte y Sur de los Pirineos; son unos 600.000 en toda Europa, y hasta hoy se han señalado

como un pueblo muy vigoroso, de espíritu independiente. Su lengua, tal como hoy existe, está plenamente desarrollada; pero se ha desarrollado según normas absolutamente distintas de las que rigen las lenguas arias habladas por los pueblos que les rodean. Se han publicado en la Argentina y en los Estados Unidos periódicos vascos para las necesidades de unos grupos de prósperos emigrantes. Los más antiguos colonos "franceses" del Canadá fueron vascos, y entre los francocanadienses de hoy los apellidos vascos abundan. Los restos de la antigüedad indican una mayor extensión del habla y la población vasca en España. Durante mucho tiempo la lengua vasca ha causado perplejidad en los eruditos, y su carácter estructural hizo creer que podría hallársele relación con alguna lengua india de América. A. H. Keane, en *Man, Past and Present*, acumula razones que lo refieren, aunque remotamente, a la lengua berberisca del Norte de Africa, y por ella al cuerpo general de lenguas Camíticas; pero hay filólogos que discuten este punto. Hallan mayor semejanza entre el vasco y algunos vestigios similares de lengua, varados en los montes del Cáucaso, y tienden a considerarlo como el último miembro superviviente, muy cambiado y especializado, de un grupo de lenguas precamíticas muy extenso algún día, y extinguido ya fuera de los linderos del vasco, que hablarían principalmente hombres de esa raza mediterránea de tez morena que ocuparon en tiempos la mayor parte de Europa Occidental y Meridional y de Asia Occidental, y que han debido de tener muy estrecha relación con los dravidas de la India y los pueblos de cultura heliolítica que se extendieron desde allí por las Indias Orientales hasta Polinesia y aun más allá.

Es muy posible que ocho o diez mil años ha, se extendieran por el Oeste y el Sur de Europa grupos de lenguas por completo desaparecidas ante las lenguas arias. Señalaremos, de pasada, como más tardía, la posibilidad de tres grupos perdidos de lenguas representados por: 1) el cretense antiguo, el lidio y otros análogos (aunque éstos hayan pertenecido, según Sir H. H. Johson, al "grupo vasco-caucásico-dravídico [!]"); 2) el sumerio, y 3) el elamita. Se ha sugerido —mera suposición— que el antiguo sumerio bien pudo ser una lengua de enlace entre los grupos vasco-caucásico primitivos y mongólicos primitivos. Si es eso, en este grupo "vasco-caucásico-dravídico-sumerio-proto mongólico" tenemos un sistema lingüístico más antiguo y ancestral que el fundamental camítico. Tenemos algo que se parece más al "eslabón perdido" en materia de lenguas, a un lenguaje ancestral, que todo cuanto pudiéramos imaginar en el tiempo presente. Estaría relacionado con las lenguas arias, semíticas y camíticas, en gran parte, como los primitivos lagartos de las postrimerías paleozoicas lo estuvieron con los mamíferos, aves y dinosauros, respectivamente.

§ 9. *Algunas lenguas aisladas*

Dícese que la lengua hotentote tiene afinidades con las lenguas camíticas, de las que está separada por toda la extensión de las lenguas bantu del Africa Central. En el Africa ecuatorial del Este se habla todavía una lengua semejante a la hotentote con afinidades bosquimanas; esto refuerza la idea de que todo el Este de Africa tuvo tiempo atrás habla camítica. Las lenguas y pueblos bantu se extendieron, en época relativamente reciente, de algún centro originario del Africa Centro-occidental y separaron a los hotentotes de los demás pueblos camíticos. Pero hay también igual probabilidad de que el hotentote constituya un grupo lingüístico diferente.

Entre otras remotas y aisladas concreciones de lengua, están el papua de Nueva Guinea y el australiano indígena. Poco conocido es hoy el extinto lenguaje tasmanio. Lo que de él sabemos viene en apoyo de las suposiciones hechas acerca de la relativa carencia de lenguaje en el hombre paleolítico.

Citaremos en este punto un pasaje del libro de Hutchinson, *Living Races of Mankind* (Razas vivas de la Humanidad):

"El idioma de los indígenas está irreparablemente perdido, y sólo se han conservado de él unas indicaciones imperfectas de su estructura y una escasa proporción de palabras. A falta de sibilantes y de algunos otros rasgos, sus dialectos se parecían a los australianos, pero con una estructura más tosca, menos desarrollada y tan imperfecta que, según Josehp Milligan, la mayor autoridad en esta materia, no guardaban orden establecido en la disposición de las palabras para la construcción de oraciones, sino que encomendaban a un tono, manera y gesto suplementarios las modificaciones de significado que nosotros expresamos por el modo, el tiempo, el número, etc. Escaseaban los términos abstractos; cada variedad del árbol de la goma o del zarzo tenía su nombre, pero no había palabra genérica que significase "árbol", ni que expresara las cualidades de duro, blando, caliente, frío, largo, corto, redondo, etc. Lo duro era "como una piedra"; lo redondo, "como la luna", y así sucesivamente, acomodándose habitualmente la acción a la palabra y confirmando por medio de alguna seña el significado que debía entenderse"

XV

LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES

§ 1. *Las primeras ciudades y los primeros nómades*

La llamada cultura heliolítica, de que se habló en el capítulo XIII, dió origen a todo lo que podemos denominar civilización.

Dúdase aún si hemos de considerar a Mesopotamia o a Egipto como escenario primitivo de los dos comienzos paralelos de comunidad permanente y establecida en ciudades. Por los años de 4000 antes de J. C., en ambas regiones de la tierra existían ya dichas comunidades y llevaban mucho tiempo de vida. Las excavaciones de la expedición americana en Nippur han descubierto signos evidentes de una comunidad ciudadana que allí existía, no después de 5000 antes de J. C., y probablemente ya en 6000, fecha más antigua que cuantas tenemos de Egipto. Mr. Aaron Aaronson, hoy difunto, encontró verdadero trigo silvestre en las vertientes del monte Hermón, y por aquellos lugares del mundo debió de empezar su cultivo. Quizá el cultivo del trigo se extendió por todo el hemisferio oriental desde el extremo occidental del Mediterráneo, acaso desde un centro de región hoy sumergida. Pero el cultivo no es la civilización. El trigo se extendió desde el Atlántico hasta la costa del Pacífico, llevado por la cultura neolítica, quizá 15.000 ó 10.000 años antes de J. C., antes de los comienzos de la civilización. Civilización es algo más que el crecimiento ocasional del trigo en la estación propicia. Es el establecimiento de los hombres en una extensión continuamente cultivada y poseída, que viven de edificios continuamente habitados, con una regla común y un centro o ciudadela común. Durante mucho tiempo la civilización pudo muy bien desarrollarse en Mesopotamia, sin relación ninguna con sus paralelos comienzos egipcios. Ambos principios pudieron ser independientes en absoluto, surgir por separado de la amplia difusión de la cultura neolítico-heliolítica, o quizá tener origen común en la región del Mediterráneo, el mar Rojo y la Arabia meridional.

La primera condición necesaria para un asiento primitivo de hombres neolíticos, distinta del mero establecimiento temporal en lugares abundantes en recursos, era, desde luego, una provisión

para todo el año de agua, forraje para los animales, alimento para sí y materiales de construcción para sus casas. Era necesario que tuvieran todo lo que se requiere en cada estación, sin falta ninguna que les moviese a alejarse más. Así estaban las cosas, sin duda, en muchos valles europeos y asiáticos; y en no pocos, como en el caso de las moradas lacustres suizas, los hombres fijaron su residencia en tiempos verdaderamente muy primitivos. Pero en ninguno de los países que hoy conocemos se hallaban estas condiciones en gran escala, y en ninguna parte se mantenían tan seguras de un año para otro como en Egipto y en la comarca que va de las aguas altas del Eufrates y el Tigris al Golfo Pérsico (1). Había allí provisión de agua constante y sol permanente; cosechas anuales seguras; en Mesopotamia, el trigo, según Herodoto, rendía al cultivador el 200 por 1; Plinio dice que había dos siegas, y después daba buen forraje para el ganado; abundaban las palmeras y muchas clases de fruta; y en cuanto al material de construcción, Egipto daba tierras arcillosas y piedra fácil al trabajo, y Mesopotamia una arcilla que al calor del sol se convertía en ladrillo. En semejantes comarcas los hombres dejarían de viajar y se establecerían casi sin darse cuenta; se multiplicarían, se hallarían en grupo numeroso, y su número mismo les daría seguridad contra posibles enemigos. Al multiplicarse, produjo la población humana más densa que había conocido jamás la tierra; las casas hiciéronse más sólidas; exterminàronse las fieras en una extensión más vasta, y la seguridad de la vida aumentó en grado tal, que los hombres ordinarios se atrevieron a salir por el poblado y la campiña sin ir cargados de armas y, por lo menos entre sí, adquirieron costumbres pacíficas. El hombre echó raíces como nunca hasta entonces las había echado.

Pero en tierras menos fértiles y más sometidas a las estaciones, apartadas de aquellas tan favorecidas, en los bosques de Europa, los desiertos de Arabia y los pastos de estación del Asia central, fué desarrollándose una población menos numerosa y más activa, la de los primitivos pueblos nómadas. En contraste con los de residencia fija, con los agricultores, los nómadas vivían libre y peligrosamente. Eran, en comparación, seres torpes y hambrientos; juntaban aún el pastoreo con la caza, y por los pastos luchaban sin cesar con las familias hostiles. Los descubrimientos de los

(1) Usaremos aquí, en general, el término "Mesopotamia" para designar el país del Eufrates y el Tigris. Estrictamente, como su nombre lo indica, Mesopotamia (entre ríos) significa sólo el país que está *entre* ambos. Las tierras que dejaban en medio serían probablemente muy pantanosas y nada saludable en los primeros tiempos primitivos (Sayce), hasta que el hombre las desecó y se levantaron las primeras ciudades al Oeste del Eufrates y al Este del Tigris. Probablemente ambos ríos llegarían entonces por separado al Golfo Pérsico.



pueblos bien asentados acerca de la elaboración de instrumentos y el empleo de los metales, llegaron hasta ellos sirviéndoles para mejorar sus armas. Siguiendo a los otros, pasaron de la fase neolítica a la del bronce. Es posible que, en cuanto al hierro, lo usaran primeramente los nómadas. Con mejores armas hiciéronse más guerreros, y adelantando en medios de transporte más capaces de movimientos rápidos. No hay que pensar en una fase nómada como precursora de una fase sedentaria. El hombre, al principio, moviase despacio tras el sustento. Luego unos hombres se hicieron sedentarios, y otros volviéndose más distintamente nómadas. Los sedentarios empezaron a confiar cada vez más en los cereales para su alimento; los nómadas a nutrirse en mayor proporción con leche,

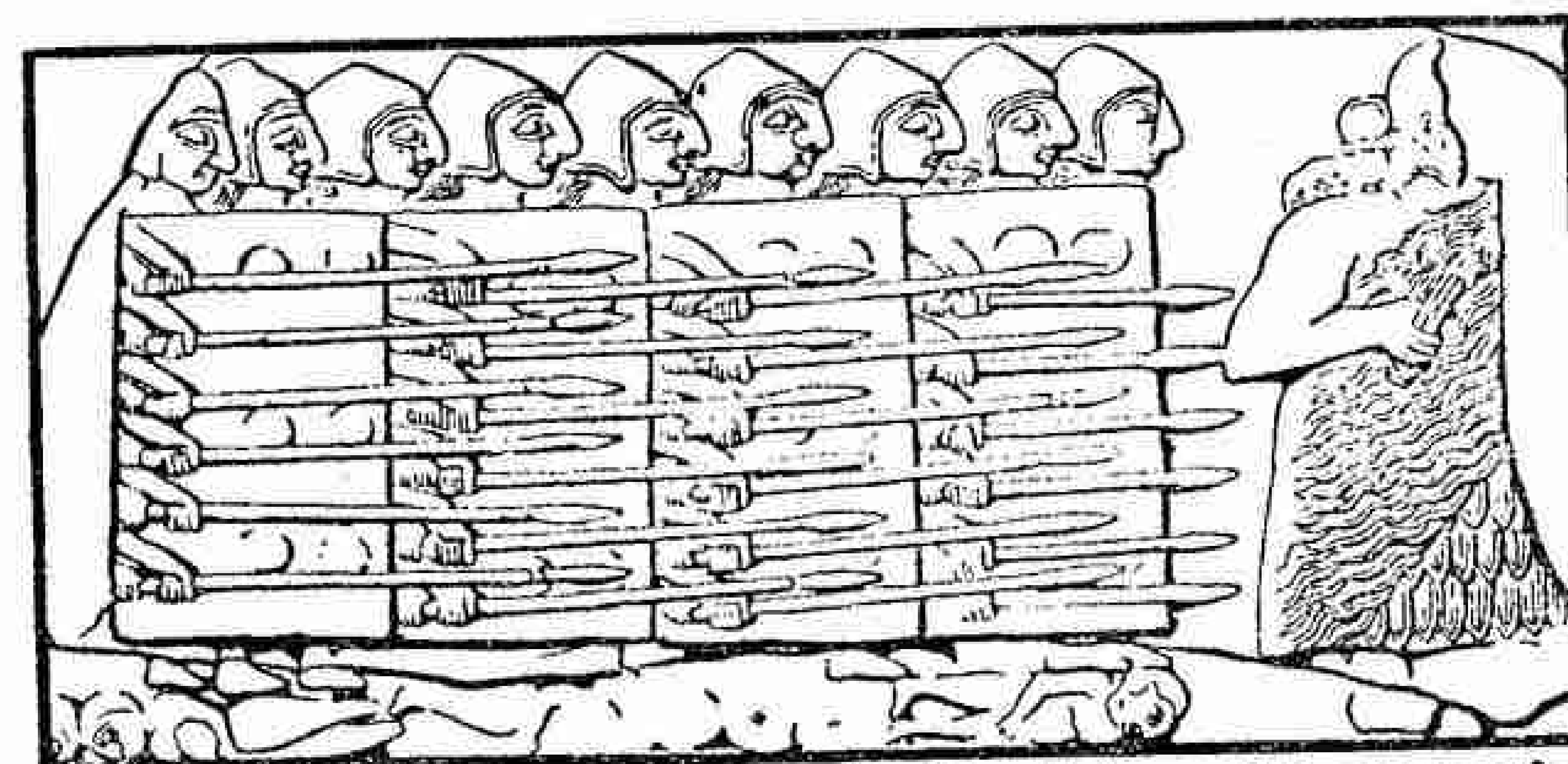
criando vacas que se la dieran. Los dos caminos de la vida se especializaron en opuestas direcciones. Era inevitable que nómadas y sedentarios chocaran; que los nómadas pareciesen bárbaros indomables a los sedentarios, y los sedentarios, blandos y afeminados, buen botín a los nómadas. En los costados de las civilizaciones que iban desarrollándose habría constantes incursiones, y disputas entre las duras tribus nómadas y las tribus montañesas y las poblaciones más abundantes y menos belicosas de ciudades y aldeas.

Las más eran solamente disputas fronterizas. Los sedentarios tenían a su favor el número; los pastores podían hacer incursiones y saquear, pero no detenerse. Aquella especie de roce mutuo hubo de mantenerse a través de muchas generaciones. Pero siempre, y a cada paso, encontramos algún jefe o tribu, en medio del desorden que los libres e independientes nómadas, con fuerza bastante para imponer una especie de unidad a las tribus afines, y entonces caía la aflicción sobre las civilizaciones más próximas. Los nómadas, unidos, cerraban sobre las llanuras apacibles, inermes, y empezaba una guerra de conquista. En vez de llevarse el botín, los vencedores asentábanse en el país conquistado, que era todo botín para ellos; los hombres del campo y de la ciudad eran reducidos a servidumbre y sometidos a tributo; se hacían leñadores y aguadores, y los jefes nómadas venían a ser reyes y príncipes, amos y aristócratas. Hacíanse también éstos sedentarios; aprendían de los vencidos las artes y los refinamientos; dejaban de ser torpes, de tener hambre; pero durante muchas generaciones conservaban algo de sus antiguas costumbres nómadas: cazaban, gustaban de esparcimientos al aire libre, celebraban carreras de carros y miraban el trabajo, en especial el de la agricultura, como deber de una raza y clase inferior.

Esta ha sido, variada de mil maneras, la historia de los últimos setenta o más siglos. La primera que podemos descifrar claramente nos muestra ya una distinción, en todas las regiones civilizadas, entre una clase directora que no trabaja y la masa trabajadora de la población. Y nos dice también que, después de algunas generaciones, el aristócrata, vuelto sedentario, empieza a sentir respeto por las artes, los adelantos y la estabilidad legal de los sedentarios, y a perder, en parte, su atrevimiento nativo. Vienen los matrimonios mixtos; entra una especie de tolerancia entre vencidos y vencedores; cambian éstos de ideas religiosas, y aprenden las lecciones que les repiten, insistentes, la tierra y el clima; pasan a formar parte de la civilización conquistada. Y cuando esto se ha logrado, los acontecimientos determinan una nueva invasión de aventureros libres pertenecientes al mundo que no había tenido contacto con ellos.

§ 2 A. *Los Sumerios*

Estas alternativas de establecimiento, conquista, refinamiento, nueva conquista, refinamiento, se echan de ver particularmente en la región del Eufrates y el Tigris, abierta en todas direcciones hacia países más vastos, que no eran lo bastante áridos para considerarse desiertos, ni lo bastante fértiles para sustentar poblaciones civilizadas. Quizá el primero que constituyó verdaderas ciudades en aquella parte del mundo, o en todo el mundo, fué un pueblo de origen misterioso, el de los sumerios. Formábanlo probablemente,



Guerreros sumerios en falange. Antiquísimo relieve en piedra

hombres bronceados, de afinidades mediterráneas o dravídicas. Empleaban una especie de escritura hecha de incisiones en arcilla, por las que se ha descifrado su lengua (2). Parecíase ésta más a las lenguas caucásicas no clasificadas, que a cualquiera otra de las hoy existentes. Esas lenguas pueden relacionarse con el vasco, y acaso representan lo que fué un extenso grupo de lenguas primitivas que llegaba de España y la Europa occidental a la India oriental, tocando por el Sur las regiones centroafricanas. Aquellos hombres se afeitaban la cabeza y usaban sencillas vestiduras de lana a modo de túnicas. Asentáronse primero en la parte más baja del gran río, no muy lejos del Golfo Pérsico, que llegaba entonces a

(2) Unas excavaciones hechas en Eridu por el capitán R. Campbell Thompson durante la guerra última, han revelado una etapa agrícola del tiempo neolítico, anterior a la invención de la escritura y al empleo del bronce, bajo los cimientos sumerios más antiguos. Segaban con hoces de barro. El capitán Thompson cree que ese pueblo pre-sumerio no era de raza sumeria, sino proto-elamita. Restos neolíticos enteramente semejantes se han encontrado en Susa, que fué capital de Elam.

ciento treinta millas ([3]), o más, de su actual cabecera, fertilizaron sus campiñas abriendo zanjas para el riego, y poco a poco se hicieron hábiles ingenieros hidráulicos; tenían vacas, asnos, ovejas y cabras, pero no caballos; sus agrupaciones de chozas en ciudades, y su religión erigió templos a manera de torres.

La arcilla desecada al sol fué el elemento principal en la vida de aquel pueblo. No había piedra, o era muy escasa, en las bajas regiones del Eufrates y el Tigris. Construyeron con ladrillo; fabricaron cerámica y figuras de barro cocido; dibujaron y escribieron después en una especie de losa de arcilla. Parece que no conocieron el papel ni usaron el pergamino. Sus libros y memorias, sus mismas cartas, eran de barro.

En Nippur construyeron una alta torre de ladrillo a su dios principal, El-lil (Enlil), de la cual se conserva, al parecer, el recuerdo en el relato de la Torre de Babel. Parece que estuvieron divididos en estados ciudadanos que guerreaban entre sí, y conservaron por espacio de muchos siglos su capacidad militar. Sus soldados llevaban largas picas y escudos, y peleaban en columna cerrada. Los sumerios vencían a los sumerios. Sumeria permaneció intacta para toda raza extranjera durante un larguísimo período de tiempo. Fué desarrollando su civilización, su escritura y su navegación en un período quizá equivalente a dos veces el de la Era cristiana.

El primero de todos los imperios conocidos fué el que fundó el gran sacerdote del dios de la ciudad sumeria de Erech. Llegaba, según cierta inscripción de Nippur, desde el mar Inferior (Golfo Pérsico) hasta el mar Superior (¿Mediterráneo o Rojo?). Entre los barrizales del valle del Eufrates y el Tigris está enterrada la crónica de aquel vasto período histórico, de aquella primera mitad de la Edad del Cultivo. Allí florecieron los primeros templos y los primeros sacerdotes-legisladores que conocemos en la humanidad.

§ 2 B. *El imperio de Sargón I.*

Por el lado occidental de esta comarca aparecieron unas tribus nómadas de hombres de habla semítica que comerciaron, hicieron incursiones y se pelearon durante varias generaciones con los sumerios. Entonces surgió, por fin, entre aquellos semitas un gran caudillo, Sargón (2750 antes de J. C.), que los unió, y no sólo venció a los sumerios, sino que extendió su poderío desde más allá del Golfo Pérsico por el Este, hasta el Mediterráneo por el Oeste.

([3]) Sayce, en *Babylonian and Assyrian Life*, estima que en 6500 antes de J. C., Eridu estaba a orillas del mar.

Llamábanse acadios los suyos, y a su imperio se le llama Sumero-Acádico. Duró más de doscientos años.

Pero aunque los semitas conquistaran las ciudades sumerias y les dieran rey, la civilización sumeria fué la que prevaleció sobre la cultura semítica, más simple. Los recién llegados aprendieron la escritura sumeria (escritura "cuneiforme") y el habla sumeria; no llegaron a tener escritura semítica propia. El lenguaje sumerio fué para aquellos bárbaros el de la ciencia y el poder, lo mismo que el latín fué lengua de la ciencia y del poder para los pueblos bárbaros de la Edad Media europea. La ilustración sumeria tuvo gran vitalidad. Estaba destinada a sobrevivir a una larga serie de conquistas y cambios que entonces empezaban en el valle de los dos ríos.

§ 2 C. *El imperio de Hammurabi*

Cuando el pueblo sumero-acádico perdió su vigor político y militar, nuevas oleadas de gentes belicosas empezaron a llegar por el Este, los elamitas ([4]), mientras que del Oeste venían los amoritas, de raza semítica, estrechando entre ambas al imperio sumero-acádico. Los amoritas se establecieron en la que fué al comienzo pequeña ciudad del río alto, llamada Babilonia; y después de cien años de guerra hiciéronse dueños de toda la Mesopotamia, mandados por un gran rey, Hammurabi (2100 antes de J. C.), que fundó el primer imperio babilónico.

Otra vez hubo paz y seguridad; declinaron las fuerzas agresivas, y pasados otros cien años, nuevos nómadas de Oriente invadieron a Babilonia, trayendo consigo el caballo y el carro de guerra, y asentaron en Babilonia a su propio rey...

§ 2 D. *Los Asirios y su imperio*

Aguas arriba del Tigris, en las tierras arcillosas, y con fácil provisión de piedra susceptible de ser trabajada, un pueblo semita, los asirios, estableciose en cierto número de ciudades, entre las cuales tuvieron principal importancia Assur y Ninive, cuando aún los sumerios no habían sido dominados por los semitas. Su fisonomía peculiar, larga nariz y labios gruesos, parecíase mucho a la del judío polaco de hoy. Llevaban la barba larga y el pelo largo ensortijado, altos gorros y largos vestidos. Emprendían continuamen-

([4]) De lengua y raza desconocidas, "ni sumerios ni semitas", según Sayce. Su ciudad central fué Susa. Su arqueología es aún, en gran parte, mina por explotar. Algunos creen, dice sir H. H. Johnston, que fueron de tipo negroide. En la moderna población elamita hay una fuerte vena negroide.

te correrías en contra de los hititas por la parte del Oeste; fueron vencidos por Sargón I, pero se libertaron después; un tal Tushratta, rey de Mitanni, en el Noroeste, tomó y retuvo por algún tiempo su capital, Ninive; conspiraron con Egipto contra Babilonia y estuvieron a sueldo de Egipto; elevaron el arte militar a un nivel muy alto, y fueron poderosos invasores y exactores de tributos; adoptaron, por fin, el caballo y el carro de guerra; ajustaron cuentas por algún tiempo con los hititas, y después, al mando de Tiglath Pileser I, ganaron para sí a Babilonia (hacia 1100 antes de J. C.). Pero su dominio de las tierras más bajas, más antiguas y más civilizadas no estaba seguro, y Ninive, la ciudad de piedra para distinguirla de Babilonia, la ciudad de ladrillo, siguió siendo su capital. Durante muchos siglos el poder osciló entre Ninive y Babilonia, y era unas veces asirio, y otras babilonio, el que reclamaba el dictado de "rey del mundo".



Guerrero asirio

(Bajo relieve del palacio de Sargón II)

Cuatro siglos estuvo contenida la expansión de Asiria hacia Egipto por el reciente establecimiento y empuje en el Norte de otro grupo de pueblos semíticos, los araneos, cuya ciudad principal fué Damasco y cuyos descendientes son los Sirios de hoy. (No existe, conviene advertirlo, conexión ninguna entre las palabras Asiria y Siria. La semejanza es accidental). En contra de estos sirios, lucharon los reyes asirios por el dominio y la expansión hacia el Sureste. En 745 antes de J. C. surgió otro Tiglath Pileser, Tiglats Pileser III, el Tiglath Pileser de la Biblia ([5]). Éste, no sólo dispuso el traslado de los israelitas a Media (las "Diez tribus perdidas", cuyo destino final ha instigado a tantos entendimientos curiosos), sino que conquistó y rigió a Babilonia, fundando así lo que llaman los historiadores Nuevo Imperio Asirio. Su hijo, Shalmanaser IV ([6]), murió sitiando a Samaria, y le sucedió un usurpador, que, sin duda para halagar la susceptibilidad babilónica, tomó el antiguo nombre sumero-acádico de Sargón, Sargón II. Parece que fué el primero en dotar a las

([5]) II. Reyes, XV, 29 y XVI 7 y siguientes.
([6]) Reyes, XVII, 3.

fuerzas asirias de armas de hierro. Probablemente fué Sargón II el que llevó a efecto la deportación de las diez tribus.

Esos traslados de población llegaron a ser parte muy característica de los métodos políticos del nuevo imperio asirio. Naciones enteras, difíciles de mantener sumisas en su país nativo, fueron trasladadas en masa a regiones que les eran desconocidas, entre vecinos extraños, y en las cuales no tenían esperanza de sobrevivir sino atadas a la obediencia del poder supremo.

El hijo de Sargón, Senaquerib, llevó las huestes asirias hasta los confines de Egipto. Allí el ejército de Senaquerib se vió castigado por una epidemia, desastre que se relata en el capítulo XIX del libro segundo de los Reyes.

"Y aquella noche ocurrió que el ángel del Señor sobrevino e hirió en el campo de los asirios a ciento y ochenta y cinco mil; y cuando los vieron a la mañana siguiente, he aquí que eran todos muertos. Así Senaquerib, rey de Asiria, partió, fuése y volvióse a morar en Ninive". ([7]).

El nieto de Senaquerib, Assurbanipal (llamado por los griegos Sardanápalo), logró conquistar el Egipto bajo y tenerlo sometido por algún tiempo.

§ 2 E. *El imperio Caldeo*

El imperio asirio sólo duró 150 años después de Sargón II. Nuevos semitas nómadas procedentes del Sureste, los caldeos, asistidos por dos pueblos de lengua aria procedentes del Norte, los medas y los persas, aliados en contra de aquel imperio, tomaron a Ninive en 606 antes de J. C.

El imperio caldeo, con su capital en Babilonia (segundo imperio babilónico), duró con Nabucodonosor el Grande (Nabucodonosor II) y sus sucesores hasta 539 antes de J. C., en que cayó al ataque de Ciro, fundador del poderio persa...

Así continúa la historia. En 330 antes de J. C., como diremos luego con más detalle, un conquistador griego, Alejandro Magno, contempla el cuerpo del último señor de Persia, asesinado.

La historia de las civilizaciones del Tigris y el Eufrates, que sólo hemos dado aquí en escueto contorno, es una historia de conquista tras conquista, cada una de las cuales sustituye a los jefes y a las clases directoras antiguas por nuevas; extínguense razas como la sumeria y la elamita, desaparecen sus lenguas, mézclanse entre sí y se pierden; deshácense los asirios entre caldeos y sirios; arianízanse los hititas, perdiendo caracteres diferenciales; los se-

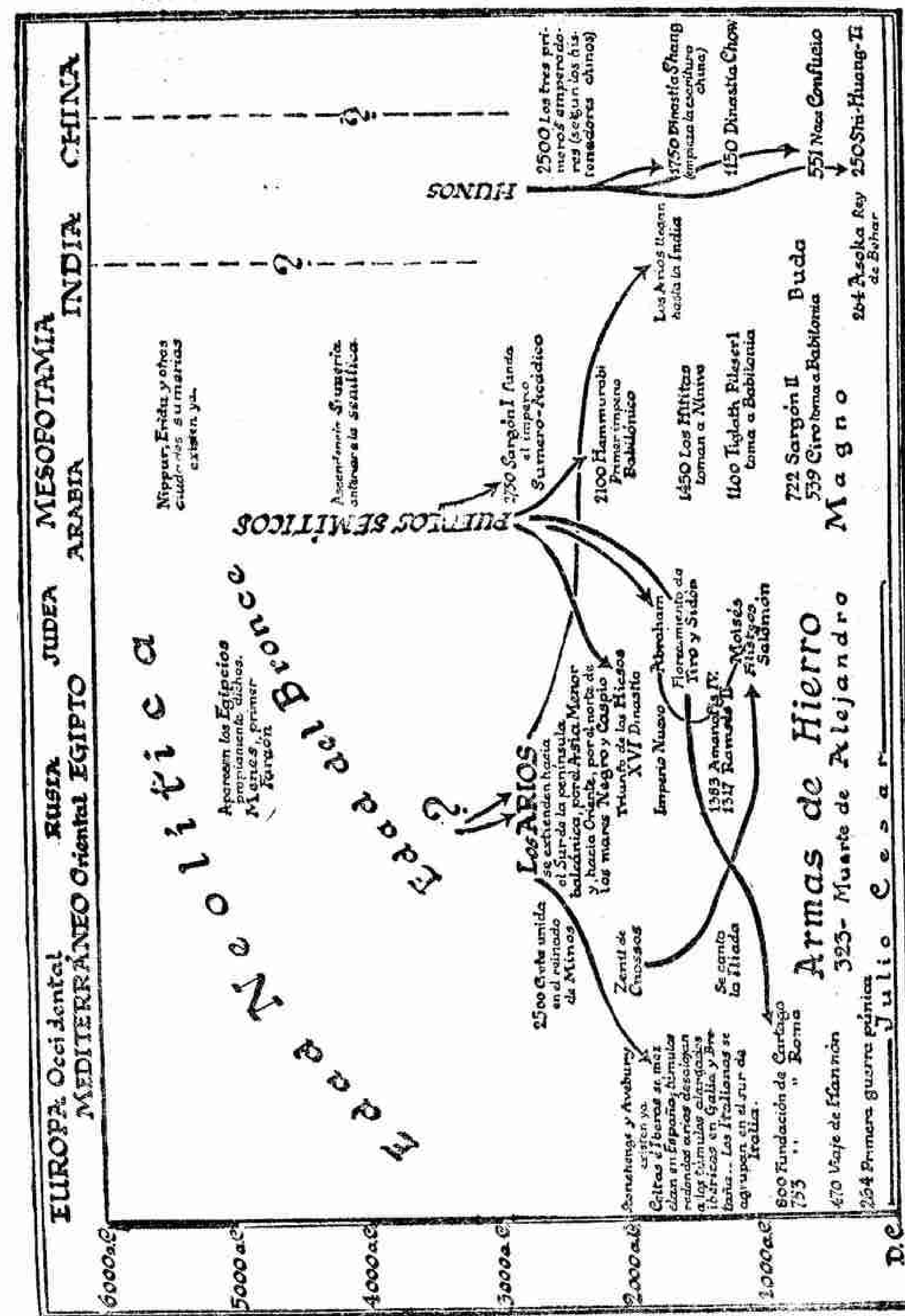
([7]) Donde fué asesinado por sus hijos.

mitas, que absorbieron a los sumerios, ceden el puesto a los dominadores arios; medas y persas aparecen en lugar de los elamitas; la lengua ario-persa domina en el imperio hasta que los ario-griegos le despojan de vida oficial. Entretanto, el arado hace, año tras año, su labor; recógense las cosechas; los constructores edifican según se les manda, y los comerciantes trabajan y adquieren nuevos recursos; extiéndese el conocimiento de la escritura; cosas nuevas, como el caballo, los vehículos de ruedas y el hierro, introdúcense y pasan a ser parte de la herencia permanente de la humanidad; crece el volumen del comercio por mares y desiertos; ensánchanse las ideas de los hombres y los conocimientos aumentan. Hay retrocesos, matanzas, pestes; pero, en general, la historia implica adelanto. Durante 4.000 años, la novedad que había echado raíces en las tierras situadas entre ambos ríos, la civilización, fué creciendo como un árbol; perdiendo aquí una rama, descortezado allí por la tormenta, pero creciendo sin cesar, continuando su crecimiento. Después de 4.000 años, los guerreros y los conquistadores iban y venían aún por aquella entidad creciente, sin entenderla; pero ya (en 330 antes de J. C.) tenían hierro y caballos, escritura y cómputo, moneda, gran variedad de materias alimenticias y textiles, y un conocimiento más vasto de su mundo.

El tiempo que pasó entre el imperio de Sargón I y la conquista de Babilonia por Alejandro Magno fué tan largo, adviértase bien, según los cálculos más modestos, como el transcurrido desde Alejandro hasta hoy; y antes del tiempo de Sargón los hombres se hallaban establecidos en la región sumeria, vivían en ciudades, celebraban culto en templos, seguían una metódica vida agrícola neolítica en una comunidad organizada por lo menos desde otros tantos años atrás. "Eridu, Lagash, Ur, Uruk, Larsa, tenían ya un pasado inmemorial cuando aparecen por primera vez en la historia" ([8]).

Una de las mayores dificultades, tanto para el que escribe la historia como para el que la estudia, es la de guardar el sentido de estos intervalos de tiempo y evitar que la perspectiva de su imaginación haga parecer más cortas las épocas. La mitad de la duración de las civilizaciones humanas y la clave de todas sus principales instituciones ha de buscarse *antes* de Sargón I. Además, el lector no puede comparar a menudo la escala cronológica de estas más colmadas páginas de la historia del hombre con la sucesión de incontables generaciones que atestiguan los diagramas de nuestras páginas 32 y 69.

([8]) Winckler (Craig): *History of Babylonia and Assyria.*



§ 3. *Los comienzos de la historia de Egipto*

Paralelamente con los comienzos de la civilización sumeria iba siguiendo Egipto un proceso análogo. Es todavía materia de discusión cuál de los dos comienzos tiene mayor antigüedad o hasta qué punto son de origen común o se derivan el uno del otro.

La historia del valle del Nilo, desde el alborear de los tiempos de que nos ha llegado noticia hasta los de Alejandro Magno, no es muy distinta de la de Babilonia; pero así como Babilonia estaba abierta por todos lados a las invasiones, Egipto estaba protegido, al Oeste, por el desierto, y al Este, por el desierto y el mar; en tanto que al Sur tenía solamente poblaciones negras. En consecuencia, su historia aparece menos cortada por las invasiones de razas extranjeras que las de Asiria y Babilonia; y hasta el siglo VIII antes de J. S., sobre poco más o menos, en que cayó bajo el poder de una dinastía etiópica, todo conquistador que figura en su historia procedía de Asia y entró por el istmo de Suez.

Los vestigios de la Edad de Piedra en Egipto son de fecha muy insegura; hay restos paleolíticos y neolíticos. No es seguro que el pueblo pastoral neolítico de que éstos proceden sea el antecesor directo de los egipcios que encontramos más tarde. En muchos respectos diferían enteramente de sus sucesores. Enterraban a los muertos, pero antes de enterrarlos despedazaban los cuerpos y, al parecer, comían alguna porción de su carne. Parece que lo hacían por cierto sentimiento de deferencia para con los difuntos; según la frase de Mr. Flinders Petrie, "los honraban comiéndoselos". En los túmulos alargados dispersos por el Oeste de Europa antes de la expansión de los pueblos arios, hállase rastro de análogas costumbres salvajes que invadieron el Africa negra, en donde, hasta el tiempo presente, no ha hecho sino empezar a extinguirse.

Por los años de 5000 antes de J. C., lo más tarde, cesa toda huella de los indicados pueblos primitivos y entran en escena los egipcios verdaderos. Los primeros eran habitadores de chozas, en un estado relativamente muy bajo de cultura neolítica, y los segundos eran ya un pueblo neolítico civilizado: empleaban el ladrillo y la construcción en madera, en vez de los cobertizos de sus predecesores, y sabían labrar la piedra. Pasaron muy presto a la Edad del Bronce. Poseían un sistema de escritura pictórica casi tan desarrollado como la contemporánea escritura sumeria, pero de carácter en todo diferente. Es posible que hubiera alguna irrupción procedente de la Arabia meridional por la vía de Aden, y que nuevas gentes llegaran al Egipto alto y fueran corriéndose poco a poco hacia el delta del Nilo. El Dr. Wallis Budge los llama "conquistadores que vinieron de Oriente". Pero sus dioses y su manera de proceder, así como su escritura pictórica, eran, a decir verdad, muy diferentes de los sumerios. Una de las figuras de divinidad más antiguas que se conocen es la de una diosa-hipopótamo, de carácter marcadamente africano.

La arcilla del Nilo no es tan fina y plástica como la sumeria, y los egipcios no la emplearon para escribir en ella. Mas recurrieron pronto a unas tiras de papiro unidas estre sí, del nombre de las cuales viene nuestra palabra "papel".

El contorno general de la historia egipcia es más sencillo que el de de la mesopotámica. Ha sido costumbre, desde antiguo, dividir a los reyes egipcios en una serie de dinastías, y al hablar de períodos en la historia de Egipto, suele decirse la primera, la cuarta, la décimocuarta dinastía, y así sucesivamente. Los egipcios fueron dominados últimamente por los persas, después de establecidos éstos en Babilonia; y cuando Egipto cayó, por fin, en poder de Alejandro Magno, en 332 antes de J. C., llegó a su término la XXXI dinastía. En esta larga historia de más de 4.000 años, período mucho más largo que el que media entre la carrera de Alejandro Magno y nuestros días, hay que señalar algunas amplias fases de desarrollo. Hubo una fase, llamada "reino antiguo", que culminó en la IV dinastía; esta dinastía marca un período de riqueza y esplendor, y sus monarcas estuvieron obsesionados por tal pasión de erigirse monumentos, como nadie, ni antes ni después de ellos, ha tenido oportunidad de levantar y conseguir. Keops [9], Krefrén y Mikerino, de la IV dinastía, alzaron las vastas moles de la gran pirámide, la segunda y la tercera de Gizeh. Estas moles sepulcrales, desprovistas de significación, de proporciones casi increíbles [10], erigidas en una edad en que apenas

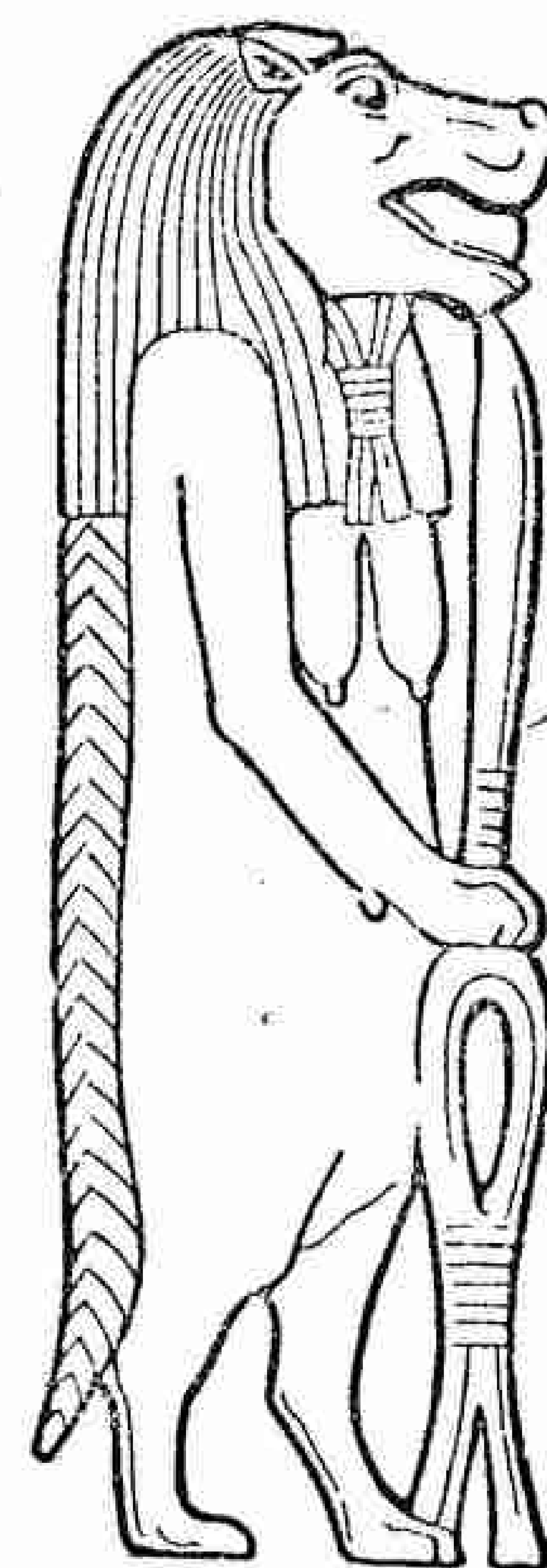


Figura primitiva de una diosa-hipopótamo egipcia

(9) 3733 antes de J. C. (Wallis Budge).
(10) La gran pirámide tiene 450 pies de altura y 700 de largo en el costado. Se le calcula (dice Wallis Budge) un peso de 4.883.000 toneladas.

comenzaba la ingeniería, agotaron los recursos de Egipto durante tres largos reinados, dejándolo tan devastado como una guerra.

La historia de Egipto, de la dinastía IV a la XV, es la de los conflictos entre unas capitales alternativas y unas religiones competidoras, la de las separaciones en varios reinos o la reunión de todos en uno. Es, por decirlo así, una historia interna. Aquí sólo podemos nombrar a uno de tan larga serie de Faraones, a Pepis II, que reinó noventa años, el reinado más largo de la historia, y dejó gran abundancia de inscripciones y edificios. Aconteció, por fin, en Egipto, lo que les aconteció tan frecuentemente a las civilizaciones de Mesopotamia. Egipto fué dominado por unos semitas nómadas que fundaron una dinastía de "pastores", la de los Hyksos (XVI), arrojada al cabo de Egipto por los naturales. Esta invasión tuvo lugar, probablemente, cuando florecía aquel primer imperio babilónico fundado por Hammurabi; pero es aún muy incierta la correspondencia exacta de fechas entre Egipto y Babilonia, en los tiempos más antiguos. Sólo después de un largo período de servidumbre arrojó del país a los extranjeros un levantamiento popular.

Después de la guerra de liberación (hacia 1600 antes de J. C.) vino un período de gran prosperidad para Egipto, el *Imperio Nuevo*. Egipto llegó a ser un estado militar, grande y unido, y lanzó expediciones que llegaron, por lo menos, al Eufrates, con lo cual empezó la lucha secular entre Egipto y el poderio babilónico asirio.

Durante algún tiempo Egipto fué una potencia ascendente. Thothmes III (11) y Amenofis III (XVIII dinastía) rigieron desde

Todo esta piedra fué colocada en su sitio a fuerza de músculos humanos, principalmente.

(11) Hay variantes de estos nombres, y de las más variadas entre los egipcios, porque hay pocos egiptólogos que se respeten capaces de tolerar la forma adoptada por sus colegas. Encuéntrase, por ejemplo, Thethmosis, Thoutmosis, Tahutmes, Thutmose o Tethmosis; Amunothph, Amenhotep o Amenothes. Una variante divertida consiste en partir el nombre, como, por ejemplo, Amen Hetep. Esta pequeña constelación de variantes se trae aquí no porque es divertida, sino porque es de desear que conozca el lector la existencia de tales variantes. En los más de los nombres se ha seguido en este libro la regla establecida por el uso en la literatura inglesa, sin tener en cuenta la posible pronunciación que antiguamente tuviesen. Amenofis, por ejemplo, se ha escrito así (Amenophis) en los libros ingleses durante dos siglos. Llegó al idioma por caminos indirectos, pero hoy está tan cabalmente asentado como palabra inglesa como Damasco (Damascus) para nombre de una ciudad de Siria. Hay límites, sin embargo, para este clasicismo. El autor, después de ciertas vacilaciones, ha abandonado a Oliverio Goldsmith y al doctor Johnson en el caso de "Peisistratus" y "Keltic", que antes se escribieron "Pisistratus" y "Celtic". (N. del A.). En la versión española se ha seguido con todo rigor este criterio, empleando el nombre español, aun en Pisístrato y Céltico, cuando la costumbre le daba razón de existencia. (N. del T.).

la Etiopía hasta el Eufrates en el siglo XV antes de J. C. Por varias razones ambos nombres se alzan con distinción poco usual en la historia de Egipto. Amenofis III fundó a Luxor e hizo grandes adiciones a Karnak. En Tel el-Amarna se ha encontrado una cantidad de cartas, la correspondencia real con los monarcas babilonios, hititas y de otros países, entre los cuales hallamos el nombre de aquel Tushratta que tomó Nínive; estas cartas arrojan mucha luz sobre los asuntos políticos y sociales de este tiempo. Algo tendremos que decir más tarde de Amenofis IV, pero de una reina, la reina Hatasu, la más extraordinaria y hábil de los monarcas egipcios, no nos queda espacio para hablar. Se la representa en los monumentos con atavío masculino y con una larga barba como símbolo de sabiduría.

Vino luego una breve dominación de Egipto por Siria, una serie de cambios de dinastía, entre las que hemos de mencionar la XIX, en que figura Ramsés II, gran constructor de templos, que reinó setenta y siete años (del 1317 al 1250 antes de J. C., aproximadamente), y que, en suposición de algunos, fué el Faraón de Moisés, y la XXII, en que se halla a Shishak, que saqueó el templo de Salomón (hacia 930 antes de J. S.). Un conquistador etíope, procedente del Alto Nilo, fundó la XXV dinastía, dinastía extranjera que cayó (670 antes de J. C.) ante el nuevo imperio asirio creado por Tiglath Pileser III, Sargón II y Senaquerib, de que ya hemos hecho mención.

Los días de predominio egipcio sobre naciones extranjeras iban tocando a su fin. Durante algún tiempo, con Psamético I, de la dinastía XXVI (664-610 antes de J. C.), restablecióse el poder de los naturales, y Neko II recobró, por algunos años, las antiguas posesiones egipcias de Siria hasta el Eufrates, mientras medas y caldeos atacaban a Nínive. Aquellas conquistas le fueron arrebatadas otra vez a Neko II después de la caída de Nínive y de los asirios en tiempos de Nabucodonosor II, el gran rey caldeo, el Nabucodonosor de la Biblia. Los judíos que habían sido aliados de Neko II fueron llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor.

Cuando en el siglo VI antes de J. C. cayó Caldea en poder de los persas, Egipto siguió la misma suerte; una rebelión posterior la hizo independiente una vez más por sesenta años, y en 332 antes de J. C. recibió como vencedor a Alejandro Magno; luego fué regido por extranjeros, primeramente por los griegos, después por los romanos y luego, sucesivamente, por árabes, turcos e ingleses, hasta el día de hoy.

Tal es, brevemente, la historia de Egipto desde sus comienzos; historia, primero, de aislamiento, y después, de creciente intervención en los asuntos de otras naciones, a medida que el aumento de

las facilidades de comunicación llamaran a los pueblos del mundo a un mutuo trato cada vez más estrecho.

§ 4. *Los comienzos de la civilización india*

La historia que hemos de relatar aquí de la India es más sencilla aún que la breve reseña de la de Egipto. Los dravidas se desarrollaron en el valle del Ganges, en dirección paralela a las sociedades de sumerios y egipcios. Pero es dudoso que llegaran a un grado tan alto de desenvolvimiento social; dejaron pocos monumentos y no encontraron forma ninguna de escritura.

Quizá por los tiempos de Hammurabi, o después, una rama de nómadas ario-parlantes que ocupó el Norte de Persia y el Afganistán forzó los pasos del Noroeste de la India. Fué abriéndose camino hasta prevalecer sobre la más oscura población del Norte de la India, y desplegó su dominio o su influencia por toda la Península. No consiguió nunca hacer la unidad en la India; su historia es historia de reyes y repúblicas guerreras.

El imperio persa, en los días de su expansión siguientes a la toma de Babilonia, extendió sus límites hasta más allá del Indo, y después Alejandro Magno llegó hasta la frontera misma del desierto que separa al Punjab del valle del Ganges. Pero con estas escuetas indicaciones dejaremos hasta más adelante la historia de la India.

§ 5. *Los comienzos de la historia china*

Entretanto, y a medida que este triple sistema de civilización de los hombres blancos iba desarrollándose en la India y en torno a los centros de concentración de Asia, Africa y Europa, otra civilización, distinta en todo, iba desarrollándose y extendiéndose, desde el entonces fértil y hoy árido y desolado valle del Tarim y desde las vertientes montañosas de Kuenlun, en dos direcciones: siguiendo el curso de Huang-ho y por el valle del Yang-tse-kiang. Virtualmente nada sabemos aún de arqueología china, desconocemos lo que fué la Edad de Piedra en aquella parte del mundo, y nuestras ideas actuales acerca de aquella temprana civilización proceden de la bibliografía china, aún harto imperfectamente explorada. Desde muy pronto, y sin interrupción, ha existido, evidentemente, una civilización mongólica. Hasta después de la época de Alejandro Magno encuéntranse pocos rastros de influjos arios o semíticos, y mucho menos de camíticos. Todos ellos actuaban todavía en otros mundos, separados por montañas, desiertos y salvajes tribus nómadas hasta la época citada. Los chinos desenvolvieron, al parecer, su civilización espontáneamente y sin

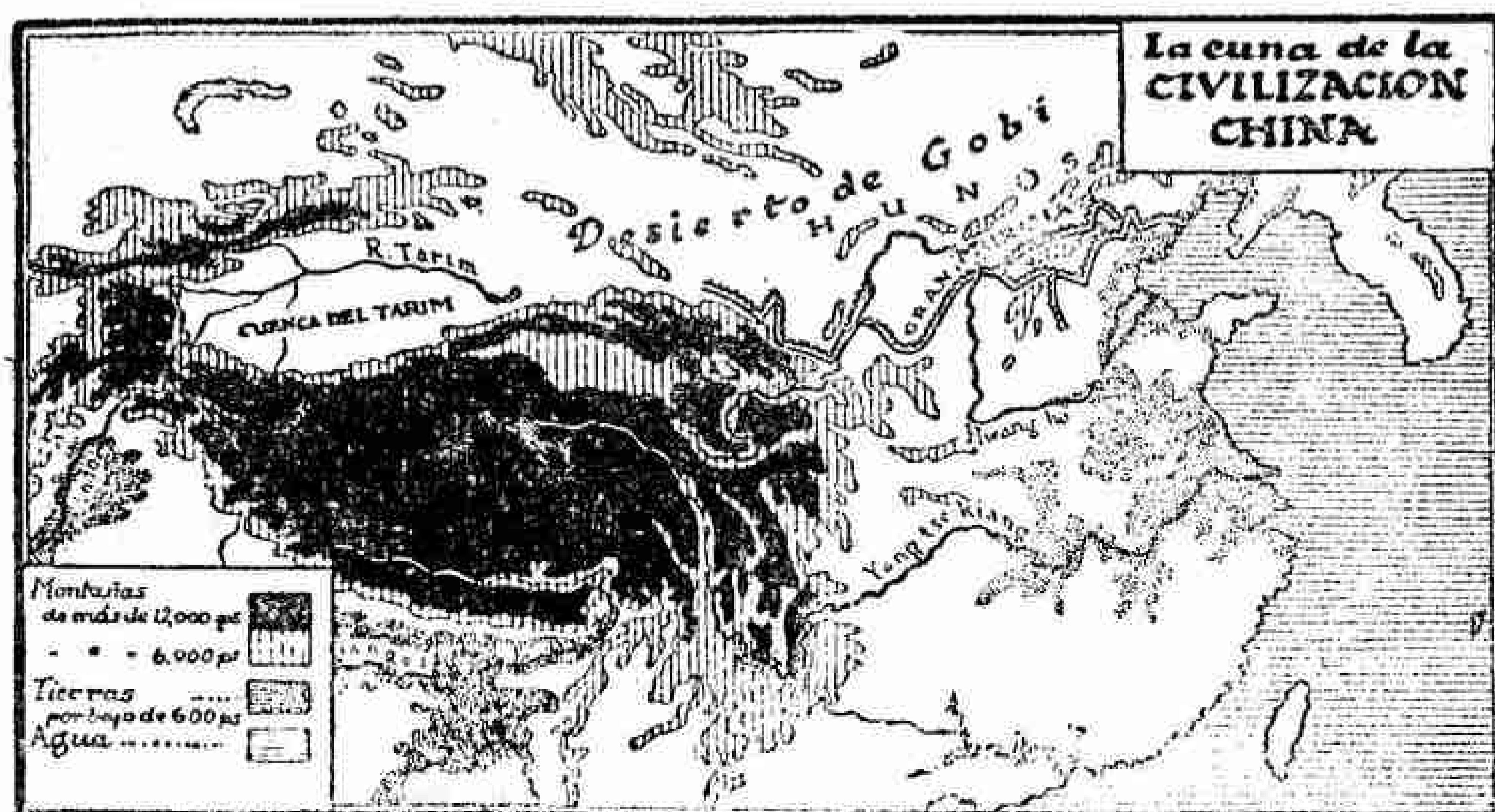
asistencia. Algunos escritores recientes suponen que tuvo conexión con la Sumeria primitiva. Claro está que tanto China como Sumeria levantáronse sobre la base casi universal de la anterior cultura neolítica, pero el valle del Tarim y el bajo Eufrates están separados por obstáculos de montaña y desierto tan ingentes, que excluyen toda idea de migración y cambio entre los pueblos en ambas establecidos.

Pero de que la civilización china sea totalmente mongólica (tal como definimos lo mongólico) no se sigue que sólo haya brotado de aquellas raíces septentrionales. Si brotó primeramente en el valle del Tarim, no pudo brotar, a diferencia de todas las demás civilizaciones (inclusas la mejicana y la peruana), de la cultura heliolítica. Los europeos sabemos muy poco hasta hoy de etnología y prehistoria de la China meridional. Allí los chinos mezcláronse con pueblos como el siamés y el birmano, y en ellos parecen apoyarse para comunicar con los dravidas de tez más obscura y con los malayos. De los relatos históricos chinos resulta claramente que, tanto al Sur como al Norte, hubo comienzos de civilización, y que la civilización china, cuya entrada en la historia se efectúa dos mil años antes de J. C., es resultante de un largo proceso de conflictos, mezclas e intercambios de una cultura meridional y otra septentrional, entre las cuales acaso la meridional es más antigua y alcanzó mayor desarrollo. La China del Sur desempeñó quizás, con respecto a la del Norte, el papel que camitas y sumerios desempeñaron con respecto a los pueblos semitas del Oeste; o los dravidas sedentarios con respecto a los arios en la India. Fueron tal vez los primeros agricultores y los primeros constructores de templos. Pero se conoce aún tan escasamente este atractivo capítulo de la prehistoria, que no podemos detenernos más en él.

Los extranjeros mencionados principalmente en los más antiguos anales de la China son un pueblo uralo-altaico de la frontera Nordeste, los hunos, contra los cuales guerrearon algunos emperadores.

La historia china no es muy conocida aún de los estudiosos europeos, y nuestras reseñas de los más antiguos relatos históricos dejan bastante que desear. Entre 2700 a 2400 antes de J. C. reinaron cinco emperadores que parecen haber sido unos seres casi increíblemente ejemplares.

Sigue a estos cinco primeros emperadores una serie de dinastías, acerca de las cuales van haciéndose más exactas y convincentes las noticias a medida que van aproximándose a nosotros. China tiene mucho que contar a propósito de guerras fronterizas y de luchas más graves entre los pueblos sedentarios y los nómadas. Al principio China, como Sumeria y Egipto, era un país



de estados ciudadanos. El gobierno estaba en manos de muchos reyes; eran feudatarios independientes entre sí y sometidos a un emperador, como los egipcios; y más adelante, como los egipcios también, constituyeron un imperio centralizado. Las dinastías Shang (1750 a 1125 antes de J. C.) y Chow (1125 a 250 antes de J. C.) indícanse como las dos grandes dinastías del período feudal. Existen aún hermosos, espléndidos vasos de bronce, de un marcado estilo propio, pertenecientes a estas primeras dinastías, y no puede ponerse en duda la existencia de una elevada cultura aun antes de los Shang.

Quizás por un sentimiento de simetría, los más recientes historiadores de Egipto y de la China, muestran las fases primeras de su historia nacional regidas por dinastías comparables a las de los imperios posteriores y de "emperadores" tan antiguos como Menes (en Egipto) y los Cinco Primeros Emperadores (China). Las primeras dinastías centralizaron en sí el poder en mucho menor grado que las últimas. La unidad de China en tiempos de la dinastía Shang era unión religiosa más que verdadera unión política. El "Hijo del Cielo" ofrecía sacrificios por todos los chinos. Había una escritura común, una civilización común y un enemigo común: los hunos, en las fronteras del Noreste.

El último rey de la dinastía Shang fué un monarca necio y cruel que se quemó vivo (1125 antes de J. C.) en su palacio después de la derrota decisiva que le hizo sufrir Wu Wang, fundador de la dinastía Chow. Wu Wang parece ser que contó con la ayuda de unos aliados de las tribus del Suroeste y también con un alzamiento popular.

Durante algún tiempo China permaneció en unidad no muy

estrecha bajo el poder de los emperadores Chow, en unidad tan poco estrecha como la de la cristiandad bajo el poder de los papas en la Edad Media; los emperadores Chow fueron grandes sacerdotes tradicionales del país en sustitución de la dinastía Shang, y reclamaron una especie de superseñorío en los asuntos chinos; pero gradualmente los flojos lazos de usos y sentimientos que mantenían unido al imperio fueron perdiendo ascendiente sobre los hombres. Ciertos pueblos de la misma raza que los hunos, en el Norte y en el Este, adoptaron la civilización china sin adquirir su sentimiento de unidad. Los príncipes feudales empezaron a considerarse independientes. Mr. Liang-Chi-Chao (12), representante que fué, con otros, de la China en la Conferencia de París de 1919, manifiesta que entre los siglos VIII y IV antes de J. C. "había en los valles de Huang-ho y Yang-tse no menos de cinco o seis mil pequeños estados, con una docena de estados poderosos que los dominaban". La tierra estaba sometida a perpetuas guerras ("Edad de confusión"). En el siglo VI antes de J. C., las grandes potencias antagonistas eran Ts'i y Ts'in, estados al Norte del Huang-ho, y Ch'u, potencia vigorosa, agresiva del valle del Yang-tse. La confederación contra Ch'u sentó las bases de una liga que mantuvo la paz durante cien años; esta liga sometió y se incorporó a Ch'u, e hizo un tratado general de desarme. Fué el fundamento de un nuevo imperio pacífico.

El conocimiento del hierro llegó a China en fecha que no conocemos; pero las armas de hierro no empezaron a ser comúnmente usadas hasta unos 500 años antes de J. C.; es decir, con dos o trescientos años de posterioridad a su empleo habitual en Asiria, Egipto y Europa. El hierro se introdujo probablemente en la China por el Norte y lo introdujeron los hunos.

Los últimos jefes de la dinastía Chow fueron desposeídos por los reyes de Ts'in, que se apoderaron de los sagrados trípodes de bronce para los sacrificios, y pudieron de este modo asumir los deberes imperiales y ofrecer sacrificios al Cielo. Así se instauró la dinastía Ts'in, que gobernó con más vigor y eficacia que todas las estirpes anteriores. El reinado de Shi-Hwang-ti (que significa "primer emperador universal"), de esta dinastía, suele considerarse como el fin de la China dividida y feudal. Parece ser que desempeñó el mismo papel unificador que Alejandro Magno hubiera podido desempeñar en Occidente, pero tuvo más larga vida, y la unidad que llevó a cabo (o restauró) fué duradera, en tanto que el imperio de Alejandro, a la muerte de éste, como referiremos hubo de fragmentarse. Shi-Hwang-ti, entre otros hechos encami-

(12) *China and the League of Nations*, folleto por Mr. Liang Chi-Chao (*Pekin Leader Office*).

nados al esfuerzo común, organizó la construcción de la Gran Muralla de la China contra los hunos. Siguió a su reinado una guerra civil que acabó con el establecimiento de la dinastía Han. Con ésta el imperio se extendió mucho más allá de los dos valles originarios, los hunos fueron contenidos eficazmente y los chinos avanzaron hacia el Oeste y empezaron a tener noticia, por fin, de razas y civilizaciones diferentes de la suya.

Cien años antes de J. C. los chinos tenían conocimiento de la India, su poderío había cruzado el Tibet, hasta el Oeste del Turkestán, y comerciaban por medio de caravanas de camellos con Persia y con el mundo de Occidente. Esto ha de bastarnos ahora en cuanto a la China. Más tarde volveremos sobre los caracteres distintivos de su civilización.

§ 6. *Al crecer de las civilizaciones*

En estos miles de años en que el hombre iba, paso a paso, abriéndose camino desde la barbarie de la cultura heliolítica hasta la civilización de dos centros del mundo antiguo, ¿qué ocurría en todo el resto del mundo? Al Norte de los expresados centros, del Rhin al Pacífico, los pueblos nórdicos y mongólicos, según consignamos, aprendían también el uso de los metales; pero cuando las civilizaciones iban asentándose, aquellos hombres de las llanuras empezaban a emigrar y a desarrollarse, abandonando una lenta vida errante por un completo nomadismo de estación. Al Sur de la zona civilizada, en el Africa central y meridional, el negro progresaba más lentamente, y eso, a lo que parece, por el estímulo invasor de las tribus blancas del Mediterráneo, que llevaban consigo, sucesivamente, el cultivo y el empleo de los metales. Aquellos hombres blancos pusiéronse en contacto con los negros por dos caminos: atravesando el Sahara, por el Este, bereberes, tuaregs y otros cruzáronse con los negros y crearon razas casi blancas, como los Fulas, y también por la vía del Nilo, en donde los Baganda (es decir, gentes de Ganda), de Uganda, por ejemplo, son quizá de remoto origen blanco. Las selvas africanas eran entonces más densas y se extendían al Este y al Norte del Alto Nilo.

Las islas de las Indias Orientales, tres mil años ha estaban probablemente habitadas solamente en lugares dispersos por australoides paleolíticos que habían ido a parar allí después de andar errantes, en tiempos inmemoriales, cuando la tierra llegaba casi por completo por las Indias Orientales a Australia. Las islas de Oceanía estaban deshabitadas. La dispersión de los pueblos heliolíticos, en canoas, por las islas del Pacífico, se verificó en época más tardía de la historia del hombre: mil años antes de J. C., lo más pronto. Aún más tarde llegaron a Madagascar. La hermosura de Nueva Zelandia estaba también entonces perdida para la humanidad; los seres de existencia más elevada que en ella había eran un ave de gran tamaño semejante al avestruz, el moa, hoy extinguida, y el menudo kiwi, que tiene plumas semejantes a pelo rudo y unos meros rudimentos de alas.

En América del Norte, un grupo de tribus mogoloides hallábase apartado del mundo antiguo. Iba extendiéndose lentamente hacia el Sur, cazando los innumerables bisontes de las llanuras. Tenían que aprender aún por sí mismas los secretos de una agricultura especial, basada en el cultivo del maíz, y en la América del Sur, a domesticar y utilizar la llama; también a edificar en Méjico y el Perú dos civilizaciones de naturaleza comparable, en bulto, a la de los sumerios, pero distintas de ésta en muchos respectos, y posteriores en seis o siete mil años...

Cuando los hombres llegaron al extremo Sur de América, el *megaterio*, el perezoso gigante, y el *gliptodonte*, al armadillo gigante, vivían aún...

La obscura historia de las primitivas civilizaciones americanas atrae considerablemente a la imaginación. Fué por mucho tiempo su desarrollo independiente. Por fin, en el paso de los amerindios hacia el Sur, encontraríanse en alguna parte con la corriente que la cultura heliolítica mandaba, en canoas, hacia el Este. Pero sería una cultura heliolítica todavía en etapa muy atrasada, probablemente anterior al uso de los metales. Se ha señalado, como signo evidente del origen de la cultura americana en la aportación hecha por medio de canoas, la existencia de figuras con cabeza de elefante, en dibujos de la América Central. La metalurgia americana debió de surgir independientemente del empleo de los metales por el viejo mundo, o quizá la llevaran los grabadores de aquellos elefantes. Los pueblos de América usaron el bronce y el cobre, pero no el hierro; conocieron el oro y la plata; y sus obras de piedra, su cerámica, sus tejidos y su tintorería llegaron a muy alto nivel. En todo esto, el producto americano se parece, *en general*, al del viejo mundo, pero siempre con caracteres que lo distinguen. Las civilizaciones americanas tuvieron escritura pictórica de una cualidad primitiva, pero nunca la desarrollaron hasta el punto que alcanzaron los más antiguos jeroglíficos egipcios. Sólo en el Yucatán había una clase de escritura, la escritura maya, pero se empleaba sencillamente para formar un calendario. En el Perú los comienzos de la escritura fueron substituídos por un curioso y complicado método de registrar hechos, valiéndose de nudos formados con cuerdas de varios colores y formas. Dícese que por tal medio podían transmitirse leyes y órdenes. A esos atados de cuerda se les llamaba *quipos*; pero aunque se hallan *quipos* en ciertas colecciones, se ha perdido por completo el arte de leerlos. Las

historias chinas, según nos informa Mr. L. I. Chen, indican que en China se usó, antes de que se inventara la escritura, un método semejante de notación por nudos. Los peruanos supieron también hacer mapas. "Pero con todo esto, no existía medio de transmitir de una generación a otra conocimientos y experiencias, ni había nada que pudiese fijar y compendiar las conquistas intelectuales que son base de la literatura y de la ciencia". [13]

Cuando los españoles llegaron a América, nada sabían los mejicanos de los peruanos, ni éstos de aquéllos. No tenían relación de ninguna clase. Si antes la hubo, estaba perdida y olvidada. Los mejicanos desconocían por completo la patata, que era el principal artículo alimenticio de los peruanos. En 5000 antes de J. C., los sumerios y los egipcios tampoco sabían gran cosa los unos de los otros. América retrasaba 6.000 años con relación al mundo antiguo.

[13] F. Ratzel: *History of Mankind.*

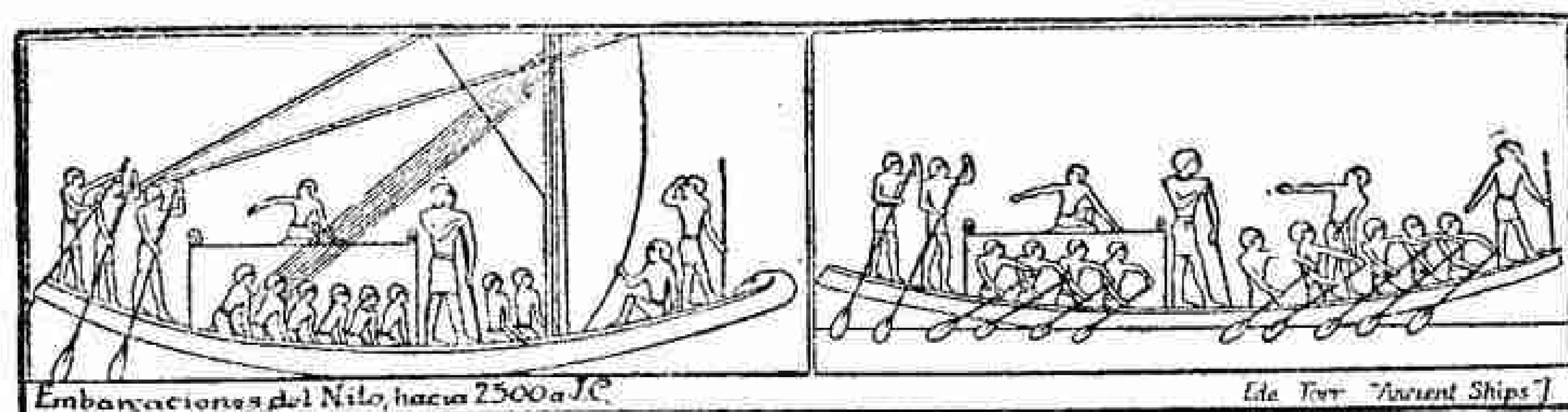
XVI

PUEBLOS MARINEROS Y PUEBLOS COMERCIANTES

§ 1. *Los primeros barcos y los primeros navegantes*

CONOCIÉRONSE los primeros barcos en tiempos ciertamente muy retrasados de la etapa de cultura neolítica, por los habitantes de las orillas de ríos y lagos. No eran sino troncos y maderos flotantes, empleados para auxiliar las imperfectas facultades natatorias del hombre. Luego vino el ahuecar los troncos, y después, cuando se desarrollaron los instrumentos y la carpintería primitiva, la construcción de botes. En Egipto y Mesopotamia desarrollóse también un tipo primitivo de barco hecho de cestería y calafateado con betún. Así la "cesta de mimbres" en que Moisés fué depositado por su madre. Una especie análoga de embarcación hízose con pieles y cueros extendidos sobre un bastidor de junco. Hoy mismo empléanse en la costa occidental de Irlanda, donde hay mucho ganado y escasean los árboles grandes, barcas de junco y cuero de vaca ("coracles"). También los usan en el Eufrates y en el Sur de Gales, en el Towy. Quizás precedieran al "coracle" las pellejas infladas que se emplean todavía en el Eufrates y en el alto Ganges. En los valles de los grandes ríos, los barcos serían muy pronto medios importantes de comunicación: y parece natural suponer que en las desembocaduras de los grandes ríos fué donde el hombre se aventuró por vez primera a surcar, en barcos suficientemente marineros, lo que a él le parecía mar sin camino e inhospitalario.

Es indudable que se aventuraría primeramente como pescador, después de aprender elementos de marinería en esteros y lagunas. Probablemente navegaría por el lago Levantino, antes de que las aguas atlánticas entraran a formar el Mediterráneo. La canoa fué parte integrante de la cultura heliolítica y la fué llevando sobre las aguas calientes de la tierra, desde el Mediterráneo hasta, en último término, América. No hubo sólo canoas, sino barcos y naves sumerias en el Eufrates y en el Tigris, cuando ambos ríos, en 7000 antes de J. C., desembocaban por separado en el Golfo Pérsico. La ciudad sumeria de Eridu (de la que está separado

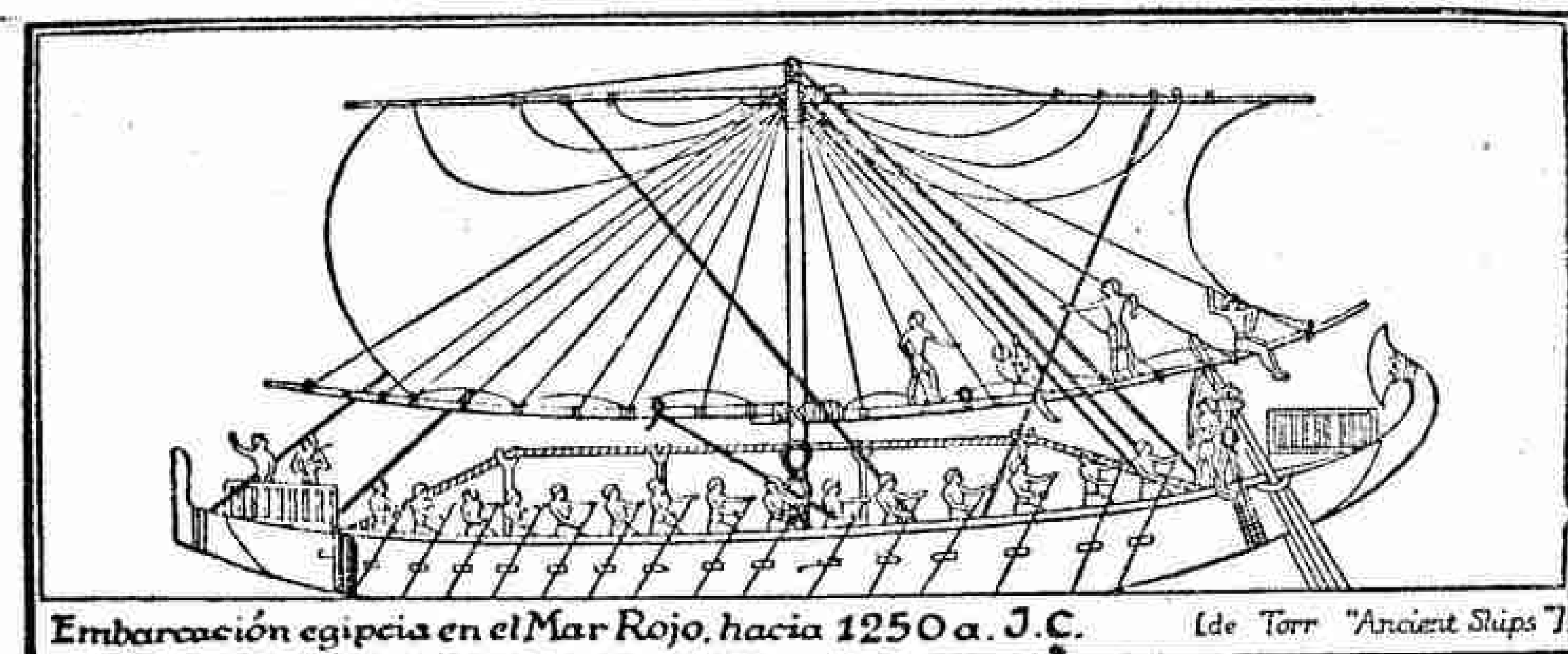

Embarcaciones del Nilo, hacia 2500 a. J.C. [de Torr "Ancient Ships"]

hoy el mar por ciento treinta millas de aluvión) ([1]), tuvo embarcaciones marinas. Encontramos también signos evidentes de una vida marítima plenamente desarrollada, seis mil años ha, en el extremo oriental del Mediterráneo, y es posible que entonces hubiera ya canoas en los mares entre las islas y las más próximas Indias Orientales. Existen representaciones egipcias pre-dinásticas, del tiempo neolítico, en que se ven naves de buen tamaño en el Nilo, capaces de transportar elefantes ([2]).

Pronto se harían cargo los hombres de oficio marinero de la libertad y facilidades que éste les ofrecía. Pudieron llegar a las islas; no había jefe ni rey capaz de perseguir a un barco, con seguridad absoluta; cada capitán era un rey. Los marineros anidaban fácilmente en una isla o en una fuerte posición de tierra firme. Allí podían refugiarse y desarrollar en cierto grado la agricultura y la pesca; pero su especialidad y su principal negocio consistía, naturalmente, en las expediciones por mar. No eran por lo general expediciones de comercio, sino, con más frecuencia, incursiones de piratería. Por lo que sabemos de la humanidad nos vemos obligados a deducir que los primeros navegantes saqueaban cuando podían y comerciaban cuando tenían con qué.

La navegación en el mundo antiguo, por haberse desarrollado en las aguas relativamente cálidas y tranquilas del Mediterráneo Oriental, el Mar Rojo, el Golfo Pérsico, y el seno occidental del Océano Indico, guardó ciertos caracteres que la hacen muy distinta de la navegación a vela transoceánica, con su abundante gasto de lona, en los últimos cuatrocientos años. "El Mediterráneo", dice Mr. Torr ([3]), "es un mar en que los barcos de vela pueden quedarse quietos muchos días, mientras que una embarcación de remo es capaz de cortar fácilmente las mansas aguas, teniendo a mano por doquiera costas e islas en que hallar refugio en caso de tormenta. En este mar, pues, el remo vino a ser el instrumento característico de la navegación y la disposición de los remos el

(1) Sayce.
(2) Mosso: *The Dawn of Mediterranean Civilization.* — R. L. C.
(3) Cecil Torr: *Ancient Ships.*


Embarcación egipcia en el Mar Rojo, hacia 1250 a. J.C. [de Torr "Ancient Ships"]

problema principal de la construcción de naves. Y mientras las naciones mediterráneas dominaron la Europa Occidental, en las costas del Norte se construyeron naves del tipo meridional, aunque por lo común hubiese en ellas viento que reclamara la vela y oleaje excesivo para el remo". El arte de remar puede señalarse primeramente en el Nilo. Vénse en los primeros monumentos pictóricos de Egipto, que datan de las proximidades del 2500 antes de J. C., embarcaciones de remo; y mientras unos tripulantes impulsan el barco apoyando el remo en el fondo y mirando a proa, otros reman vueltos hacia la popa. La manera de aquéllos es ciertamente de práctica más antigua, porque el jeroglífico *chen* dibuja dos brazos agarrando un remo en aquella actitud, y los jeroglíficos se inventaron en las edades más primitivas. Y esa práctica pudo terminar, realmente en fecha anterior a 2500 antes de J. C., pese al testimonio de los monumentos de aquella fecha; porque en otros que datan de unos 1.250 años antes de J. C., se representa inconfundiblemente a la tripulación remando con la cara vuelta hacia popa, pero con el remo aún cogido en la actitud de apoyarlo en el fondo, porque los artistas egipcios siguieron maquinalmente la pauta del jeroglífico a que su mano estaba acostumbrada. Dichos relieves ponen veinte remeros en los barcos del Nilo y treinta en los del Mar Rojo; pero en los relieves más antiguos el número varía considerablemente y parece depender del espacio que el escultor tuviese a su disposición.

Los arioparlantes tardaron en llegar al mar. Las primeras naves marinas fueron sumerias o camíticas; los pueblos semitas siguieron de cerca a aquellos exploradores. Por todo el extremo oriental del Mediterráneo, los fenicios, pueblo semita, establecieron una serie de puertos independientes, entre los cuales tuvieron importancia principal Acre, Tiro y Sidón; y más tarde, viajando hacia el Oeste, fundaron en la costa Norte de Africa a Cartago

y a Utica. Es posible que por el año 2000 antes de J. C., hubiese ya quillas fenicias en el Mediterráneo. Tanto Tiro como Sidón estuvieron originariamente en islas, y así podían defenderse con facilidad contra las correrías terrestres. Pero antes de que hablemos de las hazañas marítimas de aquella gran raza marinera, tenemos que señalar un notabilísimo y curioso nido de primitivos hombres de mar cuyos vestigios han sido descubiertos en Creta.

§ 2. *Las ciudades egeas antes de la historia*

Los primeros cretenses eran de raza afín a la de los iberos de España y Europa occidental y los blanco-atezados del Asia Menor y Norte de Africa, y su lengua es desconocida. Vivió aquella raza no sólo en Creta, sino también en Chipre, Grecia, el Asia Menor, Sicilia y el Sur de Italia. Fué un pueblo con muchas edades de civilización, anterior al avance de los rubios griegos nórdicos, por Macedonia, hacia el Sur. Se han hallado en Cnossos y en Creta las ruinas y vestigios más asombrosos, y por esta razón Cnossos puede eclipsar a los demás centros análogos en la imaginación de los hombres; pero bien será tener en cuenta que, aun siendo Cnossos, indudablemente, ciudad principal de la civilización egea, los "Egeos" poseían, en el tiempo de su esplendor, muchas ciudades y alcanzaban gran extensión. Es posible que cuanto conocemos hoy de ellos no sea sino vestigio de la civilización neolítica mucho más extensa, sumergida hoy bajo las aguas del Mediterráneo.

No existen en Cnossos restos neolíticos tan antiguos o más que los restos egipcios predinásticos. La Edad de Bronce empezó



en Creta tan temprano como en Egipto, y ciertos vasos que Flinders Petrie ha encontrado en Egipto, refiriéndolos a la I Dinastía, los tiene por importados de Creta. En Creta se han hallado vasos de piedra de formas características de la IV Dinastía (la que erigió las Pirámides), y no cabe dudar que existió vigoroso comercio entre Creta y Egipto en tiempos de la Dinastía XII, el cual continuó hasta cerca del año 1000 antes de J. C. Es claro que esta civilización insular que surgió en el suelo de Creta tiene, por lo menos, la antigüedad de la egipcia, y que se lanzó al mar no después de 4000 antes de J. C.


De fotografías de la British School de Atenas
Figurilla de porcelana de Cnossos. Ex-voto a la Diosa Serpiente.

No son de tal tiempo los días de esplendor de Creta. Sólo hacia 2500 antes de J. C. parece haberse unificado la isla bajo el bando de un jefe. Entonces empezó una era de paz y prosperidad sin ejemplo en la historia del mundo antiguo. Seguros contra toda invasión, gozando de un clima delicioso, en relaciones comerciales con todas las comunidades civilizadas de la tierra, los cretenses desarrollaron libremente todas las artes y todos los lujos de la vida. Cnossos no fué tanto una ciudad como un vasto palacio del rey y de su pueblo. Ni siquiera estuvo fortificada. Llamábase Minos a todo rey, como Faraón al de Egipto; un rey de Cnossos figura en las leyendas primitivas griegas con el nombre de Rey Minos, que vivió en el Laberinto y custodió en él a un horrible monstruo, mitad hombre, mitad toro, el Minotauro, para alimento del cual impuso un tributo de mancebos y doncellas a los atenienses. Estos relatos forman parte de la literatura griega y se han conocido siempre, pero sólo en las últimas décadas las excavaciones de Cnossos han revelado cuán cerca estuvieron de la realidad las leyendas indicadas. El laberinto de Creta fué un edificio majestuoso, complicado y opulento como ningún otro en el mundo antiguo.

Entre otros pormenores, encontramos cañerías de agua, baños y comodidades análogas, de las que hasta hace poco se han con-

siderado como los últimos refinamientos de la vida moderna. La cerámica, las materias textiles, la escultura y la pintura de aquellos hombres, sus trabajos en pedrería y marfil, su metalistería e incrustaciones son tan admirables como lo mejor que haya producido la humanidad. Dábase gran importancia a fiestas y paradas, y en especial eran aficionados a corridas de toros y ejercicios gimnásticos. Su vestimenta femenina es asombrosamente "moderna" de estilo: llevaban las mujeres corsé y falda con volantes. Tenían un sistema de escritura que no se ha descifrado aún.

Es costumbre hoy maravillarse o poco menos de tales adelantos cretenses, como si fueran de hombres de increíble habilidad artística que vivieron en los albores de la civilización artística. Pero su tiempo más brillante lució mucho después de esa aurora, nada menos que en 2000 antes de J. C. Tardó muchos siglos en alcanzar el sumo arte y habilidad, y su arte y su lujo no son maravilla tan grande si reflexionamos que se vieron libres de toda invasión por espacio de 3.000 años, y mil de ellos en paz. Siglo tras siglo, sus artífices fueron perfeccionándose en destreza, y sus hombres y mujeres logrando refinamiento tras refinamiento. Allí donde los hombres, de cualquier raza que sean, han gozado de relativa seguridad análogamente durante tiempo largo, se ha desarrollado una gran belleza artística. Todo pueblo es artista, si se le deja serlo. Dice la leyenda griega que en Creta fué donde intentó Dédalo construir la primera máquina volante. Dédalo ("es decir, el "artífice diestro") fué una especie de compendio de habilidad mecánica personificado. Es curioso investigar el germen efectivo que hay detrás de ese nombre y de las alas de cera que, según la leyenda, se le derritieron a su hijo Icaro, precipitándole en el mar.

Por fin, en la vida de los cretenses sobrevino un cambio: otros hombres, griegos y fenicios, lanzaron también al mar flotas poderosas. No sabemos la causa del desastre ni quién lo produjo; pero, hacia 1400 antes de J. C., Cnossos fué saqueada e incendiada, y aunque la vida de Creta pugnase aún débilmente por existir durante varios siglos, recibió el golpe final hacia 1000 antes de J. C. (es decir, en los días de la entrada de Asiria en Oriente). El palacio de Cnossos, destruído, no se reconstruyó ni volvió a estar habitado jamás. Es posible que causaran su destrucción los navíos de los recién llegados al Mediterráneo, los barbáricos griegos, un grupo de tribus arioparlantes procedente del Norte, que quizá destruyeran a Cnossos como destruyeron la ciudadela de Troya. La leyenda de Teseo se refiere a tal correría. Tomó el Laberinto (que era tal vez el palacio de Cnossos) con ayuda de Adiadna, hija del Minos, y dió muerte al Minotauro.

La *Ilíada* dice claramente que la destrucción cayó sobre Troya

porque los troyanos robaron mujeres griegas. Escritores modernos de ideas modernas han intentado probar que los griegos acometieron a Troya para abrirse un camino comercial o conseguir ciertas sutiles ventajas comerciales. Si es así, los autores de la *Ilíada* supieron disimular muy hábilmente los motivos que impulsaron a sus personajes. Tanto valdría casi el afirmar que los griegos de Homero guerrearon con Troya para asegurarse una estación ferroviaria de la línea de Berlín a Bagdad. Los griegos homéricos eran un pueblo ario, bárbaro y saludable, con ideas muy pobres acerca del comercio y de las "rutas comerciales"; riñeron con Troya porque les molestaba mucho aquel robar de mujeres. De la leyenda de Minos y de la evidencia de los restos de Cnossos, resulta muy claramente que los cretenses raptaron o robaron mancebos y doncellas para convertirlos en esclavos, en corredores de toros, en atletas y quizá en víctimas de sacrificios. Tuvieron comercio frecuente con los egipcios, pero no se dieron cuenta del poderío que acumulaban los griegos bárbaros; tuvieron "comercio" violento con ellos y llamaron sobre sí el hierro y el fuego.

Otro gran pueblo marinero fué el de los Fenicios. Fueron grandes marineros, porque fueron grandes comerciantes. Su colonia de Cartago (fundada con anterioridad a 800 antes de J. C.) llegó a ser más importante que las demás ciudades fenicias anteriores a ella; pero ya en 1500 antes de J. C., tanto Tiro como Sidón tenían establecimientos en la costa africana. Cartago era relativamente inaccesible para las huestes asirias y babilonias, y en gran parte, aprovechándose del prolongado asedio de Tiro por Nabucodonosor II, llegó a ser la mayor potencia marítima del mundo hasta entonces. Reclamó por suyo el Mediterráneo occidental, apoderándose de toda nave que pudo coger al Oeste de Cerdeña. Los escritores romanos la acusan de grandes crueldades. Luchó con los griegos por Sicilia y más tarde (en el siglo II antes de J. C.) con los romanos. Alejandro Magno formó planes para su conquista, pero murió, como diremos después, sin que pudiera llevarlos a cabo.

§ 3. *Los primeros viajes de exploración*

Cartago, en su cenit, tuvo probablemente la población, nunca oída hasta entonces, de un millón de habitantes. Era población en su mayoría industrial; sus tejidos, famosos universalmente. A más del comercio costero, tenía considerable comercio terrestre con el Africa Central (4), y vendía esclavos negros, marfil, metales,

(4) En Africa no hubo camellos domesticados hasta después de la conquista persa de Egipto. Con esto se acortaron mucho los caminos del desier-

piedras preciosas, etc., a todos los pueblos del Mediterráneo. Explotó las minas de cobre de España; sus naves salieron al Atlántico y llegaron, por las costas de Portugal y de Francia, a las lejanas Casitérides (las islas de Scilly, o Cornualles, en Inglaterra). Por los años de 250 antes de J. C., un tal Hannón hizo un viaje que es todavía de los más notables del mundo. Este Hannón, si hemos de dar crédito al *Periplo*, cuya traducción griega se conserva todavía, siguió la costa africana hacia el Sur desde el estrecho de Gibraltar hasta los confines de Liberia. Tenía sesenta naves mayores y por misión principal la fundación o el refuerzo de ciertas estaciones cartaginesas en la costa de Marruecos. Luego siguió hacia el Sur. Fundó una estación en Río de Oro (en la isla de Kerne o Herne) y avanzó hasta pasado el río Senegal. Los viajeros continuaron siete días más allá del Gambia y desembarcaron por fin en una isla que abandonaron luego con pánico, porque de día estaba silenciosa, con el silencio de la selva tropical, y de noche oían sonido de flautas, tambores y gongs, y el cielo se ponía rojo con el resplandor de los arbustos incendiados. Durante lo demás del viaje la costa entera era una llama, por el incendio de los arbustos. Ríos de fuego corrían de las alturas al mar, y por último brotó una llamarada tan alta, que tocaba el cielo. Tres días después arribaron a una isla en la que había un lago (¿la isla de Sherbro?). En el lago había otra isla (¿la isla de Macaulay?) y en ella hombres y mujeres salvajes, hirsutos, "a quien los intérpretes llaman gorila". Los cartagineses, después de haber cogido algunas hembras de "gorila" —que serían probablemente de chimpancé—, volviéronse atrás y eventualmente depositaron las pieles de sus cautivos —que habían dado pruebas de ser huéspedes violentos e imposible de llevar a bordo— en el templo de Juno.

Otro maravilloso viaje fenicio por mar, de autenticidad puesta en duda por mucho tiempo y sostenida hoy por ciertos signos arqueológicos evidentes, es el que refiere Herodoto, el cual declara que el faraón Neko, de la Dinastía XXVI, encomendó a unos fenicios la empresa de la circunnavegación de Africa. Salieron del Golfo de Suez, rumbo al Sur, y regresaron por el Mediterráneo

to. (Véase Bunbury: *History of Ancient Geography*, nota al cap. VIII). Pero el desierto de Sahara hace tres o dos mil años no era tan seco y estéril como hoy. De ciertos grabados de rocas puede sacarse en deducción la teoría de que se cruzaba el desierto de oasis en oasis, en bueyes montados y carretas de bueyes; quizá también a caballo o a lomo de asno. El camello, como animal de transporte, no se introdujo en el Africa del Norte hasta las invasiones árabes del s. VII de J. C. En Argelia se hallan restos fósiles de camellos, y quizá quedaron en los eriales del Sahara y de Somalia dos camellos salvajes hasta que se introdujo el camello doméstico. Los camellos de Nubia parece que se extendieron también hasta el Sahara. — H. H. J.

al delta del Nilo. Tardaron cerca de tres años en el viaje. Cada año desembarcaban, sembraban y hacían una cosecha de trigo antes de continuar adelante.

§ 4. *Primeros comerciantes*

Las grandes ciudades mercantiles de los Fenicios nos dan las manifestaciones primitivas más sorprendentes de las aportaciones peculiares y características del pueblo semita a la humanidad: el comercio y el cambio ([5]). Mientras el pueblo fenicio iba extendiéndose por los mares, otro pueblo afín, igualmente semita, el arameo, del que hemos hablado ya a propósito de la ocupación de Damasco, iba dando impulso a los caminos de caravana de los desiertos de Arabia y Persia, y haciéndose el primer pueblo mercante del Asia occidental. Los semitas, civilizados antes que los arios, han dado siempre, y siguen dando hoy, prueba de un sentido de la cualidad y de la cantidad en las cosas comerciales, superior al de los segundos; a su necesidad de llevar cuentas hay que atribuir el desarrollo de la escritura alfabética, y a ellos se debe la mayor parte de los adelantos de importancia en el cómputo. Arabes son nuestros números modernos; ciencias esencialmente semíticas nuestras aritmética y álgebra.

Los semitas, hemos de consignarlo ahora, son, hasta hoy, *pueblos contadores*, con fuerte sentido de la equivalencia y de la compensación. La enseñanza moral de los hebreos estaba saturada de tales ideas. "Con la medida que midáis, con ésa seréis medido". Otras razas y pueblos han imaginado diversas, imprecisas y maravillosas edades, pero los mercaderes semitas fueron los primeros en pensar en un dios "justo", que cumple sus promesas, sin engañar al acreedor más humilde, y toma cuenta y razón de todo acto espurio.

El comercio en el mundo antiguo, antes del siglo IV o del VII antes de J. C., era casi en totalidad un trueque. La moneda acuñada y el crédito no existían o eran muy escasos. El patrón ordinario de valor entre los arios primitivos era el ganado vacuno, como lo es todavía hoy entre los zulús y los cafres. En la *Ilíada* estímase el valor respectivo de dos broqueles en cabezas de ganado y la palabra con que los romanos designan al dinero, *pecunia*, derívase de *pecus*, ganado. El ganado como moneda tenía una ventaja: no era preciso que un poseedor se lo entregase al otro, y a cambio del cuidado y el alimento, daba la cría. Pero constituía un

([5]) Hubo comercio sumerio, organizado en torno a los templos, antes que los semitas llegaran a Babilonia. Véase Hall y King: *Archaeological Discoveries in Western Asia*. — E. B.

inconveniente para el embarque o el tránsito de caravana. Otras muchas substancias se han considerado en varias ocasiones aceptables como patrón: el tabaco sirvió algún tiempo de moneda corriente en los tiempos coloniales de Norteamérica, y en el Africa occidental se pagan multas y cierran tratos en botellas de ginebra. El comercio asiático primitivo comprendía los metales, los trozos de metal, según el peso, en cuanto eran de corriente demanda, aptos para ser atesorados o almacenados, que no requerían manutención y ocupaban poco espacio, mostraron muy pronto superioridad sobre el ganado. El hierro, que los hititas, al parecer, fueron los primeros en beneficiar de su ganga, fué al pronto substancia rara y codiciadísima (6). Según Aristóteles, fué el primer dinero circulante. En la colección de cartas (mencionada ya) de Amenofis III y IV y a ellos dirigidas, que se encontró en Tel-el-Amarna, un rey hitita ofrece hierro como regalo extremadamente valioso. El oro, entonces como ahora, era la garantía más preciosa y la más manejable. En el Egipto primitivo la plata fué casi tan rara como el oro hasta después de la XVIII Dinastía. Más adelante la plata, según su peso, vino a ser el patrón admitido por el mundo oriental.

En el comienzo los metales se transmitían en lingotes y se pesaban a cada transacción. Luego se les puso una marca para indicar su finura y garantizar su pureza. Las primeras monedas de que se tiene noticia se acuñaron hacia el año 600 antes de J. C. en Lidia, por Creso, cuyo nombre ha venido a ser símbolo de riqueza; fué vencido, como se dirá más adelante, por Ciro el persa, el mismo que tomó a Babilonia en 539 antes de J. C. Pero es muy probable que el arte de acuñar se conociese en Babilonia antes de aquel tiempo. El "siclo sellado", moneda de plata con cuño, está muy cerca de ser una moneda. La promesa de pagar tanto en plata u oro, consignada en "cuero" (es decir, en pergamino) con el sello de una casa establecida, es probablemente tan antiguo o más que el cuño. Los cartagineses usaron esa "moneda de cuero". Poco sabemos de cómo se hacía el tráfico menudo. El pueblo, que en aquellos tiempos antiguos estaba en situación de dependencia, parece que no tuvo moneda de ninguna clase; atendía a sus necesidades con el trueque. Así lo hacen ver antiguas pinturas egipcias (7).

(6) En Bretaña empleábanse como moneda las barras de hierro de peso determinado. César: *De Bello Gallico*. — G. Wh.

(7) Las primeras monedas de la costa Oeste del Asia Menor fueron de electro, mezcla de oro y plata, y hay una discusión interesante acerca de quién acuñó las primeras emisiones: las ciudades, los templos o los banqueros privados. — P. G.

§ 5. *Primeros viajeros*

Cuando se piensa en la falta de moneda menuda o de todo medio manejable de cambio en el mundo pre-alejandrino se echa de ver lo imposible del viaje particular en aquellos días (8). Los primeros "paradores" —una especie de caravanserrallos, sin duda— existieron, según se afirma, primeramente en Lidia, en el siglo III o en el IV antes de J. C. La fecha, sin embargo, es muy tardía. Es probable que los hubiese con anterioridad. Hay indicios evidentes de ellos, por lo menos, en el siglo VI. Esquilo menciona los paradores por dos veces con el término de "para todos" o "casa para todos" (9). Los viajeros privados abundaron bastante en el mundo griego, inclusas sus colonias, por aquel tiempo. Pero el viaje privado era entonces, relativamente, una novedad. Historiadores tan antiguos como Hecateo y Herodoto viajaron mucho. "Sospecho —dice el Prof. Gilbert Murray— que esta especie de viaje *para la historia o de descubrimiento* fué invención más bien griega. Se supone que hubo de practicarla Solón, y también Licurgo..." Los primeros viajeros fueron comerciantes que viajaban en caravana o en barco de cargamento, llevando consigo sus mercaderías y sus minas y siclos de metal o piedras preciosas o fardos de telas finas, o dignatarios del gobierno con cartas credenciales y séquito propio. Es posible que también algunos mendicantes y, en ciertas limitadas regiones, algunos peregrinos religiosos.

El mundo primitivo, con anterioridad al 600 antes de J. C., consideraba al "extranjero" solitario como un ser raro, sospechoso y peligroso. Estaba expuesto a sufrir crueldades, porque apenas había leyes que le protegieran. Así, pocos se aventuraban. El nómada tenía que vivir y morir agregado y ligado a una tribu particular, y el civilizado, como miembro de una gran casa o en una de las dependencias de los templos mayores, de que se hablará luego. Los demás eran esclavos. Nada sabía cada cual, a no ser por unas cuantas leyendas monstruosas, de los demás del mundo en que vivía. Sabemos más hoy en verdad, del mundo del año 600 antes de J. C., de lo que sabía un solo ser vivo en aquel tiempo. Lo vemos en conjunto, lo observamos en relación con lo pasado y lo

(8) El cambio en pequeño existía antes de los tiempos de Alejandro. Los atenienses tenían una serie de monedas de plata, extremadamente pequeñas, que llegaban casi al tamaño de un piñón y se llevaban generalmente en la boca: un personaje de Aristófanes, acometido de pronto, se traga su dinero como consecuencia. — P. G.

(9) Hay una ventera en Aristófanes; pero del modo en que se la representa, preparando posada en el infierno, puede inferirse que el parador antiguo dejaba mucho que desear. — P. G.

porvenir. Empezamos a saber con precisión qué sucedía al mismo tiempo en Egipto y en España, en Media y en la India y en la China. Podemos compartir imaginativamente, no sólo el pasmo de los marineros de Hannón, sino el de los hombres que encendieron por primera vez un faro en la costa. Sabemos que esas "montañas llameantes hasta el cielo" no eran sino la quema habitual del rastrojo en aquella estación del año. Año tras año, cada vez más rápido, crece nuestro mutuo conocimiento. En los años que han de venir, los hombres penetrarán más aún en esas vidas pasadas, hasta que logren quizá entenderlas del todo.

XVII

LA ESCRITURA

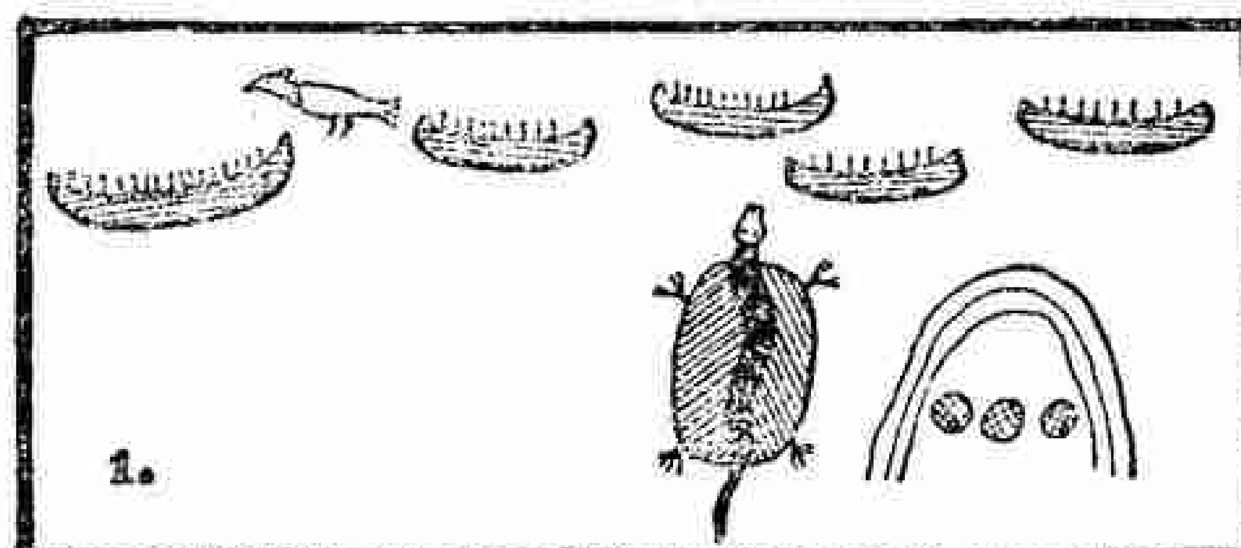
§ 1. *Escritura pictórica*

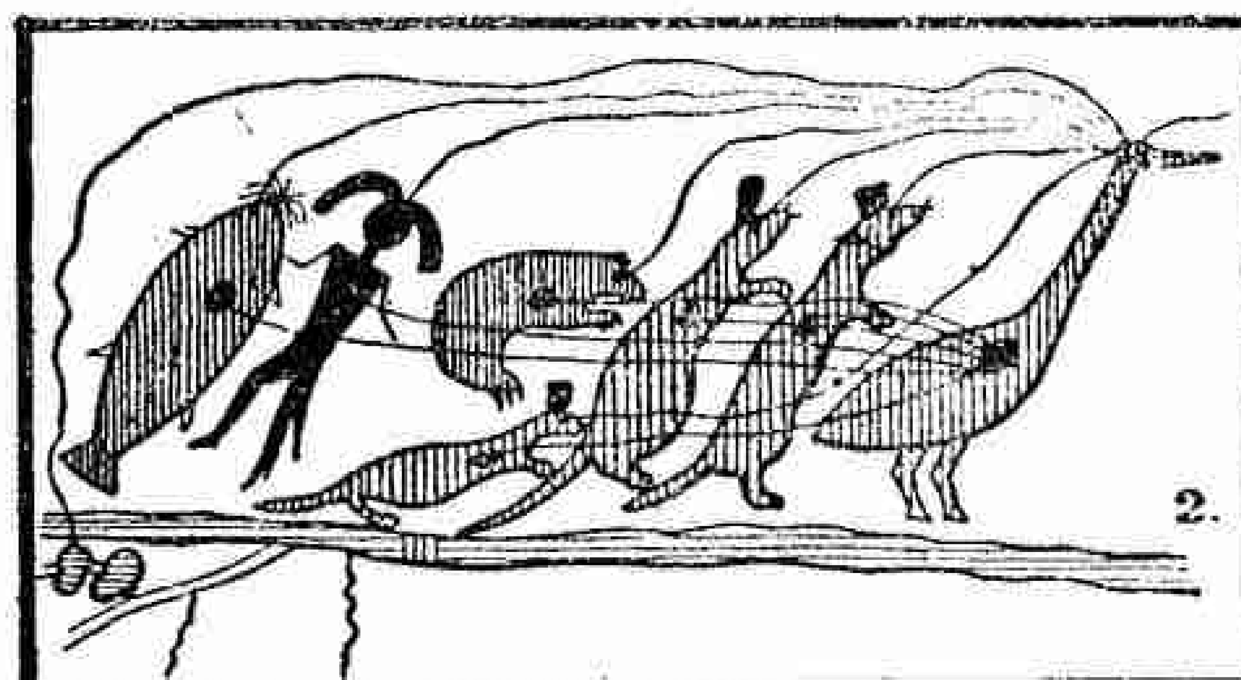
EN los cinco capítulos precedentes hemos esbozado el contorno somero del desarrollo de las principales comunidades humanas, desde los comienzos rudimentarios de la cultura heliolítica hasta los grandes reinos e imperios históricos del siglo VI antes de J. C. Vamos a estudiar ahora un poco más de cerca el proceso general de los cambios sociales, el incremento de las ideas humanas y la elaboración de las relaciones entre los hombres que iban verificándose entre el 10000 y el 500 antes de J. C. Lo que hemos hecho hasta aquí es dibujar el mapa y nombrar los principales reyes e imperios; definir, en el tiempo y en el espacio, las relaciones de Babilonia, Asiria, Egipto, Fenicia, Cnossos, etc.; veamos ahora la verdadera materia histórica, que consiste en pasar de esas formas exteriores a los pensamientos y a las vidas individuales.

Lo más importante que se llevó a cabo durante aquellos cincuenta o sesenta siglos de desenvolvimiento social fué, con mucho, la invención de la escritura y su progreso gradual en importancia con respecto a los asuntos humanos. Fué para la mente un instrumento nuevo que extendió de modo enorme su campo de acción y le dió nuevos medios de continuidad. Ya vimos cómo la elaboración del lenguaje articulado dió a los hombres, en las postrimerías del paleolítico y comienzos del neolítico, capacidad mental para un pensamiento consecutivo y vasto acrecentamiento de la facultad de cooperación. Durante algún tiempo parece como que esta flamante adquisición dejó oscurecida su primitiva habilidad en el dibujo y refrenó acaso el empleo del ademán. Pero después volvió a aparecer el dibujo como registro de hechos, como signo de las cosas o por el placer del dibujo mismo. Antes que la verdadera escritura, apareció la escritura pictórica, tal como la practican aún los indios de América, los bosquimanos y los pueblos salvajes y bárbaros en todas las partes del mundo. Es, en esencia, dibujo de cosas y actos, con ayuda de indicaciones heráldicas de nombres propios y líneas de puntos que representan los días, las distancias y otras análogas ideas de cantidad.

Enteramente análoga a la escritura pictórica es la pictografía

que se emplea hoy aún en las guías de ferrocarriles del continente europeo, en que un signo negro sobre una copa es indicación de cantina; un cuchillo y un tenedor cruzados, de fonda; un vaporcito, el transbordo a un vapor; el cuerno del postillón, una diligencia. Signos análogos se emplean en las conocidísimas guías Michelín para los automovilistas de Europa en las indicaciones de correo (un sobre) o teléfono (un aparato receptor.) La categoría de los hoteles se expresa por un mesón con uno, dos, tres o cuatro gabletes, etc., etc. De modo semejante, en los caminos de Europa vemos representada una puerta, que indica un paso a nivel; una línea sinuosa, que indica el peligro de una revuelta, etc., etc. De estos signos pictográficos, a los primeros elementos de la escritura china, no hay gran distancia.





MUESTRA DE ESCRITURA PICTORICA AMERICANA (SEGUN SCHOOLCRAFT)

Núm. 1.—Pintura en roca, a orillas del Lago Superior, que expresa una expedición en canoas por el lago. Las líneas de cada canoa indican el número de tripulantes, y el pájaro representa al jefe (el martín pescador), los tres círculos (soles), bajo el arco (el cielo), dicen que el viaje duró tres días, y la tortuga, símbolo de la tierra, denota feliz arribo.

Núm. 2.—Petición elevada al Congreso de los Estados Unidos por un grupo de tribus indias reclamando derecho de pesca en ciertos lagos menores. Las tribus están representadas por sus "totems", la marta, el oso, el pescador y el barbo, guiados por la grulla. Las líneas que salen del corazón y de los ojos denotan opinión unánime, y una va de los ojos de la grulla a los lagos, representados en el tosco mapita del ángulo inferior izquierdo.

En la escritura china puede reconocerse aún cierto número de pictografías. Las más son difíciles de distinguir. La boca se indicaba originariamente con una cavidad en forma de boca, y hoy, para facilidad del pincel, se hace cuadrada; un niño, que en los orígenes era un muñequillo claramente reconocible, indícase ahora con una ligera espiral y una cruz; el sol, que fué originariamente un círculo ancho con un punto en el centro, se ha conver-

tido, para facilitar las combinaciones, en un cuadrilongo cruzado, más cómodo para el pincel. Combinando esas pictografías exprésase un segundo orden de ideas. Por ejemplo: la pictografía de la boca, combinada con la de vapor, expresa "palabras" (1).

De estas combinaciones se pasa a lo que se denomina *ideogramas*: el signo de "palabras" y el de "lengua" se combinan para formar "lenguaje" el de "techo" y el de "cerdo" quiere decir "casa" —porque en la economía doméstica china de los tiempos primitivos, el cerdo era tan importante como suele serlo en Irlanda—. Pero, como ya advertimos antes, la lengua china consiste en unos cuantos sonidos monosilábicos elementales, relativamente pocos, que se usan todos con gran variedad de significados, y los chinos descubrieron pronto que cierto número de *pictografías* e *ideografías* podían emplearse también para expresar otras ideas, no tan cabalmente representadas por la pintura, pero con el mismo sonido. Los caracteres así empleados llámanse *fonogramas*. Por ejemplo: el sonido *fang* quiere decir no sólo "barco", sino también "un lugar", "hilar", "fragante", "preguntar", y tiene aún otros varios sentidos, según el contexto. Pero así como un barco es fácil de dibujar, la mayor parte de los otros significados son indibujables. ¿Cómo se dibujaría "fragante" o "preguntar"? Por esta razón los chinos emplearon un mismo signo para todas estas acepciones de *fang*, pero añadiéndole a cada una un signo distintivo, el *determinativo* que exprese cómo hay que entender el *fang*. "Un lugar" indícase por el mismo signo que "barco" (*fang*) y el determinativo de "tierra" "hilar", con *fang* y el signo de "seda"; "preguntar", con *fang* y el signo de "palabras", y así sucesivamente.

Puede aclararse tal vez este desenvolvimiento de pictografías, ideogramas y fonogramas, buscando un caso análogo en inglés (2). Supongamos que se trata de hacer una escritura pictórica inglesa: sería naturalísimo, para expresar la palabra *box* (caja), trazar un cuadrado con una línea rasgada que indicase la tapa. Esta es una pictografía. Pero supongamos que hay un signo redondo que quiere decir moneda y supongámoslo escrito junto al signo de caja: la combinación querría decir "caja de caudales" o "tesoro". Esto es un ideograma. Pero la palabra *box* se aplica a algo que no es caja. Hay un arbusto, el *box shrub* (boj), que nos da una apreciada madera. Sería difícil dibujarlo de modo que se distinguiera de otros arbustos, pero es fácil poner el signo *box* y al lado un determinativo que indique la acepción: el signo de "arbusto".

(1) Véase la *Encyclopoedia Brit.*, artículo *China*, pág. 218.

(2) Traducimos por fidelidad el ejemplo inglés. Fácil sería buscar un equivalente español; por ejemplo: en la palabra vela, según su acepción de accesorio marítimo, bujía, vigilia, etc. — (N. del T.).

Y existe un verbo *box* (boxear), que significa pelear con los puños. Aquí sería necesario otro determinativo: pudiéramos añadir dos espadas en cruz, signo que suele emplearse en los mapas para indicar una batalla. Aplicada al teatro, *box* (palco) necesitaría otro determinativo, y así sucesivamente en toda una serie de fonogramas.

Es manifiesto que la escritura china tiene un sistema muy peculiar y complicado de escritura por signos. Hay que aprender gran número de caracteres y acostumbrar la inteligencia a su empleo. La fuerza para la idea y la discusión no se puede medir por las normas occidentales, pero nos cabe dudar si con tal instrumento es posible establecer una mentalidad amplia, común, como la establecen los más sencillos y rápidos alfabetos de las civilizaciones occidentales.

En China creó una clase letrada especial, la de los mandarines, que era también la clase directora oficial. La indispensable concentración de pensamiento en las palabras y formas clásicas, más que en las ideas y realidades, parece haber estorbado grandemente el desarrollo social y económico de la China, a pesar de su relativo natural pacífico y de las altísimas cualidades intelectuales que muestran los individuos de aquel pueblo. Probablemente, por la complejidad de su lengua y escritura, más que por otra cualquiera causa imaginable, la China de hoy ha venido a ser, política, social e individualmente, una gran balsa de rezagados y no la potencia más fuerte del mundo entero ([3]).

§ 2. *Escritura silábica*

Pero mientras la mente china iba labrándose así un instrumento probablemente harto complicado de estructura harto difícil de manejar y harto inflexible en su forma para las modernas necesidades de comunicación sencilla, rápida, exacta y lúcida, las crecientes civilizaciones occidentales iban resolviendo el problema de escribir en términos totalmente diversos y, por lo general, más ventajosos. No se propusieron mejorar su escritura para hacerla más rápida y fácil, pero las circunstancias concurrieron para que lo fuese. La escritura pictórico sumeria, que tenía que hacerse en barro y con estilete, lo cual dificultaba y hacía muy toscas las líneas curvas, degeneró muy presto en un rayado convencional de signos en forma de cuña (cuneiforme), en una indicación casi irreconocible de las formas aludidas. Lo mal que dibujaban hizo que los sumerios aprendieran a leer muy pronto. Llegaron rápidamente a las pictografías, ideografías y fonogramas chinos y los dejaron atrás.

([3]) Cree el Sr. L. Y. Chen, amigo del autor, que esto sólo es verdad en parte. Opina que los emperadores insistieron en el estudio minucioso y riguroso de los clásicos para dificultar las innovaciones intelectuales. Este fué en especial el caso de los emperadores Ming, el primero de los cuales, al reorganizar con bases más estrechas el sistema de exámenes, dijo terminantemente: "Esto hará caer en mi trampa a todos los intelectuales del mundo". Los cinco clásicos y los cuatro libros tienen presa la mente china.

Todos conocen esos pasatiempos llamados jeroglíficos. Es una manera de representar las cosas por dibujos, no de lo que representan, sino de otras cosas que tienen sonido semejante. Por ejemplo: una cara de hombre y una vela, dibujadas, quiere decir *carabela* ([4]). La lengua sumeria era una lengua muy a propósito para esta clase de representaciones. Era, según parece, lengua de polisílabos, a menudo muy largos, formados por muy distintas sílabas inalterables; y muchas de estas sílabas, tomadas separadamente, significaban cosas concretas. Por lo tanto, la escritura cuneiforme se transformó muy presto en una forma silábica de escritura en que cada signo contiene una sílaba precisamente como la contiene cada acto de una charada en acción. Cuando los semitas conquistaron después la Sumeria, adaptaron el sistema silábico a su lengua propia, de modo que la escritura vino a ser escritura de signo por sonido. Así la usaron asirios y caldeos. Pero no era escritura de letras, sino de sílabas. La escritura cuneiforme prevaleció durante largas épocas en Asiria, Babilonia y la generalidad del próximo Oriente; quedan vestigios de ella en algunas letras de nuestro alfabeto actual.

§ 3. *Escritura alfabética*

Mas, entretanto, en Egipto y la costa mediterránea fué formándose otro sistema de escritura. Sus comienzos están probablemente en la escritura sacerdotal (jeroglífica) de los egipcios, que vino a ser en parte, de la manera habitual, un sistema de sonido por signo. Tal como la vemos en los monumentos de Egipto, la escritura jeroglífica consistía en formas decorativas, pero rígidas y muy trabajadas; mas para fines tales como los epistolares, las recetas médicas, etc., los sacerdotes egipcios usaban otra forma más sencilla y corriente de los mismos caracteres: la *escritura hierática*. Al lado de la escritura hierática surgió otra, derivada también, probablemente, de los jeroglíficos, escritura perdida hoy para nosotros, que fué adoptada por varios pueblos no egipcios del Mediterráneo: los fenicios, libios, lidios, cretenses y celtíberos, que la usaron para sus fines. Es posible que se tomaran algunas letras

([4]) El traductor sustituye aquí por un elemental ejemplo español los dos ejemplos ingleses citados por Mr. Wells. — (N. del T.).

del alfabeto cuneiforme. En manos extrañas aquella escritura quedaba, por decirlo así, arrancada de sus raíces; perdió todo lo que tenía, salvo algún residuo, de carácter pictórico. Dejó de ser pictográfica o ideográfica, y se convirtió en sistema de sonido puro por signo; más sencillamente, en *alfabeto*.

Hubo en el Mediterráneo cierta cantidad de alfabetos muy diferentes entre sí. Ha de advertirse que el alfabeto fenicio (y otros quizá) omitían las vocales. Es posible que pronunciaran las consonantes muy duras y tuvieran vocales algo indeterminadas, como ocurre hoy todavía entre las tribus de la Arabia del Sur. Hay muchas probabilidades también de que los fenicios usaran su alfabeto al principio, no tanto para la escritura como por las letras iniciales aisladas, en la contabilidad de sus negocios. Uno de los alfabetos mediterráneos llegó a los griegos mucho después de los tiempos de la *Iliada*, y los griegos lo trabajaron para hacerle expresar los claros y hermosos sonidos de su lengua aria, tan alta ya en su desarrollo. En un principio, consistía tan sólo de consonantes; los griegos le añadieron las vocales. Empezaron a escribir para registrar hechos, para auxiliar y fijar su tradición bárdica.

§ 4. *El lugar de la escritura en la vida del hombre*

Así, por una serie de pasos muy naturales, fué tomando incremento la escritura en la vida del hombre. Al principio, y durante largas edades, fué interés y secreto de un reducido grupo de hombres pertenecientes a una clase especial, mero accesorio en el registro pictórico. Pero había ventajas manifiestas que conquistar, aparte de la más cabal expresión de maneras de sentir y cualidades de las cosas, con una escritura menos directa que la pintura de las cosas mismas, convencionalizada y codificada. Una de ellas era la de hacer inteligibles los mensajes para el expedidor y el receptor, pero no para los que no estuviesen iniciados. Otra, la de consignar varios asuntos para ayuda de la memoria y para su grupo amigo, sin confiar demasiado a la masa común. Hay, por ejemplo, entre las escrituras egipcias más antiguas que se conocen, recetas médicas y fórmulas mágicas. Cuentas, cartas, recetas, nóminas, itinerarios: tales fueron los primeros documentos escritos. Después, a medida que se extendió el arte de escribir y el de leer, entró el ansia curiosa y patética, tan común entre los seres humanos, de asombrar a las personas extrañas y remotas escribiendo algo llamativo: un secreto que se posee, un raro pensamiento, o sólo el nombre propio, para que mucho después de muerto el que lo escribió pueda herir los ojos y la mente del que lea. En Sumeria misma se escribía en la pared, y todo lo que ha llegado a nosotros del mundo antiguo, rocas y edificios, está cu-

bierto por los nombres y las jactancias de los más señalados anunciantes de la humanidad, de los reyes. Quizás la mitad de las inscripciones más antiguas del mundo sea de esa naturaleza si unimos a los nombres y a las jactancias los epitafios, probablemente dispuestos con anterioridad, en la mayoría de los casos, por el difunto.

Durante mucho tiempo, el deseo de afirmar crudamente la propia personalidad con los garabatos de un nombre y el gusto de la inteligencia secreta, mantuvo a la escritura dentro de muy estrechos límites; pero ese otro deseo más verdaderamente social del hombre, el deseo de *contar*, intervino también. Las más hondas posibilidades de la escritura, las posibilidades de extender con amplitud, definir y asentar los conocimientos y tradiciones, quizá no se manifestaron hasta después de largas épocas. Pero en este punto y coyuntura será interesante recapitular ciertos hechos elementales de la vida, en que se insistió ya en los primeros capítulos porque iluminan, no sólo el inmenso valor de la escritura en toda la magnitud de la historia del hombre, sino también el papel que le reserva el futuro.

1. La vida en sus comienzos, importa recordarlo, no tuvo más que una repetición discontinua de conocimientos, como el de que los viejos se morían y los jóvenes acababan de nacer.

Un reptil, como ser, tiene cerebro capaz de experiencia; pero cuando el individuo muere, su experiencia muere con él. La mayor parte de sus motivos son puro instinto, y toda la vida mental que tiene es resultado de la herencia (transmisión por el nacimiento).

2. Pero los mamíferos ordinarios añadieron al puro instinto la *tradición*, tradición de experiencia impartida por la imitación del ejemplo materno, y además en el caso de animales desarrollados mentalmente, como los perros, los gatos y los monos, por una especie de precepto mudo. Por ejemplo: la gata castiga a su cría si ésta se desmandra. Así hacen con sus hijos los monos y los mandriles.

3. El hombre primitivo, a sus facultades transitorias de la experiencia añadió el arte representativo y el habla. Empezaron a registrarse los hechos pictórica y escultóricamente, y dió comienzo la *tradición verbal*.

La tradición verbal dió su máxima posibilidad con los bardos. En gran parte se les debe lo que es hoy el lenguaje para el mundo.

4. Con la invención de la escritura, desarrollo de la notación pictórica, la tradición humana pudo lograr mayor plenitud y ser más exacta. La tradición verbal, que había ido cambiando según el tiempo, empezó a fijarse. Hombres separados por centenares de millas pudieron comunicarse sus pensamientos. Un número creciente de seres humanos empezó a participar de unos conocimientos escritos comunes y de un sentimiento común de lo

pasado y de lo futuro. El pensar, para el hombre, vino a constituir una amplia operación en la cual centenares de inteligencias, en lugares y en épocas distintos, reaccionaron unas sobre otras; se convirtió en un proceso cada vez más continuo y sostenido...

5. Pasaron cientos de generaciones sin que la facultad plena de la escritura se revelara al mundo, porque durante mucho tiempo la idea de multiplicar lo escrito, sacándolo de una primera copia, no se hizo efectiva. La única manera de multiplicar la escritura consistia en hacer una copia cada vez, lo cual hacia raros y costosos los libros. Además, la tendencia a guardar en secreto las cosas, a convertirlas en culto y misterio, llevando así ventaja a la generalidad de los hombres, ha tenido siempre mucha fuerza en la mente de la humanidad. Sólo hoy las grandes masas de ésta aprenden a leer para encaminarse hacia los tesoros de ciencia y pensamiento almacenados en los libros.

Sin embargo, a contar desde los primeros escritos, una nueva especie de tradición, duradera e inmortal, tuvo comienzo en la mente del hombre. La vida de la humanidad fué tomando cada vez más clara conciencia de sí y del mundo. En la historia vamos siguiendo una estrecha raya de crecimiento intelectual, primero en un mundo de tumultuosa ignorancia y descuido: es como una mera línea de luz que penetrara en un cuarto oscuro por la abertura de una puerta ajustada; poco a poco va ensanchándose, creciendo. Llega por fin un día en que, en Europa, la puerta, al empuje del impresor, empieza a abrirse más rápidamente. Brota la llama de la ciencia, y a medida que brota deja de ser privilegio de una minoría favorecida. Para nosotros la puerta se abre más aún, y la luz se hace más resplandeciente. Pero aún hay nieblas y brilla entre nubes de polvo y humo.

La puerta ya no está abierta a medias; pero la luz está recién encendida. Nuestro mundo de hoy se halla en los principios del conocimiento.

XVIII

DIOSES Y ASTROS, SACERDOTES Y REYES

§ 1. *Entra en la historia el sacerdote*

CUANDO dirigimos la atención a las nuevas acumulaciones de seres humanos que comenzaban a formarse en Egipto y Mesopotamia, nos encontramos con que uno de los principales elementos de toda ciudad es un templo o grupo de templos. En ciertos casos levántase junto a él, en aquellas regiones, un palacio real; pero casi siempre el templo domina al palacio. La presencia del templo se da igualmente en las ciudades fenicias que en las griegas y romanas a medida que se edificaban. El palacio de Cnossos, con sus disposiciones de comodidad y placer, y las ciudades afines de los pueblos egeos, tienen altares; pero en Creta existen también templos que se levantan por separado de las casas-palacios de la ciudad. Encontrámoslos en todo el antiguo mundo civilizado; allí donde pone el pie la civilización primitiva, en Africa, en Europa o el Asia occidental, surge un templo, y donde más antigua es la civilización, en Egipto y Sumeria, el templo está tanto más en evidencia. Al arribar Hannón al que estimaba punto extremo-occidental de Africa, alzó allí un templo a Hércules. Comienzo de civilización y aparición de templo son simultáneos en la historia. El uno trae la otra. El surgir de las ciudades es la etapa de la historia marcada por el templo.

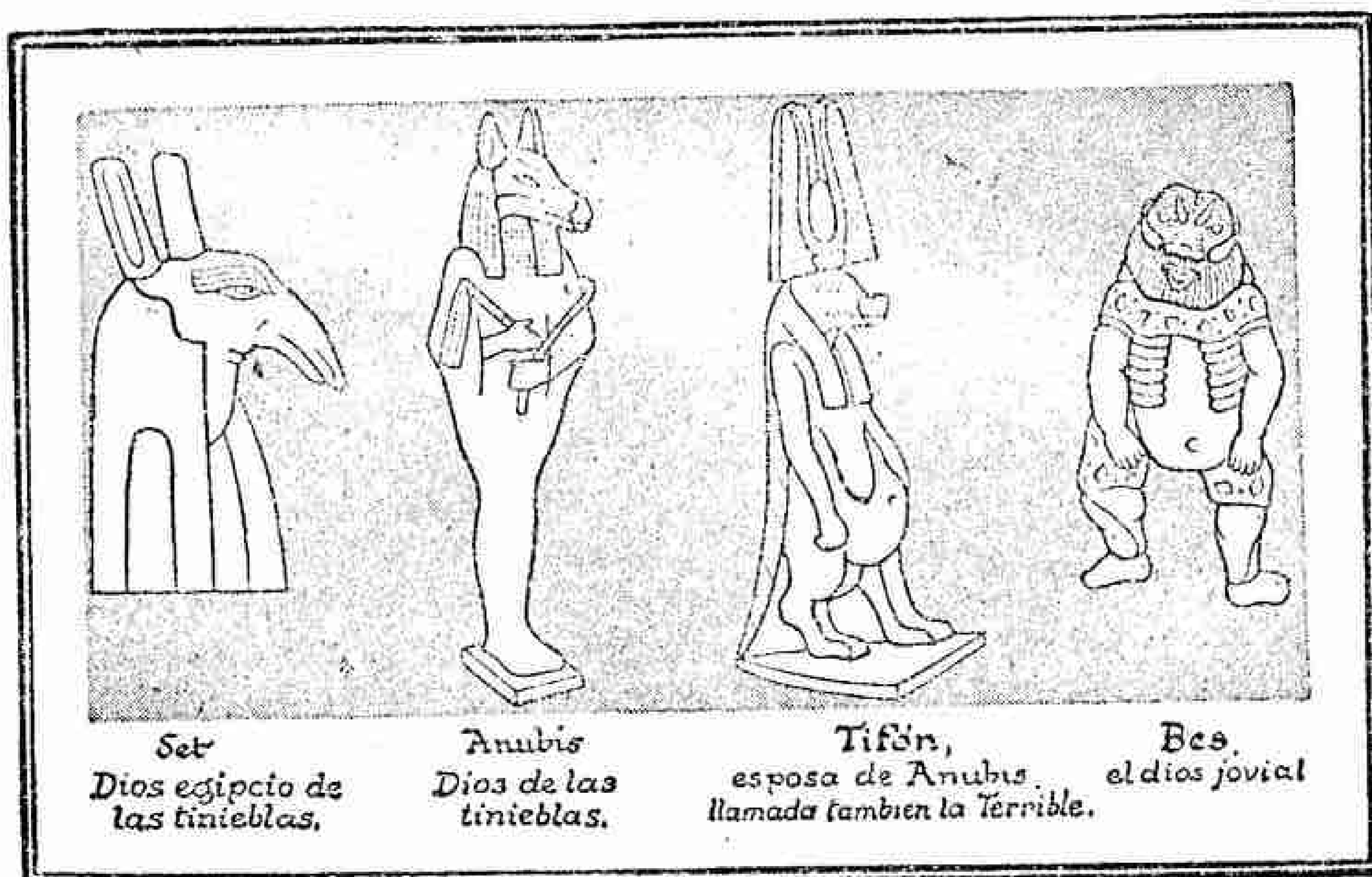
En todos aquellos templos había un altar; dominándolo, solía haber una gran efigie de forma monstruosa semianimal, ante la que estaba el ara de los sacrificios. En los templos griegos y romanos, empero, la divinidad tenía forma humana. Considerábase a la efigie como el dios o la imagen o el símbolo del dios para cuyo culto el templo existía. Y en conexión con el templo había una cantidad, a menudo considerable, de sacerdotes o sacerdotisas y servidores del templo, que llevaban por lo general trajes distintivos, y constituían una parte importante de la población de la ciudad. No pertenecian a casa ninguna; formaban una casa de nuevo carácter propia de ellos. Eran una casta, una clase aparte, y reclutaban lo más inteligente de la población general.

El deber primario del sacerdocio referíase al culto y a los

sacrificios al dios del templo. Estos se verificaban, no en un tiempo cualquiera, sino en tiempos y estaciones determinados. Había entrado en la vida del hombre, con la ganadería y la agricultura, un sentimiento de diferencia entre los tiempos del año y entre los días mismos. Los hombres empezaban a trabajar y a necesitar días de descanso. El templo, con sus festivales, llevaba la cuenta. El templo, en la ciudad antigua, era como el reloj y el calendario sobre la mesa de escribir.

Pero servía de centro a otras funciones. En los primeros templos llevábase el registro y la contabilidad de los acontecimientos, y en ellos tuvo principio la escritura. Allí se albergaba el saber. El pueblo acudía al templo, no sólo en masa por las festividades, sino también individualmente en demanda de ayuda. Los primeros sacerdotes eran además médicos y magos. En sus templos hallamos ya esas menudas ofrendas, hechas con fines privados y particulares, que vemos aún en las capillas católicas, los *ex votos*, modelitos de corazones aliviados y de miembros restaurados, en reconocimiento de plegarias oídas y votos aceptos.

Claro está que aquí tenemos aquel elemento relativamente sin importancia en la vida de los primeros nómadas, el médico, el guardián del altar, el cronista, que desarrollándose con la comunidad, y como parte de su desarrollo, ha venido a ser algo de grandísima importancia. Y es igualmente evidente que el primitivo temor a los seres extraños (la esperanza de lograr su ayuda), el deseo de volverse propicias unas fuerzas desconocidas, el anhelo primitivo de purificación y el ansia primitiva de poderío y

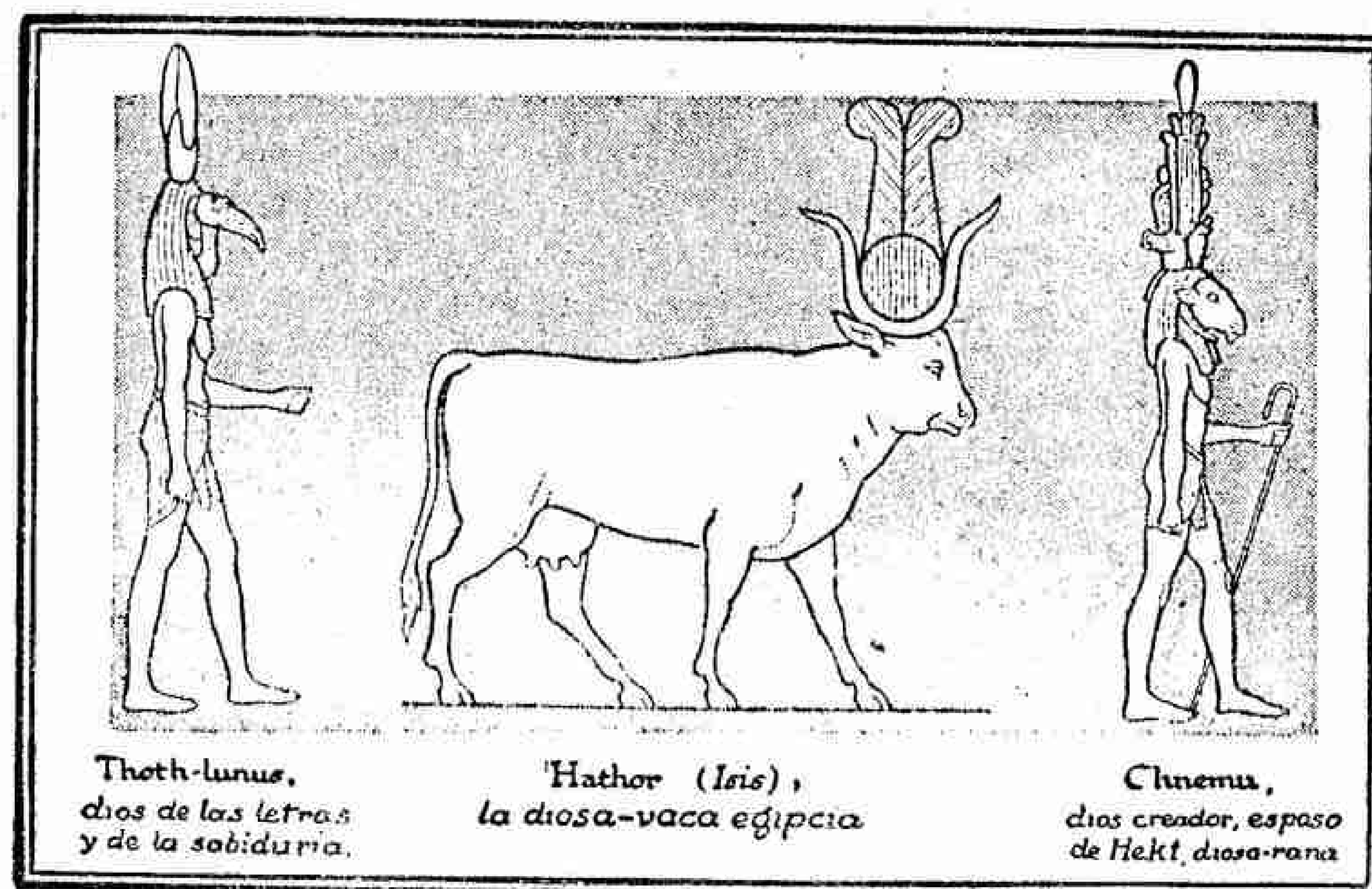


Set Dios egipcio de las tinieblas. — *Anubis* Dios de las tinieblas. — *Tifón*, esposa de Anubis llamada también la Terrible. — *Bes*, el dios jovial

saber contribuyeron a la cristalización de este nuevo hecho social: del templo.

Acumulábanse en él complejas necesidades, surgía de muchas raíces y menesteres, y el dios que lo dominaba era creación de muchas imaginaciones, estaba formado por toda suerte de impulsos, ideas y cuasi-ideas. Aquí había un dios en quien predominaba una suerte de ideas, y allí otro. Hay que insistir un poco en esta confusión y variedad de origen de los dioses, porque existe hoy una abundantísima bibliografía acerca de los orígenes religiosos, que en ciertos escritores acentúan esta idea, los otros aquélla —ya indicamos algunas en nuestro capítulo acerca del "Pensamiento primitivo"— como si fuese la idea única. El profesor Max Müller, en su tiempo, repitió perpetuamente, por ejemplo, la idea de los mitos solares y del culto al sol. Querría que pensáramos que los primeros hombres no tuvieron jamás anhelos o temores, ansias de poderío, pesadillas o fantasías, sino que estuvo meditando en perpetuidad sobre la benéfica fuente de la luz y de la vida en el cielo. La aurora y el ocaso, en la vida diaria, son hechos conmovedores, pero hay, a más de esos dos hechos, otros muchos. Las divagaciones de la niñez y de la juventud son acaso el hilo mejor que tenemos para comprender la base fundamental de la religión primitiva; todo el que recuerde sus primeras experiencias mentales, se dará cuenta muy fácilmente de la vaguedad, monstruosidad e incoherente variedad de los dioses primeros. Hubo, sin duda, muy temprano, en la historia de los templos, dioses del sol, pero también hubo dioses hipopótamos y dioses halcones; había diosas vacas, había dioses monstruosos masculinos y femeninos, había dioses terroríficos y dioses de una rareza adorable; había dioses que no eran más que pedruscos meteóricos caídos asombrosamente del cielo y dioses que no eran sino piedras naturales que asumían por azar una forma extraña e impresionante. Algunos dioses, como Marduk de Babilonia y el Baal (esto es, el Señor) de los fenicios, cananeos, etcétera, no fueron, en el fondo, sino seres legendarios maravillosos, como los que hoy inventan para sí los chiquillos. Dícese que los primeros semitas, en cuanto pensaban en un dios, le inventaban una esposa; muchos dioses egipcios y babilónicos eran dioses casados. Pero los dioses de los semitas nómadas no tenían esa disposición para el matrimonio. Los habitantes de las estepas hambrientas no buscaban hijos con tanto afán.

Más natural todavía que el proveer de esposa a un dios es proveerle de casa en que vivir y a la que puedan llevarse ofrendas. El hombre sabedor, el mago, ha de ser naturalmente el custodio. Cierto retraimiento, cierto apartamiento, aumentan mucho el prestigio del dios. Las etapas en que se desarrollaron el tem-



Thoth-lunus, *dios de las letras y de la sabiduría.* — Hathor (*Isis*), *la diosa-vaca egipcia* — Chnemu, *dios creador, esposo de Hekt, diosa-rana*

plo y el sacerdocio primitivos, en cuanto una población agrícola se asentaba y comenzaba a tomar incremento, son perfectamente naturales y comprensibles, a partir del templo alargado con imagen, altar y ara al extremo de la luenga nave en que situaban los adoradores. Este templo, por los registros que llevaba y los secretos de que era guardador, porque era centro de poderío, advertencia e instrucción, porque solicitaba y atraía a su servicio a los más inteligentes, vino a ser poco a poco algo así como el cerebro de la creciente comunidad. La actitud de los hombres ordinarios, que labraban los campos y pastoreaban las reses, con respecto al templo, sería de sencillez y credulidad. Allí vivía el dios, rares veces visto y encarecido por el pensamiento, que daba la prosperidad con su aprobación y cuya cólera era equivalente a infortunio; podía volvérsele propicio mediante pequeños dones y obtener la ayuda de sus siervos. Era prodigioso, y de tal poderío y saber, que no se le podía faltar al respeto ni aun con el pensamiento. En el sacerdocio, sin embargo, el pensamiento se alzó a nivel un poco más elevado.

§ 2 *Los sacerdotes y los astros*

Hemos de anotar ahora un hecho interesantísimo acerca de los principales templos egipcios y, a lo que podamos saber —porque las ruinas no son tan claras—, de los babilónicos: que estaban "orientados", que los templos se construían siempre de modo

que el altar y la entrada se hallaran situados en la misma dirección. En los templos babilónicos solía ser hacia el Este, mirando a la salida del sol en los días 21 de marzo y de septiembre, los equinoccios; y se ha de advertir que en el equinoccio de primavera se desbordaban el Eufrates y el Tigris. Las pirámides de Gizeh también están orientadas de Este a Oeste y la esfinge mira al Este, pero muchísimos templos egipcios situados al Sur del delta del Nilo no miran al Este, sino al punto por donde sale el sol en el día más largo —y en Egipto la inundación cae junto a ese día—. Otros, sin embargo, miran casi al Norte y otros al orto de la estrella Sirio o al de otras estrellas importantes. El hecho de la orientación se enlaza con el hecho de una estrecha asociación existente entre varios dioses y el sol y varias estrellas fijas. Fueran cualesquiera los pensamientos de la masa popular, los sacerdotes de los templos empezaron a relacionar el movimiento de los cuerpos celestes con el poderío de los altares. Empezaron a pensar en los dioses a quienes servían y a buscarles nuevos significados, a cavilar sobre el misterio de los astros. Era para ellos muy natural el suponer que aquellos cuerpos brillantes, tan irregularmente distribuidos, que giraban tan solemnes y silenciosos habían de estar cargados de portentos para la humanidad.

Entre otras cosas, la orientación de los templos sirvió para fijar y favorecer la festividad anual de Año Nuevo. En una mañana del año, y sólo en una, en un templo orientado hacia el orto del sol en el solsticio de verano, los primeros rayos solares, rasgando la obscuridad del templo y su largo paso de columnas, iluminarían, radiantes de gloria, al dios del altar. La estructura angosta, sombría, de los templos antiguos parece calculada expresamente para tal efecto. Sin duda, el pueblo estaría reunido en las tinieblas, antes del alba, cantando y quizá ofreciendo sacrificios; sólo el dios permanecería mudo e invisible. Harianse plegarias e invocaciones. Luego, ante los ojos de los adoradores, sensibilizados por la oscuridad, cuando el sol se alzara tras ellos, resplandecería el dios súbitamente.

Así los que han estudiado la orientación, como Sir Norman Lockyer, (1) han hallado, por fin una explicación de ella. No sólo aparecen orientados los más de los templos de Egipto, Asiria, Babilonia y Oriente, sino los templos griegos; Stonehenge está orientado hacia el orto del solsticio de verano, e igualmente la mayoría de los círculos megalíticos de Europa; el Templo del Cielo, en Pekín, está orientado hacia el solsticio de invierno. En los días del Imperio Chino, hasta pocos años ha, uno de los más impor-

(1) En su *Dawn of Astronomy*.

tantes deberes era el de ofrecer sacrificio y orar en el templo, en demanda de un año propicio, el día del solsticio de invierno.

Los sacerdotes egipcios agruparon las estrellas en constelaciones y dividieron el Zodíaco en doce signos, hacia el año 3000 antes de J. C....

§ 3. *Los sacerdotes y el alborear de la ilustración*

Obvia de todo punto es la evidencia de investigación astronómica y desarrollo de ideas tocantes a la astronomía, pero no es sino la más evidente de las muy considerables actividades intelectuales que tenían campo de acción en el recinto de los antiguos templos. Hay en muchos escritores modernos una curiosa disposición para menospreciar a los sacerdotes, hablando de ellos como si no fuesen más que impostores y embaucadores, validos de la simplicidad humana. Pero, a decir verdad, fueron durante mucho tiempo la única clase capaz de leer y escribir, los únicos letrados y los únicos pensadores; todas las clases profesionales del tiempo, en ellos estaban. No era posible vida intelectual ninguna, no había acceso a la literatura ni a ninguna rama del saber, más que por el sacerdocio. Los templos no eran solamente observatorios, bibliotecas y clínicas: eran también museos y tesoros. El original del *Periplo* de Hannón estuvo expuesto en un templo de Cartago; tendiéronse y atesoráronse en otro sus pieles de "gorila". Todo lo que tenía estabilidad en la vida común, allí encontraba asilo. Herodoto, el primer historiador griego (485-425 antes de J. C.), recibió de los sacerdotes, en los países por donde anduvo viajando, la mayor parte de sus materiales, y es evidente que le recibieron con generosidad y pusieron completamente a disposición de él sus recursos nada escasos. Fuera de los templos, el mundo era todavía un mundo de seres humanos totalmente iletrados y vacíos de pensamiento, que iban viviendo al día, sólo para sí. Hay, además escasos signos de que la comunidad se sintiese engañada por los sacerdotes, o tuviese otra cosa que confianza y afecto para el sacerdocio primitivo. Los mismos grandes conquistadores de los últimos tiempos cuidábanse mucho de tener de su parte a los sacerdotes de las naciones y ciudades cuya obediencia deseaban, a causa de la inmensa influencia popular que tenían.

Hubo, sin duda, grandes diferencias de templo a templo y de culto a culto, en cuanto a espíritu y calidad del sacerdocio. Algunos habría tal vez crueles, algunos viciosos y codiciosos, muchos torpes y doctrinarios, estúpidos con tradición, pero se ha de tener presente que la degeneración o la ineficacia del sacerdocio tenían distintos límites. Era necesario que mantuviesen su influjo

sobre la mente del pueblo. No podían ir más allá de lo que el pueblo soportara, ya hacia las tinieblas, ya hacia la luz. Su autoridad descansaba, en último término, en la persuación de que su actividad era propicia.

§ 4. *El rey contra el sacerdote*

Claro está que los primeros gobiernos civilizados fueron esencialmente gobiernos sacerdotales. No fueron reyes ni capitanes los que primeramente guiaron a los hombres hacia una nueva vida sedentaria y de labranza; fué la idea de los dioses y de la abundancia quien obtuvo la aquiescencia de la generalidad de los hombres. Sabemos que los primeros jefes de Sumeria fueron todos sacerdotes, reyes sólo porque eran jefes de los sacerdotes. El gobierno sacerdotal tenía sus puntos flacos, así como su bien arraigada fuerza peculiar. La fuerza de un sacerdocio es toda para un solo pueblo, a quien subyuga con misteriosos temores y esperanzas. El sacerdocio puede unir a su pueblo para la guerra, pero su tradicionalismo y todos sus métodos le hacen inadecuado para la dirección militar. Contra un enemigo exterior, un jefe sacerdote carece de fuerza.

Por otra parte, el sacerdote es un hombre que ha hecho voto, que se ha ejercitado y consagrado, que pertenece a un cuerpo especial del que toma, necesariamente, cierto "espíritu del cuerpo." Ha hecho entrega de su vida al templo y al dios, lo cual es excelente para el interno vigor de su sacerdocio y de su templo. Vive o muere en honor de su dios particular. Pero en el pueblo cercano hay otro templo y otro dios. La preocupación constante del sacerdote es guardar contra aquel dios a su pueblo. Los cultos religiosos y los sacerdocios son por naturaleza sectarios; se convertirán, se sobrepondrán, pero no se incorporarán nunca. Lo primero que echamos de ver en Sumeria, a la luz nebulosa e incierta que precede a su historia, es una lucha de sacerdotes y dioses: hasta que fueron vencidos por los semitas, jamás estuvieron unidos los sumerios; e igual conflicto incurable de sacerdocios consta grabado en las ruinas de los templos de Egipto. No podía ser de otro modo si se tienen en cuenta los elementos de que surgieron las religiones.

De estas dos debilidades principales de todo sacerdocio, es decir, de la incapacidad de una jefatura militar eficiente y de los inevitables celos entre unos y otros cultos religiosos, hubo de surgir el poderío real con carácter seglar. O vencía el extranjero enemigo e imponía rey al pueblo, o los sacerdotes, para no ceder ante los otros, nombraban un capitán para el tiempo de guerra, el cual conservaba más o menos facultades en tiempo de paz.

Este rey seglar estableció en torno suyo un grupo de dignatarios y en lo referente a la organización militar, empezó por tomar parte en la administración de los asuntos del pueblo, antes llevada por los sacerdotes. Así, creado por el sacerdocio y al lado del sacerdote, el rey, protagonista de la clase sacerdotal, aparece



Un Rey asirio y su Primer ministro

en el escenario de la historia humana: muchas experiencias subsiguientes de la humanidad han de entenderse tan sólo como elaboración, complicación o deformación de la lucha, inconsciente o deliberada, entre los dos sistemas de dominio sobre los hombres: el templo y el palacio. En los centros originarios de la civilización es donde aparece este antagonismo más completo en su desarrollo. Los pueblos arios bárbaros no pasaron nunca en el camino de su

civilización por una fase de predominio del templo; llegaron a la civilización muy tarde; se encontraron ya con el drama a medio representar. Apoderáronse de ambas ideas, templo y realeza, cuando ya estaban muy elaboradas y desarrolladas por los hombres de raza camítica o semítica por ellos vencidos.

La mayor importancia de los dioses y de los sacerdotes en los comienzos de la historia de la civilización mesopotámica es muy visible, pero gradualmente el palacio fué ganando terreno hasta que estuvo, al cabo, en posición de luchar definitivamente por el poder supremo. Al principio, el palacio se levanta ignorante y desamparado, frente al templo; sólo conocen la lectura los sacerdotes, suyo es todo el saber y el pueblo los teme. Pero en las disensiones que se suscitan entre los varios cultos, encuentra su sazón el palacio. De otras ciudades, de entre los cautivos, de otros cultos derrotados o suprimidos, va obteniendo el palacio hombres que también saben leer y tienen prácticas de magia. (²) La corte viene a ser asimismo centro de escrituras y crónicas; el rey piensa por cuenta propia y se hace político. Llegan a la corte mercaderes y extranjeros, y si al rey le faltan los abundantes registros y la cumplida erudición de los sacerdotes, tiene de muchas cosas un conocimiento más amplio, reciente y espontáneo. El sacerdote entra en el templo muy joven y pasa en él muchos años como neófito; el camino de las letras primitivas es lento y trabajoso; se hace erudito, se llena de preocupaciones, en vez de adquirir trato y conocimiento del mundo. Algunos sacerdotes jóvenes, entre los de mente más activa, llegan hasta a mirar con ojos de codicia el servicio del rey. Hay en este drama secular de la lucha entre el sacerdote y el rey, entre el saber y la originalidad, entre los conocimientos adquiridos y los usos tradicionales de una parte, y la voluntad creadora y la imaginación de la otra, muchas complicaciones y variaciones. No siempre, según hemos de ver, fué el sacerdote un antagonista conservador y falto de poder imaginativo. A veces un rey lucha contra un sacerdocio estrecho y obstructor; a veces el sacerdocio exige las normas de la civilización contra unos reyes salvajes, egoístas o reaccionarios.

Uno de los hechos e incidentes salientes en las primeras etapas de esta lucha fundamental de carácter político, podemos únicamente anotar aquí, entre el 4000 antes de J. C. y los tiempos de Alejandro.

(²) Cf. Moisés y los magos egipcios.

§ 5. *Cómo peleó Bel-Marduk contra los reyes*

En los días primeros de Sumeria y Acadia los reyes ciudadanos eran más sacerdotes y médicos que reyes; sólo empezó a definirse la distinción entre el sacerdote y el rey cuando los conquistadores extranjeros trataron de asentar su supremacía en relación con las instituciones existentes. Pero el dios de los sacerdotes seguía siendo el verdadero señor del país, por encima del sacerdote y del rey. Era el señor universal; la riqueza y autoridad de sus templos y dependencias eclipsaba el brillo de los del rey. Tal era el caso, especialmente, dentro de los muros de la ciudad. Hammurabi, el fundador del primer imperio babilónico, es uno de los primeros monarcas a quien vemos ejercer firme presión sobre los asuntos de la comunidad. Lo hace con extremada cortesía para con los dioses. En una inscripción que conmemora las obras de riego en Sumeria y Acadia, principia: "Cuando Anu y Bel me confiaron el dominio de Sumeria y Acadia"... Poseemos un código legal hecho por el propio Hammurabi —el código más antiguo que se conoce— y encabezándolo vemos la figura de Hammurabi recibiendo la ley de su promulgador nominal, el dios Shamash.

Acto de gran importancia política en la conquista de toda ciudad era el traslado de su dios, en calidad de subordinado, al templo de los conquistadores. Esto era mucho más importante que la sumisión de un rey por el otro. Merodach, el Júpiter babilonio, fué sacado de la ciudad por los Elamitas, y hasta que estuvo de vuelta no se sintió Babilonia independiente. Pero, en ocasiones, a un conquistador le aterraba el dios vencido. En la colección de cartas dirigidas a los Amenofis III y IV de Egipto, halladas en Tel-el-Amarna, según se dijo más arriba, hay una que procede de cierto Tusharatta, rey de Mitani, que conquistó Asiria y se llevó la estatua de la diosa Ishtar. A lo que parece, envió la estatua a Egipto, en parte como señal de reconocimiento de la soberanía de Amenofis, pero también por temor a su cólera (Winckler). Cuéntase en la Biblia (Sam., I. V, 1) cómo los filisteos se llevaron, en señal de conquista, el Arca de la Alianza del Dios de los Hebreos al templo del pez-dios, Dagón, en Ashdod, y cómo Dagón cayó y se hizo pedazos, y cómo hirió la epidemia al pueblo de Ashdod. En la historia de los últimos, en particular, dioses y sacerdotes llenan la escena: no hay en evidencia rey alguno.

En toda la historia de los imperios asirio y babilónico no hay monarca que aparezca seguro de su poderío, mientras en Babilonia no haya "dado la mano a Bel", es decir, mientras no le hayan adoptado los sacerdotes de Bel como hijo y representante del dios.

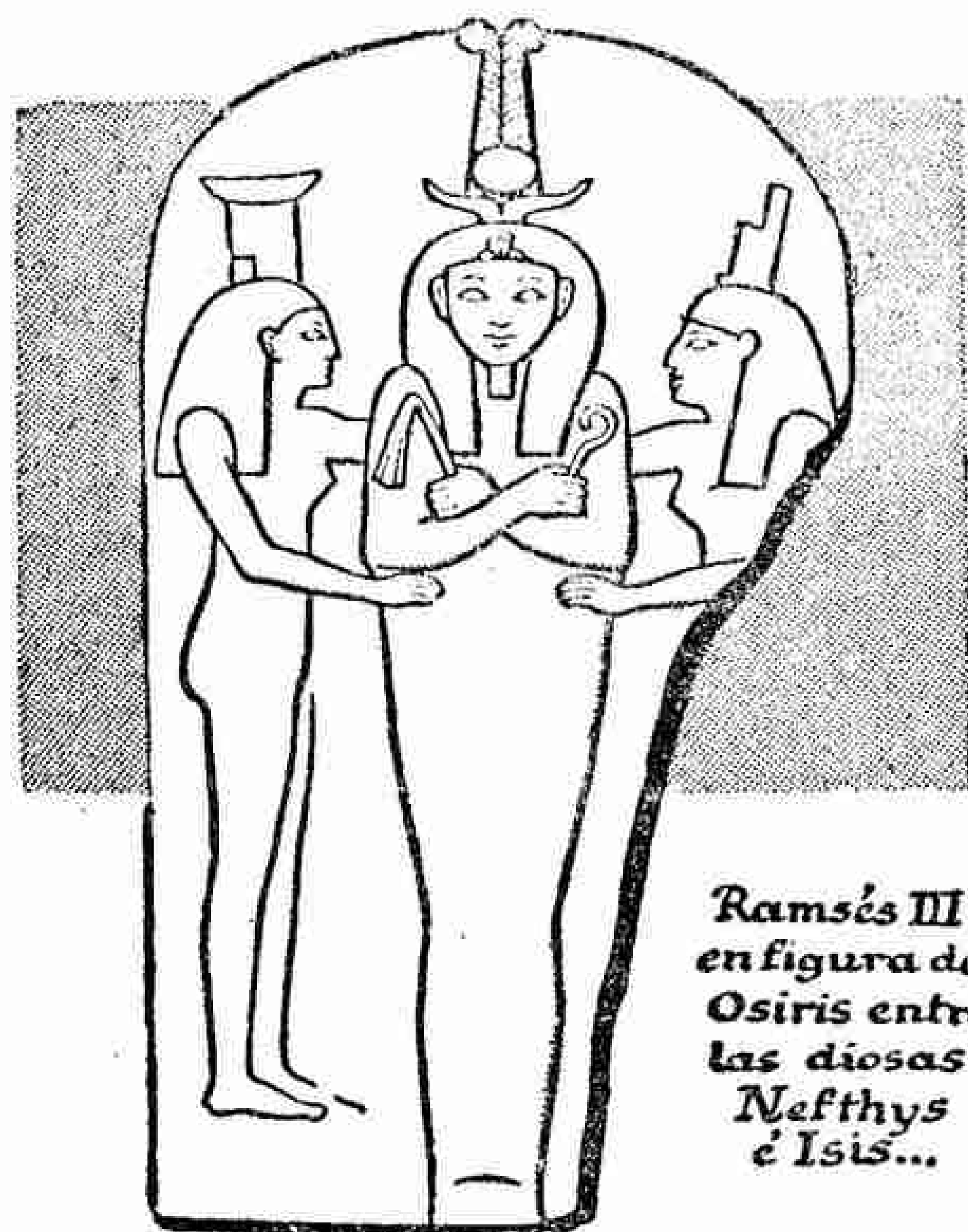
Conforme se hace más claro nuestro conocimiento de la historia de Asiria y Babilonia, resulta más evidente que la política de aquel mundo, revoluciones, usurpaciones, cambios de dinastía, intrigas con potencias extranjeras, dependió en gran parte de los conflictos entre los grandes y opulentos sacerdotes y el creciente pero todavía inadecuado poder de la monarquía. El rey confiaba en su ejército, que era por lo general un ejército mercenario de extranjeros, que se amotinaba muy pronto si escaseaba la soldada o el botín, y se dejaba sobornar fácilmente. Hemos reparado en el nombre de Senaquerib, hijo de Sargón II, entre los monarcas del imperio asirio. Senaquerib se enredó en violentas disputas con los sacerdotes de Babilonia; no dió nunca la mano a Bel; y, al cabo, ganó el poder destruyendo por completo la parte sagrada de la ciudad de Babilonia (691 antes de J. C.) y llevándose a Asiria la estatua de Bel-Marduk. Fué asesinado por un hijo suyo, y su sucesor, Esarhaddón (hijo suyo pero no el asesino), encontró el recurso de restablecer a Bel-Marduk reedificándole el templo, y haciendo así las paces con el dios.



KEFRÉN

Asurbanipal (en griego Sardanápalo), el hijo de Esarhaddón, es figura que tiene particular interés en lo que se refiere a las relaciones entre el sacerdocio y la realeza. La reconciliación de su padre con los sacerdotes de Bel-Marduk llegó hasta el punto de que a Sardanápalo se le dió educación babilónica en vez de la educación militar asiria. Fué gran coleccionista de los documentos del pasado, consignados en arcilla, y su biblioteca, que se ha desenterrado, es hoy la más preciosa fuente de material histórico que hay en el mundo. Pero con todo su saber, conservó en su puño el ejército asirio; conquistó temporalmente a Egipto, sofocó una rebelión en Babilonia y llevó a cabo cierto número de expe-

diciones afortunadas. Como dijimos ya en el capítulo XVI, fué casi el último de los monarcas asirios. Las tribus arias, más entendidas en la guerra que en el sacerdocio, y en particular los escitas, los medas y los persas, habían estrechado durante mucho tiempo a Asiria por el Norte y el Nordeste. Los medas y los persas hicieron alianza con los caldeos, nómadas semitas, del Sur, para someter entre todos a Asiria. Ninive, la capital de Asiria, cayó en su poder en 606 antes de J. C. Sesenta y siete años después de la toma de Ninive por los arios, que dejaron Babilonia a los semitas caldeos, el último monarca del Imperio Caldeo (Segundo Imperio Babilónico), Nabonido, padre de Baltasar, fué vencido por Ciro el persa. También Nabonido fué monarca de educación esmeradísima, que atesoró gran inteligencia e imaginación, pero no el suficiente saber más humilde que requieren en este mundo los asuntos de estado. Hizo investigaciones arqueológicas, y a ellas debemos la fecha de 3750 antes de J. C., que se le asigna a Sargón I, y que es aceptada aun hoy por muchos autores. Enorgulleciase de tal determinación y dejó inscripciones para conmemorarla. Está fuera de duda que fué innovador en materia religiosa; construyó y reedificó templos e intentó centralizar la religión en Babilonia llevando cierto número



Relieve de la tapa de un sarcófago conservado en Cambridge (tomado de Sharpe)

Sarcófagos de Ramsés III. Inscripción alrededor de los bordes de la tapa (hasta donde es descifrable): "Osiris, Rey del Alto y del Bajo Egipto, señor de dos países.... hijo del Sol, amado de los dioses, señor de diademas, Ramsés, principe de Heliópolis, triunfador! Tú estás en condición de dios, te levantarás como Usr, no hay enemigo para ti, te doy el triunfo sobre ellos..." BUDGE, **Catálogo, Colección Egipcia, Museo Fitzwilliam, Cambridge.**

de dioses locales al templo de Bel-Marduk. Sin duda se hacía cargo de que tantos cultos en conflicto debilitaban y desunían el imperio, y tenía en la cabeza algún propósito de unificación.

Los acontecimientos fueron demasiado de prisa para consentirlo. Su innovación despertó manifiestamente la suspicacia y la hostilidad de los sacerdotes de Bel, que tomaron partido por los persas. "Los soldados de Ciro entraron en Babilonia sin combate." Nabonido cayó prisionero y pusiéronse centinelas persas en las entradas del templo de Bel, "donde continuaron los servicios sin interrupción."

Ciro asentó, efectivamente, el Imperio Persa en Babilonia con la bendición de Bel-Marduk. Dió satisfacción a los instintos conservadores de los sacerdotes devolviendo los dioses locales a sus templos originarios. Restableció asimismo en Jerusalén a los judíos. (3) Estas fueron sus medidas inmediatas de policía. Pero con la entrada de los irreligiosos arios al sacerdocio antiguo pagaba muy cara su continuación en los servicios del templo. Más prudente hubiera sido el haber tratado con Nabonido, hereje más formal, acerca de sus innovaciones, dando oídos a sus ideas, y haciéndose cargo de las necesidades de un mundo que se transformaba. Ciro tomó a Babilonia en 539 antes de J. C.; en 521, Babilonia sublevóse de nuevo, y en 520, otro monarca persa, Darío, derribó sus murallas. Pasados doscientos años, la vida había abandonado por completo los venerables rituales de Bel-Marduk, y el templo de Bel-Marduk servía de cantera a los constructores.

§ 6. *Los reyes-dioses de Egipto* (4)

La historia del sacerdote y el rey en Egipto guarda semejanza, pero no paralelismo, con la Babilonia. Los reyes de Sumeria y Asiria eran sacerdotes que llegaron a reyes, sacerdotes secularizados. Los faraones de Egipto no siguieron precisamente el mismo camino. Ya en los relatos más antiguos tiene el faraón un poder, una importancia que excede a la del sacerdote. Es, de hecho, un dios, más que sacerdote, y un rey. No sabemos cómo llegó a consideración semejante. No hay monarca sumerio, babilonio o asirio capaz de haber inducido a los suyos a ejecutarle una obra como las que los faraones de la IV Dinastía hicieron llevar a cabo a su pueblo con la erección de las pirámides. No es di-

(3) Véanse los dos últimos versículos del libro segundo de las Crónicas, y a Esdras, cap. I.

(4) Libro del mayor interés y valor en este punto es el de Breasted, *Religion and Thought in Ancient Egypt*.

fácil que los primeros faraones fuesen mirados ya como encarnaciones del dios dominante. El dios halcón, Horus, aparece posado junto a la cabeza de la gran estatua de Kefrén. A un monarca de tiempos tan avanzados como Ramsés III (Dinastía XIX) se la representa en su sarcófago (conservado actualmente en Cambridge, con los símbolos distintivos de los tres dioses mayores del sistema egipcio. Tiene en la mano los dos cetros de Osiris, dios del Día y de la Resurrección; en la cabeza los cuernos de la diosa vaca Hathor, el disco del sol y las plumas de Ammón Ra. Y no sólo lleva los símbolos de esas deidades, como un devoto de Babilonia llevaría los símbolos del Bel-Marduk; es los tres dioses en uno.

Encontramos también cierto número de esculturas y pinturas que fortalecen la idea de que los faraones eran efectivamente hijos de los dioses: por ejemplo, la adopción divina y el nacimiento de Amenofis III (de la Dinastía XVIII) está expresada, con extraordinario detalle, en una serie de esculturas de Luxor. Creíase además que los faraones, por su estirpe divina, no podían casarse con mujeres del barro común, y, en consecuencia, tenían que tomar esposa en su parentela, dentro de los grados de consanguinidad hoy prohibidos, y aun entre sus hermanas.

La lucha entre el palacio y el templo comenzó en la historia egipcia, por lo mismo, de modo diverso que en Babilonia, pero existió, sin duda. El profesor Maspero (en su *Nueva luz sobre el Egipto antiguo)* hace un relato muy interesante de la lucha de Amenofis IV con sacerdotes, en especial con la del dios mayor Ammón Ra, señor de Karnak. La madre de Amenofis IV no era de raza faraónica; parece ser que su padre, Amenofis III, se casó por amor con una hermosa siria, vasalla suya, llamada Tii, y el profesor Maspero halla en la posible oposición que los sacerdotes de Ammón Ra hicieron a esta reina los comienzos de la disputa. Ella inspiró tal vez a su hijo su odio fanático contra Ammón Ra. Pero Amenofis IV tuvo miras más vastas. Como el babilonio Nabonido, que vivió mil años después, tenía quizá el pensamiento de la unidad moral de su imperio. Ya hemos apuntado que Amenofis III dominó desde la Etiopía hasta el Eufrates, y que la colección de cartas suyas y de su hijo encontradas en Tel Amarna dan prueba de un interés y de una influencia extensísima. Sea como fuere, Amenofis IV se dedicó a cerrar todos los templos de Egipto y de Siria, a poner fin a todo culto sectario en toda la extensión de sus dominios y a establecer en todas partes el culto de un dios único, Atom, el disco solar. Dejó su capital Tebas, que era la ciudad de Ammón Ra, en mayor grado todavía que Babilonia lo fué luego de Bel Marduk, y la asentó en Tel Amarna; se cambió el nombre de Amenofis, que le consagraba a Ammón (Amen), por "Agnaton" (Gloria del Sol); se sostuvo diez y ocho

años contra todos los cuerpos sacerdotales del imperio y murió sin dejar de ser faraón.

Las opiniones acerca de Amenofis IV o Agnaton son muy diversas. Hay quien le mira como hechura del odio de su madre por Ammón y como esposo complaciente de una mujer hermosa. Es cierto que tuvo apasionado amor por la suya; dispuso grandes honores para ella —Egipto honraba a las mujeres y alguna vez estuvo gobernado por reinas— y se mandó hacer una escultura en que aparece con la reina sentada sobre sus rodillas; en otra se le ve dándole un beso, en un carro. Pero los mujeriegos no sirven para mantener grandes imperios frente a la dura hostilidad de las corporaciones organizadas más influyentes del reino. Otros le presentan como "fanático sombrío". En seres de esta índole es rara la dicha conyugal. Más razonable será el considerarle como a un faraón que se negó a ser dios. No sólo su política religiosa y la franca ostentación de sus afectos naturales le dan personalidad tan fuerte y original; tuvo también ideas estéticas propias: se negó a que su retrato tuviese la dulce belleza convencional de costumbre que se prestaba al dios-faraón, y su rostro, a través de treinta y cuatro siglos, nos parece el de un hombre entre tanta divina insipidez.



Agnaton (Amenofis IV)
[basado en la mascarilla del Cairo y en los relieves del Museo de Berlín]

No bastaba un reinado de diez y ocho años para una revolución como la que él meditaba, y su yerno, que le sucedió, volvióse a Tebas e hizo las paces con Ammón Ra.

Muy al final de la historia, la divinidad de los reyes fué obse-

sión del entendimiento egipcio e inficionó el pensamiento de razas altamente intelectuales. Cuando Alejandro Magno llegó a Babilonia, el prestigio de Bel-Marduk andaba ya muy decaído; pero en Egipto, Ammón Ra era todavía lo bastante dios para imponerse al conquistador griego. Los sacerdotes de Ammón Ra, por los tiempos de las Dinastías XVIII o XIX (hacia 1400 antes de J. C.) habían levantado en un oasis del desierto un templo con un oráculo. Había en él una imagen parlante del dios, que movía la cabeza, y admitía y contestaba preguntas en rollos de papel. Este oráculo florecía aún en 332 antes de J. C. El joven dueño del mundo, según se dice, emprendió un viaje exprofeso para visitarlo; llegó al santuario y la imagen salió a recibirle desde las tinieblas del fondo. Hubo un impresionante cambio de saludos. Emplearíase (dice el profesor Maspero) alguna fórmula como ésta: "¡Ven, hijo de mi sangre, que tanto me amas, a que te dé la realeza de Ra y la realeza del Horus! ¡Te doy el valor, te doy el dominio de todos los países y de todas las religiones, puestas a tus pies; te doy la fuerza para mantener unidos con tu brazo a los pueblos todos!"

Así conquistaron los sacerdotes de Egipto a su vencedor y fué dios por primera vez un monarca ario...

§ 7. *Shi-Hwang-ti destruye los libros*

No puede discutirse aquí con alguna extensión la lucha entre el rey y el sacerdote en la China. Fué también de diversa índole, como la de Egipto con respecto a la de Babilonia; pero hallamos asimismo en ella el esfuerzo del legislador por romper las tradiciones que mantenían dividido al pueblo. El emperador chino, el "Hijo del Cielo", era de por sí sumo sacerdote, y su deber primordial el de ofrecer sacrificios; en las fases más revueltas de la historia china deja de gobernar, pero sigue ofreciendo sacrificios. La clase letrada se hizo independiente muy pronto de la clase sacerdotal, convirtiéndose en corporación burocrática al servicio de los reyes y legisladores locales. Hay diferencia fundamental entre la historia de la China y las historias occidentales en conjunto. Mientras Alejandro dominaba el Asia occidental, la China, con los últimos emperadores sacerdotes de la Dinastía Chow, iba cayendo en una situación de desorden muy grave. Cada provincia ateníase a su nacionalidad y a sus tradiciones particulares, y los hunos iban penetrando de una en otra. El rey de T'sin (que vivió unos ochenta años después de Alejandro Magno), impresionado por las desdichas que la tradición causaba al país, resolvió destruir toda la literatura china, y su hijo, Shi-Hwang-ti, el "primer emperador universal", hizo una esforzada tentativa para buscar y destruir todos los clásicos existentes. Des-

aparecieron bajo su mando y él gobernó sin tradiciones, soldando a la China en una unidad que duró varios siglos; pero en cuanto pasó, volvieron a salir a luz los libros ocultos. China permaneció unida, aunque no bajo sus descendientes, sino, después de una guerra civil, con una dinastía nueva, la Dinastía Han (206 antes de J. C.). El primer monarca Han no sostuvo la campaña de Shi-Hwang-ti contra los letrados, y el sucesor suyo hizo las paces con ellos y restauró los textos de los clásicos.

XIX

SIERVOS, ESCLAVOS, CLASES SOCIALES Y HOMBRES LIBRES

§ 1. *El hombre común en el tiempo antiguo*

HEMOS esbozado en los cuatro capítulos últimos el incremento de los estados civilizados, a contar desde la primitiva agricultura neolítica, que comenzó en Mesopotamia tal vez 15.000 años ha. Al principio, más que agricultura fué horticultura; hacíase con azadón, antes de que se empleara el arado, y al pronto fué complementaria de la guarda de ovejas, cabras y reses vacunas que aseguraban la "vida" de la tribu familiar. Hemos trazado el contorno general del desarrollo de las primeras comunidades sedentarias, desde su establecimiento en regiones de fertilidad excepcional hasta la formación de pueblos y ciudades más populosas, y hemos visto surgir, del altar aldeano y del médico popular, el templo de la ciudad y el sacerdocio. Hemos señalado los comienzos de guerra organizada, primero como disputa entre aldeas, y después como lucha más disciplinada entre el sacerdote-rey y el dios de una ciudad y los de otra. Nuestro relato ha corrido con rapidez desde las primeras indicaciones de conquista e imperio de Sumeria, seis o siete mil años antes de J. C., hasta el espectáculo de los grandes imperios prósperos, con carreteras y ejércitos, inscripciones y documentos escritos, con sacerdotes ilustrados y reyes y legisladores sostenidos por una tradición ya antigua. Hemos trazado, en somero esbozo, la aparición, los conflictos y las sustituciones de los imperios de los grandes ríos. Hemos dirigido nuestra atención, en particular, hacia lo evidente de un desarrollo de ideas políticas más amplias que vemos relevarse en los actos y expresiones de hombres tales como Nabonido y Amenofis IV. Se ha dado el esquema de las conquistas acumuladas por la experiencia del hombre durante diez o quince mil años, vasto espacio de tiempo en comparación con toda la historia subsiguiente, mas periodo brevísimo si lo medimos junto a la serie de generaciones incontables que median entre nosotros y los primeros rudos seres humanos que usaron el pedernal en los albores del Pleistoceno. Pero en estos cuatro capítulos últimos nos hemos ocupado casi exclusivamente no del género humano en general, sino

únicamente de los hombres de pensamiento, de los que sabían dibujar, leer y escribir, de los que iban transformando el mundo en que vivían. Por debajo de su actividad, ¿cuál era la vida de la callada muchedumbre?

Todo esto afectaba, desde luego, a la vida del hombre común y producía cambios en ella, así como los producía en la vida de los animales domésticos y en el aspecto de las tierras cultivadas; pero eran, casi siempre, cambios que sobrevenían sin que tuviesen nada que ver con ellos la voz o la voluntad del hombre de la tierra. No se habían hecho para él la lectura y la escritura. Seguía cultivando su terruño, amando a su mujer y a sus hijos, pegando a su perro, cuidando de sus bestias, refunfuñando cuando venían malos tiempos, temeroso de la magia de los sacerdotes y del poder de los dioses, con un solo deseo: que los más poderosos no se ocuparan de él. Así estaban en 10.000 antes de J. C.; así estaba, sin mudar de naturaleza ni de probabilidades, en tiempos de Alejandro Magno; así permanece aun hoy en la mayor parte del mundo. Tuvo mejores herramientas, mejores semillas, casa un poco más sólida, y vendió sus productos en mercados de mejor organización, a medida que la civilización fué progresando. Cuando cesó la vida errante, perdió la existencia del hombre cierta libertad y cierta igualdad. Con libertad se pagaron la seguridad, la vivienda y las comidas regulares. Por grados imperceptibles fué encontrándose el hombre con que el bancal que cultivaba ya no era suyo: pertenecía al dios; y tenía que dar al dios una parte de sus productos. Y el dios se los daba al rey, que exigía su renta y su impuesto. O el rey se los daba a un dignatario, que venía a ser señor del hombre común. Y a veces el dios, el rey o el noble tenían trabajo que hacer, y el hombre común se veía obligado a dejar el terruño y a trabajar para su amo.

Hasta qué punto era de él la tierra que cultivaba, nunca lo vió muy claro. En la antigua Asiria, la tierra parece que estaba como en feudo franco y el ocupante pagaba impuestos; en Babilonia, la tierra era del dios, que se la dejaba al cultivador para que la labrara. En Egipto, los templos del faraón-dios o los nobles sometidos al faraón eran los propietarios y percibían las rentas. Pero el cultivador no era esclavo, sino campesino, y tan ligado a la tierra, que nada tenía que hacer sino cultivarla y no podía apartarse de ella. Vivía en aldea o ciudad, y salía sólo a su trabajo. La aldea, al principio, solía ser una sola casa de hombres unidos por el parentesco y sometidos a un patriarca, y la ciudad una reunión de agrupaciones domésticas gobernadas por los ancianos. No hubo acrecentamiento de esclavitud conforme crecía la civilización; pero los jefes y directores ganaron en poder y autoridad, y el hombre

común no siguió al mismo paso, sino que fué cayendo en una tradición de subordinación y dependencia.

En general, el hombre común estaba contento con vivir sometido a un señor, a un rey o a un dios, y obedecerle en sus mandatos. Era más seguro y más fácil. Todos los animales —y el hombre no constituye excepción— empiezan a vivir dependiendo de otros. Los más nunca se libertan del deseo de verse guiados y protegidos [1].

§ 2. *Los primeros esclavos*

Las primeras guerras no significaron campañas remotas o prolongadas y se sostuvieron por levas de hombres comunes. Pero la guerra trajo consigo una nueva fuente de propiedad, el saqueo, y un nuevo factor social, el cautivo. En los días primeros y más sencillos de la guerra, sólo se hacían cautivos para atormentarlos y sacrificarlos al dios victorioso; las mujeres y los niños cautivos, la tribu se los asimilaba. Pero más adelante se perdonó la vida y se redujo a esclavitud a muchos cautivos por sus excepcionales dotes o por sus habilidades peculiares. Probablemente serían los reyes y los capitanes quienes, al principio, conservaran aquellos cautivos, y no tardarían en hacerse la cuenta de que aquellos hombres eran más suyos que los campesinos cultivadores y los hombres comunes de su propia raza. Al esclavo podía mandársele que hiciera toda clase de cosas que el hombre común, por su apego al terruño, no hacía de buen grado. Desde tiempos muy rezagados, el artífice venía siendo esclavo doméstico, y la manufactura de mercaderías, cerámica, tejidos, metales, etc., tales como progresaban en la ciudad doméstica de los Minos de Cnosses, fué, probablemente, en sus comienzos, industria de esclavos. Sayce, en su libro *Babylonians and Assyrians*, cita varios acuerdos para dar enseñanzas de comercio a los esclavos y referentes a la explotación de los productos del trabajo de ellos. Los esclavos producían hijos esclavos, y la esclavización por deuda daba incremento a la población esclava; es probable que, a medida que iban creciendo las ciudades, la mayor parte de su nueva población consistiera en esclavos artífices y esclavos siervos de las grandes casas. No eran esclavos abyectos, ni mucho menos; en los tiempos más avanzados de Babilonia, leyes bien estudiadas protegían sus vidas y su propiedad. Ni eran todos extranjeros. Los padres podían vender como esclavos a sus hijos,

(1) Hay expresiones literarias de descontento social en Egipto anteriores a 2000 antes de J. C. Véase "Las fuerzas sociales y la religión", en Brested: *Religion and Thought in Ancient Egypt*, que recoge algunos de estos lamentos del hombre común en las civilizaciones antiguas.

y lo hermanos a sus hermanas huérfanas. Hombres libres sin medios de vida vendíanse también por esclavos temporalmente. La esclavitud era el destino de los deudores, si no pagaban. Además, el aprendizaje de un oficio era una especie de esclavitud a plazo fijo. De la población esclava, por un proceso contrario, surgió el liberto, hombre o mujer, que trabajaba por un salario y tenía derechos individuales aún más definidos. En cuanto los esclavos tuvieron en Babilonia derecho de poseer, muchos ahorraron para comprar su libertad. Probablemente el esclavo ciudadano estuvo frecuentemente en mejor posición y fué virtualmente tan libre como el cultivador del terruño, y a medida que fué tomando incremento la población rural, los hijos e hijas vinieron a engrosar las filas crecientes de los artesanos, esclavos unos, libres otros.



Campesinos egipcios desahuciados por no pagar contribuciones (Edad de las Pirámides)

Al crecer el gobierno en extensión y complejidad, multiplicóse el número de las agrupaciones domésticas. En torno a la casa del rey formáronse las de sus ministros y dignatarios, y junto al templo de las de los funcionarios a él adscritos; no es difícil hacerse cargo de que las casas y las parcelas de terreno fueron siendo consideradas, cada vez con mayor certeza, como propiedad de los ocupantes, y alejándose más y más del originario dominio del dios. Los primeros imperios de Egipto y China pasaron por sendas etapas feudales, en las que las familias de los que habían sido dignatarios convirtiéronse, por algún tiempo, en familias nobles independientes. En las etapas posteriores de la civilización babilónica vemos aparecer en la estructura social una clase propietaria creciente, ni de esclavos ni de campesinos, ni de sacerdotes ni de dignatarios, sino de viudas y descendientes de todos ellos, o mercaderes enriquecidos, etc., todos ellos *sin amo*. Los comerciantes venían de países extraños. Babilonia estaba llena de mercaderes arameos, que tenían establecimientos importantes, esclavos, libertos y empleados de toda especie (su contabilidad era cosa seria: implicaba el almacenaje de gran

cantidad de tabletas de arcilla en grandes vasijas de barro). Debajo de esta mescolanza de gente más o menos libre y suelta, vivían otras personas, comerciantes, mercaderes, vendedores al menudeo, que proveían a sus necesidades. Sayce *(op. cit.)* anota los términos de un acuerdo para el establecimiento y provisión de una taberna y cervecería, por ejemplo. Había hecho su aparición el transeúnte, el hombre fuera de su casa.

Pero la civilización antigua vió surgir otra clase menos benigna de esclavitud: la esclavitud en cuadrilla. No se la ve muy desarrollada en las ciudades; fuera de ellas adquiere importancia. El rey, primero de todos, era el mayor *entrepreneur*. Hacía los canales y organizaba los riegos (v. gr.: las empresas de Hammurabi, indicadas en el capítulo anterior). Explotaba las minas. Parece ser (v. gr.: en Cnossos) que organizó manufacturas para la exportación. Los faraones de la primera dinastía beneficiaban ya las minas de cobre y de turquesa de la península de Sinaí. Para tales empresas las cuadrillas de esclavos eran más baratas y mucho más fáciles de dirigir que las levas de súbditos del rey. Desde una época muy primitiva, los cautivos bogaban como remeros en las galeras, aunque Torr *(Ancient Ships)* indica que hasta el tiempo de Pericles (450 antes de J. C.) no se vieron exentos de tal prestación los atenienses libres, y el monarca juzgó también más a propósito para sus empresas militares a los esclavos. Eran hombres desarraigados: no se impacientaban por volver a casa, porque no la tenían. Los faraones se dedicaron a cazar esclavos en Nubia para llevar tropas negras en sus expediciones sirias. En estrecha relación con las tropas esclavas hallábanse las tropas bárbaras mercenarias que los reyes tomaban a su servicio, no por positivo impulso, sino apremiados por la necesidad y pagándolas con la manutención y el botín. Conforme fué desarrollándose la civilización, los ejércitos mercenarios fueron sustituyendo cada vez más a las levas nacionales del orden antiguo, y el trabajo de las cuadrillas serviles fué factor cada vez más importante y significativo en el sistema económico. Después del trabajo en las minas y en la construcción de canales y murallas, aplicáronse las cuadrillas de esclavos también al cultivo. Los nobles y los templos adoptaron el sistema de cuadrillas para sus obras. También echaron fuera al labrador-siervo que cultivaba su parcela en las plantaciones de productos de primera importancia.

§ 3. *Las primeras personas "independientes"*

Venimos siguiendo en unos cuantos párrafos el desarrollo de la sencilla estructura social desde los primeros pobladores sumerios hasta las complejas muchedumbres ciudadanas, con multitud de individuos distintos de raza, tradición, educación y funciones, varios

en riqueza, libertad, autoridad y utilidad, de los últimos 1.000 años antes de J. C. Lo más notable de todo es el aumento gradual, entre tan heterogénea multitud, de lo que podemos llamar *individuos libres*, personas sueltas que no son sacerdotes, reyes, dignatarios, siervos ni esclavos, que no se ven muy apremiados para trabajar y tienen tiempo para la lectura y la investigación. Aparecen paralelamente al desarrollo de la seguridad social y de la propiedad privada. Desenvuélvense la acuñación de moneda y las equiva-



Pelea de remeros.. Del sepulcro de Ptahchetep (Maspero) (Edad de las Pirámides)

lencias monetarias. Las operaciones de los arameos y de otros semitas dan por resultado la organización del crédito y la seguridad monetaria. En los días primeros, casi la única propiedad, salvo la de unos pocos bienes muebles, consistió en derechos sobre tierras y casas; más adelante fué posible depositar y prestar valores, emprender un viaje y volver a encontrar fielmente custodiada y segura la propiedad privada. Hacia la mitad del período del imperio persa vivió un individuo libre, Herodoto, que tiene para nosotros gran interés porque es uno de los primeros autores de historia crítica e inteligente, distinta de las meras crónicas sacerdotales o cortesanas. Vale la pena de echar aquí un vistazo, muy brevemente, sobre las circunstancias de su vida. Luego haremos alguna cita tomada de su historia.

Hemos apuntado ya que la conquista de Babilonia por los persas arios fué llevada a cabo por Ciro en 539 antes de J. C. Hemos apuntado, además, que el imperio persa se extendió hasta Egipto, en donde su dominio fué precario, y también sobre toda el Asia Menor. Herodoto nació hacia 484 antes de J. C. en una ciudad griega del Asia Menor, Halicarnaso, sometida al señorío persa y gobernada directamente por un cabecilla político o tirano. No hay noticia de que trabajara para vivir o de que le robara mucho tiempo la administración de sus bienes. Desconocemos el pormenor de sus asuntos; pero está bien claro que en aquella pequeña ciudad griega, bajo el dominio extranjero, pudo obtener, leer y estudiar manus-

critos de casi todo lo que se había escrito hasta entonces en lengua griega. Viajó, a lo que podemos colegir, con libertad y comodidad por los archipiélagos griegos, deteniéndose donde le plugo, y parece que halló buen acomodo; fué a Babilonia y a Susa, nueva capital de los persas, establecida en el país conquistado, al Este del Tigris; siguió la costa del mar Negro, recogiendo considerable suma de datos acerca de los escitas, pueblo ario repartido entonces por el Sur de Rusia; llegó a la Italia meridional, exploró las antigüedades de Tiro, costeó la Palestina, desembarcó en Gaza y se demoró largamente en Egipto. Recorrió el país, visitando templos y monumentos y allegando informes. Sabemos, no sólo por él, sino por otras



ESTATUILLAS DE SEPULTURA DE LA CLASE MEDIA EGIPCIA: TIPOS DE LAS CLASES BAJAS EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS; SOLDADO DE INFANTERIA, MUSICO, CERVECERO, SIERVO CON EQUIPAJE.

fuentes, que en aquellos días los templos más antiguos y las pirámides (ya viejas de unos 3.000 años) eran visitados por grupos de turistas, sirviéndoles de guía una clase especial de sacerdotes. Las inscripciones que los visitantes dejaban en los muros subsisten aún, y muchas se han descifrado y publicado.

Conforme iba acumulando noticias, ocurriósele la idea de escribir una gran historia de las tentativas de Persia para subyugar a Grecia. Pero, como introducción a su historia, compuso una reseña del pasado histórico de Grecia, Persia, Asiria, Babilonia, Egipto, Escitia y de la geografía y población de todos estos países. Se propuso, según se dice, dar a conocer su historia a los amigos de Halicarnaso, recitándosela; pero ellos no lo apreciaron, y entonces se trasladó a Atenas, la ciudad griega más floreciente de aquel tiempo. Allí recibieron su obra con aplauso. Le vemos en un círculo brillante de hombres inteligentes y estudiosos, y las autoridades

de la ciudad votan para él un premio de 10 talentos (unas 48.000 pesetas) en reconocimiento de su maestría literaria...

Pero no hemos de completar tan interesante biografía, ni entraremos a criticar su historia gárrula, maravillosa y divertidísima. Es libro que más pronto o más tarde ha de caer en manos de todos los lectores inteligentes, con su abundancia de errores lúcidos y su atractivo boswelliano ([2]). Traemos sencillamente aquí estos datos para mostrar un nuevo factor que en el siglo V antes de J. C. iba tomando importancia en la vida de la humanidad. La lectura y la escritura habían salido ya mucho antes de los recintos de los templos y de las filas de los escribas de corte. Ya no se le confiaba el registro de los hechos al templo ni a la corte. Una nueva clase, la de los hombres desocupados e independientes, inquiría, discutía conocimientos y puntos de vista, desarrollaba ideas. Así, bajo la marcha de los ejércitos y las disposiciones de los monarcas, y sobre la vida común de los hombres iletrados y faltos de curiosidad, anotamos los comienzos de la que por fin había de llegar a ser hoy fuerza dominante en las empresas humanas, la *libre inteligencia de la humanidad.*

Algo más tendremos que decir de esa inteligencia cuando en uno de los siguientes capítulos se hable de lo griegos.

§ 4. *Las clases sociales de hace tres mil años*

Haremos aquí un resumen de lo discutido en los dos capítulos últimos, formando una lista de los elementos principales de esta acumulación de seres humanos que constituyó las civilizaciones babilónica y egipcia de hará unos 2.500 ó 3.000 años. Estos elementos se desarrollaron y diferenciaron entre sí en los valles de los grandes ríos del mundo, en el curso de 5.000 ó 6.000 años. Comunicáronse disposiciones mentales, tradiciones y actitudes de pensamiento. La civilización en que hoy vivimos no hace más que continuar, seguir desarrollando, elaborando y transformando aquellas relaciones. Tal es el mundo que hemos venido a heredar. Unicamente en el estudio atento de sus orígenes podemos librarnos de las preocupaciones e ideas inmediatas de la clase particular a que pertenecemos y comenzar a entender las cuestiones políticas y sociales de nuestros días.

1. Primeramente, pues, vino el sacerdocio, *el sistema del templo,* que era el núcleo y la inteligencia directiva en torno a la cual crecieron las primitivas civilizaciones. En los días últimos aún tenía

([2]) Es decir, comparable al del libro de Boswell, en que están recogidas las conversaciones de Samuel Johnson, uno de los libros más singulares de la lengua inglesa. — (N. del T.).

gran poderío en el mundo, y era el depósito principal del saber y de la tradición con influencia en la vida de todos y fuerza para mantener unida a la comunidad. Pero no era ya omnipotente, porque su naturaleza lo hacía conservador e inadaptable. No monopolizaba el saber ni se constituía en iniciador de ideas. La ilustración se había comunicado ya a otros hombres menos comprometidos y estrictos, que pensaban por cuenta propia. En torno al sistema del templo agrupábanse sacerdotes y sacerdotisas con sus escribas, físicos, magos, hermanos legos, tesoreros, administradores, directores, etc. Poseían grandes bienes y solían almacenar ingentes tesoros.

2. Contra el sacerdocio, y originario de él, surgió el *sistema de corte,* con un rey a la cabeza o un "rey de reyes", que en Asiria y Babilonia era una especie de capitán y administrador lego de los asuntos, y en Egipto un dios-hombre que se había libertado de la tutela sacerdotal. En derredor del monarca acumulábanse sus escribas, consejeros, cronistas, agentes, capitanes y guardias. Muchos dignatarios suyos, en particular los puestos al frente de las provincias, tuvieron grandes establecimientos subalternos y constante tendencia a declararse independientes. La nobleza de las civilizaciones del valle del viejo río procedía del sistema de corte. Era, por lo tanto, diferente por sus orígenes de la nobleza de los primeros arios, nobleza republicana de ancianos y jefes.

3. En la base de la pirámide social hallábase la clase más vasta y necesaria de la comunidad, la de trabajadores del campo. Su estado variaba según las épocas y los países: eran campesinos libres que pagaban tributos, o siervos del dios, o siervos y arrendatarios del rey, del noble o de un propietario particular a quien pagaban renta; en los más de los casos la renta se pagaba en productos. En los estados de los valles había cultivadores ricos que cultivaban posesiones relativamente pequeñas: vivían juntos, para mayor seguridad, en las aldeas y tenían un interés común en el mantenimiento de los canales de riego y un sentimiento de comunidad en la vida aldeana. El cultivo de la tierra es una ocupación exigente; la estación y la hora de la cosecha no aguardan al hombre, los niños pueden ser útiles en edad temprana y, por lo tanto, la clase cultivadora tiene escasa educación, está muy apegada al trabajo, es supersticiosa por la ignorancia y la incertidumbre de la cosecha, mal informada y fácilmente dominable. Es capaz, en ocasiones, de gran resistencia pasiva; pero en su círculo no hay otro afán que el de cosechar y cosechar, librarse de deudas y atesorar para los tiempos malos. Así ha continuado hasta nuestros días en la mayor parte de Europa y Asia.

4. Muy diferentes por su origen y cualidad de los labradores son las *clases artesanas.* Al principio fueron quizá, en parte, esclavos-ciudadanos, y en parte campesinos especializados en un oficio.

Pero como iban desarrollando un arte y un ministerio propios, una técnica que era necesario aprender antes de pasar a la práctica, es probable que cada oficio se desenvolviese con cierta independencia y cierto sentido de comunidad en su esfera. Los artesanos se reunían a discutir sus menesteres con mayor presteza que los trabajadores del campo, y formaban gremios para restringir la producción, fijar los tipos del salario y proteger los intereses comunes.

5. Cuando el poderío de los monarcas babilonios se extendió más allá de las tierras originarias de buena labranza a regiones de pastos y distritos menos fértiles, empezó a existir una clase de *pastores*. En el caso de Babilonia, fueron unos nómadas semitas los beduinos, análogos a los beduinos de hoy. Llevaron, probablemente, sus ganados a pastar en grandes extensiones, como las que tienen para sus rebaños los rancheros de California. Se les pagaba y estimaba mucho más que a los agricultores.

6. Los primeros *mercaderes* del mundo fueron propietarios de barcos, como los de Tiro y Cnossos, o como los nómadas que se dedicaban al transporte y comercio entre una y otra tierra civilizada. En el mundo asirio-babilónico los comerciantes semitas arameos fueron los que predominaron. Son los antepasados de los sirios modernos. Constituyeron un factor importante en la vida de la comunidad; formaron grandes agrupaciones domésticas propias. La usura se desarrolló considerablemente en los últimos mil años antes de J. C. Los comerciantes necesitaban facilidades: los cultivadores, anticipos de sus cosechas. Sayce (*op cit.*) hace una reseña de la casa de banca de Egibi, en Babilonia, que duró varias generaciones y sobrevivió al imperio Caldeo.

7. Una clase de *vendedores al menudeo* vino a existir, es de suponer, con el apoyo de la sociedad, en las postrimerías de los primeros imperios, pero no es probable que tuviera gran importancia.

8. Una clase de *propietarios independientes*, en aumento.

9. Cuando tomaron incremento las comodidades de la vida, formóse en la corte, en los templos y en las casas privadas prósperas, una clase de *servidores domésticos*, esclavos o libertos, o campesinos jóvenes trasladados al servicio de la casa.

10. *Cuadrillas de trabajadores.* — Eran prisioneros de guerra, presos por deudas, condenados o deportados.

11. *Soldados mercenarios.* — También solían ser cautivos o condenados. Alistábanse a veces en pueblos extranjeros amigos en los que prevalecía el espíritu militar.

12. *Marineros.*

En las discusiones políticas y económicas modernas hablamos con cierta volubilidad de "trabajo". Mucho se ha hecho en el sentido de la *solidaridad del trabajo* y de su sentimiento de comunidad. Bien será que advirtamos, al hablar de estas primeras civilizaciones, que el término "trabajo" está representado por cinco clases distintas, diversas por su origen, por sus tradiciones y por su aspecto general, es decir, por las clases 3, 4, 5, 9, 10, y por los remeros en la 12. La "solidaridad del trabajo" es, como se verá cuando lleguemos al estudio de la revolución mecánica del siglo XIX después de J. C., una idea nueva y una nueva posibilidad en la vida del hombre.

§ 5. *Las clases se consolidan en castas*

Antes de abandonar esta discusión acerca de las clases sociales en las primeras civilizaciones, consagremos alguna atención a ver cómo iban fijándose. ¿Hasta qué punto se mantuvieron alejadas las unas de las otras y en qué proporción se mezclaron? Por lo que hace a las clases que hemos señalado con los números 9, 10, 11 y 12, los siervos, los trabajadores en cuadrilla y los esclavos, los soldados mercenarios, y, en cierto modo, los navegantes, o siquiera, entre éstos, los que remaban en las galeras, constituían clases reclutadas ampliamente, y no solían formar hogares ni eran propiamente clases de cruzamiento; se rellenaban, probablemente, generación tras generación, con los cautivos, los de las demás clases que decaían en su rango, y especialmente los vendedores al menudeo incursos en quiebra y, entre los cultivadores, por la persuasión y la leva. Pero en lo que toca a los marineros hemos de distinguir entre el simple remero y los navegantes y dueños de barco de puertos como los de Tiro y Sidón. Los dueños de barco entraban, por grados insensibles, en las clases mercantiles, pero los mareantes hubieron de formar comunidades peculiares en los grandes puertos de mar, donde tenían sus casas y transmitían a sus hijos los secretos de la navegación. La 8.ª era ciertamente una clase precaria, acrecentada de continuo por el acceso de los herederos y sus dependientes, viudas y retirados de los negocios o del poder, y continuamente disminuída por la muerte o la pérdida de bienes y dispersión de las propiedades de sus individuos. Los sacerdotes, e igualmente las sacerdotisas, cuando las había en este mundo al Occidente de la India, no eran clase muy reproductiva; muchos sacerdotes eran célibes, y la clase ha de considerarse también como reclutada. Ni eran reproductivos, por regla general, los siervos. Vivían en las agrupaciones domésticas de los señores; no tenían casa ni constituían familia propia. Tenemos, de este modo, las clases de la antigua comunidad civilizada que tenían verdadera vitalidad:

a) Las clases real y aristocrática, dignatarios, jefes militares, etcétera.

b) La clase mercantil.

c) Los artesanos de las ciudades.

d) Los trabajadores del campo; y
e) Los pastores.

Cada una de estas clases educaba los hijos a su manera y manteníase naturalmente distinta de las demás en mayor o menor grado. La educación general no estaba organizada en aquellos estados antiguos; era principalmente casera (como lo es aún en muchas partes de la India), y, por lo tanto, era necesario que los hijos siguieran los pasos del padre y se casaran con mujeres acostumbradas a su manera de vivir. Por esto existía una separación natural y continua de clases, salvo en tiempos de disturbios políticos; lo cual no impedía que, por excepción, algunos individuos pasaran a otra clase o se casaran con personas no pertenecientes a la suya. Los aristócratas pobres se casaban con personas ricas de las clases mercantiles; los pastores, los artesanos o los navegantes ambiciosos convertíanse en mercaderes ricos. A lo que podemos colegir, éste era el estado general de cosas, tanto en Egipto como en Babilonia. Hace algún tiempo sosteníase que en Egipto hubo clases fijas, pero esto parece ser un concepto erróneo fundado en una falsa interpretación de Herodoto. La última clase exclusiva de Egipto que no se enlazaba con las demás por el matrimonio, era la semi-divina familia real.

En varios puntos del sistema social existieron probablemente exclusividades muy señaladas, verdaderos impedimentos para la mezcla. Por ejemplo, los artesanos de determinados oficios que poseen secretos han tendido siempre, en todas las razas y épocas, a constituir organizaciones gremiales para restringir la práctica del oficio y el matrimonio con personas ajenas al gremio. Los pueblos conquistadores tuvieron también, en especial cuando estaban marcados por diferencias físicas de raza, tendencia a mantenerse aparte de los pueblos vencidos, desarrollando una exclusividad aristocrática. Organizaciones semejantes para la restricción del intercambio se han producido y extinguido con suma diversidad en la historia de todas las civilizaciones que han alcanzado gran duración. Siempre han existido los límites naturales, pero unas veces se han señalado y acentuado rigurosamente, y otras no se ha hecho caso de ellos. Ha sido tendencia general de los pueblos arios la de distinguir las familias nobles (patricios) de las comunes (plebeyos); hállanse en la literatura y en la vida de la Europa de hoy rastros evidentes de esto, y la "ciencia" heráldica ha venido a reforzarlos muy pintorescamente. Aun en la democrática América se manifiesta la indicada tradición. Alemania, el más metódico país europeo, tuvo en la Edad Media clarísimo concepto de la fijeza de tales distinciones. Después de los príncipes (que constituían por su parte una clase exclusiva, nunca unida a las demás por el matrimonio) estaban:

a) Los Caballeros, casta militar y oficial con escudos heráldicos.
b) El *Bürgestand*, mercaderes, navegantes y artesanos; y
c) El *Bauerstand*, los siervos agricultores o campesinos.

La Alemania medieval fué más allá que ninguna de los herederos de las primeras grandes civilizaciones en cuanto a la fijación de clases. Tal idea es mucho menos simpática, tanto para los pueblos de lengua inglesa como para los franceses e italianos, que, como por instinto, favorecen el paso libre de clase a clase. Las ideas de exclusividad comenzaron primeramente y recibieron el mayor impulso entre las clases superiores, pero la respuesta y la Némesis natural a las mismas está en que las masas de los excluídos forman hoy filas antagónicas contra las superiores.

En Alemania, según veremos en los capítulos finales de esta historia, fué donde surgió primeramente el concepto de un conflicto natural y necesario, "la guerra de clases" entre la heterogénea multitud de los desheredados ("el proletariado consciente" de los marxistas) y los directores y mercaderes. La idea era más aceptable para la mente alemana que para la inglesa o la francesa... Pero antes de llegar a ese conflicto, hemos de atravesar una larga historia de muchos siglos.

§ 6. *La casta en la India*

Si de este esencial desarrollo de la civilización en el mundo situado entre el Asia Central y el Atlántico, nos volvemos, mirando a Oriente, hacia el desenvolvimiento social de la India por los años de 2000 antes de la Era Cristiana, encontramos diferencias profundas e interesantísimas. La primera es una fijeza de clases durante el proceso del asentamiento, como no la encontramos en parte alguna. Los europeos dan a esa fijeza de clases el nombre de *castas* [3]; sus orígenes aún están en obscuridad completa, pero antes de los días de Alejandro Magno estaba ya bien arraigada su situación en el valle del Ganges. Es una división horizontal compleja de la estructura social en clases o castas, en las cuales los miembros de una no pueden contraer matrimonio con los de otra, so pena de ser excluídos de ella; también se puede perder casta por diversas negligencias y contaminaciones. Un hombre que pierde su casta no pasa a otra inferior; queda extraño a todas. Las varias subdivisiones de casta son harto complejas; muchas constituyen virtualmente

(3) Palabra de origen portugués; la palabra india es *rarna*, color.

verdaderos gremios. Cada una tiene su organización social encargada de mantener la disciplina, distribuir limosnas, cuidar de sus pobres, proteger los intereses comunes de sus miembros y examinar las credenciales de los que vienen de otros distritos. (Pocas veces hay que atajar las pretensiones de un indo viajero a pasar por perteneciente a una casta superior a la que legítimamente pertenece). En su origen, las cuatro castas principales parece que fueron:

Los Brahmanes —sacerdotes y maestros.

Los Chatrias —guerreros.

Los Vaisias —pastores, comerciantes, prestamistas y propietarios.

Los Sudras.

Y fuera de toda casta, los Parias.

Pero estas divisiones primarias se han complicado mucho por la subdivisión en multitud de castas menores, todas exclusivas, cada una de las cuales impone a sus miembros una determinada manera de vivir y un grupo asociado. En Bengala, los Chatrias y los Vaisias han desaparecido en gran parte. Pero ésta es cuestión harto intrincada para tratarla aquí en detalle.

Junto a esta extraordinaria separación y complicación del cuerpo social, hemos de advertir que los brahmanes, sacerdotes y maestros del mundo indostánico, a diferencia de tantos otros sacerdotes de Occidente, constituyen una clase reproductiva y exclusiva, que no se recluta de ningún otro estrato social.

Sea cualquiera el incentivo originario de tan vasta fijación de clases en la India, apenas ofrece duda el papel que en ella hayan desempeñado los brahmanes, custodios de la tradición y únicos maestros del pueblo para sostenerla. Algunos opinan que, de las cuatro castas originarias, las tres primeras son descendientes de los arios védicos conquistadores de la India, que establecieron separaciones de cal y canto para evitar la mezcla de razas con los Sudras y los Parias vencidos. Los Sudras están representados como una primera oleada de conquistadores septentrionales, y los Parias son los originarios habitantes dravídicos de la India. Pero estas especulaciones no logran aceptación universal, y quizá la verdadera causa esté en que las condiciones uniformes de la vida en el valle del Ganges durante largos siglos estereotiparan una diferencia de clases que nunca tuvieron la misma definición invariable en las más diversas y mudables condiciones de vida del vasto mundo occidental.

Sin embargo, establecidas las castas, no cabe dudar de su extraordinario influjo en la mente india. En el siglo VI antes de J. C., surgió Gautama, el gran maestro del budismo, proclamando que, "así como los cuatro ríos afluentes del Ganges pierden su nombre en cuanto mezclan sus aguas con las del río sagrado, así todos los que creen en Budha dejan de ser Brahmanes.

Chatrias, Vaisias y Sudras". Sus enseñanzas han prevalecido en la India durante varios siglos: extendiéronse a la China, al Tibet, al Japón, a Birmania, a Ceylán, Turkestán y Manchuria; constituyen hoy la religión de una tercera parte de la humanidad. Pero han sido, por último, vencidas y desechadas de la vida india por la vitalidad y la persistencia de los Brahmanes y de sus ideas de casta...

§ 7. *El Mandarinato*

En China encontramos dos sistemas sociales simultáneamente desarrollados, y sólo cierto paralelismo de líneas generales con los de las civilizaciones india y occidental. La civilización china, más aún que la indostánica, está organizada para la paz, y el guerrero desempeña en su esquema social un papel de escasa significación. Como en la civilización india, la clase directora es intelectual; menos sacerdotal y más oficial que la de los brahmanes. Pero a diferencia de éstos, los mandarines, que son los letrados chinos, no constituyen una casta: no se es mandarín por la cuna, sino por la educación. Se eligen por la educación y el examen, entre todas las clases de la comunidad, y el hijo de un mandarín no tiene derechos adquiridos a la sucesión de su padre [4]. A consecuencia de esto, mientras los brahmanes de la India son, como clase, ignorantes aun de los libros sagrados, tardos de mentalidad y presuntuosamente seguros de sí, los mandarines chinos tienen la energía que proviene del firme trabajo mental. Pero como su educación ha consistido casi únicamente en el estudio de la literatura china clásica, su influencia ha sido totalmente conservadora.

Antes de los días de Alejandro Magno, China estaba ya constituida y había puesto el pie en el camino que pisaba aún en 1900 después de J. C. Habían entrado y salido invasores y dinastías, pero la vida rutinaria de la civilización amarilla continuaba inmutable.

El sistema social chino tradicional reconocía cuatro clases principales, sometidas al sacerdote-emperador.

a) La clase letrada, equivalente en parte a los dignatarios del mundo occidental y en parte a sus maestros y clérigos. En tiempos de Confucio, su educación comprendía el manejo del arco y la equitación. Los ritos y la música, la historia y las matemáticas, completaban los "Seis Conocimientos".

b) Los cultivadores de la tierra.

(4) En tiempos de Confucio las clases tenían mucha mayor fijeza que tuvieron después. Con la Dinastía Han, no establecido aún el sistema de exámenes de competencia, los letrados eran recomendados para los cargos por los dignatarios locales, etc. — L. Y. C.

c) Los artesanos.
d) La clase mercantil.

Pero como desde los tiempos más antiguos los chinos han acostumbrado dividir los bienes raíces de un hombre entre todos sus hijos, nunca ha existido en la historia china una clase de grandes terratenientes que dieran en arriendo sus propiedades, como ha ocurrido en otros muchos países. La tierra en China ha estado repartida siempre en pequeñas parcelas, que suelen ser feudos francos, de cultivo intensivo. Hay en aquel país hidalgos campesinos que poseen una o unas cuantas casas de labor dadas en arriendo, pero no hay grandes feudos permanentes. Cuando una tierra, por divisiones repetidas se empequeñece tanto que no puede mantener a un hombre, se le vende a un vecino próspero, y el vendedor se traslada a una gran ciudad china, a engrosar la fila de los que trabajan por un salario. En China, durante muchos siglos, han existido masas ciudadanas con escasa propiedad o sin ninguna, hombres ni siervos ni esclavos, pero atenidos a un trabajo diario por su total impecunia. Entre esas masas recluta sus soldados el gobierno chino y también las cuadrillas de trabajadores que necesita para abrir canales, construir murallas, etc. El cautivo de guerra y la clase esclava desempeñan escaso papel en la historia china, menor que en todos los demás países en los tiempos anteriores a la era cristiana.

Un hecho hemos de anotar, común a la historia del desarrollo de la estructura social en los tres grupos estudiados, y es el inmenso influjo ejercido por las clases educadas de los primeros tiempos, antes de que la corona o la comunidad aprendieran a leer y, en consecuencia, a pensar por cuenta propia. En la India, por razón de su exclusividad, los brahmanes, la clase educada, ha conservado su influencia hasta hoy; en la China, el mandarinato ha prevalecido sobre las masas de manera enteramente distinta, por la complejidad del lenguaje escrito. La diversidad de razas y tradiciones en el más variado y movido mundo occidental, ha diluído y paralizado quizá para siempre toda análoga organización de los elementos especialmente intelectuales de la sociedad como ascendiente de clase. En el mundo occidental, como ya advertimos, la educación se derramó y fué absorbida sin que la dirigiera una clase especial, salvando toda limitación de castas, sacerdocios y tradiciones para entrar en la vida ordinaria de la comunidad. La escritura y la lectura se simplificaron hasta un punto en que ya no fué posible convertirlas en culto y misterio. Débese, sin duda, a la peculiar elaboración y dificultad de los caracteres chinos, más que a toda diferencia de raza, el hecho de que no ocurriera lo mismo en la China.

§ 8. *Resumen de cinco mil años*

En los seis últimos capítulos hemos ido trazando el contorno del proceso general que, en el curso de cinco o seis mil años —es decir, en unas 150 ó 200 generaciones—, llevó a la humanidad de la etapa labradora del neolítico primitivo, en que la familia, vestida de pieles, segaba con hoces de piedra y almacenaba en sus toscas viviendas de cieno los forrajes silvestres y las hierbas gramíneas, hasta los días del siglo IV antes de J. C. en que en torno al Mediterráneo entero, y remontando el Nilo, y por el Asia y la India hasta las extensas tierras de aluvión de la China, extendiéronse los cultivos y las afanosas ciudades, y el ir y venir del comercio humano. Galeras y faluchos entraban y salían por los puertos populosos y se abrían cuidadosamente paso de cabo a cabo y de cabo a isla, siempre cercanos a la costa.

Los barcos fenicios de propietario egipcio abríanse paso hacia las Indias Orientales y tal vez hasta más allá del Pacífico. Por los desiertos de Africa y Arabia y por el Turkestán, afanábanse las caravanas en su remoto tráfico; la seda venía ya de la China, el marfil del Africa Central, el estaño de Bretaña, para desempeñar su oficio en el mundo. Los hombres iban aprendiendo a tejer lienzos finos (5) y delicados paños de lana coloreada; sabían decolorar y teñir; tenían, además de hierro, cobre, bronce, plata y oro; habían fabricado hermosísima cerámica y porcelana; apenas existía variedad de piedra preciosa que no conociesen, tallasen y pulimentasen; sabían leer y escribir; desviaban el curso de los ríos, alzaban pirámides y construían murallas de muchas millas de extensión. Los cincuenta o sesenta siglos en que se consiguió todo esto parecerán muy largos si se los compara con las cinco docenas y pico de años que dura una vida humana; pero nada significan en comparación con la longitud del tiempo geológico. Si se cuenta hacia atrás, desde las ciudades alejandrinas hasta los días de los primeros utensilios de piedra, los utensilios *rostro carinate* de la Edad Pliocena, tenemos una extensión de tiempo cien veces más larga.

Hemos intentado dar en esta reseña, con ayuda de mapas y cartas cronológicas, idea justa del orden y aspecto de esos cincuenta o sesenta siglos. Es lo que nos interesa. Hemos nombrado a algunos individuos y en adelante ha de crecer el número de los nombres propios. Pero el contenido del esquema que hemos trazado hasta aquí en unos cuantos diagramas y cartas, no puede por menos de herir la imaginación. Con que pudiéramos mirar más de

(5) En Damasco se fabricaba ya el damasco y se "damasquinaba" el acero.

cerca, observaríamos en esas seis centurias una procesión de vidas cada vez más semejante a las nuestras en su modo de ser. Hemos visto cómo el desnudo salvaje paleolítico cedió el puesto al cultivador neolítico, tipo de hombre que se encuentra todavía en los países rezagados del mundo. Hemos dado una ilustración en que se ve a los soldados sumerios, copiada de un relieve en piedra hecho antes de los días en que Sargón I conquistó aquel país. Día por día, un artífice bronceado se puso a labrar aquel relieve, silbando, sin duda, mientras lo labraba.

En aquellos días, la llanura del delta egipcio henchíase de cuadrillas de trabajadores atezados que descargaban piedra traída por el Nilo para añadir una hilada a la pirámide en construcción.

Se podrían pintar mil escenas de aquellas edades: un mercader, desplegando en Egipto su provisión de vestidos babilónicos ante los ojos de una dama hermosa y rica; una multitud heterogénea, hirviendo entre los pilones de un templo, en una festividad de Tebas; una reunión de cretenses, excitados, de ojos negros, como los españoles de hoy, en espera de una corrida de toros, lidiados por hombres que vestían calzón corto y faja ceñida, exactamente como los toreros contemporáneos; unos niños aprendiendo los signos cuneiformes, puesto que en Nippur se han encontrado las tabletas de arcilla empleadas para tal ejercicio; en una escuela una mujer, que tiene en casa el marido enfermo introduciéndose en un gran templo de Cartago, para hacer un voto por su salud. O quizá un griego selvático, vestido de pieles y armado con un hacha de bronce, inmóvil, en pie sobre una cumbre de los montes ilirios, mudo de asombro al contemplar por vez primera una galera cretense de muchos remos arrastrarse, como un insecto de gran tamaño, por el espejo de amatista del mar Adriático, volvía a su casa para llevar a los suyos el extraño cuento de un monstruo, Briareo el de los cien brazos.

De millones de puntos como éstos en cada una de las doscientas fabricaciones, está tejida la tela de esta historia. Pero no podemos entrar en el examen de cada punto a no ser que indique la presencia de una costura primaria o de un remiendo.

XX

LAS ESCRITURAS Y LOS PROFETAS HEBREOS

§ 1. *Lugar de los israelitas en la historia*

Hemos llegado al punto de situar en el lugar que les corresponde en este esquema de la historia humana a los israelitas y la más notable colección de documentos antiguos del mundo, colección que a todos los pueblos cristianos les es conocida con el nombre de Antiguo Testamento. En ella encontramos los más interesantes y valiosos puntos de vista acerca del desarrollo de la civilización y las indicaciones más claras de un nuevo espíritu que fué introduciéndose en los asuntos de la humanidad durante las luchas de Egipto y Asiria por el predominio en el mundo de los hombres.

Todos los libros que constituyen el Antiguo Testamento existían ya, ciertamente, y los más de ellos en su forma actual, lo más tarde en el año 100 antes de J. C. La mayor parte de ellos reconocíase ya como sagrada escritura probablemente en tiempos de Alejandro Magno (330 antes de J. C.). Eran la literatura sagrada de unos hombres, los judíos, que, salvo un pequeño residuo de la clase más común, fueron deportados de su país a Babilonia, en 587 antes de J. C., por Nabucodonosor II, el Caldeo. Volvieron a su ciudad, Jerusalén, y reedificaron su templo, bajo los auspicios de Ciro, el conquistador persa que, según indicamos, venció en 539 a Nabonido, último legislador caldeo de Babilonia. El cautiverio en Babilonia duró unos cincuenta años, y, en opinión de muchos autores, hubo en tal período considerable mixtura, tanto de raza como de ideas entre judíos y babilonios.

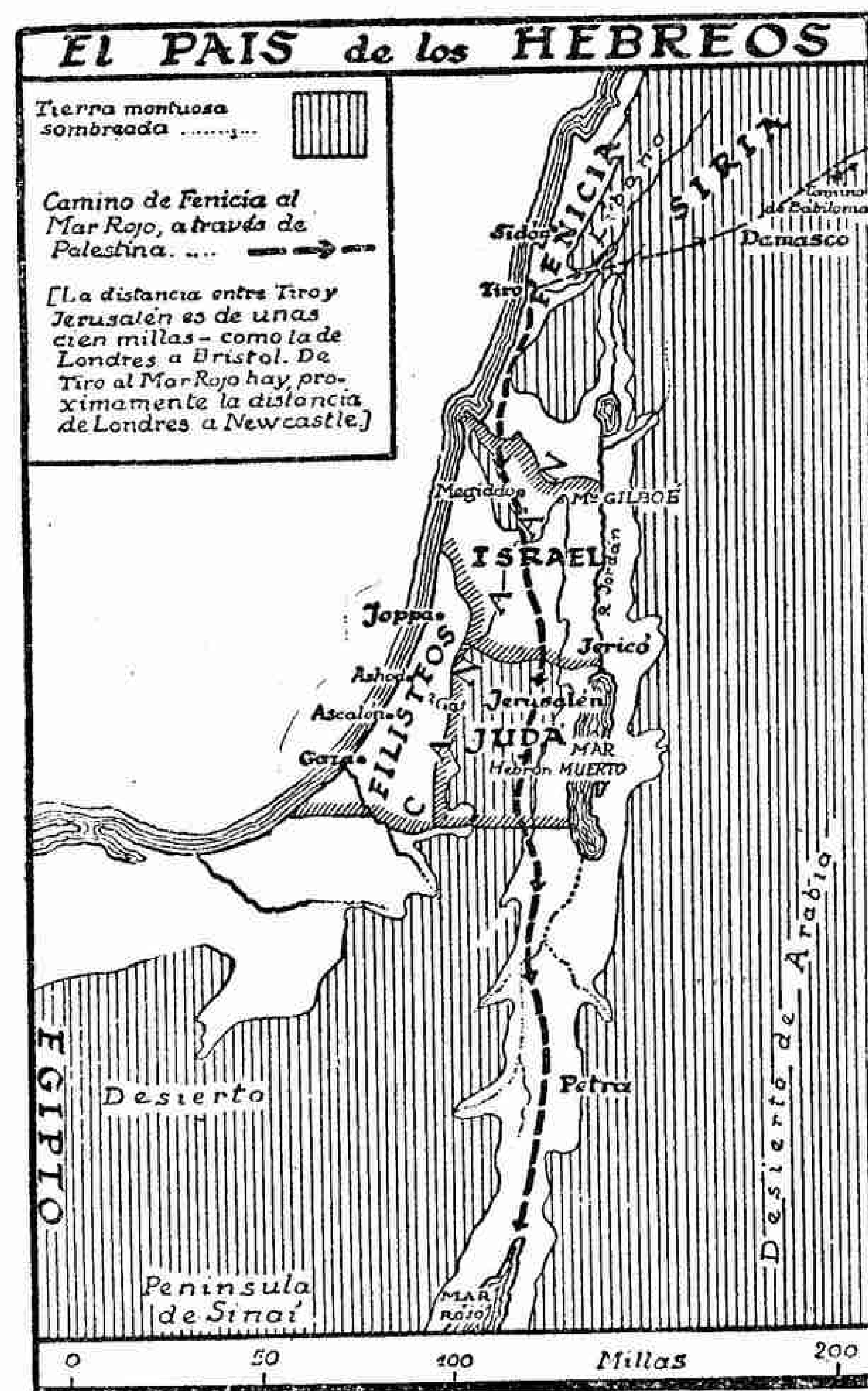
Judea y su capital, Jerusalén, ocupan una posición muy singular. El país es una faja de tierra, entre el Mediterráneo, por el Oeste, y el desierto del otro lado del Jordán, por el Este; atraviésalo el camino real que pone en comunicación a los hititas, Siria, Asiria y Babilonia, por el Norte, y Egipto, por el Sur. Era, por lo tanto, tierra predestinada a una historia tormentosa. En ella, Egipto y cualquiera potencia que tendiese hacia el Norte, había de luchar por el imperio; y contra su pueblo luchó por abrir camino a sus mercaderes. En sí, no tenía ni extensión, ni facilidades agrícolas,

ni riqueza mineral que le diesen importancia. La historia de su pueblo, conservada por las escrituras, viene a ser como el comentario de la historia más vasta de los dos sistemas de civilización, el del Norte y el del Sur y de los pueblos marineros del Oeste.

Forman las escrituras elementos distintos. Los cinco libros primeros, el *Pentateuco*, merecían respeto particular. Empiezan en forma de historia universal, con la doble reseña de la creación del mundo y de la humanidad, de la vida primitiva de la raza y de un gran diluvio, por el cual, con excepción de ciertos seres favorecidos, fué destruída la humanidad. La historia del diluvio está muy extendida en las antiguas tradiciones; ha de provenir de aquella inundación del valle Mediterráneo que ocurrió en la edad neolítica del hombre. Las excavaciones han revelado versiones babilónicas tanto de la historia de la Creación como del Diluvio, anteriores en fecha a la restauración de los judíos, y de ahí arguyen ciertos críticos de la Biblia que sus capítulos iniciales los incorporaron los judíos durante el cautiverio. Son los diez primeros del Génesis.

Viene después una historia de los padres y fundadores de la nación hebrea, Abraham, Isaac y Jacob. Se los presenta como jefes beduínos patriarcales, que hicieron vida de pastores nómadas en el país situado entre Babilonia y Egipto. La narración bíblica existente, dicen ciertos críticos que se formó sobre varias redacciones más antiguas; pero sean cuales fueren sus orígenes, el relato, tal como ha llegado a nosotros, está lleno de colorido y vitalidad. Lo que hoy se llama Palestina, llamábase entonces tierra de Canaán, habitada por unos semitas, los cananeos, estrechamente afines de los fenicios que fundaron a Tiro y a Sidón, y de los amoritas que tomaron a Babilonia y fundaron, bajo el mando de Hammurabi, el primer imperio babilónico. Los cananeos eran un pueblo establecido ya en los días —contemporáneos tal vez de los de Hammurabi— en que los rebaños y los pastores de Abraham recorrían aquellas tierras. El Dios de Abraham, dice la narración bíblica, prometió a él y a sus hijos aquel país sonriente, de ciudades prósperas. En el libro del Génesis puede ver el lector cómo Abraham, por no tener hijos, llegó a dudar de la promesa, así como el nacimiento de Ismael e Isaac. Y en el Génesis también hallará las vidas de Isaac y Jacob, cuyo nombre se cambió en Israel, y de los doce hijos de éste; y cómo en días de hambre pública pasaron aquéllos a Egipto. Así termina el Génesis, libro primero del Pentateuco. El siguiente, el Exodo, refiérese a la historia de Moisés.

La narración del establecimiento y esclavitud de los hijos de Israel en Egipto es difícil. Hay un relato egipcio del establecimiento de ciertos semitas en el país de Goshen, en tiempos del



faraón Ramsés II, y en él se dice que los llevó a Egipto la falta de alimento. Pero no queda relato egipcio ninguno acerca de la vida y hechos de Moisés; no hay reseña de plagas de Egipto ni noticia de un faraón ahogado en el Mar Rojo. Muy extraño es el hallazgo de una tableta de arcilla escrita por los gobernadores egipcios de una ciudad cananea al faraón Amenofis IV, que pertenece a la Dinastía XVIII, anterior a Ramsés II, en que al

parecer se menciona a los hebreos, dándoles este nombre y declarando que dominan en Canaán. Es manifiesto que, si los hebreos conquistaron a Canaán en tiempos de la Dinastía XVIII, no pudieron ser cautivados ni oprimidos, antes de que conquistaran a Canaán, por Ramsés II, de la Dinastía XIX. Pero se comprende muy bien que la narración del Exodo, escrita mucho después de los acontecimientos que relata, pudo concentrar y simplificar, personificándolo y dándole valor simbólico, lo que en realidad fué larga y complicada historia de invasiones de tribu. Una tribu hebrea pudo bajar a Egipto y quedar esclavizada, en tanto que las demás atacaban a las ciudades cananeas más distantes. Y aun es posible que la tierra del cautiverio no fuese Egipto (en hebreo Misraim), sino Misrim, al Norte de Arabia, en el otro lado del Mar Rojo. Estas cuestiones están plena y agudamente discutidas en la *Encyclopoedia Biblica* (artículos *Moisés* y *Exodo*), y allí puede estudiarlas el curioso lector (¹).

Otros dos libros del Pentateuco, el Deuteronomio y el Levítico, se refieren a la ley y al gobierno sacerdotal. El libro de los Números atañe a la vida errante de los israelitas en el desierto y a su invasión del Canaán.

Sean cuales fueren los pormenores de esta invasión, no cabe dudar que el país invadido había cambiado mucho desde los días de la promesa legendaria hecha a Abraham siglos antes. Entonces parece que era en gran parte un país semítico abundante en ciudades prósperas. Pero grandes oleadas de pueblos extraños se habían roto en aquella costa. Ya hemos dicho cómo los iberos, o pueblos mediterráneos de Italia y Grecia, los pueblos de aquella civilización egea que culminó en Cnossos, se vieron atacados por un movimiento de razas arioparlantes, como los ítalos y los griegos, que se dirigían hacia el Sur, y cómo fué saqueada Cnossos hacia 1400, y destruída el año 1000 antes de J. C. Es, pues, evidente que los hombres de los puertos egeos cruzarían el mar en busca de nido terrestre más seguro. Invadieron el delta egipcio y la costa de Africa occidental, y concertaron alianzas con los hititas y con otras razas arias o arianizadas. Esto ocurrió después de los tiempos de Ramsés II, en los de Ramsés III. Los monumentos egipcios registran grandes luchas navales, y asimismo una marcha de aquellas gentes por las costas de Palestina hacia Egipto. Trasladábanse en carros de bueyes, característicos de las tribus arias, y parece claro que los cretenses obraban en alianza con algunos invasores arios de la primera hora. No se ha encontrado narración pertinente de tales conflictos, que tuvieron lugar entre 1300 y 1000

(¹) Véase también G. B. Gray: *A Critical Introduction to the Old Testament.*

antes de J. C.; pero de la narración bíblica resulta evidente que cuando los hebreos, al mando de Josué, iban sometiendo poco a poco la tierra de promisión, encontráronse con un nuevo pueblo, el filisteo, desconocido de Abraham (²), que se hallaba establecido en la costa en una serie de ciudades, entre las que tuvieron importancia mayor Gaza, Gath, Ashdod, Ascalon y Joppa, que era, como los hebreos, un pueblo advenedizo, quizá formado, en gran parte, por los cretenses que procedían del mar y del Norte. La invasión, pues, que comenzó como ataque a los cananeos, convirtióse pronto en larga y no muy afortunada lucha por la codiciada tierra de promisión con unos advenedizos mucho más formidables: los filisteos.

No se puede afirmar que la tierra de promisión llegara a ser nunca enteramente dominada por los hebreos. Inmediatamente después del Pentateuco, aparecen en la Biblia los libros de Josué, de los Jueces, de Ruth (una digresión), el I y II de Samuel y el I y II de los Reyes, con las Crónicas que repiten, muy variada, la materia del libro II de Samuel y de los Reyes; hay en la mayor parte de esta historia más reciente un marcado aroma de realidad, y en estos libros nos hallamos ya con que los filisteos son poseedores fijos de las fértiles llanuras del Sur, y los cananeos y los fenicios resisten aún a los israelitas en el Norte. Los primeros triunfos de Josué no se repiten; el libro de los Jueces es un catálogo melancólico de fracasos. El pueblo se desanimó. Abandonando el culto de su propio Dios Jehová, entregóse al de Baal y Ashtaroth (= Bel e Ishtar). La raza se mezcló con la de los filisteos, con la de los hititas, etc., y vino a ser, y después ha seguido siendo, racialmente mixto. Al mando de una serie de sabios y héroes guerreó, por lo general sin éxito y nunca muy unido, contra sus adversarios. Venciéronle sucesivamente los moabitas, los cananeos, los madianitas y los filisteos. La historia de estos conflictos, de Gedeón, de Sansón y de los demás héroes que aquí y allá ponen un destello de esperanza en las angustias de Israel, cuéntase en el libro de los Jueces. En el primero de Samuel relátase la de su gran derrota de Ebenezer en los días en que era juez Elí.

Fué una batalla verdaderamente reñida, en que los israelitas perdieron 30.000 (!) hombres. Antes habían sufrido otro revés que les costó 4.000, y luego sacaron su más sagrado símbolo, el Arca de la Alianza de Dios.

"Y cuando el Arca de la Alianza del Señor llegó al campo, todo Israel lanzó un grito que resonó en toda la tierra, y cuando

(²) Esto parece contradecir al Génesis, XX, 15, y XXI y XXVI, varios versículos; pero consúltese la *Encyclopoedia Biblica*, artículo *Filisteos*.

los filisteos oyeron el estruendo del griterío, dijeron: "¿Qué significa ese gran ruido y estruendo en el campo de los hebreos?" Y supieron que el arca del Señor estaba en el campo. Y los filisteos atemorizáronse y dijeron: "Dios ha venido al campo". Y dijeron: "¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de las manos de estos dioses fuertes? Estos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto. Esforzaos y portaos como hombres, oh filisteos, porque no sirváis a los hebreos como ellos os han servido a vosotros; portaos como hombres y pelead.

"Pelearon, pues, los filisteos e Israel fué vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas, y fué hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fué tomada, y muertos los dos hijos de Eli, Ophni y Phineas.

"Y corriendo de la batalla un hombre de Benjamín vino aquel día a Silo, rotos sus vestidos y con tierra sobre la cabeza, y cuando llegó he aquí que Eli estaba sentado en una silla atalayando junto al camino, porque su corazón estaba temblando por causa del arca de Dios. Llegado, pues, aquel hombre a la ciudad, y dadas las nuevas, toda la ciudad gritó. Y como Eli oyó el estruendo de la gritería, dijo: "¿Qué estruendo de alboroto es éste?" Y aquel hombre vino aprisa y dió las nuevas a Eli. Era ya Eli de edad de noventa y ocho años, y sus ojos se habían entenebrecido de modo que no podía ver. Dijo, pues, aquel hombre a Eli: "Yo vengo de la batalla, yo he escapado hoy del combate". Y él dijo: "¿Qué aconteció hijo mío?" Y el mensajero respondió y dijo: "Israel huyó delante de los filisteos, y también fué hecha gran mortandad en el pueblo; y también tus dos hijos, Ophni y Phineas, son muertos, y el arca de Dios fué tomada". Y aconteció que como él hizo mención del arca de Dios, Eli cayó hacia atrás de la silla al lado de la puerta, y quebróse la cerviz, y murió: porque era hombre viejo y pesado. Y había juzgado a Israel cuarenta años.

"Y su nuera, la mujer de Phineas, que estaba preñada, cercana al parto, oyendo el rumor que el arca de Dios era tomada, y muertos su suegro y su marido, encorvóse y parió, porque sus dolores se habían ya derramado por ella. Y al tiempo que se moría, decíanle las que estaban junto a ella: "No tengas temor, porque has parido un hijo". Mas ella no respondió, ni paró mientes. Y llamó al niño I-châbod [3], diciendo: "¡Pasada es la gloria de Israel!" porque el arca de Dios fué tomada, y porque era muerto su suegro, y su marido". (I. Sam., cap. IV)

El sucesor de Eli, y último de los jueces, fué Samuel, y al fin de su mando acaeció un suceso en la historia de Israel semejante a los que habían acontecido en las grandes naciones cercanas paralelamente. Surgió un rey. En vivo lenguaje se nos cuenta el paso de la antigua norma judiciaria a la nueva moda en los asuntos de la humanidad. Es imposible ahorrarse una segunda cita:

"Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Samuel en Rama, y dijéronle: "He aquí que tú has envejecido y tus hijos no van por tus caminos: por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como todas las naciones.

"Y descontentó a Samuel esta palabra que dijeron: "Danos rey que nos juzgue". Y Samuel oró al Señor. Y dijo el Señor a Samuel: "Oye la voz del pueblo en todo lo que te dijeren: porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, que me han dejado y han servido a dioses ajenos, así hacen también contigo. Ahora, pues, oye su voz: mas protesta contra ellos declarándoles el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos.

"Y dijo Samuel todas las palabras del Señor al pueblo que le había pedido rey. Dijo, pues: "Este será el derecho del rey que hubiere de reinar sobre vosotros: tomará vuestros hijos y pondrálos en sus carros, y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro, y se elegirá capitanes de mil y capitanes de cincuenta; pondráles asimismo a que aren sus campos, y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros; tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y panaderas; asimismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas, y vuestros buenos olivares, y los dará a sus siervos. Él diezmará vuestras simientes y vuestras viñas para dar a sus dignatarios y a sus siervos. Él tomará vuestros siervos, y vuestras siervas, y vuestros buenos mancebos, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestro rebaño, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas el Señor no os oirá en aquel día.

"Empero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel; antes dijeron: "No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras". (I. Sam., cap. VIII)

§ 2. *Saúl, David y Salomón*

Pero la naturaleza y posición de su tierra eran contrarias a los hebreos, y su primer rey, Saúl, no tuvo mejor fortuna que sus jueces. Las prolongadas intrigas del aventurero David contra Saúl cuéntanse en lo restante del libro primero de Samuel, y el final de

(3) Es decir: "¿En dónde está la gloria?".

Saúl fué la total derrota del monte Gilboé. Su ejército fué vencido por los arqueros filisteos.

"Y aconteció el siguiente día que viniendo los filisteos a despojar los muertos, hallaron a Saúl y a sus tres hijos tendidos en el monte de Gilboé; y cortáronle la cabeza, y desnudáronle las armas, y enviaron a tierra de los filisteos al contorno para que lo noticiaran en el templo de sus idolos, y por el pueblo. Y pusieron sus armas en el templo de Astaroh y colgaron su cuerpo en el muro de Bethshan". (I. Sam., capítulo XXXI).

David (990 antes de J. C., poco más o menos) fué mejor político y más afortunado que su predecesor, y parece que se puso bajo la protección de Hiran, rey de Tiro. Esta alianza fenicia le sostuvo y fué el elemento esencial de la grandeza de Salomón, su hijo. Su historia, llena de asesinatos y ejecuciones, suena a historia de un jefe salvaje, más que de un monarca civilizado. Cuéntase con gran vivacidad en el segundo libro de Samuel.

El libro primero de los Reyes empieza con el reinado de Salomón (hacia 960). Lo más interesante de este relato, desde el punto de vista del historiador general, es la relación que tuvo el rey con la religión nacional y los sacerdotes, y lo referente al tabernáculo, al sacerdote Zadok y al profeta Nathán.

El comienzo del reinado de Salomón fué tan sangriento como el de su padre. Las últimas palabras que se mencionan de David disponen el asesinato de Semei; la última de todas es "sangre", y "harás descender sus canas a la sepultura, con sangre", dice indicando que, aunque el anciano Semei está protegido por el voto de David al señor, hecho para mientras viviera, no liga a Salomón para nada. Salomón mata después a su hermano, que pretendía el trono, pero cedió, sometiéndose, y trata sin miramiento a los partidarios de aquél. El escaso ascendiente de la religión sobre la raza y la mente confusas de los hebreos de entonces, muéstrase en la facilidad con que sustituye al primer sacerdote hostil para su partidario Zadok, y de manera mucho más impresionante en el asesinato de Joab por Benaia, secuaz favorito de Salomón, en el tabernáculo, cuando la víctima pedía asilo agarrada a las propias astas del ara de Jehová. Luego Salomón púsose a intentar, y en ello mostró para sus días espíritu totalmente moderno, la reforma de la religión de su pueblo. Continúa la alianza con Hiram, rey de Sidón, que usa del reino de Salomón como de un camino real para ir a construir navíos en el Mar Rojo, y como resultado de esta colaboración acumúlase entonces en Jerusalén una riqueza hasta allí inaudita. Aparece en Israel el trabajo colectivo; Salomón envía equipos de hombres a cortar madera de cedro en el Libano, secundando a Hiram, y organiza un servicio de transportes en el país. (En todo esto hallará el lector mucha semejanza con las relaciones entre un jefe centroafricano y una empresa mercantil europea). Entonces Salomón edifica para sí un palacio, y un templo bastante menor para Jehová. Hasta aquel punto el Arca de la Alianza, símbolo sagrado de los antiguos hebreos, habíase cobijado en una vasta tienda trasladada de un lugar importante a otro, y en muchos de éstos habíanse ofrecido sacrificios al dios de Israel. El arca, luego, fué guardada en los dorados esplendores de la cámara interior de un templo de piedra con revestimiento de cedro, entre dos grandes figuras de madera de olivo dorada, y sólo en el ara que tenía delante ofreciéronse desde entonces sacrificios.

Esta innovación centralizadora recordará a los lectores las de Agnatón y Nabonido. Sólo tienen éxito las que se intentan cuando el prestigio, la tradición y el saber de los sacerdotes han caído a un nivel muy bajo.

"Y señaló, según lo mandado por David, su padre, las reglas de los sacerdotes en su servicio, y de los levitas en su cargo de glorificar y ministrar ante los sacerdotes, como los deberes de cada día; también los de los porteros en sus puertas; que así lo había mandado David, el varón de Dios. Y los sacerdotes y los levitas no se apartaron del mandato del rey en lo concerniente a sus deberes o en lo concerniente a los tesoros".

Ni el establecimiento del culto de Jehová por Salomón en Jerusalén, según nuevas normas, ni sus visiones y pláticas con Dios al comenzar su reinado, sirvieron para impedir una especie de coqueteo teológico al declinar de sus años. Se casó muchas veces, aunque sólo fuera por razones de Estado y ostentación, y mantuvo muchas esposas, ofreciendo sacrificios a las divinidades nacionales de todas ellas, a la diosa sidonia Ashtaroth (Ishtar), a Chemosh (dios moabita), a Moloch, etc. La Biblia nos muestra, efectivamente, en su relato atañedero a Salomón, un rey y un pueblo confusos, ambos supersticiosos, faltos de estabilidad mental y nunca más religiosos que otro pueblo cualquiera del mundo circunstante.

Punto de considerable interés en la historia de Salomón, porque indica una fase en los asuntos de Egipto, es su matrimonio con la hija de uno de los faraones, quizá de la dinastía XXI. En los grandes días de Amenofis III, como lo atestiguan las cartas de Tel Amarna, Faraón pudo condescender hasta el punto de recibir en su harén a una princesa babilonia, pero se negó en absoluto a que una criatura divina, como lo era una princesa de Egipto, contrajera matrimonio con un monarca de Babilonia. Es indicio de clara decadencia en el prestigio de Egipto el hecho de que tres siglos más tarde un rey tan insignificante como Salomón pudiera casarse de igual a igual con una princesa egipcia. Hubo, sin embargo, un resurgimiento en la dinastía siguiente (la XXII); y el

faraón Shishak, fundador de ella, aprovechándose de la escisión entre Israel y Judá, manifiesta durante los reinados de David y de Salomón, tomó a Jerusalén y saqueó los efímeros esplendores del nuevo templo y de la casa real.

Parece que Shishak subyugó también a Filistia. De allí en adelante es de advertir que la importancia de los filisteos decrece. Han perdido ya su lengua cretense y adoptado la de los semitas por ellos vencidos, y aunque sus ciudades siguen siendo, en mayor o menor grado, independientes, ellos entran poco a poco en la vida semítica general en toda Palestina.

Existe la evidencia de que la narración original del gobierno de Salomón, ruda, pero convincente, con sus diversos asesinatos, su alianza con Hiram, la construcción del templo y del palacio y las extravagancias que debilitaron y, por último, hicieron dos partes de su reino, ha sido sometida a extensas interpolaciones y añadiduras por un escritor de época más avanzada, ganoso de exagerar su prosperidad y glorificar su sabiduría. No tenemos aquí lugar para hacer crítica de los orígenes de la Biblia, pero es materia más de sentido común que de erudición el señalar la realidad y veracidad manifiestas en lo principal de cuanto en la narración bíblica se refiere a David y Salomón, tratando más bien de explicar a veces y justificar otras los hechos, sin dejar de relatarlos nunca, aun los más duros, como sólo un escritor contemporáneo, o casi contemporáneo, convencido de que no era posible ocultarlos, los relataría, y advertir luego el súbito paso a la adulación que se muestra en las páginas interpoladas. No deja de llamar la atención, en cuanto a la fuerza del aserto escrito en la mente del hombre, el hecho de que esta narración bíblica haya impuesto, no sólo al mundo cristiano, sino al musulmán, la creencia de que el rey Salomón fué uno de los hombres, no sólo más magnificentes, sino más sabios. Sin embargo, el libro primero de los Reyes nos cuenta con pormenores su más loada esplendidez, y al lado de las hermosuras y maravillas de los edificios y organizaciones de monarcas tan grandes como Thutmosis III o Ramsés II y media docena de faraones más, o de Sargón II o Sardanápalo o Nabucodonosor el Grande, aparecen insignificantes. La medida de su templo, en el interior, era de 20 codos de ancho, unos 35 pies [4] —es decir, las dimensiones de una pequeña quinta— por 60 codos, o sea 100 pies de largo. Y en cuanto a su sabiduría y dotes de gobierno, sin salir de la Biblia se puede ver que Salomón no fué sino un auxiliar en los planes amplios del rey mercader Hiram, y su reino un peón entre Fenicia y Egipto. Su importancia debióse en grado sumo a

(4) La estimación del codo varía mucho. La mayor que se le asigna es de 44 pulgadas, lo cual daría una extensión de unos 70 pies.

la flaqueza temporal de Egipto, que dió ánimos a la ambición fenicia e impuso la necesidad de tener propicio al poseedor de la llave que abría una ruta alterna de comercio hacia el Este. Para sus propios súbditos, fué Salomón un monarca pródigo y opresor, y aun antes de su muerte veíase ya la división de su reino.

Con el reinado de Salomón tocó a su fin la breve gloria de los hebreos; la parte Norte, la más rica del reino, después de verse muy oprimida por los impuestos que necesitaba él para sus esplendores, separóse de Jerusalén para convertirse en el reino de Israel, división que trajo consigo la ruptura del lazo entre Sidón y el Mar Rojo, gracias a la cual el brillo y la riqueza de Salomón fueron posibles. Ya en la historia hebrea no vuelve a existir la riqueza. Jerusalén sigue de capital de una tribu, la de Judá, capital de un país de colinas estériles, separado por Filistia del mar y rodeado de enemigos.

El relato de las guerras, conflictos religiosos, usurpaciones, asesinatos y fratricidios encaminados a asegurar el trono dura tres siglos. Es un relato de franca barbarie. Israel guerrea con Judá y los Estados vecinos; contrae alianzas, ahora con uno, después con otro. El poderío de la Siria Aramea brilla como estrella fatídica sobre los asuntos hebreos, y luego surge el poderío grande y creciente del último imperio asirio. Durante tres siglos, la vida de los hebreos fué semejante a la de un hombre que pretende vivir en medio de una calle de mucho trajín, y por ello se deja atropellar constantemente por ómnibus y automóviles.

"Pul" (al parecer la misma persona que Tiglath Pileser III) fué, según la narración bíblica, el primer monarca asirio que apareció en el horizonte hebreo, y Menahem le dió mil talentos de plata para que se retirara (738 antes de J. C.). Pero el poderío de Asiria encaminábase hacia el ya vetusto y decadente Egipto, y su línea de ataque pasaba por Judea. Tiglath Pileser III volvió, y Shalmanasar siguió sus pasos; el rey de Israel intrigó para obtener la ayuda de Egipto, de la "caña rota", y en 721 antes de J. C., como se ha indicado, su reino cayó en cautividad y quedó enteramente perdido para la historia. El mismo hado amenazaba a Judá, que pudo esquivarlo por algún tiempo. Ya se mencionó la suerte del ejército de Senaquerib en el reinado de Ezequías (701 antes de J. C.) y cómo fué muerto por sus hijos (II Reyes, XIX, 37). La subsiguiente sumisión de Egipto por Asiria no se menciona en la Sagrada Escritura, pero es claro que, antes del reinado de Senaquerib, el rey Ezequías estuvo en correspondencia diplomática con Babilonia (700 antes de J. C.), rebelada contra Sargón II de Asiria. Vino después la conquista de Egipto por Esarhaddon y, más tarde, Asiria tuvo que hacer con sus propios disturbios; los escitas, los medas y los persas ejercían presión en el Norte, y Ba-

bilonia estaba revuelta. Como advertimos ya, Egipto, descargado por algún tiempo del empuje asirio, entró en una fase de resurgimiento, primeramente con Psammético y después con Neko II.

Y otra vez el reducido país entre ambas naciones se equivocó en sus alianzas. No tenía seguridad por ninguna parte. Josías opúsose a Neko y encontró la muerte en la batalla de Megiddo (608 antes de J. C.). El rey de Judá tuvo que pagar tributo a Egipto. Entonces, cuando Neko, después de haber llegado hasta el Eufrates, fué vencido por Nabucodonosor II, Judá cayó con él (604 antes de J. C.). Nabucodonosor, después de un ensayo de tres reyezuelos, llevóse cautiva a Babilonia a la mayor parte del pueblo (586) y los demás, después de una sublevación y matanza de dignatarios babilonios, refugiáronse en Egipto para esquivar la venganza de Caldea.

"Asimismo, todos los vasos de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa de Jehová, y los tesoros del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia. Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron al fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus vasos deseables. Los que quedaron del cuchillo, pasáronlos a Babilonia, y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los persas". (II Crónicas, XXXVI, 18, 19, 20).

Así llegaron a su fin los cuatro siglos de historia hebrea. Desde el primero hasta el último, no fué sino mero incidente en la más amplia y grande historia de Egipto, Siria, Asiria y Fenicia. Pero de él iban a surgir consecuencias morales e intelectuales de primera importancia para toda la humanidad.

§ 3. *Los judíos, pueblo de origen mixto*

Los judíos que volvieron, después de un intervalo de más de dos generaciones, de Babilonia a Jerusalén, en tiempo de Ciro, eran un pueblo muy diferente del de los guerreros adoradores de Baal y adoradores de Jehová, sacrificadores en los lugares sagrados y más tarde en Jerusalén, de los reinos de Israel y Judá. Lo que claramente se deduce del relato bíblico es que los judíos fueron a Babilonia bárbaros y salieron de ella civilizados.

Fueron en muchedumbre confusa y dividida sin conciencia de nacionalidad; volvieron con un intenso y exclusivo espíritu nacional. Fueron sin literatura común que les fuera generalmente conocida, porque sólo unos cuarenta años antes del cautiverio se dice que el rey Josías halló en el templo "un libro de la ley" (II Reyes XXII) y esto aparte, no hay indicio de que se leyeran libros en todo el relato; volvieron con la mayor parte de lo que vino a ser el Antiguo Testamento. Es manifiesto que, libres de sus reyes

pendencieros y asesinos, apartados de política y en la estimulante atmósfera intelectual del mundo babilónico, la mente judía dió en el cautiverio un gran paso adelante.

Eran tiempos de investigaciones históricas y de saber, en Babilonia. Duraban aún las influencias babilónicas que hicieran formar a Sardanápalo en Ninive una gran biblioteca de escritos antiguos. Hemos referido ya cuánto le preocuparon a Nabonido las investigaciones arqueológicas, hasta el punto de descuidar la defensa del reino contra Ciro. Todo, pues, contribuyó a mover a los judíos desterrados hacia el estudio de su historia, y hallaron un inspirador en el profeta Ezequiel. De los relatos ocultos y olvidados que pudieron tener genealogías, historias contemporáneas de David, Salomón y los demás reyes, leyendas y tradiciones, fueron sacando su propia historia y amplificándola, para referírsela a Babilonia y a sí mismos. El relato de la Creación y el Diluvio, gran parte de la historia de Moisés, mucho de la de Sansón, incorporáronse probablemente de fuentes babilónicas ([5]). Cuando los judíos volvieron a Jerusalén, sólo el Pentateuco se había reunido en un libro, pero la agrupación de los restantes libros históricos aun estaba por hacer.

Lo demás de su literatura se consideró durante siglos como libros separados, que se admitían con mayor o menor respeto. Algunos de los últimos son francamente posteriores al cautiverio. Sobre toda aquella literatura pusiéronse ciertas ideas directoras. Una, contradicha en parte por los libros mismos, era la de que el pueblo judío estaba formado por los puros hijos de Abraham; relacionábase con ello la idea de la promesa hecha por Jehová a Abraham de exaltar entre todas las razas a la judía; y en tercer lugar, existía, ante todo, la creencia de que Jehová era el más grande y poderoso dios de tribu, dios sobre todos los dioses, y, por último, único dios verdadero. Los judíos, como pueblo, llegaron a convencerse de que eran el pueblo elegido del único Dios en toda la tierra.

Y, brotada naturalmente de estas tres ideas, una idea cuarta, la del guía futuro, la de un salvador, un Mesías que realizara las promesas de Jehová, por tanto tiempo aplazadas.

Esta soldadura de los judíos en un pueblo de tradición unida en el curso de los "setenta años" es el primer ejemplo en la historia de la nueva fuerza de la palabra escrita en los asuntos de la humanidad. Fué una consolidación mental, que hizo mucho más que unir al pueblo que volvía a Jerusalén. La idea de pertenecer a

---

([5]) Pero parece ser que los hebreos conocieron antes del destierro una versión del relato de la Creación y del Paraíso, aunque originaria de Babilonia. — G. W. B.

una raza elegida y predestinada a la preeminencia tenía sumo atractivo; apoderóse también de los judíos que permanecieron en Babilonia. La literatura llegó a los judíos establecidos en Egipto. Afectó a las gentes mezcladas que se habían asentado en Samaria, la antigua capital de los reyes de Israel, cuando las diez tribus fueron deportadas a Media. Movió a gran número de babilonios y otras gentes a tenerse por hijos de Abraham e influyeron en la vuelta de los judíos. Los ammonitas y los moabitas mostraron su adhesión. El libro de Nehemías está lleno de la angustia ocasionada por aquella invasión de los privilegios de los elegidos. Los judíos eran ya un pueblo disperso por muchas tierras y ciudades cuando su entendimiento y sus esperanzas se unificaron, convirtiéndolos en un pueblo exclusivo. Pero en primer término, su exclusividad sólo sirve para aumentar la fortaleza de la doctrina y del culto, con el escarmiento de caídas lamentables, como las del rey Salomón. A los prosélitos sinceros, de cualquier raza que fuesen, el judaísmo les tendió los brazos en señal de bienvenida.

Para los fenicios, después de la caída de Tiro y de Cartago, la conversión al judaísmo hubo de tener comodidades y atractivos particulares. Su lengua tenía estrecha relación con la hebraica. Es posible que la gran mayoría de los judíos africanos y españoles sea en realidad de origen fenicio. Hubo también mucho acceso arábigo. En el Sur de Rusia, como advertiremos después, hubo hasta judíos mongoles.

§ 4. *Importancia de los profetas hebreos*

Los libros históricos, desde el Génesis hasta Nehemías, en fe de los cuales llegó a imponerse la idea de la promesa al pueblo elegido, fueron, sin duda, el núcleo de la unidad mental judía, pero no son, ni mucho menos, toda la literatura hebraica que formó al cabo la Biblia. De libros como el de Job, imitación, al parecer, de la tragedia griega; el Cantar de los cantares de Salomón, los Salmos, los Proverbios y otros, nada es posible decir en este *Esquema*, pero sí es necesario hablar con algún detenimiento de los libros llamados "de los Profetas". Estos Libros son quizá la más temprana y ciertamente la más clara señal de la aparición de un nuevo orden y guía en los asuntos de la humanidad.

Los profetas no constituyeron una nueva clase en el pueblo: son de los más diversos orígenes: Ezequiel, de casta sacerdotal y con simpatías entre los sacerdotes, y Amós un simple pastor; pero tienen algo común: que traen a la vida una fuerza religiosa distinta de los sacrificios y de las formalidades del sacerdocio y del templo. Los primeros profetas se parecen mucho a los primeros sacerdotes: son como oráculos, hacen advertencias y predi-

cen acontecimientos; es muy posible que al principio, en los días en que había muchos lugares sagrados en el país y las ideas religiosas no estaban definitivamente asentadas en uno, la distinción entre el sacerdote y el profeta apenas existiera. Los profetas, al parecer, bailaban de modo semejante a los derviches, y proferían oráculos. Por lo general, vestían manto peculiar hecho con pieles de cabra apenas curtidas. Eran guardadores de la antigua tradición frente a los "caminos nuevos" de las poblaciones sedentarias. Pero después de construído el templo y organizado el sacerdocio, el tipo profético permanece por encima y aparte del esquema de la religión formal. En mayor o menor grado, hubieron de constituir una molestia para los sacerdotes. Eran avisadores extraoficiales en los asuntos públicos, denunciaban el pecado y las prácticas extrañas; podríamos decir que tenían una constitución para ellos solos, sin más sanción que las luces interiores. "Y fué a mí la palabra del Señor"... etc.; tal es la fórmula.

En los postreros y turbulentos días del reino de Judá, cuando Egipto, la Arabia del Norte, Asiria y después Babilonia apretaban al país como un tornillo, los profetas adquirieron gran significación y poderío. Su clamor iba a entendimientos anhelantes y temerosos, y en el principio exhortaron sobre todo al arrepentimiento, al derribo de este o aquel lugar sagrado, a la restauración del culto en Jerusalén, etc. Pero en ciertas profecías suena ya una nota de algo que hoy llamaríamos "reforma social". Los ricos "estrujan la cara del pobre"; los lujuriosos consumen el pan de los hijos; los influyentes y admirados traban amistad con los extranjeros e imitan sus esplendores y vicios, sacrificando ante estas nuevas modas al pueblo común; y esto es odioso para Jehová, que ciertamente ha de imponer castigo al país.

Pero con la amplificación de las ideas producida por el cautiverio, el tono de la profecía cambia y se engrandece. La celosa insignificancia que desfigura en la tribu la más antigua idea de Dios cede el puesto a la nueva idea de un Dios de universal rectitud. Claro está que el creciente influjo de los profetas no se limitó al pueblo judío: extendíase en aquellos tiempos a todo el mundo semita. La caída de naciones y reinos para formar los grandes y mudables imperios de aquella edad, el fracaso de cultos y sacerdocios, el descrédito mutuo de uno y otro templo, con sus rivalidades y disputas, todas estas influencias iban libertando la mente del hombre y ensanchando su concepto de la religión. Los templos tenían acumulada gran cantidad de vasos de oro y habían perdido imperio sobre la imaginación de los hombres. Es difícil calcular si, entre guerras constantes, la vida se había hecho más insegura y desgraciada de lo que antes fué; pero no cabe dudar que el hombre tenía ya más conciencia de sus miserias e inseguri-

dades. En los sacrificios, ritos y devociones formales de los templos, nadie fiaba ya mucho, a no ser los débiles y las mujeres. Tal era el mundo al que los últimos profetas de Israel comenzaron a hablar del Dios Unico y de la Promesa de paz, unidad y ventura para el mundo en lo porvenir. Aquel grande Dios que iban descubriendo los hombres vivía en un templo, "no hecho por manos, sino eterno en los cielos". Poca duda puede haber de que tal pensamiento y profesión conquistara gran masa de gentes en Babilonia, Egipto y en todo el Oriente semita. Los libros proféticos de la Biblia no son sino muestras de las profecías de aquel tiempo...

Hemos llamado ya la atención hacia el paso gradual de la escritura y el saber, desde su limitación originaria a los sacerdotes y al recinto del templo, desde la concha en que primeramente se desarrollaron y abrigaron. Hemos citado a Herodoto como muestra interesante de lo que hemos llamado la libre inteligencia de la humanidad. Ahora tenemos aquí un desbordamiento similar de ideas morales en el seno de la comunidad. Los profetas hebreos, y la constante expansión de sus ideas hacia un Dios de todo el mundo, constituyen un proceso paralelo al de la libre conciencia del género humano. Desde aquel tiempo en adelante, corre por el entendimiento del hombre, ya débil y oscuramente, ya henchida de fuerza, la idea de un poder que dirige al mundo, y de una promesa y posibilidad de paz espléndida y activa, de felicidad en lo humano. De ser una religión de templo según el modelo antiguo, la religión judaica pasó a ser, en buena parte, religión profética y creadora de un tipo nuevo. Un profeta sucede a otro. Más adelante, según veremos, nace un profeta de poder nunca igualado, Jesús, cuyos secuaces fundan la gran religión universal del Cristianismo. Más adelante aún, Mahoma, otro profeta, aparece en Arabia y funda el Islam. A pesar de las diferencias muy marcadas entre uno y otro, ambos maestros, en cierto modo, proceden de los profetas judíos y son continuadores de ellos. No es incumbencia del historiador discutir acerca de la verdad o falsedad de una religión, pero sí le compete señalar la aparición de las grandes ideas constructivas. Dos mil cuatrocientos años ha, y seis o siete u ocho mil años después de que se alzaran las murallas de las primeras ciudades sumerias, las ideas de la unidad moral de la humanidad y de la paz del mundo habían entrado en éste ([6]).

([6]) El libro *Education in Ancient Israel from earliest Times to A. D. 70*, de Fletcher H. Swift, traza, en interesante reseña, el camino que siguió la religión judía, por ser una religión de base literaria, hasta determinar los primeros esfuerzos en pro de la educación elemental de *todos* los hijos del pueblo.

XXI

LOS PUEBLOS DE LENGUA ARIA EN LOS TIEMPOS PREHISTORICOS

§ 1. *Expansión de los pueblos de lengua aria*

HEMOS dicho que probablemente la lengua aria surgió en la región del Danubio y Sur de Rusia, y desde aquellas tierras originarias empezó a extenderse. "Probablemente", porque no hay prueba ninguna de que aquél sea su centro; en este punto se han suscitado grandes discusiones y profundas divergencias de pareceres. Nos atenemos a la opinión dominante. En el principio fué lengua de un grupo de gentes de raza nórdica. Cuando se extendió ampliamente, el ario empezó a diferenciarse en cierto número de lenguas subordinadas. Por el Oeste y el Sur se encontró con la lengua vasca, entonces muy extendida en España, y quizá con otras varias lenguas mediterráneas.

Antes de que los arios se extendieran, desde sus regiones de origen, hacia el Sur y el Oeste, la raza ibérica estaba distribuída entre la Gran Bretaña, Irlanda, Francia, España, el Norte de Africa, el Sur de Italia, y, en estado de civilización más avanzada, Grecia y el Asia Menor. Tenía estrecha relación con la egipcia. A juzgar por sus vestigios europeos, formábala un tipo humano de baja estatura, por lo general de rostro ovalado y cabeza alargada. Daba sepultura a sus jefes y hombres de importancia en cámaras megalíticas —es decir, hechas con piedras grandes— cubiertas por ingentes montes de tierra; y a estos montes de tierra, mucho más largos que anchos, ha venido llamándoseles túmulos alargados. Vivían alguna vez aquellos hombres en cuevas, y en ellas enterraron algunos de sus muertos; y a juzgar por los restos carbonizados, rotos y partidos de huesos humanos, inclusive de niño, se infiere que fueron caníbales. Aquellas tribus ibéricas, bajas de estatura y atezadas de color (y también los vascos, si eran de raza diferentes), fueron empujadas hacia el Oeste, vencidas y esclavizadas por las oleadas de un pueblo de lengua aria, más alto y rubio, que avanzaba poco a poco en dirección del Sur y del Oeste, desde la Europa central, y recibe el nombre de celta. Sólo el vasco resistió a la lengua aria vencedora. Gradualmente, los

de habla celta se abrieron camino hasta el Atlántico, y cuanto queda hoy de los iberos está mezclado con la población celta. Hasta qué punto la invasión de este pueblo afectó a la población irlandesa es tema de discusión aun en los días presentes; en aquella isla, los celtas fueron tal vez una mera casta de conquistadores que impusieron su lengua a una más vasta población sometida. Y aun es dudoso que el Norte de Inglaterra sea de sangre más bien aria que pre-céltica. Hay una variedad galesa, baja de estatura y oscura de color, y ciertos tipos irlandeses, que son de raza ibérica. Los actuales portugueses son también de sangre ibérica, en gran proporción.

Los celtas hablaban un lenguaje, el celta [1], que iba asimismo diferenciándose, a su vez, en las lenguas gala, galesa, bretona, escocesa y gaélico-irlandesa, y otras más. Enterraban las cenizas de sus jefes y personas de importancia en túmulos redondos. Mientras aquellos celtas nórdicos iban desplegándose hacia el Oeste, otros pueblos arios nórdicos ejercían presión sobre la morena raza mediterránea en las penínsulas itálica y griega, y dando desarrollo a los grupos de lenguas latinas y griegas. Otras tribus arias se encaminaban al Báltico y por él a Escandinavia, hablando variedades del ario que fueron más tarde el norso —padre del sueco, danés, noruego e islandés—, el gótico y el bajo y alto germano.

En tanto que el ario primitivo se extendía y fragmentaba así en lenguas filiales hacia el Oeste, también se iba extendiendo y fragmentando hacia el Este. Al Norte de los Cárpatos y el Mar Negro, las tribus ario-parlantes acrecentábanse y se extendían usando un dialecto peculiar llamado eslavón, del que proceden el ruso, el servio, el polaco, el búlgaro y otras lenguas; otras variedades del ario se distribuyeron por el Asia Menor y Persia, individualizándose también en el armenio y el indo-iranio, padre del sánscrito y del persa. En este libro hemos empleado la palabra *ario* para toda esta familia de lenguas, pero a veces se emplea el término *indo-europeo*, aplicándolo a la totalidad de la familia y el de *ario* se usa en sentido más estricto, para el indo-iranio. La lengua indo-irania estaba destinada a dividirse después en cierto número de lenguas que comprende al persa y al sánscrito; el último fué la lengua de algunas tribus de ario-parlantes de tez blanca que llegaron a la India entre los años 3000 y 1000 antes de J. C., y vencieron a los bronceados pueblos dravidas que estaban en posesión de aquella tierra.

Otras tribus arias, apartándose de su camino originario, des-

[1] "El grupo celta de lenguas, del que se ha dicho que combina un vocabulario ario con una gramática ibérica (o bereber)". Sir Harry Johnston.

plegáronse hacia el Norte y hacia el Sur del Mar Negro, y, por último, cuando estos mares, reduciéndose, les abrieron paso, al Norte y al Este del Caspio, y así empezaron a entrar en conflicto, y también a mezclarse, con los pueblos mongólicos del grupo lingüístico ural-altaico, con los criadores de caballos de las estepas herbáceas del Asia Central.

De aquellas razas mongólicas aprendieron, al parecer, los arios el empleo del caballo para la montura y la guerra. Hubo en Europa y Asia tres o cuatro variedades o subespecies prehistóricas del caballo, pero la estepa o semidesierto fué la tierra que dió primeramente caballos de magnitud más apropiada para usos que no fueran los alimenticios [2]. Ha de entenderse bien que todos estos pueblos cambiaban de emplazamiento con rapidez, porque una serie de estaciones malas les hacía recorrer cientos de millas; sólo se pueden indicar sus "latidos" de un modo somero y provisional. En verano subían hacia el Norte, en invierno tornaban al Sur. Este balanceo anual abarcaba en ocasiones cientos de millas. En nuestros mapas, por sencillez, representamos la marcha de los pueblos nómadas por una línea recta; pero en realidad movíanse en balanceos anuales, como la escoba de la criada que barre el pasillo va de un lado a otro conforme avanza. Desplegándose en torno del Mar Negro, hacia el Norte, y probablemente hacia el Norte del Caspio, desde el camino de las originarias tribus teutónicas de Europa central y nor-central, hasta los pueblos iranios que fueron más tarde medas y persas y (arios) indos, hallábanse las tierras de pastos de una confusión de tribus, acerca de las cuales mejor es la vaguedad que la precisión, tales como los cimerios, los sármatas y aquellos escitas que, juntamente con medas y persas, llegaron a contacto efectivo con el imperio Asirio por los años de 1000 antes de J. C. o en fecha anterior.

Al Este y al Sur del Mar Negro, entre el Danubio y los medas y persas, y al Norte de los pueblos semitas y mediterráneos de costas y penínsulas, se emplaza otra serie de tribus arias, igualmente mal definidas, que cambiaba con facilidad de residencia, mezclándose libremente, para la mayor confusión de los historiadores. Parece ser, por ejemplo, que arruinaron, asimilándosela, la civilización hitita, que fué probablemente de origen pre-ario. Estos arios tardíos no tuvieron quizá una vida nómada tan caracterizada como los escitas de las grandes llanuras.

[2] *Horses* (caballos), de Roger Pocock, es un buen libro que debe leerse, acerca de estas cuestiones.

§ 2. *Vida aria primitiva*

¿Cómo vivieron aquellos arios prehistóricos, aquellos arios nórdicos que fueron los principales antepasados de casi todos los europeos, americanos blancos y colonos europeos de hoy, así como de los armenios, persas e indos de casta elevada?

Para contestar a esta pregunta, además de los restos y vestigios procedentes de excavaciones en que nos hemos apoyado cuando se trataba de los predecesores de los arios, tenemos una nueva fuente de conocimiento: tenemos el lenguaje. Estudiando cuidadosamente las lenguas arias, ha sido posible deducir cierto número de conclusiones referentes a la vida de los pueblos arios, de 5.000 ó 4.000 años ha. Todas esas lenguas tienen parecido entre sí, puesto que cada una, según dejamos explicado, hace sonar sus cambios sobre una cantidad determinada de raíces comunes. Si encontramos la misma raíz en todas o en las más de dichas lenguas, parece razonable deducir que el significado de aquella radical sería conocido de los antepasados comunes. Claro está que no puede pensarse en que tuvieran en sus lenguajes *exactamente la misma palabra:* puede ser el nombre nuevo de una cosa o una idea nueva que se hayan extendido recientemente por el mundo. La palabra "gas", por ejemplo, fué formada hacia 1625 por un químico holandés, Van Helmont, y ha pasado a las lenguas civilizadas, y "tabaco" es palabra indo-americana que acompañó casi por todas partes a la introducción de la costumbre de fumar. Pero si una misma palabra aparece en cierto número de lenguas *y sigue las modificaciones características de cada una,* podremos sentirnos seguros de que estuvo en aquel lenguaje, como parte de él, desde el principio, y sufrió los mismos cambios que todas las demás. Sabemos, por ejemplo, que las palabras que significan carro y rueda existen en todas las lenguas arias y de ello se puede sacar en conclusión que los arios primitivos, los más puramente arios nórdicos, tuvieron carros, aunque la ausencia de raíces comunes para rayas, llantas y ejes nos dé a entender que las ruedas no eran de carretero con rayos, sino que estaban hechas con troncos de árbol desbastados en un eje de extremo a extremo.

Aquellos carros primitivos eran tirados por bueyes. Los arios no emplearon caballos de montura o de tiro; el caballo no les prestaba mucha utilidad. Los hombres del reno eran jinetes, pero los arios neolíticos preferían las reses vacunas. Comían vaca y no caballo; y al cabo de mucho tiempo empezaron a usar las reses para el tiro. Computaban la riqueza por el número de vacas. Viajaban, en busca de pastos, cargando con sus bienes, como hoy los boers, en el Sur de Africa, en carretas de bueyes, aunque, claro

está, sus carros eran mucho más toscos que cuantos hoy haya en el mundo. Se extendían, probablemente, por terrenos muy vastos. Eran migratorios, pero no, en el sentido estricto de la palabra, "nómadas"; movíanse con más lentitud, de manera menos hábil, que lo hicieron después los pueblos nómadas especializados. Eran hombres de selva y cercado, sin caballerías. Iban convirtiendo en vida migratoria la más sedentaria de los "taladores de bosques" del primer periodo neolítico. Los cambios de clima que iban cambiando los bosques en tierras de pastoreo y los incendios accidentales de los bosques contribuirían a aquella conversión.

Hemos descrito ya la especie de hogar que ocupaba el ario primitivo y su vida casera hasta donde nos lo permiten los restos de las moradas lacustres suizas. La mayoría de sus viviendas eran harto deleznables, hechas quizá de zarzo y lodo, para sobrevivir, y acaso las dejó, yéndose con sus carros, por razones muy leves. Los pueblos arios quemaban sus muertos, costumbre que subsiste aún en la India; pero sus predecesores, los hombres de los túmulos alargados, los iberos, enterraban a los suyos en posición sedente. En ciertos montículos funerarios de los arios antiguos (túmulos redondos) las urnas que contienen las cenizas de los difuntos están hechas en forma de casas, y éstas son chozas redondeadas con techumbre de bardas.

Para los primitivos arios los pastos tenían más importancia que la agricultura. Al principio empleaban para el cultivo un tosco azadón de madera; después, cuando supieron emplear los animales para el tiro, empezó la verdadera labranza, valiéndose al pronto de una rama de árbol, convenientemente encorvada, como arado. Sus cultivos, antes de esto, estarían más bien en trozos de huerta, cercanos a las casas, que en verdaderos campos. La mayor parte de las tierras ocupadas por su tribu eran tierras comunes en que se apacentaban los ganados.

Nunca empleó la piedra para las paredes de las casas, hasta los albores mismos de la historia. Usó la piedra en el fogón (p. e., en Glastonbury), y a veces para cimentación. Sin embargo, construyó una especie de casas de piedra en el interior de los túmulos en que enterraba las cenizas de sus muertos ilustres. Esta costumbre la aprendería de los iberos, vecinos o predecesores suyos. A estos blanco-atezados de cultura heliolítica, no a los arios primitivos, han de atribuirse templos como los de Stonehenge, en Inglaterra, y Carnac, en Bretaña.

Los arios se congregaban no en ciudades, sino en distritos de pastos, como clanes y comunidades de tribu. Formaban ligas independientes de ayuda mutua, con jefes escogidos; tenían centros de reunión, adonde podían llevar sus ganados en momentos de peligro, y construyeron campamentos con muros de tierra y

empalizadas, muchos de los cuales se pueden rastrear todavía en algunos parajes, cansados por la historia, del escenario europeo. Los jefes, en caso de guerra, solían ser los mismos purificadores por medio del sacrificio que fueron sus primitivos sacerdotes.

El conocimiento del bronce tardó mucho en extenderse por Europa. Los europeos nórdicos habían ido progresando lentamente, época tras época, desde siete u ocho mil años atrás, cuando llegaron los metales. En aquel tiempo su vida social se había desarrollado tanto, que en la comunidad había hombres de diversas ocupaciones y hombres y mujeres de distinto rango. Había hombres que trabajaban la madera o el cuero, alfareros y tallistas. Las mujeres hilaban, tejían y bordaban. Algunos jefes y familias distinguíanse como principales y nobles. Los hombres de las tribus arias solían variar la monotonía de su pastoreo y vida errante consagrando empresas y celebrando victorias, reuniéndose en asambleas fúnebres y distinguiendo con *fiestas* las tradicionales estaciones del año. Ya entrevimos sus manjares; gustábanle con avidez las bebidas fuertes, hechas con miel o cebada, y cuando las tribus ario-parlantes se desplegaron hacia el Sur, con uvas. Volvióse alegre y borracho. No sabemos si usó desde un principio levadura para cocer el pan o para fermentar la bebida.

En sus fiestas había individuos con aptitud para "hacer bufonadas", que las hacían, sin duda, para mover a risa a los amigos; pero también otra especie de hombres, de gran importancia en su tiempo, y más importantes todavía para el historiador: los que cantaban canciones o historias, los bardos o rapsodas. Estos *bardos* existían en todo los pueblos ario-parlantes; eran consecuencia y factor ulterior del desarrollo del lenguaje hablado, que fué adelanto principal del hombre en los tiempos neolíticos. Cantaban o recitaban historias del tiempo pasado, o historias del jefe actual y de su pueblo; referían también otras historias que ellos inventaban; sabían de memoria chanzas y cantares. Crearon, adoptaron y perfeccionaron ritmos, rimas, aliteraciones y demás posibilidades análogas latentes en el lenguaje; hicieron, probablemente, mucho por elaborar y fijar las formas gramaticales. Fueron los primeros grandes artistas del oído, como los pintores de rocas del auriñacense fueron los primeros grandes artistas de los ojos y de las manos. Sin duda emplearían mucho los ademanes, y es probable que estudiaran los más apropiados a la vez que aprendían sus cantos; pero el orden, la dulzura y la fuerza del lenguaje era su principal preocupación.

Ellos marcan un nuevo paso adelante en la fuerza y expansión de la mente humana. Por ellos se sostuvo y desarrolló en el entendimiento del hombre el sentido de algo superior al hombre mismo, el de la tribu y de una vida que agrandaba sus límites

hasta el tiempo pasado. No sólo recordaban odios y batallas antiguas, sino también antiguas alianzas y herencias comunes. Hacían revivir las proezas de los héroes muertos. Los arios empezaron a vivir con el pensamiento antes de nacer y después de morir.

Como la mayor parte de las cosas humanas, la tradición bárdica progresó lentamente al principio y luego más rápidamente. Por los tiempos en que el bronce iba entrando en Europa, no había pueblo ario que no tuviese profesión y enseñanza de bardos. En manos de éstos el lenguaje alcanzó la hermosura que ha de serle posible lograr. Los bardos eran libros vivientes, hombres-historias, guardadores y creadores de una más nueva y poderosa tradición en la vida humana. Todo pueblo ario tuvo sus largas crónicas poéticas así transmitidas, sus sagas (teutónicas), su épica (griega), sus vedas (antiguo sánscrito). Los arios primitivos fueron esencialmente pueblos de voz. Parece que el recitado predominó aun en aquellas danzas ceremoniales y dramáticas, en aquellos atavíos que, entre la mayor parte de las razas humanas, han servido también para transmitir la tradición.

No había en aquel tiempo escritura, y cuando empezó a insinuar en Europa el arte de escribir, como diremos más adelante, parece que fué un método bastante rastrero, tosco y falto de vida para registrar los hechos, y que a los hombres les costó mucho trabajo poner por escrito aquellos deslumbradores y bellos tesoros de la memoria. La escritura se empleó primeramente para información y hecho escueto. Bardos y rapsodas siguieron floreciendo mucho después de introducida la escritura. Sobrevivieron, a decir verdad, en Europa, como los trovadores a la Edad Media.

Por desgracia, su tradición carecía de la fijeza de lo escrito. Enmendaban y reconstruían, tenían modas y fases de negligencia. En consecuencia, hoy no tenemos más que los vestigios muy alterados y revisados de aquella literatura hablada de los tiempos prehistóricos. Una de las más interesantes e instructivas composiciones prehistóricas de los arios sobrevive en la *Iliada* griega. Probablemente se recitó una forma primitiva de la *Iliada* 1.000 años antes de J. C.; pero sólo en 700 ó 600 se tuvo una forma escrita. Muchos se han ocupado de sus autores y correctores; pero una tradición griega tardía se la atribuyó a un bardo ciego llamado Homero, a quien se adscribe también la *Odisea*, composición de espíritu y aspecto muy diferentes. Es posible que fuesen ciegos muchos bardos arios. Según el profesor J. L. Myres, se cegaba a los bardos para impedir que se alejaran de la tribu. Mr. L. Lloyd ha visto en Rhodesia un músico de una compañía de bailarines indígenas a quien su jefe había mandado sacar los ojos por la misma razón. Los eslavos llamaban a todos los bardos

sliepac, palabra que para ellos significaba ciego. La versión oral primitiva de la *Iliada* era más antigua que la de la *Odisea*. "La *Iliada* como poema completo, es más antigua que la *Odisea*, aunque la materia de la *Odisea*, perteneciente a un "folklore" de fecha más insegura, sea más antigua que la materia histórica de la *Iliada*" (3). Ambos poemas se escribieron, probablemente, y se volvieron a escribir en fecha posterior, de modo muy semejante al que puso en práctica lord Tennyson, el poeta laureado de la reina Victoria, en sus *Idilios del Rey*, escritos sobre la *Morte d'Arthur* (que es, por su parte, una nueva redacción de leyendas preexistentes hecha por Sir Thomas Malory, hacia 1450), poniendo los discursos, sentimientos y caracteres más de acuerdo con los del tiempo de la nueva redacción. Pero los acontecimientos de la *Iliada* y la *Odisea*, la manera de vivir que describen, el espíritu de las acciones que registran, pertenecen a las últimas centurias de la edad prehistórica. Las sagas, los poemas épicos, los vedas, ofrecen, con la arqueología y la filología, una tercera fuente de información acerca de aquellas edades desaparecidas.

He aquí, por ejemplo, el pasaje final de la *Iliada*, en que se describe muy exactamente la formación de un túmulo prehistórico: (4)

> "...Así bueyes y mulas, engancharon al punto a los carros
> salieron y en la selva cortaron innúmeros troncos;
> tras nueve de acarreo, brilló al cabo el décimo día
> sobre los tristes mortales, y a los más bravos de todos
> mandaron al fuego. En lágrimas nadó Troya. Tendieron el cuerpo
> en lo más alto. Las llamas ardieron de día y de noche.
> Mas cuando la undécima aurora brillar hizo sus dedos rosados
> sobre la tierra, las gentes, junto a la pira, con vino
> la llama extinguieron. Entonces hermanos y amigos los huesos
> de nieve en urna de oro encerraron, sin dar tregua al llanto.
> Y envuelta en un velo de púrpura la urna, cavaron la fosa,
> la enterraron, con piedras alzaron la tumba y muy presto
> apilaron el túmulo...
> ...Y alzado que fué, la ciudad toda entera
> en la corte de Priamo, pupilo de Zeus, se juntó en funerario banquete
> y así al domador de caballos, Héctor, dieron la paz con el rito".

Ha llegado también hasta nosotros una antigua saga inglesa, *Beowulf*, de mucho antes que los ingleses pasaran a Inglaterra

(3) G. M.

(4) Mr. Wells cita la traducción en verso de Chapman, corregida en algunas palabras según la versión en prosa de Lang, Leaf y Myers. — N. del T.

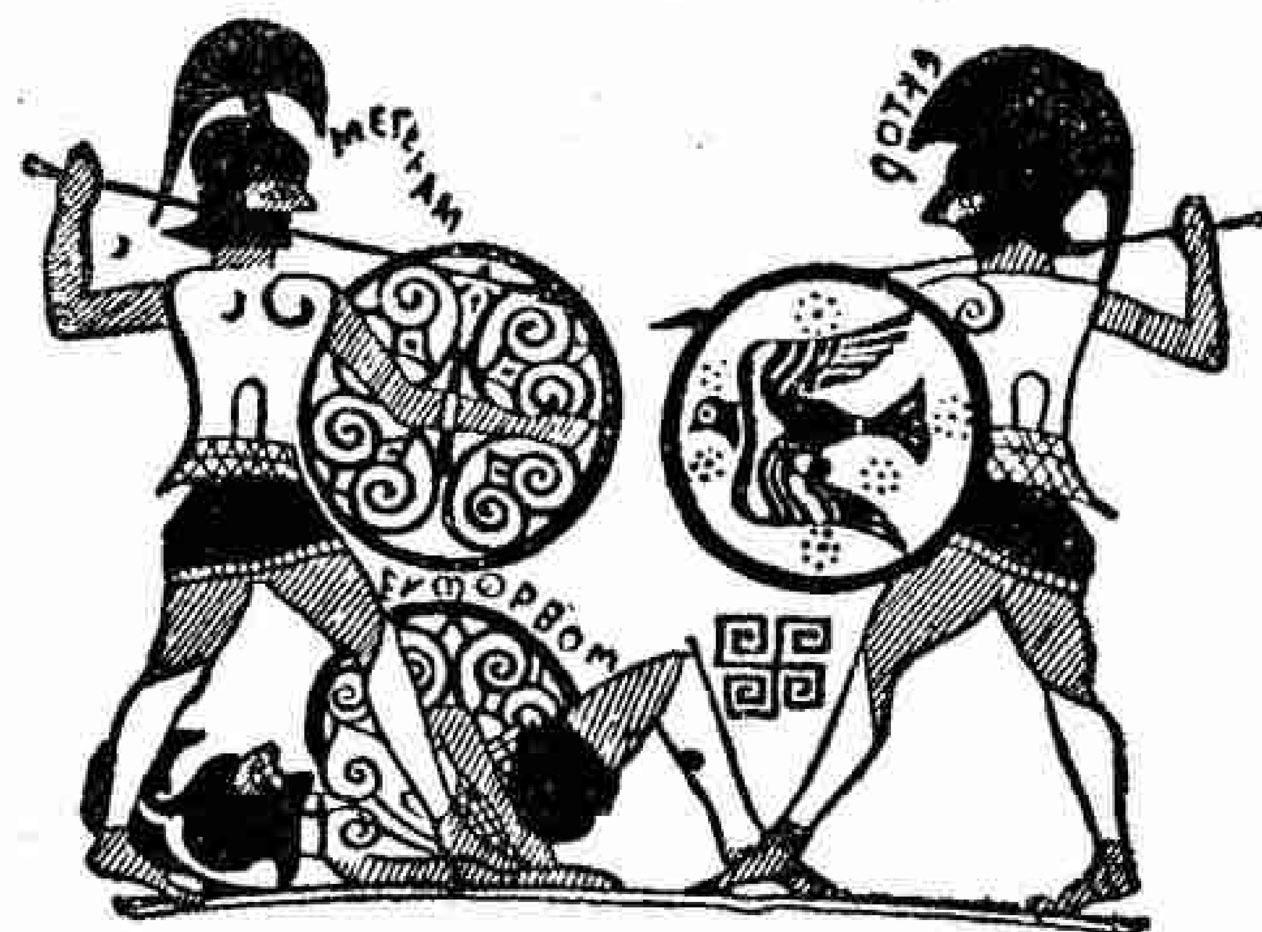
desde Alemania, que describe unos funerales parecidos. Primero se cuenta la preparación de la pira. Cuélganse alrededor escudos y cotas de malla. Traen el cuerpo, prenden fuego a la pira y durante diez días los guerreros levantan un alto monte que puedan ver a lo lejos caminantes y navegantes. *Beowulf*, posterior, por lo menos, en 1.000 años a la *Iliada*, es interesante también, porque una de sus aventuras más importantes consiste en el saqueo de los tesoros de un túmulo, antiguo ya en aquellos días.

§ 3. *La vida cotidiana de los arios*

La épica griega muestra a los griegos primitivos desconocedores del hierro, sin escritura, y antes de que existieran ciudades de fundación griega en el país a que habían llegado muy recientemente en son de conquista. Iban desplegándose hacia el Sur, desde sus regiones arias de origen. Parece que fueron hombres rubios, advenedizos en Grecia, advenedizos en un país ocupado hasta entonces por hombres mediterráneos o ibéricos.

Permítasenos, a riesgo de alguna repetición, aclarar perfectamente un punto. La *Iliada* no nos da la vida neolítica de aquella primitiva región aria de origen; nos da esa vida ya avanzada en un nuevo orden de cosas. La manera de vivir primitiva neolítica, con sus animales mansos y domésticos, su cerámica y su cocina, con sus transitorias parcelas de rudo cultivo, ha sido esbozada ya. Entre 15.000 y 6.000 antes de J. C., la manera de vivir neolítica se había extendido, con las selvas y con la abundante vegetación del periodo pluvial, sobre la parte mayor del viejo mundo, desde el Níger hasta el Huang-ho y desde Irlanda hasta el Sur de la India. Ahora bien: como el clima de grandes porciones de la tierra iba oscilando hacia unas condiciones de mayor sequía y amplitud, la vida neolítica, más temprana y sencilla, iba desarrollándose en dos sentidos divergentes. Uno de inclinación a una vida más errante, hacia una vida constantemente migratoria, por fin, entre los pastos de verano y los de invierno, que se llama NOMADISMO; otro, en ciertos valles soleados, de tendencia a un acopio de aguas de riego, en que los hombres se juntaron en las primeras ciudades y forjaron la primera CIVILIZACIÓN. Ya hemos descrito las primeras civilizaciones y su riesgo de ser dominadas por los pueblos nómadas. Hemos indicado ya que durante miles de años ha existido casi una intermitencia rítmica de las civilizaciones por los nómadas. Advertimos aquí que los griegos, como la *Iliada* los presenta, no son ni meros nómadas neolíticos, ayunos de civilización, ni hombres civilizados. Son nómadas en estado de excitación, porque acaban de caer sobre las civilizaciones y las miran como oportunidades de guerra y saqueo.

Los griegos primitivos de la *Iliada* son robustos luchadores, pero carecen de disciplina: sus batallas son una serie de combates singulares. Tienen caballos, pero no caballería; emplean el caballo, adición relativamente reciente a los recursos arios, para arrastrar a la pelea un rudo carro de combate. El caballo es todavía harto nuevo y, por lo tanto, ya en sí mismo una especie de terror. Para los ordinarios menesteres de arrastre, como se ve en nuestra cita de la *Iliada*, empleábanse bueyes.



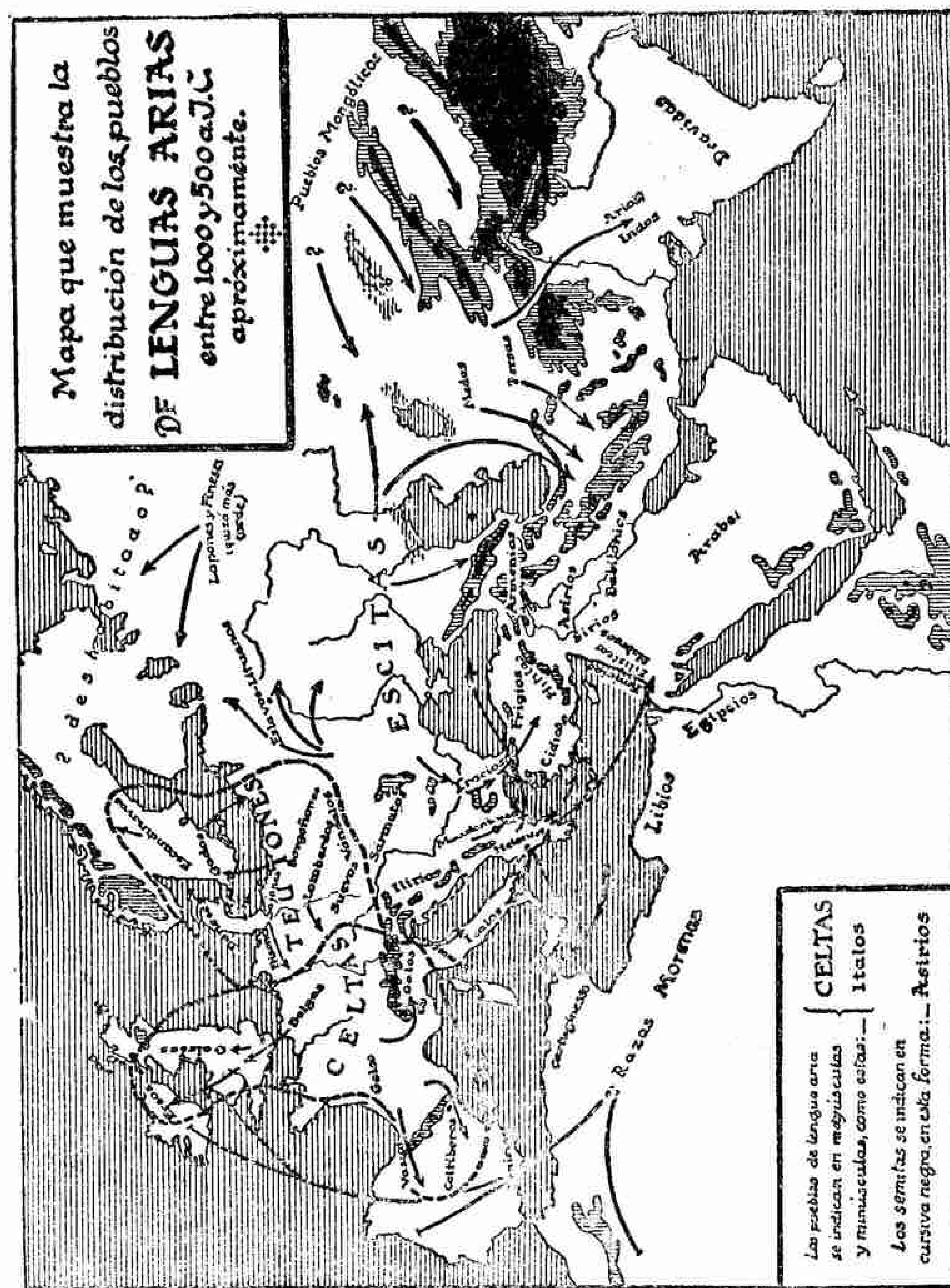
COMBATE ENTRE MENELAO Y HECTOR (DE LA ILIADA)

Tomado de una fuente asignada al final del siglo VII (Museo Británico). Es probablemen e el vaso más antiguo entre los que tienen inscripción griega. Empezaba en Grecia la escritura. Véase la swastika.

Los únicos sacerdotes que estos arios tenían eran los guardianes de los sepulcros y hogares sagrados. Hay jefes, que son cabeza de familia y ofrecen también sacrificios, pero no parece que su religión tenga mucho sentimiento misterioso o sacramental. Cuando los griegos van a la guerra, sus cabecillas y ancianos se reúnen en consejo y el gran rey, cuyas facultades quedan muy vagamente definidas. No hay leyes, sino costumbres tan sólo; y tampoco normas exactas de conducta.

La vida social de los griegos primitivos tomaba por centro las moradas de aquellos jefes. Había, sin duda, chozas para la multitud y también granjas más apartadas; pero la casa del jefe era un centro amplio adonde todos iban a tomar parte en el festín, a escuchar a los bardos, a mostrar su destreza en juegos y ejercicios. Allí se reunían los primitivos artesanos. En derredor había cobertizos para las vacas, establos y dependencias análogas. Los hombres comunes dormían en cualquier parte, como los criados en los castillos medievales y alguna gente, aún, en las casas indias. Salvo en propiedades de carácter enteramente personal, había aún cierto ambiente de comunismo patriarcal de tribu; la tribu o el jefe como cabeza de la tribu, tenían la propiedad de los pastos; bosques y ríos eran libres.

La organización social aria, y a decir verdad todas las co-



munidades primitivas, parecen no haber conocido las pequeñas casas separadas que constituyen hoy la masa de una población en Europa occidental y en América. La tribu era una familia más grande; la nación, un grupo familiar de tribus; una casa contenía a menudo centenares de personas. La sociedad humana empezó, precisamente como los rebaños y manadas entre los animales, porque la familia fué retardando su dispersión. Hoy los leones del Este africano van volviéndose, al parecer, animales sociales de un modo análogo; las crías permanecen junto a la madre hasta estar crecidas; todas cazan en grupo. Hasta aquí, el león venía siendo animal solitario. Si hombres y mujeres no tienen hoy el apego o la familia que antes tuvieron, es porque el Estado y la comunidad ofrecen hoy garantías, ayudas y facilidades que en otro tiempo sólo eran posibles dentro del grupo familiar.

En la comunidad indostánica de hoy se encuentran aún las amplias agrupaciones domésticas de las primeras etapas de la sociedad. Mr. Bhupendranath Basu ha descrito recientemente una de estas casas típicas ([5]) Es una casa aria, con los refinamientos y comodidades traídos por miles de años de civilización, pero su estructura social es la misma de las casas que nos muestra la épica de los arios.

"El sistema de la familia reunida —expone— ha llegado hasta nosotros desde tiempo inmemorial; el sistema patriarcal ario de otras épocas rige aún hoy en la India. La estructura, aunque antigua, conserva plena vitalidad. La familia reunida es un cuerpo de cooperación en que hombres y mujeres tienen su lugar bien definido. Al frente de la corporación está el miembro más respetable de la familia, por lo general el mayor de los varones, pero en su ausencia suele asumir la dirección la más anciana de las mujeres. (Cf. con Penélope en la *Odisea*).

"Todos los miembros hábiles tienen que contribuir con su trabajo y sus ganancias, ya de aptitudes personales o en la agricultura y el comercio, al fondo común; a los más débiles, a las viudas, a los huérfanos y a los parientes desamparados, se les da mantenimiento y sostén; hijos, sobrinos, hermanos, primos, todos reciben igual trato, porque bastaría una preferencia indebida para que la familia se rompiera. No existe palabra que signifique "primos", porque son hermanos o hermanas, y no reconocemos por primos a los de segundo grado. Los hijos de un primo hermano son sobrinos nuestros, lo mismo que si lo fueran de un hermano. No le está permitido a un hombre casarse con una prima suya, aunque sea lejana, como no se le permite tomar a una

([5]) *Some Aspects of Hindu Life in India:* Comunicación leída a la Royal Society of Arts, en 28 nov. 1918.

hermana por esposa, excepto en algunos lugares de Madras, en que un hombre puede casarse con la hermana de su tía materna. Los afectos y lazos familiares son siempre muy fuertes, y por lo mismo no es tan difícil como a primera vista parece que se mantenga la igualdad de relaciones. Además, la vida es muy sencilla. Hasta hace poco nadie llevaba zapatos para andar por casa, sino sandalias sin correas. He conocido una familia acomodada de la clase media, compuesta de varios hermanos y primos que tenían, entre todos, tres pares de zapatos de cuero, usados tan sólo para salir, y la misma práctica se usa con otras prendas, como los chales, que duran varias generaciones y que, ya viejos, son tratados con cariño, como pertenecientes que fueron a antepasados de reverencia da memoria.


Caballos y carros — (De un vaso griego arcaico)

"La familia reunida permanece así algunas veces durante varias generaciones, hasta que aumenta demasiado y se divide en varias familias menores; así se puede ver pueblos enteros habitados por miembros de un mismo clan. Dije que la familia es una sociedad cooperativa, y se la puede comparar a un Estado en pequeño, sostenido por una fuerte disciplina que se basa en el amor y en la obediencia. Cada día se ve a los miembros más jóvenes de la familia llegarse al jefe y limpiarles el polvo de los pies en señal de veneración; cuando emprenden algún asunto, le piden licencia y no se van sin que les bendiga... Hay muchos lazos que mantienen junta a la familia —lazos de simpatía, de gustos comunes, de penas compartidas—; en caso de muerte, todos visten de luto; un nacimiento o una boda, a todos los regocija. Por encima de todos, la deidad familiar, alguna imagen de Vichnú, el protector tiene su puesto en una habitación separada, que suele llamarse el aposento de Dios, o para las familias acomodadas, en un templo ajeno a la casa, donde la familia celebra su culto diario. Hay un sentimiento de adhesión personal entre esta imagen de la divinidad y la familia, porque la imagen suele proceder de generaciones pasadas y a veces fué milagrosamente adquirida por un piadoso antecesor de tiempos remotos... Con los dioses do-

mésticos está íntimamente asociada la figura del sacerdote familiar... El sacerdote indo forma parte de la vida familiar de su rebaño, con la cual le tiene unido un lazo de varias generaciones. El sacerdote no suele ser hombre de mucha ciencia; conoce, sin embargo, las tradiciones de su fe... No constituye una carga pesada, porque se satisface con poco; unos puñados de arroz, unos plátanos o verduras de la casa, un poco de azúcar sin refinar hecho en el pueblo, y a veces unas cuantas monedas de cobre, son todo lo que necesita... No estaría completo el cuadro de nuestra vida familiar, si nada dijéramos de los sirvientes. A una criada se llama la "jhi", es decir, la hija, en Bengala; y es como una hija de la casa. Llama padre y madre al amo y al ama, y hermanos y hermanas a los hijos de la familia. Participa también de la vida familiar; acompaña al ama a lugares sagrados, porque aquélla no puede ir sola, y por lo general se pasa la vida dentro de su familia de adopción; la familia mira por sus hijos. A los criados se les da un trato semejante. Los criados tanto hombres como mujeres suelen ser de las castas más humildes, pero entre ellos y los miembros de la familia va formándose un sentimiento de adhesión personal, y a medida que pasan los años, los familiares más jóvenes les llaman hermanos, tíos, tías, etc.... No hay casa acomodada sin maestro que enseña a los hijos de la familia y también a otros hijos del pueblo; no hay edificio escolar costoso, pero no falta lugar en alguna galería o cobertizo del patio para los niños y el maestro, y en la escuela hallan fácil admisión los niños de las castas inferiores. Estas escuelas indígenas no son de carácter muy elevado, pero llevan a cabo una obra de instrucción, que no se halla fácilmente en otros muchos países...

"Con la vida indostánica está ligado el tradicional deber de la hospitalidad. Es deber de un amo de casa ofrecer comida a todo extranjero que llegue antes de mediodía y lo solicite: el ama de casa no se sienta a comer hasta que todos los familiares lo han hecho y, a veces, como no queda más que su ración, no la toma hasta muy pasado el mediodía por si un extranjero llegara y pidiera de comer...".

Hemos citado largamente a Mr. Basu porque en sus páginas hemos visto algo semejante a la comprensión viva del tipo de casa que ha prevalecido en las comunidades humanas desde los días neolíticos, que prevalece aún en la India, la China y el Extremo Oriente, pero que en Occidente va cediendo el paso con rapidez a un estado y organización municipal de la educación y a un industrialismo en gran escala dentro de la cual es posible cierta separación y libertad individual que las amplias sociedades domésticas jamás conocieron...

Pero volvamos a la historia que nos ha conservado la épica aria.

La épica sánscrita refiere unos hechos muy parecidos a los que laten en la *Iliada*: los de un pueblo blanco, que come vaca —sólo más adelante se hizo vegetariano—, el cual pasa desde Persia a la llanura septentrional de la India y se abre, poco a poco, camino hasta el Indo. De allí se desparrama por la India, pero al extenderse adquiere muchas cualidades de los dravidas bronceados a quienes ha vencido y parece que pierde su tradición bárdica. Los vedas, dice Mr. Basu, se transmitían principalmente en la casa por medio de las mujeres...

La literatura oral de los pueblos celtas que avanzaron hacia el Oeste no se ha conservado tan completamente como la de los griegos y los indos; se escribió muchos siglos después, y así como *Beowulf*, la bárbara epopeya inglesa primitiva, ha perdido todo claro indicio de un periodo migratorio a las tierras de un pueblo antecedentes. Si en ella figuran de algún modo los pre-arios, es como las hadas y los genios en los cuentos irlandeses. Irlanda, más separada de todas las comunidades celti-parlantes, retuvo hasta fecha más reciente su vida primitiva; y el *Táin*, la *Iliada*, irlandesa, describe una vida de pastoreo en que se usan todavía carros de guerra, y también perros de guerra, y las cabezas cortadas se transportan muy lejos colgadas al cuello de los caballos. El *Táin* es la historia de un robo de ganados. En él se muestra el mismo orden social que en la *Iliada*; los jefes celebran festines en grandes salas, construyen grandes casas para sí, hay cantos y relatos de bardos, bebidas y borrachera. Apenas se habla de sacerdotes; pero hay una especie de médico que sabe de conjuros y profecías.

XXII

LOS GRIEGOS Y LOS PERSAS

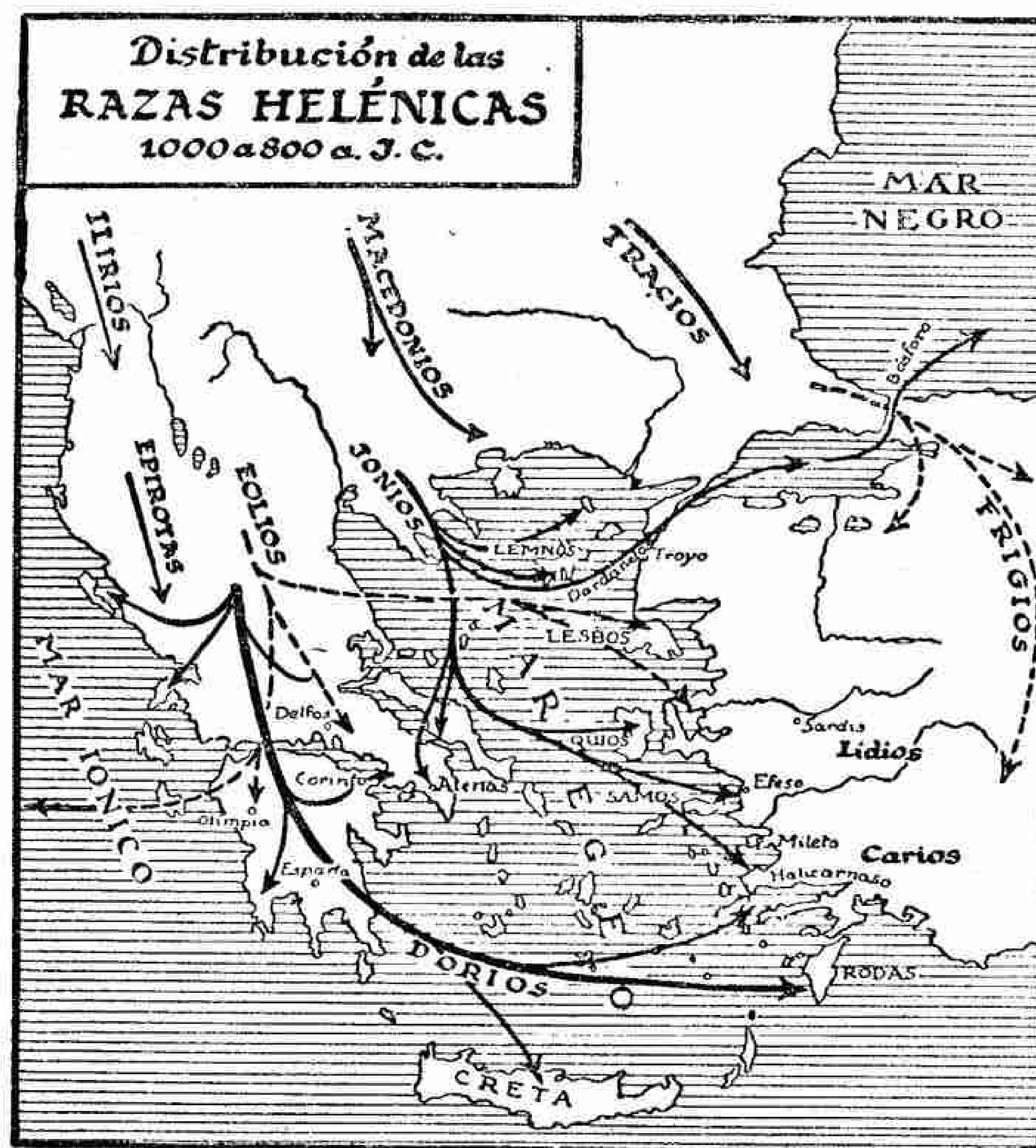
§ 1. *Los pueblos helénicos*

APARECEN los griegos, en la indistinta luz que antecede a los albores de la historia (es decir, hacia 1500 antes de Jesucristo), como uno de aquellos pueblos arios errantes, nómadas imperfectos, que extienden gradualmente la línea de sus pastos hacia el Sur, por la península de los Balkanes, y chocan y se mezclan con aquella precedente civilización egea que tuvo su coronamiento en Cnossos.

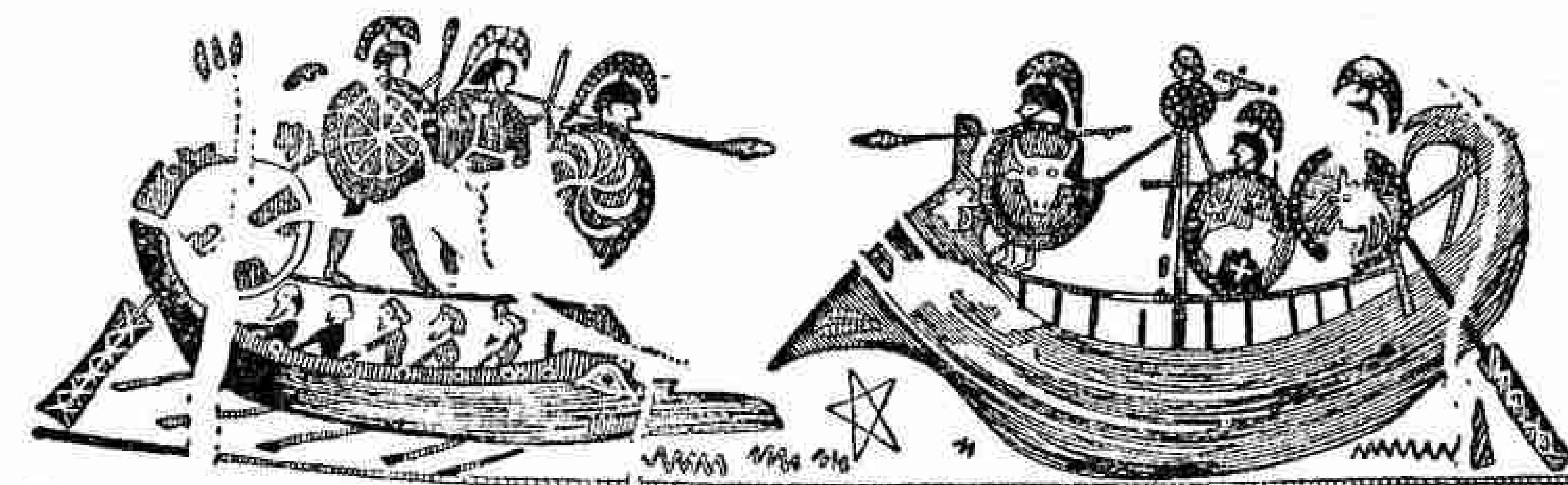
En los poemas homéricos, esas tribus hablan un idioma común, y una común tradición, sostenida por la epopeya, los mantiene distintos entre sí, pero unidos; dan a las tribus diversas un nombre común: el de *helenos*.

Llegaron, probablemente, en oleadas sucesivas. En el griego antiguo distínguense tres variedades principales: el iónico, el eólico y el dórico. Hubo gran diversidad de dialectos. Parece ser que los jonios precedieron a los demás griegos y que se mezclaron muy íntimamente con los pueblos civilizados que llegaron a dominar. Por la raza, la población de ciudades como Atenas y Mileto fué más mediterránea que nórdica. Los dorios, al parecer, fueron la última, la más poderosa y menos civilizada ola de invasores. Todas estas tribus helénicas vencieron y destruyeron en gran parte la civilización egea anterior a su arribo, y sobre las cenizas de ella edificaron una civilización propia. Hiciéronse a la mar, y, por las islas, llegaron al Asia Menor; y navegando por los Dardanelos y el Bósforo, extendieron sus factorías hacia el Sur, y luego por las orillas septentrionales del mar Negro. Derramáronse también por el Sur de Italia, que vino después a llamarse Magna Grecia, y en torno al Mediterráneo, por su costa Norte. Fundaron la ciudad de Marsella en el emplazamiento de una antigua colonia fenicia, y sentaron sus reales en Sicilia, para rivalizar con los cartagineses, no más tarde de 735 antes de Jesucristo.

Tras los griegos propiamente dichos, asentáronse sus afines, macedonios y tracios; y en su ala izquierda los frigios cruzaron por el Bósforo al Asia Menor.



Esta distribución de los griegos la encontramos ya antes de los comienzos de la historia escrita. Hacia el siglo VII antes de J. C. —es decir, por los tiempos del cautiverio judío en Babilonia— se habían borrado en Europa los hitos del antiguo mundo de la civilización prehelénica. Tirinto y Cnossos eran lugares sin importancia. Micenas y Troya sobrevivían gracias a la leyenda. Las grandes ciudades del nuevo mundo griego eran Atenas, Esparta (capital de Lacedemonia), Corinto, Tebas, Samos, Mileto. El mundo llamado por nuestros abuelos "antigua Grecia" habíase alzado sobre las ruinas de una Grecia más antigua aún, tan civilizada y artística por muchos conceptos, que hoy empieza a revelársenos merced a los excavadores. Pero la más reciente "antigua Grecia" de que hablamos ahora, persiste aún viva en la imaginación y en las instituciones humanas porque habló una hermosa



Batalla naval griega. *De un vaso pintado, hacia 550 a. J. C.*

lengua aria, más expresiva, semejante a la nuestra, y porque, tomando el alfabeto mediterráneo, lo perfeccionó, añadiéndole vocales y haciendo de la lectura y la escritura artes fáciles de aprender y practicar, para que, dominadas por gran número de gentes, transmitieran sus hechos a las edades posteriores (1).

§ 2. *Los rasgos distintivos de la civilización helénica*

La civilización griega que vemos crecer en el Sur de Italia, en Grecia y Asia Menor, durante el siglo VII antes de J. C., es civilización diferente en muchos aspectos importantes de los dos grandes sistemas civilizados que hemos visto desarrollarse ya, el del Nilo y el de Ambos Ríos, de Mesopotamia. Estas civilizaciones fueron brotando a través de largas épocas; surgieron lentamente en torno a la vida del templo o a la agricultura primitiva; reyes sacerdotes y reyes dioses consolidaron aquellas ciudades primitivas, haciendo de ellas imperios. Pero los griegos bárbaros, pastores e invasores, avanzaron, por el Sur, hacia un mundo cuya civilización era ya antigua. Conocía ya la navegación y el cultivo, las ciudades amuralladas y la escritura. Los griegos no formaron una civilización propia: derribaron una y con sus ruinas levantaron otra.

A esto ha de atribuirse el hecho de que no haya en ella etapa del templo ni etapa de reyes sacerdotes en la historia griega. Los griegos llegaron de una vez a la organización ciudadana que en Oriente había ido creciendo en derredor del templo. Se apoderaron de la asociación de templo y ciudad; encontraron la idea ya elaborada para su uso. Lo que más impresión hubo de causarles en la ciudad fué probablemente la muralla. Cabe dudar que se

(1) Menos necesarias eran las vocales para la expresión en las lenguas semíticas. Sus primeros alfabetos tenían símbolos únicamente para la A, la I y la U; pero en lenguas como la griega, cuyas inflexiones terminales suelen exigir vocal, era indispensable el signo de éstas.

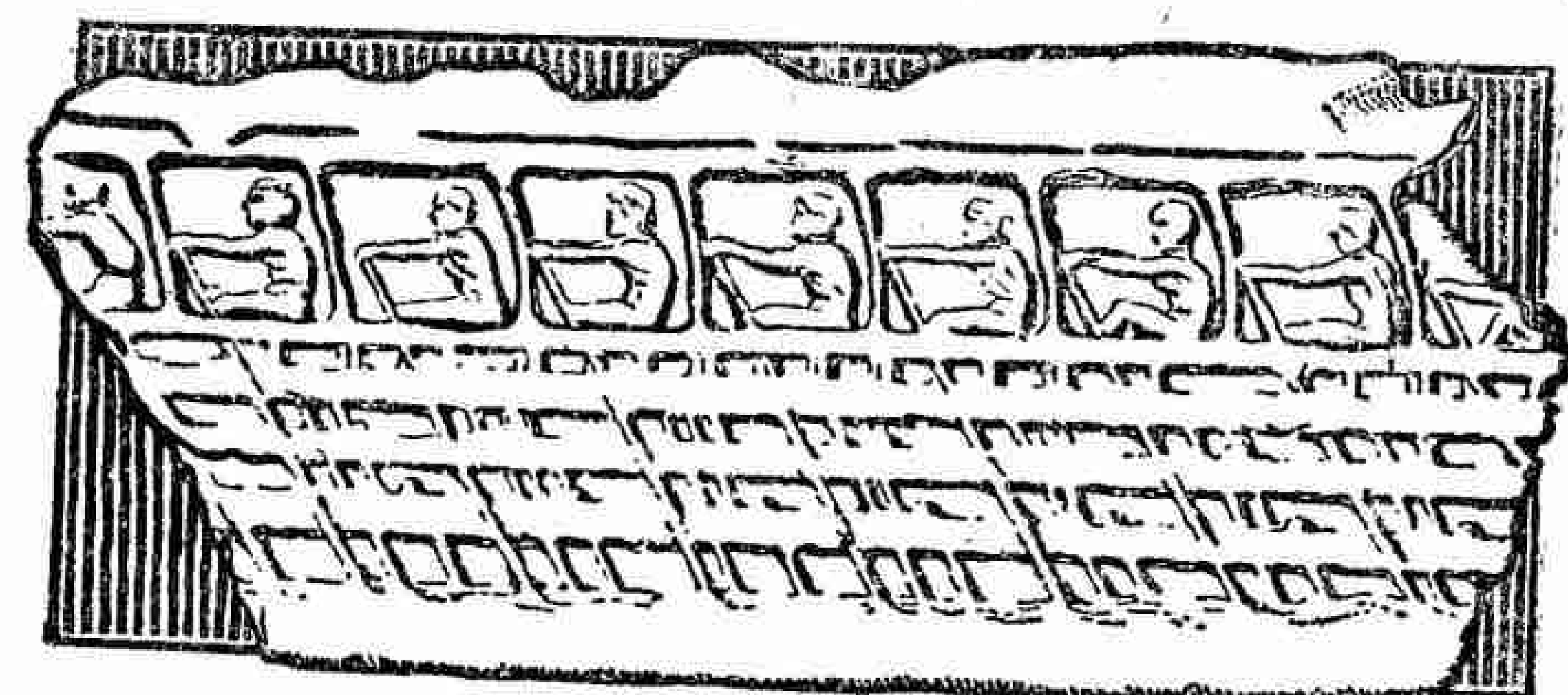
entregaran de inmediato a la vida de la ciudad y a la ciudadanía. Vivieron al principio en poblados abiertos, fuera de las ruinas de las ciudades que habían destruído; pero éstas eran su modelo, la continua sugestión que tenían delante. Concibieron primeramente la ciudad como lugar seguro en tiempo de lucha, y el templo, sin verdadero discernimiento, como rasgo propio de la ciudad. Tomaron la herencia de una previa civilización con las ideas y las tradiciones de los bosques, fuertemente arraigadas aún en la mente. El sistema social heroico de la *Ilíada* se adueñó de la tierra adaptándose a nuevas condiciones. A medida que avanza la historia, los griegos van volviéndose más religiosos y supersticiosos según van subiendo hacia ellos las creencias de los pueblos dominados.

Ya dijimos que la estructura social de los arios primitivos era un sistema de dos clases, nobles y plebeyos, no muy claramente distintas entre sí; conducíalas a la guerra un rey, que no era sino el jefe de una de las familias nobles, *primus inter pares*, primero entre sus iguales. Con la sumisión de la población aborigen y la edificación de ciudades, añadióse a esa simple organización social de dos clases un estrato inferior de labriegos y trabajadores hábiles y menos hábiles, esclavos en su mayor parte. Pero no todas las comunidades griegas son de este tipo de "conquista". Algunas eran ciudades de "refugio", que representaban comunidades deshechas, en las que no se hallaba el substrato aborigen.

A menudo, en el primer caso, los supervivientes de la población más antigua formaban una clase sometida, esclava en totalidad del Estado, como, por ejemplo, los ilotas de Esparta. Nobles y plebeyos pasaron a ser terratenientes y hacendados; otros dirigían la construcción naval y se dedicaban al comercio. Pero algunos ciudadanos libres, de los más pobres, consagráronse a las artes mecánicas y, como ya se apuntó, llegaban a remar en galeras a soldada. Los sacerdotes de aquel mundo griego eran guardianes de aras y templos o funcionarios sacrificadores; Aristóteles, en su *Política*, los considera como a mera subdivisión de su clase oficial. El ciudadano era guerrero en su juventud, gobernante en su madurez, sacerdote en su ancianidad. La *clase* sacerdotal, en comparación con la equivalente de Egipto y Babilonia, era reducida e insignificante. Los dioses de los griegos propiamente dichos, los dioses de los griegos heroicos eran, según se dijo, seres humanos glorificados, y se les trataba sin exceso de temor o espanto; pero entre los dioses de los libres conquistadores ocultábanse otros de los pueblos subyugados, que hallaban furtivos adeptos en esclavos y mujeres. Los dioses arios de los orígenes no se esperaba que hiciesen milagros ni rigiesen la vida de los hombres. Mas Grecia, como la mayor parte del mundo antiguo

en los mil años que preceden a J. C., mostróse muy aficionada a consultar *oráculos* o adivinos. Delfos gozó de fama particular merced a su oráculo. "Cuando los más ancianos de la tribu no podían deciros lo que se había de hacer —escribe Gilbert Murray— acudíais a los muertos bienaventurados; todos los oráculos estaban en las tumbas de los héroes. Os decían la "Themis", lo que era conveniente hacer, o, como dirían hoy los devotos, cuál era la voluntad de Dios".

Sacerdotes y sacerdotisas no formaban en aquellos templos una clase ni ejercían poder en concepto de clase. El estado griego



Remeros de un barco de guerra ateniense, hacia 400 a. J. C.
(Fragmento de un relieve hallado en la Acrópolis)

lo constituían los nobles y los plebeyos libres, dos clases que, en determinadas circunstancias, se fundieron en un solo cuerpo ciudadano. Muy a menudo, especialmente en los grandes estados de ciudad, la población esclava y los extranjeros sin derechos civiles sobrepujaban mucho en número a los ciudadanos. Pero sólo por cortesía tenía para ellos existencia el Estado; legalmente, sólo existía para la masa ciudadana selecta. Podría o no tolerar al extraño y al esclavo, más éstos no tenían más voz legal que la que les hubiera consentido un poder despótico.

Esta estructura social difiere mucho de la que vemos en las monarquías orientales. La importancia exclusiva del ciudadano griego hace pensar en la importancia exclusiva de los hijos de Israel en la última etapa del estado judío; pero no hay, por parte de Grecia, equivalente a los profetas y sacerdotes ni a la idea de un Jehová soberano.

Otro contraste entre los estados griegos y las demás comunidades humanas que hemos señalado hasta aquí, es su división continua e incurable. Las civilizaciones de Egipto, de Sumeria, de China y, sin duda, de la India Septentrional, empezaron todas por

un cierto número de estados ciudadanos independientes, formados por una ciudad con unas cuantas millas en torno de pueblos agrícolas y campos laborables, dependientes de aquélla; pero llegaron a salir de esta fase para fundirse en reinos e imperios. Mas los griegos no llegaron a fundirse hasta el final mismo de su historia independiente. Suele atribuirse esto a las condiciones geográficas en que vivían. Grecia es un país cortado en multitud de valles por masas montañosas y brazos de mar que hacen difíciles las comunicaciones; tanto, que pocas ciudades lograron tener sometidas a otras por mucho tiempo. Además, muchas ciudades griegas alzábanse en islas o dispersas en costas lejanas. Los mayores estados ciudadanos griegos fueron hasta el final menores que muchos condados ingleses; los hubo que tenían una extensión de muy pocas millas cuadradas. Atenas, una de las mayores ciudades griegas, en la cúspide de su poderío tuvo tan sólo un tercio de millón de habitantes. Pocas ciudades griegas pasaron de los 50.000. De ellos, una mitad o más eran esclavos y extranjeros, y los dos tercios de la masa libre, mujeres y niños.

§ 3. *Monarquía, aristocracia y democracia en Grecia*

El gobierno de aquellas ciudades fué de naturaleza muy variable. Conforme iban estableciéndose, después de la conquista, los griegos conservaban durante algún tiempo sus reyes; pero después los reinos fueron entregándose cada vez más a la dirección de las clases aristocráticas. En Esparta (Lacedemonia) encuéntranse todavía reyes en el siglo VI antes de Jesucristo. Los lacedemonios tenían un curioso sistema de doble reinado: dos reyes, procedentes de distintas familias reales, gobernaban a la vez. Pero la mayoría de las ciudades griegas se habían convertido en repúblicas aristocráticas mucho antes del siglo VI. Suele darse en las familias que gobiernan por derecho hereditario cierta relajación e ineficacia que las lleva a declinar más pronto o más tarde; y así que los griegos se echaron al mar, fundaron colonias y extendieron su comercio, levantáronse nuevas familias ricas frente a las antiguas y llevaron al poder nuevas personalidades. Estos *nuevos ricos* llegaron a figurar en una extensa clase directora, cuyo gobierno se llama oligarquía —en oposición a aristocracia—, aunque estrictamente el vocablo oligarquía (=gobierno de pocos) comprende desde luego la aristocracia hereditaria, como caso especial.

En muchas ciudades, personas de excepcional energía, apoyándose en un conflicto social o en un agravio de clase, lograron mantenerse en un poder más o menos irregular dentro del Estado. Esta combinación de personalidad y oportunidad se ha visto en

los Estados Unidos de América, por ejemplo, donde se ha llamado *bosses* (cabecillas) a hombres que ejercían diversamente un poder sin formalidades. En Grecia se les llamaba *tiranos*. Pero el tirano era bastante más que un cabecilla; reconocíasele por monarca y blasonaba de la autoridad de un monarca. El cabecilla moderno, por otra parte, se escuda en las formas legales de que se ha apoderado y las emplea para sus propios fines. Los tiranos se distinguían de los reyes en que éstos blasonaban de algún derecho, de alguna prioridad familiar, por ejemplo, para mandar. A aquéllos les sostenía quizá la clase más pobre, que tenía algún motivo de queja; Pisistrato, por ejemplo, que fué tirano de Atenas, con dos intervalos en el destierro, entre 560 y 527 antes de J. C., estuvo sostenido por los atenienses de las tierras altas, caídas en la pobreza. En ocasiones, como sucedió en la Sicilia griega, el tirano estaba por los ricos contra los pobres. Cuando, más adelante, los persas empezaron a subyugar las ciudades griegas del Asia Menor, pusieron en ellas tiranos adictos.

Aristóteles, gran maestro de filosofía, que nació en tiempos de la monarquía macedonia hereditaria, y que fué, durante algunos años, preceptor del hijo del rey, establece en su *Política* la distinción entre reyes que gobiernan por un derecho admitido e inherente, como el de Macedonia, a quien servía, y tiranos que mandan sin consentimiento de los gobernados. De hecho cuesta trabajo concebir que un tirano gobierne sin el asenso de muchos y sin participación activa de un número substancial de súbditos; y la devoción y abnegación de los "verdaderos reyes" ha suscitado alguna vez resentimiento y disputa. Aristóteles pudo decir también que, mientras el rey gobierna para bien del Estado, el tirano gobierna para su propio bien. En este punto y en su habilidad para considerar la esclavitud como cosa natural, y a la mujer como inepta para la libertad y los derechos políticos, Aristóteles iba de acuerdo con el rumbo de los hechos que presenciaba.

A una tercera forma de gobierno que prevaleció de modo creciente en Grecia, en los siglos VI, V y IV antes de J. C., se le da el nombre de *democracia*. Como hoy en el mundo se habla constantemente de democracia, y como la idea moderna de democracia se diferencia profundamente de la democracia de los Estados ciudadanos griegos, conviene ser muy explícitos acerca del significado de democracia en Grecia. Democracia era el gobierno por la comunidad, la Demos; era el gobierno por todo el cuerpo ciudadano, por los más, y no por los pocos. Pero fíjese el lector moderno en la palabra "ciudadano". El esclavo, el liberto, el extranjero, estaban excluídos; aun el griego nacido en la ciudad, cuyo padre procedía de ocho o diez millas de distancia, contadas desde la acrópolis, estaba excluído. Las primeras democracias

(pero no todas) exigían al ciudadano, como calificación, la propiedad, y la propiedad en aquellos días era la tierra; esto se relajó después, pero el lector moderno se dará cuenta de que aquí hay algo muy distinto de la moderna democracia. A fines del siglo V antes de J. C., esta calificación por la propiedad estaba abolida en Atenas, por ejemplo; mas Pericles, gran estadista ateniense de quien más adelante hablaremos, estableció una ley (451 antes de Jesucristo) restringiendo la ciudadanía a los que estuvieran en disposición de probar su ascendencia ateniense en las dos ramas. Así, en las democracias griegas, lo mismo que en las oligarquías, los ciudadanos vinieron a constituir *una corporación cerrada*, que dominaba en ocasiones, como sucedió en los grandes días de Atenas, sobre una numerosa población de siervos, esclavos y extranjeros. El político moderno, habituado a la idea, en todo nueva y diferente, de que la democracia en su forma perfecta requiere que todo hombre y toda mujer adultos tengan voz en el gobierno, consideraría a la democracia griega, si alentara de nuevo repentinamente, como una especie de oligarquía. La única diferencia real entre una "oligarquía" griega y una democracia griega, estriba en que en la primera no tenían voz en el gobierno los ciudadanos más pobres y menos importantes, y sí en la segunda. Aristóteles, en su *Política*, revela claramente el resultado práctico de tal diferencia. En las oligarquías, los impuestos cargaban levemente sobre los ricos; por el contrario, las democracias les aumentaban el impuesto y solían pagar alimentos y derechos especiales a los ciudadanos impecunes. Pagábase un tanto en Atenas al ciudadano que concurría a la asamblea general. Pero la gente excluída del afortunado grupo de los ciudadanos, tenía que trabajar y hacer lo que se le mandaba, y si deseaba alguno la protección de la ley, tenía que buscar un ciudadano que le representase, pues sólo éstos tenían acceso al tribunal. La idea moderna de que todos deben ser ciudadanos en un Estado, hubiera lastimado profundamente a los privilegiados demócratas de Atenas.

Obvio resultado de tal monopolio del gobierno por la clase ciudadana fué la intensa y estrecha forma que en aquellos privilegiados tomó el patriotismo. Concertaron alianzas, pero no se fundieron nunca con otros Estados ciudadanos: con ello hubieran anulado todas las ventajas merced a las cuales vivían. Los angostos límites geográficos de los Estados griegos contribuían a intensificar aquel sentimiento. El amor a la patria reforzábase con el amor a la ciudad natal, a su religión, a sus hogares, puesto que todo era uno. Claro está que los esclavos no compartían tales sentimientos, y en los Estados oligárquicos la clase excluída antepuso en ocasiones a su aversión contra el extranjero, su mayor aversión contra las clases del lugar que les oprimía. Mas, en términos generales, el patriotismo griego fué una pasión personal de intensidad comunicativa y peligrosa. Como el amor no correspondido, estaba siempre a punto de convertirse en algo semejante al odio. Los desterrados griegos parecíanse a los emigrados franceses o rusos en que siempre estaban dispuestos a tratar ásperamente a su amado país, con el propósito de salvarlo de los demonios en forma humana que se habían apoderado de él, arrojándolos fuera.

En el siglo V antes de J. C. Atenas formó un sistema de relaciones con cierto número de ciudades griegas, del que suelen hablar los historiadores llamándole Imperio Ateniense. Pero todas las ciudades conservaron su gobierno propio. Un "hecho nuevo" introducido por el Imperio Ateniense, fué la supresión completa y eficaz de la piratería; otro, la institución de una especie de derecho internacional. La ley era, a decir verdad, ley ateniense; pero podía ya entablarse una acción y administrarse justicia entre ciudadanos de los diferentes Estados de la liga, lo cual no había sido posible antes. El Imperio Ateniense surgió en realidad, de una liga de mutua defensa contra Persia; tuvo su asiento originario en la isla de Delos, y los aliados contribuyeron a formar en Delos un tesoro común, que luego se trasladó a Atenas porque estaba expuesto a posibles incursiones persas. Luego, una tras otra, las ciudades fueron ofreciendo contribuciones monetarias en lugar de servicios militares de lo que resultó que, al cabo, Atenas era la que hacía casi todo el trabajo y recibía casi todo el dinero. Apoyábanla una o dos de las islas mayores. De este modo la "Liga" fué convirtiéndose poco a poco en "Imperio"; pero los ciudadanos de los Estados aliados siguieron siendo virtualmente extranjeros entre sí, salvos los casos de tratados especiales que consentían matrimonios, etcétera. Y los ciudadanos pobres de Atenas fueron los que principalmente sostuvieron el imperio con su prestación personal incesante y vigorosa en extremo. Todo ciudadano estaba sujeto al servicio militar, en la ciudad o fuera de ella, de los diez y ocho a los sesenta años: unas veces, para menesteres puramente de Atenas; otras, en defensa de las ciudades del Imperio cuyos ciudadanos se habían eximido por dinero de tal obligación. Probablemente no habría en la Asamblea de Atenas un solo hombre mayor de veinticinco años que no hubiera servido en varias campañas en diferentes lugares del Mediterráneo o del Mar Negro, y que no esperara volver a servir. Los enemigos del imperialismo moderno lo denuncian como explotación del mundo por los ricos: el imperialismo ateniense fué la explotación del mundo por los ciudadanos más pobres de Atenas.

Otra diferencia con las condiciones actuales, debida a la pequeñez de los Estados ciudadanos griegos, era la de que, en una democracia, todo ciudadano tenía derecho de asistir, hablar

y votar en las asambleas populares. En muchísimas ciudades ello implicaba tan sólo la reunión de unos centenares de hombres; las mayores no pasaban de unos millares. Nada de esto es posible en una "democracia" moderna que tiene quizá varios millones de votantes. La voz del ciudadano moderno en los negocios públicos está limitada al derecho de votar por uno u otro de los candidatos que los partidos le presentan. Así se supone que el ciudadano, o la ciudadana, "da su asentimiento" al gobierno futuro. Aristóteles, que hubiera visto con gozo profundo los métodos electorales de nuestras democracias modernas, señala de modo muy sutil cómo la clase de ciudadanos cultivadores, residentes fuera de la ciudad, quedaba virtualmente privada de sus derechos por la convocatoria demasiado frecuente de la asamblea popular que les exigía regular asistencia. En las democracias griegas posteriores (siglo V) el nombramiento para los cargos públicos, excepto en el caso de dignatarios que necesitaban conocimientos muy especiales, se echaba a suertes. Así se creía que la corporación general de los ciudadanos privilegiados estaba protegida contra el predominio continuo de los hombres ricos, influyentes y hábiles en demasía.

Ciertas democracias (por ejemplo, Atenas y Mileto) tuvieron la institución llamada ostracismo (2), que servía en tiempos de crisis y conflicto para decidir si un ciudadano había de ir por diez años al destierro. Al lector moderno le parecerá esta institución rencorosa; pero no era ésta su cualidad esencial. Era, según dice Gilbert Murray, una manera de tomar acuerdo en casos de opinión tan dividida que amenazara suspensión de resoluciones. En las democracias griegas había partidos con sus jefes; pero ni gobierno ni oposición regulares. Por tanto, no existía medio de realizar una política, ni aunque fuese una política popular, si a ella se oponían un jefe poderoso o un fuerte grupo. Mas por el ostracismo el jefe que era menos popular, o en quien se tenía menor confianza entre todos los de la comunidad, se veía obligado a retirarse durante un período de tiempo, sin pérdida de honores o bienes. Indica el profesor Murray que una democracia griega, si se hubiera encontrado en la difícil situación del Imperio Británico cuando la cuestión del "Homerule" de Irlanda, en 1914, hubiera probablemente condenado al ostracismo a sir Edward Carson y llevado a cabo las disposiciones de aquella ley.

La institución del ostracismo dió inmortalidad a un miembro oscuro y casi iletrado de la democracia de Atenas. Un tal Arístides había logrado fama de justo por su comportamiento en el

(2) De *ostrakon*, teja; los votantes inscribían el nombre en una teja o concha.

tribunal. Por una cuestión de política naval entró a discutir con Temístocles: Arístides estaba por el ejército; Temístocles era defensor de una "fuerte escuadra", y el asunto llevaba trazas de no acabarse. Para decidir entre uno y otro se recurrió al ostracismo. Cuenta Plutarco que, paseándose Arístides por las calles durante la votación, acercósele un ciudadano desconocido, un agricultor de las afueras, poco ducho en el arte de escribir, y le pidió que escribiera su propio nombre en el cascote que le tendía.

—¿Y por qué? —le preguntó—. ¿Has recibido alguna injuria de Arístides?

—No —dijo el ciudadano—, ninguna; ni le he visto jamás. Pero estoy cansado de oirle llamar siempre Arístides el Justo.

Oído lo cual, Arístides, sin más conversación, dejó escrito lo que aquel hombre quería...

Cuando se llega a comprender el verdadero significado de las constituciones griegas, y en particular la limitación de todo poder, así en las democracias como en las oligarquías, a una clase local privilegiada, se ve cuán imposible era una verdadera unión entre los centenares de ciudades griegas esparcidas por la región mediterránea, y aun la verdadera cooperación de todas ellas a un fin común. Cada ciudad estaba en manos de unos pocos centenares de hombres para los cuales la separación era todo lo que podía ambicionarse en la vida. Sólo la dominación de un pueblo extraño podía unificar a los griegos, y hasta que se vió dominada no tuvo Grecia unidad política ninguna. Cuando fué vencida por fin, tan completamente se sometió, que su misma unidad careció entonces de importancia: era la unidad de los sojuzgados.

Hubo siempre, sin embargo, cierta tradición de unidad entre todos los griegos, basada en el lenguaje y la escritura común, en la posesión de epopeyas comunes y en el intercambio continuo que hacía posible la situación marítima de los Estados. Y además existían algunos lazos religiosos de tendencia unitaria. Determinados altares, los del dios Apolo en la isla de Delos y en Delfos, por ejemplo, estaban sostenidos, no por un solo Estado, sino por ligas de Estados o anficcionados (es decir, ligas de vecindad), que en casos como el anficcionado de Delfos llegaron a ser uniones de alcance muy vasto. La liga protegía el templo y la seguridad de los peregrinos, cuidaba de los caminos que allí daban, garantizaba la paz durante las fiestas especiales, mantenía determinadas reglas para mitigar los usos de guerra entre sus miembros y como la liga Delia, en particular, sofocaban la piratería. Lazo más importante aún para la unidad helénica fueron los juegos olímpicos que se celebraban cada cuatro años en Olimpia. Carreras a pie, pugilato, luchas de fuerza, lanzamiento del dardo o del disco, carreras de carros y de caballos eran los deportes

principales, y se llevaba una relación de vencedores y visitantes distinguidos. Del año 776 antes de J. C. en adelante (3), los juegos se celebraron con regularidad por espacio de más de mil años, y fueron muy útiles para mantener el común sentimiento de una vida griega (pan-helénica) que rebasaba de los límites estrechos de la política y del Estado ciudadano.

Tales lazos de sentimiento y asociación significaban poco frente al intenso "separatismo" de las instituciones políticas griegas. El estudioso puede encontrar en la misma historia de Herodoto el sentido de intensidad y persistencia de los feudos que mantuvo al mundo griego en un estado de guerra crónico. En el tiempo antiguo (es decir, hasta el siglo VI antes de J. C.) prevalecieron en Grecia familias bastante dilatadas, y algo del viejo sistema doméstico ario (véase el cap. XXI), con su recio sentimiento de tribu y su capacidad para mantener y soportar los feudos, persistió en ella. La historia de Atenas gira durante muchos años como feudataria de dos grandes familias: los Alcmeonidas y los Pisistratidas, esta última tan aristocrática como la otra, pero sostenida en el poder por las clases más pobres del populacho y por la explotación de los agravios de éste. Más adelante, en los siglos IV y V, el crecimiento de las familias a dos o tres miembros —proceso que señala Aristóteles sin advertir la causa— trajeron consigo la desaparición de los antiguos clanes aristocráticos, y las guerras posteriores fueron debidas más bien a disputas mercantiles y agravios causados y removidos por aventureros individuales, que a venganzas de familia.

Fácil es de comprender, en vista del intenso separatismo de los griegos, cuán prestamente cayeron los jonios de Asia y de las islas bajo el dominio del reino de Lidia, y después bajo el persa, cuando Creso, rey de Lidia, fué destronado por Ciro. Sólo se rebelaban para ser vencidos de nuevo. Luego le llegó la vez a la Grecia europea. Asombra, y a los mismos griegos les asombró, que no cayese en poder de los persas, bárbaros dueños arios de las antiguas civilizaciones del Asia occidental. Pero antes de hablar de esta lucha hemos de consagrar alguna atención a estos asiáticos contra quienes les incitaban a luchar, y particularmente a medas y persas, que por los años de 538 antes de J. C. eran ya dueños de las antiguas civilizaciones de Asiria y Babilonia y estaban a punto de subyugar a Egipto.

(3) El año 776 antes de J. C. fué el de la primera olimpiada, punto de partida importantísimo para la cronología griega.

§ 4. *El Reino de Lidia*

Hemos tenido ya ocasión de mencionar el reino de Lidia, y convendrá decir algo de los lidios antes de seguir nuestro relato. La población originaria de la parte más vasta del Asia Menor hubo de tener afinidades quizá con la población originaria de Grecia y Creta. Si esto fué así, perteneció a la raza "mediterránea". O acaso fuese otra rama de aquellos pueblos morenos más extendidos y generalizados que dieron origen a la raza mediterránea en Occidente, y a los dravidas en Oriente. Por toda el Asia Menor hállanse restos de la misma cualidad de arte que distingue a Cnossos y Micenas. Pero así como los griegos nórdicos, bajando hacia el Sur, se derramaron por las tierras de Grecia para dominar a los aborígenes y mezclarse con ellos, así las demás tribus nórdicas y sus afines pasaron por el Bósforo al Asia Menor. Apoderándose a la vez de algunas regiones aquellos pueblos arios, y llegaron a formar núcleos de población que conservaron su lengua aria propia. Tales fueron los frigios, pueblo cuya lengua tenía tanto parentesco con la griega como el macedonio. Pero en otras regiones no llegaron a dominar los arios. En Lidia se mantuvieron la raza y la lengua de origen. Los lidios eran hombres no arios y hablaban una lengua no aria, de la cual son escasas las palabras que hoy se conocen. Tenían su capital en Sardis.

Tampoco su religión fué aria. Dieron culto a la diosa Gran Madre. Los frigios igualmente, aunque conservaron su lengua afín a la griega, inficionáronse de religión misteriosa, y en buena parte la religión mística y el ritual secreto que llegaron a prevalecer más tarde en Atenas eran frigios (cuando no tracios) de origen.

Primeramente los lidios ocuparon la costa occidental del Asia Menor; pero fueron arrojados de ella por los griegos jonios que llegaron por mar y fundaron allí ciudades. Luego, sin embargo, las mismas ciudades jónicas vinieron a quedar sometidas a los reyes lidios.

No se conoce claramente la historia de este país, y aunque se conociera, carecería de suficiente importancia para ser referida en este esquema histórico; pero en el siglo VIII antes de J. C. se hizo notar uno de sus monarcas, llamado Giges. El país por él regido sufrió una nueva invasión asiria: ciertas tribus nómadas, las tribus cimerias, extendianse por el Asia Menor, y Giges, su hijo y su nieto pasaron grandes aprietos para rechazarlas. Aquellos bárbaros tomaron e incendiaron a Sardis por dos veces. Y se sabe que Giges pagó tributo a Sardanápalo, con lo cual se le

vincula en el cuadro general de la historia de Asiria, Israel y Egipto. Más adelante, Giges se rebeló contra Asiria y envió tropas en ayuda de Psammético I para liberar a Egipto de su breve servidumbre bajo el poder asirio.

Aliates, nieto de Giges, fué quien aumentó considerablemente el poder de Lidia. Reinó siete años y sojuzgó la mayor parte de las ciudades jónicas del Asia Menor. El país llegó a ser un gran centro comercial entre Asia y Europa; siempre fué productivo y rico en oro, y entonces se consideraba al monarca lidio como el más rico de Asia. Había mucho tráfico entre los Mares Negro y Mediterráneo, y de Este a Oeste. Hemos indicado ya que Lidia pasa por ser el primer país del mundo que acuñó moneda y estableció posadas para viajeros y comerciantes. La dinastía lidia parece haber sido dinastía mercantil, en el tipo de la de Minos en Creta, con desarrollo bancario y financiero... Esto es cuanto tenemos que decir de Lidia a modo de prefacio, ante la próxima sección.

§ 5. *Surgen los persas en Oriente*

Mientras un grupo de invasores arioparlantes iba desarrollándose, como dijimos, en Grecia, Magna Grecia y en derredor de las costas del Mar Negro, otro grupo de pueblos arioparlantes, con cuya sangre nórdica originaria mezclábase quizá un elemento mongólico, iba estableciéndose y extendiéndose por el Norte y el Este de los imperios asirio y babilonio. Hemos referido ya la dispersión en arco de los pueblos arios nórdicos al Norte de los mares Negro y Caspio; por aquel camino bajaron probablemente las razas arioparlantes, de modo gradual, a lo que hoy es país persa, y se extendieron por el Este, hacia la India (¿2000 a 1000 antes de J. C.?), y por otra parte, se acrecentaron y multiplicaron en las mesetas persas hasta que fueron lo bastante fuertes para atacar primero a Asiria (650 antes de J. C.) y luego a Babilonia (538).

En los cambios de clima que han sufrido Europa y Asia de 10.000 años a esta parte, hay mucho no puesto en claro todavía. El hielo de la postrera Edad Glacial fué retrocediendo gradualmente y abrió paso a un largo período de condiciones esteparias o de pradera en la gran llanura de Europa. Hará unos 12.000 ó unos 10.000 años, según la actual estimación, que aquel estado de cosas se cambió en una condición de bosque. Ya hemos indicado, como consecuencia de tales cambios, que los cazadores de caballos solutrenses dejaron lugar a los pescadores y cazadores de venados forestales magdalenienses; y todos éstos a los pastores y agricultores neolíticos. Durante miles de años el clima europeo hubo de ser más cálido que hoy. Un vasto mar se extendía de la

costa de la Península Balkánica hasta muy adentro del Asia Central, subiendo por el Norte hasta el centro de Rusia; la contracción de aquel mar y la subsiguiente aspereza del clima de la Rusia del Sur y el Asia Central fueron contemporáneas del desarrollo de las grandes civilizaciones en los valles de los ríos. Muchos indicios hay de un clima más benigno en Europa y el Occidente de Asia, y también, y más fuertes, de una exuberancia de vida vegetal, hará 4.000 ó 3.000 años, muy superior a la de hoy. En el Sur de Rusia y en el país que hoy es Turkestán occidental, en que actualmente dominan la estepa y el desierto, hubo entonces bosques. Por otra parte, hará unos 1.500 ó 2.000 años, la región aral-caspia sería probablemente más seca y sus mares más pequeños que en nuestros días.

Y aquí nos cumple anotar que Thotmes III (es decir, en el siglo XV antes de J. C.), en su expedición más allá del Eufrates, cazó por aquellas regiones una manada de 120 elefantes. Además, un puñal egeo procedente de Micenas, que data de los años de 2000 antes de J. C., representa una cacería de leones. Los cazadores llevan grandes escudos y lanzas y se colocan en hilera, uno tras otro. El primero alancea al león, y cuando el animal herido salta sobre él, se tiende protegido por el gran escudo y deja al hombre que le sigue repetir el golpe, y así sucesivamente hasta que muere el león. Este método de caza lo practican hoy los Masai y sólo puede haberlo inventado la gente de un país abundante en leones. Pero la abundancia de éstos implica abundancia de caza, y ésta, por su parte, abundancia de vegetación. Hacia el año 2000 antes de J. C., lo extremado del clima en la parte central del Mundo Antiguo a que nos hemos referido ya, acabó con los elefantes y los leones en el Asia Menor y en Grecia [4] e hizo que los arios nómadas se volvieran hacia el Sur y miraran a los campos y a los bosques de las naciones mejor establecidas y más civilizadas.

Estos pueblos arios vinieron a la historia desde las regiones al Este del Cáucaso, por los tiempos en que Micenas, Troya y Cnossos iban entregándose a los griegos. Es difícil desentrañar qué diferentes tribus y razas aparecen con multitud de nombres

[4] Cabe, por lo menos, dudar si el cambio de clima arrojó del Suroeste de Europa y del Asia Menor a leones y elefantes; en mi opinión, la causa de su desaparición gradual no fué sino el hombre, cada vez mejor armado en su caza. Había leones en la Península Balkánica hacia el siglo IV antes de J. C., si no después. Los elefantes habían desaparecido del Asia occidental en el VIII. El león (variedad mucho mayor que la existente) vivió en Alemania del Sur hasta el período neolítico. La pantera se dió en Grecia, Italia meridional y España meridional, acaso hasta los comienzos del período histórico (es decir, hasta el año 1000 antes de J. C.). — H. H. J.



UNA DE LAS ESCASAS REPRESENTACIONES QUE EXISTEN DE LOS ANTIGUOS ESCITAS TOMADA DE UN VASO GRIEGO DE ORO ARGENTIFERO

en los relatos e inscripciones que registran su primera aparición; mas, por fortuna, no es necesario dilucidarlo en un esquema elemental de la historia como el presente. Un pueblo llamado cimerio aparece por las cercanías del lago Urumiya y Van, y poco después los arios se extienden hasta Elam, desde Armenia. En el siglo IX antes de J. C., un pueblo llamado de los medas, muy relacionado con el de los persas, con el que confina por el Este, es mencionado en las inscripciones asirias. Tiglath Pileser III y Sargón II, nombres ya familiares en esta historia, declaran haberles hecho pagar tributo. Se les denomina en las inscripciones "los peligrosos medas". Son por entonces un conjunto de tribus, no unidas bajo la autoridad de un rey.

Hacia el siglo IX antes de J. C., Elam y los elamitas, cuya capital estaba en Susa, poseedores de una tradición y de una civilización tan antiguas por lo menos como las de Sumeria, desaparecen súbidamente de la historia. No se sabe qué fué de ellos. Quizá fueron vencidos y los conquistadores absorbieron su población. Susa está en poder de los persas.

Un cuarto pueblo, relacionado con aquellas tribus arias, que aparece en la narración de Herodoto, es el de los escitas. Durante algún tiempo los monarcas asirios incitaron a luchar entre sí a todos estos pueblos afines, cimerios, medas, persas y escitas. Princesas asirias (por ejemplo, una hija de Esarhaddon) se casan con jefes escitas. Nabucodonosor el grande, por otro lado, se casa con una hija de Cyaxares, rey de los medas. Los arios escitas apoyan a los semitas asirios; los arios medas, a los semitas babilonios. En 606 antes de J. C., Cyaxares toma a Ninive, capital asiria, libertando a Babilonia del yugo asirio para fundar el segundo imperio babilónico bajo el dominio caldeo. Los aliados escitas de Asiria se desvanecen en la historia después de esto. Siguen su vida en el remoto Norte apartado, sin mezclarse apenas con las gentes del Sur. Una mirada al mapa de este periodo hace ver



cómo en dos tercios de siglo el segundo imperio babilónico va a caer como un cordero en las garras del león meda.

No entraremos en las luchas intestinas de medas y persas, que vinieron a terminar en 550 antes de J. C. con el acceso de Ciro "el persa" al trono de Cyaxares. En dicho año Ciro entró a regir un imperio que llegaba desde los confines de Libia hasta Persia y acaso hasta la India. Nabonido, último jefe babilonio, se dedicaba, según hemos dicho ya, a recoger documentos históricos del pasado y a edificar templos en Babilonia.

§ 6. *Historia de Creso*

Pero existia en el mundo un rey que amenazaba al poderío flamante que Ciro habia recogido en sus manos: Creso, el rey de Lidia. Su hijo había muerto de un modo trágico, que Herodoto refiere y que no describiremos aquí. Dice Herodoto:

"Entonces Creso permaneció durante dos años sumido en gran duelo, porque se habia quedado sin hijo; mas pasado ese tiempo, el destronamiento del hijo de Cyaxares por Ciro y el creciente poder de los persas hicieron a Creso dejar su duelo de lado y le movieron a atajar el poderio persa por cuantos medios tenía

a su alcance, ya que aun estaba formándose y antes de que tomara incremento".

Acudió entonces a diversos oráculos.

"Los lidios encargados de llevar a los templos estos dones, recibieron orden de Creso para hacer a los oráculos la siguiente pregunta: si será bien emprender la guerra contra los persas y, en caso afirmativo, si deberá juntar para ella algún ejército aliado. Y cuando los lidios llegaron a los lugares adonde se les enviaba y dedicaron las ofrendas votivas, preguntaron a los oráculos, diciendo: "Creso, rey de los lidios y de otras naciones, bien seguro de que son sólo vuestros oráculos los únicos verdaderos entre los hombres, os ofrece las dádivas que vuestras revelaciones merecen y os pregunta de nuevo si será bien emprender la guerra contra los persas y juntar para ella algún ejército confederado". Tal fué la pregunta, y ambos oráculos convinieron en una misma respuesta, declarando que si atacaba a los persas, Creso destruiría un gran imperio... Y cuando Creso oyó tales respuestas que le fueron referidas, alegróse en extremo, y con la esperanza de que ciertamente destruiría el reino de Ciro, envió como regalo a los moradores de Delfos, averiguado su número, dos estáteres de oro por cabeza, en reconocimiento de lo cual, los delfos dieron a Creso y a los lidios precedencia en las consultas al oráculo, exención de todo pago y derecho a ocupar asientos de frente en los juegos, con privilegio perpetuo para que se tuviera por ciudadano de Delfos a todo lidio que quisiere serlo".

Concertó, por tanto, Creso, alianza defensiva con los lacedemonios y con los egipcios. Y, prosigue Herodoto, "cuando Creso se disponía a salir contra los persas, un lidio, que tenía de antiguo fama de sabio, la cual se acrecentó entre los lidios por el consejo que dió al rey, le habló de esta suerte: "Oh rey, te dispones a salir contra unos hombres que usan calzas de cuero, y de cuero también todos sus vestidos: que no comen lo que quisieran, sino lo que pueden adquirir, pues viven en áspera tierra; que no beben vino, sino agua; ni se regalan con higos ni otro manjar delicado. Si los vencieres, ¿qué les podrás quitar, supuesto que nada poseen? Si eres vencido, reflexiona cuánto has de perder. Porque si llegan a gustar de nuestros manjares, les tomarán pronto afición y no será ya posible ahuyentarlos. Yo, por mi parte, doy gracias a los dioses de que no hayan inspirado a los persas el pensamiento de venir contra los lidios". De este modo habló, sin persuadir a Creso; y es cierto que los persas, antes de someter a los lidios, carecían de toda comodidad y regalo".

Creso y Ciro riñeron una batalla indecisa en Pteria, de la que Creso se retiró. Persiguióle Ciro, y le presentó batalla ante su capital, Sardis. La caballería era la fuerza principal de los

lidios; eran jinetes excelentes, aunque indisciplinados, y peleaban con largas lanzas.

"Viendo Ciro a los lidios formados en orden de batalla, temerosos de su caballería, valióse de un ardid sugerido por el meda Harpagos: mandó reunir cuantos camellos seguían al ejército cargados de víveres y bagajes, y quitándoles las cargas, hizo montar en ellos unos hombres vestidos como soldados de a caballo y dió orden para que así prevenidos se pusiesen en las primeras filas delante de la caballería de Creso; que su infantería siguiese después y que detrás de ésta se formase toda su caballería. Mandó circular por sus tropas la orden de que no se diese cuartel a ningún lidio y que matasen a todos los que se acercaran, más no a Creso, ni aun cuando se resistiera a ser apresado. Tal fué su orden; y puso los camellos frente a los jinetes, porque el caballo teme tanto al camello, que no puede sufrir su vista o su olor; éste era el ardid tramado para inutilizar la caballería de Creso, que fundaba en ella su mayor esperanza. Y empezado el combate, en cuanto los caballos vieron a los camellos y sintieron su olor, hiciéronse atrás, reduciendo en un instante a la nada las esperanzas de Creso".

Catorce días duró el asedio de Sardis; Creso cayó prisionero...

"Habiéndole apresado los persas, lleváronle a presencia de Ciro, el cual hizo levantar una gran pira y mandó que le pusieran encima cargado de cadenas, y a su lado, dos veces siete mancebos lidios, como si entendiera consagrarlos a un dios como primicias de la victoria o cumplir un voto, o quizá por saber que Creso era hombre temeroso de la divinidad, para ver si había poder divino que le salvara, librándole de ser quemado vivo. Esto hizo, según se cuenta; pero a Creso, viéndose sobre la pira, se le vino a la memoria, a pesar de su horrorosa situación, aquel dicho de Solón, que parecía ser para él aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz. Lo mismo fué asaltarle este pensamiento, como suspirar, según cuentan, profundamente y clamar, después de un largo silencio, por tres veces el nombre de Solón. Oyéndolo Ciro, mandó a los intérpretes que le preguntaran a quién invocaba, y acercándose ellos le preguntaron. Y Creso, según cuentan, guardó silencio al principio; mas después, apretado, explicó: "Uno con quien yo desearía que todos los monarcas tuviesen trato, más que con las muchas riquezas". Y como los intérpretes no entendieran bien sus palabras, volviéronle a preguntar; y como le urgían y no le dejaban tranquilo, contóles que una vez Solón, ateniense, llegó a ver sus riquezas y no les dió importancia, diciéndole esto y aquello; y cómo todo vino a ocurrir según lo había dicho Solón, sin referirse de modo especial a Creso mismo,

sino en general, a la raza de los hombres, y más en particular a los que se consideran felices. Mientras esto relataba Creso, la pira había empezado a arder y ya se quemaban sus extremidades. Y cuéntase que Ciro, luego que oyó a los intérpretes lo que Creso decía, mudó de propósito y consideró que él tampoco era sino un hombre que entregaba vivo al fuego otro hombre, antes no inferior a él en felicidad: y le entró temor de verse en igual estado, y reflexionó que nada hay seguro de cuanto el hombre posee; por lo que se cuenta que mandó apagar el fuego con la rapidez posible y bajar a Creso de la hoguera y a los que con él estaban; pero a pesar de los intentos, no podían dominar las llamas. Refieren luego los lidios que Creso, cuando supo que Ciro había mudado de parecer, viendo que todos trataban de apagar el fuego, sin poder conseguirlo, dió grandes voces, rogando a Apolo que si algún don acepto al dios le había ofrecido, viniera en su ayuda y le librara del mal que le venía encima. Así rogaba con llanto al dios, y de repente, según se cuenta, estando el cielo claro y el tiempo en calma, reuniéronse las nubes, estalló una tormenta y una fuerte lluvia apagó la pira. Ciro, entonces, al ver que Creso era amante de los dioses y hombre bueno, mandó que le bajaran de la pira y le preguntó: "Creso, ¿quién fué entre todos los hombres el que te persuadió a salir en contra mia y a ser mi enemigo en vez de mi amigo?". Y él respondió: "¡Oh rey, hícelo por tu felicidad y mi infortunio, y causante de ello fué el dios de los helenos, que me incitó a salir con mis tropas. Pues nadie es tan insensato que elija por su propia voluntad la guerra mejor que la paz, ya que en la paz los hijos entierran a sus padres, y en la guerra los padres entierran a sus hijos. Pero era grato, presumo, al poder divino que esto hubiera de suceder así".

Creso fué más tarde consejero de Ciro y vivió en Babilonia. Subyugada Lidia, Ciro se volvió hacia Nabonido, rey de aquel país, derrotó al ejército babilonio, reinando Baltasar, fuera de la ciudad, a la que luego puso cerco, tomándola en 538 antes de J. C., probablemente, como antes indicamos, con la complicidad de los sacerdotes de Bel.

§ 7. *Darío invade a Rusia*

A Ciro le sucedió su hijo Cambises, que llevó a Egipto un ejército (525 antes de J. C.). Hubo en el delta una batalla en la cual, por ambas partes, lucharon mercenarios griegos. Herodoto declara que vió los huesos de los caídos dispersos aún en el campo cincuenta o sesenta años más tarde, y comenta la relativa pequeñez de los cráneos persas. Después de esta batalla, Cambises se apoderó de Menfis y de la mayor parte de Egipto.



Cambises, a lo que se cuenta, vióse acometido de locura en Egipto. Se tomó las mayores libertades con los templos egipcios y permaneció en Menfis "abriendo sepulcros antiguos y examinando cuerpos muertos". Antes de ir a Egipto había mandado matar a Smerdis, su hermano, y a Creso, el ex-rey de Lidia. Murió en Siria, cuando regresaba a Susa, de herida casual, sin herederos que le sucedieran. Ocupó su trono Darío el Meda (521 antes de J. C.), hijo de Hystaspes, uno de los principales consejeros de Ciro.

El imperio de Darío I fué mucho más vasto que cualquiera otro de los imperios mencionados hasta aquí. Comprendía toda el Asia Menor y Siria, es decir, los antiguos imperios Lidio e Hitita, todos los antiguos imperios Asirio y Babilonio, Egipto, las regiones del Cáucaso y el Caspio, Media, Persia, y llegaba quizá, en la India, hasta el Indo. Unicos entre todos los pueblos que hoy llamamos del Próximo Oriente, los árabes dejaron de pagar tributo a los sátrapas (gobernadores de las provincias) de Darío. La organización de aquel gran imperio parece ser que alcanzó eficacia mucho mayor que la de todos sus predecesores. Grandes carreteras unían las provincias y se conoció un sistema de correos reales ([5]): a distancias marcadas había siempre caballos de posta

([5]) Pero mil años antes de los hititas a lo que parece, pavimentaron ya caminos reales que atravesaban su país.

dispuestos al transporte de los mensajeros del Gobierno o de los viajeros que tenían autorización especial, hasta la próxima etapa de su viaje. Salvo esta regia servidumbre de paso y el pago de los tributos, los gobiernos locales tenían una libertad local muy considerable. Estaban exentos de los conflictos de sangre, y éstos redundaban en provecho suyo. En los primeros tiempos, las ciudades griegas del continente asiático pagaban tributo y disfrutaban de la Paz Persa.

A Darío le incitó primeramente en contra de los griegos de Europa un griego nostálgico, físico de su corte, que deseaba a toda costa volver a su país. Darío había planeado ya una expedición a Europa, no encaminada a Grecia, sino a las tierras situadas al Norte de Grecia, cruzando el Bósforo y el Danubio. Proponíase luchar en el Sur de Rusia, que tenía por país originario de los escitas nómadas que le amenazaban por sus fronteras del Norte y el Nordeste. Pero abrió los oídos al tentador y mandó agentes a Grecia.

Esta gran expedición de Darío ensancha nuestra visión en la historia presente. Alza el telón sobre el país de los Balkanes, más allá de Grecia, acerca del cual nada hemos dicho hasta aquí; nos lleva más arriba del Danubio. El grueso del ejército salió de Susa, y a medida que avanzaba en dirección del Bósforo iban engrosándolo nuevos contingentes.

En el Bósforo, los aliados griegos (griegos jonios del Asia) habían tendido un puente de barcas por el que cruzó el ejército, mientras que los aliados griegos navegaban hasta el Danubio, y a los dos días de remontarlo desembarcaron para tender otro puente flotante. Darío y su hueste avanzaban en tanto por la costa de lo que es hoy Bulgaria y se llamaba entonces Tracia. Cruzado el Danubio, dispusiéronse a presentar combate al ejército y a apoderarse de las ciudades escitas.

Pero los escitas no tenían ciudades y esquivaron la batalla, y la guerra degeneró en una persecución aburrida y sin esperanzas detrás de un enemigo más movible. Los nómadas cegaban manantiales y destruían pastos. Los jinetes escitas merodeaban constantemente por los costados del gran ejército, formado en su mayoría por infantes, apoderándose de los rezagados e impidiéndole forrajear; e hicieron cuanto les fué posible para persuadir a los jonios a que destruyeran el puente que habían tendido sobre el Danubio y estaba a su custodia, a fin de asegurar la ruina de Darío. Sin embargo, mientras duró el avance de Darío no se quebrantó la lealtad de sus aliados griegos.

Pero las privaciones, la fatiga y las enfermedades iban poniendo obstáculos al ejército persa y desmembrándolo; Darío perdió muchos rezagados, consumió sus provisiones y al cabo se abrió

paso en él la melancólica convicción de que era preciso una retirada, repasando el Danubio, para librarse de una derrota y un agotamiento totales.

Para dar comienzo a su retirada sacrificó sus enfermos y heridos. Les mandó decir que se disponía a atacar de anochecido a los escitas, y con tal pretexto salió del campamento con lo más escogido de sus tropas y se lanzó hacia el Sur, dejando detrás las hogueras encendidas y los usuales ruidos y movimientos del campo. Al otro día los abandonados pudieron comprobar la treta que les había jugado el monarca y se entregaron a merced de los escitas; pero Darío estaba ya lejos y pudo llegar al puente de barcas antes de que sus perseguidores le diesen alcance. Eran más rápidos que sus tropas, pero la oscuridad les hizo perder la presa. Llegados al río, los persas en retirada "llegaron al extremo temor" porque encontraron parte del puente roto y destruído su extremo septentrional.

Al llegar a este punto una voz resuena, a través de los siglos, en nuestros oídos. Vemos un grupo de persas desmayados, rodeando al Gran Rey, en la orilla del río caudaloso; vemos las masas de la tropa detenida, hambrienta, cansada de guerra, una cola de transportes maltrechos se extienden hasta el horizonte por donde pueden asomar a cada momento las avanzadas de los perseguidores. No hay exceso de ruido, a pesar de tanta muchedumbre; más bien un ansioso silencio. Tendidos como un muelle desde la opuesta orilla del gran río, los restos del puente de barcas, enigmáticos... No se puede saber si hay o no alguien en ellos. Parece que los barcos de los jonios también están sumergidos en la costa frontera, pero ésta cae demasiado lejos.

"Hallábase entonces con Darío un egipcio de más fuerte voz que todos los demás hombres de la tierra, y a aquel hombre mandóle Darío que ocupara su puesto en la ribera del Istro (Danubio) y llamara a Histieo de Mileto".

Este hombre benemérito —día llegará en que, desde ahora lo decimos, su cabeza segada se le envíe a Darío, a Susa— surge, acercándose lentamente por el agua en un bote.

Entáblase un parlamento por el que nos enteramos de que todo va bien.

La explicación de Histieo es harto complicada. Se han mostrado, para desaparecer luego, algunos escitas, quizá escuchas. Parece ser que hubo discusión entre escitas y griegos. Los escitas pretendían que el puente quedara destruído: así podrían acabar con el ejército persa y poner fin, con la muerte de Darío, a su imperio; los griegos jonios de Asia verían otra vez libres a sus ciudades. Milciades, el ateniense, estaba por admitir la proposición. Pero Histieo fué más sutil. Prefería, les dijo, ver completa-

mente deshechos a los persas antes de abandonar definitivamente su causa. ¿Retrocederían los escitas para destruir a los persas, cayendo sobre ellos, en tanto que los griegos, por su parte, deshacían el puente? De uno u otro modo, cualquiera que fuese el partido que tomaran al cabo los griegos, estaba claro que convenía destruir el extremo septentrional del puente para que los escitas, en caso contrario, no lo arrasaran. Mientras parlamentaban, pues, los griegos empezaron a deshacer el extremo que los unía a los escitas, con la mayor premura. Siguiendo las instrucciones de Histieo, fuéronse los escitas en busca de los persas, dejando en salvo a los griegos en cualquier coyuntura. Si Darío escapaba, poniéndose de su parte; si era vencido, no tenían los escitas motivo ninguno de queja.

No se expresó tan claramente Histieo ante Darío. Guardó consigo los barcos e intacta la mayor parte del puente. Se presentó como amigo leal de Persia, y Darío no tenía tiempo de hilar muy delgado. Acercáronse los barcos jonios. Los restos del diezmado ejército persa miraban atrás con un sentimiento de alivio, al ver entre ellos y sus perseguidores la rápida corriente del Danubio...

La expedición europea de Darío había perdido ya todo gusto e interés. Volvióse el rey a Susa, dejando en Tracia el ejército, a las órdenes de un general de su confianza, Megabazo, el cual se dedicó a someter la Tracia. Entre los otros Estados que cedieron a la fuerza ante Darío, estaba un reino que surge así por primera vez en nuestro relato, el de Macedonia, país habitado por gentes tan íntimamente afines a los griegos, que uno de sus príncipes llegó a ser admitido a competencia y galardonado con un premio en los juegos Olímpicos.

Inclinábase Darío a recompensar a Histieo permitiéndole edificar para sí una ciudad en Tracia; pero Megabazo tenía distinta opinión acerca de su fidelidad, y consiguió que el rey se lo llevara consigo a Susa, a título de consejero, para retenerle preso allí. Al pronto, Histieo sintióse halagado por su posición cortesana, más pronto se dió cuenta de su verdadero significado. Cansóse de la corte persa y le entró la nostalgia de Mileto. Dedicado a urdir enredos, logró suscitar una revuelta contra los persas entre los jonios del continente. Las vicisitudes y alternativas de la historia, en que se cuenta el incendio de Sardis por los jonios y la derrota de una escuadra griega en la batalla de Ladé (495 antes de J. C.), son harto complicadas para que las analicemos aquí. Constituyen una serie de traiciones, crueldades y odios, entre los cuales pone una nota casi de alegría la muerte del pérfido Histieo. El gobernador persa de Sardis, ciudad por la que pasaba volviendo a Susa prisionero, tenía de él la misma opinión que

Megabazo, y conociendo su maña para embaucar a Darío, le mandó dar muerte y sólo envió la cabeza a su señor.

Chipre y las islas griegas primero, Atenas más tarde, viéronse arrastradas a la contienda que Histieo suscitó. Darío se dió cuenta del error cometido al cruzar el Bósforo, tomando la derecha en lugar de la izquierda, y se dispuso a la conquista total de Grecia. Empezó por las islas. Tiro y Sidón estaban ya subyugadas, y los barcos de los fenicios y de los jonios daban a los persas una escuadra, gracias a la cual fueron quedando sometidas las islas griegas, una tras otra.

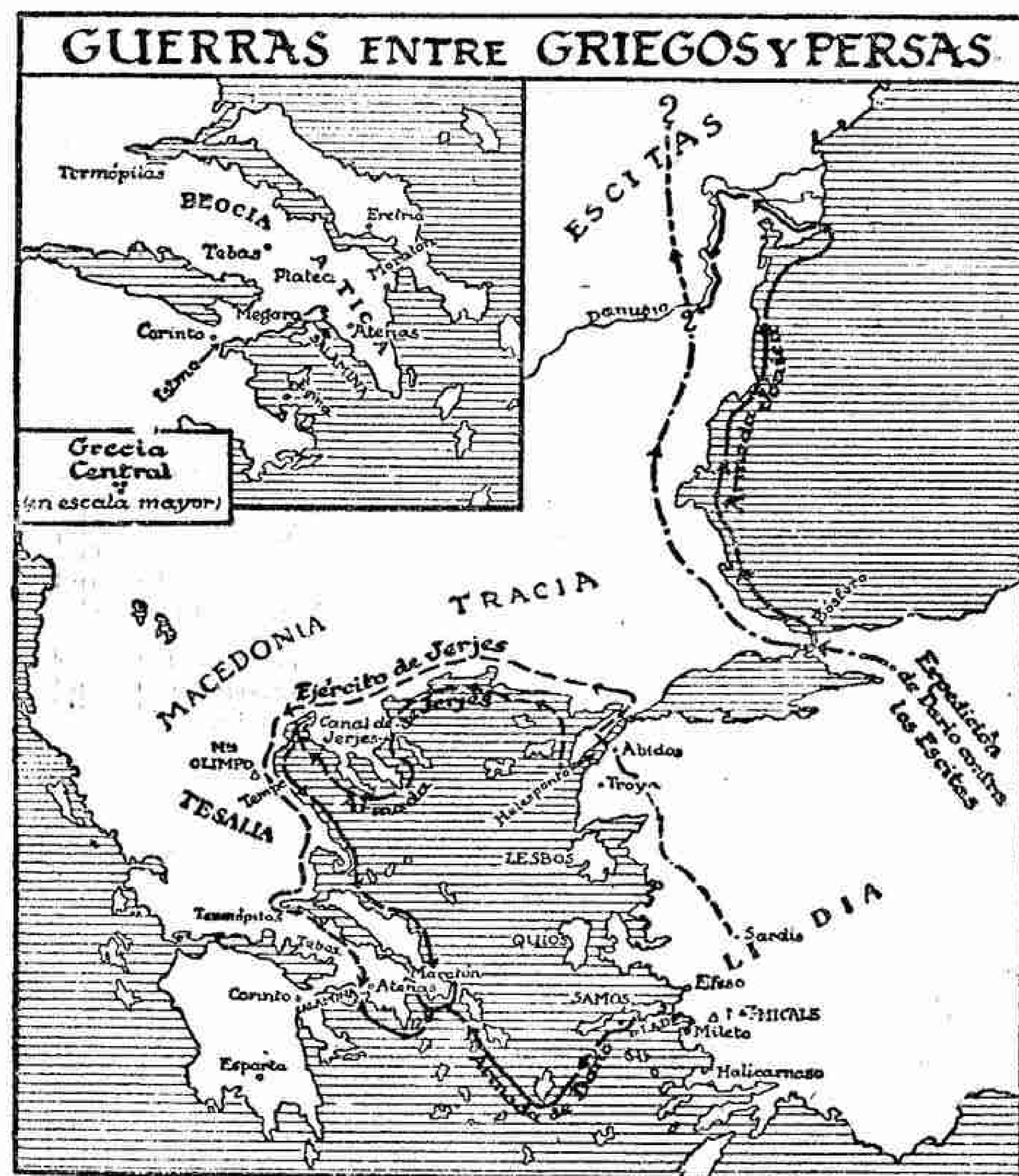
§ 8. *Batalla de Maratón*

El primer ataque a Grecia propiamente dicho tuvo lugar en 490 antes de J. C. Atenas fué atacada por mar, con fuerzas preparadas de antemano y con esmero para el intento, y provista la escuadra de transportes construidos especialmente para llevar los caballos. Hízose el desembarco cerca de Maratón, en el Atica. Mandaba a los persas en Maratón un renegado griego, Hippias, hijo de Pisistrato, tirano que fué a Atenas. Si ésta quedaba vencida, Hippias, bajo la protección de los persas, había de ser su tirano. Entretanto, tan urgente era el sentimiento de una crisis en los asuntos de la Hélade, que un hombre, heraldo y mensajero, fué de Atenas a Esparta, olvidando todas las disensiones, a decir: "Lacedemonios: los atenienses solicitan vuestra ayuda para que una ciudad de tan antiguo establecida entre los helenos no caiga en esclavitud por obra de los bárbaros; porque ya Eretria ha sido esclavizada y la Hélade ha perdido así una ciudad de renombre". Aquel hombre, Fidípides, recorrió la distancia entre Atenas y Esparta, unas cien millas en línea recta, y muchas más si se tienen en cuenta los rodeos y obstáculos del camino, en unas cuarenta y ocho horas.

Pero antes de que los espartanos pudieran entrar en escena habíase empeñado la batalla. Los atenienses atacaron al enemigo. Pelearon "de manera memorable: porque fueron los primeros helenos de que se sepa que atacaron al enemigo a marchas forzadas, y fueron también los primeros en afrontar las vestiduras medas y a los que las llevaban, porque hasta allí el solo nombre de meda llevaba el terror al oído de los griegos".

Las alas persas cedieron al ataque impetuoso, pero el grueso resistió. Los atenienses, sin embargo, mostráronse tan fríos como vigorosos: desplegaron sus alas y las cerraron sobre los flancos del centro enemigo, con lo cual el grueso del ejército persa huyó a las naves. Siete de éstas cayeron en poder de los atenienses; las demás escaparon y después de una fútil tentativa de dirigirse sobre

Atenas y apoderarse de la ciudad antes de que regresara a ella el ejército, se retiraron al Asia. Cierre este relato un párrafo de Herodoto que nos haga ver con más fuerza el tremendo prestigio que lograban los medas por entonces.



"Dos mil lacedemonios vinieron a Atenas pasado el plenilunio, dándose gran prisa para llegar a tiempo, de modo que entraron en el Atica al tercer día de haber salido de Esparta; y aunque ya no alcanzaban el combate, desearon, empero, ver a los medas; y así fueron a Maratón, a contemplar los cadáveres; después de lo cual volviéronse a su patria ensalzando a los atenienses y la proeza llevada por ellos a cabo".

§ 9. *Las Termópilas y Salamina*

De este modo Grecia, unificada un instante por el temor, consiguió su primer victoria sobre Persia. La noticia le llegó a Darío simultáneamente con la de una rebelión en Egipto, y el rey murió cuando aún no sabía a qué parte volverse. Jerjes, hijo y sucesor suyo, encaminóse primero a Egipto, en donde asentó a un sátrapa persa; después, por espacio de cuatro años, dedicóse a preparar un nuevo ataque contra los griegos. Herodoto, patriota griego, hay que tenerlo presente, dice, a medida que se va acercando al punto culminante de su historia:

"Pues ¿a qué nación dejó de sacar Jerjes del Asia en contra de la Hélade?; ¿qué caudales de agua no agotó para bebida de sus huestes, salvo la de los grandes ríos? Unos dieron barcos, otros sirvieron en los ejércitos de tierra, unos proveyeron de caballería, otros de embarcaciones para el transporte de caballos, y, además, prestaron servicio en la expedición; a otros se les mandó equipar barcos de guerra para servir de puentes, y a otros, barcos de provisiones".



Soldado ateniense de infantería
(Monumento hallado cerca de Maratón)

Jerjes pasó a Europa, no como Darío, cruzando la media milla del Bósforo, sino por el Helesponto (o sea los Dardanelos). Al referir la reunión del gran ejército y su marcha de Sardis al Helesponto, el poeta domina en Herodoto al historiador. La magnífica hueste pasa, esplendorosa, por las cercanías de Troya, y Jerjes, que, aun siendo persa y bárbaro, parece ser que alcanzó las ventajas de una educación clásica, se desvía, según nuestro

historiador, para visitar la ciudadela de Príamo. Tendióse un puente sobre el Helesponto por Abydos, y en una colina se asentó un trono de mármol para que Jerjes pudiera ver todo el despliegue de sus fuerzas.

"Y como viera todo el Helesponto cubierto de naves y llenas de hombres las costas y las llanuras de Abydos, túvose Jerjes por hombre dichoso, y luego se echó a llorar. Su tío Artabano —aquel que en un principio se atrevió a declararle su parecer adverso a la marcha contra la Hélade—, reparando entonces en él y viendo que lloraba, le habló como sigue: "¡Oh rey! ¡cuán diversas entre sí son las cosas que has hecho, ahora y un momento antes! pues habiéndote declarado hombre feliz, ahora viertes lágrimas". Y él le contestó: "Sí, porque después de aquel pensamiento, sentíme movido a lástima al recordar cuán breve es la vida de hombre, pues de tanta muchedumbre, ni uno solo vivirá dentro de cien años".

Esta no será historia muy exacta, pero es alta poesía, tan espléndida como cualquier pasaje de *Los Dinastas* ([6]).

La escuadra persa, costeando de cabo en cabo, fué dando escolta a toda aquella muchedumbre en su marcha hacia el Sur; pero una violenta tempestad causó en ella grandes daños, ocasionando la pérdida de 400 buques, entre ellos varios transportes de cereales. Salieron por fin los helenos unidos al encuentro de los invasores en el valle del Tempe, cerca del monte Olimpo, pero se retiraron luego a través de la Tesalia, decidiéndose a esperar a los persas en un lugar llamado las Termópilas. En aquel tiempo —2.300 años han alterado mucho la topografía— había allí una alta roca por la parte de tierra, y a Occidente el mar, con una senda que tendría la anchura de un carro. La gran ventaja de tal posición de las Termópilas consistía para los griegos en que impedía el empleo de la caballería y de los carros de guerra, y estrechaba el frente de batalla, reduciendo así a lo mínimo la desigualdad numérica. Allí les alcanzaron los persas en un día de verano del año 480 antes de J. C.

Tres días lograron contener los griegos a tan gran ejército, causándole muchos daños, con pérdidas escasas por su parte; pero al tercer día un destacamento persa que llegó a encontrar, gracias a un campesino, un paso de montaña, presentóse a retaguardia de los griegos. Hubo entre éstos apresurada discusión: unos estaban por la retirada; otros, por seguir resistiendo. El jefe de todos, Leónidas, optaba por quedarse, y, con él, 300 espartanos. Lo demás del ejército podría entretanto retirarse al paso defendible más

---

([6]) Mr. Wells compara este pasaje de Herodoto con los del magnífico drama de Thomas Hardy: *Los Dinastas*, una de las obras más señaladas de la literatura inglesa actual.

próximo. El contingente tespio, de unos 700 hombres, negóse, sin embargo, a retroceder. Prefería afrontar la muerte con los de Esparta. También se quedó un contingente de 400 tebanos. Como Tebas se unió más tarde a los persas, dícese que aquellos tebanos se les retuvo por fuerza contra su voluntad, lo cual, tanto en el aspecto militar como en el político, parece improbable. Mil cuatrocientos hombres, pues, se quedaron, y fueron muertos tras heroica lucha, a excepción de uno. Acaeció que había dos espartanos enfermos de oftalmia, cuando tuvieron noticia de lo ocurrido, uno estaba tan enfermo que no podía moverse; el otro hizo que su ilota le llevara al combate, y dando golpes a ciegas se dejó matar. Al enfermo, Aritodemo, se lo llevaron las tropas que se retiraban y volvió a Esparta, donde no le impusieron castigo por su conducta, pero le aplicaron el sobrenombre de Tressas, "el que retrocedió". Bastaba aquello para distinguirle de los demás espartanos, y se hizo matar un año después en Platea realizando prodigios de valor indomable... La reducida cohorte defendió el paso un día entero, atacada de frente y de espaldas por todo el poderío persa. Cubrió así la retirada del grueso del ejército griego, infligió grandes pérdidas a los invasores y levantó el prestigio de los guerreros griegos sobre el de los medas más aún que la misma victoria de Maratón.

La caballería persa y los transportes filtráronse poco a poco por el estrecho pasadizo de las Termópilas y siguió su marcha hacia Atenas, mientras en el mar se verificaba una serie de encuentros navales. La flota helénica se retiró ante el avance de los buques, que padecieron mucho por su relativo desconocimiento de las intrincadas costas y las jugarretas del clima. Carros pesados transportaron a Atenas al ejército persa; perdidas las Termópilas, no había línea de defensa más próxima que el istmo de Corinto, lo cual implicaba el abandono de todo el territorio intermedio, incluso el de Atenas, cuya población tendría que huir o someterse a los persas. Tebas, con toda la Beocia, se sometió y tuvo que servir en el ejército persa, a excepción de una ciudad, Platea, cuyos habitantes huyeron a Atenas. Pronto le llegó a ésta su vez, y se hicieron grandes esfuerzos para persuadirla a imitar a la otra; mas, por el contrario, la población entera determinóse a abandonar la ciudad y refugiarse en las naves. Las mujeres y los no combatientes fueron trasladados a Salamina y a varias islas próximas. Sólo unos cuantos viejos imposibilitados para moverse y algunos disidentes permanecieron en la ciudad, que fué ocupada por los persas e incendiada. Los objetos sagrados, estatuas, etc., que se quemaron entonces, fueron enterrados en la Acrópolis por los atenienses a su regreso, y se han extraído de la tierra en nuestros días con las señales evidentes del fuego. Jerjes mandó un

jinete como mensajero a Susa con las noticias, e invitó a los hijos de Pisistrato, que habían ido con él, a posesionarse de su herencia y a ofrecer sacrificios en la Acrópolis a la manera de los atenienses.


Soldados de la Guardia real persa (De un friso de ladrillo esmaltado en la sala de audiencias de Darío, en Susa)

Entretanto la escuadra helénica confederada se había reunido en Salamina, y en el consejo de guerra marcáronse agrias discrepancias. Corinto y los Estados de más allá del istmo querían que la flota volviese a aquella posición, abandonando las ciudades de Megara y Egina. Temístocles insistió con toda su fuerza en que se luchara en los estrechos de Salamina. La mayoría inclinábase a la retirada, cuando de repente llegó la noticia de que tenían cortado el paso. Los persas habían dado la vuelta a Salamina y ocupaban el mar por el lado opuesto. Llevó la noticia Arístides el Justo, de cuyo ostracismo hablamos antes; su buen juicio y elocuencia sirvieron de mucho a Temístocles para animar a los jefes vacilantes. Aquellos dos hombres habían sido agrios antagonistas; pero con generosidad rara en tales tiempos, olvidaron sus diferencias ante el peligro común. Al amanecer, los navíos griegos salieron en orden de combate.

Tenían delante una escuadra más heterogénea y menos unida que la suya, pero casi tres veces más numerosa. Un ala era de los fenicios, otra de los griegos jonios de Asia y las Islas. Algunos de éstos pelearon fuertemente; otros se acordaron de que también eran griegos. Los barcos griegos, por otra parte, estaban tripulados, en gran mayoría, por hombres libres que luchaban en defensa de sus hogares. Durante las primeras horas, la batalla estuvo indecisa. Luego, Jerjes, que presenciaba el combate, pudo ver que su flota se disponía a huir. La fuga se convirtió en desastre.

Jerjes había ocupado su sitial para presenciar la batalla. Vió a sus galeras acometidas por las agudas proas de otras galeras; vió caer a sus combatientes; vió sus navíos abordados. El combate marítimo, en aquellos días, consistía principalmente en el abordaje. Las galeras más grandes causaban daño en las opuestas por la superioridad de su peso, o bien, partiéndoles los remos, destruían su facultad de maniobrar y las dejaban a su merced. Pronto vió Jerjes que algunas de sus naves destrozadas se rendían. Sobresaliendo del agua, las cabezas de los griegos que buscaban a nado la tierra; pero "de los bárbaros, gran número pereció entre las aguas porque no sabían nadar". El torpe intento de la apretada primera línea de la escuadra persa para emprender la fuga, produjo confusión indescriptible. Algunas galeras viéronse empujadas por las de su propio partido que venían detrás. Los buques de aquel tiempo lejano eran material pobre, falto de condiciones marineras, considerado desde nuestro punto de vista moderno. Soplaba viento de Poniente, y muchos navíos destrozados de los de Jerjes iban, arrastrados, desapareciendo ante sus ojos para naufragar en la costa frontera. Los griegos se llevaban otros a remolque hacia Salamina. Otros, menos dañados, y aun en disposición de combatir, encamínábanse hacia la playa próxima para buscar la protección del ejército. Dispersos por la lejanía del mar, más allá de los cabos remotos e indecisos, veíanse barcos fugitivos y naves griegas que los perseguían. Poco a poco, incidente tras incidente, el desastre había ido desplegándose ante sus ojos. Imaginémonos el ir y venir de mensajeros, las órdenes varias, los cambios de plan que habría en lo que duró la jornada. Por la mañana, Jerjes se había provisto de tablas para anotar los nombres de sus jefes más afortunados y premiarlos después. En el dorado crepúsculo veía disperso, hundido, destruído, el poder marítimo de Persia, y a la escuadra griega, frente a Salamina, indemne y triunfante, ordenar sus filas, incrédula aún de su victoria.

El ejército persa estuvo como indeciso algunos días de los que siguieron al combate naval, y luego empezó a retirarse a Tesalia, donde se proponía invernar y proseguir luego la guerra. Pero a Jerjes, como antes a Darío, le entró repugnancia por las campañas europeas. Temía la destrucción del puente de barcas. Con parte de sus tropas volvió al Helesponto, dejando en Tesalia el grueso de las fuerzas a las órdenes del general Mardonio. Así cuenta el historiador su retirada:

"Por cualquier camino que tomasen, cualquier nación que atravesaran en su fuga, apoderábanse de las cosechas de sus habitantes y hacían de ellas su provisión; y si no encontraban grano, cogían la hierba que brotaba de la tierra, desprendían las cortezas de los árboles, arrancaban las hojas y las devoraban, lo mismo de

los árboles cultivados que de los silvestres; y no dejaban nada detrás; y lo hacían por hambre. La peste y la disentería adueñáronse entonces del ejército, destruyéndolo durante la marcha, y a algunos que estaban enfermos dejólos el rey imponiendo a las ciudades que por ventura atravesaba la carga de cuidarlos y atenderlos; de éstos, algunos dejó en Tesalia: otros en Siris de Peonia, y otros en Macedonia... Cuando, viniendo de Tracia, llegaron al estrecho, cruzaron apresuradamente el Helesponto hasta Abydos embarcados porque no encontraron los puentes flotantes que habían tendido para entrar: la tormenta los había deshecho. Cuando se detuvieron, ya en Asia, por algún tiempo y se les distribuyó comida más abundante que la que tuvieron por el camino, tanto por satisfacer su hambre sin freno como por el cambio de aguas, vinieron a morir muchos del ejército que hasta entonces habían estado sanos. Los demás llegaron con Jerjes a Sardis".

§ 10. *Platea y Micale*

Lo restante del ejército persa permaneció en Tesalia al mando de Mardonio, y durante un año sostuvo la ofensiva contra los griegos. Al cabo fué derrotado y muerto el jefe en la reñida batalla de Platea (479 antes de J. C.), y el mismo día la escuadra persa y un ejército de tierra sufrieron un revés a la sombra del monte Micale, en tierras firmes de Asia, entre Efeso y Mileto. Los navíos persas, por temor a los griegos, habían sido llevados a la costa, y para protegerlos se construyó una muralla; pero los griegos desembarcaron y la destruyeron, encaminándose luego por mar al Helesponto para deshacer los restos del puente de barcas, a fin de que más adelante, cuando los fugitivos persas que se retiraban de Platea tuviesen que cruzar el Bósforo, tropezasen con la mayor dificultad.

Animados por los desastres del poderío imperial, las ciudades jónicas de Asia —dice Herodoto— empezaron por segunda vez a alzarse contra los persas.

Con esto llega a su fin la *Historia de Herodoto*. Nacido éste hacia 484 antes de J. C., tendría cinco años cuando se dió la batalla de Platea. Mucha substancia de su obra hubo de recogerla de actores o testigos oculares de los grandes acontecimientos que narra. Mucho tiempo duró todavía la guerra: los griegos apoyaron una rebelión egipcia contra el dominio persa e intentaron tomar a Chipre, sin fruto; no cesó hasta el 449 antes de J. C., aproximadamente. Entonces las costas griegas del Asia Menor y las ciudades griegas del Mar Negro consiguieron, en términos generales, su libertad; pero Chipre y Egipto siguieron bajo el dominio persa. Herodoto, súbdito persa al nacer, pues era de la ciudad

jónica de Halicarnaso, tenía entonces treinta y cinco años, y la paz debió de ofrecerle coyuntura para visitar Babilonia y Persia. Iría probablemente a Atenas, con su *Historia* en disposición de ser recitada, hacia el 438 antes de J. C.

La idea de una gran unión de Grecia para la ofensiva contra Persia no pasó del todo inadvertida para Herodoto. Algunos lectores suyos sospechan que escribió para reforzarla. Por entonces ya estaba ciertamente en el aire. Describe a Aristágoras, yerno de Histieo, en actitud de mostrar a los espartanos "una tableta de bronce en que está grabado el mapa de toda la tierra con todos sus



mares y ríos". Pone esto en boca de Aristágoras: "Aquellos bárbaros no son valerosos en la lucha. Vosotros, por vuestra parte, habéis alcanzado ya la suma habilidad guerrera. Pelean ellos con arcos, flechas y lanzas cortas; entran en batalla con calzas y gorro en la cabeza. Vosotros habéis perfeccionado vuestras armas y vuestra disciplina. Fácil os será dominarlos. Ninguna otra nación del mundo tiene lo que ellos poseen: oro, plata, bronce, vestiduras bordadas, animales y esclavos; *todo ello será vuestro si lo deseáis*".

Cien años pasaron antes de que estas incitaciones lograran fruto.

Jerjes fué asesinado en su palacio por los años de 465 antes de J. C., y desde entonces Persia no hizo más tentativas para conquistar Europa. No conocemos lo que ocurrió en el imperio del Gran Rey, como los acontecimientos de los reducidos Estados de la Grecia central. Grecia empezó súbitamente a producir literatura, y se puso a un nivel nunca alcanzado hasta allí por nación alguna. Después del 479 antes de J. C. (Platea), la inteligencia parece alejarse del gobierno de medas y persas. El imperio del Gran Rey

entra en un período de decadencia. Un Artajerjes, un segundo Jerjes, un segundo Darío, cruzan el escenario; hay rebeliones en Egipto y en Siria; sublévanse los medas; un segundo Artajerjes y un segundo Ciro, su hermano, se disputan el trono. La historia viene a ser lo que fué en tiempos pasados la de Babilonia, Asiria y Egipto. Es una autocracia que vuelve a sus habituales normas del crimen palatino, la magnificencia ensangrentada y la inmundicia moral. Pero la disputa aludida en último término fué causa de una obra maestra griega, porque el segundo Ciro reunió un ejército de mercenarios griegos y marchó sobre Babilonia, donde fué asesinado en el momento de vencer a Artajerjes II. Después de esto, los diez mil griegos, hallándose sin tener quien los empleara, retiráronse hacia la costa (401 antes de J. C.), y su retirada alcanzó la inmortalidad de un libro, que fué uno de los primeros libros de carácter personal acerca de la guerra: *La Anabasis*, de Jenofonte, su jefe.

Asesinatos, revueltas, castigos, desastres, arteras alianzas y bajas traiciones sin un Herodoto para referirlas: tal es la urdimbre de la historia persa. Un ensangrentado Artajerjes III florece oscuramente durante algún tiempo. "Artajerjes III, según se cuenta, fué asesinado por Bagoas, que puso en el trono a Arses, el menor de los hijos del rey, tan sólo para degollarle en cuanto le vió inclinarse a obrar libremente" ([7]), y así en adelante.

Atenas, después de una época de prosperidad subsiguiente a la expulsión de los persas, fué diezmada por la peste que causó la muerte de Pericles, su más grande legislador (428 antes de J. C.). Mas, hecho digno de nota entre tanta confusión, los diez mil de Jenofonte iban esparciéndose por las ciudades griegas y repitiendo, por experiencia propia, la declaración de Aristágoras, según la cual el imperio persa se hallaba tan revuelto, que unos hombres determinados podrían llegar a conquistarlo muy fácilmente

(7) Winckler, en la *Historia Universal* de Helmot.

XXIII

EL PENSAMIENTO GRIEGO EN RELACION CON LA SOCIEDAD HUMANA

§ 1. *La Atenas de Pericles*

La historia griega, en los cuarenta años que siguieron inmediatamente a Platea y Micale, es una era de paz y tranquilidad relativas. Hubo guerras, pero no llegaron a tener intensidad. En Atenas, durante algún tiempo, para una parte de los felices, hubo descanso y buena disposición. Y, por una concurrencia de incidentes, gracias al carácter de un reducido grupo de hombres, aquel descanso y buena disposición llegaron a producir los resultados más memorables. Produjose hermosa literatura, florecieron las artes plásticas y se consolidaron los fundamentos de la ciencia moderna, sentados ya por los más antiguos filósofos de las ciudades griegas jónicas. Luego, tras un intermedio de unos cincuenta años, la hostilidad latente desde muy atrás entre Atenas y Esparta estalló en una guerra encendida y agotadora, que, en último término, vino a zarpar la vitalidad de este movimiento creador.

Conócese a esta guerra en la historia con el nombre de guerra del Peloponeso; duró cerca de treinta años y acabó con la fuerza total de Grecia. Al principio Atenas llevó ventaja; Esparta la ganó después. Surgió entonces Tebas, ciudad situada a menos de cincuenta millas de Atenas, y eclipsó a Esparta. Otra vez resplandeció Atenas, ganando importancia al frente de una confederación. Viene aquí una serie de mezquinas rivalidades e inexplicables odios que ha largo tiempo se habrían desvanecido en la memoria humana si no los registrara y reflejara una gran literatura.

Durante todo este tiempo Persia aparece y vuelve a desaparecer como aliada, ya de esta liga, ya de aquélla. A mediados del siglo IV antes de J. C. señálase un nuevo influjo en los asuntos de Grecia: el de Filipo, rey de Macedonia. Macedonia, a decir verdad, aparece en el fondo de la Grecia incurablemente dividida, como los medas y los persas aparecen detrás del imperio caldeo. Hay un momento en que, por decirlo así, Grecia corta sus disputas para clavar los ojos en Macedonia, unida en un desmayo.

Las rencillas desordenadas y sangrientas son siempre rencillas desordenadas y sangrientas, aun cuando las cuente un Tucídides, aunque sus revueltas hagan naufragar los grandes comienzos de una nueva civilización; y en este esquema general no podemos conceder espacio ninguno a los pormenores de estas discordias sanguinarias, a las luchas e ímpetus que levantaron al cielo en llamas, primero ésta, luego aquella ciudad de Grecia. En una esfera sostenida por un pie, Grecia es un punto casi imposible de reconocer; y en una breve historia de la humanidad, todo aquel siglo largo de disensiones que media entre los días de Salamina y Platea y la aparición del rey Filipo se reduce a un leve rumor de disputa, casi inaudible: a una simple nota en el rápido cambio de circunstancias, tanto para las naciones cuanto para los hombres.

Pero lo que no se reduce a una insignificancia, porque ha entrado en el proceso intelectual de todas las naciones subsiguientes, porque forma parte inseparable de nuestra constitución mental, es la literatura que Grecia produjo en los intervalos y destellos de tranquilidad que aquellos tiempos le dejaban.

Dice el profesor Gilbert Murray: (1).

"Su historia política exterior, como la de todas las demás naciones, llénanla, en verdad, la guerra y la diplomacia, la crueldad y el dolo. Lo verdaderamente grande es la historia interior, la historia del pensamiento, del sentimiento y del carácter. Tuvieron que luchar con ciertas dificultades que hoy están casi descartadas de nuestro camino. Carecían virtualmente de experiencia, pero lo hacían todo por primera vez: sus recursos materiales eran extremadamente débiles, y sus emociones, sus *deseos, temores* y *rabias*, eran, probablemente, más salvajes y encendidos que los nuestros. Produjeron, sin embargo, la Atenas de Pericles y Platón".

El magnífico apogeo de la fuerza creadora por muchos tiempos acumulada en la mente griega, que ha sido durante veintitrés siglos guía y faro inspirador de la inteligencia humana, empezó a brillar después de las batallas de Maratón y Salamina, e hizo libre e intrépida a Atenas, y le dió, sin ningún exceso grande de fuerza, predominio en su mundo. Fué obra de un grupo de hombres muy reducido. Algunos de sus ciudadanos vivieron durante la mejor parte de una generación en condiciones que han puesto a los hombres de todos los tiempos en disposición de producir obras buenas y hermosas; tenían seguridad, libertad, y estaban orgullosos de sí; y no llegaban a sentir la tentación de la fuerza aparente e incontrovertida que nos inclina a todos al abuso del prójimo. Cuando la vida política, estrechándose, condujo al agotamiento y a los crímenes de una guerra fratricida con Esparta, la llama de la actividad intelectual era tan potente y estaba tan bien alimentada, que persistió a través de todos los borrascosos apuros de aquella guerra, y aun más allá de la breve vida de Alejandro Magno, durante un período de más de cien años desde que empezaron las guerras.

(1) *Ancient Greek Literature*, por Gilbert Murray, Londres, Heinemann, 1911. (Existe una versión castellana).

Engreído con la victoria y con el sentimiento de su libertad bien ganada, el pueblo de Atenas se levantó hacia la nobleza durante algún tiempo. Bajo el mando de un gran demagogo, Pericles, miembro principal de la asamblea general ateniense y hombre de Estado, comparable a Gladstone o Lincoln en la historia moderna, empeñóse en la tarea de reconstruir su ciudad y extender su comercio. Durante algún tiempo fué capaz de seguir generosamente a un jefe generoso, y los hados le dieron un jefe generoso. Mezclábanse en Pericles del más extraño modo la habilidad política y una verdadera pasión vivaz por las cosas profundas, elevadas y hermosas. Fué dueño del poder durante más de treinta años. Era hombre de extraordinario vigor y liberalidad mental, condiciones ambas que logró imprimir a su tiempo. Como ha hecho notar Wincler, la democracia ateniense tuvo por algún tiempo "la faz de Pericles". Sostúvole algo que fué probablemente una grandísima y noble amistad. Había una mujer de excepcional educación, Aspasia de Mileto, con la que no podía casarse porque las leyes restringían en Atenas el derecho de ciudadanía a los nacidos en su recinto, pero que fué de hecho su mujer. A ella se debió en gran parte que le rodearan hombres de dotes extraordinarias. Todos los grandes escritores del tiempo la llegaron a conocer, y algunos han ensalzado su sabiduría. Ciertamente, Plutarco la acusa de haber instigado una gravosa y peligrosa guerra contra Samos, que, sin embargo, tuvo buen éxito: pero él mismo reconoce más tarde que la hostilidad naval de los samios la hacía necesaria, pues amenazaban el comercio marítimo de Atenas, del cual dependía toda la prosperidad de la república.

Las ambiciones de los hombres reflejan bien la medida de sus familiares. Pericles hallábase satisfecho por todos estilos de servir de jefe a Atenas, en vez de dominarla como tirano. Por inspiración suya concertáronse alianzas y estableciéronse nuevas colonias y factorías desde Italia hasta el Mar Negro; y fueron trasladados a Atenas los tesoros de la Liga de Delos. Convencido de su seguridad por parte de Persia, gasta Pericles el tesoro de guerra de los aliados en el hermoseamiento de su ciudad. Esto, según nuestra manera actual de ver, no era correcto, pero tampoco muestra de bajeza o codicia. ¿No había cumplido Atenas los propósitos de la Liga Delia, y no es el que trabaja merecedor de su salario? El secuestro ofreció a arquitectos y artistas una época de facilidades excepcionales. El Partenón de Atenas, cuyas ruinas son todavía una hermosura, no fué sino el coronamiento del mon-

tón de bellezas de la Atenas reedificada por Pericles. Esculturas como las de Fidias, Mirón y Policleto, que aún sobreviven, dan testimonio del temple artístico de aquel tiempo.

Tenga presente el lector la observación luminosa de Winckler cuando decía que la Atenas renaciente tuvo por algún tiempo la faz de Pericles. El genio peculiar de aquel hombre y de su atmósfera facilitó el desarrollo del genio de los hombres que le rodeaban y atrajo hacia Atenas a hombres de gran vigor intelectual. Ostentó Atenas su faz durante algún tiempo como quien lleva una máscara, y luego empezó a inquietarse y a sentir deseos de desprenderse de ella. La generalidad de los atenienses tenían muy poca grandeza y generosidad. Hablamos ya del espíritu de un votante ejemplar cuando el ostracismo de Arístides, y Lloyd (en su *Age of Pericles*) declara que los atenienses no consentían que se citara el nombre de Milcíades a propósito de la batalla de Maratón. El tenaz respeto de sí mismos de los votantes comunes revolvióse poco después contra los bellos edificios que en derredor suyo se alzaban; contra el favor concedido a escultores como Fidias sobre otros notables del pueblo, que se dedicaban al mismo oficio; contra los donativos hechos a simples extranjeros, como Herodoto de Halicarnaso, y contra la preferencia insultante de Pericles por la compañía y el trato de una mujer milesia. La vida pública de Pericles aparecía cuidadosamente ordenada, lo cual hizo al hombre de la calle pensar que su vida privada tenía que ser corrompidísima. De aquí se desprende que Pericles fué hombre superior en su conducta; a veces se le trasluce cierto desprecio por los ciudadanos a quien servía. "Pericles adquirió no solamente un ánimo elevado y un modo de decir sublime, puro de toda chocarrería y vulgaridad, sino que con su continente inaccesible a la risa, con su modo grave de andar, con toda la disposición de su persona, imperturbable en el decir, sucediese lo que sucediese, con el tono inalterable de su voz,



ESTATUA DE ORO Y MARFIL, QUE FIGURABA EN EL INTERIOR DEL PARTENON

Reproducción en mármol (siglo primero a. J. C.). Era una diosa patriótica, comparable a Britania o Germania, y no una divinidad teológica-sacerdotal como Anubis o Bel-Marduk.

con todas estas cosas, sorprendía maravillosamente a todos. Estuvo en una ocasión un hombre malvado e insolente con él todo el día, y lo aguantó, aun en la plaza, mientras tuvo que despachar los negocios que ocurrieron; a la tarde se retiraba tranquilo a su casa, y aquel hombre se puso a seguirle, vomitando contra él toda suerte de dicterios; llegó a casa cuando ya había oscurecido, y mandó a un criado que tomase un hacha y fuese acompañando a aquel hombre hasta su posada. El poeta Ion dice, sin embargo, que el trato de Pericles era arrogante y soberbio, y que a lo jactancioso, se reunía en él cierta altivez y desprecio de los demás... No salía a la calle si no para ir al foro o al Senado. Declinaba las invitaciones de sus amigos y todas las reuniones y recreos sociales; tanto, que en todo el tiempo de su magistratura, que fué considerablemente larga, nunca fué a cenar con amigos suyos más que una vez, que fué cuando la boda de su sobrino Euriptolemo, y sólo estuvo en ella hasta que terminó la ceremonia de la libación. Consideraba que la libertad del trato quita toda distinción al cargo, y que la dignidad no se compadece muy bien con la familiaridad..." (2).

No había entonces periodismo indiscreto que contara a todo el mundo las bajezas de los conspicuos y de los favorecidos por el éxito; pero el hombre común, no del todo satisfecho de sí, hallaba gran consuelo en el arte de la comedia, que florecía con exceso. Los escritores cómicos satisfacían al anhelo casi universal de deprimir lo que por su excelencia aparente es ofensivo para nuestro amor propio. Tenaz e industriosamente arrojaron cieno sobre Pericles y sus amigos. Pericles se retrató con yelmo; el yelmo le sentaba bien, y probablemente él lo sabía. Esto causó gran regocijo e hizo felices a muchos, porque dijeron que tenía una cabeza deforme, como una cebolla. Los "progresos" de Aspasia fueron, desde luego, terreno fructífero para los inventos de la calle...

Almas soñadoras, cansadas de las vulgaridades de nuestros días, han sentido el anhelo de trasladarse a la Atenas de Pericles. Pero si cayesen en aquella Atenas, se encontrarían en una atmósfera muy semejante a la de la clase más baja de nuestros "music-halls" contemporáneos, con la misma vena de nuestros periódicos populares; la misma bocanada caliente de libelo y rebuzno, necias imputaciones, ávido "patriotismo" y bajeza general, las envolvía; la "nota moderna" les perseguiría allí también. A medida que los recuerdos de Platea y Salamina iban desvaneciéndose, y los nuevos edificios volviéndose familiares, Pericles y el esplendor de Atenas hiciéronse cada vez más ofensivos para el humor grosero de la muchedumbre. No se llegó al ostracismo: su prestigio ante los ciu-

(2) Plutarco.

dadanos más sensatos le libró de ello; pero se le atacó con atrevimiento y tenacidad crecientes. Pobre vivió y murió; fué acaso el más honrado de los demagogos; mas no pudo librarse de una abortada persecución por peculado. Vencidos en aquel terreno, sus enemigos apelaron a un método más tortuoso: empezaron a quitarle sus amigos.

La intolerancia religiosa y las acusaciones con pretexto de moralidad son las armas naturales de los envidiosos contra los conductores de hombres. Su amigo Damón fué víctima del ostracismo. Fidias se vió acusado de impiedad. En el escudo de la gran estatua de la diosa Atenea, Fidias había osado poner, entre los combatientes de un encuentro entre griegos y amazonas, el retrato de Pericles y el suyo propio. Fidias murió encarcelado. Anaxágoras, un extranjero bien recibido en Atenas por Pericles, cuando había abundancia de hombres honrados en disposición de satisfacer toda razonable curiosidad, iba diciendo las cosas más extrañas acerca del sol y las estrellas, y manifestando sin ambigüedad que no hay dioses, sino un solo espíritu animador (*nous*) ([3]) en el mundo. Los autores cómicos descubrieron de pronto en sí sentimientos religiosos que podrían ser lastimados profunda y peligrosamente, y Anaxágoras tuvo que huir ante la amenaza de una persecución. Luego le tocó la vez a Aspasia. Atenas parecía inclinarse a su deportación, y Pericles sentíase desgarrado entre la mujer, que era alma de su vida, y la ingrata ciudad que había salvado, defendido y hecho más hermosa e inolvidable que ninguna otra ciudad del mundo. Levantóse a defender a Aspasia y le sobrecogió una tempestad de emoción humanísima que le hizo llorar mientras hablaba. Sus lágrimas salvaron a Aspasia por algún tiempo.

Agradábales a los atenienses la humillación de Pericles; pero tanto tiempo les había él servido, que no estaban dispuestos a prescindir de él. Fué su jefe durante un tercio de siglo.

En 431 antes de J. C. comenzó la guerra con Esparta. Plutarco acusa a Pericles de haberla promovido, porque sentía desaparecer tan rápidamente su popularidad, que era necesaria una guerra que le hiciese indispensable.

"Y como iba haciéndose aborrecible al pueblo, por causa de Fidias, y temía que le pidiesen cuentas por tal causa, alentó la guerra, incierta todavía, y avivó la llama que hasta entonces había estado sofocada y oculta. Así esperaba acallar las acusaciones que le amenazaban y mitigar el furor de la envidia, porque tal era su dignidad y poder, que en todo negocio importante y en todo gran peligro sólo en él podía poner su confianza la república".

([3]) Un resumen de sus opiniones se halla en Burnett: *Early Greek Philosophy*. Gomperz, en sus *Pensadores griegos*, puede ilustrar también este punto.

Pero la guerra fué lenta y peligrosa, y el pueblo de Atenas estaba impaciente. Surgió un hombre llamado Cleon, que ambicionaba despojar a Pericles de la jefatura. Fuertes clamores pedían el rápido fin de la guerra; Cleon se lanzó a ser "el que ganó la guerra". Los poetas populares expresábanse de esta suerte:

> ¿Por qué, rey de los sátiros, blasonas
> de tus proezas si el sonar te espanta
> de los aceros afilados, pese
> al ardiente Cleon?

El mal éxito de una expedición mandada por Pericles dió a Cleon oportunidad para perseguirle. Pericles fué despojado del mando y multado. Dice la historia que su hijo mayor —no hijo de Aspasia, sino de una primera mujer— volvióse en contra suya y le persiguió con bajas e increíbles acusaciones. El joven fué víctima de la peste. Luego murió la hermana de Pericles, y después, su último hijo legítimo. Cuando, según la costumbre del tiempo, depositó las guirnaldas fúnebres sobre el cuerpo del niño, lloró con fuertes lamentos. Poco después contagióse él también y murió (428 antes de J. C.).

Los hechos salientes de este breve resumen mostrarán cuán distinto era Pericles de la generalidad de los hombres de su ciudad. Las condiciones del tiempo favorecieron, sin duda, aquel retoñar intelectual y artístico de Atenas; mas, en parte, debióse también a la aparición de algunos hombres extraordinarios. No fué un movimiento general, sino el movimiento de un grupo reducido de hombres, colocados y dotados excepcionalmente.

§ 2. *Sócrates*

Otra figura principal en este movimiento de Atenas, menos en armonía aún con la vida que le rodeaba, y, por todos conceptos, fuente originaria en gran parte de la perdurable grandeza de su tiempo, fué un hombre llamado Sócrates, hijo de un albañil. Nació unos sesenta años después que Herodoto y se empezaba a hablar de él por el tiempo en que murió Pericles. No escribió nada, mas tenía costumbre de hablar en los lugares públicos. Existía entonces un gran interés por la sabiduría; había una variada multitud de maestros, llamados sofistas, que razonaban acerca de la verdad, de la belleza y de la vida recta, instruyendo a la fuerte curiosidad de las imaginaciones juveniles. Ocurría esto porque faltaban en Grecia grandes escuelas sacerdotales. En aquellas discusiones surgió este hombre, torpe y desaliñado de figura, descalzo y reunió en torno suyo un grupo de admiradores y discípulos.

Su método era profundamente escéptico; creía que la única virtud posible era el verdadero saber; no toleraba creencias ni esperanza que no pudiera resistir la más agria prueba. Para él, esto era virtud; mas para muchos de sus más endebles discípulos, significaba la pérdida de creencias y actos morales capaces de reprimir sus impulsos. Aquellos seres miserables convirtiéronse en truhanes llenos de excusas e indulgencias para consigo mismos. Entre sus jóvenes adeptos hallábanse Platón, que más tarde inmortalizó su método en una serie de diálogos filosóficos y fundó la escuela filosófica de la Academia que duró novecientos años; Jenofonte, el de los Diez Mil, que relató su muerte, e Isócrates, uno de los más sabios pensadores políticos de Grecia; pero estaban también Critias, que, cuando Atenas fué totalmente vencida por Esparta, fué uno de los Treinta Tiranos designados por los de Esparta para mantener sumisa a la ciudad humillada (4); Cármides, que fué muerto, junto a Critias cuando fueron derribados los Treinta, y Alcibíades, traidor brillante y complicado que tuvo mucha parte en la determinación de Atenas por la desastrosa expedición contra Siracusa, en la cual destruyó sus fuerzas, que las entregó a los espartanos, y que fué asesinado por fin cuando se encaminaba a la corte persa para conspirar en contra de Grecia. Estos últimos discípulos no fueron los únicos jóvenes de esperanzas cuya fe y patriotismo vulgares destruyera Sócrates, sin darles nada en cambio. Su más inveterado enemigo fué un tal Anito, cuyo hijo, discípulo adicto de Sócrates, convirtióse en borracho perdido. Anito logró que Sócrates fuera al cabo perseguido como "corruptor" de la juventud de Atenas y condenado a morir por medio de una bebida ponzoñosa hecha con cicuta (399 antes de J. C.).

(4) "No sólo hicieron la guerra los Treinta Tiranos a las vidas, propiedades y libertades de los ciudadanos de Atenas. Mostráronse no menos solícitos para extinguir la fuerza intelectual y la educación en la ciudad, proyecto tan en armonía con los sentimientos y las costumbres de Esparta, que les ganó el apoyo de sus aliados extranjeros. Entre los decretos que promulgaron, contóse uno que prohibía expresamente a todos "enseñar el arte de las palabras". El edicto de los Treinta fué, en efecto, una supresión general de la clase más ilustrada de maestros o profesores, de cuantos pasaban del rango de gramático (o maestros de letras) elementales. Si tal edicto hubiera llegado a mantenerse en vigor durante una generación, junto con los demás mandatos de los Treinta, la ciudad en que acababan de morir Sófocles y Eurípides, y en la que estaban en su edad madura Platón e Isócrates, hubiera decaído en su nivel intelectual hasta el de la más insignificante comunidad griega. No era extraño que un déspota griego suprimiese todas las asambleas en que se juntaban los jóvenes con propósitos de adiestramiento común, ya intelectual, ya gimnástico, así como los banquetes, círculos y asociaciones públicas, como peligrosos para su autoridad, que tendiesen a fortalecer el valor y a extender entre los ciudadanos la conciencia de sus derechos políticos". — Grote, *History of Greece.*

Su muerte fué descripta hermosísimamente en el diálogo de Platón denominado *Fedón.*

§ 3. *Platón y la Academia*

Había nacido Platón en 427 antes de J. C.; vivió ochenta años.

El temple mental de Platón era de tipo en todo diverso del de Sócrates. Era escritor artístico y delicado en extremo, y Sócrates no podía escribir con ilación. Interesábale lo bello, despreciado por Sócrates. Preocupábale en grado supremo la ordenación de los asuntos públicos y el establecimiento de las relaciones más felices entre los hombres, en tanto que Sócrates, indiferente al calor y al frío y a la opinión de sus compañreos, concentraba su suerte en una serena desilusión. La vida, para Sócrates, era un engaño; sólo el alma vivía. Profesó Platón gran cariño a su anciano y áspero maestro; dió el valor máximo a su método de desenredar y purificar opiniones, e hizo de él la figura central de sus inmortales diálogos; pero sus pensamientos y disposiciones propias le apartaron completamente de la actitud escéptica. En muchos diálogos, la voz es de Sócrates, pero el pensamiento es de Platón. Platón vivió en tiempos de dudas y controversias acerca de todas las relaciones humanas. En los grandes días de Pericles, antes de 450 de la Era anterior a Cristo, había, al parecer, en Atenas, instituciones sociales y políticas plenamente satisfactorias. No estaban, pues, justificadas las controversias. Los hombres se sentían libres; la comunidad prosperaba; la rivalidad era la causa de los sufrimientos mayores. La Historia de Herodoto manifiesta disconformidad muy escasa, o ninguna, con las instituciones políticas de Atenas.

Mas Platón, que nació por los días en que murió Herodoto y se crió en la atmósfera de una desastrosa guerra y en medio de una gran angustia y confusión social, encontróse desde luego cara a cara con la discordia humana y con instituciones poco adecuadas a los fines del hombre. Su entendimiento aceptó el desafío. Una de sus primeras obras y la última son discusiones atrevidas y penetrantes del posible mejoramiento de las relaciones sociales. Sócrates le había enseñado a no dar nada por admitido, ni aun las relaciones comunes entre marido y mujer o entre padre e hijo. En la *República*, el primero de los libros utópicos, muestra, en el sueño de un joven, la ciudad en que la vida se ordena siguiendo un plan nuevo y mejor; su última obra, inacabada, las *Leyes*, discute la regulación de otra utopía semejante. Hay muchas cosas en Platón que no podemos aquí ni soslayar; pero la aparición de la idea de modificar tenaz y completamente las condiciones de la

humanidad, es una piedra miliaria de esta historia. Hasta allí, la humanidad había vivido en la tradición del temor de los dioses. Un hombre surge para decir osadamente a nuestra raza, como la cosa más razonable y natural: "Apodérate de tu vida, y mucho de lo que te angustia puedes evitarlo; mucho de lo que te domina puedes dominarlo tú. Puedes hacer de ello lo que quieras".

Quizá otra cosa, a más de los conflictos del tiempo, estimulara la suerte de Platón en tal sentido. En los días de Pericles, Atenas había fundado muchas colonias marítimas, y el establecimiento de ellas familiarizó a los hombres con la idea de que una comunidad no es necesario que nazca, sino que también puede hacerse.

Intimamente asociado con Platón estaba un hombre más mozo, que mantuvo asimismo, más adelante, una escuela en Atenas y que llegó a edad aún más avanzada: Isócrates. Era lo que llamaríamos hoy un publicista, más escritor que orador, y su empeño peculiar consistía en desarrollar la idea de Herodoto: la idea de la unificación de Grecia contra el imperio persa, para remediar así la bajeza y confusión de su política, y aminorar y concluir con sus guerras sanguinarias. Su horizonte político era, en algunos respectos, más vasto que el de Platón, y en sus últimos años consideró la monarquía, y en particular la monarquía macedonia de Filipo, como método de gobierno más capaz que la democracia ciudadana para la unificación y la amplitud de miras. Igual derivación hacia ideas monárquicas se dió en el caso de Jenofonte, aquel escritor cuya *Anabasis* mencionamos ya. En Edad provecta, Jenofonte escribió la *Ciropedia*, "vindicación a la vez teórica y práctica de la monarquía absoluta estudiada en la organización del imperio persa" ([5]).

§ 4. *Aristóteles y el Liceo*

Platón enseñaba en la Academia. Ya anciano, acercósele cierto mozo bien parecido, natural de Estagira, Macedonia, hijo del físico del rey macedonio, y hombre de entendimiento muy diferente por su tipo del que distinguía al gran ateniense. Era escéptico por naturaleza, en cuanto a la voluntad imaginativa, y tenía gran respeto y perfecta comprensión de los hechos establecidos. Más adelante, muerto ya Platón, fundó escuela en el Liceo de Atenas, y en él enseñó, criticando con alguna dureza a Platón y a Sócrates. Cuando enseñaba, tendíase sobre la libertad de Grecia la sombra de Alejandro Magno, y él mostrábase favorable a la esclavitud y a los reyes constitucionales. Había sido antes preceptor de Alejandro, durante varios años, en la corte de Filipo de Macedonia. Por aquellos días los hombres inteligentes se descorazonaban y desfallecía su fe en la fuerza de los hombres para labrarse sus propias condiciones de vida. Ya no había utopías. El curso rápido de los acontecimientos era manifiestamente poderoso en demasía para el esfuerzo organizado que les era posible entonces a los hombres de fina inteligencia. Se podía pensar en refundir la sociedad humana cuando era ésta una pequeña ciudad de pocos miles de ciudadanos; pero lo que a ellos se les presentaba tomaba proporciones de cataclismo: era la refundición política de todo el mundo conocido, de los asuntos que, aun entonces, afectaban a unos cincuenta o cien millones de seres. Era la refundición en una escala que ninguna mente de hombre estaba preparada para abarcar. Entonces volvió a surgir la idea de un Hado vasto e implacable. Entonces se lanzaron los hombres sobre cuanto les parecía estable y unitario. Por ejemplo, la monarquía, con todos sus vicios manifiestos, era un gobierno concebible para millones de hombres: había *hecho camino* hasta cierto punto; imponía una voluntad directora allí donde, al parecer, era imposible una voluntad colectiva. Tal cambio de actitud intelectual armonizábase con el respeto natural de Aristóteles por el hecho existente. Si de un lado le llevaba a admitir la monarquía, la esclavitud y la sujeción de la mujer como instituciones razonables, del otro ponía en él un ansia de entender los hechos y de adquirir algún conocimiento metódico de las realidades de la naturaleza y de la naturaleza humana, tan manifiestamente triunfadoras entonces sobre los ensueños creadores de la generación precedente. Es terriblemente cuerdo y luminoso, y le falta de modo terrible el entusiasmo del sacrificio propio. Disputa con Platón cuando Platón quiere desterrar a los poetas de su Utopia, porque la poesía es una fuerza: impulsa su energía por un camino diametralmente opuesto a la depreciación de Anaxágoras por Sócrates. Se anticipa a Bacon y al moderno movimiento científico, en que reconoce la importancia del conocimiento ordenado. Se consagra a la tarea de agrupar y dar expresión a los conocimientos. Fué el primer historiador natural. Otros antes que él especularon acerca de la naturaleza de las cosas; pero él, con cuantos jóvenes podía ganar para la causa, se dedicó a clasificarlas y compararlas entre sí. Dice, en efecto, Platón: "Apoderémonos de la vida para modelarla de nuevo" y, más sobrio, su sucesor: "Conozcamos primero mejor la vida y entretanto sirvamos al rey". Esto era, no tanto una contradicción como una calificación suprema del maestro.

Las relaciones peculiares entre Aristóteles y Alejandro Magno diéronle facilidades para obtener medios en favor de su obra, que la investigación científica no podría tener a su alcance en lar-

([5]) Mahaffy.

gas épocas. Pudo disponer de centenares de talentos (un talento = unas 6.000 pesetas) para sus gastos. A la vez tenía a su disposición un millar de hombres, dispersos por Asia y Grecia, que recogían materiales para su historia natural ([6]). Claro está que eran observadores sin práctica ninguna; recopiladores de relatos, más que observadores; pero nada semejante se había intentado aún, ni se había pensado siquiera, que sepamos, antes de sus tiempos. Entonces comenzó la ciencia política, así como la natural. Los estudiantes del Liceo, bajo su dirección, analizaron 158 constituciones políticas...

Aquel fué el primer destello de ciencia organizada que vió el mundo. La temprana muerte de Alejandro y el fraccionamiento de su imperio, antes casi de haber empezado, hizo imposible por 2.000 años la acumulación de recursos de tanta monta. Unicamente en Egipto, en el Museo de Alejandría, prosiguiéronse algunas investigaciones científicas; pero tan sólo por espacio de unas cuantas generaciones. De esto se hablará más adelante. A los cincuenta años de la muerte de Aristóteles, el Liceo había degenerado ya hasta la insignificancia.

§ 5. *La filosofía deja de ser profana*

La tendencia general del pensamiento en los últimos años del siglo IV antes de J. C. no siguió a Aristóteles, ni se encaminó hacia la acumulación laboriosa y necesaria de conocimientos. Es posible que, sin los recursos que le proporcionó el rey, Aristóteles fuera hoy una pequeña figura en la historia intelectual. Gracias a ellos pudo dar substancia y eficacia a su espléndida inteligencia. El hombre ordinario suele preferir los caminos fáciles mientras puede seguirlos, obstinándose en la despreocupación aunque le lleven a un callejón sin salida. La generalidad de los maestros de filosofía, que hallaba entonces el curso de los acontecimientos demasiado poderoso para dominarlo por entero, tendió por aquellos días, abandonando los proyectos de ciudades-modelo y los planes de nuevas maneras de vivir, a elaborar sistemas evasivos que fuesen bellos y consoladores. Quizá sea esto presentar las cosas grosera e injustamente. Mas dejemos la palabra, en esta materia, al profesor Gilbert Murray ([7]).

"Los Cínicos ocupáronse tan sólo de la virtud y de las relaciones entre el alma y Dios; el mundo con sus enseñanzas y honores, era para ellos como la hez. Estoicos y Epicúreos, tan alejados entre sí a primera vista, se asemejaban mucho en sus fines

(6) Wheeler.
(7) *Ancient Greek Literature.*

últimos. Lo que les interesaba en realidad era la ética, la cuestión práctica de cómo debe el hombre ordenar su vida. Unos y otros, a decir verdad, se consagraron a alguna ciencia —los Epicúreos, a la física; los Estoicos, a la lógica y a la retórica—; pero sólo como medios conducentes a un fin. Los Estoicos intentaron ganarse el corazón y el convencimiento de los hombres a pura sutileza de argumentación abstracta y deslumbradora sublimidad de pensamiento y expresión. Los Epicúreos estaban determinados a impulsar en su camino a la Humanidad sin rebajarse ante unos dioses caprichosos, ni sacrificar el Libre Albedrío. Condensaron su evangelio en cuatro máximas: "No hay que temer a Dios; no hay que sentir la Muerte; a Dios se le puede conquistar; cuanto tememos puede ser soportado y dominado".

Y, entretanto, los acontecimientos seguían su curso con recíproca indiferencia por la filosofía.

§ 6. *Propiedades y limitaciones del pensamiento griego*

Si el hombre de hoy ha de leer los clásicos griegos con provecho, deberá leerlos como obra de hombres semejantes a nosotros. Hay que tener presentes sus tradiciones, sus circunstancias y sus limitaciones. En toda admiración humana hay tendencia a la exageración; nuestros textos clásicos están en su mayor parte mutiladísimos, y todos fueron originariamente obra de seres humanos que luchaban con dificultades, porque vivían en tiempos de tal obscuridad y estrechez de miras que, comparada con ellos, nuestra época es un período de luminosidad deslumbrante. Lo que perdamos en reverencia con ese trato familiar, lo ganaremos en simpatía por aquel grupo de espíritus turbados, inciertos y modernos en grado sumo. Los escritores atenienses fueron, en verdad los primeros hombres modernos. Discutían cuestiones que nosotros debatimos aún; empezaron a luchar con los grandes problemas que surgen hoy ante nosotros. En sus escritos está nuestra aurora ([8]).

(8) Jung, en su *Psicología de lo inconsciente*, muéstrase muy feliz, en el capítulo primero, al exponer las diferencias entre el pensamiento antiguo (pre-ateniense) y el pensamiento moderno. Llama al primero Pensamiento Indirecto, y Pensamiento Directo al segundo. Aquél era un pensamiento en imágenes, análogo al sueño; éste es un pensamiento en palabras. La ciencia es una organización del pensamiento directo. El espíritu antiguo (es decir, el anterior al de los pensadores griegos) no creó ciencia, sino mitología. El mundo antiguo de los hombres era un mundo de fantasías subjetivas, como el mundo de los niños y de los jóvenes no educados de hoy, un mundo semejante al de los salvajes y al de los sueños. El pensamiento de los niños y los sueños son una repercusión de lo prehistórico y lo salvaje. Los mitos constituyen la masa de sueños de los pueblos; los sueños son los mitos individuales. El trabajo de

Comenzaron una investigación y no llegaron a solución ninguna. No pretendemos hoy haber llegado a ellas en las más de las cuestiones que suscitaron. La mente de los hebreos, como ya se dijo, despertóse de pronto a la miseria inacabable y a los desórdenes de la vida; vió que tales miserias y desórdenes eran achacables, en buena parte, a los desafueros de los hombres, y sacó en consecuencia que la salvación no podía venir más que de la sumisión al servicio del único dios que rige cielos y tierra. Los griegos, elevándose a la misma percepción, no estaban preparados por la misma idea de una deidad patriarcal; vivían en un mundo en que no había dios, sino dioses; si sentían tal vez que los dioses mismos eran limitados, pensaban, detrás de ellos, en un Hado frío e impersonal. Así plantearon su problema en forma de una investigación acerca de la vida recta, sin correlación definida entre el hombre que vive rectamente y la voluntad de Dios... Para nosotros, que lo vemos desde un punto de vista puramente histórico, el problema común puede presentarse ahora en forma que, para los fines de nuestra historia, comprenda juntamente la manera hebrea y la manera griega de plantearlo. Hemos visto a nuestra especie elevarse de la inconciencia del animal a una conciencia de sí misma racial continua, convencida de lo desgraciado de su selvática diversidad de propósitos, convencida de la inevitable tragedia del conocimiento de sí mismo, y con el ciego sentimiento de un camino hacia alguna idea de unidad y subordinación que le librara de los dolores y accidentes de la mera individualidad. Los dioses, el dios-rey, la idea de tribu, la idea de ciudad: he aquí las ideas que solicitaron y retuvieron por algún tiempo la devoción de los hombres; las ideas perdieron algo de su egoísmo individual y escaparon de la comprensión de una vida más llena de sufrimientos. Sin embargo, como lo prueban nuestras guerras y desastres, ninguna de estas grandes ideas ha llegado a tener grandeza bastante. Los dioses han negado su protección; la tribu ha mostrado su vileza y su crueldad; la ciudad ha condenado al ostracismo a uno de sus mejores y más fieles amigos; el dios-rey se ha trocado en bestia...

Si releemos la literatura especulativa de este gran período griego, echamos de ver tres barreras levantadas en derredor de su mente, de las que rara vez escapó, pero de las cuales quizá nosotros estamos empezando a escapar.

La primera de estas tres limitaciones fué la obsesión de la

---

pensamiento duro y disciplinado, por medio del análisis cuidadoso de palabras y hechos sentados, que empezó con los pensadores griegos, y fué asumido después por los filósofos escolásticos, de que hablaremos en la Edad Media, era necesario preliminar de la ciencia moderna.

ciudad como estado supremo. En el mundo en que un imperio seguía a otro, más grande cada uno que su antecesor; en un mundo a través del cual hombres e ideas se empujaban, cada vez más sueltos y libres; en un mundo que ya entonces iba unificándose visiblemente, los griegos, por sus peculiares circunstancias físicas y políticas, seguían soñando lo imposible de un pequeño estado ciudadano compacto, impenetrable a influencias exteriores, bravamente seguro en contra del mundo entero. Calculaba Platón el número de ciudadanos de un estado perfecto entre 1.000 (la *República*) y 5.040 (las *Leyes*) (9). Llegaba este Estado a hacer la guerra y mantenerse firme frente a otras ciudades del mismo tamaño. ¡Y aun no se habían extinguido dos generaciones desde que las huestes de Jerjes cruzaron el Helesponto!

Quizá pensaran aquellos griegos que el mundo de los grandes imperios había pasado para siempre, cuando no hacía sino empezar. Cuando más, cabían en su mente alianza y ligas. En la corte de Artajerjes habría tal vez hombres cuyo pensamiento fuese más allá de aquellas ideas mezquinas de la cala entre rocas, la isla y el valle rodeado de montañas. Pero la necesidad de unificación contra las potencias mayores que sacó afuera al mundo grecoparlante desechábala con tenacidad la mente de los griegos. Los de afuera eran bárbaros y no había para qué pensar en ellos; tenían cerrada a Grecia para siempre. Había quien tomaba dinero persa; todos tomaban dinero persa: ¿qué importaba? Alguien (como lo hizo Jenofonte) se alistaba temporalmente en sus ejércitos y esperaba hacer fortuna con un prisionero rico. Atenas intervenía en los asuntos egipcios y sostuvo algunas guerras menores con Persia, pero sin concebir una política común o un futuro común para Grecia... Hasta que, al cabo, sonó en Atenas una voz: "¡Macedonia!" El clamor de un vigía: "¡Macedonia!" Era la voz del orador y demagogo Demóstenes que aullaba advertencias, amenazas y denuncias contra el rey Filipo de Macedonia, el cual había aprendido su política, no sólo de Platón y Aristóteles, sino también de Isócrates y Jenofonte, y de Babilonia y Susa, y se preparaba tranquila, hábil y constantemente a dominar a toda Grecia, y después de Grecia a todo el mundo conocido...

Lo segundo que entumecía la mente griega era la institución de la esclavitud doméstica. La esclavitud estaba implícita en la vida

---

(9) "Para la apropiada administración de justicia y distribución de autoridad se requiere que los ciudadanos conozcan mutuamente sus caracteres; de suerte que, donde esto no es posible, síguese gran daño, tanto en el uso de la autoridad como en la administración de justicia, pues no es justo decidir arbitrariamente, como ha de ocurrir en los casos de población excesiva". — Aristóteles en su *Política*.

de los griegos; los hombres no concebían la dignidad ni la comodidad sin ella. Pero la esclavitud, no sólo hace imposible la simpatía de una clase de súbditos: incluye al propietario de esclavos en una clase y organización contra todos los extraños. Le hace de una tribu elegido. Platón, llevado por su clara razón y por la noble salud de su espíritu más allá de las cosas presentes, hubiera abolido la esclavitud; tenían en contra la esclavitud buena parte del sentimiento popular y a la Comedia Nueva. Estoicos y Epicúreos, muchos de los cuales eran esclavos, la condenaban por antinatural; pero encontrándola demasiado fuerte para ser vencida, decidieron que no afectaba el alma y se la podía desdeñar. Para el sabio no había sumisión ni libertad. Para Aristóteles, apegado a las realidades, y probablemente para los más de los hombres prácticos, era inconcebible su abolición. Así declaraban que en el mundo había hombres esclavos por naturaleza..."

Por último, el pensamiento de los griegos enredábase en una falta de conocimientos inconcebibles hoy para nosotros. No tenían, en absoluto, noticias del pasado de la humanidad; cuando más, había unos pocos adivinos sutiles. No tenían conocimientos de geografía que fueran más allá de la cuenca mediterránea y de las fronteras de Persia. Lo que ocurría en Susa, Persépolis, Babilonia y Menfis en tiempos de Pericles, lo sabemos hoy mejor que Pericles mismo. Las ideas astronómicas hallábanse todavía en estado de especulaciones rudimentarias. Anaxágoras, con gran atrevimiento, llegó a pensar que el sol y la luna eran vastas esferas; tan vastas, que el sol era, probablemente, "del tamaño de todo el Peloponeso". Las ideas de física y química eran resultado de profundas cogitaciones; es admirable que llegaran a adivinar la estructura atómica. Hay que recordar su extraordinaria pobreza de aparatos experimentales. Tenían cristales coloreados para adorno, pero no cristal transparente; carecían de medios adecuados para medir cortos intervalos de tiempo, de notación numérica realmente eficaz, de balanzas un tanto fieles, de rudimentos de telescopio o microscopio. Un hombre de ciencia moderno que cayese en la Atenas de Pericles tropezaría con las mayores dificultades para demostrar, aunque fuese someramente, los elementos de su ciencia a los seres que allí encontrara. Tendría que agenciarse los más sencillos aparatos con todo en contra; mientras que Sócrates indicaba lo absurdo de perseguir la verdad con pedazos de madera, cuerda y metal como los que usan para pescar los chiquillos. Y nuestro profesor de ciencia se hallaría igualmente en peligro constante de verse perseguido por impiedad.

Nuestro mundo de hoy progresa gracias a unas acumulaciones relativamente inmensas de conocimiento de hechos. En la era de Pericles apenas se había asentado la primera piedra de nuestro

acerbo, tremendo en comparación, de cosas registradas y demostradas. Cuando reflexionamos acerca de tal diferencia, deja de tener importancia el hecho de que los griegos, con toda su aptitud para la especulación política, estuviesen ciegos ante lo inseguro de su civilización, interior y exteriormente; ante la necesidad de su unificación efectiva; ante el rápido correr de los acontecimientos que iba a dar al traste, para un largo período de tiempo, con las primeras breves libertades del entendimiento humano.

No por los resultados que consiguió, sino por las tentativas que hizo, tiene verdadero valor para nosotros aquel grupo de oradores y escritores griegos. No porque contestó a ciertas preguntas, sino porque se atrevió a formularlas. Antes, jamás los hombres habían osado interrogar a su mundo y a las condiciones de vida en que nació y fué criado. Nadie había pensado en que se pudiesen alterar esas condiciones. La tradición y una apariencia de necesidad le mantenían apegado a la vida tal como la encontró aceptada por su tribu desde tiempos inmemoriales. Hasta allí había visto el mundo como los niños ven la casa y las costumbres entre las cuales han crecido.

Así, pues, en los siglos V y IV de J. C., vemos, más claramente en Judea y en Atenas, pero no limitados, ni con mucho, a esos centros, los comienzos de un proceso moral e intelectual de la humanidad, una aspiración a la rectitud y a la verdad lanzada desde las pasiones, las confusiones y las apariencias inmediatas de la existencia. Es como el alborear del sentimiento de responsabilidad en la juventud, cuando descubre de repente que la vida no es fácil ni sin objeto. La humanidad crece. El resto de la historia, en veintitrés siglos, está entretejido con las amplificaciones, desarrollos e influencias mutuas y la exposición más clara y eficas de estas ideas directrices. Poco a poco los hombres van aprendiendo mejor cada vez la realidad de la fraternidad humana, la inutilidad de las guerras, crueldades y opresiones, las posibilidades de un anhelo común para toda nuestra especie. En cada generación, pues, existe la evidencia de unos hombres que aspiran a ese orden mejor hacia el cual sienten que el mundo se encamina. Pero siempre y en todas partes, sea quien fuere el hombre en quien hayan tomado cuerpo las grandes ideas constructivas, las codicias ardientes, las envidias, suspicacias e impaciencias que están en la naturaleza de cada cual, luchan entre contradicciones por los fines más grandes y más amplios. Los últimos veintitrés siglos de la historia son como los esfuerzos de un inmortal impulsivo y precipitado para pensar con claridad y vivir con rectitud. Un destino sigue a otro; los comienzos más prometedores acaban en desengaños grotescos; las aguas vivas van envenenándose en la copa que las lleva hasta los labios sedientos de la humanidad.

Pero la esperanza de los hombres vuelve a reanimarse por fin después de cada desastre...

Pasamos ahora al relato de un comienzo fútil, de un glorioso comienzo fracasado de unidad humana. Hubo en Alejandro Magno saber e imaginación, poderío y oportunidad, insensatez, egoísmo, vulgaridad detestable y una inmensa promesa rota por el accidente de su temprano fin, cuando aún estaban los hombres deslumbrados por tanta inmensidad.

XXIV

LA OBRA DE ALEJANDRO MAGNO

§ 1. *Filipo de Macedonia*

EL verdadero héroe de la historia de Alejandro no es tanto Alejandro como su padre, Filipo. El autor de una obra no brilla a la luz de las candilejas tanto como el actor, y a Filipo se debe el plan de grandeza que su hijo llevó a cabo; él fué quien echó los cimientos y forjó las herramientas, quien había iniciado, al tiempo de su muerte, la expedición contra Persia. Filipo, sin duda, fué uno de los más grandes monarcas que ha conocido el mundo: era hombre de superior inteligencia y habilidad, y el alcance de sus ideas era más vasto que el nivel de su tiempo. Tuvo por amigo a Aristóteles; con él discutiría los planes de organización de los conocimientos reales en que el filósofo se empeñaría después con los recursos que le proporcionara Alejandro. Filipo, a lo que hoy podemos juzgar, parece haber sido el "Príncipe" de Aristóteles; a él se volvió Aristóteles como los hombres se vuelven sólo a aquellos que admiran y en quien confían. También Isócrates reconoció en Filipo el gran jefe que había de unificar y ennoblecer la caótica vida pública de Grecia.

En muchos libros se afirma que Filipo era hombre de cinismo increíble y de lujuria avasalladora. Cierto es que en los festines, como todos los macedonios de su tiempo, bebía reciamente y a menudo se emborrachaba, porque quizá se tenía por una falta de amistad el no beber con exceso en los festines; mas no hay prueba verdadera de las otras acusaciones, y para nuestro convencimiento sólo quedan las burlas de antagonistas suyos, como Demóstenes, el demagogo y orador ateniense, hombre de irrefrenable retórica. La cita de una frase nos mostrará hasta dónde podía llevar a Demóstenes su patriótica saña. En una de sus *Filípicas*, que así se llaman sus diatribas contra Filipo, se desahoga de este modo:

"Filipo, hombre que no sólo no es griego, ni en nada afín a los griegos, y ni siquiera bárbaro de un país respetable, sino un apartado macedonio de un país que ni siquiera nos da un esclavo decoroso", y así sucesivamente. Sabemos, como verdad demostrada, que los macedonios eran arios muy íntimamente afines de los

griegos, y que Filipo fué, probablemente, el hombre que tuvo más esmerada educación en su tiempo. Con aquel espíritu se escribían los informes adversos acerca de él.

Cuando Filipo llegó a ser rey de Macedonia en 359 antes de J. C., su país era un territorio pequeño, sin un puerto de mar, ni industrias, ni ciudad ninguna considerable. Tenía una población aldeana, casi griega por su lenguaje y pronta a la simpatía para con los griegos, pero de sangre más puramente nórdica que los otros pueblos establecidos más al Sur. Filipo convirtió en un gran Estado aquel pequeño Estado bárbaro; creó la más eficaz organización militar que el mundo viera hasta entonces, y al tiempo de su muerte había congregado en una confederación a la mayor parte de Grecia, bajo su jefatura. Y sus extraordinarias cualidades, la fuerza de su pensamiento que se aventajaba sobre las ideas entonces corrientes, muéstrase no sólo en aquello, sino también en el cuidado con que educó a su hijo para que llevara adelante la política por él creada. Es uno de los pocos monarcas que en la historia se han preocupado por su sucesor. Alejandro fué, como pocos monarcas jamás lo han sido, un rey educado para rey; se le preparó para el imperio. Aristóteles no fué más que uno de los hábiles maestros que le escogió su padre. Filipo le confió su política, entregándole mando y autoridad cuando sólo contaba diez y seis años. En Queronea, ante los ojos de su padre, mandaba la caballería. Se le crió en el poder, generosamente y sin suspicacias.



Filipo de Macedonia

MEDALLA DE ORO, DE TARSO

Para todo el que lee con cuidado su vida es evidente que Alejandro comenzó con un equipo de ejercicios e ideas nunca igualadas en valor. Conforme fué alejándose de la sabiduría de su educación, fué empezando a equivocarse y conducirse mal, a veces con insensatez peligrosa. Los defectos de su carácter habían triunfado de su educación mucho antes de que muriera.

Filipo era un rey del modelo antiguo, un jefe rey, el primero



entre sus iguales, según el viejo tipo ario nórdico. El ejército que encontró en Macedonia estaba formado por una leva general de infantería y una noble orden ecuestre llamada de los "compañeros". Los súbditos eran labradores y cazadores, ebrios por costumbre, pero afectos a la disciplina y buenos para el combate. Y si el pueblo era sencillo, el gobierno era inteligente y avisado. Durante varias generaciones el lenguaje cortesano fué el griego ático (ateniense), y la corte era lo suficientemente civilizada para dar asilo y mantenimiento a grandes hombres como Eurípides, que murió en 406 antes de J. C., y al artista Zeuxis. Además, Filipo, antes de subir al trono, pasó algunos años como rehén en Grecia, adquiriendo una educación como la mejor que podía dar Grecia por aquel entonces. Erale, pues, familiar en extremo la que llamaremos idea de Isócrates, la idea de una gran unión de los Estados

griegos de Europa para dominar el mundo oriental; y sabía, también, cuán incapaz era la democracia ateniense, a causa de su constitución y de sus tradiciones, para aprovecharse de la oportunidad que se le presentaba, oportunidad que hubiera tenido que estar compartida. Para los atenienses o los espartanos aquello significaba dejar el paso libre a un "montón de extranjeros" hasta las ventajas de la ciudadanía. Significaba rebajarse a un nivel de igualdad con los macedonios, pueblo del que "nosotros no podemos sacar ni un esclavo decoroso".

No había medio de asegurar la unanimidad de los griegos en la empresa trazada, como no fuese por medio de una acción política revolucionaria. No era el amor a la paz lo que apartaba a los griegos de tal aventura: eran sus divisiones políticas. Los recursos de los diversos estados habíanse agotado en una serie de guerras sanguinarias, que surgían con los más nimios pretextos y eran alentadas por los vientos de la oratoria. El hecho de que los focenses araran unos terrenos sagrados en las cercanías de Delfos dió, por ejemplo, motivo a una cruenta guerra religiosa.

Filipo consagró los primeros años de su reinado al establecimiento de la disciplina en su ejército. Hasta entonces casi todas las batallas del mundo se habían librado entre infantes formados. En los más antiguos relieves sumerios vemos a unos lanceros en apretada fila constituir el centro del combate, tal como lo hacían los zulús en el siglo XIX; las tropas griegas de Filipo peleaban aún en la misma forma; la falange tebana era una masa de infantes con lanzas, en que las filas traseras presentaban sus más largas picas por entre los hombres del frente. Esta formación prosperó mientras nada más disciplinado se le opuso. Claro está que unos arqueros a caballo podían ocasionar considerables pérdidas a semejante masa de hombres, y en efecto, cuando empezó a utilizarse el caballo para la guerra, los jinetes aparecieron a uno y otro lado como accesorios de aquel frente principal. Ha de tener presente el lector que el caballo no tuvo empleo efectivo en las guerras occidentales hasta que surgieron los asirios, y aun entonces como animal de tiro. Los carros alanceaban las masas de infantería y trataba de romperlas, consiguiéndolo si la disciplina de aquéllas no era muy sólida. La lucha homérica es lucha de carros. Hasta los últimos mil años antes de J. C. no se empieza a emplear tropa montada que tome parte en una batalla, a no ser los conductores de los carros. Al principio parece ser que combatieron cada cual por su parte, sin otro objeto que la proeza personal. Así los lidios en sus combates contra Ciro. Parece ser que Filipo fué quien imaginó las cargas de caballería, ejercitando a sus "compañeros" para cargar en masa. Y reforzó también su falange dando a la fila trasera picas más largas que las usadas

entonces, y haciendo así la masa más profunda. La falange macedónica no fué sino una versión más sólida de la falange tebana. Ninguna de estas masas de infantería era lo suficientemente flexible para resistir un ataque por el flanco o por la retaguardia. Tenían escasísimo poder para maniobrar. Las victorias de Filipo y las de Alejandro siguieron, pues, con variaciones un esquema general de cooperación entre las dos armas. La falange avanzaba en el centro, y atacaba al grueso del enemigo; en una o en otra ala las cargas de caballería barrían a los jinetes enemigos y luego giraban sobre el flanco o la espalda de la falange enemiga, cuyo frente atacaba ya la falange macedónica. Así era deshecho y exterminado el grueso del ejército enemigo. Conforme fué creciendo la experiencia militar de Alejandro, adoptó en el campo el empleo de catapultas, grandes artefactos para lanzar piedras y quebrantar la infantería enemiga. Anteriormente las catapultas sólo se habían usado en los sitios de ciudades, y nunca en las batallas. Fué el que inventó la preparación por la artillería".

Con el arma del nuevo ejército entre las manos, Filipo volvió primero su atención hacia el Norte de Macedonia. Llevó a cabo expediciones a Iliria y llegó nada menos que hasta el Danubio; extendió asimismo su poder por la costa hasta el Helesponto. Se aseguró la posesión de un puerto, Anfípolis, y de unas minas de oro cercanas. Después de varias expediciones tracias se volvió formalmente hacia el Sur. Hizo suya la causa del anficcionado délfico en contra de los focenses sacrílegos, presentándose así como campeón de la religión helénica.

Existía un fuerte partido griego, hay que tenerlo presente, un partido pan-helénico, a favor de la supremacía griega en manos de Filipo. El principal escritor de esta tendencia era Isócrates. En Atenas, por otra parte, estaban la cabeza y el frente de oposición contra Filipo, y Atenas mostraba abiertas simpatías por Persia, llegando hasta a enviar emisarios al gran Rey para darle aviso del riesgo que había para él en una Grecia unitaria. No han de referirse aquí las alternativas de doce años. En 338 antes de J. C. llegó a términos decisivos la prolongada lucha entre los partidos de la división y los del pan-helenismo, y en la batalla de Queronea, Filipo infligió una cruel derrota a Atenas y sus aliados. Dió la paz a Atenas en condiciones de asombrosa generosidad, mostrándose dispuesto y propicio a favorecer a la ciudad implacable; y en el año antes dicho, un congreso de Estados griegos le reconoció por general de una guerra contra Persia.

Tenía entonces cuarenta y siete años. Parecía que el mundo se postraba a sus pies. Había hecho de su reducido país el Estado dominante de una gran confederación greco-macedónica. Aquella unificación iba a ser el preludio de otra todavía más amplia: la

unificación del mundo occidental y el imperio persa en un Estado universal de todos los pueblos conocidos. ¿Quién dudará de que tuvo este sueño? Nos convencen de que así fué los escritos de Isócrates. ¿Quién negará que pudo haberlo realizado? Tenían esperanzas razonables de vivir, acaso, con un cuarto de siglo más de vida activa. En 336 antes de J. C., sus avanzadas pasaron a Asia...

Pero él no siguió al grueso de su ejército porque fué asesinado.

§ 2. *El asesinato del rey Filipo*

Necesario es ahora decir algo acerca de la vida doméstica del rey Filipo. Las vidas de Filipo y su hijo estuvieron dominadas por la personalidad de una inquieta y perversa mujer: Olimpiada, madre de Alejandro.

Era hija del rey de Epiro, país situado al Oeste de Macedonia y, como ésta, país semigriego. Conoció a Filipo, o se la pusieron en el camino, en cierta reunión religiosa, en Samotracia. Plutarco declara que el matrimonio fué de amor, y por los cargos que se dirigen contra Filipo parece que éste, como tantos hombres de energía e imaginación, era propenso a los impacientes impulsos amorosos. Se casó con ella cuando era ya rey, y Alejandro nació tres años más tarde.

No tardaron mucho Filipo y Olimpiada en sentirse amargamente extraños el uno al otro. Ella tenía celos de él, pero había otra fuente de disturbios más grave, que era su pasión por los misterios religiosos. Ya hemos advertido que, junto a la hermosa y reprimida religión nórdica de los griegos, abundaba el país en cultos religiosos más oscuros y antiguos, cultos aborígenes con iniciaciones secretas, celebraciones orgiásticas y a menudo con ritos obscenos y crueles. Estas religiones tenebrosas, practicadas por mujeres, campesinos y esclavos, dieron a Grecia sus cultos órficos, dionisíacos y demetrios, que se han mantenido agazapados en las tradiciones de Europa casi hasta nuestros días. La brujería de la Edad Media, con sus recursos de sangre de niños, despojos de criminales ejecutados y círculos mágicos, parece haber sido poco más que los rezagados vestigios de aquellas solemnidades que ellos celebraban. Olimpiada era expertísima y entusiasta en tales materias, y Plutarco asegura que consiguió mucha celebridad con el empleo de serpientes domesticadas para tan piadosos ejercicios. Aquellas sierpes invadían sus habitaciones domésticas, y no se sabe con claridad si a Filipo le exasperaron o le infundieron un pavor religioso. Las ocupaciones de su mujer hubieron de ser un serio inconveniente para Filipo, porque el pueblo macedonio esta-

ba todavía en esa etapa vigorosa del desarrollo social en que no se admira ni la religiosidad entusiasta ni a las esposas indomables.

La evidencia de una dura hostilidad entre la madre y el padre, se insinúa en muchos hechos menudos que relatan las historias. Ella sentía, evidentemente, celos por las conquistas de Filipo; aborrecía su renombre. Hay muchos indicios de que Olimpiada hizo cuanto pudo por soliviantar a su hijo contra el padre y atraerle por entero hacia sí. Perdura el dato (en la *Vida* de Plutarco) de que cuando llegaban noticias de una victoria de Filipo, la toma de una ciudad o el triunfo en una gran batalla, nunca pareció él muy regocijado al oírlas; por el contrario, tenía costumbre de decir a sus compañeros de juegos: "Mi padre se nos adelantará en todo, muchachos; no nos dejará, a vosotros y a mí, ninguna gran tarea por hacer..."

No es natural que un muchacho sienta envidia por su padre, como en esto se ve, sin que alguien se lo haya inspirado. Sus palabras suenan como un eco.

Ya hemos indicado cuán manifiestos aparecen los planes de Filipo con respecto a la sucesión de Alejandro y cuánta era su avidez de poner en manos del hijo renombre y fuerza. Pensaba él en la estructura política que iba edificando, pero la madre pensaba en la gloria y en el orgullo de aquella maravillosa doña Olimpiada. Su odio al marido escondíase bajo la capa de la materna solicitud por el porvenir de su hijo. Cuando en 337 antes de J. C., Filipo, según costumbre entre los reyes de aquellos días, tomó una segunda mujer, que era natural de Macedonia, Cleopatra, "de quien estaba enamorado apasionadamente". Olimpiada suscitó muchos disturbios.

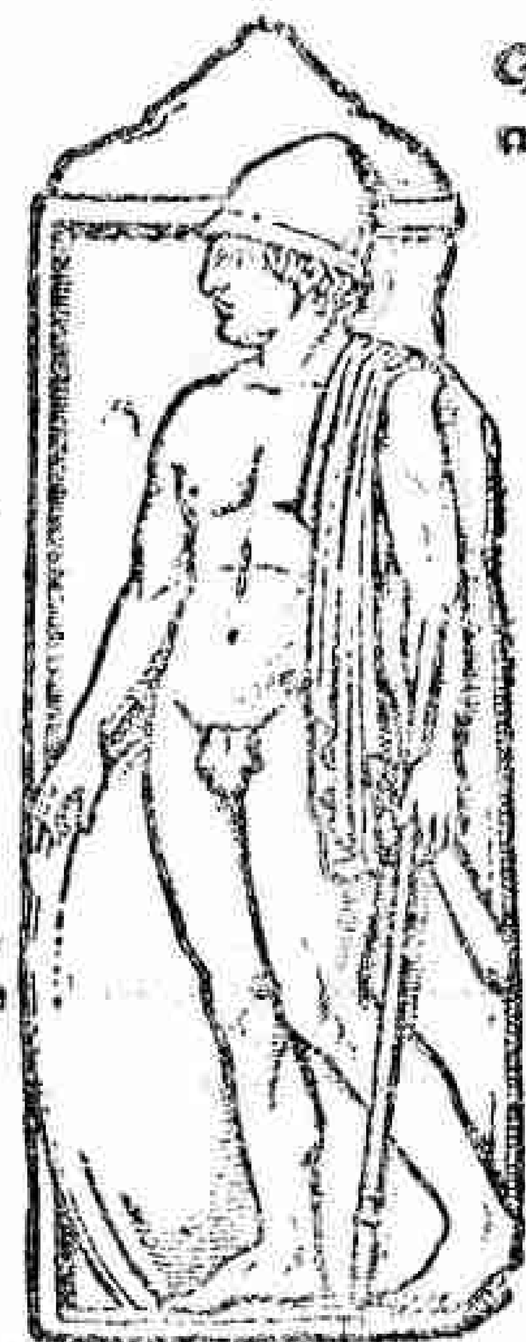
Habla Plutarco de la escena lamentable que ocurrió en las bodas de Filipo con Cleopatra. Se bebió mucho vino en el banquete, y Átalo, padre de la desposada, "desvanecido por el licor", hizo evidente la hostilidad general contra Olimpiada y el Epiro, diciendo que esperaba un hijo del nuevo matrimonio para que hubiese un heredero de verdadera estirpe macedonia. Al oírlo, Alejandro, irguiéndose ante tal insulto, gritó: "Pues yo ¿qué soy entonces?", y lanzó su copa sobre Átalo. Filipo, encolerizado, se puso de pie y, según Plutarco, sacó la espada; pero dió un traspiés y cayó. Alejandro ciego de rabia y de celos, se irguió contra su padre, insultándole.

"Macedonios", dijo. "¡He aquí el general que ha de ir de Europa a Asia! ¡Si no puede ir de una mesa a otra!"

¡Cuán viva parece aún la escena, con la caída, las caras llenas de sonrojo, la colérica voz del mancebo! Al otro día fuése Alejandro con su madre, sin que Filipo hiciera nada para retenerle.

Olimpíada se retiró a su casa paterna de Epiro; Alejandro se fué a Iliria. Luego, Filipo le persuadió a que volviera.

Nuevas turbulencias surgieron. Alejandro tenía un hermano débil de inteligencia, Arideo, a quien solicitaba por yerno el gobernador persa de Caria. "Los amigos de Alejandro y su madre le fueron con hablillas enteramente desprovistas de fundamento, diciéndole que, con tan noble matrimonio y la ayuda consiguiente que le prestaría, Filipo tenía propósito de dar la corona a Arideo. Alejandro, molesto con tales sospechas, envió a Caria por su parte a Tésalo, comediante, para que propusiera al magnate que dejando de lado a Arideo, hijo de lecho espurio, y deficiente en cuanto a inteligencia, tomase por aliado al legítimo heredero de la corona. Pixodaro mostróse infinitamente más complacido con esta proposición. Mas apenas tuvo noticia de ella Filipo, se fué a la habitación de Alejandro llevando consigo a Filotas, hijo de Parmenio, uno de sus amigos y compañeros más íntimos, y en presencia de éste, le echó en cara su ruindad y mezquindad de ánimo, al pensar en darse por yerno a un cario, esclavo de un rey bárbaro. A la vez escribió a los corintios insistiendo en que le enviaran a Tésalo, cargado de cadenas. Harpalo y Nearco, Frigio y Ptolomeo, compañeros del príncipe, fueron desterrados. Pero Alejandro los llamó más tarde, y les otorgó muchas distinciones.


Guerrero macedonio.
Bajo-relieve de Pella

Hay algo verdaderamente conmovedor en esta historia de un padre que disputa con el hijo a quien tiene amor manifiesto y se halla desconcertado ante la urdimbre de sugestiones mezquinas que se han deslizado en la imaginación del mozo.

Filipo fué apuñalado en las bodas de su hija con un tío de ella, el rey de Epiro, hermano de Olimpíada, sin armas, vestido de blanco, y uno de su guardia personal le hirió. Al traidor le esperaba un caballo, y hubiera podido escapar a no haberse enganchado una pata de su cabalgadura en una viña silvestre, lo que hizo que fuera derribado de la silla y muerto por sus perseguidores...

Así, a los veinte años de edad se le quitaron a Alejandro sus aprensiones relativas a la sucesión y se encontró rey de Macedonia.

Olimpíada reapareció entonces en el reino, como mujer soberbiamente vengada. Se dice que tuvo empeño en rendir los mismos honores fúnebres a la memoria del asesino que a la de Filipo. En Grecia causó gran regocijo el suceso que ofrecía tan buenos augurios, y Demóstenes, cuando supo la noticia, aunque sólo habían pasado siete días desde la muerte de su hija, asistió con alegres vestiduras a la asamblea pública de Atenas, con una guirnalda.

Instigara o no Olimpíada al asesino de su esposo, la historia no tiene dudas acerca del trato que dió a Cleopatra, suplantadora suya. En cuanto vió ausente a Alejandro —y la rebelión de los montañeses del Norte solicitó su atención en seguida—, el hijo recién nacido de Cleopatra fué muerto en brazos de su madre, y Cleopatra —sin duda por oponer resistencia— estrangulada. Tales excesos de sentimiento femenil hubieron de desazonar a Alejandro, pero no le impidieron dejar a su madre en Macedonia, en posición de gran autoridad. Ella le escribió cartas acerca de asuntos religiosos y políticos, y él se le mostró sumiso, enviándole siempre una parte pingüe del botín que le correspondía.

§ 3. *Primeras conquistas de Alejandro*

Hemos entrado en estos pormenores porque sin ellos no es posible entender la historia. Todo aquel gran mundo comprendido entre la India y el Adriático estaba presto para la unión, listo como nunca hasta entonces lo estuvo para una dirección unificadora. El imperio persa, amplio sistema organizado, con sus carreteras, sus correos, su paz y prosperidad generales, maduro para la influencia fertilizadora del espíritu griego. Y los hechos relatados explican las cualidades de los seres humanos que tenían a su alcance tan única oportunidad. Este era Filipo, hombre grande y noble, y con todo, borracho e incapaz de poner orden en su casa. Este era Alejandro, con dotes, en muchos aspectos, superiores a las de todos sus contemporáneos, y, con ello, engreído, suspicaz y apasionado, con un entendimiento torcido por obra materna.

Empezamos, pues, a darnos alguna cuenta de lo que hubiera podido ser aquel mundo, de lo que hubiera podido llevar a cabo nuestra raza, a no ser por la tosquedad en que estaban sumidos aún los hombres. Median unas setenta generaciones, sobre poco más o menos, entre nosotros y Alejandro; y entre nosotros y los cazadores salvajes antepasados nuestros, que asaban su alimento en las brasas o se lo comían crudo, median unas cuatrocientas o quinientas generaciones. No hay mucho espacio en cuatrocientas o quinientas

generaciones para que una especie se modifique. Cuando al hombre o a la mujer les entran los celos o el temor les sobrecoge la bebida o la cólera, vuelven a relucir hoy ante nosotros las ardientes miradas rojas del ser cavernario. Conocemos el arte de escribir y el de enseñar, la ciencia y la fuerza; hemos domesticado animales y adiestrado al rayo mismo; pero todavía nos encaminamos vacilantes, hacia la luz. Hemos domesticado y enseñado a los animales, mas aún tenemos que domesticarnos y enseñarnos a nosotros mismos.

Desde los primeros días de su reinado los hechos de Alejandro pusieron de manifiesto hasta qué punto había llegado a asimilarse los proyectos de su padre y cuán grande era su habilidad propia. Para indicar la carrera de su vida se requiere un mapa del mundo entonces conocido. Primeramente, después de asegurarse en Grecia de que se le reconocía por capitán general del ejército griego, se encaminó, por la Tracia, hasta el Danubio; cruzó el río e incendió un pueblo, siendo así el segundo gran monarca que hizo incursión en el país de los escitas, más allá del Danubio; volvió a cruzarlo y, encaminándose hacia el Oeste, bajó por Iliria. Habíase rebelado entonces la ciudad de Tebas y su rebelión amenazaba descargar sobre Grecia el primer golpe. Tebas —sin el apoyo de Atenas— fué tomada y saqueada; recibió trato de rara violencia: todos sus edificios, salvo el templo y la casa de Píndaro, el poeta, fueron arrasados y vendidos como esclavos treinta mil hombres. Grecia se quedó aturdida y Alejandro se vió libre para emprender la campaña persa.

Con la destrucción de Tebas, reveló el nuevo amo de los humanos destinos una vena de violencia. Era un golpe demasiado duro; una acción bárbara. Si mató el espíritu de rebeldía, mató también el espíritu de socorro. Los Estados griegos se quedaron inertes, sin mostrarse inquietos ni deseosos de prestar su ayuda. No se manifestaban propicios a ofrecer a Alejandro el apoyo de su flota, circunstancia que hubo de causarle sumas dificultades.

A propósito de la matanza de Tebas, algo cuenta Plutarco que, en su intención, redunda en favor de Alejandro, pero que, a la verdad, sólo muestra el conflicto entre lo sano y lo extravagante de su naturaleza. Habla de un oficial macedonio y de una dama tebana. El oficial iba entre los saqueadores y, entrando en casa de ella, la llenó de injurias e insultos inauditos, y luego le preguntó si tenía escondidos oro o plata. Díjole ella que todos los tesoros habían sido arrojados al pozo, le condujo hasta allí y, cuando él se inclinaba a mirar, le empujó súbitamente y acabó de matarle echándole gruesas piedras encima. Sorprendieron la escena algunos soldados aliados y llevaron a la mujer ante Alejandro para que la juzgara.

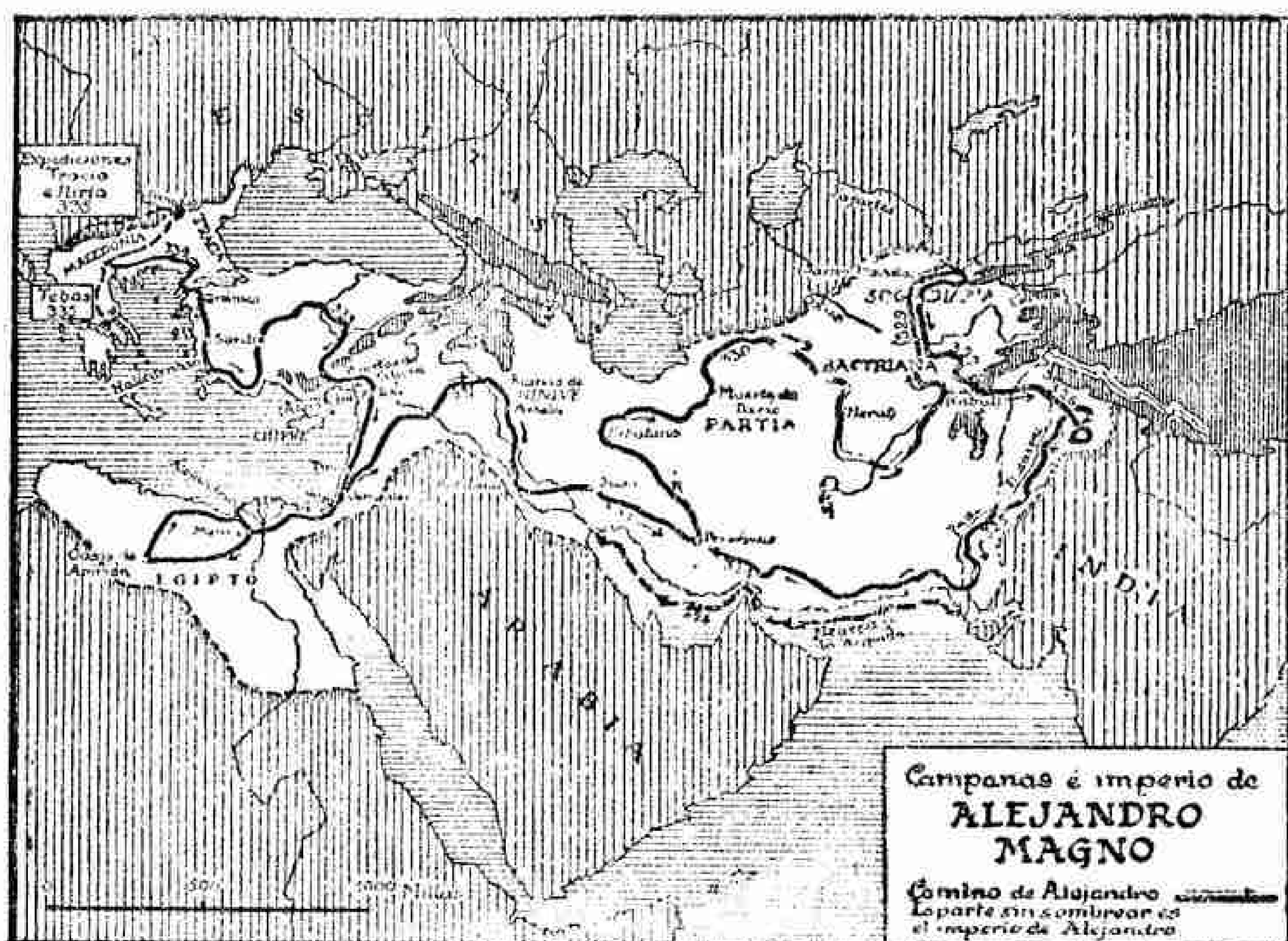
Ella le afrentó. Ya iba desvaneciéndose el insensato impulso que le hizo dar la orden de exterminio, y no sólo la respetó, sino que mandó que se le devolvieran su familia y sus propiedades. A esto llama Plutarco generosidad; pero es cosa harto más complicada. Alejandro, era el que ultrajaba, saqueaba y esclavizaba a Tebas entera. Aquel pobre macedonio, arrojado al pozo, no hacía sino lo que se le mandó que hiciera con toda libertad. ¿Puede el que manda dar primero órdenes crueles y luego perdonar y premiar al que da muerte a los que han sido instrumentos suyos? Ese destello de remordimiento ante las instancias de una mujer, no desprovista acaso de dignidad y belleza, es una mezquina compensación junto al exterminio de una gran ciudad.

En Alejandro mezclábase la insensatez de Olimpíada con el buen juicio de Filipo y las enseñanzas de Aristóteles. Lo de Tebas dejó turbio sedimento en la mente de Alejandro. Cuando más adelante se encontraba con alguno de aquella ciudad, ponía empeño en mostrarle especial favor. Tebas fué una obsesión para su buen nombre.

Mas no salvó el recuerdo de Tebas a otras tres grandes ciudades de ramos de furor análogos: Alejandro destruyó a Tiro, a Gaza y a una ciudad de la India, en el asalto de la cual fué derribado en buena lid y herido; y de esta última ciudad ni un alma, ni un niño, escaparon. Mucho temor debió de pasar, cuando tomó tan cruel desquite.

Al comienzo de la campaña los persas tuvieron la suprema ventaja de ser virtualmente dueños del mar. Los barcos de los atenienses y de sus aliados estaban en ocio inútil. Alejandro, para entrar en Asia, tenía que dar la vuelta al Helesponto; y si avanzaba mucho ya dentro del imperio persa, corría peligro de perder toda comunicación con su base. Su primer empeño, pues, se cifró en desbaratar el poder marítimo del enemigo, lo cual pudo conseguir únicamente siguiendo la costa del Asia Menor y apoderándose de los puertos, uno tras otro, hasta destruir las bases marítimas persas. Si éstos hubieran evitado batallas y cargado sobre sus largas líneas de comunicaciones, probablemente le hubieran aniquilado; pero no lo hicieron así. Un ejército persa no mucho mayor que el suyo le presentó batalla a orillas del Gránico (334 antes de J. C.) y quedó destruido. Esto le puso en disposición de tomar a Sardis, a Efeso, a Mileto y, después de fuerte lucha, a Halicarnaso. Entretanto la escuadra persa estaba situada a su flanco derecho, entre él y Grecia, muy amenazadora, pero sin causar daño alguno.

En 333 antes de J. C., prosiguiendo su ataque a las bases marítimas, bajó por la costa nada menos que hasta el golfo llamado hoy de Alejandreta. Un fuerte ejército persa, mandado por el gran rey Darío III, estaba próximo a su línea de avance, sepa-



rado de la costa por las montañas, y Alejandro se tropezó con las fuerzas enemigas, sin que ni él ni los persas se hubiesen dado cuenta de su proximidad. La descubierta se hacía muy mal, evidentemente, tanto por los unos como por los otros. El ejército persa era una masa de soldados ingente, mal organizada, con transportes, impedimenta, etcétera. Darío, por ejemplo, llevaba consigo su harén, con gran muchedumbre de esclavos del harén, músicos, bailarines y cocineros. De los dignatarios más importantes, muchos tenían consigo también a sus familias para que presenciaran la caza de los invasores macedonios. Las tropas habían sido reclutadas en todas las provincias del imperio; no tenían tradición ni nociones de acción combinada. Obsesionado por la idea de copar a Alejandro, separándole de Grecia, Darío movió a toda aquella muchedumbre llevándola por las montañas hasta el mar; tuvo la suerte de salvar sin oposición los desfiladeros y acampó en la llanura de Iso, entre las montañas y la costa. Allí le atacó Alejandro, que había vuelto en busca de combate. Cargó la caballería, y la falange destrozó aquel gran ejército quebradizo, como una piedra hace pedazos una botella, desbaratándolo. Darío abandonó su carro de guerra —artefacto ya pasado de moda— y huyó a caballo, dejando en poder de Alejandro hasta su harén.

Todos los relatos concernientes a Alejandro nos lo muestran, después de esta batalla, en su mejor aspecto: sobrio y magnánimo. Trató con la mayor cortesía a las princesas persas, y no perdió la cabeza; sino que prosiguió inmediatamente su plan. Dejó escapar a Darío, sin perseguirle, y mientras se refugiaba en Siria, continuó él su marcha sobre las bases navales persas, es decir, sobre los puertos fenicios de Tiro y Sidón.

Sidón se le rindió; Tiro le opuso resistencia.

Aquí, mejor que en parte alguna, se nos declaran como evidentes las grandes dotes militares de Alejandro. El ejército era creación de su padre; pero Filipo jamás brilló como sitiador de ciudades. Cuando Alejandro era un mozo de diez y seis años, vió que la ciudad fortificada de Bizancio, sobre el Bósforo, rechazaba a su padre. Ahora se encontraba él frente a frente con una ciudad inviolada, que supo resistir un asedio tras otro, y que se defendió por espacio de catorce años contra Nabucodonosor el Grande. En la resistencia de un asedio, los pueblos semíticos se llevan la palma. Tiro formaba entonces una isla, como a media milla de la costa, y su escuadra estaba intacta. Por otra parte, Alejandro había aprendido ya mucho desde que sitió la ciudadela de Halicarnaso; llevaba consigo un grupo de ingenieros de Chipre y Fenicia, tenía de su lado la escuadra de Sidón y pronto el rey de Chipre acudió en su ayuda con ciento veinte naves, lo que le dió el dominio del mar. Y, además, Cartago la grande, ya confiada en la fuerza de la ciudad madre, ya desleal para con ella, y ocupada con una guerra en Sicilia, no fué en socorro de Tiro.

La primera medida de Alejandro fué la construcción de un muelle desde el continente a la isla, dique aún hoy existente; y en él plantó sus torres y arietes cuando estuvo cerca de las murallas de Tiro. También ancló frente a las murallas barcos en que erigió torres y arietes. Los tirios mandaron brulotes contra la flotilla e hicieron salidas desde sus dos puertos. En una acometida por sorpresa que intentaron contra las naves chipriotas, fueron ellos los sorprendidos y maltrechos; tuvieron muchos navíos quebrados y se les cogió una fuerte galera de cinco bancos de remeros y otra de cuatro. Abrióse, por fin, brecha en las murallas, y los macedonios, trepando por los escombros, desde sus barcos, asaltaron la ciudad.

Siete meses había durado el sitio. Gaza resistió aún otros dos. En ambos casos hubo matanzas, saqueo de la ciudad y venta de supervivientes como esclavos. Luego, a fines de 322 antes de J. C., Alejandro penetró en Egipto, ya asegurado el dominio del mar. Grecia, que durante todo aquel tiempo había estado tramando su política, decidió, por fin, ponerse del lado de Alejandro, y el Consejo de los Estados griegos de Corinto votó para su "ca-

pitán general" una corona triunfal de oro. De allí en adelante los griegos mostráronse unidos a los macedonios.

También los egipcios se unieron a los macedonios. Pero desde el principio se habían manifestado en favor de Alejandro. Habían estado sometidos al yugo persa durante unos 200 años, y la llegada de Alejandro sólo significaba para ellos un cambio de amo; en resumidas cuentas, un cambio para mejorar. El país se entregó sin que tuviera que dar un solo golpe. Alejandro mostróse en extremo respetuoso para con su religión. No desenvolvió momias, como había hecho Cambises: no se tomó libertad ninguna con Apis, el toro sagrado de Menfis. En Egipto encontró Alejandro, en templos más vastos y en mayor escala, muestras de una religiosidad misteriosa e irracional que le traían el recuerdo de los secretos y misterios practicados por su madre, que tanto le impresionaron en la niñez. Cuatro meses pasó en Egipto, coqueteando con las emociones religiosas.

Hemos de tener presente que era todavía muy joven y la división que dentro de él reinaba. El sólido juicio que heredó de su padre le hizo gran soldado: las enseñanzas de Aristóteles habíanle dado cierto concepto científico del mundo. Había destruído a Tiro; en Egipto, en una de las bocas del Nilo, fundó una nueva ciudad, Alejandría, que sustituyera a aquel antiguo centro mercantil. Al Norte de Tiro, próximo al Iceso, fundó un segundo puerto, el de Alejandreta. Ambas ciudades florecen todavía hoy, y hubo un tiempo en que Alejandría era, quizá, la ciudad mayor del mundo. Escogió, pues, con gran tino los emplazamientos. Mas Alejandro tenía también la imaginación emotiva inestable materna, y al lado de su labor creadora, condescendió con las aventuras religiosas. Los dioses de Egipto se apoderaron de su mente. Hizo 400 millas de viaje, hasta el oasis remoto en que estaba el oráculo de Ammón. Quería esclarecer ciertas dudas acerca de su verdadera filiación. Con respecto a ella habían calentado la imaginación su madre, con alusiones y vagos indicios de un profundo misterio. ¿Era, en realidad, su padre un ser humano tan vulgar como Filipo de Macedonia?

Desde 400 años atrás Egipto era un país políticamente despreciable, dominado ya por los etiopes, ya por los asirios, ya por los babilonios, ya por los persas. A medida que las indignidades presentes hiciéronse cada vez más desagradables de contemplar, lo pasado y el otro mundo fueron apareciéndose más espléndidos a los ojos de los egipcios. Las enconadas humillaciones de los pueblos suelen suscitar arrogantes propagandas religiosas. Los vejados dicen a los triunfadores: "Ante los ojos de los dioses verdaderos, nada existe". Así, el hijo de Filipo de Macedonia, el amo y general de Grecia, estaba destinado a sentirse pequeño en aquellos templos gigantes. Tenía una cantidad extraordinaria de la ordinaria ambición juvenil capaz de impresionar a todos. ¡Cuán grato, pues, para él, su descubrimiento de que no era tan sólo un mortal afortunado, uno de aquellos hombres vulgares de Grecia, sino, antiguo y divino, hijo de un dios, el Faraón dios, hijo de Ammón Ra!

Ya en un capítulo anterior describimos la entrevista en el templo desierto.

El mancebo no se convenció al pronto. Su convicción vino por grados; tuvo fases de juicio en que todo aquello le parecía casi una burla. En presencia de macedonios y griegos ponía en duda su divinidad. Cuando retumbaban los truenos, el salaz Aristarco le preguntaba: "¿Puedes hacer algo semejante, oh hijo de Zeus?" Pero la idea insensata se había elevado ya en su cerebro y allí estaba pronta a inflamarse con el vino o la adulación.

A la primavera siguiente (331 antes de J. C.) volvióse a Tiro, y de allí se encaminó a Asiria, dejando a su derecha el desierto sirio. Encontró, cerca de las ruinas de la olvidada Nínive, un gran ejército persa, que se había formado después de la batalla de Iceso y le esperaba. Era otro enorme cúmulo de contingentes, y basaba lo más importante de su fuerza en un arma anticuada, el carro de guerra. De ellos tenía Darío 200, y en cada uno iban escitas junto a las ruedas, en la vara y en el carro mismo. Parece ser que cada carro tenía cuatro caballos, y es natural pensar que si uno de ellos caía herido de dardo o flecha, el carro quedaba inútil. Contra la infantería dispersa o contra una muchedumbre de luchadores sueltos, tales vehículos pueden ser formidables; pero Darío inició la batalla dirigiéndolos contra la caballería y contra la infantería ligera. Pocos llegaron a la meta, y de los que llegaron se dió cuenta en seguida. Hubo algunas maniobras de posición. Los aguerridos macedonios moviéronse oblicuamente con relación al frente persa en buen orden; los persas, siguiendo aquel movimiento por el flanco, dejaron brechas en su orden de batalla, y de repente la caballería macedonia, en una carga, ocupó uno de aquellos intervalos y cayó sobre el centro de la hueste persa. La infantería siguió detrás. El centro y la izquierda persas se replegaron. Por algunos momentos la caballería ligera de la derecha persa le ganó terreno a la izquierda de Alejandro, pero sólo para ser destrozada por la caballería de Tesalia, que ya entonces había llegado casi a igualar a su modelo la de Macedonia. Las fuerzas de Darío nada tenían ya de ejército. Disolviéronse en una vasta muchedumbre de fugitivos que corría, entre grandes nubes de polvo y sin rehacerse ni siquiera una vez, por la ardorosa llanura en dirección de Arbela. Entre el polvo y la multitud fugitiva cabalgaban los vencedores, matando sin tregua, hasta que la oscuridad puso fin a la matanza. Darío ordenó la retirada.

Tal fué la batalla de Arbela. Se riñó el 1 de octubre de 331 antes de J. C. Sabemos tan exactamente la fecha, porque se ha conservado noticia de que once días antes de que empezara, los adivinos de una y otra parte habían estado atareadísimos con un eclipse de luna. Darío huyó hacia el Norte, al país de los medas. Alejandro marchó sobre Babilonia. La antigua ciudad de Hammurabi (que reinó en ella 1.700 años antes), y de Nabucodonosor el Grande, y Nabonido, contrariamente a Nínive, era todavía un centro próspero e importante. Como a los egipcios, a los babilonios no les afectaba grandemente un cambio de dominio, de Persia a Macedonia. El templo de Bel-Marduk estaba en ruinas, convertido en cantera, pero aún persistía la tradición de los sacerdotes caldeos, y Alejandro prometió restaurar el edificio. Luego marchó sobre Susa, ciudad principal un tiempo de los desaparecidos y olvidados elamitas, y a la sazón capital persa. Pasó luego a Persépolis, en donde, como episodio culminante de una orgía, incendió el gran palacio del rey de reyes. Luego declaró que aquello era el desquite del incendio de Atenas por Jerjes.

§ 4. *Expediciones de Alejandro*

Empieza aquí una nueva fase en la historia de Alejandro. En los siete años que siguieron recorrió con un ejército principalmente de macedonios el Norte y el Oriente del mundo hasta entonces conocido. Primero, en persecución de Darío; después... ¿Fué acaso un reconocimiento sistemático del mundo que quería consolidar en una gran entidad, o un empeño quimérico? Sus mismos soldados, sus propios íntimos, pensaron esto último, y por fin detuvieron su marcha ya traspuesto el Indo. En el mapa más bien parece un empeño quimérico: algo que carece de propósito y a ninguna parte conduce.

La persecución de Darío III tuvo pronto su final lamentable. Después de la batalla de Arbela sus propios generales parece ser que se rebelaron contra su debilidad e ineptitud; haciéndole prisionero, se lo llevaron consigo, a pesar de sus deseos de confiarse a la generosidad del vencedor. Besso, el sátrapa de Bactria, fué nombrado jefe. Todo pasó en un acoso encendido y excitante de la caravana vagabunda que llevaba cautivo al rey de reyes. Un amanecer, después de haberle perseguido toda la noche, se le divisó a lo lejos. La huida se convirtió en fuga precipitada. Bagajes, mujeres, todo lo abandonaron Besso y sus capitanes; y también se dejaron atrás otra impedimenta. A orillas de un estanque muy alejado de la carretera, un soldado macedonio encontró de allí a poco un carro de mulas abandonado, con su tiro aún entre varas. Dentro estaba Darío, veinte veces apuñalado, desangrándose y moribundo. Habíase negado a seguir a Besso y a montar el caballo que se le traía; entonces sus capitanes le acometieron con sus lanzas y le abandonaron. Pidió de beber a los que le capturaban, y no se sabe qué más les diría. Los historiadores han creído oportuno el fabricarle un discurso fúnebre totalmente inverosímil. Lo probable es que dijera muy poco...

Cuando, a poco de amanecer, llegó Alejandro, ya Darío estaba muerto...

Para un historiador del mundo las andanzas de Alejandro tienen un interés propio, a más de la luz que arrojen sobre su carácter. Así como la campaña de Darío I descorrió la cortina detrás de Grecia y de Macedonia para dejarnos ver algo del callado fondo que más allá surgía, el de las primitivas civilizaciones de que apenas se conservaba memoria, así las campañas de Alejandro nos condujeron a regiones acerca de las cuales no había ningún relato digno de crédito.

Descubrimos que no eran regiones desiertas, sino que en ellas se desarrollaba una plena existencia propia.

Siguió hasta las riberas del Caspio, de donde se encaminó, en dirección del Este, hacia lo que hoy se llama Turkestán Occidental. Fundó una ciudad llamada hoy Herat; de allí fué hacia el Norte, por Cabul y por la que hoy es Samarkanda, en derechura a las montañas del Turkestán Central. Torció luego hacia el Sur y bajó a la India por el desfiladero de Khyber. Riñó en el Alto Indo una batalla con un rey muy alto y caballeresco, Poro, en la cual encontróse la infantería macedonia con una línea de elefantes y la derrotó. Es posible que hubiera seguido, cruzando desiertos, hasta el valle del Ganges; pero sus tropas se negaron a avanzar más. Es posible que si ellas no se hubiesen negado, más pronto o más tarde llegara él hasta donde borrara de la historia el Oriente. Pero no tenía más remedio que retroceder. Construyó una escuadra y bajó hasta la embocadura del Indo. Allí dividió sus fuerzas. El grueso del ejército lo llevó por la costa desolada hasta el Golfo Pérsico; en el camino tuvo que pasar espantosos sufrimientos y perder muchos hombres, que murieron de sed. La escuadra le fué siguiendo por mar, y se reunió con él a la entrada del Golfo Pérsico. En el curso de este viaje, de seis años, riñó batallas, recibió la sumisión de muchos pueblos extraños y fundó ciudades. Vió el cadáver de Darío en junio de 330 antes de J. C., volvió a Susa en 324. Encontró el imperio en desorden: los sátrapas de las provincias levantaban ejércitos: Bactria y Media se sublevan, y Olimpíada hacía imposible el gobierno de Macedonia. Harpalo, tesorero real, se había fugado con cuanto pudo llevarse del real tesoro, y se encaminaba, sobornando a las gentes a su paso, hacia Grecia. Dícese que a Demóstenes fué a parar algún dinero de Harpalo.

Pero antes de que entremos en el capítulo final de la historia de Alejandro, digamos algo acerca de las regiones septentrionales por donde anduvo. Es evidente que desde la región del Danubio, atravesando el Sur de Rusia, atravesando el país situado al Norte del Caspio, atravesando las tierras situadas al Este del Caspio hasta las masas montañosas de la meseta del Pamir, y por el Este hasta la cuenca del Tarim, en el Turkestán Oriental, se extendía una serie de tribus bárbaras similares y de pueblos que tenían aproximadamente un mismo grado de cultura, arios de lengua los más y acaso nórdicos de raza. Tenían escasas ciudades, porque los más eran nómadas; a veces se asentaban temporalmente para cultivar la tierra. Iban ya mezclándose, ciertamente, en el Asia Central, con tribus mongólicas; pero éstas no eran allí las dominantes.

Durante los 10.000 años últimos había venido verificándose en aquellos lugares del mundo un inmenso proceso de desecación y elevación de las tierras. Diez mil años antes existía, probablemente, una barrera continua de agua entre la cuenca del Obi y el mar Aral-Caspio. Conforme fué éste secándose y las tierras cenagosas volviéndose esteparias, los nómadas nórdicos del Oeste y los nómadas mongoles del Este se encontraron y cruzaron y el caballo de montar volvió al mundo de Occidente. Hay la evidencia de que aquella gran extensión de tierra fué convirtiéndose en zona de acumulación de pueblos bárbaros. Estaban unidos sin lazos muy fuertes a los lugares que ocupaban. Vivían en tiendas y carromatos, mejor que en casas. Un breve ciclo de años de abundancia y riqueza, o un alto en la guerra de tribus bajo el poder de un gobernante decidido, hubiera dado gran incremento a la población; luego hubieran sido bastantes dos o tres años duros para echar fuera a las tribus errantes en busca de sustento.

Desde antes del alborear de la historia escrita, aquella zona de acumulación humana entre el Danubio y la China había venido, y venía aún, derramando una lluvia de tribus en dirección del Sur y del Oeste. Era como una nube en que se acumulaban y de la que se precipitaban después los invasores. Ya hemos indicado cómo se derramaron hacia el Oeste los pueblos celtas, y cómo los italianos, los griegos y sus afines epirotas, macedonios y frigios, fueron hacia el Sur. Hemos hablado de los cimerios procedentes del Este como un súbito turbión de bárbaros a través del Asia Menor, del descenso hacia el Sur de los escitas, los medas y los persas, y del de los arios a la India. Cosa de un siglo antes de Alejandro hubo una nueva invasión aria en Italia, por un pueblo celta, el de los galos, que llegó a establecerse en el valle del Po. Aquellas diversas razas bajaron de su oscuridad septentrional hasta la luz de la historia; y, entretanto, más allá de la luz iban acumulándose en el depósito nuevas reservas. La marcha de Alejandro por el

Asia Central introduce nombres nuevos para nosotros en la historia: los partos, raza de arqueros montados que estaban llamados a desempeñar importante papel en la historia un siglo más tarde, y los bactrianos, que vivían en los arenales de donde es originario el camello. Por todas partes encontró, al parecer, hombres ariopar-lantes. Los mongoles bárbaros eran aún desconocidos en el Nordeste, y nadie imaginaba que pudiera haber aún otra gran nube de población más allá de los escitas y sus afines, en el Norte de China, que pronto iba a empezar a correrse hacia el Oeste y el Sur, mezclándose en su marcha con los escitas nórdicos y con todos los pueblos de hábitos afines que encontrara. Por entonces sólo China conocía a los hunos; no había turcos en el Turkestán occidental ni en ninguna parte, ni tártaros en todo el mundo.

Esta ojeada sobre la situación de las cosas en el Turkestán durante el siglo IV antes de J. C. es uno de los aspectos más interesantes de las correrías de Alejandro; otro es su incursión en el Punjab. Desde el punto de vista de un narrador de historia humana, cabe lamentar que no entrara en el país del Ganges y que, por consiguiente, no tengamos relatos independientes de escritores griegos acerca de la vida en la antigua Bengala. Pero hay una importante bibliografía en varias lenguas de la India referentes a la historia de aquel país y su vida social, que aun no se ha hecho accesible a los lectores europeos.

§ 5. *¿Fué Alejandro grande en verdad?*

Alejandro fué dueño indiscutido del imperio persa durante seis años. Tenía treinta y uno. En aquellos seis años, pocas innovaciones hizo. Conservó en su mayor parte la organización de las provincias persas, con sátrapas nuevos o manteniendo los antiguos; los caminos, los puertos, la organización del imperio, toda estaba tal como la dejara su más grande predecesor, Ciro; en Egipto no hizo más que sustituir por nuevos gobernadores provinciales a los que había; en la India derrotó a Poro, y después le dejó el poderío mismo que tenía, con la única diferencia de que en adelante se consideró a Poro como a sátrapa entre los griegos. Cierto que Alejandro había proyectado algunas ciudades, y que varias de ellas estaban llamadas a ser grandes ciudades; diez y siete fueron las Alejandrías que fundó (1); pero destruyó a Tiro, y con esto destruyó la seguridad de las rutas marítimas, principal salida occidental de Mesopotamia. Dicen los historiadores que llegó a helenizar el Oriente. Pero en aquellos tiempos, los griegos pululaban en

(1) Mahaffy. Sus nombres han sufrido diversos cambios; por ejemplo: Candahar (Iskender) y Secunderabad.

Babilonia y en Egipto; no fué él su causante, sino que contribuyó a la helenización. Durante algún tiempo, el mundo entero, desde el Adriático hasta el Indo, estuvo sujeto a un legislador; llegó, pues, a realizar los sueños de Isócrates y de Filipo, su padre. Pero ¿hasta qué punto podía hacer duradera y permanente la unión? ¿Hasta qué punto era algo más que un florecimiento brillante, pero transitorio, de su propia magnífica personalidad?



Alejandro

(Moneda de plata de Lisímaco 321-281 a. C.)

Alejandro lleva la cornamenta de carnero de Júpiter Ammón, su divino padre.

No construyó grandes carreteras ni estableció seguras comunicaciones marítimas. Sería inútil acusarle de haber desdeñado la educación, porque aún era idea extraña al entendimiento humano la de que los imperios han de cimentarse sobre la educación. Pero no formó en torno suyo un grupo de hombres de Estado; no pensó en sucesor ninguno; no llegó a crear tradición ninguna: sólo una leyenda personal. La idea de que el mundo tenía que continuar, después de Alejandro, dedicado a otros menesteres que a la discusión de su magnificencia, parece ser que no le cupo en el pensamiento. Era joven todavía, es verdad; pero Filipo, antes de los treinta y un años pensaba ya en la educación de Alejandro.

¿Fué, siquiera, Alejandro, estadista?

Algunos que han estudiado su obra nos aseguran que sí; que en Susa planeó un poderoso imperio universal, viéndolo no tan sólo como una conquista del mundo por Macedonia, sino como una fusión de tradiciones raciales. Una cosa hizo, de todos modos, que da colorido a esta idea: dió un gran festín de bodas en que él y noventa generales y amigos suyos se casaron con novias persas. Él tomó por esposa a un hija de Darío, aunque ya poseía mujer asiática en la persona de Roxana, hija del rey de Samarkanda. Aquellas bodas al por mayor fueron un festival espléndido, y a la vez todos sus soldados macedonios, en número de varios miles, recibieron regalos de boda. A esto se le llamó el desposorio de Europa y Asia; ambos

continentes iban a unirse, dijo Plutarco, "con vínculos legales y por la comunidad de progenie". Y luego empezó a adiestrar reclutas de Persia y del Norte, partos, bactrianos, etc., en las disciplinas peculiares de la falange y de la caballería. ¿Era aquél o asimilar Europa y Asia, o fué hacerse independiente de sus macedonios? Estos lo pensaron así, se amotinaron y sólo con dificultades logró él reducirlos a una actitud de arrepentimiento y hacerles participar de una fiesta común con los persas. Los historiadores han escrito a este propósito largos y elocuentes discursos; pero el caso es que licenció a sus macedonios sin dar indicio ninguno de sus propósitos acerca del modo en que podrían salir de Persia y volverse a su patria. Después de tres días de desaliento, sometiéronsele e imploraron perdón.

Aquí hay materia para discutir un poco. ¿Planeaba, en efecto, Alejandro, una fusión de razas, o se había enamorado de la pompa y divinidad de un monarca oriental, y ansiaba verse libre de los europeos, para quienes era tan sólo un jefe? Los escritores de su tiempo y los que vivieron cerca de aquel tiempo se inclinan por lo último. Hablan con insistencia de su inmensa vanidad. Relatan cómo empezó a usar vestiduras y tiara de monarca persa. "Primero sólo ante los bárbaros y en privado, pero después llegó a usarlas en público, cuando se dedicaba al despacho de los asuntos". Y muy pronto exigió de sus amigos que se le prosternaran como los orientales.

Una cosa parece demostrar esa sospecha de vanidad personal grandísima en Alejandro. Pintores y escultores hicieron su retrato a menudo y siempre se le representa como hermoso mancebo con rizos admirables que flotan en torno a una amplia frente. Antes de él los hombres llevaban casi siempre barba; mas Alejandro, enamorado de su propia gracia juvenil, no consintió en tal uso; a los treinta y dos años seguía fingiéndose mozo; se afeitaba, y estableció así una moda en Grecia e Italia que duró varios siglos.

En sus últimos años, se agrupan apretadamente sobre su memoria las anécdotas de violencia y vanidad. Dió oídos a las murmuraciones acerca de Filotas, hijo de Parmenio, uno de sus más fieles y adictos generales. Afirmábase que Filotas habíase atrevido a decir, ante una mujer a quien enamoraba, que Alejandro no era más que un chiquillo; que sin hombres como su padre y él nunca se hubiera conquistado a Persia, y cosas por este estilo. Cierto elemento de verdad había en tales aseveraciones. Llevada la mujer ante Alejandro, oyó éste su delación, y Filotas, acusado de conspirar, con pruebas muy insuficientes, fué torturado y ejecutado. Acordóse entonces Alejandro de Parmenio, cuyos otros dos hijos habían muerto por él en la guerra, y despachó rápidos emisarios, que asesinaron al viejo antes de que llegara a saber la muerte del hijo.

Parmenio había sido uno de los generales más adictos de Filipo; Parmenio fué quien llevó el ejército macedonio a Asia, antes del asesinato de aquel rey. No cabe apenas duda en cuanto a lo sustancial en esta historia, ni en cuanto a la ejecución de Calístenes, sobrino de Aristóteles, que se negó a tributar honores divinos a Alejandro, y "salió con más orgullo que si hubiese derribado una tiranía, mientras los jóvenes le seguían como al único hombre libre entre miles". Entre tantos incidentes tenemos la historia, verdaderamente reveladora, de aquella disputa de ebrios en que dió muerte a Clito. Habían estado el monarca y los suyos bebiendo recio, y la bebida hizo crecer el tono y la libertad de las palabras. Había mucha adulación al "dios joven", muchas detracciones para Filipo, y Alejandro sonreía con satisfacción ([2]). Su complacencia de borracho era más fuerte de lo que podían soportar los macedonios: su hermano de leche, Clito, se puso frenético. Echó en cara a Alejandro su gusto por el traje meda, ensalzó a Filipo, y siguióse una riña, para dar fin a la cual los amigos de Clito le sacaron a empujones de la sala. Estaba él, sin embargo, en la fase obstinada de la borrachera, y volvió a entrar por otra puerta. Se le oyó, fuera, citar a Eurípides "en tono atrevido e irrespetuoso":

> ¿Tal es vuestra costumbre? ¿Y así Grecia
> premia a sus combatientes? ¿Uno solo
> reclamará la prez que mil ganaron?

A lo cual, Alejandro, apoderándose de la lanza de un guardia, atravesó a Clito cuando éste levantaba la cortina para entrar...

Hay que creer que tal era la atmósfera real en la vida del joven conquistador. Por lo tanto, no puede ser invención del todo la historia de las crueles y frenéticas muestras de dolor que hizo por Hefestion. Si es verdadera, o tiene algo de verdadera, revela una mente desequilibrada y entregada totalmente a lo personal, que sólo consideraba al imperio como una oportunidad para el desarrollo de su egoísmo y todos los recursos de la tierra como materia para caprichos de generosidad tal, que despoja a mil para arrebatar de admiración a un favorecido atónito.

Hallándose enfermo Hefestion, púsosele a dieta rigurosa; pero en ausencia del físico, que estaba en el teatro, comió un ave asada y bebió un frasco de vino helado, a consecuencia de lo cual murió. Decidió por ello Alejandro hacer ostentación de su pena. Fué el duelo de un lunático. ¡Mandó crucificar al físico! Ordenó que todos los caballos y mulas de Persia fueran esquilados y que se derribaran las almenas de todas las ciudades próximas. Prohibió todo son de

---

([2]) D. G. Hogarth.



Fragmentación del IMPERIO de ALEJANDRO a fines del siglo IV a.C.

música en su campo, durante mucho tiempo, y habiendo conquistado ciertos pueblos cuseos, dispuso el exterminio de todo adulto como sacrificio a los manes de Hefestio. Separó, finalmente, diez mil talentos (un talento = seis mil pesetas) para un sepulcro. En aquellos días tal cantidad era enorme. Y nada de esto hizo, en realidad, para honrar a Hefestion, sino para demostrar al aterrorizado mundo cuán tremenda cosa podía ser el dolor de Alejandro.

Esta última anécdota y otras muchas por el estilo podrán ser mentiras, deformaciones o exageraciones, pero hay en todas una vena común. Después de un desafío a beber recio, en Babilonia, una súbita fiebre se apoderó de Alejandro (323 antes de J. C.), que enfermó y murió. Sólo tenía treinta y tres años. Inmediatamente, el imperio del mundo, que había agarrado y sostenido entre sus manos, como un chiquillo agarra y sostiene un vaso precioso, dió en tierra y se hizo añicos.

Cuantas apariencias de orden universal hubieran llegado a reducir en la imaginación de los hombres, desvaneciéronse con su muerte. La historia conviértese ahora en el espectáculo de una bárbara autocracia confusa. Cada gobernador provincial tiró por su lado. Al cabo de pocos años, la familia entera de Alejandro quedó destruída. Roxana, su esposa bárbara, se dió prisa en dar muerte, como a rival, a la hija de Darío. Luego dió a Alejandro un hijo póstumo, llamado también Alejandro, que fué asesinado con ella pocos años más tarde (311 antes de J. C.). Hércules, el otro hijo de Alejandro, fué asesinado igualmente, y lo mismo Arideo, el

medio hermano, débil de entendimiento (véase § 2). Plutarco nos muestra en última visión a Olimpiada, durante un breve intervalo de poder en Macedonia, acusando hoy a éste, mañana a aquél, de haber envenenado a su hijo maravilloso. A muchos mandó matar en su furia. Los cuerpos de algunos compañeros de Alejandro, muertos después que él, fueron desenterrados por orden suya, mas no sabemos si con ello surgieron nuevas luces acerca de su muerte. Olimpíada fué al cabo muerta en Macedonia por los amigos de los que ella mandó ejecutar.

§ 6. *Los sucesores de Alejandro*

De esta ciénaga de crímenes pronto empezaron a surgir las principales figuras. Gran parte del imperio persa, desde el Indo, en el Este, hasta cerca de Lidia, en el Oeste, la retuvo el general Seleuco, fundador de la dinastía Seleucida; Macedonia le correspondió a otro general, Antígono; un tercer macedonio, Ptolomeo, se apoderó de Egipto, y convirtiendo en capital suya a Alejandría, fundó un poderío naval suficiente para quedarse también con Chipre y con gran parte de la costa de Fenicia y del Asia Menor. Los imperios ptolemaico y seleucida duraron mucho; las formas de gobierno en el Asia Menor y en los Balkanes fueron más inestables. Antígono fué derrotado y muerto en la batalla de Ipso (301), dejando a Lisímaco, gobernador de Tracia, y a Casandro, de Macedonia y Grecia, por sucesores igualmente transitorios. Otros gobernadores menos importantes labraron estatuas más chicas. Entretanto, los bárbaros caían sobre el mundo roto y debilitado de la civilización, por el Oeste y por el Este. Por el Oeste entraron los galos, intimamente afines de los celtas. Devastaron Macedonia y Grecia hasta Delfos, y (227 antes de J. C.) con contingentes de ellos cruzaron a Asia por el Bósforo, empleándose primero como mercenarios y dedicándose luego al saqueo por cuenta propia; y después de llegar en sus correrías al Tauro, se establecieron en el que fué solar de los frigios, obligando al pueblo a pagarles tributo. (Los galos de Frigia son los gálatas de la Epístola de San Pablo). Armenia y las costas meridionales del Mar Negro pasaron por una confusión de jefes en cambio constante. Reyes de ideas helenísticas aparecieron en Capadocia, en el Ponto (costa meridional del Mar Negro), en Bitinia y en Pérgamo. También los escitas, los partos y los bactrianos se movieron de Oriente a Sur... Durante algún tiempo hubo Estados bactrianos regidos por griegos, que iban orientalizándose cada vez más; en el siglo II antes de J. C., unos aventureros griegos de Bactria hicieron incursión en la India septentrional y fundaron en ella efímeros reinos, último despliegue oriental de

Grecia; luego, poco a poco, la barbarie volvió a caer como un telón sobre las civilizaciones occidentales y la India.

§ 7. *Pérgamo, refugio de cultura*

Entre tanto fragmento de la quebrada ampolla del imperio helénico, surge un pequeño Estado en demanda de un breve capítulo propio, el reino de Pérgamo. Este nombre suena por primera vez como centro independiente durante las luchas que acabaron en la batalla de Ipso. Cuando la marejada de la invasión gala se arremolinó espumeante en el Asia Menor, entre los años 277 y 241, Pérgamo les pagó tributo durante algún tiempo, más conservando su independencia general, y, por último, reinando Atalo I, se lo negó y consiguió derrotarlos en dos batallas decisivas. Más de un siglo (hasta 133 antes de J. C.) se mantuvo Pérgamo libre, y en tal período fué quizá el Estado de más alta civilización en el mundo. En la colina de la Acrópolis erigióse un rico grupo de edificios, palacios, templos, un museo y una biblioteca, rivales de los de Alejandría, de que hablaremos inmediatamente, y casi los primeros del mundo. El arte griego floreció nuevamente con los príncipes de Pérgamo, y los relieves del altar de Zeus, y las estatuas de los galos, combatientes y moribundos que allí se labraron, cuentan entre los grandes tesoros artísticos de la humanidad.


Tetradracma con perfil de Seleuco I.

Muy rápidamente, según se dirá luego, la influencia de un nuevo poderío empezó a dejarse sentir en el Mediterráneo oriental: el poderío de la república romana, amiga de Grecia y de la civilización griega; y en ese poder, las comunidades helénicas de Pérgamo y Rodas encontraron un aliado natural y eficaz y un sostén contra los gálatas y contra el imperio seleucida orientalizado. Ya relataremos cómo entró en Asia, por fin, el poderío romano, cómo deshizo el imperio seleucida en la batalla de Magnesia (190 antes de J. C.), arrojándolo del Asia Menor, hasta más allá de los montes Tauros, y cómo, al cabo, en 133 antes de J. C., Atalo III, último rey de Pérgamo, inclinándose a la fuerza de un destino inevitable, instituyó a la república romana por heredera del reino que se convirtió en la provincia de Roma llamada "Asia".

§ 8. *Alejandro, augurio de unidad universal*

Casi todos los historiadores se inclinan a considerar la carrera de Alejandro Magno como marca de una época en los asuntos de la humanidad. Junto al mundo conocido, excepto el Mediterráneo occidental, en un solo drama. Pero las opiniones que de Alejandro se han llegado a formar los hombres difieren mucho entre sí. Los más se agrupan en dos escuelas principales. A la de tipo erudito le fascina la juventud y el esplendor del mancebo. Estos adoradores de Alejandro parecen decididos a tomarle por lo que él se estimaba, a perdonar todo crimen y toda insensatez como meras ebulliciones de una rica naturaleza, como necesidades amargas de un plan gigantesco, y a encajar su vida en el marco de un designio, de un proyecto de hombre de estado, de tal magnitud, que apenas bastan los conocimientos y las ideas más amplias de estos tiempos últimos para facilitarnos su comprensión. Por otra parte, surgen los que ven tan sólo en él un hombre que se aprovecha del lento madurar de las posibilidades de un mundo helenizado, libre y tranquilo.

Antes de atribuir a Alejandro o a Filipo, su padre, designios de política universal merecedores de la aprobación de un historiador-filósofo del siglo XX, convendrá que nos demos cuenta del nivel superior que en sus días le era dado alcanzar al saber y al pensamiento. El mundo de Platón, Isócrates y Aristóteles no tenía, virtualmente, perspectiva histórica ninguna; no había existido en



Otra etapa posterior, de la FRAGMENTACIÓN del imperio de ALEJANDRO en la primera mitad del siglo III a. C.

el mundo nada semejante a la historia, es decir, a una historia distinta de las meras crónicas sacerdotales, hasta un par de siglos antes. Aun los hombres de más elevada educación tenían las ideas más rudimentarias acerca de la geografía y de los países extranjeros. El mundo era, para muchos, plano y sin límites. La única filosofía política sistemática se asentaba en la experiencia de algunos reducidos estados ciudadanos, sin pensar en imperios. Nadie sabía nada de los orígenes de la civilización. Nadie había teorizado antes de aquel tiempo sobre la economía. Nadie había conseguido que una clase social reaccionara sobre otra. Podemos muy bien considerar la carrera de Alejandro como el coronamiento de un proceso que había comenzado mucho antes; como el punto más alto de un crescendo. En cierto sentido, así fué, no cabe dudarlo; pero mucho más cierto es que tuvo más de final que de principio; fué la primera revelación de la unidad de los asuntos humanos para la imaginación del hombre. Lo más que alcanzaba el pensamiento de Grecia de aquellos días era la helenización del imperio persa, el predominio de macedonios y griegos en el mundo. Pero antes de morir Alejandro y mucho más después de su muerte, cuando hubo tiempo para pensar en él, ya se hizo idea práctica y asimilable por el entendimiento de los hombres el concepto de una ley y una organización universal.

Durante varias generaciones, Alejandro Magno fué para la humanidad símbolo y encarnación de orden y dominio universal. Llegó a ser fabuloso. Su cabeza, adornada con los emblemas divinos del semidiós Hércules o del dios Ammón Ra, aparece en las monedas de ciertos sucesores suyos, como si se proclamaran herederos de él. Luego otro gran pueblo se apoderó de la idea de dominio universal; un pueblo que dió muestras, a través de varios siglos, de un genio político considerable: el pueblo romano. Y la figura de otro aventurero conspicuo, César, eclipsó para la mitad occidental del viejo mundo la figura de Alejandro.

Así, en los comienzos del siglo III antes de Jesucristo, vemos ya suscitarse en la civilización occidental del mundo antiguo tres de las grandes ideas estructurales que rigen la mente de la humanidad contemporánea. Hemos indicado ya la emancipación de la escritura y el saber con respecto a los secretos, misterios e iniciaciones sacerdotales de la antigüedad, y el desarrollo de la idea de un orden de conocimientos universales, de una historia y una filosofía universalmente inteligibles y comunicables. Hemos señalado las figuras de Herodoto y Aristóteles como exponentes típicos de esta primera idea grande, la idea de *ciencia*, usando la palabra ciencia en su más amplio y propio sentido, para incluir en ella la historia y significar una visión clara del hombre en relación con las cosas que le rodea. Hemos indicado también la generalización de la religión entre los

babilonios, los judíos y otros pueblos semitas, desde las oscuridades del culto en los templos y lugares consagrados a un dios local o de tribu, hasta el servicio abierto de *un Dios universal de Justicia*, cuyo templo es el mundo todo. Y acabamos de ver los primeros gérmenes de la idea de *una constitución política universal*. El resto de la historia de la humanidad es en gran parte la historia de estas tres ideas de ciencia, justicia universal y comunidad humana, que pasan, de las mentes de aquellas personas y pueblos raros y excepcionales en que primeramente se originaron, a la consciencia general de la raza, y dan primero un nuevo color, luego un espíritu nuevo y después una dirección nueva, a los asuntos de la humanidad.

XXV

CIENCIA Y RELIGION EN ALEJANDRIA

§ 1. *La ciencia de Alejandría*

Uno de los más prósperos fragmentos del breve imperio de Alejandro Magno fué Egipto, que correspondió en herencia a Ptolomeo, cuyo nombre hemos indicado ya como el de uno de los amigos de Alejandro que desterró el rey Filipo. La distancia daba al país seguridades contra las incursiones de galos o partos, y la destrucción de Tiro y de la armada fenicia, y la creación de Alejandría, proporcionaron a Egipto un ascendiente naval transitorio en el Este del Mediterráneo. Alejandría medró en proporciones que rivalizaban con las de Cartago; por la parte de Oriente, mantenía comercio marítimo con Arabia y la India, por el Mar Rojo; y por la de Poniente, su tráfico competía con el cartaginés. Los egipcios encontraron en los gobernadores griegos de los Ptolomeos directores más simpáticos y tolerables que cuantos conocieron desde que cesó la autonomía del país. Aunque más cierto es, en verdad, que Egipto conquistó y se anexionó políticamente a los Ptolomeos, en vez de ser los macedonios quienes lo gobernaran.

Más que un intento de helenizar el gobierno del país, hubo un retorno a las ideas políticas egipcias. Ptolomeo se convirtió en Faraón, el dios rey, y su administración continuó las tradiciones antiguas de Pepis, Thutmosis, Ramsés y Neko. Alejandría, sin embargo, tuvo en su vida ciudadana, aunque sujeta al señorío divino del Faraón, constitución de ciudad griega típica. Su lengua, sus tribunales, su administración, fueron griegos-áticos. El griego se generalizó de tal modo entre las clases ilustradas de Egipto, que la comunidad judía consideró necesario traducir su Biblia a aquel idioma, y muchos de sus individuos llegaron a no entender el hebreo. El griego ático fué durante muchos siglos antes y después de Cristo la lengua de todo hombre educado desde el Adriático hasta el golfo Pérsico.

Entre todo el grupo de compañeros de Alejandro, parece que fué Ptolomeo quien más hizo para llevar adelante las ideas de organización sistemática del saber con que Aristóteles familiarizó a la corte de Filipo de Macedonia. Ptolomeo era hombre de dotes



intelectuales extraordinarias, a la vez imaginativo y modesto, con cierto cinismo inteligible ante la huella de Olimpiada en la mente de Alejandro. Se ha perdido su historia contemporánea de las campañas de Alejandro; pero le deben mucho como a fuente importante cuantos relatos se conservan.

El Museo que fundó en Alejandría fué la primera universidad efectiva del mundo. Como lo indica el nombre, estuvo dedicada al culto de las Musas, como antes lo estuvo en Atenas la escuela Peripatética. Mas sólo en lo externo era una corporación religiosa; sólo para salvar las dificultades legales de dotación, en un mundo que nunca previó nada semejante a un proceso intelectual secular. Esencialmente fué un colegio de doctos dedicados de manera principal a la investigación y a la historia, pero también, hasta cierto punto, a la enseñanza. En sus comienzos y durante dos o tres generaciones, el Museo de Alejandría presentó una constelación científica tal, que ni aun Atenas en sus mejores tiempos pudo igualarla. Los trabajos de matemáticas y geografía lograron peculiar firmeza y exactitud. Los nombres de Euclides, familiar a todo estudiante; Eratóstenes, que midió la magnitud de la tierra con un error en cuanto al diámetro verdadero de cincuenta millas tan sólo; Apolonio, que escribió acerca de las secciones cónicas, son los que sobresalen. Hiparco hizo la primera tentativa para catalogar las estrellas y formar su mapa, proponiéndose registrar cuantos cambios sobrevinieran en el cielo. Herón discurrió la primera máquina de vapor. Arquímedes fué a estudiar a Alejandría y siempre mantuvo correspondencia asidua con el Museo. Igualmente famosa fué la escuela médica de Alejandría. Por vez primera en la historia del mundo se establecieron las normas de un saber profesional. Herófilo, el más grande anatómico alejandrino, hizo vivisecciones, según se dice, con reos sentenciados. Otros maestros, en oposición a Herófilo, condenaron el estudio de la anatomía y dieron impulso a la ciencia de las drogas. Pero el esplendor científico de Alejandría no persistió, en conjunto, más de un siglo. La organización del Museo no estaba dispuesta para asegurar su continuidad mental. Era un colegio "real": sus profesores e individuos (así podemos llamarlos) nombrábalos y pagábalos el Faraón. "El carácter republicano de las corporaciones privadas que en Atenas se llamaron escuelas o academias, las hizo mucho más estables e independientes" (1). El patronato real fué una gran cosa mientras los Faraones se llamaron Ptolomeo I o Ptolomeo II, pero el esfuerzo degeneró y la antiquísima tradición sacerdotal egipcia absorbió pronto a los Ptolomeos y destruyó por completo la mentalidad aristotélica del Museo. Esta dejó de existir cien años antes de que su energía científica se extinguiera.

Al lado del Museo, se erigió Ptolomeo I un monumento persistente en la gran Biblioteca. Consistía ésta en una combinación de Biblioteca de Estado y centro de publicaciones oficiales en escala inaudita hasta entonces. Había de ser enciclopédica. Si algún extranjero llevaba a Egipto un libro desconocido, tenía que dejar que se copiara para la colección, y había continuamente una plantilla considerable de copistas dedicada a duplicar todas las obras más populares y necesarias. La Biblioteca, lo mismo que una imprenta universitaria, tenía venta pública; era un negocio de librería. En tiempos de Calímaco, jefe de la Biblioteca en el reinado de los Ptolomeos II y III, emprendióse la colocación y catalogación sistemática del fondo acumulado. Por aquellos días, conviene recordarlo, los libros no se componían de páginas, sino que estaban arrollados como las modernas piezas de pianolas, y para referirse a un pasaje determinado, el lector tenía que desarrollar y arrollar otra vez el volumen, proceso tan fatigoso para el lector como para el libro. Se ocurre de pronto que para la fácil consulta de un rollo pudo emplearse una sencillísima máquina, pero no parece que se empleó nada por el estilo. Cada vez que se leía un rollo, tenían que agarrarlo dos manos sudorosas. Para reducir a lo mínimo la pérdida de tiempo y las molestias, fragmentó Calímaco las obras largas, tales como la Historia de Herodoto, en "libros" o volúmenes, como solemos llamarlos, haciendo un rollo separado con cada uno. La Biblioteca de Alejandría atrajo una muchedumbre de estudiosos mayor que el Museo. El alojamiento y manutención de aquellos visitantes procedentes de todas partes del mundo, llegó a ser un negocio considerable para el pueblo de Alejandría.

(1) Mahaffi.



Es curioso advertir cuán lentamente mejora el mecanismo de la vida intelectual. Contrástense las habituales facilidades que tiene para la lectura un hogar inglés de la clase media, tal como éste en que ahora trabaja el autor, con los inconvenientes y deficiencias del equipo de un escritor alejandrino, y se echará de ver la enorme pérdida de tiempo, de gasto físico, de atención, que fué necesaria durante los siglos en que floreció la Biblioteca. Ante el autor de este libro, reposa media docena de libros, y tres tienen buenos índices. Puede echar mano a uno de los seis libros, evacuar rápidamente un dato, comprobar una cita, y seguir escribiendo. Compárese con esto el aburrido despliegue del manuscrito arrollado. A mano están dos enciclopedias, un léxico, un atlas universal, un diccionario biográfico y otros libros de consulta. No tienen apostillas marginales, es cierto; pero esto quizá hoy fuera demasiado pedir. El mundo de 300 años antes de J. C. carecía de tales recursos. Alejandría había

producido ya la primera gramática y el primer diccionario. Este libro se escribe a mano; un mecanógrafo lo coge después y lo transcribe cuidadosamente. Luego, con la mayor facilidad, puede ser releído, corregido con amplitud, modificado, vuelto a copiar a máquina y vuelto a corregir. El autor alejandrino tenía que dictar o copiar de nuevo cada palabra que escribía. Antes de que pudiera volver sobre lo escrito, tenía que sacar las últimas palabras, agitando el manuscrito en el aire o echándole arena, pues no existía el papel secante. Todo lo que escribiera un autor tenía que copiarse y volverse a copiar antes de que llegase a un círculo considerable de lectores, y cada copista introducía un error nuevo. Si había necesidad de mapas o diagramas, surgían más dificultades. Una ciencia como la anatomía, por ejemplo, que tanto depende de un dibujo cuidadoso, habría de estar enormemente cohibida por las limitaciones naturales de los copistas. La transmisión de los hechos geográficos presentaría también molestias casi increíbles. Día llegará, sin duda, en que una Biblioteca privada y una mesa de escritorio del año 1919 después de J. C. parezcan totalmente inadecuadas y dificultosas; pero si se las mide con las normas de Alejandría, son extraordinariamente rápidas, eficaces y económicas para los nervios y la energía mental.

No parece haberse hecho en Alejandría tentativa ninguna de impresión. El hecho sorprende al pronto por notable. El mundo reclamaba libros, y no sólo libros. Había necesidad urgente de noticias, publicaciones legales, etcétera. Pues bien: nada existe en la historia de las civilizaciones occidentales que se pueda llamar imprenta hasta el siglo XV de J. C. Y no es que la imprenta fuera un arte recóndito o dependiera de descubrimientos previos y preliminares. La imprenta es la solución más sencilla. En principio se ha conocido siempre. Como ya dijimos, hay lugar para suponer que los hombres paleolíticos del período magdaleniense llegaron a imprimir diseños en sus vestiduras de cuero. Los "sellos" de la antigua Sumeria fueron dibujos impresos. Se imprimía la moneda. Las personas analfabetas de todos los tiempos han usado como firma sellos de madera o metal; Guillermo I, el conquistador normando de Inglaterra, por ejemplo, usaba un sello que estampaba con tinta como firma en los documentos. En China se imprimían los clásicos en el siglo II de J. C. Sin embargo, ya sea por un conjunto de pequeñas dificultades de tinta, papiro o forma de libro, ya por una resistencia protectora por parte de los propietarios de esclavos copistas, ya porque la escritura era demasiado rápida y fácil para que los hombres pensaran en escribir aún más fácilmente, como pasó con el empleo de los caracteres chinos o de las letras góticas, o quizás por una falta de conexión en el sistema social entre los hombres de pensamiento y saber y los de habilidad técnica, la imprenta

no se empleó ni siquiera para la reproducción exacta de las ilustraciones.

La razón principal de esta falta de desarrollo sistemático de la impresión estriba, sin duda, en el hecho de que carecía de abundante provisión de material imprimible en textura uniforme y forma conveniente. La provisión de papiro estaba estrictamente limitada y era necesario unir tira a tira, y no se daba un tamaño normal de hojas. Tenía que venir aún de la China el papel para que la mente europea se libertara. Aunque hubieran existido prensas, habrían tenido que estar ociosas, ya que los rollos de papiro se hacían lentamente. Pero esta explicación no excusa la falta de no haber empleado tacos de impresión en el caso de ilustraciones o diagramas.

Tantas limitaciones nos permiten entender por qué Alejandría pudo al mismo tiempo lograr los más extraordinarios triunfos intelectuales —porque un caso como el de Erastótenes, por ejemplo, si se tiene en cuenta la pobreza de sus aparatos, basta para elevarle al nivel de un Newton o un Pasteur— y, sin embargo, ser poco o nada eficaz en el curso de la política o en la vida y en el pensamiento de su pueblo. El Museo y la Biblioteca eran centro de luz, pero esa luz era la de una linterna que el mundo en general no veía. No había medio de informar de sus resultados a los hombres que con ellos simpatizarían en otros lugares, como no fuese el fastidioso de una carta. No había posibilidad de comunicación con la masa general de los hombres. Los estudiosos tenían que acudir con grandes expensas al apiñado centro, porque no tenían otra manera de adquirir ni aun las migajas del saber. En Atenas y Alejandría encontrábanse librerías donde era posible adquirir a precio razonable libros de notas manuscritas, variables en calidad; pero el hacer extensiva la educación a clases más amplias y a otros centros hubiera producido de pronto una merma restrictiva del papiro. La educación no llegó a las masas; para lograr educación más que superficial, era necesario abandonar la vida ordinaria de aquel tiempo e irse por muchos años a llevar una existencia indecisa en el trato de los sabios mal provistos y sobrecargados de quehacer. El saber no implicaba un apartamiento de la vida ordinaria tan completo como la iniciación sacerdotal, pero era algo de la misma naturaleza.

Muy presto se marchitaron en Alejandría aquel sentimiento de libertad, aquella amplitud y derechura de información que es el ambiente vital de la vida intelectual verdadera. Desde el comienzo, aun el mismo patronato de Ptolomeo I puso límites a la discusión política. Luego las discusiones de las escuelas dieron entrada tumultuosa a las supersticiones y prejuicios de la ciudad en los asuntos escolásticos.

El saber huyó pronto de Alejandría, dejando la pedantería detrás. Al uso de los libros reemplazó el culto de los libros. Presto se convirtió la clase ilustrada en una estrafalaria clase especial con características propias y desagradables. Media docena de generaciones pasó desde que el Museo dejara de existir, antes de que en Alejandría se hiciese familiar un nuevo tipo de ser humano, tímido, excéntrico, sin práctica ninguna, incapacitado para todo lo esencial, extrañamente feroz en trivialidades de pormenor literario, con tan amargos celos de sus colegas en lo interior, como de los iletrados en lo exterior: el Hombre Erudito. Era tan intolerante como el sacerdote, aunque carecía de altar; tan oscurantista como un mago, aunque sin cueva. Para él no había método de copistería suficientemente aburrido ni libro raro bastante inaccesible. Era una especie de subproducto en el proceso intelectual de la humanidad. Muchas preciosas generaciones habían de ver las recién alumbradas luces de la inteligencia humana, desbancadas por aquel subproducto.

El pensar justo es por necesidad un proceso abierto, y la única ciencia e historia con pleno valor para el hombre consiste en lo que es general y claramente sabido: esto será, de fijo, una vulgaridad, pero aún nos hace falta descubrir cómo hay que preservar a nuestros centros de filosofía e investigación de la costra y la oscuridad acumuladas por los especialistas de espíritu estrecho y opaco. Tenemos todavía que garantizar que un hombre de saber no ha de ser, en modo alguno, hombre de negocios, y que cuanto se puede pensar y saber, sigue siendo sencilla, honrada y fácilmente asequible a la mente del hombre y de la mujer ordinarios, que son substancia de la humanidad.

§ 2. *Filosofía alejandrina*

En un principio, la actividad mental de Alejandría se concentró en el Museo, y fué científica ante todo. La filosofía, que en edad más vigorosa fué doctrina de dominio sobre sí y sobre el mundo material, sin abandonar estas pretensiones, convirtióse realmente en doctrina de consolación secreta. El estimulante se volvió opiáceo. El filósofo, como suele decir el vulgo, dejó que se hundiera el mundo de que formaba parte él mismo, y se consoló diciendo, en formas muy bellas y elaboradas, que el mundo es ilusión y que hay algo quintaesenciado y sublime, fuera y por encima del mundo. Atenas, políticamente insignificante, más todavía, en el siglo IV, grande y populoso emporio, decayendo casi imperceptiblemente a medida que las apariencias externas continuaban, y tratada con extraño respeto, no sin mezcla de algún menosprecio, por todas las potencias guerreras y aventureras del mundo, fué el centro apropiado de las enseñanzas filosóficas. Un par de siglos enteros habían

pasado cuando las escuelas de Alejandría les igualaron en importancia en lo tocante a las discusiones de filosofía.

§ 3. *Alejandría, como factoría de religiones*

Mucho tardó en desarrollarse en Alejandría un movimiento filosófico peculiar; no tanto tardó en ser gran factoría y casa de cambio de ideas religiosas.

El Museo y la Biblioteca representaron tan sólo uno de los tres aspectos de aquella triple ciudad. Representaron el elemento aristotélico, helénico y macedónico. Pero Ptolomeo llevó a aquel extraño centro otros dos factores. Había, en primer lugar, gran número de judíos, procedentes, en parte, de Palestina, pero muchos también oriundos de los que se establecieron en Egipto y nunca regresaron a Jerusalén; éstos eran los judíos de la Diáspora o Dispersión, raza judaica, que según vimos ya en el capítulo XXI, no compartió el cautiverio babilónico, pero estuvo, no obstante en posesión de la Biblia y en íntima correspondencia con sus correligionarios del mundo entero. Estos judíos poblaban un barrio de Alejandría, tan grande, que la ciudad vino a ser por ello la mayor ciudad judía del mundo, con más judíos que la propia Jerusalén. Ya hemos indicado que juzgaron oportuno traducir al griego las Escrituras. Y, por último, había una gran población egipcia indígena, que, en su mayor parte, hablaba griego, pero con el temperamento supersticioso de las razas blancas de tez morena, y con la vasta tradición de cuarenta siglos de religión y sacrificios en el templo, fija en el fondo de la mente. Tres tipos de entendimiento y de espíritu se encontraron en Alejandría; los tres tipos principales de la raza blanca, el criticismo clarividente de los griegos arios, el fervor moral y el monoteísmo de los judíos semitas y la profunda tradición mediterránea de misterios y sacrificios que hemos visto ya en acción al hablar de los cultos secretos y de las prácticas ocultas de Grecia, ideas que en el Egipto camita dominaron orgullosamente a plena luz en los grandes templos.

Estos tres elementos fueron los permanentes en la amalgama alejandrina. Pero en el puerto de mar y en los mercados se mezclaban hombres de todas las razas conocidas, que comparaban sus ideas religiosas y sus costumbres. Hasta se refiere que en el siglo III antes de J. C. llegaron misioneros budistas procedentes de la corte india del rey Asoka. Aristóteles hace notar en su *Política* que las creencias religiosas de los hombres suelen tomar su forma de las instituciones políticas; "los hombres asimilan a su manera de vivir, no sólo las vidas, sino también la forma corporal de los dioses", y esta edad de grandes imperios grecoparlantes sometidos a autócratas sufría con dificultad a las celebridades meramente loca-

les, a los viejos dioses de la tribu y de la ciudad. Los hombres requerían deidades extendidas, por lo menos, a la amplitud de un imperio, y salvo cuando se interponía el interés de los poderosos sacerdotes, iba verificándose un curioso proceso de asimilación de las divinidades. Los hombres juzgaron que, aunque los dioses eran muchos, ellos eran muchos también; como había muchos dioses, los hombres llegaron a pensar si no tendría, realmente, uno solo diversos nombres. Era uno, en efecto, con sobrenombres distintos.


Isis y Horus

El Júpiter romano, el Zeus griego, el Ammón egipcio, padre putativo de Alejandro, y el viejo antagonista de Amenofis IV, el Bel-Marduk babilonio, eran todos lo bastante parecidos para que se les identificara.

Donde las diferencias se hacían visibles, la dificultad estaba en decir que aquéllos eran *aspectos* diferentes de un mismo dios. Bel-Marduk, sin embargo, era ya un dios muy en decadencia, que apenas sobrevivía a su seudónimo; Assur, Dagon y los demás pobres dioses viejos de las naciones caídas, se habían borrado tiempo ha de la memoria y no entraban en amalgama. Osiris, dios popular en la república egipcia, estaba ya identificado con Apis, el toro sagrado del templo de Menfis, y en parte confundido con Ammón. Bajo el nombre de Sérapis, fué el dios mayor de la Alejandría helénica. Fué Júpiter-Sérapis. La diosa vaca egipcia, Hathor o Isis, se vió representada asimismo en guisa humana, como esposa de Osiris, a quien dió por hijo a Horus, que, crecido, fué también Osiris. Estas manifestaciones atrevidas tendrán son extraño, sin duda, para el humano entendimiento; pero la identificación y mescolanza de un dios con otro ilustran mucho acerca de la lucha que la vivaz inteligencia humana tenía que sostener para mantenerse unida a la religión y a sus lazos emocionales y de comunión, volviendo más racionales y universales a sus dioses.

A esta fusión de unos dioses con otros se le llama *theocrasia*, y en ninguna parte prosperó más que en Alejandría. Sólo dos pueblos se le resistieron en este período: los judíos, que tenían ya fe en un Dios de Cielos y Tierra, Jehová, y los persas, con su culto monoteísta del sol.

Ptolomeo I fué quien estableció, no sólo el Museo de Alejandría, sino el Serapeum, consagrado al culto de la trinidad de dioses

que representaba el resultado de un proceso de *theocrasia*, aplicado más en particular a los dioses de Grecia y Egipto.

Esta trinidad consistía en el dios Sérapis (= Osiris + Apis), la diosa Isis (= Hathor, la diosa vaca-luna) y el niño dios Horus. De una u otra manera, casi todos los demás dioses se identificaban en uno u otro aspecto con estos tres del Dios único, aun Mitra, el dios sol de los persas. Y cada uno de ellos era el otro; eran tres, pero era también uno. Se les rendía culto con gran fervor, y los sones discordantes de un instrumento, el *sistro*, bastidor de campanas que se tañía a la manera del tambor en las procesiones modernas del Ejército de Salvación, eran accesorio distintivo de sus ceremonias. Y aquí tropezamos por primera vez con la idea de inmortalidad convertida en idea central de una religión extendida hasta más allá de Egipto. Ni los arios primitivos, ni los semitas primitivos, parece ser que se preocuparon mucho de inmortalidad; ésta afectó muy escasamente al entendimiento de los mongoles; pero la continuación de la vida individual, después de la muerte, había sido, desde los tiempos más remotos, intensa preocupación de los egipcios. Desempeñó muy importante papel en el culto de Sérapis. En la literatura devota de su culto, se habla de él como del "salvador y guía de las almas, que lleva las almas a la luz y allí las recibe de nuevo". Se afirma que "resucita a los muertos, muestra la anhelada luz del sol a todos los que ven, cuyos santos sepulcros contienen multitud de libros sagrados"; y más adelante, "nunca podremos huir de él, él nos salvará; después de muertos, estaremos todavía al cuidado de su providencia" [1].



Sérapis

El arder de los cirios ceremoniales y el ofrecimiento de exvotos, es decir, de modelos reducidos de partes del cuerpo humano necesitadas de socorro, eran parte activa del culto de Serapeum. Isis atraía a muchos devotos que le consagraban su vida. Sus imágenes se alzaban en el templo, coronadas como imágenes de la Reina del Cielo, y con el niño Horus en los brazos. Los cirios ardían y goteaban ante ella, y los exvotos de cera colgaban al lado del altar. El novicio se sometía a una preparación larga y cuidadosa; hacía voto de celibato, y cuando estaba iniciado, se le afeitaba la cabeza y se le vestía con túnica de lino...

[1] Legge: *Forerunners and Rivals of Christianity.*

En este culto de Sérapis, que se extendió muy ampliamente por el mundo civilizado en los siglos II y III antes de J. C., vemos la más notable anticipación de usos y formas expresivas, destinados a dominar en el mundo europeo a través de la Era Cristiana. La idea esencial, el espíritu viviente del Cristianismo, fué, como veremos en seguida, cosa nueva en la historia del entendimiento y de la voluntad del hombre; pero las vestiduras de ritos, símbolos y fórmulas que ha empleado el Cristianismo y que hoy mismo emplea aún en muchos países, se tejieron ciertamente en el culto y en los templos de Júpiter, Sérapis e Isis que, desde Alejandría, se extendieron por todo el mundo civilizado en una edad de *theocrasia*, en los siglos II y I antes de J. C.

XXVI

ORIGENES Y EXPANSION DEL BUDISMO

§ 1. *Historia de Gautama*

Es interesante el paso de la actividad mental y moral de Atenas y Alejandría y del progreso de las ideas humanas en el mundo mediterráneo, a la vida intelectual de la India, separada de aquéllas casi por completo. He aquí una civilización que desde los comienzos parece brotar de raíces propias, con carácter peculiar suyo. Estuvo aislada de toda otra civilización, a Poniente y Levante, por ingentes barreras de montañas y regiones desiertas. Las tribus arias que bajaron a la península, pronto perdieron contacto con sus afines del Oeste y del Norte, y se desarrollaron en dirección propia. El caso se dió más particularmente en las que entraron en la comarca del Ganges y pasaron de ella. Encontráronse con una civilización extendida ya por la India, la civilización dravídica. Se había formado independientemente, como las civilizaciones sumeria, cretense y egipcia, al parecer, en aquella amplificación de la cultura neolítica que fué la cultura heliolítica, cuyos caracteres indicamos en el momento oportuno. Vivificaron y transformaron la civilización dravídica, así como los griegos la egea, y los semitas la sumeria.

Los indos arios vivieron en condiciones diferentes de las que prevalecían en el Noroeste. Hallaban un clima más caluroso, en que un régimen de carne y licor fermentado era destructor; viéronse, pues, obligados a un régimen general vegetariano, y el suelo prolífico, sin que se lo pidieran, casi, les dió todo el alimento que necesitaban. No había razón que les llevara ya a la vida errante; las cosechas y las estaciones se sucedían fielmente. En cuanto a vestido y vivienda, poco necesitaban: tan poco, que no se había desarrollado el comercio. Había tierra bastante para cuantos quisieran cultivar una parcela, y una parcela les era suficiente. Su vida política era sencilla y relativamente segura; aún no habían surgido en la India grandes potencias conquistadoras, y sus barreras naturales servían para detener los precoces imperialismos que se levantaban al Oeste y al Este. Miles de pequeñas repúblicas y jefaturas de pueblo, relativamente pacíficas, extendíanse por toda

el país. No se conocía vida de mar, ni incursiones de piratas, ni comerciantes extranjeros. Se puede escribir la historia de la India hasta hace cuatrocientos años sin mencionar apenas al mar.

La historia de la India, durante muchos siglos, fué más dichosa, menos feroz y más de ensueño que toda otra historia. Los nobles, los rajaes, cazaban; la vida estaba compuesta en gran parte de historias de amor. Aquí y allá, un maharajah se levantaba entre rajaes y edificaba una ciudad, capturaba y domesticaba muchos elefantes, mataba muchos tigres y dejaba tras sí una tradición de su esplendor y de sus maravillosos cortejos.

Entre los años 500 ó 600 antes de J. C., cuando Creso florecía en Lidia y Ciro se preparaba a arrebatarle Babilonia a Nabonido, nació en la India el fundador del Budismo. Nació en un pequeño lugar que era república de tribu, al Norte de Bengala y al pie de los Himalayas, en el que hoy es intrincado país selvático, a orillas del Nepal. Regía el pequeño Estado una familia, el clan de los Sakya, de la cual fué miembro este hombre, Siddhattha, Gautama. Siddhattha era su nombre propio, como Cayo o Juan; Gautama o Gotama, su apellido, como César o López; Sakya el apelativo de clan, como Julio. La institución de las castas no se había asentado aún del todo en la India, y los brahmanes, aunque privilegiados e influyentes, no luchaban aún en el primer lugar del sistema; pero había ya distinciones de clase muy marcadas y una división virtualmente impermeable entre los nobles arios y el pueblo común, de tez más oscura. Gautama perteneció a la raza de aquéllos. Su enseñanza, hemos de tenerlo presente, se llamó la Senda Aria, o la Verdad Aria.

Sólo desde mediados del siglo último, gracias a los estudios crecientes de lengua pali, en la cual están escritas en su mayor parte las fuentes originarias, tenemos un conocimiento real de la vida y del pensamiento efectivo de Gautama. Antes acumulábanse monstruosamente en su historia las leyendas, y se había formado un concepto violentamente erróneo de su enseñanza. Pero ya tenemos relatos humanísticos e inteligibles acerca de él.

Era un mozo de fortuna, gallardo y despierto, y vivió, hasta los veintinueve años, la vida aristocrática ordinaria en sus días, no muy satisfactoria en cuanto a lo intelectual. No existía literatura, excepto la tradición oral de los Vedas, y ésta la monopolizaban los brahmanes; el saber sistemático existía menos aún. El mundo estaba limitado al Norte por los Himalayas nevados y se extendía indefinidamente hacia el Sur. La ciudad de Benares, que tenía un rey, estaba a unas cien millas. Las principales diversiones eran la caza y el amor. Gautama gozó de cuantos bienes podía ofrecer la vida. Habíase casado, a los diecinueve años, con una hermosa prima suya. Estuvieron sin hijos algún tiempo. Él cazaba y jugaba

y paseaba por el mundo lleno de sol de sus jardines, bosquecillos y arrozales de regadío. En medio de aquella vida le acometió un gran descontento, que era la infelicidad de un cerebro sutil deseoso de ocupación. Vivía entre la abundancia y la belleza, pasaba de satisfacción en satisfacción, y su alma no llegaba a contentarse nunca. Parecía como si le llamara la voz de los destinos de su raza. Sintió que su modo de vivir no era la realidad de la vida, sino unas vacaciones, unas vacaciones ya demasiado largas.

Estando en esta disposición de ánimo tuvo cuatro visiones que le sirvieron de hitos para sus pensamientos. Iba en coche, en excursión de placer, cuando se encontró con un hombre lamentablemente abatido por los años. Aquel pobre ser encorvado, débil, hirió su imaginación. "Tal es el camino de la vida", exclamó Channa, su cochero, y "a eso hemos de llegar todos". Cuando aún tenía esto presente tropezó con un hombre que sufría horriblemente a causa de una asquerosa enfermedad. "Tal es el camino de la vida", exclamó Channa. La tercera visión fué la de un cuerpo insepulto, hinchado, sin ojos, maltratado por las aves de paso y demás animales, y terrible en su aspecto. "Tal es el camino de la vida", exclamó Channa.

El sentimiento de la enfermedad y de la mortalidad, lo inseguro e insatisfactorio de toda dicha, surgió en la mente de Gautama. Y al punto él y Channa vieron uno de esos ascetas errantes que aún existen en gran número en la India. Vivían aquellos hombres bajo severas reglas, dando mucho tiempo a la meditación y a la discusión religiosa. Porque antes de Gautama, muchos hombres de aquel país de constante sol habían encontrado la vida llena de angustia y de misterio. Suponíase que todos aquellos ascetas buscaban en la vida una realidad más profunda, y de Gautama se apoderó el deseo de algo semejante.

Meditando estaba su proyecto, dice la narración, cuando le llegaron nuevas de que su esposa había dado a luz el primer hijo. "Otro lazo que romper", dijo Gautama.

Volvió al pueblo entre el regocijo de sus familiares. Hubo gran fiesta y baile para celebrar el nacimiento de aquel nuevo lazo, y por la noche Gautama se despertó con gran agonía de su espíritu, "como el hombre a quien se le dice que hay fuego en la casa". En la antesala dormían las danzarinas, entre listas de sombra y luz de luna. Llamó a Channa y le mandó preparar el caballo. Fué luego sin hacer ruido hasta el umbral de la habitación de su esposa, y la vió, a la luz de una lamparilla de aceite, dormir tranquila, rodeada de flores, con el niño entre los brazos. Sintió un fuerte anhelo de estrechar a la criatura en un primero y último abrazo antes de alejarse, pero el temor de despertar a su esposa se lo impidió, y al cabo apartóse de allí y salió, a la bri-

llante luz de la luna india, en busca de Channa, que le aguardaba ya con los caballos; montó en el suyo y emprendió la carrera.

Mientras cabalgaba en la oscuridad de la noche, seguido de Channa, le pareció que Mara, la Tentadora de la Humanidad, llenaba el firmamento y disputaba con él. "Vuélvete —le decía Mara— a ser rey, y yo te haré el más grande de los reyes. Si vas adelante, perecerás. Nunca dejaré de seguir tus huellas. Lujuria, malicia o cólera te harán traición cuando menos lo pienses; más pronto o más tarde serás mío".

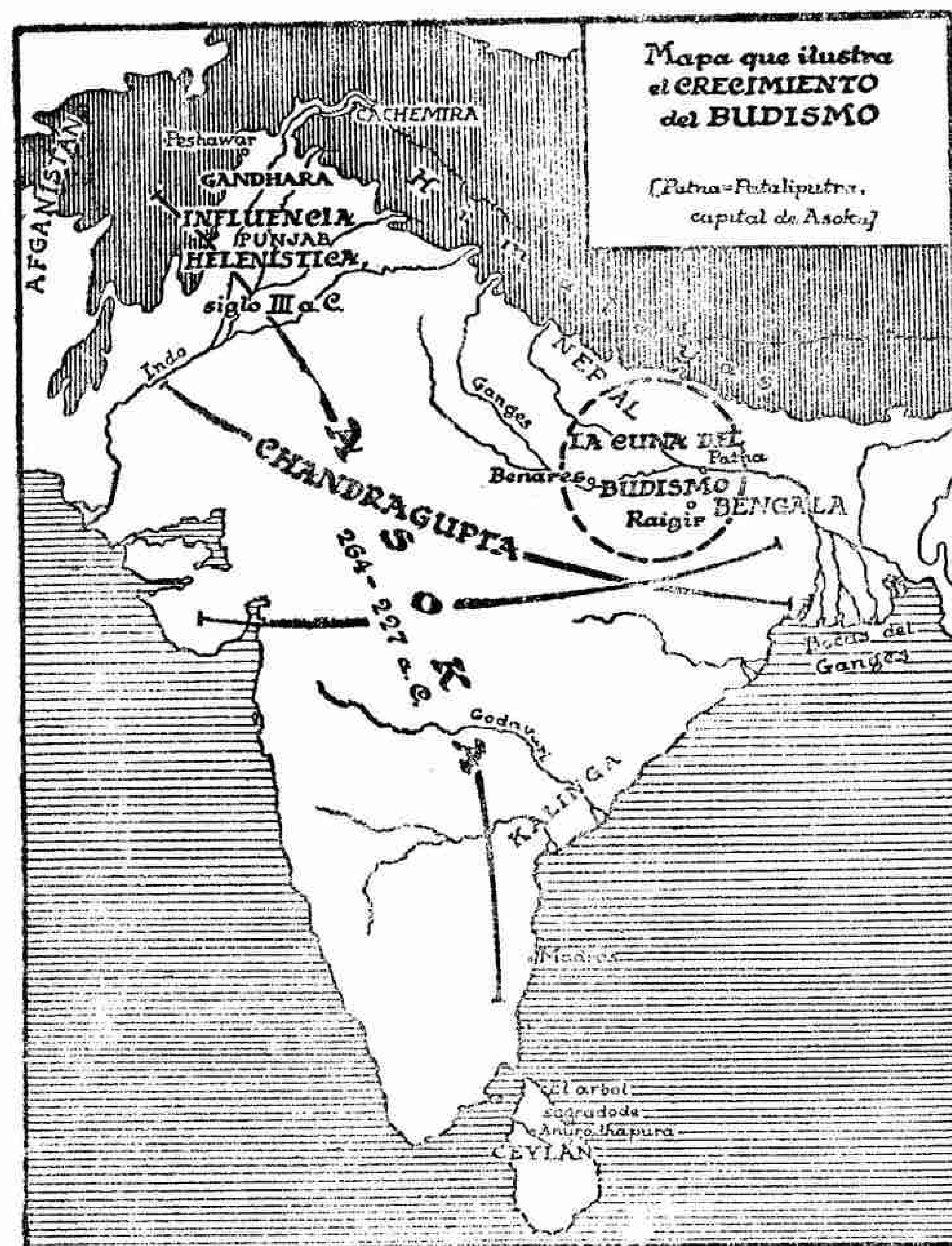
Mucho corrieron aquella noche, y de mañana detuviéronse fuera ya de las tierras de su clan, y echaron pie a tierra a orillas de un río arenoso. Cortóse allí con la espada los flotantes rizos, despojóse de todos sus ornamentos y los envió con su espada y su caballo a su casa, por mano de Channa. Siguiendo su camino, encontróse con un hombre harapiento y trocó vestiduras con él, y habiéndose deshecho así de todas las ataduras del mundo, se halló libre para emprender su persecución de la sabiduría. Encaminóse hacia el Sur, a una reunión de ermitaños y maestros, en una estribación de montañas que entraba por el Norte de Bengala, viniendo de los montes de Vindhya, cerca de la ciudad de Rajgir. Allí vivían en una madriguera de cuevas unos sabios varones, que iban a la ciudad en busca de sus sencillos alimentos, y enseñaban su saber de viva voz a los que iban a solicitarlo.

Tal instrucción hubo de ser muy semejante en su estilo a las discusiones socráticas que un par de siglos después habían de tener lugar en Atenas. Gautama llegó a ser muy versado en la metafísica de su tiempo. Pero las soluciones que le ofrecía no daban satisfacción a su aguda inteligencia.

Siempre tendió la mente india a creer que la fuerza y el saber pueden lograrse con el ascetismo extremado, con el ayuno, la vigilia y el tormento del cuerpo, y todo ello lo puso a prueba Gautama. Retiróse en compañía de cinco discípulos a la selva, y en una garganta de los montes de Vindya se entregó al ayuno y a terribles penitencias. Su fama se extendió "como el sonido de una gran campana, colgada del arco de los cielos" (1). Pero no le dió el sentimiento de la verdad conquistada. Un día paseábase arriba y abajo, tratando de pensar, no obstante su estado de debilidad. De pronto se tambaleó y cayó sin sentido. Cuando volvió en sí se le mostró claramente lo absurdo de tales caminos semimágicos para llegar a la sabiduría.

Llenos de asombro y horror dejó a sus cinco compañeros cuando le oyeron pedir el alimento ordinario y negarse a continuar en sus mortificaciones. Había comprendido que sea cual fuere la ver-

(1) La *Crónica Birmana*, citada por Rhys Davids.



dad que un hombre pueda alcanzar, mejor la alcanza con un cerebro bien nutrido en un cuerpo saludable. Concepto tal era absolutamente extraño a las ideas del país y del tiempo. Abandonáronle sus discípulos y se volvieron melancólicos a Benares. Cesó el estruendo de aquella gran campana. Gautama el admirable había perecido.

Por algún tiempo anduvo Gautama solo, como la figura más solitaria de la historia, luchando por encontrar la luz.

Cuando el entendimiento se aferra a un problema grande e intrincado, va en su avance haciéndose firme, hoy, en una posición, mañana, en otra, sin advertir apenas ganancia, hasta que de pronto, por efecto de una luz repentina, comprueba su victoria. Así parece que le sucedió a Gautama. Estaba sentado bajo un árbol ingente a la orilla de un río, dispuesto a comer, cuando le entró el sentimiento de aquella visión clara. Le pareció ver la vida sencilla. Se dice que permaneció sentado todo el día y toda la noche en profundos pensamientos, y que después se levantó para impartir su visión al mundo.

§ 2. *Lucha entre la doctrina y la leyenda*

Tal es, sencillamente, la historia de Gautama, resumida según comparación de textos primitivos. Pero los hombres vulgares necesitan maravillas y prodigios baratos.

Nada significa para ellos que este reducido planeta haya producido al cabo en su superficie un hombre que pensara en lo pasado y lo futuro, en lo esencial de la existencia. Así tenemos lo que un digno escriba pali afirmó, aprovechándolo todo:

"Cuando comenzó la lucha entre el Salvador del Mundo y el Príncipe del Mal, mil espantosos meteoros cayeron... Los ríos corrieron hacia sus fuentes; los picachos y las grandes montañas en las que desde tiempo inmemorial crecían árboles sin cuento, desplomáronse deshechos en tierra... el sol se envolvió en tinieblas espantosas y una hueste de espíritus sin cabeza llenó los aires" ([2]).

La historia no ha guardado testimonio de tales hechos. En lugar de ellos, sólo nos presenta la figura de un solitario que se encamina a Benares.

Se ha dedicado atención extraordinaria al árbol bajo el cual Gautama tuvo aquel sentimiento de clarividencia mental. Era un árbol del género higuera, y desde los primeros tiempos fué tratado con peculiar veneración. Llamósele el Arbol Bo. Ha perecido mucho tiempo ha, pero vive aún otro árbol próximo, quizá descendiente de aquél, y en Ceylán crece hasta hoy un árbol, el árbol histórico más antiguo del mundo, del que sabemos con certeza que brotó de un esqueje del Arbol Bo, plantado en 245 antes de J. C. Desde entonces acá ha estado cuidadosamente atendido y regado; unas columnas sostienen sus ramas mayores, y el suelo, en torno de él, ha sido terraplenado, para que continuamente pueda dar raíces nuevas. Nos ayuda a comprobar lo breve de toda humana historia el ver a tantas generaciones abarcadas

([2]) El *Madhuratha Vilasini*, citado por Rhys Davids.

por la resistencia de un solo árbol. Por desgracia, los discípulos de Gautama han cuidado más de la conservación de su árbol que de la conservación de su pensamiento, mal entendido y deformado desde el principio.

Buscó Gautama en Benares a sus cinco discípulos, aún entregados a la vida ascética. Cuentan los relatos la vacilación de ellos cuando le vieron acercarse. Era un apóstata. Pero había en él tal fuerza personal, que prevaleció sobre la frialdad de los otros, a los que hizo saber sus nuevas convicciones. Cinco días duró el debate. Cuando les convenció, por fin, de que era un iluminado, aclamáronle ellos por Buda. Existía por entonces en la India la creencia de que, con largos intervalos, la sabiduría tornaba a la tierra para ser revelada a los hombres por medio de un ser escogido, a quien llamaban Buda. Según la creencia india, hubo muchos Budas; Gautama Buda no es más que el último de la serie. Mas cabe dudar que él mismo aceptara aquel título o reconociera la teoría. En sus discursos nunca se da el nombre de Buda.

Con sus discípulos recuperados formó una especie de Academia en el Parque de los Ciervos, de Benares. Vivían en chozas que ellos mismos se construyeron y reunieron en torno a otros secuaces, hasta el número de sesenta o más. En la estación de las lluvias permanecían en aquel lugar, en sus pláticas, y en el tiempo seco dispersábanse por el país, dando cada cual su versión de las nuevas enseñanzas. Todo su magisterio se ejercía, parece ser, de viva voz. Es probable que en la India no se conociese aún la escritura. Hemos de recordar que en los tiempos de Buda, es dudoso que se hubiera empezado a escribir ni aun la *Iliada*. Probablemente no habría llegado aún a la India el alfabeto mediterráneo, base de la mayor parte de las escrituras indias. El maestro, pues, compuso estrofas breves y expresivas, aforismos y listas de "puntos", para que los discípulos las divulgaran en sus discursos. Les sirvió de mucho la numeración de dichos puntos y aforismos. La mente moderna tiende a impacientarse ante la inclinación de la India por un orden numérico de las cosas, la Senda de las Ocho Vueltas, las Cuatro Verdades, etc.; pero tal enumeración era una necesidad mnemónica en un mundo falto de documentos.

§ 3. *El Evangelio de Gautama Buda*

La enseñanza fundamental de Gautama, tal como se nos aparece hoy, sencillamente, gracias al estudio de las fuentes originales, es clara y simple, y muy en armonía con las ideas modernas. Está fuera de toda disputa el reconocimiento de una de las inteligencias más penetrantes que ha conocido jamás el mundo.

Poseemos casi con certeza los encabezamientos auténticos de sus discursos a los cinco discípulos, en que se encierra su doctrina esencial. Atribuye al amor propio insaciable todas las miserias y descontentos de la vida. Enseña que el sufrimiento se debe al anhelo individual, al tormento de los deseos codiciosos. Mientras un hombre no haya dominado toda suerte de anhelo personal, su vida será inquieta y triste su fin. El anhelo de la vida toma tres formas principales, y el mal está en las tres. La primera es el deseo de complacer a los sentidos, la sensualidad. La segunda, el deseo de la propia inmortalidad. La tercera, el deseo de prosperidad, el apego al mundo. Todas han de ser dominadas —es decir, que un hombre no ha de seguir viviendo para sí— antes de que pueda serenarse la vida. Pero una vez dominadas, cuando ya no rigen la vida del hombre, cuando el pronombre de primera persona se ha desvanecido en los pensamientos privados, llega a la más alta sabiduría, al Nirvana o serenidad del alma. Porque Nirvana no quiere decir, como creen muchos erróneamente, extinción, sino extinción de los designios personales fútiles que necesariamente hacen mezquina, lamentable o espantosa la vida.

Tenemos aquí, de fijo, el más completo análisis de la paz del alma. Toda la religión digna de tal nombre, toda filosofía, nos manda abandonarnos en algo más grande que nosotros mismos: "El que quiera salvar la vida, abandónela"; exactamente la misma lección.

La enseñanza de la historia, tal como la desarrollamos en este libro, concuerda estrictamente con esta enseñanza de Buda. No hay, como vemos, orden social, seguridad, paz o felicidad, no hay señorío ni reinado justo, como el hombre no se abandone en algo más grande que él mismo. El estudio de los progresos biológicos revela también con exactitud el mismo proceso: la fusión del estrecho globo de la experiencia individual en un ser más amplio (compárese con lo que se dijo en los capítulos XII y XVIII). Olvidarse de sí mismo por un interés mayor es como escapar de una cárcel.

La abnegación en cuanto a sí mismo ha de ser completa. Visto a la luz de Gautama, el temor de la muerte, el ansia de continuidad sin fin de la mezquina vida individual que arrastró a los egipcios y a los que aprendieron de ellos las propiciaciones y encantamientos en los templos, es cosa tan fea y tan mala como la lujuria, la avaricia o el odio. La religión de Gautama se opone de lleno a las religiones de "inmortalidad". Y su enseñanza se levanta como pedernal contra el ascetismo, como nueva tentativa de conseguir fuerza personal mediante dolores personales.

Pero cuando se pasa a la norma de la vida, la Senda Aria, por la cual escapamos del triple anhelo mezquino que deshonra la

vida del hombre, la enseñanza ya no es tan clara. No lo es por una razón manifiesta, porque Gautama no tuvo conocimiento ni visión de la historia; no tuvo sentimiento claro de la vasta y múltiple aventura de la vida, abierta al espacio y al tiempo. Su mente estuvo confinada en las ideas de su edad y de su pueblo, cuyo entendimiento estaba formado con nociones de retorno perpetuo, de mundo tras mundo, de Buda tras Buda, círculo estancado del universo. La idea de humanidad, como Hermandad inmensa, perseguidora de un destino infinito bajo el poder de un Dios de Justicia, la idea que alboreaba ya en la conciencia semítica, en Babilonia, por aquel tiempo, no existió en el mundo de Buda. Con todo, su exposición de la Senda de las Ocho Vueltas, dentro de aquellas limitaciones, es profundamente sabia.

Recapitulemos brevemente los ocho elementos de la Senda Aria. Lo primero, Buen Juicio; Gautama puso el austero examen de juicios e ideas, la insistencia en la *verdad*, como primer propósito de sus secuaces. Había que huir de supersticiones llamativas. Condenaba, por ejemplo, la extendida creencia en la transmigración de las almas. En un conocidísimo diálogo budista primitivo hay un análisis destructor de la idea de un alma individual duradera. Después del Buen Juicio, venía la Buena Aspiración; porque la naturaleza aborrece al vacío y como hay que expulsar los mezquinos deseos, hay que animar otros: amor en el servicio de los demás, deseo de hacer justicia y de protegerla, etcétera. El budismo primitivo y puro no tendía a la destrucción del deseo, sino al cambio de deseos. La devoción por la ciencia y el arte, o por el mejoramiento de las cosas, guarda manifiesta armonía con las Buenas Aspiraciones del budismo, con tal que estén libres de celos y de anhelo de fama. Buen Hablar, Buena Conducta y Buena Vida, no requieren aquí mayor extensión. En sexto lugar de la lista viene el Buen Esfuerzo, porque Gautama no consentía buenas intenciones y aplicación descuidada; el discípulo tenía que observar su actividad con agudos ojos críticos. El séptimo elemento de la Senda es la Buena Atención, guarda constante contra las caídas en el sentimiento o la gloria personal, por lo que se hace o se omite. Y finalmente viene el Buen Rapto, que parece tender contra los insubstanciales éxtasis del devoto, como el necio gloriarse, por ejemplo, de los que tañían el sistro alejandrino.

No discutiremos aquí la doctrina búdica del *Karma*, porque pertenece a un mundo del pensamiento que ya va pasando. Suponía que el bien o el mal determinaba en cada vida la felicidad o la miseria de otra subsiguiente que, de manera inexplicable, se identificaba con la anterior. Hoy estamos persuadidos de que las consecuencias de una vida son inacabables, pero no vemos necesidad de suponer que vuelva a empezar ninguna vida en concreto. La

idea del retorno cíclico llenaba la mente india: suponíase que todo volvía a empezar. Es suposición muy natural para hecha por hombres; así parece ser mientras no analizamos. La ciencia moderna nos ha explicado con claridad que no hay tal retorno exacto, como suponíamos; cada día es más largo que el precedente en una cantidad infinitesimal; no hay generación que copie rigurosamente la generación anterior; la historia nunca se repite; el cambio, lo comprendemos ahora es inagotable; todo es eternamente nuevo. Pero estas diferencias, entre nuestras ideas generales y las que hubo de poseer Buda, no pueden privarnos por ningún concepto de apreciar la sabiduría sin precedente, la bondad y la grandeza del plan de vida emancipada que Gautama asentó en el siglo VI antes de Cristo.

Y si en teoría no llegó a reunir todas las voluntades de los convertidos en una actividad multiforme de nuestra raza para pelear contra la muerte y la inercia en el tiempo y en el espacio, en la práctica encaminó su propia vida y la de todos sus discípulos inmediatos hacia una aventura progresiva, que había de predicar y extender la doctrina y los métodos del Nirvana, o serenidad del alma, por todo el mundo calenturiento. Para ellos, siquiera, la doctrina fué completa y perfecta. Pero no todos los hombres pueden predicar o enseñar; la doctrina no es más que una de las funciones vitales, justas por naturaleza. La mente moderna halla por lo menos igualmente admisible que un hombre pueda, luchando quizá con graves dificultades, cultivar la tierra, gobernar una ciudad, abrir caminos, construir casas, hacer máquinas o investigar y extender los conocimientos con perfecta serenidad y olvido de sí mismos. Todo ello era inherente a las enseñanzas de Gautama, pero se daba importancia principal a la enseñanza misma, y más bien por apartarse de los quehaceres ordinarios del hombre que por ennoblecerlos.

En otros respectos el budismo primitivo difería de todas las religiones que hemos considerado hasta aquí. Era primordialmente religión de conducta, no de observancia y sacrificio. No tenía templos, y como no tenía tampoco sacrificios, carecía de una orden sagrada de sacerdocio. No tenía tampoco teología. Jamás afirmó ni negó la realidad de los innumerables y a menudo grotescos dioses a que por entonces rendía culto la India. Pasó sin mirarlos.

§ 4. *El Budismo y Asoka*

Desde sus mismos comienzos, la nueva enseñanza fué mal entendida. Llevaba quizás inherente una corrupción. Como el mundo de los hombres carecía aún de todo sentimiento de un esfuerzo por vivir continuo y progresivo, fué muy fácil caer de la idea del renunciamiento de sí mismo en la idea del renunciamiento de la vida

activa. Como nos lo ha mostrado la experiencia del propio Gautama, es más fácil escapar de este mundo que de sí mismo. Sus primeros discípulos fueron pensadores y maestros vigorosos, mas era facilísimo caer en el apartamiento puramente monástico, particularmente cómodo en el clima de la India, donde es conveniente y agradable una extremada sencillez de vida, y más laborioso el esfuerzo que en otro lugar cualquiera del mundo.


Hariti (Pintura del Turquestán chino, S.VII a.C.)

Y desde muy pronto el hado de Gautama, como el de la mayor parte de los fundadores de religión, a contar de sus días, quiso que sus discípulos menos inteligentes, en sus esfuerzos por impresionar al mundo, le presentaran como a una maravilla. Ya hemos indicado que un devoto suyo no podía por menos de creer que el momento de la irradiación mental del maestro había de señalarse, necesariamente, por un paroxismo epiléptico de los elementos. Esto es una muestra no más de la enorme acumulación de prodigios vulgares que cayó pronto sobre la memoria de Gautama.

No cabe duda que para la gran multitud de los seres humanos, entonces y ahora, la sola idea de emancipación de sí mismo es muy difícil de concebir. Hasta es probable que entre los maestros enviados por Buda desde Benares, hubiera muchos que no la concibieran y, menos aún, fueran capaces de convencer a sus oyentes. Su enseñanza tomaría, naturalmente, el aspecto de salvación, no de sí mismo —porque a esta idea no llegaban—, sino de infortunios y sufrimientos en esta vida y después de ella. En las supersticiones existentes del pueblo, y especialmente en la idea de la transmigración del alma después de la muerte, aunque esta idea fuese contraria a la enseñanza genuina del maestro, encontraron un fondo de temor en que operar. Instaron al pueblo hacia la virtud, para

que no viviera luego en formas degradadas o miserables, o cayera en uno de los innumerables infiernos de tormento con que le habían familiarizado los maestros del brahmanismo. Representaban a Buda como el Salvador de tormentos casi ilimitados.

Parece que no haya límite en las mentiras con que los discípulos, honrados, pero estúpidos, tratan de glorificar al maestro y de lograr lo que juzgan éxito de su propaganda. Hombres que se avergonzarían de mentir en la vida ordinaria, se convierten en impostores y embusteros, sin escrúpulos, cuando se entregan a una labor de propagandistas: éste es uno de los absurdos más inexplicables de la naturaleza humana. Almas honradas, porque las más lo eran indudablemente, hablaban ya al auditorio de los milagros que concurrieron en el nacimiento de Buda —ya no le llamaban Gautama, nombre demasiado familiar—, de sus proezas juveniles, de las maravillas de su vida cotidiana, acabando con una especie de iluminación de su cuerpo en el momento de la muerte. Por supuesto, era imposible tener a Buda por hijo de padre mortal. ¡Le concibió milagrosamente su madre, soñando con un hermoso elefante blanco! Antes, él mismo, fué elefante maravilloso, con seis colmillos; generosamente se los regaló todos a un cazador necesitado, y hasta le dió auxilio para que se los aserrara. Y así sucesivamente.

Por añadidura, formóse en derredor de Buda una mitología. Se descubrió que era un Dios. Uno de la serie divina de los Budas. Hubo un inmortal "Espíritu de todos los Budas"; hubo una larga serie de Budas pasados y Budas (o Budisatvas) aún por venir. Pero no podemos entrar más en estas complicaciones de la teología asiática. "Por el influjo predominante de aquellas imaginaciones enfermizas, las enseñanzas de Buda se perdieron de vista casi por completo. Crecieron y florecieron las teorías; cada nuevo paso, cada nueva hipótesis, exigía otra; hasta el cielo se llenó totalmente de lo que forjaba el cerebro, y las lecciones más nobles y sencillas del fundador de la religión se apagaron ante una masa brillante de sutilezas metafísicas" (3).

En el siglo III antes de J. C. el budismo ganó en riqueza y poder, y los reducidos grupos de sencillas chozas en que los maestros de la Orden se recogían durante la estación de las lluvias cedieron el puesto a edificaciones monásticas importantes. A este período corresponden los comienzos del arte búdico. Si recordamos cuán reciente era aún la aventura de Alejandro, que todo el Punjab estaba sometido al yugo seleucida, que la India entera abundaba en aventureros griegos, y que todavía estaban abiertas las comunicaciones marítimas y terrestres con Alejandría, no nos maravillará el saber que aquel arte búdico primitivo tuvo carácter griego bien

(3) Rhys Davids: *Buddhism*

marcado, y que el nuevo culto alejandrino de Sérapis e Isis tuvo extraordinaria influencia en su desarrollo.

El reino de Gandhara, en la frontera Nordeste, cercano a Peshawar, que floreció en el siglo III antes de J. C., fué el lugar de cita típico de los mundos heleno e indio. Allí se encuentran las esculturas búdicas más antiguas, y mezcladas con ellas figuras en que se reconoce a Sérapis, Isis y Horus, ya cogidos por la red legendaria en que entró Buda. Indudablemente, los artistas griegos llegados a Gandhara se mostraban remisos a abandonar los temas familiares. Pero Isis, nos afirman, no es ya Isis, sino Hariti, diosa de la peste, convertida y trocada en bienhechora por Buda. Foucher sigue el rastro de Isis desde aquel centro hasta la China, pero allí intervienen otros influjos y el asunto se vuelve complejo en demasía para que lo desenredemos en este ESQUEMA (4). China tuvo una deidad Taoista, la Santa Madre, la Reina del Cielo, que tomó el nombre (masculino en su origen) de Kuan-yin y llegó a parecerse mucho en la figura a Isis. Las imágenes de Isis influyeron sin duda, por lo que vemos, en la manera de tratar las de Kuan-yin. Esta, como Isis, era también Reina del Mar, Stella Maris. En el Japón se le daba el nombre de Kwannon. Parece que hubo cambio constante de formas religiosas exteriores entre el Este y el Oeste. En los viajes de Huc leemos lo perplejos que se quedaron él y sus compañeros de misiones ante esta posesión de tradiciones de culto comunes. "El báculo —dice—, la mitra, la dalmática, la capa pluvial que llevan los Grandes Lamas en sus viajes o cuando celebran alguna ceremonia fuera del templo; el oficio con doble coro, la salmodia, los exorcismos, el incensario suspendido de cinco cadenas para abrirlo y cerrarlo a voluntad; la bendición de los Lamas, con la mano extendida sobre las cabezas de los fieles; el rosario, el celibato eclesiástico, el retiro espiritual, el culto de los santos, los ayunos, procesiones, letanías, el agua bendita, todas son analogías entre los budistas y nosotros" (5).


Imagen china de Kuan-Yin

(4) Véase R. F. Johnston: *Buddhist China.*
(5) Huc: *Travels in Tartary, Thibet and China.*

El culto y doctrina de Gautama, con algunas corrupciones tomadas del brahmanismo y del helenismo, lo extendió por la India una creciente multitud de maestros en los siglos IV y III antes de J. C. Por espacio de algunas generaciones, siquiera, conservó mucho de su grandeza moral y algo de la sencillez de su fase primera. Mucha gente sin comprensión intelectual para lo que significan la abnegación y el desinterés tiene, sin embargo, capacidad bastante para apreciar la esplendorosa realidad de ambas cualidades. El budismo primitivo produjo, ciertamente, vidas nobles, y la réplica latente de la nobleza no sólo la razón es quien la suscita en nuestro entendimiento. Se desarrolló, más bien que por las concesiones que hacía a la imaginación del vulgo, a despecho de ellas. Se desarrolló porque muchos budistas primitivos eran seres bondadosos y simpáticos, útiles, nobles y admirables, que movían a creer en la fe que los sostenía.

Muy a principio de su carrera, el budismo tuvo que chocar con las pretensiones crecientes de los brahmanes. Según dijimos, esta casta sacerdotal estaba todavía, en los tiempos de Buda, luchando por dominar la vida india, y había logrado ya muchas ventajas. Monopolizaba la tradición y los sacrificios religiosos. Pero el desarrollo de la majestad real desafiaba a su poder, pues los hombres que llegaron a jefes de clan, o reyes, no solían pertenecer a la casta brahmánica.

La realeza ganó en ímpetu cuando persas y griegos invadieron el Punjab. Mencionamos ya el nombre del rey Poro, que, a pesar de sus elefantes, fué vencido por Alejandro, que le hizo sátrapa suyo. Llegó también al campamento griego sobre el Indo cierto aventurero llamado Chandragupta Maurya, a quien los griegos llamaron Sandracotos, con un plan de conquista del país del Ganges. No lo recibieron bien los macedonios, que se rebelaban contra la idea de internarse en la India, y Chandragupta tuvo que huir. Anduvo recorriendo las tribus de la frontera Noroeste, se aseguró su apoyo, y cuando partió Alejandro dominó el Punjab desalojando a los representantes macedonios. Conquistó luego el país del Ganges (321 antes de J. C.), movió una guerra afortunada (303 antes de J. C.) contra Seleuco I cuando éste intentó recuperar el Punjab, y consolidó así un gran imperio que por las llanuras septentrionales de la India, iba del mar occidental al mar de Oriente. Y también el rey Chandragupta chocó de igual manera con el poderío creciente de los brahmanes, choque entre la corona y el sacerdocio que vimos ya en Babilonia, en Egipto y en China. Viendo en la naciente doctrina del budismo un aliado contra el predominio de los sacerdotes y de las castas, sostuvo y dotó la Orden búdica y dió apoyo a sus enseñanzas.

Sucedióle su hijo, que conquistó a Madrás, y a quien sucedió luego Asoka (264 a 227 antes de J. C.), uno de los grandes monarcas de la Historia, cuyos dominios se extendieron desde el Afganistán hasta Madrás. Es el único monarca militar de quien se recuerda que abandonó la guerra después de la victoria. Había invadido Kalinga (255 antes de J. C.), país extendido a lo largo de la costa oriental de Madrás, quizá con el intento de terminar la conquista de la extremidad de la península india. La expedición fué afortunada, pero a él le entró repugnancia por las crueldades y horrores que le hizo ver la guerra. Declaró, en inscripciones que todavía subsisten, que ya no intentaría conquistar por medio de la guerra, sino por medio de la religión, y el resto de su vida lo consagró a extender por el mundo el budismo.

Parece que rigió su vasto imperio pacífica y hábilmente. No fué un mero fanático de la religión. En el año de su sola y única guerra se unió a la comunidad búdica en calidad de lego, y pocos años después obtuvo la plenitud de miembro de la Orden y se consagró a alcanzar el Nirvana por el Sendero de las Ocho Vueltas. Cuán enteramente compatibles fueron su manera de vivir con los actos más útiles y benéficos, nos lo muestra su vida. Mandó alumbrar manantiales, plantar árboles de sombra en toda la India. Nombró dignatarios que organizaran obras caritativas. Fundó hospitales y jardines públicos. Hizo jardines a propósito para la producción de hierbas medicinales. De haber tenido un Aristóteles que le inspirara, hubiera dotado al mundo, sin duda, de grandes organismos de investigación científica. Creó un ministerio que velara por los aborígenes y las razas sometidas. Dictó medidas para la educación de la mujer. Fué el primer monarca que intentó educar a su pueblo en un sentimiento común de los fines y de los medios de la vida. Hizo amplios beneficios a las Ordenes budistas de enseñanza, y trató de estimular en ellas en el mejor estudio de su literatura propia. Por todo el país puso largas inscripciones ensalzando las enseñanzas de Gautama, sus enseñanzas simples y humanas, sin las tardías desviaciones. Treinta y cinco inscripciones de éstas se han conservado hasta hoy. Además, envió misioneros que extendieran por el mundo las nobles y razonables enseñanzas de su maestro a Cachemira, Ceylán, a los Seleucidas y a los Ptolomeos. Una de estas misiones llevó a Ceylán el esqueje del Arbol Bo, según antes dijimos.

Durante veintiocho años Asoka trabajó de manera sana por las verdaderas necesidades de los hombres. Entre los cientos de miles de nombres regios que se apiñan en las columnas de la historia, majestades, gracias, serenidades, altezas reales, etc., el nombre de Asoka resplandece, y resplandece casi solo como una estrella. Su nombre recibe todavía honores del Volga al Japón. La China,

el Tibet y la propia India, aunque haya abandonado su doctrina, guardan la tradición de su grandeza. Hoy son afectos a su memoria más hombres vivos que los que oyeron jamás los hombres de Constantino o Carlomagno.

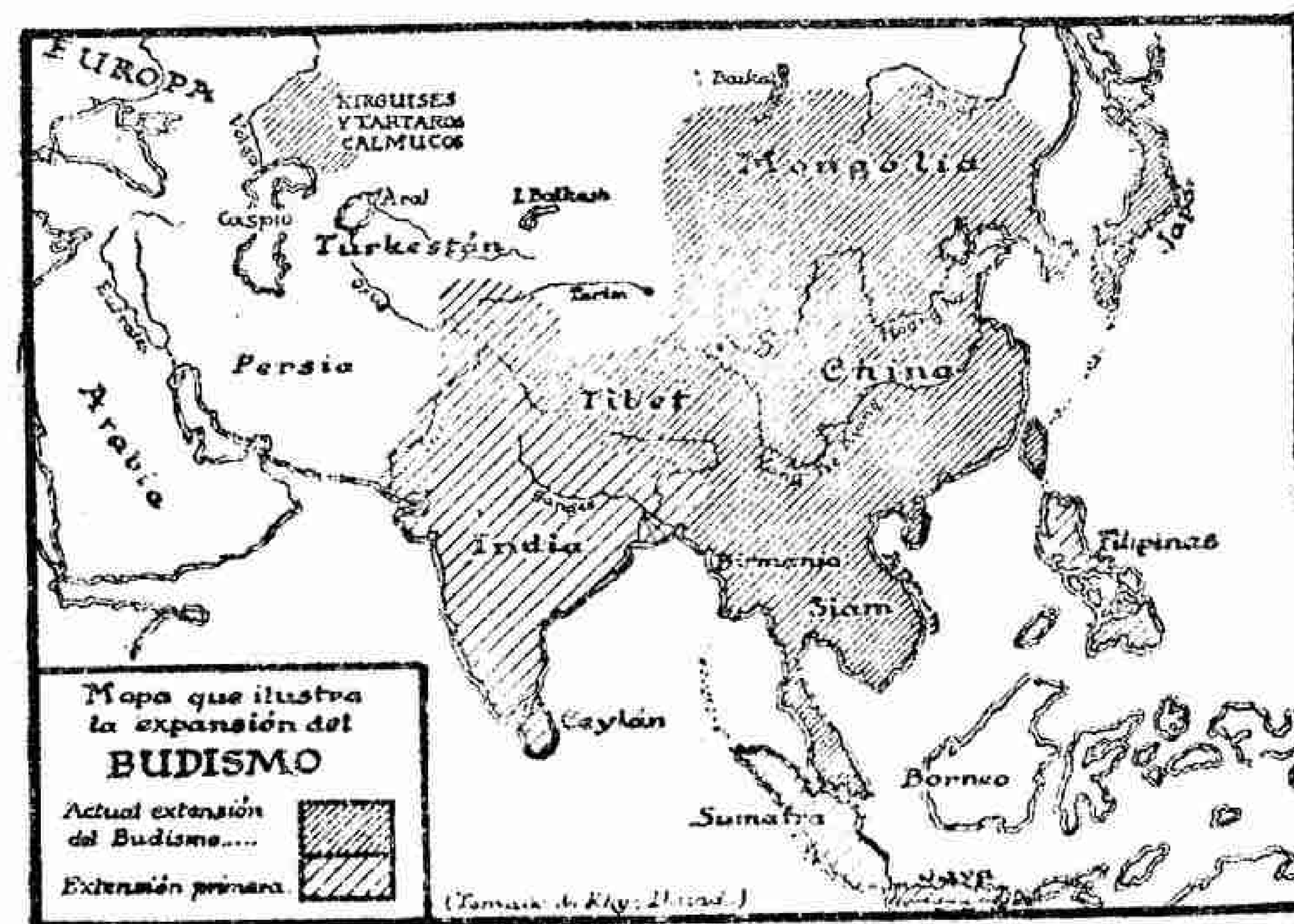
§ 5. *Dos grandes maestros chinos*

Se ha llegado a pensar que los amplios beneficios de Asoka acabaron por corromper el budismo, atrayendo a la Orden gran número de adeptos mercenarios y faltos de sinceridad; pero no cabe dudar que su rápida propagación por Asia debióse en gran parte a los estímulos de aquél.

Abrióse camino hasta el Asia Central por el Afganistán y el Turkestán, y así llegó a la China. Las enseñanzas búdicas se habían extendido ampliamente por la China con anterioridad al año 200 antes de J. C. El budismo encontróse allí con una religión popular y predominante, el taoísmo, desarrollo de una magia muy antigua y primitiva con prácticas ocultas. Chang Daoling, en tiempos de la dinastía Han, lo reorganizó como culto distintivo. Tao quiere decir Vía, y corresponde muy de cerca al pensamiento de la Senda Aria. Ambas religiones desarrolláronse simultáneamente y pasaron por cambios similares, de tal modo, que hoy se parecen mucho en sus prácticas externas. El budismo encontróse también con el Confucianismo, menos teológico todavía y más semejante a un código de conducta personal. Y por último, tropezó con las enseñanzas de Lao-Tse, "anarquista, evolucionista, pacifista y filósofo-moral" ([6]), que tenían más de norma filosófica para la vida que de religión. Las enseñanzas de Lao-Tse fueron incorporadas más tarde a la religión taoista por Chen Tuan, fundador del taoísmo moderno.

Confucio, el fundador del Confucianismo, como el gran maestro meridional Lao-Tse y como Gautama, vivió en el siglo VI antes de J. C. Hay en su vida paralelismos interesantes con la de algunos filósofos griegos de los siglos V y IV, de los más políticos. El siglo VI antes de J. C. corresponde al período asignado por los historiadores a la dinastía Chow; pero en aquellos tiempos el poder de la dinastía era ya poco más que un poder nominal; el emperador dirigía los sacrificios tradicionales como hijo del cielo, y se le tributaban ciertos respetos formales. Su mismo imperio nominal no alcanzaba a la sexta parte de la China de hoy. Echamos ya en el capítulo XVI una ojeada a la situación de China en este tiempo; virtualmente, era una multitud de Estados en guerra abiertos a los bárbaros septentrionales. De uno de aquellos Estados, el de Lu, fué súbdito Confucio, hombre de cuna aristocrática, aunque pobre; y

([6]) S. N. Fu.



después de ocupar varias posiciones oficiales fundó en Lu una especie de academia para la investigación y la enseñanza de la sabiduría. Vemos también a Confucio viajar por la China, de un Estado en otro, buscando príncipe que quisiera tomarle por consejero para constituirse en centro de un mundo reformado. Platón, dos siglos más tarde, exactamente con el mismo ánimo, fué inspirador del tirano Dionisio de Siracusa, y ya hemos reparado en la actitud de Aristóteles e Isócrates con respecto a Filipo de Macedonia.

La enseñanza de Confucio se reconcentró en una idea de noble vivir incorporada en una norma o ideal: en el Aristócrata. Esta determinación se ha entendido algunas veces en el sentido de "persona superior"; pero los términos "superior" y "persona", como los de "respetable" y "decente", se han convertido en palabras de abuso semihumorístico, y no casa aquella traducción con el carácter del Confucianismo. Ofreció a su tiempo el ideal de un hombre público devoto, con un aspecto público importantísimo para él. Tuvo más de pensador político constructivo que Gautama o Lao Tse. Su pensamiento estaba imbuído por las condiciones de su país, y con el propósito de suscitar una clase noble se fijó principalmente en el Aristócrata. Citaremos aquí un proverbio suyo: "Es imposible apartarse del mundo y asociarse con los pájaros y demás animales que carecen de afinidad con nosotros. ¿Con quién



DEIDADES DE LA INDIA

he de asociarme sino con los hombres que sufren? El desorden que prevalece es lo que requiere mis esfuerzos. Si gobernaran el reino principios justos, no tendría yo necesidad de modificar su constitución".

La base política de su enseñanza parece característica de las ideas morales chinas; hay en ellas más referencias al Estado que en casi todas las doctrinas morales y religiosas de la India y de Europa. Fué por algún tiempo magistrado en Chung-Tu, ciudad del ducado de Lu, y allí se dedicó a regular muy minuciosamente la vida, y, para decir verdad, a someter toda acción y relación a las normas de una complicada etiqueta. "El ceremonial en todos sus detalles, tal como lo vemos sólo en las cortes de los que gobiernan y en las mansiones de los altos dignatarios, se hizo obligatorio para el pueblo en general, y todos los eventos de la vida ordinaria sometiéronse a rígida reglamentación. Hasta se reguló el alimento que correspondía a las diferentes clases de personas; hombres y mujeres había de ir separadamente por las calles; el espesor mismo de los ataúdes y la forma y situación de la sepultura fueron objeto de reglas" (7).

Todo esto, como suele decirse, es muy chino. No hay pueblo que haya buscado el orden moral y la estabilidad social por el camino de las buenas maneras. En China, sea como fuere, los métodos de Confucio han conseguido efectos enormes, y no hay nación en el mundo actual que tenga tradiciones universales de decoro y dominio de sí como ella las tiene.

(7) Hirth: *The Ancient History of China.*

Minada más tarde la influencia de Confucio cerca de su príncipe, se retiró de nuevo a la vida privada.

La muerte de los discípulos que más prometían le amargó los últimos años. "No hay gobernante inteligente —decía— que me llame por maestro suyo, y tiempo es ya de que muera..."

Pero murió para vivir. Dice Hirth: "No cabe dudar que Confucio alcanzó mayor influencia en el desarrollo del carácter nacional chino que muchos emperadores juntos. Por esto es una de las figuras esenciales que cumple considerar en conexión con toda la historia china. En mi opinión, tan extenso influjo sobre su país se debe más a las peculiaridades del país mismo que a su propia personalidad. De haber vivido en otra parte cualquiera del mundo, su nombre estaría ya tal vez olvidado. Según hemos visto, su carácter y su concepto personal de la vida del hombre formáronse en el cuidadoso estudio de documentos íntimamente relacionados con la filosofía moral cultivada por generaciones más antiguas. Lo que predicó a sus contemporáneos no era, pues, nuevo del todo para ellos; pero como él había oído, al estudiar las memorias antiguas, la voz profunda de los sabios del tiempo que fué, se hizo, por decirlo así, resonador fonográfico que vino a expresar a la nación los puntos de vista deducidos por él del desarrollo primitivo de la nación misma... La gran influencia de la personalidad de Confucio en la vida nacional de la China debióse, no sólo a sus escritos y enseñanzas registradas por otros, sino también a sus hechos. Su carácter personal, tal como lo describen sus discípulos y los relatos de cronistas posteriores, algunos de los cuales son, de fijo, enteramente legendarios, ha venido a ser norma para millones de seres propensos a imitar las maneras exteriores de un hombre grande... Cuanto hacía en público estaba regulado por el ceremonial hasta el más minucioso detalle. No era invención suya, puesto que la vida ceremoniosa cultivábase desde muchos siglos antes de Confucio; pero su autoridad y ejemplo sirvieron de mucho para perpetuar las prácticas sociales que él juzgaba convenientes".

Los chinos llaman las Tres Enseñanzas al Budismo y a las doctrinas de Lao-Tsé y Confucio. Juntos constituyen la base y punto de partida de todo el pensamiento chino ulterior. Su acabado estudio es preliminar necesario para el establecimiento de toda verdadera comunidad intelectual y moral entre el gran pueblo de Oriente y el mundo occidental.

Hay ciertas cosas comunes entre los tres maestros, de los cuales Gautama fué, sin disputa, el más grande y profundo, cuyas doctrinas siguen dominando hasta hoy el pensamiento de la gran mayoría de los seres humanos; hay ciertas manifestaciones en que las enseñanzas aparecen opuestas a los pensamientos y sentimientos que pronto iban a adueñarse del mundo occidental. En primer lugar son

doctrinas personales y tolerantes; son las doctrinas de un Camino, de una Senda, de una Nobleza, y no doctrinas de una iglesia o gobierno general. Y nada se ve en ellas en pro o en contra de la existencia y el culto de los dioses habituales. Es de notar que los filósofos atenienses tenían exactamente el mismo despego teológico; Sócrates mostrábase propicio a inclinarse cortésmente y a ofrecer sacrificios formales ante casi cualquier divinidad, reservándose sus pensamientos privados. Esta actitud es visiblemente antagónica del estado de espíritu que iba formándose en las comunidades judías de Judea, Egipto y Babilonia, en que el pensamiento de un Dios único era primero y principal. Ni Gautama, ni Lao-Tsé, ni Confucio tuvieron sospecha ninguna de la idea de un Dios *celoso*, de un Dios que no quisiera otros dioses, de un Dios de Verdad Terrible, que no toleraría engañosas creencias de magia, brujería o costumbres antiguas, ni sacrificio ninguno ante un dios-rey, ni juego ninguno con la severa unidad de las cosas.

§ 6. *Corrupción del Budismo*

La intolerancia del espíritu judío conservó su fe esencial clara y limpia. El desdén teológico de los grandes maestros orientales, que ni asentían ni negaban, permitió, por otra parte, que desde el principio fueran elaborándose explicaciones y mescolanzas de ritos. Exceptuada la insistencia de Gautama sobre las Buenas Opiniones, que fácilmente se desdeñó, ni el budismo, ni el taoísmo, ni el confucianismo tuvieron en sí elementos de autopurificación. No hubo prohibición efectiva de prácticas supersticiosas, evocación de espíritus, encantamiento, prosternaciones y cultos suplementarios. El proceso de encostradura empezó en un período muy primitivo y siguió adelante. Cada nueva fe tomaba casi todos los achaques de las religiones corrompidas que intentaba substituir; se apoderaba de sus ídolos y de sus templos, de sus altares y de sus incensarios.

El Tibet es hoy un país budista; pero si Gautama volviese a la tierra, podría recorrer el Tibet de punta a punta, y en vano buscaría sus enseñanzas. Se encontraría con el tipo más antiguo de gobernante humano, con un dios rey, entronizado: con el Dalai Lama, con el "Buda viviente". ¡Hallaría en Lhassa un templo imponente, lleno de sacerdotes, abades y lamas —él, que sólo tuvo chozas por edificios y no ordenó sacerdote alguno—, y sobre un altar elevado, contemplaría un ingente ídolo de oro, al que oiría llamar "Gautama Buda"! Asistiría a los oficios que se entonan ante su divinidad, y escucharía, a manera de cantos, ciertos preceptos que le serían profundamente familiares. En aquellos asombrosos ritos participarían las campanas, el incienso, las prosternaciones. En un momento dado, sonaría una campana, se levantaría en alto

un espejo y la congregación entera, sobrecogida y reverente, se inclinaría hasta el suelo...

En este país budista y campesino descubriría cierto número de maquinitas curiosas, sus molinitos de viento o de agua, en los que están escritas unas breves oraciones. Cada vuelta que dan, le dirían, vale por una oración. "¿A quién?", preguntaría. Además,



DEIDADES DE LA INDIA

vería buen número de astas con hermosas banderas de seda, y en ellas esta enigmática inscripción: *Om Mani padme hum*, "la joya está en el loto". Cuando la bandera tremola, le dirían, es también una plegaria, muy beneficiosa para el que costeó la bandera y para el país en general. Cuadrillas de obreros, empleados por personas piadosas, recorrerían el campo grabando en rocas y piedras la preciosa fórmula. ¡Y aquél, al cabo lo comprendería, era el mundo creado por su religión! Bajo tan brillantes oropeles está sepultada la Senda Aria, la serenidad del alma.

Ya hemos señalado la falta de toda idea progresiva en el budismo de los comienzos. En esto contrasta también con el judaísmo. La idea de Promesa dió al judaísmo una cualidad no vista en las religiones precedentes o contemporáneas; hizo dramático e histórico al judaísmo. Justificó su feroz intolerancia, dándole un punto a que tender. A despecho de la verdad y profundidad que en lo psicológico ofrecía la enseñanza de Gautama, el budismo se estancó y corrompió por falta de idea directiva. El judaísmo, hay que confesarlo, en sus primeras fases apenas penetró en las almas de los hombres; los dejó que siguieran siendo sensuales, avaros,

mundanos o supersticiosos; pero persuadido por una promesa y por un mandato divino para servir a los fines de Dios, mantúvose, en comparación con el budismo, brillante y expectante, como una espada cuidadosamente limpia.

§ 7. *Importancia actual del Budismo*

El budismo floreció durante algún tiempo en la India; pero el brahmanismo, con su multitud de dioses y su inacabable variedad de cultos, floreció constantemente a su lado y la organización de los brahmanes fué haciéndose cada vez más poderosa hasta que por fin estuvo en disposición de volverse contra aquel culto que negaba las castas y arrojarlo de la India. No hemos de contar aquí la historia de esta lucha; hubo persecuciones y reacciones; pero hacia el siglo XI, el budismo se había extinguido en la India, salvo en Orissa. Mucha parte de su amabilidad y caridad habíase, empero, incorporado al brahmanismo.

En grandes extensiones del mundo subsiste el budismo hasta hoy; y es muy posible que, al contacto de la ciencia occidental e inspiradas por el espíritu de la historia, las enseñanzas originarias de Gautama, renacidas y purificadas, desempeñen todavía papel importante en la dirección de los destinos humanos.

Pero con la pérdida de la India, la Senda Aria cesó de regir la vida de los pueblos arios. Es curioso advertir que, mientras la única gran religión aria se ve hoy confinada casi exclusivamente en los pueblos mongólicos, los arios están bajo el imperio de dos religiones: cristianismo e islamismo, que son, sabido es, esencialmente semíticas. Y tanto el budismo como el cristianismo, emplean vestiduras rituales y fórmulas que parecen derivarse, por los canales helenísticos, de aquella tierra de templo y sacerdocio, de Egipto y de la mentalidad de los atezados pueblos camitas.

XXVII

LAS DOS REPUBLICAS OCCIDENTALES

§ 1. *El origen de los latinos*

AHORA es necesario entrar en la historia de las dos grandes Repúblicas del Mediterráneo Occidental, Roma y Cartago, y referir cómo vino a ser Roma, por espacio de algunos siglos, un imperio mayor aún que el comprendido por las conquistas de Alejandro. Pero el nuevo imperio, según intentaremos demostrar, tuvo una estructura política profundamente distinta por su naturaleza de las de cuantos imperios orientales le habían precedido. Los siglos últimos habían introducido grandes mudanzas en la textura de la sociedad humana y en las condiciones de relación social mutua.

La flexibilidad y transferibilidad de la moneda fué convirtiéndose en una fuerza y, como toda la que va a manos inexpertas, es un peligro para los asuntos de la humanidad. Iba alterando las relaciones de los ricos con el Estado y con sus conciudadanos más pobres. El nuevo imperio, el romano a diferencia de los precedentes, no fué creado por un gran conquistador. No hay en sus manantiales un Sargón, Thutmosis o Nabucodonosor, un Ciro, Alejandro o Chandragupta. Una república lo hizo. Nació por una especie de necesidad, de fuerzas concentradas y unificadoras, que poco a poco fueron aumentando en sí los humanos poderes.

Pero será preciso antes dar alguna idea del estado de cosas en Italia en los siglos que precedieron inmediatamente a la aparición de Roma en la historia del mundo.

Con anterioridad a 1200 antes de J. C., es decir, a la formación del imperio asirio, al sitio de Troya y a la destrucción final de Cnossos, pero después de los tiempos de Amenofis IV, Italia, como España, estaba probablemente habitada aún, en grado principal, por hombres blancos de tez morena pertenecientes a la raza más fundamental ibera o mediterránea. Esta población aborigen sería, es lo más probable, escasa y atrasada. Pero ya en Italia, como en Grecia, iban entrando los arios. Hacia el año 1000 antes de J. C. los inmigrantes procedentes del Norte se hallaban establecidos en la parte septentrional y central de Italia, y lo mismo que en Grecia se habían cruzado en matrimonio con sus predecesores de

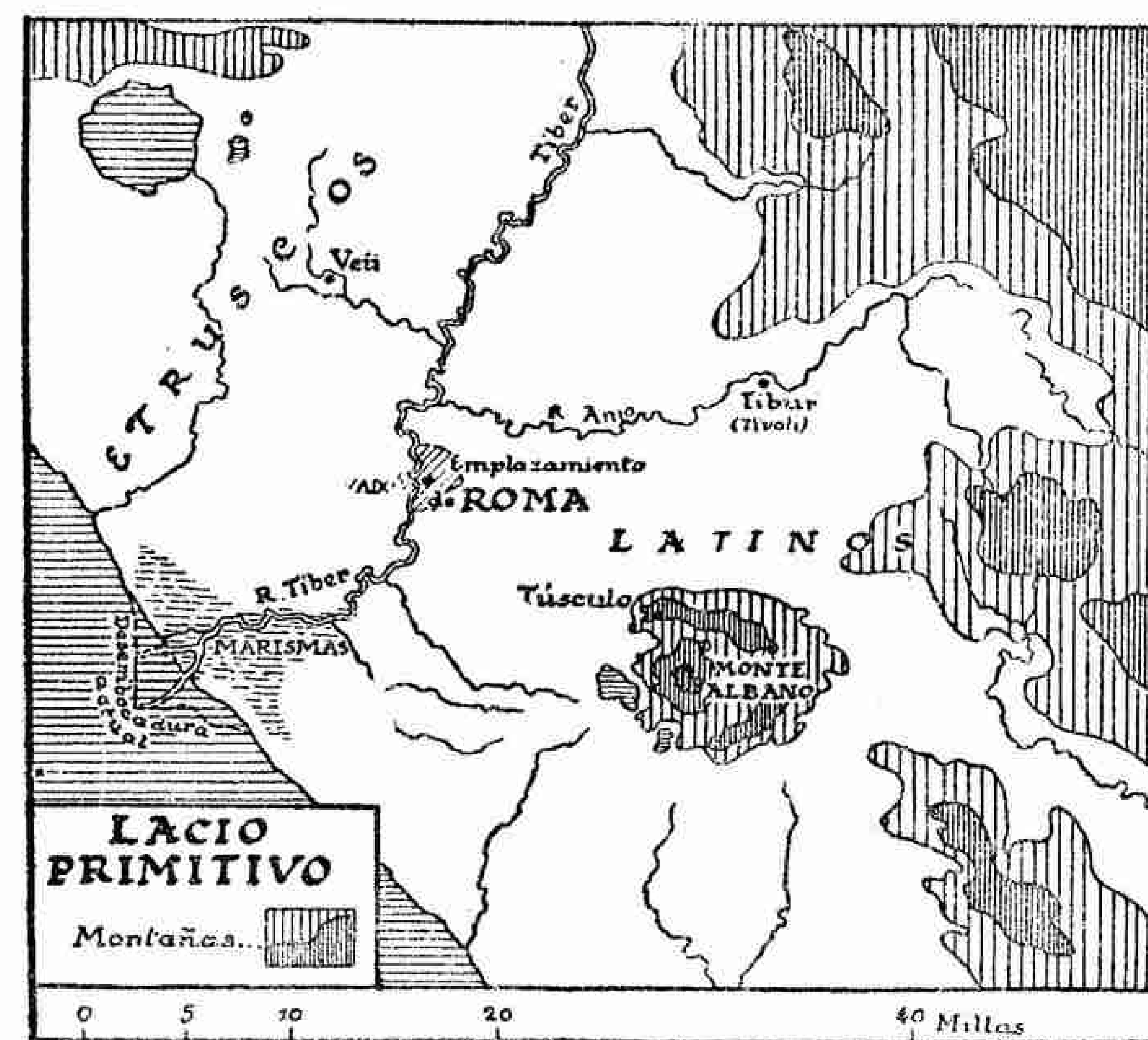
tez más oscura y formado un grupo de lenguas arias, el itálico, más afín al celta (gaélico) que a otro alguno, en el cual era la más interesante, desde el punto de vista histórico, la hablada por las tribus latinas de las orillas Sur y Este del río Tiber. Entretanto, los griegos habían ido estableciéndose en Grecia, y pasando la mar poblaban la Italia del Sur y Sicilia y se asentaban en ellas. Subsiguientemente establecieron colonias a lo largo de la Rivière fran-



cesa, y fundaron a Marsella en el emplazamiento de una antigua colonia fenicia. Otro pueblo interesante llegó también a Italia por mar. Era un pueblo moreno y vigoroso, a juzgar por las pinturas que nos ha dejado de sí; probablemente una tribu de los blanco-atezados egeos arrojados de Grecia, del Asia Menor y de las islas intermedias por los griegos. Ya se habló antes de Cnossos y del establecimiento de sus afines los filisteos en Palestina. Los etruscos, como se les llamó en Italia, pasaron, aun en tiempos antiguos, por asiáticos de origen, y es tentadora, aunque no se tengan muchas probabilidades de justificarla, la conexión de esta tradición con la *Eneida*, epopeya del poeta latino Virgilio, en que se adscribe la civilización latina a los inmigrantes troyanos procedentes del Asia Menor. (Pero los troyanos es muy posible que fueran arios también, aliados de los frigios). Los etruscos conquistaron la mayor parte de Italia al Norte del Tiber, arrebatándosela a las tribus arias dispersas por el país. Probablemente los etruscos gobernaron a una

población itálica sometida, cambiando así papeles con Grecia, en que los arios dominaban.

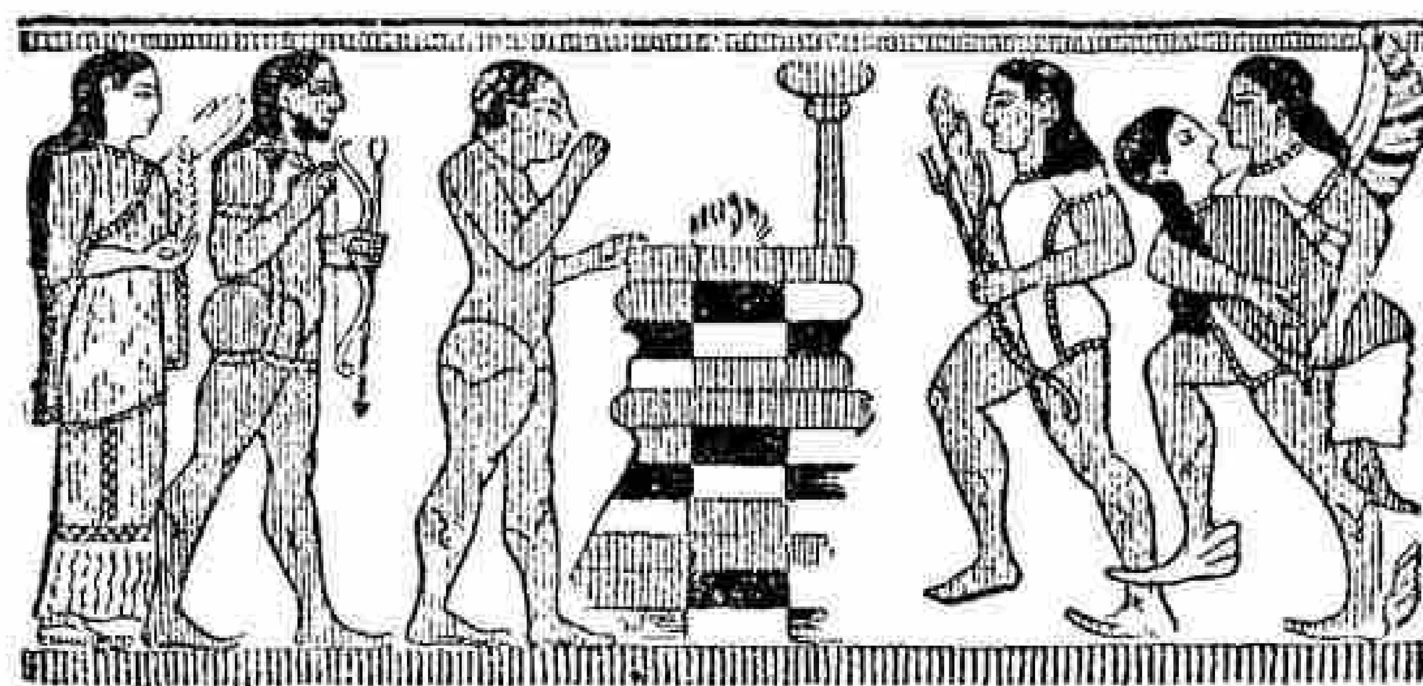
De cuantos pueblos se reunieron en Italia, el etrusco era el más civilizado. Edificó sólidas fortalezas en el tipo arquitectónico micenio; conoció la industria de los metales; hizo uso de cerámica finísima importada de Grecia. Las tribus latinas de la otra ribera del Tiber eran, comparadas con los etruscos, tribus bárbaras.



Los latinos eran aún rudos agricultores. El centro de su culto estaba en el templo de un dios de tribu, Júpiter, en el monte Albano. Allí se reunían para celebrar sus fiestas principales, de modo muy parecido al que imaginamos en Avebury con respecto a las poblaciones primitivas. Aquel punto de reunión no era una ciudad, sino un lugar sagrado sin población permanente. Doce comunidades, sin embargo, formaban la liga latina. En determinado lugar del Tiber existía un vado por el que se hacía el comercio entre latinos y etruscos. Allí tuvo su comienzo Roma. En el vado reuníanse los comerciantes, y los fugitivos de las doce ciudades encontraban acogida y quehacer en aquel centro comercial. Sobre las siete colinas

próximas al vado fué alzándose cierto número de establecimientos que acabaron por fundirse en ciudad.

Casi todos conocen la historia de los dos hermanos Rómulo y Remo, fundadores de Roma, y la leyenda de su abandono de recién nacidos y de los cuidados y lactancia que le dió una loba. Los historiadores modernos dan hoy al cuento valor escaso: Se da la fecha de 753 antes de J. C. como año de la fundación de Roma; mas cerca del foro romano hay tumbas etruscas mucho más anti-



Pintura etrusca de una ceremonia de cremación de cadáver.

guas, y el llamado sepulcro de Rómulo ostenta una inscripción etrusca indescifrable.

La península itálica no era entonces la tierra sonriente de viñedos y olivos que fué más tarde. Era todavía un áspero país de pantanos y selvas, en que los agricultores apacentaban sus ganados y hacían sus cortas. Roma, en los límites de latinos y etruscos, no estaba en fuerte posición defensiva. En los comienzos tendría quizá reyes latinos y luego parece ser que la ciudad cayó en manos de jefes etruscos, cuyo comportamiento tiránico fué al cabo motivo de su expulsión, convirtiéndose Roma en república de lengua latina. Los reyes etruscos fueron arrojados de Roma en el siglo VI antes de Jesucristo, cuando los sucesores de Nabucodonosor regían a Babilonia con la tolerancia de los medas, y Confucio iba buscando un rey que reformara el desorden de China, y Gautama predicaba la Senda Aria a sus discípulos de Benares.

No entraremos aquí en pormenores acerca de la lucha entre romanos y etruscos. Estaban éstos mejor armados; eran superiores en civilización y más numerosos, y probablemente lo hubieran pasado mal los romanos si hubiesen tenido que pelear solos. Pero los etruscos padecieron dos desastres que los debilitaron en tal manera, que sus enemigos pudieron dominarlos al fin. El primer desastre fué la guerra con los griegos de Siracusa, en Sicilia, los cuales destruyeron la flota etrusca (474 antes de Jesucristo), y el

segundo una gran incursión de los galos en el Norte de Italia. Invadieron éstos la Italia septentrional y ocuparon el valle del Po a fines del siglo V antes de J. C., como un par de siglos más tarde habían de invadir otros galos Grecia y Asia Menor para establecerse en Galacia. Así quedaron los etruscos presos entre la espada y la pared, y después de una guerra larga e intermitente los romanos tomaron a Veii, fortaleza etrusca situada a pocas millas de Roma, que hasta entonces había sido para ellos una amenaza y una molestia constante.

A este período de lucha contra los monarcas etruscos, los Tarquinos, refiérense los *Cantos de Roma*, de Macaulay, familiares a todo estudiante inglés.

Pero la invasión de los galos fué una convulsión de esas que, una vez pasadas, no dejan en las naciones nada en el lugar que ocupó. Avanzaron en sus correrías por la península itálica, devastando toda Etruria. Tomaron y saquearon a Roma (390 antes de J. C.). Según las leyendas romanas —no admitidas sin dudas—, la ciudadela del Capitolio se resistió, y también los galos hubieran conseguido tomarla por sorpresa, de noche, a no ser por unos gansos que, alarmados por su cauteloso movimiento, armaron tal estrépito que despertaron a la guarnición. Después, los galos, mal provistos para emprender un asedio, y quizá con enfermedades en su campo, se dejaron comprar y se volvieron hacia el Norte, y aunque hicieron ulteriores correrías, no llegaron más hasta Roma.

Breno se llamaba el jefe galo que saqueó a Roma. De él se dice que, cuando se estaba pesando el oro del rescate, como surgiese cierta disputa en cuanto a lo justo del contrapeso, echó su espada en el platillo diciendo: *Voe victis!* (¡Ay de los vencidos!), frase que ha pesado después, hasta hoy, sobre todo rescate e indemnización.

Medio siglo después de esta experiencia, Roma veíase empeñada en una serie de guerras para ponerse a la cabeza de todas las tribus latinas. Porque el incendio de la ciudad principal, antes parece haber estimulado que encogido sus energías. Mucho tuvo que sufrir; pero más sufrieron sus vecinos. Hacia 290 antes de J. C., Roma era la ciudad señora de toda la Italia central, desde el Arno hasta el Sur de Nápoles. Había dominado por completo a los etruscos, y sus confines llegaban hasta los de los galos por el Norte, y por el Sur a las regiones itálicas dominadas por griegos (Magna Grecia). En la frontera gala situó guarniciones y ciudades coloniales, y, sin duda, por esa línea de defensas las correrías de los galos se desviaron hacia la península de los Balcanes.

Por lo que dijimos de la historia de Grecia y de las constituciones de sus ciudades, no le causará sorpresa al lector el saber que los griegos de Sicilia e Italia estaban divididos en cierto número

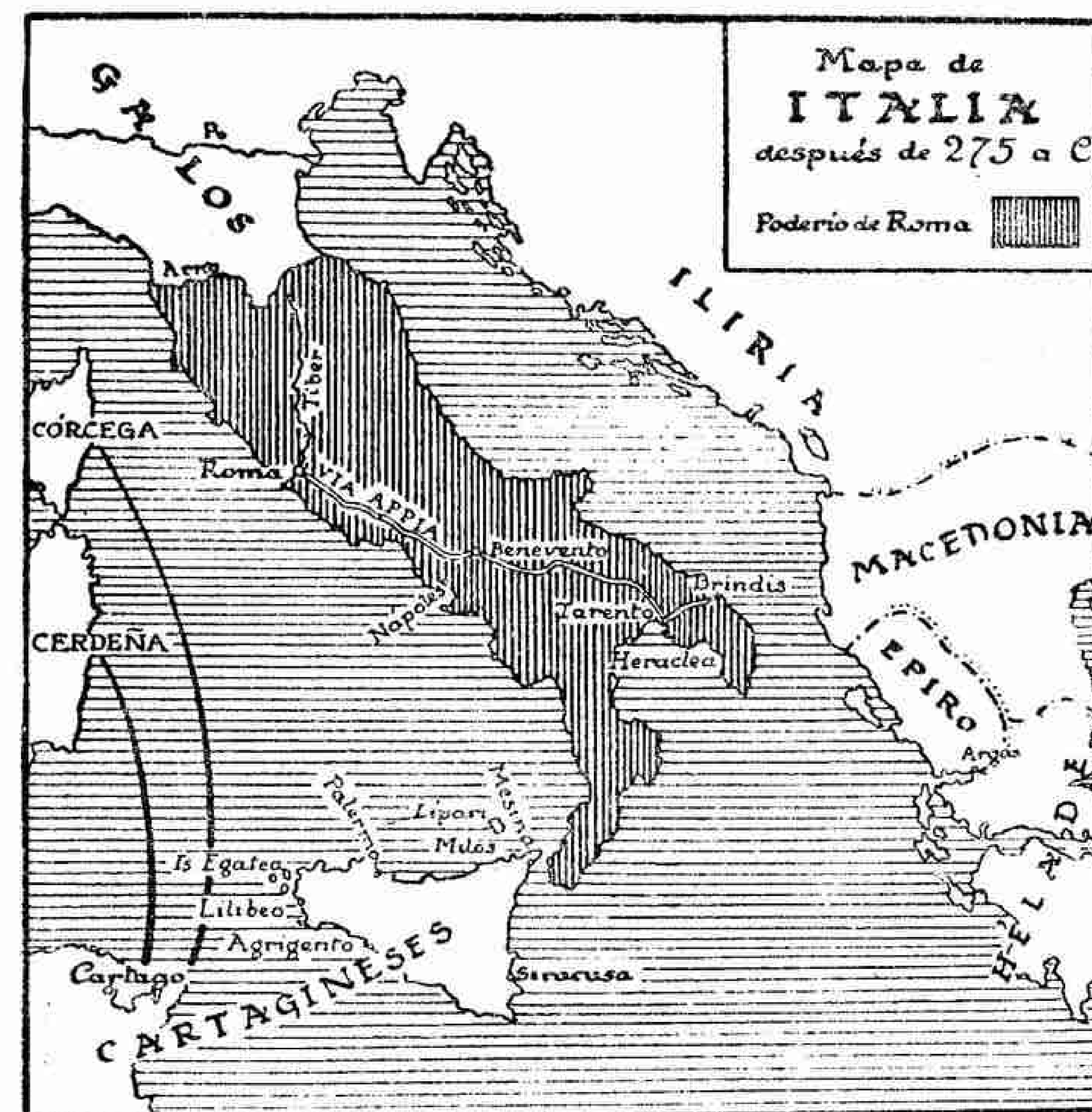
de gobiernos de ciudad separados, entre los cuales tenían importancia principal Siracusa y Tarento, sin dirección o política común. Pero como les alarmara el poderío creciente de Roma, volvieron los ojos a través del Adriático en demanda de ayuda, y la encontraron en las ambiciones de Pirro, rey del Epiro. Los griegos de



la Magna Grecia venían a estar en la misma posición que Grecia tuvo entre macedonios y persas medio siglo antes.

Los lectores recordarán que el Epiro, la parte de Grecia más cercana al talón de Italia, era el país natal de Olimpiada, madre de Alejandro. En los cambios caleidoscópicos del mapa que siguieron a la muerte de éste, el Epiro estuvo unas veces dominado por Macedonia, y otras independiente. Pirro era de la familia de Alejandro Magno; monarca diestro y emprendedor, parece que tuvo el proyecto de conquistar Italia y Sicilia. Mandaba un ejército admira-

ble, en contra del cual poco pudieron al principio los relativamente inexpertos reclutas romanos. Comprendía aquel ejército las principales armas de entonces: una falange de infantería, caballería tesalia y veinte elefantes de guerra traídos de Oriente. Derrotó a los romanos en Heraclea (280 antes de J. C.), y estrechándolos en seguida volvió a derrotarlos en Ausculum (279), ya en territorio



de ellos. Pero en lugar de seguir persiguiéndolos, concertó una tregua; volvió su atención hacia el dominio de Sicilia, y con ello suscitó en contra suya el poderío naval de Cartago. Cartago no podía sufrir un fuerte poder naval tan cercano a ella como el de Sicilia. Por entonces Roma les parecía a los cartagineses una amenaza mucho menos seria que la posibilidad de otro Alejandro Magno, dueño de Sicilia. Una flota cartaginesa presentóse, pues, en la embocadura del Tiber para animar o inducir a los romanos a reno-

var la lucha, y Roma y Cartago se aliaron en definitiva contra el invasor.

La intervención de Cartago fué fatal para Pirro. Sin una batalla decisiva su fuerza decayó, y después de verse rechazado desastrosamente en un ataque al campo romano de Benevento, tuvo que retirarse al Epiro (275 antes de J. C.).

Se afirma que cuando Pirro abandonó Sicilia dijo que la dejaba como campo de batalla entre Roma y Cartago. Tres años más tarde murió combatiendo en las calles de Argos. La guerra contra Pirro fué ganada por la flota cartaginesa, y a Roma le correspondió una buena mitad del botín de victoria. Sicilia quedó entera para Cartago, y Roma llegó hasta la punta y el talón de Italia, mirando frente a sí, al otro lado del estrecho de Messina, a su nueva rival. Once años después (264 antes de J. C.) la profecía de Pirro estaba cumplida, y la primera guerra con Cartago, la primera de las tres guerras Púnicas [1], había comenzado.

§ 2. *Un Estado nuevo*

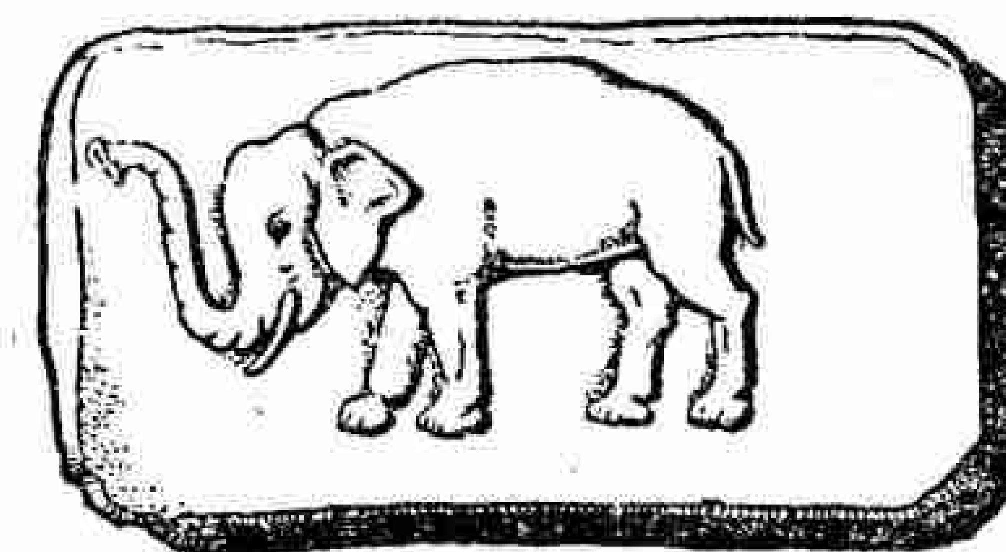
Pero estamos escribiendo las palabras "Roma" y "romanos", y todavía tenemos que explicar qué clase de pueblo era el que empezaba a desempeñar un papel de conquistador, reservado hasta entonces tan sólo a algunos monarcas hábiles y agresivos.

Aquel Estado era, en el siglo V antes de Jesucristo, una república de tipo ario, muy semejante a las repúblicas aristocráticas griegas. Los primeros datos que tenemos acerca de la vida social de Roma, nos hacen ver el cuadro de una comunidad aria muy primitiva. "En la segunda mitad del siglo V antes de J. C., Roma era todavía una comunidad aristocrática de campesinos libres que ocupaba una extensión de unas 400 millas cuadradas, con una población que no excedía ciertamente de 150.000 habitantes, casi toda dispersa por el campo y repartida en diez y siete distritos o tribus rurales. La mayor parte de las familias poseía una pequeña propiedad y una casa donde vivían y trabajaban juntos padres e hijos, cultivando casi siempre los cereales, y algo también el olivo y la vid. Sus escasas cabezas de ganado se apacentaban en las tierras comunales próximas; ellos mismos se hacían sus vestiduras y sus sencillos aperos de labranza. Sólo en raros intervalos, y en ocasiones especiales, iban a la ciudad fortificada, centro de su religión y de su gobierno. Allí estaban los templos de los dioses, las casas ricas, las tiendas de artesanos y comerciantes, en donde se podía dar a trueque en pequeñas cantidades el trigo,

(1) Latín, *Poeni* = cartagineses. *Punicus*, adj. = cartaginés, o sea *Phoenitius*, fenicio.

el aceite, el vino, para obtener sal o toscos instrumentos y armas de hierro" [2].

Seguía aquella comunidad las tradiciones usuales de división en aristócratas y simples ciudadanos que en Roma se llamaban patricios y plebeyos. Todos éstos tenían derechos de ciudadanía; el esclavo o el extranjero no tenían mayor participación en el Estado que la que vimos en Grecia. Pero la constitución difería de todas las constituciones griegas en el hecho de que la mayor parte de los poderes de gobierno se concentraban en manos de una corporación llamada Senado, que no era ni puramente hereditario ni de elección y representación directa. Era de nombramiento, y éste se hacía exclusivamente, en los primeros tiempos, entre los patricios. Existía antes de la expulsión de los reyes, y en tiempos de ellos era el rey quien nombraba senadores. Pero una vez expulsados aquéllos (510 antes de J. C.), pasó el gobierno supremo a manos de dos gobernadores electos, los *cónsules*, y los cónsules asumieron la facultad de nombrar senadores. En los primeros tiempos de la república sólo eran elegibles cónsules o senadores los patricios, y la participación de los plebeyos en el gobierno consistía meramente en el voto para elegir cónsules y otros dignatarios públicos. Y aun para estos menesteres carecía su voto del mismo valor que tenía el de sus conciudadanos patricios. Pero sus votos tenían, de todos modos, peso suficiente para que muchos candidatos patricios profesaran un interés más o menos sincero por los agravios de la plebe. En las primeras fases del estado romano, además, no sólo estaban excluídos los plebeyos de todo cargo público, sino que se les prohibía la unión en matrimonio con la clase patricia. La administración estaba evidentemente, en grado primordial, reservada a los patricios.



MEDALLA ROMANA
ACUÑADA PARA CONMEMORAR LA VICTORIA SOBRE PIRRO (Y SUS ELEFANTES)

La primera fase de los asuntos romanos fué, pues, de tipo marcadamente aristocrático, y la historia interna de Roma en los dos siglos y medio transcurridos entre la expulsión del último rey etrusco, Tarquino el Soberbio, y el comienzo de la primera guerra Púnica (264 antes de J. C.), fué en gran parte una lucha entre ambos órdenes, patricios y plebeyos, por alcanzar el predominio.

(2) Ferrero: *Grandeza y decadencia de Roma.*

Siguió esta pugna líneas paralelas a las de la lucha entre aristocracia y democracia en los Estados ciudadanos de Grecia, y como en el caso de éstas, hubo clases enteras de la comunidad, los esclavos, los libertos, los libres sin propiedad, los extranjeros, etcétera, que permanecieron enteramente al margen de la lucha y ajenos a ella. Ya hemos indicado la diferencia esencial entre la democracia griega y lo que se llama democracia en el mundo de hoy. Otro término que ha variado de sentido es el de *proletariado*: en jerga actual quiere decir la masa de los hombres libres sin propiedad que hay en un Estado moderno. En Roma, los *proletarii* eran una división electoral de ciudadanos plenamente calificados cuya propiedad era inferior a diez mil ases de cobre (= cerca de siete mil pesetas). Estaban empadronados, y su valor para el Estado consistía en sus crecientes familias de ciudadanos (proles = descendencia), y de sus rangos salieron los colonistas que iban a constituir nuevas ciudades latinas o a guarnecer puestos importantes. Pero los proletarios eran en todo diversos por su origen de los esclavos, de los libertos o de la población mezclada de barrio bajo, y es lástima grande que la discusión política moderna caiga en la confusión del empleo inadecuado de un término que no tiene equivalente moderno exacto y que nada de real expresa en la moderna clasificación social.

Tenemos que decidirnos a prescindir en este ESQUEMA de la masa de pormenores de esta lucha entre patricios y plebeyos. En ella mostráronse los romanos curiosamente perspicaces, sin llevar las cosas a una crisis destructora, pero duros de trato, dentro de los límites de su discreción. Los patricios daban empleo mezquino a sus ventajas políticas, enriqueciéndose gracias a las conquistas nacionales, no sólo a expensas del enemigo derrotado, sino también del pobre plebeyo, que descuidaba su granja y se llenaba de deudas durante el servicio militar. Negábase a los plebeyos toda participación en las tierras conquistadas, que los patricios se repartían entre sí. La introducción de la moneda acrecentó probablemente las facilidades del usurero y las dificultades del prestatario. Tres maneras de ejercer presión dieron a los plebeyos participación importante en el gobierno del país y en los beneficios que iba ganando Roma a medida que su poderío aumentaba. El primero 1) fué la huelga general de plebeyos. Por dos veces se salieron de Roma, amenazando con fundar una ciudad nueva, aguas arriba del Tiber, y por dos veces la amenaza fué decisiva. El segundo método de presión 2) fué el amago de una tiranía. Así como en el Atica (el pequeño Estado cuya capital era Atenas), Pisistrato se encumbró al poder sostenido por los distritos más pobres, así en los períodos de mayor descontento plebeyo se encontraron ambiciosos dispuestos a hácer de jefes y a arrancar el poder al Senado. Durante

mucho tiempo los romanos tuvieron clarividencia bastante para evitar la tiranía potencial, cediendo un poco antes los plebeyos. Y por último 3) hubo patricios lo suficientemente decididos y avisados para insistir en la necesidad de una reconciliación con los plebeyos.

Así en 509 antes de J. C., Valerio Publícola, cónsul, dispuso que siempre que corrieran peligro la vida o los derechos de cualquier ciudadano, podría apelarse de los magistrados ante la asamblea general. Esta *lex Valeria fué* "el *Habeas Corpus* de Roma" y libró a los plebeyos romanos ante los tribunales de las peores vindictas de clase.



Mercurio, el dios del Comercio

[De un bronce romano]

En 494 tuvo lugar la huelga aludida. "Después de la guerra del Lacio, el ahogo de las deudas llegó a ser excesivo y los plebeyos veían con indignación que sus amigos, después de servir valerosamente al Estado en las legiones, eran encadenados y reducidos a esclavitud, a demanda de los acreedores patricios. Apretaba la guerra contra los volscos; mas los legionarios, al volver triunfantes, negáronse a seguir obedeciendo a los cónsules y se retiraron, aunque sin desorden ninguno, al Monte Sacro, del otro lado del Anio (aguas arriba del Tiber). Prepa1áronse a fundar allí una ciudad nueva, ya que en la antigua se les negaban los derechos ciudadanos: los patricios tuvieron que ceder, y a los plebeyos, al volver a Roma, después de la "Primera Sucesión", se les dió el privilegio de tener funcionarios propios, tribunos y ediles" ([3]).

En 486 antes de J. C., surgió Espurio Casio, cónsul que estableció una Ley Agraria para asegurar las tierras públicas a los plebeyos. Pero al año siguiente, acusado de pretender el poder real, fué condenado a muerte y su ley nunca entró en vigor.

Siguióse una lucha prolongada por parte de los plebeyos para que se escribieran las leyes de Roma y no tener que confiarse a la memoria de los patricios. En 451-450 antes de Jesucristo, publicóse la ley de las Doce Tablas, base de todo el derecho romano.

([3]) J. Wells: *Short History of Rome to the Death of Augustus.*

Mas para que llegaran a formularse las Doce Tablas se designó, en vez de los magistrados ordinarios, una comisión de diez miembros, los decenviros.

Después del primer decenvirato, otro que se nombró intentó una especie de contrarrevolución aristocrática, con Apio Claudio. Los plebeyos se retiraron por segunda vez al Monte Sacro, y Apio Claudio se suicidó en la cárcel.

En 440 se extendió el hambre y hubo una segunda intentona de tiranía popular, fundada en los agravios del pueblo, por Espurio Melio, plebeyo rico, que terminó con el asesinato de éste.

Después del saqueo de Roma por los galos (390 antes de J. C.), Marco Manlio, que mandaba en el Capitolio cuando los gansos lo salvaron, surgió como cabecilla popular. Los plebeyos sufrían gravemente con la usura de postguerra y el afán de lucro de los patricios y volvían a incurrir en deudas pesadas para la reedificación y aprovisionamiento de sus granjas. Manlio se gastó su fortuna en libertar deudores. Los patricios le acusaron de intentos tiránicos, y, condenado, tuvo que sufrir la suerte a los traidores a Roma, siendo despeñado de la Roca Tarpeya, precipicio extremo de la propia colina del Capitolio, defendida por él.

En 376, Licinio, uno de los diez tribunos del pueblo, inició una larga lucha con los patricios presentando ciertas proposiciones que se llamaron Rogaciones Licinias, a fin de que se limitara la capacidad de todo ciudadano para poseer tierras públicas, de modo que todos tuviesen alguna; de que en las deudas subsistentes se perdonara el interés, pudieron cancelarse mediante el pago del principal; y de que, en adelante, uno por lo menos de los dos cónsules tuviera que ser plebeyo. Esto ocasionó una lucha de diez años. Ejercióse plenamente el poder de los plebeyos para suspender los asuntos mediante el veto de sus representantes los tribunos. En casos de peligro nacional acostumbróse prescindir de todo magistrado y nombrar un jefe, el Dictador. Tal hizo Roma antiguamente, en tiempos de necesidad militar; pero los patricios establecieron un Dictador en tiempos de paz profunda, con idea de inutilizar a Licinio. Nombraron a Camilo, que había sitiado y tomado a Veii, ciudad etrusca. Pero Camilo era más sagaz que sus sostenedores: sentó un compromiso entre ambos órdenes, en el cual se concedían muchas demandas de los plebeyos (366 antes de J. C.), dedicó un templo a la Concordia y resignó el mando.

Con ello decayó la lucha de clases. Decayó porque, aparte otras influencias, disminuyeron las diferencias sociales entre patricios y plebeyos. El comercio iba entrando en Roma, a medida que se acrecentaba el poder político, y muchos plebeyos se enriquecían y muchos patricios caían en relativa pobreza. Los matrimonios mixtos eran ya posibles por el cambio de la ley, y la mezcla social iba adelante. Mientras los plebeyos ricos se hacían, si no aristócratas, por lo menos de costumbres y simpatías oligárquicas, iban surgiendo en Roma clases nuevas con intereses nuevos y sin posición política. Abundaban en particular los libertos, esclavos liberados, artesanos en su mayoría, pero también, algunos, comerciantes en vías de enriquecerse. Y el Senado, que ya no era corporación puramente patricia —ya que diversas posiciones oficiales estaban abiertas para los plebeyos y quienes las ocupaban eran senadores—, íbase convirtiendo en reunión de todos los hombres ricos, enérgicos e influyentes del Estado. El poderío de Roma iba creciendo, y a medida que crecía dejaban de tener sentido las antiguas oposiciones de clase de la primitiva comunidad latina. Nuevas asociaciones y nuevos antagonismos las reemplazaban. Los ricos de toda procedencia uníanse en comunidad de intereses contra las ideas comunistas de los pobres.

En 390, Roma era una pequeña ciudad miserable en las fronteras de Etruria, saqueada por los galos; en 275, dominaba a toda Italia unificada, desde el Arno hasta el Estrecho de Messina. El compromiso de Camilo (367) puso fin a las disensiones internas y dejó libres las energías expansivas. Y la misma extraña combinación de sagacidad y egoísmo agresivo que dió carácter a la guerra de clases en el interior y habilitó al pueblo para lograr un equilibrio de fuerza sin catástrofe ninguna, caracteriza su política exterior. Conocía el valor de las alianzas; supo asimilar, dentro y fuera, pudo en aquellos días por lo menos "dar y tomar" con cierta rectitud y cordura. En esto consiste la fuerza peculiar de Roma. Por esto triunfó allí donde Atenas, por ejemplo, fracasó notablemente.

La democracia ateniense padeció mucho por la estrechez de "patriotismo" que es ruina de todas las naciones. Atenas fué detestada y envidiada por su mismo imperio, porque lo dominaba con espíritu de egoísmo cívico; las ciudades sometidas no sintieron como propios los desastres de ella. Los más sagaces, los más nobles senadores de los grandes años de Roma, antes de que la primera guerra Púnica pusiera en excesivo aprieto su fuerza moral y diera comienzo a su degeneración, no sólo consentían, en último resultado, en compartir sus privilegios con la masa popular, sino que ansiaban incorporar consigo, en términos de igualdad, a sus más tenaces antagonistas. Fueron extendiendo la ciudadanía cautelosa pero incesantemente. Hubo ciudades romanas que tuvieron hasta participación de votos en el gobierno. Otras lograron autonomía y derechos de comercio o de matrimonio en Roma, sin plena ciudadanía romana. A los puntos estratégicos enviábanse guarniciones de ciudadanos plenos, y en los pueblos puramente conquistados establecíanse colonias con privilegios varios. La necesidad

de mantener comunicaciones abiertas en tan grande y creciente masa ciudadana hízose evidente desde el principio. No podía echarse mano entonces de imprenta y papel, pero al habla latina y a la gobernación romana secundó un sistema de carreteras. La primera de todas, la Vía Apia, iba desde Roma hasta el talón de Italia. Comenzóla el censor Apio Claudio (a quien no se ha de confundir con el decenviro Apio Claudio, anterior en un siglo), el 312 antes de J. C.

Según el censo de 265 antes de J. C., había entonces en los dominios romanos, es decir, en Italia, al Sur de Italia 300.000 ciudadanos. Todos tenían interés igual en la prosperidad de Estado; a todos les tocaba algo del difuso señorío de la república. Esta era, según ya advertimos, cosa absolutamente nueva en la historia de la humanidad. Todos los Estados considerables habían sido reinos e imperios obedientes a una cabeza, a un monarca, de cuyo ánimo y carácter dependía sin remisión el bienestar público. Ninguna república había logrado ser algo más que Estado ciudadano. El llamado "imperio" ateniense fué tan sólo un Estado cuidadano director de ciudades aliadas y sometidas. En pocas décadas la república romana estaba destinada a extender su ciudadanía hasta el valle del Po, a asimilarse a los galos sus afines, a reemplazar la lengua de ellos por la latina y a fundar una ciudad latina, Aquilea, en el fondo mismo del mar Adriático. En 89 antes de J. C., todos los habitantes libres de Italia pasaron a ser ciudadanos romanos; en 212 después de J. C., la ciudadanía se extendió a todos los hombres libres del imperio.

Este extraordinario incremento político fué manifiesto precursor de todos los Estados modernos de tipo occidental. Es tan interesante para los estudiosos de política, pues, como un anfibio carbonífero o una *archeopteryx* para el estudioso de zoología. Es el tipo primitivo del orden que domina hoy. Sus experiencias vierten luz sobre toda la historia política subsiguiente.

Resultado natural de este incremento de una democracia de cientos de miles de ciudadanos dispersos por la mayor parte de Italia, fué el aumento del poder senatorial. En el desarrollo de la constitución romana hubo gran variedad de formas de asamblea popular: asamblea plebeya, asamblea de tribus, asamblea de centurias, etc.; variedad que no podemos tocar aquí con detenimiento; pero existió siempre la idea de que a la asamblea popular le correspondía la iniciativa de las leyes. Es de advertir que hubo una especie de gobierno paralelo en ese sistema. La asamblea de tribus o de centurias fué una *asamblea total del cuerpo ciudadano*, patricios y plebeyos juntos; la asamblea de plebeyos fué, por supuesto, de la clase plebeya tan sólo. Cada asamblea tenía sus funcionarios: la primera, los cónsules, etc.; la última, los tribunos. Mientras Roma fué Estado pequeño, de veinte millas cuadradas, fué posible convocar al pueblo a reuniones representativas; pero es manifiesto que, con los medios de comunicación entonces existentes en Italia, era ya imposible, para la gran masa de los ciudadanos, informarse siquiera de lo que ocurría en Roma, y mucho menos tomar parte efectiva en la vida política de la ciudad. Aristóteles había señalado ya en su *Política* la ineficacia virtual de los votantes que vivían fuera de la ciudad, preocupados con sus trabajos agrícolas, y esa especie de ineficacia aplicábase a la gran mayoría de los ciudadanos romanos. Con el crecimiento de Roma, estas causas produjeron una debilidad sin precedente en la vida política, y la asamblea popular convirtióse más cada vez en reunión de alquilones políticos y gentuza de la ciudad, y fué siendo cada vez menos representativa del común de los ciudadanos dignos. La asamblea popular tuvo su máximo poder y dignidad en el siglo IV antes de J. C.. Desde entonces fué declinado sin cesar su influencia, y el nuevo Senado, que ya no era corporación patricia, de tradición homogénea y en general noble, sino corporación de ricos, ex magistrados, funcionarios influyentes, aventureros atrevidos, etc., penetrado de fuertes disposiciones a volver a la idea de calificación hereditaria, fué durante tres siglos la fuerza directriz del mundo romano.

Hay dos recursos ya entonces conocidos por los hombres, que hubieran hecho posible el desarrollo del gobierno popular de Roma hasta más allá de su más alto grado, que obtuvo en los días de Apio Claudio el Censor, a fines del siglo IV antes de J. C.; pero ninguno de ellos entró en la mente romana. Uno era el uso apropiado de la imprenta. Al hablar de los comienzos de Alejandría, hemos insistido ya en el hecho extraño de que no se produjera el libro impreso desde el siglo IV o el III antes de J. C. Esta reseña de los asuntos de Roma nos lleva a repetir la observación. Para el entendimiento moderno, está claro que un gobierno popular muy extenso requiere, como condición necesaria para su salud, informar constante y seriamente a todos los ciudadanos acerca de los asuntos públicos y mantener así en ellos el interés. Los gobiernos populares de los Estados modernos, surgidos en ambas orillas del Atlántico en el transcurso de los dos siglos últimos, sólo han sido posibles gracias a que los asuntos públicos se han ventilado en la Prensa con mayor o menor probidad y extensión. Pero en Italia, la única vía de comunicación que tenía el gobierno de Roma con todo grupo de ciudadanos, consistía en enviar un heraldo, y con el ciudadano como individuo carecía en absoluto de comunicación.

El segundo recurso, debido principalmente a los ingleses en la historia de la humanidad, y nunca usado por los romanos, era

el del gobierno representativo, casi tan obvio como el primero. Fácil hubiera sido sustituir la Asamblea Popular (en su triple forma) por una reunión de delegados. Más adelante los ingleses, ante el crecimiento de su Estado, se dieron cuenta de tal necesidad. Ciertos hombres, los Caballeros del Condado, fueron llamados a Westminster con voz y voto acerca de los sentimientos locales, y se les eligió más o menos formalmente con dicho fin. Al entendimiento moderno le parece oír el clamor de Roma por una modificación semejante, que nunca se hizo.

El método de reunir los *comitia tributa* (una de las tres formas principales de la Asamblea Popular) era la proclamación por un heraldo, a quien, por fuerza, dejaba de oír la mayor parte de Italia, diecisiete días antes de la reunión. Los augures, sacerdotes adivinos que Roma heredó de los etruscos, examinaban las entrañas de los animales en la noche precedente a la apertura de la reunión, y si creían oportuno decir que los ensangrentados portentos se mostraban desfavorables, los *comitia tributa* se dispersaban. Pero si los augures afirmaban que los hígados eran propicios, resonaban las trompas en el Capitolio y en las murallas de la ciudad y celebrábase la asamblea. Tenía lugar al aire libre, ya en el Foro chico, junto al Capitolio, ya en un recinto menor aún, apartado del Foro, o en el campo de ejercicios militares, el Campo de Marte, hoy lo más poblado de la Roma moderna, pero entonces lugar no edificado. Las discusiones empezaban al amanecer, con plegarias. No había asientos, y esta circunstancia contribuía tal vez a reconciliar a los ciudadanos en el propósito de que los asuntos quedaran conclusos a la puesta del sol.

Después de las plegarias de apertura, venía la discusión de las medidas que la asamblea tenía que considerar, y se daba lectura a las proposiciones presentadas. ¿No es asombroso que no se repartiesen copias impresas? Si alguna había, por fuerza era manuscrita y estaba sometida a errores y a falsificaciones deliberadas. No se consentían interpelaciones, pero los particulares podían dirigirse a la reunión con permiso del magistrado presidente.

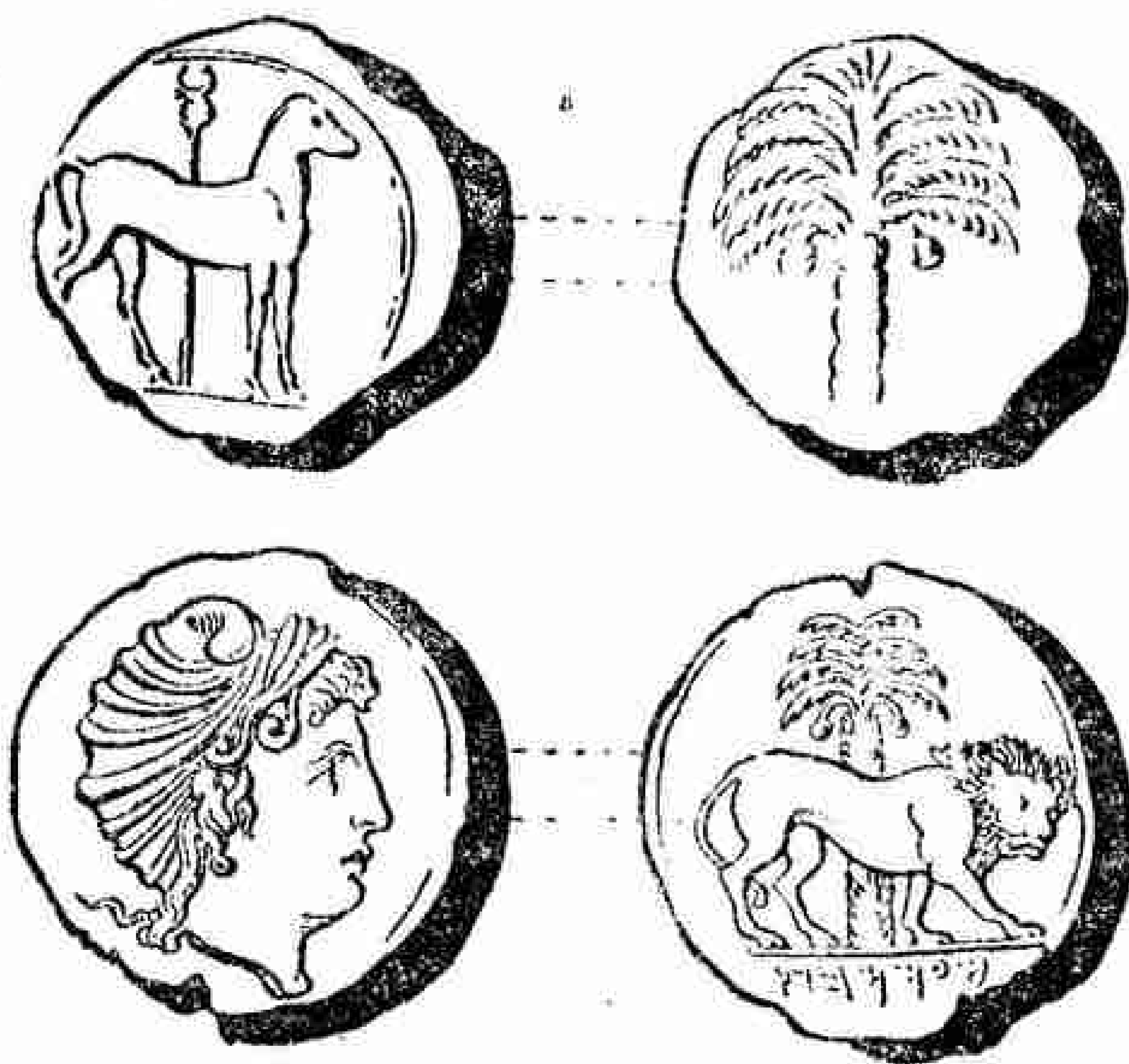
Luego la muchedumbre procedía a entrar en los recintos como en rediles, por tribus, y cada tribu votaba la disposición de que se trataba. Recaía el acuerdo, no por mayoría de ciudadanos, sino por mayoría de tribus, y los heraldos lo anunciaban.

La Asamblea Popular de centurias, *comitia centuriata*, era de carácter muy parecido, salvo que en lugar de treinta y cinco tribus, había, en el siglo III antes de J. C., 373 centurias, y que se empezaba, no sólo con plegarias, sino con un sacrificio. Las centurias, originariamente militares (como los "cientos" del primitivo gobierno local inglés), habían perdido desde muy atrás toda conexión con la centena. Algunas tenían pocos individuos; otras,

muchísimos. Había ocho centurias de caballeros (*equites*), hombres, originariamente, en disposición de mantener un caballo y un siervo en la caballería, aunque más tarde la cualidad de caballero, en Roma, como en Inglaterra, vino a ser una distinción vulgar sin significado militar, mental o moral. (Los *equites* llegaron a constituir una clase importantísima cuando Roma se enriqueció por el comercio; durante algún tiempo fueron la clase verdaderamente progresiva de la comunidad. Al cabo quedó en ellos caballería tan escasa como entre los caballeros "de lista de honor" que hoy tiene Inglaterra. Los senadores, desde el año 200 antes de J. C., aproximadamente, fueron excluídos del comercio. Así llegaron los *equites* a ser grandes hombres de negocios, *negotiatores*, y *publicani* (esto es, encargados de recaudar los impuestos). Existían, además, ochenta (!) centurias de ricos hombres (con más de 100.000 ases), veintidós de hombres con más de 75.000, y así sucesivamente. Había dos centurias de mecánicos y músicos, y los *proletarii* formaban una sola. Tomábase acuerdo en los *comita centuriata* por mayoría de centurias.

¿Es de maravillar que, con el incremento del Estado romano y la complicación de sus asuntos, el poder pasara de dichas asambleas al Senado, cuerpo relativamente compacto, compuesto de trescientos individuos como mínimo, y cuando más, de novecientos miembros (a este número lo elevó César), hombres entendidos en asuntos públicos y en los negocios, que todos conocían en mayor o menor grado, y por añadidura con tradiciones de gobierno y política? La facultad de nombrar y convocar senadores correspondió, primero en la república, a los cónsules, y luego, creáronse los "censores", a quienes se transfirieron muchas facultades consulares, entre las que estaba aquélla. Apio Claudio, uno de los que primeramente ejercieron la censura, hizo entrar a los libertos en las tribus y llamó al Senado a hijos de libertos. Pero tal disposición se contraponía a los instintos conservadores del tiempo; los cónsules no reconocieron aquel Senado, y los censores siguientes (304 antes de J. C.) prescindieron de sus designaciones. Tal tentativa, sin embargo, sirve para hacer ver cuánto se había alejado el Senado desde su condición originaria de corporación puramente patricia. Como la Casa de los Lores contemporánea, en Inglaterra, vino a ser una reunión de hombres de grandes negocios, políticos enérgicos, aventureros afortunados, grandes terratenientes, etc.; su dignidad patricia era una ficción pintoresca; pero a diferencia de la Casa de los Lores, no tenía más contraste legal que las ineficaces Asambleas Populares ya descritas, y el de los tribunos elegidos por las asambleas de plebeyos. Su intervención legal cerca de los cónsules y pro cónsules, no era grande; su poder ejecutivo era escaso; pero en su prestigio y experiencia se fundaban su

fuerza y su influjo. Los intereses de sus miembros eran, naturalmente, antagónicos de los intereses del cuerpo general de ciudadanos; pero durante varias generaciones, aquella gran masa de hombres ordinarios no pudo expresar su disentimiento en relación con los procederes de tal oligarquía. El gobierno popular directo de un estado mayor que una ciudad, había fracasado ya en Italia porque no existían educación pública, prensa ni sistema representativo; había fracasado, por estas meras dificultades mecánicas, antes de la Primera Guerra Púnica. Pero su aparición es de enorme interés, como primera aparición de una serie de problemas con que aún lucha a brazo partido la inteligencia política del mundo entero.



Monedas cartaginesas

La de la parte inferior se acuñó para pagar a los mercenarios cartagineses en la segunda guerra Púnica. Adviértase, en ambas, la palmera, símbolo esencial cartaginés.

El Senado solía reunirse en su Casa del Foro; pero en ocasiones especiales se le convocaba en éste o en aquel templo; y cuando tenía que tratar con embajadores extranjeros o con sus propios generales (a los que no se permitía entrar en la ciudad con mando de tropas), se reunía en el Campo Marcio, extramuros.

§ 3. *La rica república cartaginesa*

Necesario ha sido exponer detenidamente la estructura política de la república romana, a causa de la importancia inmensa que aun hoy tiene. No tanto nos detendrá la constitución de Cartago.

Italia, bajo el poder de Roma, fué un país republicano; Cartago fué algo mucho más viejo, una ciudad republicana. Tuvo un "imperio", como lo tuvo Atenas, de Estados tributarios que no la amaban, y una gran población industrial esclava, desleal por naturaleza.

Elegíanse en la ciudad dos "reyes", como los llama Aristóteles, los *sufetas*, equivalentes, en realidad, a los censores romanos; su nombre semítico era el que los judíos daban a sus *jueces*. Había una asamblea pública impotente y un Senado de personajes principales; más dos secciones de este Senado, elegidas nominalmente, pero elegidas por métodos fácilmente comprobables, los Ciento Cuatro y los Treinta, constituían de hecho una oligarquía cerrada de los más ricos e influyentes. Comunicábanse lo menos posible con sus aliados y conciudadanos, y los consultaban lo menos que podían. Perseguían propósitos en que el bienestar de Cartago subordinábase, sin duda, al provecho de su grupo. Mostrábanse hostiles a los hombres y a las medidas nuevas, y confiaban en que el ascendiente marítimo, que duraba ya dos siglos, había de estar en la naturaleza misma de las cosas.

§ 4. *La primera guerra púnica*

Sería interesante, y no del todo inútil, imaginar lo que hubiera sido de la humanidad si Roma y Cartago hubiesen apaciguado sus diferencias para constituir una alianza permanente en el mundo occidental. Si hubiese vivido Alejandro Magno, tal vez, encaminándose hacia el Oeste, hubiera provocado la fusión de intereses entre ambas potencias. Pero no hubieran estado servidos los planes y esplendores particulares de la oligarquía cartaginesa, y el nuevo Senado de la gran Roma empezaba a tomarle el gusto al despojo y a mirar con ojos de codicia las posesiones sicilianas de los cartagineses, a través del estrecho de Messina. Sentían codicia, pero también temor, del poderío marítimo cartaginés. El "patriotismo" popular romano, sin embargo, mostrábase igualmente celoso y temeroso de los cartagineses, pero menos inclinado a calcular el coste de un conflicto. La alianza que impuso Pirro a Roma y Cartago mantúvose por espacio de once años, mas Roma estaba ya madura para lo que en la jerga política moderna se llama una guerra "ofensivo-defensiva". Suscitóse la ocasión en 264 antes de J. C.

En aquel tiempo Sicilia no estaba toda entera en poder de los cartagineses. El extremo oriental dominábalo todavía el poderío griego del rey de Siracusa, Hierón, sucesor de aquel Dionisio en cuya corte residió Platón como filósofo. Una banda de mercenarios que estuvo al servicio de Siracusa se apoderó de Messina (289) y arruinó el comercio siracusano, de modo que Hierón tuvo al cabo que tomar medidas para deshacerse de ellos (270). Entonces Cartago, para quien era asimismo cuestión vital la supresión de la piratería, acudió en ayuda de aquél y puso una guarnición cartaginesa en Messina, proceder enteramente justifi-

cable. Destruída Tiro, el único guardián posible de las leyes marítimas en el Mediterráneo era Cartago, y la supresión de la piratería era cometido suyo por hábito y tradición.

Los piratas de Messina apelaron a Roma, y el exceso de suspicacia y temor acumulado contra Cartago decidieron al pueblo romano a darles auxilio. Mandóse una expedición a Messina a las órdenes del cónsul Apio Claudio (el tercero de que se hace mención en esta historia).

Así empezó la primera de la más ruinosa y desastrosa serie de guerras que haya oscurecido jamás la historia humana. Pero he aquí lo que un historiador empapado en las ideas políticas fantásticas de nuestro tiempo escribe gustoso acerca de aquella torpe expedición: "Sabían los romanos que iban a entrar en guerra con Cartago; pero el instinto político del pueblo tenía razón, porque una guarnición cartaginesa en el estrecho de Sicilia hubiera sido amenaza peligrosa para la paz de Italia". Así protegieron la paz de Italia contra aquella amenaza por medio de un guerra que duró casi un cuarto de siglo. En el proceso echaron a pique su *moral* política, adquirida tan despacio.

Capturaron los romanos a Messina, y Hierón se pasó a su partido, abandonando a los cartagineses. Por algún tiempo la lucha se reconcentró en torno a la ciudad de Agrigento. Sitiáronla los romanos y siguióse un período de guerra de trincheras. Ambas partes sufrieron grandemente de epidemia y por el mal abastecimiento, los romanos perdieron 30.000 hombres; pero al fin (261 antes de J. C.) los cartagineses evacuaron la playa y se retiraron a sus ciudades fortificadas de la costa occidental de la isla, de las cuales era principal Lilibeo, que podía abastecerse con facilidad desde el continente africano, y mientras duró su supremacía marítima, el esfuerzo de Roma se agotó frente a ellos.

Inmediatamente empezó una nueva y muy extraordinaria fase de la guerra. Los romanos se hicieron a la mar, y con asombro de los cartagineses y de sí mismos, derrotaron a la escuadra cartaginesa. Desde los días de Salamina, la arquitectura naval se había desarrollado mucho. El tipo ordinario de buque de guerra era entonces el trirreme, galera con tres bancos (o filas) de remo; a la sazón la nave capitana cartaginesa era un quinquirreme, galera mucho mayor, con cinco bancos de remo, capaz de inutilizar y quebrar los remos de todo navío más débil. Los romanos entraron en la guerra sin barcos semejantes, empezaron luego a construir quinquirremes, auxiliados, se dice, en su designio, por el modelo de un quinquirreme cartaginés que encalló en la costa. En dos meses construyeron cien quinquirremes y treinta trirremes; pero carecía de navegantes expertos, de remeros hábiles, y remediaron en parte tales deficiencias con ayuda de sus aliados grie-

gos y en parte con la invención de una táctica nueva. En lugar de fiarse a la acometida, de romper los remos de sus enemigos, lo cual requería más marineros de los que ellos podían tener, decidieron abordar al enemigo y construyeron en sus barcos una especie de puente levadizo sujeto a un mástil con una polea y provisto de garfios y clavos en su extremidad, y cargaron de soldados las galeras. Cuando los cartagineses acometían o pasaban al lado, se dejaba caer el *corvus*, como ellos le llamaban, y los soldados entraban por allí al abordaje.

Disposición tan sencilla obtuvo éxito completo, cambiando el curso de la guerra y los destinos del mundo. La escasa inventiva que se necesitaba para contrarrestar el *corvus* no estaba, por lo visto, al alcance de los gobernantes cartagineses. Es la batalla de Mylæ (260 antes de J. C.) los romanos consiguieron su primera victoria naval y apresaron o destruyeron cincuenta naves. En la gran batalla de Ecnomo (256), "quizá el más importante combate naval de la antigüedad" [1], en que tomaron parte siete u ochocientos navíos mayores, los cartagineses dieron prueba de no haber aprendido nada de su precedente desastre. Según las reglas, su maniobra deshizo a los romanos; pero los romanos los volvieron a derrotar, gracias al *corvus*. Los romanos hundieron treinta navíos y apresaron sesenta y cuatro.

En lo sucesivo la guerra continuó con violentas fluctuaciones de fortuna, pero con pruebas incesantes de gran energía, solidez e iniciativa por parte de los romanos. Después de Ecnomo los romanos invadieron Africa por mar y enviaron un ejército insuficientemente abastecido, que después de varios éxitos y de la toma de Túnez (a menos de diez millas de Cartago) sufrió una total derrota. Una tormenta les hizo perder la supremacía del mar, que recobraron en tres meses mediante la construcción de una segunda escuadra de doscientos veinte navíos. Tomaron a Palermo y derrotaron allí mismo a un gran ejército cartaginés (251 antes de J. C.), apoderándose de ciento cuatro elefantes, con los que hicieron en Roma una entrada triunfal nunca vista. Sitiaron sin éxito a Lilibeo, baluarte principal que los cartagineses conservaban en Sicilia. Perdieron su segunda escuadra en una gran batalla naval, en Drépanum (249 antes de J. C.), quedándose sin ciento ochenta de los doscientos diez navíos que llevaban, y una tercera flota de ciento veinte buques de guerra y ochocientos transportes se perdió en el mismo año, parte en batalla y parte en una tempestad.

Durante siete años fué arrastrándose la guerra entre los combatientes casi exhaustos, guerra de incursiones y breves asedios

(1) J. Wells, *op. cit.*

en que los cartagineses llevaron la mejor parte en el mar. Luego, haciendo un supremo esfuerzo, botó Roma una cuarta flota de doscientos quillas y destrozó las últimas fuerzas de los cartagineses en las islas Ægates (241 antes de J. C.), después de lo cual Cartago (240) pidió la paz.

Según los términos en que se concertó ésta, toda Sicilia, excepto los dominios de Hierón de Siracusa, pasó a ser "propiedad" del pueblo romano. No hubo proceso de asimilación como el que se practicó en Italia; Sicilia fué provincia conquistada, que pagaba tributo y rendía provecho como las provincias de los imperios antiguos. Y por añadidura, Cartago pagó una indemnización de guerra de 3.200 talentos (= cerca de 20 millones de pesetas).

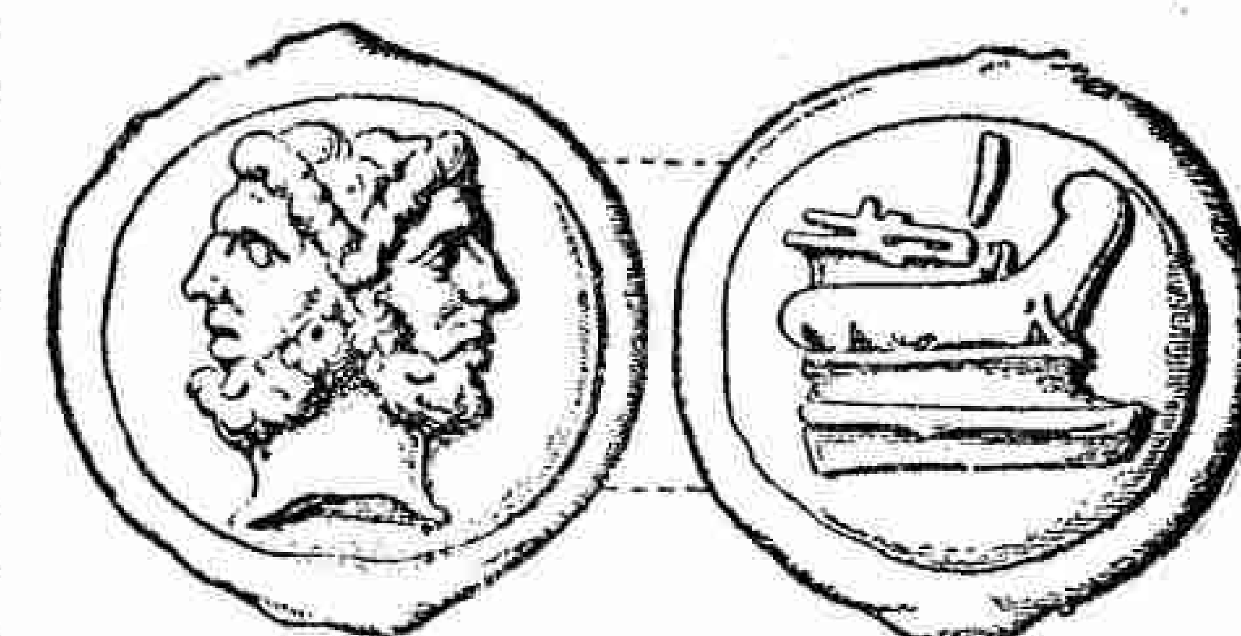
§ 5. *Catón el viejo y el espíritu de Catón*

Veintidós años duró la paz entre Roma y Cartago; paz sin prosperidad. Ambas partes combatientes sufrían por la escasez y la desorganización que natural y necesariamente siguen a todas las grandes guerras. Los territorios de Cartago se agitaban en violentos desórdenes; los soldados, al volver de la guerra y encontrarse sin paga, se amotinaban y se entregaban al saqueo; la tierra se quedaba sin cultivar. Sabemos que Amílcar, el general cartaginés, sofocó las turbulencias con crueldad extremada que los hombres eran crucificados a millares. Sublevaronse Cerdeña y Córcega. La "paz de Italia" fué poco más feliz. Pusiéronse en pie de guerra los galos y bajaron hacia el Sur, siendo derrotados en Telamón, con pérdida de 40.000 hombres. Es evidente que Italia estaba incompleta mientras no llegara a los Alpes. Estableciéronse colonias romanas en el valle del Po y se dió comienzo a la gran arteria septentrional, a la Vía Flaminia. Pero la degradación moral e intelectual del período de postguerra se muestra en que, cuando los galos amenazaban a Roma, se propuso y se aceptó la celebración de sacrificios humanos. Rota la antigua ley cartaginesa del mar —que sería egoísta y monopolizadora, pero siquiera mantenía un orden— el Adriático pululaba en piratas ilirios, y como resultado de una querella ocasionada por el estado de las cosas, Iliria después de dos guerras, quedó anexionada también como segunda "provincia". Enviando expediciones para anexionarse a Cerdeña y Córcega, provincias cartaginesas rebeldes, los romanos preparaban el camino de la Segunda Guerra Púnica.

La Primera Guerra Púnica puso de manifiesto las fuerzas respectivas de Roma y Cartago. Con un poco más de sagacidad por ambas partes, con alguna mayor magnanimidad por la de Roma, nunca hubiera debido de renovarse la pugna. Pero Roma era conquistadora despiadada. Sin fundamentos justos se apoderó de

Córcega y Cerdeña, acrecentó la indemnización en 1.200 talentos y señaló un límite, el Ebro, al avance cartaginés en España. Había en Cartago un fuerte partido, cuyo jefe era Hannón, que aspiraba a la amistad con Roma; pero, como era natural, muchos cartagineses habían de contemplar a su adversario nacional con odio desesperado.

El odio es pasión que puede dominar una vida, y hay un temperamento que le es muy proclive y tiende a ver en la existencia aspectos de melodrama rencoroso, a encontrar estímulo y satisfacción en horrendas manifestaciones de "justicia" y venganza. Los temores y los celos de la estación primitiva y de la caverna dan todavía sus flores oscuras en nuestras vidas; no han pasado aún cuatrocientas generaciones desde la Edad de Piedra. Las grandes guerras, Europa bien lo sabe, han exacerbado siempre el temperamento "rencoroso", y la codicia, el orgullo y la crueldad que se manifestaron con la Primera Guerra Púnica iban produciendo rica cosecha de monomanía antiextranjera. La figura sobresaliente, por parte de Cartago, era un gran general y administrador, Amílcar Barca, que se dedicó a entorpecer y frustrar los asuntos de Roma. Era suegro de Asdrúbal y padre de Aníbal, niño entonces, destinado a ser el enemigo más temible que atemorizó jamás al Senado de Roma. El camino más expedito para Cartago era el de reconstruir su flota y su administración naval y recuperar el dominio de los mares; pero Amílcar, a lo que parece, no pensó así. Como alternativa resolvióse a emprender la organización de España como base de un ataque terrestre a Italia. Pasó a España como gobernador en 236 antes de J. C., y Aníbal refería más tarde —tenía a la sazón once años— que su padre le hizo jurar odio eterno a Roma.



As romano (bronce, siglo IV a. C.) (a medio tamaño)

Una moneda de cobre como ésta pesaba 290 gramos. En el anverso, la cabeza de Jano en el reverso, la proa de una galera (dibujo usual en las monedas griegas)

La casi insensata concentración de bienes y vidas de los Barca en el propósito del desquite no es más que un ejemplo de la estrechez y amargura de la existencia que la violencia y el sentimiento universal de inseguridad causados por esta gran lucha produjeron en los hombres. Un cuarto de siglo de guerra volvió

a todo el mundo occidental miserable y agrio. Cuando Aníbal, a los once años, juraba odio inextinguible, corría por una granja de Túsculo un niño de dos, quizás muy díscolo, llamado Marco Porcio Catón. Este niño vivió hasta los ochenta y cinco años, y su pasión dominante parece que fué el odio de toda felicidad humana, excepto la propia. Fué buen soldado e hizo afortunada carrera política. Tuvo mando en España, donde se distinguió por sus crueldades. Dábaselas de paladín de la religión y de la moral pública, y con tan conveniente atavío guerreó toda su vida contra cuanto era juvenil, gracioso y agradable. Todo el que despertaba sus recelos incurría en su desaprobación moral. Era enérgico en el mantenimiento y administración de toda ley contra el lujo, contra el ornato personal de las mujeres, contra las diversiones y contra la libertad de discusión. Su fortuna le llevó al cargo de censor, desde el que tuvo gran poder sobre las vidas privadas de los hombres públicos, pudiendo así arruinar a sus competidores con escándalos privados. Arrojó a Manlio del Senado porque su esposa le besó a la luz del día, ante la hija de ambos. Persiguió a la literatura griega, de la que, hasta edad muy avanzada, estuvo totalmente ignorante. Luego leyó y admiró a Demóstenes. Escribió en latín sobre agricultura y sobre las antiguas virtudes de Roma, ya perdidas. Estos escritos dan mucha luz acerca de sus cualidades. Máxima suya era que, cuando un esclavo no duerme, ha de estar trabajando. Otra, que bueyes viejos y esclavos viejos hay que venderlos. Para ahorrarse gastos de transporte, cuando volvió a Italia, se deshizo del caballo de guerra que le llevó en sus campañas españolas. Odiaba los jardines ajenos y cortó la provisión de agua para todo jardín de Roma. Después de comer, gustaba de corregir toda negligencia en el servicio con un zurriago de cuero. Admiraba mucho sus propias virtudes, sobre las que insistía en sus escritos. Hablando de una batalla en las Termópilas contra Antíoco el Grande, decía: "los que le vieron cargar al enemigo, derrotarle y perseguirle declararon que menos debía Catón al pueblo romano que el pueblo romano a Catón" ([5]). En la vejez, Catón volvióse lascivo y tuvo tratos ilícitos con una esclava. Cuando su hijo protestó contra tal desorden en la casa, tomó él mujer joven, hija de su secretario, que no podía rechazar la oferta. (No se dice lo que fué de la esclava; probablemente la vendería). Este compendio de todas las virtudes romanas murió en avanzada edad, respetado y temido. Casi su postrer acto público fué para instigar a la Tercera Guerra Púnica y a la destrucción final de Cartago. Había estado allí como delegado para solventar ciertas diferen-

([5]) Plutarco: *Vida de Catón.*

cias entre Cartago y Numidia, y le lastimaron y horrorizaron los signos de prosperidad y aun de felicidad del país.

Desde el momento de aquella visita, Catón ponía fin a todos sus discursos en el Senado con esta expresión: *Delenda est Cartago.* ("Hay que destruir a Cartago").

Tal fué el tipo de hombre que logró preeminencia en Roma durante las guerras púnicas, tal fué el antagonista de Aníbal y del desquite cartaginés; por él y por Aníbal podemos juzgar del tono y cualidades del tiempo.

Las dos grandes potencias occidentales, Roma tal vez más que Cartago, quedaron mental y moralmente desquiciadas por las violencias de la Primera Guerra. Predominó el aspecto malo de la vida. La historia de la Segunda y Tercera Guerras Púnicas (219 a 201 y 149 a 146 antes de J. C.), como es natural, no es historia de pueblos perfectamente sensatos. No tiene sentido en los historiadores lo de los "instintos políticos" de romanos o cartagineses. Otros fueron los instintos a que se dió suelta. Los ojos encendidos del mono ancestral volvieron al mundo. Fué tiempo en que los seres razonables eran abochornados o asesinados; el verdadero espíritu de la edad se muestra en el ávido examen de los signos y portentos de las aún palpitantes entrañas de aquellas víctimas humanas que Roma sacrificó en el pánico subsiguiente a la batalla de Telamón. El mundo occidental ennegrecía verdaderamente de monomanía homicida. Dos grandes pueblos, ambos muy necesarios para el desarrollo del mundo, chocaron entre sí, y al cabo Roma consiguió asesinar a Cartago.

§ 6. *La segunda guerra púnica*

Sólo brevemente podemos dar aquí pormenores de la Segunda y Tercera Guerras Púnicas. Ya dijimos que Amílcar emprendió la organización de España y que los romanos le prohibieron pasar del Ebro. Murió en 228 antes de J. C., sucediéndole su yerno Asdrúbal, que fué asesinado en 221, y a quien sucedió Aníbal, de veintiséis años a la sazón. Los romanos precipitaron la guerra, quebrantando sus propias reglas e interviniendo en los asuntos de más allá del Ebro. Por esta causa, Aníbal se encaminó al Sur de Galia, y cruzando los Alpes (218 antes de J. C.), entró en Italia.

La historia de los quince años siguientes narra la incursión más brillante y fútil que se conoce. Quince años se mantuvo Aníbal en Italia, victorioso e indomable. Los generales romanos no podían competir con el cartaginés, y allí donde le encontraban eran batidos. Pero uno de ellos, Publio Cornelio Escipión, tuvo el sentido estratégico de privar a Aníbal de todo fruto de su victoria,

Al comienzo de la guerra se le envió a Marsella por mar para cortar el paso a Aníbal; llegó con tres días de retraso y, en lugar de perseguirle, llevó su ejército a España para privar al cartaginés de provisiones y refuerzos. Durante toda la guerra subsiguiente el ejército romano de España se mantuvo entre Aníbal y su base. Le dejó "en el aire", incapacitándole para establecer asedios y asegurar conquistas.

Aníbal derrotó a los romanos siempre que los encontró en campo abierto. Dos grandes victorias alcanzó en el Norte de Italia, y con ellas se atrajo a los galos. Bajó luego a Etruria y sorprendió, copó y destruyó por completo un ejército romano en el lago Trasimeno. En 216 antes de J. C., fué atacado por fuerzas romanas muy superiores, mandadas por Varrón, en Cannas, y las destruyó también. Dícese que murieron allí cincuenta mil hombres y se hicieron diez mil prisioneros. No pudo, sin embargo, avanzar y tomar a Roma por falta de tren de sitio.

Pero Cannas trajo otros frutos. Gran parte de la Italia meridional cayó en poder de Aníbal, con Capua, ciudad que sólo cedía en importancia a Roma, y los macedonios entraron en alianza con él. Además, Hierón de Siracusa, fiel aliado de Roma, había muerto, y Jerónimo, sucesor suyo, se pasó a los cartagineses. Los romanos continuaron la guerra, sin embargo, con gran tino y resolución; negáronse a tratar con Aníbal después de Cannas; pusieron sitio tardíamente, pero con éxito final, a Capua, y un ejército romano fué a reducir a Siracusa. El sitio de Siracusa es ante todo memorable por los brillantes inventos del filósofo Arquímedes, que mantuvieron por mucho tiempo a los romanos en la bahía. Ya nombramos a Arquímedes como discípulo y corresponsal de la escuela del Museo Alejandrino. Murió en el extremo asalto de la ciudad. Tarento (209 antes de Jesucristo), puerto principal más importante de Aníbal, que por allí se aprovisionaba, siguió la suerte de Siracusa (212 antes de J. C.) y Capua (212) y sus comunicaciones perdieron toda regularidad.

España fué arrebatada también trozo a trozo al poderío cartaginés. Cuando pudieron abrirse paso hacia Italia los refuerzos para Aníbal mandados por su hermano Asdrúbal (a quien no se ha de confundir con su cuñado de igual nombre que fué asesinado), fueron deshechos en la batalla del Metauro (207), y las primeras noticias llegaron a Aníbal con la cabeza truncada de su hermano, que le arrojaron al campamento.

Luego Aníbal quedó bloqueado en Calabria, en el talón de Italia. Carecía de fuerzas para toda operación en gran escala, y volvió por fin a Cartago, llegando a tiempo para mandar a los cartagineses en la última batalla de aquella guerra, la de Zama (202 antes de J. C.), reñida cerca de Cartago.

Fué la primera derrota de Aníbal, y por ello merece alguna atención la personalidad de su vencedor, Escipión Africano el Viejo, que aparece en la historia como cumplido caballero, gran soldado y hombre generoso. Hemos mencionado ya a cierto P. Cornelio Escipión, que atacó en España la base de Aníbal; hijo de éste era aquél; hasta después de Zama el hijo llevó también el nombre de P. Cornelio Escipión y más adelante se le dió el sobrenombre de Africano. (Escipión Africano el Mozo, Scipio Africanus Minor, que había de poner luego fin a la Tercera Guerra Púnica, fué hijo adoptivo del hijo de Escipión Africano el Viejo). Escipión Africano reunía todo lo que movía a desconfianza, odio y oposición a los rancios romanos de la escuela catoniana. Era joven, afortunado y capaz, gastador sin tasa, versadísimo en literatura griega, y más inclinado en religión a las novedades frigias que a las adustas divinidades romanas. Y no creía en la extremada discreción que regía entonces la estrategia romana.

Después de las primeras derrotas de la Segunda Guerra Púnica, en las operaciones militares romanas predominó la personalidad de un general, Fabio, que elevó casi a principio sagrado la conveniencia de rehuir batalla con Aníbal. Diez años de predominio tuvo la "táctica Fabia". Los romanos bloqueaban, copaban convoyes, atacaban a los rezagados y echaban a correr en cuanto asomaba Aníbal. Sin duda, esta conducta fué conveniente durante algún tiempo después de las primeras derrotas; pero los negocios de la potencia más fuerte, y Roma lo era en la Segunda Guerra Púnica, no consienten una guerra interminable; requieren que se reparen pérdidas, se descubran generales de capacidad, se adiestren mejores ejércitos y se destruya el poderío enemigo. La decisión es uno de los deberes de la fuerza.

A hombres como el joven Escipión, las arterías taimadas e ineficaces de la táctica Fabia, que iba desangrando hasta la muerte a Italia y Cartago, les parecían detestables. Pedía que se atacara a Cartago misma.

"Mas Fabio trataba de inspirar a la ciudad el mayor miedo, haciéndole entender que por un joven de poco juicio eran impelidos al extremo y mayor peligro, no omitiendo, para apartar de esta idea a los ciudadanos, medio alguno de palabra o de obra, y lo que es al Senado logró persuadírselo; pero el pueblo sospechó que miraba con envidia la prosperidad de Escipión, y que recelaba no fuera que ejecutando éste algún hecho grande y memorable, con el que acabara del todo la guerra, o la sacara de Italia, pareciese que él mismo en tanto tiempo había peleado desidiosa y flojamente... Al colega de Escipión, Craso, lo persuadió a que no cediese a aquél la provincia, ni fuese condescendiente, y que si por fin se decretase lo propuesto, navegara él mismo contra los

cartagineses, y de ningún modo permitió que se dieran fondos para la guerra, obligando, por tanto, a Escipión a ponerlos por su cuenta...". Se opuso "a que llevase consigo los jóvenes que se proponían seguirle; gritando en el Senado y en el Foro que no era sólo Escipión el que huía de Aníbal, sino que se daba a la vela sacando de Italia todas las fuerzas que le quedaban, lisonjeando con esperanzas a la juventud, y persuadiéndola a dejar padres, mujeres y patria, cuando estaba a las puertas un enemigo vencedor y nunca vencido. Y al cabo logró con estos discursos intimidar a los romanos; por lo que decretaron que sólo pudiera emplear las tropas de Sicilia y de España no pudiera tomar más que trescientos hombres, aquellos que fueran más de su confianza... Mas después que, trasladado Escipión al Africa, vinieron prontamente a Roma nuevas de sus maravillosas proezas y de sus hechos extraordinarios, confirmadas con el testimonio de los ricos despojos, con la cautividad de un rey de los Númidas, y el incendio y destrucción de dos campamentos a un tiempo, en los que fueron muchos los hombres, caballos y armas que se abrasaron; y después que a Aníbal le fueron enviados correos de parte de los cartagineses llamándole y rogándole que, abandonando aquellas nunca cumplidas esperanzas, corriese allá a darles auxilio; cuando en Roma todos tenían a Escipión en los labios, celebrando sus victorias, Fabio era de opinión que se le enviase sucesor no dando ningún otro motivo que aquel dicho tan conocido: "que no deben fiarse negocios de tanta importancia a la fortuna de un hombre solo, porque es muy difícil que uno mismo sea constantemente feliz...". Ni aun después de haber partido Aníbal de Italia con todas sus tropas, dejaba que el gozo de los ciudadanos fuese puro y sin zozobra, sino que decía que entonces era cuando contemplaba en mayor riesgo a la república, que corría el último peligro, por cuanto Aníbal en Africa sería ante Cartago enemigo más terrible, oponiendo a Escipión un ejército caliente todavía con la sangre de muchos generales, dictadores y cónsules romanos; de tal manera que con tales ponderaciones de nuevo se contristaba la ciudad, y con estar ya la guerra en Africa, el miedo les parecía que estaba más cerca de Roma todavía que antes" (6).

Antes de la batalla de Zama hubo una breve tregua y unas negociaciones que fracasaron por culpa de los cartagineses. Como ocurre con la batalla de Arbela, puede fijarse el día exacto de la batalla de Zama gracias a un eclipse que tuvo lugar durante el combate. Los romanos tenían el apoyo de los númidas, pueblo del interior de Cartago, mandados por su rey Masinisa, y esto les dió —por primera vez en batalla contra Aníbal— gran superioridad de caballería. Las alas de la caballería de Aníbal fueron puestas en fuga, a la vez que la mejor disciplina de la infantería de Escipión le permitió abrir calle a la carga de los elefantes de guerra cartagineses, sin caer en confusión. Aníbal intentó desplegar sus líneas de infantería para envolver la masa de la infantería romana; pero así como en Cannas tuvo de su parte todas las ventajas de la instrucción militar, y por lo tanto la fuerza de la maniobra, y pudo rendir y exterminar una gran muchedumbre de infantes, se encontró a la sazón con una línea de peones mejor que la propia. Quedó rota su línea al desplegarse ante el ataque de la legión romana, y la jornada se perdió. La caballería romana volvió, después de perseguir a los jinetes de Aníbal, para convertir, lo que ya era derrota, en espantoso desastre.

(6) Plutarco, trad. Ranz Romanillos.

Cartago se sometió sin más lucha. Las condiciones eran severas; pero le dejaron posibilidades de esperanza en un porvenir honroso, tuvo que abandonar España a Roma; entregar a ésta todos los buques de guerra, excepto diez navíos; pagar diez mil talentos (sesenta millones de pesetas), y, a condición más difícil todavía, comprometerse a no emprender guerra alguna sin permiso de Roma. Añadióse una condición final: que Aníbal, como gran enemigo de Roma, sería entregado. Pero él salvó a sus conciudadanos de tamaña humillación huyendo a Asia.

Con tan exorbitantes condiciones Roma podía estar satisfecha. Pero hay naciones tan ruines que no sólo llegan a vencer a sus enemigos, tienen que aniquilarlos. La generación romana, que veía grandeza y virtud en hombres como Catón el Censor, tenía que hacer de su país un mezquino aliado y un ruin vencedor.

§ 7. *La tercera guerra púnica*

La historia de Roma, en los cincuenta y seis años que transcurrieron entre la batalla de Zama y el último acto de la tragedia, la Tercera Guerra Púnica, nos habla de una áspera y despiadada expansión de fuerza en el exterior y de una lenta destrucción, por la usura y codicia de los ricos, de la libre población agrícola del país.

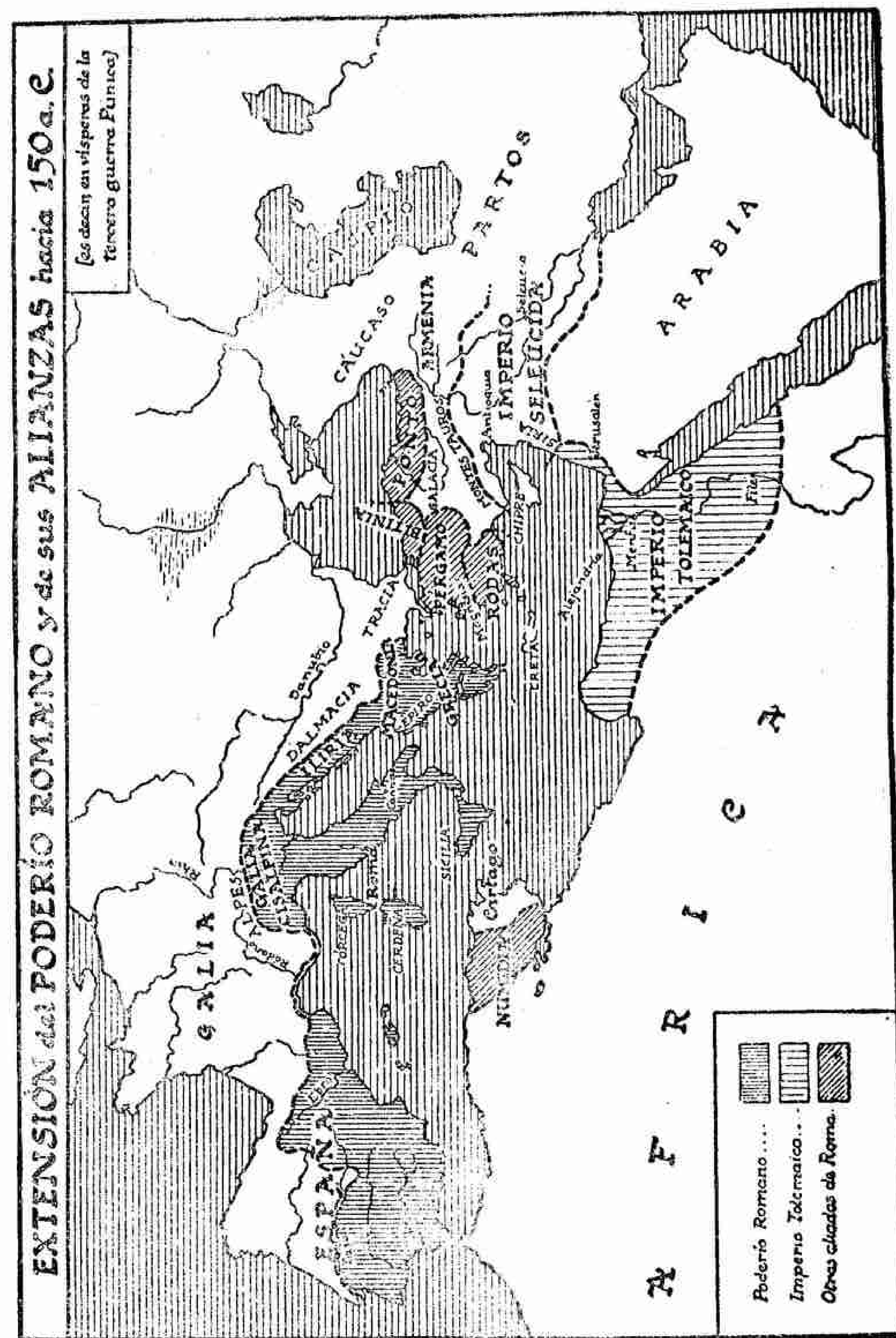
El espíritu de la nación se había vuelto rudo y bajo; no se concedía ya extensión de ciudadanía; no había ya generosos intentos de asimilación de las poblaciones extranjeras afines. España se administraba mal y se iba poblando lentamente y con gran dificultad. Complicadas intervenciones produjeron la reducción de Iliria y Macedonia a la situación de provincias tributarias; Roma, era evidente, iba a establecer impuestos sobre el extranjero y a librar de todo impuesto a los suyos. Desde 168 antes de J. C. no se levantó ya en Italia el antiguo impuesto territorial, y la

única renta cobrada en Italia procedía de los dominios del Estado y de un impuesto sobre importaciones marítimas. Las rentas de la provincia de "Asia" sufragaban los gastos de Estado romano. En la ciudad, hombres del tipo de Catón iban adquiriendo casas de labor mediante préstamos e hipotecas, y eran a menudo las de hombres que se empobrecieron en el servicio de la guerra; iban echando de sus tierras a los ciudadanos libres, y dedicando al cultivo de aquéllas el trabajo de los esclavos, barato y abundante. Aquellos hombres miraban a los extranjeros como esclavos aún no importados. Sicilia quedó entregada a la codicia de los alcabaleros. Los ricos podían cosechar allí los cereales, gracias al esfuerzo de los esclavos, e importarlos en Roma muy provechosamente, y de este modo la tierra natal podía dedicarse al ganado vacuno y lanar. Consiguientemente empezó un éxodo de la población italiana desarraigada a las ciudades, y en particular a Roma.

Poco diremos aquí de los primeros conflictos entre el poderío expansivo de Roma y los seleucidas, y de cómo concertó Roma alianza con Egipto, y lo mismo de las tortuosas fluctuaciones de las ciudades griegas a la sombra de su avance hasta que cayeron en sumisión efectiva. Baste un mapa para demostrar la extensión del imperio en aquel tiempo.

En la bajeza general de la época no faltaron voces que protestaran. Ya nos referimos al malestar agotador de la Segunda Guerra Púnica, enfermedad del Estado que producía ricos avarientos, exactamente lo mismo que las enfermedades del cuerpo producen a veces grandes pústulas; aquello terminó con Escipión Africano. Cuando aún se dudaba que el Senado le designara por general de Roma, amenazó él con apelar al pueblo. Con ello quedó señalado a la cáfila senatorial, que iba convirtiendo rápidamente a Italia, de país de cultivadores libres, en tierra de dehesas para el ganado, cuidadas por esclavos; intentaron los senadores arruinarle antes de que llegara a Africa; le dieron fuerzas insuficientes, a su juicio, para la victoria, y después de la guerra le apartaron rigurosamente de todo cargo. El interés y su malicia natural dieron a Catón armas para atacarle.

Escipión Africano el Viejo fué, al parecer, hombre de temple generoso e impaciente, sin ánimo de explotar el descontento general por las tendencias predominantes y su gran popularidad en provecho propio. Fué como subordinado de su hermano Lucio Escipión cuando éste mandaba el primer ejército romano que pasó a Asia. En Magnesia de Lidia un gran ejército heterogéneo mandado por Antíoco III, el monarca seleucida, sufrió el destino (190 antes de J. C.) de los ejércitos persas, tan similares a él ciento cuarenta años atrás. La victoria volvió contra Lucio Escipión la hostilidad del Senado y se le acusó de malversación del dinero



recibido de Antioco, lo cual llenó al Africano de honrada indignación. Cuando Lucio compareció ante el Senado para rendir sus cuentas, dispuesto a hostigar a sus acusadores, Africano le arrancó los documentos, los hizo pedazos y arrojó los trozos al suelo. Su hermano —dijo— había pagado al tesoro 200.000 extercios (cincuenta millones de pesetas); ¿había motivo para vejarle y tenderle añagazas? Cuando Lucio fué luego perseguido y condenado, Africano le rescató por la fuerza. Como le acusaran, recordó al pueblo que aquel día era el aniversario de la batalla de Zama, y desafió a las autoridades entre los aplausos de la muchedumbre.

El pueblo romano parecía querer y apoyar a Escipión, y pasados ya dos mil años los hombres gustan de él todavía. Fué capaz de hacer pedazos un papel y tirárselo al Senado a la cara, y cuando volvieron a acusar a Lucio, un tribuno de la plebe interesó el veto e invalidó el procedimiento. Pero a Escipión Africano faltábale esa vigorosa aleación que convierte a los hombres en grandes jefes democráticos. No era César. No tenía ninguna cualidad de las que someten a un hombre a las bajas necesidades de la vida política. Después de tales acontecimientos se retiró a sus posesiones, disgustado de Roma, y en ellas murió en el año 183 antes de J. C.

Aníbal murió en el mismo año; desesperado, se envenenó. El temor constante del Senado romano le fué dando caza de una en otra corte. A pesar de las indignadas protestas de Escipión, Roma, en las negociaciones de paz, pidió su entrega a Cartago, y lo mismo hizo con todas las potencias cerca de las cuales buscó Aníbal refugio. Cuando se concertó la paz con Antíoco III, aquélla fué una de las condiciones. Llegó hasta Bitinia, cuyo rey le detuvo para enviarle a Roma; pero él llevaba desde mucho tiempo atrás el veneno en una sortija y se dió la muerte.

Añade honra al nombre de Escipión el hecho de que hubo otro. Escipión Nasica, que parodiaba el *Delenda est Carthago*, de Catón, poniendo fin a todos sus discursos del Senado con la frase: "Cartago debe subsistir". Tuvo la sagacidad de ver que la existencia y el estímulo de Cartago contribuían a la prosperidad general de Roma.

Hubo además un segundo Escipión Africano, nieto por adopción de Escipión Africano el Viejo, que tomó y destruyó a Cartago. La única ofensa causada a Roma por los cartagineses, que ocasionó la Tercera Guerra Púnica, fué la de continuar comerciando y enriqueciéndose. No competía su comercio con el de Roma; cuando fué destruída Cartago, gran parte de su comercio quedó también destruído, y el Africa del Norte entró en una fase de retroceso económico; pero su prosperidad suscitaba la pasión de la envidia, más fuerte aún que la avaricia en el tipo romano

"a la antigua". La rica orden ecuestre no podía soportar más riqueza que la suya en el mundo. Roma provocó la guerra envalentonando a los númidas para que molestaran a Cartago, hasta que los cartagineses se sintieron aguijoneados a pelear a la desesperada. Roma cayó entonces sobre Cartago, y declaró que había roto el tratado haciendo la guerra sin su permiso.

Enviaron los cartagineses cuantos rehenes les pidió Roma y entregaron las armas, preparándose a ceder territorios; pero la sumisión no hizo sino acrecentar la arrogancia de Roma y la codicia despiadada de la rica orden ecuestre que dominaba en sus consejos. Pidió el abandono de Cartago y que la población se retirara a un paraje apartado lo menos diez millas del mar. ¡Esto le pedía a unos hombres cuya subsistencia dependía casi por entero del comercio marítimo!

Lo absurdo de la orden movió a desesperación a los cartagineses. Llamando a los desterrados, preparáronse a resistir. La eficiencia militar de los romanos había ido declinando poco a poco durante medio siglo de estrechez de miras y mezquindad espiritual de los gobiernos, y los primeros ataques a la ciudad, en 149 antes de J. C., casi acabaron en desastres. Escipión el Mozo, durante las operaciones, distinguióse en un empleo subordinado. El año siguiente fué asimismo de fracaso para los senadores incompetentes. La augusta corporación pasó entonces de un ánimo hirviente a un pánico extremado. El populacho de Roma tenía aún mayor susto. Escipión el Mozo, principalmente por el nombre que llevaba, aunque no tenía todavía edad bastante, ni, en otros respectos, estaba calificado para el cargo, fué elegido cónsul y enviado a Africa para salvar a su país.

Siguióse el más obstinado y terrible asedio. Escipión construyó un muelle para cerrar el puerto, y cortó así todo auxilio por mar. El hambre hizo sufrir horriblemente a los de Cartago; pero se sostuvieron hasta que la ciudad fué tomada por asalto. Seis días duró la lucha en las calles, y cuando por fin capituló la ciudadela, quedaban vivos, de medio millón, cincuenta mil cartagineses. Los supervivientes fueron reducidos a esclavitud; la ciudad, incendiada; las ruinas, aradas para expresar la destrucción extrema, y se invocó del cielo con toda solemnidad una maldición para cualquiera que intentase reconstruirla.

En aquel mismo año (146 antes de J. C.), el Senado romano y los ecuestres *asesinaron* también a otra gran ciudad que parecía poner vallas a su monopolio mercantil: a Corinto. Lo justificaron diciendo que Corinto hizo armas contra ellos, justificación que carece de todo valor.

§ 8. *Cómo minaron la libertad romana las guerras púnicas*

Hemos de consignar aquí, en breve apartado, el cambio de sistema militar en Roma después de la Segunda Guerra Púnica, que tuvo enorme importancia en su desarrollo ulterior. Hasta entonces los ejércitos romanos se formaron por reclutamiento de ciudadanos libres. La facultad de combatir y la de votar estaban íntimamente unidas. Las asambleas por centurias tomaban el aspecto de una movilización militar, y se encaminaban, con las centurias ecuestres a la cabeza, al Campo de Marte. El sistema era muy semejante al de los boers en la última guerra surafricana. El ciudadano romano ordinario, como el boer, era campesino, y al llamamiento del país entraba en el "comando". Los boers fueron, a decir verdad, en muchos respectos, los últimos supervivientes del arianismo. Peleaban extraordinariamente bien; pero en el fondo de su pensamiento estaba siempre el anhelo de volver a sus tierras. En operaciones prolongadas, como el sitio de Veii, los romanos reforzaban y relevaban sus tropas con reservas; lo mismo hicieron los boers en el sitio de Ladysmith.

La necesidad de tener sometida a España después de la Segunda Guerra Púnica, implicaba la constitución de ejércitos de tipo diferente. España estaba harto lejos para los relevos periódicos, y la guerra exigía un adiestramiento más completo que el que era posible con soldados de ida y vuelta. En consecuencia, se alistaron hombres para un largo servicio y *se les pagó*. El soldado mercenario aparece así en los asuntos de Roma por primera vez. A la paga añadíase el botín. Catón distribuyó tesoros de plata cuando tuvo mando en España; y se sabe también que atacó a Escipión Africano por haber éste distribuído el botín entre sus tropas de Cicilia. La introducción de la soldada condujo al ejército profesional y éste, un siglo más tarde, al desarme del ciudadano romano ordinario que se trasladaba, empobrecido, a Roma y a las grandes ciudades. Se habían ganado las guerras importantes, se habían asentado bien sólidamente los cimientos del imperio por los campesinos hechos soldados por Roma con anterioridad al año 200 antes de J. C. En ese tiempo, los campesinos desaparecieron gradualmente. El cambio iniciado después de la Segunda Guerra Púnica se completó a fines del siglo con la reorganización del ejército por Mario, como se dirá a su tiempo. Más adelante empezaremos a hablar del "ejército" y de "las legiones", y nos veremos obligados a tratar con una nueva especie de ejército, cuya unidad no estaba ya mantenida por la solidaridad de una ciudadanía común. Cuando falta este lazo, las legiones descubren otro en el *espíritu de cuerpo*, en su común diferencia y en su común interés con respecto a la comunidad en general. Empiezan a manifestar caluroso interés por los jefes personales que les aseguran la paga y el botín. Antes de las Guerras Púnicas, los ambiciosos de Roma tendían a halagar a los plebeyos; después, empezaron a cortejar a las legiones.

§ 9. *Comparación de la república romana con un Estado moderno*

La historia de la República Romana hasta aquí tiene en muchos respectos color más moderno, en especial para los lectores de América y del Occidente de Europa, que toda historia precedente. Por primera vez tenemos algo como una "nación" que se gobierna a sí misma, algo más amplio que un mero Estado ciudadano, algo que trata de ordenar sus propios destinos. Por primera vez vemos campos extensos sometidos a un concepto de ley. Observamos en el Senado y en la asamblea popular un conflicto de grupos y personalidades, un proceso demostrativo de intervención mucho más estable y duradero que puede serlo toda autocracia, y mucho más flexible y adaptable que todo régimen sacerdotal. Por primera vez asimismo encontramos conflictos sociales comparables a los nuestros. La moneda ha reemplazado al trueque, y el capital financiero ha cobrado fluidez y libertad; no tanto quizá como hoy, pero mucho más de la que hasta entonces tuvo. Las Guerras Púnicas fueron guerras de pueblos, como no lo habían sido las otras de que hablamos. Indudablemente, las líneas generales del mundo presente, las ideas directoras, las principales oposiciones, empezaron a mostrarse en aquellos días.

Pero, según dijimos antes, faltaban aún en la Roma de las Guerras Púnicas ciertas facilidades elementales y algunas ideas políticas corrientes en nuestro tiempo. No había periódicos [7], y virtualmente no existían representantes electivos en las asambleas populares. Y otra deficiencia, muy comprensible hoy para nosotros, pero que entonces nadie advertía, era la falta absoluta de toda educación política elemental. Los plebeyos de Roma mostraron in-

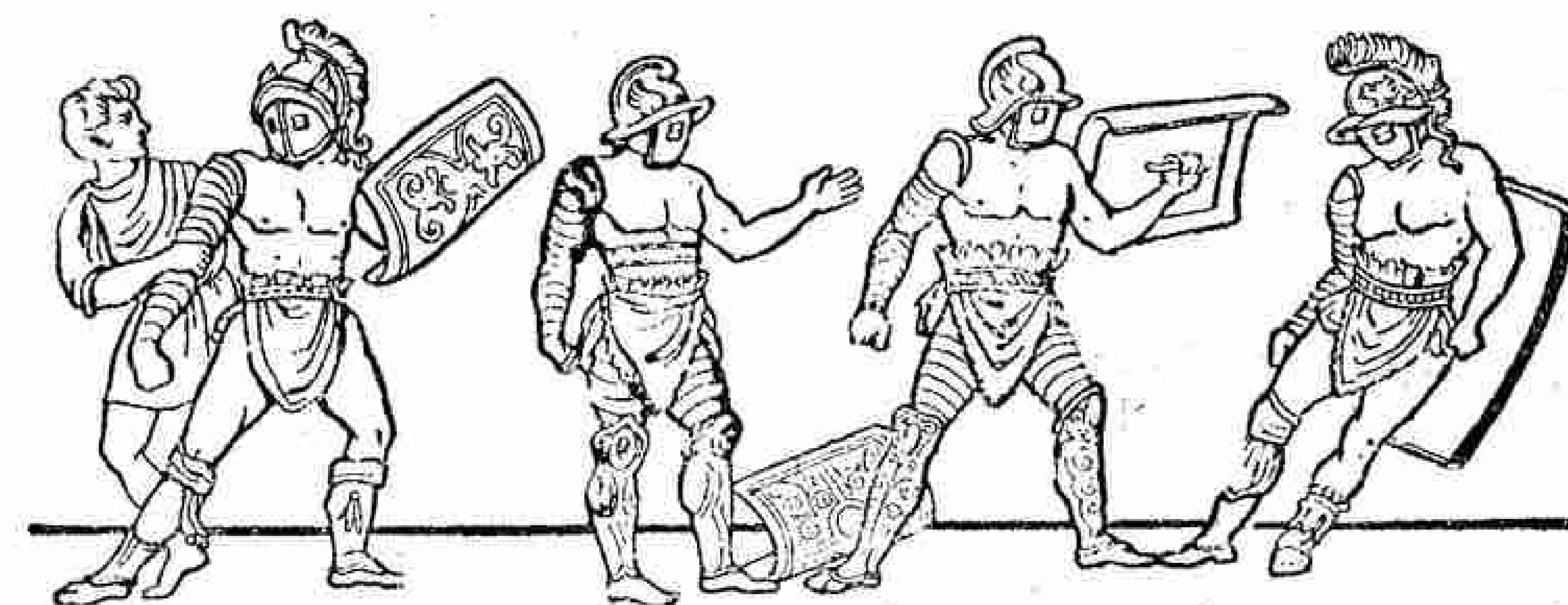
[7] Julio César (60 antes de J. C.) mandó que las actuaciones del Senado se publicaran escritas en boletines de tabla, *in albo* (sobre blanco). Había costumbre de publicar así el edicto anual del pretor. Existían escritores profesionales de cartas que enviaban noticias por correo especial a ricos corresponsales del campo, y éstos las copiaban en los álbumes (tablas blancas). Cicerón, mientras fué gobernador de Cilicia, se enteraba de las noticias corrientes por medio de dichos profesionales. En una carta se lamenta de que no es eso lo que él necesita; el experto tenía demasiado en cuenta las carreras de carros y otros asuntos deportivos, y no daba parecer ninguno acerca de la situación política. Es evidente que tal sistema de noticias por carta era sólo asequible para los hombres públicos en circunstancias prósperas.

dicios de darse cuenta de que sin conocimiento, el voto no hace libres a los hombres, cuando insistieron en la publicación de la ley de las Doce Tablas; pero nunca fueron capaces, porque su tiempo no se lo consentía, de imaginar mayor extensión de conocimientos a la masa del pueblo. Sólo hoy empiezan los hombres a darse cuenta plena del significado político de la máxima "ciencia es poder". Dos "Trade Unions" británicas, por ejemplo, han establecido hace poco un Colegio del Trabajo para responder a la demanda especial de obreros versados en historia, política, ciencias sociales, etc. Pero la educación en la Roma republicana era un fenómeno individual y privilegio de ricos y ociosos. Estaba principalmente en manos de griegos, que con frecuencia eran esclavos. Existía una pequeña corriente de finísimo saber y exquisito pensar desde el primer siglo de la monarquía. Lucrecio y Cicerón lo demuestran, pero no se extendía a la masa del pueblo. El romano ordinario no sólo estaba por completo ignorante de la historia de la humanidad, sino también de cuanto se refería a los pueblos extranjeros; ni conocía las leyes económicas o las posibilidades sociales. Ni aun sus mismos intereses discernía con claridad.

Por supuesto, en los pequeños Estados ciudadanos de Grecia y en aquel Estado romano primitivo de cuatrocientos millas cuadradas, los hombres adquirían por la conversación y por la observación los conocimientos bastantes para el ejercicio de los deberes ordinarios de ciudadanía; pero al comenzar las Guerras Púnicas los asuntos eran ya demasiado ingentes y complicados para los analfabetos. Nadie parece haber advertido el espacio que se abría entre el ciudadano y el Estado, y no hay memoria de tentativa alguna para dar al ciudadano el aumento de instrucción exigido por el aumento de sus deberes. Desde el siglo II antes de J. C. en adelante, todos reconocen la ignorancia del ciudadano común y su falta de conocimientos políticos; todos se duelen de la falta de solidaridad política que tal ignorancia acarrea; pero nadie llega al que parecía corolario inevitable, nadie propone destruir la ignorancia de que todos se quejan. No había medio alguno para dar instrucción a las masas del pueblo en un ideal político y social. Sólo con el desarrollo de las grandes religiones propagandistas en el mundo romano, de las cuales el cristianismo fué la principal y la que sobrevivió, se hizo evidente al mundo la posibilidad de tal instrucción sistemática de grandes masas populares. Aquel eminente genio político, el emperador Constantino el Grande, seis siglos después, fué el primero en darse cuenta y en poner en práctica dichas posibilidades para la conservación y la soldadura mental y moral de la comunidad extensísima que gobernaba.

Pero no sólo en estas deficiencias de información, educación y forma de gobierno representativo difería del nuestro el sistema

político de Roma. Cierto que era mucho más semejante a un estado civilizado moderno que otro estado cualquiera de los que hemos estudiado hasta aquí; pero en muchas cosas era extrañamente primario y "subcivilizado". Por todas partes un lector de historia romana, al estudiar sus disputas, sus medidas, su política, sus campañas, el capital y el trabajo, se encuentra con algo que le produce la misma extrañeza que sentiría si saliese a abrir a un visitante desconocido, y al extender la mano se encontrase con la deforme garra peluda del *Homo Neanderthalensis* y viese ante sí un rostro sin barbilla, bestial. Ya hemos indicado la práctica de los sacrificios humanos en el siglo III antes de J. C., y mucho de lo que sabemos acerca de la religión de Roma en tiempo de la república nos lleva harto más allá de los días en que hay dioses razonables,


Gladiadores (De una pintura mural pompeyana)

a la edad de la impostura y de la magia. Hablamos de reuniones legislativas, y al punto pensamos en Westminster. Pero ¿qué sentiríamos si yendo a ver el comienzo de una sesión en la Cámara de los Lores descubriésemos que el Lord Canciller, con los dedos ensangrentados, hurgaba portentosamente en las entrañas de un cordero recién degollado? El pensamiento huiría de Westminster y evocaría las costumbres de los pueblos salvajes. Pues la esclavitud de Roma era una esclavitud salvaje, tan vil como la esclavitud de Babilonia. Ya vislumbramos al virtuoso Catón entre sus esclavos en el siglo II antes de J. C. Por añadidura, en el siglo III, cuando el rey Asoka gobernaba en la India, todo luz y suavidad, los romanos, resucitando el deporte etrusco, hacían luchar a sus esclavos si querían conservar la vida. El origen de esta diversión hace pensar de nuevo en el Africa Occidental. Surge de la costumbre prehistórica de sacrificar cautivos en los funerales del jefe. Había en este deporte una nota religiosa: los esclavos con garfios, que sacaban arrastrando los cadáveres de la arena, llevaban máscaras que representaban al dios-barquero infernal, a Caronte. En 264

antes de J. C., año en que Asoka empezó a reinar, y en que comenzó la Primera Guerra Púnica, tuvo lugar en el Foro romano el primer combate de gladiadores de que hay memoria, para celebrar los funerales de un miembro de la antigua familia romana de Bruto. Fué un alarde modesto: tres parejas; mas pronto lucharon a cientos los gladiadores. Rápidamente creció el gusto por tales combates, y las guerras suministraron abundancia de cautivos. Los viejos moralistas romanos, tan severos en cuanto al beso y al ornato femenino y a la filosofía griega, sólo alabanzas tenían para la nueva práctica. Mientras hubiese dolor, la moral romana se diría que estaba satisfecha.

Si Roma republicana fué la primera comunidad nacional de gobierno autónomo, equivale entre todas al tipo de "Neanderthal".

En el transcurso de los dos o tres siglos siguientes, los espectáculos de gladiadores adquirieron proporciones inmensas en Roma. Al principio, cuando las guerras eran frecuentes, los gladiadores eran prisioneros de guerra. Presentábanse con sus armas nacionales características, bretones tatuados, moros, escitas, negros, etc., y sus exhibiciones tenían a veces cierto valor militar. Luego se emplearon también criminales condenados a muerte, pertenecientes a las clases inferiores. El mundo antiguo no comprendía que un criminal condenado a muerte pudiera conservar derecho alguno, y, sea como quiera, el empleo de un criminal como gladiador era preferible a su empleo como "material" para los vivisectores del Museo de Alejandría. Pero a medida que los provechos de tales espectáculos fueron creciendo y con ellos la demanda de víctimas, vendiéronse esclavos ordinarios, a los que adiestraban gladiadores, y todo esclavo que irritaba a su dueño podía verse en un establecimiento de los que a tal menester se dedicaban. Jóvenes disipados, derrochadores de sus bienes y mozos de brío, dedicábanse voluntariamente al oficio determinado, confiando en sus arrestos para sobrevivir. Cuando el negocio se desarrolló, encontróse nuevo empleo para los gladiadores: el de dependientes armados; los ricos compraban una cuadrilla y la convertían en guardia personal suya o la alquilaban por lucro para los espectáculos. Cada fiesta empezaba con una procesión ritual (*pompa*) y una lucha fingida (*proelusio*). La lucha verdadera se anunciaba a son de trompeta. Los gladiadores que por algún motivo se negaban a luchar eran arrojados a latigazos y golpeados con hierros candentes. A veces un herido pedía compasión levantando el dedo índice. Entonces los espectadores agitaban los pañuelos en señal de gracia o le condenaban a muerte extendiendo la mano cerrada con el pulgar hacia abajo ([8]).

([8]) Aquí difieren los autores. Mayor dice que los pulgares altos (junto al pecho) implicaban muerte, y bajos querían decir "Abajo la espada". La persuasión popular es que bajos significaban muerte.

Los muertos y los que casi lo estaban eran arrastrados a un lugar especial, el *spoliarium*, donde eran despojados de las armas y de cuanto poseían, y se remataba a los que aún no habían expirado.

Esta organización del asesinato como deporte y espectáculo sirve para medir el abismo que media entre Roma y nosotros en cuanto a normas. Sin duda se perpetran hoy en el mundo crueldades y ultrajes a la dignidad humana tan monstruosos como aquéllos; pero ya no se hacen en nombre de la ley, y sin que haya una sola voz de protesta. Porque es cierto que hasta los tiempos de Séneca (siglo I de J. C.) no se registra claramente protesta ninguna en este sentido. La conciencia de la humanidad era más floja y menos inteligente que en los tiempos actuales. Pronto iba a entrar en la conciencia humana una nueva fuerza con el Cristianismo. El espíritu de Jesús en el Cristianismo vino a ser el gran antagonista, en los últimos tiempos del Estado romano, de aquellos espectáculos crueles, de la esclavitud, y cuando se extendió al Cristianismo, ambas calamidades decayeron y desaparecieron ([9]).

([9]) "Algo más hay que decir acerca de esto. Los griegos mencionaban las luchas de gladiadores como razón para tener a los romanos por *Barbaroi*, y hubo motines cuando un procónsul romano trató de introducirlas en Corinto. Entre los romanos, los mejores las desaprobaban, pero cierta timidez les impedía denunciarlas como crueles. Por ejemplo, Cicerón, cuando tenía que asistir al Circo, llevaba consigo sus tabletas y sus secretarios, y no miraba. Expresa particular disgusto ante la muerte de un elefante, y nada por Tácito (Drusus, Ann. 1.76) alguien que fué impopular porque gustaba demasiado de las matanzas de gladiadores —*quamquam vili sanguine nimis gaudens*— ("se regocijaba mucho con la sangre por vil que fuese"). Los juegos eran condenados sin vacilación por la filosofía griega, y en tiempos diferentes dos cínicos y un cristiano dieron la vida en la arena, protestando contra ellos, antes de que se aboliesen.

"No creo que el Cristianismo tuviese con la esclavitud la relación indicada aquí. El acto de San Pablo al devolver un esclavo a su dueño, y sus palabras "Esclavos, obedeced a vuestros amos", citáronse constantemente por los partidarios de la esclavitud hasta el siglo XIX, por otra parte, tanto las filosofías populares como las religiones de Misterio mostrábanse contrarias a la esclavitud en sus tendencias generales, y claro está que, con el tiempo, el Cristianismo vino a ser principal representante de aquella actitud. Probablemente, la mejor prueba está en el número de esclavos que ocuparon puestos de honor en los sistemas religiosos y filosóficos, como, por ejemplo, Epicteto, o los muchos esclavos que desempeñaron cargos en las Inscripciones Mitraicas. No he llegado a saber si hubo esclavos que fuesen obispos cristianos, mas por analogía creo verosímil que los hubiera. En todas las religiones de Misterio, en cuanto se entra en la comunidad y se está en comunicación con Dios, se desvanecen las distinciones terrenales". — G. M.

XXVIII

DE TIBERIO GRACO AL EMPERADOR DIOS DE ROMA

§ 1. *La ciencia de anular a los simples mortales*

Ya hemos asimilado un par de veces la comunidad autónoma de Roma a una variedad del tipo "Neanderthal", en la especie a que corresponde el moderno estado civilizado "democrático", y otra vez hemos de recurrir a la comparación. Ambas cosas, en su forma, en ser el primer gran ensayo primitivo, y en sus relaciones últimas, son extraordinariamente semejantes; en el espíritu difieren profundamente. La vida política y social romana, y particularmente la del siglo que va de la caída de Cartago al advenimiento de César y el cesarismo, tiene una semejanza general muy marcada con la vida política y social de países como los Estados Unidos de América o el Imperio Británico de hoy. Intensifica la semejanza el uso común, con cierta inexactitud en cada caso, de términos "senado", "democracia", "proletariado", etc. Mas en el Estado romano, todo era más primitivo, más crudo, más tosco; las injusticias más flagrantes y los conflictos más ásperos. Existía, relativamente, escasa cultura y escasas ideas generales. Las obras científicas de Aristóteles empezaban no más a ser leídas en Roma un siglo antes de J. C.; es verdad que Ferrero [1] hace familiar a César la Política de Aristóteles, y le atribuye el sueño de una "Roma periclea"; pero al hacerlo Ferrero, parece condescender con uno de esos arrebatos novelescos, que son a la vez gozo y celada de todo historiador.

Ya se ha prestado atención a la profunda diferencia entre las condiciones de Roma y las modernas, nacida de la falta de Prensa, de toda educación popular o de la idea representativa en las asambleas del pueblo. Nuestro mundo de hoy está todavía lejos de resolver el problema de la representación y de reunir una asamblea pública que sea en realidad sumario, cristalización y expresión del pensamiento y de la voluntad populares; nuestras elecciones son todavía una burla vasta e ingeniosa del elector corriente que se encuentra inerme ante las organizaciones de partido, que reducen

(1) *Grandeza y decadencia de Roma*, 1. I, cap. XI.

su libre elección de representante a la menos indigesta de las dos fracciones políticas; pero, aun así, su voto, comparado con el de un honrado ciudadano de Roma, es instrumento efectivo. Muchos libros nuestros, al ocuparse de este período de la historia romana, hablan de "partido popular", de votos del pueblo, etc., como si todo ello fueran realidades con entidad, como lo son hoy. Pero los senadores y políticos de Roma velaron por que tales cosas no llegaran a ser jamás realidades puras y cumplidas. Las expresiones modernas son muy engañosas, como no se las califique con cuidado.

Describimos ya las reuniones de los comicios populares; pero aquella tosca asamblea, celebrada en un redil, no abarca toda la amplitud que podía alcanzar en Roma la representación del pueblo. Siempre que había una nueva emancipación de ciudadanos en Italia, manifestábanse los más complicados ardides y contraardides para alistar a los nuevos votantes en tan pocas o en tantas "tribus" de las antiguas como era menester, o para organizarlas en el menor número posible de tribus nuevas. Como el voto se daba por tribus, es obvio que, por mucho que éstas aumentaran, si todos iban a una tribu, su opinión contaba únicamente por un voto, y lo mismo si se agrupaban en unas pocas, antiguas o nuevas. Por otra parte, si se les distribuía entre muchas tribus, su influjo particular en cada una era insignificante. He aquí una tarea para fascinar a todo munidor de elecciones. Los *comitia tributa* podían ser manejados a veces para que votaran en contra del sentimiento general del pueblo. Y como ya advertimos, la gran masa de los electores de Italia estaba, asimismo, condenada a la abstención por la distancia. Al promediar la época de las Guerras Púnicas, había unos 300.000 ciudadanos romanos; por el año 100 antes de J. C., más de 900.000; mas, para los efectos del voto en la asamblea popular, sólo se contaba unos veinte millares, residentes en Roma y sus cercanías, hombres, los más, de baja extracción. Y los electores romanos estaban "organizados" hasta un punto en comparación del cual la maquinaria del Tammany, de Nueva York, resulta ingenua y sincera en extremo. Pertenecían a unas sociedades, *collegia sodalicia*, que solían tener elegantes pretensiones religiosas; y el político que empezaba a abrirse camino, visitaba primeramente a los usureros y después se iba, con el dinero prestado, a aquellas sociedades. Si los electores de fuera sentíanse movidos por un asunto cualquiera para venir en masa a la ciudad, siempre era posible aplazar la votación declarando que los auspicios eran desfavorables. Si venían sin armas, se les podía intimidar; si las traían, corría por la ciudad la voz de una conspiración contra la república y se organizaba un degüello.

No cabe dudar que toda Italia, todo el imperio, se resentía de incomodidad, ansia y descontento en el siglo que siguió a la destrucción de Cartago; unos pocos se hicieron riquísimos y la

mayoría de la gente se vió envuelta en una inexplicable red de precios inseguros, mercados vacilantes y deudas; pero no había medio ninguno de apaciguar y hacer menos grave el descontento general. No se conserva memoria de una sola tentativa para convertir la asamblea popular en órgano público sincero y útil. Bajo las apariencias superficiales de los negocios públicos, luchaba el coloso mudo de la opinión y de la voluntad públicas, que a veces hizo un gran esfuerzo político, un ademán de votar, o algo por este orden, y a veces rompió en violencia efectiva. Mientras ésta no se produjo, el Senado y los financieros se mantuvieron en su desastroso camino. Sólo cuando se asustaban de veras, desistían las pandillas o los partidos gobernantes de una política nefanda y atendían al bien común. El verdadero método de expresión popular en Italia, por aquellos días, no estaba en los *comitia tributa*, sino en la huelga y la insurrección, justos y necesarios medios de todos los pueblos defraudados o menospreciados. En nuestros mismos días hemos visto declinar en Inglaterra el prestigio del gobierno parlamentario y surgir una tendencia hacia métodos anticonstitucionales por parte de las masas, exactamente por los mismos motivos, por la incurable disposición de los políticos a violentar la máquina electoral hasta que la comunidad hizo explosión.

Cuando una población tiene propósitos revolucionarios, necesita un jefe, y la historia política del siglo final del republicanismo romano es una historia de jefes insurrectos y de jefes antirrevolucionarios. Los de aquéllos son manifiestamente aventureros, sin escrúpulos, que intentan utilizar en provecho propio la necesidad y la desgracia públicas. Muchos historiadores de este período muestran tendencias a tomar partido, y son aristocráticos de tono o ferozmente democráticos; pero, a decir verdad, ningún partido en estas complejas e intrincadas disputas puede blasonar de propósitos levantados o de manos limpias. El Senado y los ricos caballeros tenían espíritu codicioso y vulgar, eran hostiles y desdeñosos para con el mísero populacho. Este era ignorante, inquieto y, por lo menos, igualmente codicioso. Los Escipiones, en todo este movimiento, brillan, por comparación, en grupo nobilísimo. A los motivos de una u otra figura del tiempo, la de Tiberio Graco, por ejemplo, más nos convendrá extender el beneficio de la duda. Pero en cuanto a los demás, no hacen sino demostrar su sagacidad y su astucia, cuán sutiles son en la contienda, cuán brillantes en su pretensión, y hasta qué punto carecen de sabiduría o gracia de entendimiento. "Un ser bamboleante, peludo, embrutecido; pero, probablemente, muy astuto, con un gran cerebro *detrás*": así ha descrito alguien, creo que Sir Harry Johnston, al *Homo Neandertalensis.*

Hasta hoy tenemos que emplear los mismos términos para describir un alma de político. El estadista tiene que sacar todavía al político de su cubil y de sus púas. La historia tiene que convertirse en registro de la dignidad humana.

§ 2. *La hacienda en Roma*

Otro aspecto del sistema romano, que es anticipación cruda del nuestro y difiere de cuantos sistemas políticos hemos considerado hasta aquí, es su sistema de pagos y créditos. Pocos siglos hacía que el mundo conocía el dinero. Pero cada vez creció más su empleo; ofrecía un medio flúido para el comercio y las empresas, y cambió profundamente las condiciones económicas. En la Roma republicana, el financiero y el interés del dinero empezaron a desempeñar un papel muy asimilable al que hoy se les asigna.

Ya dijimos —al hablar de Herodoto— que un efecto rápido de la moneda fué el de dar libertad de movimientos y tranquilidad a personas que de otra suerte no hubieran gozado de tales privilegios. Este es el valor peculiar del dinero para la humanidad. En vez de recibir un trabajador o ayudante su paga en especie, de modo que se encuentre atado lo mismo en sus goces que en sus quehaceres, el dinero le deja libertad de hacer lo que le plazca, en amplia elección de auxilios, comodidades o gustos asequibles. Puede comerse su dinero, o bebérselo, o regalárselo a un templo, o ahorrarlo para una ocasión imprevista. Este es el bien del dinero: la libertad de su aplicación universal. Pero la libertad que permite al pobre no es nada en comparación con la que consiente al rico. Con dinero, el rico deja de estar atado a sus tierras, casas, almacenes, manadas y rebaños. Puede cambiar de naturaleza y localidad sus posesiones con libertad inaudita. En los siglos III y II antes de J. C., esta soltura, esta facilidad de la riqueza empezó a manifestarse en la vida general económica del mundo romano y del mundo helenizado. Hubo quien se dió a comprar tierras, etc., no para su disfrute, sino para revenderlas con provecho; el pueblo pedía prestado para comprar, y la especulación iba desarrollándose. Hubo, sin duda, banqueros en Babilonia por los años de 1000 antes de J. C.; pero aquéllos prestaban, de un modo más limitado y sólido, barras de metal y cargas de mercaderías. El mundo primitivo fué el mundo del trueque y del pago en especie, y anduvo despacio —y de manera mucho más segura y estable— por esta razón. El reino de China ha permanecido en tal estado casi hasta los tiempos actuales.

Las grandes ciudades anteriores a Roma fueron ciudades mercantiles y manufactureras. Así Corinto, Cartago y Siracusa. Roma nunca tuvo población industrial muy considerable y sus almacenes jamás rivalizaron con los de Alejandría. El puertecillo de

Ostia le bastó siempre para sus necesidades. Roma fué capital política y financiera, y en el último respecto, siquiera, fué ciudad de nuevo tipo. Importaba provechos y tributos, y poco era lo que salía de ella en cambio. Los muelles de Ostia se ocupaban, principalmente, en descargar granos de Sicilia y de Africa y botín del mundo entero.

Después de la caída de Cartago, la imaginación romana se enloqueció ante posibilidades financieras hasta entonces desconocidas. El dinero, como tantas otras invenciones, se había "presentado" a la humanidad, y el hombre tenía que desarrollar aún —y hoy tiene que perfeccionar todavía— la ciencia y la moral del dinero. Se ve el progreso del tema en la vida y en los escritos de Catón el Censor. Al principio mostróse agriamente virtuoso en contra de la usura; en sus últimos días ingeniábase para ahorrar lo que ella le producía.

En este siglo de la historia romana, que tiene tan curioso interés, vemos que unos hombres preguntan a otros: "¿Qué ha sucedido en Roma?" Varias respuestas se han dado: decadencia de la religión, de las virtudes de los antepasados, "veneno intelectual" griego, etc. Nosotros, que vemos el problema con mayor perspectiva, nos damos cuenta de que lo ocurrido en Roma fué "el dinero" —las nuevas libertades y facilidades y ocasiones que el dinero proporciona—. El dinero sacaba a los romanos del suelo firme; todos querían tener dinero; los más, gracias al sencillo expediente de contraer deudas; la expansión occidental del imperio fué en gran parte una caza de tesoros en cajas fuertes y templos para calmar el hambre de las ambiciones nuevas. La orden ecuestre, en particular, se hizo poderosa por el dinero. Todas las propiedades crecían. Los labradores abandonaban cereales y ganados, tomaban dinero a préstamo, compraban esclavos y fomentaban la producción más intensa del aceite y del vino. El dinero, para la experiencia humana, era joven y rebelde; nadie lo dominaba, y de aquí sus fluctuaciones. Ya era abundante, ya escaso. Los hombres hacían planes astutos y atrevidos para acapararlo, atesorarlo, elevar los precios, poniendo en circulación los metales atesorados. Un reducido grupo de ladinos se enriquecía inmensamente. Muchos patricios empobrecíanse, volviéndose coléricos y faltos de escrúpulo. Entre los de mediana condición había muchas esperanzas, mucho amor a la aventura, mucho desconcierto. La masa creciente de los expropiados penetrábase del sentimiento vago, de la contrariedad y desesperación de verse inexplicablemente acosado, condición preparatoria de todo gran movimiento revolucionario.

§ 3. *Los últimos años de la política republicana*

El primer jefe conspicuo que quiso recoger los sentimientos revolucionarios de Italia fué Tiberio Graco. Tiene más trazas de hombre honrado que cualquier otra figura de este período histórico, salvo la de Escipión Africano el Viejo. Al principio, Tiberio Graco fué reformador moderado, de tipo más bien reaccionario. Quería restaurar la propiedad de la clase hacendada, muy en particular, porque veía en ella la médula del ejército; su experiencia militar en España, antes y después de la destrucción de Cartago, había dejado en él la impresión de que iba decayendo la eficacia de las legiones. Era lo que llamaríamos hoy un "repatriado". No comprendió, como no comprenden hoy muchos, cuánto más fácil es llevar la población campesina a las ciudades que hacerla volver a las laboriosas y simples rutinas de la vida agrícola. Anhelaba resucitar las leyes Licinias promulgadas cuando Camilo edificó el templo de la Concordia, dos siglos y medio antes (véase el cap. XXVII, § 2), hasta el punto en que, gracias a ellas, se fraccionaron los latifundios y se restringió el trabajo de los esclavos.

Las leyes Licinias han estado continuamente resucitándose y dejándose morir otra vez. Sólo en vista de la oposición que a su propuesta hicieron los senadores que eran grandes propietarios, volvióse Tiberio Graco al pueblo y empezó a agitarlo furiosamente en pro de un Gobierno popular. Creó una Comisión investigadora de los títulos de todo terrateniente. En plena actividad suya ocurrió uno de los más extraordinarios incidentes de la Historia. Átalo, rey del rico país de Pérgamo, en el Asia Menor, legó, al morir (133 antes de J. C.), su reino al pueblo romano.

Se nos hace difícil entender los motivos de este legado. Pérgamo era país aliado de Roma y, por tanto, apenas podía temer una agresión; y consecuencia natural de aquel testamento fué el provocar una violenta pugna entre las pandillas senatoriales y una disputa entre éstas y el pueblo por los beneficios de la flamante adquisición. En realidad, Átalo entregó su país al saqueo. Había, por supuesto, mucho negocio itálico establecido en el país, y un fuerte partido de hombres ricos estrechamente relacionado con Roma. Para ellos, sin duda, había de ser aceptable la entrada en el sistema romano. Josefo atestigua la existencia de un deseo análogo de anexión entre los ricos de Siria, contrario a la voluntad del rey y del pueblo. El legado de Pérgamo, por asombroso que sea, tuvo el resultado, más prodigioso todavía, de ser imitado por otros. En 96 antes de J. C., Ptolomeo Apión legó Cirenaica, en el Norte de África, al pueblo romano; el año 81, Alejandro II, rey de Egipto, hizo otro tanto con Egipto entero, legado ingente en

demasía para el valor, ya que no para el apetito de los senadores, que lo declinaron; en el 74, Nicomedes, rey de Bitinia, cedió su reino. Nada más diremos de semejantes caprichos testamentarios. Pero con esto se echará de ver la oportunidad que se le presentó a Tiberio Graco, merced al legado de Átalo, para acusar de codicia a los ricos y proponer que se cedieran al pueblo, por decreto, los tesoros de aquél. Propuso también que se aprovechara el aumento de riqueza en la compra de simientes, primeras materias e instrumentos agrícolas para la repoblación de los campos.

Pronto se enredó el movimiento en las complejidades del sistema electoral romano; sin un sencillo y sincero método electoral, todo movimiento popular, en cualquier época, se embaraza y desvaría en los laberintos constitucionales y lleva casi por necesidad al derramamiento de sangre. Requeríase, para la continuidad de su obra, que Tiberio Graco siguiera siendo tribuno, y era ilegal que lo fuera dos veces seguidas. Hollando las fronteras legales, fué tribuno por segunda vez; los campesinos que vinieron de sus tierras a votar por él trajeron armas; corrió la voz de que se preparaba una tiranía; la voz misma que tiempo atrás fué funesta a Melio y a Manlio volvió a resonar en el Senado, y los amigos de "la ley y el orden" subieron al Capitolio con gran pompa, acompañados de una gentuza armada con palos y mazas, y hubo pelea, o más bien matanza de revolucionarios, con cerca de trescientos muertos. A Tiberio Graco, dos senadores le golpearon hasta matarle, con dos tablas de un banco roto.

En consecuencia, los senadores emprendieron un movimiento de contrarrevolución y proscribieron a muchos partidarios de Tiberio Graco; pero la opinión pública se mostraba tan sombría y amenazadora, que hubieron de renunciar, y Escipión Nasica, complicado en la muerte de Tiberio, aunque ocupaba el cargo de pontífice máximo y hubiera debido permanecer en Roma para los sacrificios públicos que estaban entre sus deberes, huyó para evitar disturbios.

La inquietud de Italia movió luego a Escipión Africano el Mozo a proponer la manumisión de todo el país. Pero murió antes de que pudiera llevarse a efecto su propuesta.

Viene entonces la ambigua carrera de Cayo Graco, hermano de Tiberio, el cual siguió una política tortuosa, que aún hoy da qué pensar a los historiadores. Aumentó los gravámenes impuestos a las provincias, se supone que con propósito de excitar a los nuevos financieros (los *equites*) contra los terratenientes del Senado. Dió a aquéllos la recaudación de los impuestos recién establecidos en Asia y, lo que es peor, les dió intervención en los tribunales especiales creados para prevenir abusos. Emprendió muchas obras públicas, y en particular la construcción de carreteras, y se le acusa de haber tenido en cuenta la política en los contratos. Resucitó la

propuesta de manumitir a Italia. Acrecentó las distribuciones subvencionadas de cereales a precio módico entre los ciudadanos romanos... No intentaremos aquí desenmarañar sus proyectos, y menos aún juzgarle. Mas no cabe dudar que su política tenía que ofender a los grupos dominantes en el Senado. Diéronle muerte los campeones de "la ley y el orden", y con él, a unos tres mil de los suyos, en las calles de Roma, en 121 antes de J. C. Su cabeza fué llevada al Senado en la punta de una pica.

(Lo que pesaba, en oro, según Plutarco, se había ofrecido por aquel trofeo; y el que lo fué a presentar, portándose como buen campeón de los "grandes negocios", llenó la caja craneana de plomo cuando la llevaba a pesar).

A despecho de tan enérgicas medidas, no pudo gozar por mucho tiempo el Senado de los beneficios de la paz y de las ventajas de una intervención en los recursos del imperio. A los diez años el pueblo volvió a sublevarse.

En 118 antes de J. C., el trono de Numidia, reino semibárbaro que surgió en el Norte de África, de las ruinas del poderío de Cartago, cayó en poder de un tal Yugurta, que sirvió en los ejércitos romanos de España y conocía el carácter romano. Provocó la intervención militar de Roma. Pero los romanos encontráronse con que su fuerza militar, con aquel Senado de financieros y terratenientes, era muy distinta de lo que fué aun en los días de Escipión Africano el Mozo. "Yugurta sobornó a los comisionados que tenían encargo de vigilarle, a los senadores encargados de perseguirlos y a los generales que se enviaron contra él" ([2]). Hay un proverbio romano que yerra: "pecunia non olet" (el dinero no huele), porque el dinero de Yugurta apestó a Roma misma. Hubo una agitación de cólera, y un aventajado soldado de origen humilde, Mario, fué elegido cónsul (107 antes de J. C.) sobre las olas de la indignación popular. Mario no hizo tentativa ninguna por el estilo de las de los Gracos para restaurar la médula del ejército rehabilitando a la clase hacendada. Soldado profesional, tenía normas de eficacia y aptitudes para echar por el atajo. Se contentó con levantar tropas entre los pobres del campo o de la ciudad, pagarlas bien, darles cabal disciplina, y terminó (106 antes de J. C.) una guerra de siete años con Yugurta, trayendo al cabecilla cargado de cadenas a Roma. A nadie se le ocurrió reparar en que Mario había, de paso, creado un ejército profesional sin otro interés en mantenerse unido que el de la paga. Mantúvose varios años, más o menos ilegalmente, en el consulado, y en 102 ó 101 antes de J. C. repelió un movimiento amenazador de los germanos (que entonces aparecen

([2]) Ferrero.

en la historia por primera vez) en sus correrías por Galia, hacia Italia. Dos victorias ganó; una de ellas, en suelo itálico, hizo que se le proclamara salvador del país, Segundo Camilo (100 antes de J. C.).

Las contiendas sociales del tiempo hacen ridícula semejante comparación. Al Senado beneficiábale la mayor energía en los asuntos extranjeros y la creciente eficiencia militar introducida por Mario, pero el sombrío e informe descontento de las masas buscaba aún salida a propósito. Los ricos iban haciéndose más ricos y los pobres empobreciéndose. Era imposible que las argucias políticas sofocaran para siempre las consecuencias de tal proceso. El pueblo itálico no acababa de conseguir su liberación. Dos jefes democráticos avanzadísimos, Saturnino y Glaucia, fueron asesinados, pero en aquella ocasión el acostumbrado remedio senatorial no aquietó al populacho. En 92 antes de J. C., un dignatario aristócrata, Rutilio Rufo, que intentó reprimir las exacciones de los financieros en el Asia menor, fué condenado; se le acusaba de corrupción de modo tan manifiestamente amañado, que nadie se dejó engañar; y en 91 antes de J. C., Livio Druso, recién elegido tribuno del pueblo, que revisaba el proceso de Rutilio Rufo, fué asesinado. Había propuesto la manumisión general de los italianos y tenía en proyecto no sólo otra ley agraria, sino una abolición general de deudas; con los abusos de usureros, terratenientes y acaparadores senatoriales, los hambrientos y los inquietos continuaban rebeldes. El asesinato de Druso hizo rebosar la copa; Italia se lanzó a una insurrección desesperada.

Siguiéronse dos años de contiendas civiles, los de la Guerra Social. Era la lucha entre la idea de una Italia unida y la idea de una Italia sometida al Senado de Roma. No fué guerra "social" en la acepción moderna del vocablo, sino guerra entre Roma y sus aliados de Italia (aliados = socii). "Los generales romanos, ejercitados en las tradiciones de la guerra colonial, recorrían crueles toda la península, incendiando casas de labor, saqueando pueblos, sacando de ellos hombres, mujeres y niños para venderlos en el mercado o hacerlos trabajar en cuadrilla dentro de sus propiedades" ([3]). Mario y un general aristócrata, Sila, que había servido con él en África y era su encarnizado rival, tenían mando por Roma. Pero aunque los insurrectos sufrieron derrotas y saqueos, ni el uno ni el otro general ponían fin a la guerra. Terminóse en cierto modo (89 antes de J. C.) por la virtual rendición del Senado romano a la idea de reforma. Calmóse el espíritu de la insurrección accediendo a sus demandas "en principio": y en cuanto los rebeldes se disper-

([3]) Ferrero.

saron, volvieron las imposturas en el voto, por métodos como los que explicamos en el § 1 de este capítulo.

Al año siguiente (88) empezaba otra vez la antigua rutina. Mezclábanse a ella las intrigas personales de Mario y Sila, en pugna; pero la contienda tomó otro aspecto con las reformas militares de Mario, que creó legionarios de nuevo tipo, soldados sin tierras, profesionales, sin otro interés en la vida que la paga y el saqueo y con sentimientos de lealtad sólo para el general afortunado. Un tribuno popular, Sulpicio, preparaba nuevas leyes a propósito de las deudas, y los cónsules quisieron esquivar la tormenta suspendiendo los negocios públicos. Vino luego el usual recurso a la violencia, y los secuaces de Sulpicio echaron a los cónsules del Foro. Pero he aquí que las nuevas fuerzas que hizo posible el nuevo ejército, entraron en juego. El rey Mitrídates del Ponto, rey helenizado de las costas meridionales del Mar Negro, al Este de Bitinia, desafiaba a Roma. Una de las leyes propuestas por Sulpicio establecía que Mario mandara los ejércitos enviados contra Mitrídates. En esto, Sila marchó sobre Roma con el ejército que tuvo a su mando durante la Guerra Social; Mario y Sulpicio huyeron, y dió comienzo una nueva época, una época de pronunciamientos militares.

No expondremos con pormenores cómo Sila se nombró a sí mismo jefe de la expedición contra Mitrídates y emprendió la marcha, cómo se hicieron dueñas del poder las legiones afectas a Mario, cómo volvió éste a Italia y se gozó en el exterminio de todos sus adversarios políticos y murió saciado, de fiebre. Pero una medida en el reinado de terror de Mario sirvió de mucho para aliviar la contienda social, y fué la abolición de los tres cuartos de toda deuda subsistente. Ni diremos cómo firmó Sila una paz vergonzosa con Mitrídates (que dió muerte en el Asia Menor a cien mil italianos) para volver con sus legiones a Roma, derrotar a los secuaces de Mario en la batalla de la Puerta Colina de Roma y echar por tierra las disposiciones de aquél. Sila restauró la ley y el orden proscribiendo y ejecutando a más de cinco mil presonas. Asoló grandes porciones de Italia, devolvió su poder al Senado, derogó algunas leyes recientes, aunque no pudo restablecer las deudas canceladas, y luego, hastiado de la política y dueño de grandes riquezas, se retiró con aires de dignidad a la vida privada, y pronto murió, devorado por una repugnante enfermedad contraída en el libertinaje ([4]).

([4]) Plutarco. A lo cual, sin embargo, añade Gilbert Murray la siguiente nota: "Créese generalmente que Sila murió por la rotura de un vaso sanguíneo en un arrebato de cólera. El cuento de los vicios abominables parece que sólo fué la calumnia acostumbrada de la chusma de Roma para cuantos no hacían vida pública".

§ 4. *La era de los generales aventureros*

La vida política de Italia se quedó más atónita que tranquila ante las matanzas y confiscaciones de Sila y de Mario. La escala a que se ajusta el plan de esta historia no nos permite hablar aquí de los grandes aventureros que, más o menos confiados en el apoyo de las legiones, presto empezaron de nuevo a maquinar e intrigar por el logro de la dictadura romana. En 73 antes de J. C. aterrorizaba a Italia entera un levantamiento de esclavos, y en particular de gladiadores, al mando de uno de éstos, Espartaco, natural de Tesalia. Con otros setenta escapó de la "granja para el cultivo de gladiadores" de Capua. Ya habían ocurrido en Sicilia sublevaciones similares. Las fuerzas mandadas por Espartaco eran, por necesidad, bandas heterogéneas, procedentes de los cuatro puntos cardinales, sin más idea común que la de dispersarse y volver a su tierra; con todo, resistió dos años enteros en Italia del Sur, empleando como fortaleza, durante algún tiempo, el cráter del Vesubio, aparentemente extinguido. Los italianos, a pesar de todo su gusto por los espectáculos de gladiadores, no se complacieron al ver todo el país convertido en palestra, al encontrarse ante la puerta con una espada de gladiador, y cuando por fin fué vencido Espartaco, su terror se trocó en crueldad frenética, y seiscientos partidarios de aquél, cautivos, fueron crucificados a lo largo de la Vía Apia: largas millas de víctimas clavadas y miserables.

Tampoco podremos detenernos a hablar de Lúculo, que invadió el Ponto y batió a Mitrídates y trajo a Europa el cultivo del cerezo; ni a contar cuán ingeniosamente se aprovechó Pompeyo el Grande de aquel triunfo y del prestigio conquistado por Lúculo en Armenia, más allá del Ponto. Lúculo, como Sila, se retiró a una vida privada opulenta, pero más elegante y que tuvo mejor fin. Ni contaremos con detalles cómo fué ganando reputación en Occidente Julio César, con la conquista de las Galias, la derrota de las tribus germánicas en el Rhin y una incursión de castigo que le llevó a Britania, por el estrecho de Dóver. Las legiones iban creciendo en importancia; el Senado y las asambleas de Roma, menguando en significación. Pero en la historia de Craso hay cierto humorismo ceñudo que no podemos desdeñar por entero.

Era este Craso un gran prestamista y acaparador, hombre característico del nuevo tipo ecuestre, equivalente social del "nuevo rico" de nuestros días. Enriquecióse primeramente con la compra de propiedades de los proscritos por Sila. Sus primeras hazañas de guerra fueron contra Espartaco, a quien logró vencer con fuertes pagos y sobornos, después de larga y costosa campaña. Entonces, como resultado de negociaciones provechosas y complicadas, se

aseguró el mando en Oriente y se dispuso a emular las glorias de Lúculo, que llegó desde Pérgamo y Bitinia, al Ponto, y de Pompeyo, que completó las depredaciones de Armenia.

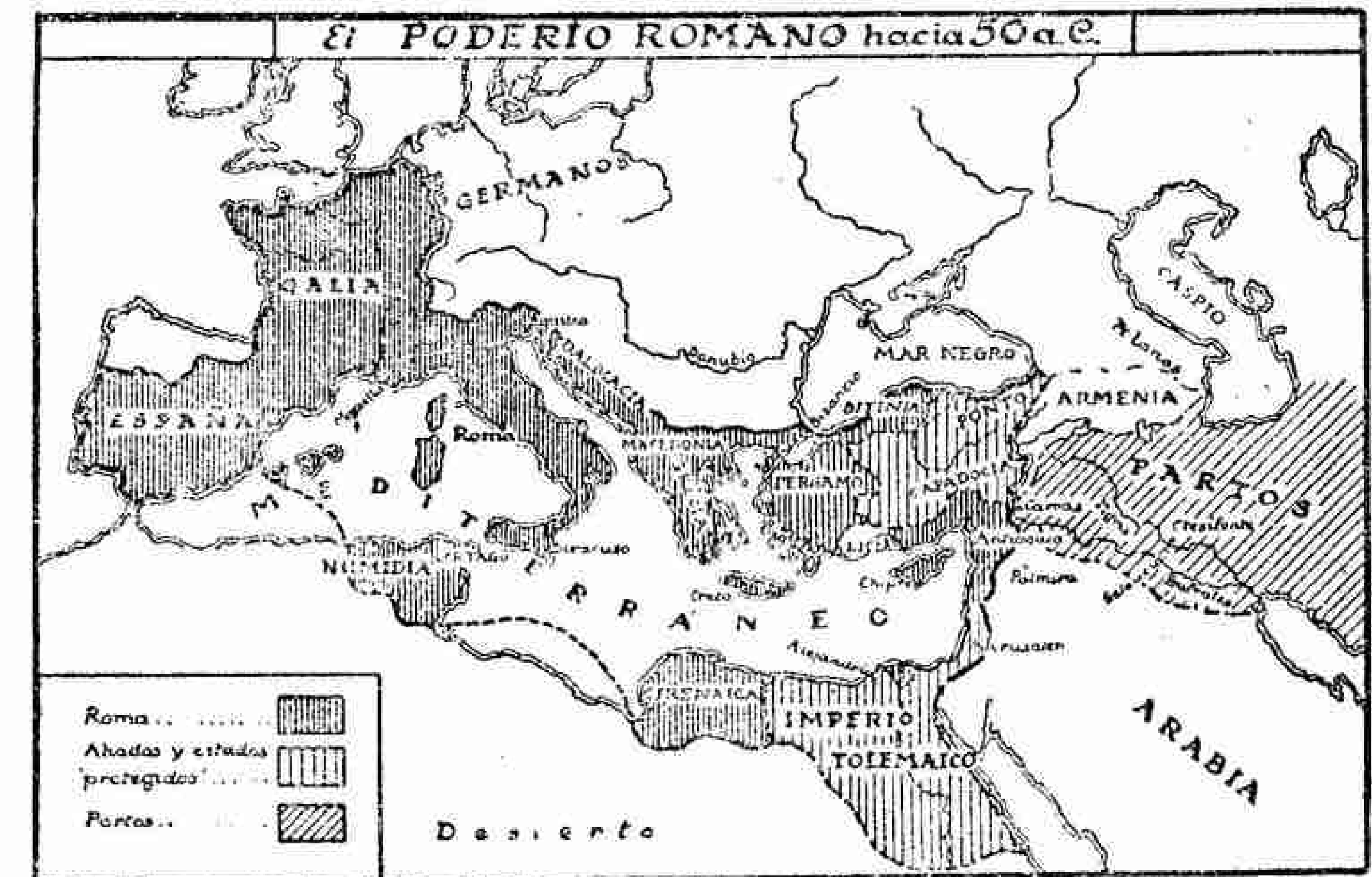
Sus hechos sirven para demostrar la torpe ignorancia de los romanos de entonces en la gestión de sus negocios. Cruzó el Eufrates, con la esperanza de encontrar en Persia otro reino helenizado semejante al Ponto. Pero, como ya se apuntó, los grandes depósitos de pueblos nómadas que se extendían desde el Danubio y a través de Rusia hasta el Asia Central, iban derramándose por las tierras situadas entre el mar Caspio y el Indo, que Alejandro conquistó para la civilización helena. Craso encontróse de nuevo con los "escitas", frente a móviles tribus de jinetes mandadas por un monarca vestido a lo meda ([5]). La variedad de "escitas" con que se encontró eran los partos. Es posible que en ellos se mezclara un elemento mongólico (turanio) con una estirpe aria; pero la campaña de Craso en la parte de allá del Eufrates aseméjase de manera curiosa a la campaña de Darío, más allá del Danubio; hay el mismo acometer pesado de una infantería contra una caballería fugaz. Craso se dió menos prisa que Darío en comprobar lo urgente de una retirada, y los partos eran mejores arqueros que los escitas adversarios de Darío. Parece ser que emplearon un determinado proyectil ruidoso, de fuerza y poder inusitados, algo distinto de la flecha ordinaria ([6]). La campaña culminó en aquellos dos días de matanza de legionarios romanos, sofocados, sedientos, hambrientos, abrumados de fatiga, que se han venido a llamar batalla de Carras (53 antes de J. C.). Afanábanse entre arenales, atacando a un enemigo que esquivaba siempre la carga y vagaba en derredor de ellos, acribillándolos mortalmente. Hubo veinte mil muertos y diez mil prisioneros, que pasaron a Oriente para ser esclavos en Irán.

No se sabe con exactitud lo que fué de Craso. Hay un relato, inventado probablemente como lección moral sugerida por sus empresas usurarias, según el cual cayó vivo en manos de los partos, que le dieron muerte echándole oro derretido en la boca.

([5]) Plutarco.

([6]) El arco sería probablemente un arco compuesto, llamado así porque está formado por varias hojas de cuerno (cinco tal vez), semejante a los muelles de un coche; dispara una rapidísima flecha, con un sonido vibrante. Era el arco de los mongoles. Esta especie de arco compuesto (corto de tamaño) conocíase de antiguo. Así fué el de Ulises, y los asirios lo emplearon en forma algo modificada. Cayó en desuso entre los griegos, pero sobrevivió como arco mongólico. Era corto, muy difícil de tender, con trayectoria recta, mucho alcance y fuerte ruido (cf. la referencia de Homero a la vibración del arco). Dejó de usarse en el Mediterráneo porque el clima no era a propósito y por escasez de animales que suministraran el cuerno. — J. L. M.

Su fracaso tiene gran significación en nuestra historia general de la humanidad. Sirve para recordarnos que, desde el Rhin hasta el Eufrates, siguiendo por el Norte de los Alpes y el Danubio al Mar Negro, se extendía una nube continua de pueblos nómadas y seminómadas, que los gobiernos de Roma no pudieron nunca pacificar y civilizar, ni sus milicias someter. Ya hemos llamado la



atención acerca de un mapa en que se ve al segundo Imperio Babilónico, al Imperio Caldeo, preso como un corderillo entre los brazos del poderío meda. Exactamente del mismo modo estaba el Imperio romano, como un cordero ante la presión de aquella gran oleada bárbara del exterior. Roma no sólo era incapaz de rechazar o asimilarse aquel exceso invasor, sino que ni siquiera podía organizar el Mediterráneo en un sistema seguro y ordenado de comunicaciones entre una y otra parte de su imperio. Enteramente desconocidas aún para Roma, las tribus mongólicas del Nordeste de Asia, los hunos y sus similares, arrojados lejos de la China, amurallada por las dinastías Tsi y Han, iban corriéndose hacia el Oeste y ejerciendo presión, mezclados con los partos, los escitas, los teutones, etcétera, o empujándolos ante sí.

Los romanos no consiguieron nunca extender su imperio más allá de la Mesopotamia, y aun en esta región su dominio nunca tuvo seguridad entera. Antes del fin de la república, aquel poder de asimilación que fué el secreto de su éxito abría ya paso a la exclusividad "patriótica" y a la codicia "patriótica". Roma saqueó

y destruyó el Asia Menor y Babilonia, que eran base necesaria de un avance en dirección a la India, lo mismo que había destruído y saqueado a Cartago, privándose así de todo avance en Africa, y como destruyó a Corinto, cerrándose todo camino fácil al corazón de Grecia. Los escritores de la Europa occidental, impresionados por el hecho de que más tarde Roma romanizó y civilizó la Galia, el Sur de Britania y convirtió en prosperidad el escenario de sus primeras depredaciones en España, suelen desconocer que, en extensiones mucho más vastas, al Sur y al Este, su influjo iba debilitando y volviendo así a la barbarie las más amplias conquistas de la civilización helénica.

§ 5. *El fin de la república*

Pero entre los hombres políticos de Italia, en el siglo I antes de J. C., no había mapas de Alemania y Rusia, de África y Asia Central, ni inteligencia suficiente para estudiarlas. Roma nunca mostró la fina curiosidad que llevó por las costas de África a Hannón y a los navegantes del faraón Neko. Cuando en el siglo I antes de Jesucristo llegaron a las costas orientales del mar Caspio, los mensajeros de la dinastía Han, sólo encontraron relatos de una civilización ya lejana. La memoria de Alejandro vivía aún en aquellas tierras, pero de Roma sabíase tan sólo que Pompeyo llegó a las costas occidentales del Caspio y se volvió atrás, y que Craso sufrió una total derrota. A Roma le preocupaban sus asuntos interiores. La energía mental que aún quedaba en los ciudadanos romanos, a más de las tentativas de enriquecimiento personal y afirmación de la seguridad personal, empleábanse en las estratagemas, choques y contrachoques de los diversos aventureros que se disputaban ya el supremo mando.

Es costumbre en los historiadores el hablar con sumo respeto de tales luchas. En particular, la figura de Julio César se destaca como estrella de sublime brillantez e importancia en la historia de la humanidad. Con todo, un examen desapasionado de los hechos conocidos, en nada justifica la opinión que hace de él un semidios. Ni siquiera aquel atropellado derrochador de posibilidades espléndidas, Alejandro Magno, ha sido tan magnificado y ensalzado para admiración de los lectores distraídos y faltos de crítica. Hay un tipo de eruditos que, para decirlo con claridad, *inventan* maravillosas políticas universales para uso de las figuras más conspicuas de la historia, con los más leves puntos de apoyo o sin ninguno que lo justifique. Se nos dice que Alejandro formó el propósito de conquistar a Cartago y Roma, de subyugar la India entera, y que sólo la muerte frustró sus planes. Lo que sabemos de cierto es que conquistó a Persia y nunca pasó de sus confines; y que, cuando

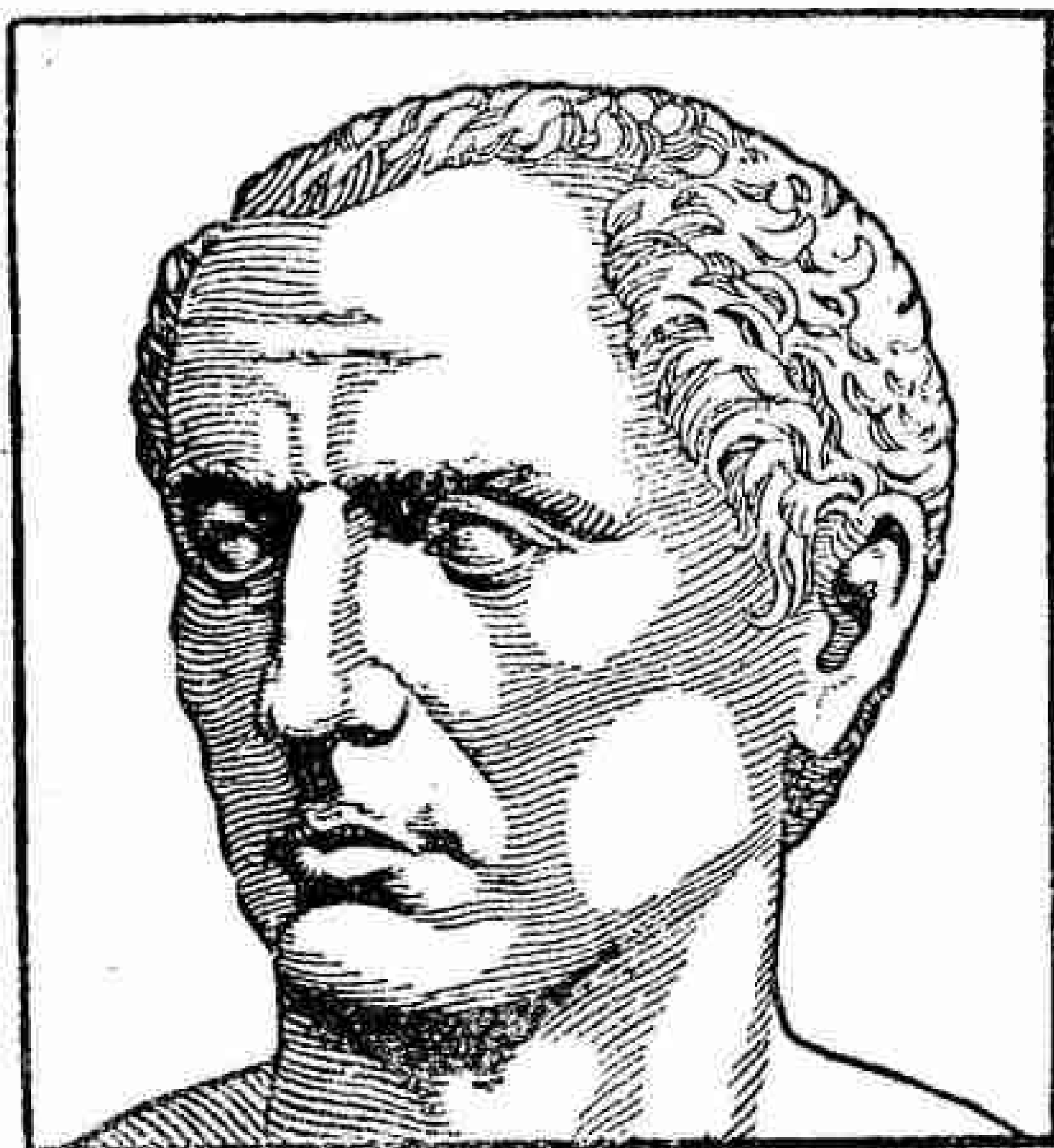
se le suponía entregado a tramar planes tan vastos y nobles, condescendía con dislates tan monstruosos como su luto por el favorito Hefestion, y su principal ocupación era la de beber sin tasa. Así también se le concede a Julio César el crédito de juzgarle decidido a lograr lo que no era imposible para evitar al imperio romano su desmayo final, esto es, la conquista y civilización de Europa hasta el Báltico y el Dnieper. Iba a marchar contra Germania, dice Plutarco, atravesando Partia y Escitia y dando vuelta por el Norte a los mares Caspio y Negro. El hecho que tenemos que admitir, en tan sabio y magnífico proyecto, es que César, en la cumbre de su poder, ya calvo, con bastantes años encima, pasadas las gracias y los calurosos arrebatos del amor juvenil, se pasó lo más de un año, en Egipto, en festines y deportes de halago amoroso con la reina egipcia Cleopatra. Luego la trajo consigo a Roma, en donde se dejó sentir amargamente la influencia que sobre él tenía. Tales complicaciones femeninas revelan un sensualismo o sentimentalismo senil —cincuenta y cuatro años tenía cuando empezó el *asunto*— más que el temple de un amo y conductor de hombres.

Del lado de la idea sobrehumana de César hemos de poner un busto del Museo de Nápoles. Representa una faz fina e inteligente, de nobilísima expresión, y con ella debemos acoplar la historia de que ya tenía, al nacer, cabeza de magnitud desacostumbrada y de finas facciones. Pero no existe evidencia satisfactoria de que el busto represente a César, y es difícil reconciliar su serenidad austera con la reputación de impulsos violentos y desórdenes que se le achaca. Otros bustos, de un aspecto en todo distinto, se le atribuyen también con mayores probabilidades.

Apenas cabe dudar que, de joven, fué disoluto y extravagante: todo son escándalos a propósito de su estancia en Bitinia, adonde fué huyendo de Sila; asocióse allí con el malvado Clodio y con el conspirador Catilina, y nada hay en su carrera política que sugiera propósitos más elevados o más remotos que los del propio adelanto en el poder y toda la gloria y condescendencia personal que el poder trae consigo. No intentaremos contar aquí los cambios y vicisitudes de su carrera. Aunque de antigua familia patricia, ingresó en política como brillante favorito del pueblo. Gastó grandes sumas y contrajo graves deudas para ofrecer públicos festejos de la manera más pródiga. Opúsose a la tradición de Sila y ensalzó la memoria de Mario, tío suyo por alianza. Durante algún tiempo trabajó conjuntamente con Craso y Pompeyo; pero muerto aquél, Pompeyo y César convirtiéronse en adversarios. En 49 antes de J. C., ambos, con sus legiones, César, en Occidente, Pompeyo, en Oriente, luchaban sin disimulo por el predominio en Roma. César faltó a la ley, pasando con sus legiones el Rubicón, límite entre su gobierno y el territorio propiamente itálico. En la

batalla de Farsalos en Tesalia (48 antes de J. C.), Pompeyo fué derrotado, y, huyendo a Egipto, murió asesinado allí, dejando a César más dueño del mundo romano que lo fué jamás Sila.

Hizosele luego dictador por diez años, en 46 antes de J. C., y dictador vitalicio al año siguiente. Aquello era la monarquía, si no hereditaria, la monarquía electiva vitalicia. Tenía oportunidad sin límites para hacer mucho bien al mundo. Por el espíritu y el uso que hizo de aquellos cuatro años de poder dictatorial hemos de juzgarle. Llevó a cabo ciertas reformas de la administración local y parece que emprendió lo que se presentaba como necesidad más obvia del tiempo: el proyecto de restauración de los puertos de Corinto y Cartago, cuya destrucción fué mortal para la vida marítima del Mediterráneo. Pero mucho más evidente era el influjo que en su mente ejercieron Cleopatra y Egipto. Como antes a Alejandro, parece que se le desvaneció la cabeza con las tradiciones del rey-dios, asistido, sin duda, entonces por la adulación de Cleopatra, encantadora diosa hereditaria. Otra vez nos encontramos ante la evidencia de un conflicto exactamente igual al que vimos en el caso de Alejandro, entre él y sus amigos personales, a propósito de sus pretensiones a la divinidad. Por lo que toca al Oriente helenizado, era idea familiar la de rendir honores divinos al jefe; pero el arianismo persistente en Roma la repugnaba.



JVLIO CESAR
[Según el busto de Nápoles]

Antonio, su segundo en Farsalos, fué uno de sus principales aduladores. Plutarco describe la escena en que Antonio, hallándose en los juegos públicos, intenta coronar por fuerza a César, el cual, dando muestras de timidez, ante el manifiesto desagrado de la muchedumbre, se negó a aceptarlo. Pero había adoptado ya el cetro de marfil y el trono, insignias tradicionales de los antiguos reyes de Roma. Llevábase su efigie con las de los dioses en las pompas del circo, y se colocó en un templo su estatua con esta inscripción: "¡Al Dios indomable!" Hasta se le señalaron sacer-

dotes en acatamiento a su divinidad. Todo esto no es síntoma de grandeza de ánimo, sino de megalomanía de hombre vulgar. El relato de las vulgares intrigas para la ficción llamativa de un culto personal es necio y vergonzoso; es incompatible con la idea de un hombre sabio y admirable que trata de enderezar el mundo.

Por último (44 antes de J. C.) fué asesinado por un grupo de amigos y partidarios suyos, para quienes llegaron a ser intolerables sus aspiraciones a la divinidad. Le rodearon en el Senado y le hirieron veintitrés veces, al pie de la estatua de Pompeyo el Grande, su rival caído. La escena es reveladora de la profunda desmoralización del antiguo organismo gubernamental romano. Bruto, el cabecilla de los asesinos, quiso hablar a los senadores; pero satisfechos ya con lo sucedido, se dispersaron por todas partes. Durante casi todo el día, Roma no supo qué partido tomar en vista del suceso; los asesinos recorrían la ciudad indecisa con sus armas ensangrentadas, sin que nadie se les opusiera y con muy pocos seguidores; luego la opinión se les hizo adversa, las casas de algunos fueron atacadas y todos tuvieron que ocultarse y huir para salvar la vida.

§ 6. *El advenimiento del príncipe*

Mas el rumbo de las cosas iba irresistiblemente hacia la monarquía. Trece años más duró la lucha entre diversas personalidades. Sólo se puede mencionar a un hombre inspirado en ideas amplias y no del todo egoísta en sus ambiciones: a Cicerón. Hombre de origen modesto, conquistó, gracias a su elocuencia y fuerza literaria, lugar predominante en el Senado. Algo tocado de la engañosa tradición de Demóstenes, muéstrase, no obstante, como figura noble y patéticamente ineficaz, defendiendo ante el degenerado, ruin y cobarde Senado de sus días los altos ideales de la república. Era escritor esmeradísimo y distinguido, y los discursos y cartas que nos ha dejado hacen de él una de las figuras más reales y vivas de este período para los lectores modernos. Fué proscripto y se le dió muerte en 43 antes de J. C., al año siguiente del asesinato de Julio César, y su cabeza y sus manos se expusieron en el Foro Romano. Parece ser que Octavio, llamado a ser luego monarca de Roma, hizo esfuerzos para salvar a Cicerón; el crimen no le es ciertamente imputable.

No podemos entrar aquí en la maraña de alianzas y traiciones que acabó con la exaltación de Octavio, hijo adoptivo de Julio César. El hado de las principales figuras está unido al de Cleopatra.

Después de muerto César, dedicóse ella a apoderarse de los sentimientos y de la vanidad de Antonio, mucho más joven que

aquél, y ya probablemente relacionado con ella. Durante algún tiempo, Octavio y Antonio, con una tercera figura, Lépido, se repartieron el mundo romano, como César y Pompeyo antes de su rivalidad extrema. Octavio quedóse con el Occidente, más difícil, y consolidó su poder; Antonio, con el Oriente, más rico... y con Cleopatra. A Lépido le correspondió un hueso: el Africa cartaginesa. Fué, según parece, hombre bueno, de rectas tradiciones, y se entregó a la restauración de Cartago más que a fomentar sus riquezas y vanidades personales. La mente de Antonio sucumbió a las mismas ideas antiguas de realeza divina que ya sacudieron el equilibrio mental de Julio César. En compañía de Cleopatra consagróse al amor, a las diversiones y a un sueño de gloria sensual, hasta que Octavio sintió llegado el momento de acabar con ambas divinidades egipcias.

En 32 antes de J. C., Octavio indujo al Senado a que desposeyera a Antonio de su mando en Oriente, y procedió a atacarle. Una gran batalla naval en Accio (31 antes de J. C.) se decidió por la inesperada deserción de Cleopatra con sesenta naves en mitad de la pelea. Nos es imposible decidir si esto fué traición premeditada o súbito capricho de mujer encantadora. La falta de aquellas naves causó en la flota de Antonio confusión desesperada, que se acrecentó con la precipitada huída del amante modelo en pos de ella. La siguió en una galera rápida sin ponerlo en conocimiento de sus capitanes. Dejó que sus partidarios pelearan y murieran como lo juzgasen oportuno, y por algún tiempo nadie creía en su fuga. El encuentro subsiguiente de ambos amantes y su reconciliación, ofrece a Plutarco materia de divagación irónica.

Las redes de Octavio cerráronse poco a poco sobre su rival. No es imposible que hubiese un principio de inteligencia entre Octavio y Cleopatra, como la hubo quizá entre la reina y Antonio en tiempo de César. Antonio cedió a una actitud doliente, variada por escenas de amor, en esta última etapa de su drama particular. Hizo gala algún tiempo de imitar al cínico Timón, como quien ha perdido toda fe en la humanidad, aunque cabe pensar que tal actitud correspondía mejor a sus abandonados marineros de Accio. Por último, él y Cleopatra viéronse sitiados por Octavio en Alejandría. Hiciéronse varias salidas, hubo éxitos parciales, y Antonio hizo ostentación de desafiar a Octavio para decidir la suerte en un encuentro personal. Persuadido de que Cleopatra se había suicidado, aquel astro de la novela se apuñaló, pero tan torpemente, que tardó en morir y fué llevado a expirar ante la reina (30 antes de Jesucristo).

Lo que refiere Plutarco de Antonio, derivado en gran parte de testigos que le vieron y trataron, nos lo muestra de temple heroico. Se le compara al semidiós Hércules, de quien se tenía por

descendiente, y también al Baco indio. Hay una repugnante pero reveladora descripción de cierta escena ocurrida en el Senado, donde él intentó hablar estando ebrio, y le sobrevino uno de los menos decorosos accidentes de la embriaguez.

Cleopatra se adhirió algún tiempo a la vida, quizá con la esperanza de reducir a Octavio al mismo papel semidivino representado ya por Julio César y Antonio. Entrevistóse con Octavio, presentándosele como hermosura en desgracia, muy ligeramente vestida. Pero cuando se convenció de que a Octavio le faltaba la centella divina y de que sus cuidados por el bienestar de ella dictábaselos principalmente el deseo de exhibirla en su entrada triunfal por las calles de Roma, acabó por suicidarse. Enviáronle ocultamente un áspid, en una hermosa cesta de higos, burlando a los centinelas romanos, y murió de la mordedura.

Octavio estuvo, al parecer, libre por entero de las aspiraciones a la divinidad que tuvieron César y Antonio. No era dios ni héroe novelesco, sino hombre. Hombre de mayores alientos y aptitudes que todos los demás actores que intervienen en el acto último del drama republicano de Roma. En resumidas cuentas, era lo mejor que podía ocurrírle a Roma por entonces. Resignó voluntariamente los poderes extraordinarios que reunía desde el año 43, y, para decirlo con sus palabras, "entregó la república a la voluntad del Senado y del pueblo de Roma". Púsose una vez más en movimiento la vieja maquinaria constitucional; el Senado, la asamblea y los magistrados reasumieron sus funciones, y Octavio fué ensalzado como "restaurador de la república y campeón de la libertad". No era tan fácil determinar qué relación había de tener él, dueño efectivo del mundo romano, con la renacida república. Su abdicación, en todos los verdaderos sentidos de la palabra, hubiera traído consigo toda la confusión pasada. Los intereses de la paz y del orden exigían que, por lo menos, retuviese la parte substancial de su autoridad; y esto se realizó, y el gobierno de los emperadores quedó fundado de manera que no tiene paralelo en la historia. Toda resurrección del título real estaba descartada, y el propio Octavio rechazó la dictadura. No se creó ningún oficio ni se inventó ningún título oficial en provecho suyo. Pero el Senado y el pueblo le invistieron, según las antiguas formas constitucionales, de ciertos poderes que muchos ciudadanos tuvieron antes que él, y así tuvo puesto al lado de los magistrados legalmente elegidos de la república; sólo que, para indicar su dignidad preeminente, como primero de todos, el Senado decretó que tomara el sobrenombre adicional de "Augusto", mientras que en el habla corriente se le llamaba príncipe, mero título de cortesía, familiar a los usos republicanos y sin otra significación que la de una primacía y precedencia reconocidas entre los ciudadanos compañeros suyos.

El esbozo ideal de Cicerón en su *De República* del presidente constitucional de una república libre, realizábase en apariencia. Porque en realidad las prerrogativas especiales concedidas a Octavio le devolvieron, en substancia, la autoridad autocrática que había resignado, y porque entre la república restaurada y su nuevo *princeps* la balanza del poder se inclinaba decididamente del lado de este último (7).

§ 7. *Por qué cayó la República Romana*

Así terminó el republicanismo romano en un *princeps* o príncipe reinante, como desmayó y cayó el primer experimento de comunidad que se gobierna a sí misma en mayor escala que una tribu o ciudad.

La esencia de este fracaso está en que no podía sostener la unidad. En las primeras etapas, todos los ciudadanos, patricios o plebeyos, tenían ciertas tradiciones de justicia y buena fe, y de la lealtad de todos para con la ley, y de la bondad de una ley para todos. Apegóse a esta idea de la importancia de la ley y de la estabilidad de la ley ya casi en el siglo I antes de J. C. Pero la invención no prevista y el desarrollo de la moneda, los intentos y los abandonos de la expansión imperial, la maraña de métodos electorales, debilitaron y ahogaron aquella tradición, ofreciendo viejas soluciones con nuevos disfraces que la hicieron irreconocible al juicio y capacitando a los hombres para mostrarse leales a su profesión de ciudadanía y desleales a su espíritu. La sujeción del pueblo romano siempre fué más moral que religiosa; su religión admitía sacrificios y supersticiones; no incorporaba grandes ideas, como la de un divino señor, la de una misión sagrada, que iba desarrollando el judaísmo. Conforme el concepto de ciudadanía fué decayendo y perdiéndose ante las nuevas circunstancias, no quedó unidad interior, es decir, unidad real ninguna, en el sistema. Cada cual tendía más y más a hacer lo que estaba bien a juicio suyo.

En tales condiciones no cabía elegir entre el caos y la vuelta a la monarquía, a la aceptación de un hombre escogido como única voluntad unificadora del Estado. Por supuesto, que en semejante vuelta va siempre oculta la expectativa de que el monarca sea una especie de mago, piense y sienta de modo más elevado y noble, como verdadera personificación del Estado; y por supuesto, la monarquía no satisface nunca la expectativa. Atisbaremos el alcance del fracaso en la breve ojeada que hemos de echar en seguida a los emperadores de Roma. Nos encontraremos, por fin, con

(7) H. S. Jones en *The Encyclopoedia Britannica*, artículo "Rome".

que uno de los emperadores más constructivos, Constantino el Grande, consciente de su propia imposibilidad para unificar el poder, se vuelve a la fe, a la organización y a la trama de enseñanzas que le ofrece uno de los nuevos movimientos religiosos del imperio, para obtener ese factor que penetra en la mente del hombre y le relaciona con el hombre, factor que se echaba tanto de menos.

Con César, la civilización de Europa y del Asia occidental se vuelve hacia la monarquía, y en la monarquía, presto auxiliada por la organización del cristianismo, busca la paz, la rectitud, la felicidad y el orden universal por espacio de cerca de dieciocho siglos. Entonces, casi repentinamente, comienza a volverse hacia el republicanismo; primero en un país, luego en otro, y asistida por las fuerzas nuevas de la imprenta, del periodismo y de la educación general organizada, y por las ideas religiosas universalistas en que el mundo se ha ido empapando generación tras generación, parece haber concentrado en sí nuevamente el esfuerzo necesario para crear un estado mundial republicano y un plan universal de justicia económica que los romanos hicieron tan prematuramente y en que tan completa y desastrosamente fracasaron.

Ciertas condiciones que ahora empezamos a comprender, son de absoluta necesidad para tal creación; condiciones que no se concibe cómo hubiera podido considerarlas posibles un romano antes del cristianismo. Ante todo, hemos de tener todavía por empresa muy laboriosa, difícil e incierta, la de conseguir condiciones semejantes; pero entendemos que debe hacerse la tentativa, porque ninguna otra perspectiva nos da siquiera promesa de felicidad, respeto de nosotros mismos o conservación de la especie. La primera condición es que haya una idea política común en la mente de todos los hombres, idea del Estado como propiedad personal de cada individuo y como eje del esquema de sus deberes. En los primeros días de Roma, cuando era un Estado apenas visible, de veinte millas cuadradas, semejantes pasiones podían desarrollarse y se desarrollaban en los niños desde la casa, por lo que veían y oían acerca de la vida política de sus padres; pero en un país más vasto, como lo era Roma ya antes de la guerra con Pirro, requeríase una enseñanza organizada de la historia, de las leyes fundamentales y de la actitud general del Estado para con cada cual, si la unidad moral había de mantenerse. Esto nunca se realizó ni se hizo jamás tentativa de semejante enseñanza. Entonces no podía; es inconcebible que hubiera podido hacerse. No había conocimientos para ello y no existía clase de la que se pudieran sacar los maestros necesarios, ni se concebía una organización para estudios sistemáticos de carácter moral e intelectual como la que tenía el cristianismo para sus enseñanzas, con sus creencias, catecismos, sermones y confirmaciones, presto organizadas.



Además, sabemos hoy que una educación universal de este tipo sólo es la base de un Estado republicano próspero. Después de la educación ha de venir una información abundante, rápida y fidedigna de lo que en el Estado sucede, y una discusión franca y libre de las soluciones que el tiempo aconseje. Aún hoy semejantes funciones cúmplense harto mal e imperfectamente por la Prensa, los publicistas y los políticos; pero, aunque mal, se cumplen, y el hecho de que se cumplan indica que llegarán a cumplirse bien. En el Estado romano jamás se intentó. El ciudadano de Roma enterábase de la política por los rumores y por algún discurso que oía. Apiñábase en el Foro, sin oír bien a un orador que hablaba lejos, y probablemente se equivocaba al votar por una u otra medida.

Ya hablamos de la monstruosa ineficacia del sistema electoral romano.

Incapaces de sobrepujar o suprimir tales obstáculos ante un gobierno popular sano y eficaz, los instintos políticos de la mente romana volviéronse hacia la monarquía. No la monarquía de tipo europeo reciente, no la monarquía hereditaria fué lo que se instauró en Roma. El *princeps* era, en realidad, como un presidente de los Estados Unidos en tiempo de guerra; pero elegido, no por cuatro años, sino por toda la vida, y capacitado para nombrar senadores, en vez de tener un Senado de elección que le cohibiera, y con una reunión del populacho, en lugar de una Cámara de representantes. Era también *pontifex maximus*, jefe de los sacer-

dotes sacrificadores, función desconocida en Wáshington; y en la práctica se hizo atribución suya al designar y preparar a su sucesor, y aun que eligiera para tal honor a un hijo suyo u adoptivo, o a un próximo pariente de su confianza. El poder del *princeps*, en sí mismo, era enorme para estar en manos de un hombre solo sin garantías adecuadas; pero luego se vió acrecentado por la tradición del culto monárquico, que se extendió, desde Egipto, por todo el Oriente helenizado, y que iba llegando a Roma en la cabeza de todo esclavo e inmigrante oriental. Por grados naturales e imperceptibles, la idea del dios-emperador llegó a dominar todo el mundo romanizado.

Sólo un organismo quedaba para recordarle al dios-emperador que era mortal: el ejército. El dios-emperador nunca estaba seguro en su Olimpo del Palatino de Roma. Sólo estaba seguro mientras era capitán bienquisto de sus legiones. Por consiguiente, sólo aquellos emperadores activos que tuvieron a sus legiones ocupadas y conservaron el contacto con ellas, reinaron mucho tiempo. La espada estaba en alto sobre el emperador y le espoleaba a una actividad incesante. Si se confiaba en un general, pronto éste le reemplazaba. Esta espuela fué acaso el hecho redentor del sistema imperial romano. En el imperio chino, más grande, compacto y seguro, no era tan necesarias las legiones, y así los monarcas, ociosos, disipados o juveniles, no tenían tan rápido fin como en Roma

XXIX

LOS CESARES ENTRE EL MAR Y LAS GRANDES LLANURAS DEL VIEJO MUNDO

§ 1. *Catálogo abreviado de emperadores*

Los escritores occidentales, por predisposición patriótica, tienden a estimar con exceso la organización, la obra civilizadora y la seguridad de la monarquía absoluta que se asentó en Roma con César Augusto. De ellas derivan sus tradiciones políticas Inglaterra, Francia, España, Alemania e Italia, países de gran bulto en la perspectiva de los escritores europeos. Con arreglo a la escala de una historia universal, el Imperio romano deja de asumir importancia tan preponderante. Duró, en total, unos cuatro siglos, antes de romperse por entero. No fué continuación genuina suya el Imperio bizantino, que reanudó el imperio de Alejandro y tuvo por lengua el griego. Su monarca ostentó sin duda un título romano, pero también lo tuvo el último Zar de Bulgaria. En sus cuatro siglos de vida, el imperio de Roma pasó por fases de división y de caos completo; sus años prósperos, sumados en total, no llegarían a un par de siglos. Comparada con la tranquila y constante expansión, con la seguridad, con la obra civilizadora del Imperio chino contemporáneo suyo o con el Egipto de los años 4000 a 1000 antes de J. C., o con Sumeria, antes de la conquista semita, aquél no es más que un incidente en la historia. También el Imperio persa de Ciro, que se extendía del Helesponto al Indo, tuvo alto nivel civilizador, y su solar se mantuvo invencible y próspero durante más de doscientos años. Su predecesor, el Imperio meda, vivió medio siglo. Después de fundirse por breve tiempo, en el de Alejandro Magno, se volvió a levantar con el Imperio seleucida, que duró varias centurias. El dominio seleucida se redujo por fin al Oeste del Eufrates y entró a formar parte del Imperio romano; mas Persia, resucitada como nuevo Imperio persa por los partos, primero con los arsácidas y después con los sasánidas, sobrevivió al imperio de Roma. Los sasánidas hicieron repetidas veces la guerra al Imperio bizantino y mantuvieron tenazmente la

línea del Eufrates. En 616 después de J. C., al mando de Cosroes II, apoderáronse de Damasco, Jerusalén y Egipto, y amenazaron al Helesponto. Pero ninguna tradición ha conservado vivas las glorias de los sasánidas. La reputación de Roma ha florecido con la prosperidad de sus herederos; su tradición es más grande que su realidad.

La historia distingue dos grupos principales de emperadores romanos que fueron grandes administradores. El primero comienza con:

Augusto César (27 antes de J. C. a 14 después de J. C.), el Octavio del capítulo anterior, que puso gran empeño en la reorganización de los gobiernos provinciales y en la reforma financiera. Estableció ciertas tradiciones de lealtad y honradez en la burocracia y reprimió las corrupciones y tiranías más monstruosas, dando a los ciudadanos de provincias derecho de apelar ante el César; pero fijó los límites europeos del Imperio en el Rhin y el Danubio, dejando así para la barbarie a Germania, que era el eje necesario de una Europa segura y próspera, y una delimitación semejante hizo en Oriente, en el Eufrates, dejando independiente a Armenia para que fuese muro de contención ante los arsácidas y los sasánidas. Cabe dudar que señalara esas líneas como límites finales del imperio; quizá estimó necesario consolidarlo durante algunos años antes de emprender expansiones ulteriores.

Tiberio (14 a 37 de J. C.) señalóse también como legislador capaz; pero hízose profundamente impopular en Roma, y parece que tuvo grandes y abominables vicios. Mas su condescendencia con éstos y su tiranía y crueldad personales no estorbaron la prosperidad general del Imperio. Es difícil juzgarle; casi todas las fuentes de información le son manifiestamente hostiles.

Calígula (37 a 41) fué insensato, pero el Imperio soportó cuatro años de excentricidad en su cabeza. Fué asesinado al fin en palacio por sus criados, y parece que se intentó establecer entonces el gobierno senatorial, tentativa sofocada al pronto por las legiones palatinas.

Claudio (41 a 54), tío de Calígula, designado por la soldadesca, era personalmente muy zafio, pero fué, al parecer, amigo de trabajar y muy buen administrador. Ensanchó los límites occidentales del Imperio, anexionándose la mitad del Sur de Bretaña. Le envenenó Agripina, madre de su hijo adoptivo, Nerón, mujer de gran atractivo y firme carácter.

Nerón (54 a 68), como Tiberio, tiene fama de vicios y crueldades monstruosas, pero el Imperio era ya lo bastante sólido para soportar sus catorce años de poder. Hay certeza de que dió muerte a su madre, que tenía devoción por él, pero le estorbaba; y a su mujer, en prueba de afecto a una dama, Popea, con quien se casó

luego; mas las infelicidades domésticas de los Césares no forman parte de la presente historia. El lector codicioso de tales pormenores puede acudir a la fuente clásica, a Suetonio. Los diversos Césares, sus sucesores y las mujeres de su parentela no serían, probablemente, peores que la mayor parte de los flacos y apasionados seres humanos, pero no tuvieron religión verdadera, porque eran dioses; carecieron de conocimientos en qué asentar ambiciones elevadas; las mujeres fueron, a menudo, crueles e iletradas, y no les pusieron freno, leyes ni costumbres. Estuvieron rodeados de criaturas prontas a estimular sus más leves deseos y a traducir en acción sus más vagos impulsos. Lo que, en los más de nosotros, no pasa de un pensamiento negro o de un pronto de cólera, convirtióse en ellos en realidad. Antes de que un hombre condene a Nerón como a ser de especie distinta a la suya, examine cuidadoso sus mismos pensamientos secretos. Nerón se hizo profundamente impopular en Roma, y conviene advertir que se hizo impopular, no porque matara y envenenara a los que tenían más íntima relación con él, sino porque hubo una insurrección en Bretaña, al mando de una reina Boadicea, y las tropas romanas sufrieron un gran descalabro (61), y porque hubo un terremoto destructor en el Sur de Italia. A la población romana, fiel a su origen etrusco, nunca religiosa y siempre supersticiosa, no le importaba un César malvado, pero sí uno que no tuviese a los dioses propicios. Las legiones españolas se sublevaron mandadas por un general de setenta y tres años, Galba, a quien proclamaron emperador, el cual avanzó sobre Roma, llevado en una litera. Nerón, sin esperanzas de socorro, se dió muerte (68).

Galba, sin embargo, no era sino uno de tantos que aspiraban al Imperio. Los generales con mando en las legiones del Rhin, las tropas palatinas, los ejércitos de Oriente, todos intentaban adueñarse del poder. Roma conoció, en un año, cuatro emperadores: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano; el cuarto, Vespasiano (69-79), de las tropas de Oriente, tuvo mano más firme, logró sostenerse y salió ganancioso. Pero con Nerón había terminado el linaje de los Césares por nacimiento o adopción. César dejó de ser apellido de los emperadores romanos para convertirse en título, Divus César, el César dios. La monarquía avanzó un paso hacia el orientalismo, con la insistencia creciente del culto al que ejercía el mando.

Vespasiano (69 a 79) y sus hijos Tito (79) y Domiciano (81) constituyen, es verdad, una segunda dinastía, la dinastía Flavia; asesinado Domiciano, surge un grupo de emperadores ligados entre sí, no por la sangre, sino por la adopción: los emperadores adoptivos. Nerva (96) fué el primero de la serie y Trajano (98) el segundo. Siguiéronles el infatigable Adriano (117), Antonino Pío (138) y Marco Aurelio (161 a 180). Lo mismo

con los Flavios que con los Antoninos, las fronteras del Imperio ensancháronse todavía más. La Bretaña septentrional quedó anexionada el año 84; ocupóse el ángulo formado por el Rhin y el Danubio, y lo que hoy es Transilvania vino a ser una provincia nueva: la Dacia. Trajano invadió el país de los partos y se anexionó Armenia, Asiria y Mesopotamia. Bajo su mando alcanzó el Imperio sus más amplios límites. Adriano, sucesor suyo, era hombre precavido y retráctil. Abandonó las recientes conquistas orientales de Trajano, y también la Bretaña del Norte. Hizo suya la idea china de una muralla fronteriza contra los bárbaros, idea excelente mientras el empuje interior es superior al empuje de fuera, pero inútil en caso contrario. Alzó la muralla Adriana, a través de Bretaña, y una empalizada entre el Rhin y el Danubio. El máximo impulso de la expansión romana había pasado, y ya reinando su sucesor la frontera europea septentrional tuvo que estar activamente a la defensiva contra la agresión de las tribus teutónicas y eslavas.

Marco Aurelio es una de las figuras históricas acerca de las cuales difieren más amplia e intensamente los hombres. Para ciertos críticos, todo en él es afectado; entrometido en religión, gustaba de dirigir las ceremonias sacerdotales con ornamentos de sacerdote —acción ofensiva para la generalidad de los hombres—, y se le echa en cara su falta de energía para contener los extravíos de Faustina, su esposa. Cuanto se refiere a su infelicidad doméstica, fúndase, sin embargo, en datos no muy seguros, aunque es cierto que su hijo Cómodo fué persona en demasía alarmante para haber nacido en un hogar pacífico. Por otra parte, fué, sin duda alguna, emperador activo e industrioso, que mantuvo el orden social durante una serie de años desastrosos y difíciles, con inundaciones, cosechas perdidas, hambre, correrías de bárbaros, sublevaciones, y, por último, con una pestilencia terrible. Dice F. W. Farrar, según la *Encyclopoedia Britannica*, que "se tuvo a sí mismo por servidor efectivo de todos. El censo de los ciudadanos, la supresión de los litigios, la elevación de la moral pública, la protección de los menores, la restricción de los gastos públicos, la limitación de los juegos y espectáculos de gladiadores, el cuidado de las carreteras, la restauración de los privilegios del Senado, la designación exclusiva de magistrados competentes, hasta la normalización del tráfico callejero, estos y otros muchísimos deberes absorbieron tan completamente su atención que, a pesar de su mediana salud, le hacían trabajar a menudo tenazmente, desde las primeras horas de la mañana hasta muy pasada la media noche. Su posición hizo, a la verdad, necesaria su presencia, bastante a menudo, en los juegos y espectáculos; pero en tales ocasiones ocupábase en leer, o mandaba que le leyeran, o tomaba apuntes. Era

de los que opinan que nada debe hacerse de prisa, y que pocos crímenes son peores que el de perder el tiempo".

Mas no por todo esto hay que mencionarle aquí ahora sino como gran expositor de la filosofía estoica, y en sus *Meditaciones*, rápidamente escritas en el campamento y en la corte, puso tanta humanidad y tal alma, que conquistó para sí, en cada generación, un nuevo grupo de amigos y admiradores.



Con la muerte de Marco Aurelio terminó aquella fase de unidad y buen gobierno relativo. Su hijo Cómodo inauguró una época de desorden. Virtualmente gozó el imperio de paz interior durante doscientos años. En los ciento que siguen, el que estudie la historia romana tendrá que registrar la variada criminalidad de muchos emperadores ineptos, mientras que las fronteras se abren y ceden al empuje de los bárbaros. Uno o dos nombres tan sólo parecen corresponder a hombres hábiles: Septimio Severo, Aureliano y Probo. Septimio Severo fué cartaginés, y su hermano no llegó a saber nunca el latín; regía su casa de Roma en lengua púnica, lo cual hubiera hecho a Catón el viejo volverse al sepulcro. Los demás emperadores de este período fueron, principalmente aventureros sin importancia mayor en el esquema general de los hechos que nos interesan. A veces, varios emperadores regían por sepa-

rado partes distintas del turbulento imperio. Para nuestros propósitos inmediatos, el emperador Decio, derrotado y muerto en una gran incursión de los godos en Tracia, el año 251, y el emperador Valerio, de quien se apoderó, en 260, juntamente con la ciudad de Antioquía, el shah sasánida de Persia, son dignos de mención, porque muestran lo inconsistente de la organización romana y el carácter de la presión exterior que sobre el imperio se ejercía. También lo es Claudio, "el vencedor de los godos", porque les ganó una gran victoria en Nish, Servia, el año 270, y porque murió como Pericles, de la peste.

En todos estos siglos hubo pestes intermitentes que contribuyeron a debilitar las razas y alterar las condiciones sociales, y cuya influencia no ha sido aún adecuadamente considerada por los historiadores. Hubo, por ejemplo, una peste que se extendió a todo el imperio, entre los años 164 y 180, reinando el emperador Marco Aurelio. Dejó, probablemente, muy desorganizada la vida social y abierto el camino a los disturbios que siguieron al advenimiento de Cómodo. Aquella misma peste asoló la China, como veremos en el § 4 de este capítulo. En los siglos I y II hubo asimismo fluctuaciones climatológicas de importancia que produjeron alteraciones y mudanzas en la población, cuya fuerza todavía no han apreciado los historiadores. Pero antes de que pasemos a hablar de las irrupciones de los bárbaros y de las tentativas de emperadores tan avanzados en el tiempo como Diocleciano (284) y Constantino el Grande (312) para mantener a flote el combatido y roto navío del Estado, indicaremos algo acerca de las condiciones de la vida humana en el Imperio Romano durante los dos siglos de su prosperidad.

§ 2. *La civilización romana en el cenit*

El lector impaciente de la historia se sentirá inclinado a contar los dos siglos de orden que van del 27 antes de J. C. al 180 de nuestra era, como un tiempo favorable para la humanidad que fué desperdiciado. Fué época de gasto más que de creación, época de arquitectura y comercio, en que los ricos se enriquecieron más y los pobres se empobrecieron y entró la decadencia en el alma y en la mente del hombre. Vistos superficialmente, como podría mirarlos un hombre desde un aeroplano a un par de miles de pies de altura, hubo en ellos un florecer considerable de prosperidad. Por todas partes, de York a Cirene, y de Lisboa a Antioquía, echaría de ver ciudades amplias y bien construidas, con templos, teatros, anfiteatros, mercados, etc.; miles de ciudades provistas de grandes acueductos y servidas por espléndidos caminos reales, cuyos restos imponentes aun hoy nos asombran. Vería cultivos abundantes, pero la altura no le dejaría ver que aquel cultivo era obra de remisos esclavos. Le saltaría a la vista, en el Mediterráneo y en el Mar Rojo, un tráfico muy considerable; y la contemplación de dos naves emparejadas no le dejaría pensar, a aquella altura, que una de ellas era pirata y estaba saqueando la otra.

Y aunque el observador descendiera a un escrutinio más cercano, muchos serían los adelantos que notara. Los modales se habían dulcificado, en un refinamiento general, con relación a los días de Julio César. Con ellos sobrevino un incremento real de los sentimientos humanos. Durante el período de los Antoninos dictáronse leyes que protegieran a los esclavos contra las crueldades extremadas, y no se consintió venderlos para las escuelas de gladiadores. No sólo en lo exterior se había acrecentado la esplendidez de las ciudades; en el interior de las casas pudientes adelantóse mucho en el arte de la decoración. Los vastos festines, la condescendencia animal y el lujo vulgar de los primeros días de la prosperidad romana templábanse con ciertos refinamientos. Era más rico, más fino, más bello el vestir. Había mucho comercio de sedería con la remota China, porque la morera y el gusano de seda no se producían aún en Occidente. Entonces, al terminar en Roma su largo y accidentado viaje, la seda valía su peso en oro; pero aun así empleábasela en abundancia y corría, en cambio, hacia Oriente un río incesante de preciosos metales. Hubo considerables adelantos en gastronomía y en las artes de pasatiempo. Petronio describe un festín dado por un rico, en tiempos de los primeros Césares, como una curiosísima sucesión de manjares, algunos deliciosos y otros muy extraños, que excede a cuanto puedan producir la imaginación y los esplendores de la Nueva York actual, y el festín lo amenizaban la música y espectáculos funambulescos, de escamoteo, recitaciones homéricas, etc. Estaba muy extendida en el imperio la que podemos llamar "cultura de ricos". Abundaban los libros mucho más que en tiempo de los Césares. Los hombres se envanecían de sus bibliotecas, aun cuando las ocupaciones y responsabilidades de la propiedad les dieran demasiado quehacer para dedicar a sus tesoros literarios algo más que un somero examen. El conocimiento del griego se extendió hacia Oriente, y el del latín, hacia Occidente, y si los hombres preeminentes de esta o aquella ciudad británica o gala carecían de profunda cultura griega, siempre tenían a mano algún esclavo de saber, cuya superior calidad les garantizaba el mercader que se lo vendía, para suplir la deficiencia.

La generación de Catón hizo gala de despreciar a los griegos y su lengua, pero todo había cambiado. El prestigio de la sabiduría griega, como tipo aprobado y bien asentado, estaba tan alto en la Roma de Antonino Pío como en el Oxford o el Cambridge

de la Inglaterra de tiempos de la reina Victoria. Al erudito griego se le recibía con la misma mescolanza de deferencia ininteligente y efectivo desdén. Existía una considerable masa de erudición griega y de crítica y comentario escrito. Había, en verdad, una admiración tan grande por la letra griega, que era capaz de destruir, casi, el espíritu griego, y las observaciones de Aristóteles teníanse en tanto, que nadie osaba imitar su organización ni continuar sus investigaciones. Es de notar que mientras Aristóteles, en su original griego, cayó como la semilla en el suelo pedregoso, sobre el mundo romano, traducido al sirio y al árabe, sirvió de estímulo inmenso a la civilización arábiga mil años más tarde. Tampoco las pretensiones estéticas del latín quedaron olvidadas en este apogeo de la erudición griega. Así como Grecia tuvo su epopeya, los romanos sintieron que también ellos necesitaban su poema épico. La era de Augusto fué época de literatura imitativa. Virgilio, en la *Eneida*, se consagró modesta pero resueltamente, y con cierto éxito elegante, a rivalizar con la *Odisea* y la *Ilíada*.

Toda esta amplia cultura de hombres acomodados es prez de los comienzos del imperio, y Gibbon le saca todas las ventajas posibles en la deslumbradora descripción de la edad de los Antoninos que abre su *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Su propósito, al emprender la gran obra, requería un preludio de esplendor y tranquilidad. Pero, sagaz y sutil como era, no dejó de condicionar su aprobación aparente de las circunstancias que describe. "En el Imperio Romano —dice— las tareas de un pueblo industrioso y hábil empleábanse sin cesar en servicio de los ricos. En el vestir, en la mesa, en la casa, en el mobiliario, los favorecidos de la suerte reunían todos los refinamientos de conveniencia, elegancia y esplendidez que pudieran lisonjear su orgullo o halagar su sensualidad. Tales refinamientos, con el nombre odioso de lujo, han sido denunciados en tono severo por los moralistas de todos los tiempos, y éstos se encaminarían mejor tanto a la virtud como a la felicidad del género humano, si poseyeran todo lo que es necesario y nada de lo que es superfluo en la vida. Pero en la imperfecta condición presente de la sociedad, el lujo, aunque proceda del vicio o de la locura, parece ser el medio único de corregir el desigual reparto de la propiedad. El mecánico diligente y el artista diestro que no han logrado su parte en la división de la tierra, cobran de los poseedores de ésta un impuesto voluntario, y los ricos, en interés propio, están dispuestos a fomentar la mejora de aquellas clases con cuyos productos pueden conseguir aumento de placer. Esta operación, que en toda sociedad deja sentir sus particulares efectos, llevóse a cabo con energía mucho más amplia en el mundo romano. Las provincias hubieran visto pronto agotadas sus riquezas si las manufacturas y el comercio de lujo hubieran

ido devolviendo insensiblemente a los súbditos industriosos las sumas que de ellos sacaban las armas y la autoridad de Roma". Y así sucesivamente, con una vibración satírica en cada pliegue de la florida descripción.

Si miramos un poco más atentamente de lo que puede consentir un aeroplano en el aire el movimiento de las razas en la tierra, o un poco más de cerca que un vistazo a las calles, anfiteatros y banquetes, a las almas y a los pensamientos de los hombres, veremos que este magnífico despliegue de prosperidad material es tan sólo vestidura brillante de una constitución política ciega a lo de fuera y a lo de dentro y también al futuro. Si comparamos, por ejemplo, los dos siglos de elevación y oportunidad para Roma, el I y el II de J. C., con los dos siglos de vida griega y helénica que empiezan por el 466 antes de J. C., con la supremacía de Pericles en Atenas, nos asombra lo que no podemos llamar inferioridad, sino ausencia total de ciencia. La incuria de los ricos y de los gobernantes romanos fué más maciza y monumental aún que su arquitectura.

En una esfera particular de conocimientos podíamos esperar que los romanos se mostraran avisados y emprendedores en geografía. Sus intereses políticos requerían una constante información acerca del estado de cosas más allá de las fronteras y, sin embargo, nunca la hubo. Virtualmente no existe literatura romana de viajes que pase de los límites del imperio; no hay relatos penetrantes y curiosos, como los de Herodoto, acerca de los escitas, los africanos, etc. Nada existe en latín comparable a las primitivas descripciones de la India y Siberia que se hallan en chino. Las legiones romanas llegaron una vez hasta Escocia, y con todo, no queda ningún relato inteligente acerca de los Pictos o Escotos, y mucho menos un mero vislumbre de los mares septentrionales. Nunca parece haber entrado en la imaginación romana proyectos como los de las exploraciones de Hannón y Neko. Es probable que, después de conquistada Cartago, el número de navíos que salía al Atlántico por el Estrecho de Gibraltar decayera hasta una proporción insignificante. Todavía más imposible, en aquel mundo de riqueza vulgar, inteligencia esclavizada y mando burocrático, era el desarrollo ulterior de la astronomía y fisiografía alejandrinas. Los romanos no inquirieron, a lo que parece, la manera de tejer la seda, de preparar las especias o de beneficiar el ámbar y las perlas que salían a sus mercados, y las vías para la investigación estaban abiertas, eran fáciles; es imposible imaginar mejores caminos que los suyos hacia lugares en que un explorador podía tomar impulso.

"Los países más remotos del mundo antiguo eran registrados para subvenir a la pompa y a la delicadeza de Roma. Las selvas

escitas daban valiosas pieles. Traíase el ámbar por tierra desde las orillas del Báltico o del Danubio, y a los bárbaros les asombraba el precio a que llegaban a pagarles objeto tan inútil. Había demanda considerable de alfombras babilónicas y otras manufacturas de Oriente; pero la más importante rama de comercio exterior hacíase con Arabia y la India. Todos los años, por el tiempo del solsticio estival, una flota de ciento veinte navíos zarpaba de Myos-hormos, puerto egipcio del mar Rojo. Con la ayuda periódica de los monzones, cruzaban el Océano en unos cuarenta días. La costa de Malabar, o la isla de Ceylán, eran término usual del viaje, en cuyos mercados esperaban su llegada los mercaderes de los más remotos países asiáticos. La vuelta de la flota a Egipto verificábase en los meses de diciembre o enero, y en cuanto su rico cargamento se transportaba, a lomo de camello, del mar Rojo al Nilo, y bajaba por el río hasta Alejandría, iba a derramarse, sin dilación, en la capital del imperio" [1].

Roma, sin embargo, satisfacíase con sus festines, exacciones, enriquecimiento y espectáculos de gladiadores, sin hacer la menor tentativa para saber algo de la India, China, Persia o Escitia, de Buda o Zoroastro, o de los hunos, los negros y los escandinavos, o de los secretos del mar de Occidente.

Cuando nos damos cuenta de lo refractaria a toda inspiración que era aquella atmósfera social para hacer posible tanta indiferencia, podemos comprender el fracaso de Roma en los tiempos que más oportunidad le ofrecían en el desarrollo de toda ciencia física o química y, como consecuencia, en todo acrecentamiento de dominio sobre la materia. Esto no se debió a falta de genio natural en el pueblo romano, sino por entero a las condiciones sociales y económicas. Desde la Edad Media hasta hoy, Italia ha dado gran número de brillantes hombres de ciencia. Y uno de los escritores científicos más inspirados y sagaces, italiano fué: Lucrecio, que vivió en los tiempos de Mario y de Julio César (del 100 al 55 antes de J. C., aproximadamente). Era un hombre asombroso, de la calidad de un Leonardo da Vinci (italiano también) o de un Newton. Escribió un largo poema latino acerca del desarrollo de la naturaleza, *De Rerum Natura*, en que toca con singular penetración el problema de la constitución de la materia y la historia primitiva de la humanidad. Osborn, en su *Old Stone Age*, cita con admiración largos pasajes de Lucrecio acerca del hombre primitivo, tan exactos, que parecen de hoy. Pero su valor fué puramente individual, semilla que no dió fruto. La ciencia romana abortó en una atmósfera sofocante de riqueza vil y opresión

(1) Gibbon.

militar. La verdadera figura representativa de la actitud romana clásica ante la ciencia no es Lucrecio, sino aquel soldado romano que mató a cuchilladas a Arquímedes en el asalto de Siracusa.

Y si la ciencia física y biológica se marchitaron y murieron en el suelo pedregoso de la prosperidad romana, la ciencia política y social no tuvo nunca ocasión de germinar en él. La discusión política significaba traición contra el emperador, y las investigaciones sociales o económicas, amenaza contra los ricos. Así Roma, hasta que cayó sobre ella el desastre, no examinó nunca su propia salud social, ni puso en duda el supremo valor de su duro oficialismo. En consecuencia, no hubo quien midiera la gravedad de la falta de desarrollo de toda imaginación intelectual para mantener unido el imperio, ni educación general en ideas comunes que hiciera luchar y trabajar a los hombres por el imperio como luchaban y trabajaban por satisfacer un capricho. Pero los gobernantes del Imperio romano no quisieron que sus ciudadanos lucharan por nada y con ningún espíritu. A los ricos se les consumía el corazón fuera de su ciudad, y en ella no echaban nada de menos. Las legiones estaban llenas de germanos, britanos, númidas, etc., y hasta el último extremo, los opulentos romanos creyeron que podrían sobornar a los bárbaros para que les defendieran contra el enemigo exterior y el rebelde pobre del interior. Lo poco que, tocante a educación, hicieron los romanos, muéstrase en una breve reseña. Dice Mr. H. Stuart Jones: "Julio César confirió la ciudadanía romana a los "maestros de artes liberales". Vespasiano fundó cátedras de oratoria griega y latina en Roma; y otros emperadores, en especial Antonio Pío, extendieron después los mismos beneficios a las provincias. A la causa de la educación consagrábanse también algunas empresas locales y donativos. Sabemos por las cartas de Plinio el joven que en las ciudades del Norte de Italia hubo escuelas públicas. Pero aunque hubo amplia difusión de conocimientos bajo el Imperio, verdadero progreso intelectual no lo hubo. Augusto, a decir verdad, reunió en torno suyo a los más brillantes escritores de la época, y el principio de la nueva monarquía coincidió con la edad de oro de la literatura romana; pero no duró mucho, y los comienzos de la Era cristiana vieron el triunfo del clasicismo y los primeros pasos en la decadencia reservada a todo movimiento literario que mira a lo pasado más que a lo por venir".

Hay un diagnóstico acerca de la decadencia intelectual de aquellos tiempos en un tratado de lo sublime de un escritor griego de los siglos II, III o IV de J. C., y que bien pudo ser el filólogo Longino, que señala muy claramente un factor manifiesto en la enfermedad mental del mundo romano. Lo cita Gibbon: "Longino el sublime, que, en un período algo posterior, y en la corte

de una reina siria, Zenobia, conservaba el espíritu de la antigua Atenas, observa y deplora la degeneración de sus contemporáneos, que envileció sus sentimientos, enervó su ánimo y deprimió su inteligencia. De igual modo —dice— que hay niños que siempre son pigmeos porque sus miembros infantiles han estado siempre oprimidos, así nuestros tiernos entendimientos, encadenados por las preocupaciones y los hábitos de una estrecha servidumbre, son incapaces de ensanchar su esfera de acción y de alcanzar la grandeza proporcionada que admiramos en los antiguos; los cuales como tenían un gobierno popular, ponían en sus escritos la misma libertad que en sus actos".

Pero esta crítica abarca tan sólo un aspecto de las restricciones que sufre la actividad mental. Los andadores que mantuvieron a la mente romana en estado permanente de infantilismo constituyeron una doble servidumbre: fueron tanto económicos como políticos. Lo que cuenta Gibbon acerca de la vida y la actividad de un Herodes Atico que vivió en los días de Adriano, muestra cuán escasa participación incumbía al ciudadano común en la magnificencia externa del tiempo. Tuvo Atico inmensa fortuna, y se complació en hacer imponentes beneficios arquitectónicos a varias ciudades. Dió a Atenas un campo de carreras y un teatro de cedro curiosamente labrado, que se erigió en memoria suya y de su esposa: construyó un teatro en Corinto, un campo de carreras en Delfos, baños en las Termópilas, un acueducto en Canusium, etc., etc. Asombra el espectáculo de un mundo de esclavos y gente ordinaria que, sin ser consultada por nadie, y sin participación alguna por parte de ellos, recibieron las muestras de "gusto" que aquel rico se permitía. Muchas inscripciones conservan aún en Grecia y Asia el nombre de Herodes Atico, "patrono y bienhechor", que hizo del Imperio lo que podía haber hecho de sus jardines privados, una conmemoración propia con sus embellecimientos. Y no se redujo a levantar espléndidos edificios. Fué también filósofo, aunque nada de su sabiduría nos queda. Poseyó una amplia quinta cerca de Atenas, en donde recibía gustoso a los filósofos mientras le convencían de lo sólido de sus razones, oían con respeto sus discursos y no le ofendían con discusiones insolentes.

El mundo no progresó, evidentemente, en los dos siglos de la prosperidad romana. Pero ¿se sentía feliz en su estancamiento? Hay signos inequívocos de que una gran masa de seres humanos en el Imperio, masa que contaría de ciento a ciento cincuenta millones de hombres, no era dichosa, sino tal vez hondamente miserable bajo su magnificencia exterior. Es verdad que no había grandes guerras y conquistas en el interior del Imperio, ni el hambre, el fuego y la espada afligían a la humanidad; mas, por otra

parte, existía una fuerte presión del gobierno y, más aún, de la propiedad de los ricos sobre la actividad libre de casi todos. La vida, para la mayor parte de los que no eran ricos ni tenían empleo oficial, ni eran mujeres o parásitos de los ricos o de los empleados, hubo de ser laboriosa, aburrida y falta de interés y de libertad en un grado que apenas puede imaginar la mente del hombre moderno.

Tres cosas en particular pueden citarse para sostener la opinión de que este período fué un período de gran infelicidad general. La primera es la extraordinaria apatía de la población ante los acontecimientos políticos. Veía con indiferencia total que a un pretendiente al Imperio le substituyera otro. Nada parecía importarle; había perdido la esperanza. Cuando luego los bárbaros se extendieron por el Imperio, sólo les hicieron frente las legiones. No hubo levantamientos populares contra aquéllos. Por todas partes los bárbaros se hubieran visto dominados por el número si el pueblo hubiera resistido. Pero no resistió. Es manifiesto que a la mayoría de sus habitantes el Imperio romano no les parecía cosa digna de luchar en su defensa. A los esclavos y al pueblo común los bárbaros les ofrecerían probablemente mayores garantías de libertad y menor indignidad que el mando pomposo del dignatario oficial y el triturante empleo del rico. Los saqueos e incendios de plazas y las matanzas ocasionales no le chocarían al bajo pueblo romano como chocaban a los más ricos y cultos, a quien debemos los relatos que se conocen acerca del derrumbe del sistema imperial. Gran número de esclavos y hombres comunes se uniría probablemente a los bárbaros, poco hechos a prejuicios de raza o patrióticos, y accesibles a toda promesa de adhesión. Sin duda, en muchos casos, las poblaciones juzgarían que el bárbaro era castigo peor que el cobrador de impuestos y el reclutador de esclavos. Pero el descubrimiento llegaba ya tarde para la restauración del orden antiguo.

Y como síntoma segundo que apunta a la misma conclusión de que la vida apenas valía la pena para los pobres y los esclavos, y para la mayoría del pueblo, durante la edad de los Antoninos, hemos de señalar la continua despoblación del Imperio. Todos se negaban a procrear. Haciánlo, pensamos, porque no veían sus casas seguras contra la opresión, porque, tratándose de esclavos, no había certidumbre de que no se separase al marido de la mujer, porque ya no había orgullo y esperanza en los hijos.

En los Estados modernos, el gran criadero ha estado siempre en la campiña agrícola, en donde el aldeano tiene una seguridad, mayor o menor; pero en el Imperio romano, el aldeano y el cultivador en pequeño o era deudor acosado o se veía preso en una

red de restricciones que le convertían en siervo sin iniciativa, o le arrojaban de sus tierras las cuadrillas de los labradores esclavos.

Una tercera indicación de que este periodo de tan floreciente exterioridad lo fué para grandes muchedumbres de desgracia y angustia mental, se encuentra en el desarrollo que hallaron entre la población los nuevos movimientos religiosos.

Ya hemos visto cómo en el caso del pequeño país de Judea toda una nación puede llegar a persuadirse de que la vida es insatisfactoria y *mala*, y de que es necesario algo que la mejore. La mente de los judíos, como sabemos, cristalizó en la idea de la Promesa del Unico Dios Verdadero y en la venida de un Salvador o Mesías. Ideas algo diferentes de éstas iban extendiéndose por el Imperio Romano. No eran sino respuestas distintas a una pregunta universal: "¿Qué hemos de hacer para salvarnos?" Consecuencia frecuente y natural del disgusto de la vida es el trasladarse con la imaginación a una vida ulterior en que se rediman todas las miserias e injusticias presentes. La creencia en tal compensación es un gran calmante de las miserias que se sufren. La religión egipcia estuvo desde muy antiguo saturada de la creencia en la inmortalidad, y ya hemos visto cómo ésta era la idea central en el culto de Sérapis e Isis en Alejandría. Los antiguos misterios de Demeter y Orfeo, los misterios de la raza mediterránea, resucitaron y constituyeron una especie de *theocrasia* con los nuevos cultos.

Un segundo movimiento importante de religión fué el mistraísmo, desarrollo del zoroastrismo, religión de antiquísimo origen ario, que puede seguirse hasta el pueblo indo-iranio antes de que se dividiera en persas e indos. No podemos examinar aquí con detalle sus misterios [1]. Mitra era un dios de luz, Sol de Justicia, y en los altares del culto representábasele siempre dando muerte a un toro sagrado, cuya sangre era simiente de vida. Baste decir que, complicado con muchos ingredientes de añadidura, el culto de Mitra entró en el Imperio Romano por los días de Pompeyo el Grande, y comenzó a extenderse mucho en tiempos de los Césares y de los Antoninos. Como la religión de Isis, prometía la inmortalidad. Sus adeptos eran principalmente esclavos, soldados y gente sin fortuna. En sus métodos de culto, en el uso de cirios encendidos ante el altar, tuvo cierta semejanza superficial con los desarrollos ulteriores del rito del tercer gran movimiento religioso del mundo romano, con el cristianismo.

El cristianismo era también doctrina de inmortalidad y salvación, y se extendió pronto, al principio, entre los pobres y los desgraciados, principalmente. Escritores modernos han denunciado al cristianismo como "religión de esclavos". Lo fué. Llamó a los esclavos y a los oprimidos, les dió esperanza y conciencia de la propia dignidad, y les hizo defender la justicia como hombres y afrontar la persecución y el tormento. Pero los orígenes y cualidades del cristianismo se tratarán más especialmente en otro capítulo.

[1] Véase Legge: *Forerunners and Rivals of Cristianity*.

§ 3. *Limitaciones del entendimiento romano*

Ya hemos explicado por qué, en nuestro sentir, el sistema imperial romano fué una manifestación política falta de toda solidez. Es absurdo hablar de su arte de gobernar, pues no lo tuvo. Cuando más, tuvo una administración burocrática que guardó la paz del mundo durante algún tiempo, sin llegar a asegurarla.

Veamos cuáles son los factores principales de su quiebra.

La clave de todo está en la falta de toda actividad mental libre y de toda organización para el acrecentamiento, desarrollo y aplicación del saber. Había respeto para la riqueza y desdén para la ciencia. Gobernaban los ricos, y se imaginaban que a los sabios, en caso de necesidad, podía comprárseles por poco dinero en el mercado de los esclavos. Roma fué, pues, un imperio colosalmente ignorante y falto de imaginación. No supo prever nada.

Careció de previsión estratégica por su crasa ignorancia de la geografía y la etnología. Desconoció en absoluto las condiciones de Rusia, el Asia Central y el Oriente. Contentóse con poner sus fronteras en el Rhin y en el Danubio, sin esforzarse por romanizar a Germania. Nos basta mirar un mapa de Europa y Asia en que esté el imperio romano, para advertir que era necesario para la vida y la seguridad del Occidente europeo una Germania consciente e incorporada. Al verse excluída, Germania fué tan sólo una cuña que únicamente necesitaba el martillo de los hunos para hacer saltar el sistema entero.

Además, la negligencia en llevar los límites hasta el Báltico dejó aquel mar y el del Norte como región de experimento y campo de instrucción en los trabajos del mar a los normandos de Escandinavia, Dinamarca y costa Frisona. Pero Roma siguió su camino estúpidamente, sin advertir que en el Norte iba tomando incremento una piratería nueva y más poderosa.

La propia falta de imaginación hizo a los romanos dejar sin desarrollo las vías marítimas del Mediterráneo. Cuando los bárbaros llegaron a los mares templados, no sabemos de ningún rápido transporte de tropas de España, Africa o Asia para rescatar a Italia y las costas del Adriático. En cambio, vemos a los vándalos hacerse dueños del Mediterráneo occidental sin reñir una sola batalla.

Un manojo de arqueros montados contuvieron a los romanos en el Eufrates. Claro estaba que, con la organización de las legiones, habían de ser inútiles en campo abierto, y claro hubiera debido estar también que, más pronto o más tarde, los jinetes nómadas de la Germania oriental, del Sur de Rusia o del país de los partos llegarían a pedirle cuentas al imperio. Mas los romanos, doscientos años después del tiempo de César, seguían la misma marcha en cohortes disciplinadas y rechinantes, como siempre, fácilmente cercadas por la caballería y hechas pedazos. El imperio no aprendió nada en Carras.

La incapacidad del imperialismo romano para toda novedad en métodos de transporte es asombrosa. Era patente que su poder y unidad dependían del movimiento rápido de las tropas y de su aprovisionamiento desde una parte del imperio hasta otra. La república hizo carreteras magníficas; el imperio nunca las mejoró. Cuatrocientos años antes de los Antoninos, Herón de Alejandría inventó la primera máquina de vapor. Reseñas hermosas de semejantes comienzos científicos guardábanse entre los descuidados tesoros de las bibliotecas de los ricos en todos los dominios imperiales. Eran semilla entre piedras. Los ejércitos y los correos de Marco Aurelio se afanaban por los caminos exactamente lo mismo que los soldados de Escipión Africano tres siglos antes.

Los escritores romanos no dejan de lamentarse del afeminamiento de la época. Tal era su gazmoñería favorita. Llegaban a reconocer que los hombres libres de las selvas, las estepas y los desiertos eran combatientes más duros y desesperados que sus ciudadanos; mas el corolario natural del desarrollo de las fuerzas industriales en sus centros de población para conseguir cierto equilibrio no les cabía en la cabeza. En cambio, admitieron bárbaros en sus legiones, les enseñaron las artes de la guerra, los llevaron por todo el imperio y los devolvieron, con la lección bien aprendida, a su pueblo natal.

Con tan obvias negligencias no es de maravillar que los romanos descuidaran completamente algo más sutil, el alma de imperio, y no se esforzaran por enseñar o adiestrar o conquistar a los hombres del propio pueblo para una consciente participación en su vida. Tal enseñanza o ejercicio hubiera chocado con las ideas de los ricos y de los dignatarios imperiales. Habían hecho instrumento de la religión; la ciencia, las letras, la educación estaban entregadas al cuidado de esclavos que alimentaban y ejercitaban y vendían como caballos o como perros; ignorantes, pomposos, mezquinos, los aventureros romanos de la hacienda o de la propiedad que crearon el imperio se enseñorearon de él con un sentido de suprema seguridad, mientras su destrucción corrompía el imperio por dentro y por fuera.

En los siglos II y III de J. C. la máquina imperial, sobrecargada de tributos y forzada en exceso, iba ya tambaleándose hacia su ruina.

§ 4. *La actividad de las grandes llanuras*

Ahora es necesario, si hemos de entender con claridad la verdadera situación del imperio romano, que volvamos los ojos al mundo que estaba más allá de sus confines septentrionales y orientales, al mundo de las llanuras que se extienden, casi sin interrupción, desde Holanda, a través de Alemania y Rusia, hasta los montes del Asia Central y Mogolia, y consagremos alguna atención al imperio chino que, paralelamente, iba consolidando y desarrollando una unidad moral e intelectual más resistente y duradera que la conseguida por los romanos.

"Es costumbre —dice Mr. E. A. Parker—, aun entre los hombres de más alta educación en Europa, hablar en sonoras sentencias de los "amos del mundo", que "ponen a todas las naciones de la tierra bajo su poderío", etc.; cuando, en realidad, sólo un rincón del Mediterráneo está sometido, con alguna salida efímera hacia Persia o las Galias. Ciro y Alejandro, Darío y Jerjes, César y Pompeyo, hicieron excursiones muy interesantes, pero no ciertamente en mayor escala ni de mayor interés humano que las campañas que tenían lugar en la otra parte del Asia. La civilización occidental tuvo, en artes y ciencias, muchas cosas de que jamás se ocupó la China; mas, por otra parte, los chinos desarrollaron una literatura histórica y crítica, una cortesía de porte, un lujo en el vestir y un sistema administrativo que hubiera enorgullecido a Europa. En una palabra: la historia del Extremo Oriente es interesante de todo punto, como la del Extremo Occidente. Sólo requiere que se pueda leer. Cuando borramos de nuestro conocimiento, irritados, los tremendos sucesos que se verificaron en las llanuras de Tartaria, no echaremos mucho en cara a los chinos su falta de interés por los hechos ocurridos en los que les han de parecer estados insignificantes dispersos en derredor del Mediterráneo y del Caspio, que en aquel entonces eran virtualmente el mundo entero conocido en Europa" (2).

Ya hemos mencionado (en el capítulo XVI y en alguna otra parte) el nombre de Shi-Hwang-Ti, que consolidó un imperio mucho más reducido, en verdad, que los presentes límites de China, mas con todo muy grande y populoso, que comenzaba en los valles del Hwang-ho y el Yang Tse. Llegó a ser rey de Ts'in en 246 antes de J. C., y emperador en 220, y reinó hasta el año 210, y

(2) E. H. Parker: *A Thousand Years of the Tartars.*

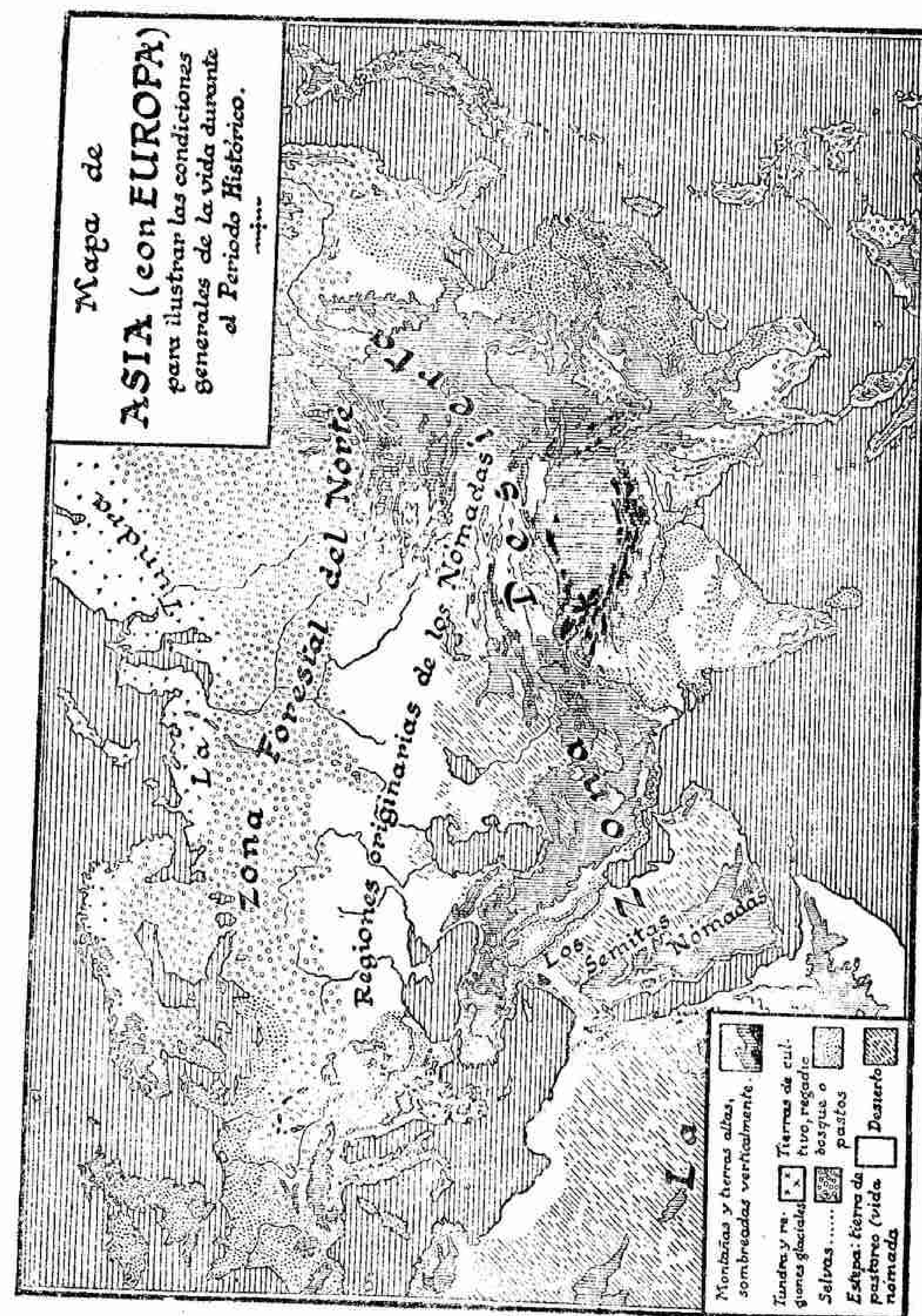
durante aquel tercio de siglo llevó a efecto, en gran parte, la misma obra de consolidación emprendida en Roma por Augusto dos siglos más tarde. A su muerte hubo revueltas dinásticas que duraron cuatro años, y luego (206) una nueva dinastía, la dinastía Han, se asentó y reinó por espacio de doscientos veintinueve. El primer cuarto de siglo de la Era cristiana se vió perturbado por un usurpador; después, la que se llama Segunda Dinastía Han recobró el poder y reinó durante otro siglo y medio, hasta que la China, en tiempo de los Antoninos, fué tan devastada por la peste, que cayó en el desorden.

Es la misma peste, conviene advertirlo, que contribuyó a producir un siglo de confusión en el mundo occidental (véase § 1). Pero hasta que esto ocurrió, por espacio de más de cuatro siglos la China central estuvo generalmente en paz y bien gobernada; ciclo de fuerza y prosperidad jamás igualado por ninguna experiencia en el mundo de Occidente.

Solamente los primeros Han continuaron la política de Shi-Hwang-Ti contra los *literatos*. Su sucesor restableció los clásicos, pues ya la antigua tradición separatista estaba rota, y se dió cuenta de que en la uniformidad de enseñanzas para todo el imperio estribaba el fundamento de la unidad china. Mientras el mundo romano permanecía ciego a la necesidad de toda organización mental del universo, los emperadores Han establecían el sistema uniforme de educación y de grados literarios en toda la China, que ha mantenido la solidaridad intelectual de aquel grande y cada vez más extenso país hasta los tiempos modernos. Los burócratas de Roma tenían los más diversos orígenes y tradiciones; los de la China eran, y son todavía, sacados de un mismo molde, miembros todos de una tradición.

Desde los Han, ha pasado la China por grandes mudanzas de fortuna política, pero su carácter fundamental no ha sufrido cambio alguno; se ha visto dividida, pero siempre ha recuperado su unidad; se ha visto dominada, y siempre absorbió y se asimiló a sus conquistadores.

Mas desde nuestro punto de vista actual, la consecuencia más importante de esta consolidación de la China con Shi-Hmang-Ti y los Han fué la reacción contra las tribus no asentadas de las fronteras Norte y Oeste de la China. En los desordenados siglos anteriores a Shi-Hwang-Ti, los hiung-nu o hunos ocuparon Mongolia y grandes porciones de la China Septentrional, hicieron incursiones en el territorio, sin gran oposición, e intervinieron libremente en la política china. El nuevo poderío y organización de la civilización china empezó a modificar tal estado de cosas y a mejorarlo completamente.



Ya dimos cuenta, al reseñar los comienzos del pueblo chino, de la existencia de los hunos. Ahora hemos de explicar brevemente quiénes eran y qué querían. Al emplear la palabra hunos como equivalente general de los hiung-nu, pisamos ya un terreno de controversia. Al exponer el desarrollo del mundo occidental hemos tenido ya ocasión de nombrar a los escitas y de aludir a la dificultad de distinguir claramente entre cimerios, sármatas, medas, persas, partos, godos y otros pueblos más o menos nómadas, más o menos arios, que se movían en un vasto arco entre el Danubio y el Asia Central. Mientras unos pueblos arios iban hacia el Sur y adquirían civilización, y la desarrollaban, estos pueblos arios iban desarrollando la movilidad y el nomadismo; aprendiendo la existencia de la tienda, el carro y el rebaño. Aprendían también el uso de la leche como base de alimentación e iban probablemente abandonando la agricultura, mostrándose menos dispuestos que antes a las tareas de la recolección. Ayudábales en su desarrollo un lento cambio de clima que iba reemplazando los pantanos y selvas del Sur de Rusia y del Asia Central por estepas, es decir, por anchas extensiones herbosas, que favorecían una saludable vida errante y requerían un movimiento anual entre los pastos de verano y los de invierno. Estos pueblos conocían tan sólo las formas políticas más elementales; escindíanse o se mezclaban, diversas razas poseían hábitos sociales idénticos, y así se explica la dificultad, la imposibilidad de una neta distinción entre ellos. Los casos de la raza mongólica en el Norte y Noroeste de la China son en todo paralelos.

Apenas cabe dudar que los hiung-nu, los hunos, y el pueblo posterior llamado de los mongoles, fueran uno mismo y que los turcos y los tártaros diversificáranse luego en la misma población errante mongólica. Los calmucos y los buriatas son los últimos brazos de la misma corriente. Emplearemos aquí la palabra "hunos" como término general para diversas tribus, como en el Oeste hicimos uso amplio y libre de la palabra "escitas".

La consolidación de la China tenía seria importancia para los hunos. Hasta allí, su exceso de población había ido entrándose hacia el Sur, merced a los desórdenes de la China dividida, como agua en esponja. De pronto se encontraron con una muralla que se les oponía, con un gobierno firme y con tropas disciplinadas que los echaban de las llanuras herbosas. Y aunque la muralla les contuviera, no contenía a los chinos. Estos crecían y multiplicábanse en los siglos de la paz, y conforme iban creciendo y multiplicándose, avanzaban incesantemente, con su casa y su arado, donde el terreno se lo permitía. Extendiéronse por el Oeste hasta el Tibet, y por el Norte y Noroeste hacia el extremo del desierto de Gobi. Extendíanse por entre las casas, los pastos y las tierras

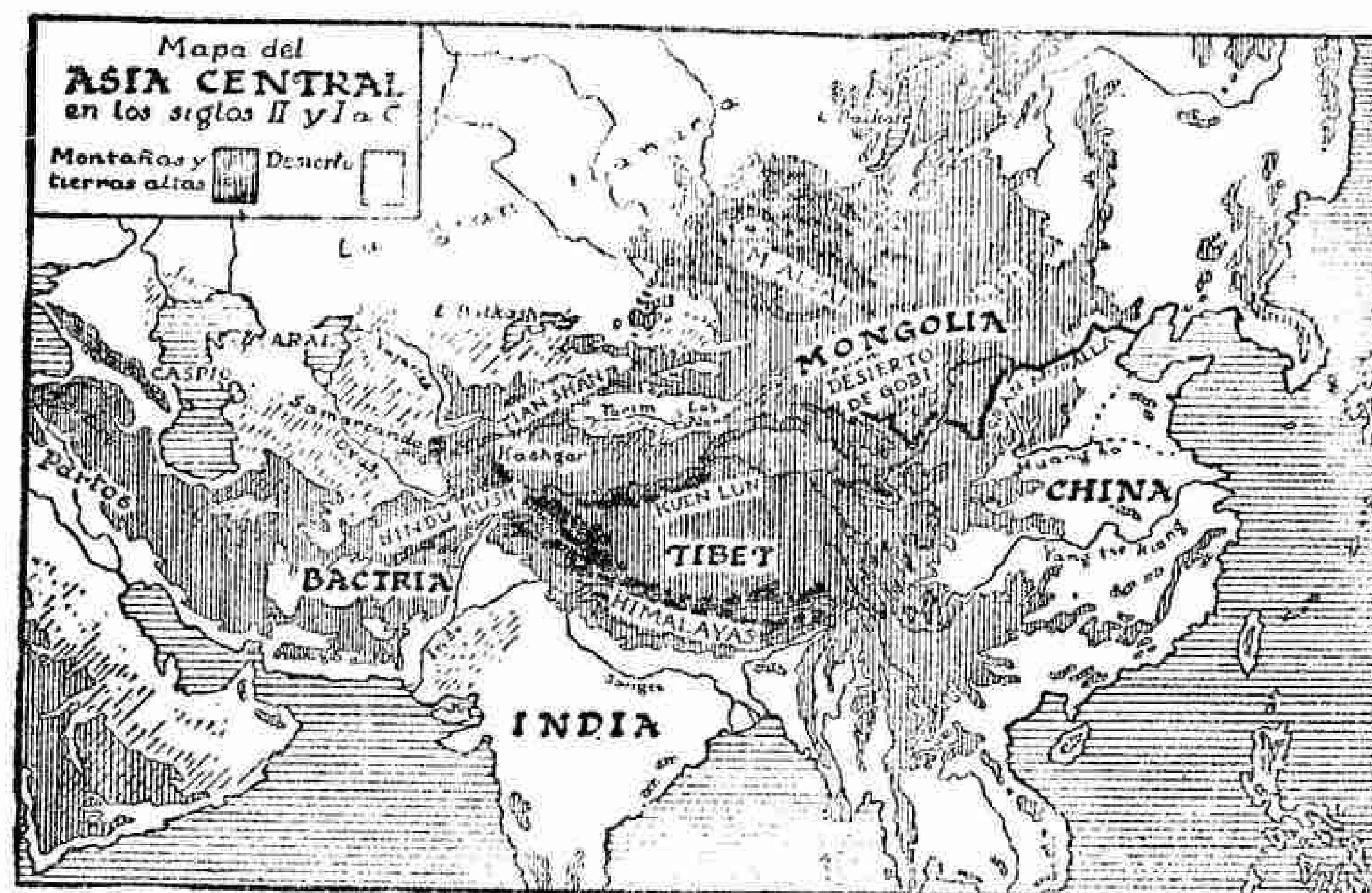
de caza de los nómadas hunos, exactamente como los blancos en los Estados Unidos, se extendieron por los terrenos de caza de los Pieles Rojas. Y a pesar de las correrías y matanzas, eran invencibles porque tenían el empuje del número y detrás un gobierno fuerte para vengarlos. Aun sin este apoyo, la civilización de los cultivadores chinos tiene fuerza enorme de penetración y desarrollo. Durante tres mil años ha ido extendiéndose lenta y continuamente. Hoy se propaga a Siberia y Manchuria, y donde entra, echa raíces hondas.

En parte los hunos fueron civilizados y asimilados por los chinos. Los hunos más septentrionales fueron derrotados y su sobrante de energía se volvió hacia Occidente. Los hunos del Sur se disolvieron en la población imperial.

Si el lector examina el mapa del Asia Central, verá grandes barreras de montañas que separan a los pueblos del Mediodía, del Oeste y del Este. (Pero ha de ser cauto en sus ideas, si las forma sobre un mapa de la proyección de Mercator, el cual exagera enormemente las extensiones y distancias del Asia Septentrional y Siberia). Verá que, desde la masa central de montañas, irradian hacia el Este tres grandes sistemas: los Himalayas, que van hacia el Sudeste, Sur del Tibet; el Kuen Lun, hacia el Este, Norte del Tibet; y el Thien Shan, Nordeste, a juntarse con los montes de Altai. Más al Norte está la gran llanura que va poco a poco deshelándose y secándose. Entre el Thien Shan y el Kuen Lun hay una extensión, la cuenca del Tarim (= Turkestán Oriental), con ríos que no llegan al mar, sino que mueren en pantanos y lagos intermitentes. Esta cuenca era mucho más fértil en lo pasado que en la actualidad. La barrera de montañas al Este de la cuenca del Tarim es alta, pero no infranqueable; hay muchos caminos practicables que bajan al Turkestán Occidental, y el viaje es posible, ya por las lomas inferiores del Kuen Lun o por el valle del Tarim, hacia el Oeste, de China a Kashgar (donde convergen los caminos) y luego por las montañas a Kokanda, Samarcanda y Bujara. Aquí está, pues, el lugar de cita natural en la historia para arios y mongoles. Aquí, o dando la vuelta por mar.

Ya hemos apuntado como llegó Alejandro Magno en 329 antes de J. C. a un lado de la barrera de montañas. Un lago alto, en las del Turkestán, conserva su nombre. La tradición de su larga correría se mantiene tan viva, que casi toda ruina de piedra en el Asia Central sigue atribuyéndose aún a "Iskander". Después de esta rápida ojeada, desvanécese de nuevo la luz de la historia sobre aquella región, y cuando vuelve a brillar, brilla del lado de Oriente y no del Occidente. Lejos, hacia el Este, Shi-Hwang-Ti había derrotado a los hunos, cerrándoles con la muralla la China propiamente dicha. Parte de ellos se quedaron en

la China septentrional, remanente que se incorporó a la vida china en tiempo de los Han; pero otra parte considerable se dirigió hacia el Oeste y, en los siglos I y II antes de J. C., echó delante de sí a un pueblo de raza afín a la suya, el Yueh-Chi, llevándole del extremo oriental al occidental del Kuen-Lun, y por fin, en derechura, salvando la barrera, a la que fué región aria del Tur-



kestán occidental ([3]). Los Yueh-Chi conquistaron el reino levemente helenizado de Bactria y se mezclaron con su población aria. Luego, los Yueh-Chi formaron un pueblo que se ha llamado Indo-escita, o se disolvieron en sus elementos arios, para bajar por el paso de Khyber y conquistar algunas comarcas septentrionales de la India, llegando hasta Benares (100-150 de J. C.) y borrando los últimos vestigios de dominio helénico en la India. Esta gran salpicadura mongólica en el camino de Occidente no sería probablemente la primera, pero es la primera de que se tiene noticia. Detrás de los Yueh-Chi venían los hunos, y detrás de los hunos, desviándose hacia el Norte, se hallaba la vigorosa China de la dinastía Han. En el reinado del monarca más grande de los Han, de Wu-Ti (140-86 antes de J. C.), los hunos fueron arrojados hacia el Norte, fuera de todo el Turkestán oriental, o sometidos; la cuenca del Tarim, poblada por agricultores chinos, y las cara-

([3]) Aún en el Turkestán oriental quedan todavía fuertes rasgos de sangre nórdica en la fisonomía de los naturales. Ella y Percy Sykes: *Through Deserts and Oases of Central Asia.*

vanas iban hacia el Oeste con sedas, lacas y jade, para cambiarlas por oro y plata en Armenia y en Roma.

De esta salpicadura de los Yueh-Chi se hace mención, pero claro está que no se tienen en cuenta muchos movimientos de pueblos hunos hacia Occidente. Del año 200 antes de J. C. al 200 de la Era cristiana, el imperio chino mantuvo un frente de avance duro y resuelto ante los nómadas, y el exceso de éstos se trasladó sin cesar a Occidente. No se asentó la China en una frontera final, como Roma en el Rhin y el Danubio. El retroceso de los nómadas ante el empuje chino, un siglo tras otro, se volvió hacia el Sur, y en primer lugar hacia Bactria. Los partos del siglo I antes de J. C. serían probablemente una mezcla de elementos escitas y mongólicos. Las "flechas cantoras" que destruyeron el ejército de Craso procedían, según parece, de Altai y Thien Shan. Desde el siglo I antes de J. C., la línea de mayor atracción y menor resistencia estuvo durante algún tiempo al Norte del Caspio. En cosa de un siglo, todo el país llamado Turkestán occidental estaba "mongolizado", y así continúa hasta hoy. En 75 de J. C. empezó un nuevo empuje chino que aceleró la marcha de los nómadas hacia el Oeste. En 102, Pan Chau, general chino, enviaba exploradores desde su campamento avanzado al Mar Caspio (o, según ciertos autores, al Golfo Pérsico), para que le informaran acerca del poderío romano. Pero sus relatos le decidieron a no seguir adelante.

Por el siglo I de J. C. mostrábanse ya, en los límites orientales de Europa, nómadas mongoles, mezclados con nómadas nórdicos y con elementos nórdicos desarraigados de la región del Pamir-Caspio. Eran hunos, establecidos entre el Mar Caspio y los Urales. A Occidente tenían a los alanos, probablemente mongoles también con elemento nórdico, que pelearon contra Pompeyo el Grande en Armenia el 65 antes de J. C. Eran aún los pueblos más occidentales del nuevo avance mongólico y no avanzaron más hasta el siglo IV de nuestra Era. Al Noroeste, los fineses, pueblo mongólico, se hallaban establecidos nada menos que junto al Báltico.

A Occidente de los hunos, más allá del Don, había tribus puramente nórdicas, las de los godos, que habían salido, hacia el Sudeste, de su región de origen, la Escandinavia. Era un pueblo teutónico, y ya los hemos señalado al cruzar el Báltico en el mapa que dimos para la distribución primitiva de los arioparlantes. Los godos continuaron su camino hacia el Sudeste a través de Rusia, valiéndose de los ríos y sin olvidar nunca su aprendizaje en aguas del Báltico. Asimiláronse, sin duda, mucha población escita, mientras bajaban hacia el Mar Negro. En el siglo I hubo calma en las grandes llanuras, pero la población iba acumulándose y las

tribus fermentaban. Los siglos II y III trajeron estaciones húmedas y hierba abundante. Luego en el IV y V, el tiempo se hizo más seco, la hierba empezó a escasear y los nómadas volvieron a excitarse.

Pero es interesante advertir que en el siglo inicial de la Era cristiana, el imperio chino fué lo bastante fuerte para expeler y arrojar de sí el exceso de nomadismo mongólico que tenía al Norte y que los nómadas conquistaron el Norte de la India, reunieron fuerzas, mezclándose con el nomadismo ario, y cayeron por fin como un alud sobre el debilitado imperio romano.

Antes de contar los golpes que empezaron a descargar sobre Roma y los esfuerzos de uno o dos grandes hombres para detener el hundimiento, diremos unas pocas palabras acerca de los hábitos y cualidades de aquellos bárbaros pueblos mongoles que se encaminaban a Occidente extendiéndose desde los límites de China hacia los mares Negro y Báltico. Acostúmbrase todavía en Europa tomar por guía a los escritores romanos y hablar de los hunos y de sus aliados como de algo increíblemente destructor y cruel. Mas los relatos que tenemos están escritos por romanos en tiempos de pánico, y los romanos sabían mentir acerca de sus enemigos con libertad y vigor capaces de despertar la envidia de un propagandista moderno. Hablaban de "fe púnica" para significar perfidia, y cometían las traiciones más abominables contra Cartago, y sus acusaciones injuriosas de crueldad sistemática contra uno u otro pueblo solían ser preludio y excusa de un espantoso exterminio, cautiverio o depredación por parte suya. Tenían pasión enteramente moderna para justificar sus actos. Hemos de recordar que los relatos de salvajismo y horror referente a los hunos, proceden de un pueblo cuya principal diversión estaba en los espectáculos de gladiadores y cuyo método ordinario para dominar insurrecciones y sediciones consistía en crucificar al rebelde hasta verle muerto. Desde el principio hasta el fin, el imperio romano dió muerte de este modo a miles de hombres. Gran parte de la población de este imperio que podía sentir la barbarie de los que le atacaban consistía en esclavos sometidos virtualmente, en manos de sus dueños, a toda fantasía o capricho. Conviene tener presentes estos hechos antes de lamentar la ruina del imperio romano por los bárbaros, como si con él se extinguiese cuanto es bello en la vida, en el triunfo de lo más negro y feo.

Lo cierto parece ser que los hunos eran el equivalente oriental de los arios primitivos y que, a pesar de sus profundas diferencias, raciales y lingüísticas, se cruzaron con los residuos nómadas y seminómadas de las razas arioparlantes del Norte del Danubio y de Persia, con toda facilidad y fortuna. En vez de exterminarlos, atraían a los pueblos conquistados y se unían con

ellos por el matrimonio. Tenían el don necesario a todo pueblo llamado al predominio político, la asimilación tolerante. Vinieron más bien tarde, y su vida nómada se desarrolló mejor que la de los arios primitivos. Estos eran hombres de selva y carreta de bueyes, y tardaron mucho en conocer el caballo. Los hunos se criaron con él. Por los años 1200 ó 1000, antes de J. C., empezaron a montarlo. El bocado, la silla, el estribo, no son artefactos primitivos, pero son necesarios cuando hombre y caballo han de recorrer largas extensiones. Conviene tener presente que el montar es conquista moderna. No hace mucho más de tres mil años que el hombre lo practica ([4]). Hemos señalado ya la aparición gradual del carro de guerra, del jinete y, por último, de la caballería disciplinada en la historia. Todo ello procedía de las regiones mongólicas del Asia. Hoy mismo los hombres del Asia Central, más que a pie, van a caballo. Ratzel escribe ([5]): "En las estepas hállanse en número enorme caballos fuertes, de cuello largo. Para mongoles y turcomanos el montar no es lujo; hasta los pastores mongoles guían a caballo sus ganados. A los niños se les enseña a montar desde pequeños; a menudo, desde los tres años, dan lección en una silla de montar, a propósito para niños, y hacen rápidos progresos".

Es imposible suponer que los hunos y los alanos tuvieron carácter muy distinto del de los actuales nómadas de las regiones esteparias, y casi todos los observadores describen a éstos como personas francas y agradables. Son honradísimos y de carácter liberal. "El carácter de los pastores del Asia Central —dice Ratzel— ([6]), cuando no está adulterado, es de ponderativa elocuencia, franqueza, buen natural tosco, altivez; pero, también, indolencia, irritabilidad y propensión vengativa. Su rostro muestra expresión de franqueza junto con una divertida ingenuidad... Su valor es más bien súbito arrebato de lucha que atrevimiento frío. Carecen de fanatismo religioso. Su hospitalidad es universal". El retrato no es del todo desagradable. Su porte individual —dice más adelante— es más tranquilo y digno que el de los hombres de poblados del Turkestán y Persia.

Añádase a esto que la vida nómada evita toda gran desigualdad de clase y todo desarrollo extensivo de la esclavitud.

Por supuesto, todos estos pueblos procedentes de Asia eran totalmente iletrados y carecían de todo desarrollo artístico. Pero no hemos de suponer, por eso, que fuesen bárbaros primitivos y que su estado de vida estuviese al nivel alcanzado desde mucho

---

([4]) Véase Roger Pocok: *Horses*, librito interesantísimo y pintoresco.
([5]) *The History of Mankind*, libro V, C.
([6]) *Ibid.*

tiempo atrás por la civilización agrícola. No lo estaba. Habían progresado también, pero en sentido diferente, en sentido de menor complicación intelectual, de mayor dignidad personal acaso y ciertamente en contacto más íntimo con el viento y el cielo...

§ 5. *El Imperio de Occidente (romano propiamente dicho) se derrumba*

Las primeras irrupciones serias de tribus germánicas en el Imperio Romano comenzaron en el siglo III con la decadencia del poder central. No complicaremos aquí al lector con la fastidiosa e intrincada cuestión de nombres, identidad y relación de las varias tribus germánicas, unas con otras. Los historiadores tropiezan con grandes dificultades para mantenerlas distintas, y estas dificultades se acrecientan con el hecho de que ellas mismas se cuidaron poco de acentuar su distinción. En 236 de J. C. vemos a un pueblo, el de los francos, romper los límites del bajo Rhin, y a otro, los alemanes, extenderse por Alsacia. Por el Sur el empuje de los godos fué mucho más fuerte. Ya señalamos la presencia de este pueblo en Rusia meridional y su división por el Dnieper en godos occidentales y orientales. En el Mar Negro volvieron a la marinería, y probablemente su migración tradicional desde Suecia se hizo por las vías acuáticas, pues hay posibilidad de llevar un barco, mediante unos cuantos transportes perfectamente factibles, del Báltico al Mar Negro o al Caspio, a través de toda Rusia, y quitaron a Roma el dominio de los mares orientales. Luego saquearon las costas de Grecia. Cruzaron también el Danubio en una gran correría, terrestre, en 247, derrotando y matando al emperador Decio, en lo que hoy es Servia. La provincia de Dacia desapareció de la historia romana. En 270 fueron derrotados en Nish, Servia, por Claudio, y en 276 saquearon el Ponto. Es característico de la naturaleza invertebrada del imperio el que las legiones de Galia descubrieran que el método más eficaz de combatir a francos y alemanes consistía en nombrar por separado un emperador en la Galia y hacer ellos todo el trabajo.

Por algún tiempo se contuvo entonces a los bárbaros, y en 276 el emperador Probo obligó a francos y alemanes a repasar el Rhin. Pero es significativo, en cuanto a la atmósfera general de inseguridad creada por aquellas correrías, el que Aureliano (270-275) fortificara a Roma, ciudad abierta y segura durante los primeros años del imperio.

En 321 los godos pasaron otra vez el Danubio y saquearon las que hoy son Servia y Bulgaria. Rechazólos Constantino el Grande, de quien volveremos a hablar en el capítulo siguiente. Hacia el fin de su reinado (337) los vándalos, pueblo íntimamen-



te relacionado con el de los godos, empujado por éstos, obtuvo permiso para cruzar el Danubio y ocupar la Pannonia, que es la parte de la Hungría de hoy que está al Oeste del río.

Pero a mediados del siglo IV los hunos, en Oriente, volvieron a su actitud agresiva. Tuvieron mucho tiempo sometidos a los alanos, y habían hecho ya tributarios suyos a los ostrogodos o godos orientales. Los visigodos (godos occidentales) siguieron el ejemplo de los vándalos y entraron en negociaciones para ocupar territorio romano, pasando el Danubio. Alguna discusión hubo en cuanto a los términos de la ocupación, y los visigodos, encolerizados, tomaron la ofensiva y derrotaron en Adrianópolis al emperador Valente, que murió en la batalla. Entonces se les permitió establecerse en la que hoy es Bulgaria, y su ejército pasó a ser, de nombre, romano, aunque con jefes propios, el principal de los cuales era Alarico. La completa "barbarización" de Roma se muestra en que el principal adversario de Alarico el godo era Estilicón, vándalo pannonio. Las legiones de Galia mandábalas un jefe franco, y el emperador Teodosio I (379-395) era un español sostenido principalmente por auxiliares godos.

Al cabo el imperio dividióse en dos mitades; una, oriental, de habla griega, y otra, occidental, de habla latina. A Teodosio el Grande le sucedieron sus hijos, Arcadio, en Constantinopla, y Honorio, en Ravena. Alarico hizo juguete suyo del monarca oriental y Estilicón del occidental. Entonces presentáronse en el imperio los hunos como tropas auxiliares reclutadas por Estilicón. En esta lucha entre Oriente y Occidente, las fronteras —si podemos llamar fronteras a la separación entre los bárbaros no reconocidos del exterior y los bárbaros a sueldo del interior— desaparecieron. Nuevos vándalos, más godos, alanos, suevos, encamináronse libres hacia el Oeste, viviendo sobre el país. Entre tanta confusión culmina un hecho saliente: Alarico, el godo, se interna en Italia, y tras un breve asedio se apodera de Roma (410).

Hacia el 425 los vándalos (que vemos originariamente en la Germania oriental) y algunos alanos (mencionados por primera vez en el Sudeste de Rusia) cruzaron la Galia y los Pirineos y fueron a establecerse juntos en el Mediodía de España. Los hunos estaban en posesión de Pannonia; los godos, de Dalmacia. En Bohemia y Moravia establecióronse los checos (451). En Portugal, y al Norte de los vándalos, en España, los visigodos y los suevos. Galia se dividió entre visigodos, francos y borgoñones. Bretaña iba siendo invadida por tribus bajogermánicas, los jutos, anglos y sajones, ante quien los bretones celtas del Suroeste huyeron por mar a la que hoy es Bretaña francesa. La fecha que ordinariamente se asigna a esta invasión es la de 499; pero es probable que ocu-

rriera con anterioridad ([7]). Y como resultado de las intrigas entre dos políticos imperiales, los vándalos del Sur de España, al mando del rey Genserico, se embarcaron en masa para el Norte de Africa (429), se apoderaron de Cartago (439), se aseguraron el dominio del mar, hicieron incursiones, tomaron y saquearon a Roma (455), entraron en Sicilia y establecieron un reino en la parte del Oeste que duró unos cien años (hasta 534). En los tiempos de su máxima extensión (477), este reino vándalo comprendía también a Córcega, Cerdeña, las Islas Baleares y un gran territorio en el Africa del Norte.

Con respecto a este reino vándalo conócense hechos y figuras que muestran muy claramente la verdadera naturaleza de estas irrupciones bárbaras. No consistían, por cierto, en la sustitución de un pueblo o raza por otra; ocurría algo diferente: era una revolución social desencadenada y encubierta por una superficial conquista extranjera. Toda la nación vándala, hombres, mujeres y niños, que pasó de España a Africa, por ejemplo, no contaría más de ochenta mil almas. Lo sabemos porque tenemos pormenores referentes a la cuestión del transporte. En sus luchas en Africa, nos dice el doctor Schurtz, ([8]) "no hay rastro de resistencia seria por parte de los naturales; Bonifacio (gobernador romano en el Africa del Norte) defendió a Hipona con mercenarios godos, mientras que la población indígena no opuso resistencia apreciable y las tribus nómadas del campo o adoptaban actitud equívoca o, dándose cuenta de las dificultades del gobernador romano para atacar, se entregaban a correrías depredatorias. Tanta desmoralización era resultado de las condiciones sociales que quizá se habían desarrollado menos favorablemente en Africa que en otras partes del Imperio Romano. Los campesinos libres habían venido a ser desde muy atrás siervos de los grandes terratenientes, y su posición tenía escasa superioridad sobre la de las masas de esclavos que se encontraban por todas partes. Y los grandes propietarios eran a su vez víctimas adecuadas de la política de extorsión seguida por los gobernadores sin escrúpulo, en proporciones crecientes que no tenían parangón con nada, a medida que iba hundiéndose la dignidad del poder imperial. Nadie que tuviese algo que perder quería pertenecer ya al Senado de las grandes poblaciones, que antes fué meta de ambiciosos, porque se requería a los senadores para suplir toda deficiencia de renta, y las deficiencias iban siendo frecuentes y considerables... Estallaron repetidamente insurrecciones sanguinarias, siempre achacables en último término a exigencias en la tributación.

([7]) E. B.
([8]) En la *History of The World*, de Helmolt.

Es positivo que los vándalos trajeron alivio positivo al sistema. Exterminaron a los grandes propietarios, borraron toda deuda a los prestamistas de Roma y abolieron los últimos vestigios del servicio militar. Los cultivadores encontraron su situación mejorada; los empleados menores conservaron sus puestos; no fué tanto conquista como liberación de un atascamiento intolerable.

Mientras los vándalos estaban aún en África surgió entre los hunos un gran jefe, Atila. Tenía su capital en las llanuras al Este del Danubio. Durante algún tiempo rigió un considerable imperio de tribus de hunos y germanos, y su gobierno se extendió desde el Rhin hasta el Asia Central. Negoció en términos de igualdad con el emperador chino. Tuvo amedrentadas durante diez años a Rávena y Constantinopla. Honoria, nieta de Teodosio II, emperador de Oriente, una de esas mujeres apasionadas que tales disturbios traen al mundo, encerrada por un devaneo con cierto chambelán de la corte, envió su anillo a Atila llamándole para que fuera su esposo y la libertara. También le instigó al ataque contra el imperio de Oriente, Genserico el vándalo, a quien hacía frente una alianza de ambos emperadores. Internóse Atila, hasta los muros mismos de Constantinopla, destruyendo totalmente, en su avance, según Gibbon, setenta ciudades e imponiendo al emperador una paz onerosa, que no implicaba al parecer la entrega de Honoria a su héroe.

A esta distancia en el tiempo no podemos calcular los motivos de semejante omisión. Atila continuaba hablando de ella como de su prometida y tomaba tal afinidad como pretexto para sus agresiones. En las negociaciones subsiguientes, un tal Prisco fué con cierta embajada al campo del monarca huno, y aún se conservan fragmentos de la narración que escribió, por los que tenemos alguna vislumbre de aquel campamento y sobre la manera de vivir del gran conquistador.

La embajada, en sí, estaba extrañamente constituída. Su jefe, Maximino, era un diplomático honrado que iba de buena fe. Enteramente desconocido para él, y entonces para Prisco, Vigilio, intérprete de la expedición, llevaba también una misión secreta: la de asegurar, mediante soborno, el asesinato de Atila. Pasó la pequeña expedición por Nish; cruzó el Danubio en canoas, hechas de un solo tronco de árbol, y se encargaron de administrarle alimentos los pueblos del camino. Pronto llamaron la atención de los emisarios las diferencias en la dieta; Prisco habla de hidromiel en lugar de vino, de mijo en lugar de trigo y de una bebida de cerveza, ya destilada [9], ya fermentada. El viaje a través de Hungría recuerda al lector actual, en muchos incidentes, las expediciones inglesas al África Central en el período de la Reina Victoria. A los viajeros se les ofrecía cortésmente esposas interinas.

La capital de Atila era más bien un vasto campamento y aldea que una ciudad. Sólo había un edificio de piedra, un baño, construído según modelo romano. La masa de la población vivía en chozas y tiendas; Atila y sus capitanes ocupaban palacios de madera rodeados de empalizadas y tenían consigo a sus muchas esposas y servidores. Había gran ostentación de botín, pero Atila, en persona, hacía gala de sencillez nómada; servíasele en copas y platos de madera y no tocaba el pan. Trabajaba mucho, abría tribunal a la puerta de su palacio y solía mostrarse a caballo. Manteníase la primitiva costumbre, tanto de los arios como de los mongoles, de celebrar grandes festines, en que se bebía reciamente. Prisco describe a los bardos que cantaban delante de Atila. "Recitaban versos que habían compuesto para ensalzar su valor y sus victorias. Profundo silencio reinaba en el salón, y la armonía vocal cautivaba la atención de los convidados, que sentían revivir y perpetuarse en la memoria las propias hazañas; un ardor marcial inflamaba los ojos de los guerreros, impacientes por combatir, y las lágrimas de los ancianos expresaban su generosa desesperación de volver a compartir los peligros y las glorias del campo. A la diversión, que puede considerarse como escuela de virtud militar, sucedía una farsa en que se rebajaba la dignidad de la naturaleza humana. Dos bufones, uno moro y otro escita, provocaban sucesivamente el regocijo de los rudos espectadores con sus figuras deformes, su atavío ridículo, sus ademanes grotescos, sus absurdos discursos y su extraña e ininteligible confusión de las lenguas propias de latinos, godos y hunos; fuertes y licenciosas carcajadas hacían resonar el salón. En medio de tan destemplado alboroto, únicamente Atila, sin mudar de continente, conservaba su gravedad constante e inflexible" [10].

Aunque Atila llegó a enterarse, por confesión del que hubo de ser sobornado, de los planes secretos de Vigilio, dejó marchar en seguridad a los embajadores de Constantinopla, regalándoles muchos caballos y otros presentes. Envió luego un embajador a Teodosio II para llevar al monarca, según se dice, un trozo de su pensamiento. "Teodosio —dijo el enviado— es hijo de linaje ilustre y respetable; Atila, igualmente, desciende de noble raza, y ha sostenido con sus actos la dignidad heredada de Munzuk su padre. Pero Teodosio ha faltado al honor de sus ascendientes y, al consentir en el pago de un tributo, se ha degradado hasta la condición de esclavo. Justo es, pues, que rinda acatamiento al hom-

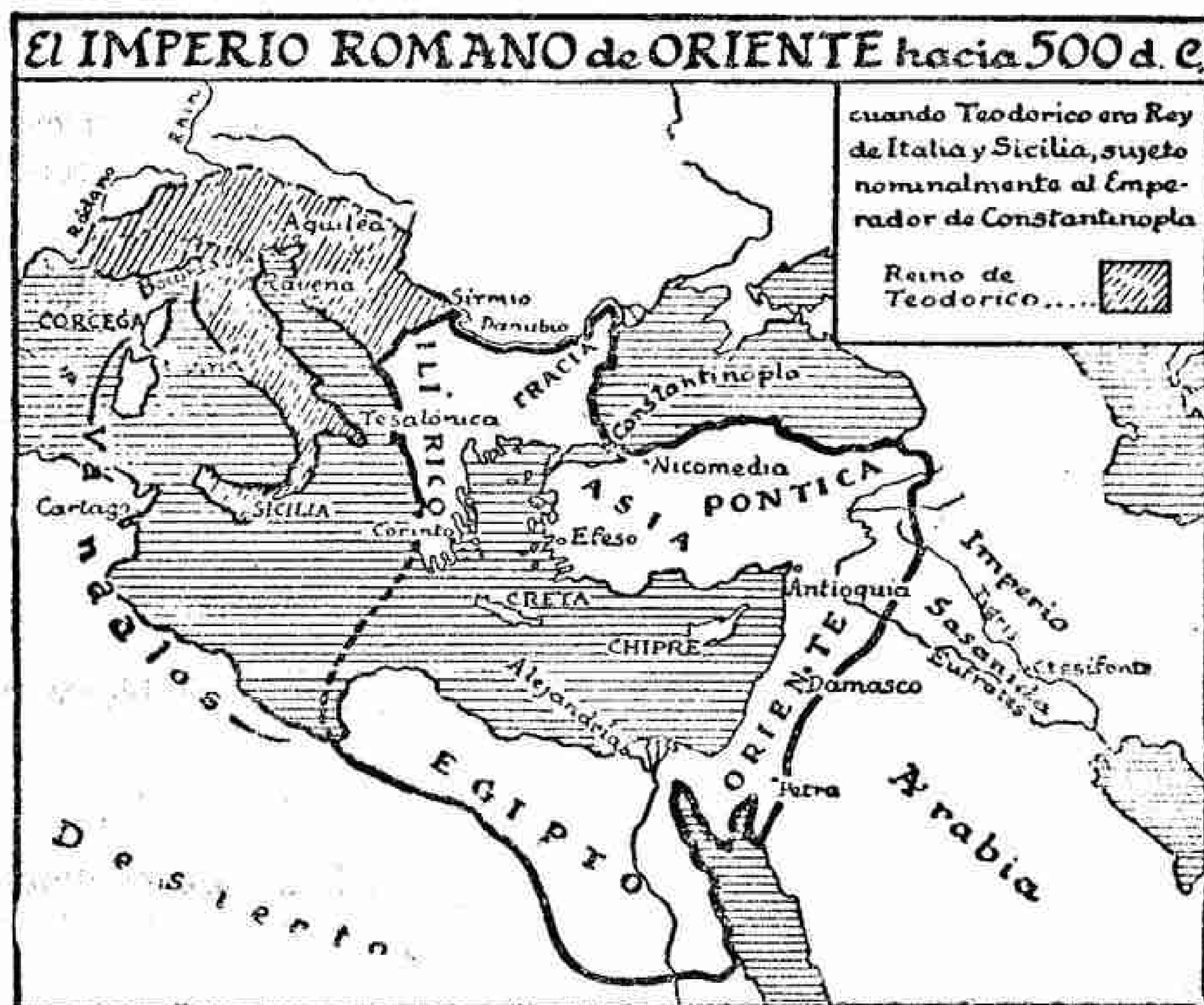
(9) Gibbon.

(10) Gibbon.

bre a quien mérito y fortuna han puesto por encima de él, y se guarde de atentar en secreto, como vil esclavo contra su señor".

Su franca bravata tuvo una abyecta sumisión por respuesta. El emperador imploró perdón y pagó un gran rescate.

En 451, Atila declaró la guerra al imperio occidental e invadió la Galia. Por lo que tocaba a las fuerzas imperiales, en nada



se torció su plan y saqueó muchas ciudades francesas, llegando hasta el Sur de Orleans, entonces, unidos contra él los francos, los visigodos y los imperiales, en una grande y reñida batalla, en Troyes (451), donde hubo 150.000 muertos por ambas partes, le rechazaron, librando a Europa del señorío mongólico. El desastre no agotó, sin embargo, los recursos de Atila. Volvióse hacia el Sur e invadió el Norte de Italia. Incendió a Aquilea y Padua, saqueó a Milán, pero hizo la paz, con intervención del Papa León I. Murió en 453...

En adelante los hunos, por lo que hace a este nombre en Europa, los hunos de Atila, desaparecen de la historia. Se disuelven en las poblaciones que les rodean. Estarían ya, probablemente, muy mezclados, y serían más bien arios que mongoles. No pasaron

a ser como pudiera suponerse pobladores de Hungría, aunque tengan allí muchos probables descendientes.

Unos cien años después, otro pueblo huno, o con mezcla de hunos, el de los ávaros, llegó a Hungría, procedente de Oriente; mas Carlomagno le echó a Oriente otra vez, en 791-5. Los magyares húngaros modernos vinieron más tarde, y eran un pueblo turcofinés.

La lengua magyar pertenece a la sección ugrofinesa de las lenguas uraloaltaicas.

Estaban los magyares en el Volga hacia 550. Se establecieron en Hungría por el 900... Pero nos alejamos mucho en el relato y tenemos que volver a Roma.

En 493, un godo, Teodorico, llegó a ser rey de Roma; mas ya habían transcurrido diez y siete años sin que hubiera emperador.

Así llegó a su fin, en profunda decadencia y ruina social, el enorme ascendiente-universal", esclavizador de los Dioses-Césares y de los ricos hombres de Roma.

§ 6. *El Imperio de Oriente (helénico redivivo)*

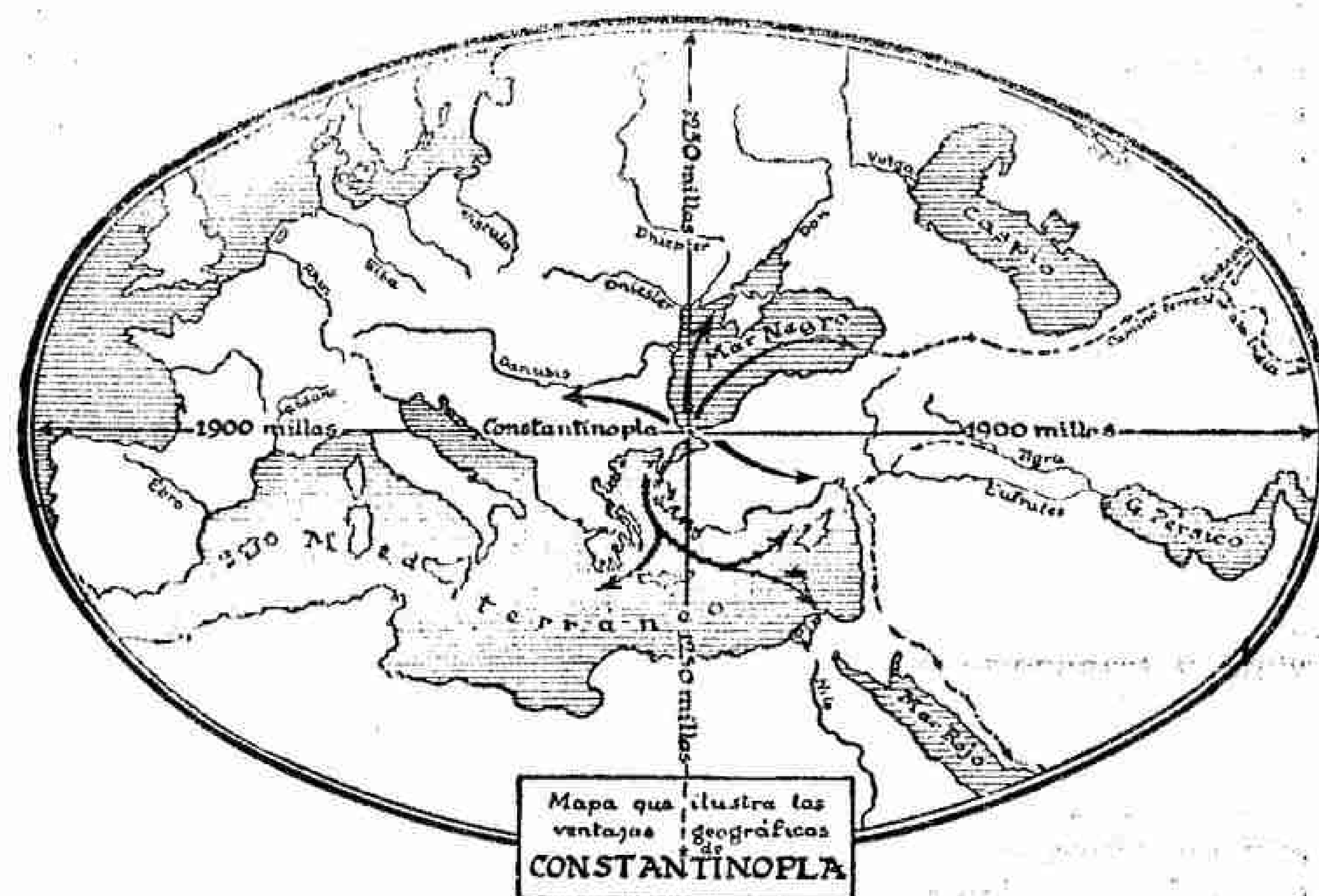
Mas aunque en todo el Occidente europeo y en el Norte de África se hundiera el sistema imperial romano, aunque se desvaneciera el crédito, cesara la producción de lujo y se ocultara la moneda; aunque los acreedores se quedaran sin cobrar y los esclavos sin dueño, la tradición de los Césares había de continuar aún en Constantinopla. Ya hemos tenido ocasión de mencionar a dos figuras sobresalientes entre los últimos Césares: a Diocleciano (284) y a Constantino el Grande (312). A este último se le debe la fundación de un nuevo centro imperial en Constantinopla. Desde muy temprano, en el período imperial, se dejó sentir la posición inadecuada de Roma como capital del mundo, debida al fracaso romano en el dominio del mar. La destrucción de Cartago y Corinto mató la navegación en las principales rutas mediterráneas. Para un pueblo que no hacía el uso debido del mar, el tener su centro administrativo en Roma significaba que cada legión, cada traslado de funcionarios, cada orden, tuviera que subir hacia el Norte, recorriendo media Italia, antes de volverse hacia el Este o el Oeste. En consecuencia, los emperadores más avisados establecieron sus cuarteles generales en centros subordinados de situación más conveniente. Sirmium (sobre el río Save), Milán, Lyon y Nicomedia (en Bitinia) fueron capitales suplementarias. Durante algún tiempo, con Diocleciano, la capital imperial estuvo en Durazzo; Rávena, próxima a la cabecera del Adriático, fué ca-

pital de los últimos emperadores romanos en tiempo de Alarico y Estilicón.

A Constantino el Grande se debe el traslado permanente del centro del poderío imperial al Bósforo. Ya hemos señalado la existencia de la ciudad de Bizancio, elegida por Constantino para transformarla en su nueva capital. Desempeña un papel en la historia del complicado Histieo; rechazó a Filipo de Macedonia. Si el lector examina su posición, verá que en manos de un linaje de emperadores y como centro de un pueblo con cierta solidaridad, espíritu y conocimientos marineros (nada de lo cual le fué concedido) estaba extraordinariamente bien situada. Sus galeras hubieran podido penetrar por los ríos hasta el corazón de Rusia y coger de costado a la barbarie invasora. Dominaba rutas mercantiles practicables hacia Oriente, y tenía a distancia razonable a Mesopotamia, Egipto, Grecia y todas las regiones más prósperas y civilizadas del mundo en aquel período. Y aun bajo el mando de una serie de monarcas ineptos y en condiciones de desmoralización social, los restos del imperio romano, centralizados en Constantinopla se mantuvieron cerca de mil años. Era intención manifiesta de Constantino el Grande que Constantinopla viniera a ser centro de un imperio indiviso. Pero considerando los métodos de viaje y transporte posibles en aquel tiempo, las condiciones geográficas de Europa y del Asia occidental no reclamaban como necesario un centro de gobierno. Si Roma miraba a Occidente y no a Oriente, dejando así de preocuparle cuanto estaba más allá del Eufrates, Constantinopla, por otra parte, se hallaba desesperadamente lejos de la Galia. La debilitada civilización mediterránea, después de luchar un poco por Italia, abandonó todo el Occidente y se reconcentró en donde se hallaban, virtualmente, los vestigios centrales, el tallo del imperio de Alejandro. La lengua griega recuperó su predominio, nunca muy seriamente minado por el empleo oficial del latín. Este imperio "de Oriente" o Bizantino suele considerarse como una continuación de la tradición romana; pero más bien parece, en realidad, que reanuda la de Alejandro.

La lengua latina carecía del vigor intelectual, de la literatura y de la ciencia que la hiciesen necesaria para los hombres inteligentes y le diera un predominio sobre el griego. Ningún idioma, por oficial que sea, puede imponerse en competencia con otro que ofrezca las ventajas de una gran literatura y una información enciclopédica. Las lenguas agresivas han de ofrecer ventajas, y las del griego eran incomparablemente mayores que las del latín. El imperio de Oriente, desde los comienzos de su separación, fué grecoparlante y continuador, aunque algo degenerado, de la tradición helénica. El centro intelectual de ésta no estaba ya en Grecia,

sino en Alejandría. Su mentalidad no era ya la mentalidad de los ciudadanos de pensamiento libre y palabra franca, del estagirita Aristóteles y de Platón; era mentalidad de hombres pedantes y políticamente impotentes; su filosofía era una pomposa evasión de las cosas reales, y su impulso científico estaba muerto. Era, sin embargo, helénico y no latino. Los romanos llegaron y se mar-



Mapa que ilustra las ventajas geográficas de CONSTANTINOPLA

charon otra vez. También habían desaparecido, en gran cantidad, de Occidente. En el siglo IV, la población de Europa y del Norte de Africa se removió como un pozo. Cuando luego, en los siglos VII y VIII, vuelve a posarse y las poblaciones a tomar carácter local definido, sólo se llama romanos a los de la región inmediata a Roma. En grandes extensiones del imperio occidental vemos al latín ya modificado o en vías de modificarse: en Galia, donde los francos aprenden una forma gálica del latín que se desarrollará en el francés; en Italia, donde bajo el influjo de los invasores teutónicos, los lombardos y los godos, va modificándose el latín en varios dialectos itálicos; en España y Portugal, donde va resolviéndose en el español y el portugués. La latinidad fundamental de las lenguas de estas regiones sirve para recordarnos la importancia numérica de los diversos invasores francos, vándalos, ávaros, godos y otros de habla germánica, y para justificar nuestra afirmación de que lo ocurrido con el imperio de Occidente no fué tanto conquista y sustitución de una población por otra, como una revolución política y social. El distrito de Valais, en la Suiza

del Sur, conservó también un habla fundamentalmente latina y lo mismo el cantón de los Grisones; y, lo que es por demás curioso e interesante, en Dacia y Moesia Inferior, amplias extensiones de la región que, al Norte del Danubio, había de venir a ser la Rumania (= Romania) moderna, aunque agregadas al imperio tardíamente y presto perdidas, conservaron asimismo el latín.

En Bretaña, el latín fué virtualmente anulado por los conquistadores anglosajones, entre cuyos varios dialectos creció en seguida el que es raíz del inglés.

Pero aunque la quiebra de la estructura política y social romana fuese tan completa, aunque la arrojara de Oriente la tradición helénica, más antigua y más firme; aunque en Occidente se partiera en fragmentos que iban empezando a tomar vida propia, nueva y separada, algo hubo que no pereció, sino creció, y fué la tradición del Imperio universal de Roma y la supremacía de los Césares. Cuando la realidad se destruye, la leyenda puede extenderse con libertad. Privada de posibilidades de comprobación, la idea de una supremacía romana universal, serena y espléndida surgió en la imaginación de la Humanidad y en ella permanece hasta hoy.

Desde los tiempos de Alejandro, la posible unidad política de la raza ha embargado el pensamiento del hombre. Los robustos jefes, capitanes y reyes bárbaros que cayeron sobre la grandeza, postrada y desordenada, del Imperio decaído, eran capaces de concebir un poderoso rey de reyes mayor que ellos mismos, que proclamara una ley para todos los hombres, y estaban dispuestos a creer que César lo había sido y que estaba en algún lugar del espacio y del tiempo, desde donde podría volver a asumir nuevamente la supremacía. Por encima de todos sus títulos estimaban, pues, y ambicionaban el título de César. La historia internacional de Europa de aquellos tiempos en adelante es en gran parte una relación de reyes y aventureros que aspiran a ser César y emperador. De algunos hablaremos en el lugar correspondiente. Tan universal llegó a ser este "cesarismo", que la Gran Guerra de 1914-18 echó por tierra nada menos que a cuatro Césares: al Kaiser (= Cæsar) alemán, al Kaiser austriaco, al Zar (= Cæsar) de Rusia y a una fantástica figura, al Zar de Bulgaria. El "Imperator" francés (Napoleón III) había caído en 1871. Hoy no queda ya en el mundo quien lleve título imperial en la tradición del Divus Cæsar excepto el monarca inglés, que es llamado César de la India (país que no conoció nunca un César): Kaisar-i-Hind.

XXX

COMIENZOS, ADELANTOS Y DIVISIONES DEL CRISTIANISMO

§ 1. *Judea en la Era cristiana*

ANTES de que nos demos cuenta de las cualidades del Cristianismo, que tan importante papel desempeña en nuestra historia, y que abrió los ojos de los hombres a nuevos aspectos de la posibilidad de un mundo unificado, hemos de retroceder algunos siglos para ver el estado de cosas en Palestina y Siria, países en que surgió el Cristianismo. Dicho queda lo principal acerca de los orígenes de la nación y de la tradición judía, de la Diáspora, de la naturaleza fundamentalmente dispersa del pueblo judío, aun en sus comienzos, y el desenvolvimiento gradual de la idea de un solo Dios justo que rige la tierra y está ligado por una promesa especial a conservar y honrar al pueblo judío. La idea judaica fué y sigue siendo una curiosa combinación de amplitud teológica e intenso patriotismo de raza. Los judíos esperaban un salvador especial, un Mesías, que había de redimir a la Humanidad restaurando gratamente las glorias fabulosas de David y de Salomón, y colocando el mundo entero por fin bajo el talón benévolo, pero firme, de los de su raza. A medida que iba declinando el poder político de los pueblos semitas y Cartago se sumía en tinieblas, como antes Tiro, y España se convertía en provincia romana, aquel sueño fué tomando cuerpo y expansión. Apenas cabe dudar que los fenicios, dispersos por España, África y el Mediterráneo, con un lenguaje muy próximo al que hablaban los hebreos, privados de sus auténticos derechos políticos, fueran prosélitos del judaísmo. En la historia judía alternan las fases de proselitismo vigoroso con las de celo exclusivista. En cierta ocasión, habiendo sido vencidos los idumeos [1], hizoseles judíos a la fuerza. Había en tiempos de Mahoma tribus árabes que eran judías, y hubo en el siglo IX un pueblo turco formado principalmente por judíos en el Sur de Rusia. El judaísmo es, a decir verdad, el ideal político reconstruído de muchos pueblos dispersos, casi todos semitas. Al contingente

[1] Josefo.

fenicio y a la incorporación aramea en Babilonia hay que atribuir la tradición financiera y comercial de los judíos. Pero como resultado de todas estas coaliciones y asimilaciones, en casi todas las ciudades del Imperio romano y fuera de él, en Oriente, comerciaban florecientes comunidades judías, mantenidas en contacto por la Biblia y por una organización religiosa y educativa. La masa principal del judaísmo ni estuvo nunca en Judea, ni de Judea procede.



Es manifiesto que esta serie de comunidades judías tan relacionadas entre sí poseían grandes medios económicos y políticos. Podían reunir sus recursos, excitarse mutuamente, aliarse. Nunca fueron tan abundantes ni tan civilizados como los griegos, más extendidos aún pero tenían tradiciones de mayor solidaridad. Los griegos eran hostiles a los griegos; los judíos favorecían a los judíos. Allí donde llegaba un judío encontrábase con hombres de mente y tradición afines a las suyas; hallaba alojamiento, alimento, d i n e r o a préstamo y apoyo legal. Y por razón de su solidaridad los legisladores tuvieron que contar en todas partes con este pueblo como auxiliar, como fuente de riqueza o como fuente de perturbación. Por esto han subsistido los judíos como pueblo, en tanto que el helenismo ha venido a ser luz universal de la humanidad.

No podemos entrar aquí en detalles acerca de la historia de esa exigua porción del pueblo judío que vivió en Judea. Estos judíos habían vuelto a su situación peligrosa; querían, como quien dice, buscar la paz en una carretera. En el tiempo antiguo se encontraron entre Siria y Asiria por el Norte, y Egipto por el Sur; ahora tenían al Norte a los seleucidas y al Sur a los ptolemidas, y cuando aquéllos desaparecieron los reemplazó el poderío romano. La independencia de Judea fué siempre cosa precaria. Los lectores pueden acudir a las *Antigüedades* y a las *Guerras de los judíos*, de Flavio Josefo, escritor copioso, aburrido y enloquecedoramente patriótico, para conocer la serie de sus gobernantes, de sus sacerdotes monarcas y de los Macabeos, Herodes, etc. Estos gobernantes fueron, en su mayor parte, de tipo oriental corriente, traidores y sanguinarios. Por tres veces fué Jerusalén tomada y por dos destruído el templo. Sólo el apoyo de la Diáspora, mucho más poderosa, pudo evitar que el pequeño país desapareciera por completo hasta el 70 de J. C., en que Tito, hijo adoptivo y sucesor del emperador Vespasiano, tras un asedio que iguala en durezas y horrores a los de Tiro y Cartago, tomó Jerusalén y destruyó la ciudad y el templo. Hízolo con ánimo de destruir el judaísmo; pero, en realidad, consiguió sólo fortificarlo con la destrucción de su único punto sensitivo y vulnerable.

A través de cinco siglos de historia de guerras y conmociones civiles entre la vuelta del cautiverio y la destrucción de Jerusalén, persistieron algunos caracteres constantes de los judíos. Siguieron siendo obstinadamente monoteístas, sin querer más dioses que el único Dios verdadero. En Roma, como en Jerusalén, se pronunciaron varonilmente contra el culto del Dios-César. Y guardaron lo mejor de su habilidad para mantener los pactos con su Dios. En Jerusalén no podían entrar imágenes: los mismos estandartes romanos con sus águilas tenían que quedarse fuera.

Dos direcciones contrarias de pensamiento se registran en los asuntos judíos durante estos quinientos años. A la derecha, por decirlo así, están los judíos, elevados y exigentes; los fariseos, muy ortodoxos, muy puntillosos aun en los mínimos detalles de la ley, intensamente patriotas y exclusivistas. Jerusalén cayó una vez en manos del monarca seleucida Antioco IV porque los judíos no quisieron defenderla en sábado, día en que no está permitido trabajar; y porque los judíos no quisieron hacer en sábado esfuerzo ninguno para destruir su tren de sitio, pudo Pompeyo el Grande tomar a Jerusalén. Pero contra estos judíos de espíritu estrecho estaban los más amplios, los de la izquierda, que eran helenizantes, y entre los que se ha de contar a los saduceos, que no creían en la inmortalidad. Estos últimos, los judíos amplios, mostrábanse mucho menos dispuestos a mezclarse y asimilarse con los pueblos

griegos y helenizados que tenían en derredor. Admitían prosélitos y accedían a compartir su Dios y sus promesas con toda la humanidad. Pero lo que ganaban en generosidad perdíanlo en rectitud. Eran los mundanos de Judea. Ya hemos indicado cómo olvidaron el hebreo y tuvieron que traducir al griego la Biblia los judíos helenizados de Egipto.

En el reinado de Tiberio César, un gran maestro surgió en Judea que venía a librar la intensa comprensión de la justicia y de la irrecusable unidad de Dios, y la obligación moral del hombre para con Dios, que constituía la fuerza del judaísmo ortodoxo, de la estrechez codiciosa y exclusiva con que se confundía tan extraordinariamente en el entendimiento judaico. Era Jesús de Nazareth, semilla, más que fundador, del Cristianismo.

§ 2. *Las predicaciones de Jesús de Nazareth*

El auditorio ante el cual ha de comparecer este libro es en gran parte un auditorio de cristianos, en el que habrá tal vez algunos lectores judíos, y los primeros, por lo menos, verán en Jesús de Nazareth mucho más que un humano maestro, y su aparición en el mundo no como un acontecimiento natural de la historia, sino como algo de categoría sobrenatural que interrumpió y cambió el desarrollo continuo de la vida hacia una conciencia y una voluntad comunes que hemos ido trazando en este libro. Pero esta persuasión, aunque sea la dominante en Europa y América, no es, sin embargo, la persuasión de todos los hombres o de la gran mayoría de la humanidad, y este esquema de la historia de la vida se escribe rehuyendo completamente toda controversia. Intentamos escribir como si este libro hubiera de ser tan leído por indos, musulmanes o budistas, como por americanos y europeos occidentales. Nos atendremos, pues, con todo rigor, a los hechos aparentes, evitando, sin discusión ni negativa, las interpretaciones teológicas que se les haya impuesto. Diremos lo que han creído los hombres acerca de Jesús Nazareno, pero le consideraremos como él se apareció, como un hombre, lo mismo que un pintor necesita pintarle, como a un hombre. Los documentos que dan testimonio de sus actos y enseñanzas los trataremos como a documentos ordinarios. Si la luz de la divinidad brilla en nuestro relato, ni la avivaremos ni la esconderemos. Lo mismo hemos hecho en el caso de Buda, y lo mismo haremos luego en el de Mahoma. Hemos de escribir acerca de Jesús historia y no teología, y nos concierne no ya la significación espiritual y teológica de su vida, sino sus efectos en la vida política y ordinaria del hombre.

Casi todas nuestras fuentes de información acerca de la personalidad de Jesús derívanse de los cuatro evangelios, todos los

cuales existían ya ciertamente a los pocos decenios de su muerte, y de las alusiones a su vida que hay en las cartas (epístolas) de los primeros propagandistas cristianos. Lo tres primeros evangelios, los de Mateo, Marcos y Lucas, suponen muchos que se derivan de documentos anteriores; el de San Juan tiene más idiosincrasia y está coloreado por la teología con un marcado tipo helénico. Los críticos tienden a considerar el evangelio de San Marcos como la reseña más fidedigna acerca de la personalidad y de las palabras efectivas de Jesús. Pero los cuatro coinciden en darnos el retrato de una personalidad muy definida; dan la misma evidencia de realidad que los primeros relatos acerca de Buda. A pesar de las adiciones milagrosas e increíbles, fuerza a decir: "He aquí un hombre. Esta parte del cuento no puede haberse inventado".

Pero así como la personalidad de Gautama Buda ha sido deformada y oscurecida por la tiesa figura agachada, por el ídolo dorado del Budismo posterior, así se advierte que la figura delgada y enérgica de Jesús ha perdido mucha realidad en el convencionalismo impuesto a su figura en el arte cristiano moderno por una reverencia equivocada. Jesús era un maestro pobre que iba errante por el polvoriento y ardoroso país de Judea, sustentándose con donativos casuales de alimento; sin embargo, siempre se le representa limpio, peinado y meloso, con vestiduras inmaculadas, erguido y con algo inmóvil en derredor como si resplandeciera en el aire. Esto sólo le ha hecho irreal e increíble para mucha gente que no distingue lo esencial de la historia de las adiciones ornamentales e indiscretas de los devotos ininteligentes.

Quizá los comienzos de los evangelios sean añadiduras de la misma naturaleza. Las milagrosas circunstancias del nacimiento de Jesús; la gran estrella que condujo a unos sabios de Oriente hasta la cuna de un pesebre, para adorarla; la matanza de los hijos varones en toda la región de Belén, ordenada por Herodes como consecuencia de tales portentos, y la huida a Egipto, todo ello es, en suposición de muchas autoridades, materia añadida. Cuando más, son acontecimientos innecesarios para la enseñanza, a la que quitan mucha fuerza de la que tiene cuando se prescinde de tal acompañamiento. Esto ocurre con las genealogías discrepantes que Mateo y Lucas aceptan, en las que se ve el propósito de buscar la ascendencia directa de José, padre de Jesús, en el rey David, como si fuese un honor para Jesús el tener tal hombre entre sus antepasados. La inserción de estas genealogías es más característica y falta de razón, puesto que, según la leyenda, Jesús no era hijo de José, sino que fué milagrosamente concebido.

Nos queda, si despojamos el relato de dificultades accesorias, la figura de un ser muy humano, muy serio y apasionado, capaz de rápida ira, maestro de doctrina nueva, sencilla y profunda, es

decir, de la Paternidad amorosa y universal de Dios y de la venida del Reino de los Cielos. Era, evidentemente, un ser —para usar una frase común— de intenso magnetismo personal. Atrajo a muchos adeptos y les inculcó el amor y el valor. Los débiles y los dolientes sentíanse animados y sanos en su presencia. Su aspecto físico hubo de ser delicado, por la prontitud con que murió en los dolores de la crucifixión. Es tradición que se desmayó cuando, según costumbre, se le hizo llevar la cruz al lugar de la ejecución. Cuando se dió a conocer como maestro era hombre de unos treinta años. Recorrió el país durante tres, explicando su doctrina; luego fué a Jerusalén y se le acusó de intentar convertir a Judea en un extraño reino: juzgósele sobre este cargo y fué crucificado con dos ladrones. Mucho antes de que estos dos murieran, los sufrimientos de él habían terminado.

Lo cierto es que todo el cuerpo de afirmación teológica que constituye el Cristianismo encuentra escaso apoyo en los evangelios. No hay, el lector puede verlo por sí mismo, afirmación clara y enfática en esos libros de las doctrinas que los maestros cristianos, de cualquier denominación que sean, juzgan por lo general necesarias para la salvación. Es difícil fijar palabras pronunciadas efectivamente por Jesús en las que se afirme como Mesías judaico (traducido al griego por la palabra "Cristo") o como parte de la divinidad, o palabras en que haya explicado la doctrina de la expiación o impuesto sacramento ninguno (es decir, oficio sacerdotal) a sus adeptos. En seguida veremos cómo luego se vió desgarrado el Cristianismo por las disputas acerca de la Trinidad. No hay prueba evidente de que los discípulos de Jesús, oyesen hablar de la Trinidad — y a él, de ningún modo—. La observancia del sábado judío, transferida al domingo mitraico, es rasgo importante de muchos cultos cristianos; pero Jesús quebrantó deliberadamente el sábado, diciendo que el sábado se había hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Ni habló tampoco del culto a María, su madre, a manera de Isis, Reina de los Cielos. Desconoció lo más característicamente cristiano en el culto y en las ceremonias. Algunos escritores escépticos han llegado a la temeridad de negar a Jesús aun el nombre de cristiano. Para llenar las extraordinarias lagunas de su enseñanza, cada lector debe dirigirse a sus propios guías religiosos. Aquí tenemos que indicar esas lagunas, a causa de las dificultades y controversias que suscitaron, y nos vemos también obligados a no extendernos más acerca de ellos.

Muy notable es también la preeminencia enorme dada por Jesús a la enseñanza de lo que él llamó Reino de los Cielos y su relativa insignificancia en los procedimientos y enseñanzas de la mayor parte de las iglesias cristianas.

La doctrina del Reino Celestial, que fué la primordial enseñanza de Jesús, y que tan escaso papel desempeña en los credos cristianos, es ciertamente una de las doctrinas más revolucionarias que conmovieron y transformaron jamás el pensamiento humano. No es maravilla que el mundo de entonces no aprehendiera su pleno significado y retrocediera con desaliento ante una comprensión parcial del tremendo desafío que lanzaba a las costumbres e instituciones admitidas de la humanidad. No es maravilla que el converso y el discípulo, vacilantes, volviesen pronto a las antiguas ideas familiares de templo y altar, de una divinidad feroz y de una observancia propiciatoria, de un sacerdocio consagrado y de una bendición mágica, y —una vez atendido esto— tornaran a la grata vida habitual de odios y provechos, competencias y orgullo. Porque la doctrina del Reino Celestial, como Jesús parece haberla predicado, era nada menos que una osada e incondicional demanda de un cambio y purificación completa de la vida de nuestra raza militante, una purificación extremada, por fuera y por dentro. En los evangelios puede hallar el lector cuanto se ha conservado de tan tremenda enseñanza: aquí sólo nos concierne la vibración de su golpe al dar en las ideas establecidas.

Los judíos estaban persuadidos de que Dios, el único Dios del mundo entero, era un dios justo, pero también le consideraban como un Dios de transacciones que había hecho con su padre Abraham un pacto que les concernía, negocio muy bueno en verdad para ellos: el de darles el predominio en la tierra. Con desaliento y cólera oyeron a Jesús desvanecer tan gratas seguridades. Dios, decía, no es negociante; no hay pueblo escogido ni favoritos en el Reino Celestial. Dios es padre amante de toda vida, tan incapaz de mostrarse parcial como el sol en el universo. Y todos los hombres son hermanos —los pecadores y los hijos amados, todos por igual— hijos del divino padre. En la parábola del Buen Samaritano. Jesús afeó la natural tendencia a que todos obedecemos de glorificar a nuestro pueblo y menospreciar la justicia de otros credos y otras razas. En la parábola de los labradores desechó la obstinada pretensión de los judíos que blasonaban de tener derecho preferente a Dios. A todos los que Dios lleva a su reino, decía, les sirve de igual modo: no hay distinciones en su trato, porque no hay medida en su bondad. A todos, sin embargo, como lo muestra la parábola del talento enterrado, y lo confirma el incidente del óbolo de la viuda, les pide lo más que puedan dar. En el Reino Celestial no hay privilegios, rebajas ni excusas.

Pero no sólo afrentó Jesús al intenso patriotismo de tribu de los judíos. Había en ellos intensa lealtad familiar, y él pretendía arrebatar todos los estrechos y restrictivos lazos familiares en el magno torrente del amor de Dios. El Reino Celestial entero ha-

bía de ser la familia de los que le siguieran. "Y estando él aún hablando a las gentes, he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, que le querían hablar. Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos, están fuera, que te quieren hablar. Y respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: "He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre" (2).

Y no sólo hirió Jesús el patriotismo y los lazos de lealtad familiar en nombre de la paternidad universal de Dios y de la fraternidad de todos los hombres, sino que condenó claramente todas las gradaciones del sistema económico, toda riqueza privada y ventaja personal. Todos pertenecen al reino; cuanto poseen, al reino le pertenece; la vida justa para todos los hombres, la única vida justa, es el servicio de la voluntad de Dios con cuanto tenemos y cuanto somos. Una y otra vez denunció a los ricos particulares y la reserva de toda vida privada.

"Y saliendo él para ir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me dices bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto he guardado desde mi mocedad. Entonces Jesús, mirándole, amóle, y díjole: Una cosa te falta; vé, vende todo lo que tienes, y da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Mas él, entristecido por esta palabra, se fué triste, porque tenía muchas posesiones.

"Entonces Jesús, mirando alrededor, dice a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Y los discípulos se espantaron de sus palabras; mas Jesús, respondiendo, les volvió a decir: ¡Hijos, cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que tienen riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el reino de Dios" (2). Además, en la tremenda profecía del reino que haría a todos los hombres uno solo en Dios, Jesús mostró escasa paciencia ante la rectitud regateadora de la religión formal. Otra parte muy amplia de sus dichos conservados, va en contra de la meticulosa observancia de las reglas en la carrera piadosa. "Y se juntaron a él los Fariseos, y algunos de los escribas, que

(2) Mateo, XII, 46-50.
(2) Marcos, X, 17-25.

habían venido de Jerusalén; los cuales, viendo a algunos de sus discípulos comer pan con manos comunes, es a saber, no lavadas, los condenaban. Porque los Fariseos y todos los Judíos, teniendo la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavaren, no comen. Y otras muchas cosas hay, que tomaron para guardar, como las lavaduras de los vasos de beber, y de los jarros, y de los vasos de metal, y de los lechos. Y le preguntaron los Fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos comunes? Y respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

"Este pueblo con los labios me honra,
"mas su corazón lejos está de mí.
"Y en vano me honran,
"enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.

"Porque dejando el mandamiento de Dios, tenéis la tradición de los hombres, las lavaduras de los jarros y de los vasos de beber, y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición" (3).

Hemos de advertir también otros veinte lugares en que hace mofa de esa virtud tan acariciada por los formalistas de la observancia del sábado.

No sólo proclamaba Jesús una revolución moral y social; claro resulta de una porción de indicaciones que su enseñanza tenía evidente inclinación política. Cierto que dijo que su reino no es de este mundo, que está en los corazones de los hombres y no en su trono; pero es igualmente claro que en cualquier parte y medida que se asiente su reino en los corazones de los hombres, el mundo exterior quedará en la misma medida revuelto y renovado.

Ya pudieron sus oyentes, mostrándose sordos y ciegos, perder en parte sus palabras; no se les escapó ciertamente su propósito de revolucionar el mundo. Algunas preguntas hechas a Jesús y sus contestaciones nos permiten calcular el alcance de mucha parte de sus enseñanzas que no se conserva. Lo directo de su tendencia política aparece manifiesto en incidentes como el de la moneda:

"Y envían a él algunos de los Fariseos y de los Herodianos para que le sorprendiesen en alguna palabra. Y viniendo ellos, le dicen: Maestro, sabemos que eres hombre de verdad y que no te

(3) Marcos, VII, 1-9.

cuidas de nadie; porque no miras a la apariencia de hombres, antes con verdad enseñas el camino de Dios: ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos o no daremos? Entonces él, como entendía la hipocresía de ellos, les dijo: "¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. Y ellos se la trajeron, y les dice: ¿Cuya es esta imagen y esta inscripción? Y ellos le dijeron: De César. Y respondiendo Jesús, les dijo: "Dad lo que es de César, a César; y lo que es de Dios, a Dios" [4]. Con lo cual, en vista de todas sus enseñanzas, era muy poco lo que de un hombre y de su propiedad le dejaba al César.

El tono dominante en la oposición contra él y las circunstancias de su juicio y ejecución hacen ver con claridad que sus contemporáneos creyeron que les proponía sencillamente, y sencillamente se lo propuso, cambiar, fundir y ensanchar toda la vida humana. Pero ni aun sus discípulos se dieron cuenta del profundo y amplio significado de propuesta semejante. Dominábales el antiguo ensueño judaico de un rey, de un Mesías que derribara a los helenizados Herodes y al señorío romano, y restaurara las decaídas glorias de David, y no tuvieron en cuenta lo substancial de sus enseñanzas, aunque eran sencillas y directas; evidentemente pensaron que eran el camino misterioso y singular de correr la aventura que había de ponerle al cabo en el trono de Jerusalén. Creyéronle únicamente un rey más, en la inacabable sucesión de sus reyes; pero rey de especie cuasi mágica, que hacía cuasi mágica profesión de una imposible virtud.

"Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se llegaron a él, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos. Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y ellos le dijeron: Danos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu diestra, y el otro a tu siniestra. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados del bautismo de que yo soy bautizado? Y ellos dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis; y del bautismo de que yo soy bautizado, seréis bautizados: mas que os sentéis a mi diestra y a mi siniestra, no es mío darlo, sino a quienes está aparejado. Y como lo oyeran los diez, comenzaron a enojarse de Jacobo y de Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dice: Sabéis que los que se ven ser príncipes entre las gentes, se enseñorean de ellas; y los que entre ellas son grandes, tienen sobre ellas potestad. Mas no será así entre vosotros: antes cualquiera que quisiere hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y cualquiera de vosotros que quisiese hacerse el primero, será

[4] Marcos, XII, 13-17.

siervo de todos. Porque el hijo del hombre tampoco vino para ser servido, más para servir, y dar su vida en rescate por muchos" [5].

Menguado consuelo era éste para los que buscaban el premio debido a sus servicios y a las penalidades sufridas al seguirle. No podían dar crédito a esta áspera doctrina de un reino de servidumbre como premio grande y excesivo. Aun después de que murió en la cruz, vueltos del primer desmayo, tornaban a la creencia de que, con todo, seguía él la corriente de pompas y privilegios del mundo antiguo, y que en seguida, por un asombroso milagro, saldría de la muerte y vendría a ocupar su trono en Jerusalén con el más alto esplendor y gracia. Pensaban que su vida era una estratagema, y su muerte, un ardid.

Era demasiado grande para sus discípulos. Y en vista de lo que abiertamente decía, ¿es de maravillar que todos los ricos y prósperos sintieran en sus enseñanzas el horror de unas cosas extrañas, el vértigo del mundo en que vivían? Quizá los sacerdotes, los gobernantes y los ricos le entendieran mejor que sus adeptos. Iba él sacando a rastras todas las menudas reservas privadas que ellos hicieron en el servicio social a la luz de una vida religiosa universal. Era como un terrible cazador moral, que sacaba a la humanidad de la cómoda madriguera en que hasta entonces había vivido. En el blanco resplandor de su reino, la propiedad, el privilegio, el orgullo, la preferencia no existían; ni motivo, ni premio ninguno, sino amor sólo. ¿Es de maravillar que los hombres se deslumbraran, se cegaran y clamaran contra él? Sus mismos discípulos clamaron cuando él les puso la luz delante. ¿Es de maravillar que los sacerdotes se diesen cuenta de que entre aquel hombre y ellos no había elección, de que él o los sacerdotes tenían que perecer? ¿Es de maravillar que los soldados romanos, al ver ante sí, con asombro, algo superior a sus alcances y amenazador para su disciplina, se acogieran a unas locas risotadas y le coronaran de espinas, le vistieran de púrpura y le convirtieran en un César irrisorio? Porque tomarle en serio era entrar en una vida extraña y alarmante, abandonar hábitos, sujetar instintos e impulsos, pretender una felicidad increíble...

¿Es de maravillar que, aun en estos días, aquel Galileo sea demasiado para nuestros flacos corazones?

§ 3. *Las nuevas religiones universales*

Adviértase, sin embargo, que, mientras en las enseñanzas reales de Jesús había mucha parte que un rico, un sacerdote, un comerciante, un dignatario imperial o un respetable ciudadano

[5] Marcos, X, 35-45.

cualquiera no podían aceptar sin los más revolucionarios cambios en su manera de vivir, nada había en ellas que no pudiese recibir muy gustoso un adepto de las enseñanzas efectivas de Gautama Sakya, nada que privase de ser nazareno a un budista primitivo, y nada que impidiese a un discípulo personal de Jesús aceptar todas las enseñanzas de Buda que han llegado hasta nosotros.

Téngase en cuenta también este extracto de los escritos de Mo Ti, chino que vivió por el siglo IV antes de J. C., cuando las doctrinas de Confusio y Lao Tse prevalecían en China, antes de que llegara a aquel país el budismo, y nótese cuán "nazareno" resulta:

"Los ataques mutuos de clase a clase; las usurpaciones mutuas de familia a familia; los robos mutuos de hombre a hombre; la falta de condescendencia por parte del soberano y de lealtad por parte del ministro; la falta de ternura y afecto filial entre padre e hijo: estas cosas y otras cosas como éstas, son injuriosas para el imperio. Todo se origina en la falta de mutuo amor. Si esta sola virtud llegara a hacerse universal, los príncipes se amarían entre sí y no habría campos de batalla; los jefes de familia no intentarían usurpación ninguna; los hombres no cometerían hurtos; los gobernantes y ministros serían condescendientes y leales; los padres y los hijos se guardarían amabilidad y respeto; los hermanos estarían en armonía y prontos a reconciliación. Amándose los unos a los otros, los hombres en general, el fuerte no convertiría al débil en presa suya; los más no despojarían a los menos; el rico no insultaría al pobre; el noble no se mostraría insolente con el mezquino, y el engañoso no se impondría al simple" (6).

Esto es extraordinariamente semejante a la enseñanza de Jesús de Nazareth, puesta en términos políticos. Los pensamientos de Mo Ti llegaban cerca del Reino Celestial.

La identidad esencial es el más importante aspecto histórico de estas religiones universales. Fueron en sus principios muy distintas de los cultos de sacerdote, altar y templo, establecidos para adoración de los definidos dioses finitos que tan grande y substancial papel desempeñan en las primeras etapas del desenvolvimiento humano, entre 15000 y 600 antes de J. C.

Estas nuevas religiones universales, de 600 en adelante, fueron esencialmente religiones del corazón y del firmamento universal. Borraron del todo aquellos diversos y limitados dioses que fueron bastantes para las necesidades humanas cuando la esperanza y el temor mantenían unidas a las primeras comunidades.

(6) Hirth: *The Ancient History of China*, Cap. VIII.

Y en seguida, cuando hablemos del Islam, encontraremos por tercera vez la misma doctrina fundamental nueva de la necesidad de una devoción universal de todos los hombres a una sola Voluntad. Precavido ante la experiencia del cristianismo, Mahoma insistió con empeño en la afirmación de que él no era más que un hombre, librando así a su enseñanza de muchas corrupciones y representaciones equívocas.

Hablamos de estas grandes religiones de la humanidad que surgieron entre la conquista persa de Babilonia y la caída del Imperio romano, como de religiones rivales; pero son sus defectos, sus acumulaciones y excrecencias, sus diferencias de lenguaje y de frase, la causa de rivalidad; y no hemos de aspirar a que la una domine a la otra o a la nueva variante que la sustituya, sino a que la pura verdad de cada una, cuando arda libre de su escoria y haga manifiesta la verdad misma; es decir, que los corazones de los hombres, y con ellos todas las vidas e instituciones humanas, se sometan a una Voluntad común por la que todas se rijan (7).

Y aunque es mucho lo que neciamente se ha escrito acerca del antagonismo entre la ciencia y la religión, tal antagonismo, en verdad, no existe. Lo que todas estas religiones universales declaran por inspiración y perspicacia, la historia, conforme va aclarándose, y la ciencia, a medida que su alcance se extiende, explican en hechos razonados y demostrables que los hombres constituyen una hermandad universal, que proceden de un origen común, que sus vidas individuales, sus naciones y razas, se cruzan y enlazan y van a unirse de nuevo, por fin, en un común destino humano en este pequeño planeta rodeado de astros. Y el psicólogo puede alzarse junto al predicador y asegurarnos que no hay paz razonada del corazón, equilibrio ni seguridad de alma, mientras el hombre no los encuentra al perder la vida, y educa y disciplina sus intereses y voluntad por encima de codicias, rivalidades, temores, instintos y afectos estrechos. La historia de nuestra raza y de nuestra experiencia religiosa personal corren tan paralelas, que a un observador moderno le parecen una cosa misma: las dos hablan de un ser desorientado en un principio, ciego, en la más extrema confusión, que va encontrando poco a poco el camino de la serenidad y la salvación en un propósito ordenado y coherente. Este es, en su mayor simplicidad, el esquema de la historia; ya tenga uno su propósito religioso, ya lo niegue, las líneas generales siguen siendo las mismas.

(7) "San Pablo comprendió lo que muchos cristianos jamás alcanzan, esto es, que el Evangelio de Cristo no es *una* religión, sino la religión misma en su más universal y profundo significado". — Dean Inge, en *Outspoken Essays*.

§ 4. *La crucifixión de Jesús de Nazareth*

En el año 30 de J. C., cuando el segundo emperador, Tiberio, lo era de Roma, y Poncio Pilato procurador de Judea, poco antes de la Fiesta de Pascua, entró Jesús Nazareno en Jerusalén. Era, probablemente, la vez primera que allí iba. Antes había predicado, por lo general, en Galilea, y casi siempre por las cercanías de la ciudad de Cafarnaum, en cuya sinagoga también predicó.

La entrada en Jerusalén fué un triunfo pacífico. Había hecho muchos adeptos en Galilea —donde a veces tuvo que predicar en el Lago, desde una barca: tales eran las apreturas de la muchedumbre en la orilla— y su fama le había precedido en la capital. Una gran multitud salió a recibirle. Es evidente que no se daban cuenta del alcance de su enseñanza y compartían la persuasión general de que, por quién sabe qué mágica justicia, iba a derribar el orden establecido. Entró en la ciudad a lomo de un asno que le prestaron sus discípulos. La muchedumbre le acompañó con gritos de triunfo y clamores de "Hosanna", exclamación de regocijo.

Llegó al templo. En sus patios exteriores acumulábanse las mesas de los que cambiaban moneda y los puestos de los que vendían palomas para que las soltaran los piadosos visitantes del templo. Jesús arrojó a aquellos mercaderes de la religión, derribando las mesas. Este fué casi su único acto de gobierno positivo.

Luego, por una semana, predicó en Jerusalén rodeado por una muchedumbre de adeptos que dificultaban su detención por las autoridades. Todos los funcionarios oficiales se reunieron en contra de aquel intruso asombroso. Uno de los discípulos, Judas, desanimado y desconcertado a causa de la aparente falta de efectividad de esta toma de Jerusalén, se acercó a los sacerdotes judíos a darles su parecer y ayuda para la detención de Jesús. Pagáronle el servicio con treinta monedas de plata. El gran sacerdote y los judíos en general tenían muchas razones para desmayar ante aquella mansa insurrección que iba llenando las calles de muchedumbre excitada; por ejemplo, los romanos podían no darse cuenta de su sentido o aprovecharse de la ocasión para causar daño al pueblo judaico. En consecuencia, el sumo sacerdote Caifás, anhelante de mostrar su lealtad al señorío romano, dirigió el procedimiento contra el Mesías inerme, y los sacerdotes y el populacho ortodoxo de Jerusalén hicieron de acusadores.

Cómo se le apresó en el huerto de Gethsemani; cómo fué juzgado y sentenciado por Poncio Pilato, procurador romano; cómo hicieron de él befa y escarnio los soldados de Roma y le cru-

cificaron en la colina llamada Gólgota, los Evangelios lo cuentan con sencillez y dignidad insuperables.

La revolución fracasó por completo. Los discípulos de Jesús, unánimes, le abandonaron, y como a Pedro le señalaran por uno de ellos, exclamó: "No le conozco". No se prometían tal fin al entrar triunfales en Jerusalén. Unas cuantas mujeres y amigos cercanos velaron sólo a Jesús en sus últimas horas de dolor, angustia y sed, pasadas en la cruz. Hacia el final del largo día de sufrimiento, el adalid abandonado se irguió en supremo esfuerzo y clamó con fuerte voz: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me abandonaste?"; y dejando a los tiempos la resonancia de estas palabras, de sentido siempre oscuro para los fieles, murió.

Era inevitable que los meros creyentes intentaran agrandar los duros terrores de esta tragedia con absurdas historias de perturbaciones físicas, semejantes a las que se inventaron para acentuar la conversión de Gautama. Nos dicen que densas tinieblas envolvieron la tierra y que el velo del templo se rasgó; pero si esto ocurrió efectivamente, no causó, por entonces, el menor efecto en la mente de los de Jerusalén. Es difícil creer hoy que el orden natural condescendiera en tales momentos, faltos de sentido. Mucho más tremenda suposición es la de un mundo indiferente, al parecer, a las tres cruces que se alzaban en la luz roja del ocaso y al breve grupo de acompañantes desolados y perplejos. La oscuridad cerraba sobre la colina; la ciudad distante se entregaba a los preparativos de la Pascua; nadie apenas, salvo aquel manojo doliente que volvía a su casa, pensaba ya si Jesús de Nazareth vivía aún o estaba ya muerto...

Las almas de los discípulos quedaron sumergidas durante algún tiempo en la mayor oscuridad. Luego empezaron a oir en derredor cuchicheos y relatos casi todos discrepantes, según los cuales el cuerpo de Jesús no estaba en el sepulcro donde le habían puesto, y le habían visto vivo, hoy éste, mañana aquél. Pronto se consolaron en la convicción de que había resucitado, de que se había mostrado a muchos y ascendido visiblemente a los cielos. Encontráronse testigos que declararon haberle visto positivamente ascender, en cuerpo visible. Había subido al cielo —a Dios—. Pronto se convencieron de que no tardaría en volver, triunfante y glorioso, a ser juez de la humanidad. No pasaría mucho tiempo —decían— sin que volviera, y en tan brillante renacer de su antiguo sueño, de un esplendor afirmativo y temporal, olvidáronse de la gran enseñanza, de la gigantesca enseñanza que les había dejado, del reino celestial.

§ 5. *Doctrinas agregadas a las predicaciones de Jesús*

La historia de los comienzos del cristianismo, es la de una pugna entre las verdaderas enseñanzas y el espíritu de Jesús de Nazareth y las limitaciones, amplificaciones y conceptos erróneos de los hombres de humildísima extracción que le amaron y acompañaron desde Galilea, y vinieron luego a ser depositarios y custodios de su mensaje a la humanidad. Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles ofrecen un remendado y desigual relato; pero no cabe discutir mucho lo que al fin y al cabo es una honrada reseña de aquellos días primitivos.

Los primitivos nazarenos, como se llamaba a los adeptos de Jesús, ofrecen desde el primer instante un espectáculo de gran confusión entre estas dos orillas: de un lado, la enseñanza; de otro, las glosas e interpretaciones de los discípulos. Por algún tiempo observaron la disciplina de la completa sumisión; tenían sus bienes en común y por único lazo el amor. Edificaron, no obstante, su fe, sobre lo que se contaba de la resurrección, de la ascensión mágica y del retorno prometido. Pocos se dieron cuenta de que la renuncia de sí mismo lleva en sí su premio, que es ya el reino celestial; la consideraban como un sacrificio que les hacía merecedores de una compensación en poder y dominio cuando el retorno se verificara. Habían identificado a Jesús con el Cristo prometido, con el Mesías tanto tiempo esperado por el pueblo judío. Hallaron profecías de la crucifixión en los profetas, y sobre ellas insiste particularmente el Evangelio de Mateo. Vivificada por tales esperanzas, reforzada por las vidas dulces y puras de muchos creyentes, la doctrina nazarena comenzó a extenderse con gran rapidez por Judea y Siria.

Pronto surgió un segundo maestro, a quien muchos autores modernos consideran como verdadero fundador del cristianismo, Saulo, o Pablo, de Tarso. Al parecer, Saulo era su nombre judío correspondiente al romano de Pablo; era ciudadano romano, hombre de educación mucho más amplia y de intelectualidad mucho más estrecha de lo que Jesús parece haber sido. Era tal vez judío de nacimiento, aunque algunos escritores judíos lo niegan, y ciertamente había estudiado con maestros judíos. Pero estaba muy versado en la teología helénica de Alejandría y su habla era griega. No faltan eruditos en estudios clásicos que tengan por deficiente su griego; no empleó el de Atenas, sino el de Alejandría; pero lo manejaba con fuerza y soltura [8]. Era teorizante y maestro de religión mucho antes de que oyera hablar de Jesús de Nazareth, y en la narración del Nuevo Testamento se le muestra al principio como crítico acre y adversario de los nazarenos.

(8) El griego de Pablo es excelente. Aféctanlo la jerga filosófica de las escuelas helenísticas y la del estoicismo. Pero su dominio de la expresión sublime es asombroso. — G. M.

El autor de este libro no ha podido encontrar discusión ninguna de las ideas religiosas de Pablo antes de que se hiciera adepto de Jesús. Hubieron de ser base, si no más, en que tomaran pie sus nuevas opiniones, y su fraseología vendría, ciertamente, a dar color a sus nuevas doctrinas. Igualmente a oscuras estamos en cuanto a las enseñanzas de Gamaliel, como se llama al maestro judío de quien oyó lecciones; y tampoco sabemos qué enseñanzas de la gentilidad escucharía. Es muy probable que influyera en él el mitraísmo. Algunas expresiones suyas tienen curioso cariz mitraico. Lo que está claro para todo el que lea sus diversas epístolas, juntamente con los Evangelios, es que su pensamiento estaba saturado por una idea que no suele aparecer con mucho relieve en los dichos y enseñanzas de Jesús que se recuerdan: la idea de un ser ofrecido en sacrificio a Dios como redención del pecado. Jesús predicó el renacimiento del alma humana; Pablo, la antigua religión de sacerdote y altar y derramamiento propiciatorio de sangre; Jesús era, para él, el cordero pascual, la tradicional víctima humana sin mancha ni vituperio que pesa sobre todas las religiones de los pueblos de raza morena. Pablo se acercó a los nazarenos con fuerza irresistible, porque les llevaba una explicación completamente satisfactoria del desastre de la crucifixión. Aclarábales con brillantez lo que les había dejado perplejos.

Pablo no vió nunca a Jesús. Su conocimiento de él y de sus enseñanzas derivóse, a lo que parece, de lo que pudo oír a los discípulos directos. Claro está que recogió mucho del espíritu de Jesús y de su doctrina de un nuevo nacimiento; pero con ello construyó un sistema teológico, muy sutil e ingenioso, que tiene para hoy un atractivo principalmente intelectual. Y claro está que la fe de los nazarenos, que encontró como doctrina de motivo y método de vida, la transformó él en doctrina de *creencia*. Encontró en los nazarenos espíritu y esperanza, y los dejó cristianos con el principio de un credo.

Para conocer la misión y enseñanzas de Pablo, remitimos al lector a los Hechos de los Apóstoles y a las Epístolas que él escribió. Era hombre de enorme energía, y enseñó en Jerusalén, Antioquía, Atenas, Corinto, Efeso y Roma.

Es posible que estuviera en España. No se sabe con certeza cómo murió; pero se dice que le dieron muerte en Roma, en el reinado de Nerón. Un gran incendio destruyó parte de la ciudad, y se acusó a la nueva secta de haberlo causado. El rápido desarrollo del cristianismo debe, seguramente, más a Pablo que a otro hombre cualquiera, considerado como individuo. En dos decenios, des-

de la crucifixión, la religión nueva atraía ya la atención de los gobernadores romanos en varias provincias. Si en manos de San Pablo se hizo teológica, mucho quedaba en ella aún de la cualidad revolucionaria y elemental de las enseñanzas de Jesús. Se había hecho algo más tolerante con la propiedad privada; admitía ricos adeptos sin poner empeño en que hicieran comunes sus riquezas, y San Pablo condenó la institución de la esclavitud ("Esclavos, sed obedientes a vuestros amos"); pero hizo frente con dureza a ciertas instituciones fundamentales del mundo romano. No toleró la divinidad de César; ni aun con la actitud muda ante el altar consentían los romanos en rendir culto al emperador, aunque les fuese en ello la vida. Declaróse contra los espectáculos de gladiadores. Inerme, pero con enorme fuerza de resistencia pasiva, el cristianismo aparecióse en sus comienzos claramente como una rebelión, que se resistía a las esencias políticas, ya que no a las económicas, del sistema imperial. La primera noticia del cristianismo en documentos no cristianos, la encontramos en los perplejos empleados de Roma cuando empiezan a escribirse unos a otros y cambiar opiniones acerca del raro problema que se presentaba con la infecciosa rebeldía de unas, por otra parte, inofensivas gentes.

Gran parte de la historia de los cristianos, en los dos primeros siglos de nuestra era, es muy oscura. Extendiéronse mucho por la tierra; pero es muy poco lo que conocemos de sus ideas, ceremonias y métodos durante aquel tiempo. No tenían aún credos definidos, y apenas cabe dudar que hubiese importantes variaciones locales en sus creencias y disciplinas durante aquel período informe. Pero sean cuales fuesen sus diferencias locales, en todas partes persistió lo más del espíritu de Jesús; y aunque por todas partes suscitaron agria enemistad y activas propagandas en contra, los mismos cargos que contra ellos se lanzaban demuestran la bondad general de su vida.

Durante este tiempo indefinido parece que hubo una especie de teocracia, en escala muy considerable, entre el culto cristiano, el mitraico, casi igualmente popular y extendido, y el de Sérapis-Isis-Horus. Del primero, parece que los cristianos adoptaron el domingo como principal día de cultos, en vez del sábado judaico; el empleo abundante de cirios en las ceremonias religiosas; la leyenda de la adoración de los pastores y probablemente, además, ideas y frases, tan distintivas aún hoy, de determinadas sectas, como la de estar "bañados en la sangre" de Cristo, y la de que Cristo es sacrificio cruento. Porque hemos de recordar que la muerte en la cruz apenas es más sangrienta que la muerte en la horca; el decir que Jesús derramó su sangre por la humanidad, es realmente una expresión inexacta. Aun cuando recordemos que fué azotado, que ciñó corona de espinas y que le hirió una lanza, estamos aún muy

lejos de la "fuente llena de sangre". Pero el mitraísmo se concentraba en misterios hoy olvidados acerca de Mitra sacrificando un toro sagrado y benévolo; en todos los altares mitraicos se ostentó, a lo que parece, una efigie de Mitra sacrificando el toro, que sangra copiosamente de una herida hecha en el costado, y de su sangre brota una nueva vida. El sectario mitraísta bañábase, en efecto, en la sangre del toro sacrificado, y con ello "volvía a nacer". En la iniciación situábase junto al banco en que se sacrificaba el toro, y la sangre caía sobre él.

La contribución del culto alejandrino al pensamiento y prácticas del cristianismo fueron aún más considerables. En la personalidad de Horus, que era a la vez hijo de Sérapis y uno con Sérapis, era natural que los cristianos encontraran analogía esclarecedora en sus luchas con los misterios paulinos. De esto a la identificación de María con Isis y su elevación a un rango cuasi-divino —a pesar de las palabras de Jesús referentes a su madre y sus hermanos, que dejamos citadas ya—, el paso hubo de ser naturalísimo. Igualmente lo fué para el cristianismo el apropiarse, de manera casi insensible, los métodos prácticos de las religiones populares del tiempo. Sus sacerdotes adoptaron la tonsura y las vestiduras características de los sacerdotes egipcios, porque con ellas se distinguía al punto a un sacerdote. A una adquisición seguía otra. Casi insensiblemente la enseñanza, revolucionaria en sus orígenes, fué quedando sumergida entre las adaptaciones tradicionales. Ya hemos intentado pensar en Gautama Buda al volver al Tibet, y su asombro ante el culto de su propia imagen en Lhassa. Pensemos ahora en el asombro que tendría un nazareno serio, que hubiese conocido y seguido al polvoriento y fatigado Maestro bajo el árido sol de Galilea, si volviese de pronto al mundo y presenciara, por ejemplo, una misa en San Pedro de Roma y supiese que la hostia consagrada en el altar no era sino su Maestro crucificado.

La religión, en una comunidad universal, no es muchas veces, sino una sola, y era inevitable que toda fe religiosa viva en el mundo de entonces, y toda filosofía y pensamiento religioso que entrara en contacto con el cristianismo, se comunicaran con él, cambiando frases e ideas. Las esperanzas de los nazarenos primitivos habían identificado a Jesús con el Cristo; el entendimiento brillante de Pablo rodeó de significación mística su carrera. Había llamado Jesús a hombres y mujeres para una empresa gigante, para la renuncia de sí mismo, para el nuevo nacimiento en el reino del amor. La línea de menor resistencia para el converso lánguido consistía en intelectualizar por su parte, sacándola de esta simple doctrina, aquella sólida proposición en teorías y ceremonias complicadas que sólo le dejaran su esencia. Es mucho más fácil rociarse de sangre, que desprenderse de malicias y rivalidades: consumir

pan y vino, y pretender que se absorbe divinidad; consagrar unos cirios y no el corazón; afeitarse la cabeza y mantener dentro de ella los secretos propósitos. De toda esta filosofía evasiva, de todo este material teológico estaba lleno el mundo en los siglos iniciales de la Era Cristiana. No nos cumple insistir aquí en los rasgos diferenciales del neoplatonismo, del gnosticismo, del filonismo y enseñanzas similares que abundaban en el mundo alejandrino; pero todo ello formaba un solo mundo con aquel en que vivían los primeros cristianos. Los escritos de hombres tales como Orígenes, Plotino y Agustín dan testimonio del inevitable toma y daca del tiempo.

Jesús se llamó así mismo Hijo de Dios e Hijo del Hombre; pero no acentuó mucho quién era ni lo qué era, y sí las enseñanzas acerca del Reino. Al declararle más que hombre y divino, Pablo y sus demás adeptos, tuviesen o no razón, abrrieron vasto campo de discusiones. Jesús, ¿era Dios? ¿O Dios le había creado? ¿Era idéntico a Dios, o ser aparte de él? No es tarea del historiador el contestar a estas preguntas; pero tiene que tomar nota de ellas y explicar cuán inevitables fueron a causa de la influencia inmensa que tuvieron en toda la vida subsiguiente de la humanidad occidental. Por el siglo V de la Era Cristiana encontramos a todas las comunidades de su confesión tan agitadas y exasperadas por argumentos tortuosos y evasivos acerca de la naturaleza de Dios, que descuidan en gran parte las enseñanzas de caridad, auxilio y hermandad inculcadas por Jesucristo.

Las opiniones principales que recoge el historiador son las de los arrianos, los sabelianos y los trinitarios.

Los arrianos eran adeptos de Arrio, el cual enseñaba que Cristo era menos que Dios; los sabelianos enseñaban que era un modo o aspecto de Dios; Dios era Creador, Salvador y Confortador, lo mismo que un hombre puede ser padre, síndico y huésped; los trinitarios, cuyo jefe principal fué Atanasio, enseñaban que hay tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y un solo Dios. Vea el lector el Credo de Atanasio (9) como expresión exacta de este misterio, y por las consecuencias alarmantes que tenga para él toda falta de comprensión o creencia. En Gibbon hallará una exposición burlesca de tales controversias. El autor del presente libro no puede tratarlas ni con temor ni con burla; debe confesar que le parecen una ebullición desastrosa de la mente del hombre, incoherente por completo con la sencilla historia de Jesús conservado en los Evangelios. La ortodoxia llegó a ser prueba, no sólo del oficio cristiano, sino necesaria para el trato y ayuda cristianos.

(9) En todo libro de oraciones de la Iglesia Episcopal. El Credo de Atanasio expresa sus principios; pero no fué él, probablemente, quien lo compuso.

Un leve punto de doctrina implicaba la abundancia o la mendicidad para un hombre. Es difícil leer la literatura que aquel tiempo nos ha dejado sin dejarse impresionar fuertemente por los dogmatismos, despechos, rivalidades y pedanterías de los hombres que destrozaron el cristianismo apoyados en tales refinamientos teológicos. Los más de los contendientes trinitarios —pues subsisten, sobre todo, los documentos de éstos— acusan a sus antagonistas, probablemente con razón, de buscar motivos ruines y secundarios, mas lo hacen de modo que revelan muy claramente su mezquindad espiritual. A Arrio, por ejemplo, le acusan de admitir opiniones heréticas porque no fué nombrado obispo de Alejandría. Las peleas, las excomuniones y los destierros puntuaban dichas controversias, y al cabo sobrevinieron las persecuciones oficiales. Esas sutiles diferencias acerca de la constitución de la divinidad se entremezclan con la política y con las disputas entre nación y nación. Hombres que riñen por negocios, mujeres ganosas de molestar a sus maridos, expresan opiniones antagónicas sobre temas tan exaltados. Los más de los bárbaros invasores del imperio, arrianos eran, probablemente porque la Trinidad era concepto inasequible a sus entendimientos sencillos.

Fácil es que el escéptico se burle de estas disputas. Mas aunque pensemos que todas aquellas tentativas para fijar con exactitud las relaciones de Dios consigo mismo eran presuntuosas e intelectualmente monstruosas, hemos de reconocer, sin embargo, que bajo tan absurdos refinamientos de dogmas imposibles solía ocultarse una verdadera pasión por la verdad..., aunque fuese por una verdad mal concebida. De uno y otro lado surgieron mártires genuinos. Y el celo de aquellas controversias, aunque fuese un celo mezquino, y en ocasiones malicioso, siempre sirvió para hacer muy enérgica y educativa la propaganda de las sectas cristianas. Además, como la historia de los cristianos en los siglos IV y V es en gran parte la de tan infelices disputas, no han de cegarnos ellas ante el hecho de que el espíritu de Jesús animó y ennobleció muchas vidas entre los cristianos. El texto de los Evangelios, aunque se retocaría probablemente en aquel período, no se destruyó, y Jesús de Nazareth, en su grandeza manifiesta e inimitable, sigue vertiendo su enseñanza desde aquel texto. Ni tan desdichadas disensiones impidieron que el cristianismo se mantuviera unido en contra de los espectáculos de gladiadores y el degradante culto de los ídolos y del dios-César.

§ 6. *Luchas y persecuciones del Cristianismo*

El cristianismo, en cuanto desafía a la divinidad del César y a las instituciones características del imperio, puede considerarse

como un movimiento de rebeldía y desintegración, y así lo pensaron casi todos los emperadores, hasta Constantino el Grande. Tropezó con fuerte hostilidad, y luego con tentativas sistemáticas para suprimirlo. Decio fué el primer emperador que organizó persecuciones oficiales, y la gran era de los mártires corresponde a los días de Diocleciano (año 303 y siguientes). La persecución de Diocleciano vino a ser la lucha final entre la idea antigua del dios-emperador y la organización, ya grande y poderosa, que negaba su divinidad. Diocleciano reorganizó la monarquía en términos de absolutismo extremado; abolió los últimos vestigios de las instituciones republicanas; fué el primer emperador que se rodeó por completo de la etiqueta imponente de los monarcas orientales. La lógica de su propia arrogancia le movió al intento de desarraigar por completo un sistema que claramente la negaba. La prueba que se exigía en la persecución consistía en rendir al emperador culto y sacrificio.

"Aunque Diocleciano, adverso a la efusión de sangre, moderó la furia de Galerio, el cual disponía que quien se negara a ofrecer sacrificio fuese quemado vivo inmediatamente, las penalidades por él infligidas a la obstinación de los cristianos han de tenerse por bastante rigurosas y activas. Dispuso que en todas las provincias del imperio fuesen demolidas hasta los cimientos las iglesias cristianas, y decretóse pena de muerte contra todo el que se jactara de celebrar asambleas secretas con fines de culto religioso. Los filósofos, que asumían el indigno oficio de dirigir el celo de la ciega persecución, habían estudiado con diligencia la naturaleza y el genio de la religión cristiana; y como no ignoraban que las doctrinas especulativas de la fe se suponían guardadas en los libros de los profetas, de los evangelistas y de los apóstoles, sugerirían probablemente la orden de que obispos y presbíteros entregaran todos sus libros sagrados en manos de los magistrados, a los que se mandaba, bajo severas penas, quemarlos pública y solemnemente. Por el mismo edicto confiscábase la propiedad toda de la iglesia, y las diversas partes en que pudiera consistir vendíanse al mejor postor, agregábanse a los dominios imperiales, pasaban a las ciudades o corporaciones o se entregaban a la solicitación de los rapaces palaciegos. Después de tomar tan eficaces medidas para la abolición del culto y la disolución del gobierno de los cristianos, juzgóse necesario someter a las molestias más intolerables la condición de aquellos perversos individuos que siguieran rechazando la religión de la naturaleza de Roma y de sus antepasados. A personas de noble cuna declaróselas incapaces de conseguir honores y empleos; privóse a los esclavos de toda esperanza de libertad, y toda la comunidad cristiana quedó privada de la protección de la ley. Autorizóse a los jueces para que admitieran y substanciaran toda acción interpuesta contra un cristiano; pero a éstos no se les

permitió querellarse contra ninguna ofensa por ellos sufrida, y los infortunados sectarios quedaron expuestos a la severidad de la justicia pública y privados de todos sus beneficios. Este edicto, apenas expuesto al público en la plaza principal de Nicomedia, fué desgarrado por un cristiano, que expresó a la vez, con las más agrias invectivas, su desprecio y su aborrecimiento de gobernadores tan impíos y tiránicos. Su ofensa, según las leyes más benévolas, considerábase como traición y merecía la muerte, y en caso de ser persona de calidad y educación, estas circunstancias servían tan sólo de agravantes en su culpa. Fué quemado o, más bien, tostado a fuego lento; y los verdugos, en su celo por vengar el personal insulto inferido a los emperadores, agotaron todos los refinamientos de la crueldad sin que acabaran con su paciencia o alteraran la continua e insultante sonrisa que en su agonía conservaba" [10].

Así empezó, con la muerte de este mártir anónimo, la persecución más grande. Pero, como dice Gibbon, son de muy dudoso valor nuestros informes acerca de la misma. Calcula en unas dos mil las víctimas, y compara este número con la multitud de cristianos martirizados por cristianos también en el preíodo de la Reforma. Los prejuicios de Gibbon contra el cristianismo eran muy fuertes, y en este caso parece inclinarse a reducir al mínimo la fortaleza y los sufrimientos de los cristianos. En muchas provincias, sin duda, hubo gran resistencia a poner en práctica el edicto. Pero se iba a la caza de ejemplares de las Sagradas Escrituras, y en muchos lugares las iglesias cristianas fueron sistemáticamente destruídas. Hubo tormentos y ejecuciones, y las cárceles se llenaron de presbíteros y obispos. Hemos de recordar que la comunidad cristiana era ya elemento de población muy considerable, y que buena parte, en proporción, de los empleados encargados de ejecutar el edicto, profesaban la fe prohibida. Galerio, que gobernaba directamente las provincias orientales, fué de los perseguidores más vigorosos; pero al cabo, en su lecho de muerte (311), se dió cuenta de lo vano de sus ataques contra tan ingente comunidad, y le dió tolerancia en un edicto que Gibbon traduce así:

"Entre los desvelos importantes que han embargado nuestra mente en pro de la utilidad y conservación del imperio, teníamos intención de corregirlo y restablecerlo todo según las leyes antiguas y la disciplina pública de los romanos. Deseábamos, en particular, atraer a vías de razón y naturaleza a los ilusos cristianos que renunciaron a la religión y ceremonias instituidas por sus padres; y desdeñando, presuntuosos, las prácticas de la antigüedad, inventaron leyes y opiniones extravagantes según los dictados de su fantasía, y reunieron una variada sociedad en las diferentes provincias de

(10) Gibbon: *The Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. XVI.

nuestro imperio. Habiendo los edictos que publicamos para reforzar el culto de los dioses puesto a muchos cristianos en trances de peligro y desgracia, y sufrido muchos la muerte, y persistiendo aún muchos más en su impía locura, privados de todo ejercicio público de religión, dispuestos estamos a extender a esos infelices los efectos de nuestra solicitada clemencia. Les permitimos, pues, profesar libremente sus opiniones privadas y reunirse en sus conventículos sin temor ni molestia, con tal que guarden, sin embargo, el debido respeto a las leyes y al gobierno establecido. En otro rescripto significaremos nuestras intenciones a jueces y magistrados, y esperamos que nuestra indulgencia ha de animar a los cristianos a elevar sus preces a la deidad que adoran por nuestra seguridad y prosperidad, por las suyas propias y por las de la república".

Poco después, Constantino el Grande reinaba, primero como emperador asociado (312) y luego como gobernante único (324), y las duras pruebas del cristianismo llegaban a su fin. Si el cristianismo fué una fuerza rebelde y destructora contra Roma pagana, volvióse fuerza unificadora y organizadora en su propia comunión. Bien claro lo vió el genio de Constantino. El espíritu de Jesús, con todas las disensiones doctrinales que prevalecieron, constituía una gran hermandad en el imperio y fuera de sus límites. La fe iba extendiéndose entre los bárbaros fronterizos; había entrado en Persia y el Asia Central. Ofrecía la única esperanza de solidaridad moral que podía discernir en el gran tumulto de incomprensiones y egoísmos que tenía que gobernar. Sólo en él había facilidades de organización de una *voluntad*, por falta de la cual iba destrozándose el imperio como una pieza de tela pasada. En 312 tuvo que pelear Constantino contra Majencio en defensa de Roma y de su posición. Puso el monograma cristiano en los escudos y banderas de sus tropas, y proclamó que el Dios de los cristianos había peleado por él en la famosa batalla del Puente Milvio, muy cerca de Roma. Con tal acto renunció a las pretensiones de divinidad que trajo por primera vez al Mundo de Occidente la vanidad de Alejandro Magno, y con el aplauso y el apoyo entusiasta de los cristianos se asentó como monarca más absoluto aún que Diocleciano.

En el espacio de pocos años el cristianismo llegó a ser la religión oficial del imperio, y en 337, al morir el rey, recibió el bautismo como cristiano.

§ 7. *Constantino el Grande*

La figura de Constantino el Grande es cardinal en la Historia, tanto por lo menos como las de Alejandro Magno o César Augusto. Poco es lo que sabemos acerca de su persona y de su vida privada; no hay Plutarco ni Suetonio que nos hayan conservado pormenores

íntimos y vivaces de su existencia. Tenemos grandes dicterios contra él de sus enemigos y, como es obvio, muchos panegíricos que oponerles; pero no hay escritor que preste vida a su carácter; es, para ellos, símbolo de partido, bandera de combate. Zósimo, escritor hostil, declara que, como Sargón I, era de nacimiento ilegítimo; su padre fué un distinguido general y su madre, Elena, hija de un hostelero de Nish (Servia). Gibbon, sin embargo, opina que hubo entre ellos matrimonio válido. El matrimonio, de todas maneras, fué humilde, y el genio personal de Constantino prevaleció contra muy serias desventajas. Era relativamente iletrado, y sabía poco griego, o ninguno. Parece comprobado que desterró a su primogénito Crispo y ordenó su ejecución, instigado por Fausta, la madrastra del mozo; y también consta que, convencido luego de la inocencia de Crispo, mandó ejecutar a Fausta —según cierto relato, en un baño de agua hirviendo, y según otro, exponiéndola desnuda a las fieras en un monte solitario—, aunque existen también documentos de muy satisfactoria evidencia, según los cuales, Fausta le sobrevivió. Aunque fuera ejecutada, queda el hecho de que sus tres hijos, en unión de dos sobrinos, fueron nombrados herederos de Constantino el Grande. Nada se saca en claro de tantos libelos discordes, y todo lo que se puede hinchar con tan escasos materiales ha sido hecho admirablemente por Gibbon (cap. XVIII). Gibbon, a causa de su espíritu anticristiano, muéstrase hostil a Constantino; pero admite su templanza y su castidad. Sólo le acusa de pródigo, por los grandes edificios públicos que levantó, y de vano y disoluto (!) porque en edad avanzada llevó peluca —el propio Gibbon llevaba el pelo recogido con un lazo negro muy curioso— y además, diadema y vestiduras magníficas. Pero todos los emperadores que siguieron a Diocleciano usaron diadema y magníficas vestiduras.

Mas aunque la personalidad de Constantino el Grande permanezca un tanto fantasmagórica, si los particulares de su vida doméstica sólo pueden revelarnos una tragedia vaga, podemos todavía colegir lo mucho que pasó por su pensamiento. En sus últimos años, fué, probablemente, un solitario. Tenía de autócrata más que todos los emperadores precedentes; es decir, que contaba con menos consejo y ayuda. No había clase ninguna de hombres con espíritu público en quien fiar, ni Senado o Consejo con quien comunicar sus planes. Sólo por deducciones podemos saber cómo llegó a enterarse de la debilidad del imperio y cómo previó el desastre completo ya tan próximo. Puso en Nicomedia (Bitinia) su verdadera capital; Constantinopla, sobre el Bósforo, estaba edificándose aún cuando él murió. Como Diocleciano, parece que se dió cuenta del quebranto de sus fronteras, y concentró su atención en los asuntos del exterior, y más en particular en los de Hungría,

el Sur de Rusia y el Mar Negro. Reorganizó todo el mecanismo oficial del imperio, le dió una nueva constitución y se afanó por establecer una dinastía. Era observador incansable; trató de contener la confusión social mediante el desarrollo de un sistema de castas. En esto seguía el ejemplo de su gran predecesor Diocleciano. Intentó formar una casta de campesinos y cultivadores en pequeño y dificultar que se apartaran de sus propiedades. Quiso hacerlos siervos, efectivamente. Faltaba trabajo de esclavos, porque el imperio no era ya potencia invasora, sino invadida; volvíase a la servidumbre como remedio. Sus esfuerzos creadores requerían impuestos más pesados que los hasta allí establecidos. Todo esto es indicio de una mente solitaria y enérgica. Su originalidad consiste en su comprensión manifiesta de la necesidad de una fuerza moral unificadora para mantener la cohesión del imperio.

Sólo después de haberse vuelto hacia el cristianismo, parece haberse dado cuenta de las violentas disensiones de los teólogos. Hizo un gran esfuerzo para conciliar entre sí todas las diferencias, a fin de lograr una enseñanza uniforme y armónica para el pueblo, y por iniciativa suya celebró la Iglesia un Concilio general en Nicea, ciudad próxima a Nicomedia y enfrente de Constantinopla, el año 325. Eusebio hace una curiosa reseña de aquella extraña reunión, que presidió el emperador mismo, aunque no estaba aún bautizado. No fué aquél su primer Concilio, porque ya en 313 había presidido otro en Arles. Sentóse en medio del de Nicea, en un trono dorado, y como sabía poco griego, suponemos que se limitaría a observar las actitudes y ademanes de los que discutían y a oír la entonación. El Concilio fué tormentoso. Cuando se levantó a hablar el viejo Arrio, Nicolás de Myra le abofeteó, y luego muchos echaron a correr, tapándose los oídos, afectando horror al escuchar las herejías del anciano. Entran tentaciones de imaginarse al gran emperador, profundamente ansioso por el alma de su imperio, firmemente resuelto a acabar con tales divisiones, inclinado hacia los intérpretes para que le explicaran el significado de aquel barullo.

Las opiniones que prevalecieron en Nicea tomaron cuerpo en el Credo Niceno, declaración estrictamente trinitaria, y el emperador dió apoyo al parecer de los trinitarios. Pero más adelante, cuando Atanasio molestaba sobremanera a los arrianos, le desterró de Alejandría; y cuando la iglesia de Alejandría quiso excomulgar a Arrio, la obligó a admitirle de nuevo en su comunión.

§ 8. *Instauración oficial del Cristianismo*

El año 325 de J. C. marca una fecha importantísima en nuestra historia. Es la del primer Concilio general completo (ecuménico) de la Iglesia universal. (El de Arles, que mencionamos, comprendía

sólo una mitad: la de Occidente). Marca el ingreso definitivo de la Iglesia cristiana en el escenario de los asuntos de la humanidad y de la cristiandad, tal como hoy se entiende este vocablo. Marca la definición exacta de las enseñanzas cristianas en el Credo Niceno.

Es necesario que solicitemos la atención de los lectores hacia las profundas diferencias que existen entre el cristianismo plenamente desarrollado de Nicea y las predicaciones de Jesús de Nazareth. Todos los cristianos dan por incluso enteramente el segundo en las primeras, mas la cuestión cae por fuera de nuestro cometido. Lo que se ve con claridad es que las enseñanzas de Jesús de Nazareth fueron *enseñanzas proféticas* del nuevo tipo iniciado por los profetas hebreos. No era un sacerdocio con templos consagrados y altares; carecía de ritos y ceremonias. Su sacrificio consistía en "un corazón dolorido y contrito". No tuvo más organización que la de los predicadores, cuya función principal era el sermón. Pero el cristianismo en plena madurez del siglo IV, aunque conservaba como núcleo lo enseñado por Jesús en los Evangelios, era principalmente una *religión sacerdotal* de tipo ya familiar al mundo desde miles de años. El centro de sus complicados ritos fué un altar, y el acto esencial del culto, el sacrificio de la misa por un sacerdote consagrado. E inmediatamente se desarrolló un sistema de diáconos, presbíteros y obispos.

Pero si el cristianismo llegó a tener extraordinaria semejanza exterior con los cultos de Sérapis, Ammón o Bel-Maduk, hemos de recordar que en su sacerdocio entraban algunos rasgos nuevos. En ninguna parte poseyó una imagen casi-divina de Dios. Careció de templo principal que contuviera al dios, porque Dios estaba en todas partes. No hubo "sancta sanctorum". Sus altares, extendidos por el mundo, estaban dedicados a la Trinidad universal invisible. Aun en sus aspectos más arcaicos, el cristianismo era algo nuevo.

No importa mucho determinar el papel que corresponde al emperador en la fijación del cristianismo. No sólo Constantino el Grande reunió el Concilio de Nicea, sino que todos los grandes Concilios, los de Constantinopla (381 y 553), Efeso (431) y Calcedonia (451), fueron convocados por los emperadores. Y es manifiesto que en gran parte de la historia del cristianismo, por este tiempo, el espíritu de Constantino el Grande se muestra tan evidente o más que el espíritu de Jesús. Fué Constantino, según apuntamos, un puro autócrata. Los últimos vestigios de republicanismo romano se desvanecieron en los días de Aureliano y Diocleciano. Con sus mejores luces, intentaba rehacer el imperio desvencijado mientras aún era tiempo, y trabajaba sin consejero alguno, sin opinión pública y aun sin sentir la necesidad de semejante ayuda y freno.

La idea de borrar toda controversia y división, de borrar todo pensamiento con la imposición de un credo dogmático a todos los creyentes, es una idea totalmente autocrática, es la idea del hombre solo que siente la necesidad de verse libre de toda oposición y crítica para hacer su trabajo. La historia de la Iglesia bajo tal influjo, viene a ser historia de las pugnas violentas que habían de ser el resultado de este súbito y áspero llamamiento a la humanidad. A él le debe la Iglesia sus tendencias a ser autoritaria e indiscutible, a desarrollar una organización centralizada y a correr paralelamente al imperio.

Otro segundo gran autócrata que contribuyó luego a marcar en el catolicismo su distintivo carácter autoritario, fué Teodosio I, Teodosio el Grande (379-395). Prohibió las reuniones heterodoxas, entregó todas las iglesias a los trinitarios y derribó los templos gentiles en todo el imperio, mandando destruir, en 390, la gran estatua de Sérapis de Alejandría. No podía haber ya rivalidad ni calificación dentro de la rígida unidad de la Iglesia.

No podemos hablar aquí de los grandes disturbios internos de la Iglesia, de sus indigestiones de herejía, de arrianos y paulinos, de gnósticos y maniqueos. Si hubiera sido menos autoritaria y más tolerante con la variedad intelectual, acaso hubiera llegado a ser cuerpo más poderoso aún de lo que vino a ser. Mas, a despecho de tales desórdenes, mantuvo por algún tiempo una concepción de unidad humana más íntima y mucho más amplia de la que pudo existir hasta entonces. Por el siglo V, el cristianismo iba engrandeciéndose, fortaleciéndose, mostrando mayor resistencia que todos los imperios jamás conocidos, porque no se imponía meramente a los hombres, sino que se entrelazaba con su contextura mental. Llegó mucho más allá de los extremos límites del imperio: a Armenia, Persia, Abisinia, Irlanda, Germania, la India y el Turkestán. "Aunque formado por Congregaciones muy separadas entre sí, considerábasele como a un solo cuerpo de Cristo, como al pueblo de Dios. Esta unidad ideal se expresó de muchas maneras. La comunicación entre las varias Comunidades cristianas eran muy activa. Los cristianos tenían siempre en sus viajes la seguridad de encontrar acogida calurosa y hospitalaria entre sus correligionarios. De una iglesia a otra enviábanse cartas y mensajeros. Los misioneros y los evangelistas iban continuamente de un lugar a otro. Circulaban profusamente documentos de varias clases, entre ellos los Evangelios y las Epístolas apostólicas. Así se expresó, por caminos diversos, el sentimiento de unidad, y el desarrollo de las partes de cristiandad más separadas hízose cada vez más aproximado a un tipo común" (11).

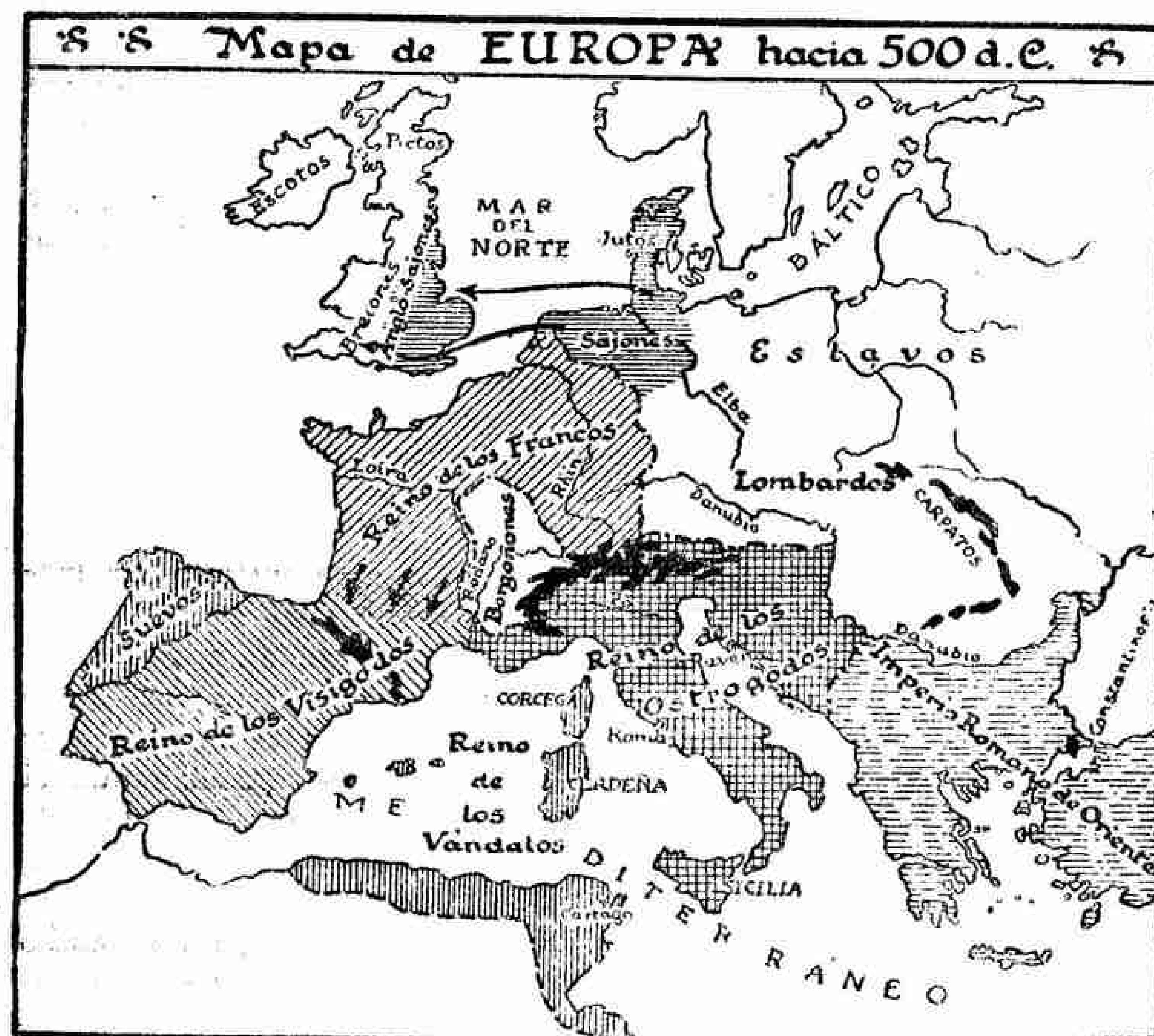
---

(11) *Encyclopoedia Britannica*, artículo "Church History", página 336.

El cristianismo conservó, por lo menos, la tradición formal de esta unidad general de espíritu hasta 1054, en que la iglesia occidental latinoparlante, y la principal y originaria iglesia grecoparlante, la "ortodoxa", se separaron ostensiblemente por la añadidura de dos palabras al credo. El credo más antiguo había declarado que "el Espíritu Santo procedía del Padre". Los latinos se empeñaron en añadir, y añadieron, *Filioque* (= y del hijo), y echaron de su comunión a los griegos porque no quisieron admitirlas. Pero ya en el siglo V, nada menos, los cristianos de la Siria Oriental, de Persia, del Asia Central —había iglesias en Merv, Herat y Samarkanda— y los de la India, se habían apartado con motivos similares. A los cristianos asiáticos, extremadamente interesantes, se les conoce en la historia con el nombre de nestorianos, y su influjo se extendió a la China. Egipto y Abisinia desprendiéronse muy pronto por cuestiones análogamente explicables. Mucho antes de esta separación formal entre las dos mitades, latina y griega, de la iglesia principal, existía, sin embargo, una separación efectiva entre ellas a consecuencia de la ruptura del imperio. Desde el principio fueron distintas de condición. En tanto que el imperio oriental, grecoparlante, se mantenía unido y el emperador de Constantinopla seguía dominando la Iglesia, la mitad latina del Imperio, como dijimos ya, se hundió, dejando a la Iglesia libre de la preponderancia imperial. Además, mientras la autoridad eclesiástica en el imperio constantinopolitano dividíase entre los obispos mayores, o patriarcas, de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén, la autoridad en Occidente concentrábase en el Patriarca, o Papa, de Roma. El obispo de Roma fué siempre reconocido como primado entre los patriarcas, y todo ello conspiró para justificar excepcionales aspiraciones, por su parte, a una autoridad cuasi imperial. Con la caída final del imperio de Occidente asumió el título antiguo de *Pontifex maximus*, que ostentaban los emperadores, llegando a ser, de este modo, el sumo sacerdote sacrificador de la tradición romana. Los cristianos de Occidente reconociéronle plena supremacía; pero desde los comienzos tuvo que manifestarla con discreción en los dominios del emperador de Oriente y en las jurisdicciones de los otros cuatro patriarcas.

Las ideas de dominio universal de la Iglesia prevalecían ya en el siglo IV. San Agustín, ciudadano de Hipona (Norte de Africa), que escribió entre 354 y 430, expresó el desarrollo del pensamiento político de la Iglesia en su libro *La Ciudad de Dios*. *La Ciudad de Dios* lleva muy directamente el pensamiento a la posibilidad de convertir el mundo en un reino de los cielos teológico y organizado. La ciudad, como la presenta Agustín, es "una sociedad espiritual de los fieles predestinados"; pero no es muy larga la distancia que le separa de una aplicación política. La Iglesia había de gobernar

al mundo en todas las naciones; había de ser el guía divino de una gran liga de Estados terrenales. En años posteriores tales ideas se desarrollaron en una teoría política y en una política definidas. Cuando los bárbaros, estableciéndose, aceptaron el cristianismo, el Papa empezó a proclamar su soberanía sobre los reyes. En pocos siglos el Papa llegó a ser, en teoría, y hasta cierto punto en la



práctica, el sumo sacerdote, censor, juez y monarca divino de la cristiandad; su influjo se extendió por Occidente mucho más allá de los límites extremos del antiguo imperio, a Irlanda, Noruega, Suecia y toda Germania. Durante más de mil años la idea de la unidad cristiana, de la cristiandad como una especie de anfictionado, cuyos miembros, aun en tiempo de guerra, deteníanse ante ideas determinadas por el pensamiento de una hermandad entre todos y de una lealtad común a la Iglesia, dominó en Europa. La historia de Europa desde el siglo V hasta el XV es, en gran parte, la historia del fracaso en la práctica de esta gran idea de un gobierno divino.

§ 9. *El mapa de Europa en el año 500*

En un precedente capítulo hablamos ya de las principales irrupciones bárbaras. Ahora, con ayuda de un mapa, podemos pasar una rápida revista a las divisiones políticas de Europa hacia fines del siglo V. Del Imperio de Occidente, o sea del Imperio romano originario, no subsistió vestigio alguno como entidad política distinta y separada. Quedó políticamente deshecho en totalidad. En muchos lugares de Europa vino a ocupar su puesto en el pensamiento de los hombres, como si fuera *el* Imperio, cierto señorío del Imperio helénico de Oriente. El emperador de Contantinopla, por lo menos en teoría, seguía siendo emperador. En Britania, los anglo-teutones, los sajones y los jutos, pueblos totalmente bárbaros, habían conquistado la mitad oriental de Inglaterra; en el Oeste de la isla manteníanse aún los britanos, que iban siendo acorralados poco a poco en Gales y Cornualles. Los anglosajones fueron, según parece, conquistadores bárbaros de los más crueles y activos, porque allí donde prevalecieron, su lengua reemplazó en absoluto al celta o al latín —no se sabe con certeza a cuál— que hablaban los ingleses. Los anglosajones aún no se habían cristianizado. La mayor parte de Galia, Holanda y las tierras del Rhin estaban dominadas por los francos, vigorosos sin crueldad, cristianizados y en etapa de civilización más adelantada; pero el valle del Ródano pertenecía al reino separado de los borbones. España y algo del Sur de Francia eran de los visigodos, mas los suevos poseían aún el ángulo Noroeste de la península. Ya tratamos del reino vándalo de África e Italia, romana todavía por su población y costumbres, cayó en poder de los ostrogodos. No dejaron emperador en Roma; Teodorico I fué el que inició una serie de reyes godos y extendió sus dominios más allá de los Alpes, hasta Pannonia, y bajando por el Adriático hasta Dalmacia y Servia. Al Este del reino godo mandaban los emperadores de Constantinopla. Los búlgaros eran aún, en este tiempo, una tribu mongólica de jinetes nómadas que vivía en las regiones del Volga; los servios arios se habían corrido recientemente hacia el Sur, hasta las costas del Mar Negro, donde estuvo el solar de los visigodos; los magyares turcofineses no habían entrado en Europa. Los lombardos situábanse al Norte del Danubio.

Marcó el siglo VI una fase de vigor por parte del Imperio de Oriente en los días del emperador Justiniano (527-565). Recobró el reino vándalo en 534; arrojó de Italia a los godos en 553. En cuanto murió Justiniano (565), los lombardos bajaron a Italia y se establecieron en la que vino a ser Lombardía; pero dejaron al Im-

perio de Oriente Ravenna, Roma, la Italia del Sur y el Norte del Africa.

Tales eran las condiciones políticas del mundo en que se desarrolló la idea de la Cristiandad. La vida ordinaria manteníase en un bajo nivel físico, intelectual y moral. Suele decirse que Europa, en los siglos VI y VII, volvió a caer en la barbarie; pero no es ésta la realidad del caso. Más correcto es decir que la civilización del Imperio romano entró en una fase de desmoralización extremada. La barbarie es un orden social de tipo elementalísimo, regular dentro de sus límites; pero el estado de Europa ante su fragmentación política era un desorden social. Su *moral* no era la de un kraal africano, sino la de un suburbio. En un kraal salvaje sabe que pertenece a una comunidad y vive y obra en consecuencia; en un suburbio, el individuo ni reconoce una entidad superior ni obra conforme a ella.

El Cristianismo fué restaurando, muy lenta y débilmente, el sentimiento perdido de la vida común y enseñó a los hombres a agruparse en torno a la idea de la Cristiandad. La estructura social y económica del Imperio romano estaba en ruinas. Su civilización había sido civilización de una riqueza y un poder político sostenidos por la limitación y la esclavitud de la gran masa humana. Llegó a ofrecer un espectáculo de esplendor externo y lujo refinado; mas debajo de estas apariencias estaban la crueldad, la estupidez, el estancamiento. Tenía que romperse y desaparecer para que algo distinto lo reemplazara.

Ya llamamos la atención acerca de su atonía intelectual. Tres siglos estuvo sin producir ciencia o literatura de alguna importancia. Sólo cuando los hombres no son demasiado ricos y poderosos para dejarse tentar por condescendencias extravagantes, ni demasiado pobres y limitados para cuidarse de otra cosa que la necesidad diaria, pueden vivir en libertad las curiosidades desinteresadas, los serenos impulsos de que brotan la sana filosofía, la ciencia, el arte grande, en el mundo, y la plutocracia de Roma lo había hecho imposible. Cuando hombres y mujeres carecen de límite y de freno, la historia muestra de modo evidente que todos tienden a convertirse en monstruos de complacencia para consigo mismos; cuando, por otra parte, se ven esclavizados e infelices, su impulso los lleva hacia resortes trágicos inmoderados, a desesperadas rebeldías o a las austeridades y extremos de la religión.

Quizá no sea justo decir que el mundo se volvió miserable en aquellos "tiempos de oscuridad" a que hemos llegado; mucho más verdadera será la afirmación de que la superchería violenta y vulgar del imperialismo romano, de aquel mundo de políticos, aventureros, terratenientes y financieros, se desplomó en el mar de miseria que le rodeaba. Las historias de estos tiempos son muy imperfectas:

había pocos lugares en que los hombres supieran escribir y pocos estímulos para escribir nada; nadie tenía certeza de la seguridad de su manuscrito ni de la posibilidad de que alguien lo leyera. Mas con lo que sabemos puede decirse que la época no fué de guerra y rapiña tan sólo sino de hambre y peste. Aun no se conocía en el mundo organización sanitaria eficiente: los traslados de población hubieran destruído todo equilibrio higiénico que se estableciera. Las incursiones de Atila en el Norte de Italia detuviéronse ante una violenta plaga de fiebres en 452. Hubo una gran epidemia de peste bubónica a fines del reinado de Justiniano (565) que contribuyó mucho a debilitar la defensa de Italia contra los lombardos. En 543, Constantinopla vió morir diez mil hombres en un día ("cada día", dice Gibbon). La peste hacía estragos en Roma el año 590. El siglo VII fué también siglo de calamidades.

El inglés Beda, uno de los pocos escritores del tiempo, registra pestes en Inglaterra los años 664, 672, 678 y 683: ¡cuatro nada menos en veinte años! Gibbon enlaza la epidemia de Justiniano con el gran cometa de 531 y con los frecuentísimos y serios terremotos de su reinado. "Muchas ciudades de Oriente quedaron despobladas y en varios distritos itálicos las cosechas y vendimias se marchitaron en la tierra. Afirma el decrecimiento visible de la especie humana que nunca ha vuelto a recobrarse en algunos de los países más hermosos del globo".

Muchos pensaban, en aquellos días de oscuridad, que todo conocimiento y cuanto hace la vida grata y deseable, estaba pereciendo.

Cuánto mayor la infelicidad de los hombres ordinarios en estas condiciones de sordidez e inseguridad de lo que había sido bajo la presión abrumadora del sistema imperial, imposible es decirlo. Habría, por supuesto, mucha variación local; aquí gobernarían turbulentos rufianes y allí una libertad templada; el hambre este año y la abundancia el siguiente. Si los salteadores eran muchos habían desaparecido los recaudadores de impuestos y los acreedores. Reyes como los de los reinos francos y godos eran propiamente reyes fantasmas para los más de los que llamaban súbditos suyos. En todos los distritos la vida descendió a un bajo nivel; se comerciaba, se viajaba poco. Alguna persona diestra dominaba sobre una extensión mayor o menor de campo y aspiraba, con más o menos justicia, al título de señor, conde o duque, de tradición de las postrimerías imperiales o del rey. Estos nobles locales reunían bandas armadas y construían para sí fortalezas; a menudo se apropiaban edificios preexistentes. El Coliseo de Roma, por ejemplo, en que tantos espectáculos de gladiadores tuvieron lugar, convirtióse en fortaleza, lo mismo que el anfiteatro de Arles, y también el ingente sepulcro de Adriano en Roma. En las decadentes y ya insalubres

villas y ciudades, juntábanse reducidas corporaciones de artesanos para acudir con su industria a las necesidades de los pueblos dedicados al cultivo, y se ponían bajo la protección de algún noble de los contornos.

§ 10. *La salvación del saber por el Cristianismo*

Las órdenes monásticas cristianas que iban surgiendo en el mundo de Occidente, tomaron parte importantísima en la nueva cristalización social que trajeron los siglos VI y VII, después del derrumbamiento y disolución del IV y V.

Antes que cristianos hubo monasterios en el mundo. Durante el período de inquietud social entre los judíos, antes del tiempo de Jesús de Nazareth, hubo una secta de esenios que vivían apartados, en comunidades consagradas a la vida austera de soledad, purificación y renunciamiento. También tuvo el budismo sus comunidades de hombres que, separados del esfuerzo general y del comercio del mundo, entregábanse a la austeridad y a la contemplación. En verdad, la historia de Buda que hemos referido, hace ver que semejantes ideas prevalecían desde muy atrás en la India y que él acabó por repudiarlas. En la historia más primitiva del Cristianismo surgió un movimiento similar a causa de las rivalidades, acaloramientos y tensión de la vida ordinaria. En Egipto, particularmente, muchos hombres y mujeres se retiraron al Desierto a hacer vida solitaria de oración y contemplación, viviendo en absoluta pobreza, en cuevas y al amparo de las rocas, y alimentándose gracias a las limosnas casuales de aquellos a quien su santidad impresionaba. Vidas como éstas significarían poco para el historiador, pues son, por naturaleza, vidas arrebatadas a la historia, si no fuera por el giro que luego tomó la tendencia monástica entre los europeos, más enérgicos y prácticos.

Una de las figuras centrales en la historia del desarrollo del monaquismo en Europa es San Benito, que vivió entre 480 y 544. Nacido en Spoleto (Italia), era mozo de buena familia y dotes excelentes. La sombra de los tiempos cayó sobre él, y, lo mismo que Buda, se entregó a la vida religiosa, y al pronto no puso límite a sus austeridades. A cincuenta millas de Roma está Subiaco, y allí, en el fondo de una garganta del Anio, ante una espesura de arbustos y malezas levantábase un palacio abandonado, construído por el emperador Nerón, dominando un lago artificial que se hizo en aquellos días de prosperidad ya pasada, represando las aguas del río. Allí, con una túnica de pelo por toda posesión, aposentóse Benito en una cueva de las altas rocas que surgen sobre el río, mirando al Sur, en posición tan inaccesible, que un admirador fiel tenía que bajarle el alimento por medio de una cuerda. Allí

vivió tres años, y su fama se extendió como la de Buda, en circunstancias semejantes, habríase extendido unos mil años atrás.

Como en el caso de Buda, la historia de Benito aparece recargada por sus discípulos necios y crédulos con un montón de hechos insulsos, milagros, y otras manifestaciones. Mas pronto le volvemos a ver, no ya dirigiendo un grupo de doce monasterios, en que se refugiaban muchas personas. Se le llevaban jóvenes para que los educara, y el carácter de su vida cambió por completo.

De Subiaco, trasladóse más hacia el Sur, a Monte Cassino, a medio andar entre Roma y Nápoles, solitaria y hermosa montaña sita en el centro de un magno círculo de cumbres majestuosas. Es interesante advertir que en el siglo VI de nuestra Era encontró allí un templo de Apolo y un bosquecillo sagrado que todavía eran mirados con reverencia por los campesinos. Sus primeros trabajos fueron de misionero, y mucho le costó persuadir a los sencillos gentiles para que derribaran el templo y talaran el bosque. El establecimiento de Monte Casino llegó a ser centro famoso y potente en vida de su fundador. Por entre los relatos imbéciles de monjes aficionados a la maravilla que hablan de demonios exorcizados, de discípulos que andan sobre el agua, de niños muertos que resucitan, aún se puede apreciar algo del verdadero espíritu de San Benito. Las narraciones que le representan como adverso a las mortificaciones extremadas son particularmente significativas. Envió un desalentado mensaje a cierto solitario que inventó un nuevo grado de santidad consistente en atarse con cadenas a una roca en una angosta cueva. "Rompe tus cadenas", dice Benito, "porque el verdadero siervo de Dios encadenado está, no con hierro a las rocas, sino por la rectitud de su vida a Cristo".

Juntamente con la desaprobación de las mortificaciones solitarias distingue a Benito su insistencia en recomendar el trabajo constante. Entre sus leyendas resplandecen, como clara indicación los disturbios que promovieron sus escolares y alumnos patricios, que se veían obligados a trabajar en vez de vivir en austeridad ociosa, asistidos por los hermanos de clase más baja. Notable, en tercer lugar, fué la influencia política de Benito. Se dedicó a conciliar entre sí a godos e italianos, y está demostrado que Totila, su rey godo, fué a pedirle consejo y se dejó influir mucho por él. Cuando Totila recuperó a Nápoles de manos de los griegos, los godos protegieron a las mujeres contra todo insulto y se trató con humanidad a los mismos soldados prisioneros. Cuando Belisario, general de Justiniano, tomó diez años antes la misma plaza, ordenó, para celebrar su triunfo, una matanza general.

La organización monástica de Benito fué un gran comienzo en el mundo occidental. Uno de sus preeminentes continuadores fué

el Papa Gregorio Magno (540-604), el primer monje que llegó a Papa (590); fué uno de los más capaces y enérgicos, y sucesivamente envió misiones a los no convertidos, y a los anglosajones en especial. Gobernó a Roma como rey independiente, organizando ejércitos, firmando tratados. A su influjo se debe la imposición de la regla benedictina a casi todo el monaquismo latino.

Estrechamente relacionado con ambos hombres en el desarrollo de un monaquismo civilizador libre de las mortificaciones meramente egotistas de los primeros reclusos, está Casiodoro (490-585). Era, como se ve, mucho más viejo que el Papa Gregorio y diez años más joven que Benito, y, lo mismo que ambos, era de linaje patricio, de una familia patricia de Siria, establecida en Italia. Desempeñó importantes destinos oficiales cerca de los reyes godos; y cuando, entre 545 y 553, la expulsión de estos reyes y la gran peste allanaron el camino a una nueva dominación bárbara, a la de los lombardos, refugióse en la carrera monástica. Fundó un monasterio en sus posesiones particulares e hizo trabajar a los monjes que se le unieron, según las prácticas benedictinas, aunque no sabemos si se acomodaron de hecho a la regla que por aquellos mismos días se formulaba en Monte Cassino. Mas no cabe dudar de su influencia en el desarrollo de esta gran orden de trabajo, enseñanza y estudio. Es evidente que le impresionó hasta lo profundo la decadencia universal de la educación y la posible pérdida de todo saber y de la literatura antigua en el mundo entero; y desde el principio dedicó a sus hermanos a la tarea de conservar y restaurar todo esto. Recogió manuscritos antiguos y mandó que se copiaran. Hizo relojes de sol, de agua y aparatos similares, leves destellos postreros de ciencia experimental en las sombras que iban acumulándose. Escribió una historia de los reyes godos y, lo que es más significativo, de su sentir acerca de las necesidades del tiempo; produjo una serie de libros escolares sobre las artes liberales y la gramática. Probablemente, su influencia fué todavía mayor que la de San Benito al convertir el monaquismo en poderoso instrumento de restauración del orden social en el mundo de Occidente.

Los monasterios de orden o tipo benedictino extendiéronse de modo muy considerable en los siglos VII y VIII. Por todas partes los vemos surgir como focos de luz, para restaurar, mantener y suscitar normas de cultura, defender algo semejante a una educación elemental, desarrollar las artes útiles, multiplicar y conservar los libros, y dar para el mundo el espectáculo y el ejemplo de un eje de articulación social. Durante ocho siglos, el sistema monástico europeo vino a ser como un sistema de núcleos y fibras de civilización, en el que sin ellas, hubiera sido mundo caótico. Estrechamente relacionadas con los monasterios benedictinos estuvieron las escuelas que pronto habían de convertirse en universidades medievales. Las escuelas del mundo romano habían desaparecido en el derrumbamiento general de la sociedad. Hubo un tiempo en que muy pocos sacerdotes britanos o galos sabían leer el evangelio o el libro de rezos. La enseñanza fué restaurándose muy poco a poco en el mundo. Pero cuando lo estuvo, no era ya oficio de esclavos con saber, sino servicio religioso de una clase especial de hombres a ella consagrados.

En Oriente hubo también una solución de continuidad educativa; pero allí la causa no fué tanto el desorden social como la intolerancia religiosa, y la falta no fué tan completa de ningún modo. Justiniano cerró y dispersó las escuelas de Atenas (529); pero en gran parte lo hizo para destruir la competencia contra la nueva escuela que él fundaba en Constantinopla y que estaba sometida más directamente a la vigilancia imperial. Como la nueva enseñanza latina de las Universidades occidentales que se iban desarrollando carecía de libros de texto y de literatura propia, tuvo que depender en gran parte, a pesar de sus predisposiciones teológicas en contrario, de los clásicos latinos y de las traducciones latinas de literatura griega. Así tuvo que conservar de aquella espléndida literatura más aún de lo que se proponía.

XXXI

SIETE SIGLOS DE ASIA (CIRCA 50 ANTES DE J. C., A 650 DE J. C.)

§ 1. *Justiniano el Grande*

En los dos capítulos precedentes concentramos nuestra atención sobre todo en la caída del orden social y político de la parte occidental del gran Imperio de César y Trajano, en el período relativamente corto de cuatro siglos. Todo espíritu inteligente y abierto a los asuntos públicos que vivieron en los tiempos y circunstancias de San Benito o Casiodoro, pensará que la luz de la civilización iba desvaneciéndose y estaba próxima a extinguirse. Por la más amplia visión que nos consiente un estudio de la historia universal, podemos considerar esos siglos de sombra como una fase, probablemente necesaria, en la marcha adelante de las ideas y conceptos sociales y políticos. Y si, durante aquel tiempo, pesó sobre Europa un oscuro sentimiento de calamidad, hemos de recordar que en proporciones muy vastas del mundo no hubo tal retroceso.

Por sus simpatías occidentales, los escritores europeos se inclinan mucho a menospreciar la tenacidad del imperio de Oriente, que tuvo su centro en Constantinopla. Este imperio recogía una tradición mucho más antigua que la de Roma. Vea el lector el mapa que damos de su extensión en el siglo VI, y si reflexiona que el griego había llegado a ser su lengua oficial, se dará cuenta de que sólo nominalmente fué una rama del imperio romano aquélla de que tratamos aquí; era, en realidad, el imperio helénico soñado por Herodoto y fundado por Alejandro Magno. Cierto que se llamó romano, y romanos a sus habitantes, y aun hoy se llama "romaicos" a los griegos modernos. Cierto también que Constantino el Grande no supo griego y que Justiniano lo pronunciaba mal. Tales superficialidades de nombre y forma no alteran el hecho de que el imperio fuese, en realidad, helénico, con un pasado de seis siglos, en tiempo de Constantino el Grande, y que mientras el imperio romano, propiamente dicho, se derrumbaba por completo en cuatro siglos, este "imperio romano" helénico se sostuviera durante más

de once —desde 312, comienzo del reinado de Constantino el Grande, hasta 1453, en que Constantinopla cayó en poder de los turcos otomanos.

Mientras en Occidente, como dijimos, hubo un derrumbamiento social casi completo, en Oriente nada semejante ocurrió. Pueblos y ciudades florecieron, al campo no le faltó cultivo, el comercio fué progresando. Durante varios siglos fué Constantinopla la ciudad mayor y la más rica del mundo. No nos molestaremos aquí en anotar los nombres y las locuras, los crímenes y las intrigas de esta historia imperial. Los emperadores, como sucede en los más de los grandes Estados, no dirigían su imperio; eran dirigidos por él. Ya nos hemos ocupado con cierta extensión de Constantino el Grande (312-337); hemos mencionado a Teodosio el Grande (379-395), que durante corto tiempo volvió a unir el imperio en su persona, y a Justiniano I (527-565). Algo diremos luego de Heraclio (610-641). Justiniano, como Constantino, llevó tal vez sangre eslava en las venas. Era hombre de fuerte ambición y grandes facultades organizadoras, y tuvo la suerte de casarse con una mujer de iguales o mayores disposiciones: la emperatriz Teodora, que había sido en su juventud actriz de dudosa reputación. Mas sus tentativas ambiciosas para restaurar la antigua grandeza del imperio sobrepujaron probablemente a sus recursos. Reconquistó, según dijimos, de los vándalos, la provincia africana, y de los godos, la mayor parte de Italia. Recuperó, asimismo, el Mediodía de España. Edificó la magna y hermosa iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla; fundó una Universidad y codificó las leyes [1]. Pero hemos de citar frente a esto la clausura ordenada por él de las escuelas de Atenas. Una gran peste barría entonces el mundo, y al morir él, su imperio, renovado y extenso, volvió a encogerse como vejiga agujereada. La mayor parte de sus do-

(1) Gran importancia dan a esta labor los historiadores, incluso uno de los directores de esta historia. Se nos dice que la contribución esencial de Roma a la herencia de la humanidad es la idea de sociedad fundada en la *ley*, y que esta hazaña de Justiniano fué su coronamiento. El autor no está bien preparado para apreciar el valor peculiar del legalismo romano con respecto a la humanidad. Las leyes existentes le parece que se basan en un confuso cimiento de convencionalismos, presunciones arbitrarias y ficciones activas acerca de las relaciones humanas, con lo que se constituye un sistema en verdad harto impracticable y anticuado; está persuadido de que ha de venir un tiempo en que toda la teoría y la práctica de la ley se refunda a la luz de una ciencia social bien desarrollada, de acuerdo con un concepto científico de la sociedad humana, como organización progresiva y en definida relación con un sistema educativo en lo moral y en lo intelectual. A la ley y a los legisladores de hoy los mira con una falta de apreciación que está en su temperamento. Ello puede ser causa de que manifieste alguna negligencia para con Justiniano y cierta injusticia hacia Roma en general.

minios italianos pasó indiferente a los lombardos. Italia era verdaderamente, por entonces, casi un desierto; los historiadores lombardos afirman que su pueblo entró en un país vacío. Los ávaros y los eslavos bajaron de las tierras del Danubio hacia el Adriático, estableciendo poblaciones eslavas en las que hoy son Servia, Croacia y Dalmacia, nuestros actuales países yugoslavos. También comenzó una lucha fuerte y agotadora contra el imperio sasánida de Persia.

Pero antes de hablar de esta lucha, en que los persas estuvieron tres veces a punto de tomar a Constantinopla, y que se decidió en una gran derrota persa en Nínive (627), es necesario esbozar muy brevemente la historia de Persia desde los días de los partos.

§ 2. *El imperio sasánida en Persia*

Establecimos ya comparación entre los cuatro breves siglos de imperialismo romano y la obstinada vitalidad del imperialismo en las tierras del Eufrates y el Tigris. Echamos una rapidísima mirada a las monarquías helenizadas bactriana y seleucida que florecieron, en la mitad oriental de los países conquistados por Alejandro, durante tres siglos, y dijimos cómo bajaron a Mesopotamia los partos en el siglo último antes de J. C., al describir la batalla de Carras y el fin de Craso. Luego, por espacio de dos siglos y medio, la dinastía parta de los arsácidas rigió el Oriente, y los romanos el Occidente, con Armenia y Siria de por medio, y con límites que iban corriéndose hacia el Este y el Oeste a medida que cada una de las potencias crecía en pujanza. Indicamos la más amplia extensión del imperio romano en tiempos de Trajano (véase el mapa del capítulo XXIX, § 3), y dejamos anotado que por el mismo tiempo los indo-escitas (Cap. XXIX, § 4) se extendieron por la India.

En 227 tuvo lugar una revolución, y la dinastía arsácida cedió el puesto a una estirpe más vigorosa, la de los sasánidas, linaje nacional persa con Ardashir I. En cierto sentido, el imperio de Ardashir I ofrece curioso paralelismo con el de Constantino el Grande, posterior en unos cien años. Ardashir intentó consolidarlo insistiendo en la unidad religiosa, y adoptó como religión del Estado la antigua fe persa de Zoroastro, de que hablaremos más adelante.

El nuevo imperio sasánida mostróse agresivo muy pronto, y en tiempos de Sapor I, hijo y sucesor de Ardashir, tomó a Antioquía. Ya se dijo cómo fué derrotado (260) y hecho prisionero el emperador Valeriano. Pero cuando Sapor se retiraba, después de su vic-

torioso avance, al Asia Menor, fué atacado y derrotado por Odenato, rey árabe de un gran centro comercial a través del desierto de Palmira.

Durante algún tiempo con Odenato, y después con Zenobia, su viuda, Palmira fué un gran Estado puesto como una cuña entre ambos imperios. Luego cayó en poder del emperador Aureliano, quien se llevó a Zenobia encadenada para ornato de su entrada triunfal en Roma (272).

No intentaremos seguir las vacilantes fortunas de los sasánidas durante los tres siglos siguientes. En todo ese tiempo, la guerra entre Persia y el imperio de Constantinopla devastó el Asia Menor como una epidemia. El cristianismo se extendió grandemente y fué perseguido, porque antes de la cristianización de Roma el monarca persa era el único dios-rey de la tierra, y en el cristianismo veía tan sólo la propaganda de su rival bizantino. Constantinopla se hizo protectora de los cristianos, y Persia de los adeptos de Zoroastro: en un tratado de 422, un imperio consintió en tolerar el zoroastrismo, y el otro el cristianismo. En 483, los cristianos de Oriente se separaron de la iglesia ortodoxa y formaron la iglesia nestoriana, la cual, como ya se advirtió, mandó misioneros a las lejanas regiones del Asia Central y Oriental. Esta separación de Europa, en cuanto libertó a los obispos cristianos de Oriente de la autoridad de los patriarcas bizantinos, quitando así a la iglesia nestoriana la sospecha de deslealtad política, condujo a una tolerancia completa del cristianismo en Persia. Con Cosroes I (531-579) llegó por fin un postrer período de vigor sasánida. Fué contemporáneo y paralelo de Justiniano. Reformó los impuestos, restauró el zoroastrismo ortodoxo, extendió su poderío a la Arabia meridional (Yemen), que rescató del yugo de los cristianos abisinios; llevó su frontera Norte hasta el Turkestán occidental, y promovió una serie de guerras contra Justiniano. Su renombre de monarca ilustrado creció de tal modo, que, cuando Justiniano cerró las escuelas de Atenas, los últimos filósofos griegos se trasladaron a su corte. Buscaban en él al rey filósofo, espejismo que, como ya se apuntó, buscaron también allá en sus días Platón y Confucio. Los filósofos encontraron la atmósfera del zoroastrismo ortodoxo menos de su gusto aún que el cristianismo ortodoxo, y en 549 Cosroes tuvo la amabilidad de añadir una cláusula, en un armisticio con Justiniano, por la que se les permitía volver a Grecia, y se les aseguraba que no se les molestaría por su filosofía pagana ni por su comportamiento transitorio anterior al período persa.

En conexión con Cosroes, encontramos ahora un nuevo pueblo huno en el Asia Central, el de los turcos, que se nos aparecen primero como aliados de aquél, y luego como amigos de Constantinopla.

Cosroes II (590-628), nieto de Cosroes I, sufrió grandes cambios de fortuna. Al comienzo de su carrera logró éxitos asombrosos contra el imperio constantinopolitano. Tres veces (en 608, en 615 y en 627) sus ejércitos llegaron a Calcedonia, que está frente a Constantinopla, tomó a Antioquía, a Damasco y a Jerusalén (614), de donde se llevó una cruz que era, según decían, la verdadera en que murió Jesucristo, a Ctesifonte, capital suya. (Pe-



ro ésta, u otra verdadera cruz, había pasado ya a Roma. La llevó allá de Jerusalén, según se dice, la "emperatriz Elena", la idealizada y canonizada madre de Constantino, historia que Gibbon trata con poco respeto) [2]. En 619, Cosroes II conquistó las fáciles tierras de Egipto. Su avance victorioso fué detenido al cabo por el emperador Heraclio (610), que se propuso restablecer el arruinado poderío militar de Constantinopla. Durante algún tiempo, Heraclio rehuyó una gran batalla hasta que tuvo fuerzas reunidas. Echóse de veras al campo en 623. Los persas sufrieron una serie de derrotas que culminaron en la batalla de Nínive (627); pero ninguno de los ejércitos tuvo fuerza bastante para derrotar por completo al otro. Al final de la lucha había aún sobre el Bósforo un ejército persa intacto, aunque en Mesopotamia vencían las

(2) *The Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. XXIII

tropas de los bizantinos. En 628, Cosroes II fué desposeído y asesinado por su hijo. Entre los dos agotados imperios concertóse, cosa de un año después, una paz indecisa que restablecía los antiguos límites, y la verdadera cruz fué devuelta a Heraclio, que la volvió a colocar en Jerusalén con mucha pompa y solemnidad.

§ 3. *Decadencia de Siria en poder de los sasánidas*

Damos así, en breve, los principales acontecimientos de la historia de los imperios persa y bizantino. Más interesantes para nosotros, y menos fáciles de resumir, son los cambios que sobrevinieron en la vida de la población general de ambos grandes imperios en el mismo período. El autor encuentra poco carácter definido en las grandes pestes que, según se sabe, asolaron el mundo en los siglos II y VI de nuestra era. Ciertamente mermaron la población, y es probable que desorganizaran el orden social en aquellas regiones en el mismo grado que nos consta que ocurrió en los imperios romano y chino.

Sir Mark Sykes, cuya desgraciada muerte en París durante la epidemia gripal de 1919 fué pérdida irreparable para la Gran Bretaña, trazó en *La última herencia del califa* una vivaz revista de la vida general del Asia próxima durante el período de que hablamos. En los siglos iniciales de la era presente —dice— "la dirección de la administración militar y de la hacienda imperial divorcióse por entero para los hombres del gobierno efectivo; y a pesar de la más vil tiranía de necios, borrachos, déspotas, locos, salvajes y mujeres perdidas que llevaron de tiempo en tiempo las riendas del gobierno, Mesopotamia, Babilonia y Siria contenían enorme población, reparábanse ingentes canales y diques, florecían el comercio y la arquitectura, a pesar del continuo paso de ejércitos hostiles y del cambio constante de nacionalidad del que dominaba. El interés de cada aldeano concentrábase en su pueblo; el interés de cada ciudadano estaba en el progreso y la prosperidad de su ciudad propia, y a veces se veía hasta con satisfacción la llegada de un ejército enemigo si su victoria era segura y el pago de sus contratos tenía certidumbre.

"Por otra parte, una invasión procedente del Norte ([3]) hubiera sido muy de temer. Entonces los aldeanos tendrían que refugiarse tras las murallas de las ciudades, desde donde podrían ver el humo revelador de los daños y desastres causados por los nómadas. Sin embargo, mientras no estuvieran destruídos los canales (hechos, por cierto, con tal solidez y cautela, que su seguridad no corría riesgo), ningún daño irreparable se podía causar...

([3]) Turanios, procedentes del Turkestán, o ávaros, del Cáucaso.

"En Armenia y el Ponto las condiciones de la vida eran en todo diversas. Tratábase de distritos montañosos, con tribus feroces, mandadas por una poderosa nobleza indígena que reconocía a un rey, mientras que en valles y llanuras el pacífico cultivador suministraba los recursos económicos necesarios... Cilicia y Capadocia estaban sometidas por entero a la influencia griega, y contenían riqueza abundante y ciudades altamente civilizadas, a más de poseer una considerable marina mercante. Pasando de Cilicia al Helesponto, la costa entera del Mediterráneo estaba poblada de ricas ciudades y colonias griegas, enteramente cosmopolitas por su pensamiento y su habla, con las ambiciones municipales y locales que parecen naturales al carácter griego. La zona griega extendíase de Caria al Bósforo, y seguía la costa nada menos que hasta Sinope, en el Mar Negro, donde iba gradualmente desvaneciéndose.

"Siria estaba dividida en una prieta cuadrícula de principados y reinos municipales. Primero, los Estados casi bárbaros de Comagenes y Edessa (Urfa) al Norte; al Sud de éstos, Bambyce, con sus grandiosos templos y su gobierno sacerdotal; hacia la costa, una densa población en ciudades y aldeas arracimadas en torno a las capitales independientes de Antioquía, Apamea y Emesa (Homs), y en el desierto, la gran ciudad semítica mercantil de Palmira iba creciendo en riqueza y magnitud como mercado natural entre el país de los partos y Roma. Entre el Líbano y el Anti-Líbano encontramos, a la altura de su gloria, a Elíópolis (Baalbek), que todavía, con sus restos dispersos, nos impone admiración... Encaminándonos a Galilea encontramos las admirables ciudades de Gerasa y Filadelfia (Amman), unidas por sólidas carreteras enlosadas y provistas de gigantescos acueductos... Siria es tan rica aún en ruinas y restos de este período que no es difícil forjarse el cuadro de su civilización. Las artes de Grecia, importadas desde mucho tiempo atrás, habíanse desarrollado hasta tocar en una opulencia rayana en la vulgaridad. La riqueza en la ornamentación, la prodigalidad en el gasto, el lujo ostentado, todo prueba que los gustos de aquellos semitas voluptuosos y artistas eran entonces los mismos que hoy. Yo he estado entre las columnatas de Palmira y he comido en el hotel Cecil, y salvo que la construcción de éste es metálica, encubierta con madera fingida, estuco fingido, oro falso, falso terciopelo y piedra falsa, el efecto es idéntico. Había en Siria suficiente cantidad de esclavos que hicieran construcciones reales; pero el espíritu artístico está tan desprovisto de base como todo lo hecho mecánicamente. Frente a las ciudades, el pueblo aldeano viviría lo mismo que ahora, en casas de lodo y entre paredes de adobe; y entretanto, en los prados distantes los beduínos vigilaban sus rebaños en libertad bajo el

gobierno de los monarcas nabateos de su propia raza, o desempeñaban el oficio de guardianes y agentes de las grandes caravanas de mercaderes.

"Más allá de los pastores extendíanse los abrasadores desiertos, que hacían para el imperio de los partos, del otro lado del Eufrates, el papel de valla y defensa impenetrable. Tras ellos estaban las grandes ciudades de Ctesifon, Seleucia, Hatra, Nisibin y



Harran, y cien más cuyos nombres se han olvidado. Alimentábanse los grandes centros de población gracias a la enorme riqueza cereal de Mesopotamia, regada a la sazón por canales abiertos por jefes cuyos nombres perdíanse ya entonces en las nieblas de la antigüedad. Babilonia y Nínive ya no existían; los sucesores de Persia y Macedonia habían dejado el puesto a los partos; pero el pueblo y los cultivos eran los mismos que en tiempos de Ciro el Conquistador, primero que subyugó el país. Muchas ciudades tenían por lengua el griego, y los ciudadanos cultos de Seleucia criticaban la filosofía y la tragedia atenienses; pero los millones de agricultores no entendían de aquello más de lo que un aldeano actual de Esse puede entender de lo que pasa en la metrópoli".

Compárese con esto el estado de cosas a fines del siglo VII. "Siria había venido a ser una tierra empobrecida y castigada, y sus ciudades mayores, aunque pobladas todavía, embarazaríanse en las ruinas que el erario público no tenía fuerza para apartar. Las propias Damasco y Jerusalén no se habían recobrado de los efectos de sus largos y terribles asedios; Amman y Gerasa habían declinado hasta convertirse en poblachos miserables, sometidos al poder y mando de los beduinos. Quizá el Harran mostraba aún signos de la prosperidad que disfrutó en tiempos de Trajano; pero los míseros edificios y las rudas inscripciones de estos otros indican una triste y depresiva decadencia. En el desierto alzábase Palmira, vacía y desolada, sin más que una guarnición en el castillo. En las costas y en el Líbano podía verse aún la sombra del tráfico y de la riqueza de antaño; pero en el Norte, ruinas, desolación y abandono hubieron de ser por todas partes el estado común del país, saqueado con infalible regularidad durante cien años y en poder de enemigos durante quince. La agricultura decayó; la población decreció notablemente a causa de las epidemias y desastres que tuvo que sufrir.

"Capadocia fué hundiéndose poco a poco en la barbarie; y las grandes basílicas y ciudades, que los rudos campesinos ya no podían reparar ni restaurar, fueron arrasadas. La península de Anatolia fué pasada a arado y rastrillo por los ejércitos persas; las ciudades mayores, despojadas y saqueadas".

§ 4. *El primer mensaje del Islam*

Cuando Heraclio se ocupaba en restaurar el orden en aquella ya desolada Siria, después de muerto Cosroes II, llegó a él un extraño mensaje. El portador fué a caballo hasta la avanzada imperial, en Bostra, junto al yermo que se extiende al Sur de Damasco. La carta estaba escrita en árabe, la oscura lengua semítica de los pueblos nómadas del desierto meridional; y solamente es de presumir que le llegara una interpretación, tal vez con apostillas del intérprete que la desfiguraran.

Era un raro y florido reto de alguien que se daba a sí mismo el nombre de "Mahoma, el Profeta de Dios". Parece ser que Mahoma exhortaba a Heraclio para que reconociera y sirviera al único Dios verdadero. Nada más definido se desprendía del documento.

No consta la acogida que tuvo tal carta, y es de presumir que quedó sin respuesta. El emperador se encogería probablemente de hombros, un poco divertido con el incidente.

Pero Ctesifón sabía algo más acerca de Mahoma. Teníasele por un enfadoso falso profeta que había incitado al Yemen, la

rica provincia meridional de Arabia, a rebelarse contra el rey de los reyes. Kavadh tenía mucho que hacer. Había desposeído y asesinado a su padre Cosroes II e intentaba reorganizar el poderío militar de los persas. También él recibió un mensaje idéntico al de Heraclio, y aquello le irritó. Hizo pedazos la carta, se la arrojó al rostro al que la traía y le despidió al punto.

Cuando al que le enviaba se le refirió esto en la mísera y pequeña ciudad de Medina, montó en cólera. "¡Oh, Señor —clamó—, quítale su reino". (628 de J. C.).

§ 5. *Zoroastro y Mani*

Mas antes de seguir refiriendo la propagación del Islam por el mundo, será conveniente que completemos nuestra reseña de las condiciones de Asia al comenzar el siglo VII. Y alguna palabra se debe también a las manifestaciones religiosas de la comunidad persa durante el período sasánida.

Desde los días de Ciro en adelante, el zoroastrismo prevaleció sobre los antiguos dioses de Nínive y Babilonia. Zoroastro (forma griega del iranio "Zarathustra"), lo mismo que Buda, fué ario. No sabemos en qué tiempo vivió; hay autores que le sitúan nada menos que en el año 1000 antes de J. C., y otros le hacen contemporáneo de Buda o de Confucio; y estamos igualmente ignorantes de su nacimiento o nacionalidad exacta. Su enseñanza ha llegado hasta nosotros en el Zend Avesta; pero no hemos de exponerla aquí en detalle, puesto que ya no desempeña papel importante en los negocios del mundo. La oposición de un dios bueno, Ormuz, dios de la luz, de la verdad, de la franqueza y del sol, y de un dios malo, Ahrimán, dios de misterio, astucia, diplomacia y tinieblas, dios de la noche, constituye la parte central de su religión. Tal como la encontramos en la historia, aparece ya rodeada de todo un sistema ceremonial y sacerdotal; carece de imágenes; pero tiene sacerdotes, templos y altares en que arde un fuego sagrado ante el que se celebran sacrificios rituales. Entre otros rasgos distintivos, ofrece la prohibición de quemar y de enterrar a los muertos. Los parsis de la India, últimos supervivientes de la religión de Zoroastro, dejan todavía a sus muertos encerrados en unas torres abiertas, las Torres del Silencio, frecuentadas por los buitres.

En tiempo de los reyes sasánidas, desde Ardashir en adelante (227), ésta fué la religión oficial; su jefe era la personalidad inmediata a la del rey, en el Estado, y al rey, a la manera antigua, teníasele por un ser divino o semidivino, en términos de intimidad peculiar con Ormuz.

Pero la fermentación religiosa del mundo no dejó sin disputa en el imperio persa la supremacía de la religión de Zoroastro. No

sólo hubo en él una gran difusión oriental del cristianismo, según hemos manifestado, sino que surgieron sectas persas que incorporaban las nuevas ideas del tiempo. Temprana variante o rama de la religión de Zoroastro fué el mitraísmo, de que hemos hablado ya. Extendióse por Europa en el siglo I antes de J. C., después de las guerras orientales de Pompeyo; consiguió enorme popularidad entre los soldados y la plebe, y hasta los tiempos de Constantino el Grande fué para el cristianismo serio rival. Y uno de los sucesores de aquél, el emperador Juliano (361-363), llamado en la historia cristiana "Juliano el Apóstata", hizo amago tardío de sustituirlo a la fe aceptada. Mitra era un dios de luz, "procedente" de Ormuz y milagrosamente nacido, como la tercera persona de la Trinidad cristiana procede de la primera. Nada más diremos de esta rama del tronco de Zoroastro. En el siglo III, sin embargo, surgió otra religión, la de los maniqueos, que merece aquí mención.

Mani, fundador del maniqueísmo, era hijo de una familia acomodada de Echatana, antigua capital meda (216). Educóse en Ctesifón. Su padre era como un sectario religioso, y él se crió en una atmósfera de discusiones acerca de religión. Persuadióse al cabo de que poseía toda la luz, fuerza motriz de todos los iniciadores religiosos. Sintióse impelido a proclamar su doctrina. En 242, cuando Sapor I, el segundo monarca sasánida, subió al trono, empezó sus predicaciones.

Es característico de la dirección espiritual de los hombres de aquellos días el hecho de que su enseñanza encierre una especie de teocracia. No proclamaba, y así lo declaró, nada nuevo. Los grandes fundadores de religiones anteriores a él tuvieron todos razón: Moisés, Zoroastro, Buda, Jesucristo, todos fueron verdaderos profetas pero a él le estaba destinado el clarificar y coronar su enseñanza imperfecta y confusa. Hízolo en la lengua de Zoroastro. Explica las perplejidades y contradicciones de la vida como un conflicto entre la luz y las tinieblas, siendo Ormuz, Dios, y Ahrimán, Satanás. Pero la creación del hombre, la caída desde la luz a las tinieblas, y la parte que desempeña Jesús en esta extraña mezcla de religiones, no podríamos explicarla aquí aunque quisiéramos. Nuestro interés por el sistema no es teológico, sino histórico.

Pero tiene el más alto interés histórico la circunstancia de que Mani, no sólo recorriera el Irán predicando estas ideas suyas nuevas y para él plenamente satisfactorias, sino también el Turkestán, la India y los caminos de la China. Conviene fijarse en esta libertad de viajar. Es interesante, porque nos revela el hecho de que ya no era el Turkestán país de nómadas peligrosos, sino tierra de florecientes ciudades con hombres que tenían educación y tiempo para dedicarse a la discusión teológica.

Las ideas de Mani se extendieron con gran rapidez hacia el Este y hacia el Oeste, y fueron raiz fructífera de herejías en todo el mundo cristiano durante cerca de diez siglos.

Por el año 270 volvió Mani a Ctesifón, donde hizo muchos conversos. Esto le puso en conflicto con la religión oficial y los sacerdotes. En 277, el monarca reinante le mandó crucificar y desollar su cuerpo, por razones desconocidas, con lo que empezó una fiera persecución contra sus adeptos. Sin embargo, el maniqueísmo se conservó en Persia con el cristianismo nestoriano y el zoroastrismo ortodoxo (mazdaísmo) durante varios siglos.

§ 6. *Los hunos en el Asia Central y en la India*

Ha llegado a ser evidente que en los siglos V y VI de J. C., no sólo Persia, sino también las regiones que son hoy el Turkestán y el Afghanistán, estaban mucho más adelantadas en civilización que la Francia y la Inglaterra de entonces. La oscuridad histórica en que ambas regiones se envolvían se ha dis'pado en los veinte años últimos con el descubrimiento de una bibliografía considerable escrita en lenguas del grupo turco. Esos manuscritos datan del siglo VII y siguientes. Su alfabeto es una adaptación del sirio, introducido por misioneros maniqueos, y muchos de los manuscritos que se han descubierto —pergaminos empleados en lugar de vidrios para las ventanas— están escritos en caracteres tan hermosos como los de cualquier producción benedictina. Juntamente con una extensa literatura maniquea, hay traducciones de las Escrituras cristianas y de los textos búdicos. Muchos de estos primitivos materiales turcos están todavía por examinar.



Moneda Eftalita

Todo induce a la conclusión de que aquellos siglos, que fueron para Europa de retroceso y desastre, constituyeron en relación una época de progreso en el Asia Central, en dirección a la China.

En el siglo VI verificábase aún continuamente un traslado de pueblos hunos de raza hacia el Norte del Caspio: eran los llamados hoy tártaros y turcos. Pero se les ha de considerar como un sobrante, más bien que como pueblos enteros que emigran. Entre el Danubio y las fronteras chinas el mundo era todavía, en gran parte, nómada, con ciudades y poblaciones que surgían en las principales rutas mercantiles. No necesitamos entrar aquí en los pormenores del choque perpetuo entre los pueblos turcos del Turkestán occidental con los persas que habitaban al Sur, en las viejas rencillas de turanios e iranios. No sabemos que los persas intentaran grandes avances por el Norte; pero sí que los turanios por el Este, y los alanos por el Oeste del Caspio, hicieron incursiones memorables hacia el Sur, antes de la vasta serie de movimientos hacia Occidente que en los siglos III y IV llevaron a los alanos y a los hunos hasta el corazón de Europa. Hubo un movimiento en dirección al Este de Persia, y al Sur, cruzando el Afganistán, hacia la India, además del otro hacia el Noroeste. Ambas corrientes nómadas dejaron en medio a Persia. Ya hemos hablado de los yue-chi (cap. XXIX. § 4), que descendieron finalmente a la India, de los indo-escitas del siglo II. Una porción rezagada, nómada todavía, de los yue-chi, permaneció en el Asia Central y creció en número en las estepas del Turquestán: eran los eftalitas o hunos blancos. Después de causar molestias y peligros a los persas durante tres siglos, acabaron por entrar en la India, siguiendo las huellas de sus afines, por el año 470, como un cuarto de siglo después de la muerte de Atila. No emigraron a la India; entraban y salían para saquear, y se volvían con el botín a su propia tierra; de igual modo que los hunos, establecidos después en la gran llanura del Danubio, saquearan a Europa.

La historia de la India en estos siete siglos a que pasamos revista está puntualizada por ambas invasiones de los yue-chi: la de los indo-escitas, que, según dijimos, borraron todo rastro de dominio helénico, y la de los eftalitas. Ante la primera, la de los indo-escitas, se descuajó una oleada de pueblos ya asentados, los sakas; de modo que la India experimentó tres oleadas de invasión bárbara: por el año 100, por el 120 y por el 470. Sólo la segunda de estas invasiones fué de conquista y establecimiento permanente. Los indo-escitas pusieron su cuartel general en la frontera del Noroeste e instauraron una dinastía, la dinastía kushana, que gobernó la parte mayor de la India septentrional, llegando hasta Benares.

El principal monarca kushano fué Kanishka (fecha desconocida), que agregó a la India septentrional el Kashgar, Yarkand y Khotan. Como Asoka, fué grande y esforzado promotor del budismo, y con sus conquistas el gran imperio de la frontera Noroeste hubo de poner a la India en relaciones estrechas y frecuentes con la China y el Tibet.

No nos molestaremos en registrar aquí las disensiones y coaliciones de fuerzas en la India ni las dinastías que siguieron a los kushanos, porque esto significa poquísimo para nuestro propósito

actual. A veces la India fué como una baraja de Estados; a veces imperios como el de los guptas, dominaban grandes extensiones. Todo ello introdujo poca diversidad en las ideas, la religión y la vida ordinaria de los pueblos indos. El brahmanismo se mantenía pujante frente al budismo, y ambas religiones prosperaban a la par. La masa de la población vivía casi lo mismo que hoy: se vestía, labraba y edificaba de manera muy semejante.

La irrupción de los eftalitas es memorable, no tanto a causa de sus efectos permanentes como por las atrocidades perpetradas por los invasores. Los eftalitas parecíanse mucho en barbarie a los hunos de Atila; no hicieron sino saquear, y no produjeron dinastía ninguna como la de los monarcas bushanos: sus jefes conservaban en el Turkestán occidental sus cuarteles generales. Mihiragula, su capitán más hábil, fué llamado el Atila de la India. Una de sus distracciones favoritas era, según se dice, la costosa diversión de despeñar elefantes para recrearse en sus sufrimientos. Sus abominaciones incitaron a los príncipes tributarios indos a una rebelión en que le derribaron (528). Pero el fin de las incursiones eftalias en la India causáronlo, no los indos, sino la destrucción del núcleo central eftalita del Oxus (565) por el creciente poderío turco en alianza con los persas. Después de este fracaso, los eftalitas se disolvieron rápida y completamente entre las poblaciones que les rodeaban, como los hunos europeos hicieron a la muerte de Atila unos cien años antes. Los nómadas, sin tierras de pastos centrales, tienen que dispersarse; no les queda más recurso. Algunos de los principales clanes de la Rajputana de hoy en la India septentrional descienden, según se afirma, de los hunos blancos.

§ 7. *La Edad de oro china*

Los siete siglos que vieron el comienzo y el fin de los emperadores en Roma y el derrumbe completo y la refundición de la vida social, económica, política y religiosa de la Europa de Occidente, vieron también cambios profundos en el mundo chino. Tanto los historiadores chinos y japoneses como los europeos suelen admitir que la dinastía Han, que encontramos en China al comienzo de este período, y la dinastía Tang, que lo cierra, tuvieron influjo análogo en el gobierno de imperios semejantes virtualmente, y que los cuatro siglos de separación transcurridos entre el fin de la dinastía Han (220) y el comienzo del período Tang (119) fueron siglos de disturbios más bien que de cambios esenciales. Las divisiones de la China se supone que fueron meramente políticas y territoriales; y engañados por la circunstancia de que tanto al final como al principio de estas cuatro centurias ocupara China, sobre poco más o menos, los mismos vastos territorios asiáticos y fuese aún

toda ella la China con cultura, escritura e ideas generales comunes, ignoran el desplome y la reconstrucción fundamentales que sobrevinieron y la correspondencia que se manifestó en China en varios aspectos, con la situación de Europa.

Cierto que la quiebra social fué tan completa en China como en el mundo europeo. Durante todo el período hubo extensiones considerables en que pudo continuar la elaboración de las artes de la vida. No sufrieron deterioro tan completo en su pureza y decoro las producciones artísticas y literarias como el que hemos visto en Occidente, y no se dió igual abandono en la persecución de cuanto significase gracia y placer. Señalemos como ejemplo la aparición del "té" en el mundo, y que se propagó gracias a la China. Empezó ésta a usarlo en el siglo VI de J. C., y hubo poetas chinos que describieron con deleite los efectos de la primera, de la segunda, de la tercera taza, etc, etc. China siguió produciendo buena pintura mucho después de la caída de los Han. En los siglos II, III y IV pintáronse algunos de los más deliciosos paisajes pintados jamás por mano de hombre. Prosiguió también la producción considerable de vasos y tallas. Progresaron la arquitectura y la decoración. La impresión con tacos de madera empezó por los mismos tiempos en que se descubrió el té como bebida, y la poesía tuvo en el siglo VII un resurgimiento notable.

Ciertas diferencias entre los grandes imperios de Oriente y Occidente ceden todas en pro de la estabilidad de aquéllos. China no tuvo, en general, moneda acuñada. El sistema de crédito del mundo occidental, a la vez eficaz y peligroso, no pesó sobre su vida económica. Y no es que se desconociese la idea monetaria. En las pequeñas transacciones, las diversas provincias usaban cinc perforado y numerario de latón, pero en las mayores tan sólo lingotes de plata sellados. Aquel gran imperio efectuaba todavía la mayor parte de sus negocios sobre la base del trueque, como en Babilonia en los días de los mercaderes arameos. Y así continuó hasta los albores del siglo XX.

Ya hemos visto cómo en la república romana la sobra de fluidez en la propiedad que trajo consigo la moneda destruyó el orden social y económico. El dinero se hizo abstracto y perdió contraste con los verdaderos valores que se suponía representados por él. Individuos y comunidades contrajeron deudas absurdamente, y el mundo llevó la carga de una clase rica acreedora, formada por hombres que no manejaban ni administraban una riqueza real, pero tenían el poder de acaparar dinero. En China nunca se dió semejante desarrollo de la hacienda. La riqueza siguió siendo real y visible. Y China no necesitó de leyes Licinias ni de un Tiberio Graco. La idea de propiedad no iba más allá de las cosas tangibles. No existía

esclavitud del trabajo ni servidumbre en cuadrilla (4). El que ocupaba y explotaba la tierra era, en los más de los casos, propietario virtual de ella y estaba sometido a un impuesto territorial. Había terratenientes en pequeña escala, pero no latifundios. Los que no poseían tierras trabajaban a salario, que se les solía pagar en especies, como en la antigua Babilonia.



Todo esto contribuyó a la estabilidad y la estructura geográfica china a la unidad; sin embargo, el vigor de la dinastía Han declinó, y cuando por fin, al terminar el siglo II de J. C., la catástrofe universal de la peste vino a herir el sistema, aquella misma peste que originó un siglo de confusión en el Imperio romano, la dinastía cayó como un árbol podrido bajo el huracán. Y la misma tendencia a fragmentarse en muchos Estados guerreros, y el mismo brote de gobernantes bárbaros, desplegóse por igual en Oriente y en Occidente. En China, como en el Imperio Occidental, había decaído la fe. Mr. Fu atribuye en gran parte el enervamiento político de China en este periodo al epicureísmo derivado, según él, del individualismo escéptico de Lao-Tsé. A esta fase de división se le llama "Período de los Tres Reinos". El siglo IV conoció una dinastía de hunos más o menos civilizados que se establecieron como gobernantes en la provincia de Shen-si. En este reino

(4) Había jóvenes esclavas dedicadas a las tareas domésticas y mujeres compradas y vendidas. — J. J. L. D.

huno entraba no sólo el Norte de China, sino grandes extensiones de Siberia; su dinastía asimilóse la civilización china, y su influjo llevó el comercio y el saber de los chinos hasta el círculo Artico. Mr. Fu compara esta monarquía siberiana al imperio de Carlomagno en Europa: eran los bárbaros "chinizados", como Carlomagno fué el bárbaro que se romanizó. De la fusión de estos siberianos con elementos indígenas de la China septentrional, surgió la dinastía Suy, conquistadora del Sur. La dinastía Suy marca el comienzo de un renacimiento en China. En sus tiempos anexionáronse las islas Lu-chu y hubo una fase de gran actividad literaria. El número de volúmenes que contenía en aquel tiempo la biblioteca imperial ascendió, según se dice, a 54.000. El alborear del siglo VII conoció el principio de la gran dinastía Tang, que había de durar tres siglos.

El renacimiento de China, que empezó con Suy y culminó en Tang, Mr. Fu lo acentúa; fué un nuevo nacer efectivo. "El espíritu —escribe— se renovó; marca con rasgos enteramente distintivos la civilización Tang. Cuatro factores principales juntáronse y fundiéronse: 1) Cultura liberal china; 2) Clasicismo chino; 3) Budismo indio; y 4) Bravura septentrional. Todo esto dió el ser a una nueva China. El sistema provincial, la administración central y la organización militar de la dinastía Tang, fueron en todo distintos de lo que habían sido antes. Las artes vivificáronse al influjo centroasiático e indo. La literatura no fué mera continuación de la antigua, sino nueva producción. Las escuelas religiosa y filosófica del budismo fueron creaciones nuevas. Todo el período, de cambio substancial.

"Será interesante comparar esta reconstitución china con el destino del Imperio romano en sus días postreros. Así como el mundo romano se dividió en mitad de Oriente y mitad de Occidente, el mundo chino se dividió en mitad del Norte y mitad del Sur. Los bárbaros, en el caso de Roma y en el de China, hicieron invasiones similares, estableciéndose en dominios similares. El imperio de Carlomagno corresponde a la dinastía siberiana (más tarde Wei); la reconquista temporal del imperio de Occidente por Justiniano, a la reconquista pasajera del Norte por Liu Yu. La estirpe bizantina corresponde a las dinastías meridionales. Pero aquí divergen ya los dos mundos. China recobró la unidad; Europa no la ha recobrado todavía".

Los dominios del emperador Tai-Tsung (627), el segundo monarca Tang, extendiéronse por el Sur hasta Annam, y por el Oeste hasta el mar Caspio. Su frontera Sur tocaba en aquella dirección con la de Persia. La del Norte atravesaba el Altai, desde la estepa Kirghis, al Norte del desierto de Gobi. Pero no comprendía a Corea, que fué conquistada y hecha tributaria por el

hijo de él. La dinastía Tang civilizó e incorporó a la raza china toda la población meridional, y así como los chinos del Norte se llaman "hombres de los Han", los del Sur se llaman "hombres de los Tang". Codificáronse las leyes, se revisó el sistema de exámenes y se llevó a cabo una completa y cuidadosa edición de los clásicos chinos. A la corte de Tai-Tsung llegó una embajada de Bizancio, y, lo que es más significativo, una compañía de misioneros nestorianos procedente de Persia (631). Tai-Tsun, recibió a estos últimos con gran respeto, les oyó afirmar los principales artículos de su credo y ordenó que se tradujeran al chino las Escrituras cristianas para examinarlas más detenidamente. En 638 anunció que encontraba enteramente satisfactoria la nueva religión y que podía predicarse en el Imperio. Consintió también que se alzara una iglesia y se fundara un monasterio.

Todavía llegó a la corte de Tai-Tsung una embajada más notable, en 628, tres años antes que la de los nestorianos. Era una partida árabe que llegó por mar a Cantón en un barco mercante, procedentes de Yanbu, puerto de Medina en Arabia. (Incidentalmente es interesante el saber que había en aquel tiempo barcos dedicados al comercio entre Oriente y Occidente). Enviaba a los árabes aquel Mahoma de quien hicimos ya mención, que se denominaba "El Profeta de Dios", y el mensaje que llevaron a Tai-T'sung sería probablemente idéntico a las exortaciones hechas en el mismo año al emperador bizantino Heraclio y a Kavadh en Ctesifón. Pero el monarca chino ni desdeñó el mensaje como Heraclio, ni insultó a los enviados como Kavadh el parricida. Los recibió bien, manifestó gran interés por sus opiniones teológicas, y según se dice, les auxilió para que edificasen una mezquita en Cantón, destinada a los mercaderes árabes, mezquita que aún hoy subsiste y es una de las más antigua del mundo.

§ 8. *Cadenas intelectuales de China*

La urbanidad, la cultura y el poderío de China en tiempos de los primeros legisladores Tang, ofrecen tan vivaz contraste con la decadencia, el desorden y las divisiones del mundo de Occidente, que suscitan algunas de las interrogaciones más interesantes en la historia de la civilización. ¿Por qué no conservó la China la gran primacía que conquistó con su rápida vuelta a la unidad y al orden? ¿Por qué hasta hoy no domina al mundo, cultural y políticamente?

Durante algún tiempo mantúvose, sin duda, a la cabeza. Sólo mil años después, en los siglos XVI y XVII, cuando se descubrió América, se extendió el libro impreso y la educación en Occidente, y alborearon los modernos descubrimientos científicos, podemos decir con cierta confianza que el mundo occidental comenzó a adelantarse a la China. Gobernando los Tang, en su período de mayor grandeza, y luego, cuando dominaba la dinastía artística, pero ya algo decadente, de los Sung (960-1279), y otra vez en el período de los cultos Mings (1358-1644), China ofreció un espectáculo de prosperidad, felicidad y actividad artística muy notables frente a los de cualquier Estado contemporáneo suyo. Y habiendo conseguido tanto, ¿cómo no consiguió más? China tenía su flota, y en aquel tiempo tuvo un comercio marítimo considerable. (5) ¿Por qué no descubrieron los chinos América o Australia? Llevaron a cabo muchas observaciones aisladas, artificios e inventos. Conocían la pólvora desde el siglo VI y usaron el carbón y el gas para calentarse siglos antes de que Europa los empleara; sus puentes y sus obras de ingeniería hidráulica fueron admirables; el conocimiento de los materiales que revelan sus esmaltes y lacas es grandísimo. ¿Por qué no organizaron nunca el sistema de información y cooperación en las investigaciones que ha dado al mundo la ciencia moderna? ¿Y por qué, a pesar de su perfección en las buenas maneras y en el dominio de sí mismos, no se extendió nunca la educación intelectual a la masa general de la población? ¿Por qué son hoy, por qué han sido siempre en la China iletradas las masas, a pesar del alto nivel de su natural inteligencia.

A estas interrogaciones suele dársele respuesta trivial. Se nos dice que el chino es el más conservador de los seres humanos, que, a diferencia de lo que ocurre en las razas europeas, su mente está vuelta al pasado, que es gustoso esclavo de la etiqueta y del precedente hasta un grado incalculable para la mente occidental. Represéntasele con mentalidad tan distinta, que casi se piensa, para explicarla, en una diferente estructura cerebral. Y para remachar esta sugestión, siempre se traen a cuento las alusiones de Confucio a la sabiduría de los antiguos.

Sin embargo, examinada más de cerca, esta generalización se disuelve en el aire. La superior iniciativa individual, la liberalidad de sus arrestos, la disposición experimental que caracteriza, según dicen, al espíritu de Occidente, sólo se manifiesta en su historia

(5) Es dudoso que los chinos conocieran la brújula. Hirth (*Ancient History of China*, pág. 126 y siguientes), después de examinar bien todos los pormenores, llega a la conclusión de que aun siendo probable que la alta antigüedad conociera algo semejante a la brújula, tal conocimiento se perdió después hasta que en la Edad Media aparece de nuevo en manos de los geomantas (los que elegían lugares favorables para sepulcros, etc.). La primera mención inequívoca de su empleo en la marinería ocurre en una obra del siglo XII, y se refiere al uso que hacían los barcos extranjeros que comerciaban entre China y Sumatra. Hirth inclínase más bien a la creencia de que los viajeros árabes la vieron en manos de los geomantas chinos y la aplicaron a la navegación, llevándola después ellos a China como "brújula marinera". — J. J. L. D.

durante ciertas fases y en circunstancias excepcionales. Por lo demás, el mundo de Occidente se muestra tan tradicionalista y conservador como la China. Y por otra parte, la mente china muestra en condiciones de estímulo tanta inventiva y versatilidad como la europea, y la de los japoneses, que es muy análoga, más todavía. Porque en el caso de los griegos, el mayor desarrollo de su vigor mental queda dentro de un período que va del siglo VI antes de J. C. a la decadencia del Museo Alejandrino y los últimos Ptolomeos, en el siglo II de J. C. Hubo griegos antes y los ha habido después, pero la historia de unos mil años de imperio bizantino hace ver en el mundo helénico un estancamiento intelectual, igual, por lo menos, al de la China. Ya hemos llamado, luego, la atención hacia la relativa esterilidad de la mente itálica durante el período romano y su fértil abundancia desde el Renacimiento del saber. La de Inglaterra tuvo una fase de brillantez en los siglos VII y VIII, que no se renovó hasta el XV. Y también la de los árabes, como diremos en seguida, resplandeció como una estrella durante unas seis generaciones siguientes a la aparición del Islam, y antes o después no ha realizado ninguna otra cosa importante. Por otra parte, hubo siempre en China mucha inventiva dispersa, y el progreso del arte chino da testimonios de nuevos caminos e innovaciones vigorosas. Exageramos la reverencia de los chinos para con sus padres; el parricidio fué crimen harto más común entre los emperadores chinos que entre los gobernantes mismo de Persia. Además, ha habido en China varios movimientos libertadores y se conocen diversas luchas contra las "tendencias antiguas".

Ya se ha indicado que en toda comunidad, las fases del verdadero progreso intelectual parecen estar en conexión con la existencia de una clase aparte, suficientemente libre para no tener que trabajar o entregarse de una manera agotadora a los menesteres terrenos, y no lo bastante rica y poderosa para dejarse tentar por las extravagancias del placer, de la ostentación o del concepto de superioridad. Esta clase, hemos insinuado también, ha de poder hablar libremente y su comunicación ha de ser fácil. No hay que tenerla por sospechosa de herejía ni perseguirla por las ideas que exprese. Tal estado de cosas prevaleció de fijo en Grecia durante sus días mejores. Una clase de hombres cultos, inteligentes y libres, aparece clara en la historia: siempre se registra una filosofía atrevida o un eficaz adelanto científico.

Si rechazamos la idea de que hay una profunda diferencia racial entre China y Occidente, que hace a los chinos conservadores por naturaleza, a nuestros países de naturaleza progresiva, no tenemos más remedio que buscar por otro lado la causa operante de tal diferencia en cuanto a progresividad. Muchos se inclinan a señalar esa causa que, a pesar de sus ventajas originales,

ha retrasado tanto a la China durante los cuatro o cinco siglos últimos, en el aprisionamiento de la mente china en un idioma y una escriura tan trabajosos y difíciles, que las energías mentales del país se consumen en gran parte sólo para adquirirlos. Esto merece examen.

Hemos hablado ya de las peculiaridades de la escritura y del lenguaje en China. La escritura japonesa derívase de la china y consiste en un sistema de formas escritas mucho más rápido. Gran número de ellas son ideogramas tomados del chino y usados exactamente como se usan los ideogramas chinos; pero hay también ciertos signos que expresan sílabas; existe un silabario japonés semejante al silabario sumerio, descrito en el capítulo XVIII. La escritura japonesa sigue siendo un sistema tosco, tanto como el sistema cuneiforme, pero menos que el chino; y en el Japón ha habido intentos de admitir el alfabeto occidental. Corea, tiempo atrás, avanzó un paso, y creó un verdadero alfabeto desde los mismos orígenes de China.

Con estas excepciones, todos los grandes sistemas de escritura que hoy usa el mundo se basan en los alfabetos mediterráneos y se aprenden y dominan, relativamente, con más facilidad.

Esto quiere decir que mientras otros pueblos aprenden tan sólo un método de relativa sencillez que fija directamente la lengua familiar, el chino tiene que dominar una compleja multitud de signos que representan palabras y grupos de palabras.

No tiene que aprender, simplemente, los signos, sino la agrupación establecida de ellos, que representa diversos significados. Ha de familiarizarse, pues, con cierto número de obras clásicas ejemplares. Por consecuencia, en China, mientras se halla mucha gente que conoce el significado de ciertos caracteres frecuentes y familiares, se encuentra poca que llegue a comprender lo que significa un solo párrafo de un periódico, y menos aún que sea capaz de coger una intención sutil o un matiz fino de expresión. En el Japón ocurre lo mismo, en menor grado. Sin duda, los lectores europeos, en especial los de lenguas tan ricas en palabras como los ingleses o los rusos, varían grandemente en cuanto a la cantidad de libros que pueden entender y en la penetración con que pueden entenderlos; su fuerza varía con arreglo a su vocabulario; pero el nivel correspondiente de penetración, en cuanto a China, representa un gasto de tiempo y de trabajo para adquirirlo mucho mayor. Lo que se enseña a un mandarín en China, principalmente, es a leer.

Y acaso la preocupación consiguiente de la clase educada, durante sus años más susceptibles, en los clásicos chinos, le dé una predisposición favorable a esa enseñanza tradicional en que ha gastado tanto trabajo y energía. Pocos de los que se han es-

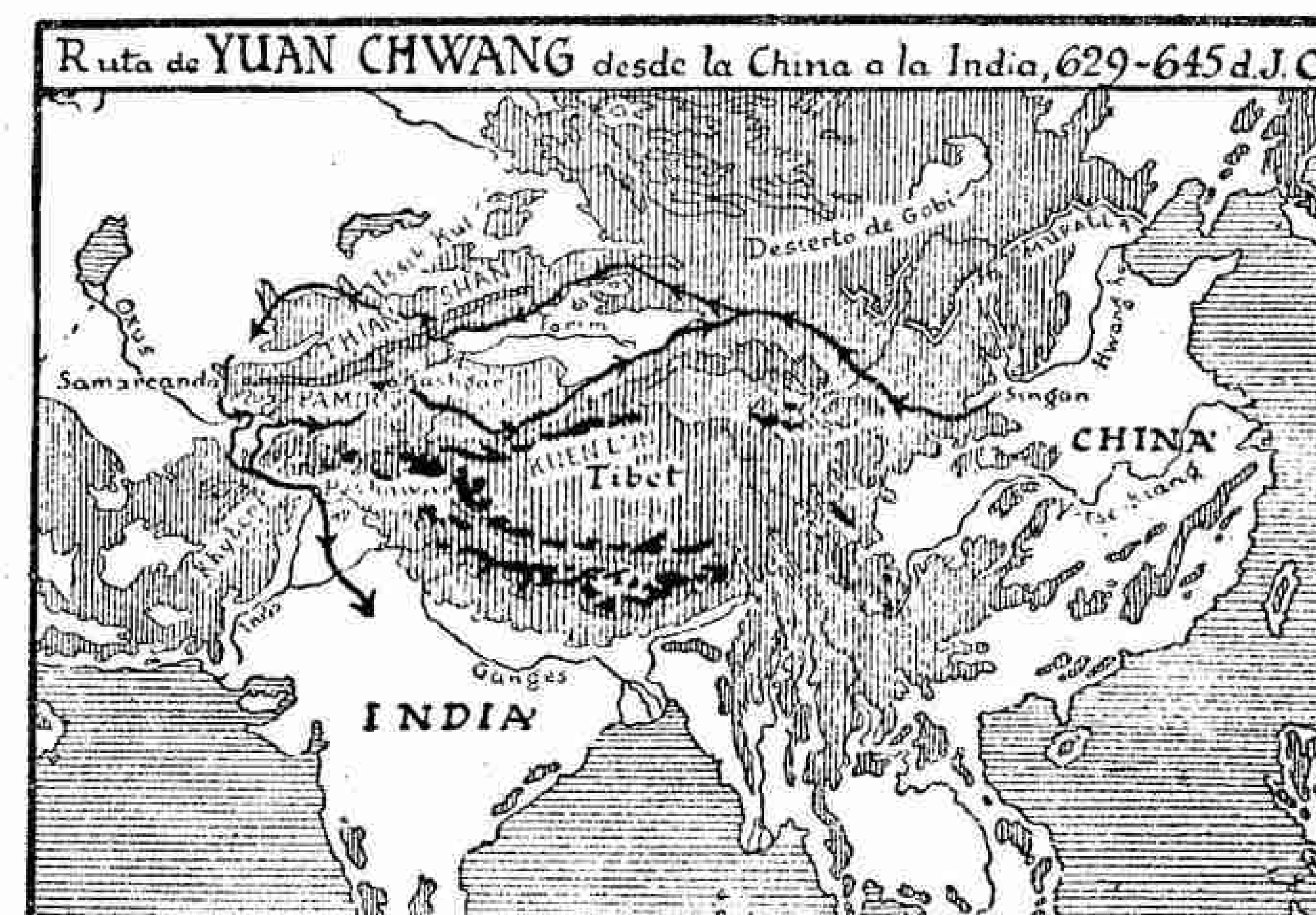
forzado en la construcción de un sistema de conocimiento lo aprovechan deliberadamente para la investigación de algo extraño o nuevo; ésta disposición es tan característica de Occidente como de Oriente; muéstrase por igual en los escolares de las Universidades inglesas y americanas y en los mandarines chinos, y los ingleses de hoy, pese a las ventajas grandes y manifiestas que para la educación popular y la propaganda nacional les daría el cambio, se niegan a a deshacerse de su actual ortografía bárbara, sustituyéndola por un alfabeto y un silabeo fonético. Las peculiariedades de la escritura china y el sistema educativo que de ella se desprende han debido de obrar, siglo tras siglo, como filtro invencible que favorecía la mente plástica y erudita contra el tipo rebelde y originario para mantenerlo alejado de la influencia y la autoridad. Mucho hay de plausible en esta explicación.

Se han hecho varias tentativas para simplificar la escritura china y adoptar un sistema alfabético. En los primeros días del budismo en China, cuando empezaron a acumularse las traducciones del sânscrito, las influencias de la India estuvieron a punto de conseguirlo; inventáronse dos alfabetos chinos, pero tuvieron poco uso. Mas lo que detuvo la adopción de aquéllos, en general, y lo que se atraviesa hoy en el camino de todo sistema fonético de escritura, es que, mientras los escritos literarios y la frascología son iguales de un extremo a otro de China, la lengua hablada del puebol común, tanto en la pronunciación como en el idioma familiar, varía de tal modo, que los hombres de una provincia no se entienden con los de otra. Hay, sin embargo, un "chino normal", idioma libresco, más que hablado, que, por lo general, entiende toda persona educada; y en la posibilidad de aplicar a este chino normal un sistema alfabético de escritura se fundamentan las esperanzas de los reformadores educativos de hoy en China, pues hoy se hacen nuevas tentativas para liberar al entendimiento chino de esas trabas.

Se ha formado un alfabeto chino; se estudia en las escuelas públicas; en él se imprimen periódicos y folletos. Y se ha desechado el sistema de rígidos exámenes que mataba toda iniciativa individual.

El verdadero éxito y temprana prosperidad y contento general de la China en lo pasado, se han debido de esgrimir en el país como justificantes de la complacencia natural y del conservadorismo de los hombres. No hay animal que cambie cuando se halla en condiciones "bastante buenas" para ir viviendo. En esto el hombre es animal todavía. Hasta el siglo XIX, durante más de dos mil años, no hubo en la historia de la China apenas nada que pudiera causar serias dudas en la mente de un chino acerca de la superioridad general de su propia civilización con respecto a la del

resto del mundo, y no había, por lo tanto, razón aparente para alteración ninguna. China produjo una profusión de arte bello, alguna poesía deliciosa, una cocina que causa asombro y miles de millones de vidas espléndidamente gratas generación tras generación. Sus barcos recorrían las maravillosas vías de aguas interiores, haciéndose rara vez a la mar, y para ir, cuando más lejana era la aventura a la India, o a Borneo ([6]). (Hsta el siglo VI, hemos de recordarlo, no navegaron por el Atlántico los hom-



bres de Europa. El descubrimiento noruego de América y la circunnavegación fenicia de Africa fueron hechos excepcionales). Y esto se consiguió sin ninguna molestia, servidumbre, indignidad y miseria generales como las que se ocultaban bajo el dominio de los ricos en el Imperio Romano. Había mucha pobreza, mucho descontento necesariamente popular. Durante unos mil años el sistema chino, aunque a veces se resquebrajara y torciera, se mantuvo sin decaer. Hubo cambios de dinastía, rebeliones, épocas de desorden, hambre, peste, dos grandes invasiones que asentaron dinastías extranjeras en el trono del rey del Cielo; pero no conmociones que revolucionaran la marcha ordinaria de la vida. Los emperadores y las dinastías podían entrar o salir; siempre quedaban los mandarines, los exámenes, los clásicos, las tradiciones y la vida ha-

([6]) Pero Mr. Vogan me dice que se han encontrado en Nueva Zelanda y Nueva Caledonia tallas en roca de carácter evidentemente chino.

bitual. La civilización china llegó a culminar en el siglo VII de nuestra era, y su coronación corresponde al período Tang; y aunque siguió extendiéndose lenta y continuamente a Annan, Camboya, Siam, el Tibet, el Nepal, Corea, Mongolia y Manchuria, apenas hay que registrar otra cosa que este progreso geográfico en su hisotria durante un millar de años.

§ 9. *Los viajes de Yuan Chwang*

En 629, el año anterior a la llegada a Cantón de los enviados de Mahoma, y treinta, en números redondos, antes del desembarco en Inglaterra de los misioneros del Papa Gregorio, cierto ilustrado y devoto budista, llamado Yuan Chwang, salió de Singan, capital de Tai-Tsung, emprendiendo un gran viaje a la India. Estuvo ausente dieciséis años; regresó en 645 y escribió un relato de sus viajes, atesorado como libro clásico chino. Hay que señalar aquí un par de experiencias suyas, porque contribuyen a nuestra reseña general del estado del mundo en el siglo VII de J. C.

Yuan Chwang era tan ávido de maravillas y tan crédulo como Herodoto, aunque carecía del agudo sentido histórico de éste. No pasaba por monumento o ruina sin oír algún relato fabuloso que le concerniera. Las ideas chinas de dignidad literaria le impidieron quizá contarnos con mucho detalle su manera de viajar, quién le acompañaba, dónde se alojó, qué comió y cómo pagó sus gastos —pormenores preciosos para el historiador—; sin embargo, nos da una serie de informes luminosos acerca de China, el Asia Central y la India en el período de que tratamos.

Enorme fué su viaje. Fué y volvió por la ruta del Palmir, por el camino septentrional cruzando el desierto de Gobi; pasó por las estribaciones meridionales de los Thien Shan rodeando el vasto y profundo lago azul de Issik Kul, y llegó a Tashkend y Samarkanda, y siguiendo aproximadamente las huellas de Alejandro Magno, hacia el Sur, al Paso de Khyber y a Peshawar. Volvió por el camino meridional cruzando el Pamir del Afghanistán a Kashgar y por el camino que siguieron los Yue-Chi en dirección inversa siete siglos antes, y por Qarkand, siguiendo las estribaciones de Kuen Lun, para llegar otra vez a su camino de salida próximo al solitario extremo de la Gran Muralla. Tanto el uno como el otro camino exigieron duras ascensiones. Sus viajes en la India no pueden seguirse; catorce años estuvo en ella y recorrió toda la península, desde el Nepal a Ceylán.

Había en aquel tiempo un edicto imperial que prohibía los viajes al extranjero; de modo que Yuan Chwang salió de Singan como criminal huído. Le persiguieron para evitar que llevara a cabo sus propósitos. Cómo compró a un hombre de barbas grises un caballo alazán flaco que conocía las sendas del desierto; cómo burló, con ayuda de "persona extranjera", que le hizo un puente de ramón río abajo, la vigilancia de un guarda fronterizo; cómo cruzó el desierto guiándose por las osamentas de hombres y ganados; cómo vió un espejismo y cómo por dos veces se salvó de ser herido por las flechas cuando iba a tomar agua, cerca de los atalayeros, en las sendas del desierto, lo hallará el lector en su *Vida*. Se extravió en el desierto de Gobi, y estuvo cuatro días con sus noches sin agua; cuando cruzó los ventisqueros, murieron helados doce de los suyos. Todo esto está en la *Vida*; poco es lo que dice en el relato de sus viajes.

Nos hace ver a los turcos, recientes continuadores de la tradición de los hunos, en posesión, no sólo de lo que hoy es Turkestán, sino de todo el territorio que cruza el camino septentrional. Hace mención de diversas ciudades y de considerables cultivos. Ocúpase de varios jefes, aliados o tributarios, más o menos nominales, de China, y entre otros del Jan de los turcos, magnífico personaje vestido de raso verde y largo pelo atado con seda.

"El bordado de oro de la gran tienda brillaba con esplendor deslumbrante; los ministros de la corte que asistían sentábanse sobre cojines en largos bancos, a una y otro lado, vestidos de brocados magníficos, mientras el resto de la escolta estaba en pie, detrás, en actitud de acatamiento. Visteis que, aunque se trataba de un jefe fronterizo, tenía, sin embargo, aire de distinción y elegancia. El Jan salió de su tienda y anduvo unos treinta pasos al encuentro de Yuan Chwang que, después de un cortés saludo, entró en la tienda... Después de breve intervalo se dió entrada a los enviados de China y Kao-chang, los cuales presentaron sus despachos y credenciales, que leyó el Jan. Estaba muy gozoso y mandó sentarse a los enviados; luego pidió vino y música para ellos y para sí, y jarabe de uva para el peregrino. Con esto brindaron todos, y el llenarse y el vaciarse de las copas promovió un ruido y animación, al que se mezclaba la música de varios instrumentos, más fuerte; aunque las melodías eran las tonadas populares de aquellos extranjeros, daban agrado a los sentidos y regocijo a las facultades mentales. A poco, grandes trozos de vaca y carnero asados sirviéronse a los otros, y al peregrino, el alimento legal, es decir, tortas, leche, dulces, miel y uvas. Después del festín volvió a servirse jarabe de uvas, y el Jan invitó a Yuan Chwang a aprovechar la ocasión, en vista de lo cual el peregrino expuso las doctrinas de las "diez virtudes", de la compasión por la vida animal, de los paramitos y emancipación. El Jan, levantando las manos, se inclinó, y con alegría creyó y aceptó la enseñanza".

Lo que cuenta de Samarkanda Yuan Chwang, nos la hace ver como ciudad amplia y próspera, "gran depósito comercial, rodeada de fértiles campos, abundante en árboles y flores, pródiga en hermosos caballos. Sus habitantes son hábiles trabajadores, listos y enérgicos". No hemos de perder de vista que por entonces apenas había en Inglaterra anglo-sajona algo parecido a una ciudad.

Cuando la narración se acerca a lo que vió en la India, sin embargo, el piadoso e ilustrado peregrino, se sobrepuso en Yuan Chwang al viajero, y el libro aparece repleto de historias monstruosas de milagros increíbles. Sin embargo, nos da una impresión de casas, vestidos, etc., que se parece mucho a la de la India en la actualidad. Entonces, como ahora, la caleidoscópica variedad de una muchedumbre india contrastaba con la uniformidad azul de una multitud china. En tiempos de Buda cabe dudar que la India supiese leer y escribir; hoy la lectura y la escritura son patrimonio de todos. Yuan Chwang hace un relato interesante acerca de la universidad budista de Nalanda, cuyas ruinas se han descubierto y sacado a luz recientemente. Nalanda y Taxilla fueron, al parecer centros educativos considerables tan antiguos como las escuelas de Atenas. Yuan Chwang encontró plenamente establecido el sistema de castas, a pesar de Buda, y los brahmanes tenían el mayor ascendiente. Nombra las cuatro castas principales que mencionamos en el cap. XX, pero les asigna funciones muy distintas. Dice que los sudras eran agricultores. Los escritores indios dicen que su función consistía en servir a las tres casas "dos veces nacidas" que estaban sobre la de ellos.

Mas, como arriba apuntábamos, el relato de las realidades indias hecho por Yuan Chwang está sumergido en un cúmulo de leyendas y piadosas invenciones que había ida a buscar y en las que se recreaba. Lo demás, según veremos, fué tarea que se le impuso. La fe de Buda, que en los tiempos de Asoka, y aun en los tardíos de Kaniska, se conservaba tan pura que podía inspirar noblemente, se nos pierde ahora en una selva de absurdos escombros, en una filosofía de infinitos Budas, cuentos de apariciones y maravillas de pantomima, inmaculadas concepciones por elefantes de seis colmillos, príncipes caritativos que se entregan como pastos a tigres hambrientos, templos construídos sobre una sagrada uña, etc. No tienen lugar aquí semejantes historias; si gusta de ellas el lector, acuda a las publicaciones de la Real Sociedad Asiática o de la Sociedad de la India, en donde hallará imaginaciones delirantes por el estilo. Y en competencia con este budismo, minado como estaba intelectualmente y sobredorado para mayor adorno, el brahmanismo iba ganándole terreno, lo cual anota Yuan Chwang muy pesaroso.

Al lado de tantas muestras de gran decadencia intelectual en la India, hemos de reparar en la frecuencia con que Yuan Chwang habla de ciudades arruinadas y abandonadas. Gran parte del país sufría aún entonces las depredaciones de los eftalitas y los desórdenes consiguientes. A cada paso encontramos pasajes como el que sigue: "Pasó al Noroeste por una gran selva, siguiendo un camino que era un desfiladero estrecho y peligroso, con búfalos y elefantes salvajes y ladrones y merodeadores que acechaban a los viajeros para matarlos, y saliendo del bosque llegó al país de Kou-shih-na-ka-lo (Kúsinagara). Las murallas de la ciudad estaban en ruinas, y las ciudades y pueblos abandonados. Los cimientos de ladrillos de la "vieja ciudad" (es decir, la ciudad que fué capital) median en circuito más de diez *li*; había poquísimos habitantes, y el interior de la ciudad era una desolación". La ruina, sin embargo, no era universal; por lo menos, queda mención de ciudades y villas populosas y de cultivos laboriosos.

La *Vida* nos refiere las dificultades del viaje de vuelta: cayó en manos de unos ladrones; el elefante que llevaba la mayor parte de lo que poseía se ahogó: le costó mucho trabajo hallar nuevos medios de transporte. No podemos demorarnos aquí en tales aventuras.

El regreso de Yuan Chwang a Singan, la capital china, fué, por lo que sabemos, un triunfo. Hubo correos que adelantaron la noticia de su llegada. Fué como un día de fiesta: las calles estaban adornadas con alegres banderas y animadas por la música. Se le escoltó hasta la ciudad con gran pompa y ceremonia. Fueron precisos veinte caballos para transportar el fruto de sus viajes; trajo consigo centenares de libros budistas en sánscrito, hechos con hojas de palma entrelazadas y corteza de abedul; también muchas imágenes, grandes y chicas de Buda, de oro, plata, cristal y madera de sándalo; además, pinturas sagradas, y no menos de ciento cincuenta reliquias de Buda bien autentificadas. Yuan Chwang fué presentado al emperador, que le trató como amigo personal, le hospedó en palacio y le hizo referir, día tras día, las maravillas de las extrañas tierras en que tanto tiempo se detuvo. Pero cuando el emperador le preguntaba acerca de la India, el peregrino sólo se mostraba dispuesto a hablarle del budismo.

La subsiguiente historia de Yuan Chwang contiene dos incidentes que iluminan los trabajos mentales de aquel gran monarca Tai-tsung, que tuvo probablemente tanto de musulmán como de cristiano o de budista. Lo malo de los especialistas religiosos es que conocen demasiado su religión y saben en qué se diferencia de las demás; la ventaja o desventaja de los hombres de Estado creadores, como Tai-tsung y Constantino el Grande, es que

entienden poco, relativamente de tales materias. Es evidente que la bondad natural de esas religiones le parecía a Tai-tsung la misma bondad fundamental. Y así era natural que propusiera a Yuan Chwang el abandono de la vida religiosa para que se consagrara a sus asuntos extranjeros, proposición que Yuan Chwang, de momento, no le pareció aceptable. Insistió entonces el emperador en que por lo menos le hiciera un relato escrito de sus viajes, y así se logró este tesoro clásico. Por último, Tai-tsung propuso a aquel hombre tan saturado de budismo que hiciera uso de su conocimiento del sánscrito para traducir las obras del gran maestro chino Lao-Tse, a fin de ponerlas al alcance de los lectores indos. Parecíale esto, sin duda, al emperador un buen desquite y un útil servicio a la bondad natural que hay en todas las religiones. En conjunto, pensaba que Lao-Tse podía colocarse perfectamente al lado o un poco por encima de Buda, y, por lo tanto, que si los brahmanes llegaban a conocer su obra la recibirían gustosos. Con espíritu muy semejante esforzóse Constantino en que Arrio y Atanasio se tomasen amistad. Yuan Chwang rechazó, como es de esperar, la propuesta. Retiróse a un monasterio, y pasó el resto de sus años en traducir cuanto pudo de la literatura budista que trajo consigo a una elegante lengua china.

XXXII

MAHOMA Y EL ISLAM

§ 1. *La Arabia antes de Mahoma*

Ya hemos descrito cómo visitaron en 628 las cortes de Heraclio, de Kavadh y de Tai-tsung enviados árabes de parte de un tal Mahoma, "el Profeta de Dios", que vivía en la pequeña ciudad mercantil de Medina, en Arabia. Digamos ahora quién era este profeta, surgido entre los nómadas y los mercaderes del desierto árabe.

Desde tiempo inmemorial, Arabia, salvo en la fértil zona meridional del Yemen, fué tierra de nómadas, cuartel general y país de origen de pueblos semitas. En varias ocasiones salieron de Arabia oleadas nómadas en dirección al Norte, al Este y al Oeste, hacia las primitivas civilizaciones de Egipto, la costa mediterránea y Mesopotamia. Consignado queda en esta historia cómo esas oleadas semíticas derribaron y dominaron a los sumerios; cómo los semitas fenicios y cananeos se establecieron a lo largo de las costas orientales del Mediterráneo; cómo babilonios y asirios se establecieron en Siria y los hebreos dominaron en parte la "Tierra de promisión". Los caldeos, en fecha que se ignora, dejando la Arabia oriental, se arraigaron en las antiguas tierras sumerias del Sur. Cada invasión da entrada en la historia ya a ésta, ya a aquella rama de los pueblos semíticos. Pero cada avance deja detrás de sí un núcleo de tribu, reserva para nuevas invasiones en lo futuro.

La historia de los imperios mejor organizados en el periodo del caballo y del hierro, los imperios de los caminos y de la escritura, nos muestra a Arabia metida como una cuña entre Egipto, Palestina y el país de Eufrates y el Tigris, y como depósito de tribus nómadas que saquean, comercian y exigen tributo por la inmunidad y protección de las caravanas. Hay sumisiones temporales y poco sólidas. Egipto, Persia, Macedonia, Roma, Siria, Constantinopla y Persia otra vez, pretenden sucesivamente cierta imaginaria soberanía sobre Arabia, declaran una insubstancial protección. En tiempos de Trajano hubo una provincia romana de "Arabia" que comprendía la fértil región del Harran y se extendía nada menos que hasta Petra. Aquí y allá, un jefe árabe y

una ciudad mercantil logran pasajero esplendor. Tal fué aquel Odenato de Palmyra, de cuya breve carrera se habló en el capítulo anterior, § 2, y también la ciudad abandonada, igualmente transitoria, cuyas ruinas asombran aún al viajero, Baalbek.

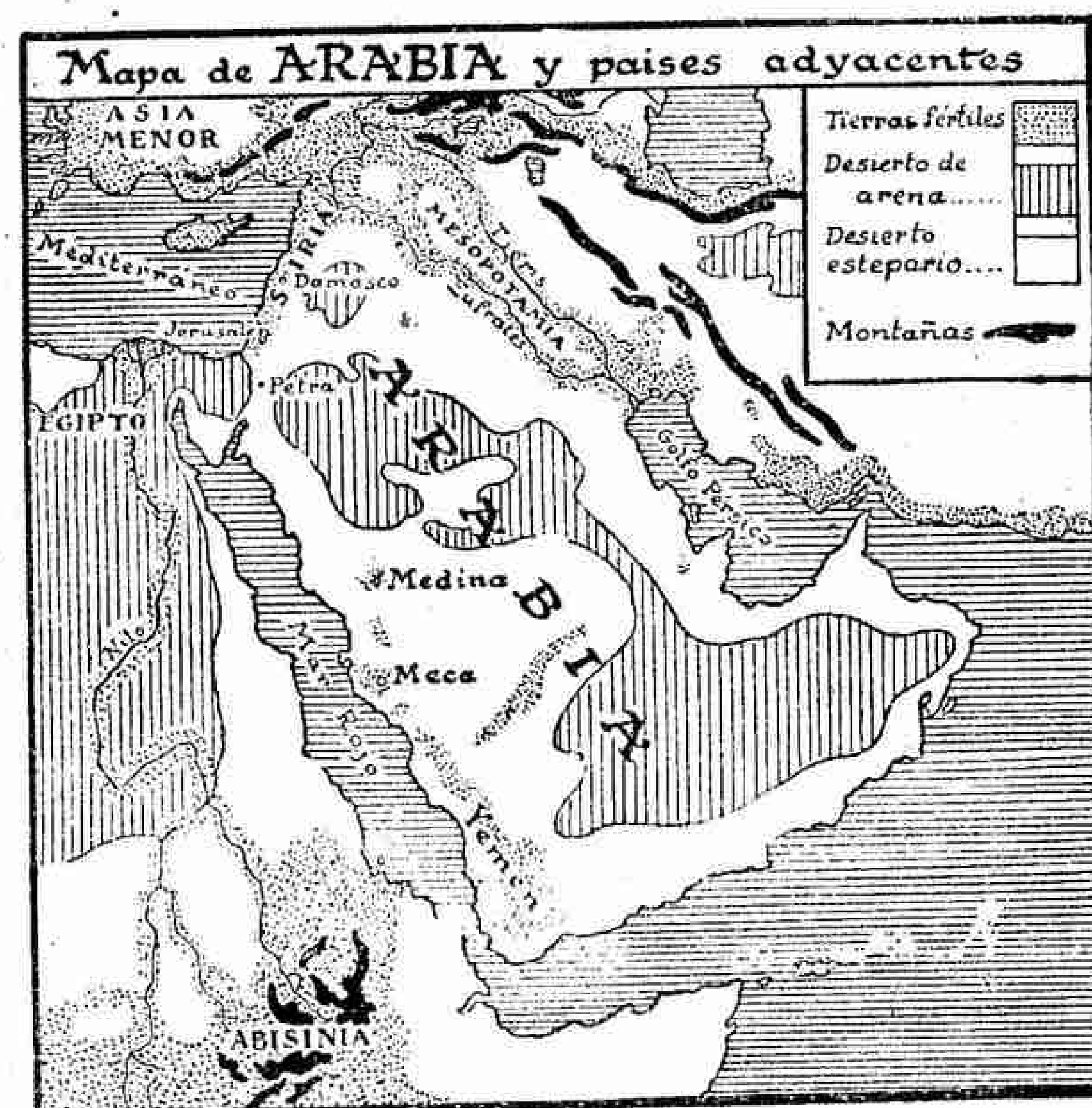
Después de la destrucción de Palmyra, se empezó a hablar en los relatos romanos y persas de los árabes con el nombre de sarracenos.

En el tiempo de Cosroes II, Persia pretendió cierto ascendiente en Arabia y mantuvo delegados y recaudadores de impuestos en el Yemen. Antes, el Yemen estuvo sometido a los cristianos de Abisinia durante algunos años; y, con anterioridad a esto, durante siete siglos tuvo príncipes indígenas que profesaban, es muy de notar, la fe judaica.

Hasta el comienzo del siglo VII de J. C. no hubo señales de energía temible o peligrosa en los desiertos árabes. La vida del campo seguía siendo lo mismo que fué durante largas generaciones. Allí donde había terrenos fértiles, es decir, donde había una fuente o un pozo, subsistía una reducida población agrícola, que moraba en ciudades amuralladas, a causa de los beduinos errantes con sus ovejas, vacas y caballos a través del desierto. Junto a los principales caminos de caravana surgían las ciudades principales en mediana prosperidad, y sobresalientes entre todas eran la Meca y Medina. A principios del siglo VII, Medina era una ciudad de 15.000 habitantes no más; la Meca podía tener de 20 a 25.000. Medina era ciudad relativamente bien provista de aguas y con abundantes bosques de palmeras; sus habitantes eran yemenitas, de las tierras fértiles del Sur. La Meca era ciudad de diferente carácter, construída junto a un manantial de aguas amargas y habitada por beduinos recién asentados.

La Meca no era exclusivamente ni principalmente centro mercantil, sino lugar de peregrinación. Entre las tribus árabes existió durante mucho tiempo una especie de anfictionado (véase capítulo XXII, § 1), con centros en la Meca y en algunos otros santuarios; había meses de tregua en la guerra y riñas de sangre, y costumbres de protección y hospitalidad para el peregrino. Además, se había formado en aquellas reuniones un elemento olímpico; los árabes iban descubriendo elementos de belleza en su habla y recitábanse versos de guerra y cantos de amor. Los jeques de las tribus, presididos por un "rey de los poetas", sentados en tribunal, otorgaban premios; los cantos premiados, cantábanse en toda Arabia.

La Kaaba, santuario de la Meca, era de fecha antiquísima. Era un pequeño templo cuadrado de piedra negra, cuya piedra angular era un meteorito, al que se tenía por dios, y todos los dioses menores de tribu, en la Arabia, estaban bajo su protección. Los



moradores habituales de la meca pertenecían a una tribu de beduínos que se apoderaron del templo, constituyéndose en sus guardianes. Allí acudía en los meses de tregua mucha gente que iba en ceremonia a la Kaaba a besar la piedra, y se dedicaba, además, al comercio y a la recitación de poesías. Los de la Meca sacaban gran provecho de estas visitas.

Todo esto recuerda mucho el estado de cosas, en religión y política, de la Grecia de catorce siglos antes. Pero el paganismo de estos árabes más primitivos iba ya empezando a sufrir asaltos por varias partes. Hízose mucho proselitismo entre los árabes durante el período de los Macabeos y Herodes en Judea; y, conforme dijimos, el Yemen estuvo sucesivamente en poder de judíos, es decir, de prosélitos árabes del judaísmo, cristianos y adeptos de Zoroastro. Es evidente que habría abundante discusión religiosa en las ferias de peregrinación a la Meca y centros afines. Era natural que la Meca fuese baluarte del antiguo culto pagano, al que debía su importancia y prosperidad; Medina, por otra parte, mostraba proclividades judaicas y tenía cerca poblaciones judías. Era inevitable que la Meca y Medina rivalizaran entre sí y sostuvieran acres disputas.

§ 2. *Vida de Mahoma hasta la Hégira*

En la Meca fué, por el año 570 de J. C., donde nació Mahoma, el fundador del Islam. Nació en gran pobreza y, aun en relación con lo que se acostumbraba en el desierto, descuidóse su educación; cabe dudar si supo nunca escribir. Fué zagal siete años; luego, criado de una tal Kadija, viuda de un rico mercader. Es probable que tuviera que cuidar sus camellos o auxiliarla en sus operaciones mercantiles; y se dice que viajó con las caravanas por el Yemen y Siria. No parece haber sido comerciante muy diestro; pero tuvo la suerte de encontrar favor a los ojos de su señora, que se casó con él, contra el gusto de la familia. Tenía él entonces veinticinco años. No es seguro que su mujer le llevara muchos, aunque la tradición le asigna cuarenta. Después de casado ya no hizo largos viajes. Tuvo varios hijos, uno de los cuales se llamó Abd Manif —es decir, el siervo del dios Manif de la Meca, lo cual demuestra que hasta entonces Mahoma no había hecho descubrimientos en materia de religión.

Hasta los cuarenta años nada tuvo de saliente su vida en la Meca; era tan sólo el marido de una viuda acomodada. Algún fundamento ha de tener la creencia de que tuvo especial participación en un negocio agrícola. Todo el que visitara la Meca hacia el año 600, encontraría en él, probablemente, a un individuo ocioso, algo tímido, no mal parecido, atento a las conversaciones, a un poeta pobre, a un hombre de valor muy secundario.

Acerca de su vida interior, sólo caben suposiciones. Los escritores de imaginación han supuesto en él una fuerte lucha espiritual; le han llevado al desierto, con angustias de duda y deseos de divinidad. "En el silencio de la noche solitaria, al calor del mediodía solitario, él como todos los hombres, llegó a conocer y sentir que estaba solo, porque el desierto es de Dios, y en el desierto nadie puede negarle" [1]. Quizás fuera así, pero no hay evidencia ninguna de tal excursión al desierto. Pero, ciertamente, se entregaba a pensamientos profundos acerca de todo lo que le rodeaba. Es posible que conociese las iglesias cristianas de Siria; casi se puede asegurar que estuvo muy enterado de lo concerniente a los judíos y a su religión, y les oyó mofarse de la piedra negra de la Kaaba, señora de trescientos diosecillos de tribu en Arabia entera. Vió las muchedumbres de los peregrinos y vislumbró los hilos de insinceridad y superstición que se tenían en el paganismo de la ciudad. Aquello le oprimía el espíritu. Quizá los judíos le convirtieron a la creencia en el único Dios verdadero, sin que él mismo se diese cuenta de lo que pasaba.

[1] Mark Sykes.

Al cabo, no pudo guardar sus sentimientos para sí. Cuando cumplió cuarenta años empezó a hablar de la realidad de Dios, primero, a lo que parece, sólo a su mujer y a sus íntimos. Escribió algunos versículos que, según declaración suya, le reveló un ángel. Envolvíase en ellos la afirmación de la unidad de Dios y algunas aceptables generalidades acerca de la idea de lo justo. Insistía también en hablar de una vida futura, en el temor de un infierno para los negligentes y los malos, y en la seguridad de un paraíso para los creyentes del Dios único. Salvo su aspiración a que le tuviesen por profeta, nada parece que tuviesen de nuevo sus doctrinas con relación al tiempo; mas eran sediciosas para la Meca, que parcialmente subsistía merced al culto politeísta, y conservaba, por lo tanto, sus ídolos, cuando ya el resto del mundo se deshacía de ellos. Mahoma, lo mismo que Mani, pretendía que los profetas anteriores a él, y especialmente Jesús y Abraham, fueron maestros divinos; pero que él coronaba y completaba sus enseñanzas. Nunca nombró, sin embargo, al budismo, porque, probablemente, jamás oyó hablar de Buda. La Arabia desierta estaba muy atrasada en teología.

Durante algunos años la nueva religión se mantuvo secreta entre un pequeño grupo de gente sencilla. Kadipa, la mujer del Profeta Alí, su hijo adoptivo; Zeid, un esclavo, y Abu Bekr, un amigo y admirador. Durante algunos años fué oscuro secreto de unas cuantas casas de la Meca, en que se miraba con ceño y se murmuraba de la idolatría; tan oscuro y sin importancia, que los hombres más importantes de la ciudad no se preocuparon por ello en lo más mínimo. Luego aumentó su fuerza. Mahoma empezó a predicar más abiertamente, a enseñar la doctrina de una vida futura y amenazar con el fuego infernal a los idólatras y a los no creyentes. Parece que causó efecto considerable. Muchos pensaron que aspiraba a una especie de dictadura en la Meca, y se llevaba de su parte a mucha gente susceptible y descontentadiza; e hízose una tentativa para desalentar y suprimir aquel movimiento.

La Meca era lugar de peregrinación y santuario; en su recinto no se podía verter sangre; sin embargo, las cosas tomaron mal cariz para los adeptos del nuevo maestro. Se prohibió todo trato con ellos, se les confiscaron sus bienes. Algunos buscaron refugio en la Abisinia cristiana. Mas el Profeta mismo no sufrió daño, a causa de sus buenas relaciones y porque sus adversarios no querían provocar una colisión sangrienta. No podemos seguir aquí las fluctuaciones de la lucha; pero es necesario señalar cierto desconcertante incidente en la carrera del nuevo Profeta, que, según sir Mark Sykes, "prueba que fué árabe entre los árabes". Después de haber insistido mucho en la unidad de Dios, vaciló. Fué al patio de la Kaaba y declaró que los dioses y diosas de la Meca podían,

después de todo, ser reales; una especie de santos con fuerza de intercesión.

Su retractación fué recibida con entusiasmo; mas apenas la manifestó, arrepintióse, y su arrepentimiento hace ver que tenía, en efecto, temor de Dios. Su falta de honradez le disputa por honrado. Hizo cuanto pudo por evitar el mal que había hecho. Declaró que el demonio había poseído su lengua, y denunció de nuevo la idolatría con renovado vigor. Las luchas contra las deidades anticuadas, después de un breve intervalo de paz renováronse con mayor acritud y ya sin esperanza de reconciliación.

Durante algún tiempo los intereses constituídos llevaron la mejor parte.. Al cabo de diez años de profetizar, teniendo ya cincuenta, Mahoma echó de ver su falta de éxito en la Meca. Había muerto ya Kadija, su primera mujer, y también algunos de sus principales auxiliadores. Buscó refugio en la vecina población de Tayf, pero le arrojaron de allí a pedradas e insultos. Mas pronto, cuando todo parecía oscurecérsele, presentósele una buena oportunidad. Se encontró con que un sector inesperado le estimaba y aprobaba. La ciudad de Medina estaba muy dividida por disensiones internas, y en ella había muchos que, al ir en peregrinación a la Meca, sintiéronse atraídos por las enseñanzas de Mahoma. Probablemente los judíos, muy numerosos en Medina, habían quebrantado ya la antigua idolatría del pueblo. Mahoma fué invitado a trasladarse a Medina y gobernarla en nombre de su Dios.

No aceptó inmediatamente. Estuvo parlamentando durante dos años, y envió un discípulo a predicar en Medina y a destruir los ídolos. Luego fué mandando a los adeptos que tenía en la Meca para que le esperaran en Medina: no quería confiarse a unos adeptos deconocidos en una ciudad extraña. El éxodo de sus fieles continuó hasta que se quedaron solos Abu Bekr y el Profeta.

A pesar del carácter del santuario que la Meca tenía, poco faltó para que allí muriera asesinado. Los ancianos de la ciudad sabían, sin duda, lo que pasaba en Medina y se daban cuenta del peligro que les amenazaba si el sedicioso Profeta se encontraba de pronto dueño de una ciudad situada en la ruta de las caravanas de Siria. La costumbre, pensaron, ha de doblegarse ante la necesidad imperativa y decidieron que, con colisión sangrienta o sin ella, Mahoma tenía que morir. Pensaron matarle en su lecho, y para compartir la culpa de la profanación de un santuario, nombraron una comisión encargada de llevarlo a término, en que estuvieran representadas todas las familias de la ciudad, excepto sólo la de Mahoma. Pero Mahoma tenía ya preparada la fuga, y cuando asaltaron su cuarto, de noche, encontráronse con Alí, su hijo adoptivo, que dormía, o fingía dormir, en su cama.

La huída (la Hégira) fué aventurada, porque se le persiguió de cerca. Expertos rastreadores del desierto picaron espuelas hacia el Norte de la ciudad; pero Mahoma y Abu Bekr se habían dirigido hacia el Sur, a unas cuevas en que estaban ocultos unos camellos con provisiones, y de allí, dando un gran rodeo, se trasladaron a Medina. El Profeta y su compañero fueron recibidos con gran entusiasmo el 20 de septiembre de 622. Allí acababan sus pruebas y empezaba su poderío.

§ 3. *Mahoma se convierte en profeta guerrero*

Hasta la Hégira, hasta sus cincuenta y un años, el carácter del fundador del Islam se presta a especulaciones y disputas. Luego se ilumina, y descubrimos en él a un hombre de gran fuerza imaginativa, pero tortuoso, a la manera árabe, y con los más de las virtudes y defectos de los beduínos.

"Muy beduíno" fué el comenzar de su reinado. El gobierno del Dios Unico sobre toda la tierra, tal como lo interpretaba Mahoma, empezó con una serie de correrías —que durante más de un año carecieron de todo éxito— contra las caravanas de la Meca. Prodújose luego un grave escándalo: el quebrantamiento de la antigua y acostumbrada tregua del Anfictionado Arabe en el sagrado monte de Rahab. Una banda de muslines, en aquella época de profunda paz, atacó traicionera a una reducida caravana y mató a un hombre. Fué su único éxito, y lo obtuvo por orden del Profeta.

Pronto vino a la batalla. Una fuerza de setecientos hombres salió de la Meca custodiando otra caravana, y se encontró con una partida de trescientos merodeadores. Hubo lucha, la batalla de Badr, y los de la Meca llevaron la peor parte. Perdieron unos cincuenta o sesenta hombres y tuvieron otros tantos heridos. Mahoma volvió en triunfo a Medina, y este suceso y Aláh le inspiraron la orden de asesinar a cierto número de adversarios suyos entre los judíos de la ciudad que habían acogido con ligereza inaceptable sus pretensiones proféticas.

Resolvieron los de la Meca tomar venganza por lo de Badr, y en la batalla de Uhud, cerca de Medina, infligieron una decisiva derrota a los secuases del Profeta. Mahoma resultó herido y casi moribundo, y muchos de sus partidarios huyeron. Los de la Meca, sin embargo, no se aprovecharon de su ventaja para tomar a Medina.

El Profeta reconcentró por algún tiempo todas sus energías en reorganizar a sus adeptos, que estaban muy desmoralizados. El Korán registra los sentimientos purificados de aquellos días. "Las *suras* del Korán —dice Sir Mark Sykes— atribuídas a este perío-

do, excedente a casi todas las demás en majestad y confianza sublime". Aquí para que juzgue el lector, le damos un ejemplo de esas expresiones majestuosas, según la reciente versión ortodoxa del Maulvi Mohamed Ali ([2]).

"¡No! Aláh es vuestro Señor. Él es el mejor socorro.

"Echaremos el terror a los corazones de los que no creen, para que ensalcen a Aláh, que para ellos no ha dado autoridad ninguna y tienen por morada el fuego, y el mal es morada del que no es justo.

"Y ciertamente Aláh os cumplió su promesa, cuando les disteis muerte con Su permiso, hasta que os sentisteis flacos de corazón y disputasteis acerca de la empresa y le desobedecisteis; después de haberos mostrado Él lo que amabais; entre vosotros había quien deseaba este mundo, y entre vosotros había quien deseaba el de después; así Él os separó de aquellos que Él podía juzgar, y ciertamente os ha perdonado, y Aláh es misericordioso para con los creyentes.

"Cuando huíais precipitados, sin esperar a nadie, y el Apóstol os llamaba desde atrás, Él os dió otro pesar a cambio del vuestro, para que no echarais de menos el que se os escapaba ni el que os correspondía, y Aláh sabe lo que hicisteis.

"Luego, tras el pesar, puso la seguridad en vosotros, una tranquilidad que provenía de algunos de vosotros; y otros había a quienes su propia alma llenaba de ansiedad, los cuales mantenían pensamientos de ignorancia del todo injustos con respecto a Aláh, diciendo: "No tenemos parte en este asunto.. Es decir, por cierto, el asunto está todo en manos de Aláh. Ocultan dentro de su alma lo que no quieren revelaros. Dicen: Si tuviésemos parte en el asunto, no hubiéramos sufrido aquí la muerte. Es decir, si os hubieseis quedado en vuestras casas, aquellos a quienes se había ordenado que murieran, hubieran ido ciertamente a los lugares en que habían de ser muertos, para que Aláh probara lo que estaba en vuestros pechos y para que Él purgara lo que estaba en vuestros corazones, y Aláh sabe lo que está en los pechos.

"Por lo que hace a los que de vosotros se volvieron atrás en el día del encuentro entre ambos ejércitos, sólo el demonio fué causa de que dieran un tropiezo por ciertos actos que habían llevado a cabo, y ciertamente los ha perdonado Aláh, porque ciertamente es Aláh Clemente y Misericordioso".

Las hostilidades indecisas continuaron por unos años, y por fin la Meca hizo un último esfuerzo para concluir de una vez con el poderío creciente de Medina. Reunióse una fuerza heterogénea no menor de 10.000 hombres, enorme para aquellos tiempos y para

([2]) Publicada por la *Islamic Review*.

el país. Era, por supuesto una muchedumbre totalmente indisciplinada de infantes, jinetes y camelleros, sólo estaba preparada para las habituales depredaciones del desierto. Arcos, lanzas y espadas eran sus armas únicas. Cuando llegaron de una gran polvareda, a la vista de los cobertizos y casas de Medina, en lugar de una fuerza reducida de la misma especie desplegada en batalla, como esperaban, encontráronse con un fenómeno nuevo y desconcertante: con una trinchera y un muro. ¡Asistido por un converso persa, Mahoma se había atrincherado en Medina!

La trinchera les chocó a los heterogéneos beduinos como una de las cosas menos divertidas que había registrado jamás la historia del mundo. Dieron la vuelta a la plaza. Les gritaron a los sitiados lo que todo aquello les parecía. Dispararon unas cuantas flechas, y por fin acamparon para discutir aquella asombrosa afrenta, sin que llegaran a conclusión ninguna. Mahoma no quiso hacer una salida; las lluvias empezaron a caer, las tiendas de los aliados a mojarse, los alimentos a escasear, los pareceres a mostrarse diversos y la paciencia a perderse, hasta que, al cabo, la gran hueste se volvió a escindir en sus partes constitutivas sin haber entrado en batalla (627). Las bandas se dispersaron hacia el Norte, hacia Oriente, hacia el Sur, se convirtieron en nubes de polvo y perdieron toda importancia. Había, cerca de Medina, un castillo de los judíos, contra los cuales Mahoma estaba ya exasperado por su falta de respeto para con la teología que él proclamaba. Habíanse mostrado dispuestos a tomar partido por el vencedor en la última lucha, y Mahoma cayó sobre ellos, dió muerte a todos los hombres, que eran 900, e hizo esclavos a las mujeres y a los niños. Es posible que entre sus aliados subsiguientes hubiera muchos postores para estos esclavos. Después del fracaso, la Meca no volvió a hacer coalición ninguna efectiva contra Mahoma, y uno tras otro, sus hombres más importantes fueron pasándose a su partido.

No hemos de seguir los giros de la tregua y del tratado que acabó por extender a la Meca la autoridad del Profeta. Concertóse la aceptación mediante la condición de que los fieles se volverían al hacer sus preces hacia la Meca, en vez de volverse hacia Jerusalén, como venían haciéndolo, y que la Meca sería lugar de peregrinación y centro de la nueva fe. Mientras continuaran las peregrinaciones, a lo que parece, a los de la Meca no les importaba gran cosa que la multitud se reuniese en nombre de un solo dios o de muchos. Mahoma desesperaba cada vez más de una conversión numerosa de judíos y cristianos, y dejaba de exprimir la idea de que la fe de todos daba en realidad culto a un mismo Dios Unico. Aláh iba convirtiéndose cada vez más en dios especial suyo, a quien el tratado ligaba con la piedra meteórica de

la Kaaba, y cada vez menos en padre de toda la humanidad. Ya se había mostrado el Profeta dispuesto a pactar con la Meca y, por fin, el pacto se hizo. El señorío de la Meca bien valía la concesión. Nada diremos de sus vicisitudes y de un conflicto final. En 629, Mahoma entró en la ciudad como señor de ella. La imagen de Manif, el dios cuyo nombre dió tiempo atrás a su hijo, la hollaron sus pies al entrar en la Kaaba.

Luego su poderío fué extendiéndose entre batallas, traiciones y matanzas; pero en general, salió victorioso hasta hacerse dueño de la Arabia entera, y cuando lo fué, en 632, vino a morir, a la edad de sesenta y dos años.

En los once últimos de su vida, dese la Hégira, la conducta de Mahoma se diferencia poco, en general, de la de los demás forjadores de pueblos para convertirlos en monarquías. La distinción principal consiste en el empleo de la religión, creada por él, a manera de cemento. Fué diplomático, traicionero, despiadado o transigente, según la ocasión lo requería, y como lo hubiera sido en su lugar cualquier otro rey árabe, y hubo en su realeza muy escasa espiritualidad. Ni fué su vida doméstica edificante en sumo grado durante sus tiempos de poderío y libertad. Hasta la muerte de Kadija, ocurrida cuando tenía él cincuenta años, parece que fué marido fiel a su esposa; pero después, como muchos hombres al declinar de los años, mostró excesivo interés por las mujeres.

Dos esposas tuvo después de muerta Kadija; una, la joven Ayesha, que llegó a ser y se mantuvo favorita suya y su más influyente partidaria; y después, otras mujeres, esposas y concubinas, añadiéronse a su casa. Produjo esto muchos disturbios y confusión, a despecho de las revelaciones especiales y muy socorridas de Aláh, estas complicaciones requieren todavía mucha explicación y debate para los fieles. Hubo, por ejemplo, un escándalo a propósito de Ayesha; quedóse abandonada en una ocasión en que el camello y su conductor siguieron adelante mientras ella buscaba su collar entre unos matorrales, y Aláh tuvo que intervenir con cierto calor y denunciar a sus calumniadores. También tuvo que hablar muy claro Aláh acerca del anhelo general de las mujeres de la casa por "la vída del mundo y su ornamento" y por las "galas". Hubo luego muchas discusiones porque el profeta casó primero a su joven prima Zainib con Zaid, su hijo adoptivo, y después, "cuando Zaid hubo realizado lo que de ella quería", el Profeta se casó con ella; pero, como aclara el libro inspirado, sólo para mostrar la diferencia entre un hijo adoptivo y un verdadero. "Os la dimos por esposa, para que no hubiese dificultad en los creyentes con respecto a las mujeres de sus hijos adoptivos, cuando éstos han realizado lo que de ellas querían, y el mandato de Aláh ha de ser llevado a cabo".

Mas hubiera bastado un mero mandato del Korán ,sin necesidad de acudir a demostración tan excesivamente práctica. Hubo, además, un motín en el harén a causa del indebido favor que el Profeta mostraba a una concubina egipcia de la que tuvo un hijo, hijo por el que sentía gran afecto, ya que no le sobrevivía ninguno de los que Kadija le diera. Estos disturbios domésticos se entrelazan inextricablemente con nuestra impresión acerca de la personalidad del Profeta. Una de sus mujeres fué una judía, Safiyya, con quien se casó la noche de la batalla en que fué capturado y ejecutado el marido de ella. Pasó revista a las cautivas hacia el anochecer, y ella encontró favor a sus ojos y fué conducida a su tienda.

Estos son los hechos salientes de los once años últimos de la carrera de Mahoma. Por haber fundado él una gran religión, hay quien escribe acerca de este jefe, lascivo sin duda y bastante equívoco, como si se le pudiera poner al lado de Jesús de Nazareth, Gautama o Mani. Pero es harto manifiesto que estaba formado del barro común; fué vano, egoísta, tiránico y engañador de sí mismo; y nuestra historia faltaría a sus proporciones si, por afectada deferencia a posibles lectores musulmanes le presentáramos a otra luz.

Con todo, a menos que la equilibremos, esta insistencia acerca de su vanidad, egoísmo, candidez y lascivia, no es completamente justa. Al repudiar las extravagantes pretensiones de los fieles, no hemos de caer en una condenación igualmente extravagante. El que carezca de buenas cualidades, ¿puede tener un amigo? Pues los que conocieron mejor a Mahoma, ésos creyeron más en él.

Kadija creyó en él toda su vida; pero fué acaso mujer enamorada. Abu Bekr es mejor testigo, y no vaciló nunca en su devoción. Abu Bekr creyó en el Profeta, y al que lee la historia de estos tiempos le cuesta trabajo no creer en Abu Bekr. Alí arriesgó también su vida por la del Profeta en sus días más difíciles. Mahoma no fué un impostor ni mucho menos, aunque a veces la vanidad le hiciera comportarse como si Aláh estuviese a su servicio y a sus órdenes, y como si sus pensamientos fueran necesariamente pensamientos de Dios.

Y si su ensangrentada pasión por Safiyya asombra y repugna a un espíritu moderno, su amor por el pequeño Ibrahim, el hijo de María la Egipcia, y su apasionada pena cuando el niño murió, le devuelven el sentimiento amistoso de los que han conocido el amor y la pérdida de un ser querido.

Con sus propias manos alisó la tierra sobre la tumba del pequeño. "Esto alivia el corazón afligido —exclamó—. Aunque al muerto ni le aprovecha ni le ofende, sirve de consuelo al que vive".

§ 4. *Las enseñanzas del Islam*

Pero las cualidades personales de Mahoma son una cosa, y las cualidades de la religión fundada por él, del Islam, otra muy distinta. Nadie incitó a Mahoma contra Jesús o Mani, y su relativa estatura es cuestión muy secundaria para nosotros; al Islam se le incitó contra el corrompido cristianismo del siglo VII y contra la decadente tradición de los Magos y Zoroastro, con quien tienen mayor quehacer los historiadores. Y tanto si fué gracia a su Profeta, como si fué a pesar de él, y por ciertos accidentes de origen y determinadas cualidades del desierto en que surgió, no puede negarse que el Islam posee muchos atributos nobles y hermosos. No siempre las cosas grandes vienen a la vida humana por los hombres sublimes. La bobería del simple discípulo es la que exige milagrosos oropeles a la majestuosa verdad y conceptos inmaculados a la justicia.

Un año antes de su muerte, al finalizar el décimo de la Hegira, Mahoma hizo su última peregrinación de Medina a la Meca. Predicó entonces un gran sermón a su pueblo, cuya tradición es como sigue. Hay, claro está, disputas acerca de la autenticidad de las palabras; pero no cabe discutir que el mundo del Islam, mundo que aun cuenta trescientos millones de seres, las tiene hasta hoy como regla de vida y las observa en sumo grado. Advertirá el lector que el párrafo primero desecha del Islam todo despojo y toda riña sangrienta. El último hace del negro creyente un igual del Califa. No serán palabras sublimes como lo son ciertas expresiones de Jesús Nazareno; pero establecen en el mundo una gran tradición de comportamiento digno, alienta en ellas un espíritu de generosidad y son humanas y practicables. Crearon una sociedad más libre de las crueldades y opresiones sociales, entonces tan extendidas, que todas las existentes hasta allí en el mundo.

"Oh vosotros: Oíd mis palabras; porque no sé si, pasado este año, estaré otra vez entre vosotros. Vuestras vidas y propiedades son sagradas e inviolables para todos hasta el fin de los tiempos.

"El Señor ha ordenado a todos que compartan su herencia; un testamento no es legal en perjuicio de los herederos.

"El hijo pertenece al padre; y el violador del lazo matrimonial, sea lapidado.

"Si alguien proclama falsamente a otro por padre suyo, o por señor suyo, la maldición de Dios y de los ángeles y de toda la humanidad ha de caer sobre él.

"Oh vosotros: Tenéis derechos exigibles de vuestras esposas y ellas los tienen exigibles de vosotros. A ellas incumbe no violar la fe conyugal, ni cometer acto alguno que falte manifiestamente al decoro; lo cual, si ellas lo hicieren, os da autoridad para encerrarlas en departamentos separados y azotarlas, aunque no severamente. Pero si se enmiendan, vestidlas y alimentadlas de manera apropiada. Y tratad bien a vuestras mujeres, porque están con vosotros como cautivas y prisioneras; no tienen poder sobre nada de lo que a ellas pertenece. Y vosotros las habéis tomado verdaderamente en la seguridad de Dios y habéis hecho a sus personas legales en las vuestras mediante las palabras de Dios.

"Y vuestros esclavos, ved que se alimenten con el mismo alimento que vosotros tomáis y vestidlos con la tela de que os vestís. Y si cometieren falta que no os sintáis propensos a perdonar, vendedlos, porque son los siervos del Señor y no han de ser atormentados.

"¡Oh vosotros! Oíd mis palabras y entendedlas. Sabed que todo musulmán es hermano de todos los demás musulmanes. Todos son de la misma condición".

Tanta insistencia en la dulzura y consideración dentro de la vida diaria, es una de las principales virtudes del Islam, pero no es la única. Igual importancia tiene el intransigente monoteísmo, libre de toda exclusividad judaica, sostenido por el Korán. El Islam, desde su comienzo, estuvo bastante apartado de las lucubraciones teológicas que llenaron de perplejidad y dividieron al cristianismo, dulcificando el espíritu de Jesús. Y su tercera fuente de energía está en la prescripción detallada de los métodos de plegaria y culto, y en la clara manifestación del significado limitado y convencional de la importancia adscripta a la Meca. Todo sacrificio les está prohibido a los fieles; no se deja lugar ninguno al sacerdote sacrificador de la antigua revelación en la fe nueva. No es simplemente una nueva fe, una religión puramente profética, como lo fué la de Jesús en tiempos de Jesús, o la de Gautama durante la vida de éste, sino que se estableció que fuera siempre así. El Islam tiene, hasta hoy, sabios doctores, maestros y predicadores; pero sacerdotes no los tiene.

Estaba lleno de un espíritu de amabilidad, generosidad y hermandad; era una religión sencilla y comprensible; animábanla los sentimientos caballerescos del desierto; y hablaba directamente a los instintos más comunes que forman al hombre ordinario. Contra ella se levantaron el judaísmo, que había hecho de Dios un tesoro de raza; el cristianismo, que hablaba y predicaba sin cesar de trinidades, doctrinas y herejías ininteligibles para todo hombre común; y el mazdaísmo, el culto de los magos de Zoroastro, que inspiró la crucifixión de Mani. A la masa de hombres a quienes llegó el reto del Islam no le importaba mucho si Mahoma era o no lascivo o si había hecho cosas aviesas y cuestionables; lo que les seducía era aquel Dios, Aláh, que él predicaba, era, según tes-

timonio de sus corazones, un Dios de justicia y que su aceptación honrada de aquella doctrina y método les abría las puertas de un mundo de incertidumbre, traición y divisiones intolerables, mostrándoles una grande y creciente hermandad de hombres fieles en la tierra y un paraíso que no consistía en ejercicios perpetuos de alabanza y culto, en el cual estaban todavía reservados los puestos superiores a santos, sacerdotes y reyes ungidos, sino en un compañerismo de igualdad y en deleites sencillos y comprensibles, tales como los que anhelaban sus almas. Sin ambiguo simbolismo, sin altares tenebrosos ni cantos de sacerdotes, Mahoma supo llevar sus atrayentes doctrinas al corazón de los hombres.

§ 5. *Los califas Abu Bekr y Omar*

La verdadera encarnación del espíritu del Islam no fué Mahoma, sino su amigo íntimo y partidario Abu Bekr. No es posible dudar apenas que si Mahoma fué la mente y la imaginación del Islam primitivo, Abu Bekr fué su conciencia y su voluntad. Durante toda su vida el que hablaba era Mahoma y el que creía Abu Bekr. Cuando Mahoma vaciló, Abu Bekr le sostuvo. Abu Bekr era hombre sin dudas, cuyas creencias se convertían en actos con tanta sencillez como un cuchillo afilado corta. Podemos estar seguros de que Abu Bekr no hubiera tolerado nunca los dioses menores de la Meca, ni necesitado inspiraciones de Aláh para explicar su vida privada. Cuando, en el año undécimo de la Hégira (632), el Profeta enfermó de fiebres y murió, Abu Bekr fué quien hubo de sucederle como Califa y jefe del pueblo (Kalifa = Sucesor), y la inflexible confianza de Abu Bekr en la justicia de Aláh fué lo que evitó una escisión entre Medina y la Meca, quien deshizo una vasta insurrección de los beduínos contra los impuestos para la causa común, y dirigió una gran incursión en Siria, proyectada por el Profeta muerto. Luego Abu Bekr, con la fe que mueve montañas, se dedicó sencilla y cuerdamente a la tarea de someter el mundo entero a Aláh —con pequeños ejércitos de tres o cuatro mil árabes— según las cartas que escribió en 628 el Profeta desde Medina a todos los monarcas del mundo.

Y el intento estuvo a punto de lograrse. Si hubiera tenido el Islam una veintena de hombres, de hombres jóvenes capaces de continuar su obra, con el temple de Abu Bekr, se hubiera logrado sin duda. Estuvo a punto de lograrse porque Arabia era un centro de fe y voluntad y porque en ningún otro lugar del mundo, hasta China, a no ser en las estepas de Rusia o del Turkestán, existía otra comunidad de hombres de espíritu libre con verdadera creencia en sus jefes y guías. El señor del Imperio bizantino, Heraclio, el vencedor de Cosroes II, había pasado de la primera

juventud y estaba hidrópico; su imperio, después de una larga guerra persa, se había quedado exhausto. Nunca, además, desplegó la habilidad excepcional que las nuevas circunstancias exigían. El pueblo abigarrado que regía, conocíale poco y se cuidaba menos de él. Persia estaba en las más profundas simas de la degradación monárquica; el parricida Kavadh II había muerto a los pocos meses de reinado, y una serie de intrigas dinásticas y asesinatos novelescos dieron animación al palacio, pero extenuaron el país. La guerra entre Persia y el Imperio bizantino sólo se concluyó formalmente por los tiempos en que empezaba a mandar Abu Bekr. Unos y otros habían empleado mucho los auxilios árabes; por toda Siria estaban dispersas muchas ciudades y establecimientos de árabes cristianizados que profesaban una infundada lealtad a Constantinopla; los monarcas persas, entre Mesopotamia y el desierto, estaban intervenidos por un príncipe árabe tributario que tenía su capital en Hira.

La influencia árabe era fuerte en ciudades como Damasco, donde unos caballeros árabes de religión cristiana leían y recitaban las últimas poesías de sus competidores del desierto. Había, pues, mucha materia fácilmente asimilable, pronta a una señal del Islam.

Las campañas militares que comenzaron entonces cuéntanse entre las más brillantes de la historia universal. Arabia se convirtió de pronto en vergel de hombres extraordinarios. El nombre de Khalid se destaca como la estrella más brillante de una constelación de generales musulmanes diestros y fieles. Allí donde mandaba, la victoria era suya, y cuando los celos del segundo califa Omar lo degradaron injusta e inexcusablemente ([3]); no movió querella y siguió sirviendo a Aláh con alegría y fervor como subordinado de los que tuvo a sus órdenes. No podemos trazar la historia de estas campañas; los ejércitos árabes acometieron simultáneamente a la Siria bizantina y a la ciudad persa fronteriza de Hira, y por todas partes ofrecieron esta alternativa: o pagar tributo, o confesar al Dios verdadero y unirse a las tropas árabes, o morir. Encontráronse con ejércitos numerosos y disciplinados, pero sin espíritu, los derrotaron. Y en ninguna parte les salió al paso algo parecido a una resistencia popular. El pueblo de las muy pobladas tierras de regadío de Mesopotamia no prefería pagar sus impuestos a Bizancio o Persépolis, antes que a Medina; y entre los árabes y la corte persa, los árabes, los árabes de los años grandes, eran manifiestamente el pueblo más puro, más justo y más generoso.

([3]) Pero Schurtz, en la *History of the World*, de Helmot, dice que la vida privada del galante Khalid escandalizaba a los fieles. Cometió adulterio, culpa muy seria en un mundo de poligamia.

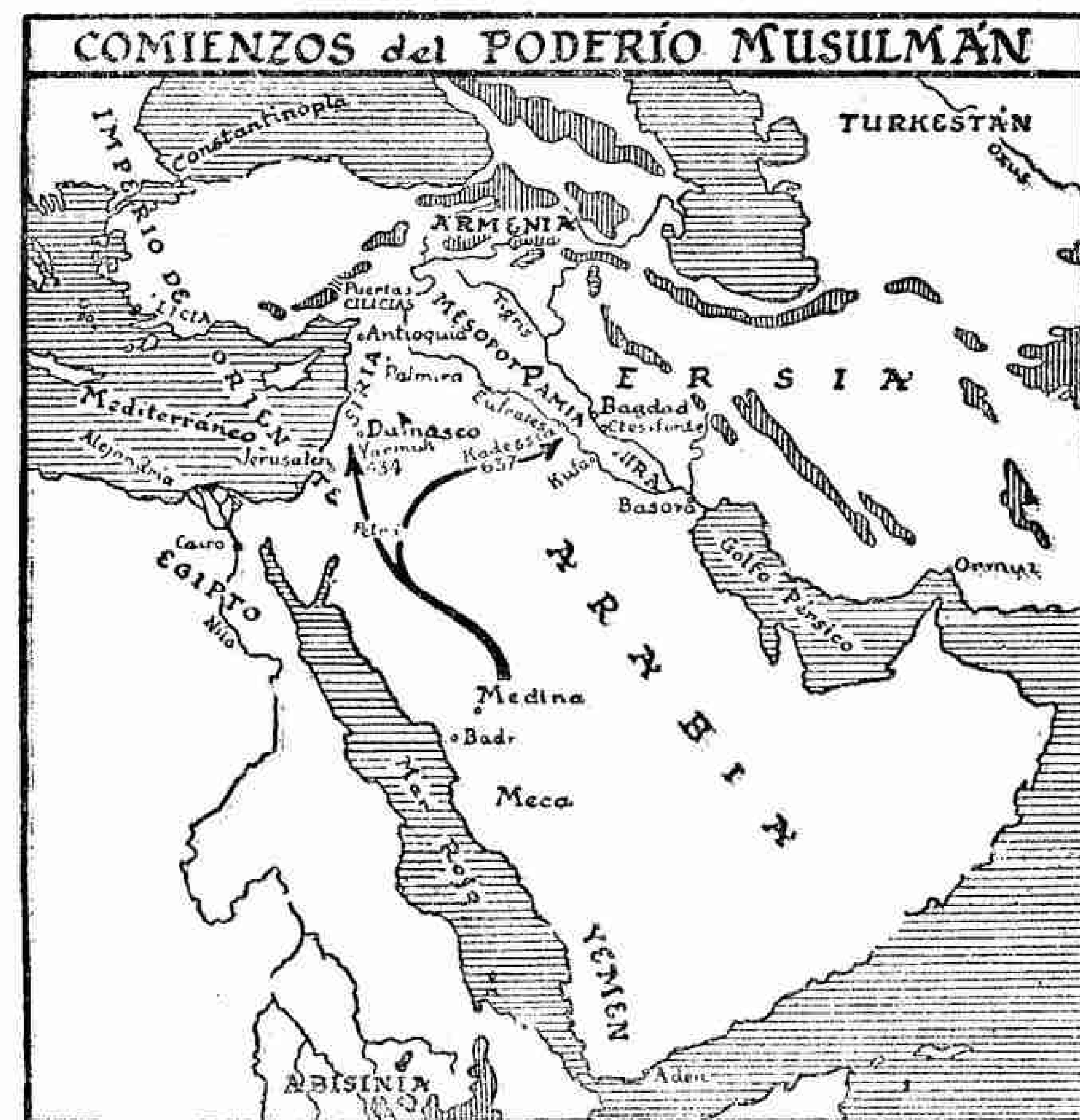
Los árabes cristianos se unieron muy ponto a los invasores, y lo mismo hicieron muchos judíos. Así como en Occidente, una invasión vino a causar en Oriente la revolución social. Pero aquí fué también revolución religiosa, con vitalidad mental nueva y característica.

Khalid fué el que dió la batalla decisiva (634) al ejército de Heraclio a orillas de Yarmuk, afluente del Jordán. Las legiones, como siempre, carecían de caballería apropiada; durante siete siglos el fantasma del viejo Craso obsesionó en vano al Oriente; los ejércitos imperiales confiaban en los árabes cristianos auxiliares suyos, y éstos se pasaron a los musulmanes cuando los ejércitos se encontraron. La hueste bizantina hizo gran ostentación de sacerdotes, banderas sagradas, imágenes y santas reliquias, y luego le dió aliento el canto de los monjes. Pero las reliquias no eran mágicas, y el canto no resultó muy convincente. Por parte de los árabes, emires y jeques arengaron a las tropas y, según la antigua manera árabe, los chillidos de las mujeres, a retaguardia, dieron ánimos a los hombres. Las filas árabes veíanse llenas de creyentes en cuyos ojos brillaba la victoria o el paraíso. No ofreció duda la batalla, tras la defección de la caballería regular; un intento de retirada disolvióse en derrota y se convirtió en matanza. El ejército bizantino peleó de espaldas al río que dejó lleno de cadáveres.

Heraclio fué abandonando poco a poco a sus nuevos antagonistas, aquella Siria que había tardado en ganar a los persas. Pronto cayó Damasco, y un año más tarde los muslimes entraron en Antioquía. Abandonáronla luego ante un último esfuerzo de Constantinopla, pero volvieron a ocuparla definitivamente, mandados por Khalid.

Entretanto, en el frente oriental, después de un rápido éxito inicial que les hizo ganar a Hira, la resistencia persa se hizo más dura. La lucha dinástica había terminado con el acceso de un rey de reyes, y surgió un general hábil, Rustam. Presentó batalla en Kadessia (637). Su ejército era precisamente una hueste heterogénea, como la que Darío llevó a Tracia o la que Alejandro desbarató en Iceso; era una mescolanza de reclutas. Tenía treinta y tres elefantes de guerra, y estaba sentado en un trono de oro sobre una elevada plataforma, detrás de las filas persas, observando el combate; trono que hará pensar al lector en Herodoto, el Helesponto y Salamina, llevándole más de mil años atrás. La batalla duró tres días; cada día los árabes atacaban y los persas resistían, hasta que la noche traía una tregua. Al tercer día los árabes recibieron refuerzos, y hacia el anochecer los persas intentaron poner fin a la lucha con una carga de elefantes. Al pronto, los ingentes animales lo arrollaron todo: luego uno fué herido, y no

pudiéndose dominar, corría de uno a otro ejército, afectando con su pánico a los restantes. Por algún tiempo, ambos ejércitos permanecieron confusos a la roja luz del ocaso, observando los frenéticos esfuerzos de aquellos monstruos grises, chillones, que intentaban huir de las masas de hombres armados que los rodeaban. Mera casualidad fué que al cabo rompieran hacia los persas y no



hacia los árabes, y que los árabes se aprovecharan para cargar en la confusión resultante. El ocaso se hizo noche; pero ya los ejércitos no se separaron. Toda la noche los árabes hirieron en nombre de Aláh y cerraron contra los persas, dispersos y en retirada. El alba iluminó los restos del ejército de Rustam, que huían muy lejos ya de la confusión del campo de batalla. Dejaban detrás armas y material de guerra, transportes abandonados, muertos y moribundos. La plataforma y el trono de oro quedaron deshechos y Rustam, muerto, entre un montón de hombres...

Abu Bekr había muerto en 634, dejando como califa a Omar, cuñado del Profeta; en tiempo de Omar (634-643) tuvieron lugar



las principales conquistas musulmanas. El imperio bizantino fué arrojado totalmente de Siria. Pero en los Montes Tauros quedó contenido el avance musulmán. Armenia fué dominada y también Mesopotamia entera y Persia, del lado de allá de los ríos. Egipto pasó casi pasivamente de los griegos a los árabes; en pocos años la raza semítica, en nombre de Dios y de su Profeta, recobró casi todos los dominios que había perdido ante los arios persas unos mil años atrás. Jerusalén no tardó en caer, mediante un tratado, sin sostener sitio, y así la Verdadera Cruz, que los persas se habían llevado doce años antes y Heraclio restituyó trabajosamente, salió una vez más del poder de los cristianos. Pero se conservó en manos cristianas, pues a los de esta religión se les toleraba mediante un impuesto de capitación; y se dejó en poder suyo todas las iglesias y todas las reliquias.

Jerusalén puso a su rendición una cláusula especial. Sólo se entregaría al califa Omar en persona. Estaba éste en Medina organizando ejércitos y dirigiendo la campaña en general. Trasladóse a Jerusalén (638), y su traslado hace ver cuán rápidamente el éxito iba zapando el vigor y la sencillez del primer impulso árabe. Hizo las seiscientas millas del viaje con un solo servidor; iba montado en un camello, con un saco de cebada, otro de dátiles y un plato de madera por todo viático. Encontráronle en las afueras de la ciudad sus principales capitanes, espléndidamente vestidos de seda y con caballos ricamente enjaezados. Ante el asombroso espectáculo, el anciano se estremeció de rabia. Echó pie a tierra, cogió piedras y lodo y lapidó a los galanes, llenándolos de insultos. ¿Qué injuria era aquélla? ¿Qué significaba tanto lujo? ¿Dónde estaban sus guerreros? ¿Dónde estaban los hombres del

desierto? No se dejaría escoltar por semejantes pisaverdes. Siguió adelante con su servidor, y los elegantes emires hicieron retroceder sus caballos, fuera del alcance de las piedras. Encontróse Omar con el Patriarca de Jerusalén, que parecía haber tomado él solo la ciudad de manos de los gobernadores bizantinos, y ambos se entendieron muy bien. Dieron juntos la vuelta a los Santos Lugares, y Omar ya un poco tranquilizado, bromeó a expensas de sus harto magníficos secuaces.

Igualmente reveladora de las tendencias del tiempo es la carta de Omar, ordenando a uno de sus gobernadores que derribara el palacio que se había construído en Kufa.

"Me dicen —escribía— que quieres imitar el palacio de Cosroes (4) y que vas a aprovechar hasta las puertas que aquél tuvo. ¿Tendrás también a la puerta los guardas y los porteros que Cosroes tenía? ¿Mantendrás alejados a los fieles y negarás audiencia a los pobres? ¿Te apartarás de las costumbres del Profeta para volverte tan magnífico como aquellos emperadores persas y bajar, como ellos han bajado, al infierno?" (5).

§ 6. *Los grandes días de los Omeyas*

Abu Bekr y Omar I son los dos figuras dominantes en la historia del Islam. No entra en nuestros propósitos el describir las guerras en que el Islam se extendió, en ciento veinticinco años, del Indo al Atlántico y España, y del Kasngar, en las fronteras de la China, al Alto Egipto. Dos mapas nos bastarán para ver los límites hasta donde llevó el impulso vigoroso de la nueva fe a la idea y las escrituras antes de que lo mundanal, el antiguo espíritu de comercio y saqueo y el esplendor de las vestiduras de seda recobraron por completo su dominio paralizador sobre la inteligencia y la voluntad de los árabes. Advertirá el lector hasta qué punto borró esta gran marea las huellas de Yuan Chwang y cuán fácilmente se repitieron en Africa, en dirección inversa, las fáciles conquistas de los vándalos. Y si el lector conserva todavía ilusiones acerca de una fuerte civilización persa, romana, helénica o egipcia, anegada por esta ola, cuanto antes deseche tales ideas, tanto mejor. El Islam prevaleció porque en todas partes hubo de hallar pueblos apáticos, despojados, oprimidos, amedrentados, ineducados y desorganizados, y gobiernos egoístas y poco firmes, sin contacto con el pueblo. Era la idea política más amplia, reciente y neta que operaba a la sazón en el mundo y ofrecía mejores condiciones que otra alguna a la masa de la humanidad.

(4) En Ctesifon

(5) Parafraseado, segun Schurtz, en la *History of the World*, de Helmot.



El sistema capitalista y esclavizador del imperio romano y la literatura, la cultura y la tradición social de Europa habían decaído y fracasado por completo antes de que surgiera el Islam; sólo cuando la humanidad hubo perdido fe en la sinceridad de sus representantes, el Islam empezó igualmente a decaer.

La mayor parte de sus energías se gastó en la conquista y asimilación de Persia y el Turkestán; su empuje más vigoroso se dirigió hacia el Norte, desde Persia, y hacia el Oeste, por Egipto. Si hubiera concentrado su primitivo vigor contra el imperio bizantino, apenas cabe dudar que en el siglo VIII se hubiesen hecho dueños de Constantinopla, entrando por allí en Europa con tanta facilidad como llegaron al Pamir. El califa Moawiya, es cierto, tuvo siete años cercada la capital (672 a 678), y Suleimán, en 717 y 718; pero el empuje no se sostuvo, y el imperio bizantino siguió siendo, por tres o cuatro siglos más, desvencijado baluarte de Europa. Entre los ávaros, búlgaros, servios, eslavos y sajones, recién cristianizados o paganos todavía, el Islam hubiera encontrado conversos tan rápidamente como entre los turcos del Asia Central. Y aunque, en lugar de insistir ante Constantinopla, vino a Europa dando un rodeo, por el camino de Africa y de España, sólo en Francia, al extremo de una vasta línea de comunicaciones con Arabia, encontró poderío suficiente que detuviera su avance.

Desde el comienzo, los aristócratas beduídos dominaron en el nuevo imperio. Abu Bekr, el primer califa, fué elegido en Medina por aclamación, y lo mismo Omar I y Othmán, el tercer califa; pero los tres pertenecían a grandes familias de la Meca. Y si Abu Bekr y Omar fueron hombres de gran sencillez y rec-

titud, Othmán era de calidad más baja, pagado enteramente de aquellas vestiduras de seda, y para quien la conquista no era por Aláh, sino para Arabia, y más particularmente para sí y para los de la Meca y los de su familia, los Omeyas. Era hombre de valor que sacó el pecho por su país, por su ciudad y por "los suyos". No era un converso de los orígenes, como lo eran sus dos predecesores; se unió al Profeta por razones de política, en toma y daca. Con su advenimiento, el califa deja de ser un hombre extraño, todo fuego y maravilla, para convertirse en un monarca oriental, como tantos otros anteriores o posteriores; un monarca oriental bastante bueno para lo que se estilaba a la sazón en Oriente; pero nada más.

El gobierno y la muerte de Othmán pusieron de manifiesto las consecuencias de la debilidad de Mahoma, tan claramente como las vidas de Abu Bekr y Omar habían dado testimonio del fuego divino de sus enseñanzas .Mahoma se mostró político en ocasiones en que Abu Bekr se hubiera mostrado firme, y el nuevo elemento de codicia aristocrática que entró en acción con Othmán fué uno de los frutos de su política. El legado del harén del Profeta, reunido tan descuidadamente; las complicaciones de familia y los celos que acechaban en el fondo de los asuntos musulmanes, durante el gobierno de los dos primeros califas, iban mostrándose a plena luz. Alí, que era sobrino, hijo adoptivo y yerno del Profeta, como marido de Fátima, hija de éste, se llegó a considerar como verdadero califa. Sus pretensiones formaron como una resaca, con el resentimiento de Medina y de las familias rivales de la Meca, contraria al advenimiento de los Omeyas. Mas Ayesha, la esposa favorita del Profeta, habiéndose mostrado siempre celosa de Fátima y hostil a Alí, prestó ayuda a Othmán... La historia del Islam, inaugurada tan espléndidamente, se sumerge de pronto en esta desaseada pelea y riña de herederos y viudas.

En 656, Othmán, anciano de ochenta años, fué apedreado en las calles de Medina por el populacho, obligado a encerrarse en su casa, y asesinado, y Alí fué al cabo califa; pero sólo para ser asesinado a su vez (661). En una de las batallas de esta guerra civil, Ayesha, a la sazón vieja intrépida y malvada, se distinguió mandando una carga a lomo de camello. Hecha prisionera, recibió trato respetuoso.

Mientras los ejércitos del Islam avanzaban triunfantes a la conquista del mundo, le hería en la cabeza esta enfermedad de la guerra civil. ¿Qué era para Ayesha el reinado de Aláh en el mundo, si podía deshacerse de la detestada Fátima, y qué interés iban a poner los Omeyas y los partidarios de Alí en la unidad de todos los hombres, si estaban entretenidos en una pelea cuyo premio era el califato? El mundo del Islam estaba dividido por

los despechos, codicias y necias parcialidades de un puñado de hombres y mujeres de Medina. Aun subsiste el debate. Aun hoy, un importante partido de los musulmanes, los shiitas, mantenen, *como artículo de fe*, los derechos de Alí al califato, y son los que prevalecen en Persia y en la India. Pero otro partido, igualmente importante, el de los semnitas, con los cuales difícilmente deja de simpatizar un observador desinteresado, niegan esta peculiar añadidura al sencillo credo de Mahoma. Según podemos colegir, al cabo de tanto tiempo, Alí era un individuo enteramente vulgar.

Asistimos a este cisma que surge en los valerosos comienzos del Islam como a un caso de reblandecimiento cerebral. A la abundante bibliografía del tema remitimos a los lectores deseosos de saber cómo Hasán, hijo de Alí, fué envenenado por su esposa, y cómo su hermano Husein murió asesinado. No hacemos más que nombrarlos aquí, porque aun son causa para muchos hombres de parcialidad sentimental y mutuas molestias. Son los dos principales mártires shiitas. Entre tantos conflictos, incendióse la antigua Kaaba de la Meca, y, como es natural, empezaron interminables disputas acerca de si se había de reconstruir en forma exactamente igual a la que tenía o en escala mucho mayor.

En esta sección y en las precedentes hemos visto una vez más la inevitable lucha de este impulso unificador más reciente en los negocios del mundo, contra la disipación cotidiana de la humanidad, y hemos visto también cómo desde el principio el complicado núcleo doméstico de Mahoma fué como una mala herencia para la nueva fe. Pero a medida que esta historia va degenerando en los crímenes e intrigas normales de una dinastía oriental, el estudioso de la historia se irá dando cuenta de una tercera debilidad fundamental de las reformas universales de Mahoma. Era éste un árabe iletrado, desconocedor de la historia, totalmente ignorante de todas las experiencias políticas de Roma y Grecia, y casi lo mismo de la verdadera historia de Judea; y no dejó a sus sucesores plan ninguno de gobierno estable que incorporara y concentrara la voluntad general de los fieles, ni forma efectiva que expresara el verdadero espíritu real de la democracia (empleando aquí el vocablo en su sentido moderno) de que están llenas las enseñanzas del Islam. Su gobierno fué una autocracia sin límites, y autocrático ha seguido siendo el Islam. Políticamente no constituyó un avance, sino un retroceso con respecto a las libertades tradicionales y a las leyes consuetudinarias del desierto. La ruptura de la tregua de los peregrinos que fué causa de la batalla de Badr, es el punto más negro del Islam primitivo. Nominalmente, Aláh es su jefe principal... pero en la práctica ha sido siempre dueño de él cualquier hombre vigoroso y sin escrúpulos que haya sido capaz de apoderarse del Califato y sostenerlo y, sujeto

a rebeliones y asesinatos, su última ley ha sido la voluntad de ese hombre.

Durante algún tiempo, muerto Alí, la familia de los Omeyas gozó de ascendiente y dió legisladores al Islam por espacio de casi un siglo.

Los historiadores árabes se ocupan tanto de las rencillas dinásticas y de los crímenes del tiempo, que es difícil rastrear la Historia externa de este período. Vemos a las naves musulmanas derrotar a la escuadra bizantina en una gran batalla, frente a las costas de Licia (665); pero no sabemos aún, claramente, cómo adquirieron aquella primera flota victoriosa. Es probable que fuera egipcia. Durante algunos años, el Islam tuvo ciertamente el dominio del Mediterráneo oriental, y en 662, y luego, en 672, durante el reinado de Muawiya (662-670), el primer gran califa Omeya atacó dos veces por mar a Constantinopla. Hubo de ser por mar, porque el Islam, mientras estuvo bajo el mando de los árabes, no pasó nunca de la valla de los Montes Tauros. Durante el mismo período, los musulmanes extendieron también sus conquistas cada vez más adentro del Asia Central. Mientras el Islam estaba ya decadente en su centro, iba todavía creando grandes huestes de nuevos adeptos y suscitando un nuevo espíritu entre las poblaciones turcas hasta allí divididas y faltas de propósito. Medina no podía ya ser centro de las vastas empresas de Asia, Africa y el Mediterráneo, y así Damasco vino a ser capital de los califas Omeyas.

Los más importantes de éstos, cuando se disipan por algún tiempo las intrigas dinásticas, son Abdal Malik (685-705) y Walid I (705-715), en tiempo de los cuales la dinastía Omeya llegó a la cima de su éxito. Las fronteras occidentales prolongáronse hasta los Pirineos, en tanto que por el Este, los dominios del califa tocaban a la China. El hijo de Walid, Suleimán (715), dirigió una nueva serie de ataques musulmanes a Constantinopla, meditados y propuestos por su padre. Como medio siglo antes, en tiempos del califa Muawiya, hízose el avance por mar —pues el Asia Menor, como dijimos, aun no se había conquistado—, y los barcos procedían, sobre todo, de Egipto. El emperador, un usurpador, León Isáurico, demostró extraordinaria habilidad y obstinación en la defensa; en una brillante salida, incendió la mayor parte de los navíos musulmanes, exterminó las tropas desembarcadas en el lado asiático del Bósforo, y después de dos años de campaña en Europa (717-718), un invierno de rigor extraordinario vino a completar la derrota.

De aquí en adelante, va decayendo la gloria de la dinastía Omeya. Habíase agotado el primer ímpetu tremendo del Islam. No había expansión mayor, sino disminución manifiesta del celo

religioso. El Islam había hecho millones de conversos y lo digería muy mal. Ciudades, naciones, sectas y razas enteras, árabes, paganos, judíos, cristianos, maniqueos, adeptos de Zoroastro, turianos, habían sido absorbidos por el vasto imperio reciente de los sucesores de Mahoma. Ha sido hasta aquí característica común de todos los grandes iniciadores de religión unitiva en el mundo, yerro común de todos ellos, la aceptación de los ideales morales y teológicos que primeramente proclamaron, como si fuesen ideales universales. Los de Mahoma, por ejemplo, se aplicaron a la hidalguía tradicional y a los sentimientos monoteístas envueltos en ella, de los árabes inteligentes de entonces. Todo esto estaba latente en el espíritu y conciencia de la Meca y Medina; él no hizo más que suscitarlo. Cuando las nuevas enseñanzas fueron extendiéndose y quedándose grabadas, hubieron de operar sobre una base cada vez menos afín, tuvieron que brotar en terreno que las desviaba y pervertía. Su único texto era el Korán. Para los espíritus no hechos a las melodías del árabe, este libro ha de ser, y tal vez les parece a muchos europeos de hoy, una mezcla de fina retórica y —para decirlo con claridad— de charla informe y desabrida. Hubo no pocos conversos a quienes se escapaba lo principal. A esto hemos de atribuir la prontitud con que persas e indos prestaron adhesión al cisma shiita, a causa de una disputa que por lo menos podían entender y sentir. Y al mismo intento de cuadrar la materia nueva con preocupaciones antiguas, debióse la extravagante teología, que muy pronto discutió si el Korán era y había sido siempre coexistente con Dios [6]. Nos asombraría lo absurdo de esta idea si no reconociésemos inmediatamente en ella el significativo intento de algún converso cristiano ducho en letras para islamizar su creencia de que "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios". [7].

A ninguno de los grandes iniciadores religiosos unitivos del mundo parece haberle acompañado hasta aquí el concepto de la vasta obra de educación, de la amplia labor de exposición lúcida y variada, de organización intelectual que iba envuelta en sus proposiciones.

Todos presentan el mismo ejemplo de una rápida expansión, como un poco de agua derramada sobre un gran terreno, que luego se hace superficial y se corrompe.

No tardamos en oír que un califa Omeya, Walid II (743-744), se burlaba del Korán, comía cerdo, bebía vino y no hacía oración. Esto sería cierto o se haría circular por razones políticas. En la Meca y en Medina tuvo comienzo una reacción puritana contra

(6) Mark Sykes.
(7) Evangelio de San Juan, cap. I, 1.

la liviandad y el lujo de Damasco. Otra gran familia árabe, la de los Abbas, los Abbasidas, linaje perverso, ambicionaba el poder e iba haciéndose portavoz del descontento general. La querella entre Omeyas y Abbasidas era más antigua que el Islam; había tenido comienzo antes de que naciera Mahoma. Los Abbasidas hicieron suya la tradición de los "mártires" shiitas, Alí y sus hijos Hasán y Husein, y se identificaron con ella. Los Omeyas tenían bandera blanca; los Abbasidas adoptaron bandera negra en señal de luto por Hasán y Husein, y porque el negro es el color más imponente; por otra parte, los Abbasidas declararon usurpadores a todos los califas que siguieron a Alí. En 749 llevaron a cabo una revolución cuidadosamente preparada, y el último califa Omeya fué perseguido y muerto en Egipto. Abul Abbas, el primer califa abbasida, empezó su reinado encarcelando a todos los varones de linaje Omeya que pudo coger y mandándolos exterminar. Dícese que se amontonaron sus cuerpos, que se echó encima de ellos una alfombra de cuero y que sobre esta horrible mesa celebraron festín Abul Abbas y sus consejeros. Además, las tumbas de los califas Omeyas fueron saqueadas y sus huesos quemados y aventadas sus cenizas a los cuatro puntos cardinales. Así tuvieron venganza lo agravios de Alí y la dinastía Omeya pasó a la historia.

Es interesante advertir que en el Khorasan hubo un levantamiento a favor de los Omeyas, favorecido por el emperador de la China.

§ 7. *La decadencia del Islam con los Abbasidas*

Pero los descendientes de Alí no estaban llamados a compartir por mucho tiempo su triunfo. Eran los Abbasidas aventureros y gobernantes de escuela más antigua que el Islam. La tradición de Alí había favorecido sus propósitos y el procedimiento inmediato. El nuevo califa consintió en cazar y degollar a los miembros supervivientes de su familia, a los descendientes de Alí y de Fátima.

Claramente volvían al mundo las antiguas tradiciones de la Persia sasánida y de la Persia anterior a los griegos. Con el advenimiento de los Abbasidas, el dominio del mar dejó de pertenecer al califa, de quien se apartaron igualmente España y el Norte de Africa, en donde se formaron nuevos Estados musulmanes independientes, el primero con un superviviente de la familia Omeya por jefe. El centro de gravedad del Islam trasladóse, a través del desierto, de Damasco a Mesopotamia. Mansur, el sucesor de Abul Abbas, edificóse en Bagdad, cerca de las ruinas de Ctesifón, capital que fué de los Sasánidas, una capital nueva.

Turcos y persas pudieron ser emires, como los árabes, y el ejército se reorganizó sobre el modelo de los Sasánidas. Medina y la Meca sólo tenían ya importancia de centros de peregrinación adonde iban los fieles a rezar sus preces. Pero como allí la lengua era hermosa, y era la del Korán, el árabe continuó desarrollándose hasta reemplazar el griego y convertirse en idioma de todo hombre culto en el mundo entero de los musulmanes.

Poco es necesario decir aquí de los monarcas abbasidas que sucedieron a Abul Abbas. La guerra continuaba año tras año en el Asia Menor, sin que los bizantinos ni los árabes lograran ventajas permanentes, aunque una o dos veces los musulmanes, en sus correrías, llegaron hasta el Bósforo. Un falso profeta, que se hacía pasar por dios, Mokanna, tuvo una carrera breve y turbulenta. Hubo conspiraciones y rebeldías, aplastadas e incoloras ya en la historia como las flores en un libro viejo. Otro califa abbasida merece tan sólo ser nombrado aquí, tanto por su importancia real como por la importancia legendaria que tiene: Harún-al-Raschid (768-809).

No sólo fué el califa de un extenso y próspero imperio en la realidad, sino que fué también el califa de un imperio inmortal de la fantasía: fué el Harún-al-Raschid de la *Mil y una noches*.

Sir Mark Sykes ([8]) hace una reseña de la realidad de su imperio, de que citaremos aquí algunos pasajes. Dice: "La corte imperial era pulida, lujosa y de riqueza ilimitada; la capital, Bagdad, una gigantesca ciudad mercantil en derredor de una ingente fortaleza administrativa en que cada departamento del Estado tenía su oficina pública, regulada cabalmente y bien ordenada; abundaban las escuelas y los colegios; filosóficos, estudiantes, doctores, poetas y teólogos llegaban allí, procedentes de todos los parajes del mundo civilizado... Las capitales de provincia embellecíanse con vastos edificios públicos y estaban unidas entre sí por un eficaz y rápido servicio de correos y por caravanas; las fronteras, seguras y bien guarnecidas; el ejército, leal, eficiente y valeroso; los gobernadores y los ministros, honrados e indulgentes. El imperio se extendía con igual fuerza y cohesión nunca igualada desde las puertas Cilicias hasta Aden, y desde Egipto hasta el Asia Central. Cristianos, paganos, judíos, lo mismo que musulmanes, empleábanse en el servicio del gobierno. Usurpadores, generales rebeldes y falsos profetas parecían haberse desvanecido en los dominios musulmanes. El tráfico y la riqueza habían sustituído a la revolución y al hambre... La peste y las enfermedades eran asistidas en los hospitales imperiales y por los físicos del gobierno... En asuntos de gobierno, los toscos métodos de la adminis-

(8). *The caliph's Last Heritage.*

tración árabe habían cedido el puesto a un complicado sistema de Divanes, en parte iniciado por el sistema de gobierno romano, pero tomado principalmente del persa. Coreros, hacienda, sello privado, posesiones reales, justicia y asuntos militares administrábanse en oficinas separadas, con sus ministros y empleados; un ejército de amanuenses, escribas, redactores y contables pupulaba en aquellas oficinas, y gradualmente fué a parar a sus manos todo el poder del gobierno, separando al jefe de los fieles de toda comunicación directa con sus súbditos. El palacio imperial y la corte basábanse asimismo en precedentes romanos y persas. Los eunucos, los harenes de mujeres severamente veladas, los guardas, los espías, los mandaderos, los comediantes, los poetas, los enanos, apiñábanse en derredor del jefe de los fieles, esforzándose cada cual en su medida por conquistar el favor real y distraer indirectamente el espíritu regio de los asuntos y negocios del Estado. Entretanto, el tráfico mercantil de Oriente derramaba el oro en Bagdad como suplemento de otro enorme río de riquezas procedente de las contribuciones de saqueo y botín enviadas a la capital por los caudillos de las fuerzas victoriosas que recorrían el Asia Menor, la India y el Turkestán. El suministro igualmente inagotable de esclavos turcos y moneda bizantina contribuía a la magnificencia de las rentas del Irak, y combinando con el vasto tráfico comercial de que Bagdad era centro, producía una amplia y poderosa clase adinerada, compuesta por los hijos de generales, empleados, terratenientes, favoritos reales, mercaderes, etc., que daba aliento a las artes, a la literatura, a la filosofía, a la poesía; según su humor, mandaba edificar palacios, rivalizaba en el lujo de sus diversiones, pagaba a los poetas para que cantasen sus alabanzas, charlaba de filosofía, sostenía varias escuelas de pensamiento, hacía obras de beneficencia y se comportaba, en suma, como las clases ricas de todos los tiempos. Dije ya que el imperio Abbasida en los días de Harún-al-Raschid era débil en grado sumo, y quizá tenga el lector por extraña esta proposición cuando considere que ha descripto el imperio ordenado, la administración definida y bien asentada, el ejército eficaz, la riqueza abundante. Lo que intenté sugerir es que el imperio Abbasida había perdido contacto con todo lo que el Islam era original y vital, y se había edificado por entero con los fragmentos reunidos de todos los imperios que el Islam destruyó. Nada en aquel imperio solicitaba los más elevados instintos de los conductores del pueblo; la guerra santa había degenerado en adquisición sistemática de botín. El califa era un emperador ostentoso o un Rey de Reyes; la administración había pasado de ser un sistema patriarcal a ser una burocracia. Las clases más ricas iban perdiendo rápidamente toda fe en la religión del Estado; la filosofía especulativa y la elegancia iban ocupando

el puesto de la ortodoxia koránica y de la sencillez árabe. El único lazo que hubiera podido mantener coherente al imperio, la severidad y llaneza de la fe musulmana, desdeñábanla tanto el califa como sus consejeros... El propio Harún-al-Raschid tuvo apego al vino, y su palacio decorado con imágenes pintadas de pájaros y otros animales y de hombres...

"Nos asombra, de momento, la grandeza de la dominación Abbasida; de pronto echamos de ver que es sólo una hermosa corteza en que están encerrados el polvo y las cenizas de las civilizaciones muertas".

Harún-al-Raschid murió en 809. A su muerte, el gran imperio cayó de pronto en la guerra civil y en la confusión, y el inmediato gran acontecimiento de importancia excepcional en aquellas regiones del mundo tiene lugar doscientos años más tarde, en que los turcos, con jefes de la gran familia de los Seldyúcidas, se derramaron desde el Turkestán hacia el Sur, y no sólo conquistaron el imperio de Bagdad, sino también el Asia Menor. Como procedían del Nordeste, pudieron tomar de costado la gran barrera de los Montes Tauros, que hasta entonces había contenido a los musulmanes. Seguían siendo el pueblo aquél de quien Yuan Chwang nos dió una idea cuatrocientos años antes; pero eran ya musulmanes, y musulmanes de tipo primitivo, hombres que Abu Bekr hubiera visto llegar gustoso al Islam. Originaron en éste un gran renuevo de vigor, y encaminaron otra vez el pensamiento del mundo musulmán hacia la guerra religiosa contra la cristiandad. Porque entre ambas grandes religiones existía una especie de tregua desde que cesó el avance musulmán al declinar la dinastía Omeya. Las colisiones entre la cristiandad y el Islam habían sido más bien riñas de frontera que guerras sostenidas. No llegaron a ser guerra cruda y fanática hasta el siglo XI.

§ 8. *La vida intelectual del Islam árabe*

Antes de hablar de turcos y cruzados, de las duras guerras que comenzaron entre cristianos e islamitas y que han dejado una perniciosa intolerancia entre ambos grandes sistemas, que llega a los tiempos presentes, es necesario prestar alguna mayor atención a la vida intelectual del mundo de lengua árabe que iba extendiéndose cada vez más por las regiones dominadas tiempo atrás por el helenismo. Desde algunas generaciones antes de Mahoma, la mente árabe había mostrado su ardor latente produciendo poesía y abundantes discusiones religiosas; con el estímulo de los éxitos nacionales y raciales ardió con un brillo que só'o cede al de los griegos en su mejor período. Desde un nuevo punto de vista y con vigor fresco aferróse al desarrollo sistemático de los conocimientos positivos, comenzado y abandonado por los griegos. Reanimó la humana persecución de la ciencia. Si el griego fué el padre, el árabe fué el padrastro del método científico de tratar la realidad; esto es, con absoluta franqueza, con la mayor sencillez de exposición y explicación, información exacta y crítica apurada. De los árabes, y no por vías latinas, recibió el mundo moderno aquellos dones de luz y fuerza.

Sus conquistas pusieron a los árabes en contacto con la tradición literaria griega, no directamente al principio, sino a través de las traducciones sirias de escritores griegos. Los cristianos nestorianos, los cristianos del Oriente ortodoxo, parece que fueron mucho más inteligentes y de espíritu más activo que los limitados teólogos de Bizancio, y lograron un nivel de educación general mucho más alto que los cristianos latino-parlantes de Occidente. Fueron tolerados en los últimos tiempos de los Sasánidas y lo fueron también por el Islam, hasta el ascendiente turco del siglo XI. Conservaban en buena parte la ciencia médica de los helenos y aun la habían aumentado. En tiempo de los Omeyas, la mayoría de los médicos en los dominios del califa eran nestorianos, y no cabe dudar que muchos de éstos, ilustrados, profesaron el islamismo sin serios remordimientos ni gran cambio en su pensamiento ni en su conducta. Conservaron mucho de Aristóteles, tanto en griego como en traducciones sirias; poseían una literatura matemática considerable. Su arsenal de conocimientos hace que resulte mezquino el de sus contemporáneos San Benito y Casiodoro. A los maestros nestorianos acercóse fresca la mente de los árabes del desierto, penetrante y curiosa, y aprendió mucho de ellos y mejoró bastante sus enseñanzas.

Mas no eran los nestorianos los únicos maestros posibles para los árabes. En todas las ciudades ricas de Oriente, sus afines los judíos estaban dispersos con su literatura peculiar y sus tradiciones. la mente árabe y la judía reaccionaron entre sí con provecho común. Los árabes adquirieron conocimientos; los judíos, agudeza más viva. Los judíos no fueron nunca pedantes en materia de idioma; ya hemos advertido que mil años antes del Islam hablaban el griego en la Alejandría helenizada, y a la sazón, en todo el nuevo mundo musulmán, hablaban y escribían en árabe. Hay literatura judía de la mejor escrita en árabe: por ejemplo, los escritos religiosos de Maimónides. Difícil en verdad es el decir, en este caso de la cultura arábiga, dónde acaba el judío y empieza el árabe: tan importantes y esenciales eran sus factores judíos.

Existía, además, una tercera fuente de inspiración, más particularmente en ciencia matemática, a la que hoy resulta difícil hacer justicia: la India. Apenas cabe dudas que la mente árabe en su mejor período mantuvo contacto efectivo con la literatura

sánscrita y con las ideas de los indos, sacando provecho de estas fuentes.

Las actividades distintivas de la mente árabe manifestáronse ya en tiempos de los Omeyas, aunque su mejor desarrollo tuvo lugar en el de los Abbasidas. La historia es el comienzo y la substancia de toda filosofía fuerte y de toda literatura grande, y los primeros escritores árabes distinguidos fueron historiadores, biógrafos y poetas cuasihistóricos. La novela y el cuento vinieron después, cuando se creó un público de lectores con ganas de entretenerse, y cuando la lectura dejó de ser una conquista especial y se hizo necesaria para todo hombre de negocios y para todo mancebo de buena cuna, comenzó el momento sistemático de un sistema y de una literatura educativos. Por los siglos IX y X había, no sólo gramáticos, sino grandes léxicos y una gran cantidad de conocimientos filosóficos, en el Islam.

Con un siglo aproximadamente de adelanto con respecto a los países occidentales, constituyéronse en el mundo musulmán algunos centros en Basora, Kufa, Bagdad y El Cairo, y en Córdoba, aparte de las que fueron al principio escuelas religiosas dependientes de las mezquitas, una serie de grandes universidades. La luz de estas universidades extendió su brillo más allá del mundo musulmán y atrajo estudiantes de Oriente y de Occidente. Particularmente en Córdoba había gran número de estudiantes cristianos, y la influencia de la filosofía árabe, pasando por España, entró en las universidades de París, Oxford y la Italia del Norte, y en el pensamiento general de la Europa de Occidente, llegando a ser muy considerable. El nombre de Averroes (Ibn-rushd), de Córdoba (1126-1198), surge como cumbre de la influencia de la filosofía árabe en el pensamiento europeo. Desarrolló las enseñanzas de Aristóteles en términos que marcan una división exacta entre la verdad religiosa y la científica, preparando así el camino del dogmatismo-religioso que las cohibía, tanto en la cristiandad como en el Islam. Otro gran nombre es el de Avicena (Ibnsina), Príncipe de los Físicos (980-1037), que nació al otro extremo del mundo arábigo en Bokhara, y viajó por el Khorassán... La industria de la copistería de libros floreció en Alejandría, Damasco, El Cairo y Bagdad, y por el año 970 había veintisiete escuelas libres abiertas en Córdoba para educación de los pobres.

"En matemáticas —dicen Thatcher y Schwill (9)— los árabes edificaron sobre los cimientos echados por los matemáticos griegos. Oscuro es el origen de los llamados números arábigos. En tiempos de Teodorico el Grande, Boecio empleó ciertos signos en parte parecidos a los nueve números dígitos que hoy conocemos. Un discípulo de Gerberto usó también signos más semejantes todavía a los nuestros; pero el cero no se conoció hasta el siglo XII, en que lo inventó un matemático árabe llamado Mohamed-Ibn-Musa, que fué asimismo el primero en emplear la notación decimal, dando a los dígitos valor de posición. En geometría los árabes no mejoraron mucho a Euclides; pero el álgebra, virtualmente, es creación suya; desarrollaron también la trigonometría esférica, inventaron el seno, la tangente y la cotangente. En física inventaron el péndulo y produjeron obras de óptica. Hicieron progresar la ciencia de la astronomía. Edificaron diversos observatorios y construyeron muchos instrumentos astronómicos que aún están en uso. Calcularon el ángulo de la elíptica y la presión de los equinoccios. Sus conocimientos en astronomía fueron, sin duda, considerables.

(9) *A General History of Europe.*

"En medicina hicieron grandes adelantos sobre los de los griegos. Estudiaron la fisiología y la higiene, y su *materia médica* fué, de hecho, la misma de nuestros días. Aun están en uso muchos de sus tratamientos. Sus cirujanos conocieron el empleo de la anestesia y realizaron algunas de las operaciones más difíciles que se conocen. En tiempos de prohibición de la medicina por la iglesia, que pedía la curación de los ritos religiosos practicados por los eclesiásticos, los árabes tuvieron una verdadera ciencia médica. En química empezaron muy bien. Descubrieron muchas substancias como el alcohol (10), la potasa, el nitrato de plata, el sublimado corrosivo y los ácidos nítrico y sulfúrico... En manufacturas asombraron al mundo con la variedad, la belleza del dibujo y perfección técnica. Trabajaron todos los metales: oro, plata, cobre, bronce, hierro y acero. Nunca han sido sobrepujadas sus fábricas textiles. Hicieron vidrios y cerámicas de la calidad más fina. Conocieron los secretos de la tintorería y manufacturaron muchos procedimientos de trabajar el cuero e hicieron obras famosas en Europa entera. Hicieron tinturas, esencias y jarabes, azúcar de caña y vinos generosos de muchas clases. Practicaron la labranza de manera científica y contaron con buenos sistemas de regadío. No ignoraron el valor de los abonos y adaptaron sus plantaciones a la calidad de la tierra. Sobresalieron en la horticultura y conocieron los injertos y cómo se producen nuevas variedades de frutas y flores. Introdujeron en Occidente los más importantes árboles y plantas de Oriente y escribieron tratados de labranza".

(10) El alcohol, como "espíritu de vino", conocíolo Plinio (100 de J. C.). El estudioso de historia científica puede consultar la *History of Chemistry*, de Campbell Brown, y hallará en el texto estas manifestaciones.

Hay que señalar en esta reseña una especialidad por la importancia que tuvo para la vida intelectual de los hombres: la manufactura del papel. Parece que los árabes la aprendieron de los chinos por la vía del Asia Central. Los europeos la adquirieron de los árabes. Hasta entonces los libros se escribían en pergamino o papiro, y después de la conquista árabe de Egipto, Europa se quedó sin provisión de la segunda substancia. Mientras el papel no fuera abundante, de poco servía el arte de imprimir y los periódicos, y la educación popular por medio de libros era cosa imposible. Este fué probablemente uno de los más importantes factores del atraso relativo de Europa durante los tiempos de oscuridad que los historiadores parecen admitir...

Y toda esta vida mental entró en el mundo de los musulmanes a pesar del importantísimo desorden político. Desde el principio hasta el fin, los árabes no aferraron jamás el problema, todavía sin resolver, de un Estado permanente y progresivo; en todas partes su forma de gobierno fué absolutista y estuvo sujeta a las convulsiones, cambios, intrigas y asesinatos que han caracterizado siempre las formas más extremadas de la monarquía. Pero durante algunos siglos, al lado de los crímenes y rivalidades de corte y campamento, el espíritu del Islam conservó cierto decoro y restricción general en su vida; el Imperio bizantino fué impotente para destrozar su civilización, y el peligro turco, en el Noroeste, fué recogiendo fuerza muy poco a poco. Hasta que los turcos cayeron sobre ella, continuó la vida intelectual islamita. Quizá le halagaba secretamente la idea de que podría seguir subsistiendo a pesar de las amenazas, de la violencia y de la sinrazón de sus tendencias políticas. Esta ha sido, hasta hoy, la actitud característica de la ciencia y la literatura en todos los países. El intelectual ha sentido siempre repugnancia a combatir con el hombre de fuerza. Ha sido, por lo general, cortesano y contemporizador. Es posible que nunca haya estado seguro de sí mismo. Hasta el presente, los hombres de razón y saber no han tenido nunca la seguridad y el valor de los fanáticos religiosos. Pero apenas cabe dudar que hayan acumulado convicciones muy fuertes y ganado confianza de pocos siglos a esta parte; han encontrado poco a poco acceso al poder gracias al desarrollo de la educación popular y de la literatura popular, y hoy están más dispuestos que nunca, en la historia del mundo, a decir claramente las cosas y a pedir voz dominante en la gestión de los asuntos humanos.

XXXIII

LA CRISTIANDAD Y LAS CRUZADAS

§ 1. *El mundo occidental en su mayor depresión.*

VOLVÁMONOS ahora de este renacimiento intelectual en la cuna de las civilizaciones antiguas, a los asuntos del mundo occidental. Hemos descrito ya la quiebra completa, económica, social y política, del sistema imperial romano en Occidente; la confusión y oscuridad que siguieron en los siglos VI y VII, y las luchas de hombres como Casiodoro por mantener encendida la llama del saber humano en medio de tan tormentosas confusiones. Sería inútil referirse, durante algún tiempo, a Estados y gobernantes. Aventureros grandes o chicos se apoderaban de un castillo o de un campo y dominaban una extensión no bien definida. Las Islas Británicas, por ejemplo, estaban divididas entre multitud de jefes; muchos jefes celtas en Irlanda, Escocia, Gales y Cornualles luchaban, vencían y sucumbían alternativamente; los invasores ingleses también estaban divididos en "reinos" fluctuantes: Kent Wessex, Essex, Sussex, Mercia, Northumbria y Anglia oriental, que guerreaban constantemente entre sí. Otro tanto ocurría en la mayor parte del mundo occidental. Aquí, un obispo quería ser rey, como lo era Gregorio Magno en Roma; allá, una ciudad o grupo de ciudades quería estar bajo el dominio de este o aquel príncipe. En las vastas ruinas de la ciudad de Roma manteníanse familias semi-independientes de aventureros cuasi-nobles y los secuaces de éstos. El papa conservaba cierto predominio general; pero a veces oponíase un "duque de Roma". La gran pista del Coliseo se había convertido en castillo de propiedad privada, y lo mismo ocurría con el ingente sepulcro del emperador Adriano, y los aventureros que se apoderaron de semejantes fortalezas y sus partidarios tendíanse mutuas asechanzas, peleaban y reñían en las calles ruinosas de la que fué ciudad imperial. La tumba de Adriano llamábase, desde los días de Gregorio Magno, castillo del Santo Angel, porque cuando aquel Papa cruza el puente sobre el Tiber para ir a San Pedro a rogar contra la tremenda peste que asolaba la ciudad, tuvo la visión de un ángel enorme que, en pie sobre la ingente masa del mausoleo, envainaba una espada, y conoció

así que sus oraciones habían sido aceptadas. El castillo del Santo Angel desempeñó importantísimo papel en los asuntos de Roma durante estas épocas de desorden.

España venía a estar en el mismo estado de fragmentación que Italia, Francia o Inglaterra; y en España la antigua disputa entre cartagineses y romanos se continuaba en la acre hostilidad de sus descendientes y herederos, judíos y cristianos. Así, cuando el poderío del califa recorrió toda la costa septentrional de Africa hasta el Estrecho de Gibraltar, encontró en los judíos españoles ayuda para invadir Europa. Un ejército musulmán de árabes y bereberes, el pueblo camita nómada del desierto africano y del interior montañoso convertido al islamismo, cruzó el mar y derrotó a los visigodos, en una gran batalla, en 711. A los pocos años todo el país estaba en poder suyo.

En 720 llegó el Islam a los Pirineos y penetró en Francia; creyóse un tiempo que su fe iba a someter la Galia tan fácilmente como había subyugado la península hispana. Mas pronto hubo de chocar con algo más resistente: con un nuevo reino de los francos, que se había consolidado, desde un par de siglos atrás, en las tierras del Rhin y el Norte de Francia.

De este reino franco, precursor de Francia y Alemania que formó el baluarte occidental de Europa contra la fe mahometana, como el Imperio bizantino detrás de los Montes Tauros formaba el oriental, tendremos mucho que decir en seguida; pero antes hemos de pasar revista al nuevo sistema de agrupaciones sociales de que hubo de seguir.

§ 2. *El sistema feudal.*

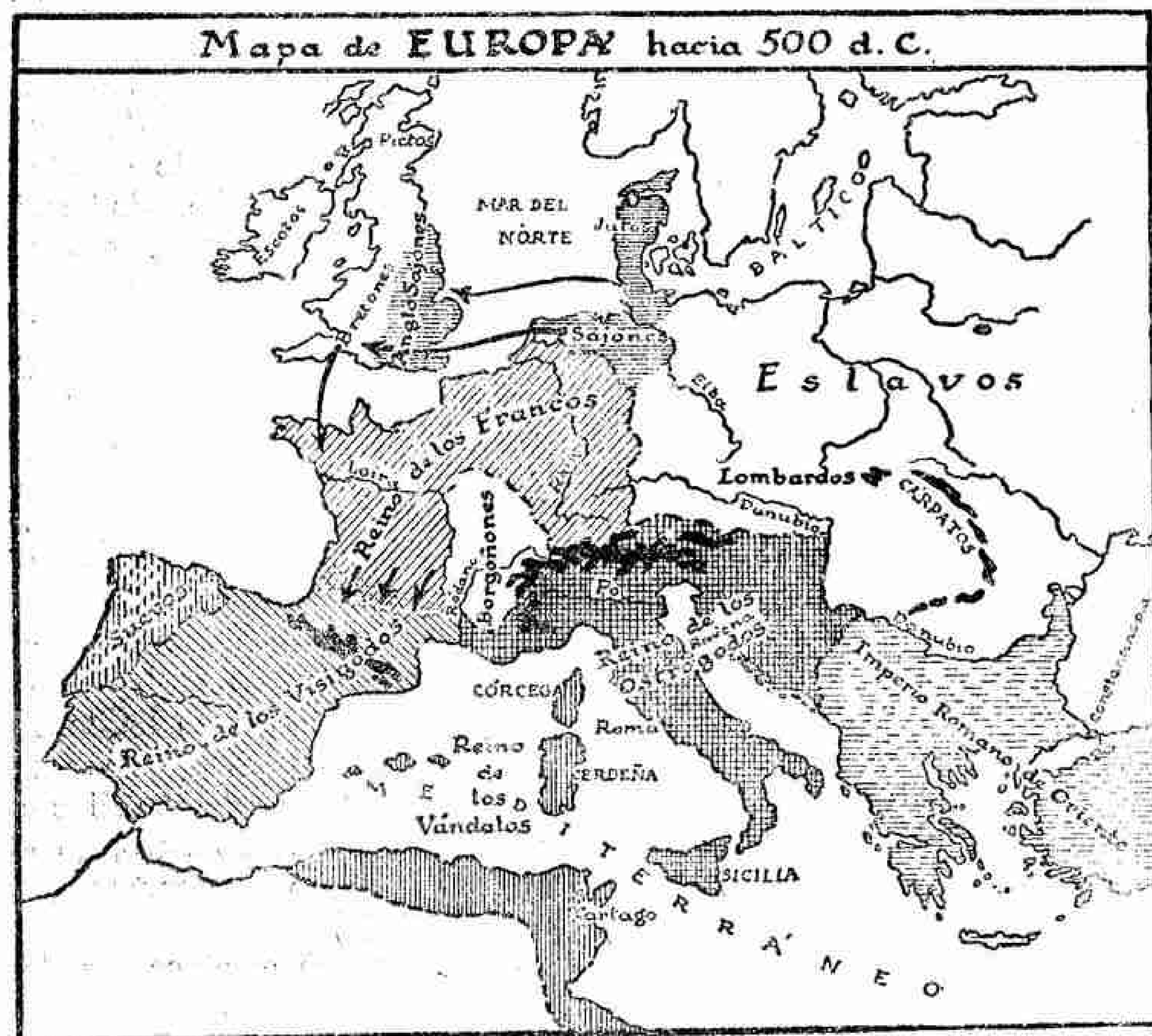
Es necesario que el lector se forme una idea definida acerca de la condición social del Occidente europeo en el siglo VIII. No era de barbarie. La Europa oriental era todavía bárbara y salvaje; todo había progresado muy poco en ella desde el estado de negocios descrito por Gibbon en su relato acerca de la misión del Prisco ante Atila (véase pág. 411). Pero la Europa occidental tenía una civilización dispersa, sin leyes, sin administración, con caminos deshechos y educación desorganizada; pero todavía con muchos habitantes con ideas, costumbres y tradiciones de civilización. Eran tiempos de revuelta, de bandidaje, de crímenes impunes e inseguridad universal. Es muy interesante el ir viendo cómo aparecen los indicios de un orden nuevo en la confusión dominante. En una catastrofe moderna formaríanse probablemente sociedades locales de vigilancia para mantener y restaurar una policía administrativa y un tosco régimen democrático. Pero en el destrozado imperio occidental de los siglos VI, VII y VIII, las

ideas de los hombres dirigíanse mejor en busca de un jefe que de una comisión, y los centros en torno a los cuales cristalizaban los negocios, eran aquí jefes bárbaros; allá, un obispo enérgico o algún superviviente con títulos a una posición oficial romana; aquí, un terrateniente reconocido o un hombre de antigua familia; allá, un vigoroso usurpador. El hombre solitario no estaba nunca seguro. Así, los hombres tenían que unirse con otros, y de preferencia con los que eran más fuertes. El hombre solitario elegía la persona más poderosa y activa de su distrito y se convertía en *su* hombre. El hacendado o propietario de un terreno insignificante ligábase a un señor más poderoso. La protección de éste (o el peligro de su hostilidad) hacíanse más considerables a cada accesión de esta índole. Así efectuóse muy rápidamente un proceso de cristalización política en el mar confuso y sin ley en que el mundo occidental se había disuelto. Las naturales asociaciones y alianzas de protector y subordinados trocáronse con suma rapidez en sistema, en el *sistema feudal*, del que todavía se hallan rastros en la estructura social de todas las comunidades europeas al Oeste de Rusia.

El proceso adquirió muy pronto formas técnicas y leyes propias. En un país como Galia había progresado ya mucho en los días de inseguridad *anteriores* a la irrupción conquistadora de las tribus bárbaras en el imperio. Los francos, cuando llegaron a Galia, llevaron consigo una institución, de que hemos hablado ya a propósito de los macedonios, y que estuvo probablemente, muy extendida entre la gente nórdica: la agrupación en torno al jefe o rey guerrero de un cuerpo de mozos de buena familia, la compañía o *comitatus*, los condes o capitanes. Era natural en el caso de pueblos invasores que las relaciones de un señor débil con un señor fuerte se trocaran en relaciones de conde a rey, y que un jefe conquistador dividiera entre sus compañeros los territorios apresados y confiscados. Del imperio decadente pasó al feudalismo la idea de agruparse hombres y tierras para la mutua protección; del lado teutónico vinieron las nociones de asociación caballerescas, devoción y servicio personal. El primero era el aspecto económico de la situación; el segundo el caballeresco.

La analogía entre la agregación de grupos feudales con la cristalización es mus estrecha. Cuando el historiador observa la vertiginosa y arremolinada confusión de los siglos IV y V en la Europa Occidental, empieza a notar la aparición de esos cúmulos piramidales de jefes, subordinados y subsubordinados, que se empujan unos a otros, se ramifican, se disuelven otra vez o se coligan. "Empleamos la expresión *sistema feudal* por conveniencia; pero con un grado de impropiedad, si se toma un sentido de *sistemático*. El feudalismo, en su época más floreciente, lo fué todo

Mapa de EUROPA hacia 500 d. C.



menos sistemático. Era una confusión toscamente organizada. Por todas partes prevalecía una gran diversidad, y no nos sorprenderá el encontrar en cada señorío un hecho o una costumbre diferente. El feudalismo anglonormando alcanzó en los siglos XI y XII una totalidad lógica y una uniformidad práctica que, en la época feudal propiamente dicha, apenas se encuentran más que allí en territorio tan extendido.

"El fundamento de las relaciones feudales, propiamente hablando, era el *feudo*, que solía consistir en tierras; pero podía ser en cualquier cosa deseable, como un cargo, una renta en dinero o en especie, el derecho de cobrar un portazgo o el de beneficiar un molino. En compensación del feudo, el hombre venía a ser *vasallo* de su señor; se arrodillaba delante de él, y con las manos puestas en las del señor le juraba fidelidad y servidumbre... El cumplimiento fiel de todos los deberes que asumía en el homenaje constituía el derecho del vasallo y el título de su feudo. Mientras los cumplía, él, y después su heredero, tenían el feudo como propiedad suya, prácticamente, y en relación con todos los sub-

arrendatarios, como si fuese dueño de él. En la ceremonia del homenaje e investidura, contrato creador del feudalismo, no se especificaban, por lo general, en términos exactos, las obligaciones asumidas por ambas partes. La costumbre local las determinaba... En muchos pormenores los servicios del vasallo diferían profundamente en los varios lugares del mundo feudal. Podemos decir, sin embargo, que eran de dos clases: generales y específicos. Los generales comprendían cuanto se refiere a la idea de lealtad, cuidado de los intereses del señor, guarda de sus secretos, declaración de los planes enemigos, protección de su familia, etc. Los servicios específicos son capaces de exposición más definida y solían encontrar su designación exacta en la costumbre y, a veces, en documentos escritos. El más característico de todos era el servicio militar, que comprendía la salida a campaña, contestando al llamamiento con determinada fuerza armada, a veces con armas especiales y permaneciendo en el servicio una determinada porción de tiempo. Comprendía, a veces, también el deber de guardar el castillo del señor y de tener el propio castillo al servicio de los planes del señor para la defensa de su feudo...

"Visto teóricamente, el feudalismo cubría a toda Europa con una red de feudos, que se elevaban en pequeña gradación, el uno sobre el otro, desde el más chico, la hacienda del caballero, en el fondo, hasta el rey en la cima, que era el sumo terrateniente, o que tenía el reino en nombre de Dios..." [1]

Esta era la teoría impuesta sobre los hechos establecidos. La realidad del feudalismo era su cooperación voluntaria.

"El estado feudal era —se ha dicho— aquel en que las leyes privadas usurpaban el puesto a las leyes públicas". Más verdadero es que la leyes públicas se debilitaron y desmayaron, y que las leyes privadas vinieron a llenar el vacío. El deber público se convirtió en obligación privada.

§ 3. *El reino franco de los merovingios.*

Hemos mencionado ya los varios reinos de las tribus bárbaras que asentaron un dominio más o menos endeble sobre este o aquel territorio entre los despojos del imperio, los reinos de los suevos y visigodos en España, el reino ostrogodo en Italia y el reino italiano lombardo, que sucedió a los godos después que Justiniano hubo arrojado a éstos y después de la gran peste que devastó Italia. El reino franco era otra potencia bárbara semejante, que surgió primero en la que hoy es Bélgica y se extendió lue-

(1) *Enciclopoedia Britannica*, artículo "Feudalism", por el profesor G B. Adams

go hacia el Sur, hasta el Loira; pero se desarrolló con más fuerza y solidaridad que ninguno de los otros. Fué el primer Estado verdadero que surgió del sufragio universal. Llegó a ser una realidad política amplia y vigorosa, y de él se derivan dos grandes potencias de la Europa moderna: Francia y el Imperio Alemán. Su fundador fué Clodoveo (481-511), que empezó siendo un reyezuelo en Bélgica y acabó llevando sus fronteras meridionales hasta cerca de los Pirineos. Dividió su reino entre sus cuatro hijos; pero los francos retuvieron tradiciones unitarias, a despecho de tal división, y durante algún tiempo las guerras fraternas por el mando de uno solo más los unieron que los separaron. Una escisión más seria se produjo, no obstante, con la latinización de los francos occidentales que ocupaban la Galia romanizada y aprendieron a hablar el latín corrompido de la población sometida, mientras que los francos del Rhin conservaban su idioma bajo-alemán. En escaso nivel de civilización, las diferencias de lenguaje causan muy fuerte tirantez política. Durante ciento cincuenta años el mundo franco estuvo partido en dos: Neustria, núcleo de Francia, que hablaba una lengua latina que llegó a ser el francés que hoy se habla, y Austria, el país del Rhin, que siguió siendo germánico (2).

No hablaremos aquí de la decadencia de aquella dinastía que fundó Clodoveo, la dinastía merovingia; ni de cómo cierto dignatario palatino de Austrasia, el mayordomo de Palacio, pasó gradualmente a ser rey de hecho y hacer del verdadero rey un juguete suyo. El cargo de alcaide o mayordomo de Palacio llegó también a hacerse hereditario en el siglo VII, y en 678, un cierto Pepino de Heristal, mayordomo de Palacio de Austrasia, conquistó Neustria y unificó a los francos. Siguióle en 714 su hijo Carlos Martel, que no llevó tampoco título más alto que el de mayordomo de Palacio. (Nada nos importan aquí los pobres reyezuelos merovingios). Carlos Martel fué el que detuvo a los musulmanes. Llegaban a Tours cuando se encontraron con él, y en una gran batalla entre aquella plaza y Poitiers (732), los derrotó por completo, desmoralizándolos. Desde entonces, los Pirineos fueron su última frontera: no volvieron a penetrar en el Occidente de Europa.

(2) Los francos diferenciábanse de los suevos y de los germanos del Sur y se acercaban mucho a los anglosajones, porque hablaban un dialecto "bajo-lemán" y no "alto-alemán". Su lengna se parecía al plattdeutsch y al anglosajón y fué patrón directo del holandés y del flamenco. Efectivamente, los francos, donde no estaban latinizados, llamáronse flamencos y surholandeses (los norholandeses son todavía frisones, es decir, anglosajones). El "francés" que hablaron los francos latinizados y los borgoñones en los siglos VII al X era notablemente semejante al retrorromano de Suiza, a juzgar por los vestigios que quedan en antiguos documentos. — H. H. J.



Carlos Martel dividió su poderío entre dos hijos; pero uno de ellos renunció y se fué a un monasterio, dejando por único gobernante a su hermano Pepino. Este fué el que acabó con los descendientes de Clodoveo. Mandó preguntar al Papa quién era el verdadero rey de los francos, el que tenía el poder o el que llevaba la corona; y el Papa, que necesitaba sostén, decidió en favor del mayordomo de Palacio. Así Pepino fué elegido rey en una reunión de nobles francos en Soissons, capital merovingia, ungido y coronado. Esto fué en 751. Los francogermanos que él unía consolidáronse con su hijo Carlomagno. Mantuviéronse juntos hasta la muerte de su nieto Luis (840), y entonces Francia y Alemania separáronse otra vez —para el mayor daño de la humanidad—. No fué diferencia de raza o temperamento, sino de lenguaje y tradición, lo que vino a separar a estos pueblos francos.

La separación de Neustrasia y Austrasia produce aún amargas consecuencias. En 1916, el antiguo conflicto entre ambas había estallado una vez más en guerra. En agosto de aquel año, el autor de este libro estuvo en Soissons y cruzó el puente de madera, provisional, construído por los ingleses, después de la batalla de Aisne, desde el núcleo principal de la ciudad hasta el

arrabal de San Medardo. Unos bastidores protegían a los que lo cruzaban contra los certeros tiradores alemanes que desde sus trincheras cortaban la curva del río. Pasó con sus guías por un campo y a lo largo de la tapia de un huerto en donde, al pasar él, estalló una granada alemana. Así llegó a los demolidos edificios que ocupan el lugar de la antigua abadía de San Medardo, en que fué desposeído el último merovingio y coronado en su lugar Pepino el Breve. Bajo aquellos antiguos edificios había grandes criptas, muy útiles para la zapa, pues las líneas avanzadas de los alemanes no distaban sino unas doscientas yardas. Los vigorosos soldados franceses caminaban y decansaban en aquellos refugios y dormían entre los sarcófacos de piedra que contuvieron los huesos de sus reyes merovingios.

§ 4. *La cristianización de los bárbaros occidentales.*

Los pueblos gobernados por Carlos Martel y el rey Pepino variaban mucho, en sus distintas partes, en cuanto a nivel de civilización. El núcleo dominante al Oeste y al Sur formábanlo celtas cristianos y latinizados; en las regiones centrales tenían que habérselas con germanos más o menos latinizados, con los francos, los borgoñones y los alemanes; en el Noroeste, frisones y sajones, todavía gentiles; los bárbaros, recién cristianizados por obra de San Bonifacio, surgían al Este; y más al Este, los eslavos y los bávaros, paganos también. El "paganismo" de germanos y eslavos era muy semejante a la religión primitiva de los griegos: una religión varonil, en que templo, sacerdote y sacrificios desempeñaban escaso papel, con dioses semejantes a hombres, una especie de "prefectos de escuela", de seres más poderosos que intervenían de modo impulsivo e irregular en las cosas humanas. Los germanos tenían su Júpiter en Odín, su Marte en Thor, su Venus en Freya, y así sucesivamente. En los siglos VII y VIII se verificó entre aquellas tribus germanas y eslavas un continuo proceso de conversión al cristianismo.

Es interesante advertir que los más celosos misioneros entre los sajones y frisones procedían de Inglaterra. El cristianismo se implantó dos veces en las Islas Británicas. Una, cuando Britania pertenecía al Imperio Romano; un mártir, San Albano, dió nombre a la ciudad de St. Albans, y casi todo el que ha estado en Canterbury conoce también la antigua iglesuela de San Martín, que data del tiempo romano. Desde Britania, según dijimos, extendióse el cristianismo más allá de los límites imperiales, a Irlanda —cuyo misionero principal fué San Patricio—, y allí se desarrolló un vigoroso movimiento monástico, al cual atañen los nombres de Santa Columba y las fundaciones religiosas de Iona. Luego, en los siglos V y VI, con el advenimiento de los feroces y paganos anglos, la iglesia de Irlanda quedó separada del cuerpo principal de la cristiandad. En el siglo VII, misioneros cristianos emprendieron la tarea de convertir a los ingleses, tanto en el Norte, los procedentes de Irlanda, como en el Sur, los procedentes de Roma. El Papa Gregorio Magno fué quien envió la misión romana, precisamente al final del siglo VI. Dice la historia que vió niños ingleses para ser vendidos en el mercado de esclavos de Roma, aunque sea difícil averiguar quién los llevó allí. Eran muy rubios y bien parecidos. Contestando a sus preguntas, dijéronle que eran anglos. "Anglos no, ángeles serían —contestó— si conociesen el Evangelio".

La misión duró todo el siglo VII. Antes de que éste terminara, la mayor parte de los ingleses eran cristianos, aunque Mercia, el reino central inglés, mantúvose fuertemente reacia para con los sacerdotes y a favor de la antigua fe y costumbres. Los recién convertidos hicieron rápidos progresos en el saber. Los monasterios del reino de Northumbria, al Norte de Inglaterra, convirtiéronse en centros de luz y enseñanza. Teodoro de Tarso fué uno de los primeros arzobispos de Canterbury (669-690). "Cuando el griego era totalmente desconocido en el Oeste de Europa, algunos discípulos de Teodoro lo dominaron. Los monasterios daban asilo a muchos monjes excelentes en erudición. El más famoso de todos ellos, Beda, a quien se llama el Venerable (673-735), fué monje en Jarro (a orillas del Tyne). Tuvo por alumnos a los seiscientos monjes de aquel monasterio y a muchos extraños que iban a solicitarle. Fué dominando gradualmente todo el saber de su época, y al morir dejó escritos cuarenta y cinco volúmenes, los más importantes de los cuales son la "Historia eclesiástica de los ingleses" y su traducción del Evangelio de San Juan. Sus escritos fueron muy conocidos y se extendieron por toda Europa. Refirió todas las fechas al nacimiento de Cristo y, gracias a sus obras, llegó a ser corriente en Europa el uso de la cronología cristiana. Por sus muchos monasterios y monjes, Northumbria se adelantó mucho en civilización a la parte Sur de Inglaterra (³).

En los siglos VII y VIII encontramos a los misioneros ingleses en actividad junto a las fronteras orientales del reino franco. El más importante de aquéllos fué San Bonifacio (680-755), natural de Crediton (Devonshire), que convirtió a los frisones, a los turingios, a los de Hesse, y fué martirizado en Holanda.

Tanto en Inglaterra como en el Continente, los nuevos gobernantes aprovechábanse del cristianismo como fuerza unificadora para cimentar sus conquistas. El cristianismo fué bandera de

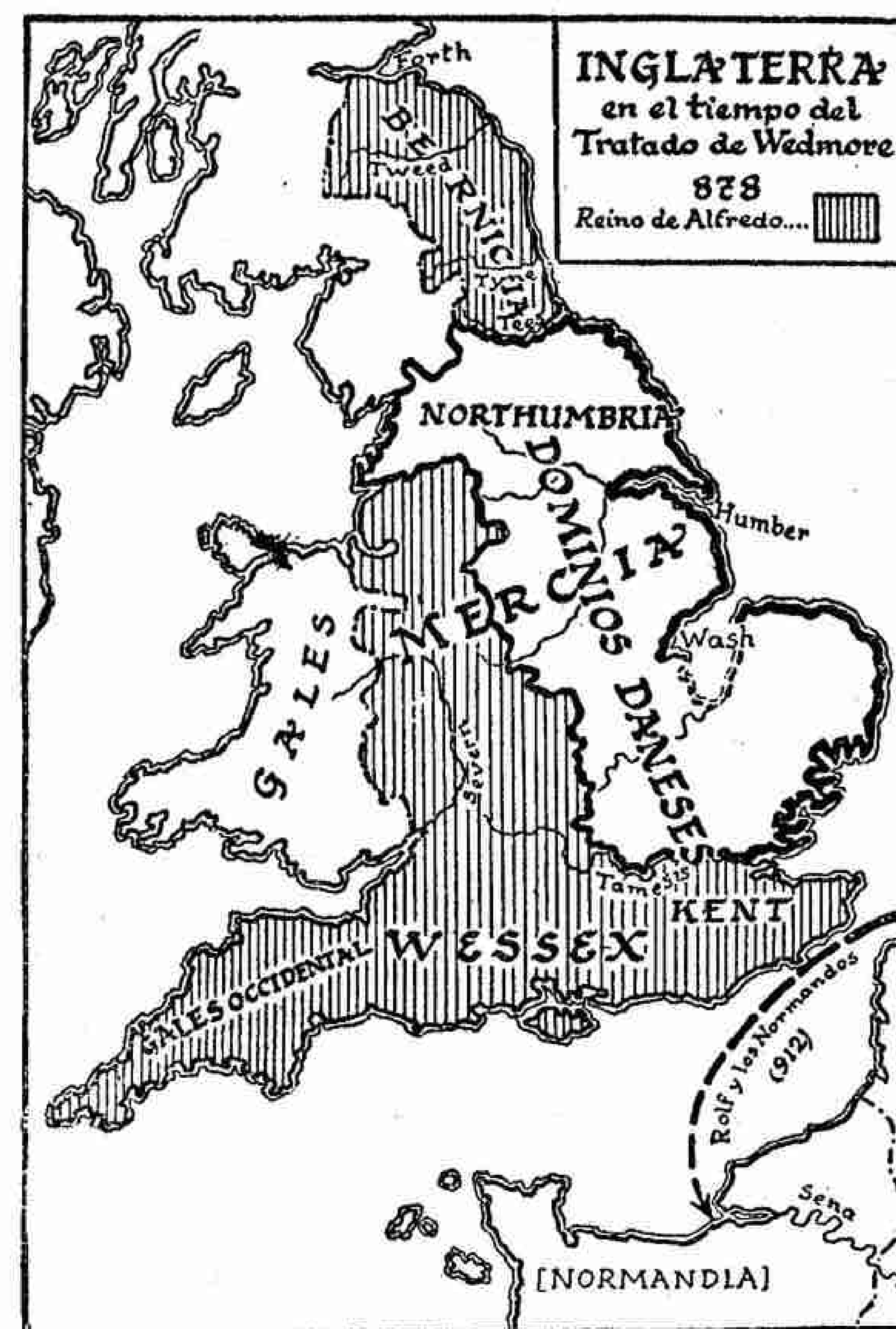
(³) *A General History of Europe*, Thatcher and Schwill.



jefes agresivos, como ocurrió en Africa, en Uganda, durante los sangrientos días en que el país era anexo del Imperio Británico.

Después de Pepino, muerto en 768, vinieron sus dos hijos, Carlos y otro, con quien compartió el reino; pero el hermano murió en 771, y Carlos fué entonces rey único (771-814) del creciente reino de los francos. A este Carlos se le conoce en la historia con el nombre de Carlos el Grande o Carlomagno. Como en los casos de Alejandro y Julio César, la posteridad ha exagerado enormemente su memoria.

Convirtió en guerras definidamente religiosas sus guerras de agresión. Todo el mundo del Noroeste europeo, que hoy es Gran



Bretaña, Francia, Alemania, Dinamarca, Noruega y Suecia, fué el siglo IX palestra de duros conflictos entre la antigua y la nueva fe. Naciones enteras convirtiéronse al cristianismo bajo la espada, lo mismo que en la Arabia, el Asia Central y Africa se habían convertido al islamismo un siglo antes naciones enteras.

A sangre y fuego predicó Carlomagno el Evangelio de la Cruz a los sajones, a los bohemios, y llegó hasta el Danubio, a lo que es hoy Hungría; la misma enseñanza llevó por la costa adriática, hasta la Dalmacia actual, y arrojó a los musulmanes, que tocaban al Pirineo, hasta Barcelona.

Dió asilo a Egberto, desterrado de Wessex, Inglaterra, y le ayudó más tarde para que se asentara como rey en Wessex (802). Egberto sometió a los britanos en Cornualles, como Carlomagno a los bretones de Bretaña, y por una serie de guerras, continuadas después de la muerte de su protector franco, hízose al cabo primer rey de toda Inglaterra (828).

Pero los ataques de Carlomagno a los últimos baluartes del paganismo provocaron una vigorosa reacción por parte de los no convertidos. Los ingleses cristianizados conservaban muy poco de la náutica que los sacara del continente, y los francos no eran aún marineros. Cuando la propaganda cristiana de Carlomagno barría las costas de los mares del Norte y Báltico, los paganos se hicieron a la mar, contestando a las persecuciones cristianas con incursiones y saqueos y con expediciones contra las costas francesas y la Inglaterra cristiana. Estos sajones e ingleses del continente, y sus afines de Dinamarca y Noruega son los daneses y normandos de nuestras historias nacionales. Llamábaseles también Vikings ([4]), que quiere decir "hombres de la ensenada", porque procedían de las ensenadas profundas de la costa escandinava. Venían en galeras negras y largas, empleando poco las velas. La información que tenemos acerca de las guerras e invasiones de los vikings paganos, derívase en su mayor parte de fuentes cristianas, y así se nos habla mucho de las matanzas y atrocidades de sus correrías y poquísimo de las crueldades que a los sajones, hermanos de ellos en paganismo, hicieron sufrir las presiones de Carlomagno. Su ánimo contra la Cruz y los monjes y las religiosas era extremado. Deleitábanse en incendiar monasterios y degollar a los que en ellos vivían.

En el periodo que media entre los siglos V y IX, los vikings o normandos dedicáronse a la marinería, cobraron atrevimiento y salieron lejos de sus tierras. Arrostraron los mares septentrionales hasta las costas heladas de Groenlandia, que llegaron a serles familiares, y en el siglo IX tenían colonias (enteramente desconocidas para Europa) en América. En los siglos X y XI empezaron a escribirse muchas de sus sagas en Islandia. Veían el mundo como si fuese una aventura de esfuerzo. Atacaban a la morsa, al oso y a la ballena. En su imaginación resplandecía, lejana, una grande y rica ciudad del Sur, una mezcla confusa de Roma y Bizancio. Llamábanla "Miklagard" (la corte de Miguel) o Micklegarth. El atractivo de Micklegarth había de llevar a los normandos hasta el Mediterráneo, por los dos caminos, el de Occidente y el del Báltico, cruzando luego Rusia, como luego se dirá. También siguieron el camino ruso sus afines los suecos.

([4]) N. B. — Vik-ings, no vi-kings: de vik, un fjord o ensenada.

Mientras vivieron Carlomagno y Egberto, los vikings no hicieron más que correrías; pero cuando pasó el siglo IX, sus correrías se convirtieron en invasiones organizadas. En varias partes de Inglaterra el cristianismo no estaba firmemente asentado, ni mucho menos. Particularmente en Mercia, los normandos gentiles encontraban simpatía y ayuda. Por 886, los daneses conquistaron buena parte de Inglaterra, y el rey inglés Alfredo el Grande reconoció su dominio sobre el país conquistado (la ley danesa), en el pacto que hizo con Guthrum, jefe de aquéllos. Poco más tarde, en 912, otra expedición, mandada por Rolf, establecióse en la costa de Francia, en la región llamada desde entonces Normandía. Pero de la conquista inmediata de Inglaterra por los daneses, y de cómo el duque de Normandía vino a ser rey de Inglaterra, no podemos hablar aquí extensamente. Entre anglos, sajones, jutos, daneses y normandos, las diferencias sociales y de raza eran muy pequeñas; y aunque estos cambios resaltan mucho en la imaginación de los ingleses no son más que leves frunces en la corriente de la historia si los medimos con las normas de un mundo mayor. La disputa entre cristianismo y paganismo desapareció en seguida. Por el Tratado de Wedmore, los daneses accedieron a ser bautizados si se les aseguraba la posesión de sus conquistas; y los descendientes de Rolf, en Normandía, no sólo se cristianizaron, sino que aprendieron el francés de los hombres más civilizados que les rodeaban, olvidando su propia lengua norsa. De mucha más significación en la historia de la humanidad son las relaciones de Carlomagno con sus vecinos del Sur y del Este y con la tradición del Imperio.

§ 5. *Carlo Magno, emperador de Occidente.*

Carlomagno renueva en Europa la tradición del César romano. El Imperio romano había muerto; el bizantino estaba muy decadente; la educación y mentalidad de Europa habían caído hasta un extremo en que eran probablemente imposibles nuevas ideas creadoras en materia política. No sobrevivía en toda Europa ni una décima parte de aquel vigor especulativo qua hallamos en la literatura ateniense del siglo V y ante de J. C. No quedaba fuerza para buscar una nueva ocasión o concebir y organizar un nuevo método político. El cristianismo oficial llevaba mucho tiempo de tener ocultas, y por su parte se había acostumbrado a ignorar, aquellas extrañas enseñanzas de Jesús Nazareno, que le habían dado vida. La iglesia romana, apegándose tenazmente al título de *pontifex maximus* que era posesión suya, había abandonado desde muy atrás su propio cometido de alcanzar el Reino de los Cielos. Preocupábale el resurgimiento del ascendiente romano



en el mundo, que concebía como herencia suya. Habíase convertido en una corporación política que usaba de la fe y de los anhelos de los hombres sencillos para llevar a cabo sus planes. Europa se encaminaba a una triste imitación y resurrección de las mal entendidas quiebras del pasado. Durante once siglos, desde Carlomagno en adelante, "emperadores" y "Césares" de este linaje o de aquél, van y vienen por la historia europea como divagaciones de una mente desordenada. Hemos de hablar de un gran proceso de engrandecimiento mental en Europa, de horizontes ensanchados y de fuerza acumuladas; pero este proceso fué realizándosé independientemente de las formas políticas del tiempo, y a pesar de ellas, hasta que acabó por destrozarlas completamente. Europa, durante los once siglos de imitación cesárea, comenzados con Carlomagno y no cerrados hasta la monstruosa matanza de 1914-1918, ha sido como atareada factoría cuyo dueño fuera un sonámbulo, a veces indiferente y como ajeno a la marcha de aquélla, y a veces poseído de las más desastrosas fantasías. O digamos, mejor que sonámbulo, un cadáver que por arte de magia simula una sombra de vida. El Imperio romano vacila, se derrumba; sale de escena y vuelve a aparecer, y —si se nos permite continuar la

imagen— la iglesia romana es quien desempeña el papel de mago y mantine galvanizado el cadáver.

Durante todo el período persiste una lucha continuada por ejercer dominio sobre el cadáver entre el poder espiritual y los diversos poderes temporales. Ya hemos indicado el espíritu de la *Ciudad de Dios* de San Agustín. Sabemos que Carlomagno leyó este libro, o se lo leyeron, porque sus facultades literarias son aún harto discutibles. Llegó a formarse idea de aquel imperio cristiano, regido y mantenido en la ortodoxia por un gran César, como él mismo lo era. Tenía que dominar hasta al Papa; pero en Roma las opiniones acerca del imperio redivivo diferían algo de las suyas. Opinábase allí que el César cristiano había de ser ungido y guiado por el Papa, que podría hasta excomulgarle y desposeerle. Aun en el tiempo de Carlomagno mostrábase al exterior esta divergencia de pareceres, que se hizo más aguda en los siglos siguientes.

La idea del imperio redivivo alboreó muy poco en la mente de Carlomagno. Al pronto no era más que el regente del reino de su padre, o sea el de los francos, y su poderío se consumía por entero en luchar con los sajones y los bávaros, con los eslavos que surgían al Oriente de éstos, con los musulmanes de España y con diversas insurrecciones en sus propios dominios. Como resultado de una disputa con el rey de Lombardía, su suegro, conquistó aquella región y todo el Norte de Italia. Hemos dado cuenta del establecimiento de los lombardos en el Norte de Italia, por el año 570, después de la gran peste y de la expulsión de los reyes ostrogodos por Justiniano. Siempre habían sido los lombardos causa de peligro y temor para los Papas, y contra ellos se concertó una alianza entre el Pontífice y el rey franco, en tiempos de Pepino. Carlomagno sometió completamente Lombardía (774), hizo entrar en un monasterio a su suegro y continuó sus conquistas hasta más allá de los actuales límites de Italia, por el Nordeste, en Dalmacia, el año 776. En 781, hizo que un hijo suyo, Pepino, que no le sobrevivió, se coronara rey de Italia en Roma.

Hubo en 795 un nuevo Papa, León III, que parece haber sido el primero en determinar que Carlomagno fuese emperador. Hasta allí la corte de Bizancio poseía cierta indefinida autoridad sobre el Papa. Los emperadores fuertes, como Justiniano, llegaron a intimidar a los pontífices obligándoles a ir a Constantinopla; los emperadores débiles les acosaban en vano. La idea de un rompimiento, tanto secular como religioso, entre Roma y Constantinopla, se agitó por mucho tiempo en Letrán ([5]) y se pensó que pre-

([5]) Letrán fué el primer palacio de los Papas; luego ocuparon el Vaticano.

cisamente el poderío franco podría ofrecer la ayuda necesaria si había que hacer frente a Constantinopla. Así, al advenimiento de León III, el Papa envió las llaves del sepulcro de San Pedro y una bandera a Carlomagno, como símbolos de su soberanía en Roma, como rey de Italia. Pronto tuvo el Papa que acudir al protector elegido. Era impopular en Roma, durante una procesión se vió atacado y maltratado en las calles, y tuvo que huír a Alemania (799). Eginhardo dice que le sacaron los ojos y le cortaron la lengua; parece, sin embargo, que un año más tarde aun los tenía. Carlomagno le hizo volver y le restauró en su silla (800).

Ocurrió entonces una escena muy importante. El día de Navidad del año 800, cuando Carlos se levantaba después de rezar en la iglesia de San Pedro, el Papa, con extraordinaria prontitud le colocó una corona en la cabeza, aclamándole como César y Augusto, entre los aplausos del pueblo. Pero Eginhardo, el amigo y biógrafo de Carlomagno, afirma que al nuevo emperador no le agradó en modo alguno el pronto del Papa León. De haber sabido lo que ocurría, asegura, "no hubiera entrado en la iglesia a pesar de ser gran día de fiesta". Sin duda pensó y habló de erigirse en emperador, pero evidentemente no se proponían que fuera el Papa quien le diera el imperio. Llegó a tener la idea de casarse con la emperatriz Irene, que reinaba a la sazón en Constantinopla, para ser así monarca de los imperios de Oriente y de Occidente. Pero se vió obligado a aceptar el título de la manera adoptada por el Papa León como don del Pontífice y de manera que se enajenó de Constantinopla e hizo inevitable la separación entre Roma y la Iglesia bizantina.

Bizancio se negó por de pronto a reconocer a Carlomagno el título imperial; pero en 810 cayó un gran desastre sobre el imperio bizantino. Los paganos búlgaros, mandados por su príncipe Krum (802-814), derrotaron y aniquilaron a los ejércitos del emperador Nicéforo, de cuyo cráneo se hizo Krum una copa. Los búlgaros conquistaron la mayor parte de la península balcánica (así se establecieron como unidades políticas las naciones búlgara e inglesa, casi al mismo tiempo); después de su infortunio, Bizancio no pudo ya oponerse a aquella resurrección occidental del imperio, y en 812 Carlomagno fué formalmente reconocido como emperador y Augusto por los embajadores de Bizancio.

De este modo el imperio de Roma, muerto a manos de Odoacro en 476, volvió a levantarse en 800 como "Sacro Imperio Romano". Mientras su fuerza física estaba al Norte de los Alpes, su idea central estaba en Roma. Fué, por lo tanto, desde el comienzo, entidad dividida, de poder inseguro, aspiración y argumento más que realidad necesaria. La espada alemana resonó continuamente sobre los Alpes en dirección a Italia, y las misiones y

legaciones afanáronse sin cesar en dirección contraria. Pero los alemanes no pudieron mantenerse constantemente dueños de Italia porque no podían soportar el paludismo que reinaba en aquel arruinado, descuidado y húmedo país. Y tanto en Roma como en otras varias ciudades de Italia, ardía una tradición más antigua: la tradición de la república aristocrática, igualmente hostil al Papa y al emperador.

§ 6. *La personalidad de Carlomagno.*

Aunque su contemporáneo Eginhardo nos haya dejado escrito una vida suya ([6]), el carácter y la personalidad de Carlomagno son difíciles de puntualizar. A Eginhardo le falta vivacidad; cuenta muchos pormenores, pero no los que hacen vivir de nuevo a un hombre. Carlomagno —dice— era alto, de voz más bien débil; tenía ojos brillantes y nariz larga, "su cabeza era redonda" y su pelo blanco. Tenía el cuello grueso y más bien corto y "una panza prominente", llevaba túnica con orla de plata y calzón con ataderas. Tenía una capa azul y llevaba siempre ceñida la espada, cuya empuñadura y cinto eran de oro y plata. Era evidentemente hombre de gran actividad, a quien nos imaginamos siempre en movimiento, y sus diversas aventuras amorosas nunca retrasaron sus incesantes quehaceres militares y políticos. Tuvo muchas esposas y queridas. Hacía mucho ejercicio, gustaba de la pompa y de las ceremonias religiosas y daba con generosidad. Era hombre de actividad muy diversa y de grandes arrestos intelectuales; tenía en sí mismo una confianza que hace pensar casi en la de Guillermo II, el ex emperador alemán, último quizá para siempre, de esta serie de remedos de César que empezó en Europa con Carlomagno.

Su vida mental, tal como la refiere Eginhardo, es interesante, no sólo porque deja vislumbrar un carácter curioso, sino porque sirve de muestra para juzgar la intelectualidad del tiempo. Probablemente sabría leer: en las comidas "oía música o lectura", pero no se nos dice si adquirió o no el arte de escribir; solía tener su libro de escritura y sus tabletas debajo de la almohada para que cuando dispusiera de tiempo se habituara su mano a formar las letras, mas hizo pocos progresos en un arte que comenzó tardíamente. Tenía, sin embargo, verdadero respeto por el saber y reales deseos de adquirir conocimientos, e hizo cuanto pudo por atraer a su corte a los sabios. Entre otros que a ella acudieron cuéntase a Alcuino, inglés muy letrado. Todos estos hombres de

([6]) Eginhardo: *Vida de Carlomagno.* — Traducción inglesa: *Life of Karl the Great* (Glaister).

saber eran naturalmente clérigos, porque no había otros hombres con ilustración; y como es consiguiente, imprimían fuerte tinte clerical a los informes que daban a su señor. En su corte, que solía reunirse en Aquisgrán o Maguncia, sostenía durante los meses de invierno una curiosa institución llamada su "escuela", en que él y sus eruditos asociados hacían gala de abandonar todo pensamiento de su posición mundanal, adoptaban nombres tomados de los escritores clásicos o de la Sagrada Escritura, y discurrían acerca de teología y literatura. Carlomagno era "David". Manifestó muchos conocimientos de teología, y a él se atribuye la añadidura de las palabras *filio que* al Credo Niceno (véase cap. XXX, § 8), añadidura que acabó por divorciar a las iglesias griega y latina. Pero es más que dudoso que se propusiera tal separación. Necesitaba añadir algo al Credo, como el emperador Guillermo II necesitaba escribir óperas y pintar cuadros (7), e hizo suya la que era originariamente innovación española.

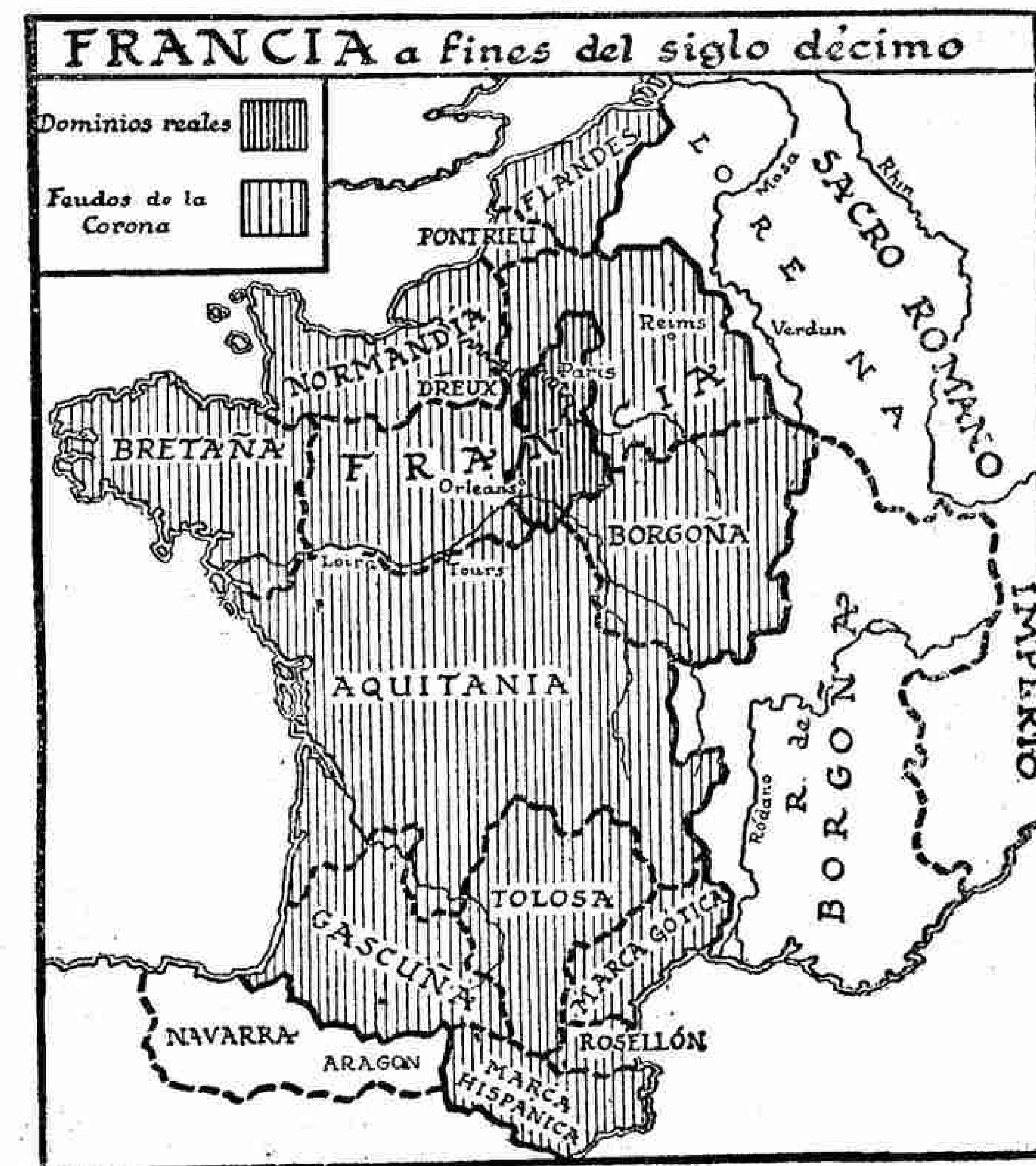
Poco diremos aquí de la organización de su imperio; era el emperador harto inquieto, tenía demasiadas ocupaciones para preocuparse de las cualidades de su sucesor o de las condiciones de estabilidad política, y lo más notable en este sentido es que instruyó en persona a su hijo y sucesor Ludovico Pío (814-840) para que cogiera la corona del altar y se coronara por su propia mano. Pero Ludovico Pío era demasiado pío para seguir tales instrucciones si el Papa le hacía una objeción.

Las leyes de Carlomagno tienen fuerte color bíblico; llegó a conocer bien la Biblia, y es característico en él que cuando hubo sido coronado emperador, llamara a todo súbdito varón de más de doce años para hacerle renovar su juramento de lealtad y pedirle que fuera no sólo un buen súbdito, sino un buen cristiano. Rechazar el bautismo o retractarse después de él eran crímenes castigables con la muerte. Protegió mucho la arquitectura y llamó junto a sí a muchos arquitectos de Italia, principalmente de Ravenna, a los que se deben muchos de esos agradables edificios bizantinos que todavía deleitan en Worms, en Colonia y en otras partes a los turistas de los países del Rhin. Fundó varias catedrales y escuelas monásticas, dió impulso a los estudios de latín clásico y fué muy aficionado a la música de iglesia. La posibilidad de que hablara latín y entendiera el griego, todavía se discute; es probable que hablara franco-latín. El franco era, sin embargo, su lengua habitual. Coleccionó canciones y cuentos antiguos de

(7) A la adición se opuso discretamente León III. En la correspondencia entre ambos, el Papa muestra la liberalidad de un hombre de Estado, y el príncipe desciende a los prejuicios y apasionamientos de un sacerdote". — Gibbon, capítulo LX.

Alemania, pero su sucesor Ludovico Pío los mandó destruir por paganos.

Tuvo correspondencia con Harún-al-Raschid, el califa Abbasida de Bagdad, que no se mostró quizá menos amistoso con él a causa del vigoroso trato que daba a los árabes Omeyas de España. Gibbon supone que "esta correspondencia pública se fundaba en la vanidad" y que "su lejanía no dejaba lugar a una competencia de interés". Pero con el imperio bizantino entre ambos a Oriente y el califato independiente de España a Occidente, y un peligro común en los turcos de las grandes llanuras, tenían tres razones excelentes para mostrarse cordialidad. Harún-al-Raschid dice Gibbon — envió a Carlomagno, por medio de sus embajadores, una espléndida tienda de campaña, un reloj de agua,



Francia en tiempos de Hugo Capeto, después de 987 d. C.

un elefante y las llaves del Santo Sepulcro. Esto último indica que el monarca sarraceno consideraba en cierto modo a Carlomagno como protector de los cristianos y de las propiedades cristianas en sus dominios. Algunos historiadores declaran explícitamente que existió un tratado al efecto.

§ 7. *Diferéncianse franceses y alemanes.*

El imperio de Carlomagno no sobrevivió a su hijo y sucesor Ludovico Pío. Se dividió en sus constituyentes principales. Los celtas latinizados y los francos de Galia empiezan a señalarse como franceses, aunque su Francia estuviese dividida en cierto número de ducados y principados, y no tuviese a menudo más unidad que la nominal; los pueblos germano-parlantes entre el Rhin y los eslavos comenzaron a formar, todavía más fragmentariamente, una insinuación de Alemania. Cuando por fin surge en el Occidente de Europa (962) un emperador, es sajón y no franco; los conquistados habían llegado a ser los dueños de Alemania.

Imposible es rastrear aquí los acontecimientos de los siglos IX y X, alianzas, traiciones, aspiraciones y adquisiciones, con algún detalle. Por todas partes veíase falta de leyes, guerra y lucha por el poder. En 987 el reino nominal de Francia pasó de mano de los carolingios, últimos descendientes de Carlomagno, a las de Hugo Capeto, que fundó una nueva dinastía. La mayor parte de los que se llamaban subordinados suyos eran de hecho independientes y estaban prontos a hacer guerra al rey a la más leve provocación. Los dominios, por ejemplo, del duque de Normandía, eran más extensos y poderosos que el patrimonio de Hugo Capeto. Casi la única unidad de esta Francia en que el rey ejercía autoridad nominal, consistía en la resolución común de sus provincias mayores en resistirse a ser incorporadas a un dominio cualquiera dominado por un alemán o por el Papa. Fuera de la sencilla organización dictada por esta voluntad común, era Francia un mosaico de nobles, independientes en la práctica. El tiempo era de edificación de castillos y fuertes y de lo que se llamó "guerra privada" en toda Europa.

El estado de Roma en el siglo X es casi indescriptible. La decadencia del imperio de Carlomagno dejó al Papa sin protector, amenazado por Bizancio y por los sarracenos (que habían tomado Sicilia) y frente a frente con los rebeldes nobles romanos. Entre los más poderosos de éstos contábanse dos mujeres, Teodora y Marozia, madre e hija [8], que defendieron sucesivamente el castillo del Santo Angel (§ 1) del que se había apoderado,

(8) Gibbon habla de una segunda Teodora, hermana de Marozia.

con la mayor parte del poder temporal de los Papas, Teofilacto, el patricio esposo de Teodora; ambas mujeres eran tan atrevidas, faltas de escrúpulo y disolutas como podía serlo cualquier príncipe varón de su época, y los historiadores las denigran como si fuesen diez veces peores. Marozia se apoderó del Papa Juan X (928) y le tuvo prisionero; el Papa murió de pena [9]. Hizo ella luego Papa a su hijo ilegítimo, con el nombre de Juan XI, después del cual el nieto de ella, Juan XII, ocupó la cátedra de San Pedro. Lo que cuenta Gibbon sobre el modo de ser y la moralidad de Juan XII, acaba por buscar refugio tras un velo de notas latinas a pie de página. El Papa Juan XII fué depuesto al fin por el nuevo emperador alemán Otón, que pasó los Alpes y entró en Italia para ser coronado en 962. Este nuevo linaje de emperadores sajones que empieza a señalarse, desciende de aquel Enrique el Pajarero, elegido rey de Alemania por una reunión de nobles, príncipes y prelados alemanes en 919. Sucedióle en 936, como rey, su hijo Otón I, por sobrenombre el Grande, que fué elegido también por sucesor suyo en Aquisgrán, y que luego pasó a Roma, invitado por Juan XII, para coronarse emperador, en 962. Si luego depuso a Juan, le obligó a ello la traición del Pontífice. Al asumir la dignidad del imperio, no tanto sometió a Roma Otón I como restableció la antigua rencilla entre Papas y emperadores por el ascendiente en un mayor decoro y dignidad. A Otón I le sucedió Otón II (973-983), y a éste un tercer Otón (983-1002) [10].

La lucha entre el emperador y el Papa por el ascendiente sobre el Sacro Romano Imperio, desempeña importante papel en la historia de la alta Edad Media, y vamos a esbozar sus fases más salientes. Aunque la Iglesia nunca volvió a caer hasta el nivel de Juan XII, la historia fluctúa entre momentos de gran violencia, confusión e intriga. Pero la historia exterior de la cristiandad no es toda su historia. Hay que dejar anotado que Letrán se mostró tan avieso, desatentado y criminal como la mayor parte de las otras cortes contemporáneas; pero si hemos de conservar

(9) Este es un periodo muy revuelto. La autoridad es Gregorovius, *Historia de la ciudad de Roma en la Edad Media*. Juan X debió la tiara a su querida, Teodora la mayor, pero fué "el primer hombre de Estado de su tiempo". Cayó en 928 por obra de Marozia. Juan XI fué Papa en 931 (después de otros dos intermedios); era hijo de Marozia y quizás del Papa Sergio III. Juan XII no siguió inmediatamente a Juan XI, muerto en 936; hubo varios Papas entre ambos. El lo fué en 955. — E. B.

(10) Hubo tres dinastías de emperadores en la alta Edad Media:
Sajones: Otón I (962) a Enrique II, terminada en 1024.
Salios: Conrado II a Enrique V, terminada hacia 1125.
Hohenstaufen: Conrado III a Federico II, terminada en 1250.
Los Hohenstaufen eran suavos de origen. Luego entraron los Habsburgos con Rodolfo I en 1273 y duraron hasta 1918.



Adviértase que este mapa (972) es casi contemporáneo del de Francia por los años de 987.

a esta historia sus proporciones debidas, no se ha de insistir demasiado en ello. Hemos de recordar que en todo este tiempo, pródigo en consecuencias profundas, pero no en relatos conspicuos desde las páginas del historiador, hubo innumerables hombres y mujeres tocados por el espíritu de Jesús, que vivía y sigue viviendo aún en el corazón de la cristiandad, la existencia de los

cuales fué bella y benéfica, y que llevaron a cabo hechos de abnegación y sacrificio. Esas vidas purifican el aire de la época y hacen posible un mundo mejor. De igual modo, en el mundo musulmán el espíritu islamita ha producido generación tras generación su cosecha de valor, integridad y dulzura.

§ 8. *Los normandos, los sarracenos, los húngaros y los turcos selyúcidas.*

Mientras el Sacro Romano Imperio y los reinos de Francia e Inglaterra iban apareciendo, así como en la extremada fragmentación política de la Europa Occidental, tanto esta civilización como el imperio bizantino estaban expuestos a un triple ataque: el de los sarracenos, el de los normandos y, desarrollado más lentamente, el más formidable de todos, el de una nueva acometida de los turcos a través del Sur de Rusia, y también por la vía de Armenia y el imperio de Bagdad desde el Asia Central.

Después de ser derribada por la dinastía Abbasida, la de los Omeyas disminuyó la fuerza del impulso sarraceno contra Europa. Perdióse la unidad del Islam. España tenía un califa Omeya independiente; el Norte de Africa, aunque nominalmente sometido a los Abbasidas, era independiente en realidad, y pronto (969) Egipto se constituyó en potencia separada, con califa shiita propio, que pretendía descender de Alí y Fátima (el califato Fatimita). Estos fatimistas egipcios, los musulmanes de bandera verde, eran fanáticos en comparación con los abbasidas, y amargaron mucho las relaciones corteses del Islam con la cristiandad. Tomaron Jerusalén y prohibieron el acceso de los cristianos al Santo Sepulcro. Al otro lado de la mermada dominación abbasida, en Persia, había un reino shiita también. La principal conquista sarracena del siglo IX fué la de Sicilia; pero no se ganó en un año o poco más, al buen estilo antiguo, sino que se tardó un largo siglo en someterla, con muchas alternativas.

Los sarracenos de España riñeron en Sicilia con los sarracenos de Africa. En España cedían terreno ante un renovado esfuerzo cristiano. Con todo, el imperio bizantino y la cristiandad de Occidente eran tan débiles aún en el Mediterráneo, que los piratas sarracenos del Norte de Africa podían saquear casi impunemente el Sur de Italia y las islas griegas.

Iba apareciendo entretanto una nueva fuerza en aguas mediterráneas. Ya hemos dicho que el imperio romano nunca se extendió hasta las costas del Báltico ni tuvo ánimo para llegar a Dinamarca.

Los pueblos arios nórdicos de aquellas olvidadas regiones aprendieron mucho del imperio que no era capaz de someterlos:

como dijimos en el § 4, se desarrolló entre ellos el arte de la construcción naval, y llegaron a ser marineros atrevidos.

Extendiéronse por el mar del Norte hacia Occidente, y por el Báltico, y remontando los ríos rusos, hasta el corazón mismo de la Rusia actual. Uno de sus primeros establecimientos en Rusia fué Novgorod la Grande. La misma inexactitud y confusión encuentra el estudiante de historia ante estas tribus septentrionales como ante los escitas de los tiempos clásicos, y como ante los pueblos turcos, hunos de raza, del Asia Central y Oriental. Aparecen con gran diversidad de nombres, cambian y se mezclan entre sí. En el caso de Britania, por ejemplo, los anglos, los sajones y los jutos conquistaron, en los siglos V y VI, la mayor parte de lo que es hoy Inglaterra; los daneses, segunda oleada de un pueblo que no es en realidad distinto, siguiéronles en los VIII y IX; y en 1016, un rey danés, Canuto, reinó en Inglaterra, y no sólo sobre Inglaterra, sino sobre Noruega y Dinamarca. Durante algún tiempo, con Canuto y sus hijos pareció posible que se llegara a establecer una gran confederación de normandos. Luego, en 1066, una tercera oleada de las mismas gentes procedente del estado normando de Francia, donde se había establecido desde los días de Rolf (912) y habían aprendido el francés, se derramó sobre Inglaterra, Guillermo, duque de Normandía, vino a ser el Guillermo el Conquistador (1066) de la historia inglesa. Virtualmente a la luz de la historia universal, todos estos pueblos, eran uno mismo: brotes de un tronco nórdico. Sus oleadas no corrían sólo hacia el Oeste, sino también hacia el Este. Ya hemos hecho mención de un interesantísimo y primitivo movimiento de los mismos pueblos, con el nombre de godos, desde el Báltico hasta el mar Negro. Hemos señalado su escisión en ostrogodos y visigodos, y los aventurados paseos que acabaron en el reino ostrogodo de Italia y los Estados visigodos de España. En el siglo IX, un segundo movimiento de normandos a través de Rusia iba produciéndose al mismo tiempo que entraban en existencia sus establecimientos de Inglaterra y su ducado de Normandía. La población del Sur de Escocia, de Inglaterra, del Este de Irlanda, de Flandes, de Normandía y de las Rusias, tienen más elementos comunes de los que solemos reconocer. Son fundamentalmente pueblos góticos y nórdicos. Es de notar aún la semejanza de pesos y medidas entre rusos e ingleses; unos y otros tienen la pulgada y el pie norsos. y muchas iglesias primitivas normandas de Inglaterra están construidas en escala que muestra el empleo de la sajena (siete pies) y cuarto de sajena, medida norsa todavía empleada en Rusia. Estos norsos "rusos" viajaban en verano por las rutas fluviales, tan abundantes en Rusia; cargaban con sus barcos desde los ríos que corren hacia el Norte, hasta los que corren hacia

el Sur, y se presentaban como piratas saqueadores y comerciantes lo mismo en el Caspio que en el mar Negro. Los cronistas árabes señalan su aparición en el Caspio y empiezan a llamarlos rusos.

Hicieron incursiones en Persia y amenazaron Constantinopla con una gran escuadra de embarcaciones pequeñas (en 865-904-941 y 1043). [11]. Uno de estos normandos, Rurico (*circa* 850), se estableció como jefe en Novgorod, y su sucesor, el duque Oleg, tomó Kieff y sentó los cimientos de la Rusia moderna. Las cualidades de los rusos Vikings como hombres de lucha fueron pronto apreciadas en Constantinopla; los griegos llamábanles Varangios, y formaron con ellos un cuerpo de guardia imperial. Después de conquistada Inglaterra por los normandos (1066), cierto número de daneses e ingleses fueron desterrados y se unieron a los Varangios rusos, sin encontrar, a lo que parece, grandes obstáculos para entenderse con ellos en lenguaje y costumbres.

Entretanto, los normandos de Normandía abríanse también camino por el Este al Mediterráneo. Llegaron a él, primero, como mercenarios, y luego, como invasores independientes; y no llegaron principalmente, debe advertirse, por mar, sino por tierra, en bandas dispersas. Pasaron por tierras del Rhin y por Italia, en parte buscando empleo en la guerra por el botín y en parte como peregrinos. Porque los siglos IX y X vieron desarrollarse mucho las peregrinaciones. Los normandos, al crecer su poderío, descubrieron en sí tales aptitudes para la rapacidad y el saqueo, que obligaron al emperador de Oriente y al Papa a una mezquina e ineficaz alianza en contra de ellos (1053). Derrotaron y capturaron al Papa, que los perdonó; estableciéronse en Calabria y la Italia del Sur, conquistaron Sicilia del poder de los sarracenos (1060-1090), y mandados por Roberto Guiscardo, que entró en Italia como peregrino aventurero e inauguró su carrera como bandido en Calabria, amenazaron al mismo imperio bizantino (1801). Su ejército, en el que formaba un contingente de musulmanes sicilianos, cruzó de brindis al Epiro en dirección contraria a la que trajo Pirro para atacar a la república romana trece siglos antes (175 antes de J. C.), y puso sitio al fuerte bizantino de Durazzo.

Tomó Roberto a Durazzo (1082), pero los asuntos de Italia le reclamaron y puso fin al primer ataque normando contra el imperio bizantino, dejando el camino abierto a una dinastía relativamente vigorosa: la de los Comnenos (1081-1204). En Italia, entre conflictos demasiado complejos para que nos detengan aquí, le tocó a Roberto Guisardo sitiar y saquear Roma (1084), y Gibbon

---

[11] Estas fechas las da Gibbon. Beazley indica las de 865, 904-7, 935, 944, 971-72 (*History of Russia*, Clarendon Press).

toma nota con tranquila satisfacción de la presencia de aquel contingente siculo-musulmán entre los depredadores.

En el siglo VII hubo otros tres ataques al poderío oriental, uno por el hijo de Roberto Guisardo y los otros dos directamente desde Sicilia, por mar...

Pero ni sarracenos ni normandos pesaron tanto contra el viejo imperio bizantino o contra el Sacro Imperio Romano, o sea el remendado Imperio Romano de Occidente, como el doble empuje que venía de los centros turanios del Asia Central, a que vamos a referirnos. Hemos señalado ya el movimiento de los bávaros hacia Occidente y el de los magyares turcos que siguieron sus pasos. Desde los días de Pepino I en adelante el poderío franco y el de sus continuadores alemanes sintiéronse en conflicto con aquellos invasores orientales en toda la frontera del Este. Carlomagno los contuvo y castigó, estableciendo una especie de señorío, que llegaba hasta el Este de los Cárpatos; pero en la debilidad que siguió a su muerte aquellos hombres, más o menos mezclados ya en los relatos con el nombre de húngaros, guiados por los magyares, restauraron por completo su libertad y emprendieron correrías anuales que a veces llegaban hasta el Rhin. Destruyeron, como indica Gibbon, el monasterio de San Gall, en Suiza y la ciudad de Brema. El período más grande de sus incursiones está entre 900 y 950: su mayor esfuerzo a través de Alemania hasta Francia, cruzando luego los Alpes y retirándose por el Norte de Italia, corresponde a 938-9.

Arrojados hacia el Sur por esos disturbios y por otros que se indicarán en seguida, los búlgaros, mandados por Krum, se establecieron entre el Danubio y Constantinopla. Pueblo de origen turco, el búlgaro desde su primera aparición en el Este de Rusia se había convertido en eslavón de raza y de lengua casi por completo. Siguió siendo pagano algún tiempo después de su establecimiento en Bulgaria. Su rey Boris (852-884) recibió enviados musulmanes, y parece haber tomado en consideración la adhesión al Islam; pero se casó por fin con una princesa bizantina y se entregó con su pueblo a la fe cristiana.

A los húngaros les hicieron entrar en cierto respeto por la civilización Enrique el Pajarero, rey electivo de Alemania, y Otón I, el primer emperador sajón, en el siglo X. Pero no se decidieron a adoptar el cristianismo hasta las proximidades del año 1000. Aun cristianizados retuvieron su propia lengua turco-finesa (magyar), y aún hoy la conservan.

Búlgaros y húngaros no agotan empero el catálogo de los pueblos cuyo avance a Occidente fué motivado por el empuje turco a través del sur de Rusia. Detrás de ellos vinieron los jázaros, pueblo de raza turca, con el que estaba mezclada una considera-



ble proporción de judíos expulsados de Constantinopla, que habían hecho muchos prosélitos entre ellos. A esos judíos jázaros ha de atribuirse la gran cantidad de los judíos que se establecieron en Polonia y en Rusia ([12]). Detrás de los jázaros y vencedores de ellos estaban los Petschnegas (Patzinaks), pueblo turco salvaje de quien se oye hablar por primera vez en el siglo IX, y que estaba destinado a disolverse y disiparse como cinco siglos antes sus afines los hunos. Mientras el rumbo de estos pueblos se dirigía hacia el Oeste, tenemos que recordar, cuando pensamos en la actual población de aquellas regiones del Sur de Rusia, aquel ir y venir de los normandos entre el Báltico y el mar Negro, que se mezclaron con los inmigrantes turcos como trama y urdimbre, y tener presente también que había una considerable población eslavona, heredera y descendiente de los escitas, los sármatas, etc., ya establecida en aquellas regiones inquietas y sin ley, pero fértiles. Todas estas razas mezclábanse y reaccionaban entre sí. El predominio general de las lenguas eslavas, salvo en Hungría, hace ver que el elemento eslavo era el más fuerte. Lo que hoy es Rumania, con tanto pasar de pueblos y a pesar de tantas y tantas conquis-

([12]) "Pueblo turco cuyos jefes adoptaron el judaísmo" — dice Harold Williams.

tas, la tradición y la herencia de las provincias romanas de Dacia y Mœsia inferior, supo conservar vivos la memoria y el habla latina.

Pero aquel empuje directo de los pueblos turcos contra la cristiandad al Norte del mar Negro no era, en suma, tan importante, ni mucho menos, como su avance indirecto por el Sur a través del imperio del califa. No podemos ocuparnos aquí de las tribus y disensiones de los pueblos turcos del Turquestán, ni de los casos particulares que trajeron a aquél las tribus dominadas por el clan de los Selyúcidas. En el siglo XI los turcos selyúcidas irrumpieron con fuerza irresistible, no en un ejército, sino en un grupo de ejércitos y al mando de dos hermanos, en los decaídos fragmentos del imperio musulmán. Desde muy atrás el Islam había dejado de ser un imperio. El dominio sunnita-abbasida-ortodoxo había venido a ser lo que fué en un tiempo Babilonia; y aun en Bagdad el califa era tan sólo hechura de la guardia turca de palacio. Un turco, especie de mayordomo de palacio, era el que gobernaba en realidad. A Oriente del califato, en Persia, y al Oeste, en Palestina, Siria y Egipto, había shiitas herejes. Los turcos selyúcidas eran sunnitas ortodoxos; barrieron y dominaron a los jefes y advenedizos shiitas y se erigieron en protectores del califa de Bagdad, apoderándose de las facultades temporales del mayordomo de palacio. Muy pronto arrebataron Armenia a los griegos, y rompieron después los lazos que desde cuatro siglos restringían el poder del Islam, se lanzaron a la conquista del Asia Menor y llegaron casi hasta las puertas de Constantinopla. Las montañas de Cilicia, que tanto tiempo contuvieron a los musulmanes, franqueáronse por el Nordeste gracias a la conquista de Armenia.

Al mando de Alp Arslam, que concentró en sus manos todo el poderío selyúcida, los turcos destrozaron por completo el ejército bizantino en la batalla de Manzikert o Melasgerd (1071). Grandísimo efecto produjo en la imaginación popular esta gran batalla. El Islam que tan en decadencia parecía, tan dividido religiosa y políticamente, revivía de pronto, y el viejo imperio bizantino, tan seguro, parecía estar al borde de la disolución. La pérdida del Asia Menor fué muy rápida. Los selyúcidas se establecieron en Iconium (Konia), en lo que hoy es Anatolia. A poco eran dueños de la fortaleza de Nicea, frente por frente de la capital.

§ 9. *Llamamiento de Constantinopla a Roma.*

Hemos hablado ya del ataque de los normandos al imperio bizantino por la parte de Occidente y de la batalla de Durazzo (1081); y hemos indicado que Constantinopla guardaba ya memorias vivas de las incursiones marítimas rusas (1043). Bulgaria,

es verdad, había cedido, pero quedaba una guerra pesada e incierta con los Petschnegas. El emperador tenía bastante que hacer por el Norte y por el Oeste. El rápido avance de los turcos hacia el país que por tanto tiempo fué bizantino, con seguridad debió de parecerles algo así como la aproximación del desastre supremo. El emperador de Oriente, Miguel VII, bajo el aprieto, probablemente, les pareció, tanto a él como a Roma, de la mayor significación política. Pidió ayuda al papa Gregorio VII. Su llamamiento lo repitió con mayor urgencia todavía su sucesor, Alejo Commeno, ante el papa Urbano II. A los consejeros de Roma les parecía ésta la suma oportunidad para afirmar el señorío del papa sobre todo el mundo cristiano.

Hemos ido siguiendo en esta historia el desarrollo de la idea de un gobierno religioso de la cristiandad — y de la humanidad a través de ella—, y hemos mostrado cuán natural y necesariamente, a causa de la tradición del imperio universal, podía tener su centro en Roma. El Papa era el único patriarca de Occidente; era cabeza religiosa de una dilatada región cuya lengua dominante era el latín; los otros patriarcas de la Iglesia Ortodoxa hablaban griego, y por lo tanto, no se les podía oír en sus dominios, y las dos palabras *filio que* añadidas al credo latino causaron la separación de los cristianos bizantinos por uno de esos impalpables y fugaces puntos de doctrina en que no cabe reconciliación. (Ocurrió la ruptura final en 1054). La vida cambiaba de carácter en Letrán a cada nuevo ocupante de la cátedra de San Pedro; a veces, la Roma papal era un antro de corrupción e impureza, como lo fué en los días de Juan XII; a veces invadíala el influjo de hombres de amplio y noble pensar. Pero tras el papa había una muchedumbre de cardenales, sacerdotes y dignatarios de esmerada educación que jamás, ni en los días más oscuros y agrios, perdieron de vista por completo la altísima idea de un dominio divino del mundo, de una paz de Cristo en la tierra, expresada por San Agustín. Esta idea fué durante toda la Edad Media el influjo predominante en Roma. Algún tiempo quizá prevalecerían en ella los entendimientos mezquinos, y Roma desempeñaría en los asuntos de la humanidad el papel de una vieja avara, traicionera y locamente astuta; después venía una fase de habilidad masculina y enteramente mundana o una fase de exaltación. Hubo intermedios de fanatismo o pedantería en que toda la carga pesó sobre la exacta doctrina, o una decadencia moral, y Letrán fué trono de un autócrata sensual y estaba dispuesto a vender todas las esperanzas y honores que podía conceder la iglesia por dinero que gastar en placeres y lujo. Pero en líneas generales el navío papal conservaba su rumbo y pronto volvía a coger el viento.

En el período a que hemos llegado, el del siglo VI, descubrimos a Roma dominada por la personalidad de un hombre de estado excepcional en su grandeza, Hildebrando, que ocupó diversas posiciones oficiales con una serie de papas, y llegó a papa por fin con el nombre de Gregorio VII (1073-1085). Bajo su influencia, el vicio, la pereza y la corrupción desaparecen de la iglesia; refórmase el método electivo del pontificado y se empeña una gran lucha con el emperador por el asunto manifiestamente vital de las "investiduras", por la cuestión de si corresponde al papa o al monarca temporal el voto decisivo para el nombramiento de obispos en sus dominios. Hasta entonces el clero romano podía contraer matrimonio. En adelante, para desprenderle eficazmente del mundo y convertirle en completo instrumento de la iglesia, se impuso el celibato a todos los sacerdotes...

A Gregorio VII la lucha por las investiduras le privó de dar respuesta eficaz al primer llamamiento de Bizancio; pero tuvo digno sucesor en Urbano II (1087-1099), y cuando la carta de Alejo llegó a sus manos, este papa aprovechó inmediatamente la oportunidad que se le ofrecía para unir todos los pensamientos y fuerzas de la Europa occidental en una sola pasión y propósito. Así podía esperar que tuviese término la guerra privada que prevalecía y encontrase apropiado desahogo la energía inmensa de los normandos. Vió también oportunidad para lanzar unidos al poder bizantino y a la Iglesia y extender el influjo de la iglesia latina sobre Siria, Palestina y Egipto. Fueron oídos los enviados de Alejo en un concilio eclesiástico convocado apresuradamente en Piacenza (= Placencia), y al año siguiente (1095), en Clermont, reunió Urbano un segundo gran concilio en que se organizó toda la fuerza lentamente acumulada de la iglesia para una propaganda guerrera universal contra los musulmanes. La guerra privada, toda entre cristianos, iba a cesar hasta que los infieles fuesen barridos y el Santo Sepulcro volviera a estar en manos cristianas.

El fervor de las respuestas nos faculta para entender la gran obra de organización creadora hecha en el Occidente europeo durante los cinco siglos anteriores. Al comenzar el VII vimos a la Europa occidental como un caos de fragmentos sociales y políticos sin idea ni esperanza comunes, sistema casi reducido a polvo de individualidades egoístas. En los albores del XI hay por todas partes una creencia común, una idea unitiva a la que pueden ya consagrarse los hombres y cooperar, gracias a ella, en una empresa universal. Nos damos cuenta de que a pesar de tanta debilidad y falta de firmeza intelectual y moral en este punto, la iglesia cristiana ha *trabajado*. Podemos medir las fases malas de la Roma del siglo X con sus escándalos, corrupciones, asesinatos y violencias, en su propio valor, tomando por escala aquel hecho.

Sin duda, en toda la cristiandad ha habido muchos sacerdotes holgazanes, malos y necios; pero es evidente que la tarea de enseñanza y de coordinación llevada a cabo sólo pudo efectuarse gracias a una multitud de sacerdotes y religiosos dignos. Un anficionado nuevo y más amplio, el anficionado de la cristiandad, había venido al mundo, edificado por miles de existencias anónimas y fieles.

La respuesta al llamamiento de Urbano II no se limitó solamente a lo que podríamos llamar gente educada. No sólo caballeros y príncipes mostráronse dispuestos a emprender la cruzada. Junto a la figura de Urbano hemos de señalar la figura de Pedro el Ermitaño, tipo nuevo en Europa, aunque recuerda un poco a los profetas hebreos. Pero predicó la cruzada al pueblo. Contó la historia, poco importa si verdadera o fingida, de su peregrinación a Jerusalén, de la destrucción del Santo Sepulcro por los turcos selyúcidas que lo tomaron en 1073, y de las exacciones, brutalidades y deliberadas crueldades que practicaban contra los peregrinos cristianos en los Santos Lugares. Descalzo, con un hábito grosero, caballero es un asno y con una cruz de gran tamaño, recorrió aquel hombre Francia y Alemania, arengando siempre en iglesias, calles o mercados a grandes muchedumbres.

¡Por primera vez descubrimos en Europa una idea y un alma! Sale de ella una respuesta indignada al relato de lejanos males, la rápida comprensión de una causa común a ricos y pobres. No se puede imaginar que esto sucediera en el imperio de Augusto César o en ninguna etapa anterior de la historia del mundo. Quizá hubiera sido posible algo semejante en el mundo mucho más reducido de la Hélade o en la Arabia anterior al Islam. Pero este movimiento afectaba a naciones, reinos, lenguas y pueblos. Claro está que tratamos de algo nuevo en el mundo, de una nueva conexión clara del interés común con la conciencia del hombre común.

§ 10. *Las Cruzadas.*

Desde muy al principio mezcláronse con este ardiente entusiasmo bajos elementos. Existía un plan frío y calculado de la libre y ambiciosa iglesia latina para sojuzgar y reemplazar a la bizantina regida por el emperador; existía el instinto depredatorio de los normandos, que a la sazón desgarraba Italia, siempre dispuesto a entrar en un mundo nuevo en que el botín fuese más rico. Y existía en la muchedumbre vuelta hacia Oriente algo más profundo que el amor en el tejido humano; el odio, hijo del temor, que los apasionados llamamientos de los propagandistas y la exageración de los horrores y crueldades cometidos por los infieles habían convertido en hoguera. Y existían también otras fuerzas:

los intolerantes selyúcidas y los intolerantes fatimistas levantaban una barrera infranqueable ante el comercio de Génova y Venecia, que antes llegaba a Bagdad y a Alepo y cruzaba todo Egipto. Tenían que abrir a la fuerza los cerrados caminos para que Constantinopla y las vías del mar Negro no monopolizaran solas todo el comercio de Oriente. Hubo, además, en 1094 y 1095 una peste y hambre desde el Escalda hasta Bohemia, y mucha desorganización social. "No es de maravillar —dice Mr. Ernest Barker— que una corriente de emigración se encaminara hacia Oriente como se encaminaría en los tiempos modernos hacia unas minas de oro recién descubiertas; corriente que llevaría en sus turbias aguas a muchos desechados, vagabundos y hombres en quiebra, merodeadores y chalanes, monjes fugitivos y bellacos en fuga, en la misma agrupación abigarrada, con la misma fiebre de vivir, con las mismas alternativas de afluencia y pobretería que podrían verse en las apreturas de hoy por llegar a unas minas de oro".

Mas éstas eran causas de orden secundario; el hecho de interés predominante para el historiador de la humanidad está en la *voluntad de cruzada* que se reveló de pronto como posibilidad en los asuntos humanos.

La historia de las cruzadas abunda de tal modo en detalles novelescos y pintorescos, que el autor de un Esquema de la Historia tiene que poner freno a su pluma en este punto tan tentador.

Las primeras fuerzas que se encaminaron a Oriente formábanlas grandes muchedumbres de gente indisciplinada, que no ejércitos, y trataron de abrirse paso por el valle del Danubio y luego al Sur, hacia Constantinopla. Era la "cruzada del pueblo". Jamás en la historia entera del mundo hubo espectáculo semejante al de aquellas masas, virtualmente faltas de jefes, movidas por una idea. Por una idea muy cruda. Cuando llegaban a país extranjero no parecían comprender que no estaban aún entre infieles. Dos núcleos de populacho, las avanzadas de la expedición, cometieron tales excesos en Hungría, cuyo lenguaje hubo de serles incomprensible, que provocaron su destrucción por parte de los húngaros. Fueron exterminados. Una tercera hueste comenzó con un gran pogromo de judíos en el Rhin porque la sangre cristiana se había excitado, y también esta muchedumbre se dispersó en Hungría. Otras dos huestes mandadas por Pedro la cruzaron y llegaron a Constantinopla para asombro y desmayo del emperador Alejo. Cometieron robos y causaron ofensas por el camino, y al cabo el emperador los hizo cruzar el Bósforo para que los exterminaran, más que derrotarlos, los selyúcidas (1096).

Esta primera y desgraciada aparición del "pueblo como pueblo en la historia moderna de Europa fué seguida en 1097 por las fuerzas regulares de la Primera Cruzada. Se encaminaron por di-



versas vías desde Francia, Normandía, Flandes, Inglaterra, la Italia del Sur y Sicilia, y los normandos constituían su voluntad y su fuerza. Cruzaron el Bósforo y tomaron Nicea, que Alejo les arrebató antes de que la saquearan. Luego continuaron por el mismo camino, poco más o menos, de Alejandro Magno; pasaron las Puertas Cilicias, dejando a los turcos no vencidos en Konia; pasaron por el campo de batalla del Iso y llegaron a Antioquía, que tomaron después de un año de asedio. Luego derrotaron a un gran ejército de socorro procedente de Mosul. Gran parte de los cruzados permaneció en Antioquía, y una escasa fuerza mandada por Godofredo de Bouillon (de Bélgica) siguió a Jerusalén. Después de poco más de un mes de sitio tomóse al cabo la ciudad (15 de julio); la matanza fué terrible; la sangre de los vencidos corría por las calles, salpicando a los que cabalgaban. Al anochecer, "sollozando por exceso de alegría", los cruzados llegaron al Sepulcro, después de haber pisoteado aquel lugar, y juntaron en oración sus manos ensangrentadas. Así tuvo fin en aquel día de julio la primera Cruzada ([13]).

([13]) E. Barker: Art. "Crusades", *Encyclopoedia Britannica.*

De la autoridad del patriarca de Jerusalén apoderóse en seguida el clero latino de la expedición, y los cristianos ortodoxos vinieron a encontrarse, acaso, en peor situación bajo el mando latino que bajo el de los turcos. Había ya principados latinos establecidos en Antioquía y Edessa, y empezó una lucha por el ascendiente entre las diversas cortes y reyes, y una tentativa sin éxito para convertir Jerusalén en propiedad del Papa, complicaciones que no entran en nuestros propósitos actuales.

Citemos sin embargo, un pasaje característico de Gibbon:

"En un estilo menos grave que el de la Historia compararía yo al emperador Alejo con el chacal de quien se dice que va siguiendo lós pasos del león para devorar sus relieves. Sean cuales fueren sus temores y fatigas en el paso de la Primera Cruzada, ampliamente los recompensaron los subsiguientes beneficios que hubo de sacar de las hazañas de los francos. Su destreza y vigilancia aseguraron la conquista de Nicea, y desde aquella posición amenazadora los turcos viéronse ogligados a evacuar las cercanías de Constantinopla. Mientras los cruzados, con ciego valor, avanzaban por las comarcas interiores de Asia, los taimados griegos aprovechaban la ocasión favorable en que los emires de la costa eran llamados a las banderas del sultán. Arrojaban a los turcos de las islas de Rodas y Chíos; las ciudades de Efeso, Smirna, Sardes, Filadelfia y Laodicea restituíanse al imperio que Alejo extendió desde el Helesponto hasta las riberas de Meandro y las peñascosas costas de Panfilia. Las iglesias recobraron su esplendor; reedificáronse y fortificáronse las ciudades, y el campo desierto se pobló de colonias cristianas que iban alejándose poco a poco de las más distante y peligrosa frontera. Hemos de perdonar a Alejo por estos paternales cuidados si nos olvidamos de la liberación del Santo Sepulcro; pero los latinos le tildaban con los ominosos reproches de traición y deserción. Habían jurado fidelidad y obediencia a su trono; pero él les había prometido acudir a la empresa en persona, o por los menos con sus tropas y tesoros; su cobarde retirada les eximía de obligación. Y la espada que había sido instrumento de victoria, para ellos fué prenda y título de su justa independencia. No parece que el emperador intentara renovar sus anticuadas pretensiones al reino de Jerusalén; pero las fronteras de Cilicia y Siria eran de adquisición más reciente y más accesibles a sus armas. El gran ejército de los cruzados quedó aniquilado o disperso; el principado de Antioquía perdió a su jefe con la sorpresa y cautiverio de Bohemundo: su rescate le oprimió con una pesada deuda, y sus adeptos normandos eran insuficientes para repeler las agresiones de griegos y turcos. En tanta desolación Bohemundo tomó una resolución magnánima: la de entregar la defensa de Antioquía a su pariente el fiel Tancredo

armar al Occidente en contra del Imperio Bizantino y llevar a cabo el designio que le dejaron en herencia las lecciones y el ejemplo de Guiscardo, su padre. Embarcóse clandestinamente, y si hemos de dar fe a un cuento de la princesa Ana, pasó el mar hostil estrechamente encerrado en un cofre. (Ana Comnena añade que para completar la verosimilitud se le encerró con candado, y consiente en maravillarse cómo pudo soportar aquel bárbaro el encierro y la putrefacción. Nada dicen los latinos de tan absurdo cuento). Pero su recepción en Francia se dignificó merced al aplauso público y a sus bodas con la hija del rey; su vuelta fué gloriosa, puesto que los más bravos espíritus de la época se alistaron bajo su experto mando, y volvió a pasar el Adriático al frente de cinco mil caballos y cuarenta mil elefantes, reunidos en los más remotos climas de Europa. La resistencia de Durazzo y la prudencia de Alejo, los progresos del hambre y la proximidad del invierno engañaron sus ambiciosas esperanzas, y los confederados venales fueron apartados con dádivas de su estandarte. Un tratado de paz tranquilizó los temores de los griegos.

Nos hemos ocupado con extensión de la Primera Cruzada porque revela completamente la cualidad de todas estas expediciones. La realidad de la lucha entre el sistema latino y el bizantino hízose cada vez más y más manifiesta. En 1101 llegaron refuerzos en que desempeñaba preeminente papel la escuadra de las repúblicas mercantiles de Venecia y Génova, y el poderío del reino de Jerusalén se extendió. En el año 1147 hubo una segunda Cruzada en que tomaron parte el emperador Conrado III y el rey Luis de Francia. Fué una expedición mucho más imponente y mucho menos afortunada y entusiasta que la anterior. La provocó la toma de Edessa por los musulmanes en 1144. Una gran división germánica, en vez de pasar a Tierra Santa, atacó y sometió al Este del Elba a los wendos todavía paganos. El papa lo aprobó y lo tuvo por obra de Cruzada, y lo mismo la toma de Lisboa y la fundación del reino cristiano de Portugal por contigentes flamencos e ingleses.

En 1169 un aventurero kurdo, llamado Saladino, llegó a dominar Egipto, país en que la herejía shiita había cedido ante un resurgimiento sunnita. Saladino reunió las fuerzas de Egipto y Bagdad, predicó la Jehad, la Guerra Santa, la Contracruzada de todos los musulmanes frente a los cristianos. Aquella Jehad excitó tanto los sentimientos del Islam como la Primera Cruzada los de la cristiandad. Tratábase ya de cruzados contra cruzados; y en 1187 Jerusalén cayó de nuevo. Aquello provocó la Tercera Cruzada (1189); también ésta fué un vasto movimiento que planearon en conjunción el emperador Federico I (más conocido con el nombre de Federico Barbarroja), el rey de Francia y el rey de Ingla-

terra (dueño a la sazón de algunas de las más hermosas provincias de Francia). El pontificado desempeñó en esta ocasión papel secundario; estaba en uno de sus momentos de depresión; y la Cruzada fué una de las más elegantes, caballerosas y novelescas de todas. La acritud religiosa mitigóse con la idea de la galantería caballeresca que obsesionaba por igual a Saladino y a Ricardo I (1189-1199) de Inglaterra (Corazón de León), y los aficionados a novelas pueden hallar en las referentes a ese período el sabor peculiar que tuvo. La Cruzada salvó por algún tiempo al Principado de Antioquía, pero no consiguió tomar Jerusalén. Los cristianos, si embargo, quedaron en posesión de las costas de Palestina.

Por tiempos de la Tercera Cruzada habían desaparecido por completo el encanto y la maravilla de tales expediciones. La gente del pueblo no se interesaba en ellas. Iban los hombres, pero sólo volvían los nobles y los reyes; y éstos, a menudo, después de pagar un pesado rescate. La idea de las Cruzadas desmereció por su frecuencia y trivialidad. En cuanto el papa se peleaba con alguien, ya estaba convocando a Cruzada, hasta que la palabra dejó de significar todo lo que no fuese dar sabor a una insípida guerra civil. Hubo una Cruzada contra los herejes del Sur de Francia; otra contra Juan, rey de Inglaterra; otra contra el emperador Federico II. Los papas no se daban cuenta de la necesidad de dignificar el papado. Habían conseguido un ascendiente moral sobre la cristiandad, y pronto empezaron a desperdiciarlo. No sólo menoscabaron la idea de las Cruzadas, sino que pusieron en ridículo aquel tremendo poder suyo de excomunión, de privar a un hombre de los sacramentos, las esperanzas y los consuelos de la religión, haciendo uso de él en meras disputas políticas. Contra Federico II no sólo se lanzó una Cruzada, sino la excomunión, sin daños visibles. Se le volvió a excomulgar en 1239, e Inocencio IV renovó esta sentencia en 1245.

El núcleo de la Cuarta Cruzada no consiguió llegar a Tierra Santa. Salió de Venecia (1202), tomó Zara, acampó en Constantinopla (1203), y por último, en 1204, asaltó la ciudad. Fué un franco ataque al Imperio Bizantino. Venecia ocupó gran parte de las costas e islas del Imperio, y a un latino, Balduino de Flandes, se le hizo emperador de Constantinopla. Se declaró unidas de nuevo a las iglesias latina y griega, y los emperadores latinos rigieron la Constantinopla conquistada desde 1204 hasta 1261.

Un hecho espantoso tuvo lugar en 1212: una Cruzada de niños. La excitación que ya no podían sentir los adultos, se apoderó de las criaturas en el Sur de Francia y el valle del Ródano. En muchedumbre de muchos millares encamináronse a Marsella; allí los embarcaron con engaño unos mercaderes de esclavos, que los vendieron después en Egipto. Los niños de tierras del Rhin

fueron a pie hasta Italia, pereciendo muchos en el camino, y allí se dispersaron. El papa Inocencio III hizo argumento capital de este extraño asunto: "Hasta los niños nos avergüenzan", dijo. Y trató de mover el entusiasmo en pro de una Quinta Cruzada. Proponíase ésta la conquista de Egipto, porque el Sultán de aquel país era dueño, a la sazón, de Jerusalén; los supervivientes regresaron en 1221, después de evacuar sin gloria la única plaza que ganaron, Damieta, con los restos de la Vera Cruz que se guardaban en Jerusalén: compensación única que hubo de dejarles el vencedor. Ya hemos relatado las aventuras primeras de esta venerable reliquia antes de los tiempos de Mahoma, cuando Cosroes II se la llevó a Ctesifón y fué recuperada por el Emperador Heraclio. Siempre hubo, no obstante, fragmentos de la Vera Cruz en Roma, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, desde los días de la Emperatriz Elena (madre de Constantino el Grande), a quien, según la leyenda, le fué revelado el lugar en que estaba oculta en una visión que tuvo durante su peregrinación a la Tierra Santa ([14]).

La Sexta Cruzada (1229) casi tocó en lo absurdo. El Emperador Federico II había prometido cruzarse y no cumplió el voto. Hizo una salida falsa y regresó, probablemente porque le disgustara la idea de una Cruzada. Pero el voto entraba en el trato que le aseguró el apoyo del papa Inocencio III para ser elegido emperador. Ocupábase en reorganizar el gobierno de su reino de Sicilia, aunque había dado a entender al papa que abandonaría aquellos Estados si le hacían emperador; y el papa anhelaba detener el proceso de consolidación enviándole a Tierra Santa, pues no quería a Federico II ni a otro emperador alemán en la Italia que él ansiaba regir. Como Federico II le diera evasivas, Gregorio IX le excomulgó, proclamó una Cruzada contra él e invadió sus dominios de Italia (1228). A consecuencia de esto, el emperador salió para Tierra Santa con una escuadra; tuvo allí una entrevista con el Sultán de Egipto (el Emperador hablaba con soltura seis lenguas, una de ellas el árabe), y parece ser que los dos caballeros, ambos de opiniones escépticas, cambiaron impresiones con mutua simpatía, discutieron al papa con espíritu terrenal, hablaron del avance de los mongoles hacia Occidente, amenazador para

([14]) "La custodia de la *Vera Cruz*, que se exponía al pueblo solemnemente el domingo de Pascua, perteneció al Obispo de Jerusalén; y él sólo podía satisfacer la curiosa devoción de los peregrinos, donándoles trozos chicos que ellos engastaban en oro o pedrería y se llevaban triunfantes a sus respectivos países. Pero como este ventajoso comercio se hubiera reducido muy pronto a la nada, se juzgó conveniente suponer que el maravilloso leño poseía una secreta virtud vegetativa y que su substancia, aunque disminuyera de continuo, permanecía siempre íntegra e intacta". — Gibbon.

entrambos, y llegaron por último a un convenio comercial, acordándose la entrega de una parte del reino de Jerusalén a Federico. Esta era, en verdad, una Cruzada de nueva índole, Cruzada llevada a efecto por un tratado hecho privadamente. Como aquel cruzado asombroso estaba excomulgado, tuvo que consentir que se le coronara en Jerusalén de manera puramente secular y coger del altar la corona con su propia mano en una iglesia de donde había salido todo el clero. Quizás no hubo quien le enseñara los Santos Lugares; éstos fueron puestos en entredicho por el Patriarca de Jerusalén y clausurados; manifiestamente, la Cruzada difería totalmente en espíritu de aquella Primera tan pródiga en sangre. Ni aun tuvo la amable acogida que alcanzó seiscientos años antes la visita del Califa Omar. Federico II salió a caballo de Jerusalén, casi solo; regresó a Italia, después de aquel éxito nada novelesco; arregló muy rápidamente sus asuntos, echó de sus posesiones a los ejércitos del papa, y obligó a éste a que le levantara la excomunión (1230). La Sexta Cruzada no sólo fué una *reductio ad absurdum* de las Cruzadas, sino también de las excomuniones papales. Del mismo Federico II volveremos a hablar más adelante, porque caracteriza muy bien ciertas nuevas fuerzas que iban entrando en los asuntos europeos.

Los cristianos perdieron nuevamente Jerusalén en 1244; se lo quitó muy sencillamente el Sultán de Egipto en cuanto atentaron e intrigaron contra él. Esto provocó la Séptima Cruzada, la Cruzada de San Luis, Rey de Francia (Luis IX), que fué hecho prisionero en Egipto y rescatado en 1250. Hasta 1918, en que se entregó a una fuerza mixta de fuerzas francesas, inglesas e indias, no salió ya Jerusalén de manos de los musulmanes...

Hay que mencionar otra Cruzada: la expedición a Túnez del mismo Luis IX, que murió en aquella tierra, víctima de la fiebre.

§ 11. *Las Cruzadas, troquel de cristianismo.*

El interés esencial de las Cruzadas para un historiador de la humanidad, consiste en las oleadas de emoción, de sentimientos unificadores animados por la primera. Las expediciones siguientes fueron cada vez más un proceso establecido, un acontecimiento que iba perdiendo vitalidad. La Primera Cruzada fué un hecho comparable al descubrimiento de América; las últimas se parecían cada vez más a una mera travesía del Atlántico. En el siglo XI la idea de Cruzada hubo de ser como una extraña y maravillosa luz del cielo; en el XIII nos imaginamos a los honrados burgueses que decían en tono de protesta: "¡Cómo! ¡Otra Cruzada!" El experimento de San Luis en Egipto no fué cosa nueva para la humanidad; fué como un juego desgraciado; una serie de acontecimientos faltos de significación. El interés de la vida tomaba otros rumbos.

El comienzo de las Cruzadas nos hace ver a Europa entera saturada de ingenuo cristianismo y dispuesta a seguir los mandatos del Papa fiel y sencillamente. Los escándalos de Letrán en sus días peores, hoy tan familiares para todos, eran virtualmente ignorados fuera de Roma, y Gregorio VII y Urbano II los redimieron por completo. Mas sus sucesores en Letrán y en el Vaticano ([15]) no lo igualaron intelectual y moralmente en las ocasiones que se les ofrecieron. Las fuerzas del Pontificado consistía en la fe que le prestaran los hombres, y ellos la emplearon tan descuidadamente, que aquella fe llegó a debilitarse. Roma ha tenido siempre en mayor grado la perspicacia del sacerdote que el poder del Profeta. Por esto, mientras el siglo XI fué siglo de hombres ignorantes y confiados, el XIII lo fué de hombres avisados y desilusionados. Era un mundo mucho más civilizado y profundamente escéptico.

Los obispos, los sacerdotes y las instituciones monásticas de la cristiandad latina, anteriormente a Gregorio VII, carecieron tal vez de enlace y variaron mucho en calidad. Pero es claro que por lo general guardaron íntima relación con el pueblo en que se habían fundado y conservaron viva buena parte del espíritu de Jesús; se confiaba en ellos y tenían enorme poder *en la interioridad de la conciencia de los adeptos.* La iglesia, relativamente a su estado anterior, tenía mayor relación con los seglares y autoridades de la localidad, viniendo a ser de universalidad más reducida. La reforma de la organización eclesiástica por Gregorio VII, emprendida para acrecentar el poder central de Roma, rompió muchos filamentos sutiles entre sacerdotes y monasterios, de una parte, y campesinos, de otra.

Los hombres de fe y saber creen en el natural desenvolvimiento de sus semejantes; pero los sacerdotes, y aun sacerdotes como Gregorio VII, creen en la falsa "eficacia" de una disciplina impuesta. La contienda por las investiduras despertaba las suspicacias de todo príncipe cristiano, que veía en los obispos agentes de una potencia extranjera; tal suspicacia se filtró aun a las parroquias. Las empresas políticas del papado requerían crecientes demandas de dinero. Ya en el siglo XIII se decía por todas

([15]) Los Papas vivieron en el palacio de Letrán hasta 1305, en que un Papa francés trasladó la corte pontificia a Avignon. Cuando volvieron a Roma en 1377, Letrán estaba casi en ruinas y el palacio del Vaticano vino a ser corte de los Pontífices. Tenía, entre otras ventajas, la de estar mucho más cerca del fuerte papal, del castillo de Santo Angel.

partes que los sacerdotes no eran hombres buenos, que siempre andaban a la caza de dinero.

En los días de ignorancia tendióse a creer de buen grado en la bondad y sabiduría del sacerdocio católico. En aquellos días era relativamente mejor y más sabio. Habíanse confiado a la iglesia, a más de sus funciones espirituales, grandes facultades y libertades extraordinarias. De tal confianza supo aprovecharse plenamente. En la Edad Media la iglesia vino a ser un Estado dentro del Estado. Tenía tribunales propios, a los que se reservaba los casos referentes, no sólo a sacerdotes, sino a monjes, estudiantes, cruzados, viudas, huérfanos y desvalidos; y en lo que tocaba a los ritos o reglas de la Iglesia, ésta reclamaba jurisdicción sobre materiales tales como testamentos, matrimonios, juramentos y, desde luego, sobre herejía, hechicería y blasfemia. Había muchas prisiones eclesiásticas en que los culpables tenían que padecer durante toda su vida. El Papa era el supremo legislador de la cristiandad y su corte de Roma la última y decisiva corte de apelación. La iglesia levantaba impuestos; no sólo tenía vastas propiedades y grandes rentas por sus derechos, sino que imponía una décima de contribución, el diezmo, a sus fieles. No lo pedía como auxilio piadoso, sino como derecho. El clero, por otra parte, reclamaba la exención de los tributos seculares.

Estas tentativas de comerciar con sus peculiares prestigios y eludir su participación en las cargas fiscales, fué ciertamente factor muy considerable en el creciente descontento que el clero suscitaba. Dejando a un lado la cuestión de justicia, aquello no era político. Hacía diez veces más pesadas las cargas a los que tenían que pagar y dejaba sentir en todo las inmunidades de la iglesia. Y todavía más extravagante e indiscreta fué por parte de la iglesia la pretensión referente a las *dispensas*. El papa, en muchos casos individuales, podía saltar sobre las leyes de la iglesia consintiendo el matrimonio entre primos, o que un hombre tuviera dos mujeres, o desligando a alguien de un voto. Mas el hacerlo así implica que las leyes a que esto afecta no están basadas en la necesidad ni en una rectitud inherente; que son de hecho restrictivas y vejatorias. Entre todos los hombres el legislador es quien más debe cumplir la ley, portándose como la ley se lo manda. Pero la debilidad universal de la especie humana quiere que el llamado a administrar tenga en seguida por suyo todo lo administrado.

§ 12. *El emperador Federico II.*

El emperador Federico II nos da un ejemplo muy oportuno de esa clase de hombres escépticos y rebeldes que se produjo en el siglo XIII. Será interesante decir algo acerca de este hombre inteligente y cínico. Hijo del Emperador alemán Enrique VI y nieto de Federico Barbarroja, fué su madre la hija de Rogerio I, rey normando de Sicilia. Heredó el reino en 1198, cuando sólo tenía cuatro años; su madre le sirvió de tutora por seis meses, y cuando ella murió, el papa Inocencio III (1196-1216) vino a ser regente y tutor suyo. Parece ser que tuvo una educación excepcionalmente buena y notablemente variada; sus adelantos le conquistaron el título halagador de *Stupor Mundi*, asombro del mundo. El resultado de haber visto a la cristiandad como la veían los árabes y al Islam como lo veían los cristianos, fué la creencia que adquirió de que toda religión es impostura, parecer que acaso compartían muchos ocultos observadores en la edad de la fe. Mas él expresó sus opiniones; constan sus blasfemias y herejías.

Formado bajo la arrogante tutela de Inocencio III, que nunca pareció darse cuenta de que su pupilo había llegado a mayor edad, fué desarrollándose en él una evasividad levemente humorística. Empeñábase la política papal en evitar toda nueva coalición entre el poderío de Alemania e Italia, y Federico estaba determinado a conseguir lo que pudiera. Cuando las circunstancias le ofrecieron después la corona imperial de Alemania, aseguróse el apoyo del Papa, comprometiéndose, si le elegían, a abandonar sus posesiones de Sicilia y el Sur de Italia y acabar con la herejía en Alemania. Porque Inocencio III era uno de los grandes papas perseguidores, hombre hábil, codicioso y agresivo. (Fué papa cuando era aún excesivamente joven: a los treinta y siete años). Inocencio fué quien predicó la cruel cruzada contra los herejes del Sur de Francia, cruzada que pronto se convirtió en una expedición depredatoria fuera de su influjo directo. En cuanto Federico se vió elegido emperador (1211), ([16]) Inocencio le instó al cumplimiento de los votos y promesas que había arrancado a su respetuoso pupilo. Libertaría al clero de la jurisdicción secular y de los impuestos y trataría con crueldad ejemplar a los herejes. Nada de esto hizo Federico. Como ya se indicó, ni siquiera hubo de consentir en el abandono de Sicilia, en donde le gustaba residir, mejor que en Alemania.

([16]) Fué coronado emperador en 1220 por Honorio III, sucesor de Inocencio.

Inocencio III, burlado, murió en 1216, y su sucesor Honorio III, nada hizo. A Honorio le sucedió Gregorio IX (1227), que llegó evidentemente al trono papal con la nerviosa resolución de dominar a aquel mozo desconcertante. Le excomulgó por no salir a Cruzada, como había ofrecido doce años antes; y denunció sus vicios, herejías y culpas generales por medio de una carta pública (1227), a la cual replicó Federico en un documento mucho más hábil, dirigido a todos los príncipes de Europa, documento de suma importancia histórica, porque entre las pretensiones del papa a regir en absoluto la cristiandad y las aspiraciones de los monarcas seculares ([17]). El conflicto había estado siempre latente, con estallidos aquí y allá, en una o en otra forma; Federico lo planteaba en términos generales claros para que los hombres pudieran formar opinión.

Después de este golpe salió para la Cruzada pacífica, a que antes nos referimos. En 1239, Gregorio IX le excomulgó por segunda vez y renovó la guerra de afrentas públicas en que el pontificado había sufrido ya seriamente. La controversia se reanudó después de muerto Gregorio IX, cuando ascendió al pontificado Inocencio IV; y entonces, Federico escribió contra la iglesia otra carta desvastadora que los hombres estaban llamados a recordar. Denunciaba el orgullo e irreligiosidad del clero y atribuía todas las corrupciones del tiempo a su soberbia y riqueza. Proponía a los demás príncipes una confiscación de las propiedades eclesiásticas para bien de la Iglesia, y la sugestión no se apartó ya nunca de la imaginación de los príncipes europeos.

No hablaremos de sus años últimos ni del desastre de Parma, debido a su incuria, que echa una sombra de fracaso sobre su fin. Los sucesores particulares de su vida son tanto menos significativos que la atmósfera moral de ésta. Es posible conjeturar algo acerca de su vida de corte en Sicilia. Se le describe en sus últimos años como hombre "colorado, calvo y corto de vista"; pero de facciones buenas y agradables. Gustábale vivir con lujo y rodearse de objetos bellos. Se le pinta como licencioso. Pero es evidente que su entendimiento no se satisfacía con el escepticismo en materia de religión, y que fué hombre de mucha curiosidad y amigo de inquirir por sí mismo. Reunió en su corte filósofos judíos y musulmanes, tanto como cristianos, y contribuyó mucho a fertilizar la mente italiana con influencias sarracenas. Gracias a él los estudiantes cristianos conocieron la numeración arábiga y el álgebra, y entre otros filósofos de su corte, se cuenta a Miguel Escoto, que tradujo parcialmente a Aristóteles, y los comentarios que acerca de él hizo el gran filósofo árabe Averroes de Córdoba.

([17]) Algunos autores niegan autenticidad a esta carta.

En 1224 fundó Federico la Universidad de Nápoles y agrandó y enriqueció la gran escuela médica de la Universidad de Salerno, que es la Universidad más antigua. Fundó también un jardín zoológico. Dejó un libro de cetrería que le muestra como un observador agudo de las costumbres de las aves, y fué uno de los que primeramente escribieron versos en italiano. La poesía italiana, a decir verdad, nació en su corte. Un experto escritor le ha llamado "el primer moderno", y la frase expresa muy bien la falta de prejuicios de su fisonomía intelectual. Fué de una originalidad cumplida. En una época de falta de oro introdujo e hizo con éxito monedas de cuero estampado, con su promesa de pagar en oro: una especie de emisión de billetes de banco, tirados en cuero ([18]).

A pesar del torrente de afrentas y calumnias que envolvió a Federico II, dejó este rey profunda impresión en la imaginación popular. Aún se le recuerda en el Mediodía de Italia tan vivamente como a Napoleón entre los aldeanos de Francia; es el "Gran Federico".

Y hay eruditos alemanes que a despecho del manifiesto desdén de Federico por Alemania, declaran que es a él y no a Federico I, Barbarroja, a quien alude originariamente la leyenda que representa a un gran monarca dormido en una cueva profunda, y cuyas barbas se derraman sobre un tablero de mármol en espera del día en que ha de despertar para llevar al mundo del desorden más extremado a una nueva paz. Después, a lo que parece, la leyenda se trasladó al cruzado Barbarroja, abuelo de Federico II.

Este fué hijo difícil de la Santa Madre Iglesia: un precursor de tantos otros hijos difíciles. Príncipes y hombres educados en toda Europa leían y discutían sus cartas. Los más atrevidos estudiantes universitarios encontraron, distinguieron y dirigieron el Aristóteles arábigo que les había hecho accesible en latín. Salerno arrojó una funesta luz sobre Roma. A los hombres de toda especie les hubo de impresionar lo fútil de las excomuniones y entredichos que asestaron contra Federico II.

§ 13. *Defectos y limitaciones del Pontificado.*

Ya hemos dicho que Inocencio III nunca se hizo cargo de que su pupilo Federico II crecía. Igualmente cierto es que el Pontificado nunca se dió cuenta de que Europa era mayor de edad. Ningún estudioso moderno, que sea inteligente, puede negar sim-

([18]) Quizás pergamino, mejor que cuero. Semejantes promesas de pago escritas en pergamino usábanlas ya los cartagineses. ¿Fué la moneda de Federico herencia de alguna antigua tradición subsistente en Sicilia desde los tiempos de la dominación cartaginesa? — E. B.

patia a la idea latente de una corte pontificia, a la idea de un gobierno universal, justo, mantenedor de la paz en la tierra, ni dejar de reconocer los muchos elementos de nobleza que entraban en la política de Letrán. Más pronto o más tarde, la Humanidad ha de llegar a una paz universal, a no ser que destruya a nuestra raza la fuerte creciente de sus propias invasiones destructoras; y esa paz universal necesita revestir la forma de un gobierno, es decir, de una organización mantenedora de las leyes, religioso en el mejor sentido de la palabra; gobierno que rija a los hombres por la educada coordinación de sus entendimientos en un concepto común de la historia y del destino humanos.

Hemos de reconocer que el Pontificado es la primera tentativa claramente consciente para dotar al mundo de un gobierno de esta índole. Nunca examinaremos demasiado en serio sus deficiencias e imperfecciones, porque toda lección que de él saquemos ha de ser necesariamente del más alto valor para la formación de nuestras ideas y de nuestras relaciones internacionales. Hemos tratado de sugerir cuáles sean los principales factores que contribuyeron a la caída de la República Romana, y ahora nos corresponde intentar el diagnóstico de la quiebra de la Iglesia Romana tocante a asegurar y organizar la buena voluntad de los hombres.

Lo primero que llama la atención del estudioso es la intermitencia del esfuerzo de la iglesia para establecer en el mundo la Ciudad de Dios. La política de la iglesia no se consagró con todo empeño y de continuo a tal fin. Sólo a grandes intervalos alguna personalidad revelante o un grupo de ellas mostró tal empeño. El reino de Dios predicado por Jesús de Nazareth quedó oscurecido, según explicamos ya, casi desde el comienzo, por las doctrinas y tradiciones ceremoniosas de una edad primitiva y de un tipo intelectualmente inferior. El cristianismo había dejado de ser casi desde sus principios puramente profético y creador. Encariñóse con las tradiciones arcaicas de sacrificios humanos, con la purificación sangrienta del mitraísmo, con un sacerdocio tan antiguo como la sociedad humana y con doctrinas complicadas acerca de la estructura de la divinidad. El índice sangriento del Pontífice Máximo dió énfasis a las enseñanzas de Jesús Nazareno; la complejidad mental de los griegos alejandrinos las embarazó. En el inevitable altercado de tantas cosas incompatibles la iglesia se volvió dogmática. Desesperada de hallar otra solución a sus discordias intelectuales, echó mano de su arbitraria autoridad. Sus sacerdotes y obispos eran hombres cada vez más modelados según credos y dogmas y procedimientos. Cuando llegaban a cardenales o papas solían ser viejos ya y estaban acostumbrados a una lucha política por objetivos inmediatos, y sentíanse incapaces de un

modo de ver universal. No aspiraban ya a establecer en los corazones de los hombres el reino de Dios: lo habían olvidado; deseaban establecer el poderío de la Iglesia, que era el suyo propio, para el dominio de los hombres. Estaban dispuestos, con tal de asegurar ese poderío, a tratar aun con los odios, los temores y las concupiscencias del corazón humano. Y precisamente porque muchos de ellos es probable que dudaran, para sus adentros, de la firmeza total de su vastas y complicadas fábricas doctrinales, no querían abrir discusión acerca de ellas. Mostrábanse intolerantes para con las preguntas y los disentimientos, no porque estuvieran seguros de su fe, sino porque no lo estaban. Buscaban la conformidad por razones políticas. Ya en el siglo XIII la iglesia mostraba evidentemente una mórbida ansiedad por las dudas roedoras que pronto podían arruinar por completo la estructura de sus pretensiones. Faltábales serenidad de alma. Iba por todas partes a caza de herejes, como se dice de las viejas medrosas, que miran debajo de la cama y en los armarios si hay ladrones antes de retirarse a dormir.

Hemos mencionado ya al persa Mani, que fué crucificado y desollado en el año 227. Su representación de la lucha entre el bien y el mal era la de una fuerza de luz que se rebelara contra un poder de tinieblas inherente al universo. Todos estos profundos misterios represéntanse necesariamente por medio de símbolos y expresiones poéticas, y las ideas de Mani encuentran todavía respuesta en muchos temperamentos intelectuales de hoy. En muchos púlpitos cristianos pueden oírse doctrinas maniqueas. Pero el símbolo católico ortodoxo era diferente. Las ideas de los maniqueos se habían extendido mucho por Europa, en particular por Bulgaria y el Sur de Francia. En el Sur de Francia, el pueblo que las sostuvo fué el de los cátharos o albigenses. Tan poco diferían sus ideas de las esenciales del cristianismo, que ellos teníanse por devotos cristianos. En conjunto practicaban conspicuas virtudes y su vida era pura en una edad violenta, indisciplinada y viciosa. Pero discutían la firmeza doctrinal de Roma y la interpretación ortodoxa de la Biblia. Tenían a Jesús por rebelde contra la crueldad del Dios del Antiguo Testamento y no por su hijo y continuador. Intimamente asociados con los albigenses vemos a los waldenses, adeptos a un hombre llamado Gualdo, que parece haber sido firmemente católico en su teología, pero igualmente ofensivo para la Iglesia como denunciador de la riqueza y del lujo de los clérigos. Esto fué bastante para Letrán, e Inocencio III nos dió el espectáculo de predicar una Cruzada contra aquellos infortunados sectarios y permitir que se alistase todo vagabundo y desaparrado para pasar a sangre, fuego y rapiña, con afrentas inconcebibles, a los más pacíficos súbditos del rey de Francia. Los relatos de

las crueldades y abominaciones de esta Cruzada son mucho más terribles de leer que todos los referentes a martirios de cristianos por los gentiles, y tienen, por añadidura, el horror de ser indiscutiblemente ciertos.

Esta negra y despiadada intolerancia era un mal espíritu que se mezclaba al proyecto de un gobierno de Dios en la tierra. Era un espíritu en todo contrario al de Jesús de Nazareth. No sabemos que él golpeara el rostro o retorciese las muñecas de los discípulos recalcitrantes o irresponsables. Pero los Papas, durante los siglos de su poder, enfurecíanse siempre contra el más leve reparo acerca de la insuficiencia intelectual de la Iglesia.

Ni la intolerancia de ésta se limitaba a los asuntos religiosos. Aquellos ancianos astutos, pomposos, irascibles y en gran parte malévolos, que manifiestamente formaban la mayoría dominante en los concilios de la Iglesia, no admitían más saber que el suyo propio y desconfiaban de todo pensamiento que ellos no corrigieran o autorizaran. Dedicáronse a reprimir la ciencia, de que sentían celos evidentes. Toda actividad mental que no fuera la suya chocábales como una insolencia. Más adelante habían de promover una gran contienda por la cuestión de la posición de la tierra en el espacio y de si giraba o no alrededor del sol. No era éste, a la verdad, asunto que compitiese a la iglesia. Hubiera debido ella dejar a la razón lo que le es propio. Mas parece que la impelía una necesidad interior de enajenarse la conciencia intelectual de los hombres.

Si tal intolerancia hubiera brotado de una verdadera intensidad de convicción, ya sería bastante mala; pero acompañábala un desdén apenas disimulado por la inteligencia y la dignidad mental del hombre común, que la hace mucho menos aceptable para el juicio moderno, y que sin duda la hizo menos aceptable todavía para los espíritus libres del tiempo.

Ya hemos explicado, sin pasión ninguna, la política de la iglesia romana para con su turbulenta hermana oriental. De los instrumentos y expedientes que usó, muchos eran abominables. En el trato con su pueblo mismo adviértese una vena de verdadero cinismo. Destruyó su prestigio el desdén por sus propias enseñanzas de justicia. Hablamos ya de las dispensas. La locura final, en el siglo XVI, fué la venta de indulgencias, mediante la cual conmutábanse los sufrimientos de las almas del Purgatorio por un pago en dinero. Pero el espíritu que al cabo llevó este procedimiento desvergonzado, y como se vió después, desastroso, era muy evidente en los siglos XII y XIII.

Mucho antes de que la semilla crítica sembrada por Federico II germinara en la mente del hombre y produjera su inevitable cosecha de rebeldía, mostrábase ya en el cristianismo un

fuerte sentimiento de que no todo andaba bien en la atmósfera espiritual. Comenzaron en la Iglesia unos movimientos, que hoy llamaríamos "revivalistas", que más bien daban por supuesta que expresaban una crítica acerca de la suficiencia de sus métodos y organización existentes. Los hombres buscaban nuevas formas de vida recta fuera de los monasterios y del sacerdocio. Figura notable es la de San Francisco de Asís (1181-1226). No podemos entrar aquí en pormenores acerca de este hidalgo que abandonó todas las dulzuras y comodidades de la vida para entregarse a Dios; el comienzo de su historia no deja de tener semejanza con los primeros acontecimientos de la de Gautama Buda. Convirtióse de repente en medio de una vida de placer y, haciendo voto de pobreza extremada, se dedicó a la imitación de la vida de Cristo , y al servicio de los enfermos y los miserables, y más en particular al de los leprosos, abundantes a la sazón en Italia. Uniéronsele grandes multitudes de discípulos, y así se fundó la orden franciscana, al lado de la cual establecióse otra de religiosas, y junto a ambos, gran número de hombres y mujeres constituyeron una Asociación, con no menos formalidades. Predicó, sin que le molestaran los musulmanes, en Egipto y en Palestina, aunque ya estaba en camino la Quinta Cruzada. Todavía se discuten sus relaciones con la Iglesia. El papa Inocencio III sancionó su obra; pero mientras él estaba en Oriente, hubo una reconstitución de la orden, intensificando la disciplina y sustituyendo la autoridad al estímulo. Y a consecuencia del cambio resignó la dirección de ella. Al fin de su vida, abrazóse apasionadamente al ideal de pobreza; pero, apenas muerto, ya la orden tenía propiedades por medio de síndicos, y edificaba una gran iglesia y monasterio a su memoria en Asís. Las disciplinas de la orden que se aplicaron después de su muerte a sus inmediatos asociados, distínguense apenas de una persecución. Algunos de los más conspicuos entusiastas de la sencillez fueron azotados, otros encarcelados, uno muerto cuando intentaba huir, y fray Bernardo, el "primer discípulo", pasó un año en bosques y montañas perseguido como una fiera.

Esta lucha interior de la orden franciscana es interesantísima porque anticipa los grandes disturbios que iban a sobrevenir en la cristiandad. Durante todo el siglo XIII, una porción de la orden franciscana salióse del yugo de la Iglesia, y en 1318, cuatro franciscanos fueron quemados vivos en Marsella, como herejes incorregibles. Había, al parecer, escasa diferencia entre las enseñanzas y el espíritu de San Francisco y los de Waldo, en el siglo VIII, fundador de la exterminada secta de los Waldenses. Ambos eran apasionados entusiastas del espíritu de Jesús Nazareno; pero mientras Waldo se rebeló contra la Iglesia, San Francisco hizo cuanto pudo por mostrarse hijo sumiso de ella, y su opinión acer-

ca del espíritu del cristianismo oficial se quedó sobreentendida. Pero ambos fueron ejemplo de un estallido de la conciencia contra la autoridad y los procedimientos ordinarios de la Iglesia. Y claro está que en el segundo caso, como en el primero, la Iglesia olfateó la rebeldía.

Carácter muy diferente del de San Francisco es el del español Santo Domingo (1170-1221), que fué ante todo, ortodoxo. Apasionado por la conversión de los herejes a fuerza de argumentos, comisionóle el Papa Inocencio III para que predicara a los albigenses. Su obra se desarrolló paralelamente a las luchas y matanzas de la Cruzada; al que Domingo no lograba convertir, matábanle los cruzados de Inocencio; pero sus mismas actividades y el reconocimiento y favor del Papa y su orden, atestiguan la creciente importancia de la discusión y la persuasión, aun para el papado, de que la fuerza no era el remedio. En varios respectos el incremento de los frailes negros o dominicos —los franciscanos eran los frailes grises— hace ver que la Iglesia romana, al bifurcarse el sendero, se entregaba cada vez más al dogma organizado y con él a un conflicto sin esperanzas con la prontitud inteligente y el esfuerzo de la humanidad. La que sólo debía guiar prefirió compeler. El último discurso de Santo Domingo a los herejes que intentaba convertir ha llegado a nosotros. Es un hito de la Historia. Revela la fatal exasperación de un hombre que ha perdido la fe en la fuerza de la verdad, porque *su* verdad no ha prevalecido.

"Durante muchos años —decía— os exhorté en vano con dulzura, predicando, rezando y llorando. Pero, según el refrán de mi tierra, "lo que no pueden bendiciones alcanzan golpes". Excitaremos contra vosotros a príncipes y prelados, que armarán, ¡ay!, naciones y reinos contra esta tierra... y así los golpes alcanzarán lo que bendiciones y dulzura no pudieron conseguir" (19).

En el siglo XIII desarrollóse en la Iglesia una nueva institución: la Inquisición papal. Antes de aquel tiempo solían los papas hacer encuestas o inquisiciones ocasionales acerca de la herejía en esta o aquella región, pero Inocencio III vió en la nueva orden de los dominicos un poderoso instrumento para suprimirla. Organizóse la Inquisición como instituto permanente bajo la dirección de aquéllos, y valiéndose de tal arma la Iglesia se dedicó con fuego y tormento a amenazar y debilitar la conciencia humana, en que residía su esperanza única de dominio universal. Antes del siglo XIII sólo se había aplicado rara vez la pena de muerte a los herejes y descreídos. Luego, en cien mercados de Europa,

(19) *Encyclopoedia Britannica*, art. "Dominic".

los dignatarios de la Iglesia contemplaban los ennegrecidos cuerpos de sus antagonistas, gente por lo general pobre e insignificante, que ardían y desaparecían lastimosamente, y veían arder con ellos y desaparecer, convertida en polvo y ceniza, la gran misión que ante la humanidad les estaba encomendada.

Los comienzos de los franciscanos y dominicanos no fueron las únicas fuerzas nuevas que se levantaron en la cristiandad ya para defender a la Iglesia, ya para destrozarla, según su espíritu decidiera. La Iglesia se asimiló y empleó ambas órdenes aunque con algún esfuerzo en el caso de la primera. Otras fuerzas surgieron en más franca desobediencia y en son de crítica. Siglo y medio después apareció Wycliffe (1320-1384). Era un sabio doctor de Oxford; enseñó por algún tiempo en Balliol y tuvo varios beneficios eclesiásticos. Ya muy adelantada su vida dió comienzo a una serie de críticas orales acerca de la corrupción del clero y de la ignorancia de la Iglesia. Organizó un cuerpo de sacerdotes pobres, los Wycliffitas, que extendieran sus ideas por toda Inglaterra; y para que el pueblo pudiera juzgar entre la Iglesia y él, tradujo al inglés la Biblia. Era hombre más docto y hábil que San Francisco o Santo Domingo. Encontró apoyo en lugares elevados y muchos adeptos entre el pueblo; y aunque Roma se enojó con él y mandó que le aprisionaran, supo morir libre, sin dejar de administrar los Sacramentos como párraco de Lutterworth. Pero el espíritu que desde muy atrás guiaba a la Iglesia católica hacia su destrucción, no permitió que sus huesos descansaran en el sepulcro. Un decreto del Concilio de Constanza de 1415 mandó desenterrar y quemar sus restos, y la orden dada por el papa Martín V fué ejecutada por el obispo Fleming en 1428. Esta profanación no fué obra de un fanático aislado, sino acto oficial de la iglesia.

§ 14. *Lista de los principales Papas.*

La historia del papado es confusa para la generalidad de los lectores a causa de la multitud y abundancia de papas. La mayor parte de ellos principiaron su reinado ancianos ya, y reinaron poco tiempo; menos de dos años por término medio. Pero ciertos papas sobresalen y ofrecen asidero conveniente al que quiera estudiar el pontificado. Tales fueron Gregorio I (590-604) el Magno, primer monje que llegó a papa, amigo de San Benito; él envió la misión a Inglaterra. Otros papas notables son León III (795-816), que coronó a Carlomagno. Los escandalosos Juan XI (931-936) y Juan XII (955-963) que fué depuesto por el emperador Otón I, y el gran Hildebrando que fué al final de su vida papa Gregorio VII (1073-1085), y que tanto hizo por establecer el

celibato del clero, e insistió en la supremacía de la Iglesia sobre reyes y príncipes, centralizando el poder de aquella en Roma. El papa que siguió a Gregorio VII, con uno intermedio, fué Urbano II (1087-1099), el de la Primera Cruzada. El período que empieza en Gregorio VII y dura siglo y medio, fué el de mayor ambición y esfuerzo por parte de la Iglesia. Existió entonces un verdadero intento sostenido de unificar a toda la cristiandad en una Iglesia purificada y reorganizada.

El establecimiento de reinos latinos en Siria y Tierra Santa, en comunión religiosa con Roma después de la Primera Cruzada, marcan la fase inicial de una conquista de la cristiandad de Oriente por Roma, que llegó a su ápice durante el dominio latino en Constantinopla (1204-1261).

En 1176, en Venecia, el emperador Federico Barbarroja (Federico I), de hinojos ante el papa Alejandro III, reconoció la supremacía espiritual de éste y le juró fidelidad. Pero muerto Alejandro III, en 1181, la debilidad peculiar del papado, su tendencia a incorporarse en hombres ancianos y caducos, hízose manifiesta. Cinco papas vacilaron en Letrán y murieron en el espacio de diez años. Sólo con Inocencio III (1198-1216) llegó otro pontífice vigoroso a tomar en sus manos la gran política de la ciudad de Dios.

Con Inocencio III, el tutor de aquel emperador Federico II, cuya carrera hemos estudiado ya en los apartados diez y doce, con los cinco papas que le siguieron, el pontífice romano fué aproximándose al tipo de monarca de una cristiandad unida como nunca se había aproximado antes ni volvió a aproximarse después. Debilitábase el imperio en disensiones internas; Constantinopla estaba en manos latinas; desde Bulgaria hasta Irlanda y desde Noruega hasta Sicilia y Jerusalén, el papa era la autoridad suprema. Pero esta supremacía era más aparente que real, pues, como hemos visto, al paso que en los tiempos de Urbano II el poderío de la fe era fuerte en toda la Europa cristiana, en los de Inocencio II había perdido su ascendiente sobre los corazones de los príncipes, y la fe y la conciencia del pueblo iba volviéndose contra una Iglesia meramente política y agresiva.

En el siglo XIII, la Iglesia iba extendiendo su poder legal sobre el mundo y perdiendo fuerza en el interior de la conciencia del hombre. Iba volviéndose menos persuasiva y más violenta. No hay hombre inteligente que pueda decir o leer algo acerca de este proceso hacia un fracaso sin sentir impresiones muy complejas. La Iglesia había protegido y formado una nueva Europa durante largas épocas de oscuridad y caos europeo; era la matriz en que se había moldeado la nueva civilización. Pero esta civilización recién formada estaba impelida en su crecimiento por su propia vitalidad inherente, y la Iglesia carecía de suficiente poder de cre-

cimiento y acomodación. Acercábanse los tiempos en que el molde tenía que romperse.

La primera señal relevante de la decadencia de las fuerzas vitales y sustentadores del papado, dejóse ver en cuanto los papas entraron en conflicto con el poderío creciente del rey de Francia. Durante la vida del emperador Federico II, Alemania empezó a desunirse, y el rey de Francia a desempeñar el papel de guardián defensor y rival de los papas, que hasta allí correspondiera a los emperadores Hohenstaufen. Una serie de papas continuó la política de sostener a los monarcas franceses. En los reinos de Sicilia y Nápoles, príncipes franceses habíanse establecido con el apoyo y aprobación de Roma, y los reyes de Francia vieron surgir la posibilidad de restaurar y regir el Imperio de Carlomagno. Sin embargo, cuando llegó a su fin el interregno alemán que siguió a la muerte de Federico II, último de los Hohenstaufen, y Rodolfo de Habsburgo fué elegido el primero de su dinastía (1273), la política de Letrán empezó a vacilar entre Francia y Alemania, cambiando según las simpatías de cada nuevo papa. En Oriente los griegos recobraron en 1261 Constantinopla de manos de los emperadores latinos, y el fundador de la nueva dinastía griega, Miguel Paleólogo, Miguel VIII, después de algunas inconsistentes tentativas de reconciliación con el papa, apartóse de la comunión romana y con esto y la caída de los reinos latinos de Asia, llegó a su fin el ascendiente de los papas en las tierras orientales.

En 1294 fué hecho papa Bonifacio VIII. Era italiano, hostil a los fraceses, y estaba lleno del sentido de las grandes tradiciones y de la misión de Roma. Por algún tiempo rigió los acontecimientos con mano firme; celebró un jubileo el año 1300, y entonces se reunió en Roma una gran muchedumbre de peregrinos. "Tan grande fué la afluencia de dinero al tesoro papal, que dos hombres armados de rastrillos tuvieron ocupación en la colecta de las ofrendas depositadas en el sepulcro de San Pedro" [20]. Pero aquel festival fué un triunfo ilusorio. Más fácil es levantar un grupo de excursionistas que una banda de cruzadas. Bonifacio entró en conflicto con el rey de Francia en 1302, y en 1303, cuando iba a pronunciar sentencia de excomunión contra aquel monarca, fué sorprendido y aprisionado en su mismo palacio familiar de Anagni por Guillermo de Nogaret. Este agente del monarca francés entró a viva fuerza en el palacio, se abrió camino hasta el dormitorio del aterrorizado papa —que estaba tendido en la cama con una cruz entre las manos— y le colmó de amenazas e insultos. El pueblo libertó al otro día o poco después al papa, y

(20) J. H. Robinson.

éste volvió a Roma; pero allí se apoderó de él, haciéndole otra vez prisionero, la familia de los Orsini, y a las pocas semanas el anciano, maltratado y desilusionado, murió en su prisión.

El pueblo de Anagni, resentido ante el primer ultraje, levantóse contra Nogaret para libertar a Bonifacio; pero Anagni era el pueblo natal del papa. Lo que importa señalar es que el rey de Francia, al tratar rudamente a la cabeza de la cristiandad, obraba con plena aprobación de su pueblo, había reunido consejo de los tres Estados de Francia (nobles, iglesia y pueblo) y obtenido su consentimiento para extremar su proceder. En Italia, en Alemania o en Inglaterra no hubo la más leve manifestación general que desaprobase el trato libre que se había dado al Sumo Pontífice. La idea de la cristiandad había caído hasta tal extremo, que ya no tenía fuerza en la mente del hombre.

En todo el siglo XIV, nada hizo el papado por recobrar su preponderancia moral. El papa elegido a continuación, Clemente V, era francés, hechura del rey Felipe de Francia. Nunca fué a Roma. Estableció su corte en la ciudad de Avignon, que no pertenecía a Francia, sino a la Santa Sede, aunque se asentaba en territorio francés, y allí permanecieron sus sucesores hasta 1377, en que el papa Gregorio XI volvió a Roma, al palacio del Vaticano. Pero Gregorio XI no contó con las simpatías de toda la Iglesia. Había muchos cardenales de origen francés, y sus costumbres y amistades tenían profundas raíces en Avignon. Al morir en 1378 Gregorio XI y ser elegido un italiano, Urbano VI, los cardenales disidentes declararon nula la elección y eligieron otro papa, el antipapa Clemente VII. A esta escisión se le llama el Gran Cisma. Los papas permanecieron en Roma, y todas las potencias antifrancesas, el emperador, el rey de Inglaterra, Hungría, Polonia y el Norte de Europa, continuaron siéndoles leales. Los antipapas, por otra parte, siguieron en Avignon sostenidos por el rey de Francia, su aliado el de Escocia, España, Portugal y varios príncipes alemanes. Cada uno de los papas excomulgaba y maldecía a los adictos de su rival. De modo que por un lado o por otro, toda la cristiandad estuvo condenada en este tiempo (1378-1417). El lamentable efecto de esta escisión sobre la solidaridad del cristianismo, es imposible de exagerar. ¿Será maravilla que hombres como Wycliffe se pusieran a enseñar a los hombres a pensar por cuenta propia, cuando la fuente de la verdad se derramaba sobre sí misma? En 1417 tuvo remedio el Gran Cisma en el Concilio de Constanza, aquel mismo Concilio que desenterró y quemó los huesos de Wycliffe, y que, según diremos más adelante, mandó a quemar a Juan Huss; en este Concilio el papa y el antipapa abdicaron o fueron depuestos a la vez, y Martín V

vino a ser papa único de una cristiandad formalmente reunida, pero espiritualmente muy mal afianzada.

No diremos aquí de qué modo el Concilio de Basilea (1437) ocasionó más tarde un nuevo cisma con nuevos antipapas.

Tal es, brevemente contada, la historia de los grandes siglos de ascendiente y decadencia papal. Es la historia de la imposibilidad de realización de una idea nobilísima y espléndida, la de un mundo unificado y religioso. En el apartado anterior hemos hecho ver cuánto dificultó a la Iglesia en esta su ambiciosa aventura la herencia de una compleja teología dogmática. Era demasiada teología y muy escasa religión. Pero no será ocioso señalar aquí cuánto contribuyó también la personal insuficiencia de los papas al fracaso de sus planes y dignidad. No había llegado el mundo a un nivel educativo capaz de producir una serie de cardenales y papas que tuvieran la amplitud de saber y de miras necesarias para la tarea que habían emprendido; no estaban suficientemente educados para su tarea, y sólo algunos por pura fuerza de su genio se sobrepusieron a este defecto. Y, según dijimos, cuando llegaban al poder eran ya demasiado viejos para valerse de él. Los más morían antes de dominar la situación que estaban llamados a regir. Sería interesante calcular hasta dónde se hubiera inclinado la balanza en favor de la Iglesia, si los cardenales se hubiesen retirado a los cincuenta años y nadie hubiera podido ser elegido papa después de los cincuenta y cinco. Con esto, se hubiera alargado el promedio de cada pontificado, acrecentándose enormemente la continuidad de la política en la iglesia. Y quizá hubiera sido posible idear un sistema más perfecto para la selección de los cardenales, que eran los electores y consejeros del papa. Las reglas y los caminos que llevan al poder a los hombres son de importancia grandísima en los asuntos humanos.

La psicología del que manda es ciencia que todavía ha de ser debidamente estudiada. Hemos visto naufragar a la República Romana, y vemos aquí a la Iglesia faltar a su misión en el universo, muy principalmente por lo ineficaz de sus métodos electorales.

XXXIV

EL GRAN IMPERIO DE JENGIS JAN Y SUS SUCESORES

(EDAD DE LAS COMUNICACIONES TERRESTRES)

§ 1. *Asia a fines del siglo XII.*

TÓCANOS hablar ahora de la última y más grande de todas las incursiones del nomadismo contra las civilizaciones de Oriente y Occidente. Hemos venido trazando en esta historia el desenvolvimiento de estas dos modalidades de vida, indicando cómo, a medida que las civilizaciones se extendían y organizaban mejor, las armas, la movilidad y la inteligencia de los nómadas progresaban también. El nómada no era simplemente un hombre incivilizado, sino un hombre especializado a su manera. Desde el comienzo mismo de la historia los pueblos nómadas y sedentarios han estado en constante reacción. Ya hemos hablado de las incursiones semitas y elamitas contra Sumeria, y hemos visto el Imperio Occidental destruído por los nómadas de las grandes llanuras, y Persia conquistada, y Bizancio sacudida en sus cimientos por los nómadas de Arabia. Cada vez que la civilización parece a punto de ser ahogada por las cizañas de la riqueza, la deuda y la esclavitud, cuando su fe parece pudrirse en cinismo y sus facultades de ulterior crecimiento vense inexorablemente extraviadas en el laberinto de fórmulas gastadas y estériles, viene el nómada como un arado a romper el estancamiento y poner al mundo en condiciones de un nuevo comienzo. La agresión mongólica, que comenzó con el siglo XII, fué la mayor y hasta ahora la última, de todas esas destructoras labranzas de la sociedad humana.

De la más absoluta oscuridad pasaron los mongoles súbitamente a la Historia al finalizar el siglo XII. Aparecieron al Norte de China, en el país de origen de los hunos y de los turcos, evidentemente de la misma cepa que éstos. Agrupáronse bajo un jefe, con cuyo nombre no cargaremos la memoria del lector, y durante el reinado de su hijo, Jengis Jan, creció su poderío con extraordinaria rapidez.

El lector tiene ya, sin duda, una idea de la gradual disolución de la unidad originaria del Islam. A comienzos del siglo XIII ha-

bía en el Asia Occidental cierto número de Estados musulmanes separados y discordes. Había Egipto (con Palestina y gran parte de Siria) bajo los sucesores de Saladino; había el reino Selyúcida en Asia Menor; había un califa Abbasida en Bagdad, al Este del cual había crecido un gran imperio, el Imperio Jarismio, de los príncipes turcos de Jiva que habían conquistado algunos principados selyúcidas y reinaban desde el valle del Ganges hasta el Tigris, manteniendo un dominio sumamente precario de las poblaciones indias y persas.

El estado de la civilización china invitaba igualmente a cualquier conquistador hazañoso. La última ojeada que en la presente historia tuvimos de China fué en el siglo VII, durante los años iniciales de la dinastía Tang, cuando aquel sagaz y discreto emperador Tai-tsung se ocupaba en sopesar los respectivos méritos del cristianismo nestoriano, del Islam, del budismo y de las enseñanzas de Lao-Tsé, inclinándose al cabo a la opinión de que Lao-Tsé era tan buen maestro como cualquier otro; y en su lugar describiremos el recibimiento que dispensó al viajero Yuan Chwang. Tai-tsung toleró todas las religiones, pero algunos de sus sucesores emprendieron una implacable persecución de la fe budista, que floreció, sin embargo, a despecho de esas persecuciones, desempeñando sus monasterios un papel en cierto modo análogo al de la organización monástica cristiana en Occidente; es decir, sosteniendo en un comienzo la cultura y retardándola luego. En el siglo X la gran dinastía Tang se encontraba en un estado de extrema decadencia. El acostumbrado proceso degenerativo, a causa de una serie de monarcas sibaritas e incapaces, había tenido lugar, y China encontrábase de nuevo politicamente fragmentada en un número variable de Estados contendientes, "la Epoca de los Diez Estados", época de confusión que duró toda la primera mitad del siglo X. Entonces surgió una dinastía, la Sung Septentrional (960-1127), que estableció una especie de unidad, aunque en constante pugna con varios pueblos hunos del Norte, empeñados en extenderse por la costa oriental abajo. Durante algún tiempo uno de estos pueblos, el khitan, prevaleció; pero en el siglo XII estos pueblos habían sido subyugados y habían dado lugar a otro imperio Huno, el Imperio del Kin, con su capital en Pekín y su frontera meridional al Sur de Hwang-ho. El Imperio Sung retrocedió ante este Imperio Kin. En 1138 la capital fué trasladada de Nanking, que quedaba ahora demasiado cerca de la frontera septentrional, a la ciudad de Hanchau, junto a la costa. De 1127 a 1295 la dinastía Sung es conocida por el nombre de Sung Meridional. Al Noroeste de sus territorios extendíase ahora el imperio tártaro de Asia; el Norte del Imperio Kin, Estados ambos en que la población china se encontraba bajo el cetro de gobernantes



en quienes las tradiciones nómadas eran todavía muy fuertes. De manera que también aquí en el Este las principales comunidades asiáticas se veían bajo el dominio de gobernantes difícilmente compatibles con su espíritu, y dispuestas por tanto, a aceptar, cuando no a dar bienvenida a un conquistador cualquiera.

La India septentrional, como ya indicáramos, era también, a comienzos del siglo XIII, un país conquistado. Al principio fué una parte del Imperio Jivan, pero en 1206 un gobernante aventurero, Kutub, que de esclavo llegara a gobernador de la provincia india, instauró un Estado independiente musulmán del Indostán en Delhi. El brahmanismo había venido desde largo tiempo atrás desalojando el budismo de la India, pero los conversos al Islam eran aún una pequeña minoría gobernante en el país.

Tal era el estado político de Asia cuando Jengis Jan comenzó a consolidar su poder entre las poblaciones nómadas que se extendían desde el lago Balkash al Baikal, a principios del siglo XIII.

§ 2. *Ascensión y victorias de los Mongoles.*

La carrera de conquistas de Jengis Jan y sus sucesores inmediatos asombró al mundo, y probablemente a nadie asombró más que a aquellos mismos Janes mongoles.

Los mongoles eran en el siglo XII una tribu sometida a aquellos Kin que habían conquistado el Nordeste de China, horda de nómadas que vivían en tiendas y subsistían principalmente de carne y de los diferentes productos de la leche de yegua. Sus ocupaciones eran el pastoreo y la caza, aparte de la guerra. Según costumbre de las estepas, dirigíanse hacia el Norte, al derretirse las nieves, en busca de pastos estivales, y hacia el Sur, al acabar el otoño, en busca de pasto para el invierno. Su educación militar comenzó con una insurrección contra los Kin, que alcanzó el mejor éxito. El Imperio de los Kin contaba con los recursos de media China, y en la lucha los mongoles aprendieron mucho de la ciencia militar de los chinos. A fines del siglo XII eran ya una tribu beligerante de calidad excepcional.

Los años iniciales de la carrera de Jengis se emplearon en perfeccionar esta máquina militar, reuniendo a los mongoles y tribus asociadas en un ejército organizado. La primera ampliación considerable de su poderío fué hacia el Oeste, cuando los tártaros kirguises y los uigurs [1] (que eran el pueblo tártaro de la cuen-

---

[1] Los uigurs aparecen por primera vez en el siglo VI, en que eran conocidos por el nombre de los Kao-ku o Carros Altos, una de las dos divisiones principales que hacían los turcos de la Mongolia septentrional y tie-

ca del Tarim), más bien que conquistados fueron inducidos a unirse a su organización. Jengis, entonces, atacó el Imperio Kin y tomó Pekín (1214). El pueblo Khitan, que tan recientemente había sido sometido por los Kin, decidió unir a él su suerte, y realmente le fué de gran ayuda. La población china sedentaria continuó sembrando y cosechando durante este cambio de amos, sin echar su peso de un lado ni de otro.

Ya hemos mencionado el recientísimo Imperio Jarismic del Turquestán, la Persia y el Norte de la India. Este imperio se extendía por el Este hasta Kashgar, y parece haber sido uno de los imperios más adelantados y de más porvenir de aquellos tiempos. Jengis Jan, en tanto que continuaba guerreando contra el Imperio Kin, envió delegados a Jarismia, que fueron prontamente ejecutados; estupidez casi increíble. El gobierno Jarismio, para usar la jerga política de hoy día, había decidido no "reconocer" a Jen-

---

rras que la rodeaban. Su período de grandeza independiente va del año 750 (d. J. C.) al 850, correspondientes con la culminación de la famosa dinastía Tang.

Los uigurs alcanzaron un elevado nivel de cultura, y recientes investigaciones arqueológicas han traído a luz una literatura y arte uigures, de cuyos restos se desprende que el cristianismo, budismo y maniqueísmo eran igualmente practicados en el reino, con la más amplia tolerancia de cultos, aunque el maniqueísmo fuera la religión oficial. Los uigurs eran, sin duda, los más civilizados de todos los vecinos norteños de China, y aunque el reino fuera destruído en 850 por una tribu turca del Norte, los kirguises, no por ello desaparecieron los uigurs de la Historia, y hasta el siglo XV constantemente vemos nacer pequeños principados y estados uigures, y durante todo este período las cancillerías musulmanas emplean profusamente funcionarios uigures, que vienen a desempeñar el mismo papel en los departamentos gubernamentales del Turquestán, que los indios bajo los mogules de Delhi y los bengalís bajo los ingleses en la India actual.

El período de historia oriental que comienza con la aparición de Jengis Jan en el siglo XIII y acaba con la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos, nos cuenta el nacimiento y extinción de un gran número de dinastías turcas en el Asia Central, la India y Persia; y es curioso observar que en la mayoría de los casos estas dinastías fueron fundadas por hombres que comenzaron la vida como esclavos. En un manuscrito persa inédito del siglo XIII puede leerse la siguiente curiosa mención de los turcos:

"Sabido es comúnmente que todas las razas y clases, mientras permanecen entre su propia gente, son simplemente una tribu entre otras tantas tribus, y no gozan de fuerza especial ni privilegio alguno. Pero en cuanto abandonan su propio país y van a una comarca musulmana (mientras más lejanos de sus propios hogares y parientes, en más son evaluados y apreciados) tórnanse emires y generales en jefe. Ahora bien, desde los días de Adán hasta los días presentes, ningún esclavo comprado en el mercado ha llegado a rey como no sea entre los turcos; y entre las máximas o decires de Afrasiab, rey de los turcos y varón doctísimo y prudente, está aquella que dice que el turco es como una perla en su concha en el fondo del mar, que sólo cobra valor cuando sale del mar y adorna la diadema de los reyes y las orejas de las novias". — D. R.



gis Jan, y no se le ocurrió otra medida mejor contra él que esta matanza de sus enviados. Inmediatamente (1218) las grandes huestes de caballería que Jengis Jan había consolidado y disciplinado, invadieron el Turkestán. Iban bien armados, y probablemente disponían de algunos cañones y de pólvora —pues los chinos es seguro que ya conocían y usaban la pólvora en aquel tiempo, y los mongoles aprendieron su uso de ellos—. Kashgar, Khokand, Bujara, y luego Samarcanda, capital del Imperio Jarismio, cayeron en poder del invasor. Después abandonando los territorios jarismios, los mongoles se dirigieron hacia el Oeste en dirección al Caspio, y hacia el Sur, hasta llegar a Lahore. Al Norte del Caspio un ejército mongol se encontró con fuerzas rusas provenientes de Kief. Hubo una serie de batallas en que las armas rusas fueron al fin derrotadas y el Gran Duque de Kief cogido prisionero. Así fué como los mongoles aparecieron en las costas septentrionales del Mar Negro, apoderándose el pánico de Constantinopla, que se dedicó afanosamente a reconstruir sus fortificaciones. Mientras tanto, otros ejércitos ocupábanse en la conquista del Imperio de los Hsia en China, que fué anexionado, permaneciendo solo sin someter la parte meridional del Imperio Kin. En 1227, Jengis Jan murió, a mitad de su carrera triunfal. Su imperio alcanzaba ya desde las orillas del Pacífico a las riberas del Dnieper, y todavía parecía con fuerzas para acrecentarse.

Como todos los imperios fundados por los nómadas, era un imperio puramente militar y administrativo, una armazón más bien

que un régimen. Todo él descansaba y se concentraba en la personalidad del monarca, y sus relaciones con la masa gobernada eran simplemente la de tributación para el mantenimiento de la horda. Pero Jengis Jan había llamado en su ayuda a un administrador experimentado y habilísimo del Imperio Kin, versado en todas las tradiciones y ciencias de los chinos. Este estadista, Ye-liu Chussai, consiguió llevar adelante el gobierno de los mongoles durante largo tiempo después de la muerte de Jengis Jan; e indudablemente podemos considerarle como uno de los grandes héroes políticos de la Historia. El templó la bárbara ferocidad de sus amos, y salvó de la destrucción innumerables ciudades y obras de arte. Coleccionó archivos e inscripciones, y cuando fué acusado de corrupción, encontróse que su única riqueza consistía en documentos y en unos cuantos instrumentos de música. Y a él, acaso tanto como a Jengis, deba atribuirse la eficiencia de la máquina militar mongólica. Y no debemos dejar de señalar que, bajo el reinado de Jengis, encontramos la más amplia tolerancia religiosa, de un extremo a otro de Asia.

A la muerte de Jengis, la capital del nuevo imperio continuaba aún en la gran ciudad bárbara de Karakorun, en Mongolia. En ella, una asamblea de caudillos, mongoles, eligió a Ogdai Jan, el hijo de Jengis, como sucesor de éste. La guerra contra lo que quedaba del Imperio Kin fué proseguida hasta que aquél quedó completamente sometido (1234). El Imperio Chino del Sur, bajo la dinastía Sung, ayudó a los mongoles en su tarea destruyendo así su propio baluarte contra los universales conquistadores. Las huestes mongólicas precipitáronse luego, a través de Asia, contra Rusia (1235), marcha verdaderamente asombrosa. Kief fué destruída en 1240 y casi toda Rusia quedó tributaria de los mongoles. Polonia fué devastada, y un ejército mixto de polacos y germanos fué aniquilado en la batalla de Liegnitz, Silesia Inferior (1241). El emperador Federico II no parece haber hecho grandes esfuerzos para contener esta marea que avanzaba.

"Hasta hace poco —dice Bury en sus notas de la *Decadencia y Caída del Imperio Romano*, de Gibbon— no ha empezado la historia de Europa a comprender que los éxitos del ejército mongol, que sumergió Polonia y ocupó Hungría en la primavera de 1241, fueron ganados merced a una consumada estrategia, y no debidos a una simple y abrumadora superioridad numérica. Pero este hecho aún no ha pasado al dominio público, y todavía prevalece la opinión vulgar que representa a los tártaros como una horda salvaje inundándolo todo con su inmensa muchedumbre y galopando a través de la Europa oriental sin ningún plan estratégico, derribando y superando todos los obstáculos por su simple peso...

"Era maravilloso lo puntual y eficazmente que se llevaban a cabo las disposiciones del general en jefe en operaciones que se extendían desde el Vístula Inferior hasta la Transilvania. Una campaña semejante rebasaba la capacidad de todos los ejércitos europeos de la época, como también la visión de cualquier general en Europa, de Federico II, abajo, que no fuese un novato en estrategia comparado con Subutay. También debe advertirse que los mongoles se embarcaron en la empresa con pleno conocimiento de la situación política de Hungría y del estado de Polonia, habiendo cuidado de informarse por medio de un sistema bien organizado de espionaje. En cambio, los húngaros y demás potencias cristianas apenas sabían nada de sus enemigos".

Pero aunque los mongoles quedaron victoriosos en Liegnitz, no continuaron su marcha hacia el Oeste. Entraban ya en países montañosos y de bosques, pocos adecuados a su táctica; de manera que volviendo hacia el Sur se dispusieron a afincarse en Hungría, asimilándose o pasando a cuchillo a los magyares, del mismo modo que éstos se habían previamente asimilado y pasado a cuchillo a los escitas, ávaros y hunos mezclados. Desde la planicie húngara probablemente habrían hecho incursiones al Este y al Sur, como los húngaros habían hecho en el siglo IX, los avares en el VII y VIII, y los hunos en el V. Pero en Asia los mongoles hallábanse ocupados en una empeñada guerra de conquista contra los Sung, y en incursiones por Persia y el Asia Menor; Ogdai murió súbitamente, y en 1242 produjéronse disturbios respecto a la sucesión y, a causa de ello, las huestes invencidas de los mongoles comenzaron a dar la vuelta, a través de Hungría y Rumania, hacia Oriente.

Para gran alivio de Europa, los disturbios dinásticos en Karakorun duraron varios años, y este vasto imperio, de fundación tan reciente, empezó a dar señales de disgregación. Mangu Jan llegó a Gran Jan en 1251, y nombró a su hermano Kublay Jan gobernador general de China. Lenta, pero seguramente, todo el Imperio Sung iba siendo subyugado, y, al serlo, los mongoles orientales iban haciéndose cada vez más chinos en su cultura y en sus métodos. El Tibet fué invadido y devastado por Mangu, y Persia y Siria corrieron la misma suerte. Otro hermano de Mangú, Hulagu, fué el jefe y caudillo de esta última guerra. Volviendo sus armas contra el califato, capturó Bagdad, cuya población pasó enteramente a cuchillo. Bagdad era todavía la capital religiosa del Islam, y los mongoles se habían convertido en enemigos acérrimos de los musulmanes. Esta hostilidad exacerbó la natural discordia entre el nómada y el hombre de la ciudad. En 1259 murió Mangu, y en 1260 —pues se tardó casi un año en poder reunir a los caudillos y jefes mongoles de un extremo a

otro del vastísimo Imperio, que correspondía desde Hungría hasta China— Kublay fué elegido Gran Jan. Kublay, que se interesaba profundamente en los destinos de China, trasladó su capital de Karakorun a Pekín; y Persia, Siria y el Asia Menor quedaron virtualmente independientes, bajo el cetro de su hermano Hulagu; en tanto que las hordas mongólicas de Rusia y de Asia lindante con Rusia y de varios grupos mongólicos más pequeños del Turkestán, quedaron también, de hecho, autónomos. Kublay murió en 1294, y con su muerte, hasta la supremacía titular de Gran Jan desapareció.

A la muerte de Kublay había un Imperio mongólico principal, con Pekín como capital, que comprendía toda la China y la Mongolia; había un segundo gran Imperio mongólico, el de Kipchak, en Rusia; había un tercero en Persia, fundado por Hulagu, el Imperio Iljan, del que los turcos selyúcidas del Asia Menor eran tributarios; había un Estado siberiano entre Kipchak y Mongolia; y otro Estado separado, "la Turquía Grande", en el Turkestán. Es digno de particular mención que la India, más allá del Punjab, no fuese invadida por los mongoles durante este período, y que un ejército al mando del Sultán de Egipto derrotase por completo a Ketboga, general de Hulagu, en Palestina (1260), impidiéndole entrar en Africa. En 1260, el impulso de la conquista mongólica ya había rebasado su cenit. De allí en adelante, la historia de los mongoles es una historia de discordia y decadencia.

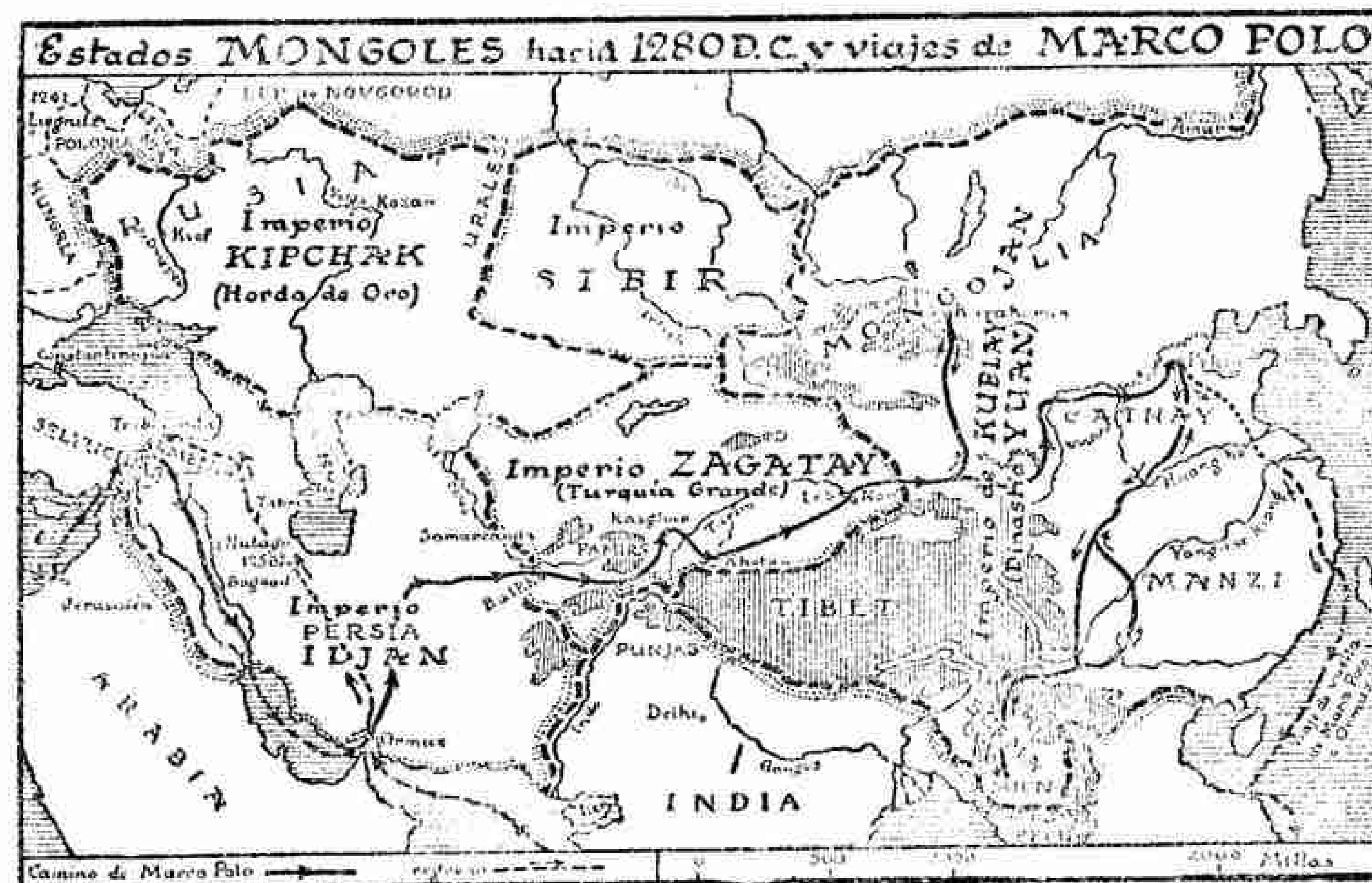
La dinastía mongólica que Kublay Jan fundara en China, la dinastía Yuan, duró de 1280 a 1368. Mas tarde, una recrudescencia de la energía mongólica en el Asia Occidental estaba destinada a crear una monarquía aún más duradera en la India.

§ 3. *Los viajes de Marco Polo.*

Esta epopeya de las conquistas mongólicas es seguramente la más asombrosa que registra la Historia. Las conquistas de Alejandro Magno no pueden compararse con ellas en extensión. Y su efecto, difundiendo y ensanchando las ideas, aunque esto sea más difícil de evaluar, es, cuando menos comparable a la propagación de la cultura helénica, que generalmente va asociada con la gesta de Alejandro. Durante algún tiempo toda el Asia y la Europa Occidental gozaron de un franco intercambio; todos los caminos estaban, temporalmente, abiertos, y en la corte de Karakorun aparecieron representantes de todas las naciones. Las barreras entre Europa y Asia levantadas por el pleito religioso de la Cristiandad y el Islam quedaron allanadas, y el Papado comenzó a alimentar grandes esperanzas respecto a la conversión de los mongoles al cristianismo. La única religión de éstos hasta

entonces había sido el chamanismo, forma de paganismo primitivo. Legados del Papa, sacerdotes budistas de la India, artífices chinos, paricienses e italianos, mercaderes bizantinos y armenios, codeábanse en la corte mongola con funcionarios árabes y astrónomos y matemáticos indios y persas. Realmente, la Historia nos ha informado en demasía de las campañas y matanzas de los mongoles, y no lo bastante de su indudable curiosidad y afición a la cultura. Si no como pueblo originario, al menos como transmisores de cultura y de disciplina, su influencia en la historia del mundo ha sido enorme. Y todo lo que sabemos de las un tanto vagas y románticas personalidades de Jengis o Kublay, tiende a confirmar la impresión de que estos hombres eran de una mayor envergadura, y monarcas tan comprensivos y creadores, por lo menos, como aquella flamígera pero egotística figura de Alejandro, o aquel evocador de espectros políticos, teólogo enérgico y analfabeto, que se llamó Carlomagno.

Las empresas catequistas de la Santa Sede en Mongolia acabaron en un fracaso. El cristianismo iba perdiendo su poder de persuasión. Los mongoles no tenían prejuicio alguno contra el cristianismo; en un principio hasta lo prefirieron al Islam; pero las misiones que venían a ellos usaban y abusaban manifiestamente de la fuerza que residía en las grandes enseñanzas de Jesús para insinuar y sostener las pretensiones del Pontificado al dominio del mundo. Un cristianismo tan viciado no podía convenir a la mentalidad mongola. Hacer del imperio de los mongoles una provincia del reino de Dios aún podría haberles seducido; pero en manera alguna podía atraerles la idea de convertirlo en feudo de curas franceses e italianos, cuyas pretensiones eran tan gigantescas como endebles sus fuerzas y sus capacidades mentales; personajes que tan pronto eran hechura del emperador de Alemania como secuaces del rey de Francia, y víctimas siempre de sus propias mezquinas vanidades y rencores. En 1269, Kublay Jan envió una misión al Papa con la intención evidente de encontrar algún modo común de acción respecto a la cristiandad de Occidente. Pedía aquél que le fuesen enviados a su corte, a fin de establecer una mutua inteligencia, un centenar de hombres doctos y experimentados. Sus delegados encontraron el mundo occidental sin pontífice, y sumido en una de aquellas disputas, respecto a la sucesión del trono de San Pedro, que tan frecuentes son en la historia del papado. Durante dos años estuvo sin pontífice la Santa Sede. Cuando al fin fué elegido papa, éste envió dos frailes dominicanos para convertir al imperio más grande de Asia. Aquellos dignos varones se sintieron desmayar ante la duración y penalidades del viaje, y no les fué difícil encontrar excusa para abandonar la expedición.



Pero esta misión abortada fué sólo una de tantas tentativas de comunicación como se llevaron a cabo: tentativas condenadas de antemano al fracaso, desprovistas por completo de aquel fuego conquistador que animaba a las primeras misiones cristianas. Inocencio IV ya había enviado algunos dominicos a Karakorun, y San Luis de Francia también había despachado misioneros y reliquias por vía de Persia. Mangu Jan tenía una porción de cristianos nestorianos en su corte, y otros legados pontificios llegaron debidamente a Pekín. Sabemos del nombramiento de varios legados y obispos para Oriente; pero algunos de ellos parecen haberse extraviado, y acaso también perdido la vida antes de llegar a China. En 1346 hubo un legado pontificio en Pekín; pero es probable que no pasara de ser un simple diplomático papal. Con la caída de la dinastía Yuan (1368), la menguante oportunidad de las misiones cristianas pasó por completo. La casa de Yuan fué seguida por la de Ming, dinastía china marcadamente nacionalista, en un comienzo muy hostil a todos los extranjeros. Es posible que por entonces hubiese una matanza de misioneros cristianos. Hasta los últimos días de los Ming (1644), poco más vuelve a oírse hablar en China del cristianismo, tanto nestoriano como católico. Entonces, un nuevo y más afortunado intento para propagar el catolicismo en China fué llevado a cabo por los jesuitas; pero esta segunda ola misionaria llegó a China por vía marítima.

En el año 1298 tuvo lugar una batalla naval entre los genoveses y los venecianos, en la que estos últimos fueron vencidos. Entre los siete mil prisioneros cogidos por los genoveses, encontrábase un hidalgo veneciano llamado Marco Polo, que había sido gran viajero y, en opinión general de sus conciudadanos, un tanto inclinado a la exageración. Este Marco Polo había tomado parte en la primera misión a Kublay Jan, siguiendo adelante cuando los dos dominicos volvieron pies atrás. Mientras prisioneros en Génova, le dió por distraer su tedio hablando de sus viajes a un cierto escritor, su compañero de cárcel, llamado Rusticiano, que fué escribiéndolos a su dictado. No entraremos aquí en la debatida cuestión sobre la exacta autenticidad de la historia de Rusticiano, ya que ni aun sabemos con seguridad en qué idioma fué escrita; pero es indudable la veracidad general de esta sorprendente narración, que se hizo popularísima durante los siglos XIV y XV entre todos los hombres de inteligencia activa. *Los viajes de Marco Polo* es uno de los grandes libros de la Historia. Abre este mundo del siglo XIII, el siglo que vió el reinado de Federico II y los comienzos de la Inquisición, a nuestra fantasía como ninguna simple crónica de historiador podría hacerlo. Y hay que tener en cuenta que este libro condujo directamente al descubrimiento de América.

Comienza contándonos el viaje del padre y del tío de Marco, Nicolo y Maffeo Polo, a China. Ambos eran mercaderes venecianos de cierto fuste, residentes en Constantinopla, de donde, allá por el 1260, pasaron a Crimea y de allí a Kazán. Desde esta ciudad fueron a Bujara, donde tropezaron con una partida de mensajeros que enviaba desde China Kublay Jan a su hermano Hulagu en Persia. Estos enviados les instaron a que siguiesen hasta la corte del Gran Jan, que aún no había visto representante alguno de los pueblos "latinos". Siguiendo el consejo, continuaron viaje; y parece que hicieron una impresión sumamente favorable en Kublay, logrando interesarle en extremo en la civilización de la cristiandad. Y a ellos los hizo portadores Kublay de aquella petición, a que anteriormente aludimos, de un centenar de maestros y hombres doctos, "varones inteligentes, sabedores de las Siete Artes, capaces de entrar en controversia y de demostrar claramente a los idólatras y otras suertes de hombres que la Ley de Cristo era la mejor". Pero cuando los Polo volvieron, la cristiandad se encontraba en un momento de confusión, sólo después de una demora de dos años consiguieron la autorización de retornar a China en compañía de aquellos dos apocados dominicos. Afortunadamente, llevaban también consigo al joven Marco, y a su presencia y al hastío de su subsiguiente cautividad en Génova se debe que nos haya sido conservada esta interesantísima experiencia.

Los tres Polo partieron por vía de Palestina, y no de Crimea, como en la anterior expedición. Llevaban consigo una tableta de oro y otras indicaciones del Gran Jan, que debían facilitarle grandemente el viaje. El Gran Jan les había pedido un poco de aceite de la lámpara que arde en el Santo Sepulcro de Jerusalén; de modo que allí fueron primero, y luego, por vía de Cilicia, pasaron a Armenia, subiendo tan al Norte a causa de las incursiones que a la sazón realizaba el Sultán de Egipto contra los dominios de Iljan. De allí fueron atravesando Mesopotamia, a Ormuz, a orillas del Golfo Pérsico, como si hubieran tenido intención de embarcarse. En Ormuz se encontraron con mercaderes de la India. Por una u otra razón no se embarcaron, volviendo, en cambio, hacia el Norte, a través de los desiertos pérsicos, y así, por vía de Balkh, llegaron a Kashgar, y por Kotan y el Lob Nor (siguiendo así las huellas de Yuan Chwang) al valle de Hwangho, y más tarde a Pekín. Polo llama a Pekín: "Cambulac"; a la China Septentrional: "Cathay" (= Khitan); y a la China Meridional: "Manzi", por la primera dinastía Sung. En Pekín estaba el Gran Jan, que los recibió muy hospitalariamente. Marco, en particular, fué muy del agrado del Kublay; era joven e inteligente, y parece indudable que llegó a un completo dominio del idioma tártaro. Le fué concedido un alto puesto oficial y desempeñó diversas misiones, principalmente al Sudoeste de China. El relato de vastas extensiones de terreno próspero y sonriente, "todo él sembrado de excelentes hosterías para los viajeros", de "multitud de abadías" de monjes budistas, de manufacturas de "tela de seda y oro y finos tafetanes", de una "constante sucesión de ciudades y burgos", etc., etc., comenzó suscitando la incredulidad y acabó encendiendo la imaginación de toda Europa. Contó de Birmania, y de sus grandes ejércitos con centenares de elefantes, y cómo estos animales fueron derrotados por los arqueros mongoles; y también de la conquista mongólica de Pegu. Contó del Japón, exagerando grandemente el oro que se encuentra en este país. Y, lo que es aún más maravilloso, habló de los cristianos y de los gobernantes cristianos de China; y de un cierto *Preste Juan*, que era rey de un pueblo cristiano. A éstos él no los había visto, y aparentemente, si es que alguna vez existieron, debieron ser una tribu mongólica de tártaros nestorianos. Un comprensible sentimiento hizo, sin duda, a Rusticiano dar más importancia de la debida a lo que debió ser para él lo más extraño y maravilloso de todo el cuento, y no tardó el Preste Juan en convertirse en una de la leyendas más conspicuas de los siglos XIV y XV. Cosa que nada tiene de

extraordinaria, si se piensa en cómo la idea de que, allá lejos, en China, había una comunidad de correligionarios, dispuestos, sin duda, a acoger y ayudar a sus hermanos de Europa, debía servir de acicate al espíritu de aventura europeo. Durante tres años Marco fué gobernador de la ciudad de Yan-Chau, y es muy probable que diese a los habitantes chinos la impresión de ser menos extranjero que cualquier tártaro les habría sido. También quizás fué enviado con una misión a la India. Los registros chinos mencionan a un cierto Polo, afecto al Consejo Imperial en 1277; valiosísima confirmación de la general veracidad que campea en la historia de Marco.

Los Polo habían tardado unos tres años y medio en llegar a China, donde estuvieron más de diez y seis, a cuyo término empezaron a sentir la añoranza de la patria. Siendo como eran protegidos de Kublay, es posible que se diesen cuenta de las envidias que el favor de éste suscitaba contra ellos y acaso temieran algún desagradable resultado a su muerte. El caso es que le pidieron su venia para regresar a Europa, permiso que les fué negado durante algún tiempo, hasta que al cabo presentóse una oportunidad. Argón, monarca iljan de Persia, nieto de Hulagu, el hermano de Kublay, había perdido a su esposa mongola, junto a cuyo lecho de muerte había jurado no casarse sino con otra mujer mongola de la misma tribu que la difunta. Consecuente con ello, había enviado embajadores a Pekín, y una princesita de diez y siete años le había sido adjudicada. Para evitar a ésta las fatigas de un largo viaje en caravana, se decidió enviarla por mar con la debida escolta. Los nobles a quienes fuera confiada pidieron la compañía de los Polo, por ser estos viajeros experimentados y prudentes varones, y no hay que decir que los Polo se apresuraron a aprovechar esta oportunidad de volver a su patria. La expedición se hizo a la vela desde un puerto del Este de la China Meridional, demorándose largo tiempo en Sumatra y en el Sur de la India, y llegaron a Persia al cabo de un viaje de dos años. Entregaron a la damisela, sana y salva, al hijo y sucesor de Argón —pues Argón había muerto—, quien no tardó en desposarla. Los Polo continuaron luego por Tabriz hasta Trebisonda, de donde embarcaron para Constantinopla, llegando por fin a Venecia en el 1295; contándose que a los viajeros, vestidos con la indumentaria tartárica, les fué negada la entrada en su propia casa, tardándose bastante antes de que pudieran probar satisfactoriamente su identidad. Muchos, que admitían ya ésta, continuaban mirando con recelo a los harapientos viajeros, quienes, a fin de disipar dudas, dieron una gran fiesta, durante la cual, en lo más culminante de ella, hiciéronse traer sus viejas vestiduras, y despidiendo a los criados, desgarraron aquellas ropas, que dejaron caer en cascada, ante los ojos deslumbrados de los asistentes, una increíble copia de "rubíes, zafiros, carbunclos, esmeraldas y diamantes". Pero aun después de esto, las noticias de Marco sobre la extensión y población de China fueron recibidas con encubierta burla. Los ingeniosos, que en ninguna parte faltan, pusiéronle el remoquete de *il Milione*, a causa de los millones de gentes y millones de ducados de que siempre estaba hablando.

Tal era la historia que dejara boquiabierta primero a Venecia y luego a Europa entera. La literatura occidental, y especialmente la romancesca europea del siglo XV, resuena con los nombres de la historia de Marco Polo: el Cathay, Cambulac, etc., etc.

§ 4. *Los Turcos Otomanos y Constantinopla.*

Estos viajes de Marco Polo fueron solamente el comienzo de un gran movimiento de intercambio, que debía traer a Europa una porción de ideas y cosas revolucionarias, tales como el uso extensivo y creciente del papel, el de la pólvora en la guerra, y el compás marino, que debía permitir a las naves europeas otra navegación que la costera. La imaginación popular ha propendido siempre a atribuir tan sorprendentes resultados a Marco Polo, que se ha convertido así en el tipo y símbolo de tales relaciones intercontinentales, pero, en realidad, no hay la menor evidencia de que tuviese parte alguna en aquellas tres importaciones. Sin duda hubo varios Marco Polo que nunca encontraron sus Rusticianos, y cuyos nombres no ha conservado la Historia. Antes de pasar a describir el vasto ensanchamiento de los horizontes mentales de Europa que ahora comenzaba, y al que este libro de viajes debía contribuir eficazmente, convendrá anotar una curiosa consecuencia secundaria de las grandes conquistas mongólicas, a saber: la aparición de los turcos otomanos en los Dardanelos, y a continuación indicar en términos generales el fraccionamiento y desarrollo de las diversas partes del Imperio de Jengis Jan.

Los turcos otomanos eran una banda de fugitivos que huyó hacia el Sudoeste antes de la primera invasión del Turkestán Occidental por Jengis. Viajando desde el Asia Central, a través de desiertos, montañas y poblaciones extranjeras, buscaban nuevas tierras en que poder asentarse. "Cuadrilla de pastores —dice Sir Mark Sykes—, vagando sin freno a través de cruzadas y contracruzadas, principados, Imperios y Estados. Dónde acampaban, cómo movían y preservaban sus rebaños y manadas, dónde encontraban pastos, cómo conseguían hacer sus paces con los diversos jefes a través de cuyos territorios pasaban, son cuestiones bien difíciles de resolver".



Al fin encontraron un lugar de arribo y vecinos congéneres en las mesetas del Asia Menor, entre los turcos selyúcidas. La mayor parte de este país, la moderna Anatolia, era entonces casi toda turca en idioma y musulmana de religión, excepto la masa considerable de griegos, judíos y armenios que vivían en las ciudades. Sin duda, los diversos fermentos de hititas, frigios, troyanos, lidios, jonios, cimerios, gálatas e itálicos (de los tiempos de Pérgamo) todavía corrían por la sangre del pueblo, pero hacía ya largo tiempo que éste olvidara aquellos elementos ancestrales, siendo en realidad del mismo linaje de antiguos mediterráneos, arios nórdicos, semitas y mongoles que los habitantes de la Península balcánica, pero creyéndose, no obstante, de pura raza turania y muy superiores a los cristianos del otro lado del Bósforo.

Paulatinamente, los turcos otomanos fueron creciendo en importancia, hasta predominar por último entre los pequeños principados en que el Imperio selyúcida, el Imperio de "Rum", se había subdividido. Sus relaciones con el vacilante Imperio de Constantinopla fueron durante varios siglos una alternativa de hostilidad y tolerancia. No realizaron ningún ataque sobre el Bósforo, pero pusieron pie en los Dardanelos, y siguiendo esta ruta, la ruta de Jerjes y no la de Darío, se adentraron con paso seguro en Macedonio, el Epiro, Iliria, Yugo-Eslavia y Bulgaria. En los servios (yugo-eslavos) y búlgaros, los turcos encontraron un pueblo muy semejante a ellos en cultura y, aunque ni unos ni otros querían reconocerlo, probablemente muy afines en compuesto racial, con un



poco menos del fermento mediterráneo y mongólico que los turcos y un adarme más de elemento nórdico. Pero estos pueblos balcánicos eran cristianos, y sumamente hostiles unos a otros. Los turcos, en cambio, hablaban un mismo idioma, tenían un mayor sentido de unidad, hábitos musulmanes de temperancia y frugalidad y, en conjunto, eran mejores soldados. Convirtieron al Islam a cuantos les fué posible de las poblaciones conquistadas, y los cristianos, desarmados e impotentes, no tuvieron más remedio que quedarse en tributarios. Gradualmente, los príncipes otómanos fueron consolidando un Imperio que llegaba desde las montañas del Tauro en el Este hasta Hungría y Rumania en el Oeste, con Adrianópolis como ciudad principal, rodeando así por todos lados al declinante Imperio Bizantino.

Los otomanos organizaron una fuerza militar permanente; los Genízaros, más o menos sobre el patrón de los Mamelucos que dominaban Egipto. "Estas tropas fueron formadas con levas de mozos cristianos en número de un millar por año, que fueron afiliados a la orden Bektachi de derviches, y aunque en un principio no se vieron obligados a abrazar el islamismo, eran todos fuertemente imbuídos de las ideas místicas de la confraternidad que servían. Bien pagados, bien disciplinados, sociedad secreta cerrada y

celosa, los genízaros proporcionaban al recién formado Estado Otomano un patriótico ejército de infantería, que, en una edad de caballería ligera y de venales compañías de mercenarios, constituía un inestimable apoyo...

"Las relaciones entre los sultanes otomanos y los emperadores bizantinos han sido únicas en los anales de los Estados musulmanes y cristianos. Los turcos se habían visto envueltos en las querellas familiares y dinásticas de la ciudad imperial, encontrábanse ligados por vínculos de consanguinidad a las familias gobernantes, con frecuencia suministraban tropas para la defensa de Constantinopla, y en más de una ocasión les alquilaron fuerzas de sus guarniciones para asistirles en sus diversas campañas. Pero aunque los hijos del emperador y de los hombres de Estado bizantinos solían acompañar a los ejércitos turcos en los campos de batalla, los otomanos no por eso cesaban de anexionarse ciudades y territorios, tanto en Asia como en Tracia. Estas curiosas relaciones entre la casa de Osmán y el gobierno imperial tenían una profunda influencia en ambas instituciones; los griegos cada vez se desmoralizaban y prostituían más con los ardides y subterfugios a que su debilidad militar les obligaba respecto a sus vecinos, en tanto que los turcos iban siendo poco a poco corrompidos por la atmósfera extranjera de intriga y traición que se insinuaba en su vida doméstica. El fratricidio y el parricidio, los dos crímenes que con más frecuencia mancillaban los anales del palacio imperial, entraron a formar parte de la política de la dinastía otomana. Uno de los hijos de Murad I se aventuró en una intriga con Andrónico, hijo del Emperador bizantino, que tenía por objeto asesinar a los respectivos padres...

"Los bizantinos encontraron más fácil negociar con el Bajá otomano que con el Papa. Durante años, turcos y bizantinos habían mantenido íntimas relaciones, casándose entre sí y aventurándose juntos por extraños senderos diplomáticos. El Otomano había empleado al Búlgaro y al Servio de Europa contra el Emperador, lo mismo que el Emperador había empleado al Emir de Asia contra el Sultán; y los príncipes griegos y turcos habían mutuamente convenido guardar a los rivales de cada uno como prisioneros y rehenes. En suma, que la política turca y bizantina aparece de tal modo entrelazada, que es difícil decidir si los turcos consideraban a los griegos como aliados, enemigos o vasallos, y si los griegos consideraban a los turcos como tiranos, destructores o protectores..." [2].

Fué en 1453, bajo el Sultán otomano Mohamed II, cuando Constantinopla cayó, al fin, en manos de los musulmanes, atacada

(2) Sir Mark Sykes: *The Caliphs' Last Heritage.* ("La Ultima Herencia de los Califas").

desde el lado de Europa, con grandes fuerzas de artillería. El Emperador bizantino pereció en la acción, y hubo grandes matanzas y pillajes. La iglesia de Santa Sofía, edificada por Justiniano el Grande, en 532, fué saqueada de sus tesoros y convertida *ipso facto* en mezquita. Este acontecimiento levantó una marejada de emoción en toda Europa, y hasta se pensó en organizar una cruzada; pero los días de las cruzadas habían pasado ya definitivamente.

Dice Sir Mark Sykes: "Para los turcos la captura de Constantinopla fué una suprema hazaña, y, sin embargo, un golpe fatal. Constantinopla había sido el mentor de los turcos. Mientras los otomanos pudieron sacar ciencia, cultura, filosofía, arte y tolerancia de una fuente viva de civilización, situada en el corazón de los dominios, habían tenido los otomanos, no sólo fuerza bruta, sino potencia intelectual. Mientras el imperio otomano tuvo en Constantinopla un puerto libre, un mercado, un centro de finanzas mundiales, una Bolsa, no habían carecido nunca los otomanos de dinero ni de apoyo económico. Mohamed fué un gran estadista, y desde el momento que entró en Constantinopla se esforzó en remediar el daño que su ambición había causado, sosteniendo al patriarca, conciliando a los griegos, haciendo cuanto estaba en su mano para que Constantinopla continuase siendo la ciudad de los Emperadores... Pero el paso fatal había sido dado. Constantinopla como ciudad de los Sultanes, dejó de ser Constantinopla; los mercados murieron, el centro de finanzas desapareció, la cultura y la civilización no tardaron en refluir. En suma, los turcos habían perdido a la vez sus directores y su sostén. En cambio, la corrupción y podredumbre de Bizancio siguieron las mismas: la burocracia, los eunucos, la guardia palatina, los espías, los sobornadores, los correveidiles... todo esto sí sobrevivió y floreció magníficamente entre los otomanos. Los turcos, apoderándose de Estambul, habían perdido un tesoro y ganado una peste..."

La ambición de Mohamed no quedó saciada con la captura de Constantinopla, sino que también puso los ojos sobre Roma. Capturó y saqueó la ciudad italiana de Otranto, y es probable que sólo su muerte (1481) impidió una vigorosa y acaso afortunada tentativa de conquista de Italia; y decimos afortunada teniendo en cuenta el estado de división intestina en que se encontraba a la sazón Italia. Los hijos de Mohamed lanzáronse a la muerte del padre, a una lucha fratricida. Bajo Bayaceto II (1481-1512), sucesor de Mohamed, llevaron los turcos la guerra a Polonia, y la mayor parte de Grecia fué conquistada. Selim (1512-1520), hijo de Bayaceto, extendió el poderío otomano a Armenia y conquistó Egipto. En Egipto vivía el último califa Abbasida bajo la protección del sultán Mameluco, pues el califato Fatimita era ya una cosa del pasado. Selim compró el título de Califa

a este último Abbasida degenerado y adquirió el sagrado estandarte y las demás reliquias del Profeta; de manera que el Sultán otomano convirtióse también en Califa de todo el Islam. A Selim sucedió Solimán el Magnífico (1520-1566), que conquistó Bagdad en Oriente y la mayor parte de Hungría en Occidente y estuvo a punto de tomar Viena. Su flota tomó también Argel e infligió una porción de reveses a los venecianos. En la mayoría de sus guerras contra el Imperio, estuvo aliado con los franceses. Bajo su reinado el poderío otomano alcanzó su cenit.

§ 5. *Por qué los Mongoles no fueron cristianizados.*

Echemos ahora un rápido vistazo al subsiguiente desenvolvimiento de los principales núcleos del imperio del Gran Jan. Ni en un solo caso logró el cristianismo captar la imaginación de aquellos Estados mongoles. Atravesaba el cristianismo una fase de insolvencia moral e intelectual, sin un asomo de fe, energía ni honor colectivos. Ya hemos hablado de la miseria pareja de los dominicos timoratos que envió el Papa en respuesta a la demanda de Kublay Jan, y hemos anotado el fracaso general de las misiones enviadas por vía terrestre durante los siglos XIII y XIV. Aquella apostólica pasión, capaz de ganar pueblos enteros al Reino de los Cielos, se había apagado en la Iglesia.

En 1305, como ya dijimos, el Papa quedó reducido al papel de pontífice vasallo del rey de Francia. Toda la política y astucia de los Papas durante el siglo XIII para desalojar de Italia al emperador alemán, sólo había servido para reemplazarlo por el rey francés. De 1305 a 1377, los Papas permanecieron en Avignon: y los levísimos esfuerzos misionarios que llevaron a cabo eran simplemente parte de la estrategia política de la Europa occidental. En 1377 el Papa Gregorio XI consiguió realmente reintegrarse a Roma y morir allí; pero los cardenales franceses iniciaron un movimiento de secesión en el conclave subsiguiente, y el resultado fué que hubo dos Papas, uno en Avignon y otro en Roma. Esta escisión conocida por el Gran Cisma, duró de 1378 a 1418. Cada Papa anatematizó al otro y lanzó edicto de excomunión contra todos sus partidarios. Tal era el estado actual de la Cristiandad, y tales eran a la sazón los guardianes de las enseñanzas de Jesús de Nazareth. Toda Asia se ofrecía a punto de cosecha, y no se hizo ni el menor esfuerzo para entrojarla.

Cuando, al fin, la Iglesia puso término a sus disensiones y renació la energía misionaria con la fundación de la Orden de Jesús, la oportunidad había pasado por completo, y desaparecido en absoluto la posibilidad de una unificación moral del Oriente y el Occidente bajo la enseñanza de Cristo. Los mongoles, en China

y en Asia Central, tornaron al budismo; en tanto que la Rusia meridional, el Turkestán occidental y el Imperio Iljan abrazaban el islamismo.

§ 5a. *Kublay Jan funda la dinastía Yuan.*

En China, ya en tiempos de Kublay, estaban los mongoles saturados de civilización china. A partir de 1280, los anales chinos tratan a Kublay como un monarca chino, fundador de la dinastía Yuan (1280-1368). Esta dinastía mongola fué al fin derribada por un movimiento nacionalista chino, que entronizó a la dinastía Ming (1368-1644), linaje de emperadores cultos y artistas, que gobernaron hasta que un pueblo del Norte, los manchúes, idénticos a aquellos Kin que Jengis conquistara, conquistó a su vez China y afianzó en el trono una dinastía que sólo cedió al movimiento republicano indígena de 1912.

Fueron los manchúes quienes obligaron a los chinos a llevar coleta, como señal de sumisión. El chino de coleta es, pues, una figura reciente, y ya casi por completo desaparecida de la Historia. Con el advenimiento de la república dejó la coleta de ser obligatoria, y ya son muchos los chinos que no la llevan.

§ 5b. *Regresión de los Mongoles al sistema de Tribus*

Entre los pamires, en gran parte del Turkestán oriental y occidental, y al Norte, los mongoles sufrieron una regresión al sistema de tribus de que Jengis los sacara, siendo posible trazar la sucesión de una porción de pequeños *janes* que, siguiendo este proceso degenerativo, se fueron proclamando independientes durante todo este período, casi hasta los momentos actuales. Los calmucos fundaron, durante los siglos XVII y XVIII, un considerable imperio, pero los disturbios dinásticos impidieron que se extendiese más allá del Asia Central. De manos de éstos recobraron los chinos, en 1557, poco más o menos, el Turkestán oriental.

El Tibet fué ligándose cada vez más estrechamente a China, convirtiéndose en el hogar del budismo y del monasticismo budista.

Sobre la mayor parte del Asia Central occidental, de Persia y de Mesopotamia, la antigua distinción de pueblos nómanas y sedentarios ha venido subsistiendo hasta hoy día. El hombre de la ciudad desprecia y estafa al nómada; el nómada maltrata y desprecia al hombre de la ciudad.

§ 5c. *El Imperio Kipchak y el Zar de Moscovia.*

Los mongoles del gran reino de Kipchak permanecieron nómadas, pastoreando sus rebaños por las vastas llanuras del Sur de Rusia y del Asia occidental adyacente a Rusia. Aunque musulmanes, no eran de los más fervorosos, conservando su culto marcados rasgos de su primitivo chamanismo. Su *jan* principal era el Jan de la Horda de Oro. Hacia el Oeste, en las grandes llanuras, y más particularmente en la parte hoy conocida con el nombre de Ukrania, la antigua población escita, eslavos con una dosis de mongoles, revirtió también a una vida nómada semejante. Aquellos cristianos nómadas, los cosacos, formaron una especie de baluarte fronterizo contra los tártaros, y su vida libre y aventurera presentaba tales atractivos a los campesinos polacos y lituanos, que fué preciso dictar las más severas leyes para impedir una vasta emigración de los campos labrantíos a las estepas. Los propietarios de siervos y terratenientes de Polonia consideraban, por este motivo, con gran hostilidad a los cosacos, y tan frecuentes eran las escaramuzas entre la caballería polaca y los cosacos, como entre éstos y los tártaros.

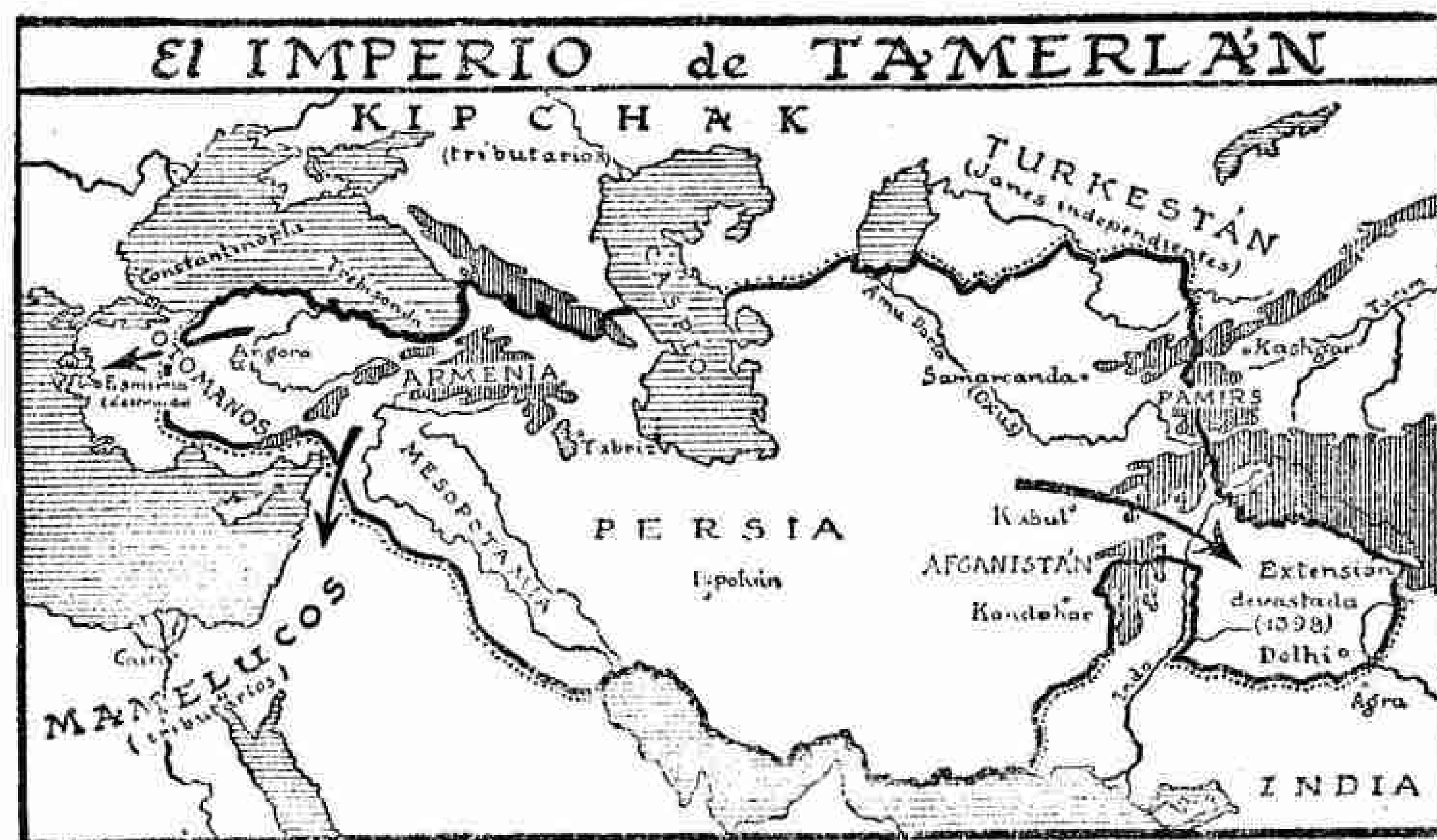
En el imperio de Kipchak, lo mismo que en el Turkestán, casi hasta los tiempos actuales, mientras los nómadas vagaban por las grandes llanuras, cierto número de ciudades y de regiones cultivadas sostenían una población sedentaria que, habitualmente, pagaba tributo al Jan nómada. En ciudades como Kief, Moscou y otras, la vida ciudadana cristiana y premongólica continuó bajo el gobierno de los duques rusos o de gobernadores tártaros, que recaudaban el tributo para el Jan de la Horda de Oro. El Gran Duque de Moscou ganó la confianza del Jan, y poco a poco, al amparo de su autoridad, obtuvo cierto ascendiente sobre sus compañeros de tributación. En el siglo XV, bajo su gran duque Iván III, conocido con el sobrenombre de *el Grande* (1462-1505), Moscou rompió su vínculo de dependencia mongólica, negándose a seguir pagando tributo (1480). Como los sucesores de Constantino ya no reinaban en Constantinopla, Iván tomó para su escudo de armas el águila bicéfala de Bizancio. Por otra parte, el mismo Iván se pretendía heredero del trono de Bizancio por su casamiento (1472) con Zoe Paleólogo, del linaje imperial. Este ambicioso gran ducado de Moscou atacó y sometió la vieja república traficante de Novgorod, situada al Norte, y así fueron echados los cimientos del moderno Imperio ruso, y establecido un vínculo con la vida mercantil del Báltico. Sin embargo, Iván III no llevó sus pretensiones a la herencia del trono de Constantinopla hasta el punto de asumir el título imperial. Este paso estaba reservado a

su nieto Iván IV (*Iván, el Terrible*), que se significó además por sus crueldades y demencias (1533-1584). Aunque el soberano de Moscou tomó así el nombre de *Zar* (de *Coesar*), su tradición, en muchos respectos, era más tártara que europea, autócrata a la manera ilimitada del patrón asiático, y cristiano al modo oriental, palatino, forma "ortodoxa" que llegara a Rusia mucho antes de la conquista mongola, por medio de los misioneros búlgaros de Constantinopla.

Al Este de los dominios de Kipchak, fuera del alcance de la férula mongola, un segundo centro de consolidación eslava se había venido a constituir, durante los siglos X y XI, en Polonia. La gran marejada mongólica había pasado sobre Polonia, pero sin someterla nunca. Los polacos no eran de religión "ortodoxa", sino católicos romanos; servíanse del alfabeto latino en lugar de los extraños caracteres rusos, y su monarca nunca se arrogó una completa independencia del Emperador. Polonia fué, realmente, en su origen, una parte adyacente de la Cristiandad y del Sacro Imperio; muy al contrario de Rusia, que nunca tuvo que ver con éste.

§ 5d. *Tamerlán.*

La naturaleza y desenvolvimiento del Imperio Iljan en Persia. Mesopotamia y Siria es acaso la más interesante de todas las historias de estas potencias mongólicas, ya que en esta región el nomadismo realmente intentó, y realmente consiguió en gran parte, acabar con el sistema de civilización sedentaria. Cuentan que cuando Jengis Jan primero invadió China, hubo una seria discusión entre los jefes mongoles sobre si destruirían todas las ciudades y poblados sedentarios. Para aquellos simples practicantes de la vida al aire libre, los pueblos sedentarios parecían, sin duda, corrompidos, ahogados, viciosos, afeminados, peligrosos e incomprensibles; en suma, un lamentable crecimiento de malas hierbas sobre tierras que, sin ello, quizás habrían dado buenos pastos. ¿De qué podían, realmente, servirles a ellos las ciudades? Los primitivos francos y los conquistadores anglosajones de la Britania meridional debieron sentir algo muy semejante respecto a los hombres de las ciudades. Pero únicamente con Hulagu en Mesopotamia parecen estas ideas haber tomado cuerpo en una política deliberada. Los mongoles en este caso no sólo arrasaron y asesinaron, sino que destruyeron el sistema de irrigación que había venido durando lo menos ocho mil años, con lo cual la civilización madre de todo el mundo occidental finó. Desde los días de los reyes sacerdotes de Sumeria había habido un cultivo continuo en aquellas regiones feraces, una acumulación de tradiciones, una población numerosa, una serie sucesiva de grandes ciudades de tráfico: Eridu, Nipur.



Babilonia, Nínive, Ctesifonte, Bagdad. A partir de entonces, cesó la fertilidad. Mesopotamia se convirtió en un país de ruinas y desolación. Cruzado por grandes corrientes de aguas desencauzadas que, o bien acababan de devastar las campiñas, o bien se estancaban en pantanos insalubres. Más adelante Mosul y Bagdad revivieron precariamente, como ciudades de segundo orden...

Si no llega a ser por la derrota y muerte de Ketboga, general de Hulagu, en Palestina (1260), la misma suerte habría corrido Egipto. Pero Egipto era ahora un sultanato turco, dominado por un cuerpo de soldados, los Mamelucos, cuya recluta, al igual de sus imitadores, los Genízaros del Imperio Otomano, se llevaba a cabo mediante la compra de esclavos niños, educados y adiestrados cuidadosamente. Estos hombres, así formados, obedecían a los buenos sultanes y deponían y reemplazaban a los malos e ineptos. Bajo esta influencia directora, continuó siendo Egipto potencia independiente hasta 1517, en que cayó en manos de los turcos otomanos.

El primer impulso destructor de los mongoles de Hulagu no tardó en remitir, pero en el siglo XV un último brote de nomadismo surgió en el Turkestán occidental, bajo la guía de un tal Timur el Cojo, o Tamerlán, descendiente por línea materna de Jengis Jan. Este Tamerlán establecióse en Samarcanda y extendió su autoridad sobre Kipchak (desde el Turkestán a la Rusia meridional), Siberia y, en dirección al Sur, hasta el Indo; asumiendo el título de Gran Jan en 1369. Era un nómada de la escuela salvaje y creó un imperio de desolación desde la India septentrional hasta Siria. Parece que su imaginación arquitectónica era particu-

larmente aficionada a las pirámides de cráneos humanos; después del asalto de Ispahan pudo erigir una de setenta mil. Su ambición era restaurar el Imperio de Jengis Jan tal como éste lo concibió, proyecto en el que fracasó por completo. No obstante, saqueó y destruyó en gran escala; los turcos otomanos —era antes de sus días de grandeza y de la toma de Constantinopla— y el Egipto le pagaron tributo, devastó el Punjab, y Delhi se le rindió; a pesar de cuya rendición hizo una matanza atroz de sus habitantes. Al tiempo de su muerte (1405), no quedaban para dar testimonio de su poderío sino un nombre de horror, ruinas y comarcas arrasadas y un reino empobrecido y agotado en Persia.

La dinastía fundada por Timur en Persia fué extinguida, cincuenta años más tarde, por otra horda turcomana.

§ 5e. *El Imperio Mogul de la India.*

En 1505, un pequeño caudillo turcomano, Baber, descendiente de Tamerlán, y por consiguiente de Jengis, se vió obligado, tras unos cuantos años de guerra y algún que otro éxito temporal —durante un poco de tiempo fué dueño de Samarcanda— a huir con un puñado de secuaces, cruzando el Hindu Kush, al Afganistán. Allí, su banda aumentó y consiguió adueñarse de Kabul. Entonces, reuniendo un ejército y cañones en número suficiente, reclamó el Punjab, so pretexto de haberlo conquistado Tamerlán ciento siete años antes. Pero no pararon sus triunfos en el Punjab. La India se encontraba en una estado de discordia y división, pronta a acoger y dar la bienvenida a cualquier invasor capaz que prometiese la paz y el orden.

Al cabo de varias alternativas de fortuna, encontróse Baber con el sultán de Delhi en Panipat (1525), diez y seis kilómetros al Norte de esta ciudad, y aunque sólo disponía de 25.000 hombres provistos, eso sí, de cañones, contra un contingente cuádruple y mil elefantes —cifras, dicho sea al pasar, de su propio cálculo y cosecha— la victoria le favoreció por completo. Dejó de llamarse Rey de Kabul, para ostentar el título de Emperador del Indostán. "Este —escribió— es un mundo absolutamente distinto de nuestro país". Era, en efecto, un país más hermoso, más fértil y, desde luego, mucho más rico. Conquistó hasta Bengala, pero su muerte prematura en 1530 detuvo la ola de la conquista mongola durante un cuarto de siglo, hasta la subida al trono de su nieto Akbar. Este sometió toda la India hasta Berar, y su bisnieto Aurungzeb (1658-1707) fué señor efectivo de la peninsula entera. Esta gran dinastía de Baber (1526-1530), Humayun (1530-1556), Akbar (1556-1605), Jehangir (1605-1682), Shah Jehan (1628-1658) y Adrungzeb (1658-1707), en la que el hijo

sucedió al padre por espacio de seis generaciones, esta "dinastía mogula" (o mongola) ([3]), marca la época más espléndida conocida hasta entonces por la India.

Akbar, acaso inmediatamente después de Asoka, fué uno de los más grandes monarcas de la India, y una de las pocas figuras regias que es posible honrar con el nombre de grandes hombres.

Realmente, fuerza es conceder a Akbar la misma atención preferente que hemos mostrado por Carlomagno o Constantino el Grande. Como ellos, es uno de los ejes de la Historia. Gran parte de su obra de organización y consolidación sobrevive hasta hoy día en la India, reanudada y continuada por los ingleses al convertirse en los sucesores de los soberanos mogules. Así el monarca británico usa ahora, como título indio de los emperadores mogules: *Kaisar-i-Hin*. Todas las otras grandes administraciones de los descendientes de Jengis Jan, lo mismo en Rusia que en el Asia central y occidental que en China, hace largo tiempo que desaparecieron, haciendo lugar a otras formas de gobierno. En realidad, sus gobiernos eran poco más que gobiernos exactores de impuestos, un sistema de recaudación de contribuciones en favor de la administración central del gobernante, como la Horda de Oro en la Rusia meridional o la ciudad imperial de Karakorun o Pekín. En tanto que pagasen, poco importaban la vida y las ideas de esos pueblos tributarios, que quedaban abandonados a sí propios. Y de esa manera se explica que, después de varios siglos de vasallaje, pudiesen resurgir de su inundación mongólica un Moscou y un Kief cristianos, una Persia shiita y una China absolutamente china. Akbar, en cambio, hizo una India nueva. Dió a los príncipes y clases gobernantes indias un asomo, cuando menos, de interés común. Y si la India es hoy algo más que una especie de revoltillo de estados y razas incoherentes, a la orden de cualquier invasor del Norte, débese en gran parte a él.

Su cualidad distintiva era la libertad de espíritu y la falta de prejuicios. Así pudo consagrarse a la tarea de hacer de cada hombre apto, fuese cual fuese su raza y religión, un hombre útil para la administración pública y la vida colectiva. Poseía el instinto de síntesis del verdadero estadista. Su imperio no iba a ser musulmán, ni mongol, ni rajput, ni ario, ni dravida, ni de tal o cual casta, sino simplemente: *indio*. "Durante los años de su educación, tuvo mil oportunidades para observar las buenas cualidades, la fidelidad, la abnegación, la frecuente nobleza de alma de aquellos príncipes indos, que, por el hecho de ser secuaces de Brahma, sus cortesanos musulmanes condenaban mentalmente al fuego eterno. Observó que aquellos hombres y otros que pensaban como ellos, formaban la vasta mayoría de sus súbditos. Observó, además, en muchos de ellos, los mejores y más dignos de confianza, que aunque, desde un punto de vista material, la conversión a la religión de la corte les suponía indudables ventajas, no por ello abandonaban la propia. Así, su espíritu reflexivo rechazó desde su comienzo la teoría de que simplemente porque él, el conquistador, el soberano había, por un azar, nacido musulmán, tenía el mahometismo que ser la verdadera y única religión para el resto de los hombres. Poco a poco, sus pensamientos se condensaron y expresaron en aquella frase: "¿Por qué voy a pretender guiar a los hombres antes de ser yo mismo guiado?"; y, como prestase oído a los demás credos y doctrinas, sus dudas, hijas de un espíritu recto y puro, se fueron cada vez afirmando más, lo cual, unido a la observación cotidiana de la cruel estrechez a que conducía todo sectarismo, fuese de la religión que fuese, hizo que cada día se apegase más al principio de tolerancia y libertad para todas.

"Hijo de un emperador fugitivo, nacido en el desierto, criado como quien dice en clausura, desde su primera juventud había conocido el lado amargo de la vida. La suerte le había dado, por fortuna una poderosa constitución, que él cultivó y desarrolló inteligentemente, haciéndola apta para soportar todas las pruebas de la vida. El ejercicio físico era para él una verdadera pasión; adoraba la caza, y especialmente el emocionante deporte de apresar el caballo salvaje o el elefante bravío, y la lucha, a veces cuerpo a cuerpo, con el tigre de los cañaverales. En una ocasión, cuando fué necesario persuadir al rajá de Jodhpore a que renunciase al propósito de hacer subir a la pira funeraria a la viuda de su hijo recién fenecido, Akbar cabalgó trescientos cincuenta kilómetros en un par de días. En la batalla desplegó siempre el valor más indomable, conduciendo en persona las tropas durante lo más peligroso de la campaña y dejando a sus generales la tarea más fácil y ligera de concluir la guerra. En todas las victorias dió pruebas de humanidad con los vencidos, oponiéndose decididamente a toda explosión de crueldad. Libre de todos aquellos prejuicios que dividen la sociedad y dan origen a las discordias, tolerante con los hombres de otras razas, ya fueran indios o dravidas, evidentemente era Akbar el hombre predestinado para fundir los elementos contrarios de su reino en un todo próspero y fuerte.

"Con todo ahinco y seriedad consagróse a esta obra de paz. Moderado en todos los placeres, necesitando pocas horas de sueño y acostumbrado a distribuir con el mayor cuidado su tiempo, aún encontró ocios que dedicar a la ciencia y el arte, una vez cumplidos

([3]) "Mogul" es nuestra versión de la palabra árabe *mughal*, en sí misma una corrupción de *mongol*, debida a carecer el alfabeto árabe de signo para *ng*. — H. H. J.

sus deberes de soberano. Los famosos sabios y personajes que ornaban la capital que él se edificara para sí mismo en Fatepur-Sikri, eran a un tiempo sus amigos; todos los jueves por la noche congregábanse para controversias intelectuales y pláticas filosóficas. Sus amigos más allegados eran dos hermanos de grandes talentos. Faizi y Abul Fazl, hijos de un sabio librepensador. El mayor de ellos era un famoso erudito en literatura índica, y con su ayuda, y bajo su dirección, hizo Akbar que tradujesen al persa las obras sánscritas más importantes. Fazl, en cambio, aún más íntimo acaso de Akbar, era un general, estadista y organizador, y a su actividad principalmente debió el reino de Akbar la solidaridad de su organización interna" (1).

(Tal era la calidad del círculo que acostumbraba a reunirse en los palacios de Fatepur-Sikri, edificios que aún ilumina el sol de la India, pero ahora vacíos y desolados. Fatepur-Sikri, como la ciudad de Ambar, son ya ciudades muertas. Hace pocos años el hijo de un oficial inglés fué muerto por una pantera en una de sus calles silenciosas).

Todo esto que hemos citado revela un monarca eminente. Pero Akbar, como todos los hombres, grandes y pequeños, vivía dentro de las limitaciones de su época y de su círculo de ideas. Y claro está que un turcomano, gobernando en la India, forzosamente tenía que ignorar mucho de lo que Europa había venido aprendiendo penosamente desde hacía mil años. Así, nada sabía del desarrollo de una conciencia colectiva en Europa, y poco o nada de las grandes posibilidades educacionales que la Iglesia se había esforzado por fomentar en Occidente. Su nacimiento y crianza en el seno del Islam y su genio innato le permitían comprender que sólo sobre una base religiosa, cimentada por ideas comunes, podría llegar a hacerse una gran nación de la India; pero el cómo las escuelas, los libros baratos y un sistema universitario a la vez organizado y libre de pensamiento, hubieran podido crear y sostener una solidaridad semejante a la buscada por él, le era a todas luces tan imposible como el conocimiento y utilización del automóvil o el aeroplano. La forma del Islam que él conocía mejor, era la forma estrecha y ferozmente intolerante de los turcos sunnitas. Los musulmanes eran sólo una minoría de la población. El problema que trataba de resolver Akbar era realmente casi idéntico al problema de Constantino el Grande. Pero presentaba ciertas dificultades absolutamente peculiares. Akbar nunca fué más allá de una tentativa de adaptación del Islam a un horizonte más amplio, por la simple sustitución de: "No hay más dios que Dios, y el emperador es su virrey", a la conocida declaración de fe: "No hay más

(1) Dr. Emil Schmit en la *History of the World*, de Helmont

dios que Dios, y Mahoma es su profeta". Pensaba sin duda que ello podría constituir una plataforma común para todas las sociedades de fe religiosa en la India, verdadero kaleidoscopio de religiones. En esta creencia, adoptó un simple ritual tomado de los persas zoroástricos o mazdeístas (los parsis), que aún sobrevivía y sobrevive, en la India. Esta nueva religión oficial murió, no obstante, con él, por falta de raíces en el espíritu de las gentes que le rodeaban.

El mundo está empezando a comprender que el factor esencial en la organización de un estado vivo es la organización de la educación o instrucción pública. Esto nunca lo comprendió Akbar. Ni tenía en su torno hombres capaces de sugerirle esta idea, ni de ayudarle a llevarla a cabo. Los maestros musulmanes de la India, más que profesores, eran los conservadores de una intensa beatería religiosa; en vez de desear una cultura común en toda la India, lo único que deseaban era una intolerancia común en todo el Islam. Los brahmanes, que tenían el monopolio de la enseñanza entre los indos, adolecían del orgullo y dejadez de los privilegios hereditarios. Sin embargo, aunque Akbar no instituyó ningún plan general docente en la India, no por eso dejó de crear cierto número de escuelas para los musulmanes y los indos. Sabía menos, pero hizo más por la India, en estas cuestiones, que los ingleses que le sucedieron. Algunos de los virreyes ingleses han imitado grotescamente su magnificencia, sus ricas tiendas de campaña, sus palacios imponentes, sus elefantes de gala, etc.; pero ninguno ha ido mucho más allá de la visión política de este turcomano medieval en lo que a la educación popular se refiere, educación que es de una absoluta necesidad para la India, antes de que ésta pueda desempeñar su papel en los destinos de la comunidad humana.

§ 5f. *Los Mongoles y los Gitanos.*

Un curioso resultado lateral de estas últimas perturbaciones mongolas, o séase las del siglo XIV, de que Tamerlán fué la cabeza y el centro, fué la aparición de unas bandas errabundas de un extraño pueblo oriental refugiado en Europa, los Gitanos. A fines del siglo XIV y comienzos del XV, más o menos, aparecieron en Grecia, donde se les supuso egipcios (y de aquí el nombre de *gitanos;* y también *egiptanos*, antiguamente), creencia general que ellos mismos aceptaron y propalaron. Sus jefes, sin embargo, titulábanse "Condes del Asia Menor". Probablemente, habían venido derivando por el Asia Occidental durante varios siglos, antes que las matanzas de Tamerlán los hubiesen arrojado al otro lado del Helesponto. Acaso fueron desalojados de su país de origen —como lo fueron los turcos otomanos— por el gran cataclis-

mo de Jengis, o antes todavía. El caso es que derivaron como los turcos otomanos, pero con menos suerte. Lentamente, fueron extendiéndose hacia Occidente, a través de Europa; extraños jirones de nomadismo en un mundo de ciudades y campos labrantíos, ahuyentados de su antiguo hogar de las estepas bactrianas y obligados a buscar su sustento por los campos y burgos europeos, acampando aquí y allá, al cielo abierto, vagando como sin rumbo y buscando de preferencia aquellos parajes más solos y abandonados. Los alemanes les llamaron "húngaros" y "tártaros"; los franceses, "bohemios". No parecen haber conservado la tradición genuina de su origen, pero tienen un lenguaje propio que suministra indicios de su perdida historia, con una porción de palabras indias del Norte, que nos permiten asignarles semejante procedencia; pero también hay considerables elementos armenios y persas en su habla. Encuéntranseles hoy en todos los países de Europa; son caldereros, leñadores, buhoneros, tratantes de caballerías, titiriteros, decidores de la buena fortuna, mendigos, etc. Para muchos espíritus imaginativos, sus apartados campamentos, con sus hogueras humeantes, sus tiendas mugrientas, sus caballerías trucadas y su algarabía de rapazuelos tostados por el sol, tienen una fuerte seducción. La civilización es algo tan nuevo en la Historia, y durante casi todo el tiempo ha sido algo tan local, que aún tiene que conquistar y asimilar la mayoría de nuestros instintos a sus necesidades. En la mayoría de nosotros, hastiados de sus convencionalismos y complejidades, aún late la vena nómada. A regañadientes acabamos de ser hombres caseros y de orden. Nuestra sangre fermentó y fué elaborada tanto en las estepas como en los campos de labranza.

XXXV

EL RENACIMIENTO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL [1]

(LAS COMUNICACIONES TERRESTRES SON REEMPLAZADAS POR LAS COMUNICACIONES MARITIMAS)

§ 1. *El Cristianismo y la Instrucción pública.*

A juzgar por el mapa, los tres siglos que van de comienzos del XIII a finales del XV, son un período de retroceso para la cristiandad. Estos siglos fueron la edad de los pueblos mongoles. El nomadismo del Asia Central dominó casi todo el mundo conocido. En el apogeo de esta época hubo gobernantes de raza mongólica —o de su afín la raza turca— y de tradición nómada en China, India, Persia, Egipto, Africa del Norte, península balcánica, Hungría y Rusia. El turco otomano hasta se había hecho al mar y presentado batalla, en sus propias aguas mediterráneas, a los venecianos. En 1529, los turcos sitiaron Viena, y fueron derrotados más por el mal tiempo que por sus defensores. El imperio Habsburgo de Carlos V pagaba tributo al sultán. Hasta la batalla de Lepanto, en 1571, batalla en la que el autor de "Don Quijote" perdió el uso de su brazo izquierdo, no consiguió la cristiandad, para decirlo con las propias palabras cervantescas: "abajar el orgullo de los Osmanes y abrir los ojos al mundo, que había venido considerando como invencible a la flota turca". El único país de progreso cristiano era España. Cualquier hombre de cierta previsión que hubiese observado el mundo a comienzos del siglo XVI, no habría tenido más remedio que venir a parar en la conclusión de que era sólo cuestión de unas cuantas gene-

(1) *Renacimiento* aquí significa *nacer de nuevo*, y se aplica al restablecimiento de todo el mundo occidental. No debe confundirse con el "Renacimiento" cultural, literario y artístico, el *Renacimiento* por antonomasia, que tuvo lugar en Italia y en el mundo occidental, influído por Italia, durante los siglos XIV y XV. Este *Renacimiento* fué sólo una parte del renacimiento de Europa, debido a la exhumación del arte y de la cultura clásicas; uno de tantos factores de aquella mucho más vasta y compleja resurrección de la capacidad y el vigor europeo de que nos disponemos a tratar en este capítulo.



raciones el que el mundo entero se convirtiese en mongólico, y probablemente en musulmán. Exactamente lo mismo que, hoy día, la mayor parte de nuestros contemporáneos parecen dar por sentado que las normas europeas y una especie de cristianismo liberal están destinados a extenderse por todo el mundo. Pocos son los que parecen darse cuenta de lo reciente que es esta supremacía europea. Solamente al tocar el siglo XV a su término es que se evidenciaron algunos síntomas de la verdadera vitalidad del Occidente europeo.

Nuestra historia se acerca ya a nuestros propios tiempos, y nuestro estudio cada vez conviértese más en el estudio de la actualidad. El sistema europeo o europeizado, en que vive el lector, es el mismo sistema que vemos desenvolverse en la Europa de comienzos del siglo XV, deshecha y amenazada por los mongoles. Sus problemas de entonces eran la forma embrionaria de los problemas de hoy día. Es imposible examinar esta época sin examinar nuestra propia época. Aun sin quererlo, no tenemos más remedio que hacernos políticos. "La política, sin historia, carece de raíces, ha dicho Sr. J. R. Reeley; la historia, sin política, carece de frutos".

Tratemos, con el mayor desapasionamiento que podamos, de descubrir qué fuerzas dividían y neutralizaban las energías de Europa durante este tremendo ímpetu de los pueblos mongólicos y cómo podemos explicar la acumulación de energías físicas y mentales, que indudablemente se verificó durante esta fase de retroceso aparente y que, de modo tan impresionante había de manifestarse a su término.

Ahora bien: lo mismo que en la Edad Mesozoica, mientras que los grandes reptiles se enseñoreaban de la tierra iban desenvolviéndose a la vez, en rincones apartados y *ad hoc*, aquellos mamíferos y aves destinados a reemplazar final y totalmente aquella fauna monstruosa por otra mucho más versátil y capaz, así, en los territorios limitados de la Europa occidental del medioevo, mientras las monarquías mongolas dominaban el mundo desde el Danubio hasta el Pacífico, y desde los mares árticos a Madras, Marruecos y el Nilo, las líneas fundamentales de un nuevo tipo de comunidad humana más fuerte y más eficiente se iban dibujando. Este tipo de comunidad, que aún se halla en su período de formación, todavía en experimentación y en crecimiento, quizás podamos designarlo como el "Estado moderno". Fuerza nos es reconocer que esta expresión es un tanto vaga; pero ya trataremos, a medida que vayamos avanzando, de darle sentido. Por lo pronto, ya observamos la aparición de sus principales ideas raíces en las repúblicas griegas, y especialmente, en Atenas, en la gran república romana, en el judaísmo, en el Islam y en la historia del catolicismo occidental. Esencialmente, este Estado moderno, tal como le vemos crecer y fortalecerse hoy día, es una tentativa de combinación de dos ideas aparentemente contradictorias: la idea de una *comunidad de fe y obediencia,* tal como sin duda fueron las civilizaciones primitivas, y la idea de una *comunidad de voluntad,* semejante a los primeros agrupamientos políticos de los pueblos nórdicos y hunos. Durante miles de años, los pueblos sedentarios civilizados, que fueron originariamente, en la mayoría de los casos, pueblos caucásicos morenos o dravidas, o mongólicos meridionales, parecen haber seguido en sus ideas y costumbres una norma de acatamiento y de personal sumisión, en tanto que los pueblos nómadas creaban otra norma de confianza en sí mismos y afirmación de la propia personalidad. Y de ahí que, dadas estas circunstancias, los pueblos nómadas estuvieran siempre dando a las civilizaciones sedentarias nuevos gobernantes y nuevas aristocracias. Tal es el ritmo de toda la historia primitiva. Se precisaron varios miles de años de cambios cíclicos, entre alternativas de conquistas nómadas, civilización, decadencia y nueva conquista, para que comenzara el actual proceso de fusión de las tendencias "civilizadas" y "libres" en un nuevo tipo de co-

munidad, que requiere ahora nuestra atención y que es la substancia de la historia contemporánea.

Ya en este libro trazamos el lento desarrollo de las comunidades humanas "civilizadas" en comunidades cada vez más amplias, desde los días iniciales de la primitiva familia paleolítica. En su lugar correspondiente, vimos cómo las mejoras y necesidades del cultivo, el temor a los dioses de la tribu, las ideas del rey sacerdote y del dios rey, desempeñaron su papel en la continua consolidación de mayores y más poderosas colectividades en regiones de máxima fertilidad. Hemos observado el mutuo juego del sacerdote, que generalmente era un indígena, y el monarca, que generalmente era un conquistador extranjero, en aquellas civilizaciones primarias; así como el desenvolvimiento de una tradición escrita y su evasión del dominio sacerdotal, y la aparición de nuevas fuerzas, en un principio aparentemente incidentales y secundarias, que hemos designado como la libre inteligencia y la conciencia libre de la humanidad. Hemos visto a los gobernantes de las civilizaciones primitivas de los valles extender su área y ampliar su poderío, y simultáneamente, en las regiones menos fértiles de la tierra, hemos visto cómo las tribus más salvajes y de vida más rudimentaria se iban plasmando en una forma de nomadismo cada vez más unificado y de más eficacia política. Firme, pero divergentemente, la Humanidad seguía una u otra de estas dos líneas o normas. Durante largas épocas todas las civilizaciones crecieron y se desenvolvieron sobre la norma monárquica, de monarquía absoluta, y en todas las monarquías y dinastías hemos podido observar, como si se tratase de un proceso irremediable, la eficiencia y la energía cediendo paulatinamente a la pompa, la indolencia y la degeneración, y sucumbiendo finalmente al impulso de un nuevo linaje del desierto o de la estepa. La historia de las primeras civilizaciones sedentarias y labradoras, con sus templos, cortes y ciudades, abulta mucho en la Historia humana; pero conviene recordar que el escenario de esta historia nunca fué más que una pequeñísima parte de la superficie terrestre del globo. En la mayor parte de la tierra, hasta hace muy poco, en realidad hasta hace menos de dos mil años, las tribus menos numerosas, pero más aguerridas, de las montañas y bosques, y los pueblos nómadas que erraban con las estaciones en busca de pastos, sostenían y desarrollaban su propia manera de vivir.

Las primitivas civilizaciones eran, por decirlo así, "comunidades de obediencia"; la obediencia a los dioses reyes, o los reyes simplemente, era su base. La tendencia nómada, en cambio, siempre ha sido hacia un tipo diferente de asociación, que llamaremos "comunidad de voluntad". En una comunidad errante y combativa, el individuo tiene, a la vez, que tener confianza en sí mismo

y que estar disciplinado. Los jefes de estas comunidades tienen que ser jefes capaces de hacerse seguir, no amos que ordenan y obligan. A través de toda la historia del género humano puede seguirse esta comunidad de voluntad; en todas partes encontraremos que la disposición original de los nómadas, fueran nórdicos, semitas o mongoles, siempre fué, individualmente, más *volitiva* y más *enhiesta* que la de los hombres sedentarios. Los pueblos nórdicos vinieron a Italia y Grecia conducidos por caudillos reyes; no traían consigo ningún culto sistemático, sino que adoptaron el de cada país conquistado en que se establecieron, adaptándolo al adoptarlo. Los griegos y latinos volvieron sin dificultad al sistema republicano, lo mismo que los arios en la India. También hubo una tradición electiva en los primitivos reinos francos y germanos, aunque generalmente la elección se llevaba a cabo entre los miembros de una familia o linaje real. Los primeros califas eran electivos, así como los jueces de Israel y los reyes de Cartago y Tiro, y también fué electivo el Gran Jan de los mongoles hasta que Kublay se convirtió en un monarca chino. Con par ja constancia encontramos en los países sedentarios la idea contraria, o sea la idea de una divinidad no electiva de los reyes y de un derecho inherente y natural a gobernar... En el curso de nuestra historia hemos observado la aparición de nuevos y complicados elementos en la historia de las sociedades humanas, hemos visto al nómada hacerse mediador y tercero, aparecer al traficante, y crecer rápidamente la importancia de la navegación en el mundo. Tan inevitable parece que el viajar ensanchase y libertara el espíritu de los hombres, como que el afincamiento dentro de un horizonte angosto y limitado los hiciera tímidos y serviles. Pero, a pesar de todas estas complejidades, el marcado antagonismo entre el método de la obediencia y el método de la voluntad corre a través de la Historia hasta nuestros propios tiempos. Hoy día mismo, su reconciliación es incompleta.

La civilización, aun en sus formas más serviles, siempre ha ofrecido algo enormemente atractivo, conveniente y adecuado al hombre; pero un no sé qué de inquieto e indómito en nuestra especie se ha esforzado de continuo por transmutar la civilización, de su base originaria de obediencia pasiva, en una comunidad de voluntades participantes. Y al fermento de nomadismo en nuestra sangre de monarcas y aristocracias, debemos achacar también ese incesante prurito por un más vasto círculo de dominio e influencia, que obliga a cada Estado a llevar sus fronteras lo más lejos que puede y a extender sus intereses hasta los últimos confines de la tierra. La fuerza de inquietud nómada, que tiende a colocar toda la tierra bajo una sola ley, es idéntica a ese espíritu que nos hace a casi todos rezongar bajo no importa qué direc-

ción o sujeción, empujándonos a participar en el gobierno que toleramos. Y esta lucha natural y temperamental de la humanidad por reconciliar la civilización con la libertad se ha mantenido viva y latente siglo tras siglo a causa de la impotencia militar y política de todas las "comunidades de obediencia" que han existido. La obediencia, una vez que los hombres están hechos a ella, puede fácilmente aprenderse y transferirse; como lo prueba el papel pasivo del Egipto, Mesopotamia y la India, paises arquetipos y originarios de sumisión, verdaderas "cunas de la civilización", que han ido pasando de una mano a otra. Y es que una civilización servil es una constante invitación a los hombres de presa. Pero, de otro lado, la "comunidad de voluntad" requiere una fusión de materiales difíciles; y, en conjunto, es una comunidad mucho más ardua de crear, y aún más de mantener. La historia de Alejandro Magno nos muestra la "comunidad de voluntad" de los capitanes macedonios disolviéndose paulatinamente ante la exigencia del caudillo de que aquéllos le adorasen como a un dios. El incidente del asesinato de Clito es perfectamente típico de la lucha entre la tradición libre y la servil que tenia lugar siempre que un nuevo conquistador, procedente de tierras libres y del aire libre, se encontraba instalado en el trono de una antigua monarquía.

En el caso de la república romana, la Historia nos presenta la primera gran "comunidad de voluntad" en la historia del mundo, la primera comunidad libre mucho mayor que una ciudad, y nos cuenta cómo se debilitó con el crecimiento y se fué consumiendo con los triunfos, hasta que al fin cedió el sitio a una monarquía del tipo antiguo y degeneró rápidamente en una de las más endebles comunidades de servidumbre que pudieron nunca derrumbarse al empuje de un puñado de invasores. Ya en este libro presentamos la debida atención a los factores de esa decadencia, por ser de importancia primordial en la historia de la humanidad. Uno de los más evidentes fué la falta de toda amplia organización educativa, que cimentase el espiritu de sus ciudadanos sobre la idea de servicio y obligación a la república, manteniéndoles, por decirlo así, en *volición;* otro fué la ausencia de todo medio de información general que conservase sus actividades en armonía, permitiéndoles *querer* como un solo cuerpo. La comunidad de voluntad está limitada en volumen por las limitaciones impuestas a las posibilidades de una comunidad de conocimiento. La concentración de la propiedad en unas cuantas manos y la sustitución de trabajadores libres por esclavos, sólo fué posible por la decadencia del espiritu público y la confusión de la inteligencia pública que resultaba de dichas limitaciones. Por otra parte, no había ninguna idea religiosa eficiente detrás del Estado romano: el

sombrío culto etrusco de arúspices y augures que era la religión de Roma, no se había adaptado más a las necesidades políticas de una gran comunidad de lo que se adaptara el chamanismo a los mongoles. Precisamente en el hecho de que tanto el Cristianismo como el Islam, cada uno a su modo, prometían, cuando menos, por primera vez en la experiencia humana, llenar este vacío tan evidente en el sistema republicano de Roma como en el sistema nómada, esto es: dar a la masa una educación moral y suministrarla una historia común del pasado y una idea común de os fines y destinos humanos, podríamos decir que yace la enorme importancia histórica de uno y otro. Aristóteles, como en su lugar dijimos, había puesto un límite a la comunidad ideal de unos cuantos millares de ciudadanos, simplemente porque no concebía la manera de mantener unida por una idea común una muchedumbre mayor. Él no había tenido la menor experiencia docente fuera de los métodos preceptorales de su tiempo. La educación griega era casi exclusivamente una educación de viva voz, que sólo podia alcanzar a una reducida aristocracia. Lo mismo la Iglesia cristiana que el Islam demostraron la superficialidad de la limitación aristotélica. Podremos juzgar que tanto la una como el otro realizaron su misión educativa cruelmente o malamente, pero la cuestión que aquí nos interesa es que la realizaron. Tanto el Cristianismo como el Islam sostuvieron propagandas de idea e inspiración casi mundiales. Ambos confiaron victoriosamente en la fuerza de la palabra escrita para vincular inmensas muchedumbres de hombres diversísimos en empresas comunes. Allá por el siglo XI, como hemos visto, la idea de la Cristiandad se había impuesto a toda la vasta miscelánea errante del desmembrado Imperio de Occidente y mucho más allá de las fronteras de Europa, como una idea unificadora e inspiradora, creando una comunidad de voluntad, superficial pero efectiva, sobre una extensión y una masa humana sin precedentes. Unicamente algo semejante había sucedido nunca a un tan considerable sector de la humanidad, y ello fué cuando los *doctos* de China extendieron por todo el imperio la idea de una comunidad basada en la cordura y la buena conducta (2).

La Iglesia trajo lo que había faltado a la República Romana: un sistema de educación popular, universidades y métodos de intercambio y comunicación intelectual. Con esta proeza abrió el camino a las nuevas posibilidades de gobierno que ya se evidencian en este ESQUEMA, posibilidades todavía por acabar de des-

(2) Pero hay que advertir que ya coetáneamente por lo menos de los comienzos de la Era cristiana, trataban los judíos de consolidar su comunidad por medio de una educación sistemática.

entrañar y llevar a cabo en este mundo que es el nuestro. Hasta entonces, el gobierno de los Estados había sido, o bien autoritario, bajo una combinación sin crítica ni oposición de rey y sacerdote, o bien una democracia ineducada e ignara, degenerando a medida que iba creciendo, como ocurrió con Roma y Atenas, hasta llegar a parar en un simple régimen de la plebe y los politicastros. Pero en el siglo XIII ya habían alboreado los primeros indicios de un ideal de gobierno que como apuntábamos, aún no ha acabado de abrirse paso, el ideal moderno, el ideal de un *gobierno educativo* mundial, en que el hombre medio no es el esclavo ni de un monarca absoluto, ni de un Estado gobernado por un demagogo, sino el factor informado, inspirado y consultado de su comunidad. De todas, es la palabra *educación* la que debemos hoy recalcar con más energía, así como la idea de que la información tiene que preceder a la consulta. En la realización práctica de esa idea de que la educación es una función colectiva y no una cuestión privada tenemos una distinción esencial del "Estado moderno" de todos sus precursores. Los hombres están empezando a comprender que el ciudadano moderno tiene que ser informado primero, y consultado después. Antes de poder votar tiene que oír a cada candidato; antes de poder decidir tiene que conocer. No es multiplicando las urnas electorales sino multiplicando y reformando las escuelas y poniendo al alcance de todos la literatura, la ciencia y la información, como se abrirá el camino de la servidumbre y confusión en que vivimos a ese Estado voluntariamente cooperativo que es el ideal moderno. El voto en sí mismo carece de todo valor. Los hombres tenían voto en Italia, en tiempo de los Gracos; pero ¿de qué les sirvió ese voto? Hasta que un hombre esté educado, el voto es una cosa inútil y peligrosa para él. La comunidad ideal hacia la cual nos encaminamos, no es simplemente una "comunidad de voluntad", sino una *comunidad de conocimiento y de voluntad,* que ha reemplazado a la *comunidad de fe y obediencia.* La educación es el adaptador que hará compatible el espíritu nómada de libertad y confianza en sí mismo con las cooperaciones y abundancia y seguridad de la civilización.

§ 2. *Europa comienza a pensar por sí misma.*

Pero aunque es cierto que la Iglesia católica, con sus propagandas, escuelas y universidades, abrió en Europa la perspectiva del moderno Estado educativo, igualmente cierto es que la Iglesia católica nunca intentó, ni remotamente, llevar a cabo semejante idea. Sus bendiciones no solían ir acompañadas de ciencia; y si alguna vez ocurría esto, seguramente era por inadvertencia. No,

fuerza es reconocer que la Iglesia católica no era la República Romana, cuya heredera se proclamaba, sino el Emperador de Roma. Su concepto de la educación no era la libertad del espíritu y una invitación a participar, sino el sometimiento de las almas. Dos de los más grandes educadores de la Edad Media, Carlomagno y Alfredo el Grande de Inglaterra, que hicieron uso de la organización de la Iglesia, no tuvieron lo más mínimo de eclesiástico y fueron exclusivamente monarcas y estadistas. Pero hay que reconocer que, al fin y al cabo, fué la Iglesia la que suministró la organización. La Iglesia y los monarcas, en su contienda incesante por el poder, apelaban de continuo al pensamiento del hombre común, en busca de su apoyo. Y en respuesta a estas instancias contrarias, apareció el hombre común, el hombre de la masa, neutral e independiente, pensando por sí mismo.

Ya en el siglo XIII vimos al papa Gregorio IX y al emperador Federico II enzarzados en una violenta controversia pública. Y es que ya entonces se había comprendido que un nuevo árbitro, superior al pasado y a las monarquías, había venido al mundo, a saber: la opinión pública y el mundo de los lectores. El éxodo de los papas a Avignon y las disensiones y desórdenes del pontificado durante el siglo XIV, estimularon enormemente en toda Europa este espíritu de libre juicio.

En un comienzo, la crítica corriente contra la Iglesia versó únicamente sobre cosas morales y materiales. La riqueza y el lujo del alto clero y los excesivos impuestos papales eran los principales motivos de queja y de censura. Y las primeras tentativas para restablecer la simplicidad cristiana, la fundación de la Orden Franciscana, por ejemplo, no fueron movimientos separatistas, sino movimientos de resurrección. Sólo más tarde se produjo una crítica más honda y más diferenciada, que atacó el hecho central de la doctrina eclesiástica y la justificación de la importancia sacerdotal, a saber: el sacrificio de la misa.

Hemos esbozado, en gruesos trazos, los primeros comienzos del Cristianismo y hemos mostrado lo rápidamente que aquella difícil y austera concepción del Reino de Dios, que era la idea central de la enseñanza de Jesús de Nazareth, fué suplantada por un renacimiento de la antigua idea del sacrificio, doctrina en realidad más difícil de comprender, pero más fácil de reconciliar con las costumbres y disposiciones y aquiescencias de la vida cotidiana en el cercano Oriente. Hemos observado cómo se formó una especie de *theocrasia* entre el cristianismo y el judaismo, el culto del Serapeum, el mitraismo y otros cultos rivales, por la cual el domingo mitraico, la idea judía de la sangre como algo esencial, la importancia alejandrina de la madre de Dios, el sacerdote rapado y ayunador, las torturas del ascetismo, y otros muchos pun-

tos de doctrina, ritual y práctica, quedaron injertados en la nueva religión. Estas adaptaciones, sin duda, hicieron la nueva doctrina mucho más comprensible y aceptable en Egipto, Siria y otros países afines. Eran cosas que entraban en la manera de pensar y sentir de la raza mediterránea, congénitas a este tipo. Pero como hemos dicho, al ocuparnos de Mahoma, estas interpolaciones no hicieron el cristianismo más aceptable a los árabes nómadas, para quienes aquellas características constituían algo repelente. Y, de manera semejante, parece que, entre los nórdicos bárbaros del Norte y del Oeste, el monje de afeitada cabeza y hábito hasta los pies no dejó de despertar cierta instintiva hostilidad. Y ya vimos el prejuicio de los primitivos anglosajones y hombres del Norte contra frailes y religiosas, juzgando, sin duda, la vida y costumbres de estos devotos demasiado excéntricas y antinaturales.

El choque de lo que podríamos llamar factores occidentales con los más recientes elementos del cristianismo fué, sin duda, intensificado por la disposición del papa Gregorio VII, imponiendo, en el siglo XI, el celibato a los sacerdotes católicos. El Oriente había conocido el celibato religioso durante miles de años, pero en Occidente era considerado con escepticismo y desconfianza.

Y he aquí que ahora, en los siglos XIII y XIV, al empezar a adquirir cultura y espíritu laico de los pueblos nórdicos, al comenzar a leer y escribir y a expresarse a sí mismo, y al entrar en contacto con las actividades estimulantes del espíritu árabe, nos encontramos con los preludios de una crítica mucho más formidable del catolicismo, ataque intelectual contra el sacerdote como tal sacerdote, y contra la ceremonia de la misa como hecho central de la vida religiosa, unido a una exigencia de retorno a la enseñanza personal de Jesús, tal como aparece expuesta en los Evangelios.

Ya hablamos, en su lugar, de la carrera del inglés Wycliffe (1320?-1384), y de cómo tradujo la Biblia al inglés, con objeto de sentar una contra-autoridad a la del papa. Denunció las doctrinas de la Iglesia referentes a la misa como un error desastroso, y particularmente la doctrina de que el pan consagrado que se ingiere en esta ceremonia se convierte, por mágico modo, en el cuerpo mismo de Cristo. No proseguiremos en sus abstrusas complicaciones y reconditeces la cuestión de la transubstanciación, como se llama a este proceso de mística transmutación de los elementos en el santo sacramento; materias éstas que competen al teólogo. Pero es evidente que toda doctrina que, como la católica, hace de la consagración de los elementos en el sacramento un proceso milagroso realizado por el sacerdote, y sólo por él, y que hace del sacramento la necesidad central de todo el sistema religioso, encarece enormemente la importancia de la orden sacerdotal. En cambio, la opinión, que fué la idea típica *protestante* de que este sacramento es un simple ingerimiento de pan y vino como recuerdo personal de Jesús de Nazareth, acaba de reducir a la nada toda necesidad de un sacerdote consagrado. Wycliffe no llegó a este extremo; él era sacerdote, y sacerdote continuó hasta el fin de su vida, creyendo que Dios estaba presente en espíritu, ya que no en substancia, en el pan consagrado; pero su doctrina suscitó una cuestión que había de llevar a los hombres mucho más allá de su propia posición. Desde el punto de vista del historiador, la lucha contra Roma que inició Wycliffe convirtióse rapidísimamente en la lucha de lo que podríamos llamar religión racional o laica, de la libre inteligencia y la conciencia libre, contra la religión autoritaria, tradicional, litúrgica y eclesiástica. La suprema aspiración de esta lucha complejísima era despojar al cristianismo, como se había hecho en el Islam, de todo vestigio de antigua superchería sacerdotal, volver a la Biblia como única autoridad y restablecer en lo posible las enseñanzas primordiales de Jesús. La mayoría de estos fines, preciso es confesarlo, aún permanecen sin resolver hasta la fecha presente.

Los escritos de Wycliffe en parte alguna tuvieron más influencia que en Bohemia. Allá por el 1396, un checo inteligente e instruído, Juan Huss, dió una serie de conferencias en la Universidad de Praga, basadas en las doctrinas del gran maestro de Oxford. Huss fué nombrado rector de la Universidad, y sus ideas y enseñanzas hicieron que la Iglesia le excomulgase (1412). Esto fué en los tiempos del Gran Cisma, justamente antes de que el concilio de Constanza (1414-1418) se reuniese para discutir el escandaloso desorden en que se hallaba la Iglesia. Ya dijimos cómo el Cisma terminó con la elección de Martín V. El concilio aspiró a reunir totalmente, en un haz, la Cristiandad; pero los métodos por los que trataba de efectuar esta reunión pugnan con la conciencia moderna. Los huesos de Wycliffe fueron condenados a la hoguera. Huss fué atraído arteramente a Constanza so promesa de salvoconducto, y una vez allí, procesado por hereje. Se le ordenó que se retractara de algunas de sus ideas, a lo que él repuso que hasta que se le convenciera del error no lo haría; pero a esto se le replicó que su deber era retractarse, estuviese convencido o no, si sus superiores se lo exigían, punto de vista que negóse igualmente a aceptar. Pese al salvoconducto del emperador, fué quemado vivo (1415), mártir, no de una doctrina especial, buena o mala, sino del derecho al pensamiento y la conciencia libres.

Sería imposible mostrar más claramente lo que significan *clerical* y *anticlerical* de lo que fué en este proceso de Juan Huss, ni encontraríamos ejemplo más cabal de lo que es capaz el espí-

rito sacerdotal cuando se extravía. Un colega de Huss, Jerónimo de Praga, fué también quemado al año siguiente.

Estos excesos fueron seguidos de una insurrección de los hussitas en Bohemia (1419), la primera de una serie de guerras religiosas que marcaron la disolución de la Cristiandad. En 1420, el papa Martín V dictó una bula proclamando una cruzada "para la destrucción de los wycliffitas, hussitas y demás herejes en Bohemia", atrayendo así sobre este valeroso país todos los mercenarios a la sazón libres y toda la errante truhanería de Europa. Pero la verdad es que encontraron en Bohemia, dirigida por su gran caudillo Ziska, más penalidades y menos botín de lo que suelen esperar los cruzados. Los hussitas llevaban sus cosas de una manera en extremo democrática, y todo el país estaba inflamado de entusiasmo. Los cruzados sitiaron Praga, pero no consiguieron tomarla y sufrieron una serie de reveses que acabaron con su retirada de Bohemia. Una segunda cruzada (1421) tuvo el mismo poco éxito; y lo mismo fracasaron una tercera y una cuarta. Pero entonces, desgraciadamente, cayeron los hussitas en disensiones internas, y, animados por esta circunstancia, una quinta cruzada (1431), dirigida por Federico, margrave de Brandeburgo, atravesó la frontera.

El ejército de estos cruzados, con arreglo a los cálculos más bajos, consistía en 90.000 soldados de infantería y 40.000 de caballería. Atacando Bohemia por el Oeste, sitiaron primero la ciudad de Tachov; pero no logrando capturar esta ciudad, fuertemente fortificada, tomaron por asalto la pequeña villa de Mest; y tanto en ella como en el país circundante cometieron las más horribles atrocidades, contra una población en su mayor parte inocente de todo pensamiento teológico. Los cruzados, avanzando a marchas lentas, se adentraron en Bohemia, hasta llegar a las cercanías de la ciudad de Domazlice (Tauss). "Eran las tres del día 14 de agosto de 1431 cuando los cruzados, que habían acampado en el llano entre Domazlice y Horsuy Tyn, recibieron la noticia de que los hussitas, capitaneados por Prokop el Grande, se acercaban. Aunque los bohemios distaban aún más de seis kilómetros, ya se percibía el chirriar de sus carros de guerra y el canto: '¡Vosotros todos, guerreros de Dios!', entonado por toda la hueste". El entusiasmo de los cruzados evaporóse con asombrosa rapidez. Lützow ([3]) cuenta cómo el legado papal y el duque de Sajonia subieron a una colina para inspeccionar el campo de batalla. Pero, realmente, no iba a ser un campo de batalla. El campamento germano yacía en la más terrible confusión. En todas direcciones corrían los jinetes, y el estrépito de los carros, vacíos de toda carga

([3]) Lützow: Bohemia.

para hacerlos más livianos, hasta anegaba el tronido de aquel canto amenazador. Los cruzados abandonaban su botín para escapar más de prisa. En esto, llegó un mensaje del margrave de Brandeburgo aconsejando la fuga, en vista de que sus tropas no le obedecían. Como que, en realidad, éstas ya no eran peligrosas sino para ellas mismas, y el legado papal pasó una noche muy desagradable en los bosques tratando de evitar su encuentro... Así acabó la cruzada bohemia.

En 1434 estalló de nuevo la guerra civil entre los hussitas, en la que fué derrotada la sección extremista y más denodada, y en 1436 se firmó un convenio entre el concilio de Basilea y los hussitas moderados, en virtud del cual se permitió a la Iglesia de Bohemia conservar ciertas diferencias de la práctica general católica; convenio que estuvo vigente hasta la Reforma alemana en el siglo XVI.

§ 3. *La peste Grande y la Aurora del Comunismo.*

La escisión entre los hussitas se debió en buena parte a que la sección más extremista propendía hacia un comunismo primitivo, que alarmó a los nobles checos más ricos e influyentes. Ya entre los wycliffitas ingleses habían aparecido tendencias análogas. Realmente estas tendencias parecen, por ley natural, presentarse a la zaga de aquellas doctrinas de fraternidad e igualdad humana que surgen cada vez que se intenta volver a los fundamentos del cristianismo.

El desarrollo de estas ideas había sido grandemente estimulado por una inmensa calamidad que había asolado al mundo y dejado al descubierto los cimientos de la sociedad: una pestilencia de inaudita malignidad. Se la llamó la Muerte Negra, y estuvo más a punto de exterminar el género humano que ninguna otra plaga; más mortal aún que la peste de Pericles, y la peste de Marco Aurelio, y las del tiempo de Justiniano y Gregorio el Grande, que allanaron el camino de Italia a los lombardos. Surgió en el Sur de Rusia o en el Asia Central, y vino por vía de Crimea y de una nave genovesa a Génova y la Europa Occidental. Por Armenia pasó al Asia Menor, Egipto y el Norte de Africa. Llegó a Inglaterra en 1348. Dos tercios de los estudiantes de Oxford parece que murieron; calcúlase que entre un cuarto y una mitad de la población total de Inglaterra pereció por estas fechas. En toda Europa hubo una enorme mortalidad. Hecker estima el total en veinticinco millones de víctimas. Extendióse también hacia el Este, a China, donde, según las crónicas nacionales, murieron trece millones. En China, la desorganización social llevó a descuidar los diques fluviales, y la consecuencia fué que grandes

inundaciones desvastaron tierras agrícolas, donde vivían los grandes núcleos de población (4).

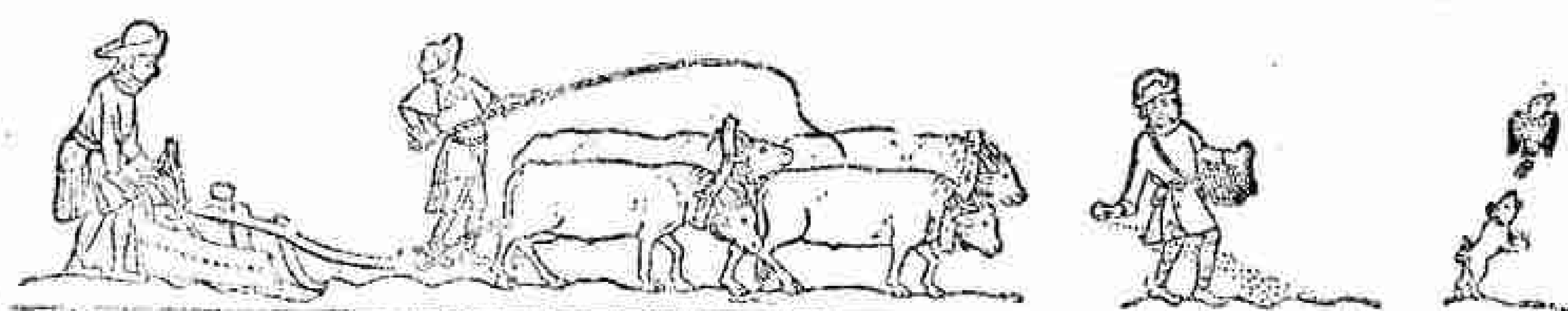
Nunca hubo tan clara advertencia a la humanidad de cesar las contiendas fratricidas, de buscar juntos el conocimiento y de reunirse contra las fuerzas oscuras de la Naturaleza. Todas las matanzas de Hulagu y Tamerlán eran una insignificancia equiparadas con ésta. "Sus estragos —dice J. R. Green— fueron más terribles en las grandes ciudades, donde las calles sucias y sin alcantarillado suministraban una guarida constante a la lepra y a la fiebre. En los campos de inhumación que la piedad de sir Walter Manny compró para los ciudadanos de Londres, lugar más tarde marcado por la Charter House, más de 50.000 cadáveres se dice que habían sido enterrados. Miles de personas murieron en Norwich, mientras en Bristol los vivos apenas daban abasto a enterrar a los muertos. Pero la Muerte Negra azotó las aldeas casi tan cruelmente como las ciudades. Más de una mitad del clero de la provincia de York se sabe que pereció; en la diócesis de Norwich, dos tercios de las parroquias cambiaron de titulares. Toda la organización del trabajo quedó completamente desarticulada. La escasez de brazos hizo difícil a los pequeños arrendatarios el cumplimiento de los servicios contratados a cambio de sus tierras, y sólo la cesión temporal de la mitad de la renta por parte de los propietarios contuvo el abandono de las tierras, que había comenzado. Durante algún tiempo, todo cultivo fué imposible. El ganado y las bestias de labranza —dice un contemporáneo— erraban por los campos en barbecho, sin que nadie pudiese cuidar de ellos".

De estos infortunios surgieron las guerras campesinas del siglo XIV. Hubo una gran carestía de trabajo y de productos, y los ricos abades y los cultivadores monásticos que poseían tan grandes extensiones de terreno, así como los nobles y los mercaderes ricos, estaban demasiado ignorantes de las leyes económicas para comprender que no debían acuciar con exceso a los trabajadores en aquellos tiempos de general desventura. Viendo sus propiedades echarse a perder gradualmente y envilecerse sus campos labrantíos, hicieron los más rigurosos estatutos, obligando a los hombres a trabajar sin alza ninguna en sus jornales e impidiéndoles desertar en busca de mejor empleo. Como no podía menos de suceder, esto provocó "una nueva revolución contra todo

(4) El Dr. C. O. Stallybrass dice que esta peste llegó a China treinta o cuarenta años después de su primera aparición en Europa. Ibn Batuta, el viajero árabe, que estuvo en China de 1342 a 1346, se encontró por primera vez con ella a su vuelta a Damasco. La Muerte Negra es la forma humana de una enfermedad endémica entre los jerbos y otros roedores pequeños en los distritos que rodean la parte superior del mar Caspio.

el sistema de desigualdad social que hasta entonces viniera pasando indisputado como orden divino del mundo. El grito del pobre encontró una terrible expresión en las palabras de *un cura loco de Kent*, como el cortesano Froissart le llama, que durante veinte años (1360-1381) encontró auditorio para sus sermones, a despecho de interdicciones y encarcelamientos, entre los robustos labriegos y hacendados que se congregaban en las iglesias de Kent. "Loco" y todo, como le llamaban los propietarios, fué en las predicaciones de Juan Ball donde escuchó por primera vez Inglaterra una declaración de igualdad natural y de los derechos del hombre. "¡Buena gente —clamaba el predicador—, las cosas nunca marcharán bien en Inglaterra mientras los bienes no sean comunes y mientras haya villanos y caballeros! ¿Por derecho de qué aquellos a quienes llamamos señores son gente de más valía que nosotros? ¿Con motivo de qué lo han merecido? ¿Por qué nos mantienen en servidumbre? Si todos venimos del mismo padre y madre, de Adán y Eva, ¿cómo pueden decir ni probar que son mejores que nosotros, si no es haciéndonos ganar para ellos con nuestro trabajo lo que ellos malgastan en su soberbia? Ellos visten terciopelos y andan calientes en sus pieles y armiños, en tanto que nosotros nos cubrimos con harapos. Ellos tienen vino y especias y buen pan fresco; nosotros tenemos penalidades y trabajos, lluvia y viento en los campos. Y, sin embargo, de nosotros y nuestro sudor es de lo que sale la riqueza de esos hombres". Un espíritu, contrario a todo el sistema de la Edad Media, alentaba en la canción popular que condensaba la doctrina niveladora de Juan Ball: "Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿quién eran entonces el caballero?" *(When Adam delved and Eve span—who was then the gentleman?)* (5).

(5) Las simientes del conflicto que trajo la revolución de los campesinos de 1381 fueron sembradas en un terreno singularmente familiar a los escritores de 1920. Una catástrofe europea había reducido la producción y, por tanto, aumentado los salarios de trabajadores y empleados. Los salarios rurales habían subido en un 48 por 100 en Inglaterra, cuando un gobierno imprudente trató de dar fuerza legal, en la Ordenanza y Estatuto de los trabajadores (1350-51), a un retorno a los precios y salarios de *ante-peste*, que podríamos decir, o sea a los de 1346, intentando también un golpe de mano en el Estatuto de 1378 contra las Ligas y Uniones del trabajo. Desesperados los villanos por la pérdida de su reciente aumento de bienestar, vino el estallido, "todo —como vió Froissart desde el ángulo de la corte— por causa del excesivo bienestar de la comunidad". Otros ingredientes que entraren en el movimiento fueron: el resentimiento producido en la nueva clase trabajadora por las restricciones impuestas a su derecho de unión, la objeción del bajo clero a las contribuciones papales y una franca antipatía a los extranjeros y terratenientes. En este levantamiento no hubo el menor asomo de influencia de Wycliffe. En el condado de Leicester fué donde tuvo menos fuerza, costando sólo la vida a uno de los hombres de Iglesia liberales de Inglaterra.—P. G.



"Tenemos fatigas y trabajos, lluvias y vientos en la campiña"....
Discurso de John Ball.

Wat-Tyler, jefe de los insurrectos ingleses, fué asesinado por el alcalde de Londres en presencia del rey Ricardo II, mozo aún (1381), y el movimiento se vino abajo. El aspecto comunista del movimiento hussita formaba parte del mismo sistema de perturbación. Poco antes que la insurrección inglesa había ocurrido la *Jacquerie* francesa (1358), en la que los campesinos franceses se habían sublevado, quemado castillos y devastado campos. Un siglo después, la misma causa debía precipitar a Alemania en una serie de sangrientas guerras rurales. Éstas comenzaron a fines del siglo XV, interviniendo en el caso de Alemania, aún más claramente que en el de Inglaterra, las perturbaciones religiosas y económicas. Una fase saliente de estos disturbios germanos fué el movimiento anabaptista. La secta de los anabaptistas apareció en Witenberga, en 1521, bajo los tres "profetas", y tomó caracteres de insurrección en 1525. Entre 1532 y 1535, los rebeldes fueron dueños de la ciudad de Münster, en Westfalia, e hicieron todo lo posible por realizar sus ideas de un comunismo religioso. Sitiada por el obispo de Münster, y bajo las penalidades y sufrimientos del cerco, apoderóse de la ciudad una especie de demencia; dícese que hubo casos de canibalismo, y un tal Juan de Yeyden adueñóse del poder, proclamándose sucesor del Rey David y siguiendo el mal ejemplo de este monarca en la práctica de la poligamia. Después de la rendición de la ciudad, el victorioso obispo mandó torturar horriblemente y ejecutar en el mercado a los jefes anabaptistas, encerrando sus cuerpos mutilados en unas jaulas, que fueron colgadas de un campanario para dar testimonio al mundo entero de que el orden y el decoro habían sido restablecidos en Münster...

Estos levantamientos populares de los países del Occidente europeo durante los siglos XIV y XV, habían sido más serios y sostenidos que cuanto sucediera antes de análogo en la Historia. Lo que más podía acercárseles son ciertos movimientos comunistas de los musulmanes en Persia.

En Normandía, hacia el año 1000, hubo una revolución campesina, y también hubo sediciones de campesinos (*bagaudoe*) en el Imperio Romano de las postrimerías, pero ninguna de la importancia de estas otras, que muestran un nuevo espíritu en el hombre.

espíritu totalmente distinto de la irremediable apatía de siervos y campesinos en las regiones originarias de la civilización, y aún más de la anárquica desesperación de los esclavos y servidores de los capitalistas romanos. Todas estas primeras insurrecciones de trabajadores que hemos mencionado fueron suprimidas con gran crueldad, pero el movimiento en sí nunca fué completamente vencido. Desde entonces acá un espíritu de rebelión se ha insinuado en las capas más bajas de la pirámide de la civilización. Ha habido fases de insurrección, fases de represión, fases de componenda y de paz relativa; pero desde entonces puede decirse que la lucha no ha cesado un momento. La veremos fulgurante en la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII, reanimada de nuevo a mediados del XIX y a comienzos de su último cuarto, y alcanzando enormes proporciones en el mundo de hoy día. El movimiento socialista del siglo XIX fué sólo una versión de esta continua rebeldía.

En muchos países, en Francia, Alemania y Rusia, por ejemplo, este movimiento laborista ha adoptado a veces una actitud hostil al Cristianismo; pero no cabe duda que este firme y, en total, creciente empuje del hombre del pueblo en Occidente contra una vida de afanoso trabajo y de servidumbre, está íntimamente asociado a la verdadera enseñanza cristiana. La Iglesia y el misionero cristiano pueden no haber intentado la propagación de doctrinas igualitarias; pero tras la Iglesia estaba la inextinguible personalidad de Jesús de Nazareth, y aun a pesar suyo el predicador cristiano sembró las simientes de la libertad y la responsabilidad, que más pronto o más tarde germinaron donde habían sido arrojadas.

Este firme y creciente levantamiento del "Trabajo"; su evolución y desarrollo hasta llegar a la conciencia de sí mismo como clase y su radio de acción mundial, unido a la existencia de universidades y escuelas, a la abundancia de libros impresos y al cada vez más múltiple y complejo proceso de investigación científica, diferencian fundamentalmente nuestro actual tipo de civilización, la "civilización moderna", de toda fase preexistente de la sociedad humana, y la caracterizan ya, a pesar de todos sus triunfos y éxitos incidentales, como algo inconcluso y transitorio. O es un embrión, o es algo condenado a morir. Acaso consiga resolver este complicado problema de trabajo y felicidad coordinados, ajustándose por sí mismo a las necesidades del alma humana; acaso fracase y termine en catástrofe como el sistema romano. Quizá sea la fase inicial de un orden de sociedad más equilibrado y satisfactorio; quizás sea un sistema destinado a hacerse pedazos y a ser sustituído por un método de asociación humana diferentemente concebido.

Como su predecesora, puede muy bien nuestra civilización actual no pasar de ser como una de esas plantas que los agricultores siembran para la fijación del nitrógeno atmosférico y que, luego, se arrancan de tierra para dejar sitio a algo mejor que ellas. Estas cuestiones constituyen las realidades efectivas de la Historia, y en todo lo que sigue las hemos de ir viendo crecer en claridad e importancia, hasta que en el último capítulo terminemos, como terminamos todos nuestros días y años, con una recapitulación de esperanzas y temores... y un signo de interrogación.

§ 4. *De cómo el papel libertó al espíritu humano.*

El desenvolvimiento de la libre discusión en Europa durante esta época de fermentación, fué enormemente estimulado por la aparición del libro impreso. Fué la introducción del papel, importado de Oriente, lo que hizo factible el método de impresión, desde hacía tiempo en ciernes. Todavía es difícil asignar a nadie el honor de la prioridad en el empleo de la imprenta para la multiplicación del libro; cuestión trivial, que ha sido profusa y absurdamente debatida. A lo que parece, sin embargo, la gloria pertenece a Holanda. En Haarlem, un tal Coster imprimía ya con tipos movibles antes del 1446. Gutenberg imprimía, poco más o menos, al mismo tiempo en Mainz. Allá por el 1465, hubo impresores en Italia, y Caxton fundó su imprenta en Westminster en 1447. Pero mucho tiempo antes de esta época ya se había conocido un uso parcial de la imprenta. Hay manuscritos del siglo XII con iniciales que parecen probar el empleo de bloques de madera.

Mucho más importante es la cuestión de la manufactura del papel. No sería exagerado decir que lo que hizo posible el renacimiento de Europa fué el papel. Éste es de origen chino, donde probablemente se remonta su uso al siglo II antes de Cristo. En el año 751 de nuestra Era, los chinos atacaron a los árabes musulmanes de Samarcanda, siendo rechazados; pero, entre los prisioneros que dejaron en manos de éstos, había varios obreros fabricantes de papel lo suficientemente expertos para poder enseñar su oficio. Todavía existen manuscritos árabes sobre papel del siglo IX. La manufactura de tan importante artículo entró en la Cristiandad, o bien por Grecia, o bien por la captura de alguna prensa morisca de papel durante la reconquista cristiana de España. Pero bajo los cristianos españoles la producción degeneró rápidamente. Hasta fines del siglo XIII no se hizo buen papel en la Europa cristiana, y entonces fué Italia quien se puso a la cabeza de la fabricación. Sólo en el siglo XIV llegó su manufactura a Alemania, pero hasta fines de este siglo no fué lo bastante abundante y barato para que la impresión de libros pudiera constituir

un negocio aceptable. A esto siguió, natural y necesariamente, la imprenta, y la vida intelectual del mundo entró en una fase nueva y mucho más vigorosa. Dejó de ser un hilo sutil, como una precaria filtración de espíritu a espíritu, para convertirse en una corriente caudalosa en la que miles primero, y millones más tarde, de espíritus, tomaban parte.

Un resultado inmediato de esta consecución de la imprenta fué la aparición de un sin fin de Biblias en el mundo. Otro, fué un abaratamiento de los libros de escuela. El aprendizaje de la lectura extendióse rápidamente. No sólo hubo un gran aumento de libros en el mundo, sino que los libros que entonces se hicieron eran más fáciles de entender. En lugar de afanarse y sudar sobre el texto escabroso, cavilando luego sobre su significado, los lectores ahora podían fácilmente pensar al mismo tiempo que iban leyendo. Con esta mayor facilidad de lectura, el mundo de lectores, como es natural, creció. El libro dejó de ser un bibelot preciosamente decorado o un misterio de erudito. La gente empezó a escribir libros para que ese público medio los leyese, en vez de contemplarlos sólo. Con el siglo XIV comienza la verdadera historia de las literaturas europeas. Nos encontramos con que los dialectos locales son rápidamente sustituídos por los idiomas nacionales, las grandes lenguas clásicas y modernas: el italiano, el inglés, el francés, el español y, más adelante, el alemán. Estos idiomas convirtiéronse en lenguas literarias en sus respectivos países; fueron perfeccionándose con el uso, puliéndose y refinándose, haciéndose cada vez más exactos y robustos, hasta llegar, por último, a hacerse tan capaces de la discusión filosófica como el griego y el latín.

§ 5. *El Protestantismo de los príncipes y el Protestantismo de los pueblos.*

Dedicaremos ahora un párrafo a ciertas aclaraciones respecto al movimiento de las ideas religiosas durante los siglos XV y XVI, introducción indispensable a la historia política de los siglos XVII y XVIII, que viene a continuación.

Tenemos que diferenciar claramente dos sistemas de oposición a la Iglesia católica completamente distintos, pero que se entremezclaron muy confusamente. La Iglesia iba perdiendo su influjo sobre las conciencias de los príncipes, de los hombres ricos y de los inteligentes, a la vez que también perdía la fe y la confianza del hombre del pueblo. El efecto del declinar de su poder espiritual sobre los primeros, se tradujo en que éstos sintieran más duramente que en lo pasado sus intervenciones, sus restricciones morales, sus pretensiones a la soberanía, a imponer tributos

y a anular convenios. Cesaron, pues, de respetar su poder y sus propiedades. Esta insubordinación de los príncipes y gobernantes ocurrió durante toda la Edad Media; pero, realmente, hasta que en el siglo XVI comenzó la Iglesia a aliarse con su antiguo antagonista el Emperador, ofreciéndole su apoyo y aceptando su ayuda en la campaña contra la herejía, no empezaron los príncipes a pensar seriamente en romper la comunión romana y crear una Iglesia propia. Pero nunca se les había ocurrido hacerlo, de no advertir que la influencia de la Iglesia sobre las masas se había relajado tanto.

La rebelión de los príncipes fué, esencialmente, una rebelión irreligiosa contra el dominio universal de la Iglesia. El emperador Federico II, con sus epístolas a sus colegas en soberanía, fué el precursor de ella. La rebelión, en cambio, del pueblo contra la Iglesia fué, tan esencialmente como la otra, religiosa. Éste no objetaba al poder de la Iglesia, sino a su debilidad. El pueblo necesitaba una Iglesia profundamente justa e intrépida que le ayudase a organizarse contra la maldad de los poderosos. Los movimientos del pueblo contra la Iglesia, dentro y fuera de ella, no fueron para libertarse de una dirección religiosa, sino para hacerla más plena y estricta. Si protestaban contra el Papa, no era porque era la cabeza religiosa del mundo, sino porque no lo era; porque era un opulento monarca terrenal, cuando debería haber sido su guía espiritual.

La lucha en Europa desde el siglo XIV en adelante era una lucha triangular. Los príncipes querían emplear las fuerzas populares contra el Papa, pero no dejar que estas fuerzas se hicieran demasiado poderosas para el propio poderío y gloria de ellos. Durante largo tiempo, la Iglesia fué de príncipe en príncipe buscando un aliado, sin comprender que el aliado perdido que necesitada recuperar era la veneración popular.

A causa de este triple aspecto de los conflictos mentales y morales que tuvieron lugar en los siglos XIV, XV y XVI, la serie de cambios subsiguientes, conocidos colectivamente en la Historia por la *Reforma*, tomaron también un triple aspecto. Así, hubo la Reforma con arreglo a los príncipes, que querían poner dique al torrente de dinero que se trababa la sima de Roma y apoderarse de la autoridad moral, la dirección educativa y las posesiones materiales de la Iglesia dentro de sus respectivos dominios. Hubo la Reforma con arreglo al pueblo, que quería hacer del cristianismo una fuerza contra la injusticia, y especialmente contra la injusticia y falta de equidad de los ricos y poderosos. Y, por último, hubo la Reforma dentro de la Iglesia, de la cual San Francisco de Asís fué el precursor, que quería restablecer

la bondad de la Iglesia y, por medio de esta bondad, restaurar su poderío.

La Reforma con arreglo a los príncipes tomó la forma de una sustitución del Papa por el príncipe como cabeza de la religión y director espiritual de su pueblo. Los príncipes no tenían la menor idea ni intención de dejar libertad de juicio a sus súbditos, sobre todo con las lecciones de los hussitas y anabaptistas a la vista; trataban simplemente de establecer Iglesias nacionales dependientes del trono. Al separarse de la comunión romana Inglaterra, Escocia, Suecia y Bohemia, los príncipes y gobernantes mostraron la mayor solicitud por conservar lo más posible el movimiento bajo su dirección. Así, no tenían inconveniente en permitir toda la reforma que se quisiera, mientras ésta sólo tuviera por objeto apartarse de Roma; pero, en cuanto aparecían síntomas de cualquier peligrosa inclinación a volver a las doctrinas primitivas de Cristo o a la interpretación directa de la Biblia, ya era otra cosa. La Iglesia oficial de Inglaterra es una de las más típicas y afortunadas componendas o transacciones que resultaban. Así, esta Iglesia es todavía sacramental y sacerdotal, pero su organización se concreta en la corte y en el Lord Canciller, y aunque pudieran estallar, como de hecho suelen estallar, ideas subversivas entre las filas más bajas y menos prósperas de su clero, es absolutamente imposible para ellos abrirse paso a ningún puesto de influencia o autoridad.

La Reforma con arreglo al hombre del pueblo fué muy diferente en espíritu de esa Reforma de los príncipes. Ya hemos dicho algo de las tentativas populares de reforma en Bohemia y Alemania. Los grandes terremotos espirituales de la época fueron a la vez más honrados, más confusos, más constantes y de menos éxito inmediato que las reformas de los príncipes. Muy contados hombres de espíritu religioso tuvieron la audacia de romper abiertamente con toda enseñanza autorizada y de confesar que, de allí en adelante, fiaban exclusivamente en su propio juicio y conciencia. Esto requería un altísimo valor intelectual. La inclinación general del hombre del pueblo durante este período en Europa era a contraponer la autoridad de su nueva adquisición, la Biblia, a la autoridad de la Iglesia. Este fué, particularmente, el caso del eminente caudillo del protestantismo alemán, Martín Lutero (1483-1546). En toda Alemania, y realmente en toda la Europa Occidental, había ahora un sin fin de hombres deletreando las apretadas páginas de la Biblia, recién, el *Levítico* y el *Cantar de Salomón* y el *Apocalipsis de San Juan*, libros extraños y desconcertantes, leídos y meditados junto a la historia sencilla y conmovedora del Jesús de los Evangelios. Como era inevitable, estos libros, dieron lugar a ideas muy singula-

res y a interpretaciones grotescas; y lo sorprendente es que no fueran aún más singulares y más grotescas. Pero la razón humana es una cosa muy terca, y criticará y elegirá a pesar de sus propias resoluciones. La mayoría de aquellos nuevos estudiantes de la Biblia tomaron de ella lo que estaba de acuerdo con sus conciencias e ignoraron sus contradicciones y enigmas. Pero en toda Europa también, doquiera se erigían las nuevas Iglesias protestantes de los príncipes, quedaba un residuo vivo y activísimo de protestantes que se negaban a que les fuese fraguada de este modo su religión. Estos eran los *noconformistas*, miscelánea de sectas, sin otro vínculo en común que su resistencia a una religión autoritaria, fuese del Papa o del Estado ([6]). La mayoría, pero no todos estos noconformistas, se refieren a la Biblia, como a un guía autorizado y de inspiración divina. Esta fué una posición más bien estratégica que estable, y la moderna inclinación del noconformismo ha ido, de esta bibliolatría original, a un reconocimiento mitigado y sentimentalizado de las simples enseñanzas de Jesús de Nazareth. Más allá de las filas del noconformismo, más allá de las filas de todo cristianismo profesado, también hay hoy una creciente y muy considerable masa de creencias igualitarias y de impulsos altruístas en las civilizaciones modernas, que seguramente debe, como ya dijimos, su espíritu al cristianismo y que comenzó a aparecer en Europa al empezar la Iglesia a perder su dominio sobre el espíritu del pueblo.

Digamos ahora una palabra de la tercera fase del proceso de la Reforma, o sea: la Reforma dentro de la Iglesia. Esta ya había comenzado en los siglos XII y XIII con la aparición de los dominicos y franciscanos (v. cap. XXXIII, párrafo 13). En el siglo XVI, y cuando más falta hacía, vino un nuevo impulso del mismo género. Tal fué la fundación de la Sociedad de Jesús por Iñigo López de Recalde, mejor conocido del mundo actual como San Ignacio de Loyola.

La mocedad de Ignacio fué como la de cualquier mancebo español de la época, robusto y valiente. Era de inteligencia despejada, mañoso y apasionado de hazañas de denuedo y de gloria aparatosa. Sus aventuras galantes fueron atrevidas y pintorescas. En 1521, los franceses tomaron al emperador Carlos V la ciudad de Pamplona, siendo Ignacio uno de sus defensores. Tuvo las piernas quebradas por una bala de cañón y fué cogido prisionero. Una de las piernas fué mal compuesta y tuvo que ser rota de nuevo, operaciones dolorosas y complicadas que casi le costaron la vida. Recibió los últimos sacramentos, que le hicie-

([6]) Pero, como se verá en el § 11 de este capítulo, el noconformismo fué aniquilado en Alemania.

ron tal efecto, que aquella misma noche dió principio su conversión. Al llegar a la convalescencia, vió ante sí la perspectiva de una vida posible de lisiado. Sus pensamientos acabaron de fijarse en la religión. Meditando unas veces en cierta gran dama, y en la manera de ganar su admiración por algún hecho hazañoso, compatible con su misera condición presente, y otras veces en convertirse, por modo especial y personalísimo en el Caballero de Cristo, he aquí que en medio de estas confusiones, y según el mismo nos cuenta, una noche, como yaciera despierto, vino una nueva gran dama a reclamar su atención: la bienaventurada Virgen María con el niño Jesús en brazos apareciósele e "inmediatamente apoderóse de él la repugnancia por toda su vida pasada". Resolvió renunciar a toda idea de mujer terrena, y llevar una vida de absoluta castidad y devoción a la Madre de Dios, proyectando grandes peregrinaciones y una vida monástica.


San Ignacio de Loyola

Su método final de pronunciar sus votos nos le muestra como compatriota genuino del gran Don Quijote. Habiendo recobrado las fuerzas, y cabalgando sin rumbo fijo por el mundo, caballero de fortuna, sin un cuarto en la bolsa y con poco más que sus armas y la mula en que cabalgaba, he aquí que el azar del camino le dió por compañero a un moro. Platicando sosegadamente llevaban recorrido un buen trecho de camino, cuando el coloquio vino a recaer sobre cuestiones de religión. El moro era, sin disputa, el más culto de los dos, y no le fué difícil llevar la mejor parte en la argumentación, diciendo ciertas cosas, ofensivas para la Virgen María, nada fáciles de contestar. Al fin, separóse victoriosamente de Ignacio, dejando al incipiente Caballero de Nuestra Señora ardiendo en vergüenza e indignación Por un momento, vaciló entre seguir al moro y darle muerte, o proseguir la peregrinación proyectada. Al llegar a una encrucijada del camino, dejó la decisión a su mula, que optó por dejar con vida al infiel. Ignacio llegó a la abadía benedictina de Manresa, cerca de Montserrat, y allí imitó a aquel héroe sin segundo en la literatura romancesca medioeval, Amadís de Gaula, velando como él toda una noche ante el altar de la Santa Virgen. Regaló su mula a la abadía, dió sus ropas mundanas a

un mendigo, dejó su espada y daga en el altar y se vistió con un burdo hábito de estameña y unas sandalias de esparto. Ingresó luego en un hospicio de las cercanías y entregóse a la penitencia, disciplinándose y practicando otras austeridades semejantes. Durante toda una semana ayunó estrictamente. De aquí, partió en romería a la Tierra Santa.

Durante algunos años estuvo viajando devorado por la idea de fundar una nueva orden de caballería religiosa, pero sin saber claramente cómo atinaría en su empresa. Cada vez tenía más conciencia de su ignorancia, y la Inquisición, que empezaba a interesarse en sus andanzas, le prohibió intentase enseñar a los demás hasta que él mismo hubiese dedicado cuatro años, cuando menos, al estudio. Tanta crueldad e intolerancia se echan sobre las espaldas de la Inquisición, que es grato recordar que en sus relaciones con este hombre, entusiasta, temerario e imaginativo dió pruebas de comprensión y su posible aprovechamiento, y vió los peligros de su ignorancia. Ignacio estudió en Salamanca y París, entre otros sitios. Fué ordenado presbítero en 1538, y un año después su tan soñada orden fué fundada bajo el título militar de "Compañía de Jesús". Como el moderno *Ejército de Salvación* inglés, intentó poner las tradiciones generosas de la disciplina y la organización militar al servicio de la religión.

Este Ignacio de Loyola que fundó la orden jesuítica, era un hombre de cuarenta y siete años: muy diferente, mucho más discreto y juicioso que aquel mozuelo un tanto absurdo que imitaba a Amadís de Gaula y hacía vela en la abadía de Manresa; y la organización misionaria y educativa que había creado y puesto a disposición del papa era uno de los más poderosos instrumentos que había manejado nunca la Iglesia. Aquellos hombres hacían don libre e ilimitado de sí mismos a la Iglesia. Fué la orden de los jesuitas la que llevó de nuevo el cristianismo a China, después de la caída de la dinastía Ming, y jesuitas fueron los principales misioneros de la India y de Norteamérica. Más adelante aludiremos a su obra civilizadora entre los indios de América del Sur; pero su hazaña capital consiste en haber elevado el nivel de la educación católica. Sus escuelas fueron y continuaron siendo durante largo tiempo, las mejores escuelas de la Cristiandad. Dice Lord Verulam (o sea Sir Francis Bacon): "En cuanto a la parte pedagógica... consúltense las escuelas de los jesuitas, pues nada mejor ha sido puesto en práctica". Elevaron el nivel de la inteligencia, avivaron la conciencia de toda la Europa católica, estimularon a la Europa protestante a competir en esfuerzo educativo... Es muy posible que algún día veamos una nueva orden de jesuitas, consagrada no ya al servicio del papa, sino al servicio de la humanidad.

Concurrentemente con esta gran ola de esfuerzo educativo, el tono y calidad de la Iglesia también fueron considerablemente mejorados por la clarificación de doctrinas y las reformas de organización y disciplina que llevó a cabo el Concilio de Trento. Este concilio se reunió intermitentemente en Trento o Bolonia, de 1545 a 1563, y su obra fué tan importante, por lo menos, como la energía de los jesuitas en el trabajo de poner dique a los crímenes y desatinos que estaban siendo causa de que Estado tras Estado se separasen de la comunión romana. El cambio producido por la Reforma dentro de la Iglesia de Roma fué tan grande como el producido en las Iglesias protestantes que se segregaron del cuerpo matriz. A partir de entonces, ya no hay grandes escándalos ni cismas dignos de mención. Pero, en todo caso, si algo hubo fué una intensificación de estrechez doctrinaria, y momentos de vigor imaginativo como el papado de Gregorio El Grande, o el grupo de papas asociados con Gregorio VII y Urbano II, o el que comenzara con Inocencio III, no vienen ya a realzar la narración enjuta y pedestre. La guerra mundial de 1914-1918 fué una oportunidad única para Roma, la ocasión evidente para que una voz autorizada proclamase, por encima de la pasión patriótica, la obligación universal de justicia, la fraternidad de los hombres, los dictados del bienestar humano. Pero tal impulso director no se hizo sentir. El papado pareció titubear todo el tiempo entre su tradicional adhesión a los fieles Habsburgos y su querella con la Francia republicana.

§ 6. *El nuevo despertar de la Ciencia.*

Por lo expuesto, no debe suponer el lector que la crítica destructora de la Iglesia católica y del cristianismo católico, y la impresión y estudio de la Biblia, fueron las únicas, ni aun más importantes, actividades intelectuales de los siglos XIV y XV. Aquél fué simplemente el aspecto popular y más saliente de renacimiento intelectual de la época. Tras este despertar del pueblo al pensamiento y la discusión, desarrollábanse otros movimientos, menos sorprendentes en apariencia, pero de mayor importancia mental en último término: movimientos sobre cuyos rumbos daremos ahora algunas breves indicaciones. Ya mucho tiempo antes de que hubiese libros impresos habían comenzado estos movimientos, pero fué la imprenta lo que los sacó de la oscuridad.

Dijimos ya algo de la primera aparición de la libertad de pensamiento y el libre examen entre los hombres. Un nombre aparece como central en el registro de esta primera tentativa de conocimiento sistemático: el nombre de Aristóteles. También hemos apuntado la breve fase de trabajo científico en Alejandría. A par-

tir de este momento los arduos conflictos económicos, políticos y religiosos de Europa y el Asia Occidental fueron un obstáculo a ulteriores progresos intelectuales. Estas regiones, como hemos visto, cayeron durante el dominio del tipo oriental de la monarquía y de las tradiciones religiosas orientales. Roma intentó y abandonó un sistema industrial basado en la esclavitud. El primer gran sistema capitalista se desevolvió y cayó en el caos a causa de su propia podredumbre. Europa recayó en un periodo de general incertidumbre y peligro. El semita se levantó contra el ario, y en toda el Asia Occidental y en Egipto substituyó la civilización helénica por una civilización árabe. Toda el Asia Occidental y la mitad de Europa cayeron bajo la influencia mongola. Hasta los siglos XII y XIII no encontraremos la inteligencia nórdica luchando de nuevo por lograr expresión.

En las Universidades en formación de París, Oxford y Bolonia encontraremos poco más tarde una creciente vena de discusión filosófica, que, en su forma exterior, semejaba una discusión de cuestiones lógicas. Como base de estas controversias encontramos sólo una parte de las doctrinas de Aristóteles, no la masa total de escritos que dejara en pos suyo, sino su *Lógica* únicamente. Más tarde, su obra fué mejor conocida, a través de las traducciones latinas de la edición arábiga anotada por Averroes. Aparte de estas traducciones, por cierto abominables, apenas se leyó en la Europa occidental literatura filosófica griega hasta el siglo XV. Platón, tan creador y tan artista —y tan diferente del científico Aristóteles—, casi era desconocido. Algunos escritores neoplatónicos eran conocidos, pero el neoplatonismo tenía, poco más o menos, la misma relación con Platón que la Ciencia Cristiana *(Christian Science)* con Cristo.

Ha sido usual entre los escritores modernos tachar las discusiones filosóficas de los escolásticos medioevales de fútiles y tediosas; pero en realidad, estaban muy lejos de ser semejante cosa. Estas discusiones tenían forzosamente que conservar una forma árida y severa, de orden técnico, a causa de los dignatarios de la Iglesia, ignaros e intolerantes, en acecho de la herejía. Carecían, por consiguiente, de la dulce claridad del pensamiento que nada recela. Muchas veces no hacían sino apuntar lo que no podían decir abiertamente. Pero ocupábanse de cosas de importancia fundamental, llevaron a cabo una lucha larga y necesaria para aclarar y corregir algunos defectos y vicios innatos del espíritu humano, y son muchos los que hoy disparatan y yerran peligrosamente por descuidar el estudio de cosas que estos escolásticos tenían discutidas y archisabidas.

Es tendencia natural y del entendimiento humano exagerar las diferencias y semejanzas en que se basan las clasificaciones,

suponer que las cosas llamadas con nombres distintos son completamente distintas, y que las cosas llamadas por el mismo nombre son realmente idénticas; pero esta tendencia a exagerar la clasificación produce infinitos males e injusticias. En la esfera de las razas o nacionalidades, por ejemplo, un *europeo* tratará, por regla general, a un *asiático* como si fuera un animal absolutamente distinto, en tanto que se sentirá inclinado a considerar a otro europeo como, necesariamente, tan virtuoso, y encantador como él mismo. Y no hay que decir que, en cualquier conflicto, siempre tomará el partido de los europeos contra los asiáticos. Pero, como el lector de esta Historia ya habrá podido darse cuenta, no hay tal diferencia como la implicada por la oposición de esos nombres. Es un fantasma de diferencia creado por dos nombres...

La principal controversia medioeval fué entre los "realistas" y los "nominalistas" y conviene advertir al lector que la palabra *realista*, en las discusiones medioevales, tenía un sentido casi diametralmente opuesto al que tiene en la jerga de la crítica moderna. El *realista* moderno es el que insiste en los detalles materiales; el *realista* medioeval estaba mucho más cerca de lo que hoy llamaríamos un *idealista*, y su desprecio por la minucia incidental era profundo. Los realistas sobrepujaban la tendencia del vulgo a exagerar el sentido de especie. Sostenían que había algo en el nombre, esto es, en el nombre sustantivo, que era esencialmente real. Por ejemplo: sostenían que había un *europeo* típico, un europeo ideal, mucho más real que cualquier europeo individual. Todo europeo era, por decirlo así, un fracaso, un alejamiento, un ejemplar defectuoso de esa otra realidad más profunda. En cambio, el *nominalista* sostenía que las únicas realidades, en este caso, eran los europeos individuales, y que el nombre de *europeo* no era otra cosa que un nombre aplicado a todos aquellos ejemplos.

Nada tan difícil como la comprensión de las controversias filosóficas, que son, por su naturaleza, prolijas y varias y teñidas por los colores mentales de una porción de entendimientos diversos. Así, toscamente expuesta la diferencia entre realista y nominalista, cualquier lector no avezado a la discusión filosófica, se sentiría dispuesto a dar la razón a los nominalistas. Pero la cuestión no es tan sencilla que pueda ser resuelta con un solo ejemplo, y más teniendo en cuenta que hemos elegido deliberadamente un ejemplo extremo. Los nombres y las clasificaciones difieren en su valor y en su realidad. En tanto que es absurdo suponer que pueda existir una profunda diferencia específica entre los hombres que se llaman Tomás y los que se llaman Guillermo, o que hay un Tomás y Guillermo ideales y quintaesenciados, puede, en cambio, haber mucho más profundas diferencias entre un hombre blanco y un hotentote, y aún más, entre el *homo sapiens* y el *homo nean-*

derthalensis. Y así como la distinción entre la especie de animales falderos y la especie de animales útiles estriba sólo en leves diferencias de costumbres y aplicación, la diferencia de un gato y un perro es tan profunda, que el microscopio puede señalarla en una gota de sangre o un pedacito de pelo. Cuando se considera este aspecto de la cuestión, compréndese que el nominalismo tuviera que abandonar al fin la idea de que los nombres son tan insignificantes como etiquetas, y que, de un nominalismo revisado y corregido, saliera esa tentativa sistemática de encontrar la *verdadera* —la más significativa y fructuosa— clasificación de las cosas y substancias que se llama *investigación científica*.

Y casi tan evidente como esto será que, mientras la tendencia del *realismo*, que es la natural tendencia de todo espíritu libre, iba hacia el dogma, las divisiones rigorosas, los juicios rotundos y las actitudes intransigentes, la tendencia del *nominalismo* primitivo y posterior fuese hacia las exposiciones autorizadas, hacia un examen de los casos individuales y hacia la investigación, la experimentación y el escepticismo.

Así, en tanto que en la plaza pública comentaba el pueblo la moral y la integridad del clero, la buena fe y la conveniencia de su celibato y la equidad de los impuestos papales; mientras en los círculos teológicos se trataba de la cuestión de la transubstanciación y otros temas análogos, en las bibliotecas y gabinetes de estudio se iba desarrollando una crítica de los métodos usuales de enseñanza católicos de mucho mayor alcance. No podemos tratar aquí de dar su justa significación en este proceso a nombres como los de Pedro Abelardo (1079-1142), Alberto el Grande (1193-1280) y Tomás de Aquino (1225-1274). Estos hombres trataron de reconstruir el catolicismo sobre un sistema más firme de raciocinio, apoyándose en el nominalismo. Entre sus principales críticos y sucesores hay que nombrar a Duns Scotus (?-1308), franciscano salido de Oxford y a juzgar por su pensamiento asiduo y sus cautas sutilezas, de origen escosés, y al inglés Occam (?-1347). Estos dos, como Averroes (V. capítulo XXXII, § 8), establecieron una distinción precisa entre la verdad teológica y la verdad filosófica; pusieron la teología en la cima de todo, es cierto, pero la pusieron donde ya no pudiese obstruir la obra de investigación; Duns Scotus declaró que era imposible probar por el razonamiento la existencia de Dios o de la Trinidad o la veracidad de la Creación; Occam aún insistió más en esta separación, que evidentemente libertaba la investigación científica de la fiscalización dogmática. Una generación posterior, beneficiando de esta libertad conseguida por aquellos verdaderos precursores, e ignorando las fuentes de su libertad, tuvo la ingratitud de usar el nombre de Scotus como sinónimo de estupidez, y de ahí la pala-

bra inglesa *dunce* (zote, zopenco, tonto). "Occam, que es sin embargo, un escolástico, nos da la justificación escolástica del espíritu que ya entreviera Roger Bacon y que debía entrar en vigor en los siglos XV y XVI", escribe el Profesor Pringle Pattison (7).

Aparte de todos, por derecho de su genio personalísimo, nos encontramos a este Roger Bacon (1210, próximamente — 1293, poco más o menos), que también fué inglés, y realmente de los más típicos, irritable, apresurado, honesto y astuto. Franciscano de Oxford, como Scotus, puede decirse que se adelantó en dos siglos a su época. He aquí lo que de él dice H. O. Taylor: "La carrera de Bacon fué una tragedia intelectual, conforme a los viejos principios del arte trágico, a saber: que el carácter del héroe sea grande y noble, pero no sin tacha; y que el fatal desenlace provenga del carácter, y no del simple azar. Murió anciano y, tanto en su mocedad como en su senectud, devoto del conocimiento tangible. Su persecución de un conocimiento que no era ya exclusivamente de erudición o sabiduría, habia encontrado obstáculos en la orden de la cual era un miembro infeliz y rebelde; fatalmente, sus logros y consecuciones fueron deformados íntimamente por los principios que aceptara de su época. Pero él era responsable de la aceptación de aquellas ideas circulantes; y así como sus opiniones suscitaron la desconfianza de sus cofrades, así su intratable carácter consiguió atraerse la enemiga de éstos. Un gran don de persuasión y un tacto exquisito habrían hecho falta para poder inculcar, en pleno siglo XIII, ideas tan nuevas como las suyas y poder escapar a la persecución consiguiente. Bacon, en cambio, atacó hombres e instituciones sin el menor tacto, equidad ni mesura. De su vida, aparte de sus alusiones a sí mismo y a los demás, apenas sabemos nada; y aquéllas son insuficientes para tramar ni siquiera un delgado hilo de narración. Nació; estudió en Oxford; fué a París, estudió y experimentó; vuelve a Oxford y se hace franciscano; estudia, enseña, se hace sospechoso a la Orden; es enviado de nuevo a París, sometido a vigilancia; recibe una carta del Papa; escribe, escribe, escribe (sus tres obras más conocidas); cae en nuevas cuitas, es confinado durante una porción de años, puesto en libertad y muerto, tan muerto en cuerpo y gloria, que hasta pasados cinco siglos no se exhuma, parcialmente, su obra" (8).

La mayor parte de estas "tres obras mas conocidas" es un ataque vehemente y a veces insultante, pero justísimo en su fondo, contra la ignorancia de su época, unido a una extraordinaria

(7) *Encyclopoedia Britannica*, artículo *Escolasticismo*.
(8) Henry Osborn Taylor: *El Espíritu medioeval*.

abundancia de sugestiones para el incremento de la cultura y la ciencia. En su apasionada insistencia sobre la necesidad de la experimentación y de coleccionar los conocimientos, revive el espíritu de Aristóteles. "Experimentación, experimentación", tal es el estribillo de Roger Bacon. Sin embargo, éste abominaba de Aristóteles. Y abominaba de él porque los hombres, en lugar de afrontar valientemente los hechos, se encerraban en sus cuartos de estudio a meditar sobre las malas traducciones latinas del maestro, que eran por aquel entonces las únicas existentes. "Si yo pudiese hacer mi voluntad —escribe, con su habitual desmesura— quemaría todos los libros de Aristóteles, pues el estudio de ellos sólo puede conducir a perder el tiempo, ocasionar el error y aumentar la ignorancia", sentimiento que probablemente habría hallado eco en el mismo Aristóteles, de poder éste volver a un mundo donde sus obras, más que leídas, eran adoradas, y esto, como Roger Bacon puso bien de manifiesto, en las más abominables versiones.

En todos sus libros, un tanto disfrazado por la necesidad de ajustarlo todo a la ortodoxia, por temor a la prisión o a algo todavía peor, Roger Bacon gritaba a la humanidad: "¡Cesad de dejaros gobernar por dogmas y autoridades; *mirad al mundo!*". Cuatro principales fuentes de ignorancia denunciaba: el respeto a la autoridad, la costumbre, el sentido de la muchedumbre ignorante y nuestra vana resistencia instintiva a toda enseñanza. Pero venced éstas, y un mundo de poderío se abre ante el hombre. "Pueden crearse máquinas para la navegación, sin necesidad de remeros, de manera que grandes navíos, tanto fluviales como marítimos, guiados por un solo hombre, puedan andar con más velocidad que si estuviesen llenos de hombres. Igualmente, pueden hacerse carros que sin tracción animal sean capaces de moverse *cum impetu inoestimabili*. Y también son posibles las máquinas de volar, agenciadas de modo que un hombre pueda sentarse en medio de ellas y mover un mecanismo que haga batir en el aire unas alas artificiales, a la manera de las aves voladoras".

Occam, Rogelio Bacon, tales son los primeros precursores de un gran movimiento europeo, que había de huir del *realismo* hacia la realidad. Durante algún tiempo, las viejas influencias lucharon contra el naturalismo de los nuevos nominalistas. En 1339, los libros de Occam fueron prohibidos y el nominalismo solemnemente condenado. Hasta en el 1473 se llevó a cabo una tentativa, trasnochada y sin éxito, para obligar por juramento a los maestros de París a enseñar y preconizar el realismo. Y puede decirse que hasta el siglo XVI, con la difusión del libro y una mayor cultura, no se logró afirmar el movimiento del absolutismo hacia la experimentación y hacer que un investigador cooperase con otro.

Durante todo el siglo XIII y XIV la experimentación de cosas materiales fué en aumento, y una porción de conocimientos fueron ganados, pero no hubo el menor progreso de relación. Llevábase a cabo la obra científica de una manera personal y casi furtiva. De los árabes había venido a Europa una tradición de investigación aislada, y puede asegurarse que un considerable trabajo científico fué llevado a cabo, de un modo privado y misterioso, por los alquimistas, a quienes han dado en despreciar bastante injustamente los escritores modernos. Estos alquimistas estaban en estrecha relación con los obreros metalistas y vidrieros y con los herbolarios y droguistas de la época; y no cabe duda que lograron apoderarse de muchos secretos de la naturaleza; pero estaban obsesionados por ideas y ambiciones de orden práctico; no buscaban el conocimiento, sino el poderío; el hacer oro de materias más baratas, el perpetuar la existencia humana por medio del elixir de larga vida, y otros sueños pueriles por el estilo, era lo que les interesaba. Incidentalmente, aprendieron mucho en su rebusca de "la piedra filosofal" sobre venenos, tintes, metalurgia, etc.; descubrieron varias substancias refractarias, y abrieron el camino hacia el cristal transparente, y, por tanto, hacia las lentes e instrumentos ópticos; pero, como los hombres de ciencia nos lo predican constantemente, y como los hombres *positivos* se niegan aún a admitir, sólo cuando se busca el conocimiento por el conocimiento mismo, sin adherencias utilitarias, es cuando éste nos otorga en abundancia los más ricos e inesperados dones. Todavía el mundo actual está más dispuesto a gastar dinero en investigaciones técnicas que en la ciencia pura. La mitad de nuestros hombres de laboratorio aún sueñan en patentes y procedimientos secretos. Por mucha befa que hagamos de ellos, lo cierto es que hoy vivimos todavía en la era de los alquimistas. El "hombre de negocios" de hoy día aún piensa en la investigación como en una especie de piedra filosofal que ha de enriquecerle.

Intimamente asociados con los alquimistas venían los astrólogos, que también eran una raza de hombres *prácticos*. Estudiaban las estrellas... para predecir el destino. Carecían de esa fe y comprensión más amplias que inducen al hombre simplemente a estudiar.

Hasta el siglo XV no empezaron las ideas que Roger Bacon expresó por primera vez a dar sus primeros frutos en nuevos conocimientos y un horizonte cada vez más ancho. Entonces, súbitamente, al alborear el siglo XVI y recobrarse el mundo de la tormenta de disturbios sociales que había seguido a las pestes del XIV, la Europa occidental ofreció una constelación de grandes nombres que eclipsan las mejores reputaciones científicas del siglo

de oro griego. Como el lector observará, casi todas las naciones contribuyeron, pues la ciencia no conoce nacionalidad.

Uno de los primeros y más espléndidos de esta constelación es el florentino Leonardo da Vinci (1452-1519), hombre de una visión de la realidad casi milagrosa. Fué naturalista, anatómico, ingeniero, a la par que un grandísimo artista. Fué el primer hombre moderno que comprendió la verdadera naturaleza de los fósiles (9), dejó cuadernos de notas que todavía nos asombran, estuvo convencido de la posibilidad del vuelo mecánico. Otro gran nombre es el de Copérnico, un polaco (1473-1543), que hizo el primer análisis claro de los movimientos de los cuerpos celestes y demostró que la tierra se mueve alrededor del sol. Tycho Brahe (1546-1601), danés que trabajaba en la Universidad de Praga, rechazó esta última creencia, pero sus observaciones sobre los movimientos celestes fueron del máximo valor a sus sucesores, y especialmente al alemán Kepler (1571-1630). Galileo Galilei (1564-1642) fué el fundador de la ciencia de la dinámica. Antes de él, creíase que un peso cien veces mayor que otro, caería cien veces más de prisa. Galileo negó esto. En lugar de argüir sobre ello como un erudito y un hidalgo, sometió la cuestión a la prueba experimental, dejando caer dos pesos desiguales de una de las galerías superiores de la torre inclinada de Pisa, con gran escándalo de todos los hombres doctos. Hizo lo que puede decirse que fué el primer telescopio y desarrolló las ideas astronómicas de Copérnico; pero la Iglesia, en lucha denodada aún contra el entendimiento, decidió que la creencia de que la tierra era más pequeña que el sol quitaba al hombre y al cristianismo toda importancia y disminuía la trascendencia del papa; de manera que Galileo, bajo terribles amenazas de castigo, siendo ya un anciano de sesenta y nueve años, tuvo que retractarse y volver a colocar la tierra en su sitio, como centro inconmovible del universo. Arrodillado ante diez cardenales vestidos de escarlata, asamblea lo bastante augusta para intimidar a la misma verdad, recompuso la creación que se había atrevido a desarreglar. La historia cuenta que, al incorporarse, después de repetir su retractación, no pudo menos de murmurar entre dientes: *"Eppur si muove!"* ("¡Y, sin embargo, se mueve!").

Newton (1642-1729), nació en el año de la muerte de Galileo. Con su descubrimiento de la ley de gravitación completó la clara visión del universo constelado que tenemos hoy. Pero Newton nos lleva al siglo XVIII, demasiado lejos para el presente capítulo. Entre los nombres más primitivos, sobresale el del Doctor Gilbert (1540-1603), de Colchester. Roger Bacon había predicado la experimentación: Gilbert fué uno de los primeros en practicarla. Es indudable que su obra, que versó principalmente sobre el magnetismo, contribuyó a formar las ideas de Francisco Bacon, Lord Verulam (1561-1626), Lord Canciller de Jaime I de Inglaterra. Este Francisco Bacon ha sido llamado el "padre de la filosofía experimental", pero su parte en el desarrollo de la obra científica se ha exagerado en demasía (10). Como dice Sir R. A. Gregory, "no fué el fundador, sino el apóstol", del método científico. Su mayor servicio a la ciencia fué un libro de fantasía: *La Nueva Atlantis*. "En su *Nueva Atlantis*, Francisco Bacon planeó en lenguaje un tanto caprichoso un palacio de invención, un gran templo de la ciencia, que tenía por objeto el organizar, con arreglo a principios de la más alta eficacia, la prosecución del conocimiento en todas sus diversas ramas".

(9) V. el cap. II, § 1, al final

De este ensueño utópico surgió la Real Sociedad de Londres, que obtuvo cédula real de Carlos II en 1662. El fin y la virtud esencial de esta Sociedad era y es la *divulgación*. Su fundación marca un paso definitivo de la investigación aislada a la obra en colaboración, de las recónditas y solitarias rebuscas del alquimista a la publicación y discusión abierta que son el alma del moderno proceso científico. Pues el verdadero método científico consiste: en no fiar de ningún informe sin la debida comprobación, en someterlo todo a las pruebas más rigurosas posibles, en no guardar secreto alguno, en no intentar ningún monopolio, en dar lo mejor de uno modesta y llanamente, sin otro fin que el conocimiento puro.

La ciencia, tanto tiempo adormecida, de la anatomía fué revivida por Harvey (1578-1657), que demostró la circulación de la sangre. Más tarde, el holandés Leeuwenhoek (1632-1723) aplicó el primer microscopio rudimentario a escudriñar las ocultas minucias de la vida.

Estos son sólo algunos de los astros más brillantes de esa creciente muchedumbre de hombres que, desde el siglo XV hasta nuestros tiempos, cada vez con más energía colectiva, han iluminado nuestra visión del universo y aumentado nuestras fuerzas vitales.

§ 7. *Nuevo desenvolvimiento de las ciudades europeas.*

Nos hemos ocupado tan detenidamente de la recrudescencia de los estudios científicos en la Edad Media a causa de su suprema importancia en el desarrollo de la humanidad. A la larga, Rogelio Bacon es de más trascendencia para ésta que cualquier

(10) V. Gregory: *Discovery*, cap. VI.

monarca de su tiempo. Pero el mundo contemporáneo, en su mayor parte, nada sabía de esta actividad latente en bibliotecas, gabinetes de estudio y laboratorios de alquimista, que no iba a tardar en alterar todas las condiciones de la vida. La Iglesia sí se dió cuenta de lo que se preparaba, pero únicamente a causa de la negligencia de sus decisiones finales. Ella había decidido que la tierra era el centro mismo de la creción de Dios y que el papa era el señor, por derecho divino, de la tierra. Las ideas del hombre sobre estos puntos esenciales no debían, a su entender, ser perturbadas por ninguna enseñanza contraria. Con obligar, por ejemplo, a decir a Galileo que la tierra no se movía, se daba por satisfecha; sin comprender, aparentemente, lo ominoso que era para ella que, a pesar de todo, se moviese.

En todo este período de las postrimerías de la Edad Media, hubo un gran desarrollo social e intelectual en el Occidente europeo. Pero el entendimiento humano suele darse más cuenta de los hechos nuevos que de los cambios, y los hombres, en su mayoría, lo mismo ahora que entonces, se apegan a sus propias tradiciones aunque la decoración varíe en torno de ellos.

En un esquema tan sucinto como éste, es imposible acumular los infinitos hechos y sucesos de la Historia que nos muestren claramente el proceso central del desenvolvimiento humano, por muy brillantes y pintorescos que sean. Tenemos que registrar el constante crecimiento de villas y ciudades, el poder vivificador del comercio y del dinero, el restablecimiento gradual de la ley y la costumbre, la creciente seguridad, el sobreseimiento de las guerras privadas que llenaron el Occidente europeo entre la primera cruzada y el siglo XVI. De muchas cosas que descuellan en las historias nacionales, nada podemos decir. No tenemos espacio para la historia de las reiteradas tentativas de los reyes ingleses por conquistar Escocia y proclamarse reyes de Francia, ni de cómo los normandos ingleses se establecieron precariamente en Irlanda (siglo XII), ni de cómo Gales quedó vinculada a la corona inglesa (1282), etc., etc. Durante toda la Edad Media estuvo encendida la lucha de Inglaterra con Escocia y Francia; momentos hubo en que Escocia pareció definitivamente sometida, y en que el soberano inglés dominaba más territorios en Francia que su rey titular. En las historias inglesas esa lucha con Francia se presentaba con excesiva frecuencia como una tentativa aislada y casi victoriosa de conquistar Francia. Pero, en realidad, fué una empresa mancomunada, emprendida de acuerdo, primero, con los flamencos y bávaros, y después, con el poderoso Estado vasallo de Borgoña, para conquistar y repartirse el patrimonio de Hugo Capeto. De la derrota inglesa por el escocés Bannockburn (1314), y de Guillermo Wallace y Roberto Bruce, los héroes nacionales

de Escocia; de las batallas de Crecy (1346), Poitiers (1356) y Agincourt (1415) en Francia, que fulgen como luceros en la imaginación inglesa; pequeñas batallas en las que peleando al sol, los robustos arqueros ingleses hicieron una gran carnicería de los caballeros franceses embarazados en sus pesadas armaduras; del Príncipe Negro y de Enrique V de Inglaterra, y de cómo una muchacha campesina, Juana de Arco, la Doncella de Orleans, expulsó a los ingleses nuevamente de su país (1429-1430), nada dirá esta historia. Pues todos los países tienen y acarician sus acontecimientos nacionales, que vienen a ser como los tapices ornamentales de la Historia, pero que no forman parte del edificio. India, Polonia, Rusia, Persia y China, pueden todas igualar y hasta sobrepujar las glorias romancescas del Occidente europeo, con los mismos hazañosos paladines y las mismas valerosas princesas e iguales gestas de generosidad y denuedo. Ni tampoco podemos detenernos a contar cómo Luis XI de Francia, el hijo de Carlos VII (el Carlos de Juana de Arco), dominó Borgoña y echó los cimientos de una monarquía francesa centralizada. Más importancia que todo esto tiene que, en los siglos XI y XIV, llegase a Europa la pólvora, este don de los mongoles, que había de permitir a los reyes (Luis XI incluso) y a la ley, fiados en el apoyo de las ciudades, batir los castillos de los semi-independientes caballeros y barones de la Edad Media, consolidando así un poder más centralizado. Los nobles y caballeros beligerantes de la edad bárbara van desapareciendo lentamente durante estos siglos; las Cruzadas los consumieron en gran cantidad; las guerras dinásticas, como las guerras inglesas de las rosas, los diezmaban; las flechas de los arcos ingleses los atravesaban de parte a parte; la infantería, cada vez más poderosa, los barría del campo de batalla. No tuvieron más remedio que cambiar de naturaleza, y, menos en un sentido titular, desaparecieron por completo del Oeste y Sur de Europa, desapareciendo también, al fin, de Alemania, donde el caballero continuó siendo un hombre de armas profesional hasta fines del siglo XVI.

Entre los siglos XI y XV, en todo el Occidente europeo, pero particularmente en Francia e Inglaterra, brotaron, como flores, una porción de construcciones muy características y hermosas, catedrales, abadías, etc., que constituyeron la llamada arquitectura gótica. Este delicioso florecimiento artístico marca la aparición de un cuerpo de artesanos y artífices estrechamente vinculado en sus comienzos a la Iglesia. En Italia y España también se estaba empezando a construir de nuevo libre y artísticamente. Al principio, fué la riqueza eclesiástica la que proveyó a estas construcciones; más tarde, también los reyes y los mercaderes.

Del siglo XII en adelante, con el incremento del comercio, hubo un gran renacimiento de la vida ciudadana en toda Europa. Sobresalían entre estas ciudades Venecia, con sus dependencias de Ragusa y Corfú, Génova, Verona, Bolonia, Pisa, Florencia, Nápoles, Milán, Marsella, Lisboa, Barcelona, Narbona, Tours, Orleans, Burdeos, París, Gante, Brujas, Boloña, Londres, Oxford, Cambridge, Southampton, Dover, Amberes, Hamburgo, Bremen, Colonia, Maguncia, Nuremberg, Munich, Leipzig, Magdeburgo, Breslau, Stettin, Dantzig, Könisberg, Riga, Pskof, Novgorod, Wisby y Bergen.

"Una ciudad occidental alemana, entre 1400 y 1500, encerraba todos los adelantos conocidos en aquella época, aunque, sin duda, desde un punto de vista moderno presentaría innumerables deficiencias... Las calles eran en su mayoría estrechas y de construcción desigual, las casas principalmente de madera, en tanto que casi todos los vecinos guardaban su ganado en la casa, y que la piara de cerdos que todas las mañanas llevaba a pastar el porquero de la ciudad, formaba parte inevitable de la vida ciudadana ([11]). En Frankfort sobre el Main, después de 1481, era ilegal guardar cerdos en el Alstadt, pero en el Neustadt y en Sachsenhausen esta costumbre siguió vigente como cosa natural. Hasta 1645, después que una tentativa semejante fracasara en 1556, no se derribaron las pocilgas en la ciudad interior de Leipzig. Los burgueses ricos, que en ocasiones tomaban parte en las grandes compañías comerciales, eran sobre todo terratenientes y hacendados, y tenían grandes patios con inmensos graneros dentro de los muros de la ciudad. Los más opulentos poseían esas espléndidas casas señoriales que hoy todavía admiramos. Pero aun en las ciudades más antiguas han desaparecido casi todas las casas del siglo XV; solamente aquí y allá un edificio de vigas de madera, pisos salientes y anchos aleros, como en Bacharach o Miltenburgo, nos recuerda el estilo de arquitectura entonces habitual en las casas burguesas. La gran mayoría del pueblo bajo, que vivía de la mendicidad o del ejercicio de bajos menesteres, habitaban míseras chozas en el exterior de la ciudad, y muy a menudo la muralla de ésta era el único apoyo de aquellos habitáculos completamente primitivos. La disposición interna de las casas, aun entre la gente rica, era muy defectuosa con arreglo a las ideas modernas; el estilo gótico era tan poco a propósito para los detalles de comodidad y lujo, como espléndido para la construcción de iglesias y edificios comunales. La influencia del Renacimiento contribuyó mucho a las comodidades de la casa.

([11]) Carlos Dickens, en sus *Notas de América*, habla de los cerdos andando por las calles principales de Nueva York, y eso en pleno siglo XIX.



"Los siglos XIV y XV vieron, en toda Europa, la construcción de numerosas iglesias y ayuntamientos, que aún sirven para los fines para que fueron creados. El poderío y prosperidad de las ciudades tuvieron su mejor expresión en estas construcciones y en sus obras de fortificación con sus muros, torres y grandes puertas de entrada. Todas las pinturas o vistas de ciudades del siglo XVI y siglos posteriores muestran bien a las claras estas construcciones más recientes para honor y protección de la ciudad. La ciudad hacía entonces una porción de cosas que en nuestros tiempos hace el Estado. Los problemas sociales eran resueltos por la administración municipal o la correspondiente organización comunal. La regulación del tránsito era de la competencia de los gremios, de acuerdo con el concejo; el cuidado de los pobres correspondía a la Iglesia, en tanto que el concejo cuidaba de la conservación de las murallas y de las indispensables brigadas de bomberos. El concejo, consciente de sus deberes sociales, vigilaba el abastecimiento de los graneros municipales con objeto de tener provisiones de reserva para los años de carestía; construyéndose, durante el siglo XV, almacenes de este género en casi todas las ciudades que ya no lo tenían. Cuidábase de mantener las tarifas de precios para la venta de todas las mercancías lo suficiente-

mente altas para permitir ganarse cómodamente la vida a los artesanos, y dar al comprador la garantía de su buena calidad. La ciudad era también el principal capitalista; como aseguradora de pensiones sobre las vidas y herencias, era banquera y gozaba de un crédito ilimitado. A cambio de ello obtenía medios para la construcción de fortificaciones o para ocasiones extraordinarias, como la compra de derechos soberanos a algún que otro príncipe arruinado ([12]).

En su mayoría estas ciudades europeas eran repúblicas aristocráticas independientes o casi independientes. Muchas admitían un vago señorío por parte de la Iglesia, o del emperador, o de un rey cualquiera. Otras formaban parte de reinos, o eran las capitales de duques o reyes. En estos casos, su libertad interna era puesta a salvo por una *carta* real o imperial. En Inglaterra, la Real Ciudad de Westminster estaba frente a frente de la ciudad amurallada de Londres, donde no podía entrar el rey sin autorización y ciertas ceremonias. La absolutamente libre república de Venecia regía un imperio de islas dependientes y puertos traficantes, un tanto a la manera de la república ateniense. Génova también era independiente. Las ciudades germánicas del Báltico y del mar del Norte, desde Riga a Middelburgo, en Holanda, Dortmund y Colonia, estaban vagamente aliadas en una confederación, la confederación de las ciudades de Hansa, o liga hanseática, bajo la dirección de Hamburgo, Bremen y Lubeck, confederación aún más flojamente unida al imperio. Esta confederación, que comprendía en total más de setenta ciudades, y que tenía depósitos en Novgorod, Bergen, Londres y Brujas, hizo mucho para mantener los mares del Norte limpios de piratería, verdadera maldición del Mediterráneo y de los mares de Oriente. El imperio bizantino, en toda su última fase, desde la conquista otomana de sus territorios europeos, en el siglo XIV y comienzos del XV, hasta su caída en 1453, estaba constituido, en realidad, únicamente por la ciudad comercial de Constantinopla, ciudad soberana, como Venecia o Génova, con una corte imperial, corrompida de añadidura.

El desenvolvimiento más pleno y magnífico de esta vida ciudadana a fines de la Edad Media tuvo lugar en Italia. Después de finar la línea de los Hohenstaufen, en el siglo XIII, el dominio del Sacro Romano Imperio sobre la Italia Central y del Norte se debilitó, aunque, como ya diremos, los emperadores alemanes eran todavía coronados como reyes y emperadores en Italia hasta tiempos de Carlos V, (1530, poco más o menos). Al Norte de Roma, capital de los Papas, levantáronse una porción de ciudades soberanas independientes; pero el Sur de Italia y la Sicilia continuaron bajo la dominación extranjera. Génova y su

([12]) Del Dr. Tille en la *History of the World*, de Helmolt.

rival Venecia eran los grandes puertos comerciales de la época; sus nobles palacios, sus espléndidos cuadros y pinturas, todavía suscitan nuestra admiración. Milán, al pie del paso del San Gotardo, resucitó a la riqueza y al poderío. En el interior estaba Florencia, centro comercial y financiero que, bajo la regia casi monárquica de la familia de los Médici, en el siglo XV, gozó de un segundo "siglo de Pericles". Pero, ya antes del tiempo de estos *patronos* cultos, Florencia había producido muchas cosas hermosas. La torre de Giotto (n. en 1266, † en 1337) y el estupendo *duomo* de Brunellesco (n. en 1377, † en 1446) ya existían. Hacia finales del siglo XIV, Florencia se convirtió en el centro de las excavaciones, descubrimientos, restauraciones e imitación del arte antiguo, o sea el *Renacimiento* en su sentido más estricto. Las producciones artísticas, diferentes en esto del pensamiento filosófico y de la investigación científica, son los ornamentos y expresión más bien que la substancia creadora de la Historia, y no nos es posible aquí seguir la evolución del arte de Filippo Lippi, Botticelli, Donatello († en 1466), Leonardo de Vinci († en 1519), Miguel Angel (1475-1564) y Rafael († en 1520). De las especulaciones científicas de Leonardo ya hemos tenido ocasión de hablar.

§ 8. *Entrada de América en la Historia*

En 1453, como ya dijimos, cayó Constantinopla. Durante todo el siguiente siglo, la presión turca sobre Europa fué continua e intensa. La línea fronteriza entre mongoles y arios, que en los días de Pericles quedara un poco al Este de los pamires, había retrocedido ahora hasta Hungría. Durante largo tiempo Constantinopla había sido una simple ínsula de cristianos en una península balcánica dominada por los turcos. Su caída interrumpió considerablemente el tráfico con Oriente.

De las dos ciudades rivales del Mediterráneo, Venecia estaba, por regla general en mejores términos con los turcos que Génova. Ningún navegante genovés inteligente podía menos de impacientarse contra el monopolio comercial de Venecia, y todos ellos buscaban la manera de burlarlo, o sortearlo al menos. Había, además, ahora, nuevos pueblos dedicados al comercio marítimo y dispuestos a buscar nuevas rutas hacia los viejos mercados, ya que las antiguas les estaban cerradas. Los portugueses, por ejemplo, estaban desarrollando un tráfico de cabotaje en el Atlántico, que al fin empezaba a revivir, después de un vasto período de indiferencia, que databa nada menos que del asesinato por Roma de Cartago. Es cuestión un tanto delicada el decidir si los europeos occidentales empezaron a adentrarse de *motu proprio* en el Atlán-

tico, o si se adentraban empujados por los turcos, que dominaron el Mediterráneo hasta la batalla de Lepanto (1571). Las naves venecianas y genovesas lograron insinuarse hasta Amberes, en tanto que los marinos de las ciudades hanseáticas bajaban hacia el Sur, ampliando su radio de acción. Al mismo tiempo, el arte náutico y la construcción naval progresaban y se desarrollaban considerablemente. El Mediterráneo es un mar para galeras y navegación de cabotaje. Pero en el océano Atlántico y el mar del Norte los vientos son más frecuentes y más fuertes, el oleaje mucho más movido, las costas a menudo constituyen un peligro más bien que un refugio. Los temporales y ciclones exigían barcos muy marineros, y en los siglos XIV y XV aparece ya el uso del compás.

En el siglo XIII, los mercaderes hanseáticos navegaban ya regularmente a través de los mares glaciales, desde Bergen a Islandia. En Islandia sabían de la existencia de Groenlandia, y algunos viajeros intrépidos y amigos de aventuras habían encontrado, hacía largo tiempo, un territorio situado aún más allá, Vinlandia, cuyo clima era agradable y donde podían afincarse aquellos misántropos que quisieran cortar toda relación con sus semejantes. Esta Vinlandia era, o bien Nueva Escocia, o bien, y acaso más probablemente, Nueva Inglaterra.

En toda Europa, durante el siglo XV, mercaderes y navegantes soñaban en nuevas rutas hacia Oriente. Los portugueses, ignorantes de que el faraón Neko había resuelto el problema hacía siglos, trataban de ver si era posible ir rodeando por la costa de África abajo hasta la India. Sus naves siguieron la ruta que había tomado Hannón para ir a Cabo Verde (1445). Dirigiéndose hacia el Oeste, encontraron las islas Canarias, Madera y las Azores ([13]). En 1486, un portugués, Díaz, proclamó que había dado la vuelta al Sur de África...

Un cierto genovés, Cristóbal Colón, empezó a pensar cada vez más en lo que hoy nos parece una empresa tan natural y tan sencilla; pero que en aquel entonces excitaba hasta su más alto grado la imaginación humana, a saber: atravesar el Atlántico y ver lo que había al otro lado. Por aquel tiempo nadie sabía de la existencia de América como un continente separado. Colón sabía que el mundo era una esfera, pero calculaba su volumen en menos de lo que es; los viajes de Marco Polo, le habían dado una idea exagerada de la extensión de Asia, y suponía, por consiguiente que el Japón, con su fama de grandes riquezas aurífe-

([13]) En estas aventuras marítimas en el Atlántico oriental y la costa oeste africana, los portugueses fueron precedidos, en los siglos XIII, XIV y principios del XV, por los normandos, catalanes y genoveses.

ras, ocupaba en el Atlántico la situación, poco más o menos, de Méjico. Colón había realizado ya diversos viajes por el Atlántico, había estado en Islandia y acaso oído hablar de Vinlandia, cosas que debieron animarle grandemente en sus ideas, hasta el punto de que este proyecto de navegar hacia Poniente convirtióse en el objetivo dominante de su vida. No teniendo un céntimo (algunos hasta dicen que declarado en quiebra), su único medio de obtener el mando de un barco era que alguien se lo confiase. Dirigióse primero al rey don Juan II de Portugal, que le escuchó, le hizo una porción de objeciones, y por último, preparó una expedición, puramente portuguesa, para que, aprovechando la idea de Colón, zarpase sin que éste se enterase. Esta intentona, altamente diplomática, de ganar por la mano a un hombre original, fracasó como merecía: la tripulación se amotinó, arredróse el capitán y volvió la proa a Portugal (1483). Colón, entonces, se dirigió hacia la corte de España.

Al principio, no consiguió obtener el menor barco. España estaba empeñada en el cerco de Granada, último baluarte de los musulmanes en el Occidente europeo. La mayor parte de España había sido recobrada por los cristianos entre el siglo XI y el XIII; luego, había sobrevenido una pausa, y ahora toda España, unificada por el casamiento de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, había emprendido la terminación de la reconquista cristiana. Desesperando de la ayuda española, Colón envió a su hermano Bartolomé a Enrique VII de Inglaterra, pero la aventura no llamó la atención de este monarca prudente. Al fin, en 1492, Granada cayó, y entonces, auxiliado por algunos mercaderes de la ciudad de Palos, Colón obtuvo sus naves: tres carabelas, de las cuales sólo una, la *Santa María*, de 100 toneladas, tenía cubierta. Las otras dos eran naves abiertas, de la mitad de este tonelaje.

La pequeña expedición —¡contaba en total ochenta y ocho hombres!— puso proa al Sur, hasta llegar a las Canarias, y de allí, rumbo a Occidente, internóse en mares desconocidos, con buen tiempo y viento en popa.

La historia de este viaje memorabilísimo de dos meses y nueve días debe ser leída en detalle para ser debidamente apreciada. Las tripulaciones estaban llenas de dudas y temores, aterradas a la idea de que así podrían estar navegando, sin encontrar tierra, indefinidamente. Al fin vino a infundirles nuevos ánimos el encuentro de unas aves y, poco después, el hallazgo de una estaca labrada y de una rama de bayas desconocidas. A las diez de la noche, el 11 de octubre de 1492, Colón divisó una luz en la lejanía; a la mañana siguiente se veía tierra, y aún no muy entrado

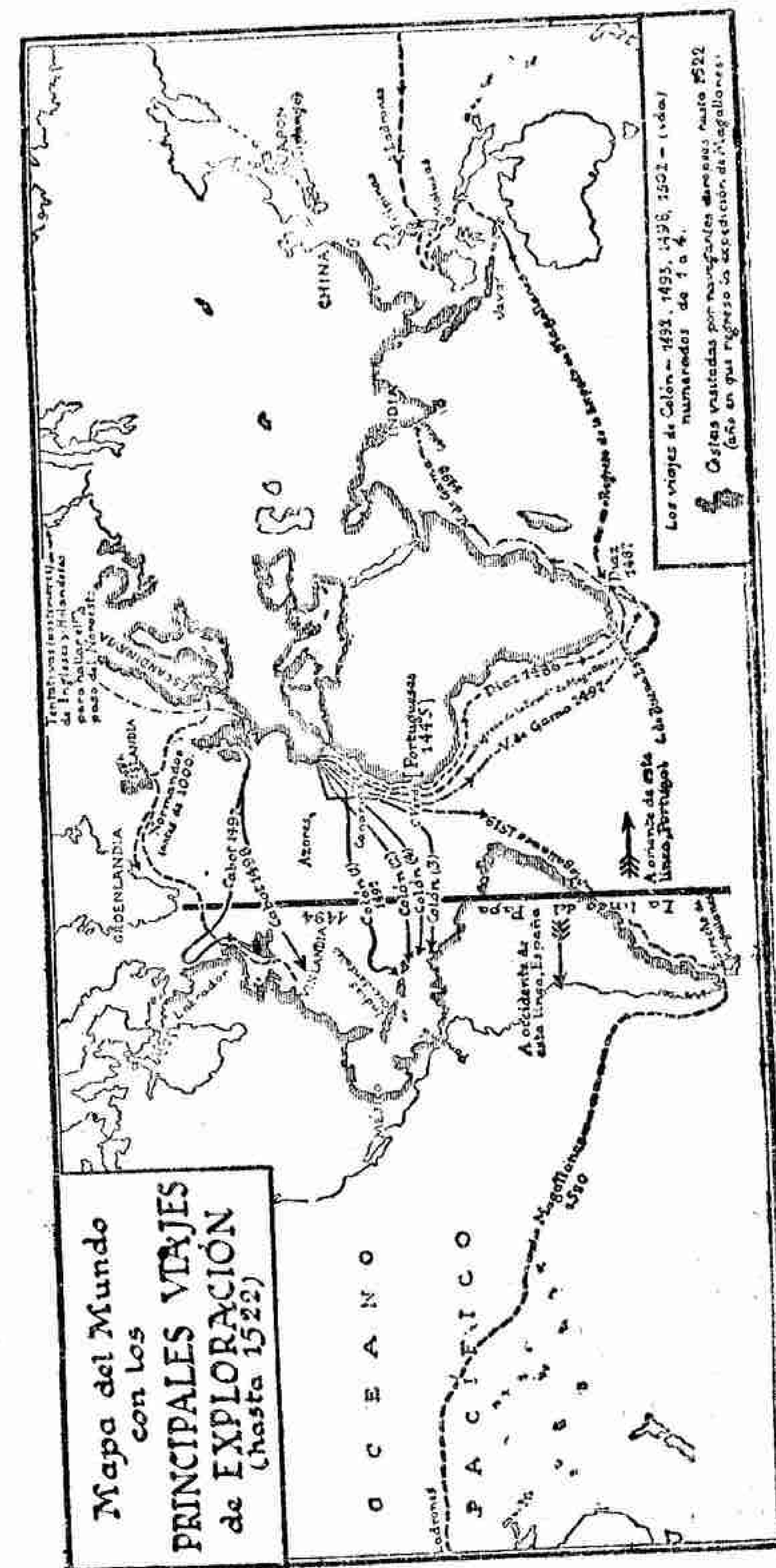
el día, atracaba Colón en las costas del Nuevo Mundo, ricamente ataviado y el pendón real de España en la mano...

A comienzos del 1493 volvía Colón a España, trayendo consigo oro, algodón, aves y animales extraños y dos pintarrajeados y atónitos indios para que los devotos españoles se dieran la satisfacción de bautizarlos. Se creyó en un principio que lo que había encontrado, ya que no el Japón, era por lo menos la India. Y de ahí que a las islas que descubriera se llamase Indias Occidentales. El mismo año volvió Colón a hacerse a la mar con una gran expedición de diez y siete naves y 15.000 hombres, con la autorización expresa del Papa de tomar posesión de aquellas nuevas tierras en nombre de la corona española.

No podemos detenernos a contar sus experiencias como gobernador de esta colonia española; ni cómo fué sustituido y cargado de cadenas. Inmediatamente, un enjambre de aventureros españoles se había lanzado a la exploración y explotación de aquellos nuevos territorios. Pero es interesante anotar que Colón murió ignorante del hecho de que había descubierto un nuevo Continente, creyendo hasta sus últimos días que había dado la vuelta al mundo y abordado en Asia.

Las noticias de estos descubrimientos causaron una vivísima emoción en todo el Occidente europeo, aguijando a los portugueses a realizar nuevas tentativas para llegar a la India por la ruta sudafricana. En 1497, Vasco de Gama navegó de Lisboa a Zanzíbar, y de allí, con un piloto árabe, se lanzó a través del Océano Indico hasta Calicut, en la India. En 1515 había naves portuguesas en Java y en las Molucas. En 1519, un marino portugués, Magallanes, a sueldo del rey de España, fué costeando hasta el Sur de Sudamérica, cruzó el sombrío y accidentado estrecho *de Magallanes* y llegó así al Océano Pacífico, que ya vieran los exploradores españoles que habían cruzado el istmo de Panamá.

La expedición de Magallanes continuó, a través del Pacífico, en dirección al Oeste. Este viaje fué mucho más heroico que el de Colón, pues durante *noventa y nueve días* estuvo Magallanes navegando resueltamente por este Océano inmenso y desierto, sin otro encuentro que el de dos islotes inhabitados. Los tripulantes iban casi todos enfermos de escorbuto, el agua para beber era escasa y mala, y en cuanto a víveres sólo contaban con una provisión tasada de galleta medio podrida. Tuvieron, al fin, que dedicarse a cazar las ratas que infestaban las naves, y para acallar las punzadas del hambre roían el cuero de sus pertrechos y se atracaban de serrín. En este estado llegaron a las islas Ladrones. Descubrieron las Filipinas, y allí pereció Magallanes en una escaramuza con los indígenas. Otros cuantos jefes fueron también asesinados. Cinco naves habían zarpado con Magallanes en agosto



de 1519 con doscientos ochenta hombres; en julio del 1522 una sola nave, la *Victoria*, con treinta y un hombres a bordo, después de remontar el Atlántico, anclaba de nuevo junto a los muelles de Sevilla, en el Guadalquivir, con la gloria de haber sido el primer barco que circunnavegó este planeta.

Los marinos ingleses, franceses, holandeses y hanseáticos llegaron bastante retrasados en esta nueva aventura de exploración. Claro que no tenían el mismo interés en el tráfico con Oriente. Y cuando lo hicieron, sus primeros esfuerzos fueron dirigidos a circunnavegar el Norte de América, como Magallanes hiciera en el Sur, y a circunnavegar el Norte de Asia, como Vasco de Gama circunnavegara el Sur de Africa. Ambas empresas estaban condenadas de antemano, por la misma naturaleza, a seguro fracaso. Tanto en América como en Oriente, España y Portugal le llevaban una delantera de siglo y medio a Inglaterra, Francia y Holanda. Y no digamos nada de Alemania, que nunca se puso en movimiento. El rey de España era emperador de Alemania en estos años decisivos, y el Papa había dado el monopolio de América a España, y no ya a España, sino al reino de Castilla. Esto debió contener mucho en un principio a Alemania, y a Holanda de toda aventura americana. Las ciudades hanseáticas eran casi independientes; no tenían tras sí monarca alguno que las apoyase, ni unidad entre sí para empresa tan considerable como la exploración oceánica. Fué una desgracia para Alemania, y acaso para el mundo, que, como luego diremos, una racha de guerras viniese a agotarla precisamente en el momento en que todas las potencias occidentales empezaban a asistir a esta escuela recién abierta del comercio y de la administración sobre los grandes mares.

Lentamente, durante todo el siglo XVI, fueron desarrollándose la opulencia y el poderío de Castilla, ante los ojos deslumbrados de Europa. Había descubierto un nuevo mundo, abundante en oro y plata y en maravillosas oportunidades de colonización, y enteramente suyo, por haberlo dicho así el Papa. El alto tribunal de Roma, en un acceso de munificencia, había dividido este nuevo mundo de extraños países que ahora se abrían a la imaginación europea, entre los españoles, a quienes correspondería todo lo que quedase al Occidente de una línea trazada 370 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde, y los portugueses, a quienes tocaba en suerte lo que quedara a Oriente de dicha línea.

Al principio, los únicos hombres que encontraron los españoles en América fuerón salvajes de un tipo mongoloide, muchos de los cuales eran caníbales. Es una desgracia para la ciencia que los primeros europeos en llegar a América fuesen unos aventureros, sedientos de oro, sin el menor espíritu científico e imbuí-

dos del ciego fanatismo de una reciente guerra religiosa. Apenas si hicieron alguna que otra observación inteligente de los métodos indígenas y de las ideas de aquella gente primitiva. En lugar de esto, los acuchillaron; los despojaron de cuanto tenía algún valor; los esclavizaron, y los bautizaron. Fueron, en suma, tan destructores y tan insensatos como los ingleses en Tasmania, donde mataron a los últimos hombres paleolíticos, cazándolos a tiros y envenenándolos con carne emponzoñada al efecto.

Grandes extensiones del interior de América eran praderas, cuyas tribus nómadas sacaban su subsistencia de los rebaños de bisontes, animal casi totalmente extinguido hoy. En su modo de vivir, en sus pintados atavíos y en su afición a la pintura, como en sus caracteres físicos generales, estos indios de las praderas presentaban notables semejanzas con los hombres del período paleolítico posterior. Pero no tenían caballos. Ni parecen haber realizado grandes adelantos desde aquel estado primordial en que, probablemente, sus antepasados, habían llegado a América. Poseían, sin embargo, el conocimiento de los metales y, lo que es más notable, sabían emplear el cobre nativo, pero no conocían el hierro. Al entrar los españoles en el continente encontraron y atacaron, saquearon y destruyeron dos grandes civilizaciones, que se habían desarrollado separadamente en América, acaso en completa independencia de las civilizaciones, propiamente tales, del mundo antiguo. Una de ellas era la civilización azteca de Méjico; la otra, la del Perú. Ambas habían salido de la subcivilización heliolítica que había derivado a través del Pacífico desde su región de origen mediterránea. Ya hemos observado uno o dos puntos de interés en estos desenvolvimientos únicos en su género. Con arreglo a sus propias características, estos pueblos civilizados habían llegado a un estado de cosas casi paralelo a la cultura del Egipto predinástico o de las primitivas ciudades sumerias. Antes de los aztecas y de los peruanos habían existido otros rudimentos de civilización, destruídos por sus sucesores o que habían fracasado y desaparecido de *motu proprio*.

Los aztecas parecen haber sido un pueblo conquistador, menos civilizado, dominando una comunidad más civilizada, que los arios que dominaron Grecia y el Norte de la India. Su religión era un sistema primitivo, cruel y complejo, en que los sacrificios humanos y las ceremonias de canibalismo desempeñaban un papel importante. Su espíritu estaba obsesionado por la idea del pecado y la necesidad de sanguinarias propiciaciones [14].

[14] Véase, para una interesante información sobre estas civilizaciones americanas, los libros de L. Spence: *The Civilization of ancient Mexico y Myths of Mexico and Peru.*

La civilización azteca fué destruída por una expedición al mando de Hernán Cortés, con once naves, cuatrocientos soldados, doscientos indios, diez y seis caballos y catorce cañones. Pero en el Yucatán recogieron a un español extraviado, que había estado cautivo de los indios unos cuantos años y aprendido durante el cautiverio un poco de diversos idiomas indígenas, y que sabía que la dominación azteca pesaba considerablemente a muchos de sus súbditos. En alianza con éstos avanzó Cortés, atravesando las montañas que se le oponían al paso y entrando en el valle de Méjico (1519) ([15]). Cómo entró en Méjico; cómo su monarca, Montezuma, fué lapidado por su propio pueblo, acusado de favorecer a los españoles; cómo Cortés fué sitiado en Méjico y escapó con la pérdida de caballos y cañones, y cómo después de una terrible retirada hacia la costa, conocida por el nombre de *La noche triste*, se rehizo en la batalla de Otumba y volvió a sitiar Méjico por agua y por tierra, construyendo una pequeña flota lacustre y consiguiendo volver a tomar la capital y dominar luego todo el país, es una historia romántica y epopéyica, que no podemos detenernos a contar. La población de Méjico, hasta hoy día mismo, es en buena parte de sangre indígena, pero el español ha sustituído a los idiomas nativos y toda la cultura que ha sobrevivido es católica y española.

El Estado, aún más curioso, del Perú cayó víctima de otro aventurero, Pizarro, que partió del istmo de Panamá en 1530 con una expedición de ciento sesenta y ocho españoles. Como Cortés en Méjico, valióse de las disensiones indígenas para asegurarse la posesión del país, de antemano condenado a perecer. Como Cortés también, que se había apoderado y hecho un instrumento de Montezuma, apoderóse Pizarro por traición del Inca del Perú e intentó gobernar en su nombre. Y también aquí nos vemos impedidos de seguir debidamente la maraña de los acontecimientos narrando las mal planeadas insurrecciones de los indígenas, la llegada desde Méjico de refuerzos españoles y la reducción del país a provincia española. Como tampoco nos es posible decir casi nada de la rápida difusión de los aventureros españoles por el resto de América, excepción hecha de la parte del Brasil, reservada por el papa a los portugueses. Sin contrar que casi todas estas historias son siempre las mismas: un cuento de aventureros, de sangre y de pillaje. Los españoles maltrataron a los indígenas y riñeron entre ellos, quedando como quedaba la ley y el orden de España a distancia de meses y años; transcurriendo largo tiem-

([15]) Véase Prescott: *Historia de la Conquista de Méjico* e *Historia de la Conquista del Perú*. — Y véanse, sobre todo, los historiadores de Indias españoles, en especial Bernal Díaz del Castillo, por lo que hace a Méjico.

po antes de que este período de violencia y de conquista cediera a otro período de gobierno y de colonización. Pero mucho antes de que reinase el orden en América, ya un caudaloso río de oro y plata empezó a fluir, a través del Atlántico, hacia el gobierno y el pueblo de España.

Después de la primera y violenta caza de tesoros vinieron las plantaciones y el laboreo de las minas. Con esto surgieron las primeras dificultades obreras en el Nuevo Mundo. Al principio, los indios fueron sojuzgados y esclavizados con gran brutalidad e injusticia; pero hay que decir, en honor de los españoles, que ello no pasó sin crítica. Los indígenas encontraron campeones, y bien valerosos, entre la orden dominica y en un sacerdote, el P. Las Casas, que durante algún tiempo fué plantador y propietario de esclavos en Cuba, hasta que despertó su conciencia. Por otra parte, a principios del siglo XVIII, comenzó la importación de esclavos negros del Occidente africano. Después de algunos retrocesos y alternativas, Méjico, Brasil y la Sudamérica española empezaron a constituirse en grandes centros de esclavitud y en pingües territorios.

Tampoco podemos decir nada, como sería nuestro deseo, de la gran obra civilizadora llevada a cabo en Sudamérica, y más especialmente entre los indígenas por los franciscanos, y más tarde por los jesuítas, que llegaron a América en la segunda mitad del siglo XVI (después de 1549) ([16]).

Así fué como España alcanzó un poderío y preeminencia temporales en el panorama mundial. Fué un encumbramiento súbito y memorable. Desde el siglo XI, esta península infecunda y casi agostada había estado dividida en su fuero interno, con su población cristiana en perpetua lucha contra los moros; cuando súbitamente, gracias, casi diríamos a una casualidad, logra unificarse precisamente en el momento oportuno de cosechar los primeros beneficios del descubrimiento de América. Hasta entonces, España siempre había sido un país pobre, como lo es hoy, casi sin otra verdadera riqueza que la de su subsuelo. Sin embargo, durante un siglo, merced a su monopolio del oro, y la plata de América, dominó el mundo. El Este y el centro de Europa aun estaban dominados o amenazados por los turcos y los mongoles; el descubrimiento de América fué realmente una consecuencia de las conquistas turcas, debido muy principalmente a los inventos mongoles de la brújula y el papel, y al estímulo de los viajes por Asia y del creciente conocimiento de la riqueza y la civilización del Oriente asiático, se produjo esa asombrosa llamarada de las energías mentales, físicas y sociales de la exploración atlántica.

([16]) Véase Cunninghame Graham: *A vanished Arcadia*.

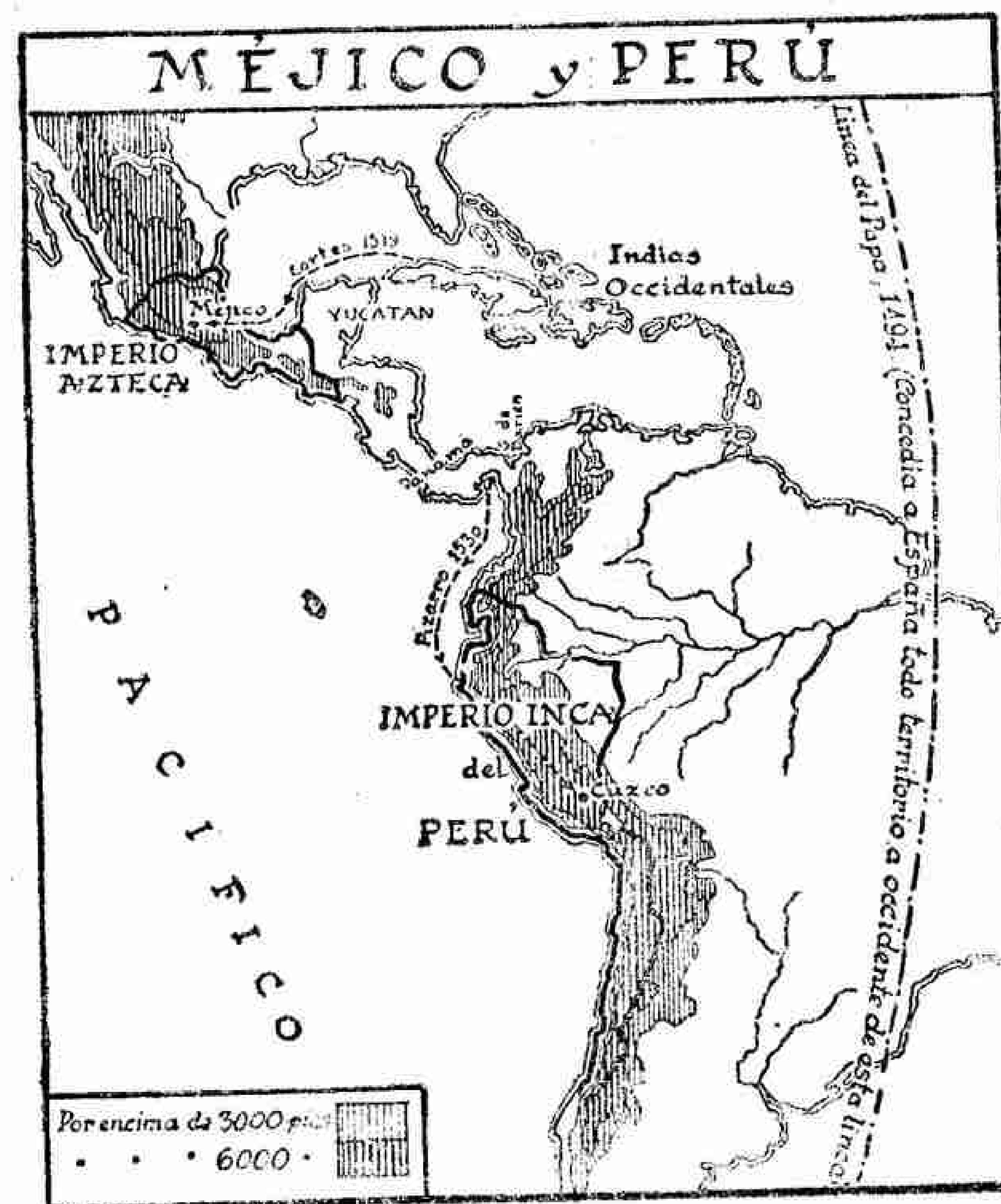
Después, pisando los talones a España y Portugal, vinieron Francia, Inglaterra y Holanda, cada una asumiendo alternativamente el papel de expansión y de imperio ultramarino. El centro de interés para la historia de Europa, que antaño estuviera en Levante, deriva ahora de los Alpes y el Mediterráneo al Atlántico. Durante unos cuantos siglos, el imperio turco y el Asia Central y China quedan relativamente oscurecidos por las candilejas de la historia europea. No obstante, estas regiones centrales del mundo continúan siendo centrales en la Historia, y su bienestar y cooperación son necesarios para la paz permanente del género humano.

§ 9. *Lo que pensaba Maquiavelo del mundo.*

Y, ahora, consideremos las consecuencias políticas de esta liberación y expansión de las ideas europeas en los siglos XIV y XV, con el nuevo desarrollo de la ciencia, la exploración del mundo, la gran difusión del conocimiento por medio del papel y la imprenta, y el ansia cada vez mayor de libertad e igualdad. ¿En qué manera afectaba todo ello la mentalidad de las cortes y los reyes que dirigían los negocios de la humanidad? Ya hemos indicado cómo, por aquel tiempo, se iba debilitando la influencia de la Iglesia católica sobre las conciencias. Unicamente los españoles, recién salidos de una larga y al fin triunfante guerra religiosa contra el Islam, tenían aún cierto entusiasmo por la Iglesia. Las conquistas turcas y la expansión del mundo conocido quitaban mucho al Imperio Romano de su antiguo prestigio de universalidad. La vieja armazón mental y moral de Europa se estaba viniendo abajo. ¿Y los duques, príncipes y reyes del antiguo régimen, qué era de ellos durante esta época de transformación?

En Inglaterra, como más adelante diremos, tendencias muy sutiles y muy interesantes empezaban a conducir hacia un nuevo sistema de gobierno, el sistema parlamentario, que más tarde debía hacerse extensivo a casi todo el mundo. Pero el mundo, en general, permanecía aún en el siglo XVI ignorante de estas tendencias.

Pocos monarcas nos han dejado diarios íntimos; reinar y ser franco son cosas incompatibles; la monarquía es ya en sí, fatalmente, una ficción. El historiador se ve obligado a especular lo mejor que puede sobre el contenido de las cabezas coronadas. Sin duda, la psicología real ha variado con los tiempos. Sin embargo, tenemos los escritos de un hombre de esta época, extraordinariamente inteligente, que se dedicó a estudiar y exponer el arte de reinar, tal como se entendía a fines del siglo XV. Este hombre fué el famoso florentino Nicolo Machiavelli (1469-1527), hombre de nacimiento y de cierta fortuna, funcionario a sueldo de la



república desde los veinticinco años. Durante diez y ocho años permaneció en el servicio diplomático de Florencia, siéndole encomendadas una porción de embajadas y enviándosele a Francia en el año 1500 a tratar con el rey. De 1502 a 1512 fué la mano derecha del gonfaloniero de Florencia, Soderini. Maquiavelo reorganizó el ejército florentino, escribió discursos para el gonfaloniero, fué de hecho la inteligencia ordenadora de Florencia. Cuando Soderini, que se había inclinado hacia los franceses, fué derribado por la familia de los Médici, apoyada por los españoles, Maquiavelo, aunque tratara de transferir sus servicios a los vencedores, fué torturado y puesto en el potro y finalmente expulsado. Instalóse entonces en una quinta próxima a San Casciano, a diez y nueve kilómetros poco más o menos de Florencia, y allí se entretuvo, bien coleccionando y escribiendo cuentos salaces a un amigo de Roma, bien escribiendo libros sobre la política italiana, en

la que ya no podía desempeñar un papel. Así, lo mismo que debemos el libro de viajes de Marco Polo a su cautiverio, debemos *El Príncipe*, la *Historia Florentina* y *El Arte de la Guerra*, de Maquiavelo, a su caída y al tedio de San Casciano.

El valor perdurable de estos libros reside en la idea clarísima que nos da de las cualidades y limitaciones de las inteligencias gobernantes de aquella época. La atmósfera, el ambiente de éstos, era el mismo de Maquiavelo. El que él llevase a sus asuntos una inteligencia excepcionalmente aguda, no hace sino iluminar la cuestión más claramente.

Su espíritu sensible había sido grandemente impresionado por la astucia, la crueldad, la audacia y la ambición de César Borgia, duque de Valentino, en cuyo campamento había pasado varios meses como enviado. En su *Príncipe* idealiza esta personalidad deslumbrante. César Borgia (1476-1507) era hijo del papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia (1492-1503). Quizás sorprenda al lector la idea de un papa con un hijo, pero hay que tener en cuenta que éste era un papa anterior a la reforma. El papado, en esta época, atravesaba una crisis de relajamiento moral, y aunque Alejandro, como sacerdote, estaba forzado a vivir célibe, ello no le impedía vivir abiertamente con una especie de concubina o esposa sin legalizar, ni consagrar los recursos de la Cristiandad a las necesidades de su familia. César era un mozo de empuje, aun para aquellos tiempos en que vivía; casi adolescente todavía, ya había hecho asesinar a su hermano mayor y al marido de su hermana Lucrecia. Por otra parte, hay que confesar que no se limitó a esto y que traicionó e hizo matar a una porción de gente. Con la ayuda de su padre habíase hecho duque de una considerable extensión de la Italia central cuando Maquiavelo le visitó. No había dado muestras de gran aptitud militar, que digamos, pero sí de una conspicua habilidad administrativa. Su esplendor fué de corta duración. Cuando murió su padre, desvanecióse como una pompa de jabón. Su falta de solidez no la vió Maquiavelo. Pero, hoy, nuestro interés principal por César Borgia es que realizaba el más alto ideal maquiavelesco de un príncipe magnífico y victorioso, el arquetipo, por así decirlo.

Mucho se ha escrito para demostrar que Maquiavelo abrigaba amplias y nobles intenciones tras sus escritos políticos: pero todas estas tentativas para ennoblecerle me parece que no convencerán demasiado al lector escéptico que se empeñe en leer las líneas en lugar de leer cosas imaginarias entre las líneas de la obra de Maquiavelo. Es evidente que este hombre no tenía la menor fe en la rectitud y la lealtad humana, ni en un Dios gobernando el mundo o el corazón de los hombres, ni la menor sospecha de la fuerza de la conciencia en el hombre. Ni para él

había visiones utópicas de un orden mundial, o tentativas para llevar a cabo la *Ciudad de Dios*. ¿Qué habría hecho él con semejantes fruslerías? Para él, conseguir el poder, satisfacer los propios deseos, inclinaciones y rencores, pavonearse ostentosamente en el mundo, debían constituir el ápice de la felicidad humana. Solamente un príncipe podía, como es natural, realizar plenamente este ideal de vida. Cierta timidez de carácter o la conciencia de su falta personal de condiciones le habían hecho renunciar al sueño de poder encarnar por sí propio un papel semejante; pero sí le pudo quedar la esperanza de servir a algún gran príncipe, de vivir en la intimidad de su gloria, compartiendo los placeres y el poderío, haciéndose indispensable a su señor y dueño, hasta el punto de llegar a ser el verdadero dueño, que, escondido en la sombra, moviese a su antojo los fantoches de la farsa. Aplicóse, pues, a estudiar para *perito* en el arte de gobernar. Ayudó concienzudamente a Soderini a fracasar. Y cuando los Médici le hicieron sufrir el tormento y le expulsaron de Florencia, y no le quedaron ya esperanzas de llegar a ser un buen parásito de corte, escribió aquellos manuales de astucia para demostrar qué clase de hombre se habían perdido los príncipes. Su idea directriz, su gran contribución a la literatura política, era que las obligaciones morales que pesan sobre los hombres en general, no pueden atar igualmente a los gobernantes.

Hay cierta propensión a atribuir la virtud del patriotismo a Maquiavelo por haber sugerido que Italia, débil y fragmentada como estaba entonces —habiendo sido invadida por los turcos y salvada de la conquista exclusivamente por la muerte del sultán Mohamed, y sirviendo de campo de batalla a franceses y españoles, como si se tratase de algo inanimado—, podría unificarse y fortalecerse; pero él sólo veía en esta posibilidad una oportunidad para un gran príncipe. Y si abogó por un ejército nacional, fué simplemente porque vió que el sistema italiano de hacer la guerra con bandas alquiladas de mercenarios extranjeros, era absurdo y de pésimos resultados. En el momento menos pensado, unas tropas semejantes podían pasarse a otro amo que les pagase mejor, sin contar el peligro de que saqueasen, sin nada que poder oponerles, el país que habían sido llamadas a proteger. En el espíritu de Maquiavelo habían hecho gran impresión las victorias de los suizos sobre los milaneses, pero sin que se parase a sondear el espíritu que había hecho posibles aquellas victorias. Así, la milicia florentina creada por él fué un completo fiasco. A pesar de su inteligencia, Maquiavelo era un ciego de nacimiento para aquellas cualidades que hacen libres a los pueblos y grandes las naciones.

Por otra parte, este ciego moral vivía en un mundo angosto de ciegos morales, y no hay que decir que su manera de pensar era la de las cortes de su tiempo. Detrás de los príncipes de los nuevos Estados que brotaran del naufragio del Imperio y del fracaso de la Iglesia, en todas partes abundaban los cancilleres y ministros del tipo maquiavélico. Cromwell, por ejemplo, ministro de Enrique VIII de Inglaterra, después de su ruptura con Roma (no confundir con Oliverio Cromwell), consideraba el *Príncipe* de Maquiavelo como la quinta esencia de la sabiduría política. Cuando los príncipes eran lo bastante inteligentes, también se volvían maquiavelistas, soñando en eclipsarse unos u otros, en saltear a los contemporáneos más débiles, en acabar con los rivales, a fin de poder pavonearse solos, aunque fuera unos momentos. Apenas tenían la menor visión de un orden de humanos destinos más amplios y trascendentes que aquel mísero juego de unos contra otros

§ 10. *La República de Suiza.*

Es interesante anotar que aquella infantería suiza, que tanto impresionara a Maquiavelo, no formaba parte del sistema monárquico de Europa. En el mismo centro del sistema europeo había surgido una pequeña confederación de Estados libres, la Confederación Helvética, que, después de varios siglos de adhesión nominal al Sacro Romano Imperio, se hizo francamente republicana en 1499. Desde el siglo XIII, los labriegos y campesinos de los tres valles que rodean el lago de Lucerna habían decidido prescindir de todo dueño y señor y gobernarse por sí mismos y a su modo. Su principal dificultad provino de las pretensiones de una familia noble del valle de Aar, la familia de los Habsburgo. En 1245, los habitantes de Schwyz quemaron el castillo de Nueva Habsburgo, que había sido levantado en las cercanías de Lucerna con objeto de amedrentarlos, y cuyas ruinas todavía pueden verse hoy.

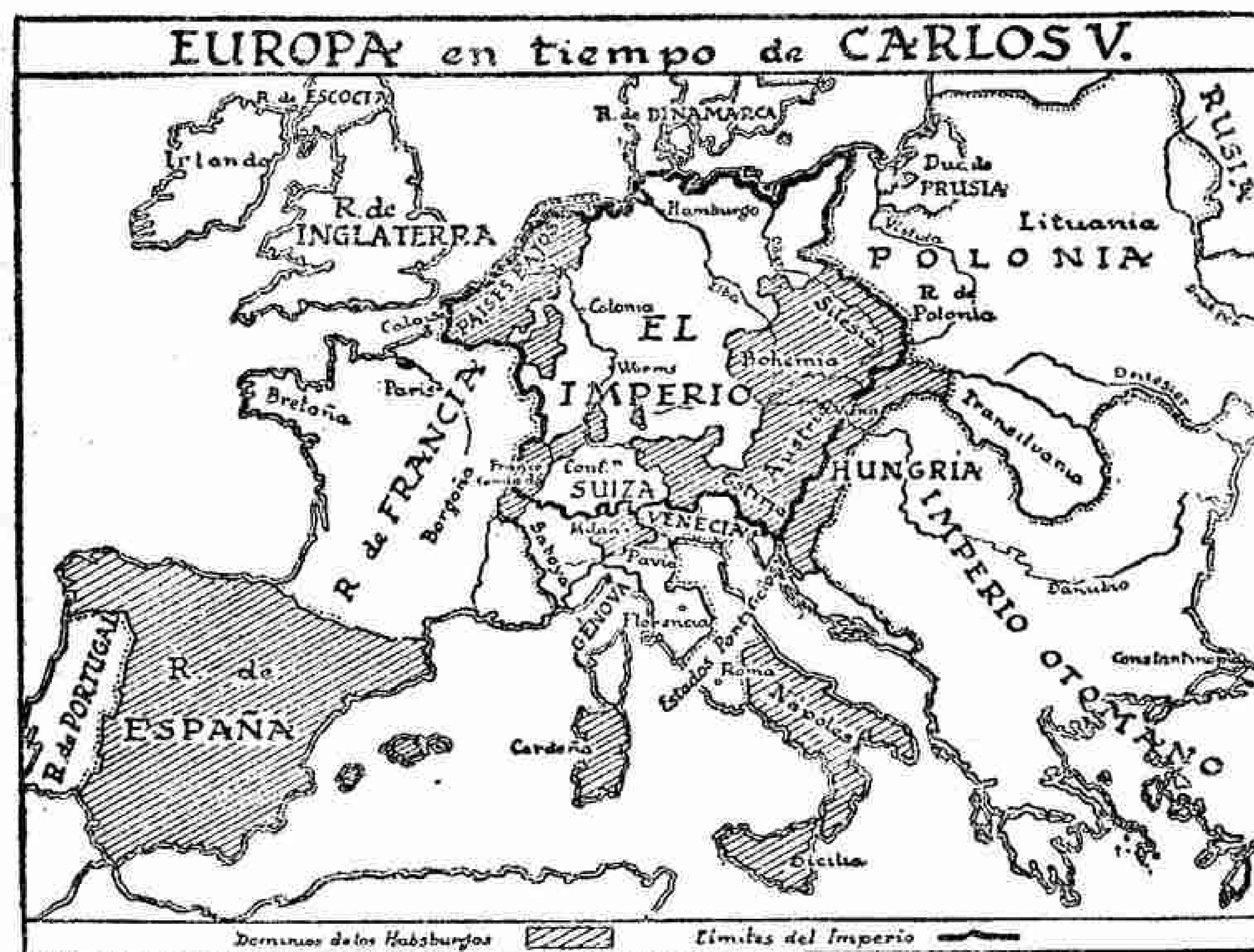
Esta familia de los Habsburgo era una familia ambiciosa, adquisitiva y cada vez más poderosa, con tierras y propiedades en toda Alemania; y en 1273, después de la extinción de la casa de Hohenstaufen, Rodolfo de Habsburgo fué elegido emperador de Alemania, distinción que acabó haciéndose hereditaria en la familia. Pero no por eso los naturales de Uri, Schwyz y Unterwalden se resignaron a ser gobernados por un Habsburgo, sino que, constituyendo una Liga Perpetua en 1291, hiciéronse fuertes en sus montañas y mantuvieron su libertad desde aquellos tiempos hasta nuestros días, primero como miembros libres del Imperio, y más tarde como confederación absolutamente indepen-



diente. La falta de espacio nos impide contar la heroica leyenda de Guillermo Tell, ni tampoco nos queda sitio para trazar la gradual expansión de la confederación hasta sus límites actuales. Valles de habla alemana, francesa e italiana fueron sumándose espontáneamente a este valiente núcleo republicano. La cruz roja de la bandera de Ginebra se ha convertido en el símbolo de la piedad internacional en medio de la barbarie guerrera. Las limpias y prósperas ciudades de Suiza han sido un refugio para los hombres libres que venían huyendo de la tiranía.

§ 11a. *La Vida del Emperador Carlos V.*

La mayor parte de las figuras que sobresalen en la Historia lo hacen así en virtud de alguna cualidad personal excepcional, buena o mala, que los hace más significativos que sus semejantes. En cambio, había nacido en Gante, de Bélgica, el 1500, un hombre de capacidad corriente y temperamento melancólico, hijo de una madre mentalmente anormal, casada por razones de Estado —en suma, un hombre de tantos—, que debía convertirse en el foco de las fuerzas crecientes y acumuladas de Europa. El historiador se ve obligado a concederle una importancia completamente inmerecida y accidental, junto a tan poderosas individualidades como Alejandro, Carlomagno o Federico II. Hablamos del



emperador Carlos V de Alemania y I de España. Durante algún tiempo aparentó ser el más grande monarca de Europa desde Carlomagno a la fecha. Pero tanto él como su grandeza eran los resultados de la habilidad matrimonial de su abuelo, el emperador Maximiliano I (n. en 1459. † en 1519).

Algunas dinastías se han abierto el camino hacia el poder a mano armada, otras por medio de la intriga; los Habsburgo, por medio del matrimonio. Maximiliano empezó su carrera con la herencia de los Habsburgos. Austria, Estiria, parte de Alsacia y otras comarcas; casó luego (poco nos importa el nombre de la dama) con los Países Bajos y Borgoña. La mayor parte de Borgoña se le fué de las manos a la muerte de su esposa, pero los Países Bajos quedaron en su poder. Luego trató, inútilmente, de casarse con la Bretaña. En 1493, en legítima sucesión de su padre, Federico III, asumió el título de emperador y casó con el ducado de Milán. Por último, casó a su hijo con la desventurada hija de Fernando e Isabel (el Fernando e Isabel de Colón), que más adelante, cuando se desarrollara su primer germen de insania, fuera conocida con el nombre de Juana la Loca, teniendo en cuenta que aquéllos no sólo reinaban sobre una España recién unificada y sobre Cerdeña y el reino de las dos Sicilias, sino también, por virtud de la decisión pontifical, sobre toda la América

conocida, con exclusión del Brasil. Así fué como su nieto, Carlos, heredó casi todo el continente americano y entre una mitad y un tercio de lo que habían dejado de Europa los turcos. El padre de Carlos murió en 1506, y Maximiliano hizo cuanto pudo para asegurar la elección de su nieto al trono imperial.

Carlos entró en posesión de los Países Bajos en 1506, y cuando su abuelo Fernando murió en 1516 quedó rey de hecho de los dominios españoles, ya que su madre se encontraba demente. Y al morir su abuelo Maximiliano en 1519, fué, en 1520, elegido emperador, cuando aún no contaba más que veinte años.

A su elección como emperador se opuso el joven y brillante rey francés Francisco I, que había subido al trono de Francia en 1515, a la edad de veintiún años. La candidatura de Francisco fué apoyada por el papa León X (1513), que también requiere de nosotros el epíteto de brillante. Realmente, era una época de monarcas brillantes; la época de Baber en la India (1526-1530), y Solimán en Turquía (1520). Tanto el papa León como el rey Francisco temían la concentración de tanto poderío en manos de un solo hombre, como amenazaba dar por resultado la elección de Carlos. El único otro monarca que parecía importar en Europa por el momento era Enrique VIII, que subiera al trono de Inglaterra en 1509, a la edad de diez y ocho. También él se presentó como candidato al Imperio, y el lector inglés de imaginación puede entretenerse en suponer las posibles consecuencias que su elección habría acarreado. Como puede suponerse, había ancho campo para el juego de la diplomacia en este triángulo de reyes. Carlos, en su marcha de España a Alemania, visitó Inglaterra y se aseguró el apoyo de Enrique contra Francisco, sobornando a su primer ministro, el cardenal Wolsey. Lo que no impidió, por otra parte, a Enrique dar las más vivas muestras de amistad a Francisco, durante los festejos, torneos y otras añejas galanterías y épicos pasatiempos en que abundó la jira real en Francia conocida a los historiadores por el nombre de *Le Cam du drap d'or* (1520). La caballería andante se estaba convirtiendo en una pintoresca afectación del siglo XVI. Todavía llaman al emperador



Martin Lutero
(por Granach)

Maximiliano los historiadores alemanes "el último de los caballeros".

La elección de Carlos fué asegurada, preciso es decirlo, gracias al mucho soborno. Entre sus principales partidarios —y acreedores— estaba la gran casa alemana de negocios de los Fuggers. Ese gran tráfago de dinero y de crédito que llamamos finanzas, que desapareciera de la vida política europea con el derrumbamiento del Imperio Romano, comenzaba a volver ahora a compartir el poder. Esta aparición de los Fuggers, cuyas casas y palacios eclipsaban a los de los emperadores, señala el movimiento ascendente de fuerzas que habían tenido su principio dos o tres siglos antes en Cahors (Francia), en Florencia y otras ciudades italianas. El dinero, las deudas públicas, y el descontento y la inquietud social, vuelven a entrar en el escenario en miniatura de este ESQUEMA. Carlos V, más aún que un emperador Habsburgo, fué un emperador Fugger.

Durante algún tiempo, este mozo rubio, de apariencia no muy inteligente, con su labio superior abultado y su barbilla larga y desmayada —rasgos que todavía afligen a sus descendientes—, fué casi exclusivamente un pelele en manos de sus ministros. Servidores lo suficientemente hábiles y capaces, según el patrón de Maquiavelo, guiáronle al principio en las artes de reinar; pero no tardó en empezar, poco a poco y de manera eficaz, a afirmar su posición y dar pruebas de su personalidad. Desde los primeros días mismos de su reinado en Alemania tuvo que hacer frente al estado de confusión y de desconcierto en que sus discordias intestinas habían puesto a la Cristiandad. La rebelión contra el cetro papal que viniera existiendo y tomando sordo incremento desde los días de Huss y de Wycliffe, había sufrido una reciente exacerbación con motivo de una nueva y desusadamente cínica venta de indulgencias, destinadas a levantar fondos para la terminación de la iglesia de San Pedro en Roma. Un monje llamado Lutero, que había sido ordenado presbítero y se había dedicado a leer la Biblia, y al que durante una visita a Roma, motivada por asuntos de su orden, chocaran considerablemente la liviandad y la pompa mundanal del Sumo Pontífice, había atacado duramente estos y otros extremos papales en Witemberga (1517), ofreciéndose a discutirlos públicamente y proponiendo ciertas tesis. Siguióse una importante controversia. Al principio, Lutero llevó esta controversia en latín, pero inmediatamente adoptó el alemán, asequible al pueblo, que no tardó en apasionarse por la discusión. Cuando Carlos llegó de España a Alemania, se encontró con que esta disputa teológica y disciplinaria hacía un verdadero furor. En seguida convocó una asamblea o *dieta* del Imperio en Worns, a orillas del Rhin. A esta dieta, Lutero, a quien ya el papa León X intimara la retractación de sus



ideas, sin que él se aviniera a hacerlo, fué convocado. Vino y, enteramente en el espíritu y las huellas de Huss, negóse a retractarse, a menos que se le convenciera de su error por medio de argumentos lógicos o autoridad de las Escrituras. Pero los príncipes que le protegían eran demasiado poderosos para permitir que le ocurriese lo que a Juan Huss.

Todo ello creó una situación embarazosa al joven emperador, que hay razones para suponer se inclinó en un principio a sostener a Lutero contra el Papa. León X se había opuesto a la elección de Carlos, y era gran amigo de su rival, Francisco I. Pero Carlos V no era un buen maquiavélico, y había adquirido en España una sincera religiosidad. Decidióse, pues, contra Lutero. Muchos de los príncipes alemanes, y especialmente el Elector de Sajonia, se pusieron de parte del reformador. Lutero se escondió protegido por el Elector sajón, y Carlos se encontró en presencia de la resquebrajadura inicial que pronto debía escindir a la Cristiandad en dos campos contrarios.

Inmediatamente de estos disturbios, y es probable que relacionada con ellos, estalló una extensa revolución de campesinos en toda Alemania. Esta erupción asustó en extremo a Lutero, que se sintió repelido por sus excesos, y desde aquel momento la Reforma que predicara dejó de ser una Reforma con arreglo al pueblo, para ser una Reforma con arreglo a los príncipes. Perdió su confianza en aquel libre examen y juicio que tan virilmente defendiera.

Entretanto, Carlos comprendió que su gran imperio estaba en el más serio peligro, tanto por Occidente como por Oriente. A Occidente tenía a su ingenioso rival, Francisco I; a Oriente tenía a los turcos en Hungría, aliados de Francisco y reclamando ciertos atrasos del tributo de los dominios austríacos. Carlos tenía el dinero y el ejército de España a su disposición, pero era extremadamente difícil obtener ningún socorro en metálico de Alemania. Su abuelo había creado una infantería alemana sobre el modelo suizo, con arreglo a las indicaciones de Maquiavelo en su

Arte de la Guerra; pero estas tropas tenían que ser pagadas, y sus subsidios imperiales suplementados por empréstitos de escasa garantía, que debían, al fin, llevar a la ruina a sus valedores los Fuggers.

En general, Carlos, aliado con Enrique VIII, triunfó de Francisco I y de los turcos. Su campo de batalla principal fué el Norte de Italia; el mando militar era deficiente en uno y otro campo; sus avances y retiradas dependían sobre todo de la llegada de refuerzos. El ejército alemán invadió Francia, fracasó en su intentó de tomar Marsella, tuvo que volver a Italia, perdió Milán y fué sitiado en Pavía. Francisco I sostuvo largo tiempo, sin éxito, el cerco de Pavía, fué cogido por fuerzas alemanas de reserva, derrotado, herido y tomado prisionero. Envió un famoso mensaje a la reina diciéndole que "todo se había perdido, menos el honor", e hizo una paz humillante, que rompió apenas se vió libre, de manera que hasta el salvamento del honor fué sólo temporal. Enrique VIII y el Papa, de acuerdo con las reglas maquiavélicas, pasáronse ahora al lado de Francia, con objeto de impedir que Carlos se hiciera demasiado poderoso. Las tropas alemanas en Milán, a las órdenes del condestable de Borbón, viéndose sin pago de sus soldadas, obligaron más bien que siguieron a su capitán a efectuar una expedición contra Roma, saqueando la venerable ciudad concienzudamente (1527). El Papa se refugió en el castillo del Santo Angel, mientras duraron la matanza y el pillaje, librándose el fin de la soldadesca alemana mediante la suma de cuatrocientos mil ducados. Diez años de semejante estúpido y confuso guerrear empobrecieron toda Europa y dejaron al emperador en posesión de Milán. En 1530 fué coronado por el Papa en Bolonia, último emperador alemán coronado por el Sumo Pontífice.

Entretanto, los turcos avanzaban impetuosamente en Hungría. Habían derrotado y matado al rey de Hungría en 1526, apoderándose de Buda-Pesth y conservándolo; y en 1529, como ya dijimos, Solimán el Magnífico había estado a punto de tomar Viena. Estos avances atañían grandemente al emperador, que hizo cuanto pudo para hacer retroceder a los turcos, pero tropezando con las mayores dificultades para unir a los príncipes alemanes en una empresa común, aun tratándose del peligro que suponía un enemigo tan formidable rasando sus mismas fronteras. Francisco I permaneció implacable durante algún tiempo, y hubo una nueva guerra francesa; pero en 1538 Carlos logró traer a su rival a sentimientos más amistosos devastándole el Sur de Francia. Entonces, Francisco y Carlos formaron una alianza contra los turcos; pero los príncipes protestantes, o sea aquellos príncipes alemanes que habían resuelto separarse de Roma, habían formado una liga, la Liga Schmalkaldic (del nombre de la villa de Schmalkalden, en

Hesse, donde fuera determinada su constitución), contra el emperador, y en lugar de una gran campaña para reintegrar Hungría a la Cristiandad, tuvo Carlos que aplicarse a conjurar la tormenta que se estaba fraguando en el interior de Alemania. De esta pugna, él sólo debía ver la guerra inicial. Fué una sanguinaria y absurda contienda de príncipes que luchaban por la supremacía, tan pronto llameando en guerra y destrucción, como refugiándose en el conocido juego de intrigas y diplomacias; un verdadero nido de áspides políticos, de una política maquiavélica, que debían seguir retorciéndose irremediablemente hasta el mismo siglo XIX, arrasando y desolando una y otra vez a Europa central.

No parece que el emperador se diese nunca cuenta de las verdaderas fuerzas operantes en estos conflictos. Para su tiempo y su posición, Carlos V era un hombre excepcionalmente serio y meritorio, y parece que tomó las disensiones religiosas que desgarraban Europa como simples diferencias teológicas. Reunió, pues, dietas y concilios en fútiles tentativas de reconciliación, probando fórmulas y credos. El estudiante de historia alemana tiene que luchar con los detalles de la Paz Religiosa de Nuremberga, el convenio de Ratisbona, la tregua de Augsburgo, etc., etc. Aquí no hacemos sino mencionarlos como detalles de la vida atrafagada de este emperador culminante. En realidad, casi ninguno de los múltiples príncipes y gobernantes de Europa da la impresión de haber obrado de buena fe. Los crecientes disturbios religiosos, el ansia del pueblo bajo de verdad y justicia social, la difusión de las ciencias, todas estas cosas no eran sino fichas en la imaginación de la diplomacia regia. Enrique VIII de Inglaterra, que había empezado su carrera con un libro escrito contra la herejía, y que fuera premiado por el Papa con el título de "campeón de la fe", anheloso de divorciarse de su primera mujer en favor de una graciosa damisela llamada Ana Bolena [17], y deseando también volverse contra el emperador en favor de Francisco I y apoderarse de las grandes riquezas de la Iglesia en Inglaterra, unióse a la compañía de príncipes protestantes en 1530. Suecia, Dinamarca y Noruega ya se habían pasado al campo protestante.

La guerra religiosa alemana empezó en 1546, pocos meses después de la muerte de Martín Lutero. No tenemos por qué preocuparnos de los incidentes de la campaña. El ejército sajón protestante fué duramente derrotado en Lochau. Por algo así como un abuso de confianza, Felipe de Hesse, que era el principal de los

[17] Aunque, en realidad, tenía una razón más poderosa para ello, y era el carecer de heredero al trono. Las Guerras de las Rosas, que fueron una guerra dinástica, estaba aún demasiado presente a la memoria del pueblo inglés. — F. H. H.

restantes antagonistas del emperador, fué cogido prisionero y encarcelado, en tanto que se mantenía quietos a los turcos mediante el pago de un tributo anual. En 1547, para gran alivio del emperador, murió Francisco I. Así, por esa fecha, consiguió Carlos una especie de arreglo general, haciendo sus últimos esfuerzos para afirmar la paz en todo el Occidente. Pero en 1552 estalló de nuevo la guerra en toda Alemania, y sólo la fuga precipitada de Innsbruck salvó a Carlos de caer prisionero. El tratado de Passau, del mismo año, trajo consigo otro equilibrio inestable. Ya, por aquel entonces, sentíase Carlos irremediablemente cansado de los cuidados y esplendores del imperio; nunca había tenido una constitución muy fuerte, era indolente por naturaleza y la gota empezaba a hacerle sufrir agudamente. En estas condiciones, resolvió abdicar. Legó todos sus derechos soberanos en Alemania a su hermano Fernando, y España y los Países Bajos a su hijo Felipe. Luego retiróse al monasterio de Yuste, entre los encinares y castañares de los montes que se levantan al Norte del valle del Tajo, y allí murió en 1558.

Mucho se ha escrito, y en una vena sentimental, sobre este famoso enclaustramiento, renunciación a las vanidades mundanales de un titán majestuoso y cansado, buscando ya sólo en una soledad austera hacer sus paces con Dios. Pero este retiro no fué ni solitario ni austero; Carlos conservó con él cerca de ciento cincuenta servidores; su instalación tenía todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes de la Corte, y Felipe II era un hijo respetuoso para quien el consejo del padre equivalía a una orden. En cuanto a austeridad, veamos lo que dice Prescott: "En la casi cotidiana correspondencia entre Quijada, o Gaztelu, y el Secretario de Estado en Valladolid, apenas hay carta en que más o menos no se hable de la comida del emperador, o de su enfermedad. Lo uno parece seguir naturalmente, como comentario obligado, a lo otro. No deja de ser extraño que semejantes minucias hayan constituído motivo de comunicación con el departamento de Estado. Y no debió ser cosa fácil para el alto funcionario conservar la gravedad a la lectura de despachos en que política y gastronomía aparecían tan singularmente mezcladas. Se dispuso que el correo de Valladolid a Lisboa diera un rodeo, a fin de tocar en Jarandilla y llevar provisiones a la mesa real. Todos los jueves tenía que llevar pescado para la comida de vigilia del día siguiente. Las truchas de por allí antojábansele a Carlos demasiado pequeñas; de manera que había que traer otras mayores de Valladolid. Era especialmente aficionado al pescado de todas clases, y aun a todo lo que, por naturaleza o costumbres, se acercase al pescado. Las anguilas, ranas y ostras ocupaban sitio muy importante en la minuta imperial, así como los pescados en conserva

y las salazones, particularmente las anchoas, de las que sentía no haber traído mayor provisión de los Países Bajos. Había una cierta empanada de anguila por la que sentía especial entusiasmo..." [18].

En 1554 Carlos había obtenido una bula del papa Julio III eximiéndole del deber de ayunar y autorizándole a romper el ayuno por las mañanas, aun en aquellas que debía recibir el santo sacramento.

"Que Carlos no había dejado de pensar por completo en su indumentaria puede inferirse por el hecho de que su guardarropa de Yuste contenía nada menos que diez y seis trajes de seda y velludo, forrados de armiño o plumón o pelo de cabra de Berbería. En cuanto al moblaje y tapizado de sus cámaras, una simple ojeada al inventario de sus efectos realizado por Quijada y Gaztelu poco después de su muerte bastará a convencernos de la poca confianza que hay que prestar a aquellos rumores de pobreza y desnudez imperial. Entre los objetos anotados encontramos tapices de Turquía y de Alcaraz, doseles de terciopelo y otras estofas, colgaduras de fino paño negro, que desde la muerte de su madre siempre usara para su alcoba; mientras las demás habitaciones estaban provistas nada menos que de veinticinco juegos de tapicería, de los telares de Flandes, ricamente bordados con figuras de animales y paisajes...". "Entre las diferentes piezas de vajilla encontramos algunas de oro puro, y otras especialmente notables por su trabajo artístico; y como ésta era una época en que el arte del cincel y de trabajar los metales preciosos había llegado a su más alta perfección, no cabe duda que algunos de los mejores ejemplares habrían venido a posesión del emperador. El peso total de la vajilla fué estimado entre doce y trece mil onzas..." [19].

Carlos no adquirió nunca la costumbre de leer, pero en Yuste quiso que se le leyera en voz alta durante las comidas, a ejemplo de Carlomagno, y acostumbraba a hacer lo que un cronista llama "dulces y celestiales comentarios". También se entretenía con juguetes mecánicos, oyendo música, escuchando sermones y atendiendo a los asuntos imperiales que aun llegaban a la deriva a aquel apartado retiro. La muerte de la emperatriz, a quien quería en extremo, había vuelto su espíritu hacia la religión, que en este caso tomó una forma muy ceremoniosa y ritual; todos los viernes de cuaresma se disciplinaba concienzudamente, hasta sacarse sangre, con el resto de los monjes. Estos ejercicios y los ataques de gota desataron en Carlos una beatería hasta entonces contenida por consideraciones políticas. La aparición de las doc-

(18) Prescott, en el apéndice a la *Historia de Carlos V*, de Robertson.
(19) Prescott.

trinas protestantes en Valladolid le hicieron entrar positivamente en furor: "Decid de mi parte al Gran Inquisidor y a su tribunal que estén en sus puestos y que pongan el hacha en la raíz del mal antes de que éste siga adelante...". Expresó sus dudas sobre si no convendría, en tan negro asunto, prescindir del curso legal de la justicia y mostrarse implacable, "por temor a que el criminal, si fuese perdonado, tuviera luego oportunidad para repetir su crimen". Recomendó, como un ejemplo digno de seguirse, su propio proceder en los Países Bajos, "donde todos los que seguían empeñados en sus errores eran quemados vivos, y aquellos admitidos a hacer penitencia no eran más que decapitados".

Entre los principales placeres entre comidas del monarca católico figuraban, en esta época de retiro espiritual, los servicios de difuntos. No solamente asistía a todos los funerales que se celebraban en Yuste, sino que los hacía celebrar en memoria de difuntos ausentes, y así tuvo uno en conmemoración de su esposa el día del aniversario de su muerte, y, por último, mandó celebrar sus propias exequias. "La capilla estaba colgada de negro, y la luz de varios centenares de cirios apenas bastaban a disipar las tinieblas. Los frailes, en sus hábitos monásticos, y todos los sirvientes del emperador vestidos de luto riguroso, congregáronse en torno de un enorme catafalco, también revestido de negro, levantado en el centro de la capilla. El oficio de difuntos tuvo lugar puntualmente, y, entre el lúgubre plañido de los monjes, subían las oraciones por el espíritu del fenecido, a fin de que lo acogiesen en la mansión de los bienaventurados. Los acongojados asistentes deshacíanse en lágrimas, bien porque la imagen de la muerte de su señor se impusiera tristemente a sus espíritus, bien porque les moviese a compasión esta lamentable exhibición de debilidad. Carlos, envuelto en un negro manto, y llevando en la mano un blandón encendido, mezclado con los demás, era espectador de sus propias exequias, y la luctuosa ceremonia concluyó depositando él su cirio en manos del sacerdote, en señal de haber entregado el alma al Todopoderoso.

Otras narraciones nos pintan a Carlos ensudariado y yacente en el ataúd, permaneciendo allí, solo, hasta que el último de los concurrentes se había retirado.

Dos meses después de esta mascarada murió. Y la grandeza del Sacro Romano Imperio murió con él. Pues aunque, en realidad, este Sacro Romano Imperio se debatiera hasta los días de Napoleón, fué sólo como algo inválido y moribundo

§ 11b. *Protestantes si así lo quiere el príncipe.*

Fernando, el hermano de Carlos V, reanudó su obra interrumpida y congregó a los príncipes alemanes en la dieta de Augsburgo de 1555. Nuevamente intentóse implantar una paz religiosa. Nada podría mostrar mejor la calidad de este intento de arreglo y la ceguera de los príncipes y estadistas que tomaran parte en él como la forma que asumió esta solución. El reconocimiento de la libertad religiosa iba a ser aplicado a las naciones y no a los ciudadanos individuales; *cujus regio cujus religio*, de manera que la religión del súbdito iba, pues, a depender de la del soberano territorial.

§ 11c. *La Resaca intelectual.*

Hemos concedido tanta atención a los escritos de Maquiavelo y a la personalidad de Carlos V, porque unos y otros proyectan una luz vivísima sobre los antagonismos del período siguiente de nuestra Historia. Este capítulo ha contado la historia de una vastísima expansión de los horizontes humanos y de un incremento y difusión del conocimiento; en él hemos visto el despertar de la conciencia popular y atisbos de una nueva y más honda justicia social, extendiéndose por todo el cuerpo general de la civilización occidental. Pero este proceso de luz y de pensamiento no tocaba para nada a las cortes ni a la vida política del mundo. Apenas hay nada en Maquiavelo que no pudiera haber sido escrito por un funcionario inteligente de la corte de Cosroes I o Shi-Huang-ti, y hasta de Sargón I o Pepi. Mientras el mundo, en todos los demás órdenes de actividades, estaba moviéndose hacia adelante, avanzando rápidamente, en ideas políticas, en ideas referentes a las relaciones de Estado con Estado y de soberano con ciudadano puede asegurarse que permanecía completamente estacionario. Es más, estaba volviendo pies atrás, sufriendo una regresión. Pues la gran idea de la Iglesia católica como ciudad de Dios, había sido destruída en la imaginación de los hombres por la misma Iglesia, y el sueño de un imperialismo mundial había sido, en la persona de Carlos V, llevado en efigie a través de toda Europa para acabar haciéndose pedazos. Políticamente, el mundo parecía recaer en las monarquías personales del tipo asirio o macedónico.

No es que las energías intelectuales, nuevamente avivadas de los hombres de Occidente, estuviesen demasiado absortas en disquisiciones teológicas, investigaciones científicas, exploraciones ni empresas mercantiles, para no poder prestar un momento de aten-

ción a los menesteres y deberes de los gobernantes. No sólo estaban los hombres del pueblo nutriendo ideas de un carácter teocrático, republicano o comunista, sacadas de la Biblia, sino que el estudio renovado de los clásicos griegos traía el espíritu creador y fertilizador de Platón en auxilio de la intelectualidad occidental. En Inglaterra, Sir Thomas More escribía una curiosa imitación de la *República* de Platón en su *Utopía*, estableciendo en ella una especie de comunismo autocrático. En Nápoles, un siglo más tarde, un cierto abate Campanella era igualmente audaz en su *Ciudad del Sol*. Pero estas disertaciones no tenían ninguna resonancia inmediata en el mundo político. Comparados con la enormidad de la tarea, estos libros, realmente, se nos antojan tan poéticos y eruditos como baladíes. (Sin embargo, más adelante, la *Utopía* iba a dar su fruto en las leyes inglesas para las clases menesterosas). El desenvolvimiento intelectual y moral del espíritu de Occidente y este derivar hacia la monarquía maquiavélica de Europa, debían por algún tiempo ir a la par en el mismo mundo, pero casi independientemente. Los estadistas seguían planeando y maniobrando como si no hubiese otra cosa que el poder de unos reyes cautos y afortunados en sus empresas. Fué preciso llegar a los siglos XVII y XVIII para que estas dos corrientes, la corriente de las ideas generales y la de la diplomacia tradicional, monárquica y egoísta, chocasen entre sí y entraran en pugna.

XXXVI

PRINCIPES, PARLAMENTOS Y POTENCIAS

§ 1. *Príncipes y Política exterior*

En el capítulo precedente hemos diseñado los comienzos de una nueva civilización, la civilización del tipo *moderno* que a la sazón extiéndese a todo el mundo. Todavía es una cosa informe y desmesurada, todavía se encuentra en las fases iniciales de evolución y desarrollo. Ya hemos visto las ideas medioevales del Sacro Romano Imperio y de la Iglesia Romana, como formas de ley y orden universales, marchitarse apenas en su aurora, como si realmente fuese necesario para que estas ideas de una ley y un orden para todos los hombres, fuesen refundidas con arreglo a un patrón de carácter mundial. Y mientras en casi todos los demás campos de la actividad humana podía señalarse un progreso, el derrumbamiento de aquellas ideas políticas generales de la Iglesia y del Imperio nos retrotrajeron durante algún tiempo en política a monarquías exclusivamente personales y nacionalismos monárquicos del tipo macedónico. Vino un interrégnum, una época de esas que los viejos cronistas chinos llamaban una "época de confusión" que duró tanto como aquella otra que fué de la caída del Imperio de Occidente a la coronación de Carlomagno en Roma. En esa "época de confusión" seguimos viviendo en la actualidad. Quizás tocamos a su fin; pero aún es prematuro asegurar nada. Las antiguas ideas directrices han hecho bancarrota, un fárrago heteróclito de vagos proyectos y sugestiones desconcierta y extravía los pensamientos y las acciones de los hombres; y, entretanto, el mundo en general ha tenido que volver a apoyarse, para no perder toda guía, en la antigua tradición individualista del príncipe. Por lo visto, no se ofrecía a los hombres ningún camino mejor y, en cambio, allí, al alcance de la mano, estaba el príncipe.

En todo el mundo, a fines del siglo XVI, vióse prevalecer la monarquía y tender cada vez más al absolutismo. Alemania e Italia eran una especie de mosaicos de pequeños reinos o principados autocráticos; autócrata de hecho era también España, nunca había sido tan poderoso el trono en Inglaterra, y a medida que se aproximaba el siglo XVII íbase convirtiendo la monarquía fran-

cesa en la potencia mayor y más sólida de Europa, faltándonos el espacio para poder apuntar las fases y alternativas de esta ascensión.

En cada corte había grupos de ministros y cancilleres empeñados en un juego maquiavélico contra sus rivales extranjeros. La política exterior es el empleo natural de las cortes y monarquías. El Ministerio de Estado es, por decirlo así, el protagonista en todas las historias europeas de los siglos XVII y XVIII. Ellos mantenían a Europa en una fiebre belicosa. Y las guerras iban haciéndose cada vez más caras. Ya no eran los ejércitos levas de hombres sin la menor instrucción militar, ni conglomerados de señores feudales que traían consigo sus tropas de vasallos, sino que ahora consistían en tropas asalariadas que exigían regularmente sus soldadas, y necesitaban cada vez más artillería; ejércitos, en suma, profesionales, capaces de sostener largos sitios y requiriendo complicadas fortificaciones. Los gastos de guerra aumentaron en todos los países, con su natural secuela de aumento en los impuestos y contribuciones. Y aquí fué donde estas monarquías de los siglos XVII y XVIII entraron en colisión con nuevas fuerzas de libertad, aún informes, pero ya latentes en la comunidad. En la práctica, encontráronse los príncipes con que ya no eran dueños de la vida ni de la propiedad de sus súbditos. En todas partes se tropezó con una tenaz resistencia al gravamen tributario, indispensable a la continuación de sus alianzas y agresiones diplomáticas. La Hacienda Pública llegó a ser en todos los países uno de los más desagradables espectros ministeriales. En teoría, el monarca era propietario de su reino. Jaime I de Inglaterra (1603) declaró que: "Así como es ateísmo y blasfemia discutir de lo que Dios puede hacer, así es presunción y alta rebeldía en un súbdito discutir de lo que un rey puede hacer, o decir que un rey no puede hacer esto o aquello". No obstante, este mismo soberano se encontró en la práctica, y aún más tangiblemente iba a encontrarlo su hijo Carlos I (1625), con que había en sus dominios un gran número de propietarios y traficantes, personas inteligentes y considerables, que pusieron un límite bien definido a las exigencias y requerimientos del monarca y sus ministros. Ellos estaban dipuestos a tolerar su ley, en tanto que ellos a su vez pudieran ser soberanos de sus propias tierras, industrias, comercios o lo que fuese; pero no de otra manera.

En toda Europa verificábase una evolución paralela. Debajo de los reyes y príncipes había estos otros monarcas menores: los propietarios, los nobles, los ciudadanos ricos, etc., que oprimían ahora al príncipe soberano exactamente la misma resistencia que los reyes y príncipes de Alemania habían ofrecido al emperador. Querían limitar los impuestos que les gravaban y sentirse libres

en sus propias casas y haciendas. Y la difusión de los libros y de la lectura y del intercambio, permitía a aquellos monarcas menores, los monarcas de la propiedad, que podríamos llamarlos, desenvolver una comunidad de ideas y una solidaridad de resistencia que no hubiera sido posible en ninguna fase anterior de la historia. En todas partes hallábanse dispuestos a resistir al príncipe, aunque no en todas partes encontraban las mismas facilidades para una resistencia organizada. Las circunstancias económicas y las tradiciones políticas de los Países Bajos y de Inglaterra hicieron que estos países fueran los primeros en que estallara este antagonismo latente de la monarquía y de la propiedad privada.

En un comienzo, a este *público* del XVII, público de propietarios particulares, se le importaba un ardite la política exterior, no advirtiendo a primera vista en qué podía afectarles. ¿A qué, pues, ocuparse de una cosa que era de la competencia de reyes y príncipes? Por consiguiente, no hicieron la menor tentativa por influir en la marcha de aquellos embrollos internacionales. Pero precisamente las consecuencias directas de estos embrollos eran el objeto de sus querellas, la causa de que tuvieran que oponerse al aumento de contribuciones, a las restricciones comerciales, a las arbitrariedades del poder judicial y a la dirección de las conciencias por el monarca. Y estas cuestiones iban a ser el motivo determinante de su conflicto con la corona.

§ 2. *La República Holandesa.*

La separación de los Países Bajos de la monarquía absoluta fué el comienzo de una serie de conflictos durante todo el siglo XVI y el XVII. Estos conflictos variaron grandemente en detalle, según las peculiaridades étnicas y locales; pero, en esencia, todas fueron rebeliones contra la idea de un soberano absoluto y su dirección política y religiosa.

En el siglo XII todo el bajo Rhin se hallaba dividido entre varios pequeños soberanos, y la población era germánica con un fondo de celtas, ulteriormente adicionada de ingredientes daneses, muy semejantes, en suma, a la mixtura inglesa. La franja o zona del Sudeste hablaba dialectos franceses; el resto, frisón, holandés y otros dialectos del bajo alemán. Los Países Bajos figuraron considerablemente en las cruzadas. Godofredo de Bouillon, que tomó Jerusalén en la primera Cruzada, era un belga; y el fundador de la llamada Dinastía Latina de emperadores de Constantinopla (cuarta Cruzada) fué Baldovino de Flandes. (Llamóseles emperadores *latinos*, por ser partidarios de la Iglesia romana). En los siglos XIII y XIV empezaron a desarrollarse diversas ciudades de los Países Bajos hasta llegar a constituir urbes considera-

bles, tales como Gante, Brujas, Ypres, Utrecht, Leyden, Haarlem, etc.; ciudades regidas por gobiernos municipales casi independientes y con una clase culta de ciudadanos. No cansaremos al lector con los accidentes dinásticos que vincularon los Países Bajos con Borgoña (Francia oriental) y acabaron por hacerlos entrar a formar parte de la herencia del emperador Carlos V.

Bajo el reinado de Carlos fué cuando las doctrinas protestantes, que a la sazón prevalecían en Alemania, se difundieron por los Países Bajos. Carlos persiguió la herejía con bastante rigor; pero en 1556, como hemos visto, abdicó en favor de su hijo Felipe. La fogosa política exterior de este Felipe II —por entonces en guerra con Francia— se convirtió en una segunda fuente de disturbios entre Su Majestad y los nobles y burgueses de Flandes, a los cuales se vió obligado a recurrir en busca de abastecimientos. Los grandes señores, acaudillados por Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, y los condes de Egmont y de Horn, convirtiéronse en cabecillas del movimiento popular de resistencia en el que resulta ahora imposible separar la resistencia a los impuestos de la resistencia a la persecución religiosa. Los grandes señores no fueron en un principio protestantes, sino que se convirtieron al arreciar y enconarse la lucha. El pueblo sí fué a menudo de un protestantismo rabioso.

Felipe II estaba resuelto a gobernar tanto las propiedades como las conciencias de sus flamencos. Envió sus tercios más escogidos al país, y nombró gobernador general a un gran señor castellano, el duque de Alba, uno de esos *hombres fuertes*, tan fuertes como desalmados, que muchas veces se bastan por sí solos para hacer naufragar gobiernos y monarquías. Durante algún tiempo gobernó al país con mano de hierro; pero la mano de hierro acaba por engendrar un alma de hierro en el cuerpo del que oprime, y en 1567 los Países Bajos estaban en plena rebelión. Alba asesinó, saqueó y devastó... inútilmente. Los condes de Egmont y de Horn fueron ajusticiados. Guillermo el Taciturno se convirtió en el jefe supremo de los holandeses, verdadero rey de hecho. Durante largo tiempo, y con mil complicaciones, prosiguió la lucha por la libertad, y durante toda ella es de notar que los rebeldes siempre admitieron que Felipe II era su rey legítimo... con tal que se aviniese a ser un rey sensato y con restricciones. Pero la idea de una monarquía restringida era poco grata a las cabezas coronadas de aquellos tiempos, y al cabo Felipe II impulsó a las Provincias Unidas, que hoy conocemos con el nombre de Holanda, a la forma republicana de gobierno. Holanda, téngase en cuenta, y no todos los Países Bajos; pues la región meridional, o sea lo que hoy llamamos Bélgica, permaneció, hasta el final de la lucha, católica y española.

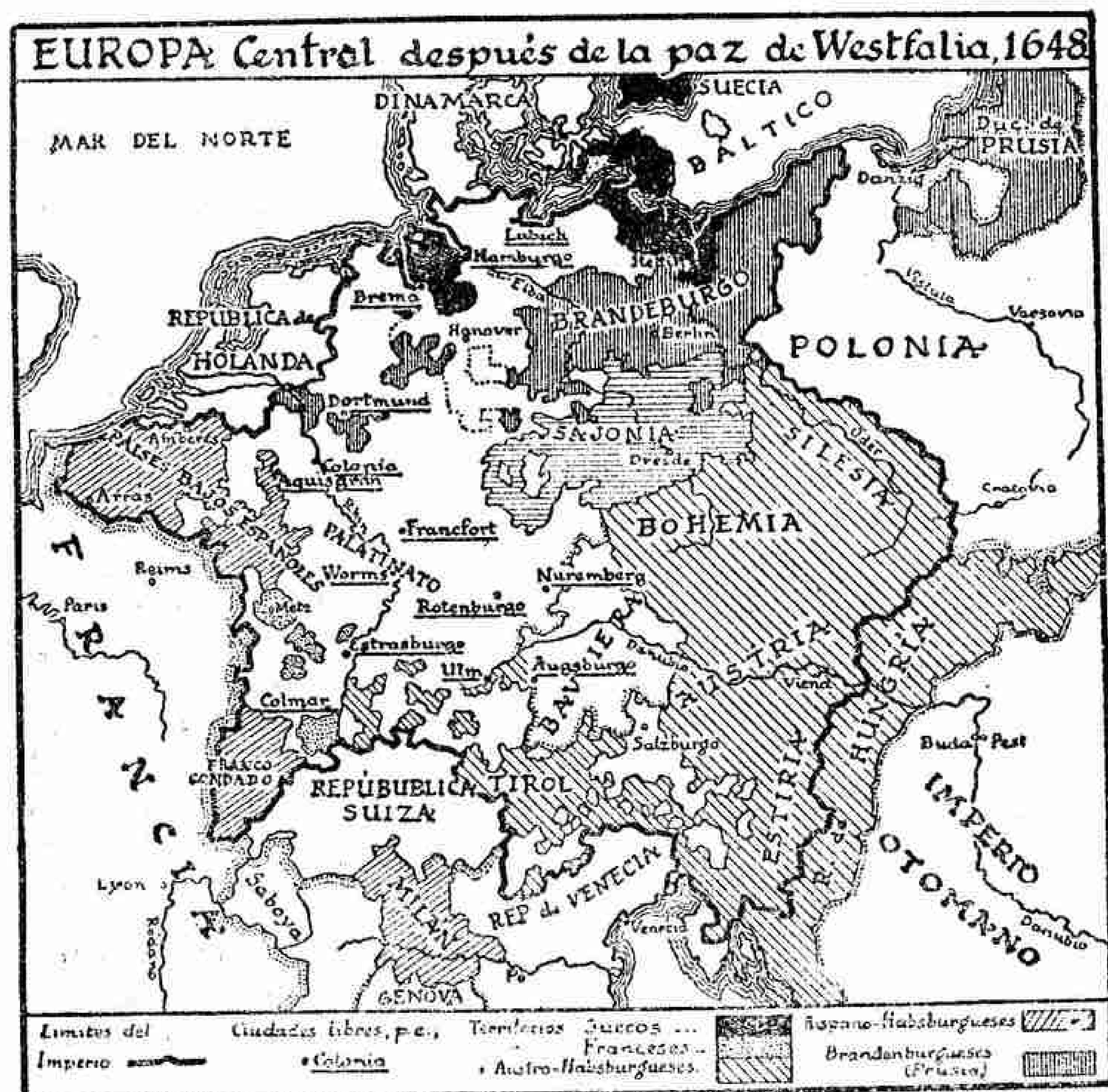
El sitio de Alkmaar (1573), tal como lo describe Motley, [1], puede tomarse como una muestra de aquella larga y odiosa pugna entre el pequeño pueblo holandés y los aún cuantiosos recursos del imperialismo católico.

"Si tomo Alkmaar —escribía Alba a Felipe II—, estoy resuelto a no dejar con vida una sola persona; la espada dará razón de cada cabeza...".

"Y he aquí cómo, con la desmantelada y desolada Haarlem ante sus ojos, a guisa quizás de profético espectro de su inminente destino, el puñado de gentes encerradas entre los muros de Alkmaar se prepararon para lo peor. Su esperanza capital yacía en el mar amigo. Los anchos canales del Zyp, por medio de los cuales podíase muy rápidamente inundarse toda la provincia septentrional, distaba pocos kilómetros. Abriendo aquellas compuertas y rompiendo algunos diques, podíase llamar a la batalla en su socorro nada menos que al océano. Sin embargo, para obtener aquel resultado se requería el consentimiento de los habitantes de la comarca, ya que la destrucción de todos los sembrados sería inevitable. Y la ciudad estaba a tal punto cercada y acosada, que hacíase cuestión de vida o muerte aventurarse fuera, y sumamente difícil encontrar quien quisiera encargarse de esta arriesgada misión. Al fin, un carpintero llamado Pedro Van der Mey se ofreció a la empresa...

"Las cosas parecían tocar a su término en la ciudad asediada. Diarias escaramuzas, sin el menor resultado decisivo, tenían lugar extramuros. Al cabo, el 18 de septiembre, después de un cañoneo ininterrumpido de casi doce horas, a las tres de la tarde, el caudillo español ordenó un asalto. No obstante su experiencia de siete meses en Haarlem, aún tenía por seguro el tomar Alkmaar por asalto. El ataque se efectuó inmediatamente, proyectado contra la Puerta Frisona y la torre roja del lado opuesto. Dos regimientos escogidos recién llegados de Lombardía llevaron el ataque, desgarrando el aire con sus alaridos y seguros de una fácil victoria, sostenidos como estaban por lo que parecía una superioridad abrumadora de fuerzas bien disciplinadas. Pero nunca, ni aun en el reciente ejemplo de Haarlem, fué recibido un ataque con intrepidez semejante. No había hombre en la ciudad que no estuviera en las murallas. Las compañías de asalto eran recibidas con fuego de cañón y de mosquetes y pistolas, agua y aceite hirviendo, plomo derretido, cal viva. Centenares de aros alquitranados y encendidos eran hábilmente lanzados al cuello de los atacantes, que en vano luchaban por desenredarse de aquellas gorgueras de fuego, en tanto que los que lograban poner pie en

[1] En su obra: *Rise of the Dutch Republic*.



la brecha tenían que habérselas con las espadas y dagas de los burgueses, que no tardaban en precipitarles al fondo del foso.

"Tres veces fué renovado el ataque, con furia creciente, y tres veces rechazado con indomable fortaleza.

"El asalto continuó durante cuatro horas, en las cuales ni un solo defensor abandonó el puesto, a menos de muerto o gravemente herido. Al fin sonó el clarín de retirada, y los españoles, cruelísimamente castigados, tuvieron que abandonar aquellas murallas a cuyo pie se dejaban más de mil cadáveres, en tanto que, de la ciudad, solamente trece burgueses y veinticuatro soldados de la guarnición habían perdido la vida. El abanderado Solís, que había coseguido poner pie un instante en el muro y que mil gro- samente escapara con vida, cuenta que, antes de ser precipitado al foso, al echar una ojeada a la ciudad que tenía debajo, no había visto "ni yelmo ni arnés", únicamente a unos hombres de apariencia vulgar, vestidos en su mayoría como pescadores. Sin

embargo, aquellos pescadores de apariencia vulgar habían derrotado a los tercios veteranos de Alba.

"Entretanto, como el gobernador Sonoy abriera varios de los diques, el terreno en que se asentaba el campamento se estaba empantanando aunque, todavía la inundación con que se amenazaba no hubiera tenido lugar. Pero los soldados se tenían ya muy a disgusto y empezaban a mostrarse recalcitrantes. El carpintero hazañoso no había estado con las manos cruzadas...".

El caso es que el tal carpintero volvía con despachos para la ciudad, cuando, por accidente o artimaña ajena, estos despachos fueron a parar en manos del duque de Alba. Dichos despachos eran del duque de Orange, y en ellos hacía promesa definitiva de inundar la comarca y anegar así al ejército español en masa, aunque, como es natural, también se anegasen las cosechas y ganados del país. Pero Alba, al enterarse de aquellos documentos, no esperó la apertura de más esclusas. Y los esforzados habitantes de Alkmaar tuvieron la satisfacción, entre gritos de júbilo y hosannas, de ver como los españoles levantaban el campo...

La forma asumida por el Gobierno de Holanda redimida fué la de una república patricia bajo la guía de la casa de Orange. Los Estados Generales eran mucho menos representativos del cuerpo total de ciudadanos que lo fué el Parlamento británico, cuya lucha con la corona ahora relataremos.

Aunque lo peor de la lucha acabó en Alkmaar, Holanda no fué realmente independiente hasta 1609, y su independencia no fué plenamente reconocida hasta el tratado de Westfalia en 1648.

§ 3. *La República Inglesa.*

La lucha franca entre el propietario particular y la codicia del "príncipe" comienza en Inglaterra allá por el siglo XII. La fase de esta pugna que tenemos que estudiar ahora es aquella fase que iniciaran las tentativas de Enrique VII y Enrique VIII y sus sucesores, Eduardo VI, María e Isabel, para convertir el gobierno de Inglaterra en una "monarquía personal" del tipo continental. El conflicto se agudizó cuando, por diversos incidentes dinásticos, Jaime, rey de Escocia, se convirtió en Jaime I, rey de Escocia e Inglaterra (1603), y comenzó a hablar a troche y moche de su "divino derecho" a hacer lo que se le antojase. Pero nunca había sido camino trillado el de la monarquía inglesa. En todas las monarquías de los invasores nórdicos y germánicos del Imperio había existido la tradición de una asamblea popular de notables, es decir, de hombres influyentes y representativos, encargada de velar por la conservación de sus franquicias generales, y en país alguno hallábase tan viva esta tradición como en Inglaterra. Fran-

cia tenía su tradición de la asamblea de los tres Estados, España tenía sus Cortes, pero la asamblea inglesa presentaba dos particularidades: el tener detrás una declaración documental de ciertos derechos elementales y universales; y el contener nobles de la provincia o condado, designados por elección, así como también burgueses de las ciudades, igualmente electivos. Las asambleas francesa y española tenían este último elemento, pero carecían del nobiliario.

Estas dos características dieron al parlamento inglés una fuerza especial en su lucha contra el trono. El documento en cuestión era la *Magna Carta*, declaración arrancada al rey Juan (1199-1216), hermano y sucesor de Ricardo Corazón de León (1189-99), después de una rebelión de los nobles en 1215. Dicha *Carta* enumeraba ciertos derechos fundamentales, que hacían de Inglaterra un Estado legalmente constituido y no un simple feudo real. Denegaba al rey todo derecho a fiscalizar la propiedad privada y a disponer de la libertad de los ciudadanos, a menos que fuese con el consentimiento de su iguales.

La presencia de los representantes electivos del condado en el parlamento, segunda peculiaridad de la situación británica, tuvo un origen muy simple. De los condados, o divisiones provinciales, parece que los nobles eran llamados al Consejo nacional a dar testimonio sobre la capacidad tributaria de sus distritos. Ya en 1254 eran elegidos y enviados por la clase media, propietarios y ancianos de cada aldea, a razón de dos nobles por cada condado. Esta idea inspiró a Simón de Monforte (2), que estaba en rebelión contra Enrique III, sucesor de Juan, la de convocar al Consejo nacional dos nobles de cada condado y dos ciudadanos de cada burgo o ciudad. Eduardo I, sucesor de Enrique III, continuó esta práctica, por parecerle medio adecuado de estar en contacto financiero con las ciudades, de día en día más importantes. Al comienzo, hubo una considerable repugnancia, en los nobles y burgueses, de asistir al Parlamento, pero poco a poco acabaron por comprender la fuerza que así se les otorgaba, la facultad de enderezar los entuertos que pudieran hacérseles y de conceder los subsidios que pudieran necesitar. Desde muy temprano, si no desde un mismo comienzo, aquellos representantes de los propietarios rurales y urbanos, que más tarde habían de llamarse *los Comunes*, tuvieron sus debates y sesiones aparte de los grandes señores y obispos. Así se desarrolló en Inglaterra un cuerpo de representantes, los Comunes, junto a otro cuerpo episcopal y patricio, el de los Lores. Entre el personal de ambas asambleas no había nin-

(2) Hijo del Simón de Monforte que dirigió las cruzadas contra los albigenses.

guna diferencia profunda y fundamental; muchos de los nobles del condado eran hombres acaudalados que habrían podido ser igualmente poderosos e influyentes como pares, hijos y hermanos también de lores y magnates; pero, en conjunto, los Comunes eran la asamblea más plebeya. Desde el principio, estas dos asambleas, y especialmente los Comunes, mostraron una marcada inclinación a reclamar para sí todo el derecho a la imposición de las cargas tributarias. Paulatinamente, fueron extendiendo su capítulo de agravios hasta una crítica general de todos los asuntos del reino. No seguiremos las alternativas del poderío y prestigio del Parlamento inglés a través de la época de los soberanos de la casa de Tudor (esto es: Enrique VII, Enrique VIII, Eduardo VI, María e Isabel); pero, por lo dicho, habrá quedado de manifiesto que cuando, al fin, Jaime Estuardo hizo su franca declaración de autocracia, los mercaderes, pares y caballeros ingleses se encontraron, al alcance de la mano, con medios tradicionales honrosos y bien contrastados, de hacerle frente y resistirle como ningún otro pueblo de Europa habría sido capaz.

Otra particularidad del conflicto político inglés era su relativo apartamiento de la gran lucha entre católicos y protestantes, que a la sazón imperaba en toda Europa. Cierto que había también sus extremos religiosos implicados en el conflicto inglés; pero, en líneas generales, era una lucha política entre el rey y el Parlamento, que representaba, por decirlo así, todas las fuerzas vivas de la nación. Tanto la corona como el pueblo habían abrazado la Reforma y eran protestantes. Es verdad que muchos eran protestantes del tipo que podríamos llamar bíblico o no sacerdotal, representando la Reforma con arreglo al pueblo, y que el rey era la cabeza nominal de una Iglesia sacerdotal y sacramental, la Iglesia oficial de Inglaterra, representando la Reforma con arreglo a los príncipes; pero este antagonismo nunca oscureció por completo las características esenciales del conflicto.

La lucha del rey y del Parlamento había llegado ya a un punto crítico antes de la muerte de Jaime I (1625), pero hasta el reinado de su hijo Carlos I no culminó en una guerra civil. Carlos hizo exactamente lo que cualquier rey habría hecho en su situación, dada la falta de dirección parlamentaria de la política extranjera: enredó al país en una guerra con España y Francia, y acudió luego al país para que le proporcionasen los medios de llevarla a cabo, esperando que el sentimiento patriótico se impondría a la natural repugnancia a soltar dinero. Cuando el Parlamento se negó a suministrar esos medios, Carlos pidió préstamos a varios súbditos e intentó un gravamen ilegal de las contribuciones.

Esto dió lugar a un documento parlamentario verdaderamente memorable, la *Demanda de Derecho* (1628), en que se citaba la Magna Carta y se enumeraban las limitaciones legales a los poderes del soberano inglés, negándole el derecho a la imposición de nuevas cargas, a encarcelar ni castigar a nadie, a alojar tropas a expensas del pueblo, sin el debido procedimiento legal, etc.

La Demanda de Derecho exponía el caso del Parlamento inglés. La disposición de "exponer un caso" ha sido siempre una característica marcadamente inglesa. Cuando el presidente Wilson, durante la Gran Guerra de 1914-18, precedía cada paso de su política con una "Nota", no hacía sino marchar sobre las huellas de las más respetables tradiciones británicas. Carlos I decidió obrar con el Parlamento de manera desenfadada, disolviéndolo en 1629 y no convocando ningún otro Parlamento durante once años. Procuróse recursos ilegalmente, aunque no en cantidad bastante para sus fines; y comprendiendo que podía emplear la Iglesia como un instrumento de sumisión, echó mano de Laud, alto dignatario eclesiástico, sacerdote a ultranza, fiel creyente en el "derecho divino" y hombre agresivo y sin escrúpulos, y lo nombró arzobispo de Canterbury, es decir, cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

En 1638, Carlos trató de extender las características semiprotestantes, semicatólicas de la Iglesia de Inglaterra a su otro reino de Escocia, donde la separación del catolicismo había sido más completa y donde una forma de cristianismo no sacerdotal y no sacramental, el presbiterianismo, había arraigado como Iglesia nacional. Los escoceses se rebelaron, y las tropas inglesas que Carlos enviara a combatirlos se amotinaron. La insolvencia, resultado natural en todo tiempo de las políticas internacionales *viriles*, no tardó en hacerse sentir. Carlos, sin dinero ni tropas en que poder confiar, tuvo que convocar al fin un Parlamento en 1640; Parlamento conocido con el nombre de "el Parlamento Breve", que disolvió el mismo año. Entonces trató de reunir un Consejo de Pares en Yorn (1640), y como nada de ello le diera resultado, en noviembre del mismo año convocó un nuevo Parlamento, que había de ser su último.

Esta asamblea, "el Parlamento Largo", reunióse ya en un espíritu de beligerancia. Apoderóse de Laud, el arzobispo de Canterbury, acusándole de traición. Publicó una "Gran Protesta o Reconvención", que era una larga y detallada exposición de su caso contra Carlos I. Decretó una ley que disponía le reunión del Parlamento cuando menos una vez cada tres años, convocáralo o no el rey. Procesó a los principales ministros del rey, que le habían ayudado a reinar durante tanto tiempo sin Parlamento, y en particular al conde de Strafford. Para salvar a éste planeó

el rey una súbita ocupación a mano armada de Londres por el ejército. Pero el complot fué descubierto y el decreto condenando a Strafford fué rápidamente aprobado en medio de una gran excitación popular. Carlos I, que seguramente fué uno de los más mezquinos y pérfidos ocupantes que ha tenido el Trono de Inglaterra, se sintió amedrentado por el populacho londinense. Para que Strafford pudiera ser ajusticiado legalmente, era preciso que el rey aprobara la sentencia. Carlos la aprobó, y Strafford fué decapitado. Entretanto, el rey empezó a conspirar y a buscar la ayuda del extranjero, hasta de los católicos irlandeses y los desleales escoceses. Al fin acabó por recurrir a una pobre manifestación de violencia, condenada de antemano a fracaso. Dirigióse a las Cámaras del Parlamento, con objeto de mandar detener a cinco de sus adversarios más acérrimos. Con arreglo a un plan sin duda bien madurado, entró en la Cámara de los Comunes y ocupó el sillón presidencial. Llevaba preparado, según parece, un enérgico discurso sobre la traición y la lesa majestad; pero al ver vacíos los cinco puestos de sus contrarios, se desconcertó y no hizo sino balbucear unas cuantas frases sueltas. A renglón seguido, le comunicaron que sus cinco antagonistas habían huído de su real cuidad de Westminster y buscado refugio en la ciudad de Londres (V. cap. XXXV, §7). Londres le desafiaba. Una semana más tarde los cinco miembros eran escoltados en triunfo, de vuelta al Parlamento de Westminster, y el rey, para evitar el estruendo y la hostilidad de la ocasión, cambiaba su residencia de Whitehall por la de Windsor.

Ambas partes apercibiéronse entonces abiertamente para la guerra.

El rey era, por tradición, la cabeza o jefe supremo del ejército, y este hábito de obediencia de los soldados era ya un tanto en favor del rey. Pero el Parlamento contaba con recursos mayores. El rey abrió las hostilidades en Nottingham, en agosto de 1642. Siguióse una larga y tenaz guerra civil, el rey con su centro en Oxford, el Parlamento en Londres. La victoria se inclinaba tan pronto de un lado, tan pronto de otro; pero ni el rey pudo acercarse a Londres ni el Parlamento tomar Oxford. Ambos adversarios sentíanse debilitados por esos partidarios tímidos, que nunca faltan, medrosos de "ir demasiado lejos". Así las cosas empezó a sobresalir de entre los jefes parlamentarios un tal Oliverio Cromwell, que levantara un pequeño escuadrón de caballería y ascendiera al puesto de general. Lord Warwick, contemporáneo suyo, nos lo describe como un hombre de apariencia vulgar, vestido con ropas "cortadas por un mal sastre de pueblo". Cromwell no sólo era un simple soldado, sino también un organizador militar, que, comprendiendo la calidad inferior de muchas de las

fuerzas del Parlamento, se dedicó en persona a remediarla. Los caballeros del rey tenían a su favor la pintoresca tradición de lealtad y caballerosidad; el Parlamento, en cambio, era algo nuevo y difícil, sin tradiciones que pudieran compararsele. "Vuestras tropas son en su mayoría viejos lacayos achacosos y mozos de taberna —decía Cromwell—. ¿Creéis que con semejante morralla podréis hacer frente a caballeros que tienen en sí un ideal de honor, de arrojo y de resolución?". Pero hay algo mejor y más fuerte que una tradición pintoresca en el mundo, y es el entusiasmo religioso. Cromwell se consagró a formar un regimiento teológico, una especie de legión sagrada. Los soldados que la componían tenían que ser hombres formales y morigerados; sobre todo, tenían que ser hombres de convicciones arraigadas. Sin hacer caso de tradiciones sociales, eligió sus oficiales entre gentes de todas las clases. "Prefiero tener un capitán tosco y palurdo, pero *sabiendo por lo que lucha y amando lo que sabe*, que eso que llamáis un caballero y que no es otra cosa que un caballero". Inglaterra descubrió en su fondo una nueva fuerza, los *Ironsides* (u hombres de hierro), en la que lacayos, carreteros y marineros desempeñaban altos puestos, codeándose con hombres de abolengo y llegando a ser el arquetipo con arreglo al cual tratara el Parlamento de reconstruir su ejército. Los *Ironsides* eran la columna vertebral de este "nuevo modelo". Desde Marston Moor a Naseby, estos hombres barrieron ante sí a los caballeros del rey, que al fin cayó prisionero en manos del Parlamento.

Aún hubo tentativas de arreglo que habrían dejado al rey en postura honorable; pero Carlos era un hombre destinado a la tragedia, conspirando incesantemente, "hombre tan falso que no es posible fiar de él". Los ingleses abocábanse así a una situación nueva en la historia del mundo, en la que un monarca iba a ser juzgado y condenado con todas las formalidades del caso por traición a su pueblo.

La mayoría de las revoluciones son aceleradas, como lo fué esta inglesa, por los excesos del gobernante y sus veleidades de energía y de fuerza más allá de la esfera legal; y casi todas, por una especie de fatalidad, acaban dejándose arrastrar hacia conclusiones más extremas que las que justificaba el conflicto originario. La revolución inglesa no fué una excepción a esta regla. Los ingleses son, por naturaleza, un pueblo vacilante y aficionado a las componendas y a los términos medios, y probablemente la gran mayoría de ellos todavía deseaban que el rey continuase siendo rey y el pueblo continuase siendo libre, y juntos, en paz y compañía, leones y ovejas. Pero el ejército del "nuevo modelo" no podía retroceder. ¿Qué habría sido, en efecto, de aquellos lacayos y carreteros que pisotearan a los nobles del rey, si éste

hubiese vuelto a su antigua preeminencia? Así, cuando el Parlamento empezó a tratar de nuevo con aquel real embaucador, el "nuevo modelo" intervino; el coronel Pride expulsó de la Cámara de los Comunes a ochenta miembros que simpatizaban con el rey, y el remanente ilegal, el "Parlamento Rabadilla" (como se le llamara despectivamente), procesó al rey.

Pero el rey estaba ya perdido. La Cámara de los Lores rechazó el mandato de procesamiento, y la Cámara popular proclamó entonces que "el pueblo es, por gracia de Dios, el origen de todo poder justo", y que "a los Comunes de Inglaterra pertenece el poder supremo en la Nación", y sin más rodeos dió comienzo al proceso. El rey fué condenado como "tirano, traidor, asesino y enemigo de su país". Y una mañana de enero de 1649 lo llevaron a un cadalso, erigido ante las ventanas de su sala de festines de Whitehall, y lo decapitaron. Murió con unción y con dignidad, ocho años después de la ejecución de Strafford, y tras seis años y medio de una guerra civil encarnizada y destructora, originada casi exclusivamente por sus propios desórdenes.

Realmente, el hecho llevado a cabo por el Parlamento había sido enorme y aterrador, sin semejante ni precedente en las edades pretéritas. Hasta entonces, los reyes se habían matado entre sí, con bastante frecuencia; el parricidio, el fratricidio y el asesinato habían venido siendo uso y privilegio de las cabezas coronadas; pero que una parte del pueblo se hubiese rebelado, hubiese procesado a su rey solemne y deliberadamente por deslealtad, abuso del poder y traición, y le hubiese condenado y ejecutado, ya se comprenderá que era cosa inusitada, que no podía dejar de horrorizar a todas las Cortes de Europa. El "Parlamento Rabadilla" había ido más allá de las ideas y de la conciencia de su tiempo. Era como si una asamblea de gacelas hubiese cogido y matado a un tigre: un verdadero crimen contra natura. El zar de Rusia expulsó de su corte al embajador inglés. Francia y Holanda cometieron actos de franca hostilidad. Inglaterra, confusa y contrita de su sacrilegio, aparecía aislada ante el mundo.

Durante algún tiempo, las cualidades personales de Oliverio Cromwell y la fuerza y disciplina del ejército que había creado mantuvieron a Inglaterra en el camino republicano que tomara. Los católicos irlandeses habían hecho una matanza de protestantes ingleses en Irlanda, pero Cromwell suprimió con mano de hierro esta insurrección irlandesa. Excepto unos cuantos frailes en el asalto y toma de Drogheda, sólo mataron sus tropas a hombres con armas en la mano; pero las atrocidades de la matanza de protestantes estaban todavía frescas en su espíritu y no dió cuartel a nadie en la batalla, lo que ha hecho que su recuerdo todavía encone el ánimo de los irlandeses que tienen la memoria larga

para los agravios recibidos. Después de Irlanda vino Escocia, donde Cromwell aplastó a un ejército realista en la batalla de Dunbar (1650). Luego volvió su atención a Holanda, país que se había aprovechado ávidamente de las disensiones intestinas de Inglaterra, para perjudicar en todo lo posible a un comercio que le hacía la competencia. Los holandeses eran por aquel entonces los amos del mar, y la flota inglesa luchaba contra fuerzas superiores; pero, al cabo de una serie de empeñados combates navales, los holandeses eran barridos de las aguas británicas e Inglaterra les sustituía como potencia naval preponderante. Las naves holandesas y francesas no tuvieron más remedio que saludar al pabellón británico. Una flota inglesa fué al Mediterráneo —primera fuerza naval inglesa que entraba en sus aguas—, enderezó algunos entuertos cometidos por Malta y Toscania con los navieros ingleses y bombardeó el nido de piratas que era Argel, destruyendo al propio tiempo la flota pirata, que en tiempos de Carlos llevaran su audacia hasta llegar a las costas de Cornualles y Devon, a interceptar los barcos y llevarse a los ocupantes a Africa en calidad de esclavos. El fuerte brazo de Inglaterra también intervino para proteger a los protestantes del Sur de Francia, que eran cazados como conejos por el duque de Saboya. Francia, Suecia, Dinamarca, todas ellas encontraron más prudente sobreponerse a su primera repugnancia por el regicidio y aliarse con Inglaterra. Sobrevino una guerra con España, y el gran almirante inglés Blake destruyó la flota española en Tenerife, en una acción naval de increíble arrojo, combatiendo contra baterías terrestres, cosa que hasta entonces nadie se atreviera nunca a hacer. (Murió en 1650 y fué enterrado en la abadía de Westminster, pero cuando la restauración de la monarquía sus huesos fueron exhumados por orden de Carlos II, y trasladados a la iglesia de Santa Margarita, en Westminster). Tal fué el papel que desempeñó Inglaterra ante los ojos del mundo durante los días de su breve existencia republicana.

El 3 de septiembre de 1658 murió Cromwell, en medio de una terrible tempestad, que no dejó de impresionar a los supersticiosos. Apenas inmóvil su fuerte mano, abandonó Inglaterra aquella tentativa prematura de realizar una comunidad justa de hombres libres. En 1660, Carlos II, el hijo de Carlos "el Mártir", volvía a Inglaterra en medio del entusiasmo popular y de todas esas manifestaciones de lealtad personal a que tan inclinado es el corazón inglés, y el país, súbitamente relajado, perdía aquella preeminencia militar y naval, como un soñador que, al despertar de un sueño demasiado intenso, no sabe hacer otra cosa que desperezarse y bostezar. Los puritanos se vieron en derrota. La "alegre Inglaterra" recobró su antiguo ser, y en 1667 los holandeses, una vez

más dueños del mar, entraban por el Támesis hasta Gravesend, y quemaban una flota inglesa en el Medway. "La misma noche en que los holandeses pegaban fuego a nuestras naves —dice Pepys en su *Diario*— cenaba el rey con la señora Castelmaine, y allí se volvieron todos locos de regocijo, dando caza a una infeliz polilla". Carlos II, desde el momento mismo de su regreso (1660), tomó en manos los asuntos internacionales del Estado, y en 1670 concertó un tratado secreto con Luis XIV de Francia, por el cual se comprometía a subordinar completamente la política internacional inglesa a la de Francia, mediante la retribución o pensión anual de cien mil libras esterlinas. Dunkerque, tomada por Cromwell, ya había sido vendida a Francia. Carlos II era un genuino deportista, con la pasión típicamente inglesa de las carreras de caballos, y el hipódromo de Newmarket acaso sea su monumento más característico.

Mientras Carlos II vivió, su humor fácil le permitió mantener la corona inglesa, pero fué a costa de mucha cautela y transigencia, y cuando en 1685 le sucedió su hermano, Jaime II, que era un católico devotísimo y demasiado cerrado de mollera para darse cuenta de las limitaciones de la monarquía en Inglaterra, la vieja querella entre el Parlamento y la Corona volvió a exacerbarse. Jaime se señaló como misión el reconciliar a su país con Roma, volviéndolo al seno del catolicismo. En 1688 tenía que huir a Francia. Pero esta vez los grandes señores y mercaderes y caballeros eran lo bastante circunspectos para no dejar que esta rebelión contra el rey les pusiera en manos de un segundo Pride o de un segundo Cromwell. Ya, a prevención de ello, habían llamado a otro rey, Guillermo, príncipe de Orange, para reemplazar a Jaime. El cambio se efectuó rápidamente. No hubo guerra civil —excepto en Irlanda—, ni las fuerzas revolucionarias más profundas del país se desbordaron.

De las pretensiones de Guillermo al trono, o más bien de las de su esposa María, nada diremos aquí, ya que su interés es puramente episódico. Ni tampoco nos detendremos a contar cómo, después de haber reinado Guillermo, solo y viudo, durante algún tiempo, pasó el trono a la hermana de María, la princesa Ana (1702-14). Ana parece haberse inclinado a favorecer una restauración de la familia Estuardo; pero los Lores y los Comunes, que dominaban ahora los asuntos ingleses, prefirieron un rey menos competente. Por otra parte, el Elector de Hanover pudo hacer valer ciertos títulos a la herencia, y el caso es que fué elegido rey de Inglaterra, bajo el nombre de Jorge I (1714-27). Este Elector era completamente alemán, no sabía una palabra de inglés, y trajo consigo a la corte inglesa una verdadera nube de servidores alemanes de ambos sexos, lo que acaso fué causa del embotamien-

to y del sopor en que cayó la vida intelectual del país; pero precisamente este aislamiento de la corte de la vida inglesa era su principal recomendación a los ojos de los grandes propietarios y traficantes. Inglaterra entró en una fase que Lord Beaconsfield ha llamado la etapa de "oligarquía veneciana". El poder supremo residía en el Parlamento, dominado ahora por los lores, pues el arte del soborno y un estudio de los métodos electorales llevado a un grado de perfección nada común por Sir Roberto Walpole, había despojado a la Cámara de los Comunes de su libertad y fuerza original. Por medio de ingeniosas estratagemas, el voto parlamentario fué restringido a un número cada vez menguante de electores: viejas ciudades con ninguna o escasa población, resultaban con derecho a dos miembros (y así se daban casos como el de Sarum, que tenía un votante no residente, ninguna población y dos miembros), en tanto que centros más nuevos y populosos no tenían representación alguna. Jorge I fué seguido por el muy semejante Jorge II (1727-60), y solamente a su muerte fué que volvió Inglaterra a tener un rey nacido en Inglaterra, y capaz de hablar un inglés tolerable, su nieto Jorge III. De la intentona de este monarca para recuperar algunas de las facultades más amplias de la antigua monarquía, ya diremos algo en una sección posterior.

Tal es, en pocas palabras, la historia de la lucha en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII entre los tres factores principales en el problema del "Estado moderno": o sea, entre la corona, los propietarios particulares y ese vago poder, todavía ciego e ignorante, que es el poder de lo que llamamos "pueblo bajo". Este último factor no aparece aún sino en los momentos en que el país se siente conmovido hasta sus cimientos, para luego retirarse de nuevo a la sombra. Pero el fin de la historia, hasta la fecha, es la victoria completa del propietario inglés sobre los sueños e intrigas del absolutismo maquiavélico. Con la dinastía de Hanover, Inglaterra se convirtió en una especie de república coronada. Había creado, por decirlo así, un nuevo sistema de gobierno, el gobierno parlamentario, que recordaba en una porción de cosas al Senado y a la Asamblea popular de Roma, pero más constante y eficiente a causa de su empleo, por restringido que éste fuera, del sistema representativo. Su reunión en Westminster debía ser con el tiempo la "madre de los Parlamentos" de todo el mundo.

Con respecto a la corona, el Parlamento inglés estaba, y todavía está, en una relación muy semejante a la relación del alcaide de palacio con los reyes merovingios. El rey es tenido por irresponsable, como símbolo vivo del sistema real o imperial. Pero aún permanece latente una gran fuerza en la tradición y el prestigio de la corona, y la sucesión de los cuatro Jorges de Hanover, de Guillermo IV (1830), Victoria (1837), Eduardo VII (1901),

y el soberano actual, Jorge V (1910), es de un linaje completamente distinto de los reyes merovingios, tan endebles y de vida tan corta. En asuntos de la Iglesia, en las organizaciones militares y navales, en la política internacional, todos estos soberanos, en mayor o menor grado, han ejercido una influencia que no por difícil de determinar claramente deja de tener su importancia.

§ 4. *El fraccionamiento y desorden de Alemania*

En ningún país de Europa produjo el derrumbamiento de la idea de una Cristiandad unificada más desastrosas consecuencias que en Alemania. Lógicamente, habríase supuesto que siendo el emperador, de origen, un alemán, tanto en el caso de las dinastías primitivas como en el de los Habsburgos, habría acabado por ser el soberano nacional de un Estado alemán unificado; es decir, integrado por todos los pueblos de habla alemana. Pero la desgracia accidental de Alemania fué que nunca sus emperadores continuaron siendo alemanes. Federico II, el último Hohenstaufen, fué, como ya hemos visto, un siciliano medio orientalizado; los Habsburgos, por casamiento y por inclinación, hiciéronse, en la persona de Carlos V, primero borgoñeses y españoles luego en espíritu. A la muerte de Carlos V, su hermano Fernando heredó Austria y el Imperio, y su hijo Felipe II, España, los Países Bajos y el Sur de Italia; pero la línea austriaca, obstinadamente católica, y con la mayor parte de su patrimonio tocando a la Europa oriental, mezclóse íntimamente a los asuntos de Hungría y pagando tributo, como hicieran Fernando y sus dos sucesores, a los turcos, perdió en absoluto toda influencia sobre los alemanes del Norte, inclinados al protestantismo, con afinidades bálticas y occidentales e ignorantes o indiferentes al peligro turco.

Los príncipes soberanos, duques, electores, obispos soberanos, etc., etc., cuyos dominios hacían del mapa de Alemania un absurdo mosaico, no eran, en realidad, los equivalentes de los reyes de Inglaterra y Francia. Más bien podría comparárseles a los grandes terratenientes, duques y pares, de uno y otro país. Hasta 1701 ninguno de ellos tuvo el título de *rey*. Muchos de sus dominios eran menores en extensión y en valor que las grandes propiedades territoriales de la nobleza inglesa. La *Dieta* alemana era como los Estados generales o como un Parlamento sin la presencia de representantes electivos. Al punto de que la gran guerra civil de Alemania, que estalló por entonces, conocida con el nombre de Guerra de los Treinta Años (1618-48), fué en su naturaleza esencial mucho más afín a la guerra civil inglesa (1643-49) y a la guerra de la Fronda (1648-53), liga de los señores feudales contra la corona francesa, de lo que parece en la superficie. En todos estos

casos la Corona, o era católica, o estaba dispuesta a serlo, y los nobles recalcitrantes propendían hacia una fórmula protestante. Pero mientras en Inglaterra y Holanda los nobles y ricos mercaderes protestantes acababan por ganar la victoria, y en Francia el triunfo de la Corona era aún más completo, en Alemania, ni el emperador era lo bastante fuerte, ni los príncipes protestantes tenían la unidad y organización necesarias para conseguir el triunfo definitivo. El resultado fué una Alemania despedazada. Además, el problema alemán se complicaba por el hecho de que varios pueblos no germánicos, como los bohemios y suecos (que tenían una nueva monarquía protestante, iniciada por Gustavo Vasa, como resultado directo de la Reforma), se hallaban también metidos en la lucha. Y por si fuera poco, la monarquía francesa triunfante ya de sus nobles, aunque católica, venía a ponerse de parte de los protestantes, con la intención inequívoca de suplantar a los Habsburgos en el imperio.

Lo largo de la guerra, y el hecho de no tener lugar en campo determinado, sino a través de todo el imperio, tan pronto en una comarca protestante como en una católica, hizo que fuera una de las más crueles y devastadoras que había conocido Europa desde las invasiones bárbaras. Sus daños principales no consistían ya en la lucha misma, sino en sus concomitancias y dherencias. Habíase llegado ya a un tal adelanto de la táctica militar, que las simples levas de soldados bisoños, por copiosas que fueran, de nada servían contra tropas profesionales y bien adiestradas. La instrucción militar imponíase, pues, de modo imprescindible. El fuego de mosquetería a corta distancia había acabado con los jinetes en armadura, pero la carga de masas disciplinadas de caballería aún era eficaz contra la infantería y en muchas ocasiones puede decirse que determinó la victoria. Estos ataques de la caballería la infantería tenía que recibirlos a pie firme o arrodillada tras un muro de picas o bayonetas; operación para la cual, como fácilmente se comprenderá, requería una gran disciplina y experiencia. Los cañones de hierro aún eran de calibre pequeño y no muy abundantes, y todavía no desempeñaban un papel decisivo en la guerra. Podían, claro está, causar bastantes bajas a la infantería, pero no destrozarla y dispersarla, si ésta era sólida y bien disciplinada. La guerra en estas condiciones estaba completamente en manos de los veteranos profesionales, y la cuestión de su soldada era tan importante para los generales de aquellos tiempos como la cuestión de los víveres y las municiones. Al ir prolongándose, año tras año, la lucha, y al irse agotando gradualmente los recursos financieros del país, los caudillos, tanto de una parte como de otra, no tenían más remedio que acudir periódicamente al saqueo de ciudades y aldeas, con objeto de adquirir provisiones y de pagar los atrasos de sus soldados.

Estos, como es natural, cada día convertíanse más en simples bandoleros, que vivían a expensas del país, robando y pillando a mansalva. Y puede decirse que la Guerra de los Treinta Años estableció una tradición de rapiña como legítima operación guerrera y de tropelía como privilegio natural del soldado, que empañó el buen nombre de Alemania desde aquellos tiempos hasta la Gran Guerra de 1914. Los primeros capítulos de las *Memorias de un caballero*, de Defoe, con sus vivas descripciones de las matanzas e incendio de Magdeburgo, darán al lector una idea de lo que era la guerra en aquel entonces mucho mejor de lo que haría cualquier historia. Tan esquilmado y apurado veíase el país, que los labradores dejaron de cultivar la tierra, las pocas miserables espigas que se lograba consechar escondíanse apresuradamente, y grandes muchedumbres de mujeres y niños hambrientos seguían a los ejércitos para subsistir de sus migajas y relieves. Al término de la lucha, toda Alemania estaba arruinada y deshecha. Y la Europa Central tardaba un siglo en recobrarse enteramente de aquellas devastaciones y pillajes.

Aquí no podremos dejar de nombrar a Tilly y a Wallenstein, los grandes capitanes saqueadores del lado de Habsburgo, y a Gustavo Adolfo, rey de Suecia, el "León del Norte", campeón de los protestantes, cuyo sueño fué hacer del mar Báltico un "lago sueco". Gustavo Adolfo pereció en su batalla decisiva contra Wallenstein, en Lützen (1632), y Wallenstein fué asesinado en 1634. En 1648, los príncipes y diplomáticos reuniéronse, entre las ruinas por ellos creadas, en la Paz de Westfalia. Por esta Paz, el poderío del emperador quedaba reducido a una sombra, y la adquisición de Alsacia llevaba a Francia hasta el Rhin. Y un príncipe alemán, un Hohenzollern, el Elector de Brandenburgo, adquiría tal extensión de territorio, que quedaba de hecho convertido en la mayor potencia alemana después del emperador, potencia que más tarde, en 1701, habíase de convertir en el reino de Prusia. El tratado reconocía, además, dos hechos cumplidos: la separación del Imperio y la completa independencia de Holanda y de Suiza.

§ 5. *Los esplendores de la "Gran Monarquía" en Europa.*

Hemos abierto este capítulo con la historia de dos países: Holanda e Inglaterra, en que la resistencia del ciudadano a este nuevo tipo de monarquía, la monarquía maquiavélica, que surgía del cataclismo moral de la Cristiandad, quedaba triunfante. Pero en Francia, en Rusia, en muchas partes de Alemania e Italia —Sajonia y la Toscana, v. g.—, la monarquía personal no

fué tan restringida y vencida, sino que, antes bien, convirtióse en el sistema de gobierno europeo durante los siglos XVII y XVIII. Y en este último, hasta en Inglaterra y Holanda, fué recobrando poder la monarquía.

(En Polonia, la situación era distinta y muy peculiar, y ya nos ocuparemos de ella en una próxima sección).



En Francia no había habido Magna Carta de ningún género, y no existía una tradición parlamentaria tan definida y positiva. Existía, sí, la misma oposición entre la Corona de un lado y los propietarios y mercaderes de otro, pero estos últimos carecían de agrupación legal y de todo sentimiento corporativo. Constituían oposiciones a la Corona, formaban ligas de resistencia —tal fué la "Fronda", que diera la batalla a Luis XIV, adolescente, y a su gran ministro Mazarino, en tanto que Carlos I luchaba por su vida en Inglaterra—; pero, al cabo (1652), tras una guerra civil, fueron definitivamente vencidos; y mientras en Inglaterra, después de la instauración de la casa de Hanover, la Cámara de los Lores y su subordinada de los Comunes gobernaban el país, en Francia, por el contrario, después de 1652, la corte dominaba por completo a la aristocracia. El mismo cardenal Mazarino edificaba sobre unos cimientos que le preparara el cardenal Richelieu, contemporáneo de Jaime I de Inglaterra. Después de los tiempos de Mazarino no volvemos a oír hablar de grandes señores franceses que no estén en la corte, desempeñando altos cargos palatinos. Habían sido domesticados, pero a costa de haber echado las cargas tributarias sobre los hombros del pueblo, inerme y mudo. De muchos de estos gravámenes, el clero y la nobleza —todo aquel, en realidad, que

llevaba un título cualquiera— estaban exentos. Como era inevitable, esta injusticia acabó por exasperar a las víctimas, pero durante bastante tiempo la monarquía francesa floreció con toda lozanía. Ya a principios del siglo XVIII hay escritor inglés que llama la atención sobre la miseria de las clases bajas francesas y la prosperidad, en comparación, *por aquel entonces,* del inglés pobre.

En estas condiciones de iniquidad y de injusticia social instituyóse en Francia lo que podríamos llamar "Gran Monarquía". Luis XIV, sobrenombrado el Gran Rey, reinó durante setenta y dos años (1643-1715), reinado sin igual en duración, que dejó como una norma o patrón a todos los monarcas de Europa. Al principio fué guiado por su maquiavélico ministro, el cardenal Mazarino; a la muerte de éste, él mismo, en su propia persona, convirtióse en "el Príncipe" ideal. Realmente, aun teniendo en cuenta sus limitaciones, hay que reconocer que fué un rey de capacidad excepcional; su ambición era más fuerte que sus pasiones bajas, y guió a su país hacia la bancarrota, a través de las complicaciones de una briosa política internacional, con una majestuosa dignidad que todavía suscita nuestra admiración. Su deseo inmediato era consolidar y extender las fronteras francesas hasta el Rhin y los Pirineos, y absorber los Países Bajos españoles: su visión más remota entreveía a los reyes de Francia como posibles sucesores de Carlomagno en un refundido Sacro Romano Imperio. Hizo del soborno un método de gobierno casi más importante que la guerra. Carlos II de Inglaterra estaba a su sueldo, e igualmente lo estaba la mayoría de la nobleza polaca, como en su lugar diremos. Sus dineros, o más bien los dineros de las clases contribuyentes de Francia, iban a todas partes. Pero su ocupación predominante era el esplendor y la magnificencia. Su gran palacio de Versalles, con sus salones, galerías, espejos, terrazas y fuentes y parques y perspectivas, era la envidia y la admiración del mundo. Provocó una imitación universal. No hubo rey ni reyezuelo de Europa que no se edificara su propio Versalles con arreglo a los medios que su bolsillo, y sobre todo el bolsillo de sus súbditos, le permitía. En todas partes, también, la nobleza reedificó o agrandó sus castillos y palacios con arreglo al nuevo patrón. Desarrollóse una gran industria de muebles y objetos de lujo. Florecieron espléndidamente en todas partes las bellas artes y las artes industriales; la cocina y la bodega comenzaron a ser objeto de un arte delicado; vivióse, en suma, con un regalo y refinamiento que aún no conociera el mundo cristiano. En medio de aquellos espejos y dorados apareció y fué multiplicándose una extraña especie de "caballeros" con grandes pelucas empolvadas, sedas y encajes, en equilibrio

sobre altos tacones rojos y apoyados en unos bastones desmesurados, acompañados de su correspondiente, y aún más asombrosa, especie de "damas", empolvadas y pintadas como muñecas, con enormes tocados, que afectaban las más variadas y caprichosas formas, desde una torre hasta un bergantín de velas desplegadas, y luciendo inmensos miriñaques que cuadruplicaban cuando menos la rotundidad de la persona. Todos, quien más, quien menos, imitaban servilmente al Rey Sol, sin reparar en aquellos rostros crispados y dolorosos que les acechaban desde aquellas sombrías regiones inferiores adonde no llegaba la luz de aquel sol de artificio.

No nos es posible dar aquí una historia detallada de las guerras y andanzas de este monarca. El *Siècle de Louis XIV*, de Voltaire, es aún, en muchos respectos, la información mejor y más completa. Luis XIV creó una flota francesa capaz de hacer frente a la inglesa y a la holandesa, consecución verdaderamente notable. Pero como su inteligencia no iba más allá de aquel engañoso espejismo de un Sacro Romano Imperio mundial, que a tal punto alucinara a las mentalidades políticas de la época, en sus últimos años el monarca francés se dejó arrastrar por el deseo de propiciarse al Sumo Pontífice, que hasta entonces le fuera hostil. Declarándose abiertamente contra aquel espíritu de independencia y desunión que animaba a los príncipes protestantes, emprendió la guerra contra los hugonotes de Francia. Buen número de sus mejores súbditos se vieron obligados, ante sus persecuciones religiosas, a huir al extranjero, llevándose consigo sus artes e industrias. Las manufacturas inglesas de seda, por ejemplo, fueron fundadas por protestantes franceses. Bajo su reinado lleváronse a cabo aquellas persecuciones particularmente malignas, pérfidas y eficaces, conocidas con el nombre "dragonnades". Los más groseros soldadotes eran alojados en las casas de los protestantes, con libertad absoluta para desordenar la vida de sus huéspedes e insultar al mujerío como tuviesen por conveniente. Muchos que no habrían cedido al fuego ni al cuchillo acababan por allanarse a aquella forma de opresión. El resultado fué que la educación de la siguiente generación de protestantes fracasó y que los padres tuvieron que optar entre dar a sus hijos una educación católica o no darles ninguna. En este dilema, optaron por darles educación católica, pero no hay que extrañar que ésta fuera tergiversada y desvirtuada al punto de hacerles perder toda fe a los neófitos. Y así, en tanto que los países más tolerantes hacíanse sinceramente católicos o protestantes, los países de persecuciones religiosas, como Francia, Italia y España, destruían de tal modo las puras doctrinas protestantes, que, de los que quedaban, el que no era católico creyen-



te era descreído católico, pronto a confesarse ateo empedernido en cuanto la ocasión se le ofreciera. El siguiente reinado, de Luis XV, fué el siglo de aquel supremo mofador que se llamó Voltaire (1694-1778), época en la que toda la sociedad francesa aparecía sumisa a la santa Iglesia romana, pero sin que apenas creyera nadie en ella.

Formaba parte —y sin duda de la más excelente— de la actitud de la Gran Monarquía proteger las letras y las ciencias. Luis XIV fundó una Academia de Ciencias, en rivalidad con las Real Sociedad Inglesa de Carlos II y la asociación similar de Florencia. Adornó su corte con poetas, dramaturgos, filósofos y hombres de ciencia. Y hay que reconocer que si el progreso científico no debió gran cosa en punto a inspiración a este augusto patronato, al menos obtuvo recursos con que experimentar y publicar, y también cierto prestigio ante los ojos del vulgo.

Luis XV fué nieto de Luis XIV y un mediocre imitador de la magnificencia de su antecesor. Hizo figura de rey, pero su pasión dominante era la voluptuosidad, atemperada por un te-

mor supersticioso del infierno. Cómo mujeres de la especie de la Duquesa de Châteauroux, Madame de Pompadour y Madame du Barry, dominaron los placeres del rey, y cómo hiciéronse guerras y alianzas y deshiciéronse provincias enteras y murieron millares de gentes por simples vanidades, caprichos o despechos de estas criaturas, y cómo toda la vida pública de Francia y Europa quedó envuelta en una tupida malla de intrigas, prostitución, venalidad e impostura, es cosa que el lector curioso puede aprender en las crónicas y memorias de la época. La briosa política internacional continuó con paso firme, bajo Luis XV, hacia su desastre final.

En 1774, este Luis, Luis el Bien Amado, como sus aduladores le llamaron, murió de viruela y fué sucedido por su nieto Luis XVI (1774-93), un hombre borroso, bien intencionado, excelente tirador y aficionado de cerrajero bastante ingenioso. En otra sección diremos cómo vino a suceder en el cadalso a Carlos I de Inglaterra. Nuestro tema, por el momento, es la Gran Monarquía en sus días de gloria.

Entre los principales abogados y practicantes de la Gran Monarquía, fuera de Francia, debemos anotar, en primer lugar, a los reyes de Prusia, Federico Guillermo I (1713-40), y su hijo y sucesor Federico II, Federico el Grande (1740-86). La historia de la lenta ascención de la familia Hohenzollern, que gobernara el reino de Prusia, desde sus orígenes poco brillantes, es demasiado tediosa e insignificante para que nos detengamos a exponerla. Por otra parte, es una historia de buena suerte y de violecia, de audaces pretensiones y de traiciones súbitas. Carlyle la cuenta, con gran estimación, en su libro sobre *Federico el Grande*. En el siglo XVIII, el reino de Prusia era lo bastante importante para constituir una amenaza al Imperio; tenía un ejército fuerte y bien adiestrado, y su rey era un discípulo atento y meritorio de Maquiavelo. Federico el Grande consumó en Potsdman su Versalles. Allí estaba el parque de *Sans Souci*, con sus fuentes, avenidas y estatuas, imitadas del modelo francés; allí se levantaba también el Palacio Nuevo, vasto edificio de ladrillo, cuya erección costara enormes sumas, con su *Orangerie* en estilo italiano, su galería de pinturas, su palacete de mármol, etcétera, etc. Federico llevó la cultura hasta el punto de convertirse en autor, y hospedó y mantuvo correspondencia con Voltaire, para mutua exasperación de ambos.

Los dominios austríacos estuvieron demasiado ocupados entre el martillo de los franceses y el yunque de los turcos para poder cultivar el verdadero estilo de la Gran Monarquía hasta el reinado de María Teresa (1740-80), que siendo mujer no pudo

ostentar el título de Emperatriz. José II, que fué emperador desde 1765 a 1792, heredó sus palacios en 1780.

Con Pedro el Grande (1682-1725), el imperio de Moscovia rompió con sus tradiciones tártaras y entró en la esfera de la influencia francesa. Pedro afeitó las barbas orientales de sus nobles e introdujo la indumentaria occidental, símbolos exteriores y visibles de sus tendencias occidentalistas. Para libertarse del sentimiento y tradiciones asiáticas de Moscou, que, como Pekín, tenía una ciudad interior sagrada, el Kremlin, edificó una nueva capital, San Petersburgo (convertida por los bolcheviques, primero, en Petrogrado, y luego, a la muerte de Lenin, Leningrado), sobre el pantano del Neva. Y no hay que decir que también se construyó su correspondiente Versalles, el Peterhof, a unos veintinueve kilómetros de aquel nuevo París, empleando para ello un arquitecto francés y agenciándose sus terrazas, fuentes, museo de pinturas, parque y demás reconocidas características. Sus sucesores más conspicuos fueron Isabel (1741-42) y la Gran Catalina, princesa alemana, que, luego de haber obtenido la corona a la buena manera oriental, por el asesinato de su marido, el legítimo Zar, convirtióse a las más avanzadas ideas occidentales y reinó con gran energía desde 1762 a 1796. Fundó una Academia y se carteó con Voltaire. Y vivió para ser testigo del final de la Gran Monarquía en Europa y de la ejecución de Luis XVI.

La falta de espacio no nos permite ni siquiera catalogar los representantes menores de la Gran Monarquía por esta época en Toscania, Saboya, Sajonia, Dinamarca y Suecia. Versalles, bajo veinte nombres y disfraces, aparece en todos los tomos del Baedeke, y los turistas se apiñan en sus palacios. Ni tampoco podemos ocuparnos de la guerra de Sucesión española. España, extenuada por las empresas imperiales de Carlos V y Felipe II, y debilitada por la rabiosa persecución de protestantes, musulmanes y judíos, fué decayendo, durante todo el siglo XVII y el XVIII, de su importancia accidental en los asuntos europeos hasta quedar de nuevo convertida en una potencia de segundo orden.

Aquellos monarcas europeos gobernaban sus reinos lo mismo que sus nobles gobernaban sus haciendas; conspiraban unos contra otros, guerreaban, concertaban alianzas del momento, tan pronto hechas como deshechas, malgastando la médula y substancia de Europa en las más absurdas *políticas* de agresión y resistencia. Al cabo, no pudo menos de estallar sobre ellos la gran tempestad que venía fraguándose desde las profundidades. Esta tempestad, la primera Revolución Francesa, la indignación del hombre del pueblo en Europa, sorprendió a su régimen desprevenido. Fué solamente el estallido inicial de un gran ciclo de huracanes políticos

y sociales que aún continúa, y que aún continuará acaso hasta que todo vestigio de monarquía nacionalista haya sido barrido del mundo y el horizonte se aclare de nuevo para la gran paz y federación del género humano.

§ 6. *La música en los siglos XVII y XVIII.*

Los siglos XVII y XVIII constituyeron un período de vigoroso progreso en la música. La ciencia musical había adelantado; las escalas mayores y menores, con su sucesión fija de notas, su adaptabilidad a la modulación y sus posibilidades de colorido armónico, quedaron establecidas. Fué posible definir una intención musical con toda claridad, regular la colaboración de diversos instrumentos con mayor exactitud. Las condiciones sociales, el número creciente de ciudades, las cortes y las casas de la nobleza hicieron posible ir agregando nuevos campos musicales a los antiguos coros de iglesia. Las ceremonias y espectáculos públicos habían sido muy populares en el siglo XVI, dando oportunidad a una mayor elaboración musical. Así, en el siglo XVII florecieron las óperas y oratorios.

En Italia apareció las "Nuove Musiche". Lully (1635-1687), dice Sir W. H. Hadow, "es históricamente el más importante, no solamente por la fuerza dramática de su melodía, sino por la notable justeza de su declamación". Junto a él se yergue el italiano Monteverde. La música empezó a ser tratada en gran escala en este período.

"Las misas del siglo XVI fueron compuestas para los coros de las iglesias, y los madrigales para las tertulias de amigos que se reunían en comidas nocturnas. Hasta fines de ese siglo no empiezan los vihuelistas y virginalistas a introducir en el arte de la ejecución el concepto del virtuoso... Los grandes perfeccionamientos en la construcción de órganos trajo como consecuencia la creación de grandes obras: Bull y Phillips, ingleses; Swelinck el holandés; Frescobaldi en Roma; Froberger en Viena; Buxtehude en Lübeck, para ver al cual Bach viajó a pie... Paralelamente tiene lugar el desarrollo de la música para virginal... No menos memorable fué la llegada, y la aceptación un tanto tardía, del violín y su familia. A contar de Tieffenbrücker y los Amati en la primera mitad del siglo XVI, transcurrieron cerca de 100 años antes de que ganara el favor del público; todavía en 1676, el vihuelista Mace se queja de los modernos violines y añora el más tranquilo y dulce tono de su antepasada, la viola de amor. Pero su compás más amplio, su mayor agilidad y su más impresionante poder de expresión le hicieron triunfar a la larga... En Italia, su país de origen, aunque

mal tocado, hubo de ser reconocido como el único instrumento capaz de rivalizar con la voz humana" [1].

Se dice que durante un tiempo el aparato y la adoración de que eran objeto los vocalistas en la ópera italiana retardó el desarrollo musical; los cantantes del siglo XVII y especialmente los tenores, gozaban de una fama casi tan vulgar y terrible como la de los modernos astros cinematográficos, a pesar de lo cual el período produjo la abundante y hermosa música de Alejandro Scarlatti (1659-1725), el precursor de Mozart. Una gran floración de actividades musicales siguió en Inglaterra a una fase de quietud durante el Commonweal, y culminó en Purcell (1658-1695). En Alemania, las pequeñas orquestas de las cortes y las ciudades constituían numerosos centros de estímulo musical, y en 1685 nacían en Sajonia J. S. Bach y Handel, para llevar la música alemana al pináculo de la supremacía que esta nación había de retener durante un siglo y medio. "De todos los compositores anteriores al período de Viena —dice Sir W. H. Hadow—, son ellos los más estrechamente vinculados a nuestra época, pues sus voces resuenan aún en nuestros oídos con los acentos más familiares".

Palestrina, que marcó una culminación anterior en el arte musical, resulta, comparativamente, un ser que vive en un mundo diferente. Fué el maestro supremo de la música coral en los días anteriores al desarrollo instrumental. A los nombres de Bach y Handel siguieron como una constelación los de Haydn (1732-1809), Mozart (1756-1791), Beethoven (1770-1827), que se destacan entre los astros de primera magnitud. La gran corriente de la música moderna empezaba a fluir amplia y fecunda. Y todavía fluye hoy día. Aquí no podemos más que citar los principales compositores y dar más adelante, muy sumariamente, algunas generalizaciones de conjunto sobre la música del siglo XVIII hasta nuestros días. En el tiempo en que fué compuesta, esa música de los siglos XVII y XVIII era el privilegio de un pequeño círculo cultivado: gente de corte, o grandes señores de provincia que en sus palacios o sus mansiones campestres podían organizar conciertos y representaciones, o gentes que vivían en ciudades lo bastante grandes para tener teatros y salas de concierto. El campesino y el trabajador de la Europa occidental tuvo cada vez menos música en los siglos XVII y XVIII, en el momento en que se desarrollaban esas nuevas formas. El canto popular había declinado y parecía destinado al olvido; unas pocas canciones populares y algunos himnos es lo único que la vida musical dejó al pueblo. El resurgimiento religioso en esos días debe probablemente algo de su

(1) Sir W. H. Hadow: *Music.*

ímpetu a la declinación del impulso vocal. Sólo en la actualidad, debido al vasto desarrollo de los métodos mecánicos de reproducción, la música, modernizada, evolucionada y exaltada, vuelve al pueblo, y Bach y Beethoven se convierten en parte de la cultura general de la humanidad.

§ 7. *La pintura en los siglos XVII y XVIII.*

La pintura y la arquitectura de este período, lo mismo que su música, reflejan las condiciones sociales de su tiempo. Es una época de fragmentación en las ideas y en el poder, y las consideraciones religiosas dejan de dominar en el arte pictórico. Los temas religiosos son relegados a lugar secundario, y cuando se los trata no se hace sino aplicarlos como incidentes de una narración y no como grandes hechos espectaculares. La alegoría y las figuras simbólicas declinan. El pintor pinta para satisfacer su sensibilidad y exteriorizar sus sentimientos y no por razones ideológicas o circunstanciales. La pintura de la realidad reemplaza a la pintura heroica o devota, en la misma forma que la novela tiende a reemplazar los relatos épicos y las fantasías románticas. Los dos maestros supremos de la pintura del siglo XVII son Velázquez (1599-1660) y Rembrandt (1606-1669). Para ambos parecería que la vida fuera exactamente igual, excepto en lo que se refiere a su mayor o menor aspiración a realizar la belleza en atmósfera, en luz, en sustancia. En la decadente corte de España, Velázquez pintó sacerdotes y reyes sin adulación, enanos y meninas sin desprecio. El dibujo analítico, minucioso y documental de los objetos es reemplazado en la obra de estos dos pintores, los primeros modernos, por la amplitud de efectos y de expresión, por una aspiración a la unidad de impresión, sacrificando toda consideración secundaria. En la vida más centralista del pasado, la pintura había sido un testimonio, una exhortación, una adulación, un embellecimiento: ahora, en la mayoría de los casos se convirtió en algo por sí misma, existiendo por su sola razón de ser. Los cuadros eran considerados como cuadros, y coleccionados en pinacotecas. El paisaje, se desarrolló vigorosamente, así como la pintura de género. El desnudo comenzó a pintarse con pasión, y en Francia, Watteau, Fragonard y otros, se complacieron y halagaron a los nobles terratenientes con una delicada apoteosis de la vida campesina. En estas obras se evidencia la creciente comunidad entre un público progresista, conocedor y espiritual, que sabe apreciar el valor de la vida y no se apega ya demasiado a sus magnificencias ni sufrimientos.

Durante el período isabelino no hubo en Inglaterra un entusiasmo plástico equiparable a las actividades literarias y musicales. Los pintores y arquitectos eran importados. Pero en los siglos XVII y XVIII la acumulación de la riqueza y la prosperidad en lo que hasta entonces había sido un país al margen de la civilización europea, creó condiciones favorables a la actividad artística, y en el siglo XVIII pintores ingleses como Reynolds (1723-1792), Gainsborough (1727-1788), Romney, pudieron competir con cualquier esfuerzo contemporáneo.

Este período de las monarquías y la nobleza fué también extremadamente favorable al desarrollo de ciertos tipos de arquitectura. Los procesos ya en actividad en el siglo XVI se desarrollaron entonces con renovado vigor. Los monarcas construían y reconstruían palacios por todas partes, y los nobles y los caballeros demolían sus castillos reemplazándolos por hermosas mansiones. La casa en la ciudad era concebida en una escala mucho más amplia. La arquitectura eclesiástica perdía importancia; el esfuerzo municipal era también relativamente menos importante: en ésta como en otras actividades, la creciente prosperidad individual constituye la clave de todo el período. En Inglaterra, el incendio de gran parte de Londres durante el enorme siniestro de 1666, proporcionó una magnífica oportunidad a Sir Christopher Wren, y su catedral de San Pablo, así como sus iglesias londinenses, marcan un momento culminante en la historia de la arquitectura británica. Envió proyectos a América para varios edificios erigidos allí, y su genio peculiar dejó huella en la arquitectura norteamericana de la época. Inigo Jones fué la segunda gran figura entre los arquitectos ingleses de principios del siglo XVII, y su Banqueting Hall, que debía formar parte de un palacio inconcluso en Whitehall, hace reconocible su estilo a todo visitante de Londres. Tanto estos dos hombres como todos los arquitectos ingleses, franceses y alemanes de la época, trabajaban sobre las líneas todavía vivas y en desarrollo del Renacimiento italiano, y muchos de los mejores edificios existentes en esos países se debían a arquitectos italianos. Gradualmente, mientras el siglo XVIII llegaba a su fin, el desarrollo franco y libre de la arquitectura del Renacimiento fué detenido por una ola de pedantería clásica. El estancamiento paulatino de los estudios clásicos en las escuelas de la Europa occidental tenían su correlativo en una creciente tendencia a imitar los modelos griegos y romanos. Lo que en un tiempo fuera un estimulante se convertía ahora en una droga que obraba al modo de un estupefaciente mental. Los bancos, las iglesias y los museos eran disfrazados de templos atenienses. Y ni siquiera las terrazas y pórticos de las casas particulares esca-

paban a las columnatas. Pero los peores excesos de esta tendencia anacrónica se produjeron en el siglo XIX y más allá hasta llegar a los tiempos actuales.

§ 8. *El desarrollo de la idea de Grandes Potencias.*

Hemos visto cómo la idea de una ley mundial y de una comunidad del género humano hizo su primera aparición, y hemos expuesto el desastre moral y político y el egoísmo y falta de fe a que trajo el fracaso de las Iglesias cristianas en su empeño de mantener y arraigar aquellas ideas de su fundador. Hemos visto cómo la monarquía que hemos llamado maquiavelica se levantó contra el espíritu de fraternidad en el mundo cristiano, y cómo esa monarquía maquiavélica floreció por casi toda Europa en las *grandes monarquías*, o monarquías absolutas y las monarquías parlamentarias de los siglos XVII y XVIII. Pero el entendimiento y la imaginación del hombre están incesantemente activos, y bajo la preponderancia de los grandes monarcas, ibase entretejiendo un compuesto de nociones y tradiciones, a manera de red con que apresar y confundir los espíritus, a saber: la concepción de la política internacional, no como algo perteneciente y atañedero a los monarcas, sino a una especie de seres inmortales a que hemos dado el nombre de *Potencias*. Los monarcas iban y venían; a un Luis XIV sucedería el petimetre cazador de Luis XV, y como a éste el cerrajero aficionado de Luis XVI. Pedro el Grande daba lugar a una serie de emperatrices; la sucesión principal de los Habsburgos, después de Carlos V, tanto en Austria como en España, era una sucesión de belfos caídos, mandíbulas salientes y fanatismos a ultranza; el amable cinismo de un Carlos II de Inglaterra haría burla hasta de sus mismas pretensiones... Pero lo que permanecía mucho más firme que todo ello eran los ministerios de Estado y las ideas de los tratadistas. Los ministros mantenían la continuidad de una política durante el reinado de sus soberanos, y entre unos y otros soberanos.

Así, nos encontramos con que el monarca poco a poco se va haciendo, en el espíritu de los hombres, menos importante que la "Potencia" que personificaba. Cada vez se nos habla menos de los designios de tal o cual rey, y más de los "designios de Francia" o de las "ambiciones de Prusia", etc., etc. En una época en que la fe religiosa decae, vemos a los hombres dar muestras de una nueva y ardorosa creencia en la realidad de esas entidades. Esos vagos y gigantescos fantasmas, las *Potencias*, se insinúan insensiblemente en el pensamiento político de Europa, hasta llegar a do-

minarlo por completo a fines del siglo XVIII y en todo el XIX, y aun en los días que corren. La vida europea continuó siendo cristiana de nombre; pero adorar un dios en espíritu y en verdad es pertenecer a una comunidad con todos los demás hombres que creen como uno. En la práctica, Europa, lejos de hacer esto, se ha entregado por completo a la adoración y al culto de esa singular mitología de Estado. A estas deidades supremas: "la unidad de Italia", "la hegemonía de Prusia", "la gloria de Francia", "el dominio de los mares de Inglaterra", "los destinos de Rusia", etc., ha sacrificado numerosas generaciones de posible unidad, paz y progreso, y las vidas de muchos millones de hombres.

Considerar una tribu o una nación como una especie de personalidad es una antiquísima inclinación del espíritu humano. La Biblia abunda en estas personificaciones. Judea, Edom, Moab, Asiria, figuran en las Escrituras hebreas como si fueran individuos; a veces hasta es imposible decir si el autor israelita está hablando de una persona o de un pueblo. Evidentemente es una tendencia natural y primitiva. Pero en el caso de la Europa moderna constituye un retroceso. Europa, bajo la idea de la Cristiandad, había avanzado considerablemente hacia la unificación. Y en tanto que entidades tribualísticas como "Israel" o "Tiro" representaban cierta comunidad de sangre, cierta uniformidad de tipo y una homogeneidad de intereses, las Potencias europeas que aparecieron en los siglos XVII y XVIII eran unidades enteramente ficticias. Rusia no pasaba de ser un conglomerado de los elementos más heteróclitos: cosacos, tártaros ukranianos, moscovitas y, después de Pedro el Grande, estonios y lituanos. La Francia de Luis XV comprendía la germánica Alsacia y regiones recién asimiladas de Borgoña; prisión de hugonotes suprimidos y trabajos forzados para los campesinos. En Gran Bretaña, Inglaterra llevaba a cuestas Escocia, sus dominios alemanes de Hanover, la provincia de Gales, profundamente ajena en espíritu y en raza, y el reino católico de Irlanda, enemigo irreconciliable. Otras Potencias como Suecia, Prusia, y todavía más Polonia y Austria, si las seguimos a través del tiempo en una serie de mapas históricos, las veremos contraerse, dilatarse, rampar y arrastrarse por el mapa de Europa como amibas bajo el microscopio...

Si consideramos la psicología de las relaciones internacionales, tal como la vemos manifestada en el mundo que nos rodea y tal como muestra la evolución de la ideal de "Potencia" en la Europa moderna, podremos deducir ciertos hechos de la mayor importancia histórica sobre la naturaleza del hombre. Aristóteles dijo que el hombre es un animal político; pero en el sentido moderno de la palabra *política*, que comprende actualmente la poli-

tica mundial, está muy lejos de ser semejante cosa. Conserva aún los instintos de la tribu, y presenta cierta disposición a apegarse, él y su familia, a algo más amplio: a una ciudad, a una nación, a un Estado; pero esta disposición, entregada a sí misma, es un sentimiento demasiado vago y poco seguro. Por naturaleza, siéntese inclinado a temer y evitar en lo posible el examen y crítica de ese "algo" más amplio a que se ha entregado y que encierra ahora su vida. Acaso tenga un cierto temor subconsciente del aislamiento que pueda sobrevenir, si el sistema en que vive se quiebra o desacredita. Toma el medio en que se encuentra como algo presupuesto; acepta su ciudad y su gobierno, como acepta la nariz o la digestión que la fortuna le ha deparado. Pero las opiniones políticas de los hombres no son innatas, sino que son resultado de la educación. Para la mayoría de los hombres, su educación en estas materias es la educación silenciosa y continua de las cosas en torno suyo. El inglés se encuentra formando parte de la "alegre Inglaterra" y el ruso de la "Santa Rusia", y crecen en esta devoción, aceptándola como si formase parte de su naturaleza.

Mucho tiempo le ha costado al mundo empezar a comprender cuán profundamente la tácita educación de las circunstancias puede ser suplementada, modificada o corregida por una enseñanza positiva, por la literatura, la discusión y la experiencia crítica. La vida real del hombre corriente es su vida cotidiana, su breve círculo de afectos, temores, apetitos, concupiscencias e impulsos imaginativos. Solamente cuando se dirige su atención a las cuestiones políticas como a algo que afecta por manera vital ese círculo personalísimo, es cuando se consigue fijar eficazmente en ellas su espíritu recalcitrante. No es exagerado decir que el hombre corriente, o sea la inmensa mayoría, piensa en las cuestiones políticas lo menos que puede, aprovechando todas las ocasiones que se le presentan para dejar de pensar en ellas. Y únicamente los espíritus muy singulares y de excepción, o aquellos que por el ejemplo de una buena educación han adquirido la costumbre científica de inquirir el *porqué* de las cosas, o los que, sorprendidos y desconsolados por alguna catástrofe pública, han conseguido elevarse a una visión lejana del peligro, únicamente estas suertes de espíritus no aceptarían como satisfactorios aquellos gobiernos e instituciones que, aun no molestándoles personalmente, ofrecerán, sin embargo, en sí algo injusto o absurdo. El hombre corriente dará siempre su aquiescencia a toda actividad colectiva que encuentre en marcha en el mundo que le rodea y a todo símbolo o fraseología que llene esa vaga necesidad de algo superior, a que sus cosas personales, su círculo individual, pueda incorporarse.

Si tenemos en cuenta estas limitaciones manifiestas de nuestra naturaleza, comprenderemos perfectamente, que al caer en el descrédito la idea del cristianismo como hermandad mundial de los hombres, debido a sus fatales concomitancias con sacerdocio y papado por una parte, y por otra con la autoridad de los reyes y al resolverse aquella época de fe en nuestra época actual de duda y ateísmo, era natural que transfiriesen los hombres la referencia de sus vidas, de aquel Reino de Dios y aquella hermandad mundial, a estas otras realidades, en apariencia más vivas, que se llamaban Francia, Inglaterra, España, Rusia, Prusia, etc., que por lo menos aparecían encarnadas en entidades activas, que mantenían leyes, ejercían el poder con ejércitos y armadas, tremolaban banderas con imponente solemnidad, y eran, en fin, tan orgullosas y codiciosas en su naturaleza colectiva como cualquier hombre en su naturaleza individual. Y así, hombres como el cardenal Richelieu o el cardenal Mazarino pudieron pensar que servían ideales más grandes que sus propios fines particulares o los de sus monarcas; esto es, los ideales de la Francia casi divina de sus pensamientos. (Y quien dice Francia, dice cualquiera de los otros Estados Europeos). Como es natural, esta manera de pensar trascendió de los estadistas a sus subordinados, y poco después a toda la colectividad. Y así tenemos que, mientras en los siglos XIII y XIV Europa era religiosa, y sólo un tanto vagamente patriótica, en el siglo XIX toda ella se había vuelto rabiosamente patriótica. En un vagón de ferrocarril inglés, francés o alemán, lleno de gente, aun hoy mismo provocaría menos furores y protestas el hacer burla de Dios que el hacerla de la correspondiente entidad mística: Inglaterra, Francia o Alemania. A estas entidades imaginarias aferróse el espíritu del hombre, por parecerles que no había nada mejor en todo el mundo, y ellas fueran los verdaderos dioses activos del planeta.

Esta idealización de los gobiernos, esta mitología de las "Potencias" y de sus amores, odios y luchas, ha obsesionado a tal punto las imaginaciones de Europa y del Asia occidental, que hasta les ha suministrado sus "formas de pensamiento". Casi todas las *Historias*, casi toda la literatura política europea de los dos últimos siglos ha sido escrita en su correspondiente galimatías. Sin embargo, tiempo vendrá en que una generación de espíritu más claro leerá con estupefacción cómo en las comunidades de la Europa occidental, consistentes todas ellas en un mismo compuesto racial, con ligerísimas variantes de pueblos nórdicos e ibéricos y elementos inmigrantes semíticos y mongólicos, hablando todas ellas diversas modificaciones del mismo idioma ario, con un pasado común en el imperio romano, con formas religiosas comunes, usos y costumbres sociales comunes y un arte y una ciencia comunes,

entremezclándose por el matrimonio tan libremente, que casi nadie hubiera podido decir con certeza su "nacionalidad" natural, los hombres entraban en frenesí a la simple cuestión de la preponderancia de "Inglaterra", de "Francia", de "Alemania", etc., etc. Estas pugnas y conflictos se les antojarán, sin duda, tan absurdos e insensatos como aquellas contiendas, ahora incomprensibles, de "verdes" y "azules", que antaño ensangrentaran las calles de Bizancio.

Tremendo, como es el imperio de estos fantasmas de "Potencias" sobre nuestras vidas y espíritus, no por eso dejan de ser, como bien claramente muestra la Historia, simple producto de los últimos siglos, fase incidental, momento pasajero, en el vastísimo curso de nuestra especie. Marcan simplemente un alto en la marcha, una pausa, como la marcara aquella idea y práctica de monarquía maquiavélica a que nos hemos referido; una y otra, como tantos otros momentos similares son parte del mismo movimiento de reflujo, en ese interminable proceso de la unificación moral y social del género humano. Más de una vez los hombres se han detenido a adorar sus dioses nacionales o imperiales; pero pronto han vuelto a ponerse en marcha. La idea del Estado mundial, del reino universal de la Justicia, del que todo viviente será ciudadano, ya vino al mundo hace dos mil años, para no abandonarlo nunca. Los hombres saben que, hasta cuando se niegan a reconocerla, está presente esa idea. En las palabras, como en los escritos de los hombres de hoy día, sobre cuestiones internacionales; en las discusiones corrientes de los hitoriadores y periodistas políticos, se tiene la impresión como de hombres bebidos que se van despejando, y que tienen un miedo horrible a acabar de despejarse. Aún hablan a gritos de su "amor" a Francia, de su "odio" a Alemania, de la "tradicional supremacía marítima" de Inglaterra, etc., etc., como quienes siguen entonando su canción báquica, a pesar de la jaqueca creciente y de la paulatina vuelta al estado de templanza. Estos dioses que sirven son dioses muertos. Lo mismo en el mar que en la tierra firme, los hombres no necesitan supremacías de "Potencias", sino supremacía de la ley y el orden y la equidad. Esta necesidad silenciosa e inevitable se insinúa ya en el espíritu de todos, como una luz de aurora, que alborea lentamente y vase filtrando por la ventana entreabierta de una estancia en desorden.

§ 9. *La república coronada de Polonia y sus destinos.*

El siglo XVII en Europa fué el siglo de Luis XIV; él, Versalles y la supremacía de Francia, conviértense en el motivo central de la Historia. El siglo XVIII fué parejamente el siglo de la



ascensión de Prusia a "gran Potencia", y la principal figura de la Historia es, a su vez, el monarca prusiano: Federico II, más conocido por Federico el Grande. Entretejida con su historia aparece la historia de Polonia.

La situación de Polonia era en extremo singular. A diferencia de sus tres vecinas, Prusia, Rusia y la monarquía austrohúngara de los Habsburgos, Polonia no tenía un régimen monárquico del tipo absolutista. Su sistema de gobierno podría definirse como una república coronada; esto es, una república cuyo presidente electivo vitalicio ostentaba el título de rey. Cada rey era elegido separadamente, sin que se vinculase en la familia el derecho a la sucesión. En realidad, su sistema era bastante más re-

publicano que el de Inglaterra, pero su republicanismo era más aristocrático en la forma. Polonia tenía poco comercio y escasa industria; era, en esencia, una comarca agrícola, todavía con grandes extensiones de pastos, bosques y estepas; país pobre, cuyos terratenientes eran aristócratas sin fortuna. La masa de su población constituíanla míseros campesinos, oprimidos e ignorantes, poco menos que en estado salvaje, a los que aparecían mezclados grandes núcleos de judíos misérrimos. Con la diferencia de esta pobreza y del catolicismo en que se habían fervorosamente mantenido, hubiérasela podido comparar a una Inglaterra continental, rodeada de enemigos en vez de mar. Ni tenía fronteras definidas, ni mar, ni montaña. Y añádase a sus desventuras que algunos de sus reyes electos habían sido monarcas brillantes y belicosos. Hacia Oriente, enclavábanse precariamente sus dominios en regiones habitadas, casi en absoluto por rusos; hacia Occidente, confinaba con poblaciones germánicas.

No teniendo gran comercio, tampoco tenía grandes ciudades equiparables a las de la Europa occidental, ni universidades que constituyesen poderosos centros de cultura nacional. Sus nobles vivían de sus rentas, sin mucho intercambio intelectual que digamos. Eran patrióticos, tenían un sentido aristocrático de la libertad —enteramente compatible con el empobrecimiento sistemático de sus siervos—, pero tanto su patriotismo como su sentido de libertad eran incapaces de una cooperación efectiva. Mientras la guerra fué cuestión de levas de hombres y requisas de caballos, Polonia fué una nación relativamente fuerte; pero, más tarde, cuando el desarrollo del arte militar hizo de las fuerzas permanentes de soldados profesionales el eje de la guerra, Polonia apareció absolutamente incapaz de ello. Sin embargo, dividida e inhabilitada como estaba, aún pudo apuntarse en su haber algunas victorias considerables. El último ataque turco contra Viena (1683) fué rechazado por la caballería polaca al mando del rey Juan Sobieski, o sea Juan III. (Este mismo Sobieski, antes de ser elegido rey, había estado a sueldo de Luis XIV, y también hecho la guerra por los suecos en contra de su país natal). Huelga decir que esta endeble república aristocrática, con sus periódicas elecciones reales, invitaba a la agresión de sus tres vecinos. "Dinero extranjero", y toda suerte de intervenciones e intromisiones del exterior, invadían el país a cada elección. Y como los griegos de antaño, no había patriota polaco agraviado que no se fuera a algún país enemigo a desahogar su indignación contra su patria desagradecida.

El mismo rey de Polonia, cuando era elegido, apenas tenía poder alguno, a causa de los mutuos celos de sus nobles. Como los pares ingleses, éstos preferían también para rey un extranje-

jero, que lógicamente carecería de arraigo en el país; pero, a diferencia de los ingleses, su propio gobierno no tenía la solidaridad que la asamblea periódica del Parlamento en Londres daba a los pares británicos. En Londres había "sociedad", un intercambio continuo de personas e ideas influyentes. Polonia no tenía ni Londres ni "sociedad". De manera que, en la práctica, Polonia no tenía gobierno central en absoluto. El rey de Polonia no podía hacer la guerra ni la paz, ni imponer una contribución, ni alterar la ley sin el consentimiento de la Dieta, y *cualquier simple miembro de la Dieta tenía derecho a poner el veto a cualquiera proposición que se le presentase.* No tenía más que levantarse y decir: "desapruebo", para que la proposición fuera retirada. Hasta podía llevar más allá su derecho de libre veto, o *liberum veto*, oponiéndose a la reunión de la Dieta; lo que bastaba para que ésta quedase disuelta. Polonia no era simplemente una república coronada y aristocrática, como la inglesa, sino una república coronada, aristocrática y paralítica.

Para Federico el Grande, la existencia de Polonia era particularmente provocante, a causa del brazo que Polonia tendía hacia el Báltico y con el que sujetaba Dantzig, separando así los dominios ancestrales de la Prusia oriental del resto de los territorios prusianos. Y Federico el Grande fué quien incitara a Catalina II de Rusia y a María Teresa de Austria, cuyo respeto ganara privándola de Silesia, a unírsele en un ataque conjunto contra Polonia.

Que los cuatro mapas que insertamos nos cuenten la historia del desmembramiento de Polonia.

Después del primer ultraje de 1772, Polonia sufrió un gran cambio de alma. Realmente, Polonia había nacido como nación la víspera de su disgregamiento. Hubo un florecimiento precipitado, pero no por eso menos considerable, de la instrucción pública, las letras y las artes; surgieron historiadores y poetas, y la absurda constitución que hiciera impotente a Polonia fué dejada a un lado. Abolido el libre veto, declaróse hereditaria la corona, con objeto de salvar a Polonia de las intrigas extranjeras que envolvían y desvirtuaban cada elección, e instauróse un Parlamento a imitación del británico. No obstante, hubo amantes del antiguo orden en Polonia que protestaron de estos cambios necesarios, y no hay que decir que esta oposición fué vivamente apoyada por Prusia y Rusia, que no deseaban lo más mínimo un renacimiento polaco.

Vino la segunda partición, y después de una reñida lucha patriótica, que comenzó en la región anexionada por Prusia y encontró un caudillo y héroe nacional en Kosciusko, Polonia fué borrada del mapa. Así terminó, durante algún tiempo, esta amenaza parlamentaria a la monarquía absoluta en el Oriente europeo.

Pero el patriotismo y la pasión republicana de los polacos no hicieron sino crecer y fortificarse de día en día con la opresión. Durante ciento veinte años Polonia creció en espíritu, debatiéndose y luchando como una criatura sumergida bajo la red militar y política que la sujetaba. En 1918, al final de la Gran Guerra, libre ya de sus trabas, pudo levantarse y erguirse de nuevo.

§ 10. *La primera querella por los Imperios de Ultramar.*

Hemos esbozado muy a la ligera la supremacía de Francia en Europa, la rápida decadencia del accidental poderío de España y su separación de Austria, y la ascensión de Prusia. En lo que se refiere a Portugal, España, Francia, Inglaterra y Holanda, su competencia por la supremacía en Europa fué suplementada y complicada por la lucha para conseguir el dominio de los mares.

El descubrimiento del inmenso continente de América, escasamente poblado, inexplotado y admirablemente adecuado a la colonización y aprovechamiento europeos; el descubrimiento simultáneo de enormes extensiones de territorio virgen al Sur de las tórridas regiones ecuatoriales de Africa, que hasta entonces limitaran el conocimiento europeo, y la comprobación gradual de la existencia de vastas comarcas insulares en los mares de Oriente, todavía intactas a la civilización occidental, presentaban una oportunidad al hombre sin precedentes en la Historia. Era como si los pueblos de Europa hubiesen súbitamente entrado en posesión de un espléndido legado. Su mundo habíase de pronto cuadruplicado. Allí había más que de sobra para todos; no tenían más que tomar aquellos países y trabajarlos, y su miseria se desvanecería como un sueño. Pero, en vez de hacer esto, recibieron el glorioso legado como herederos mal criados, y sólo les fué un nuevo motivo de atroces disputas. Mas ¿qué comunidad de seres humanos ha preferido todavía la creación a la conspiración? ¿Qué nación, en lo que llevamos de historia, ha trabajado nunca de consuno con otra cuando, costárele lo que le costare, podía, en lugar de ello, hacer algún daño a esa obra? Las Potencias de Europa comenzaron por una furiosa "reclamación" de las nuevas tierras, cada una pretendiéndose con mejores títulos a la posesión que las demás. Inmediatamente comenzaron las luchas y conflictos. España, que fué la primera en reclamar y la que más reclamó, y que durante algún tiempo fué dueña de dos tercios de América, no supo hacer mejor uso de su posesión que desangrarse en ella y por su causa mortalmente.

Ya dijimos cómo la Santa Sede, en su última afirmación de dominio universal, en vez de sostener el deber común de la Cristiandad de crear una gran civilización común en las nuevas tierras vírgenes, dividió el continente americano entre España y Portugal. Como es lógico, esto provocó la hostilidad de las naciones excluídas. Los marinos de Inglaterra no mostraron el menor respeto por los derechos de una ni de otra, y la emprendieron particularmente con España. Los suecos dirigieron su protestantismo a un fin semejante. Los holandeses, apenas se sacudieron el yugo de sus amos españoles, hiciéronse también a la vela hacia Occidente, con ánimo de burlar al papa y de compartir las buenas cosas del Nuevo Mundo. Su *Cristianísima* Majestad de Francia titubeó tan poco como cualquier protestante. Pronto todas estas Potencias andaban a la greña con sus "reclamaciones" sobre la América Septentrional y las Indias Occidentales.

Ni el reino dinamarqués (que por entonces comprendía también Noruega e Islandia) ni los suecos sacaron mucho de esta arrebatiña. Los daneses se anexionaron algunas islas de las Indias Occidentales. Suecia no sacó nada. Tanto Dinamarca como Suecia andaban por aquellos tiempos muy enredadas con Alemania. Ya mencionamos a Gustavo Adolfo el "León del Norte" protestante, y citamos sus campañas en Alemania, Polonia y Rusia. Estas regiones orientales de Europa son grandes consumidoras de energía, y los esfuerzos que hubieran podido dar a Suecia una buena participación en el nuevo mundo no consiguieron sino una misérrima cosecha de gloria en Europa. Las pequeñas colonias que establecieron en América los suecos no tardaron en pasar a manos de los holandeses.

Por su parte, tampoco los holandeses, con la monarquía francesa bajo Richelieu y Luis XIV, abriéndose camino a través de la Flandes española hacia sus fronteras, tenían la plenitud de recursos que Inglaterra, tras la "barrera de plata" del mar, podía aplicar a sus aventuras ultramarinas.

Además, los esfuerzos absolutistas de Jacobo I y Carlos I y la restauración de Carlos II tuvieron por efecto ahuyentar de Inglaterra a una porción de protestantes intransigentes y republicanos, hombres de fibra y amigos de aventuras, que se afincaron en América, y particularmente en Nueva Inglaterra, fuera del alcance del rey y sus impuestos. Pronto hubo un verdadero torrente de emigrantes; y fué una gran suerte para Inglaterra que permaneciesen, aunque disidentes en espíritu, bajo el pabellón británico. Los holandeses nunca enviaron colonizadores de la misma calidad ni cantidad: primero, porque sus gobernantes españoles no les dejaban emigrar, y más tarde, por haberse posesionado al fin de su propio país. Y aunque hubo una gran emigración de hugonotes franceses que huían de las persecuciones de Luis XIV, éstos tenían demasiado a mano Inglaterra y Holanda para pen-



sar en cruzar el Océano, y hay que reconocer que la laboriosidad, destreza y sobriedad de estos refugiados contribuyó singularmente a robustecer aquellos países de su elección, sobre todo Inglaterra. Algunos de ellos, sin embargo, atravesaron el mar y se establecieron en Carolina, pero no continuaron siendo franceses; primero se hicieron españoles y, por último, ingleses.

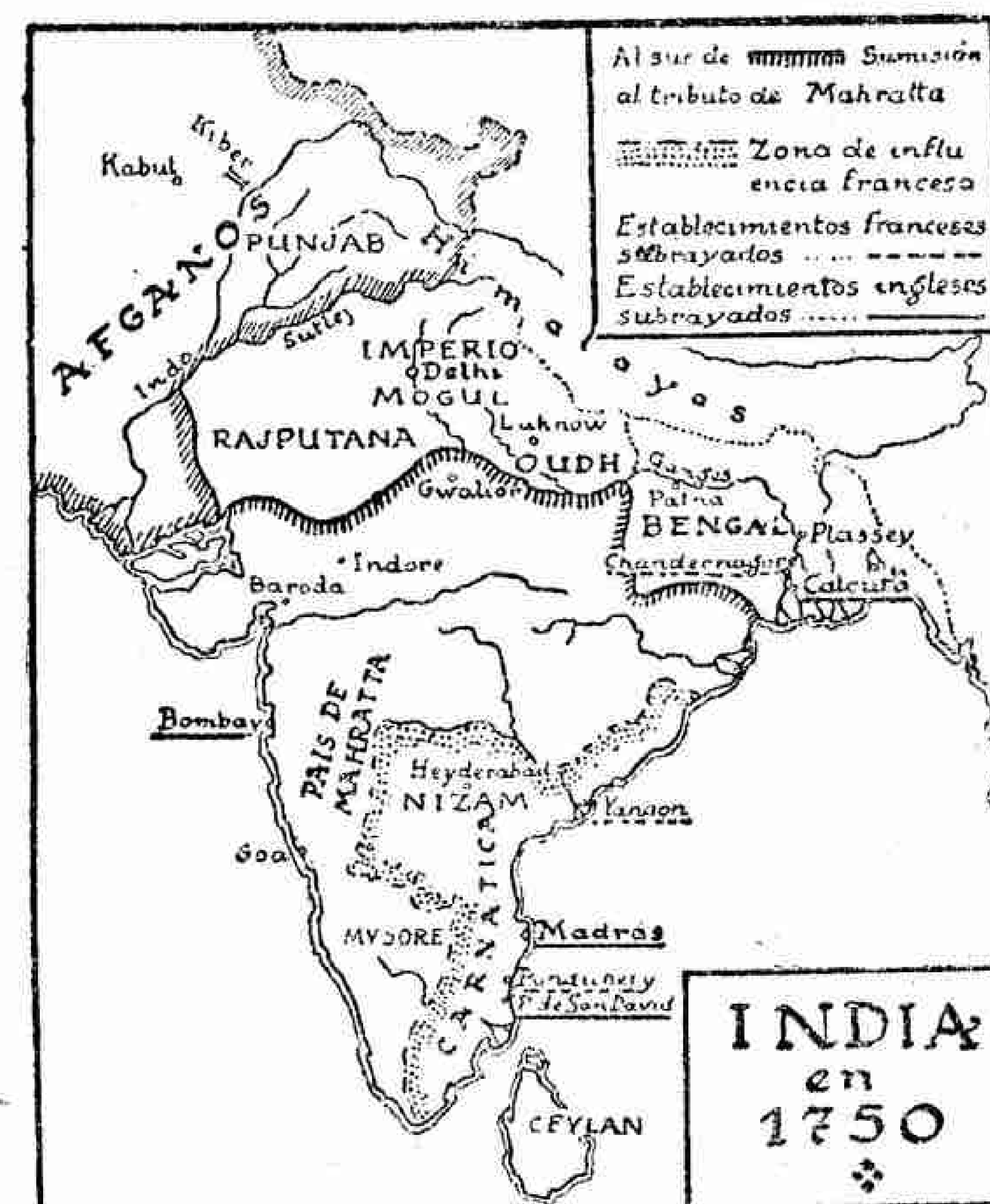
Las colonias holandesas, con las suecas, cedieron también a Inglaterra: Nueva Amsterdam (Nieuw Amsterdam) se volvió inglesa en 1674, cambiando su nombre por el de Nueva York (New York), como puede aprender muy divertidamente el lector en la *Historia de Nueva York de Knickerbocker,* por Wáshington Irving. La situación de Norte América en 1750 aparece claramente en el mapa que hemos adaptado de uno del libro de Robinson: *Tiempos Medioevales y Modernos.* Las colonias británicas fueron establecidas a lo largo de la costa oriental desde Savannah hasta el río de San Lorenzo, y Terranova y considerables extensiones del Norte, los territorios de la Compañía de la Bahía de Hudson, habían sido adquiridos por convenio con los franceses. Los ingleses ocuparon las Barbadas (casi su más antigua posesión) en 1605, y adquirieron Jamaica, las Bahamas y la Honduras británica de manos de los españoles. Pero Francia pretendía jugar un juego sumamente peligroso y alarmante, todavía más en el mapa que en la realidad. Francia había efectuado algunas obras de colonización en Quebec y Montreal, al Norte, y en Nueva Orleans, al Sur, y sus exploradores y agentes habían avanzado al Sur y al Norte, concertando tratados con los indios americanos de las grandes llanuras y arrogándose títulos, aunque sin haber fundado ciudades, a la posesión de vastísimos territorios que se extendían a espaldas de los ingleses. Pero el caso es que las colonias inglesas habían sido, y lo estaban siendo aún, sólidamente establecidas con personal excelente, contando ya una población de más de un millón; en tanto que los franceses, por entonces, apenas llegarían a una décima parte de esta cifra. Tenían, es cierto, bastantes exploradores y misioneros en acción, pero sin masa efectiva de pobladores detrás.

Todavía se encuentran muchos viejos mapas americanos de la época, trazados e impresos con objeto de precaver y "abrir los ojos" a los ingleses sobre los "designios de Francia" en América. La guerra estalló en 1754, y en 1759 las fuerzas inglesas y coloniales, al mando del general Wolfe, tomaron Quebec, y completaron la conquista del Canadá al año siguiente. En 1763 el Canadá era finalmente cedida a Inglaterra. (Pero la parte occidental de la región, un tanto indefinida, de Luisiana en el Sur, así llamada a causa de Luis XIV, quedaba fuera de la esfera británica. Poco después apoderáronse de ella los españoles, y en 1800 fué recuperada por Francia. Por último, en 1803 fué comprada a Francia por el gobierno de los Estados Unidos). En esta guerra del Canadá los colonos americanos adquirieron una considerable experiencia del arte militar inglés que iba a serles de gran utilidad poco más tarde.

§ 11. *Inglaterra domina la India.*

No fué sólo en América donde las Potencias inglesas y francesas chocaron. La situación de la India en aquellos momentos era sumamente interesante y atrayente para los aventureros europeos. El gran Imperio Mogul de Baber, Akbar y Aurungzeb se encontraba en plena decadencia. Lo sucedido a la India era muy semejante a lo que había acontecido a Alemania. El Gran Mogul de Delhi en la India, como el Sacro Romano Emperador en Alemania, era aún legalmente el soberano; pero después de la muerte de Aurungzeb ejercía sólo una autoridad nominal, exceptuando la capital y sus inmediaciones. El Sudoeste, un pueblo indo, los mahrattas, se había levantado contra el Islam, restaurando el brahmanismo como religión oficial y extendiendo durante algún tiempo su dominio sobre todo el triángulo meridional de la India. También en Rajputana el dominio musulmán habia sido reemplazado por el brahmanismo, y en Bhurtpur y Jaipur reinaban poderosos príncipes rajput. En Oudh había un reino shiita, con su capital en Lucknow, y Bengala era también un reino autónomo musulmán. Allá al Norte del Punjab había hecho su aparición un cuerpo u organización religiosa de extremo interés, los Sikhs, que proclamaban la ley universal de un solo Dios, atacando a la vez los Vedas indios y el Corán de Mahoma. Al principio una secta pacífica, no tardaron los sikhs en seguir el ejemplo del Islam e intentar —en un comienzo bien desastrosamente para ellos mismos — la instauración del reino de Dios por medio de la espada. Sobre esta India en desorden y confusión cayó por entonces (1738) un invasor del Norte, Nadir Sha (1736-47), monarca turcomano de Persia, que, atravesando el desfiladero de Kyber, destrozó todos los ejércitos que le salieron al paso y tomó y saqueó Delhi, llevándose un enorme botín consigo. Tan quebrantado dejó el Norte de la India, que durante los siguientes veinte años hubo nada menos que seis incursiones triunfantes de los afganos, que, a la muerte de Nadir Sha, se habían convertido en Estado independiente. Por algún tiempo, lucharon los mahrattas contra los afganos por el dominio de la India Septentrional, hasta que, al fin, el poderío mahratta subdividióse en una porción de principados, como el de Indore, Gwalior, Baroda y otros.

Tal era la India que ingleses y franceses soñaron apropiarse en el siglo XVIII. Otras varias potencias europeas ya habían venido intentando sucesivamente, desde los días en que Vasco de Gama realizara su viaje memorable alrededor del Cabo hasta Calicut, establecer una base comercial y política en la India. El comercio marítimo de ésta habia estado primeramente en manos de



los árabes del mar Rojo, hasta que los portugueses se lo arrebataron a éstos en una serie de combates maritimos. Las naves portuguesas eran mayores y llevaban mejor artillería. Durante algún tiempo los portugueses mantuvieron el comercio de la India como exclusivo de ellos, y Lisboa sustituyó a Venecia como mercado de especias orientales. Pero el siglo XVII vió a los holandeses tratando de usurpar este monopolio. En el ápice de su poderío, los holandeses tenían colonias en el Cabo de Buena Esperanza, dominaban la isla Mauricio, tenían dos colonias en Persia, doce en la India, seis en Ceylán y por todas las Indias orientales podían verse sus factorías fortificadas. Pero su egoísta resolución de excluir a los traficantes de las demás nacionalidades europeas, obligó a una competencia hostil a suecos, daneses, franceses e ingleses. Los primeros golpes positivos a su monopolio de ultramar, fueron las victorias en aguas europeas de Blake, el almirante inglés republicano; y a principios del siglo XVIII, ingleses y franceses se encontraban en enérgica competencia con los holandeses, disputándoles el comercio y los privilegios de que venían gozando en

toda la India. Los ingleses se establecían en Madrás, Bombay y Calcuta; en tanto que los franceses hacían de Pondichery y Chandernagore sus bases principales.

Al principio todas estas potencias europeas venían simplemente como traficantes, y sus establecimientos coloniales reducíanse a factorías y almacenes; pero la situación indecisa del país y los métodos poco escrupulosos de sus rivales, le llevaron, como cosa natural, a fortificar y armar sus bases, constituyendo así una especie de fuerzas militares que les hizo aparecer como aliados deseables a los ojos de los diferentes príncipes indígenas, que, en constantes guerras y guerrillas se disputaban y desgarraban el país. Y, como era inevitable, con arreglo a la nueva política nacionalista de Europa, bastaba que los franceses se pusieran de parte de unos, para que los ingleses tomaran el bando contrario, y viceversa. El gran caudillo inglés fué Roberto Clive, nacido en 1725 y arribado a la India en 1743. Su adversario principal fué Dupleix. La historia de esta lucha durante la primera mitad del siglo XVIII es demasiado larga y complicada para poder contarla aquí. El caso es que en 1761 los ingleses se encontraban dueños absolutos de la península indostánica. En Plassey (1757) y en Buxar (1764) sus ejércitos conseguían victorias aplastantes y decisivas sobre el ejército bengalí y el ejército de Oudh. El Gran Mogul, nominalmente el soberano, convertíase en sus manos en un simple pelele; gravaban con impuestos vastas extensiones de territorios, y la oposición, real o imaginaria, de los jefes indígenas, servíales de pretexto para exigir multas e indemnizaciones.

Estos éxitos no eran conseguidos directamente por las fuerzas del rey de Inglaterra, sino por la Compañía Mercantil de las Indias Orientales (*East India Trading Company*), que en un principio, cuando su formación en tiempos de la reina Isabel, no fuera otra cosa que una banda de aventureros marítimos. Paso a paso, habíanse visto éstos obligados a levantar tropas y a armar sus naves. Y he aquí que, a la sazón, aquella compañía mercantil, con sus tradiciones de lucro, encontrábase traficando, no sólo en especias, tinturas, te y joyas, sino también en las rentas y territorios de monarcas orientales y en los destinos de la India. Habían venido a comprar y vender, y acababan entregados a la más formidable piratería, sin nadie que pudiera oponerse a sus desmanes. ¿Qué de extraño, pues, que sus jefes, capitanes y funcionarios, y aun los simples empleados y soldados, volviesen a Inglaterra cargados de botín? Realmente, es muy difícil que haya hombres, con un país vastísimo y opulento a su entera disposición, capaces de determinar exactamente qué harán y qué no harán. Sin contar que para ellos era un país exótico, poblado por una raza diferente, que a ellos se les debía antojar inferior y salvaje,

con usos y creencias que difícilmente podían atraer su simpatía. Los ingleses de Inglaterra quedábanse estupefactos y desconcertados cuando aquellos generales y funcionarios, de vuelta en la patria, se echaban en cara toda suerte de abusos y crueldades. Así, el Parlamento, sin darse bien cuenta de las circunstancias, aprobó un voto de censura a Clive, que se suicidó en 1774. En 1788, Warren Hastings, otro gran administrador de la India, fué procesado, y absuelto en 1792. Realmente, se trataba de una situación extraña y sin precedentes en la historia del mundo. El Parlamento inglés se encontraba gobernando una compañía mercantil londinense, que a su vez gobernaba un imperio mucho más grande y más populoso que todos los dominios de la corona británica juntos. Para la mayoría del pueblo inglés, la India era un país remoto, fantástico, casi inaccesible, hacia el que partían los jóvenes pobres y de espíritu aventurero, para volver, al cabo de muchos años, convertidos en unos viejos señorones tan ricos como irascibles. Era difícil para el inglés concebir lo que podía ser la vida de aquellos millones incontables de gentes obscuras y semidesnudas en aquellas lejanas tierras orientales abrasadas de sol. La imaginación inglesa no estaba a la altura del esfuerzo requerido. La India continuaba románticamente irreal. Así se comprende que fuese imposible para el gobierno inglés el ejercer una inspección y dirección eficaces en los procedimientos de la compañía.

§ 12. *Rusia se abre camino hacia el Pacífico.*

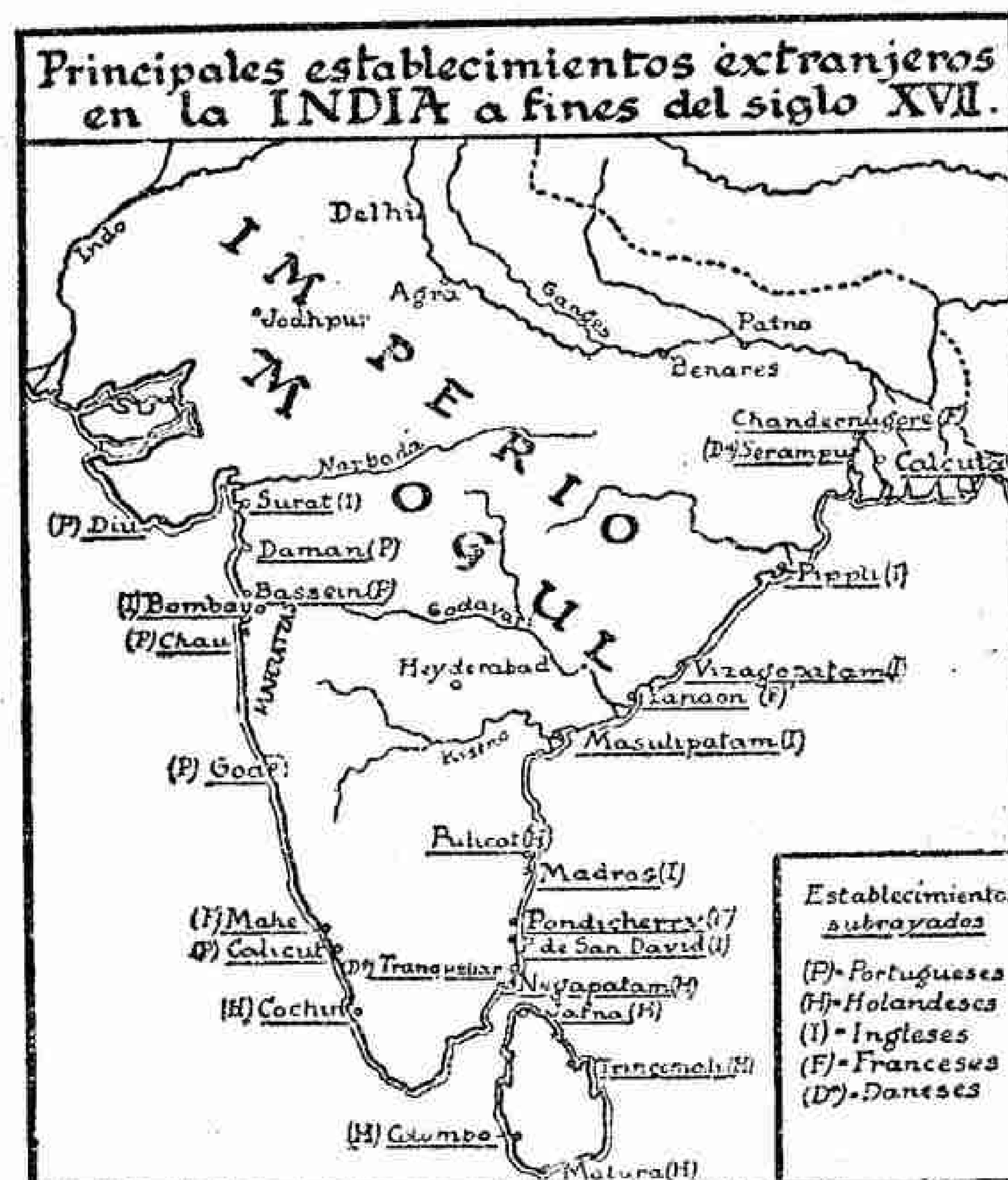
Mientras la gran península del Sur de Asia caía así bajo el dominio de los mercaderes ingleses, una reacción igualmente notable de Europa sobre Asia tenía lugar en el Norte. Ya dijimos cómo los pueblos cristianos de Rusia recobraran su independencia de la Horda de Oro, y cómo el zar de Moscou se enseñoreara de la república de Novgorod; y en la sección 5a. de este capítulo hemos hablado de Pedro el Grande incorporándose al círculo de monarcas absolutos y, por decirlo así, tirando de Rusia hacia Europa. El desenvolvimiento de esta gran potencia del viejo mundo, medio oriental, medio occidental, es de máxima importancia para nuestro humano destino. También dijimos en el mismo capítulo la aparición de un pueblo de las estepas cristiano, los cosacos, que constituyeron una barrera entre el feudalismo agrícola de Polonia y Hungría, al Oeste, y los tártaros, al Este. Los cosacos eran por entonces el Oriente salvaje de Europa, bastante comparable en varios sentidos con el Occidente silvestre de los Estados Unidos a mediados del siglo XIX. Todos los que, por una u otra razón, veíanse precisados a salir de Rusia, delincuentes como

perseguidos inocentes, siervos indóciles, sectarios religiosos, ladrones, asesinos, vagabundos y criminales de toda suerte, buscaban asilo en las estepas del Mediodía, para recomenzar la vida y luchar por la libertad contra polacos, rusos o tártaros, indiferentemente. Otros fugitivos, a su vez, de los tártaros, contribuían también, sin duda, a la mixtura cosaca. Entre todas estas nuevas tribus nómadas, sobresalían en primer término los cosacos ukranianos del Dnieper y los cosacos del Don. Poco a poco, esta población fronteriza fué incorporada al servicio imperial ruso, por modo semejante al que empleara el gobierno inglés para convertir en regimientos británicos los *clans* montañeses de Escocia. Nuevas tierras fuéronles ofrecidas en Asia, llegando a constituir un arma poderosa contra el poder declinante de los mongoles nómadas, primero en el Turkestán y luego a través de Siberia, hasta la altura del Amur.

La decadencia de la energía mongólica en los siglos XVII y XVIII es muy difícil de explicar. Al cabo de dos o tres siglos de Jengis y Tamerlán, el Asia Central había pasado de una época de supremacía mundial a otra de absoluta impotencia política. Es posible que los cambios de clima, pestes y plagas inauditas y epidemias de tipo palúdico, hayan tenido parte en esta regresión —que, medida por la escala de la historia universal, acaso sea únicamente una regresión temporal— de los pueblos del Asia Central. Algunas autoridades piensan que la propagación de las doctrinas búdicas de China también pueden haber tenido sobre ellos una influencia pacifista. Sea lo que sea, el caso es que, ya en el siglo XVI, los pueblos mongólicos, tártaros y turcos, lejos de empujar hacia fuera, eran invadidos, subyugados y empujados hacia atrás, tanto por la Rusia cristiana en Occidente como por China en el Oriente.

Durante todo el siglo XVII, los cosacos se fueron extendiendo desde la Rusia europea hacia los países orientales, estableciéndose dondequiera encontraban condiciones agrícolas propicias. Verdaderos cordones de fortalezas y centros de población, formaban una frontera móvil de esta especie de colonias en el Sur, donde los turcomanos eran todavía fuertes y activos; al Nordeste, sin embargo, Rusia no tuvo frontera alguna hasta que hubo logrado llegar al Pacífico.

Por la misma época, encontrábase China en una fase de expansión. En 1644, la dinastía Ming, en un estado de decadencia artística y grandemente debilitada por una invasión japonesa, cayó en manos de los conquistadores manchúes, pueblo aparentemente idéntico a la primera dinastía Kin, que reinara en Pekín sobre la China septentrional hasta los días de Jengis. Los manchúes fueron los que impusieron la coleta a la población china,



como una señal de sumisión política. Trajeron una mayor energía a la gobernación de China, y sus intereses en el Norte tuvieron por resultado una considerable expansión de la civilización e influencia chinas en Manchuria y Mongolia. Así fué cómo a mediados del siglo XVIII, los chinos y los rusos estaban en contacto en Mongolia. A la sazón, China dominaba el Turkestán oriental, el Tibet, Nepal, Birmania y Annam.

Mencionamos, de pasada, una invasión japonesa de China; o más bien, de Corea. Exceptuando este ataque a China, el Japón no desempeña hasta el siglo XIX el menor papel en nuestra historia. Como China bajo los Ming, el Japón se había declarado resueltamente contrario a toda intervención de los extranjeros en sus asuntos. Era un país con su propia vida civilizada, mágicamente cerrado a los intrusos. Hasta ahora apenas hemos hablado de él por lo poco que había que hablar. Su historia pintoresca y romántica se mantiene aparte del drama general de la humanidad. Su población era principalmente una población mon-

gólica, con una raza blanca de tipo nórdico, muy interesante, los Ainu, en las islas septentrionales. Su civilización parece derivada casi enteramente de Corea y China; su arte es una evolución especial del arte chino, y su escritura ideográfica es una adaptación de la escritura china.

§ 13. *Lo que Gibbon pensaba del mundo en 1780.*

En las doce precedentes secciones nos hemos ocupado de una época de división, de nacionalidades separadas. Ya definimos este periodo de los siglos XVII y XVIII, como un intervalo en el progreso de la humanidad hacia una unificación mundial. Durante todo este periodo no hubo la menor idea unificadora en el espíritu humano. El ímpetu del Imperio había ido decayendo hasta llegar a quedar el emperador simplemente en uno de tantos monarcas rivales, y el sueño de la Cristiandad se había desvanecido por completo. Las "Potencias" en desarrollo forcejeaban unas contra otras por todo el mundo; pero durante algún tiempo pareció que podrían seguir forcejeando así, indefinidamente, sin que acaeciese ninguna gran catástrofe a la humanidad. Los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI habían ensanchado a tal punto los recursos humanos que, a pesar de todas sus discordias y de todo el dispendio que suponían sus guerras y sus *políticas*, los pueblos de Europa disfrutaban de una prosperidad creciente y considerable. La Europa Central se iba recobrando bastante rápidamente de la devastación en que la sumiera la Guerra de los Treinta Años.

Mirando hacia atrás en este periodo, que llegó a su apogeo en el siglo XVIII; mirando atrás, como podemos ya hacer hoy, y mirando sus acontecimientos en relación con los siglos que les precedieron y con los grandes movimientos de los tiempos actuales, es como podremos comprender lo transitorio y provisional de sus formas políticas y lo inestable de su equilibrio. Más provisional, en verdad, que ninguna otra época, período esencialmente de asimilación y de recuperación, pausa política, acumulación de ideas y de recursos científicos para un más amplio esfuerzo humano. Pero el espíritu de la época no veía las cosas de esta manera. El fracaso de las grandes ideas creadoras, tal como fueran formuladas en la Edad Media, había dejado al espíritu humano desprovisto de la guía de toda idea creadora; aun los hombres educados e imaginativos veían el mundo sin el menor dramatismo; no ya como un patético juego y alternativa de esfuerzo y de fatalidad, sino como un escenario donde sólo se buscaba el sosiego de una dicha trillada y en que las virtudes más mansas encontraban su recompensa. Y no eran únicamente los espíritus

conservadores y satisfechos de la vida quienes, en un mundo de tan rápidos cambios, se veían bajo el influjo de esta certidumbre de que la humanidad había llegado a un estado de cosas inmutable. Aun inteligencias altamente críticas y rebeldes, a falta de un movimiento sostenido en el espíritu de la comunidad, delataban una convicción análoga. La vida política, a juicio de ellos, había dejado de ser la cosa trágica y urgente que fuera antaño, para convertirse en una fina comedia. El siglo XVIII era un siglo de comedia... con un desenlace un tanto lúgubre. Era inconcebible que un mundo como el de mediados del siglo XVIII hubiese podido producir un Jesús de Nazareth, un Gautama, un Francisco de Asís, un Ignacio de Loyola. Si pudiera imaginarse un Juan Huss dieciochesco, sería imposible imaginar a nadie con la suficiente pasión para llevarlo a la hoguera. Así, por ejemplo, hasta que comenzaron los sobresaltos de conciencia en Inglaterra, que habían de traer el renacimiento metodista, apenas podríamos descubrir el menor indicio de que aún aguardasen grandes cometidos a la raza anglosajona, ni de que tuviésemos como quien dice en puertas tan terribles perturbaciones, ni de que la senda del hombre a través del tiempo y el espacio estuviese amenazada de incontenibles peligros y debiera permanecer hasta el final una sublime y terrible empresa.

Con frecuencia hemos citado en este ESQUEMA la *Decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon. Ahora lo citaremos por última vez y nos despediremos de él, puesto que hemos llegado a la época en que escribía. Gibbon nació en 1737, y el último volumen de su historia apareció en 1787; pero el pasaje que vamos a citar fué probablemente escrito por el año de 1780. Gibbon fué hombre de salud delicada y de posición más que desahogada; educóse, parcialmente y con interrupciones, en Oxford, y completó sus estudios en Ginebra; en general, su mentalidad era más francesa y cosmopolita que inglesa, y puede decirse que la influencia intelectual en él predominante era la de aquel gran francés que se llamó Voltaire (Francisco María Arouet de Voltaire, 1694-1778). Voltaire fué un autor extremadamente prolífico; setenta tomos de sus obras adornan los estantes de quien esto escribe, y hay otra edición completa que llega a los noventa y cuatro volúmenes; escribió mucho de Historia y de *res publica*, y mantuvo correspondencia con la gran Catalina de Rusia, Federico el Grande de Prusia, Luis XV y la mayoría de los hombres eminentes de su época. Tanto Voltaire como Gibbon, tenían en altísimo grado el sentido de la Historia; ambos expusieron de manera clarísima y total sus visiones de la vida humana; y es indudable que a uno y otro el régimen en medio del cual vivían, el sistema monárquico, de próceres ociosos y privilegiados, de comer-

ciantes e industriales menospreciados y de artesanos y gente humilde oprimida, menesterosa y nunca tomada en cuenta, pareciales el sistema de vida más establemente afianzado que viera nunca el mundo. Ambos se las echaban un tanto de republicanos y hacían burla de las pretensiones de "derecho divino" de la monarquía, pero el republicanismo que prefería Voltaire era el republicanismo coronado de la Gran Bretaña de aquellos tiempos, en que el rey era simplemente la cabeza oficial, el primero y más respetable de los funcionarios.

El ideal que ambos alimentaban era el ideal de un mundo pulido y bien educado, en que los hombres —es decir, los hombres de condición, pues los demás no contaban— se avergonzarían de ser crueles o groseros o demasiado entusiastas, en que la vida sería desahogada y elegante, y el temor al ridículo el auxiliar poderoso de la ley en mantener el decoro y las armonías de la vida. Voltaire tenía en sí la posibilidad de un odio apasionado de la injusticia, y sus intervenciones en favor de hombres perseguidos o maltratados son los puntos culminantes de su vida tan larga y compleja. Siendo ésta la disposición mental de Gibbon y Voltaire, como lo era realmente de la época en que vivían, es natural que la existencia de la religión en el mundo, y, en particular, la existencia del Cristianismo, se les antojase un fenómeno desconcertante y casi inexplicable. Este lado de la vida pareciales una especie de demencia, de enfermedad, en el desarrollo humano. La gran historia de Gibbon es, en su esencia, un ataque contra el cristianismo como causa determinante de la decadencia y caída del Imperio Romano. Idealizando la ruda y grosera plutocracia romana hasta convertirla en un mundo de caballeros refinados al modo dieciochesco, nos contó cómo cayeron ante el empuje de los bárbaros del exterior a causa de la corrupción producida por el cristianismo en el interior. Historia que en este ESQUEMA hemos tratado de presentar bajo una luz más real. Para Voltaire, el cristianismo era *l'infame*, el causante de todos los males; algo que limitaba y constreñía la vida, envenenaba el pensamiento y perseguía implacablemente a todos los que tenían la audacia de declararse disidentes. Y la verdad es que en todo este periodo apenas hubo la menor vida ni luz en ninguna de las Iglesias cristianas, llamáranse apostólicas romanas, ortodoxas cismáticas o protestantes. En un interregno plagado de abates melosos y curas solapados se hacía difícil comprender los fuegos que antaño ardieran en el corazón cristiano y que, a pesar de todo, aún podrían revivir en él.

Al final del tercer volumen de su historia, Gibbon terminaba su narración del derrumbamiento del Imperio de Occidente, para suscitar acto seguido la cuestión de si aún podría la civilización sufrir un cataclismo semejante. Esto le llevaba a pasar en revista

el actual estado de cosas (en 1780) y a compararlo con el estado de cosas durante la decadencia de la Roma imperial. Convendría para nuestro general propósito citar aquí algunos pasajes de esta comparación, pues nada podría ilustrar mejor el estado de espíritu de los pensadores liberales de Europa en el ápice del interregno político de la Era de las Grandes Potencias, antes de los primeros indicios de aquellas hondas fuerzas políticas y sociales de desintegración que han traído al fin consigo las dramáticas interrogaciones de hoy día.

"Esta pavorosa revolución —escribe Gibbon del derrumbamiento de Occidente— puede ser útilmente aplicada a la instrucción provechosa de nuestra época. Deber es del patriota preferir y promover el interés y gloria exclusiva de su patria; pero hay que permitir al filósofo que amplíe sus ideas y considere Europa como una gran república, cuyos diversos habitantes han alcanzado poco más o menos el mismo nivel de educación y cultura. La balanza de poder continuará oscilando, y la prosperidad de nuestro propio reino y de los reinos vecinos puede, alternativamente, aumentar o disminuir; pero estos acontecimientos parciales no pueden perjudicar esencialmente nuestro estado general de bienestar, el sistema de artes, leyes y costumbres, que tan ventajosamente distingue, sobre el resto del género humano, a los europeos y sus colonias. Los pueblos salvajes del mundo son los enemigos comunes de la sociedad civilizada; y podemos inquirir, con anhelosa curiosidad, si Europa está todavía amenazada por una repetición de aquellas calamidades que antes cayeran sobre las armas y las instituciones de Roma. Acaso las mismas reflexiones ilustrarán la caída de este poderoso imperio y explicarán las causas probables de nuestro sosiego actual.

"Los romanos ignoraban la magnitud de su peligro y el número de sus enemigos. Más allá del Rhin y el Danubio, los países septentrionales de Europa y Asia estaban ocupados por innumerables tribus de cazadores y pastores, míseras, voraces y turbulentas; prontas a tomar las armas e impacientes por rapiñar los frutos del trabajo. El mundo bárbaro veíase agitado por el raudo ímpetu de la guerra; y la paz de las Galias o de Italia era conmovida por las lejanas revoluciones de China. Los hunos, que huían ante un enemigo victorioso, dirigían su marcha hacia el Oeste; y el acceso gradual de cautivos y aliados iba henchiendo el torrente. Las tribus fugitivas, que cedieron al empuje de los hunos, asumían a *su* vez el espíritu de conquista; la interminable columna de bárbaros oprimía el Imperio Romano con acumulada graveza y, si la vanguardia era destruida, inmediatamente quedaba el hueco relleno por nuevos asaltantes. Tan formidables emigraciones no pueden ya provenir del Norte; y el largo reposo,

que se ha imputado a la mengua de población, es la feliz consecuencia del progreso de las artes y la agricultura. En lugar de algunas aldeas primitivas, escasamente diseminadas por sus bosques y pantanos, Alemania ofrece ahora una lista de dos mil trescientas ciudades amuralladas; los reinos cristianos de Dinamarca, Suecia y Polonia se han ido sucesivamente formando; y los mercaderes hanseáticos, con los caballeros teutónicos, han extendido sus colonias a lo largo de la costa del Báltico, hasta el golfo de Finlandia. Desde el golfo de Finlandia al Océano oriental, Rusia toma ahora la forma de un imperio poderoso y civilizado. El arado, el telar y la forja han hecho su aparición en las riberas del Volga, el Obi y el Lena: y las más fieras hordas tártaras han aprendido a temblar y obedecer...

"El Imperio de Roma fué sólidamente afianzado por la singular y perfecta coalición de sus miembros... Pero esta unión fué comprada a costa de la pérdida de la libertad nacional y del espíritu militar; y las provincias serviles, desprovistas de vida y de movimiento, esperaban su salvaguardia de las tropas y gobernadores mercenarios, que eran dirigidos por las órdenes de una corte lejana. El bienestar de cien millones de seres dependía del mérito personal de uno o dos hombres, niños a veces, cuyos espíritus eran corrompidos por la educación equivocada, el lujo y el poder despótico. Europa aparece ahora dividida en doce poderosos, aunque desiguales, reinos, tres respetables repúblicas, y una porción de naciones más pequeñas, aunque independientes. Las ocasiones para la manifestación de los talentos reales y ministeriales aparecen multiplicadas, siquiera sea por el mayor número de puestos de gobierno; y un Juliano ([3]) o una Semiramis ([4]), pueden reinar en el Norte, mientras Arcadio y Honorio ([5]) dormitan de nuevo sobre los tronos de la casa de Borbón. Los abusos de la tiranía son restringidos por la mutua influencia de temor y pudor; las repúblicas han adquirido orden y estabilidad; las monarquías se han penetrado de los principios de libertad o al menos, de moderación; y las costumbres generales de la época han introducido en las constituciones más defectuosas un cierto sentido de honor y justicia. En la paz los progresos de la ciencia y la industria son acelerados por la emulación de tantos rivales activos; en la guerra las fuerzas de Europa son ejercitadas y puestas a prueba por contiendas benignas y de resultado ambiguo. Si algún conquistador salvaje saliese ahora de los desiertos de Tartaria, tendría que vencer sucesivamente a los robustos

([3]) Federico el Grande de Prusia.
([4]) Catalina la Grande de Rusia.
([5]) Luis XVI de Francia y Carlos III de España.

campesinos de Rusia, a los ejércitos numerosos de Alemania, a los ardidos nobles de Francia y a los intrépidos ciudadanos de la Gran Bretaña, que acaso se confederarían para su común defensa. Y si aun así los bárbaros, victoriosos, consiguieran llevar la desolación y la esclavitud hasta las orillas del Océano Atlántico, diez mil bajeles transportarán más allá de su persecución los restos de la civilización: y Europa renacería y florecería de nuevo en el mundo americano, lleno ya de sus colonias e instituciones.

"El frío, la miseria y una vida de peligros y fatigas fortifican las energías y el valor de los bárbaros. En todas las épocas, éstos han oprimido las naciones civilizadas y pacíficas de China, India y Persia, que descuidaron, y todavía descuidan, el contrarrestar estas fuerzas naturales con los recursos del arte militar. Los pueblos belicosos de la antigüedad, Grecia, Macedonia y Roma, criaron y educaron una raza de soldados; ejercitaron sus cuerpos, disciplinaron su valor, multiplicaron sus fuerzas por medio de la instrucción militar y convirtieron el hierro que poseían en armas sólidas y eficaces. Pero esta superioridad insensiblemente fué declinando las leyes y las costumbres; la endeble política de Constantino y sus sucesores armó e instruyó, para ruina del Imperio, el rudo denuedo de los mercenarios bárbaros. Con la invención de la pólvora el arte militar ha cambiado, ya que aquélla permite al hombre gobernar los dos agentes más poderosos de la Naturaleza: el aire y el fuego. Las matemáticas, la química, la mecánica, la arquitectura, han sido aplicadas al servicio de la guerra, y las partes adversas se oponen mutuamente los más complicados medios de ataque y de defensa. Los historiadores pueden observar indignados que con lo que cuestan los preparativos de un asedio podríase fundar y sostener una colonia floreciente; sin embargo, tampoco puede desagradarnos que la toma de una ciudad sea una obra costosa y dificultosa, ni que una nación industriosa pueda ser protegida por aquellas artes, que reemplazan y suplen la decadencia de la virtud militar. Los cañones y las fortificaciones forman ahora una barrera inexpugnable contra la caballería tártara ([6]), y Europa se siente a salvo de cualquier irrupción futura de los bárbaros, puesto que, antes de encontrarse en condiciones de conquistar, tendrían que dejar de ser bárbaros...

"Y si, por acaso, estas especulaciones fuesen tildadas de dudosas o falaces, aún queda una más humilde fuente de confortación y esperanza. Los descubrimientos de los navegantes antiguos y modernos, y la historia doméstica, o la tradición de los pueblos

([6]) Gibbon olvida aquí que el cañón y los rudimentos del sistema militar moderno vinieron a Europa precisamente con los mongoles.

más adelantados, representan al *salvaje humano* desnudo de cuerpo y de espíritu, desprovisto de leyes, de artes, de ideas y casi de lenguaje. De esta abyecta condición, acaso el estado primitivo y universal del hombre, se ha ido elevando gradualmente al dominio de los animales, a la fertilización de la tierra, al surcamiento de los mares y a la medición de los cielos. Su progreso en la mejora y ejercicio de sus facultades mentales y corpóreas ha sido irregular y variable, infinitamente lento al principio, pero aumentando por grados con creciente celeridad; épocas de trabajosa ascensión han sido seguidas de un momento de rápido descenso; y los diversos climas del globo han sentido las vicisitudes de la luz y las tinieblas.

No obstante, la experiencia de cuatro mil años debería ensanchar nuestras esperanzas y disminuir nuestros temores; no nos es posible determinar las alturas a que puede aspirar la especie humana en su marcha hacia la perfección; pero casi podría asegurarse con certidumbre que ningún pueblo, a menos que la faz de la Naturaleza cambiase, retrocederá ya a su barbarie originaria.

"Desde el primer descubrimiento de las artes, la guerra, el comercio y el celo religioso han difundido, entre los salvajes del viejo y del nuevo mundo, aquellos dones inestimables, que es de esperar no se pierdan ya nunca. Podemos, por tanto, venir a parar en la grata conclusión de que todas las épocas por que ha pasado el mundo han ido aumentando, y continúan haciéndolo, la verdadera riqueza, la felicidad, el conocimiento y, acaso, hasta la virtud del género humano".

§ 14. *La tregua social toca a su fin.*

Uno de los más interesantes aspectos de esta historia de Europa en los siglos XVII y primera parte del XVIII, durante la fase de las monarquías absolutas y parlamentarias, es la relativa quietud de campesinos y obreros. Los fuegos insurreccionarios de los siglos XIV, XV y XVI parecían haberse extinguido. Los conflictos y choques económicos del primer período habían sido peor o mejor remendados. El descubrimiento de América revolucionó y cambió la escala de los negocios y de la industria, trayendo a Europa una enorme cantidad de metales preciosos monedables y aumentando considerablemente los empleos y ocupaciones. Por un poco de tiempo la vida y el trabajo cesaron de ser intolerables a la gente humilde, a las clases bajas. Claro que esto no impidió gran cosa la miseria individual y el descontento —siempre hemos tenido pobres—; pero esta miseria y descontento fueron divididos y diseminados y se habló menos de ello.

Al principio el pueblo tuvo una idea que cristalizar: la idea del comunismo cristiano. Para ello habían encontrado una guía

autorizada en los sacerdotes disidentes y en los teólogos del tipo de Wycliffe. Al desmayar el movimiento de una resurrección del cristianismo, al tener que recurrir el luteranismo en busca de dirección a los monarcas protestantes, en lugar de a Jesús, aquel contacto y reacción de los espíritus educados sobre la masa iletrada quedaron interrumpidos. Por numerosa que sea una clase oprimida, y por extremadas que sean sus desventuras, como no logre antes una cierta solidaridad por el desarrollo de una idea general común, nunca conseguirá protestar de una manera eficaz. Los hombres cultos y los hombres de ideas son más necesarios a un movimiento político popular que a ningún otro proceso político. Una monarquía aprende reinando, y las oligarquías tienen siempre la educación de los negocios y asuntos que manejan; pero el hombre del pueblo, el campesino, el trabajador, no tiene la menor experiencia de aquellos asuntos y negocios, y sólo mediante los servicios, devoción y dirección de los hombres cultos podrá existir políticamente. La Reforma que hemos llamado "de los príncipes", al acabar con las facilidades educacionales, acabó en gran parte con la clase de letrados pobres y de sacerdotes humildes, cuya obra de propaganda y de persuación de masa hizo posible la Reforma.

Los monarcas de los países protestantes, una vez que se hubieron apoderado de las iglesias nacionales, comprendieron en seguida la necesidad de apoderarse también de las Universidades. Su idea de la educación era la idea de capturar a la gente joven inteligente para el servicio de sus superiores, es decir, de ellos. Fuera de esto, propendían a considerar la instrucción como algo singularmente maléfico. El único medio, pues, para un mancebo pobre, de llegar a la cultura, era el encontrar un protector. Claro está que en todas las monarquías absolutas se hacía un verdadero alarde de fomentar la cultura con sus fundaciones a diestra y siniestra de Reales Academias y Sociedades, pero todo ello sólo beneficiaba a una clase reducida de doctos acomodados y partidarios del régimen. La Iglesia también había aprendido a desconfiar del hombre culto, pero pobre. En la gran aristocrática "república coronada" de la Gran Bretaña había la misma repulsión de toda oportunidad docente. "Las antiguas Universidades —dice Hammond en su exposición del siglo XVIII— eran las Universidades de los ricos. Hay un pasaje en Macaulay describiendo el fasto y pompa de Oxford a fines del siglo XVII, "cuando su canciller, el venerable duque de Ormonde, se sentaba con su manto bordado sobre su trono, bajo la pintada bóveda del teatro de Sheldon, rodeado de centenares de licenciados y doctores vestidos con arreglo a su grado, mientras los mozos más nobles de Inglaterra le eran solemnemente presentados como candidatos

a los honores académicos". La Universidad era una potencia, no en el sentido en que podría decirse de una Universidad como la vieja Sorbona de París, cuya ciencia podía hacer temblar a los papas, sino en el sentido de que la Universidad formaba parte del mecanismo reconocido de la aristocracia. Lo que era cierto de las Universidades también lo era de las escuelas públicas. La instrucción en Inglaterra era la cuna, no de la sociedad, sino de un orden; no del Estado, sino de una raza de gobernantes propietarios". El espíritu misionero se había ausentado de la instrucción pública en toda Europa. A esto, tanto como al mejoramiento del estado de cosas por una prosperidad más o menos general, debe atribuirse aquella fase de quietud de las clases bajas. Habían perdido el meollo y el habla y habían ganado alimentos. La comunidad era como un animal desmedulado en manos de una clase gobernante (7).

Además hay que tener en cuenta que ha habido considerables cambios en la proporción de unas clases con otras. Una de las cosas más difíciles de precisar al historiador es la cuantía relativa de la propiedad total de la comunidad poseída en un momento dado por una clase determinada de dicha comunidad, pues estas cosas fluctúan muy rápidamente. Las guerras campesinas de Europa indican una época de propiedad relativamente concentrada, en que una porción de gentes podían verse expropiadas y perjudicadas en común, cosa que lógicamente había de crear una especie de solidaridad entre sí y una acción común. Estos fueron los tiempos del desarrollo y prosperidad de los Fuggers y congéneres, tiempos de finanzas internacionales. Luego, con la importación en gran escala del oro y la plata y los productos de América, pareció haberse vuelto a un estado de riqueza más repartida. Los pobres eran exactamente tan pobres como siempre, pero en comparación quizás no había tantos pobres, y los que quedaban aparecían divididos en una mayor variedad de tipos, sin la menor idea en común. En la Gran Bretaña, la vida agrícola, que había sido desarticulada por las confiscaciones de la Reforma, habíase ordenado de nuevo en un sistema de grandes propietarios y pequeños arrendatarios. Junto a vastísimas propiedades había, no obstante, una porción de terreno común para

(7) "Nuestro sistema actual de escuelas públicas está claramente basado sobre el entrenamiento de una clase dominante, de una clase de amos. Pero el levantamiento de los trabajadores y el presente estado de cosas están haciendo rápidamente impracticable el *método dominante*... El cambio de fin, de objetivo, en las escuelas transformará todas las organizaciones y métodos de las escuelas, y mi convicción es que este cambio traerá consigo la nueva Era". — F. W. Sanderson, Rector de Oundle, en una alocución pronunciada en Leeds el 16 de febrero de 1920.

pastos del ganado de los aldeanos más pobres, y una porción de terreno cultivado en fajas o zonas con arreglo a disposiciones comunales. El tipo medio de hombre, y aun el más necesitado de los labriegos, tenían por lo menos, allá a principios del XVIII, una vida tolerable. El patrón de vida, esto es, la idea de lo que constituye una vida tolerable, comenzó, no obstante, a elevarse durante los tiempos primeros de la "Gran Monarquía"; al cabo de algunos años el proceso de la concentración creciente de riqueza parece haber vuelto a imperar, los grandes propietarios comenzaron a ensanchar sus propiedades, con perjuicio de los pequeños propietarios, exprimiendo al propio tiempo a sus colonos y arrendatarios, con el resultado inevitable de que nuevamente aumentase la proporción de gentes pobres y gentes empobrecidas. Los potentados eran los gobernantes indiscutidos de Inglaterra, y, en consecuencia, se dedicaron a decretar leyes (las *Enclosure Acts*), que prácticamente equivalían a confiscar las tierras comunales en provecho principal de los grandes propietarios, dejando reducido al campesino humilde al papel de jornalero, al servicio del gran propietario, en aquellas mismas tierras sobre las que hasta poco antes tuviera derechos de cultivo y pastoreo.

El campesino en Francia y, por regla general, en el continente, no era expropiado de esta manera; su enemigo no era el propietario sino el recaudador de contribuciones; en vez de ser expulsado de sus tierras, era exprimido dentro de ellas.

Al avanzar el siglo XVIII, es evidente, por la literatura de la época, que el "qué hacer" con *el pobre* vuelve a ser tema preeminente de cogitaciones. Nos encontramos a escritores de espíritu tan activo como los ingleses Daniel Defoe (el autor de *Robinson Crusoe*, 1659-1731) y Enrique Fielding (1707-54), profundamente preocupados por este problema. Pero todavía no hay ninguna resurrección de las ideas comunistas e igualitarias del cristianismo primitivo comparable a las que distinguieron los tiempos de Wycliffe y de Juan Huss. El protestantismo, al quebrantar la Iglesia universal, destruyó también durante algún tiempo la idea de una solidaridad humana universal. Aun cuando la Iglesia universal de la Edad Media hubiese fracasado por completo en la comprensión de esta idea, queda el hecho de que, por lo menos, fué el símbolo de ella.

Defoe y Fielding eran hombres de una imaginación práctica más vivaz que Gibbon, y ambos comprendieron algo de los procesos económicos que planteaba la época. Como asimismo Oliverio Goldsmith (1728-74), cuya *Aldea desierta* es un libelo contra los cercamientos, disfrazado de poema. Pero las circunstancias en que vivió y escribió Gibbon nunca pusieron muy perentoriamente ante sus ojos los hechos económicos; él veía el mundo

como una lucha entre los bárbaros y la civilización, pero no percibía nada de aquella otra lucha sobre la cual flotaba la lucha muda, inconsciente, de la comunidad contra los hombres egoístas, astutos, poderosos y ricos. No percibía la acumulación de infortunios que debía extremar y romper aquel famoso equilibrio de su "doce reinos poderosos, aunque desiguales", sus "tres respetables repúblicas" y su morralla y ralea de reyezuelos menores, duques reinantes y demás comparsas. Ni siquiera la guerra civil que acababa de estallar en las colonias inglesas de América le llevó a la intuición de la proximidad de eso que actualmente llamamos "democracia".

Por lo que hemos venido diciendo hasta aquí, podría suponer el lector que la explotación y expropiación del campesino y del pequeño cultivador por los grandes propietarios, el despojamiento de las comunas y la concentración de la propiedad en manos de una clase privilegiada, poderosa e insaciable, era todo lo que ocurrió en el suelo inglés durante el siglo XVIII; pero éste no es sino el lado peor de las cosas. Al mismo tiempo que este cambio de propiedad tenía lugar un gran mejoramiento de la agricultura. No hay duda de que los métodos de cultivo de los campesinos y pequeños propietarios estaban anticuados y eran ruinosos y prácticamente improductivos, y de que las grandes propiedades y haciendas privadas creadas por las Leyes de Cercamiento *(Enclosure Acts)* eran mucho más productivas (una autoridad en la materia asegura que veinte veces más productivas) que el antiguo sistema. El cambio era quizás un cambio necesario, y lo malo de ello no fué que tuviera lugar, sino que tuviera lugar de tal manera, que quedasen a la vez aumentados la riqueza general y el número de pobres. Sus beneficios fueron acaparados por los grandes propietarios privados, en cuyo provecho quedó perjudicado el resto de la comunidad.

Y aquí tocamos uno de los principales problemas de nuestra vida en el presente momento, el problema de la desviación de los beneficios del progreso. Durante doscientos años ha habido, principalmente bajo la influencia del espíritu científico y de investigación, un mejoramiento constante en los métodos de producción de casi todo lo que necesita el hombre. Si nuestro sentido colectivo y nuestra ciencia social estuviesen a la altura de su misión, no cabe duda de que este gran incremento de la producción habría beneficiado a la comunidad entera, proporcionando a todos instrucción, ocios y libertad, en un grado que hasta entonces ni aun habría soñado el hombre. Pero a pesar de haberse elevado la norma común de vida, esta elevación ha sido en una escala desproporcionadamente pequeña. Los ricos han disfrutado de una libertad y un lujo antes desconocidos, y ha habido un aumento en la proporción de gente rica, de gente de prosperidad estancada y de gente improductiva; pero ello tampoco ha significado nada en beneficio general. Además, ha habido mucho absurdo despilfarro. Grandes acumulaciones de material y de energía han sido derrochados en guerras y preparativos guerreros. Se ha consagrado demasiado a los fútiles esfuerzos de una competencia mercantil o industrial, que muchas veces han acabado por resultar perfectamente baldíos. La oposición de propietarios, acaparadores y especuladores de todo género a su explotación económica ha sido causa de que permaneciesen en barbecho enormes posibilidades. Las cosas buenas que la ciencia y la organización han estado poniendo al alcance del hombre no han sido tomadas metódicamente ni usadas hasta sus posibilidades extremas, sino que, lejos de ello, han sido objeto de lucha y de rapiña, para al fin ser aplicadas por aventureros sin conciencia a sus fines egoístas y torpes. El siglo XVIII en Europa, y más particularmente en Gran Bretaña y Polonia, fué la época de la propiedad privada. "La iniciativa privada", que significa en realidad que todos tienen derecho a sacar el provecho que puedan de la comunidad, reinaba como señora absoluta. Véanse las novelas, obras de teatro y demás literatura representativa del tiempo, y puede estarse seguro de que no se encontrará el menor sentido de obligación al Estado en cuestión de negocios. Todo el mundo está "para hacer su fortuna", no hay ni siquiera so pecha de que esté mal ser un parásito improductivó de la comunidad, y aún menos de que pueda ocurrir que un negociante o un mercader o un industrial sean a veces pagados con exceso, o retiren excesivo provecho, por sus servicios a la humanidad. Tal era el ambiente moral de la época, y aquellos señores grandes y pequeños que se apoderaban de los bienes comunales y reducían al campesino a la condición ineludible de míseros peones de labranza, cuando no los condenaban por completo a la emigración o a la muerte, no tenían la más más mínima idea de que pudieran por acaso sus vidas no ser altamente virtuosas y meritorias.

Al mismo tiempo que este cambio agrícola en Inglaterra, en favor de una agricultura científica y en mayor escala, tenían lugar otros cambios no menos considerables en las manufacturas de productos. En estos cambios, puede asegurarse que la Gran Bretaña, en el siglo XVIII, iba a la cabeza del mundo. Hasta entonces, durante el curso todo de la Historia, desde los comienzos de la civilización, las manufacturas, la edificación, y en general todas las industrias, habían estado en manos de obreros y pequeños maestros y contratistas que trabajaban en sus propias casas. Habíanse organizado en gremios o corporaciones, y la mayoría eran patronos de sí mismos, formando una clase media per-

manente y esencial. Entre ellos los había capitalistas, que alquilaban telares y otra maquinaria por el estilo, suministraban los materiales y compraban el producto terminado, pero tratábase siempre de pequeños capitalistas. No había todavía ricos fabricantes. Los ricos del mundo antes de estos tiempos habían sido grandes terratenientes o prestamistas y especuladores o comerciantes. Pero en el siglo XVIII empezaron en algunas industrias a reunirse en fábricas a los obreros, a fin de poder aumentar la producción mediante una división sistemática del trabajo, y el patrono, diferenciado, ya del maestro o capataz, empezó a ser persona de importancia. Además, la invención mecánica creaba máquinas que simplificaban la obra manual de producción, y eran capaces de ser movidas por la fuerza hidráulica primero y por el vapor después. En 1765 era construida la máquina de vapor de Watt, fecha de máxima importancia en la historia del industrialismo.

La industria algodonera fué una de las primeras en pasar a la producción fabril, al principio con maquinaria movida por la fuerza hidráulica. Siguió la industria lanera. Al mismo tiempo, la fundición del hierro, limitada hasta entonces por el empleo del carbón vegetal, empezó a usar el cok, sacado del carbón de piedra, y las industrias carbonífera y siderúrgica comenzaron también a desarrollarse, trasladándose la segunda de los condados de Sussex y Surrey, abundantes en riqueza forestal, a los distritos de yacimientos carboníferos. En 1800, este cambio de la industria, de producción en pequeña escala a producción en gran escala, encontrábase ya muy avanzado. En todas partes nacían fábricas, movidas primero por el agua y en seguida por el vapor. Era un cambio de importancia fundamental en la economía humana. Desde el alba de la historia, el fabricante y el artesano habían sido, como ya dijimos, una especie de clase media ciudadana. La máquina y el patrono sustituían ahora su destreza, y o tenía que convertirse en patrono de sus semejantes, paulatinamente creciendo en riqueza hasta igualarse con las demás clases ricas, o seguía siendo un trabajador, paulatinamente decreciendo hasta llegar al nivel de un simple jornalero. Este grandísimo cambio en la situación del hombre es conocido con el nombre de "la Revolución Industrial". Comenzando en Gran Bretaña, extendióse durante el siglo XIX por todo el mundo.

A medida que avanzaba la Revolución Industrial, abríase un verdadero abismo entre el patrono y el obrero. Antes, en lo pasado, el obrero tenía la esperanza de poder llegar a ser un pequeño patrono independiente. Hasta los artesanos esclavos de Babilonia y de Roma veíanse protegidos por leyes que les permitían ahorrar y comprar su libertad y establecerse por sí mismos. Pero,

ahora, una fábrica y sus máquinas y artefactos eran algo sumamente costoso, fuera de toda proporción con las posibilidades de un bolsillo de obrero. Para poner en marcha cualquier empresa industrial tenían que reunirse varios hombres acaudalados; en suma, requeríase "capital". "Establecerse por cuenta propia" dejaba de ser una esperanza normal para un artesano. El trabajador quedaba, pues, condenado a ser un trabajador desde la cuna hasta la sepultura. Junto a los propietarios y mercaderes y banqueros que apoyaban financieramente y prestaban su dinero a Compañías y comerciantes, e incluso al Estado, formóse ahora esta nueva riqueza de capital industrial, una especie nueva de poder dentro del Estado.

Del desarrollo de estos comienzos ya hablaremos más adelante. El efecto inmediato de la Revolución Industrial en los países en que tuvo lugar, fué una agitación y desplazamiento generales de las clases bajas, mudas, ineducadas, sin guías y cada vez más despojadas y menesterosas. Lo pequeños cultivadores y los campesinos, arruinados y desalojados por las *Enclosure Acts*, se desplazaron hacia las nuevas regiones fabriles, agrupándose allí en torno a las familias de los obreros empobrecidos y degradados de las fábricas. Fuéronse formando grandes ciudades de infectas casuchas, peores que mazmorras, sin luz, sin aire y sin alegría. Nadie pareció, por entonces, darse cuenta clara de lo que estaba ocurriendo. La característica esencial de las "empresas privadas" es preocuparse exclusivamente de su propio negocio, buscar el máximo beneficio y descuidar en absoluto todas las demás consecuencias. Nacieron y se multiplicaron horrendas y enormes fábricas, construídas de chapuza, para que pudiesen contener el mayor número posible de máquinas y de obreros. En su torno apiñáronse las callejas tortuosas y las míseras viviendas, que a su vez fueron pretexto de una nueva explotación del obrero por parte del casero implacable. Al principio, estos centros industriales no tuvieron escuelas ni iglesias... El *gentleman* inglés de fines del siglo XVIII leía el tercer volumen de Gibbon y sin duda se congratulaba de que ya no hubiese que temer a los bárbaros, cuando, acaso a la vuelta misma de la esquina, tenía en pleno auge esta nueva barbarie, esta sombría metamorfosis de sus conciudadanos en algo desesperado y terriblemente amenazador.

FIN DEL TOMO PRIMERO



G. H.
WELLS

ESQUEMA
DE LA
HISTORIA
UNIVERSAL

TOMO
I



BUENOS
AIRES